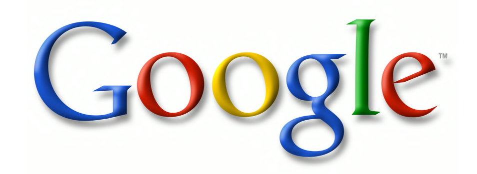
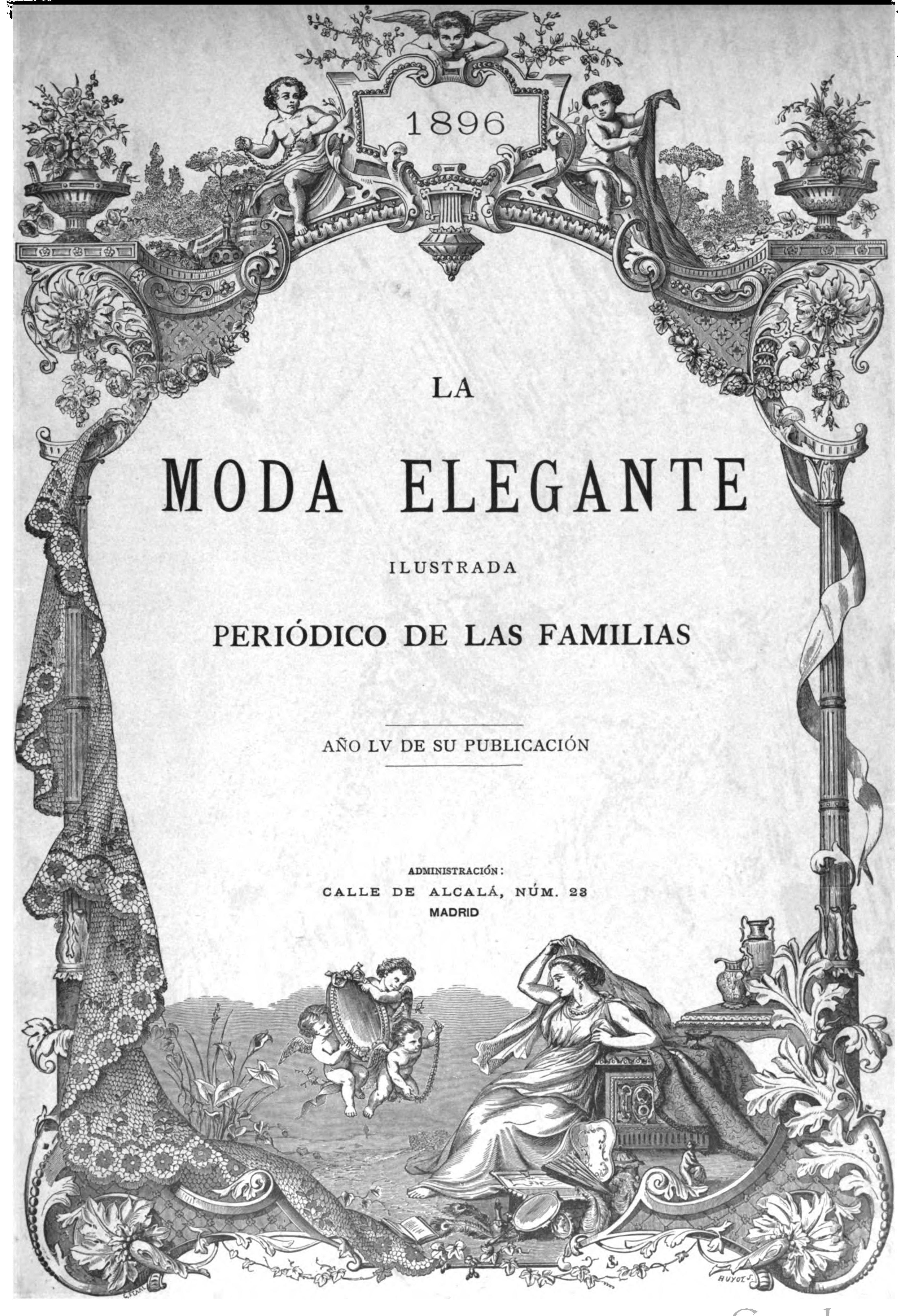





Dei
Sub Numine
Viget


1896
LA
MODA ELEGANTE
ILUSTRADA
PERIÓDICO DE LAS FAMILIAS
AÑO LV DE SU PUBLICACIÓN
ADMINISTRACIÓN:
CALLE DE ALCALÁ, NÚM. 23
MADRID

ÍNDICE GENERAL DEL TOMO LV.—1896.

Novelas, poesías, crónicas de salones y teatros, artículos, etc.

Contenido de las hojas de patrones y dibujos.



Grabados de labores, modas, etc.

Figurines iluminados.

243

6 de Enero de 1896

Nº 1

LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA

Alcalá 93_ MADRID

LA MODA ELEGANTE

PERIÓDICO ESPECIAL DE SEÑORAS Y SEÑORITAS, INDISPENSABLE EN TODA CASA DE FAMILIA

Administración: Alcalá, 23 Madrid. | **Madrid, 6 de Enero de 1896.** | **Año LV.—Núm. 1.**

SUMARIO.

REVISTA PARISIENSE.

SUMARIO.

El arte del peinado.—Página de historia.—Consecuencias de una ráfaga de viento.—Peinado á la Fontange.—Los peinados á la moda.—Peinados del día y peinados de baile.—La temporada teatral.—Estrenos.—Teatro del ODEÓN: *La Blague*, comedia en tres actos, por Mr. Pierre Valdagne.—*Jour de divorce*, por Grenet-Dancourt y Gastón Pollonais.—Los trajes de las actrices.

El peinado es un arte que muda como los caprichos en los cuales se inspira. Y estos caprichos—alguno de los cuales registra la historia—son á veces curiosos. Pocas personas conocen el origen del peinado á la Fontange: Mlle. de Fontange, señorita de honor en la corte de Luis XIV, formaba parte cierto día de la cacería Real, cuando una ráfaga de viento le destrenzó la cabellera, que era muy hermosa. Viéndose despeinada, se ajustó los cabellos con una cinta, cuyos lazos le revoloteaban sobre la frente..... Pero dejemos al historiador Bussy referirnos esta linda página de la historia de nuestras modas:

«Mlle. de Fontange estaba vestida ese día memorable con un justillo bordado de un precio extraordinario, y el tocado se componía de las plumas más hermosas que es posible imaginar. Estaba tan bella con este atavío, que nadie creía pudiese llevar otro que le sentase mejor. En esto levantóse un vientecillo que obligó á Mlle. de Fontange á quitarse la capelina, mandando á su doncella que le atase los cabellos con una cinta, cuyos lazos la caían sobre la frente, y este tocado agradó tanto al Rey, que le suplicó no se peinase de otro modo durante toda la *soirée*. Al día siguiente, todas las damas de la corte se presentaron peinadas del mismo modo. Tal es el origen de estos peinados, que de la corte de Francia pasaron á todas las de Europa.»

°°°

Pero tratemos del peinado actual.

Su nota dominante es la ondulación, reemplazada á veces con los rizos. Actualmente hay pocas señoras que no se ondulen ó se ricen el cabello. Respecto á la forma, no existen reglas bien fijas. Cada cual se peina de la manera que mejor sienta á su fisonomía. Esto no obstante, hay que reconocer que la mayor parte de los peinados á la moda siguen inspirándose en el género griego: rodete á la Phryné, dejando descubierta la línea graciosa de la nuca; pero repito que no se trata, ni mucho menos, de una regla absoluta, pues en semejante materia, más que en ninguna otra, las imposiciones de la moda son inaceptables.

En efecto, hay peinados que, por su severa regularidad, sientan admirablemente á las fisonomías dulces y graves, y producen el efecto contrario á los semblantes risueños. Del mismo modo, otros peinados, en su original irregularidad, convienen á las caras redondas y sientan muy mal á las ovaladas. Lo mejor, antes de adoptar un género de peinado, es consultar al espejo. No hay juez más competente.

Para el día, los peinados sencillos son los que prefieren todas las señoras de buen gusto. El que más conviene á las señoritas y á las señoras jóvenes, y que por otra parte se presta á toda clase de sombreros, es el que representa nuestro croquis núm. 2. La ondulación domina en este peinado.



1.—Abrigo de visita.

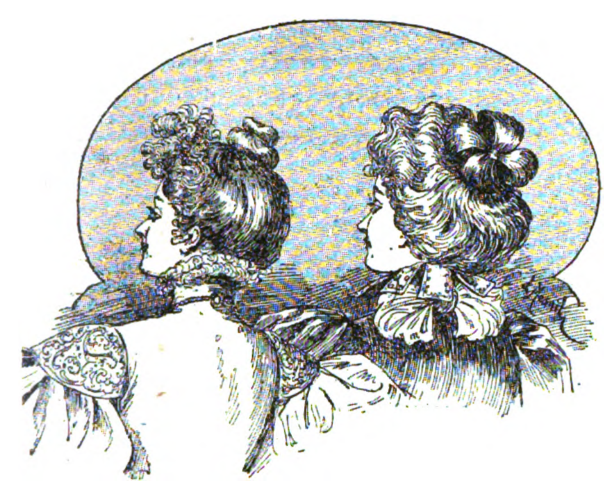
Los cabellos van completamente levantados en la frente y en los lados y echados hacia atrás, pero de manera floja, de suerte que forman aureola en torno del semblante. Se atan por detrás, de modo que figuran las cuatro cocas de un lazo.

El peinado más á propósito para señoritas, por su sencillez, es el del croquis núm. 1. Al contrario del anterior, este peinado exige tirantez en la nuca y los cabellos recogidos muy alto en la coronilla, donde forman un rodete muy pequeño. Por delante, rizos sobre la frente.

Los bandós á la Boticelli son también muy juveniles. Pero ¡qué raras son las fisonomías que pueden soportarlos! Las que se hallen tentadas por su originalidad, deben tener unas facciones finas y regulares, un perfil rafaelesco. En el caso contrario, les aconsejo que renuncien á este peinado.

Generalmente, los bandós á la Boticelli se hacen con ondulaciones flojas, y descienden muy bajo, por ambos lados del rostro, como se ve en el croquis núm. 3. Se pueden introducir modificaciones en este género de bandós, los cuales, para semejar á los que representa el célebre pintor italiano, deberían ser absolutamente aplastados.

Así no es de extrañar que los lindos rostros risueños prefieran á las flojas ondulaciones la irregularidad de los



Núms. 1 y 2.

rizos, que rodean la frente y las mejillas. (Croquis núm. 4.)

He dicho más arriba que cada cual debía peinarse según su fisonomía: podría añadir que según el sombrero, pues el sombrero también tiene sus exigencias. Hay ciertas formas, como la *toque*, que reclaman. Nuestros maestros peluqueros han inventado para este género de sombrero, tan cómodo como agradable, una manera deliciosa de peinarse. Los cabellos salen formando un solo torzal de la nuca, sobre la cual se ahuecan un poco, y este torzal se dobla en lo alto de la cabeza. Por delante, cubriendo un poco la frente, va una nube de rizos. (Croquis núm. 5.)

El croquis núm. 6, enteramente cresponado, y que cubre en parte las orejas dejando descubierta la nuca, será preferido para los sombreros redondos. Este peinado tiene la doble ventaja de agradar igualmente con sombrero ó sin él. Yo lo vi por primera vez en el teatro de la Opera, adornado simplemente con dos alitas de azabache, puestas como dos alas de Mercurio. Por lo demás, ya he dicho que la sencillez reina en el arreglo de los peinados actuales. ¡Adiós los colosales peinados, las andamiadas monstruosas, las cabelleras fan-



Num. 3.

tásticas! Todo esto, por fortuna, ha pasado, como han pasado los mil subterfugios destinados á suplir los cabellos ausentes: crin, seda, *rulos* de terciopelo, etc. El rodete postizo está abandonado. Apenas si algunas se deciden á llevar lo que llaman *frentes*, tan cómodas para evitar el rizarse los cabellos, y alguno que otro rizo postizo, que aumenta la elegancia de los peinados.

Sólo en los adornos se diferencia hoy el peinado del día del de la *soirée*. Aparte de los peinecillos de concha clara, el adorno ocupa muy poco lugar en el peinado del día. Por el contrario, su parte es considerable é infinita su variedad en el peinado de *soirées*: diademas y peinetas de diamantes y de perlas; fantasías de *strass* y de pedrería; *aigrettes* de todos géneros. Sobre todo la *aigrette*, tan fácil de llevar y que se asimila á la perfección á toda clase de *toilette*.



Núm. 4.

Los dos peinados de baile representados fielmente por los croquis núms. 7 y 8 forman, pues, desembarazados de las lindas fantasías que les adornan, agradables peinados de calle. Uno de ellos (croquis núm. 7) va adornado con un peine de diamantes, que sostiene el rodete, compuesto de tres martillos. Una *aigrette* alta y fina de *marabout* color de rosa va puesta á la derecha en los cabellos.

El croquis núm. 8 es un peinado tan sencillo como el anterior: el rodete va hecho de una sola coca, doblada como si fuese una cinta. Pero la riqueza de los adornos lo realza considerablemente. Una barreta de diamantes ó de oro antiguo va puesta al pie de la coca, y en el lado una *aigrette* negra sembrada de solitarios, uno de los cuales, que es enorme, toca casi á los cabellos.

°°°

Nos hallamos en plena temporada teatral. Así, los estrenos se suceden sin interrupción. El teatro del ODEÓN nos ha



Núm. 5.

dado últimamente una comedia nueva en tres actos, titulada *La Blague*, por Mr. Pierre Valdagne. El autor se ha propuesto hacer una crítica del escepticismo á la moda, y sus tres actos abundan en rasgos de ingenio y de observación fina, y á veces profunda, de las costumbres modernas. El éxito fué más que regular.

Con igual éxito estrenóse, antes de *La Blague*, una pieza en un acto, *Jour de divorce*, por los Sres. Grenet-Dancourt y Gastón Pollonais.

Hé aquí la descripción de las *toilettes:*

ACTO PRIMERO.— *Mlle. Béry.*—Interior. Falda de alpaca blanca lisa, adornada solamente en los dos lados, cerca de la cintura, con unas tiras de raso terminadas en unas rosáceas de guipur, que van apuntadas en medio con un botón grueso de *strass*. El cuerpo, que es de guipur crema, va



Núm. 6.

guarnecido con dos solapas pequeñas de raso blanco y adornado con tres botones de *strass* al pie de cada solapa. Gola alta de guipur. (Croquis núm. 9.)

Mlle. Davoyod.— Traje de convite. Vestido de faya color de rosa pálido con *godets* armoniosamente agrupados. Cuerpo de mangas cortas, medio cubierto de un cuello de encaje grueso de carácter artístico, que se recorta por delante y desciende hasta la cintura. Ramo de flores en el lado izquierdo. (Croquis núm. 10.)

Mlle. Davoyod, que muda de traje en el mismo acto, viste una falda de tul grueso blanco sobre raso, con chaqueta Luis XVI, muy corta, de brochado verde, sujeta en la cintura con un cinturón de metal labrado. La chaqueta se abre sobre un tableado de tul blanco, escotado en cuadro, que va disimulado en parte por un lazo grande color de malva adornado de rosas. Este lindo traje puede servir para teatro. (Croquis núm. 11.)



Núm. 7.

ACTO SEGUNDO.—*Mlle. Davoyod.*—Traje de visita, hecho de crespón de la China verde Nilo. Sobre el vestido cae una estola larga de encaje bordado de lentejuelas, con tiras estrechas de piel obscura, que figuran un escote cuadrado doble. Mangas muy estrechas por abajo. (Croquis núm. 12.)

La misma actriz viste después un traje de *soirée* ó teatro que se compone de falda de seda *beige* sonrosado, y cuerpo de paño fino un poco más obscuro, escotado en cuadro y completamente bordado de trencilla y azabache. (Croquis núm. 13.)

ACTO TERCERO.—*Mlle. Davoyod.*—Traje de visita, hecho de faya hortensia, con cinturón de esmeraldas sobre un cuerpo de terciopelo petunia adornado con alamares y abierto sobre un peto de muselina de seda blanca. Mangas iguales á la falda. Aldetas cortas y hojas recortadas, que caen libremente sobre el hombro. Cuello plegado de terciopelo.—Capota hortensia, adornada con una joya de esmeralda en el centro del lazo que forma el delantero. (Croquis núm. 14.)

Jour de divorce.—Mlle. Béry.—Traje de visita. Vestido de seda ligera negra sobre falda de seda color de rosa, que



Núm. 8.

sobresale un poco de la primera falda. Cuerpo original, de granadina negra, bordada de mariposas multicolores de metal. Cinturón y cuello de cinta color de rosa.—Birrete negro, adornado con rosas y plumas negras. (Croquis número 15.)

V. DE CASTELFIDO.

París, 2 de Enero de 1896.

EXPLICACIÓN DE LOS GRABADOS.

Abrigo de visita.—Núm. 1.

Este abrigo, á propósito para visitas ó para salir en carruaje, es de terciopelo de seda azul acero. Su forma es ajustada en la espalda y semiajustada por delante, formando dos pliegues á cada lado. Un aconchado de raso rodea el



2.—Traje para niños de 4 á 5 años.
Explic. y pat., núm. III, figs. 32 á 42 de la Hoja-Suplemento.



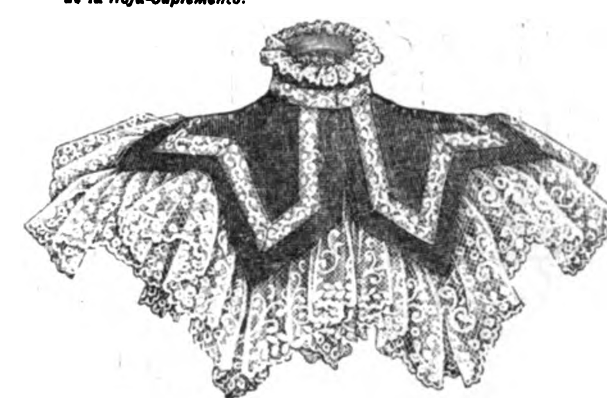
4.—Espalda del cuerpo de vestido de convite ó teatro.
Véase el dibujo 3.



5.—Espalda del vestido de raso guarnecido de plumas.
Véase el dibujo 15.



3.—Cuerpo de vestido de convite ó teatro. Delantero.
VÉASE EL DIBUJO 4.
Explic. y pat., núm. XIII, figs. 112 á 121 de la Hoja-Suplemento.



7.—Cuello de muselina de seda y encaje.



6.—Traje de calle para señoritas.



8.—Vestido para niñas de 12 á 13 años.
Explic. y pat., núm. XII, figs. 103 á 111 de la Hoja-Suplemento.



cuello y desciende por delante hasta la cintura. El cuello y el cinturón van cubiertos de aplicaciones de guipur. Desde la cintura, el raso forma un lazo, cuyas caídas llegan hasta el borde del abrigo. Las mangas se componen de un volante plegado de terciopelo con un guipur en el borde y otro volante de guipur puesto por encima sobre los hombros.—Capota de terciopelo azul, adornada con un pájaro de alas grandes negras y una *aigrette* sostenida en medio con un brazalete de *strass*.

Traje para niños de 4 á 5 años.—Núm. 2.

Para la explicación y patrones, véase el núm. III, figs. 32 á 42 de la *Hoja-Suplemento*.

Cuerpo de vestido de convite ó teatro.—Núms. 3 y 4.

Para la explicación y patrones, véase el núm. XIII, figuras 112 á 121 de la *Hoja-Suplemento*.

Trajes de baile para señoras y señoritas.
Núms. 5 y 9 á 17.

Véanse las explicaciones y patrones en la *Hoja-Suplemento*.

Traje de calle para señoritas.—Núm. 6.

Cuerpo de paño, de fantasía azul de Francia. El delantero del cuerpo va adornado con dos pliegues redondos y unas solapas plegadas. El cuello, las mangas y el delantero entre los pliegues son de faya plegada color *beige* muy claro. La corbata, anudada bajo el cuello y el cinturón, que se cierra muy alto debajo de los brazos para cruzar en punta en la cintura, son de cinta de faya *beige* brochada de flores de terciopelo de relieve. La falda, del mismo paño que el cuerpo, forma pliegues huecos á todo el rededor, y va adornada con un galón de lana de color más obscuro, así como las solapas del cuerpo.

Cuello de muselina de seda y encaje.—Núm. 7.

La fig. 122 de la *Hoja-Suplemento* al presente número corresponde á este objeto.

Se hace este cuello de muselina de seda negra puesta doble, y se le guarnece con entredós y encaje crema. Se corta un pedazo, entero, de gasa por la fig. 122; se fija el entredós, bajo el cual se recorta la tela, y se guarnece el borde exterior con un encaje fruncido de 11 centímetros de alto por 4 metros 50 centímetros de largo. Se reune, para formar el cuello en pie, una tira estrecha de muselina de seda y un entredós, y se le adorna con un encaje fruncido.

Vestido para niñas de 12 á 13 años.—Núm. 8.

Para la explicación y patrones, véase el núm. XII, figuras 103 á 111 de la *Hoja-Suplemento*.

Sombrero para señoritas.—Núm. 18.

Este sombrero es de fieltro morado obscuro. Un tableado de raso Ofelia claro rodea la copa y va estrechado en medio con una abrazadera de raso negro. Lazo por detrás del mismo raso. *Aigrettes* formando abanico á cada lado.

Abrigo imperio para niñas de 6 á 8 años.—Núms. 19 y 20.

Es de paño color masilla, y va dispuesto en pliegues redondos en la espalda y en el delantero, y montado en el borde de un canesú cubierto con un cuello ribeteado de piel de Mongolia, de cuyo cuello salen unas puntas de paño formando hombreras, ribeteadas igualmente de Mongolia.—Manga de una pieza, ancha por arriba y adornada con la misma piel.

Salida de teatro y concierto.—Núm. 21.

Para la explicación y patrones, véase el núm. V, figs. 47 á 52 de la *Hoja-Suplemento*.

Enagua de tafetán tornasolado.—Núm. 22.

Para la explicación y patrones, véase el núm. IV, figuras 43 á 46 de la *Hoja-Suplemento*.

Abrigo para niños pequeños.—Núm. 23.

Es de lana fina blanca. El cuello y la falda van plegados en pliegues muy finos, así como los puños. La falda va plegada á lo largo en pliegues redondos y montada sobre un canesú cuadrado. Un encaje ancho va cosido en el borde inferior del cuello redondo. Un lazo flotante de cinta cierra el abrigo.

Vestido para niños pequeños.—Núm. 24.

Se hace este vestidito de nansuc. La falda, plegada con pliegues gruesos, va montada bajo un canesú hecho de entredoses de encaje. Encaje en los hombros y debajo de los brazos en forma de chaqueta. Mangas bullonadas sujetas con unas cintas anudadas por encima.

Cuerpo-blusa para biciclista.—Núm. 25.

Se hace este cuerpo de lana blanca, ó bien de *jersey* blanco, y se le adorna con puntos de espina hechos con seda negra.

Camisa de dormir para señoras.—Núm. 26.

Es de percal, y va guarnecida por delante con plieguecitos y chorrera festoneada. Cuello en pie con volante festoneado. Manga con puño hecho de plieguecitos y festón en el borde.

Chaqueta de astrakán.—Núm. 27.

Una costura y dos laditos ciñen la espalda. Los delanteros se abren sobre un peto de terciopelo color de nutria formando blusa. Cuello y puños del mismo terciopelo. Solapas anchas de astrakán. Cuello de terciopelo forrado de astrakán.

Collet Dalila.—Núm. 28.

Se hace este *collet* de paño color crema, y va incrustado de arabescos de terciopelo negro, rodeados de azabache. Cuello de piel de bisonte. El borde del *collet* va rodeado de la misma piel.

CRÓNICA DE MADRID.

SUMARIO.

Las fiestas de Pascua.—Cenas de Nochebuena.—Pequeñas y grandes.—En el hotel de los señores de Carrera.—En el del senador don Protasio Gómez.—En el palacio de los Condes de Sástago.—En el de los Marqueses de la Romana.—*Sauteries*.—Las bodas de Enero.—LOS TEATROS.—En el REAL, la crisis.—El tenor Ibos.—Su triunfo.—Mariacher enfermo.—En el ESPAÑOL, *El judío polaco*.—En la COMEDIA, *El libre cambio*.—En LARA, *Doña Juanita*.—En APOLO, *Las zapatillas*.



AN pasado—menos alegres y animadas que otras veces—las fiestas de Navidad.

Por una parte el mal tiempo, y por otra el estado general de los ánimos—á causa de la guerra de Cuba—han contribuído igualmente á semejante resultado.

En las calles no hubo la noche del 24 de Diciembre el ruido y la algazara tradicionales: en los salones particulares no se celebraron tampoco igual número de cenas que los años anteriores.

La más concurrida, la más notable fué la que dió, en su bello hotel de la calle de Casado del Alisal, el Sr. D. José Carrera, ministro de Guatemala.

Asistieron á ella ciento cuatro personas: hubo misa de gallo con villancicos—cantados por coro numeroso de gentiles y encantadoras jóvenes—y después banquete elegante y exquisito.

⁂

El senador del Reino D. Protasio Gómez y su amable señora obsequiaron asimismo á la compañía del *Teatro Josefina* de modo espléndido, prolongándose la reunión hasta cerca del amanecer, merced al buen humor de los asistentes y á la lectura de festivas poesías por un distinguido vate, cuya musa viva y retozona tiene el privilegio de hacerse aplaudir en público como en privado.

⁂

La Condesa de Sástago, camarera mayor de S. M., congregó el viernes en su palacio de la calle de la Luna á su familia y «sus íntimos», agasajándoles con cordialidad y magnificencia: los Marqueses de la Romana citaron á varios de sus amigos en su residencia de la calle de Segovia, teniendo esta asamblea carácter verdaderamente especial; en fin, en el *restaurant* de Fornos fueron innumerables las reuniones gastronómicas, prolongándose indefinidamente.

Pero después, en los días de Pascua no ha presentado Madrid el aspecto habitual: pocas comidas, y ninguna, absolutamente ninguna, *sauterie*.

Los mancebos de pocos años, las niñas que debían hacer este año «su entrada en el gran mundo», están inconsolables: los unos de no poder ostentar y lucir su pericia coreográfica; las otras de no obtener los triunfos con que soñaban.

Sin embargo, en la Embajada de Alemania les será fácil lograr los viernes sus legítimas y naturales aspiraciones, porque la señora de Radowitz y sus hijas congregan semanalmente sus relaciones, y se valsa y se polka desde las once de la noche hasta las dos de la madrugada.

Realmente es el único sitio donde se encuentra la *high life*, pues los demás abiertos otros inviernos permanecen ahora cerrados.

Espérase que en cuanto regrese lady Wolff, la cual ha ido á asistir al matrimonio de su hijo, habrá en el hotel de la calle de Torija alguna de las brillantes fiestas con que suele obsequiar á sus amigos; pero se ignora la fecha exacta de su llegada.

Parece igualmente que la Condesa de Agrela, instalada en su nueva casa de la calle de San Bernardo—la misma que habitó en otro tiempo y fué propiedad de los Marqueses de Perijaá,—recibirá, cada dos semanas, los viernes; en fin, no falta quien asegure que los Marqueses de la Romana, fieles á las tradiciones de la morada que habitan, donde en otro tiempo celebraron sus padres tan brillantes saraos, se proponen seguirlas é imitarles.

Cálculos y esperanzas: hé ahí de lo que se alimenta la juventud.

⁂

Los meses transcurridos del presente invierno han sido fecundos en matrimonios; pero el de Enero promete superarlos.

La mañana del día 10 es la fijada para el de la señorita D.ª Francisca de Parrella y Bayo, con su primo el Conde de Gondomár.

Los futuros esposos se «velarán» en seguida, verificándose después opíparo almuerzo en casa de la madre de la interesante novia.

Poco después recibirá la bendición nupcial la Marquesa del Valle de la Paloma y el Conde de Urbasa, efectuándose asimismo en seguida la misa de velaciones y el banquete de ordenanza ó de rigor.

Por último, la Srta. D.ª María Bascáran, hija del General—y nieta de otro, el Sr. Reina—dará la mano—cual ha dado el corazón—al Sr. Bordiu, primogénito de los Condes de Argillo.

Hé aquí *le bilan*—según dicen los franceses—de la crónica matrimonial hasta el día.—¿Quién sabe si Febrero aventajará á los meses anteriores en el particular?

⁂

Tiempo, hora es ya de hablar de los teatros, que se encuentran en el período álgido de su más ó menos feliz campaña.

La del Regio coliseo no ha podido ser más desgraciada, y el empresario, Sr. Rodrigo, ha sucumbido en la lucha, perdiendo en ella, no sólo el dinero, sino la salud.

Uno de estos días sufrirá una grave operación quirúrgica, que acaso ponga en peligro su vida.

¿Quién le sucederá en la explotación de la sala de la plaza de Oriente?

Hay varios que lo pretenden; pero en el momento en que trazo las presentes líneas no hay nada seguro, nada positivo.

Las probabilidades están, sin embargo, entre el empresario del teatro de San Carlos de Lisboa, quien ha dado grandes pruebas de inteligencia y capacidad para el negocio, y el antiguo contador, en tiempos del difunto Conde de Michelena, Sr. Ferrer.

Para uno, como para otro, no es fácil la tarea de reorganizar la compañía; de aprovechar los elementos útiles y prescindir de los que no lo sean; de establecer una administración nueva y de reanudar las representaciones en época avanzadísima de la temporada.

Diré algo de las últimas de la dirección del Sr. Rodrigo, las cuales se resintieron de la situación de éste, amenazado de una quiebra, que al cabo no ha podido evitar.

El tenor francés Ibos llegó á Madrid cuando ya circulaban—acreditadas y extendidas—noticias proféticas de la catástrofe; y el artista, que debe ser antes que esto hombre positivo, declaró paladinamente que no cantaría si no se le abonaban antes sus honorarios.

Fué fiel á su palabra, porque se mantuvo encerrado en el hotel donde se hospedaba hasta que el emisario del pobre Rodrigo le llevó lo convenido.

Entonces depuso su firmeza, su energía, y se dejó oir una noche—una sola noche—en *Lohengrin*.

Ni un instante estuvo indeciso el éxito: Ibos triunfó ante el público inteligente y severo del teatro Real, como había triunfado de la empresa arruinada del mismo: los espectadores le aplaudieron durante la noche con entusiasmo, obligándole á repetir el *racconto* del tercer acto.

Otro tenor muy conocido, muy festejado de los madrileños, *il signor* Mariacher, repitió sin buen resultado la maniobra de Ibos, quiero decir, que se fingió enfermo para no exponerse á trabajar *gratis*.

Así, aunque anunciada su salida en *Aida*, no tuvo lugar, siendo uno de los que aguardan la resolución de la crisis para quedarse ó ausentarse de la capital de España.

Tal es la situación de la primera escena lírica, y no sería prudente vaticinar lo que vá á suceder.

Periódicos hay que hablan de que el Gobierno administre el Regio coliseo hasta cumplir con el abono, que no ha llegado á la mitad; otros aseguran que el Sr. Linares Rivas, ministro de Fomento, adjudicará la empresa—temporal é interinamente—al Sr. Brito ó al Sr. Ferrer: yo, por mi parte, no me atrevo á aventurar especie alguna, temeroso de equivocarme.

Chi vivra verrà, y el que no lo vea ha de vivir muy poco tiempo.

⁂

El viejo Corral de la Pacheca continúa muy favorecido por la alta sociedad cortesana, que al fin se ha decidido á proteger la literatura nacional.

Sin embargo, los últimos días hemos visto allí un melodrama francés—*El judío polaco*—que no merecía ciertamente el honor que se le ha dispensado.

La obra de Erckman-Chatrian no era digna de aparecer, de figurar en nuestra primera escena dramática.

Es lenta, pesada, vulgar, y sólo ofrece alguna novedad en los dos últimos cuadros fantásticos, en que se ofrece, bajo el aspecto de un sueño, el castigo del criminal protagonista.

La empresa ha presentado y decorado el drama con esmero y propiedad, y los actores—de segunda fila, porque no trabajan en *El judío polaco* María Guerrero ni Fernando Díaz de Mendoza—demostraron tal celo y deseo de agradar, que consiguieron lo que se proponían.

Aquélla logró, pues, su objeto: proporcionar algún descanso, algunas noches de asueto á sus dos primeros artistas, para acelerar los preparativos de su boda, la cual, según se susurra, debe realizarse el 20 del corriente, fiesta del glorioso San Sebastián.

⁂

En la Comedia, el hijo del Sr. Mario, hábil arreglador de obras extranjeras, ha hecho estrenar por la tarde la Nochebuena *El libre cambio*, producción agradable, si no excelente, que bordó el padre del joven traductor, acompañándole dignamente María Tubau, Thuillier, Balaguer y otros actores conocidos.

Los espectadores se mostraron tan satisfechos de la comedia como de sus intérpretes, llamándoles multitud de veces á las tablas y colmándoles de aplausos.

El libre cambio pasará á ser función nocturna en breve, viviendo mucho tiempo en el cartel.

⁂

Otro tanto puede decirse de *Doña Juanita*, de los señores Flores García y Abati, estrenada el 24 de Diciembre en la representación vespertina, y que ya se ejecuta por la noche.

Los dos autores, el uno más experto que el otro, han alcanzado lo que se proponían: hacer reir desde el principio al auditorio, entreteniéndole gratamente.

Y como los actores les ayudaron con talento; como la ocasión era propicia—pues la gente en Nochebuena es benévola por lo común,—resultó lo que se debía esperar: un triunfo *sui generis* para todos.

⁂

En Apolo continúa su carrera *Las zapatillas*, pieza entretenida y graciosa que ha compensado, hasta cierto punto, crueles desastres anteriores.

Las zapatillas han llegado al *summum* de los honores teatrales: á representarla dos veces cada noche, cosa no conocida sino en nuestro país y en los teatros llamados *de hora*, porque de otra suerte no podría obligarse al público á oir duplicada una misma composición.

Los autores han tenido la suerte de recibir un buen aguinaldo en la época más favorable para ellos.

El Marqués de Valle Alegre.

2 de Enero de 1896.

9 Á 17.—TRAJES DE BAILE PA



9.—Traje estilo Luis XVI, para señoras.
Explicación en el anverso de la Hoja-Suplemento.

10.—Vestido de baile para señoritas.
Explicación en el anverso de la Hoja-Suplemento.

11.—Vestido de terciopelo bordado de perlas.
Explicación en el anverso de la Hoja-Suplemento.

12.—Vestido de raso brochado con adornos de flores.
Explic. y pat., núm. X, figs. 82 á 92 de la Hoja-Suplemento.

13.—Vestido de
para s
Explic. y pat., núm.



...a de seda
...s.
...s. 56 á 66 de la

14.—Vestido de seda estampada.
Explicación en el anverso de la Hoja-Suplemento.

15.—Vestido de raso guarnecido de plumas.
Delantero.
VÉASE EL DIBUJO 5.

16.—Vestido de raso adornado con ruches.
Explic. y pat., núm. IX, figs. 74 á 81 de la Hoja-Suplemento.

17.—Vestido de moaré tornasolado.
Explic. y pat., núm. II, figs. 23 á 31 de la Hoja-Suplemento.

9 Á 17.—TRAJES DE BAILE P



9.—Traje estilo Luis XVI, para señoras.
Explicación en el anverso de la Hoja-Suplemento.

10.—Vestido de baile para señoritas.
Explicación en el anverso de la Hoja-Suplemento.

11.—Vestido de terciopelo bordado de perlas.
Explicación en el anverso de la Hoja-Suplemento.

12.—Vestido de raso brochado con adornos de flores.
Explic. y pat., núm. X, figs. 82 á 92 de la Hoja-Suplemento.

13.—Vestido d… para …
Explic. y pat., núm… Hoja-S…



...ina de seda
...as.
...gs. 56 á 66 de la

14.—Vestido de seda estampada.
Explicación en el anverso de la
Hoja-Suplemento.

15.—Vestido de raso guarnecido de plumas.
Delantero.
VÉASE EL DIBUJO 5.

16.—Vestido de raso adornado
con ruches.
Explic. y pat., núm. IX, figs. 74 á 81 de la

17.—Vestido de moaré tornasolado.
Explic. y pat., núm. II, figs. 23 á 31 de la
Hoja-Suplemento.

AMOR.

(POESÍA PROVENZAL DE LUIS ROUMEUX.)

Amor, tus arrebatos—me llenan de alegría;
Mas ¡ay! que muchas veces—al arrancar tu flor
Henchido de esperanzas,—me llenan de agonía
Hiriéndome, alevosas,—espinas de dolor.
Yo amo con delirio—á la zagala mía;
Nada puede en la tierra,—nada extinguir mi amor.
Para mi alma el mundo,—sin ella, ¿qué sería?
Desierto abandonado—que inspiraría horror.
A ella yo mis penas—conté y mi desventura;
Rióseme y se ríe:—¡quién nunca lo pensara!
De mi dolor en tanto,—que ya no tiene cura,
La marca todo el mundo—mirar puede en mi cara.
¡Yo siento cada día—que crece mi tristura,
Y negra pesadumbre—mi ánima acibara!

J. F. SANMARTÍN Y AGUIRRE.

NOTAS AL AIRE.

EN EL ABANICO DE LA PRECIOSA NIÑA CONCHA GAMINDE.

De amargos recuerdos llena,
Le rindes negro tributo
A aquella madre tan buena,
Y á mí me dan mucha pena
Los angelitos de luto.

Se oprime mi corazón
Al ver que tus blancas galas
Truecas por negro crespón.
¡Las niñas sin madre son
Mariposillas sin alas!

Mas no creas, inocente,
Que huyó de ti eternamente.
¡Aquella madre querida
Baja, cuando estás dormida,
A darte un beso en la frente!

El alma voló á su centro,
Pero el amor de tu madre
Te saldrá siempre al encuentro.
¡La tienes muy cerca!..... ¡Dentro
Del corazón de tu padre!

Allí de verte no cesa
Y por tu bien se interesa.
¡Ama á tu padre, por Dios,
Que cada vez que él te besa
Te están besando los dos!

JOSÉ JACKSON VEYÁN.

EL CASTILLO DE MONTSABREY.

Continuación.

UNA noche, estando todos reunidos, Federico anunció su marcha y se despidió de Lucía. La joven se puso pálida y se calló. Los dos hermanos comprendían también, aun cuando no tan á las claras como Federico, el peligro de su posición: y á pesar de que le profesaban gran cariño, no trataron de disuadirle de su proyecto.

—¿Pero es verdad?—dijo por último Lucía con voz apagada, en la cual se notaba la turbación de su corazón.—¿Habla usted seriamente? ¿Se marcha usted? ¿Y por qué razón? ¿Qué necesita usted? ¿No es usted feliz con nosotros? ¿No quiere usted á sus amigos?

—Tengo que marchar—replicó Federico;—vivir de su vida es una felicidad que no está hecha para mí.

—Tiene razón, hija mía—dijo el cura.—Cada cual tiene sus deberes en este mundo: la ociosidad no sienta bien á su edad.

—Federico—prosiguió Lucía, dirigiéndole una mirada de súplica—espere usted por lo menos á que mi madre vuelva.

—Su misión no es estar con nosotros—dijo el doctor:—sería egoísmo detener su viaje por más tiempo. Ha perdido ya muchos días: ha llegado la hora para él de cumplir sus promesas.

—¡Adiós, amigos míos!—dijo Federico poniéndose en pie y apretando las manos de Lucía, del doctor y del cura.—¡Adiós! Acuérdense ustedes alguna vez de mí: yo siempre les recordaré. He pasado con ustedes los días más felices de mi vida; nunca lo olvidaré. ¡Sean ustedes felices; que Dios les conceda cuantas alegrías merecen!

El doctor y el cura apenas si podían adivinar los sentimientos que lo agitaban; le abrazaron con verdadero afecto paternal. En cuanto á Lucía, pálida, muda, inmóvil, miraba á Federico y parecía no darse cuenta de lo que pasaba en torno suyo. Federico salió de allí con el corazón consternado, pero resuelto y dueño de su emoción.

Al día siguiente, al salir el alba, estando ocupado en terminar sus preparativos de viaje, vió entrar en su cuarto al doctor Vicente, cuyo rostro desencajado denotaba una profunda ansiedad.

—No se marche usted, no puede usted marcharse—dijo el doctor con voz emocionada;—su presencia es necesaria; su misión no ha concluido. ¿Sabe usted lo que ocurre? En cuanto se hubo usted marchado, Lucía ha sido presa de una fiebre ardiente. He velado toda la noche á su cabecera. En su delirio, sólo ha pronunciado dos nombres: cuando no llamaba á su madre, á usted era á quien llamaba. La he dejado en un estado de exaltación que me inquieta, no se lo debo ocultar. Si usted se aleja, no respondo de nada. Considere usted, amigo mío, que ahora forma usted parte de su existencia. Cuando su razón se despertó, su primera mirada se fijó en usted; usted es quien ha recibido la confidencia de sus primeros sentimientos, de sus primeras ideas. Es una alma completamente virgen que sólo obedece á sus instintos. Más tarde, sin duda, podrá prescindir de usted; por ahora, necesita verle y oirle para pensar, como necesita el aire para respirar. Conozco la honradez de su corazón de usted; preveo todo lo que usted me dirá para justificar su alejamiento; pero he conferenciado con mi hermano, ha destruído todos mis escrúpulos; su palabra debe bastar para que su conciencia de usted esté tranquila y permanezca con nosotros. No olvido usted, amigo mío, que soy responsable de la vida de Lucía: mientras la señora de Montsabrey no haya vuelto, debemos reemplazarla. Ya sé que tiene usted que hacer en París: pero es usted joven, un largo porvenir le está á usted abierto, y no hallará usted dos veces ocasión de cumplir un deber tan sagrado como este. Haga usted por Lucía lo que haría usted sin duda alguna por su hermana. La señora de Montsabrey no puede tardar en volver. Ha sido usted testigo de su desesperación; asistirá usted á su alegría, se marchará usted contento de su felicidad.

Y como Federico titubeaba:

—No puedo usted permanecer aquí por más tiempo, en esta casa—prosiguió el anciano, que poseía todas las delicadezas del corazón.—La estación será cruda. No sabe usted lo que es el invierno en nuestra región; dentro de algunos días los senderos, sepultados bajo la nieve, estarán intransitables. Venga usted á vivir conmigo; mi casa es bastante capaz para alojarlo. Su presencia me devolverá algunos reflejos de la juventud; será usted como un alegre rayo de sol en el ocaso de mi vida. Venga usted, amigo mío; las horas que no pasemos con esa querida criatura, las pasaremos conversando de los hombres y de las cosas que queremos.

La conciencia más recta tiene tantos pliegues tortuosos, somos tan hábiles en el arte de erigir nuestras inclinaciones en obligaciones, que Federico, encantado de tener un pretexto que le permitiera quedarse, creyó sinceramente que se sacrificaba al consentir en no marcharse. Aceptó la hospitalidad que le ofrecía el médico cordialmente; cogió su mochila, que acababa de cerrar, y en vez de tomar el camino de París se dirigió hacia la casa del doctor Vicente, no sin haber abrazado antes á la hostelera del *Aguila de Oro* y á sus dos hijas, que lloraban como Magdalenas.

El doctor no había engañado á Federico, Lucía tenía una fiebre ardiente. Apenas hubo visto al joven pintor, su rostro se tranquilizó como por encanto. El brillo de sus ojos se atenuó; le alargó la mano, y con voz que expresaba á la vez el agradecimiento y el reproche:

—¿Por qué quería usted marcharse?—le dijo.

Federico se sentó á su cabecera y no le fué difícil justificarse.

IX.

La vida del castillo, un instante turbada por esa recaída imprevista, había recobrado su curso acostumbrado. El estudio, la amistad, las pláticas sin fin se compartían los días de Lucía. No se cansaba de interrogar á Federico sobre su madre, su hermana y sus comienzos de artista; quería saber la causa de su venida á San Mauricio y de qué modo había vivido hasta entonces. Federico contaba con alegría sus primeros ensayos y sus primeros trabajos. Hablaba de su arte con calor; decía con sencillez su pobreza altiva y laboriosa. Luego venía el relato de su viaje: Lucía le seguía con la imaginación, unas veces por las carreteras llenas de polvo, otras por los verdes senderos. Enumeraba con colorido encantador todos los modelos que había retratado y cuyas extrañas fisonomías, copiadas con rigurosa fidelidad, habían compuesto la dote de su hermana; su llegada á casa de su anciana madre, el enlace de los dos novios, sus poéticas excursiones por el Creusa, su llegada á San Mauricio y su estancia en el *Aguila de Oro*; no omitía ningún detalle, lo contaba todo con mucha gracia. No olvidó el estandarte del santo patrón, roído por los indiscretos ratones. Lucía, á pesar de su respeto por el bueno del párroco, no pudo por menos de reirse al oir este episodio. Se interesaba mucho por la hermana del pintor, á quien no conocía, y se hacía contar muy á menudo la felicidad de los recién casados.

—Quiero conocer á su hermana de usted; me la traerá usted, ó cuando mi madre esté de regreso iremos juntos á visitarla. ¡La querré, oh, sí, la querré mucho! ¿Cree usted que me querrá ella?—le decía.

A veces también la conversación tomaba un carácter más serio. No tanto para satisfacer la curiosidad de Lucía, como para educar su alma virgen, los dos ancianos le referían su modesta existencia, completamente consagrada á los desgraciados. Escuchándolos, Lucía comprendía la santidad del sacrificio y la magnitud de la beneficencia. Y, á su vez, refería todo cuanto había pensado, todo cuanta había sentido antes de entrar en la vida común.

—Era un estado bien extraño y del cual trataré en vano de darles cuenta. Todo lo comprendía, apreciaba en su justo grado los afectuosos cuidados de que me veía rodeada. Estaba llena de agradecimiento por el amor que velaba á mi lado: hubiera querido contestar á las caricias de mi madre, pero no hallaba palabras para expresar los sentimientos y las ideas que se agitaban, que zumbaban en mí como el enjambre de una colmena en actividad. ¡Qué bueno ha sido usted, doctor, para conmigo! Usted también, querido amigo—añadía, dirigiéndose al párroco.—Les quería á ustedes y no podía decirselo. Continuamente oía en mi seno un ruido de manantial que trata de brotar y no consigue perforar la roca. Si trataba de romper el silencio, mis esfuerzos redoblaban el tumulto de mis pensamientos; la vida me sofocaba, y mi lucha se terminaba con el desfallecimiento. Lo que he sufrido me sería imposible explicarlo. Cuando mi madre se abrazaba á mis rodillas diciéndome: «¡Escúchame!..... ¡Contéstame!.....» me parecía que mi corazón iba á estallar, y caía inanimada, aniquilada por mi impotencia. Únicamente estando sola me encontraba bien: amaba la Naturaleza, que me daba todo sin exigir nada de mí. Sólo conservo un recuerdo borroso de esos años desgraciados. La imagen del pasado es para mí un sueño únicamente, del cual puedo apenas reunir los fantasmas dispersos. Mi vida ha comenzado el día en que le he visto á usted al despertar.

Y Lucía dirigió á Federico una mirada de agradecimiento.

El doctor escuchaba este relato lleno de ingenuidad como hubiera escuchado la lección de un maestro. Al sentimiento de la curiosidad satisfecha, se mezclaba en él un legítimo sentimiento de orgullo: se ufanaba de haber adivinado lo que Lucía acababa de contarle.

Así es que los días transcurrían apaciblemente. La señorita de Montsabrey, que comprendía su ignorancia y que quería proporcionar á su madre una alegre sorpresa, adquiría con avidez todas las ideas nuevas ofrecidas á su inteligencia. El invierno no había terminado y ya había reparado el tiempo perdido. Igual que esos arbustos del Mediodía, que una cálida tarde de primavera basta para cubrir de yemas y de flores, sabía lo mismo que la mayor parte de las jóvenes de su edad. Es más; tenía sobre ellas una preciosa ventaja: amaba lo que sabía y nutría su pensamiento; su educación no había sido un puro ejercicio de memoria.

Sin embargo, ya se aproximaba el final del invierno; la señora de Montsabrey no había regresado todavía y no había dado noticias suyas. El doctor había escrito de nuevo, esta vez á los ministros de Francia en Milán, en Venecia, en Roma, en Florencia: la señora de Montsabrey no había recorrido ninguna de las capitales de Italia. Había enviado un propio á París: el hotel del Vizconde estaba deshabitado hacía varios meses. En sus posesiones del Berry nadie sabía dónde se hallaba el Vizconde; el intendente también lo ignoraba. ¿Qué era de la señora de Montsabrey? ¿A qué país había llevado su dolor? Mientras que la infortunada paseaba á lo lejos su desesperación, la felicidad la aguardaba á la puerta de su casa..... Había en ello algo de desconsolador que hubiera enternecido el corazón más indiferente.

—¿Por qué no está aquí mi madre?—preguntaba constantemente Lucía á sus amigos.—¿Por qué tarda en volver? ¡Me está llorando, y nada le dice que su hija respira y la llama!

A veces quería ponerse en camino para buscarla por todo el mundo. Tenía el presentimiento de que un instinto infalible guiaría sus pasos; no le era posible creer que el mundo, por grande que fuera, pudiese ocultarla por más tiempo á su amor. A veces, sola en su cuarto, sentada ante la ventana abierta, la llamaba en alta voz.

—¡Madre mía! ¡madre mía!—decía;—ahora soy yo la que te grito: ¡Escúchame! ¡contéstame!

Todos los rumores de fuera la hacían estremecer: el galope de un caballo, el rodar de un coche hacían afluir su sangre al corazón. Recordarán ustedes al fiel compañero que velaba sobre Lucía cuando era niña, y la traía al castillo cuando se olvidaba en el bosque. Como en el pasado, la seguía por todas partes, siempre estaba á su lado. La joven le decía á veces:

—*Turco*, ¿dónde está mi madre? ¡Búscala, mi fiel compañero!

Al oir estas palabras, *Turco* agitaba el rabo, se ponía á escudriñar por todas partes, escapándose del patio ladrando desaforadamente: recorría los campos vecinos, y volvía con las orejas gachas, á acostarse á los pies de su ama, que le acariciaba tristemente. Había días en que la desesperación se apoderaba de Lucía; pero los tres amigos velaban por ella y la daban ánimo con tiernas palabras. El doctor le prometía el pronto regreso de su madre: el cura le enseñaba que hay que someterse á los designios del Todopoderoso; Federico redoblaba su afección y ternura fraternal. Conmovida por tanto cariño y tanto cuidado, la hermosa muchacha temía parecer ingrata, y recobraba la esperanza, renaciendo á la felicidad.

Los primeros días del buen tiempo hallaron á Lucía casi del todo regenerada. Asistió al despertar de la Naturaleza, como Eva contemplando por primera vez los encantos del Edén; sus facultades adquirieron completo desarrollo, como la corola de una flor bajo las tibias caricias del sol. La juventud y la inteligencia brillaban en su frente y en su mirada, antes inmóvil; la vida circulaba bajo el alabastro sonrosado de su rostro y hasta en los bucles de sus cabellos rubios, en que la brisa parecía complacerse en revolotear. Jamás belleza más suave había sonreído á la claridad del cielo. Todo reverdecía, cantaba, florecía á su alrededor: era en persona una de las Gracias de la creación.

Con la primavera habían vuelto los paseos largos. Iban juntos por los senderos llenos de verdura, admirando y comentando el eterno poema que tenían á la vista. Federico no se acordaba ya de marchar; olvidaba todo lo que no era Lucía. Respirar el aire que respiraba, embriagarse á cada momento con el encanto de su voz y el encanto de su presencia, no soñaba, no pedía nada más. Su conciencia estaba tranquila: había querido alejarse, y el doctor lo había detenido hablándole de deberes que cumplir. ¿Qué le tenía reservado el porvenir? ¿Cuál sería el desenlace de su estancia prolongada en el castillo de Montsabrey? No se preocupaba de ello y dejaba transcurrir los días. Por su parte los dos hermanos no sentían ninguna desconfianza. Cándido cual un niño, completamente tranquilizado además por la actitud de Federico y por la pureza de Lucía, el párroco había tomado el partido de no alarmarse de su intimidad: hasta el mismo doctor, secretamente encantado de tener como huésped á ese joven que alegraba su soledad, el doctor, á pesar de su perspicacia y de su penetración, vivía en una paz profunda. Pronto acabó aquella tranquilidad.

X.

Hacía tiempo que Lucía deseaba bajar á San Mauricio. Un domingo, en una hermosa mañana, dando el brazo al doctor Vicente se encaminó hacia la aldea. Federico caminaba á su lado. Al llegar á la plaza, la muchedumbre silen-

ciosa acababa de penetrar en el rústico templo; la misa principiaba. Los campesinos, que sólo conocían á la señora de Montsabrey por su caridad inagotable, no habían visto nunca á su hija; pero, como es sabido, la pobre inocente había sido, durante diez años, la gran preocupación de la aldea. El anuncio de su muerte les había consternado; su resurrección era el tema de todas las conversaciones. La hostelera del *Aguila de Oro* decía á todo el que quería escucharla que era Federico, Federico quien la había salvado, Federico quien la había hecho recobrar la vida y la razón. Como el joven pintor era querido en todo el pueblo, nadie se había resistido á creerlo. En dos leguas á la redonda Federico pasaba por haber resucitado, en menos de un año, al gran San Mauricio y á la señorita de Montsabrey. Venía la gente en peregrinación para visitar la habitación que había ocupado en la hostería del *Aguila de Oro*. Durante la misa todas las miradas se fijaron en él y en Lucía. A la salida de la iglesia, bajo el alero de tejas musgosas, fueron rodeados por una muchedumbre curiosa que los acompañó hasta la puerta del presbiterio. Lucía pasó todo el día en aquella casa, y se retiró con el corazón impregnado del buen perfume que se respiraba en ella. Daba el brazo, como antes, al doctor Vicente; pero, á los pocos pasos, el doctor tuvo que detenerse ante un grupo de mujeres que le estaban aguardando para consultarle, y entonces Lucía se apoyó en el brazo de Federico. Los dos jóvenes cruzaron la plaza y tomaron el sendero que costeaba el monte, sin prestar atención á los murmullos de la gente que les abría paso.

—¡Él la ha salvado!—decía uno.

—Tendrá su debida recompensa—decía otro.—Es una hermosa cura, á fe mía, pero la muchacha también es hermosa.

—Créame usted, compadre—decía un tercero:—no hay como la juventud para salvar á la juventud.

—¿Para cuándo el matrimonio?—preguntaba el gordo Nicolás frotándose las manos.

—¡Caramba!—proseguía maese Pedro—hé aquí un parisién que no ha perdido su tiempo en nuestra región. Es una buena profesión la de pintor.

—Sí—añadía el pequeño Leonardo;—produce más que varear nuecos.

Lucía y Federico pudieron por fin sustraerse á la curiosidad de los indígenas. Caminaban en el sendero desierto, la joven apoyada en el brazo del pintor. Era la primera vez que se hallaban solos: se embriagaban sin turbación y sin remordimiento de esa felicidad que no habían buscado. No se decían nada que el médico ó el párroco no hubieran podido escuchar, y sin embargo eran felices al sentirse así el uno al lado del otro, caminando sin testigos bajo la bóveda del cielo.

EUGENIO DE OCHOA.

Continuará.



18.—Sombrero para señoritas.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR.

Exclusivamente serán contestadas en este sitio las consultas que, sobre asuntos propios de las secciones del periódico, se sirvan dirigirnos las Señoras Suscriptoras á la edición de lujo y á la 2.ª edición, demostrando esta circunstancia con el envío de una faja del periódico, ó por cualquier otro medio.

Las consultas que se nos dirijan en *carta anónima*, ó que vengan firmadas por personas que no demuestren debidamente ser suscriptoras á las citadas ediciones, no serán contestadas.

SRA. D.ª MARÍA F.—Mil gracias por su atenta felicitación, y á mi vez le deseo un feliz año.

Es muy difícil quitar las manchas de tinta en el mármol: sin embargo, desaparecerán en gran parte frotándole con limón, cuidando de hacerlo sólo en el sitio manchado.

Luego siga el procedimiento que recomiendo en este mismo periódico en mi contestación *A una Entusiasta de Andalucía*.

Los boas se llevan cortos, pero lo que está más de moda son los cuellos de piel.

En la actualidad se usan poco las cadenas de reloj. Está más de moda llevarlo colgando de un broche en el lado izquierdo del pecho, sobre todo las señoritas.

Las chaquetas de solapas abiertas se usan con un pechero de gasa ó seda de un color que armonice con el traje. Este debe ser más ó menos claro, según el aspecto que quiera darle al traje. Como modelo, le recomiendo cualquiera de los dos grabados 1 y 4 de los números de LA MODA de 22 de Noviembre y 14 de Diciembre.

Los cinturones más de moda son los de goma de seda con broche de *strass* ó metal dorado.

Cumpliendo su deseo, tengo el gusto de darle la receta de la tarta de almendra.

Se machacan en un mortero de mármol, y poco á poco, á fin de que queden hechas una pasta, media libra de almendras buenas, peladas antes en agua hervida y secas en una servilleta; según se van machacando se echan en una fuente honda, donde habrá docena y media de yemas de huevo bien batidas, y toda la mezcla se bate suavemente por espacio de media hora, añadiendo luego media libra de azúcar refinada pulverizada, la raspadura de un limón seco y cuatro claras de huevo batidas hasta que se pongan blancas como la nieve. Bátese nuevamente todo ello, hasta que se formen ampollas como si estuvieran hirviendo, y echando todo en una tartera untada de manteca fresca de vaca, se pone en seguida en el horno á un temple moderado. Cuando está en su punto se saca, y después de fría se le echa por encima azúcar, y se adorna al capricho.

SRA. D.ª MARÍA DE G. Y S.—Después de lavar los encajes negros, se meten un rato en agua bien cargada de café tibio, y siendo de seda, vuelven perfectamente á su color negro. Si no son de buena calidad, nunca recuperan el color perdido, pero el matiz rojizo que les da el uso se encubre mucho.

Es extraño que no haya podido encontrar el jabón en ninguno de esos dos puntos, pues éste ha adquirido el nombre de la población donde se fabrica. Sin embargo, podrá prescindir de él y emplear otro cualquiera, siempre que sea bueno y siguiendo el mismo procedimiento de la receta ya explicado.

Me extraña mucho que eche usted de menos en nuestro periódico la publicación de los modelos de ropa blanca, pues raro es el número en que no publicamos alguno.

Le será fácil elegir lo que desea repasando con detenimiento toda la colección del año 95, y teniendo en cuenta que en los próximos números los hallará también de seguro.

Recientemente hemos publicado dos bonitos modelos de camisas de vestir. Los hallará en el número de 14 de Diciembre próximo pasado, figs. 18 y 19. También son bonitos modelos de camisa y pantalón los grabados 35 y 36 del 6 del mismo mes, y para enagua el grabado 2 del número de 22 de Noviembre.

Á UNA VIOLETA DE PARMA.—Las cintas á que se refiere se colocan un rato vueltas del revés al vapor del agua hirviendo, y cuando están húmedas se planchan entre dos telas bastante tirantes y al aire.

El calzado más cómodo y bonito para estar dentro de casa es las zapatillas rusas de paño granate, azul ó verde obscuro.

En la actual estación, y siendo un gabinete de uso como dice, está admitido tenga en él la camilla, si está lujosamente cubierta; de otro modo no, pues es un mueble que ha caído en desuso.

Á UNA CAMELIA.—Puede el joven corresponder con otro regalo el día del santo de ese señor, eligiendo para esto un objeto del uso particular de éste, tal como un breviario, misal, cáliz, vinajeras, etc.; ó también está admitido un objeto para su cuarto: un crucifijo, un sillón para la mesa de escribir, una palmatoria de plata, una lámpara, etc.

En cuanto al ofrecimiento de casa que ese señor ha hecho por mediación del hijo de usted, á éste corresponde contestar en nombre de usted dándole las gracias y ofreciéndole á la vez de un modo atento su casa y sus servicios.

Esa señora debe ir en medio de los dos, dando la derecha al sacerdote.

Á UNA ENTUSIASTA DE ANDALUCÍA.—Aun cuando he dado ya la receta para hacer la paella á la Valenciana, tengo el gusto de repetírsela á continuación:

Se pone á fuego vivo manteca de cerdo en proporción á la paella que se quiere hacer, y cuando está bien caliente se frien en ella unos cuantos pimientos, los que, después de fritos, se sacan. En seguida se frien en la misma cacerola pollos, patos, lomo de cerdo y salchichas, todo hecho pedazos, y cuando están dorados se ponen tres ó cuatro dientes de ajo mondados y cortados en pedacitos, tomate, perejil, pimiento encarnado, sal y un poco de pimienta; se revuelve todo hasta que esté bien frito; entonces se añaden alcachofas y guisantes, y se les da dos vueltas para que se rehoguen, y después se echa caldo ó agua fría, y se deja hervir hasta que esté cocido.

Se aumenta el caldo necesario, y cuando cuece se echa el arroz suficiente; se hace hervir fuerte, aumentándole los pimientos, trozos de anguila ú otros pescados. A medio cocer se disminuye el fuego y se deja marchar sin tocarlo ni menearlo; cuando está en su punto se saca y se deja reposar un poco; luego se sirve.

Se ha de procurar que el arroz quede entero, cocido y sin caldo, de suerte que al comerlo esté suelto, lo que se consigue poniendo el caldo necesario y siguiendo las reglas ya dichas.



19 y 20.—Abrigo Imperio para niñas de 6 á 8 años. Espalda y delantero.

21.—Salida de teatro y concierto. *Explic. y pat., núm. V, figs. 47 á 52 de la Hoja-Suplemento.*

22.—Enagua de tafetán tornasolado. *Explic. y pat., núm. IV, figs. 43 á 46 de la Hoja-Suplement.*

23.—Abrigo para niños pequeños.

24.—Vestido para niños pequeños.

25.—Cuerpo-blusa para biciclista.

26.—Camisa de dormir para señoras.

27.—Chaqueta de astrakán

28.—Collet Dalila.

Para devolver su primitivo color á esos objetos, no existe más procedimiento que volver á platearlos.

El mármol queda perfectamente limpio dándole con blanco de España. Hecha una masita clara con un poquito de agua, se deja secar después de darla por igual, y luego se pasa una esponja. Para darle brillo, se echa en agua fría una cucharada de álcali volátil y dos gotitas de aceite; se restriega bien el mármol con una muñequita, sin tocarlo con la mano, y se frota después con una franela suave.

Todos los objetos de plata quedan perfectamente limpios lavándolos con agua y jabón, añadiendo una cucharada de potasa en el agua hirviendo; después se secan perfectamente, y, por último, se les pasa una gamuza para sacarles brillo.

Para preservar el cutis del aire del campo, es muy bueno lavarse diariamente al tiempo de recogerse con clara de huevo batida á la nieve. Al día siguiente puede lavarse con agua clara, echando en ella unas gotitas de vinagrillo inglés.

SRA. D.ª J. V. DE P.—*Zaragoza*.—Las tres combinaciones son bonitas, y se usan para trajes de alivio de luto. Lo elegante consiste en saber combinar bien los colores.

Si desea hacerse un traje de mucho vestir, le recomiendo el color malva en todos sus tonos, mezclado con negro.

Como traje práctico le recomiendo también el gris y negro, cuya combinación resulta muy bonita para paseo, visitas, etc.

Á UNA ROSA.—El tejido igual á la muestra que me remite podrá utilizarlo únicamente para una chaqueta entallada. Si aun no lo ha comprado le aconsejo que no lo haga, pues, á mi parecer, no le dará buen resultado, por la mucha mezcla de algodón que tiene. No es enteramente de moda, pero puede pasar.

Recomiendo únicamente la clara de huevo para el cutis con objeto de preservarlo del aire del mar ó del campo; de no ser para esto, no hay para qué usarla.

Siendo buena la miel, es igual que ésta sea blanca ó morena.

Diré á usted con entera franqueza que no me agrada esa combinación en un traje de lana, que por lo visto será para diario.

Es elegante cubrir la mesa de comedor con un buen tapete; pero sobre éste no se sirve el refresco. Se pone una mantelería propia para este servicio.

Á UN RAMO DE VIOLETAS.—En la puerta de entrada puede colocar un portier de *peluche*, haciendo juego con los colores de la sillería. En lo demás que dice creo que se referirá á los balcones, en los cuales se colocan también unas *draperies* iguales al portier y de los mismos matices, de modo que vuelvan á los lados descendiendo hasta abajo y cubriendo los costados del *stor* de tul bordado color crudo, que es lo más elegante y lo que se pone en este caso.

Cuando los impermeables empiezan á tomar el color rojizo, es imposible devolverles el negro que tienen de nuevos. Siento mucho no poderle dar ninguna receta para esto.

Á UNA ABONADA INTERMITENTE.—El tejido es propio para confeccionar la chaqueta del modelo que dice, y, á mi juicio, sólo debe cambiar el pechero, al cual, en vez de la forma babero, debe darle la de un camisolín igual al croquis núm. 1 de la *Revista Parisiense* del 14 de Diciembre.

Para hablar á usted con franqueza, debo decirla que esta chaqueta no es propia para calle, y mucho menos en la actual estación. Es más bien para teatro, sociedad ó concierto. Puede usarla con falda de seda negra ó del color del fondo de la muestra.

El camisolín puede ser de encaje color crudo, negro ó de *surah* del color del fondo del tejido.

Un bonito modelo para la confección de su traje negro, teniendo en cuenta las advertencias que me hace y la tela con que cuenta, es el grabado primero del número de 22 de Diciembre. De dicho modelo podrá copiar la chaqueta, la cual hará con la tela brochada. Para la falda, copie el figurín iluminado del 14 de Octubre. Es de mucho más vuelo, y debe hacerla de la tela lisa.

Confeccionado así este traje, le resultará sencillo y muy de moda.

Para amueblar las dos habitaciones de que me habla, y dadas las circunstancias que me expone, la mejor disposición será la siguiente: en su alcoba coloque la cama con dos mesas de noche; á la derecha, en el testero, puede colocar el oratorio, que supongo será de madera tallada con puertas, en cuyo interior se coloca una imagen, crucifijo, reliquias, etc.; á los pies forma el reclinatorio, donde se coloca un almohadón de terciopelo del color que prefiera. Este oratorio tiene una especie de atril, que sirve para guardar los libros de devoción y apoyar los brazos al rezar. En el testero izquierdo coloque el lavabo, de la misma madera que la cama. En el gabinete debe poner, delante de la chimenea, un alfombrín grande, y á los lados dos divanes pequeños, y un tercer diván formando círculo. Formando centro, una mesita con un adorno, un jarro para flores, un portatarjetas, etc. Después de hecha la colocación según las proporciones que el gabinete tenga, puede poner un armario de luna en un lado, en otro un tocador, un *bureau* para escribir y el costurero. Las colgaduras deben ser iguales al tapizado de la sillería, y con el mismo tejido debe cubrir la chimenea.

Su carta está bien dirigida. La anterior no habrá llegado á la Administración cuando no me la han enviado para ser contestada.

Gracias por su ofrecimiento.

Á FLOR DE LIS.—Un bonito modelo de traje para la señorita de diez y nueve años es el grabado 10 del número de LA MODA de 30 de Octubre del año último, confeccionado con un tejido de mezcla de lana y seda en dos tonos, rojo y negro, verde y rojo, ó marrón y rojo, poniéndole, en la misma forma que el modelo indica, el canesú y pechero de guipur color crudo. Cinturón y cuello de terciopelo del color del fondo.—Sombrero todo negro, de la misma forma que el modelo, adornado con plumas también negras.

Talma de piel de nutria, igual al croquis núm. 8 de la *Revista Parisiense* del 6 de Noviembre.

Para más diario podrá hacerse un bonito traje guiándose por el grabado 13 de dicho número, haciendo la falda y blusa de jerga azul marino, con todos los adornos que indica el modelo, formados por medio de *soutache* de seda negro. Cinturón de terciopelo también negro.

También podrá hacerse un bonito sombrero teniendo por modelo la figura núm. 1 del *Figurín iluminado* del ya citado número de 6 de Noviembre, haciéndolo de fieltro verde muy obscuro, ó marrón con lazos de terciopelo granate, también muy obscuro, y plumas negras. Este vestido debe llevar talma del mismo tejido, y capucha formada de *surah* azul marino. Es el abrigo que más le conviene por lo elegante y sencillo.

El paño de la felpa podrá teñirlo de color avellana tostada, y usarlo con chaqueta de terciopelo color marrón, guiándose para su confección por el *Figurín iluminado* del 11 de Octubre.

El calzado que dice se sigue usando.

Á FLOR DE INVIERNO.—Lo mismo podrá conservar con la receta que dí el color castaño del cabello, que el rubio.

Para usarla debe empezar por lavarse la cabeza con agua y jabón. Después se sumerge el cabello en el agua, en la que previamente, y estando templada, se habrá disuelto la cantidad de carbonato de sosa que pueda caber en una moneda de cinco céntimos. La cantidad de agua será de dos litros.

Para fortalecer el cabello haga una infusión de quina en rama en alcohol, dejándolo macerar ocho días. Pasado este tiempo puede usarla cada tres ó cuatro días, dándoso en el casco de la cabeza con una esponjita. Esto no ensucia el cabello y lo fortalece.

Cuidándose la cabeza con los procedimientos anteriormente explicados, debe tenerla bien limpia: por lo tanto no debe hacer uso del peine fino más que cada ocho días.

Siguen estando de moda las blusas que dice.

Es indispensable la media negra, pues de otro color resultaría poco elegante.

Sin duda no ha debido repasar con detenimiento la colección de nuestro periódico, pues en casi todos hay publicados modelos de ropa blanca. Vea los números correspondientes al mes de Octubre, Noviembre y Diciembre, en los cuales, como en los anteriores, encontrará bonitos modelos de camisas, pantalones y enaguas. Además en los próximos números se seguirán publicando nuevos modelos.

Efectivamente, algunas personas dicen que la velutina perjudica usándola diariamente. No puedo asegurarlo por no conocerla prácticamente.

Al cutis moreno, aun cuando éste sea claro, le sientan bien los polvos blancos mezclados con Rachel.

Si su cuñada es viuda de un hermano de usted, no tiene que hacerle regalo.

Si se ha casado ahora con un hermano de usted y antes era amiga suya, está usted en el caso de regalarla á pesar del tiempo transcurrido; pero si no la conocía, no: usted verá cuál de estos casos es el que consulta.

Los objetos á propósito para regalar á una señorita son numerosos: depende el regalo de lo que se quiera gastar.

Puede usted elegir de los siguientes el que más le convenga: sombrilla, abanico, *en-tout-cas*, un objeto para su tocador, frasco de sales, caja de guantes, estuche para uñas, juego de peines de concha, y de alhajas aquello que se prefiera.

Á CENERENTOLA.—Le recomiendo mucho para pescado la salsa cuya receta le doy á continuación:

En un perolito de porcelana se pone un bol de nata, un trozo de manteca de vacas muy fresca trabajada con un poco de harina, dos yemas de huevo, un poco de mostaza, perifollo, perejil, estragón y chalotas.

Estas hierbas se pican muy menudas, mezclándolas con un poco de corteza de limón: se ponen al fuego los ingredientes anteriormente mencionados, y se mueve todo sin cesar con una cuchara de madera hasta el momento en que comienza la ebullición, pero sin dejar que ésta se produzca por completo. Al tiempo de servirlo se añade el jugo de un limón entero.

Esta salsa no se acerca al fuego hasta un momento antes de presentarla. Se sirve con toda clase de pescado. No se debe olvidar que muchas veces se come el pescado por la salsa que tiene.

ADELA P.

EXPLICACIÓN DEL FIGURÍN ILUMINADO.

Núm. I.

Corresponde á las Señoras Suscriptoras de la edición de lujo y á las de la 2.ª y 3.ª edición.

TOILETTES DE BAILE.

1. Traje de muselina de seda estampada color maíz, sembrada de colgantes y de perlas de azabache y guarnecida de plumas negras y pasamanería bordada de cuentas de colores. —Falda fruncida de gasa sobre viso de seda color maíz, y adornada en la parte inferior, en la misma disposición que el modelo marca, con grupos de pluma negra colocados de trecho en trecho á igual distancia. Cuerpo fruncido, escotado en redondo y abierto sobre una espalda de pasamanería que termina en pico y desciende hasta el talle. El delantero forma dos *écharpes* con cabecilla fruncida, que van dispuestas sobre una coraza de pasamanería. Estas *écharpes* terminan en pico y cubren el talle en forma de chaquetilla corta. Por detrás, la misma disposición. Manga globo de bengalina color maíz, drapeada y atravesada en la parte superior con una cinta de terciopelo negra sujeta en el hombro y en el borde inferior con un grupo de plumas negras.

2. *Toilette* de raso azul pálido, brochado de gruesas rosas y guarnecido de guipur color crudo y terciopelo color berengena con hileras de agavanzos.—Falda de raso brochado, adornada en la parte inferior con una hilera de agavanzos y seguida de una banda de terciopelo, velada por otra de



(Croquis del figurín iluminado visto de espalda.)

guipur. Corselete liso y escotado en redondo completamente, de guipur sobre viso azul pálido, bordeado en la parte superior con una hilera de agavanzos. Tirantes de terciopelo color berengena formando un lazo sobre los hombros: el de la derecha continúa sobre el corselete formando *écharpes*, y terminando cerca del talle con un *chou* del mismo terciopelo. Rodeando el talle, cinturón drapeado de raso azul pálido. Manga hueca hasta el codo, de terciopelo drapeado, y abierta en la parte de delante con un cuchillo de guipur haciendo juego con el cuerpo.—En los cabellos, *aigrette* sujeta con un broche de brillantes.

IMPORTANTE.

Los frecuentes abusos que vienen cometiéndose por individuos que falsamente se atribuyen el carácter de representantes de esta Empresa en las provincias, nos ponen en el caso de recordar nuevamente: 1.º, *que no respondemos más que de aquellas subscripciones que se hayan formalizado y satisfecho en nuestras oficinas*; 2.º, que el público debe acoger con la mayor reserva las instancias de personas que á la sombra del crédito de la Empresa, y atribuyéndose una representación que de ningún modo pueden justificar, abusan de su buena fe, y 3.º, que siendo en gran número los libreros, impresores y dueños de establecimientos mercantiles que en todas las capitales y poblaciones importantes del Reino reciben subscripciones á LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA Y AMERICANA y á LA MODA ELEGANTE, correspondiendo con honradez á la confianza que en ellos deposita el público, no nos es posible estampar aquí una lista tan numerosa, ni es tampoco necesario; porque conocidos como son en sus respectivas localidades por el crédito que su comportamiento les haya granjeado, nada es tan fácil, para las personas que deseen subscribirse por medio de intermediarios, como *asegurarse previamente de la responsabilidad y garantía que puede ofrecerles aquel á quien entregan su dinero*.

EL ADMINISTRADOR.

AÑO LV

LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA

PERIÓDICO ESPECIAL DE SEÑORAS Y SEÑORITAS

INDISPENSABLE EN TODA CASA DE FAMILIA

Publícase los días **6, 14, 22** y **30** de cada mes. Aparte de las secciones de modas y labores de utilidad ó adorno, da al año sobre **500** columnas de escogida lectura

PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN

EDICIÓN DE LUJO
(Única completa)

48 figurines iluminados—6 ó más figurines extraordinarios de novedades parisienses—40 ó más suplementos con patrones trazados al tamaño natural, dibujos inéditos para toda clase de bordados y labores, ó selectas piezas de música.

EN PROVINCIAS
UN AÑO, **40** PESETAS; SEIS MESES, **21**; TRES MESES, **11**.

PAÍSES DE EUROPA
UN AÑO, **50** FRANCOS; SEIS MESES, **26**; TRES MESES, **14**.

CUBA, PUERTO RICO Y FILIPINAS
UN AÑO, **12** PESOS FUERTES ORO; SEIS MESES, **7**.

DEMÁS PAÍSES DE AMÉRICA Y ASIA
UN AÑO, **60** FRANCOS; SEIS MESES, **35**.

EDICIONES ECONÓMICAS
(Sólo para España y Portugal)

EN PROVINCIAS

Segunda edición
24 figurines iluminados—30 suplementos con patrones trazados al tamaño natural, ó dibujos para toda clase de bordados y labores.
UN AÑO, **24** PESETAS; SEIS MESES, **12**; TRES MESES, **6**.

Tercera edición
12 figurines iluminados—24 suplementos con patrones trazados al tamaño natural, ó dibujos para toda clase de bordados y labores.
UN AÑO, **18** PESETAS; SEIS MESES, **9**; TRES MESES, **5**.

Cuarta edición
Sin figurines iluminados—24 suplementos con patrones trazados al tamaño natural, ó dibujos para toda clase de bordados y labores.
UN AÑO, **14** PESETAS; SEIS MESES, **7**; TRES MESES, **4**.

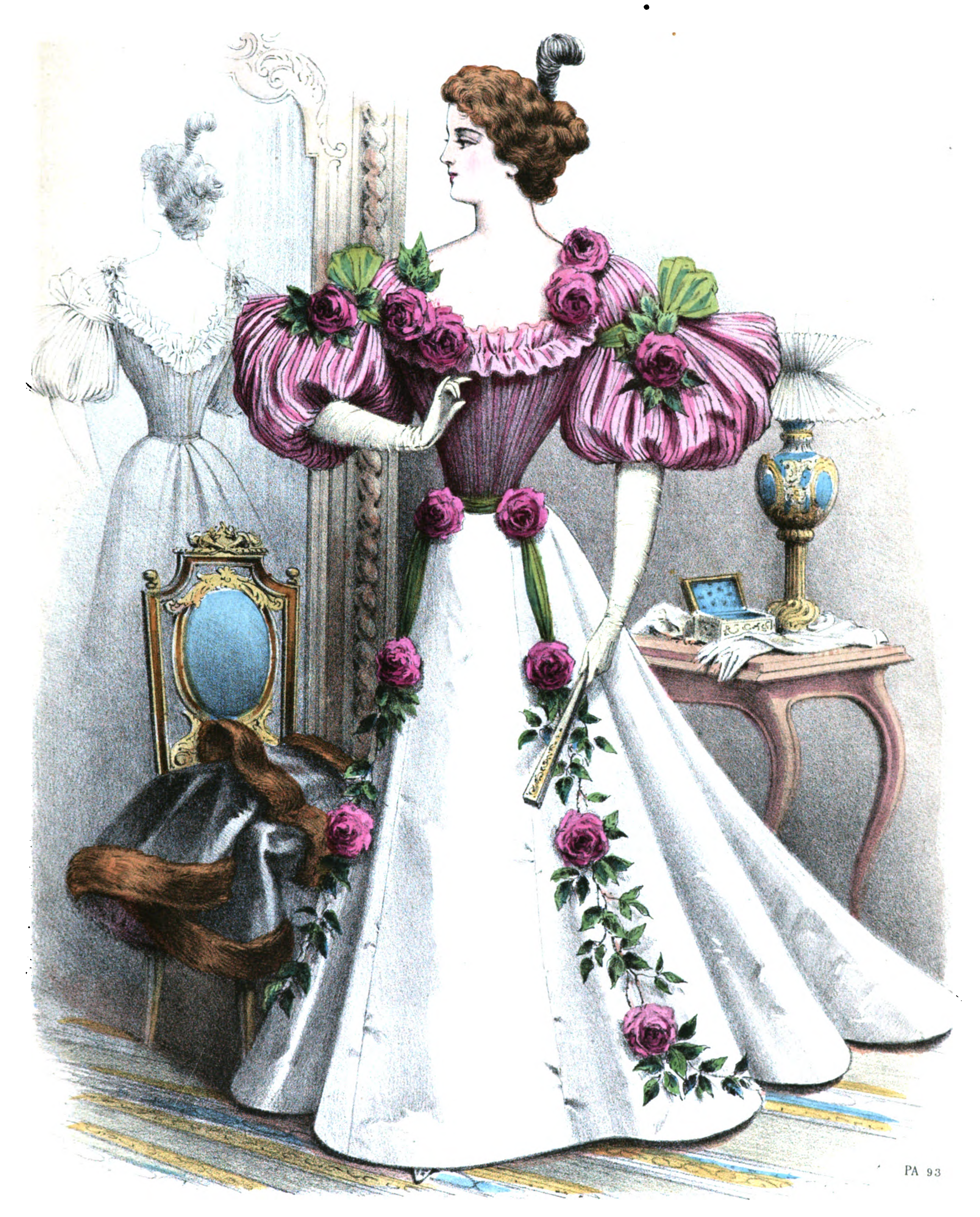
En PORTUGAL rigen los mismos precios que en provincias, á razón de 180 reis por peseta

Siendo propiedad de la misma Empresa el periódico de bellas artes, literatura y actualidades, LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA Y AMERICANA, las Señoras Subscriptoras que también se abonen á esta última Revista obtendrán la rebaja de 25 por 100 en el precio de LA MODA ELEGANTE, cualquiera que sea la edición á que se hallen subscriptas.

Tanto de LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA Y AMERICANA como de LA MODA ELEGANTE, se facilitan números de muestra, gratis, en las principales librerías y por su

Administración, Alcalá, 23, Madrid

MADRID.—Establecimiento tipolitográfico «Sucesores de Rivadeneyra», impresores de la Real Casa.



LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA

14 de Enero de 1896 Alcalá 23 _ Madrid Nº 2



PERIÓDICO ESPECIAL DE SEÑORAS Y SEÑORITAS, INDISPENSABLE EN TODA CASA DE FAMILIA

Administración: Alcalá, 23 Madrid. | Madrid, 14 de Enero de 1896. | Año LV.—Núm. 2.

1 y 2.—Trajes de ceremonia.

SUMARIO.

REVISTA PARISIENSE.

SUMARIO.

El mes de Enero.—Visitas y recepciones.—Las elegantes de paseo.—Más sobre los cuerpos-blusas.—Dos modelos.—Utilización de las antiguas faldas.—Variedad de formas de las faldas actuales.—Vestido de visita.—Vestido de *soirée*.—Dos adornos de pieles.—Imposibilidad de devolver el dinero.- Un niño goloso.

El mes de Enero es, sin disputa, el más animado y brillante de todo el año. Este es el mes en que la elegante del gran mundo abandona habitualmente los placeres de la vida de *château*, para hacer un alto de algunos días en París, de donde emigra poco tiempo después á las costas del Mediterráneo.

Así, que nieve ó ventee, ó que una niebla negra y glacial envuelva la gran ciudad, haciendo más sombría la tristeza de los pobres, París no se halla menos agitado este mes de una animación particular. Al través del vidrio de los cupés blasonados que circulan por nuestras calles y plazas se ven los semblantes frescos y risueños de señoras jóvenes y bellas, envueltas en pieles y tocadas de deliciosos sombreros Luis XVI ó de capotas de flores. Un poco impacientes, pero risueñas á pesar de todo, corren presurosas á sus visitas, ó á casa de la modista ó del sastre, y por la noche se muestran radiantes y elegantemente ataviadas en los teatros á la moda ó en los salones abiertos para alguna fiesta artística ó danzante.

°°°

He dado ya algunas indicaciones concernientes á los trajes de teatro, y hablado con extensión del papel preponderante que representan en este género de trajes los cuerpos de estilo Luis XV y Luis XVI. Sería, no obstante, un error el creer que los cuerpos-blusas se hallan por esto completamente abandonados. Vi la otra noche en la primera representación de *Marcela*, en el Gymnase, varios de ellos muy lindos, dos de los cuales merecen particular mención.

El que representa nuestro croquis núm. 1 es de gasa azul celeste, con escote alto y redondo, y va guarnecido con flecos de pedrería. Dos puntas de guipur forman en el delantero un adorno muy elegante. La manga globo no pasa del codo. Una cadena de diamantes da la vuelta al cuello y cae hasta la cintura.—El sombrero es todo de hojas de hiedra, y va adornado con una doble *aigrette* de hojas y dos plumas negras.

La otra blusa (croquis núm. 2) es de raso Liberty color de rosa pastel, es decir, un rosa muy pálido, casi blanco. Por delante, á partir de las dos rosáceas del cuello, para terminar en la cintura, dos tiras estrechas de marta cibelina y precio-



Núm. 1.

sos encajes que forman conchas. Una cenefa de cibelina ribetea el cuello.—*Toque* de tul verde luz, con los bordados aconchados y ribeteados de un galón de metal. Unas alas de lolóforo constituyen los adornos.

Llamaré la atención de mis lectoras sobre la forma de esta blusa, que dibuja la forma del brazo, conservando al mismo tiempo cierta amplitud. Esta manga señala de una



Núm. 2.

manera feliz la transición entre la manga globo y la manga estrecha, á la cual nos encaminamos resueltamente.

Haré observar igualmente, de paso, que estas dos lindas blusas iban puestas sobre faldas de raso negro.

Merced á las blusas de forma y colores diferentes, es fácil variar la *toilette* sin preocuparse de la falda, lo que constituye una economía.

°°°

Se pueden también utilizar perfectamente las faldas del año pasado. ¿Por qué renunciar á su utilización? El corte de



Núm. 3.

las faldas ha variado poco. Se me objetará que el vuelo ha disminuído sensiblemente; pero son raras las personas que han seguido la moda en sus exageraciones y que no han tenido la prudencia de atenerse á un vuelo razonable. En todo caso, no hay nada más fácil que quitar un poco de vuelo disminuyendo los paños de costado.

Por lo demás, la anchura de las faldas no ha disminuído tanto como se dice. Algunas lo creen; pero aparte de algunas tentativas en este sentido, se ven no pocas faldas extraordinariamente anchas.

Se ha supuesto igualmente que el corte de las actuales faldas es uniformemente igual. Otro error. Si las líneas del conjunto ofrecen un aspecto, la forma varía sin cesar, á medida del capricho de las modistas y modistos. Tenemos ya cierto número de modelos: las faldas de seda, cuyos paños se cortan generalmente en punta, como la tela de un paraguas. Vienen después las faldas compuestas por delante de un paño que forma delantal, á cada lado de un paño sesgado, y por detrás de tres medios paños, con los cuales se forman tres pliegues redondos: es sabido que estos medios paños van reemplazados algunas veces con un solo paño, que tiene por abajo todo el ancho de la tela, ó sea un metro 20 centímetros, y cortado al sesgo por cada lado, de manera que quede reducido á 30 ó 40 centímetros en lo alto, con cuyo paño se hacen igualmente tres pliegues, que se dejan caer con libertad. Por último, otras faldas que llaman faldas campesinas van hechas con cuatro paños, sesgados ligeramente en lo alto y montados con fruncidos alrededor de la cintura. Esta falda exige naturalmente una tela ligera y una cintura delgada.

Los ejemplos que preceden nos demuestran que la forma de las faldas dista mucho de ser siempre la misma. Por lo demás, la moda nos prepara todos los días nuevas formas. Así, para responder al estilo Luis XV y Luis XVI, actualmente en boga, ciertas modistas han lanzado la falda de pliegues muy anchos, que caen rectos y se ahuecan un poco en lo alto. No insistiré sobre la modificación de las mangas, que es, desde ahora, un hecho consumado, por lo menos para la estación próxima.

°°°

Por el momento, además de los trajes de teatro, son los trajes de calle y de *soirée* los que hoy ocupan á nuestras elegantes. En cuanto á los vestidos de visitas, se hacen de preferencia de telas ricas, de seda ó terciopelo, y sus adornos son siempre muy lujosos; pues si bien la elegante visitadora conserva su abrigo, cualquiera que éste sea, cuando se presenta por primera vez en un salón, lo deja en la antesala siempre que se trata de un salón de confianza, contenta



Núm. 4.

de presentarse en cuerpo y de lucir la elegancia de su traje.

Lindísimo es el modelo de vestido que representa nuestro croquis núm. 3, destinado á una riquísima americana.

La falda es de paño negro, y su borde inferior va adornado con un bordado muy fino. Cuerpo del mismo paño, estilo Luis XV, con aldeta corta, muy ceñida en las caderas y aplicada por detrás sobre la falda. Este cuerpo, adornado con solapas dobles de paño bordado, que van fijadas por delante con dos botones gruesos de pedrería, se abre sobre un chaleco de tafetán crema estampado de flores. El chaleco sobresale de las aldetas del cuerpo, en lo cual consiste su no-



Núms. 5 y 6.

vedad. Del cuello blanco sale un segundo cuello de guipur negro y blanco. La manga es ajustada desde el globo, el cual es más corto que los que habíamos visto hasta ahora.

°°°

Como me propongo tratar más adelante de los trajes de visita, hablaré de los trajes de baile y *soirée*. Se llevan muchos vestidos de terciopelo y sedas estampadas, con cuerpo



3.—Abrigo para niñas de 6 á 7 años.

4 y 5.—Vestido para niñas de 7 años.
Delantero y espalda.



6.—Abrigo para niños de 5 á 6 años.





7.—Traje de paseo.



8.—Traje de calle.

Luis XVI, y vestidos Princesas de bengalina moaré de reflejos brillantes. Los tafetanes ligeros, los rasos, las muselinas de seda, etc., etc., son las telas preferidas de las señoritas y señoras jóvenes.

Hé aquí (croquis núm. 4) un vestido para señora joven. La falda es de raso crema, sin ningún adorno. El cuerpo, de raso color de rosa, va guarnecido con solapas anchas de raso verde, adornadas en el borde inferior con encaje crema. Dos correas de raso verde, sujetas con botones de *stras*, cierran el cuerpo, cuyas mangas consisten en un globo corto. Un fichú de muselina de seda, cruzado sobre el pecho y remetido en el escote, bastará para transformar este traje de baile en traje de convite.

°°°

Decía más arriba que nuestras elegantes dejaban sus abrigos en la antesala cuando iban de visita en casa de sus amigas. La mayor parte de ellas, sin embargo, tienen cuidado de conservar una especie de cuello de pieles, que es como un adorno añadido al traje. Los dos dibujos croquis números 5 y 6 dan una idea de lo que son estos adornos, tan útiles como graciosos y elegantes.

°°°

En un teatro poco favorecido del público:

Antes de levantar el telón, el director de escena echa una ojeada á la sala, y dirigiéndose al empresario, le dice con acento de desesperación:

—No hay más de veinte personas. Yo creo que haríamos bien en devolver el dinero.

—Imposible; son todos billetes gratuitos.

Ocurrencia de un niño goloso:

—Niño, ya te he dicho que no se lame el azúcar.

—Mamá, yo no la lamo; la beso.

V. DE CASTELFIDO.

París, 10 de Enero de 1896.

EXPLICACIÓN DE LOS GRABADOS.

Trajes de ceremonia.—Núms. 1 y 2.

Núm. 1. *Traje para señoras de cierta edad.*—Vestido Princesa de terciopelo Liberty, fondo «violina», bordado de negro. Se compone de espalda, lados de espalda y de delante y delantero ajustado con pinzas y cerrado bajo el brazo izquierdo. El delantero forma tres paños abiertos sobre unos cuchillos de raso blanco. Manga á estilo de 1830, de terciopelo color de vino de Burdeos, terminada en un puño de encaje antiguo. Cuello ancho de piel de marta, formando unas caídas que van adornadas en sus extremidades con rosáceas de raso. Cuello alto de la misma piel, y corbata de encaje antiguo.—Capota de flores de terciopelo «violina», con lazo *aigrette* de encaje.

Tela necesaria: 14 metros de terciopelo bordado; 3 metros de terciopelo liso, y 2 metros de volante de encaje.

Núm. 2. *Traje para niñas de 10 á 12 años.*—Se hace este traje de terciopelo rojo y paño blanco. Cuerpo de vestido formando blusa, montado con canesú de paño blanco, y sujeto en la cintura con un cinturón de terciopelo negro. Chaleco largo, estrecho, de paño blanco, y cuello de lo mismo, ribeteado de plumas negras. Unas cintas estrechas de terciopelo negro adornan el paño blanco. Manga globo.—Sombrero de ala ancha de terciopelo encarnado, guarnecido con plumas negras.

Tela necesaria: 6 metros de terciopelo, y 75 centímetros de paño.

Abrigo para niñas de 6 á 7 años.—Núm. 3.

Es de seda rayada *beige*, y va guarnecido de piel de cabra blanca de Mongolia. Se la monta con pliegues abundantes alrededor de un canesú liso. La manga es ancha, y va estrechada con un brazalete. La esclavina va hendida en los hombros. Una tira de piel de Mongolia guarnece el contorno de la esclavina, el cuello y los puños. Lazos flotantes de cinta *beige* en la esclavina, por delante. El forro es de raso *beige*, ó verde agua.—Sombrero de fieltro *beige*, adornado con plumas y cintas.

Vestido para niñas de 7 años.—Núms. 4 y 5.

Es de lana encarnada, y se compone de una falda cruzada sobre el lado izquierdo y fijada con cuatro botones sobre una quilla de faya blanca, y de un cuerpo con espalda plegada, de seda, y delantero de lana con peto de seda flanqueado de tirantes de terciopelo negro, que salen de un canesú de lo mismo, recortado. Unas hebillas de plata sujetan los tirantes en la cintura. Manga ancha al sesgo, plegada en el puño y estrechada con un brazalete de cinta cerrado con un lazo. Una cinta rodea el talle y se anuda por detrás.

Tela necesaria: 3 metros de tela de lana, de un metro 20 centímetros de ancho; un metro 50 centímetros de faya, y 75 centímetros de terciopelo.

Abrigo para niños de 5 á 6 años.—Núm. 6.

Este abrigo es de paño gris claro, va guarnecido de castor, y se compone de espalda con pliegues gruesos y delantero con cruce doble. Cuello ancho, ribeteado de piel y cruzado por delante. Manga recta, con puño ribeteado de piel.—Sombrero de fieltro blanco, adornado con raso blanco y plumas blancas.—Cinturón de piel blanca, cerrado con una hebilla.

Tela necesaria: un metro 50 centímetros de paño.

Traje de paseo.—Núm. 7.

Vestido de terciopelo rayado color «violina». Estola muy larga, de piel de cibelina, cuadrada en los hombros y en la espalda, formando pliegues *godets* en los ángulos y conchas por delante. Adornos de la misma piel, con cabezas «naturalizadas», puestos en el cuello, por delante, hasta la cintura. Unas rosáceas de terciopelo *miroir* van puestas á cada lado del escote.—Manguito de terciopelo, guarnecido de piel de cibelina.—Sombrero de terciopelo, adornado con plumas negras, *aigrette* blanca y torzal de raso color marfil bordado de lentejuelas.

Traje de calle.—Núm. 8.

Se compone de una falda de lana musgo, listada de galones labrados del mismo color, pero más obscuro. Chaqueta Luis XVI, de terciopelo labrado, compuesta de espalda, lados de espalda y de delante y delanteros con pinzas, abiertos sobre un camisolín de muselina de seda blanca, con un enorme lazo de la misma muselina en el escote. Aldetas con un *godet*. Botones de acero calado en el borde de los delanteros. Cuello alto doblado y solapas anchas.—Sombrero de felpilla verde, adornado con cintas, cuyo fondo es de color de grosella.

Tela necesaria: 4 metros 50 centímetros de lana, y 7 metros 58 centímetros de terciopelo.

Vestido de baile.—Núm. 9.

Este elegante vestido es de raso verde claro, y va escotado en redondo. Lo alto del cuerpo es de raso blanco bordado de cuentas y lentejuelas de plata, y la parte inferior es de raso verde agua, plegado en torno de la cintura. Las mangas, bullonadas, de raso verde, van terminadas en un volante de tul blanco, bordado de lentejuelas de plata, que cae hasta cerca del codo. Un ramo de rosas va puesto en el lado izquierdo y cae sobre la falda. Esta es de raso verde agua, y va atravesada por delante de tres tiras anchas de raso blanco, adornadas en lo alto con una cenefa de cuentas de plata. La cola va guarnecida con cuatro tiras iguales de raso blanco, y separada del delantero de la falda por una quilla de raso verde.

Toque de terciopelo.—Núm. 10.

Se hace esta linda *toque* de terciopelo negro, con ala retorcida formando dos rosáceas enormes plegadas en los lados. Por delante, un pliegue hueco doble, de terciopelo igual, forma una rosácea grande flanqueada de dos joyas de *stras* en forma de almendra. Por detrás, apoyadas contra la copa, van dos magníficas plumas negras.

Traje de visita para señoras.—Núm. 11.

La falda y las mangas son de raso azul obscuro. El cuerpo, que forma chaquetilla, es del mismo raso, con solapas cubiertas de guipur crema. Pechera de gasa Liberty. Cuello y cinturón de raso.

Tela necesaria: 16 metros de raso, de 50 centímetros de ancho, y 60 centímetros de gasa, de un metro 20 centímetros de ancho.

Haciéndolo de tela de lana, este vestido puede servir para calle ó paseo.

El Amor cartero (traje de máscara para niños de 7 á 9 años).—Núm. 12.

Calzón corto y falda de seda tornasolada negra y verde, en la cual van pintados unos sobres sellados con lacre rojo, ó verdaderos sobres cosidos. Cuerpo de la misma seda, con peto encarnado y botones de oro. Manga corta, con carteras encarnadas y galón de oro. Alas en la espalda y en los contornos. Medias encarnadas.—Gorra encarnada y negra, donde va pintado un corazón, así como en la caja.

Clown (traje de máscara para niños de 10 á 12 años). Núm. 13.

Traje de punto fondo blanco mosqueado de rojo. Calzón de raso negro con lunas pintadas ó bordadas. Chaqueta corta del mismo raso, que deja ver la mitad de los tirantes. Corbata con lazo enorme de raso amarillo, como las vueltas del calzón y la cartera de la chaquetilla. Peluca blanca. Zapatos encarnados.

Pregonero de aldea (traje de máscara para niños de 5 á 7 años).—Núm. 14.

Falda corta de paño azul, con orla de paño blanco y galón encarnado apuntado con botones de oro. Chaqueta de paño azul, con peto blanco. Galones y botones en el pecho. Cinturón de piel encarnada. Manga con cartera blanca y galón encarnado. Cuello recto y corbata de seda encarnada. Tricornio de fieltro negro ó raso, adornado con un galón de oro y una escarapela tricolor. Medias encarnadas, y zapatos negros, con lazo y hebilla de oro.

Traje de visita.—Núm. 15.

Vestido Princesa de raso color de algarroba, compuesto de espalda, lados de espalda y de delante y centro de delante con laditos. Sobre el delantero, canesú de muselina negra con pliegues de acordeón, montado con cabochones de azabache y terminado en una aplicación de guipur blanco bordado de lentejuelas de azabache. Cuello alto de raso. Cierre invisible bajo el brazo izquierdo. Manga formada de un globo plegado, y terminada en una manga ajustada y bullonada de modo que figura unos pliegues sobrepuestos.—Sombrero Luis XVI, de fieltro negro, adornado con plumas negras, rosáceas de terciopelo peonía y *aigrette* negra.

Tela necesaria: 16 metros de raso y un metro de muselina.

Traje de paseo para señoritas.—Núm. 16.

Se compone este traje de una falda de paño *beige* guarnecida de pespuntes, y un cuerpo de terciopelo inglés color de naranja, con aldetas. Delantero con pinzas y aldetas onduladas; espalda y ladito también con aldetas. Chaqueta de piel de nutria, terminada en rabos de nutria que caen sobre las aldetas de terciopelo. La chaqueta abierta va hendida en las pinzas y guarnecida con botones de acero claveteados. Manga de terciopelo al sesgo. Cuello alto y abarquillado de pieles, abierto sobre un cuello plegado de terciopelo, que sujeta unas chorreras de encaje antiguo.—Sombrero de fieltro color de tiza, adornado con peonías amarillas y color de rosa y penacho de plumas negras.

Tela necesaria: 4 metros de paño, de un metro 30 centímetros de ancho; 5 metros de terciopelo, y una chaqueta de pieles cortada por un patrón de chaquetilla ordinaria.

RESULTADO DE UNA EMBAJADA.

VENGA usted y le presentaré—me dijo la señora de Velarde.

Yo soy muy corto de genio naturalmente, y todas las mujeres me producen una especie de temor, sobre todo si son jóvenes y bonitas. A la señora de Velarde no la incluyo en ese número: en primer lugar, porque cuenta más de cincuenta años, y además, porque en punto á belleza no tiene gran cosa que agradecer á Dios.

Aquella tarde había yo ido á su casa con el solo objeto de encontrar allí á la señorita de Vélez; no porque yo tuviese ningún interés personal en conocerla—hagan ustedes el favor de no sospechar mal,—sino por otra causa que después explicaré.

En fin, ante las palabras de la señora de la casa no había más remedio que obedecer y seguirla al pequeño salón donde esperaba la visita.

Aquí debo decir que la señora de Velarde me conoce desde hace mil años: sabe perfectamente que en mi vida he podido sostener una conversación con una joven sin que la lengua se me atraviese en la boca, la sangre se me suba á la cara y acabe por hacer ó decir alguna tontería; pero no sé por qué razón ella goza excesivamente viéndome en tales apuros, y por ende busca siempre la ocasión de proporcionarme un rato agradable de esa naturaleza.

Aquella tarde, por ejemplo, apenas hubimos entrado en el salón, y después de la presentación de ordenanza, pretextando una carta que tenía que escribir con urgencia, nos dejó, frente á frente, á los dos solos.

La señorita de Vélez, perteneciendo como pertenece al sexo débil, llevaba consigo, como es de rigor, innumerables objetos, tales como un *boa*, un libro, un paquete, etc., etc., todos los cuales estaban ya esparcidos por los asientos colocados á su alrededor; pero yo pregunto á cualquier persona imparcial: ¿Quién se puede figurar que el sitio elegido para colocar una sombrilla sea ponerla atravesada en una butaca? Yo, ciertamente, no había nunca pensado en la posibilidad de que tal cosa ocurriese; así es que no pude menos de producirme una verdadera indignación interior cuando, al sentarme en el único sitio al parecer vacante, oí debajo de mí un *clik*, y me convencí de que ese ruidito procedía del palo de una sombrilla que yo acababa de romper en tres pedazos.

Miré á la señorita de Vélez sin atreverme á pronunciar una palabra.

La señorita de Vélez me miró á su vez, primero con una expresión que bien á las claras quería decir: «¡pero qué torpe es usted!», y después con un tinte bastante burlesco, al notar la expresión de mi fisonomía.

Por fin me decidí á pronunciar algunas palabras de disculpa, diciendo á mi víctima que ella tenía la culpa de lo ocurrido, por dejar la sombrilla en un sitio como aquel.

Con esto ya me pareció que había quedado bien disculpada mi acción.

Y aquí entra el objeto de mi visita.

Mi amigo Ventura Peña se encontraba á la sazón en el Cairo desempeñando una misión diplomática, lo cual no le impedía estar enamorado de la señorita de Vélez, á la que había hecho la corte en Madrid, pero sin llegar á formalizar sus relaciones por la precipitación con que había tenido que salir de la capital de España.

La misión que le llevaba á Egipto, y que debiera durar sólo dos meses, se había prolongado ya un año; pero la paciencia de Ventura no podía prolongarse por más tiempo, sobre todo desde que habían llegado á sus oídos ciertos rumores de que el objeto de sus aspiraciones sufría desde hacía algún tiempo un asedio formal, dirigido por un capitán de húsares que aspiraba á conquistar la plaza.

Una declaración por escrito fué sin duda la primera idea que cruzó por la mente de Ventura; pero en seguida comprendió las dificultades con que tropiezan las cartas dirigidas por un muchacho á una muchacha, pues es sabido que no llegan á su destino sin pasar por la aduana materna ó paterna, según los casos.

Por último, mi buen Ventura discurrió que el mejor camino era encargarme á mí de la misión, y al efecto, pocos días antes de aquel en que me han visto ustedes en casa de la señora de Velarde, había yo recibido una carta de mi amigo rogándome que, por todos los medios posibles, procurase hablar á la señorita de Vélez, la explicase la pasión que por ella sentía—como si esto fuese cosa fácil de explicar—y que le arrancase una contestación, telegrafiándole el resultado.

Ahora bien: si otro que Ventura de la Peña me hubiera dado semejante encargo, yo les doy á ustedes mi palabra de que no habría quedado muy satisfecho de mi contestación; pero, tratándose de él, yo no tenía más remedio que obrar de distinto modo y aceptar su comisión, pues á ello me obligaba la amistad casi fraternal que me había unido con su padre, y el recuerdo de que éste, al morir, me había recomendado que velara, en lo que de mi parte estuviese, por la felicidad de su hijo.

Por una casualidad, que no es del caso referir, supe que la señorita de Vélez pensaba ir á casa de la señora de Velarde aquella tarde; decidí aprovechar la oportunidad, é indudablemente el azar estaba de mi parte, puesto que, apenas presentado al adorado tormento de mi amigo, hallaba la oportunidad de hablar con ella sin testigos.

No había tiempo que perder, y, reuniendo todo mi valor, rompí el fuego desde luego.

—Señorita, tal vez extrañe á usted la revelación que voy á hacerle—comencé.

La cara de mi interlocutora mostró el asombro que le causaba este exordio, que á mí, una vez pronunciado, me pareció de muy bonito efecto.

—Es el caso—proseguí—que mi venida á esta casa hoy no ha obedecido más que al deseo de ver á usted.

Aumento en los manifestaciones de asombro de mi nueva amiga.

—Aunque sólo haga un momento que he tenido el honor de serle presentado, hacía ya tiempo que tenía el placer de conocerla, y esto me ha animado á cumplir la misión que hoy me trae cerca de usted.

La cara de la señorita de Vélez parecía toda ella una interrogación.

—Hay un hombre, señorita, que hace mucho tiempo tiene fijo en usted su pensamiento—continué yo cada vez más seguro de que mi elocuencia crecía de una manera que á mí mismo me sorprendía;—ese hombre cifra su felicidad en alcanzar el amor de usted, y.....

El párrafo, que sin duda hubiera terminado de una manera brillantísima, quedó interrumpido por una carcajada homérica que salió de los labios de la señorita de Vélez.

Confieso que nunca pensé que mi discurso produjese semejante efecto; así es que me quedé callado esperando á que pasase aquel ataque de hilaridad, que se prolongó por algún tiempo, porque hube de notar que cada vez que la señorita de Vélez fijaba sus ojos en mí, volvía de nuevo á su risa, hasta llenársele los ojos de lágrimas y parecer que su esbelto cuerpo iba á truncarse á impulsos de las convulsiones que la risa le producía.

Por fin terminó ésta, y la joven pudo decir estas palabras:

—Perdone usted mi impertinencia, pero no he podido contener la risa; soy muy nerviosa, y una vez que comienzo á reirme no sé cuándo puedo parar.

—Pero, señorita, yo no recuerdo que en mis palabras hubiese nada que pudiera producir semejante hilaridad.

—¿Usted cree.....?

—Estoy seguro de ello. Se trata, por el contrario, de un asunto serio por demás, y del que depende la felicidad y tal vez la vida de un hombre que adora á usted, que espera con ansia saber cuál es la contestación que usted da á mis palabras, y.....

Nueva interrupción de la señorita de Vélez para preguntarme:

—Perdóneme usted mi indiscreción; pero ¿tendría usted inconveniente en decirme cuántos años tiene?

—Cincuenta y cinco, señorita—contesté yo, aunque no podía explicarme la razón de aquella pregunta.

—¡Tiene muchísima gracia!.....—exclamó la joven riéndose de nuevo.

—Señorita, por Dios, suspenda usted sus burlas y sus risas hasta que me haya dado una contestación definitiva á mi demanda, y.....

—¿Desea usted una contestación categórica?

—Ciertamente que la deseo; pero.....

—Bueno, pues la contestación es un *no* tan grande como esta casa.

—¡Pero, señorita.....!—imploré yo al ver que se levantaba de su sitio.

Mas no pude continuar, porque en aquel momento entraba en la sala la señora de Velarde. Al verla la señorita de Vélez se dirigió á ella, la cogió del brazo y la obligó á salir de la habitación.

Esperé cinco minutos, luego diez, y al fin apareció la criada para decirme que la señora se había encontrado indispuesta repentinamente y que me rogaba la dispensase.

Salí de la casa pensando en el disgusto que iba á producir á mi pobre amigo Ventura la contestación de su adorado tormento. Llegué á mi domicilio, y encontré en él un telegrama que me llamaba con urgencia á Barcelona. Nada me detenía en Madrid: hice mi maleta, y aquella misma noche salía para la ciudad condal. Desde allí dirigí un despacho telegráfico á mi amigo dándole cuenta del mal resultado obtenido, y me consagré al asunto objeto de mi viaje, que se prolongó por espacio de un mes, al cabo del cual regresé á la capital de España.

El día mismo de mi llegada dirigí mis pasos al paseo de coches del Retiro: di por él una vuelta, hasta que, cansado del ruido monótono de los carruajes, me encaminaba por una de las alamedas solitarias, cuando con gran sorpresa vi delante de mí, y marchando en dirección opuesta á la que yo seguía, á mi buen amigo Ventura, acompañando á la señorita de Vélez, cuya mamá con otra señora, para mí desconocida, venían pocos pasos detrás.

La alegría que me produjo aquel encuentro no es para dicha. Apresuré el paso, y cuando estuve cerca llevé la mano á mi sombrero, preparando el mejor de mis saludos: pero con asombro inmenso noté que, al reconocerme, tanto uno como otro volvieron la cara al otro lado, y pasaron por delante de mí sin dirigirme una mirada y dejándome con el sombrero en la mano y en una situación tan airosa como la que ustedes se pueden figurar.

Dando vueltas en mi cabeza á lo que aquello significaba, salí del Retiro, encaminándome por la calle de Alcalá hasta el *Veloz*, donde esperaba comer aquella noche. Mi entrada en los salones del círculo fué la señal de una explosión de risas y de bromas, á las que tuve que poner término pidiendo con toda seriedad que se me diera una explicación de los motivos á que todo aquello obedeciera: y solamente entonces supe que por todos los salones de Madrid corría la noticia de que yo había aprovechado la ausencia de mi amigo Ventura de la Peña para procurar quitarle la mujer que él adoraba, que al efecto me había hecho presentar á ella, y que sin esperar más tiempo había hecho mi declaración, que fué rechazada en el acto, y que mi indignación al ver que no era aceptado mi amor había sido tanta que, olvidándome de todos los respetos debidos, había hecho pedazos la sombrilla de la señorita de Vélez.....

Protesté indignado de semejante calumnia, pero todo el mundo se rió de mí; corrí á casa de la señora de Velarde, pero encontré su puerta cerrada para mí; quise ver á Ventura, pero éste me hizo saber por un tercero que deseaba que no insistiese, para que no llegase el caso de que se olvidase de que yo había sido el mejor amigo de su padre; y, por último, desesperado, decidí dejar á cada cual pensando como quisiera, pero me juré á mí mismo no volver á aceptar encargos de mis amigos ni á ser embajador cerca del sexo femenino.

LADY BELGRAVIA.

EL CASTILLO DE MONTSABREY.

Conclusión.

Jamás se habían preocupado de que los vigilaban, y sin embargo gozaban deliciosamente de esa primera hora de soledad y de libertad. La tarde estaba hermosa. A poca distancia del castillo se sentaron sobre un otero inclinado, en donde Federico había visto por vez primera á Lucía. Las estrellas empezaban á dibujarse en el cielo; los setos se llenaban de gritos de pájaros que se acurrucaban en sus nidos. Permanecieron largo tiempo silenciosos, recogidos, mirando los matices anaranjados del poniente, prestando atención á los confusos rumores que subían del valle, embebidos en la contemplación de los esplendores del crepúsculo.

—Aquí es—dijo por fin Federico;—en el sitio en que ahora estamos es donde la vi á usted por primera vez. Era un hermoso día de otoño. No había hecho más que entrever á usted, y ya era usted la única preocupación de mi vida.

Y el joven pintor refirió qué interés repentino había experimentado por el destino de Lucía. Su palabra tenía la elocuencia fácil de los sentimientos sinceros: Lucía, encantada, no pensó en interrumpirle; la voz de Federico llegaba hasta su corazón, más fresca, más embalsamada que el viento que hacía cimbrear á su alrededor las hierbas altas y la retama en flor.

Cuando hubo dejado de hablar:

—¿Así es—dijo ella—que antes de conocerme, pensaba usted en mí, se sentía usted atraído por mi desgracia? ¡Oh! amigo mío, esto me prueba que es usted bueno. Mire usted, puesto que estamos solos, voy á confesar á usted una cosa que nunca me he atrevido á decir delante del doctor y del cura. En el tiempo en que mi vida sólo era un sueño penoso y atormentado, veía todas las noches un sér misterioso que se sentaba á la cabecera de mi cama, y que se parecía á usted como á un hermano. Me miraba sonriendo, y sentía mi inteligencia desprenderse sin esfuerzo de las ligaduras que la oprimían. Me hablaba, y tenía palabras para contestarle. Tenía la misma fisonomía que usted: su voz era dulce, como la suya; cuando le vi á usted al despertar, reconocí al amigo que visitaba mis sueños.

Permanecían de nuevo silenciosos, entregados á su meditación, para mejor escuchar el lenguaje divino de sus almas. A dos pasos del otero en que estaban sentados, el doctor, que acababa de llegar, y al cual no veían, los estaba contemplando con aire pensativo y apacible.

—Hijos míos—dijo con bondad,—se hace tarde: Hipócrates aconseja que no debe uno exponerse al relente de la noche.

Tan puros como el cielo que brillaba sobre sus cabezas, los dos jóvenes no habían experimentado al oir la voz del anciano ni rubor ni confusión. Estaban tranquilos, aun cuando emocionados. El resto del trayecto se hizo en silencio, y el brazo de Lucía temblaba sobre el brazo del doctor. Apenas de vuelta, Federico, en vez de pasar la velada con su huésped como tenía por costumbre, le apretó la mano y se retiró á su aposento: la felicidad necesita de recogimiento, y como el dolor, es amiga de la soledad.

Las estrellas se desvanecían; el Oriente empezaba á blanquear, y el doctor Vicente se paseaba todavía por las calles de su jardín. Había oído y recogido la víspera todos los dichos que corrían por San Mauricio; había observado la muda meditación de Lucía y de Federico: una mutua confesión no le hubiera puesto más al corriente. Hasta ese día, el bueno del doctor no había visto en la inclinación de la joven hacia el pintor más que un instinto irreflexivo, del que la razón acabaría por triunfar. Por otra parte, la ternura puramente fraternal que Federico demostraba á la señorita de Montsabrey no le había dejado sospechar nada. El pobre médico comprendía, pero tarde, que se había engañado. ¿Qué hacer? ¿Qué partido tomar? El caso era peliagudo. Si Federico se alejaba, ¿qué sería de Lucía? Si permanecía, ¿en dónde pararía ese afecto que degeneraría pronto en amor? ¿La señora de Montsabrey se resignaría á conceder la mano de su hija á un artista de paso? El Vizconde, que no carecía de altanería aristocrática, ¿consentiría ese casamiento desigual? Por cualquier lado que mirase, el doctor sólo veía entorpecimientos y dificultades. Pensaba con tristeza en el porvenir de los dos seres á quienes quería, en la vida de Lucía, apenas empezada y ya puesta á prueba; pensaba con espanto en la ausencia prolongada de la señora de Montsabrey, y se sentía doblegar bajo la responsabilidad que pesaba sobre su cabeza cana.

Después de gozar algunas horas de reposo, se disponía á bajar á la aldea para consultar con su hermano, cuando al abrir la verja del jardín se encontró frente á frente con el peatón que distribuía el correo.

—Una carta para usted, doctor Vicente.

El doctor profirió un grito de alegría al reconocer la letra del sobre: era una carta de la señora de Montsabrey. Mientras la buscaban por Italia, la madre de Lucía, que no había salido de Francia, vivía retirada en San Rafael, en el Var. Escribía:

«San Rafael, 23 de Junio de 1846.

»Mi bueno y anciano amigo:

»He llegado aquí moribunda; he rehusado ir más lejos. ¿Para qué? Mi dolor no es de los que buscan distracciones; puesto que no me he muerto, viviré hasta mi última hora con él. ¿Por qué ha consentido usted que se aprovecharan de mi desmayo para apartarme del lecho en el cual mi hija acababa de expirar? Era para salvarme, según me han dicho: créame usted, el dolor no mata. Me siento todavía con fuerzas para volver á la casa en que he vivido tanto tiempo con mi adorada Lucía. Allí es donde quiero envejecer y morir, sola con su imagen. Nunca he comprendido esos corazones débiles que temen habitar los lugares en que todo les recuerda sin cesar á los seres queridos que han perdido. Dentro de algunos días estaré allí. No espero ya ninguna felicidad en este mundo; mi único consuelo consistirá en hablar de ella á cada hora. Coloque usted á la cabecera de mi cama el retrato que me ha prometido. Había escrito ya para pedírselo, pero mi hermano ha interceptado la carta. ¡Es todo lo que me resta de esa pobre Lucía!

»Hasta pronto, amigo mío; ¡que Dios nos asista!—*Amelia de Montsabrey*.»

En cualquier momento, el anuncio del regreso próximo de la señora de Montsabrey hubiera llenado de alegría al doctor Vicente. En el punto en que se hallaban las cosas, lo recibió como un beneficio, como una bendición del cielo: la experiencia le había enseñado que la custodia de dos jóvenes no es pequeña tarea. El regreso de la señora de Montsabrey arreglaría ciertamente todas las dificultades: el mutuo afecto de Lucía y de Federico no tendría tiempo de ir en aumento, de adquirir raíces profundas; podrían separarse sin que su vida fuera destruída para siempre. El anciano, á quien la felicidad acababa de devolver la agilidad de su juventud, corrió al cuarto de Federico.

—¡La señora de Montsabrey ha escrito, vuelve!—exclamó.—Vamos corriendo á anunciar esta grata nueva á su hija.

Al oir estas palabras, el joven pintor se puso lívido como un cadáver; el doctor, sin notar la alteración de su rostro, lo arrastró hacia el castillo.

—Hija mía—dijo al acercarse á Lucía que se paseaba por el jardín,—dentro de algunos días abrazará usted á su madre.

Lucía profirió un grito de alegría, y cogiendo la carta que le presentaba el médico, la cubrió de lágrimas y de besos.

Federico, triste y silencioso, permanecía en pie á su lado; había tenido un sueño encantador y acababa de despertar.

XI.

Federico había comprendido en seguida que su misión había concluído, su tarea había terminado, y que sólo le quedaba un partido que tomar. No podía titubear; sin embargo, había comprendido al mismo tiempo que su deber le obligaba á aguardar el regreso de la señora de Montsabrey: la huída en el momento de su llegada hubiera tenido la apariencia de un remordimiento. En cuanto á Lucía, un solo sentimiento llenaba su corazón: iba á volver á ver, iba á abrazar á su madre. El pensamiento de que Federico debía marcharse no había pasado siquiera por su mente: si alguno hubiera venido á decirla que estaba á punto de perder á su amigo, sólo le hubiera contestado con una sonrisa de incredulidad.

Todo estaba listo para el regreso. El doctor sabía que la alegría puede matar lo mismo que el dolor, y quería preparar con tacto el corazón de la señora de Montsabrey; tenía el presentimiento que sucumbiría si le anunciaba demasiado repentinamente la resurrección de su hija. Todo lo tenía previsto y calculado; Lucía y los criados habían prometido ayudarle.

Una mañana estaban todos reunidos en el salón del castillo, Lucía, el doctor, el cura y el joven pintor. El salón, lleno de flores, inundado de sol, tenía un aire de fiesta. Todos los cuatro parecían presa de una emoción, de la cual fácil es hacerse una idea: el doctor acababa de recibir unas líneas del Vizconde anunciándole para el mismo día la llegada de la señora de Montsabrey. Los dos ancianos trataban de calmar la agitación de la joven. Testigo de la felicidad de todos, Federico saboreaba en silencio la única alegría que le fuera permitida: en esa casa tanto tiempo habitada por la desesperación, no había más desgraciado que él. Por un sentimiento de discreción fácil de comprender, hubiera querido dejar de asistir á la primera entrevista; pero sus amigos habían insistido: puesto que había estado en el dolor, debía estar en la alegría.

Las horas transcurrían con mucha lentitud, según el deseo de Lucía, á quien consumía la fiebre de la espera. A cada momento consultaba el reloj, corría al balcón para mirar con ansiedad si veía algún carruaje, y volvía á sentarse desconsolada. La espera es el suplicio de la felicidad. Eran las doce: se oía el toque de oraciones de la iglesia de San Mauricio. De repente, *Turco*, que estaba acostado á los pies de su ama, se levantó, enderezó las orejas y olfateó el viento. Casi al mismo tiempo se oyó el movimiento lejano de un carruaje. El ruido se aproximaba cada vez más. Rodeada del doctor, de Federico y del cura, Lucía hallábase en pie en el hueco de una ventana. Estaba pálida, temblorosa, agitada, y apretaba su corazón con ambas manos. Por último, profirió un grito: un carruaje acababa de desembocar en la avenida de árboles que daba acceso al castillo.

—¡Mi madre! ¡es mi madre!

Y la joven hizo un movimiento como para ir al encuentro de la señora de Montsabrey. El doctor la detuvo con autoridad.

—¿Es así, hija mía, como me ha prometido usted obrar? Serénese usted. Su madre de usted ha resistido al dolor de perderla; ¿quiere usted que sucumba á la alegría de volverla á ver?

—¡Sí, amigo mío, sabré contenerme; sí, me dominaré!—exclamó Lucía echándose en brazos de su anciano amigo.—¡Pero, en nombre del cielo, tenga usted compasión de mí! ¡No prolongue usted mucho tiempo este sufrimiento de impaciencia!

A los pocos instantes, la puerta del castillo se abrió com-



9.—Vestido de baile.

pletamente para dejar paso al carruaje que conducía á la madre de Lucía. Los dos hermanos bajaron la escalinata de la terraza; Federico, que los había seguido, se había apartado. El doctor fué quien abrió la portezuela y, con la galantería propia de un gentilhombre, ayudó á bajar á la señora de Montsabrey. La madre de Lucía estaba tan cambiada, que los criados, agrupados alrededor del coche, casi no la conocían; lágrimas de enternecimiento se desprendían de todos los ojos. Dirigió en torno suyo una mirada dolorosa, y apoyándose en silencio en el brazo del médico, subió lentamente la escalinata, mientras el párroco, que había llamado aparte al Vizconde, le informaba de lo sucedido. En presencia de su servidumbre había contenido su emoción; pero apenas entrada en el salón, se echó sobre un diván medio desfallecida y su pecho estalló en llanto. Los dos ancianos y el Vizconde, sentados á su lado, contemplaban con un sentimiento que se asemejaba casi al remordimiento, la explosión de esa desesperación que podían, con una sola palabra, convertir en indecible alegría.

—Amigo mío—dijo al doctor en cuanto se hubo tranquilizado un poco—enséñeme usted el retrato de mi hija.

—Señora—replicó con voz grave el médico,—consulte usted bien su valor. Era usted la más desgraciada de las madres; su hija de usted acababa de expirar cuando se ha hecho el retrato; ¿se siente usted con fuerzas suficientes para afrontar la vista?

—Sí, amigo mío, sí..... Pero ¿por qué estas flores? ¿Por qué este aire de fiesta rodeando mi luto? ¡Ah! ya comprendo. Mi hija amaba las flores, y han querido ustedes que todo me la recordara. Ha hecho usted perfectamente, amigo mío; me parece que estoy respirando su alma mezclada á todos estos perfumes..... Enséñeme usted su retrato—añadió con nueva insistencia.



16.—Toque de terciopelo.

—Temo.....

—No tema usted nada; he visto morir á mi hija, puedo soportarlo todo.

—¿Tiene usted seguridad, señora mía?

—Sí, querido doctor, sí, yo le respondo..... Usted lo sabe, jamás iluminó la vida el rostro de mi pobre Lucía; la muerte no ha podido cambiarla.

—Pues bien, señora—dijo el doctor,—puesto que tiene usted seguridad que no le pasará nada, puesto que está usted dispuesta á todo..... vuelva usted la vista y levante los ojos: su hija de usted está allá arriba.

La señora de Montsabrey se estremeció, se volvió rápidamente y permaneció inmóvil, llena de espanto, ante un retrato de Lucía que Federico había concluído algunas semanas antes. Era una hermosa pintura, verdaderamente digna del pincel de un maestro. Se adivinaba que el artista había mirado más de una vez en su corazón para reproducir la imagen del modelo. La frente resplandecía de vida y de juventud; el pensamiento brillaba en la mirada; los labios, llenos de bondad, se abrían en una sonrisa. El pecho respiraba holgadamente, los cabellos festoneaban en las sienes y corrían á lo largo de las mejillas en bucles dorados y vigorosos. Había en la expresión de ese rostro apacible algo de la extrañeza de Psiquis en el momento en que su alma acababa de despertar al amor.

—¡Oh, Dios mío! ¿es un sueño?—exclamó la señora de Montsabrey.—¡Está viva, respira, piensa, va á hablar! ¡Oh, amigos míos! ¡es mi Lucía! ¡es mi hija, dos veces resucitada!

—Señora mía—dijo el cura—Dios hace todavía milagros, los hace todos los días; los que no los ven están ciegos, los que los niegan son unos ingratos.

—Dios que se me ha llevado á mi hija no me la devolverá—murmuró meneando tristemente la cabeza.

—Dios puede devolvérsela á usted.

—¿Qué dice usted? ¡Ah! ¡Déjeme usted, déjeme usted!..... —dijo la señora de Montsabrey, sosteniéndose apenas.

—¡Sí, señora, Dios puede devolvérsela á usted, Dios lo puede todo!—añadió el párroco alzando la voz.—Llame

usted á su hija, llámela usted con la fe de una cristiana..... Tal vez vea usted ese retrato animarse, tomar un cuerpo y descolgarse de su marco para venir á echarse en sus brazos.

La señora de Montsabrey miraba uno tras otro, con el extravío de la locura, al cura, al doctor y al Vizconde que le sonreían á la vez. Dudaba, titubeaba todavía.

—¡Lucía! ¡mi Lucía!—gritó por fin con voz potente.

Al decir estas palabras, la puerta de la habitación contigua se abrió y Lucía se echó en los brazos de su madre.

XII.

Federico había presenciado el final de la escena. Obrando con discreción se había retirado al hueco de una ventana, y allí se decía con amargura que no había más sitio para él en esa familia devuelta á la felicidad. Nadie se acordaba de él, á no ser *Turco*, que le lamía las manos. Iba á alejarse, cuando la señora de Montsabrey le dirigió algunas palabras cariñosas: acababa de saber que debía el retrato de su hija á ese joven forastero; sólo pensaba en darle las gracias sin preguntarse por qué causa se hallaba en el castillo.

Después de haber contestado balbuceando, Federico se retiró y pasó el resto del día vagando solo por el campo. Quería visitar por última vez los lugares que había querido tanto y que llenaba la imagen de Lucía. Comió en una granja y volvió á casa al anochecer. La casa del doctor estaba vacía; el doctor no había salido del castillo. Federico se ocupó en seguida en los preparativos de viaje. Estando arreglando sus lápices y sus pinceles, oyó que llamaban en su puerta, y quedó altamente sorprendido al reconocer al Vizconde de Montsabrey.

El rostro impasible, el aire frío y acompasado, de una elegancia que no variaba jamás, de una cortesía tan exquisita que casi rayaba en impertinencia, de un espíritu tan correcto, de un *savoir vivre* tan refinado, de una elegancia tan desesperante, que después de haberlo aguantado durante una hora se hacía sentir la necesidad de ir á terminar sus días entre salvajes; hombre atento, sin embargo, y pongo por prueba su afecto desinteresado hacia su cuñada y su amor á su sobrina: tal era el Vizconde de Montsabrey, que todo el mundo tenía por un gentilhombre de gran raza. Entre otras pretensiones, tenía la de amar las artes y de ser inteligente en ellas. En cuanto á los artistas, los consideraba como una especie de animales barbudos que tenían algo del castor por la inteligencia, del Iroqués por las maneras, y que Dios había creado únicamente para pintar cuadros ó esculpir estatuas. La vista sola del sombrero de Federico lo había llenado de profundo estupor. Al saber que desde hace varios meses ese joven era, por decirlo así, el huésped del castillo, no había podido disimular su extrañeza, y sólo había hallado una razón plausible para explicar la estancia prolongada de Federico en San Mauricio: todo trabajo merece salario, y ese muchacho no quería abandonar el país sin haber cobrado antes sus honorarios.

—Caballero—dijo el Vizconde después de saludarle y tomar asiento,—el doctor Vicente me ha puesto al corriente de todo cuanto ha hecho usted por mi sobrina. Siento sinceramente no haber sido informado antes. Su tiempo de usted es precioso, y sin saberlo, es el caso que hemos abusado singularmente de él. Me complazco en reconocerlo: el retrato de Lucía es una verdadera maravilla. No tome usted esta alabanza por palabra vana; he recorrido España, Italia, Bélgica, y, lo confieso, he visto pocos cuadros que me hayan producido tanto placer. Fije usted mismo el precio de su trabajo; cualquiera que sea, no creeré jamás haber pagado demasiado caro una obra tan notable.

Al terminar estas palabras, el Vizconde abrió su cartera. Federico le había escuchado sin comprenderlo. Al ver abrir la cartera sintió su sangre afluir al rostro; adivinó que tenía que entendérselas con uno de esos hombres de mundo que creen que todos los servicios pueden pagarse con dinero.

—¿Es la señora de Montsabrey quien le ha dado á usted este encargo, caballero?—preguntó con aire seco.

—Mi hermana está por completo entregada á su hija, y no ha podido pensar todavía en pagarle á usted dicho favor. Permítame usted, por lo tanto.....

—No me debe usted nada, señor Vizconde—contestó friamente Federico.—Mi trabajo, puesto que le complace á usted llamarlo de esta manera, está pagado mucho más de lo que vale con el espectáculo enternecedor á que he asistido esta mañana. No quiero otra recompensa que la alegría y la felicidad de la señora de Montsabrey.

—Sin embargo, caballero.....

—No insista usted, señor Vizconde—dijo Federico con tono seco que no admitía réplica.

El Vizconde comprendió que acababa de hacer una tontería. Se levantó un poco confuso y se retiró lleno de cortesía.

—¿Adónde diablos ha ido á refugiarse la altanería?—decía al correr la verja del jardín.—Desde que un Emperador cogió del suelo el pincel del Ticiano, no hay pintamonas que no se crea un potentado.

Una hora después el doctor Vicente entraba en casa. Pasó la velada con su joven amigo; era la última que debían pasar juntos. Federico había resuelto llevarse consigo el secreto de su corazón; pero llegó un momento en que, no pudiendo ya dominarse, escondió la cabeza entre sus manos y dejó correr sus lágrimas. El anciano conocía la causa del llanto; no necesitaba de las confidencias de ese desgraciado joven para saber lo que sufría en él. Lo cogió entre sus brazos y lo tuvo largo tiempo abrazado.

—¡Vamos, hijo mío, valor!—le decía;—que la conciencia del bien que ha hecho usted le serene y le dé ánimo. Su corazón de usted no es el solo que está herido: á la hora de su marcha, no será usted el único que llorará. ¡Valor, mi querido Federico! Tenga usted firmeza por ella y por usted. Hay tres grandes médicos que, aun cuando no extienden recetas, curan sin embargo más enfermos que toda la Facultad. Le curarán á usted, amigo mío: son el trabajo, el arte y el tiempo. Día llegará en que el dolor que le aqueja á usted en este momento sólo será para usted una imagen sonriente, el más lozano, el más puro de todos los recuerdos que le quedarán á usted de la juventud.

Al día siguiente, por la tarde, Federico, acompañado del doctor, se presentaba en el castillo, en traje de viaje. La señora de Montsabrey, Lucía, el Vizconde y el párroco estaban reunidos en el salón.

—Señora—le dijo después de saludar respetuosamente á la señora de Montsabrey, sin atreverse á mirar á Lucía,—vengo á despedirme de usted. Ya no puedo serle útil: el poco bien que podía hacer, lo he hecho. El espectáculo de su felicidad de usted no se apartará jamás de mi memoria. Mi mayor alegría, mi orgullo más querido, consistirá siempre en que he podido ocupar, yo que valgo tan poco, un lugar en su vida.

A pesar de su firme resolución de ocultar lo que pasaba por su mente, no pudo representar su papel hasta el fin. Su lengua se embrollaba; sus palabras se hacían confusas. Como volvía la cabeza para ocultar su emoción, vió correr dos lágrimas por las mejillas de Lucía, y se sintió él mismo á punto de llorar.

—¡De modo, caballero, que se marcha usted cuando yo llego!—dijo la señora de Montsabrey, invitándole á que tomara asiento;—lo deploro y no puedo extrañarme de ello. ¡Hace tanto tiempo que no ha visto usted á su madre, á su hermana!..... Además, las obligaciones de su profesión le llaman á usted á París; en París solamente es donde se adquiere la fama. Me gustaría que se quedara usted á mi lado, pues apenas he tenido tiempo para darle á usted las gracias; pero sería demasiado exigente y me guardaría usted rencor, y yo misma, caballero, no me lo perdonaría jamás.

Cada una de sus palabras entraba como una punta de acero en el corazón de Federico. En su dolor mudo, acusaba á la señora de Montsabrey de ingratitud y de dureza. A decir verdad, no era esta la despedida que había soñado. Había contado con la expresión sincera de un sentimiento profundo; sólo hallaba una urbanidad corriente que presta la costumbre del mundo.

Se puso en pie para retirarse; la señora de Montsabrey lo detuvo y le obligó á sentarse. Poco á poco la conversación cobró un matiz más afectuoso y casi familiar. La dueña del castillo hacía preguntas al artista acerca de su familia, sus comienzos y sus proyectos: cada contestación de Federico le probaba que el bueno del doctor y el bueno del cura no habían exagerado nada alabando, exaltando sin medida las cualidades del joven pintor. Lucía permanecía callada, pero su rostro revelaba toda su ansiedad. La señora de Montsabrey lo observaba á hurtadillas, y á veces fijaba sobre ella una mirada que parecía bajar hasta el fondo de su alma.

—Quiero, sin embargo, señor mío, satisfacer mi deuda con usted—dijo rompiendo bruscamente el hilo de la conversación.—Sé que ha rehusado usted los ofrecimientos de mi hermano; me atrevo á creer que me tratará usted con menos rigor. No se marchará usted, no puede usted marcharse sin llevarse una prenda de mi agradecimiento.

Federico, herido, casi humillado, como la víspera escuchando al Vizconde, se puso en pie, la muerte en el corazón, y dirigió á la señora de Montsabrey una mirada de doloroso reproche. Todos los personajes que asistían á esa escena se habían puesto en pie al mismo tiempo. Lucía, casi desfallecida y pálida como un cadáver, se apoyaba en el brazo del doctor, que compartía en secreto el martirio de esos dos muchachos.

—Señora—dijo el joven pintor,—permítame usted que me retire. Se hace tarde, viajo á pie y mi primera etapa es larga.

—Caballero, nos permitirá usted por lo menos—dijo el Vizconde con cortesía—que mandemos enganchar el carruaje para que vaya usted en él hasta la próxima ciudad.

—Señor Vizconde, es usted demasiado atento—replicó Federico, que no había podido menos de sonreirse.

La señora de Montsabrey se había acercado á él y lo miraba desde hacía unos instantes con una expresión de ternura indecible.

—Amigo mío—dijo á Federico con voz tan suave que sintió su corazón casi fundirse,—hay una recompensa que no rehusará usted, la única que le puede ofrecer, la única que será digna de usted..... Mi querida Lucía, dame la mano.

Sostenida por el doctor y el cura, medio muerta, medio sonriente, Lucía se acercó á su madre.

La señora de Montsabrey cogió la mano de su hija, la puso en la del joven, y reuniéndolos en un mismo abrazo, les dijo:

—Los dos sois hijos míos.

El médico y el párroco lloraban.

El Vizconde, impasible, no podía creer lo que estaba viendo ni lo que estaba escuchando.

La señora de Montsabrey se volvió hacia él.

—¿No había usted pensado en ello?—dijo.

—Verdaderamente no—dijo el Vizconde.

—Pues bien, hermano mío—añadió con alegría,—tendremos un artista en la familia.

El Vizconde se mordió los labios y contestó con dignidad:

—Uno de mis antepasados ha conocido á Leonardo de Vinci y al Primaticio en la corte de Fontainebleau: en todo tiempo hemos fomentado las artes.

—San Mauricio no ha sido ingrato—dijo el bueno del párroco estrechando las manos de Federico.

Pues el piadoso anciano no dudaba en proclamar la intervención del santo patrón en el feliz desenlace de esta historia.

Algunos días después la familia de Federico llegaba al castillo de Montsabrey.

Federico abrazó á su hermana, y presentándola á Lucía:

—Salí de París—le dijo—para reunirte una dote: ¡he encontrado en mi camino el amor y la felicidad!

EUGENIO DE OCHOA.

LOS CELOS.

Con su ciencia y su saber,
Un filósofo fecundo
Dice que, á su parecer,
Los celos vienen á ser
Hijos de un amor profundo.

Los cantores populares
Que las costumbres retratan
De los pueblos y lugares,
En uno de sus cantares
Dicen que *los celos* matan.

Y yo, que sentí, lector,
De los celos los desvelos,
Parodiando á un escritor,
Opino que son los celos
¡El vinagre del amor!

J. F. SANMARTÍN Y AGUIRRE.

LOS TESOROS DE ARRIO DIOMEDES.

(RELATO POMPEYANO.)

I.

Ni los rayos de la luna, ni el reflejo del fuego del Vesubio, ni el resplandor de antorchas y lucernas que iluminaban el palacio y el jardín, lograban penetrar á través de la enramada espesa que cubría de flores y de sombras un pequeño balaustre.

El verdadero amor jamás ha reconocido jerarquías; por eso Julia, la hermosa hija de Diómedes, había descendido de su encumbrado pedestal romano, noble y poderoso, para tender su mano cariñosa á la humildad de Salvius. La modestia por medio del amor venció al orgullo, fundiendo en uno solo dos espíritus.

Julia y Salvius, ante Dios, eran iguales; ante la sociedad romana Julia era la señora poderosa, Salvius el esclavo vil. Su cariño, por lo tanto, era imposible; su amor, sin esperanza; su perspectiva, la muerte.....

Mostrárase ante los rayos del sol aquel amor, y sucumbiría entre las garras de las fieras.

Hé aquí por qué aquel cariñoso afecto que podía mostrarse ante los ojos de Dios tenía que ocultarse á las miradas del hombre, por qué huía de la luz y se escondía en las sombras, por qué aquel balaustre solitario, envuelto entre la enramada, era el único depositario del secreto amoroso del pobre esclavo griego y la doncella romana.

¡Pobrecillos!

El amor cuanto más misterioso es más vehemente, y cuanto más oculto más se aumenta: por eso Julia y Salvius se amaban con delirio; pero si amar con delirio es muy hermoso, amar sin esperanza es triste cosa.

Y triste, muy triste hallábase Julia aquella noche de luna plateada, estrellas centellantes, dulce y tranquila, pero como todas para ella melancólica.

—Jamás, jamás—decía entre ahogados sollozos la hija de Arrio Diómedes—llegaré á ser tu esposa, pobre Salvius. Él es rico, poderoso; tú esclavo y miserable..... ¡Una valla inexpugnable nos separa!

—Tu amor, amada mía, igualará los montes con la vega: al esclavo le hará libre, al miserable potente, y quebraré en mil pedazos la férula que azota mis espaldas, hollando con mis plantas la denigrante espórtula de Arrio. Serás, serás mi esposa, que así lo quieren los dioses; serás, óyelo bien, la eterna compañera del esclavo, liberto por su destreza y valor.

—Sueños son esos de tu mente extraviada; con cadenas de hierro se hace impotente el valor y la destreza.

—Antes caerá el César de su trono, y volverá Grecia, mi patria, á ser libre, y dejará el sol de nacer por el Oriente, y Pompeya de acudir mañana al Circo, que tú no seas mi esposa. Noble, libre, poderoso mañana al primer crepúsculo será el bestiario que venza en su lucha con seis tigres, y las riquezas, con la doncella que elija como premio á su destreza, serán suyas..... Tú, mi bien, mañana asistirás al Circo; tú, mi alma, presenciarás mi lucha y serás esposa del esclavo.....

Julia se llevó las manos al corazón, como si en él se hubiese sentido herida; vaciló un momento, dió un grito penetrante, y como cuerpo á quien se le escapa el alma, cayó en el pavimento..... Salvius lanzó á Júpiter una horrible imprecación, y el apagado ruido de su correr vertiginoso á través de la enramada se mezcló con los acordes ya apenas perceptibles del festín.....

II.

Pompeya, la lindísima Pompeya, habíase convertido en un montón de ruinas por rigores del volcán, y lloraban con verdadero dolor al contemplarlas el magnate, el patricio y el esclavo.

A un solo grito sus hijos todos solicitan de Roma la restauración, ofreciendo para ello, el magnate su oro é influencia, el patricio y menestral la habilidad y fuerzas de sus brazos, y el vigor de sus hombros el esclavo. Niegan los altos poderes; pero insiste el pueblo, y el Senado, después de acalorados debates, accede á la petición.

Pompeya se reconstruye en breve espacio; pero si grande es el poder del hombre, muy más grande en el cielo es el poder de los dioses: así lo comprende el pueblo pompeyano; considérase débil para luchar con el gigante de fuego que sigue amenazando, y propone al César acudir al recurso es-

tablecido por el primer Tarquino: la celebración de grandes fiestas para aplacar la ira de Júpiter, y con ella apagar los rayos del volcán; y el César, Roma entera, que tienen grande interés en la conservación y encumbramiento de aquel su edén querido, nido de sus amores, alcázar de sus vicios, centro de sus recreos, museo riquísimo de las artes griegas y romanas, no sólo autoriza la celebración de grandes juegos y fiestas, sino que con el oro del tesoro público contribuye para darles más lujo y esplendor.

Siempre el vicio halla motivo para gozar sus placeres, y la crueldad pretexto para herir.

Pompeya se hallaba nuevamente amenazada por la lava del Vesubio, y para su salvación era preciso gozar; hallaba el César motivo para salpicar la púrpura de cieno, y la arrastraba; la crueldad causa justificada para salpicar la túnica de sangre, é iba á empaparla.

III.

Era la media noche, y Pompeya dormía tranquila: ni el rumor de una pisada se dejaba escuchar en sus obscuras y solitarias calles; pero allí, del interior de villas y palacios, puntos de luz, chispas de fuego, alegres carcajadas, notas de blanda música, canturías dulces pero libres en extremo, se dejaban escapar á través de entornadas celosías y vidrieras de colores.

Era que el potentado romano celebraba suntuosísimos banquetes, en los que las viandas más costosas y delicadas, servidas en vajillas de oro puro, y los más exquisitos y embriagadores néctares desbordándose en copas de topacio y esmeralda, nutrían y estragaban á aquellos estómagos insaciables. Roma grande se divertía en Pompeya, interin Roma pequeña, esclava, descansaba del trabajo del día que pasó para lograr fuerzas nuevas con que poder resistir el venidero la herida levantada en las espaldas ó el rostro por el látigo del poderoso.

Con gran solemnidad celebraban banquetes magistrados, lictores y cuestores; pero ninguno comparable con aquel con que obsequiaba á sus amigos Arrio Diómedes, liberto de Livia, Creso pompeyano, y cuyos tesoros envidiaba el mismo César.

Las estatuas, los vasos murrinos, las perlas, los brillantes, el oro, la plata pulida, las sedas, los tapices, los frescos murales, los mosaicos, las artísticas preciosidades indias, egipcias y griegas, poseídas por Diómedes, podían competir con el valor, boato, opulencia y gusto de Luculo, Craso y Verres: cabía dudar, al contemplar semejante riqueza, que poderes más altos hubieran llegado hasta Pompeya, porque el César de la metrópoli romana lo era Arrio Diómedes.

La fiesta, pues, que á la sazón tenía lugar en la soberbia morada, era digna del poder del anfitrión.

No faltaba requisito ni detalle; todo había sido previsto, y en todas partes se reflejaba el escrupuloso esmero con que el banquete era dirigido.

Lluvia de menudas rosas deslizábase de la dorada techumbre, ricas esencias de Arabia perfumaban el ambiente, multitud de lámparas de oro bruñido iluminaban con sus reflejos deslumbrantes aquel conjunto de riqueza y arte..... Suculentos manjares, vinos de Chipre y Corinto, néctares de los dioses, y mil y mil viandas, y vinos y licores, por lo costosos y exquisitos dignos de Vitelio y Heliogábalo, posaban y vertíanse sobre los blancos manteles de Damasco: arpas, flautas, liras y caramillos tañidos ó pulsados por expertos tocadores, acompañaban los coros, á cuyos ecos bailaban báquicas danzas las esclavas más hábiles de Roma.

É interin gozaba Diómedes de tanta y tanta riqueza, olvidando su avaricia por milagros de los néctares, y con placer *no sentido* dejábase caer con la carcajada nerviosa y repugnante de la embriaguez sobre las gradas de bronce del pedestal de Baco, Julia, su hija Julia, dechado de virtudes, limpia de vicio como de mancha impura la patena, también se desplomaba de dolor, casi sin vida, sobre el duro pavimento, sin un rayo de luz ni en los ojos ni en el alma.

⁂

Diómedes había venido al mundo para atesorar riquezas con que saciar su avaricia y satisfacer los goces de su viciosa materia; Julia había nacido solamente para amarlo todo: correspondiera el padre á aquel cariño, y la hija no buscara calor en el amor del esclavo.

El padre con su fortuna podía comprar toda cuanta se encerraba en la Ciudad Eterna: la hija con sus virtudes logró alcanzar el afecto de todo buen pompeyano y el corazón de Salvius, que por lo sano y grande valía mucho más que la orgullosa Roma, de brillante exterior y seno de podredumbre.

Diómedes, como Roma, tenía el corazón podrido; Julia y Salvius tenían sano el corazón: si á aquella alma pequeña y miserable no era factible prestar favor que no fuera pagado con usura, Salvius y Julia, de magnánimo y desinteresado espíritu, tenían fuerza y valor para practicar el bien hasta el mismo sacrificio: verdad es que en tiempo alguno pudo amar la avaricia: la patria, la familia, la humanidad fueron siempre sacrificadas ante la ambición, que tan innoble sentimiento no puede reconocer otro amor ni otro pariente que no se llame Fortuna: el amor, por el contrario, despreció en todo tiempo todo bajo pensamiento; por eso, como dice Rousseau, cuanto fija el cariño y lo prolonga es un bien.

IV.

Pompeya vestíase de gala para celebrar gran fiesta. Balaustres y ventanas, graderías y azoteas, eran cubiertas de guirnaldas de flores y tapices. Arcos de triunfo, templos grandiosos improvisados, erigidos en loor de las divinidades, donde la seda y el oro lucían su riqueza y brillantez; agujas, monolitos de pórfido bruñido, trípodes de reluciente plata y pebeteros de bronce, embalsamando el ambiente, adornaban las estrechas calles de Pompeya.

El pueblo iba llenando vías y peristilos, balcones y ventanas, cada cual luciendo sus mejores galas, sin que en la faz del noble se pintara el desprecio que le infundía la canalla aquella, ni en la de ésta el odio hereditario á sus verdugos; la alegría agitaba sus sonoros cascabeles; la satisfacción más grande rebosaba en todos aquellos rostros, en cuya mayoría mostrábase el estigma indeleble con que Cupido y Baco señalaron en todo tiempo á sus esclavos.

Conducidos en lujoso carro por desenfrenada cuadriga, el pretor y su liberto atravesaban la vía como el rayo, alarde haciendo de su soberbia y poder; y como el rayo también animados por el restallar continuo del látigo, distintos carros de guerra, guiados por sus expertos y engalanados aurigas, más que rodar, volaban en aquella atmósfera enrarecida por el polvo, el humo de la mirra, el aroma de las flores y los rayos abrasados de un sol canicular, dirigiéndose al Circo, ansiosos de hallar el premio con que había de ser pagada su destreza. En su litera de marfil y oro, la inmunda



11.—Traje de visita para señoras.



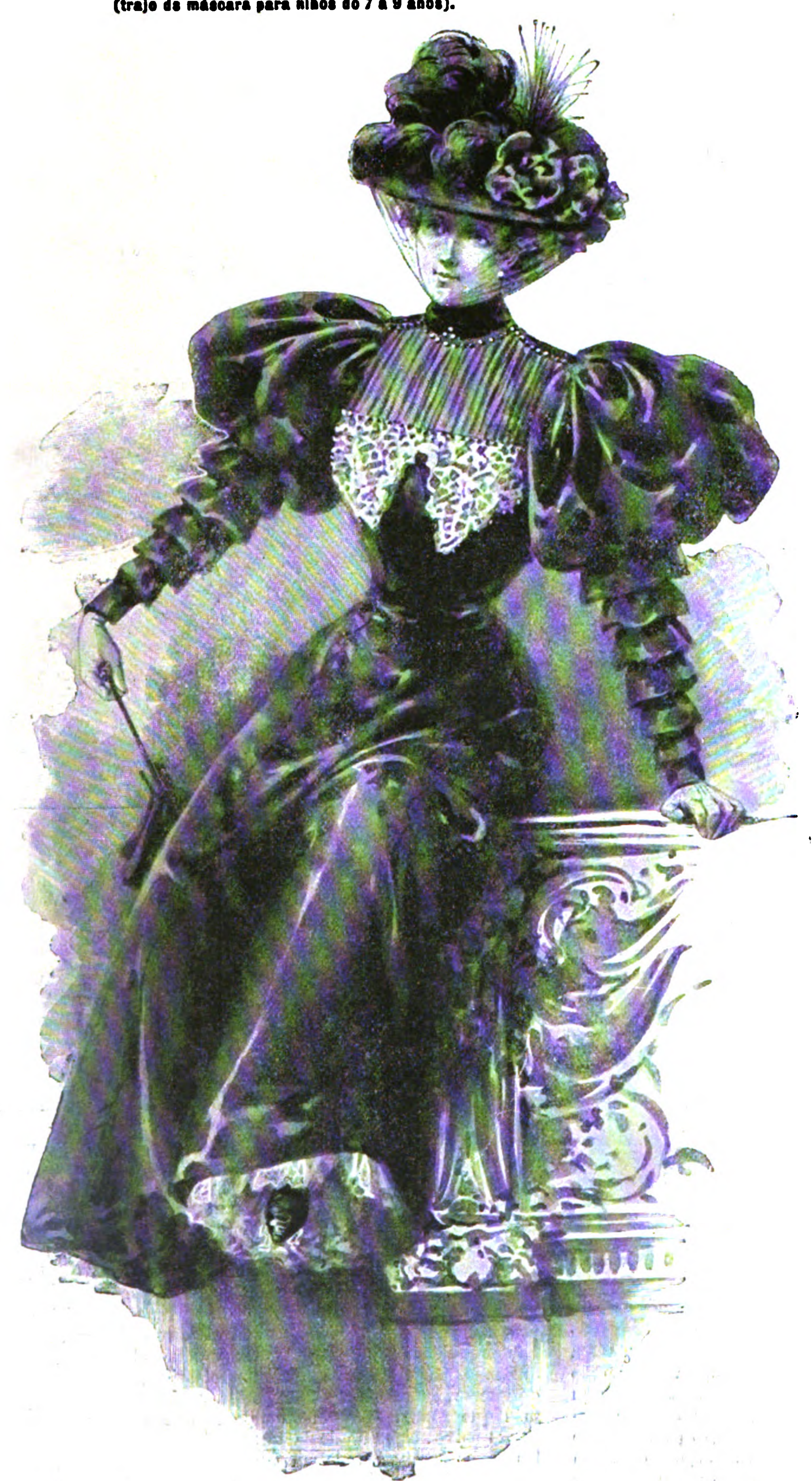
12.—El Amor cartero
(traje de máscara para niños de 7 á 9 años).



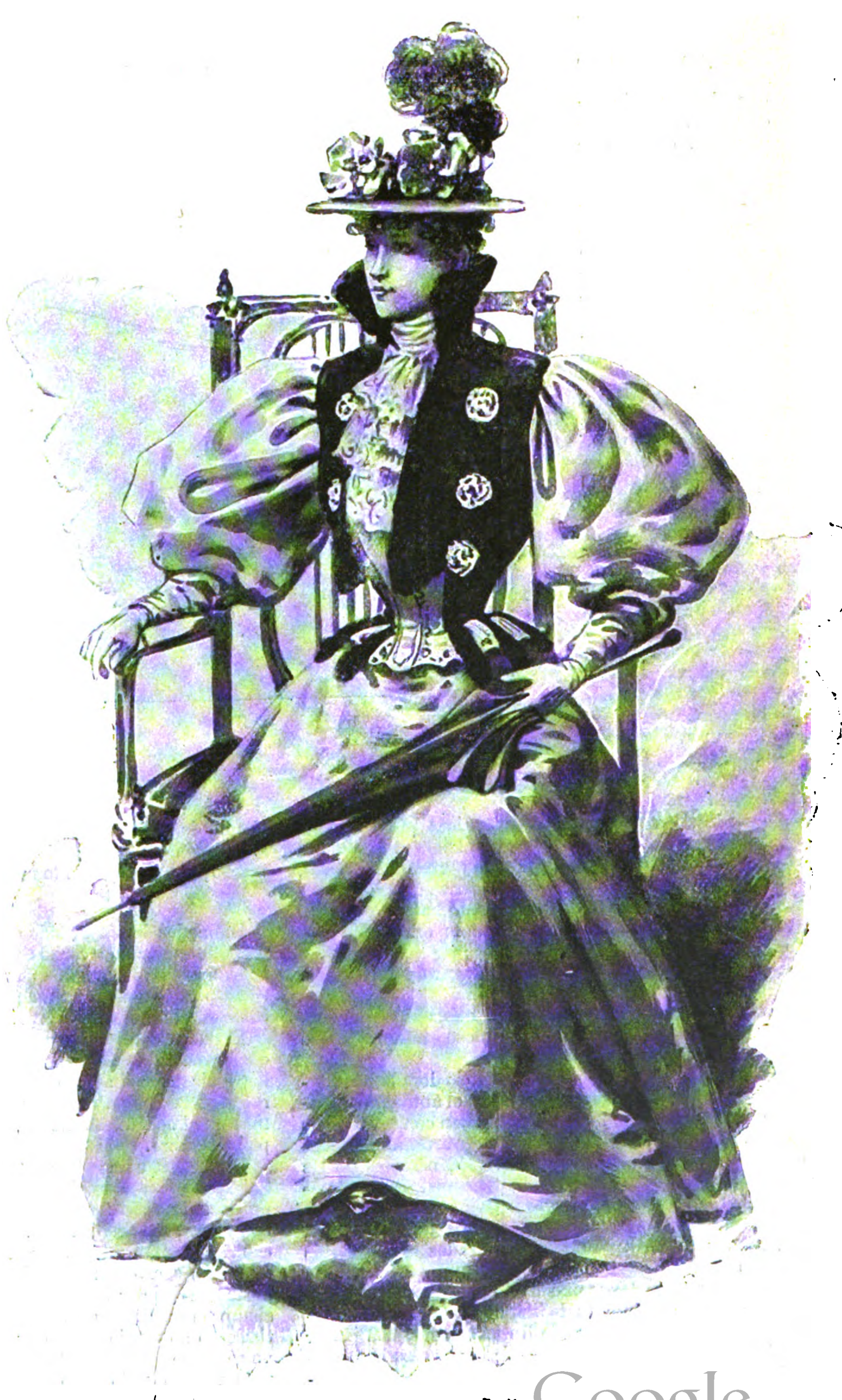
13.—Clown
(traje de máscara para niños de 10 á 12 años).



14. Pregonero de aldea
(traje de máscara para niños de 5 á 7 años).



15.—Traje de visitas.



16.—Traje de paseo para señoritas.

meretriz con el insulto de su riqueza, lujo ó hermosura, hacíase llevar por sus esclavos con lentitud estudiada, para dar ocasión y espacio á conceder ó admitir una sonrisa, precursora casi siempre de la ruina ó la muerte de un grande ó de un miserable histrión.

En soberbio palanquín de ébano recamado de preciosa pedrería, en *sella curulis* de Etruria ó de oro puro, no como mero edil, sino á modo de regio soberano, se hacía también conducir al Circo el poderoso Arrio Diómedes, seguido de su profusa corte de servidores y esclavos, quienes, con los indispensables y gigantescos quitasoles y multicolores abanicos de rizadas plumas, propios de tales fiestas, libraban de los inclementes rayos de Febo á su señor.

Detrás, en silla ó litera de plata cincelada, guarnecida de turquesas y amatistas, Julia, la hermosísima Julia, hija de Diómedes, la deidad pompeyana, fortaleza de infinitos poderosos sitiada y de ninguno rendida, era conducida al Circo también con igual lujo y espectáculo que su padre.

Pero Julia debía sufrir horriblemente. La cabeza inclinada sobre el pecho; las manos de alabastro cruzadas en actitud suplicante; la palidez del rostro, sólo comparable con la blancura mate del lirio de los lagos; el círculo violado que rodeaba sus hermosos ojos; las lágrimas que humedecían sus pestañas, dejaban comprender que si las luchas del Circo llenaban de placer á la turba romana, aquella inocente niña, espíritu sensible y delicado, no podía identificarse con la brutal alegría de aquel pueblo cruel que se gozaba en contemplar la agonía de un hombre destrozado por las garras de una fiera.

JAVIER SORAVILLA.

Concluirá.

EXPLICACIÓN DEL FIGURÍN ILUMINADO.

Núm. 2.

Corresponde á las Sras. Subscriptoras de la edición de lujo.

TRAJE DE BAILE PARA SEÑORAS JÓVENES.

Vestido de raso blanco y muselina color de rosa indesplegable. Falda de raso blanco, con pliegues *godets* por detrás formando semicola, adornada á cada lado del delantal con una guirnalda de rosas de rey y hojas naturales. Estas guirnaldas salen de la cintura, la cual va guarnecida con una rosa igual en los lados y acompañada de dos cintas de terciopelo y raso verde reunidas á las guirnaldas. Cuerpo de seda color de rosa muy ajustado y escotado por delante en redondo, y en forma de corazón por detrás. El cuerpo va completamente cubierto de muselina de seda color de rosa indesplegable, y ribeteado de una *ruche* de muselina lisa del mismo color. Rosas en el lado derecho y en lo alto del hombro izquierdo. Manga globo de muselina plegada, estrechada en lo alto del brazo por medio de una abrazadera de terciopelo verde, que sostiene al mismo tiempo una magnífica rosa de rey con hojas verdes. Cinturón plegado de terciopelo y raso verde.—Guantes largos de cabritilla blanca glaseada.—Pluma negra en los cabellos.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR.

Exclusivamente serán contestadas en este sitio las consultas que, sobre asuntos propios de las secciones del periódico, se sirvan dirigirnos las Señoras Suscriptoras á la edición de lujo y á la 2.ª edición, demostrando esta circunstancia con el envío de una faja del periódico, ó por cualquier otro medio.

Las consultas que se nos dirijan en *carta anónima*, ó que vengan firmadas por personas que no demuestren debidamente ser suscriptoras á las citadas ediciones, no serán contestadas.

AÑO NUEVO.—Si la doncella va á recados, debe ir con delantal blanco; pero si acompaña á las señoritas de la casa, debe usar mantilla y sin delantal.

Dentro de casa las doncellas deben usar siempre delantal blanco.

Todavía se usa poner la fecha como usted dice.

Los tonos que más atenúan el color encarnado del rostro son el blanco, amarillo y azul.

Aun cuando use la *toilette* del color que prefiera, puede rodear el cuello con una cinta de los colores indicados, y con esto le bastará para encontrar el efecto que desea.

D. M. DE L.—En el caso que está usted no es costumbre llevar luto.

Á UNA SUSCRIPTORA.—Lo que usted desea no puede hacerse en casa de ningún modo.

Le recomiendo á usted unas fajas de goma muy cómodas de llevar, que se venden en casa de Saldaña, Carretas, 8, Madrid. Cuestan 25 pesetas.

Á MUY BONITO.—Para las castañuelas, las cintas más bonitas son las de color azul pálido, rosa pálido, verde claro y malva.

Las moñas deben ser igual que las caídas.

Los colores que cita son los nacionales; por lo tanto, no deben mezclarse con ningún otro. No hace buen contraste la combinación que expresa.

El papel de cartas más elegante es el de color azul pálido, rosa fuerte, maíz ó malva. Su forma sigue siendo apaisada. Sobres iguales.

Tenga la bondad de leer mi contestación *A una Ovetense*, publicada en el número de LA MODA del 30 de Octubre pasado, y hallará satisfecha su pregunta.

Á UNA PENSIONISTA.—Debo advertirle que el picado de los guantes es imposible de quitar, y que únicamente en los negros se disimula dándoles grasa de caballo.

Si de todos modos quiere usted que repita la receta á que se refiere, la ruego que me indique siquiera, con alguna aproximación, la fecha en que se publicó.

Á TRES HERMANAS.—Aquí la costumbre es que, al dar parte de boda la familia de un contrayente, lo haga juntamente con los padres del otro, y en este caso se devuelve la visita, ó por lo menos se dejan tarjetas; pero si no lo han hecho así, sólo se debe visitar á los recién casados.

Viviendo la novia con su padre, esa señora debe visitar á ambos. Después, al padre debe enviarle tarjeta en vez de visitarlo.

Son completamente distintas las reglas que se siguen cuando se recibe parte de defunción. Se visita, ó se envía tarjeta si viven en otra población, á las personas de quienes se ha recibido parte y á todas las colaterales.

Á VALENTINA.—Para las niñas de esa edad, el luto de seis meses, y en la forma que cita, es bastante. La servidumbre lleva un año de luto por los padres de los señores de la casa.

Á CAROLINA.—Siento mucho no conocer nada que haga desaparecer del paño merino las manchas que dice. Quizá la causa de ellas sea el mal tinte del género.

Un solo medio hay para disimular las manchas, y es teñir la prenda de nuevo, teniendo en cuenta que al hacerlo siempre encoge algo.

Á UNA CONSTANTE PREGUNTONA.—Después de haber dicho, como indicación general, que este invierno las faldas se llevan más amplias que nunca, conviene especificar que todas no se copian de un tipo único impuesto por la moda; al contrario, se confeccionan de diversos modos, cuya forma se varía hasta lo infinito, con tal que las líneas se respeten.

Las unas forman en el paño de delante delantal, seguido de cada lado con una nesga al bies, y por detrás tres medios paños, con los cuales se forman tres pliegues redondos. En otras, estos tres medios paños se reemplazan por uno solo, teniendo en la parte inferior toda la anchura del tejido (un metro 20 centímetros), biesado á cada lado, de modo que se obtenga en la parte alta un ancho de 30 ó 40 centímetros: este paño sirve igualmente para formar tres pliegues, que se dejan caer abriéndose libremente sin sujetarlos.

Con los tejidos de seda el corte se hace de modo que las nesgas terminen en pico, á modo de un paraguas. En todos los modelos se observa la tendencia á llevar la amplitud del vuelo hacia detrás; la parte alta de la falda queda lisa, adaptada perfectamente en las caderas y en la parte de delante, mientras que en la parte inferior se ahueca en forma semejante á una campanilla, formando todo alrededor numerosos cañones. También se ven faldas de corte aldeana, compuestas de cuatro paños un poco al bies en la parte alta, y montadas en frunces todo alrededor del talle. Inútil es añadir que los tejidos finos y flexibles se prestan á esta clase de forma, la cual, por otra parte, no debe adoptarse más que para las señoras ó señoritas muy esbeltas y no gruesas.

Á UNA JOVENCITA.—La mayor parte de las señoritas llevan los rizos ondulados hacia arriba, sin ninguna sortijilla sobre la frente. De este modo sólo deben llevarse cuando se tiene la frente bonita y no muy grande. El cabello debe peinarse bajo, lo cual se consigue con un pequeño *rouleau* de crepé, evitando así batir los rizos, lo que es sumamente perjudicial.

Las señoritas que tienen la frente ancha colocan alrededor de ésta graciosas sortijillas. La forma general del peinado es ancha y un poco vaga; el moño, algo prominente, retorcido en cocas ó en lazo, se lleva un poco menos alto, según el tocado que usen. Dicho moño, sea cualquiera el estilo de que se componga, siendo para *soirée*, teatro, etc., debe adornarse con rizaditos de tirabuzones ó sortijillas.

SRA. D.ª C. D. B.—Para hacer el *pastel de manzana* se toma una libra de azúcar, que se pone en una cacerola con un litro de agua; se deja cocer hasta que se haga un almíbar espeso, añadiendo dos libras de manzanas, peladas y cortadas en ruedas, echando también la raspadura de la corteza de un limón. Se deja cocer todo hasta que tenga la consistencia de una gelatina. Entonces se vierte en un molde y se mete en el horno. Cuando está en su punto se retira, se deja enfriar, y una vez frío completamente se vuelca el pastel, sirviéndolo sobre una crema á la vainilla. Se adorna, tanto la superficie como la parte exterior del pastel, de trocitos de almendras crudas puestas en pie.

Á UNA COQUETA.—Las guarniciones de acero se usan mucho este invierno, mezclándose también con azabache. Esta combinación es muy bonita.

Le resultará un elegante cuerpo para de noche si lo hace de muselina de seda negra enteramente bullonada, sobre la cual descienden á lo largo, en el delantero, cinco bieses de terciopelo negro de cuatro ó cinco centímetros de ancho, bordados en finos aceros y mezclados con cabochones y perlas gruesas de azabache. Puede añadirse con discreción lentejuelas ó cuentas de oro.

Estos cuerpos son sumamente cómodos para esa clase de *toilette*, y pueden usarse con cualquier falda de seda de color. También son bonitos los cuerpos cubiertos de tul, bordados con lentejuelas ó estampado, la espalda muy ajustada, y el delantero muy vago y flojo. Las mangas forman dos bullones que terminan en el codo.

Se llevan mucho las mangas semilargas terminadas por un volante cortado en forma que produce una especie de panoplia; otras, guarnecidas con un encaje fruncido en forma de cascada, y, por último, las hay que forman en la parte inferior una solapa de apariencia magistral que sube casi hasta la mitad de la manga. Estas solapas se confeccionan de un estilo rico, sea de raso ó de terciopelo blanco bordado con ramos estilo Pompadour.

Á UNA MADRILEÑA.—Los trajes de visita se llevan sumamente lujosos. La mayor parte son de terciopelo negro, con el cual se confeccionan suntuosas *toilettes*. Con el encaje negro ó blanco se aplican pasamanerías de arte, azabache ú otras perlas. Con estos accesorios se forman trajes de gran distinción.

Los chalecos suelen ser todos de guipur antiguo ó drapeados de punto de Inglaterra. De piel se hacen también guarniciones muy distinguidas y ricas, poniéndola sobre el terciopelo negro, y toda clase de terciopelos *glacées*, *pekinées*, moteados, damasquinos y brochados fantasía, decorando con armonía el contraste violento del terciopelo verde, castaño, gris cazador, violado, pensamiento, dalia ó púrpura.

Lo que indico á propósito del terciopelo, es igualmente exacto para las telas de seda ricas: sedas *glacées*, brochados y rasos color cambiante. Estos tejidos se guarnecen también de bordes y tiras de piel.

Aunque la ropa interior de la niña sea de batista blanca guarnecida de valenciennes, siendo la hechura de los pantaloncitos muy floja, puede usar media negra ó de un color muy obscuro, pues sin duda es lo que más viste.

ADELA P.

EXPLICACIÓN DE LOS DIBUJOS PARA BORDADOS

CONTENIDOS EN LA HOJA-SUPLEMENTO.

Corresponde á las Sras. Suscriptoras de la edición de lujo.

1. Abecedario para marcar pañuelos de señora y niños (se pone una sola letra), y para marcas de ropa blanca (poniendo dos letras).

2 y 3. Letra A para sábana y almohadones.

4, 5, 9, 10, 11, 16, 18 y 19. Caprichos para marcas de pañuelos.

6. Q, letra con corona de conde para pañuelos y ropa blanca.

7. Corona de marqués para servilletas ó toallas.

8. Alegoría para banda de cornetas (se borda en oro).

12. *Antonia*, nombre con guirnalda para sábanas.

13. Atributo religioso para bordar en blanco.

14 y 15. AM, enlace para mantel y servilletas.

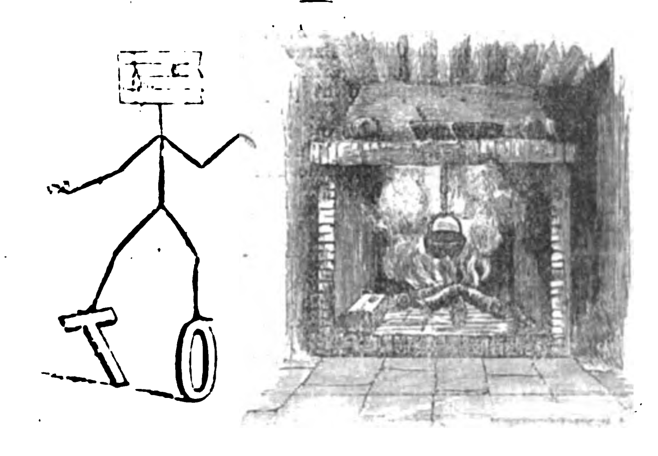
17. JB, enlace para pañuelo de caballero, para bordar con algodón ó seda.

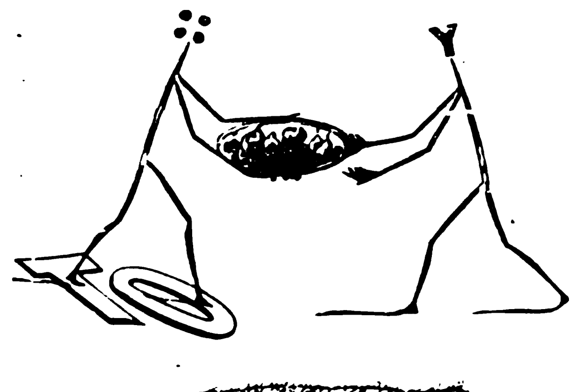
20. Marca religiosa para prendas de niño Jesús.

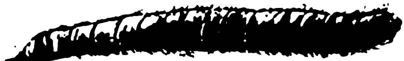
21. *José*, nombre para pañuelo.

22 y 23. V, C, marcas para servilletas y mantel de refresco: el fresón se borda al matiz.

JEROGLÍFICO.







LA SOLUCIÓN IRÁ EN UNO DE NUESTROS PRÓXIMOS NÚMEROS

EL SEÑOR DE PRADAS Y SU PERIÓDICO.

Cada línea de cada periódico se lee por alguien, pero cada lector no recorre su periódico de la primera columna hasta la última. Los gustos son diferentes. Si no fuera así, sería muy triste vivir en este mundo. Algunas personas pasan por alto las noticias políticas, otras los despachos de los países extranjeros. Hay lectores que generalmente no hacen caso de los anuncios, y esto es un gran error, pues las columnas de anuncios probablemente pueden contener lo mejor del periódico. Nunca puede uno decir cuándo se puede encontrar algo en ellas que le interese y que mejore su suerte de alguna manera.

Durante años, el señor José de Pradas, vecino de Mina, San Fernando, Santa Elena, Jaén, jamás pensó en leer los anuncios.

Un día se estaba divirtiendo en leer un ejemplar de la *Ilustración*, cuando sus ojos observaron unas cuantas líneas que le causaron violar la costumbre de su vida. Después de leer por unos segundos, el señor de Pradas dobló el papel y fué á consultarse con su médico de casa, el señor Doctor D. José Herbas. ¿Qué había en la *Ilustración*, que hizo á este caballero volar donde su doctor? He aquí la explicación.

Hace diez años que el señor de Pradas empezó á sufrir de indigestión. Al principio los ataques no fueron serios, y el señor de Pradas no se cuidaba de ellos, pues le disgutaba muchísimo tomar medicinas siempre que se sentía mal. Pero la enfermedad aumentaba cada vez más, y el señor de Pradas se vió obligado á considerarse como hombre enfermo. Tenía que tener cuidado con lo que comía. Al principio no le hacía daño el alimento ligero, pero sí comidas pesadas; y por último no podía comer nada sin sufrir de un dolor agudísimo. Su lengua estaba cubierta y tenía un gusto atroz en la boca. Dolores agudos atravesaban su estómago é intestinos. No tenía apetito, y algunas veces la sola idea de tomar alimento le hacía temblar. Amenudo estaba atacado de convulsiones de vómito.

Tengan bien entendido que los dolores no eran siempre de igual violencia. Eso hubiera sido una muerte veloz. El señor de Pradas tomó magnesia, bicarbonato de soda y otras cosas, y se sentía á veces tan aliviado, que creía que se estaba mejorando.

Pero este error no le duró largo tiempo. Ahora llegamos al día en que por la primera vez de su vida nuestro amigo enfermo leyó un anuncio. Decía que el Jarabe Curativo de la Madre Seigel es un remedio para la indigestión y dispepsia.

«Lo consideraba», dice el señor de Pradas, en una carta que escribió el 2 de Junio de 1891, «como uno de los tantos específicos que se ofrecen como infalibles remedios para todo.»

Así se expresó del Jarabe al Doctor Herbas. El Doctor le dijo que estaba recetando el Jarabe Curativo de la Madre Seigel á un enfermo suyo que padecía de indigestión. El no lo hubiera recetado á menos de creer que el Jarabe era bueno. El doctor Herbas es un caballero muy prudente y no dice sino lo que piensa. «Alentado de esta manera, dice el señor de Pradas, decidí tomarlo, y lo hice de acuerdo con las instrucciones de la etiqueta; y, sea dicho en honor de la verdad, durante los seis meses que han pasado no he sentido, ningún dolor. Ahora puedo digerir el alimento perfectamente bien, el vómito ha cesado, y si alguna vez me siento un poco mal, lo que podría acontecerme después de una competente comida, tomo una dosis del Jarabe Curativo de la Madre Seigel, y la molestia pronto desaparece. — (Firmado): José de Pradas.»

Honor á la verdad, como dice nuestro corresponsal. Parece vencido de cuando en cuando, pero al fin y al cabo vence todo.

Si el lector se dirige á los Sres. A. J. White, Limitado, 155, calle de Caspe, Barcelona, tendrán mucho gusto en enviarle gratuitamente un folleto ilustrado que explique las propiedades de este remedio.

El Jarabe Curativo de la Madre Seigel está de venta en todas las farmacias, droguerías y expendedurías de medicinas del mundo. Precio del frasco, 14 reales; frasquito, 8 reales.

AÑO LV

LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA

PERIÓDICO ESPECIAL DE SEÑORAS Y SEÑORITAS
INDISPENSABLE EN TODA CASA DE FAMILIA

Publícase los días 6, 14, 22 y 30 de cada mes. Aparte de las secciones de modas y labores de utilidad ó adorno, da al año sobre 500 columnas de escogida lectura.

PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN

EDICIÓN DE LUJO
(Única completa)

48 figurines iluminados — 6 ó más figurines extraordinarios de novedades parisienses — 40 ó más suplementos con patrones trazados al tamaño natural, dibujos inéditos para toda clase de bordados y labores, ó selectas piezas de música.

EN PROVINCIAS
UN AÑO, 40 PESETAS; SEIS MESES, 21; TRES MESES, 11.

PAÍSES DE EUROPA
UN AÑO, 50 FRANCOS; SEIS MESES, 26; TRES MESES, 14.

CUBA, PUERTO RICO Y FILIPINAS
UN AÑO, 12 PESOS FUERTES ORO; SEIS MESES, 7.

DEMÁS PAÍSES DE AMÉRICA Y ASIA
UN AÑO, 60 FRANCOS; SEIS MESES, 35.

EDICIONES ECONÓMICAS
(Sólo para España y Portugal)

EN PROVINCIAS

Segunda edición
24 figurines iluminados — 30 suplementos con patrones trazados al tamaño natural, ó dibujos para toda clase de bordados y labores.
UN AÑO, 24 PESETAS; SEIS MESES, 12; TRES MESES, 8.

Tercera edición
12 figurines iluminados — 24 suplementos con patrones trazados al tamaño natural, ó dibujos para toda clase de bordados y labores.
UN AÑO, 18 PESETAS; SEIS MESES, 9; TRES MESES, 5.

Cuarta edición
Sin figurines iluminados — 24 suplementos con patrones trazados al tamaño natural, ó dibujos para toda clase de bordados y labores.
UN AÑO, 14 PESETAS; SEIS MESES, 7; TRES MESES, 4.

En PORTUGAL rigen los mismos precios que en provincias, á razón de 180 reis por peseta

Siendo propiedad de la misma Empresa el periódico de bellas artes, literatura y actualidades, LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA Y AMERICANA, las Señoras Subscriptoras que también se abonen á esta última Revista obtendrán la rebaja de 25 por 100 en el precio de LA MODA ELEGANTE, cualquiera que sea la edición á que se hallen subscriptas.

Tanto de LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA Y AMERICANA como de LA MODA ELEGANTE, se facilitan números de muestra, gratis, en las principales librerías y por su .

Administración, Alcalá, 23, Madrid

MADRID. — Establecimiento tipolitográfico «Sucesores de Rivadeneyra».

[illegible] de Enero de 1896

Nº 3

LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA

Alcalá 23_ Madrid





LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA

22 de Enero de 1896 — Alcalá 23 _ MADRID — Nº 3 Extraordinario

LA MODA ELEGANTE

PERIÓDICO ESPECIAL DE SEÑORAS Y SEÑORITAS, INDISPENSABLE EN TODA CASA DE FAMILIA

Administración: Alcalá, 23 Madrid. | Madrid, 22 de Enero de 1896. | Año LV.—Núm. 3.

SUMARIO.

REVISTA PARISIENSE.

SUMARIO.

Invierno tardío.—Sus consecuencias.—El traje estilo de sastre.—Modificaciones.—Los abrigos largos.—Sus inconvenientes para calle.—El *collet* y la chaqueta.—Dos modelos.—Los trajes de visita.—Vestidos elegantes y corsés artísticos.—TEATRO DEL GYMNASE: *Marcela*, comedia en cuatro actos, por Victoriano Sardou.—Los trajes de las actrices.

El invierno ha debutado este año un poco tarde. Nadie ignora la influencia de la temperatura en la moda, y es indudable que, si el frío hubiese llegado en tiempo normal, las novedades concernientes al traje femenino serían á esta hora mucho más numerosas é interesantes. Las importantes modificaciones tantas veces anunciadas en la forma de las faldas y mangas, serían, sin duda alguna, un hecho consumado.

Pero en los días obscuros y nebulosos que acabamos de atravesar, hubiera sido bien temeraria la tentativa de lanzar las últimas invenciones de nuestros reyes de la moda. Para permanecer en armonía con la tristeza ambiente, los trajes deben ser sobrios y discretos. Por esta razón, sin duda, el traje estilo de sastre se lleva más que nunca. Es sabido que la elegancia de este traje reside particularmente en el corte. Esto no obstante, algunas agradables variaciones tienden á introducirse en la ornamentación. Así, las tiras estrechas de piel ó de bordados sustituyen hoy en gran parte á los clásicos pespuntes. Las solapas se adornan igualmente con pieles ó guipur, ó se bordan de lentejuelas. El peto, de una apariencia un poco masculina, se reemplaza ventajosamente con los camisolines ahuecados de *surah* ó de muselina de seda, con chorreras de encaje ó corbatas á la Robespierre.

Como se ve, al aclimatarse entre nosotras este género ha perdido su tiesura británica, para revestir algo de la gracia parisiense.

Las lanas llamadas montañesas, las cibelinas, los *mohairs*, los *matelassés*, los *bouclés*, son hoy preferidas á las lanas inglesas, *whipeard*, *covercoat* y *homespun*, exclusivamente reservadas anteriormente para estos trajes. Hay que añadir esta mejora á las ya mencionadas.

⁂

Para calle, para salir á pie, no hay abrigo comparable con el *collet* y la chaqueta. Los abrigos largos, como las *mantas*, las *douillettes*, las pellizas, que cubren enteramente la falda, no son cómodas. Preservan los vestidos del lodo y de la lluvia, es posible; pero, en cambio, la dificultad de recogerlos es enorme. No es ya tan fácil recoger una simple falda con el vuelo que se les da actualmente. Si á esta falda se añade la notable circunferencia de una manta ó una pelliza, la dificultad se complica considerablemente, sin contar con que el porte de la mujer pierde mucho de su gracia. Todas las personas prácticas preferirán la chaqueta y el *collet*, que dejan libres y fáciles los movimientos. En cambio, la manta y la *douillette* larga seguirán siendo los abrigos clásicos para salir en carruaje. Sus formas varían según el capricho de las modistas de renombre, y se las adorna de una manera muy lujosa.

⁂



1.—Traje de visita, género Luis XVI.

LA MODA ELEGANTE

PERIÓDICO ESPECIAL DE SEÑORAS Y SEÑORITAS, INDISPENSABLE EN TODA CASA DE FAMILIA

Administración: Alcalá, 23 Madrid. | **Madrid, 22 de Enero de 1896.** | **Año LV.—Núm. 3.**

SUMARIO.

REVISTA PARISIENSE.

SUMARIO.

Invierno tardío.—Sus consecuencias.—El traje estilo de sastre.—Modificaciones.—Los abrigos largos.—Sus inconvenientes para calle.—El *collet* y la chaqueta.—Dos modelos.—Los trajes de visita.—Vestidos elegantes y corsés artísticos.—TEATRO DEL GYMNASE: *Marcela*, comedia en cuatro actos, por Victoriano Sardou.—Los trajes de las actrices.

El invierno ha debutado este año un poco tarde. Nadie ignora la influencia de la temperatura en la moda, y es indudable que, si el frio hubiese llegado en tiempo normal, las novedades concernientes al traje femenino serían á esta hora mucho más numerosas é interesantes. Las importantes modificaciones tantas veces anunciadas en la forma de las faldas y mangas, serían, sin duda alguna, un hecho consumado.

Pero en los dias obscuros y nebulosos que acabamos de atravesar, hubiera sido bien temeraria la tentativa de lanzar las últimas invenciones de nuestros reyes de la moda. Para permanecer en armonía con la tristeza ambiente, los trajes deben ser sobrios y discretos. Por esta razón, sin duda, el traje estilo de sastre se lleva más que nunca. Es sabido que la elegancia de este traje reside particularmente en el corte. Esto no obstante, algunas agradables variaciones tienden á introducirse en la ornamentación. Así, las tiras estrechas de piel ó de bordados sustituyen hoy en gran parte á los clásicos pespuntes. Las solapas se adornan igualmente con pieles ó guipur, ó se bordan de lentejuelas. El peto, de una apariencia un poco masculina, se reemplaza ventajosamente con los camisolines ahuecados de *surah* ó de muselina de seda, con chorreras de encaje ó corbatas á la Robespierre.

Como se ve, al aclimatarse entre nosotras este género ha perdido su tiesura británica, para revestir algo de la gracia parisiense.

Las lanas llamadas montañesas, las cibelinas, los *mohairs*, los *matelassés*, los *bouclés*, son hoy preferidas á las lanas inglesas, *whipcord*, *covercoat* y *homespun*, exclusivamente reservadas anteriormente para estos trajes. Hay que añadir esta mejora á las ya mencionadas.

***

Para calle, para salir á pie, no hay abrigo comparable con el *collet* y la chaqueta. Los abrigos largos, como las *mantas*, las *douillettes*, las pellizas, que cubren enteramente la falda, no son cómodas. Preservan los vestidos del lodo y de la lluvia, es posible; pero, en cambio, la dificultad de recogerlos es enorme. No es ya tan fácil recoger una simple falda con el vuelo que se les da actualmente. Si á esta falda se añade la notable circunferencia de una manta ó una pelliza, la dificultad se complica considerablemente, sin contar con que el porte de la mujer pierde mucho de su gracia. Todas las personas prácticas preferirán la chaqueta y el *collet*, que dejan libres y fáciles los movimientos. En cambio, la manta y la *douillette* larga seguirán siendo los abrigos clásicos para salir en carruaje. Sus formas varían según el capricho de las modistas de renombre, y se las adorna de una manera muy lujosa.

***



1.—Traje de visita, género Luis XVI.

Pero vengamos al *collet* y á la chaqueta, para dar á mis lectoras dos preciosos modelos de estos abrigos.

El modelo de la chaqueta representada por nuestro croquis núm. 1 es muy original; es de paño color habano, y va cubierto en las costuras de una pasamanería. El encanto de esta chaqueta consiste sobre todo en la capucha *Trianon*, capucha forrada de seda del mismo color del paño, guarnecida á todo el rededor de pasamanería y cerrada con un broche de orfebrería, cuyo broche sujeta igualmente el cuello de marta cibelina que cae por delante hasta cerca del borde inferior. La manga, que es muy ancha, va guarnecida con una tira ancha de la misma piel. Manguito igual.—*Toque* Enrique II, hecha de terciopelo y adornada por delante con un penacho de plumas.

El *collet* (croquis núm. 2) es de paño color de piel de ga-



Núm. 1.

muza, y va bordado enteramente de azabache y ribeteado á todo el rededor de plumas negras. La anchura de la tela forma en los hombros tres pliegues á cada lado, fijados por delante y por detrás con unos botones artísticos. El cuello, que es muy alto, va guarnecido de una especie de gola de encaje blanco y ribeteado en su contorno de plumas negras. No hay nada más lindo que este contraste de encaje y plumas, de blanco y negro.—El sombrero ó *toque* va adornado con un torzal de terciopelo y flores color de rosa y negro.

°°°

Si el traje de sastre es el que prefieren las elegantes para sus paseos á pie por las calles de París, se entiende que lo dejan completamente de lado cuando se trata de visitas, para llevar otro más ceremonioso.

En mi anterior revista he hablado de los trajes de visita, que, á mi entender, no serán nunca demasiado elegantes.



Núm. 2.

He indicado las telas más en uso, las formas más generalizadas; lo cual no quiere decir que las personas que, por su posición y por otras circunstancias, no hacen por lo común visitas de etiqueta se vean obligadas á desplegar el lujo que estas visitas exigen. Las personas de que hablo no necesitan quitarse el abrigo, sino entreabrirlo solamente, lo que hace innecesario que el vestido sea muy elegante ni lujoso.

Pero vengamos á las señoras á quienes el traje de moda se impone.



Núm. 3.

He aquí un lindo modelo, hecho de paño crema: dos tiras de terciopelo amarillo, fijadas en el borde inferior y en lo alto con botones de acero, figuran un delantal sobre la falda, la cual va ribeteada á todo el rededor de marta cibelina. El cuerpo va guarnecido con tiras estrechas de la misma piel y botones de acero. Un delantero flotante de terciopelo amarillo sale de la abertura de la chaquetilla.



Núm. 4.

Otro elegante modelo: Vestido de terciopelo negro. En el cuerpo, coraza y guarnición recortada de guipur ribeteada de piel. Del cuello salen dos cocas de terciopelo rubí claro, fijadas con dos rosáceas de lo mismo. Una tira de terciopelo rubí forma por delante ancho cinturón, sujeto en la cintura con dos enormes botones orientales. La manga es muy ancha y hueca por arriba.



Vestidos elegantes y corsés artísticos son, por decirlo así, sinónimos; y si la palabra «artístico» se ha empleado alguna vez con exactitud á propósito del traje femenino, lo es, sin duda, aplicada á las producciones de la casa Léoty.

El corsé Léoty hace de todas las señoras modelos perfectos de estructura elegante. No hay señora de buen gusto que se resigne hoy á no tener un cuerpo armoniosamente delineado, sabiendo que este corsé maravilloso basta para modelar las líneas de una manera admirable. No hay nada más ingenioso y hábilmente imaginado que la disposición de las ballenas y el corte general del corsé Léoty (8, *place de la Madeleine)*, que pone de relieve las menores ventajas, y disimula las imperfecciones. Este corsé es al mismo tiempo una maravilla de buen gusto y de coquetería, cubierto de seda ligera y adornado con encajes y cintas que responden á todas las

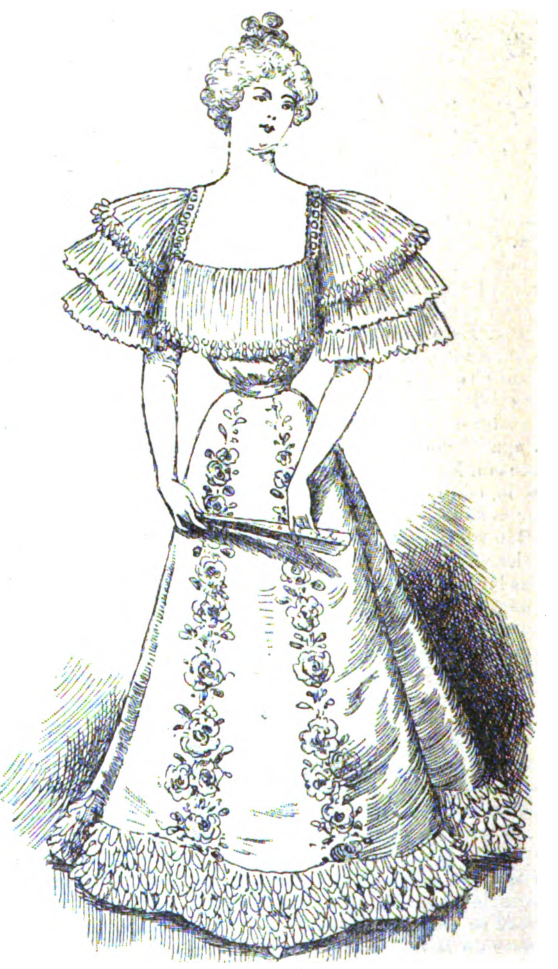


Núm. 5.

necesidades. Ya se trate de un corsé de baile ó de paseo, de equitación ó de «ciclismo», la perfección es siempre la misma.

°°°

La comedia en cuatro actos de Victoriano Sardou titulada *Marcela*, estrenada últimamente en el GYMNASE, es sin disputa el acontecimiento teatral de la temporada.



Núm. 6.

Una serie no interrumpida de escenas interesantes, algunas de ellas sublimes, tal es, en resumen, la nueva obra de Sardou, un poco descosida y sin originalidad, pero bien escrita, como todas las suyas, y admirablemente representada por la excelente compañía del Gymnase.



2 y 3.—Traje para niñas de 5 á 6 años.
Espalda y delantero.



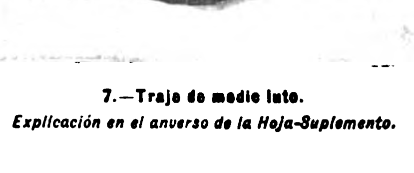
4.—Abrigo para niñas pequeñas.



5.—Traje de paseo para niñas de 6 á 7 años.

8.—Sombrero Marcela.

6.—Vestido de paño y terciopelo.
Explic. y pat., núm. III, figs. 17 á 26 de la Hoja-Suplemento.



7.—Traje de medio luto.
Explicación en el anverso de la Hoja-Suplemento.



9.—Sombrero Milady.

Hé aquí las *toilettes* de las actrices Jane Hading, Pasca, Rosa Bruck, Lucy Gérard, Dallet y Medal:

Mlle. Medal (acto cuarto).—Vestido de gasa de la China color verde tallo, con blusa de cañamazo crudo adornado con aplicaciones de encaje de Venecia de relieve. Cuello adornado con dos alas dobles de un tableado de tafetán verdoso. (Croquis núm. 3.)



Núm. 7.

Mme. Pasca (acto cuarto).—Traje Luis XVI de tafetán glaseado con estampaciones de flores. Delantero de tul negro sobre viso color de rosa. Manga plana de arriba y ancha de abajo, terminada en un volante fruncido sobre una segunda manga de tul negro forrada de tafetán color de rosa. (Croquis núm. 4.)



Núm. 8.

Mlle. Lucy Gérard (acto cuarto).—Delicioso traje de crespón color de rosa. La falda va adornada con una *ruche* de tul color violeta de Parma, formando delantal y marcando el borde de la falda. Este rizado va rodeado de encaje. En el cuerpo, berta de encaje cortada por entredoses, y ramo de rosas en el lado izquierdo. (Croquis núm. 5.)

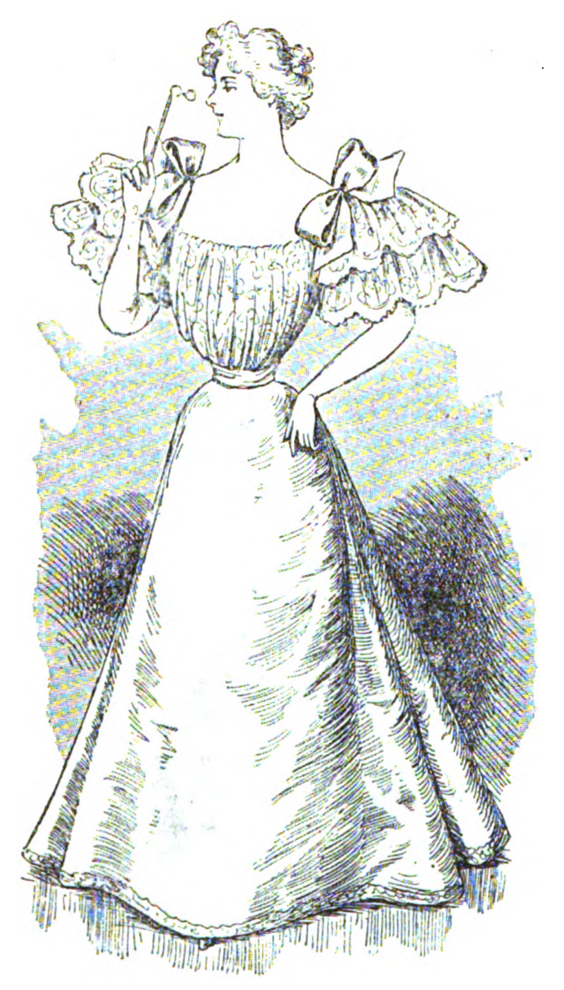
Mlle. Dallet (acto primero).—Vestido de crespón azul gofrado, con mangas huecas sujetas por encima del codo. Cinturón de oro.

Mlle. Medal (acto cuarto).—Vestido de lampazo azul celeste con ramos grandes de rosas naturales. En el cuerpo, tableado doble de crespón liso blanco, ribeteado de pétalos de rosas. Hombreras de pedrería. (Croquis núm. 6.)



Núm. 9.

Mme. Rosa Bruck (acto tercero).—Vestido de batista cruda incrustada de puntos de bordado sobre viso color de rosa. Mangas de terciopelo miroir color de rosa, adornadas con lazos negros. Dos lazos iguales forman hebilla de cinturón en la cintura. El cuerpo va estrechado en punta sobre tul negro. (Croquis núm. 7.)



Núm. 10.

Mme. Jane Hading (acto segundo).—Traje de paño color de malva. Su forma, casi de amazona, es sencillísima. Falda y cuerpo de paño. Las mangas, huecas por arriba, caen sobre la mano. Corbata de encaje.

La misma.—Otro traje de extraordinaria sencillez, hecho de *barége* azul obscuro, formando pliegues de acordeón. Las mangas, anchas en lo alto, van estrechándose hasta caer sobre la mano. Un tableadito de *barége* forma el escote, que es muy alto. Corbata de encaje antiguo anudada por delante.

Mlle. Lucy Gérard (acto tercero).—Vestido de muselina blanca con lunares, guarnecida con entredoses de Valenciennes color crema. Cinturón-corselillo de raso blanco, adornado con un ramo de margaritas amarillas. Una cinta de terciopelo negro forma corbata, sujeta con una cruz.

La misma (acto primero).—Vestido vaporoso, de crespón de la China azul pálido, con canesú de encaje transparente. Bullones de tul blanco en torno del cuello y en los hombros, y ramo de amapolas en el lado izquierdo del cinturón. La falda va guarnecida en su borde inferior con un entredós de encaje. (Croquis núm. 8.)

Mme. Pasca (acto primero).—*Deshabillé* de moaré flexible color ciruela, adornado con solapas de encaje de Venecia que forman esclavina. Chorrera de crespón liso blanco, y aconchado del mismo crespón, que continúa hasta el borde inferior del vestido. Las mangas, semilargas, caen sobre unos puños fruncidos, terminados en un rizado de crespón blanco. (Croquis núm. 9.)

Mlle. Dallet (acto cuarto).—Falda de bengalina blanca, y cuerpo-blusa de encaje crema. Unos lazos de raso blanco adornan los hombros. Mangas formadas de dos volantes de encaje. (Croquis núm. 10.)

La *mise en scène* y las decoraciones de la comedia nueva de Sardou son dignas del mérito de la obra, y forman un cuadro armónico á las ricas y elegantes *toilettes* de las actrices. En una palabra, *Marcela* está destinada á atraer un numeroso público al teatro del Gymnase.

V. DE CASTELFIDO.

París, 18 de Enero de 1896.

EXPLICACIÓN DE LOS GRABADOS.

Traje de visita, género Luis XVI.—Núm. 1.

Este traje, de estilo Luis XVI, se compone de una chaqueta de terciopelo negro, abierta por delante, con solapas onduladas de raso color de rosa, cubiertas de guipur moreno y ribeteadas de piel, y un chaleco de muselina de seda color de rosa, con corbata de muselina igual y encaje moreno. Unas aldetas cortas y onduladas salen de los lados de la chaqueta. Las mangas son anchas y drapeadas por arriba. La falda es de faya listada color marfil y negra. Manguito de terciopelo negro, adornado con encaje moreno y flores.—Sombrero de terciopelo negro, cuya copa va drapeada. Los adornos consisten en plumas negras y *aigrette*.

Traje para niñas de 5 á 6 años.—Núms. 2 y 3.

Vestido de bengalina azul, compuesto de un cuerpo de blusa con delantero formando dos pliegues encañonados, que se montan por medio de un canesú escotado de terciopelo negro, el cual lleva en medio, por delante, una correa del mismo terciopelo y unos tirantes que descienden sobre la espalda hasta el cinturón, que es de cinta de raso azul y va anudado por detrás. Este cinturón llega por delante hasta los pliegues encañonados, donde se fija con unos lazos de cinta flotante. Manga globo con brazalete plegado, que se cierra con un lazo. Cuello alto plegado, con un lazo grande por detrás. La espalda va fruncida y flanqueada por los tirantes.

Tela necesaria: 6 metros de bengalina, y 50 centímetros de terciopelo.

Abrigo para niños pequeños.—Núm. 4.

Cuerpo de paletó-saco muy ancho y montado con pliegues, hecho de paño gris plata y guarnecido con astrakán negro. La esclavina, ribeteada de astrakán, pasa bajo un pliegue ancho que cierra el delantero del abrigo. Manga globo, con puño ribeteado de piel, así como el cuello vuelto. —Sombrero de fieltro blanco, adornado con plumas y raso blanco.

Tela necesaria: 2 metros de paño.

Traje de paseo para niñas de 6 á 7 años.—Núm. 5.

Paletó-saco de paño fieltro, con espalda recta y delantero cruzado y abrochado con doble hilera de botones. Manga estilo de sastre y cuello alto. Unos pespuntes adornan el abrigo. Vestido de lana gris, con falda plegada.—Sombrero de fieltro color de tabaco, guarnecido de terciopelo azul de rey y plumas negras.

Vestido de paño y terciopelo.—Núm. 6.

Para la explicación y patrones, véase el núm. III, figs. 17 á 26 de la *Hoja-Suplemento*.

Traje de medio luto.—Núm. 7.

Véase la explicación en el *anverso* de la *Hoja-Suplemento*.

Sombrero Marcela.—Núm. 8.

Este sombrero es de fieltro negro afelpado, de ala ancha y levantada en el lado derecho á lo Rubens. Una cinta doble de terciopelo y raso negro rodea la copa, y va cerrada por detrás con una hebilla de azabache. En el lado izquierdo, hacia delante, lazo de cocas de raso negro, mezcladas con cinco plumas negras que forman penacho.

Sombrero Milady.—Núm. 9.

Toque de terciopelo azul de rey, drapeado en forma de birrete y levantado en el lado izquierdo bajo dos plumas negras, con *aigrette* negra, que sale de un grupo de rosas del mismo color. En la derecha van dos joyas de perlas y *stras*, que fijan el birrete sobre el ala, la cual va ribeteada de un torzal del mismo terciopelo.

Vestido y salida de baile.—Núms. 10 y 11.

Núm. 10. *Salida de baile*, de seda Pompadour, con capucha y esclavina guarnecida de un *ruché* de tul, y cerrada por delante con un lazo enorme de faya negra adornado con un borde estrecho de encaje.

Núm. 11. *Vestido de baile*, hecho de raso amarillo y escotado en cuadro, con aplicaciones de estrellas bordadas de acero. Adornos de bullones de tul blanco en los hombros, estrechados con lacitos de raso blanco. Manga ancha, de raso amarillo, con ahuecado de tul blanco. Cinturón de raso blanco, con cocas por delante y por detrás. Falda de raso amarillo, guarnecida con un *ruché* de tul en el borde inferior y una serie de lazos de tul blanco á cada lado. Las costuras del delantal y de las caderas van cubiertas con una sarta de estrellas bordadas de acero. Las mismas estrellas adornan cada lado de la cola.

Abrigo de terciopelo. — Núms. 12 y 13.

Este abrigo-largo es de terciopelo negro. Las mangas y las solapas son de astrakán *mort-né*. Cuello de terciopelo, levantado y cortado en puntas de almenas, guarnecido de encaje *chiffon* plegado en pliegues finos. Esclavina de terciopelo negro, que forma hombreras y llega hasta la cintura por detrás. Por delante va un peto ahuecado de encaje *chiffon*, con aplicaciones de guipur por encima. La falda forma tres pliegues por detrás.—*Toque* de terciopelo azul eléctrico, adornada á todo el rededor con piel de marta cibelina. Los adornos consisten en claveles de terciopelo verde y azul, puestos de manera que caigan sobre el rodete, y dos plumas en lo alto de la *toque*, sujetas con un broche de *strass* y rubí.

Pantalla de chimenea. — Núm. 14.

El marco es de madera lacada ó de roble antiguo, con dos pies. A la tercera parte de su altura, próximamente, se pone un tablero cubierto de felpa y guarnecido con un flequito. Sobre este tablero, bien consolidado, se ponen varios objetos, como un jarro con flores, un marco de fotografías, un libro, una copa, etc. Por debajo se pone un volante de muselina Liberty, ribeteado igualmente de un fleco. Un asa de cobre ó de níquel, puesta en lo alto, sirve para transportar la pantalla, la cual es muy cómoda para trabajar junto á una chimenea ó una ventana.

Mangas de novedad. — Núms. 15 á 17.

Para la explicación y patrones, véase el núm. IX, figuras 53 á 58 de la *Hoja-Suplemento*.

Delantal de escuela para niñas de 8 á 9 años. Núms. 18 y 19.

Para la explicación y patrones, véase el núm. V, figs. 34 á 36 de la *Hoja-Suplemento*.

Esclavina salida de baile para señoritas.—Núm. 20.

Para la explicación y patrones, véase el núm. VI, figs. 37 y 38 de la *Hoja-Suplemento*.

Cuello y puños Luis XVI. — Núms. 21 y 22.

El cuello y los puños son de muselina blanca de la India y encaje amarillento de Valenciennes. El cuello se compone de 22 pedazos de entredós de encaje de 10 centímetros de ancho, cosidos uno junto á otro sobre 3 centímetros de largo, lo cual forma el cuello recto rodeado de volantes de muselina y encaje. Para la parte inferior del cuello se unen á los entredoses unos triángulos de muselina que tienen 9 centímetros de ancho en el borde inferior y forman unos *godets* regulares. Un encaje rodea el cuello, el cual va guarnecido por delante de un lazo ejecutado del mismo modo.

Los puños, hechos como el cuello, se componen cada uno de 14 entredoses que tienen 9 centímetros de largo, reunidos sobre 2 centímetros de largo; los triángulos de muselina tienen 8 centímetros de ancho en el borde inferior.

Cuello guarnecido de piel.—Núm. 23.

Se ponen sobre un cuello recto tres hileras de tul fruncido color crema. El borde de la hilera inferior va cubierto de una tira estrecha de piel marrón. Se cierra este cuello por detrás bajo un lazo muy grueso de cinta *chiné* color de rosa, que tiene 12 centímetros de ancho.

Papelera montada.—Núm. 24.

La montura es de madera revestida de felpa color de berengena. Su altura es de 70 centímetros de alto por 50 de ancho. La papelera propiamente dicha es de raso amarillo, con bordado color violeta de varios matices. Las cintas Luis XVI se bordan al pasado; el borde inferior va adornado con un fleco de oro, así como la unión de la montura.

Traje de visita.—Núm. 25.

Véase la explicación en el *anverso* de la *Hoja-Suplemento*.

Traje de visita con cuerpo de terciopelo.—Núm. 26.

Para la explicación y patrones, véase el núm. IV, figuras 27 á 33 de la *Hoja-Suplemento*.

Vestido para niñas de 9 á 10 años.—Núm. 27.

Para la explicación y patrones, véase el núm. XI, figuras 67 á 80 de la *Hoja-Suplemento*.

CRÓNICA DE MADRID.

SUMARIO.

Aspecto de la capital. — El gran mundo y la guerra de Cuba. — En las Embajadas y Legaciones extranjeras.— Los lunes de la Marquesa de Aguiar.— Los viernes de la Condesa de Agrela.—Siempre matrimonios.— Tres realizados y uno en puerta.— LOS TEATROS. — La crisis del REAL y su término.— El nuevo empresario.— Sus propósitos.— En el ESPAÑOL: La boda de María Guerrero y Díaz de Mendoza.— Falta de novedades. — El drama de Sellés.— En la COMEDIA: *El libre cambio*, por la noche.— En LARA: *Doña Juanita*, por la noche también.

La sociedad madrileña no ofrece — ni ofrecerá sin duda en lo restante del invierno — el aspecto animado, bullicioso, alegre de otros años.

La guerra de Cuba, que nos cuesta tanta sangre y tanto dinero, es el motivo principal — único podría decirse — de semejante situación.

Son pocos, en muy corto número, los salones españoles abiertos: en los de las señoras de Figuera y Alvarez Mariño hay muy agradables recepciones los martes, de cinco á ocho de la noche; la esposa del senador Sr. Salvany convoca el extenso círculo de sus relaciones los viernes, y el sábado último se bailó allí — por la tarde — con motivo del santo de su bella hija Hortensia; los Marqueses de Linares, siguiendo su antigua costumbre, han abierto ya dos jueves las puertas de su espléndido palacio, y continuarán sus reuniones vespertinas cuando regrese el dueño de la casa de la visita que va á hacer en breve á sus posesiones de Andalucía; la Marquesa de Aguiar permite á la juventud bailar los lunes por la noche en su suntuosa morada de la calle de Fomento; y la Condesa de Agrela imita el ejemplo los viernes, cada dos semanas, por consideración al Embajador de Alemania, que recibe en iguales noches en el amplio hotel del Paseo de la Castellana.

Todas estas fiestas son del género de las llamadas *pequeñas*, siendo la más concurrida la de la Marquesa de Aguiar, donde *se han dado á luz* varias preciosas niñas de cortos años, haciendo lo que se llama vulgarmente «su entrada en el gran mundo».

El Marqués de Reversaux, quien por vestir luto se mantenía como en retraimiento hasta ahora, terminado aquél ha comenzado á recibir al Cuerpo diplomático y á un corto número de personas, obsequiándolas con banquetes y tertulias, siendo de esperar que más adelante haga más extensos los convites.

Por último, de un día á otro deben regresar de Pau, adonde marcharon para asistir al matrimonio de su hijo, sir Drummond y su amable consorte lady Wolff, y entonces, siguiendo su costumbre, contribuirán al movimiento de la sociedad.

°°°

Lo que sigue abundando son las bodas: el 10 se verificó la de la señorita D.ª Francisca Parrella y Bayo con el oficial de la regia escolta Conde de Gondomar—perteneciente á la egregia familia de los Marqueses de Malpica—en casa de la madre de la simpática é interesante novia.

Fueron padrinos la del contrayente y el tío de la novia, D. Adolfo Bayo, presenciando la ceremonia los individuos é «íntimos» de ambas familias, obsequiados después con exquisito *buffet*.

El 15 se unieron también con eternos lazos la señorita D.ª María Bascaran, hija del General de este apellido, y el Sr. Bordiu y Prat, primogénito de los Condes de Argillo.

Numerosa concurrencia asistió, primero al templo, y después á la habitación de los padres del novio, donde fué agasajada con exquisito almuerzo.

Los recién casados salieron aquella tarde misma para Constantinopla, donde el joven diplomático desempeñará las funciones de secretario de nuestra Legación en Turquía.

°°°

Pero el enlace que ha despertado mayor curiosidad en la corte ha sido el de la bella y eminente actriz María Guerrero con el no menos famoso actor D. Fernando Díaz de Mendoza, hijo y heredero del Marqués de Balazote y Fontanar, Conde de Lalaing.

Celebróse el viernes 9 del corriente, en la parroquia de Santa María—antigua iglesia de las monjas del Sacramento,—y llamó extraordinariamente la atención.

Fueron padrinos de los nuevos esposos la Condesa de Humanes y el Duque de Tamames, y entre los testigos figuraban el Marqués de Bogaraya y el célebre autor dramático D. José Echegaray.

Gentío extraordinario llenaba las naves del templo; pero quedó burlado en sus esperanzas de ser testigo del acto religioso, porque tuvo efecto á puerta cerrada en la sacristía, en presencia de los «precisos operarios».

La nueva pareja conyugal, después de recibir las bendiciones, se dirigió al teatro Español para ensayar el drama *Las hijas de Lot*, y por la noche representó *Lo positivo*, la preciosa obra de Tamayo, en el antiguo Corral de la Pacheca.

Antes de pasar á otro asunto, añadiré que al terminar Enero se unirán la hija segunda de los Marqueses de la Laguna y el Conde de Urbasa.

°°°

Lo único notable ocurrido en los teatros durante la última quincena ha sido la quiebra y la crisis del regio coliseo.

El Sr. Rodrigo, por falta de recursos, se ha visto obligado á abandonar la dirección, ó, mejor dicho, la explotación de nuestra primera escena lírica.

La catástrofe se hallaba prevista há mucho tiempo: el abono era más escaso que en otras temporadas; la concurrencia ordinaria había disminuído considerablemente, y por mi parte adivinaba desde el principio lo que al fin ha venido á suceder.

El Sr. Rodrigo, arruinado y gravemente enfermo, ha debido retirarse, y el Gobierno ha procurado activa y eficazmente que el teatro continuara abierto acogiendo las proposiciones de cuantos se presentaron con tal fin.

El primero fué el editor de música Sr. Zozaya, quien no logró entenderse con la orquesta; y ha sido más afortunado el antiguo contador, en la época del Sr. Rovira, D. Manuel González Araco.

Este, con actividad singular, ha allanado todas las dificultades opuestas á la realización de sus planes: ha conseguido que músicos y coristas le secunden; ha ajustado á la Corsi, á la Leonardi; al tenor Ibos, al barítono Menotti, á Baldelli y á Uetam, únicos artistas de la última compañía que no habían abandonado la corte, telegrafiando á muchos de los ausentes ofreciéndoles contrata.

La situación del Sr. Araco es difícil y excepcional, aunque aquél demuestra tal voluntad y tal resolución que no es lícito dudar del resultado de sus esfuerzos.

Propónese abrir de nuevo la sala de la plaza de Oriente lo más tarde el 25 de este mes, y sin duda lo realizará si cuenta con elementos para llevar á feliz término sus proyectos, según deseo sinceramente.

°°°

Pocas novedades en los demás coliseos: en el Español, la única ha sido la boda de María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza.

La noche del día en que se verificó se llenó completamente el antes llamado «teatro del Príncipe», deseosos todos de ver y de aplaudir á los flamantes cónyuges.

Representaron á la perfección *Lo positivo*, prestándose mucho la obra á las interpretaciones, hechas por el auditorio, de frases y de palabras determinadas.

El nuevo matrimonio trabajó á maravilla, y los espectadores les prodigaron las muestras de aprobación y entusiasmo.

Después han ejecutado *El desdén con el desdén*, de Moreto, y todavía fueron más generales y repetidos los aplausos que en la interpretación de la comedia tan admirablemente acomodada á nuestra escena por D. Manuel Tamayo.

Aun no se ha podido estrenar el drama del Sr. Sellés, por haberse visto obligado el autor á modificar extensamente los dos actos últimos.

Parece que en ellos abundaban *las crudezas*, atendiendo el Sr. Sellés las indicaciones de personas competentes que le aconsejaban suprimirlas ó modificarlas.

°°°

Nada nuevo, nada importante en los otros coliseos madrileños: los de la Comedia y Lara han trasladado á las funciones de noche las que por la tarde estrenaron el 24 de Diciembre.

El éxito de *El libre cambio* ha sido igual al conseguido primitivamente, siendo necesario aplazar *La esfinge*, el célebre drama de Octavio Feuillet, anunciado para el miércoles último, hasta que el público se canse de reir y de celebrar los chistes y las situaciones de la composición arreglada con verdadera habilidad por D. Emilio Mario (hijo).

En la Corredera de San Pablo ha sucedido lo propio: *Doña Juanita*, la función de *Tardebuena*, se puso en escena nocturnamente; y si bien no ha podido vivir largo tiempo en el cartel, logró entretener y provocar las carcajadas de los oyentes.

El teatro Lara es verdaderamente afortunado: con cualquier bagatela logra atraer la gente: ahora *El marido de mamá*, que quizá en otra parte hubiera sufrido adversa suerte, ha tenido la de arrancar carcajadas á sus benévoles jueces, que, muy satisfechos, llamaron á las tablas á los dos cómplices de este crimen literario, consumado con general aplauso.

EL MARQUÉS DE VALLE-ALEGRE.

18 de Enero de 1896.

LOS TESOROS DE ARRIO DIÓMEDES.

Conclusión.

Allá, á lo lejos, trompas guerreras anuncian la llegada del luchador bestiario, el héroe ambicioso que tranquilo se dirige á la muerte, ó á tomar posesión del premio extraordinario, no ofrecido hasta entonces en las fiestas circenses: la libertad, la fortuna y la posesión de la mujer amada.

Sábese que el gladiador es de Pompeya, pero se ignora quién es, y el pueblo se desborda ansioso por conocerle; grita, ruge, voces, aplaude y enronquece de entusiasmo; el nuevo luchador es un valiente; va á habérselas con seis fieras; se apresta al sacrificio en aras de la patria y el amor.

La lucida comitiva, en cuyo centro caminan los gladiadores, alza sobre el pavés al héroe, y la muchedumbre aplaude con mayor fuerza, se codea primero, se estruja después, se ahoga, se deshace: los centuriones no pueden contener aquellas oleadas de carne humana, y la litera de Julia es arrollada por el carro del auriga. Salvius, el gladiador, se apoya en la plateada silla de Julia, para no caer: alza la mujer los ojos, y ve al hombre bestiario que por ella corre al sacrificio: crúzase una mirada indescriptible entre los amantes, mirada de supremo cariño y de dolor, de piedad y de esperanza, de fe y resignación, de vida y muerte; frío sudor inunda el cuerpo del atleta, y palidece; las uñas sonrosadas aprietan convulsivas el dorso de las manos, y hacen brotar la sangre en la epidermis como menudas cuentas de coral; el rostro se enciende hasta el carmín de la rosa de los Alpes, los ojos languidecen y se cierran, la garganta ahoga un grito de dolor, el corazón paraliza sus latidos, y la mujer amante se desploma como herida en la frente por un rayo.

Pero nadie se apercibe de aquellas dos humanas conmociones, y el pueblo sigue vitoreando y aplaudiendo, entonando himnos de gloria ó groseras canciones, lanzando imprecaciones ó bendiciendo servil el poder del César que le veja, ó el de los dioses que jamás le escuchan, y todos, todos, nobles y plebeyos, esclavos y lictores, griegos y romanos, en amigable consorcio, fraternalmente unidos por un común sentimiento de placer, se dirigen al Circo, y, como expresa Cano en su hermosa poesía *El Triunfo de la Fe*, en la tierra y en el espacio de Pompeya

Todo á la vez resuena confundido
Y dice, en las palabras de ese idioma
En que se explica un pueblo conmovido,
Que hoy es gran día y se divierte Roma.
....

V.

Las carreras de carros, las luchas de hombre á hombre, el combate de fieras, no habían derramado mucha sangre; sólo veinte leones africanos y otras tantas panteras de la India habían sucumbido; los garfios de los esclavos circenses sólo retiraron de la arena un centenar de víctimas; el *Spoliarium* sólo recibió en su seno de muerte doscientos cadáveres humanos; pero el pueblo no se hallaba aquel día satisfecho, y aguardaba con ansia verdadera el horrendo combate del nuevo gladiador: luchar un solo hombre con seis fieras, no era cosa á que Roma se hallaba acostumbrada..... El premio era magnífico, y la lucha debía ser digna de tamaño galardón.

El arrastre de los últimos cadáveres había invertido largo espacio, y el público empezaba á impacientarse, é iracundo dirigía ya sus gritos y denuestos.....

.....hacia el solio
Que ocupa aquella escuálida persona
Pálida, como muerte con corona.



10 y 11.—Vestido y salida de baile.

La presencia del heraldo que anuncia la aparición del bestiario impone orden, y el silencio es profundo é instantáneo. Las carceres giran sobre sus ejes de hierro, y el gladiador se presenta, por condición expresa del programa de aquel día, la cabeza cubierta con el casco del lacista, escudo al brazo y espada corta en la diestra. Su arrogante figura, su aspecto varonil, su musculatura atlética, hace estallar en unánime aplauso á aquel monstruo de cien mil cabezas que ha de juzgarle bien pronto, y que de igual modo que ahora le bate palmas por su valor y apostura, silbará la menor muestra de debilidad, el más pequeño fruncimiento de dolor, ó si, herido ó muerto, cae torcidamente.

En el *podium* del lado de Oriente y bajo el trono de César está Julia. La palidez mortal de sus mejillas ha desaparecido; sus ojos no vierten una lágrima, sus labios se hallan teñidos con el rojo del clavel; pero el corazón late violento, la fiebre seca la piel, y las manos nerviosas arrancan una á una las perlas del bordado de la túnica; dolor y placer, temor horrible de perder el bien querido, y alegría celestial de llegarle á poseer, esposo y libre, embargan alma y corazón de la amante infeliz. ¡Pobre niña!.....

La sangre paraliza repentinamente su curso por las venas, el pecho se oprime y núblanse los ojos..... El primer tigre ha aparecido en la arena, y Salvius se prepara á recibirle. La lucha es breve; cinco golpes de espada hacen revolcar á cinco brutos en su sangre; la última bestia salta aullando en el anillo y se arroja con la rapidez del rayo sobre el gladiador; la fuerte garra ataraza la carne, arrancándola á pedazos; el olor de sangre viva embriaga á la fiera; el dolor hace escapar la espada de la mano, y la arena se enrojece.

Momentos de ansiedad: bruto y hombre van perdiendo el vigor y la entereza, y ruedan y voltean sobre la arena bermeja formando un solo cuerpo. Dos gritos penetrantes se dejan oir á un tiempo mismo: el de Salvius en la pista; en el *podium* el de Julia.

La lucha ha terminado; el gladiador se levanta y yergue



12.—Abrigo de terciopelo. Delantero. *Véase el dibujo 13.*

abrazado aún á la fiera; con fuerte brazo desplaza sus mandíbulas, y la arroja con desprecio para hollar el cuerpo inerme con sus plantas.

Gritos indescriptibles, aplausos, carcajadas; la embriaguez del entusiasmo y el delirio se muestra en todos los espaciosos ámbitos del Circo loando al vencedor; pero el César alza el cetro sobre su cabeza, y Salvius es conducido sobre el honroso escudo como héroe, bajo el *podium;* que sobre él se halla el César, que ha de concederle el premio á su valor y pujanza.

Sangran horriblemente las heridas, el rostro se cubre de lívida palidez, y parece que el cuerpo comienza á agitarse en convulsión. Ni el dolor del pecho y la garganta desgarrados, ni la pérdida de sangre, vencen al gladiador; su amor le presta fuerzas, y con voz enérgica y potente dice al César:

—Dios te guarde. El que ha vencido en la lucha te saluda. Sólo libertad y amor pido por premio. Sea el rico presente que en acuñado oro y en valiosas alhajas la patria me concede de Arrio Diómedes, ayer mi señor y de hoy más mi pariente. No ambiciono tesoros ni poder; sólo el amor me vence. Sea Julia la reina de la fiesta, y después sea mi esposa.....

Clarines, trompetas, címbalos y tambores entonan marcha triunfal; el público prorrumpe en vítores ensordecedores; Julia solloza de felicidad, y Diómedes la contempla con mirada torva.

Su sentencia de muerte está firmada; antes que ser poseída del esclavo, ha de ser despojo de las fieras.

César ha abandonado el solio, y las fiestas en el Circo y en Pompeya pronto han de terminar.....

Las antorchas se apagaron; aventadas sus cenizas, no humean los pebeteros; mustias se hallan las flores de coronas y guirnaldas, seco el ramaje de los arcos de triunfo, solitarias las calles de Pompeya.

Pompeya duerme en paz.

VI.

Las fiestas oficiales habían terminado, pero se preparaban nuevas fiestas; la ciudad volvíase á engalanar, pues muy presto se iban á celebrar las bodas de Julia y Salvius.

Diómedes, siquiera sacrificase su tesoro, no podía menos de revestir aquel acto de toda la magnificencia requerida por su posición y su fortuna; y temiendo sin duda interpretaran mal su pensamiento, había dirigido los preparativos y dictado el programa de festejos, digno por todos conceptos del himeneo de un César: pero los pompeyanos no se hallaban satisfechos; suprimido el espectáculo circense por voluntad expresa de la novia, las bodas no tenían atractivo.

Sin embargo, aparte de este detalle, las fiestas públicas no desmerecerían de las oficiales que acababan de celebrarse; las privadas superarían con mucho á las que hasta entonces tuvieron lugar en la regia vivienda de Arrio Diómedes.

Con exquisita escrupulosidad fueron preparadas las habitaciones todas; pero donde el lujo y la riqueza, donde Arrio apuró todos los prodigios de la industria y el arte, fué en el *thalamus* y el *triclinium*, cámara nupcial y salón donde había de celebrarse el festín, en el primero de los cuales había de tener su desenlace aquella boda para él aborrecida. Al efecto, expertísimos mecánicos, que pagaron con sus vidas el secreto, habían construído la terrible plataforma neroniana.

Tal era el lecho nupcial con que Diómedes iba á obsequiar á su hija.

°°°

El matrimonio, su deslumbrante ceremonial, habíase verificado: era la media noche, y el banquete había concluído; Julia y Salvius veían realizados sus sueños de esperanza y amor; oro y poder, riquezas y cariño ofrecían á los esposos perpetua felicidad.

Apurada la última copa de néctar, Diómedes, levantándose de su muelle *accubitum*, dió señal de despedida á sus numerosos comensales, quienes, según costumbre de la época, precedidos de los novios, acompañaron á éstos hasta la puerta de la cámara nupcial.

Julia, vestida con las galas de himeneo, hallábase resplandeciente de hermosura; Salvius, siempre apuesto y gentil, arrojado de su cuerpo el sagoclámide, la túnica infamante del esclavo, y sustituído por la lujosa *prætexta* del liberto, presentaba una figura arrogante, sin que en ella se notara refinamiento alguno de las modas de la época; tal vez pecaría de cierto descuido en su persona, pero su calidad de gladiador le absolvía.

Diómedes estampó un beso en la frente de su hija é hizo cadena de sus brazos con los brazos de Salvius.

La comitiva entonces se retiró silenciosa, y Diómedes quedóse contemplando cómo con paso lento los novios se internaban en su cámara.

Seguro Diómedes de que nadie le observaba, el rostro pálido y descompuesto y la voz temblorosa por la ira, dirigiéndose á los recién casados, exclamó:

—¡Que los dioses os protejan, y descansad en paz eternamente!

Las cuatro últimas palabras fueron pronunciadas con tono profundo, cavernoso, lúgubre, á tiempo que, oprimiendo la nerviosa mano un secreto resorte, hacíale girar sobre sus goznos, para dejar encerrada á la infeliz pareja en su dorada pero terrible prisión.

Poco tiempo después reinaba en la casa del poderoso magistrado el más sepulcral silencio.

VII.

El sol comenzaba á asomar su rubia cabellera por los ya iluminados balcones del Oriente, y la luna, palideciendo ante los rayos de su rey y señor, se iba ocultando modesta tras los altos picos del promontorio de Miseno; pero repentinamente luna y sol perdieron primero su brillo y después su luz. Extenso nublado robaba á los ojos de los pompeyanos la isla de Capra.

Truenos lejanos que parecían partir del centro de la tierra, acompañados de conmociones violentas, hacían temblar sobre sus cimientos los más fuertes edificios de la hermosa población romana, llevando el pánico á todos sus habitantes.

La voz de Roma, la súplica de Pompeya y Herculano, los ecos de sus festejos, no habían llegado hasta los dioses; la sangre vertida, las víctimas inmoladas, los placeres gozados, no fueron bastante á domeñar la ira de Júpiter, y el Vesubio coronábase nuevamente con su penacho de fuego, y el ambiente enrarecíase con los vapores de azufre y cenizas de pómez.

Al propio tiempo, una escena terrible se desarrollaba en la cámara nupcial.

El pavimento en pleno se hundía pausadamente en la cripta, de la cual se escapaban los horripilantes aullidos de las fieras.

Salvius, á pesar de su valor y entereza, no pudo menos de prorrumpir en un penetrante grito de terror.

—¡La plataforma de Nerón!—dijo, y suspendió en sus brazos á Julia, que horrorizada perdía el conocimiento.

No había un momento que perder: la plataforma descendía ya rápidamente, y un segundo más era bastante para caer entre las garras de las fieras.

Salvius, con su preciosa carga, había logrado poner su planta en el único peldaño de la puerta de salida.

A gritos pidió socorro, pero no fueron oídos; suplicó, pero sus súplicas no fueron escuchadas. Con las hercúleas fuerzas de su espalda empujó una y mil veces las hojas de la puerta, pero no cedían.

Truenos tremendos en las profundidades de la tierra, extraños ruidos que partían del espacio, sacudidas violentas que hacían temblar los muros, gritos desesperados, ayes desgarradores horripilaron á Salvius. Había comprendido que el Vesubio, desatándose en candentes cenizas y ríos de lava abrasadora, arrasaba la ciudad.

Era preciso huir, y reuniendo toda su voluntad, todo su espíritu, el vigor y el esfuerzo de sus músculos de acero, hizo saltar á su empuje potente la puerta en cien astillas.....

°°°

Diómedes entretanto, apercibido del terrible siniestro; presa de pavor, delirante, loco; poseído como nunca de su tenaz avaricia, olvidándolo todo, todo, hasta sus deberes de esposo y padre, con convulsas manos aferraba sus artísticos cofrecillos guardadores de sus más ricas joyas, ponía en manos del esclavo de su mayor confianza la mayor parte posible de su acuñado tesoro, y guardaba entre sus descompuestas y mal ajustadas vestiduras, plata en barras y lingotes de oro.

El peso de su tesoro impedíale todo movimiento, y sus piernas se movían sin apenas adelantar un paso. Gruesas gotas de sudor cubrían el cuerpo todo del avaro..... un paso más en la alabastrina escalinata, y la puerta próxima le daría ocasión para salvar su riqueza. El destino se encargó entonces de prestarle la anhelada salida: á impulso del huracán de fuego se abrió de par en par la puerta con violencia, y un torrente de lavas y metal fundido se desbordó por la empinada escalera, arrollando en su carrera á Arrio Diómedes, con todos sus tesoros y su corazón de cieno y su avaricia.....

. . . .

Un espantoso trueno dejóse escuchar en aquel punto.....

Pompeya desaparecía por momentos bajo las iras del gigante de fuego.

Los pompeyanos gritaban, imploraban, maldecían de los dioses, y se arrojaban en el mar, buscando en él ilusoria salvación.

¡Tristísimo, horrible, tremendo espectáculo!.....

Ora veíase á la madre que aterrada corría dando al viento su descompuesta cabellera, oprimiendo contra el seno al hijo de sus entrañas, creyendo de este modo librarle del ardiente aluvión; ora al esposo que cargaba sobre sus hombros á su prenda más querida; ora al amante que imprimía el beso postrimero en la nublada frente de su amada; aquí al anciano padre estrechando á su hija moribunda; allá al amigo que abraza en despedida última á su constante compañero: acullá al patricio, en fin, que llora lágrimas de desesperación al ver temblar los cimientos de su pueblo y desplomar las extensas graderías de su soberbio coliseo.

VIII.

Allá entre las hirvientes olas del mar, lejos, muy lejos, veíase flotar una pequeña embarcación. Un hombre solo la tripula; sin remos, va navegando al azar. La tierra ya está cerca, y un solo golpe de mar la estrellará en las rocas ó la arrojará en la playa, no de candente, sino de fresca arena; un soplo á popa, y Salvius, con el cuerpo inanimado pero palpitante de su querida Julia, estará á salvo en las hermosas costas y bajo el cielo de Nápoles, siempre bello y azul.

Cerca de diez y siete siglos después de estos tristes acontecimientos, hijos de la tiranía humana y de las leyes de la Naturaleza, la azada de un campesino tropezaba casualmente con diferentes despojos de la ciudad soterrada.

Dada cuenta de su hallazgo, púsose en conocimiento del gran Carlos III, á la sazón rey de Nápoles, amantísimo y decidido protector de toda manifestación en las esferas del arte y de la ciencia.

La losa sepulcral de piedra pómez que durante tantos siglos cubrió el extenso y magnífico municipio de Nerón, comenzó á removerse y levantarse. Más tarde, la casa de Saboya, con loable desprendimiento y honroso patriotismo, logró arrancar de las tinieblas aquel tesoro escondido de las artes griegas y romanas que hoy figuran, para admiración del mundo artístico, en los célebres museos de antigüedades de Nápoles y Madrid.

Pompeya, tal y como se encontraba en la hora de la tremenda erupción del Vesubio del año 79 de nuestra era, se encuentra hoy, en gran parte restaurada á los ojos del viajero, al estudio del artista y á la consideración del filósofo.

Entre los edificios más notables, tanto por la riqueza como por su buen estado de conservación, que en Pompeya fueron descubiertos, figura la vivienda lujosísima de Arrio Diómedes, de que nos hemos ocupado.

La piqueta, sabiamente dirigida en la exhumación de este edificio, sacó á la luz del sol el brillo de sus joyas y su grandioso cuadro de tristeza.

El suntuoso mobiliario, intacto; el brillante decorado de sus habitaciones, ajeno á la más pequeña restauración; cuadros, mosaicos, estatuas, utensilios, sin deterioro alguno.

En las bodegas, las ánforas con el vino desecado de la cosecha que entonces debía estarse envasando, y en su recinto, según manifestación de un testigo ocular, el tristísimo grupo de diez y siete cadáveres momificados de niños y mujeres, rodeados de abundantes y variadas provisiones.

No lejos de la puerta del jardín, y sobre los peldaños de una escalera subterránea, las momias de dos hombres: el uno con una llave en la mano, tendido sobre un gran montón de oro acuñado, y el otro asiendo fuertemente dos cajas de artística entalladura, en cuyos senos guardaban todo un tesoro de joyas y piedras preciosas de brillo deslumbrante.

«La imaginación—dice Ilada y Delgado—nos representa, con más viveza de lo que la sensibilidad desearía, aquel cuadro de horrores: aquella madre estrechando á sus hijos, viéndose morir y viéndolos morir sin esperanzas; aquellos inocentes niños, anhelantes de fatiga, entumecido el rostro, llorando de angustia y cayendo expirantes sobre el pecho de su madre..... aquella joven, acaso la mayor de la familia, con su florida y bella primavera, evocando tal vez un recuerdo de amor.....»

Cuadro de horror verdadero representa la contemplación de aquellos desdichados; pero dolorosa indignación debe apoderarse del espíritu á la vista de aquellos dos esqueletos, revueltos sus huesos, desplazados entre un montón de inútiles riquezas, cuya blancura mate ha de hacerse más visible alumbrada por el centelleo de las falsas luces de las joyas, miserables pedruscos á que la vanidad humana se ha empeñado en dar valor. Aquellos dos esqueletos son la viva representación del egoísmo humano.

Diómedes, en el terrible siniestro, antes que atender á aquellos seres que más interés debieron inspirar en su corazón, sólo pensó en salvar su persona y sus tesoros; mas la justicia divina apagó con el fuego de su indignación aquel espíritu egoísta, si bien quiso conservar sus terrenales despojos, para que las generaciones venideras tuvieran vivo ejemplo en su contemplación de lo que valen el poder y las riquezas del hombre.

Y allí, revueltas entre escorias de la tierra y escorias de cuerpo humano, entre cenizas del Vesubio cenizas de un corazón que sólo palpitó al calor del egoísmo, entre cenizas y escorias todo un tesoro mundano....., oro podrido, plata ennegrecida, joyas desmontadas cubiertas de verde moho, pedrería de brilladores reflejos, miseria, podredumbre; el hombre con su orgullo vuelto á la tierra de que fué formado....., y entre tanta y tanta sombra, las facetas del diamante copiando la luz del cielo, asiento del Todopoderoso, única gloria y única verdad.

JAVIER SORAVILLA.

Á MI ESPOSA EN SUS CUMPLEAÑOS.

¡Cómo corre el tiempo breve!.....
Pero contemplando estoy
Que contigo no se atreve.
¡Parece que acabas hoy
De cumplir los diez y nueve!
Enamorado le vi
Que á sus iras pone tasa
Cuando pasa sobre ti.
¡Bendito el tiempo que pasa
Y sólo se ceba en mí!
Tú la niña sonriente,
Burlándote lindamente
Del tiempo y de su fiereza.
¡Yo los surcos en la frente
Y la nieve en la cabeza!
¡Tú, de mis ojos espejo,
Dándome dulce calor
Con tu divino reflejo;
Y yo muriendo de amor
Aunque me caiga de viejo!

JOSÉ JACKSON VEYÁN.

UNA APUESTA.

El caballo corría á todo escape; las ruedas rechinaban sobre la tierra del camino, y el coche, dando tumbos, avanzaba saltando los baches y los charcos producidos por las recientes lluvias. A pesar de tanta prisa, cuando los que ocupaban el carruaje llegaron á la estación tuvieron que contentarse con ver al tren que desaparecía en una curva de la línea para esconderse en el largo túnel que, arrancando casi desde las mismas agujas de salida y atravesando la montañuela que cierra por aquel lado el horizonte, va á desembocar á la orilla del riachuelo que baña los pies al bonito pueblo de Villahueca, que era precisamente adonde pensaban haberse dirigido nuestros viajeros.

La primera idea de éstos al ver desaparecer el tren, fué la de correr para alcanzarlo; pero convencidos de la inutilidad de sus esfuerzos, hubieron de contentarse con dar orden al cochero para que volviese en dirección á su casa, al mismo tiempo que se dirigían mutuamente una mirada cargada de reproches.

Los que ocupaban el carruaje era un matrimonio, el doctor Alvaro Agredo y su mujer Luisa. Casados desde hacía cuatro años y sin haber tenido sucesión, vivían pacíficamente en el pueblo en que Alvaro ejercía su carrera, esperando á que la adquisición de experiencia y de algún dinero les permitiese trasladarse á la corte y establecerse en ella.

Desde hacía tiempo venía el matrimonio proyectando pasar un domingo en Villahueca, donde residía un íntimo amigo de Alvaro, casado á su vez con una compañera de colegio de Luisa; y sólo el que se vea obligado á vivir en un pueblo puede comprender lo que supone el salir de él, aunque sólo sea por pocas horas, máxime cuando se piensa pasar un día agradable en compañía de personas que nos son gratas. La decepción, por tanto, del matrimonio no pudo ser mayor al ver frustrados sus planes. Cada cual se acomodó en un rincón del coche, estableciéndose en seguida ese silencio violento cargado de electricidad que la menor palabra se encarga de convertir en tormenta deshecha.

En esta ocasión fué Alvaro el encargado de producir el choque con estas palabras:

—Es muy agradable el hacer planes cuando hay por medio una mujer.....

—¿Qué quieres decir con eso?—contestó al momento Luisa.

—Ya te lo puedes figurar.

—Supongo que no querrás decir que hemos perdido el tren por mi culpa.

—Pues supones muy mal, porque precisamente eso es lo que quería decir.

—¿Pero cómo te atreves á decir semejante cosa, cuando sólo por ti hemos salido tarde de casa?

—¿Por mí? ¿Pues no estaba yo media hora antes que tú en la puerta, esperando á que bajases?

—Sí; pero cada vez que he bajado, ¿no me has hecho subir para buscar alguna cosa que se te había olvidado?

—¿Me vas á sostener ahora que soy yo el que me he retrasado, cuando sabes que si tuviera que salir ahora mismo para el fin del mundo tendría mi maleta arreglada en media hora?

—Claro; como que tendría yo que hacértela.

—Eso es; y cuando estaba soltero, ¿quién me la hacía?

—Tu madre.

—Eso es; ¡como que la llevaba siempre conmigo para que me arreglase el equipaje!..... En lugar de decir tonterías, deberías confesar que tienes el mismo defecto que todas: el tardar mil años en vestirte, mirarte al espejo y ponerte polvos, en lugar de pensar que los trenes no esperan.

—Pues si las demás tienen ese defecto, yo no lo tengo; y tú, á tu vez, deberías saber que no se deben echar las culpas propias sobre los demás, pues demasiado sabes que lo es tuya si hemos llegado hoy tarde al tren.

—Mira, Luisa, no me quiero incomodar; pero te advierto que el domingo próximo voy á Villahueca: que el tren, ya lo sabes, sale á las once de la mañana, y que á las diez y media saldré yo de casa; si tú estás lista, vienes, y si no, te quedas, porque yo no pienso esperarte: ya lo sabes.

—Convenido. El que esté listo se marcha sin aguardar al otro. ¿No es eso?

—Eso es.

Y dicho esto, Álvaro saltó del coche, que acababa de pararse delante de la puerta de la casa, y ayudó á bajar á Luisa.

El domingo siguiente Alvaro salió muy de mañana para visitar á los enfermos más graves, y al dar las diez, volvía á su casa á cambiarse de traje para emprender la expedición.

Desde la puerta de la calle entró quitándose la levita y el chaleco, que dejó sobre una silla del comedor, y siguió precipitadamente hacia su cuarto, donde entró como una tromba, al mismo tiempo que gritaba:

—¡Luisa, Luisita, ya estoy aquí! Veremos ahora quién está antes vestido.

—Bueno, hijito; anda, date prisa, que yo ya estoy casi lista—contestó Luisa desde su cuarto.

—Oye, Luisa, ¿dónde están mis camisas de color? No encuentro ninguna.

—En el cajón de la cómoda estarán.

—¡Pero si aquí no hay más que medias y ropa de mujer!

—Porque estarás mirando el cajón mío.

—En este otro no hay más que faldas y sombreros.

—Tampoco será ése tu cajón. Mira en el otro.

—Vaya, por fin dí con ellas. Y los cuellos ¿dónde están?

—En el armario.

—¿Pero en qué parte del armario? Está todo lleno y no los veo.

—En el rincón de la derecha.

—Sí, aquí están. Bueno, anda de prisa que yo voy á estar listo en un momento, y ya sabes lo convenido; mira que no te espero.

—Bueno, bueno, ya lo sé; pero te advierto que sólo faltan diez minutos para las diez y media y que yo ya estoy lista.

—Antes de cinco minutos lo estaré yo. Dime, ¿dónde está la corbata que llevaba ayer?.....

—No lo sé, hijito.

—Tengo idea que la dejé por aquí. ¿No la has visto tú?

—No; pero me parece recordar que te la quitaste en el despacho.

—Tienes razón. Voy por ella.

Y de un salto salió Alvaro del cuarto, volviendo al poco tiempo con la corbata en la mano.

—Ya estoy listo, Luisita; sólo me falta ponerme el traje. Y á propósito, ¿dónde está el chaleco?

—¿No te acuerdas que se lo diste ayer á la criada para que te quitase una mancha?

—Es verdad; ¡qué cabeza la mía! ¡Benita, Benita!—gritó Álvaro saliendo otra vez del cuarto para volver al cabo de un rato con el chaleco á medio poner, al mismo tiempo que Luisa apareció ya vestida por la puerta de su cuarto.

—¿Estás ya lista, Luisita? Yo también lo estoy, ya lo ves—dijo Alvaro mientras se ponía la americana.

—¿Pero, hijo mío, vas á ir con zapatillas?

—Calla, es verdad, no me había fijado. Y las botas, ¿dónde están?

—Supongo que las tendrá la criada. Se las vi limpiando esta mañana.

—¡Benita, Benita! las botas.

Nueva salida del cuarto y nueva entrada con una bota en cada mano.

—Lo que es ahora sí que estoy listo. Ya puedes ir bajando, Luisita.

—Bueno; pero si á las diez y media no has bajado tú, te advierto que echará á andar el coche.

Y Luisa, mirando con lástima á su marido, salió de la habitación y de la casa acercándose al coche que esperaba á la puerta.

—Luisa, Luisa, ¿dónde están mis pañuelos?

—En el cajoncito de la derecha de la cómoda

—¿Y mis guantes?



13.—Espalda del abrigo de terciopelo. *Véase el dibujo 12.*

—En el de la izquierda.

—¿Y mis.....

Alvaro no acabó de hacer la pregunta, porque en aquel momento el coche echó á andar al mismo tiempo que sonaba una campanada en el reloj colocado sobre la chimenea. De un salto bajó las escaleras; pero, ya en la puerta de la calle, tuvo que retroceder para buscar su reloj y el dinero que se había dejado en el bolsillo del chaleco que se quitó al llegar por la mañana. Desgraciadamente la levita y el chaleco los había dejado en el comedor, de lo cual no se acordaba; así es que perdió un tiempo precioso buscándolos en su cuarto. Por fin, ya en la calle, saltó en el primer coche que encontró, ofreciendo al cochero una buena propina; pero al llegar á la estación sólo tuvo tiempo de ver, como el domingo anterior, que el tren salía de las agujas, y que una mano blanca sacudía un pañuelo del mismo color desde la ventanilla de un compartimiento de primera clase.

Renunciamos á describir la cara de Álvaro ante semejante espectáculo; sólo diremos que Luisa á su vuelta fué generosa con el vencido, y se esforzó en dulcificar la derrota, asegurándole que se había aburrido muchísimo y le había echado muy de menos, mientras que Alvaro se confesaba para sus adentros que aun en los menores detalles de la vida se nota la falta que hace la mujer propia.

LADY BELGRAVIA.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR.

Exclusivamente serán contestadas en este sitio las consultas que, sobre asuntos propios de las secciones del periódico, se sirvan dirigirnos las Señoras Suscriptoras á la edición de lujo y á la 2.ª edición, demostrando esta circunstancia con el envío de una faja del periódico, ó por cualquier otro medio.

Las consultas que se nos dirijan en *carta anónima*, ó que vengan firmadas por personas que no demuestren debidamente ser suscriptoras á las citadas ediciones, no serán contestadas.

Á UNA M. QUE HACE SUS PRIMERAS PREGUNTAS.—La mantilla, de encaje blanco ó negro, se coloca en lo alto de la cabeza, prendida con gracia sobre el peinado, que debe ponerse, para este caso, un poco alto; luego se prende á los lados, dejando las ondas hacia la cara con algún vuelo, y se recoge sobre los hombros, prendiéndola bajo la barbilla, un poco hacia el lado izquierdo, con un pequeñísimo *bouquet* de flor de azahar.

No conozco ningún método de corte que poder recomendarle para satisfacer sus deseos.

Á UNA HOLGAZANA.—Hé aquí mi contestación á sus preguntas:

1.ª En Febrero ó Marzo.

2.ª Como prefiera, es indiferente; la mantilla blanca viste más.

3.ª Los padres de los novios ó, en su defecto, las personas que los representen.

Y 4.ª Por carta.

Después deben cruzarse entreambos los regalos de boda: el novio regala el aderezo, entero ó medio; dos ó tres trajes de seda, uno de ellos el de desposada; una mantilla, un pañuelo de encaje y un abanico de precio.

La novia debe regalar á su futuro la botonadura y una docena de pañuelos de batista muy finos, bordadas las iniciales.

En el centro del embozo de las sábanas se bordan las iniciales, dos dedos más arriba del jaretón.

Los almohadones largos se marcan en los dos extremos, y los cuadrados á la francesa, en el centro.

Siento mucho no conocer procedimiento ninguno que produzca el resultado que desea.

Dicen que es bueno despuntar las pestañas en luna creciente; pero no respondo del resultado, ni conozco el fundamento de semejante dicho.

Á C. H. DE A.—Al hacer la petición, el novio debe regalar á su prometida un brazalete de más ó menos valor, que lleve grabado en el interior la fecha (día, mes y año) de la petición.

La novia debe corresponder regalando una sortija, y si el futuro no usa sortijas, un alfiler de corbata.

Á UNA SUBSCRIPTORA MEJICANA.—Por una temporada debe suprimir el jabón para la cara, no usándolo más que cada ocho días. Lávese sólo con agua clara, echando en ella unas gotas de agua de Hungría de Atkinson. Esto suaviza notablemente el cutis. Además, cada dos ó tres días, después de lavarse, dése en la cara un poco de pasta de Prelats; se pasa un pañito de hilo fino, y luego se da los polvos.

Siguiendo este consejo una temporada, creo conseguirá su deseo.

Para las manos, en vez de jabón, use la pasta de avellanas de Violet. Las limpia muy bien y las suaviza al mismo tiempo.

Los manteles se marcan en los dos centros, y las servilletas en el centro de uno de los extremos.

Las de té se marcan, los manteles en el centro y las servilletas lo mismo.

Para el bordado de orla en los almohadones, almohadas y sábanas se siguen las mismas reglas que he indicado anteriormente.

Á UNA LUARQUESA.—Prefiero la colcha á tiras, toda de crochet, con viso, á hacerla como usted me explica. Pero el hilo es demasiado grueso; debe hacerlo en ese color y más fino.

Para tapete de comedor no debe usar de ningún modo ese estilo. Para esto lo que más se usa es el *peluche* verde obscuro ó rojo obscuro, ó el paño de iguales matices con franja bordada en colores ó á punto de cruz sobre cañamazo, estilo tapiz. El borde del tapete lleva una guarnición con fleco de los mismos colores de la franja bordada.

Tan de moda está el abrigo como la talma; pero esta última se usa más, sobre todo para vestir.

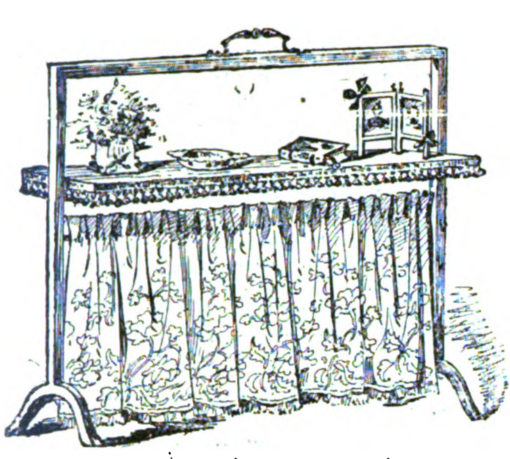
Para la confección de la chaqueta, es bonito y elegante modelo el grabado 8 del número de 14 del corriente.

Para la talma le convendrá el grabado 28 del 6 de Enero del año actual.

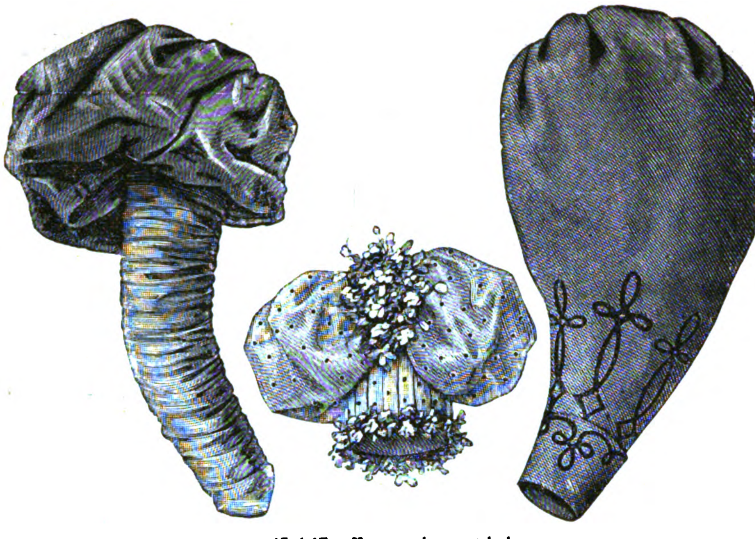
Para contener la caída del cabello, use una temporada la quina de Pineaud. Usela también para las cejas.

Entre el cortinaje de seda ó de lana de los balcones, se sigue poniendo el *stor* de tul bordado, el cual hace muy elegante.

Á UNA MORENA INDECISA.—Para la confección del traje de esa señora, del que me remite una muestra, será un buen modelo el grabado 15 del número de 14 de Diciembre pasado. Debe hacer la falda completamente lisa, sin adorno en la parte superior para que quede más sencilla y seria. Cuerpo liso por la espalda y fruncido en la parte de delante, dejándolo un poco flojo en el estilo blusa. Mangas lisas con puños sobrepuestos de pasamanería de seda negra muy calada. De esta misma pasamanería debe ponerle las hombreras en forma de solapa y cuello alto. La falda monta sobre el cuerpo y rodea el talle un galón de tres dedos de ancho de la misma pasamanería negra, que hace las veces de cinturón.



14.—Pantalla de chimenea.



15 á 17.—Mangas de novedad.
Explic. y pat., núm. IX, figs. 53 á 58 de la Hoja-Suplemento.



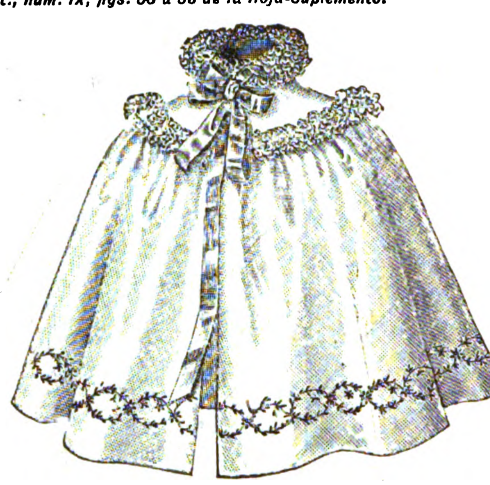
18 y 19.—Delantal de escuela para niñas de 8 á 9 años.
Explic. y pat., núm. V, figs. 34 á 36 de la Hoja-Suplemento



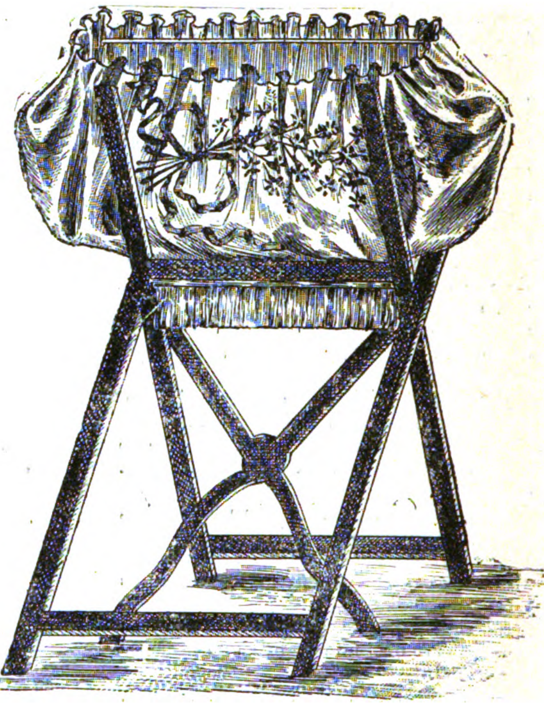
21 y 22.—Cuello y puño Luis XVI.



23.—Cuello guarnecido de piel.



20.—Esclavina-salida de baile para señoritas.
Explic. y pat., núm. VI, figs. 37 y 38 de la Hoja-Suplemento.

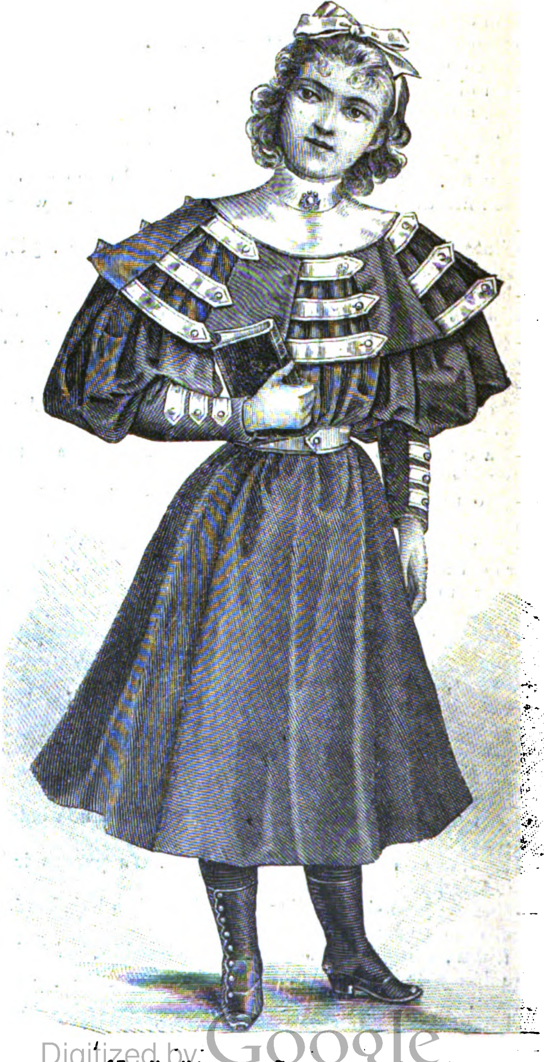


24.—Papelera montada.



25.—Traje de visita.
Explicación en el anverso de la Hoja-Suplemento

26.—Traje de visita con cuerpo de terciopelo.
Explic. y pat, núm. IV figs. 27 á 33 de la Hoja-Suplemento.



27.—Vestido para niñas de 9 á 10 años.
Explic. y pat., núm. XI, figs. 67 á 80 de la Hoja-Suplemento.

La falda puede cortarla como dice, pues no hay relación entre la edad de la persona que ha de usarla y la forma.

Sí, estará bien para esa señorita el vestido que dice, sobre todo con chaqueta de terciopelo negro. En cuanto á la forma de ésta, la aconsejo que tome por modelo el grabado 8 del número último, pues, á mi juicio, es mucho más elegante y propia para poder usarla con cualquier falda. Dicha chaqueta es para usarla abierta ó cerrada, como mejor prefiera.

Sra. D.ª Rosario S.—Las pieles, antes de darles el corte, se unen todas, poniéndolas á su hilo y cosiéndolas por el revés á punto por encima con seda del mismo punto de color de la piel. Así las unen los peleteros; todo es cuestión de paciencia y esmero al unir los pedazos.

Á la Futura de un marino.—El color del papel en que me escribe está de moda, pero es más elegante la forma apaisada.

El papel para señoritas debe timbrarse en el lado izquierdo, poniendo la cifra esquinada y con el nombre entero, ó con las iniciales diminutas.

Podrá regalar á su futuro en el día de su santo una petaca ó cartera de piel de Rusia.

Aun cuando tenga confianza con ese señor, al hacer la presentación á sus amigas debe decir: El señor de... (su apellido), y las señoritas de... y de... (sus apellidos).

Pruebe darse en las cejas con quina, pues esto no le perjudica, y es fácil que se las fortalezca.

Siento no poderle dar ningún remedio para las pestañas.

Sra. D.ª Pilar P. de R.—Según lo que he oído asegurar, conseguirá lo que se propone usando el cocimiento siguiente: se pone á hervir en un litro de vino blanco un puñado de trigo, un poco de brótano macho, dos clavos de hierro y quina en rama. Cuando el cocimiento se ha reducido á la mitad, se retira sin destaparlo y se deja enfriar.

Una vez frío, se filtra y se añade una copa de buen ron y una pequeña cantidad de nitrato de plata, y se guarda en frascos obscuros para que no le dé la luz. Se usa al tiempo de peinarse, dándose con un cepillo.

He oído hablar bien de la leche de cacao de Delettrez.

No conozco el agua á que se refiere; por lo tanto, no puedo garantizar sus efectos.

Á una Malagueña.—Los encajes amarillentos Valenciennes, Malinas, verdadero punto de París, etc., están cada día más de moda; y en verdad que sería de sentir su decadencia, pues su tono suave hace lucir el viso que forma la *toilette*. Se da este matiz á los encajes ligeros y blancos, sumergiéndolos en una fuerte infusión de manzanilla ó de tila, teniéndolos en ella algunos minutos; después se estrujan, no con mucha fuerza, entre un paño blanco, y estirándolos sobre una franela, también blanca, se ponen sobre ésta por el derecho, planchándolos por el revés sobre una muselina blanca. De este modo quedan los encajes como nuevos.

Á una Señorita.—Este año los trajes de baile para señorita se hacen extremadamente ligeros y vaporosos. Se cubren de flores: rosas, *muguets*, azaleas, margaritas, malvas, crisantemos, etc. No solamente una guirnalda de estas flores cubre el borde inferior de la falda, sino que también sube á la mitad de ésta, formando con ellas hombreras, tirantes y hasta cinturas. Se compone con las flores un delicado adorno, que consiste en dejar caer alrededor del talle multitud de pequeñas caídas y follajes frágiles y delicados, que se prolongan sobre la falda.

En la actualidad, los cuerpos escotados se abrochan casi todos en la espalda con herretes, dejando libres las caderas, y por detrás desciende en larga punta Luis XV. Tres ballenas son indispensables para sostener bien recto cada pico, evitando que éstos se levanten.

Los lacitos Luis XV se ponen mucho sobre los cuerpos de esta forma.

Para traje de jovencita es mucho más propio el cinturón ancho confeccionado con cintas del núm. 100 al 120. Estos cinturones se drapean alrededor del talle, formando por detrás un lazo *baby*. Con las cintas más estrechas, núm. 22, se forma un cinturón, dejando colgar en los costados, un poco hacia detrás, dos largas caídas que sujetan el talle bajo un lazo ó un grupo de flores, y se aseguran á la falda por la parte inferior solamente con el mismo lazo ó el mismo *bouquet*.

Á Cecilia.—En los *trousseaux* más suntuosos se emplea un lujo extraordinario, sobre todo para las sábanas, almohadas y almohadones. Las sábanas son de un tejido sumamente fino pero resistente, y que por tanto dura bastante. No se hacen de batista, porque ésta tiene el inconveniente de arrugarse al menor contacto.

Los guipures de los siglos XV y XVII se usan mucho para adornar estas ropas de cama.

Las sábanas se cortan á medida de la cama de tal modo, que cuando está hecha queda bordeada con la colcha, y por eso conviene que la parte destinada al embozo sea á la medida de la cama y caiga sin encajarse. No sólo se adorna el extremo de la sábana, el borde, etc., sino que de arriba abajo lleva un cuadro de incrustaciones, calados, etc.

Se calcula el largo que debe tener la sábana de encima para bordear convenientemente sobre el colchón, disponiendo la parte que debe volver, de modo que estando la cama hecha caiga la sábana sobre el borde superior de la madera: entonces se pone una ancha incrustación de guipur antiguo, entre dos hileras de ancho festón calado, por el cual se pasa una cinta de raso blanco, colocando á cada ángulo de este entredós un grueso *chou*.

El almohadón y las almohadas siguen la misma disposición.

El edredón debe ser de raso blanco guatado á mano, formando menudos dibujos, y forro de muselina del mismo color. Este cubrepiés, de aspecto sencillo, es de una gran elegancia.

Para estos edredones pueden utilizarse los trajes de desposada, cuando éstos han sufrido todas las transformaciones. De este modo se conservan siempre utilizándolos. Se hacen de grandes dimensiones, bordeándolos, para darles aspecto de antiguo, de una cinta de tafetán blanco. Para que el efecto sea mejor, debe seguir un dibujo de estilo corriente, muy junto, por ejemplo, en forma de ondulaciones interrumpidas de trecho en trecho con un florón ó follajes entrelazándose delicadamente con el fondo, pero sin confundirse.

Estos cubrecamas se hacen de toda clase de tejidos: de seda *Pompadour*, ó en raso de damasco en fondo obscuro. Todos son muy elegantes y vistosos.

Adela P.

EXPLICACIÓN DE LOS FIGURINES ILUMINADOS.

Núm. 3.

Corresponde á las Sras. Suscriptoras de la edición de lujo y á las de la 2.ª edición.

TRAJES DE TEATRO.



(Croquis del figurín iluminado visto de espalda.)

1. «*Toilette*» *de raso negro, guarnecido de raso blanco con aplicaciones de terciopelo negro.*—Falda lisa, montada por detrás por dos gruesos pliegues planos. Cuerpo completamente liso, de raso negro, adornado por delante y por la espalda con un pliegue de raso blanco con aplicaciones sobrepuestas de terciopelo negro. Sobre los hombros lleva un gran volante de raso blanco, con las mismas aplicaciones de terciopelo negro que tienen los pliegues del cuerpo. Este volante, muy amplio y ancho, cae sobre las mangas y termina en pico bajo el pliegue que adorna el delantero y espalda del cuerpo. Cuello drapeado, de raso negro, con *chou* á cada lado. Dos cintas de raso negro parten del escote, encajándose bajo el pliegue del delantero, sujetándose en el talle y terminando en una coca y caídas que penden sobre la falda. Mangas Imperio. En los cabellos, *choux* de raso con *aigrette* negra.

2. «*Toilette*» *de terciopelo verde, guarnecido de raso cachemir.*—Esta *toilette* es de forma Princesa por delante, formando por detrás un cuerpo redondo, sobre el cual monta la falda. Esta lleva en el borde inferior un fino bordado de seda color maíz. El delantero de este traje va abierto sobre un delantal liso de raso cachemir. Gran cuello cortado en ondas, bordado todo alrededor de seda color maíz, en la forma que el figurín indica. Este cuello cubre la parte alta del cuerpo, sujetando los gruesos frunces que forma en el hombro la parte superior de la manga. Cuello alto, liso, bordeado de plumas. En el talle cinturón de terciopelo verde, sujeto á cada lado del delantero con dos ricos botones. Mangas hasta el codo, de raso cachemir con brazalete de plumas negras.—Capotita de muselina de seda color maíz, rodeada de una fantasía de azabache y guarnecida por detrás con dos plumas Príncipe de Gales y grupo de geranios de terciopelo.

Núm. 3 extraordinario.

Corresponde á las Sras. Suscriptoras de la edición de lujo.

TRAJES DE MÁSCARAS PARA SEÑORITAS Y NIÑAS.

1. *Piel de asno.*—Traje para señoritas de 15 á 16 años, compuesto de una falda de faya gris, adornada con un sol de tejido de oro. El cuerpo-corselillo es del mismo tejido de oro, y va guarnecido con un drapeado de encaje blanco. Manga corta, formada de un volante de encaje. Capa de imitación de piel de nutria, prendida en la cabeza con dos orejas de asno.

Tela necesaria: 7 metros de faya, y 2 metros 50 centímetros de tejido de oro.

2. *Pierrette.*—Traje para señoritas, compuesto de un vestido Princesa, de raso blanco, sembrado de botones gruesos de raso azul formando bolas. Los mismos botones van montados como una guirnalda, que se enrolla alrededor del cuerpo. El vestido va escotado, y se compone de espalda, lados de espalda y de delante, y delantero con pinzas. Cierre en medio de la espalda.—Sombrero de raso blanco adornado con botones azules.

Tela necesaria: 7 metros de raso blanco, y 5 metros de raso azul.

3. *Colombina.*—Traje para jovencitas de 12 años, compuesto de una falda corta formada de losanges de raso amarillo, verde, encarnado y negro, con un bies de terciopelo negro que ribetea la falda. Cuerpo-corselillo de terciopelo negro, puesto sobre un drapeado de raso color de rosa y enlazado en medio por delante. Manga globo, de raso color de rosa, con manga corta recortada de terciopelo negro sobre un fondo de raso amarillo.

Tela necesaria: 3 metros de terciopelo negro; 3 metros 50 centímetros de raso color de rosa; un metro 25 centímetros de raso encarnado, y la misma cantidad de raso verde, amarillo y negro.

4. *Vendedora de periódicos.*—Traje para niñas de 10 á 12 años. Se compone de una falda corta de velo tornasolado y cuerpo de terciopelo mordorado con mangas de velo. El escote va guarnecido de tiras de raso blanco, que figuran periódicos, cuyos títulos van bordados ó pintados á la aguada. Delantal de batista azul, rodeado de un bordado de colores. Cartera de piel, pendiente del cinturón. En los cabellos, lazo grande de raso azul.—Cesta de periódicos, suspendida al cuello con una cinta de terciopelo negro.

Tela necesaria: 3 metros 50 centímetros de velo, de un metro 20 centímetros de ancho; un metro de terciopelo; 75 centímetros de batista, y un metro 50 centímetros de raso blanco.

5. *Colmena.*—Traje para niñas de 5 años, compuesto de una falda de raso amarillo, una segunda falda de muselina negra, plegada y salpicada de abejas, y una tercera de muselina color de paja, salpicada igualmente de abejas. Corselillo igual á esta última falda, con hombreras de raso encarnado, adornadas con rosáceas de cinta. Cinturón de cinta encarnada, anudado en el lado izquierdo. Manga globo, de terciopelo negro. Como tocado, una colmenita formada por un volante de muselina color de paja plegada, sujeto con una cinta encarnada.

Tela necesaria: 2 metros de raso amarillo; 4 metros de muselina negra; 4 metros 50 centímetros de muselina color de paja, y un metro 50 centímetros de terciopelo negro.

6. *Bailarina armenia.*—Traje para niñas de 10 á 12 años. Se compone de una falda de tul blanco, salpicada de medias lunas de oro y ribeteada de un bies de terciopelo color de rubí montado con botones y medias lunas de oro. Faja bayadera, que envuelve la falda y se fija sobre la manga izquierda. Cuerpo-blusa de tul, con chaquetilla redonda de terciopelo rubí, guarnecido de botones de oro. Manga corta de tul. Viso de raso blanco.

Tela necesaria: 3 metros 50 centímetros de tul, sembrado de medias lunas; 2 metros 50 centímetros de terciopelo, y 5 metros de raso blanco.

7. *Escocesa.*—Traje para señoritas de 15 años. Falda de lana escocesa, ribeteada de un fleco, y cuerpo de paño nutria, con cruce abrochado en el lado izquierdo. Banda de lana escocesa con fleco. Manga de velo blanco, con *jockey* de faya verde. Cuello vuello de batista blanca. Morral de piel de nutria.—*Toque* de lana escocesa, adornada con plumas de tres colores prendidas con un botón de oro.

Tela necesaria: 4 metros de lana escocesa, de un metro 20 centímetros de ancho; 50 centímetros de faya, y un metro de velo.

NINON DE LENCLOS

Reíase de las arrugas, que no se atrevieron nunca á señalarse en su epidermis, y se conservó joven y bella hasta más allá de sus 80 años, rompiendo una vez y otra su acta de nacimiento á la faz del tiempo, que en vano agitaba su guadaña delante de aquel rostro seductor sin poder mortificarle.—Este secreto, que la gran coqueta egoísta no quiso revelar á ninguno de sus contemporáneos, ha sido descubierto por el doctor Leconte entre las hojas de un tomo de la *Historia amorosa de las Galias*, de Bussy-Rabutin, perteneciente á la biblioteca de Voltaire y actualmente propiedad exclusiva de la **Perfumería Ninon** *(Maison Leconte)*, 31, rue du 4 Septembre 31, París.

Dicha casa entrega el secreto á sus elegantes clientes bajo el nombre de **Veritable Eau de Ninon** y de **Duvet de Ninon**, polvo de arroz que Ninon de Lenclos llamaba «la juventud en una caja».—Es necesario exigir en la etiqueta el nombre y la dirección de la Casa, para evitar las falsificaciones.—La *Parfumerie Ninon* expide á todas partes sus prospectos y precios corrientes.

Depósitos en Madrid: *Aguirre y Molino, perfumería Oriental, Carmen, 2; perfumería de Urquiola, Mayor, 1; Romero y Vicente, perfumería Inglesa, Carrera de San Jerónimo, 3;* y en Barcelona: *Sra. Viuda de Lafont é Hijos, y Vicente Ferrer; Salvador Vives, perfumista, Pasaje Baconti; Salvador Banus, perfumista, calle Jaime I, núm. 18.—J. G. Fortis, perfumista, Alfonso I, núm. 27, en Zaragoza, misma casa en Valencia.*

SELLOS HÉRISÉ

CURACIÓN SEGURA DE LAS ENFERMEDADES DEL PECHO Y DE LAS VIAS RESPIRATORIAS

Tos persistente, Bronquitis, Catarros, Tuberculosis, Tisis

Adoptados en los hospitales de París.—Depósito: farmacia Hérisé, 21, boul. Rochechouart, y en las principales farmacias.—Precio: 4 frs. la caja.

COMPAÑIA COLONIAL

CHOCOLATES Y CAFÉS

La casa que paga mayor contribución industrial en el ramo, y fabrica **9.000 kilos** de chocolate al día.—**38 medallas de oro** y altas recompensas industriales.

DEPÓSITO GENERAL: CALLE MAYOR, 18 Y 20, MADRID



MARI-SANTA

POR

DON ANTONIO DE TRUEBA.

Es una de las mejores obras literarias del ilustre *Antón el de los Cantares*, moral, instructiva y amenísima.

Forma un elegante volumen en 8.° mayor francés, y se vende, á 4 pesetas, en la Administración de este periódico, Madrid, calle de Alcalá, núm. 23.

COMPAÑÍA LIEBIG

Las mas altas distinciones en todas las Grandes Exposiciones Internacionales desde 1867.

FUERA DE CONCURSO DESDE 1885

VERDADERO EXTRACTO de CARNE LIEBIG

Caldo concentrado de carne de vaca utilísimo y nutritivo para las familias y enfermos.
Exigir la firma del inventor Baron LIEBIG de tinta azul en la etiqueta.
Se vende en las principales Droguerias, Farmacias y Casas de Comestibles de España.

40 Médicos de los Hospitales de París han comprobado la PODEROSA eficacia de los PECTORALES de Nafé

Pasta y Jarabe de Nafé de DELANGRENIER
PARIS
53, Rue Vivienne
Venta en todas las FARMACIAS.

CONTRA: Resfriados, Gripe, Influenza, Bronquitis, Coqueluche, Irritaciones del Pecho y de la Garganta

JULIA DE ZUGASTI.

LAS DOS PALABRAS

FÁBRICA DE CORSÉS

HIJAS DE JULIA A. DE ZUGASTI

CORSETERAS DE LA REAL CASA

y premiadas en varias Exposiciones

A LAS DOS PALABRAS
C. HORTALEZA, 1.

Inventado hace años el *Corsé-faja de Salud*, que ha dado tan buenos resultados, pueden hoy ofrecer los de otros sistemas más modernos, para disminuir el volumen del cuerpo y tener más agilidad.

Corsés para contrahechas, variedad en fajas y corsés para novia.

Se remiten á provincias y al extranjero.

NEURALGIAS JAQUECAS, *calambres en el estómago, histerismo,* todas las *enfermedades nerviosas se calman con las píldoras antineurálgicas del* **Dr CRONIER**
3 francos.—París, Farmacia, 23, *rue de la Monnaie.*

EL SOL DE INVIERNO

POR

DOÑA MARÍA DEL PILAR SINUÉS.

Preciosa novela original, con interesante argumento, cuadros de costumbres familiares, episodios muy dramáticos, y brillando en todo el libro la más profunda moralidad.

Un volumen en 8.° mayor francés, que se vende, á 4 pesetas, en la Administración de este periódico, Madrid, calle de Alcalá, núm. 23.

Perfumería, 13, Rue-d'Enghien, Paris.

POLVOS DE ARROZ

Recomienda los siguientes

E. COUDRAY

MAGNOLIA —
COUDRAY SUPERIOR
OPOPONAX — VELUTINA —
HELIOTROPO BLANCO — LACTEINA.

CALLIFLORE FLOR DE BELLEZA

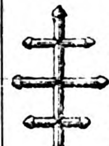
Polvos adherentes é invisibles.

Por el nuevo modo de emplear estos polvos comunican al rostro una maravillosa y delicada belleza, y le dan un perfume de exquisita suavidad. Además de su color blanco, de una pureza notable, hay cuatro matices de Rachel y de Rosa, desde el más pálido hasta el más subido. Cada cual hallará, pues, exactamente el color que conviene á su rostro.

PÂTE AGNEL * AMIDALINA Y GLICERINA

Este excelente Cosmético *blanquea y suaviza la piel* y la preserva de *cortaduras, irritaciones, picazones*, dándole un aterciopelado agradable. En cuanto á las manos, les da solidez y transparencia á las uñas.—**Perfumería AGNEL, 16, Avenue de l'Opéra, Paris.**

CABELLOS CLAROS Y DÉBILES



Se alargan, renacen y fortifican por el empleo del **Extrait capilaire** *des Benédictins du Mont Majella*, que detiene también su caída y retrasa su decoloración. *E. Senet, administrador, 35, rue du 4 Septembre, París.*—Depósitos en Madrid: *Perfumería Oriental, Carmen, 2; Aguirre y Molino, Preciados, 1; Urquiola, Mayor, 1*, y en Barcelona, *Sra. Viuda de Lafont é Hijos, y Vicente Ferrer y Compañía, perfumistas.*

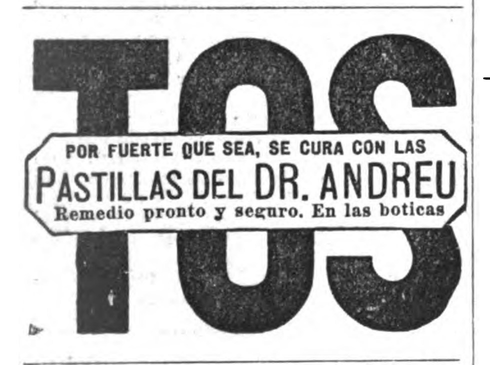
MUERTE DE LA NAVAJA DE AFEITAR

La Maravillosa Receta India del Doctor **ALLAN-BHOSE**, que acaba de introducirse en Francia, **siega** como por encanto la **barba** mas rebelde, sin enrojecer el cútis. A la tercera vez, desaparece para siempre. Las personas velludas tienen en esta receta un medio único de libertarse del vello. *Analisis Laboratorio Municipal:* 1° no contiene arsénico; 2° no tiene accion cáustica sobre la piel. Remesa franco de porte contra 6f el frasco 8f el doble. No se envian muestras. Prueba gratuita en casa de ROBART, *25, r. du Renard, Paris.* DEPÓSITOS: Madrid, C. LABARRE, 16, calle de la Montera; *al por Mayor*, Barcelona, Perfía LAFONT, Calle del Call, 30.

¡QUININA DULCE!

FEBRÍFUGO INFANTIL SANTOYO.

Cuatro Medallas de plata. Un diploma de Mérito. Muy elogiado por la prensa médica y por muchos médicos eminentes. Desechad imitaciones. Véndese en las boticas, y va por correo. **Dr. Santoyo**, Subdelegado, Linares.





Desconfíese de las Falsificaciones y rehúsese toda caja que no se encuentre revestida de la Marca de Fábrica EL CENTAURO reproducida aquí.

El más agradable de los Purgativos

THÉ CHAMBARD

TÉ PURGANTE DE CHAMBARD

El mejor remedio del Estreñimiento

SE ENCUENTRA EN TODAS LAS FARMACIAS: 1 fr. 25 LA CAJA

A LAS SEÑORAS

APIOLINA CHAPOTEAUT

La Apiolina Chapoteaut, tomada dos ó tres dias antes de las épocas, regulariza el **FLUJO MENSUAL**, corta los **RETRASOS** y **SUPRESIONES** así como los **DOLORES** y **COLICOS** que suelen coincidir con las épocas y comprometen á menudo la salud de las señoras.

Deposito en Paris, 8 rue Vivienne.

AVISO MUY IMPORTANTE

Teniendo muy en cuenta los intereses de nuestros clientes y para facilitarles el reconocer á primera vista sus LEGÍTIMOS productos

El Sr. Legrand, Propietario de la

PERFUMERIA ORIZA, de Paris

tiene el honor de prevenir su clientela al por *mayor* y al *detalle* que á partir del 1° de Enero de 1896, serán puestas á la venta sus principales especialidades:

l'Oriza-Oil, l'Ess-Oriza et l'Oriza-Powder

MODIFICADAS en su aspecto exterior y en su forma, con el objeto de impedir las innumerables y detestables falsificaciones de sus tan conocidos productos.

Franco: 5 fr. en París

PUREZA DEL CUTIS

— LAIT ANTÉPHÉLIQUE —

LA LECHE ANTEFÉLICA

pura ó mezclada con agua, disipa
**PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES**
&
Pone y conserva el cútis limpio y terso

CANDÈS et Cie. Bd St-Denis, 16

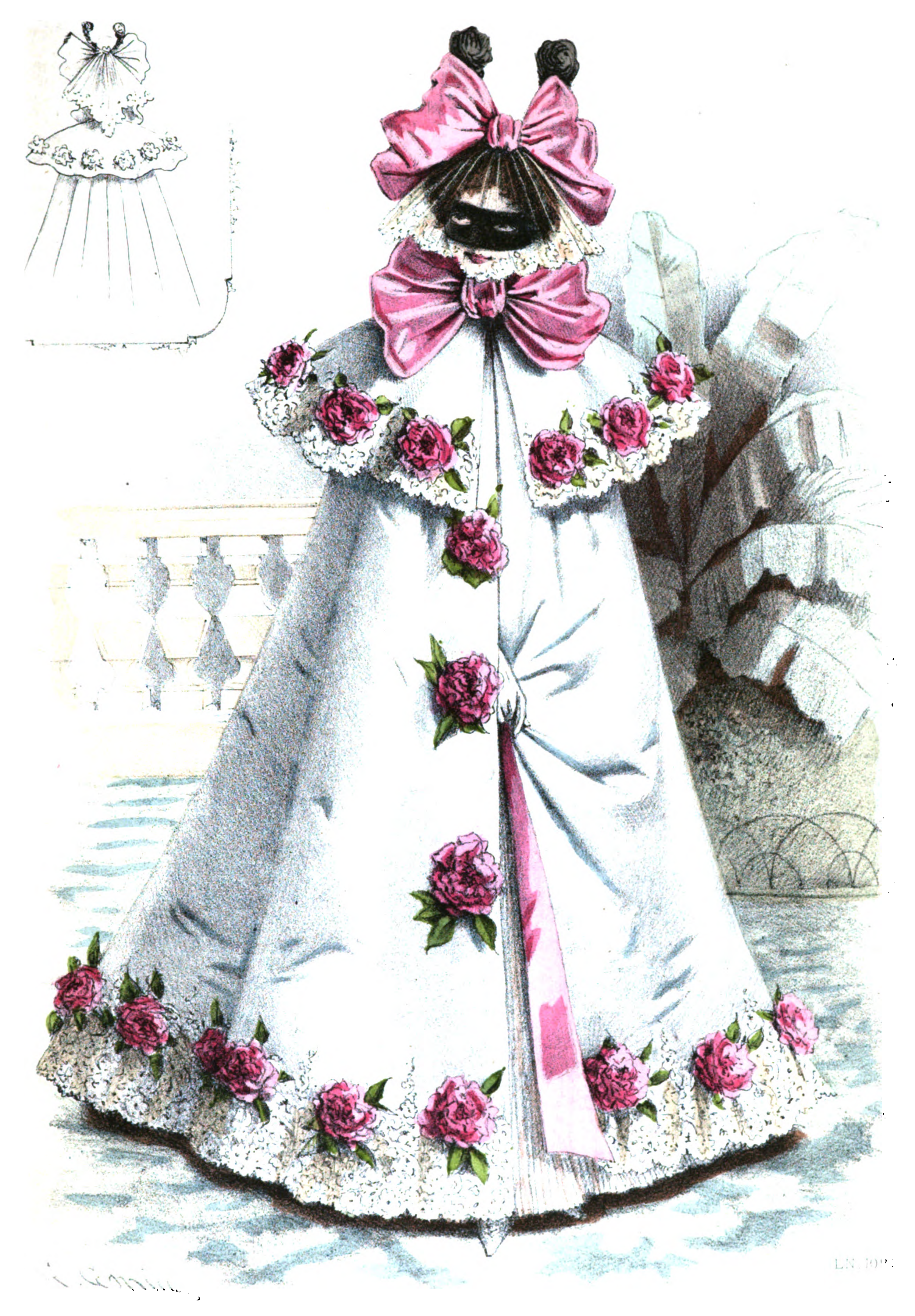
L'ANTI BOLBOS

no tiene rival para quitar las manchas ó puntos negros de la nariz, sin alterar la epidermis. Sólo se vende en la *Parfumerie Exotique, 35, rue du 4 Septembre, Paris.* Depósitos en Madrid: Pascual, Arenal, 2; Perfumeria Urquiola, Mayor, 1; Aguirre y Molino, Preciados, 1, y en Barcelona, Sra. Viuda de Lafont é Hijos, y Vicente Ferrer y Compañía, perfumistas.—Evítense cuidadosamente las falsificaciones.

PATE ÉPILATOIRE DUSSER

destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. **50 Años de Éxito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el ***PILIVORE***. **DUSSER, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.**

MADRID.—Establecimiento tipolitográfico «Sucesores de Rivadeneyra».



LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA

30 de Enero de 1896 Alcalá 23 _ MADRID Nº 4



PERIÓDICO ESPECIAL DE SEÑORAS Y SEÑORITAS, INDISPENSABLE EN TODA CASA DE FAMILIA

Administración: Alcalá, 23, Madrid. | **Madrid, 30 de Enero de 1896.** | **Año LV.—Núm. 4.**

I.—Sombrero Marly.

SUMARIO.

TEXO.—Revista parisiense, por V. de Castelfido.—Explicación de los grabados.—Amor premiado, por D. Aureliano J. Pereira.—Vallembrio, por D.ª Isabel Cheix.—Luz y calor, poesía, por D. J. F. Sanmartín y Aguirre.— Flores de Navidad, por D.ª Erminia D.—Correspondencia particular, por D.ª Adela P.—Explicación del figurín iluminado.— Explicación de los grabados y dibujos para bordados contenidos en la *Hoja-Suplemento*.—Sueltos.—Anuncios.

GRABADOS.—1. Sombrero Marly.—2. Traje para señoritas ó señoras jóvenes.—3. Traje para señoritas.—4. Sombrero para niñas de 8 á 10 años.—5. Capota para niñas de 4 á 7 años.—6. *Collet* para señoritas y señoras jóvenes.—7. Traje marino para niños de 8 á 11 años.—8. Traje marino para niños de 5 á 8 años.—9. Traje de baile.—10 y 11. Abrigo largo para señoras.—12 y 13. *Deshabillé* Olga.—14. Manga para vestido de calle.—15. Abrigo de terciopelo del Norte adornado con pieles.—16. *Collet* de terciopelo guarnecido de plumas.—17. Sombrero de fieltro negro.—18. Traje para niñas de 5 años.—19. Paletó para niños de 5 á 8 años.

REVISTA PARISIENSE.

SUMARIO.

Aplazamiento de la temporada de bailes.— Banquetes y reuniones íntimas.—Traje para estas reuniones.—Tres modelos á cual más elegantes.—Encajes y bordados.—Un traje para ventas de caridad.—Vestidos de baile y *soirée*.—Un diputado consecuente.—El temor de los microbios.—Una doméstica prudente.

No hemos entrado aún en plena temporada de bailes y recepciones, si se exceptúan las recepciones oficiales y los bailes del Ayuntamiento de París que tendrán lugar durante este mes y el siguiente. La costumbre inglesa, adoptada en Francia de poco tiempo á esta parte, aplaza hasta la primavera las fiestas solemnes que se verificaban antes en lo más riguroso del invierno. Ahora, cuando los salones parisienses entreabren sus puertas es para dar banquetes y reuniones íntimas, que, no por ser limitadas, dejan de tener una elegancia de gran tono. Antes al contrario, la parisiense pone en los trajes destinados á estas reuniones un esmero y un gusto exquisitos, introduciendo en ellos las últimas invenciones de la moda, de tal suerte que la fiesta gana por una parte lo que pierde por otra. El movimiento es menor, todas las arañas no están encendidas, ni tapizadas de flores todas las paredes; pero el brillo de las *toilettes* aparece más vivo, y cada vestido se analiza mejor en sus detalles más delicados.

°°°

Este año la moda preconiza para las señoritas, según ya lo he indicado, los géneros Luis XV y Luis XVI; lo que ofrece un vasto campo á la imaginación fértil de nuestras modistas. En vez de copiar exactamente estas deliciosas creaciones del pasado, añaden un ribete de modernismo que les dan un sello particular, y de las combinaciones de épocas y de estilo salen verdaderas maravillas que tendrán su puesto en la historia de la moda.

Las telas más particularmente empleadas son los tafetanes y las sedas rameadas con flores grandes brochadas de relieve ó estampadas sobre cadeneta. Estas telas van á veces atravesadas por listas de raso, lo que constituye el estilo. Con estas deliciosas telas, de coloridos suaves de pastel, alternan los terciopelos lisos y estampados, terciopelo *miroir* y terciopelos labrados.

Con los estilos Luis XV y Luis XVI vuelve á estar de moda el chaleco rameado y el frac. El gusto moderno modifica uno y otro de mil maneras. Chaleco y frac varían hasta lo infinito. Las aldetas de éste se hacen más ó menos largas, y unas veces caen lisas sobre la falda, mientras que otras van



Núm. 1.

onduladas formando verdaderos *godets*. El chaleco sigue las mismas transformaciones.

Ya se inspire en las modas del principio ó del fin del siglo XVIII, el vestido moderno es siempre de una originalidad y una gracia encantadoras. Me concretaré á citar tres tipos que indudablemente agradarán á mis lectoras.

Uno de ellos (croquis núm. 1) es un cuerpo de terciopelo



Núm. 2.

miroir verde pálido con reflejos delicados de escarcha, adornado á todo el rededor con un punto ligero de bordado. Unos botones de *stras* y cuentas cierran el cuerpo por delante, y dos botones iguales adornan la aldeta de frac, que va ligeramente ondulada. Por delante, en la parte inferior del escote, va puesto un lazo grande de raso estampado Luis XVI. El cuello, recortado en puntas de almenas, va guarnecido de encaje blanco, así como el borde de las mangas, que no pasan del codo. Este cuerpo puede servir lo mismo para banquete que para teatro.



Núm. 3.

Otro tanto puede decirse del traje representado por el croquis núm. 2, cuyo cuerpo es de terciopelo *miroir* color de rosa, glaseado de blanco. Manga muy ancha de seda brochada. La aldeta va ondulada en las caderas, dejando ver un poco de raso del forro. El faldón del frac, que cae de lleno sobre la falda, va adornado con cuatro botones de *stras*. El delantero del cuerpo, abierto sobre un chaleco de seda igual á la de las mangas, va guarnecido con dos lazos de terciopelo negro sujetos con hebillas de *stras*. Un lazo de lo mismo, pero más grande, se repite en la espalda. Collar de terciopelo negro.

Nuestro modelo núm. 3 es de seda brochada de un azul claro exquisito, con ramos grandes. Este cuerpo, muy ajustado, con aldeta ondulada por detrás, que sale, al parecer, de una correa de terciopelo negro fijada con dos botones de *stras*, se abre por delante sobre un camisolín flotante de muselina de seda crema. Unos pétalos de encaje salen del cuello. Por detrás, lazo de terciopelo negro apuntado con un botón.

He visto este cuerpo puesto sobre una falda de raso negro; pero se le puede llevar igualmente con una falda de terciopelo negro ó de color.

°°°

No hay nada más lindo ni que siente mejor que los adornos de encaje con que se guarnecen los cuerpos. Del escote salen generalmente unas guarniciones de encaje, que se repiten en las mangas, formando *puños á la Buffón*, los cuales caen ligeramente sobre la mano, que parece más pequeña y más blanca.

Estos adornos dan lugar diariamente á invenciones de una deliciosa originalidad. Las hay que van hechas con puntas de encaje blanco ribeteadas de encaje *enano* negro; otras son de muselina de seda negra ó de color recortada en for-



Núm. 4.

ma de pétalos de flores; y otras, en fin, son de guipur montado en alambres muy finos. Todas estas guarniciones adornan los cuellos, y se repiten en las mangas.

Las piedras preciosas, las lentejuelas y el azabache adornan casi todos los vestidos de ceremonia. Mas para no traspasar la línea de lo elegante y distinguido hay que emplear estos adornos de una manera sumamente discreta y sobria.

°°°

Hé aquí un precioso traje (croquis núm. 4) para ventas de caridad, que va adornado con bordados finos de azabache. El adorno es muy ligero; consiste en una orla estrecha en el borde inferior de la falda, en dibujos espaciados y en una linda cenefa alrededor del *collet*. Para completar esta descripción, añadiré que el vestido era de paño color de corcho,



Núm. 5.

color sumamente delicado, casi blanco. En el cuerpo, cuello ancho, estilo de 1830, especie de *collet* de terciopelo azul obscuro, rodeado de marta cibelina y bordado de azabache. El puño va bordado igualmente de azabache y guarnecido con un volante de encaje. En torno del cuello, gola de cinta estrecha de terciopelo azul.—El sombrero, del color del traje, va adornado con encaje blanco y cocas de terciopelo ribeteadas de piel. Un penacho de plumas completa los adornos.



2.—Traje para señoritas ó señoras jóvenes.



4.—Sombrero para niñas de 8 á 10 años.



5.—Capota para niñas de 4 á 7 años.



3.—Traje para señoritas.





Las pieles se emplean mucho como adornos para los sombreros. Se armonizan muy bien con el encaje, con las cintas y con las flores. He visto *aigrettes* de cibelina surgiendo de un bullón de encaje crema, y cabecitas de marta sobre un lecho de violetas ó de rosas, todo lo cual era sumamente lindo.

°°°

Al principio de esta revista me he ocupado de trajes de convite. Volveré á tratar del mismo asunto, no para describir nuevos cuerpos ó chaquetas, sino vestidos enteros, que pueden servir igualmente para baile y *soirée*.

El vestido que representa nuestro croquis núm. 5 es de raso amarillo. Tres correas, fijadas con botones de *stras*, cierran el delantero de la falda, que va hendida en forma de túnica sobre una segunda falda. El cuerpo, guarnecido con solapas anchas, recortadas y bordadas, de raso blanco, va adornado además con hombreras de diamante y un cinturón-faja á la *bebé* de raso Liberty color de rosa, que cae por detrás sobre la falda. La manga, de terciopelo amarillo, no pasa del codo, de donde salen dos alas de encaje, sujetas con un botón grueso de *stras*. Peinado á la Loisa Puget.

°°°

Antes de terminar este artículo, citaré otros dos lindos modelos.

Sobre un vestido-funda de raso blanco, casi cubierto de ramos de geranios de terciopelo sombreado, desde el rojo más obscuro hasta el rosa más vivo, va un cuerpo de encaje antiguo, sujeto en los hombros con unas sartas de perlas y florecido igualmente de geranios.

Falda de raso negro, rodeada de arriba abajo de encajes *enanos* azafranados. Cuerpo listado á lo largo con encajes iguales y adornado con rosáceas de terciopelo color de cereza. En los cabellos, *pouf* de terciopelo cereza y *aigrette* de plumas blancas.

°°°

—Sería usted muy amable, señor diputado, si me prestase doscientos francos.

—Lo siento mucho, querido amigo; pero he declarado formalmente en la tribuna que me opondría á toda clase de empréstitos.

—Yo no compro nunca acuarelas.

—¿Por qué?

—A causa de los microbios que puede haber en el agua.

—Un baño de pies, María.

—¡Cómo! ¿Con los primeros fríos? Yo, en lugar de la señora, aguardaría á la primavera.

V. DE CASTELFIDO.

París, 26 de Enero de 1896.

EXPLICACIÓN DE LOS GRABADOS.

Sombrero Marly.—Núm. 1.

Sombrero de ala ancha, de terciopelo color de malva, enteramente bullonada y levantada por detrás á estilo Luis XVI. Fondo plano, rodeado de un volante del mismo terciopelo y de una cinta de tafetán género antiguo, listada de seis cintas de terciopelo cometa. Esta cinta ancha forma una coca y una caída á cada lado. Por detrás de la copa van dos plumas negras, y bajo el ala levantada, un cubrepeineta de violetas de Parma.

Traje para señoritas ó señoras jóvenes.—Núm. 2.

Falda y cuerpo de paño color de hierro mohoso, guarnecido con un cinturón, un canesú y un cuello de terciopelo blanco. Cuello vuelto y carteras de faya listada color de nutria y blanca.—Sombrero de fieltro negro.

Tela necesaria: 8 metros de paño; 80 centímetros de terciopelo; 20 centímetros de seda listada, y 16 metros de seda para forros.

Traje para señoritas.—Núm. 3.

Falda y cuerpo-chaqueta de paño color de pan tostado. Cuello y solapas de piel de seda incrustada de guipur, con brandeburgos negros. Este traje es práctico por excelencia y de una elegancia discreta.

Tela necesaria: 7 metros de paño y 60 centímetros de piel de seda.

Sombrero para niñas de 8 á 10 años.—Núm. 4.

Este sombrero es de seda color de rosa género otomano. El ala, en forma de campana, se compone de tres volantes sobrepuestos de la misma tela. Copa de fieltro color de piel de Suecia, rodeada de una cinta color de rosa anudada en el lado con seis cocas desiguales.

Capota para niñas de 4 á 7 años.—Núm. 5.

Se hace esta capota de terciopelo y raso blanco plegado. El fondo es de terciopelo plegado, formando copa abultada y muy alta por delante, con un lazo enorme de raso blanco. Ala formada de dos tableados de raso blanco, entre los cuales se frunce un encaje crema muy ligero. La copa va rodeada de una cinta estrecha de raso blanco núm. 9, que forma bridas.

Collet para señoritas y señoras jóvenes.—Núm. 6.

Este *collet* es de paño color de avellana y va forrado de *surah* del mismo color. El vestido es de paño color de avellana, con canesú de terciopelo marrón dorado.—Sombrero de fieltro marrón dorado.

Tela necesaria para el traje: 6 metros 50 centímetros de paño, y un metro 50 centímetros de terciopelo.

Traje marino para niños de 8 á 11 años.—Núm. 7.

Pantalón y chaqueta de paño azul marino. Cuello de paño blanco, adornado con bieses azules. Camiseta de tela Jersey.

Traje marino para niños de 5 á 8 años.—Núm. 8.

Pantalón de cheviota azul. Blusa de jerga color de marfil. Cuello de lienzo blanco con galones estrechos. Camiseta de tela Jersey.

Traje de baile.—Núm. 9.

Vestido de raso blanco, con mangas de tul blanco, guarnecidas de cintas de raso blanco. Camisolín de tul. La falda de raso blanco y los dos paños de delante van adornados con unos cuchillos de crespón blanco, guarnecidos de cintas de raso.

Abrigo largo para señoras.—Núms. 10 y 11.

Este abrigo es de terciopelo granate, y cae recto en la espalda con tres pliegues bordados de oro, lentejuelas y cuentas granate. Mangas en forma de esclavina, que salen de cada lado de la espalda y van sujetas en los hombros en forma de coca, bordada, así como la parte inferior de las mangas. Cuello y franja de piel de bisonte por delante, que desciende hasta el suelo.—Sombrero de fieltro negro, con encaje que cae sobre el ala. Fondo arrugado de raso negro bordado. Cubrepeineta de plumas negras, con un lazo de faya verde y una hebilla de *stras*.

«Deshabillé» Olga.—Núms. 12 y 13.

Se hace este *deshabillé* de *surah* color de rosa. Se compone de una espalda recta y unos delanteros amplios, cerrados en medio. Cuello ancho y cuadrado, adornado con un punto de bordado y un volante de encaje blanco. Manga recta, estrechada con un brazalete ajaretado y guarnecida con un volante de encaje.

Tela necesaria: 11 metros de *surah* y 7 metros de volante de encaje.

Manga para vestido de calle.—Núm. 14.

Esta manga es plana por encima. El vuelo sale de los pliegues agrupados en los lados. La parte inferior se recorta y se abre sobre un bajo de manga más claro. Correas abrochadas. Correas en el hombro dobladas en forma de presillas.

Abrigo de terciopelo del Norte adornado con pieles. Núm. 15.

Este abrigo, que es ajustado, se hace de terciopelo marrón, y va guarnecido de marta cibelina, cuya piel va dispuesta en forma de estola. Sobre el abrigo, un cuello cuadrado por delante, redondo por detrás, y termina en el borde superior en un cuello Médicis.

Collet de terciopelo guarnecido de plumas.—Núm. 16.

Este *collet* es de terciopelo verde aceituna, bordado de cuentas de color, y va guarnecido de una tira de plumas negras. El canesú, al cual va fijado el cuello, va rodeado de un fleco de plumas y de una espiral de cinta ancha de faya negra, dispuesta sobre cada hombro en tres presillas grandes. El canesú va bordado de cuentas, y se le guarnece con un cuello Médicis ribeteado de plumas.

Sombrero de fieltro negro.—Núm. 17.

Se adorna este sombrero con cabezas de plumas negras. Un lazo de terciopelo negro sujeta estas plumas. Alrededor de la copa va una franja bordada de oro mate sobre fondo de terciopelo negro. Cubrepeineta formado de dos cabezas de plumas negras.

Traje para niñas de 5 años.—Núm. 18.

Vestidito de lana azul obscuro, compuesto de una falda fruncida en la cintura y de un cuerpo-blusa cerrado en medio de la espalda. Manga de codo con *jockey* doble, ribeteado de un volantito plegado de raso azul claro. Cuello-canesú de terciopelo guarnecido del mismo modo. Cuello alto, y cinturón de terciopelo.

Tela necesaria: 3 metros 50 centímetros de tela de lana, de un metro 20 centímetros de ancho; un metro 25 centímetros de raso, y 70 centímetros de terciopelo.

Paletó para niños de 5 á 8 años.—Núm. 19.

Este paletó, con cruce doble, es de paño color de nutria, y va forrado de tartán.—Birrete del mismo color.

Tela necesaria para niños de 6 años: un metro 30 centímetros de paño, y un metro 30 centímetros de tartán.

AMOR PREMIADO.

> Amar para ser amado
> Es, en amor, lo vulgar.
> ¡Venturoso enamorado
> Aquel que, siempre ignorado,
> Vive sólo para amar!
>
> M. DEL PALACIO.

ERA hermosa: la imaginación del poeta, la inspiración del pintor no habían soñado más completa encarnación de la belleza.

Gretchen no tenía tan hermosos cabellos rubios: Lorelei no tenía más encantos en el rayo de sus pupilas. La primavera envidiaba el matiz de sus mejillas para sus rosas, el rojo de sus labios para sus claveles, la blancura de su frente para sus azucenas.

La amaban, y la amaban sin esperanza, porque su corazón era de otro.

Los tres enamorados sufrían, como los condenados, la pena de no poder alcanzar el bien anhelado.

°°°

El primero, un príncipe poderoso, dueño de cien palacio y castillos, señor de millares de siervos, se presentó á ella acompañado de su corte. Brocados y pedrerías lucían los magnates; sedas y terciopelos vestían sus criados.

—Soy príncipe—le dijo;—poseo riquezas sin cuento, palacios con jardines encantadores; por donde voy, miles de cabezas se humillan á mi paso, reconociéndome por señor y dueño. Todo este poder, toda esta grandeza, te la ofrezco con mi mano.

La hermosa rechazó su oferta. Amaba.

Era el segundo un esforzado guerrero, conquistador de reinos y vencedor de soberanos. Acompañábanle valientes capitanes, cuyas bruñidas armaduras deslumbraban, heridas por los rayos del sol. Llevaba consigo numerosos cautivos y brillantes trofeos, testimonio de sus proezas.

—Conquisto reinos, someto pueblos, regalo coronas. Los príncipes me temen, las multitudes me aclaman. Soy poderoso..... y todo te lo ofrezco con mi mano.

La hermosa rechazó la oferta. Amaba.

El tercero era un poeta: tenía inspiración, pero no tenía castillos, ni palacios, ni siervos, ni coronas: La gloria era su único patrimonio. Este se contentaba con mirar á la hermosa cuando pasaba á su lado, con soñar con ella cuando no la veía, con dedicarla sus tiernas y preciosas canciones.

°°°

Los tres sufrían el tormento de una pasión devoradora. El príncipe se aburría en sus palacios; el guerrero derramaba la sangre de sus semejantes; el poeta soñaba y cantaba.

Dios, la Suma Bondad, se apiadó del dolor de los tres amantes y los llamó á su presencia.

Los tres comparecieron. La puerta del cielo, formada por una sola esmeralda, giró sobre sus goznes de brillantes.

El Señor estaba en su trono, rodeado de los coros angélicos.

Ante aquella sublime magnificencia, el Príncipe se sintió humillado, vencido el guerrero: el poeta se sintió inspirado.

El Señor habló:

—A mi voluntad nada resiste. Ella olvidará su amor, y amará de vosotros tres al que la quiera mejor. Volved dentro de un año á mi presencia, y yo la daré en premio de su pasión al que presente la mejor prueba de que la ama.

°°°

Transcurrió el plazo, y los tres volvieron á la presencia de la Suprema Voluntad.

El Príncipe dijo:

—Señor, yo la amaba con tal ardor, que sin ella la vida me fué insoportable. Se la he dado en homenaje: me he suicidado. ¡Perdóname!

El Sér Supremo guardó silencio.

—Señor—dijo el guerrero—la amo tanto, que no he podido soportar que su corazón fuese de otro. He matado á su amante. ¡Perdóname!

Tampoco el Señor se dignó hablar.

El tercero de los enamorados, el poeta, permaneció callado.

—¿Y tú qué has hecho?—le preguntó el Señor.

—¡Amarla! No me he matado, porque necesitaba la vida para adorarla. No he matado á su amante, porque ella le amaba. ¡Perdóname, Señor; pero sólo he sabido amarla y cantarla!

El buen Dios sonrió benévolamente, y dijo al amante tímido:

—¡Tuya es!

Porque el buen Dios, que es la Suma Poesía, ama á los poetas.

AURELIANO J. PEREIRA.

VALLE UMBRÍO.

(NOVELA ORIGINAL.)

I.

HACÍA apenas media hora que había salido el sol, y cuantos vivientes encerraba la hermosa posesión de Valle Umbrío rivalizaban en celo para alborotar y llenar el espacio de discordantes ruidos. Desde el robusto gallo que á un extremo del corral y encaramado en un tonel, desde donde vigilaba á sus impasibles compañeras, esponjaba el dorado plumaje para recibir los benéficos rayos del astro del día, y echada atrás la arrogante cabeza, temblándole con el esfuerzo la cresta y barbas rojas como grana, abría una cuarta de pico para lanzar á cada momento destemplados *quiquiriquís*, hasta las dos sirvientas que cantaban como si quisieran desgañitarse, escuchábase por doquiera el zumbido atronador que produciría una colmena gigantesca. Mezclábanse allí los trinos de canarios, verderones, jilgueros y mirlos, prisioneros en jaulas de alambre, que colgaban en las tapias del corral y bajo el frondoso emparrado; los ladridos de un perro á quien toreaba un grupo de chicuelos, y que se prestaba al entretenimiento con la mejor voluntad del mundo; los maullidos del gato, que se habían divertido en vestir de mantillas siete ú ocho muchachas, y que, empeñadas en tratarlo como *bebé*, reían á carcajadas, sin soltarlo, viendo asomar sus rizados bigotes entre los encajes del gorrito que le tenían acomodado; por último, y para no ser menos, un asno y un cerdo encerrados en la cuadra dejaban oir sus inarmónicos acentos, reclamando quizá la pitanza diaria, que en medio de aquel barullo nadie se había acordado de llevarles.

—¡Quieto *Morrongo*!—decía la que por derecho propio estaba constituída en niñera del irritado mizifuz:—¡quieto! ¿Habrá pícaro más desagradecido?

—¡Tápale las orejas!—gritaba otra, que se destornillaba de risa, desde una legua;—se conoce que es gato.

—¡Si no hay quien lo sujete!—repuso muy apurada la muchacha.

—Dámelo.....

—No quiero, que te va á arañar.....

—Déjalo que araño.....

—De ningún modo....., luego tu madre riñe.

—Pues quiero tenerlo, y ó me lo das ó te lo quito.

—¡Ven por él!—replicó la propietaria del minino, engallando la cabeza con aire de desafío.

La disputa, que amenazaba agriarse, fué cortada de pronto por un incidente inesperado: el perro, que corría de un lado á otro embistiendo valerosamente á los muchachos, pasó una de las veces próximo á la niña que tenía el gato, y éste, horrorizado de tan peligrosa vecindad, hizo un esfuerzo desesperado, y escapó de los brazos que lo retenían, plantándose delante del perro, hecho arco el espinazo, enarbolada la cola, gachas las orejas y bufando furioso á su eterno enemigo.

Pero lo cómico del caso era el atavío de *Morrongo*, que arrastraba por un lado las mantillas de bayeta pajiza, y tenía medio tapado un ojo con el gorrito de encajes. La extrañeza de semejante visión hacía ladrar al perro, como si no acabara de enterarse de quién era el provocador de sus iras, y reír á todos los muchachos, de tal manera, que el alboroto, cada vez mayor, atrajo al corral á una mujer alta, gruesa, de facciones algo abultadas, pero cuyo conjunto resultaba agradable, y que rebosaba salud en los colores frescos, en el cutis suave y la espléndida cabellera negra como el ébano. Aunque era tan de mañana, hallábase pulcramente vestida y bien peinada.

—¡Silencio!—gritó;—parece que os desuellan vivos: se acabó la fiesta; cada uno á su casa, y en paz.

Pero en aquel momento divisó en medio del corro á los contrincantes, y el mal humor que la dominaba no pudo resistir á aquel espectáculo.

—¡Diantre de muchachos!—exclamó riendo.—¡Cómo han puesto al pobre *Morrongo!*

Y fuése al gato, desembarazándole rápidamente de las prendas de vestir, sin que el animal opusiera resistencia. Una vez libre minino, desapareció como si la tierra se lo tragara, y los niños, mohinos y silenciosos, esperaron nuevas órdenes.

—Se acabó, he dicho—afirmó la mujer;—cada uno á su casa, que es demasiado temprano para alborotar en la ajena: vosotros, Marcelino y Pedrín, á almorzar para irse á la escuela; y vosotras, Inés y María, á trabajar arriba ahora mismo.

Los cuatro nombrados obedecieron, desfilando al interior de la casa, y los amigos se dispusieron á imitar tan prudente conducta marchándose en seguida: pero la que había tenido el gato en brazos, avispada morena de apenas once años, muy disgustada del término de la diversión, fué la única que se atrevió á protestar.

—Pero, Damiana.....

—¿Qué se te ofrece?—respondió agriamente la mujer.

—¿Por qué le enoja á usted que juguemos?

—Porque estoy ya harta de oír gritos..... Conque á largarse todos y dejarnos en paz.

La muchacha inclinó la cabeza, y se tragó la contestación, algo irreverente, que iba á dar; en cambio hizo un mohín despreciativo que, por fortuna, no vió Damiana, y marchóse la última de todos, muy despacio y con aire rebelde.

—¡Dichosos niños!—dijo la mujer al verse sola en el extenso corral:—cuantos hay en el pueblo vienen á jugar con los míos. ¡Sin duda les parece esta casa la más bonita! ¡Buen humor tengo de chiquillerías con lo que me pasa!

Calló y permaneció pensativa algunos momentos.

—¿Dónde habrá ido?—tornó á decir despechada.—Tres días hace que se fué, sin tener siquiera la atención de decir que se marchaba.

La puerta falsa del corral, que daba al campo, hallábase abierta, y por ella asomó un hombre que se dirigió á Damiana con zalamera sonrisa.

—A usted vengo buscando, mi ama—le dijo;—como es la persona de más gusto del pueblo, y la más aficionada á los buenos bocados, cuando cazo algo de mérito, ya me tiene aquí..... Perdices gordas como gallinas cebadas.....

Y mostraba un par, que eran, en efecto, magníficas.

—¿Y la veda?—preguntó Damiana con un tonillo que probaba no era indiferente á las lisonjeras frases del cazador furtivo, ni á la vista de las apetitosas aves.

—Pues tan buena y tan sana, triunfando en los edictos y carteles que la publican. ¡Huy! ¡así llevamos vida de perros! Más cuesta cazar una perdiz, que poner una pica en Flandes.

—No las quiero—murmuró Damiana mirándolas con un deseo que los ojos desmentían las palabras.

—¿Cómo que no las quiere? ¡Pues si he rodeado cerca de una legua expresamente para traerle este bocado! Vaya, ama, no tenga miedo, que las voy á dar baratas.

—¿Muy baratas?

—No se lo diga á nadie: cuatro pesetas el par.....

—¡Jesús, María y José! Ni dos siquiera.....

—Pues lo siento por usted, mi ama, que se pierde comer cosa buena; en cualquier parte me plantan un duro en la mano por la parejita, según la carencia que hay.

E hizo ademán de marcharse.

—Hablemos con formalidad—dijo entonces Damiana.

—Con toda la formalidad que usted quiera.

—¿El último precio de las perdices?.....

—Ya lo sabe usted.

—¿Pero tiene palabra de rey cuando pide?

—En esta ocasión sí; no puede ser menos.

—Le doy diez reales, siquiera porque ha venido de tan lejos á traérmelas.

—Ama, ni quince y medio.

—Lléveselas.....

Y con un ceño que descubría su contrariedad, Damiana devolvió al cazador furtivo las perdices, que había tenido en las manos sompesándolas como verdadera inteligente.

Volvió el hombre á hacer que se iba, y tornó de nuevo.

—Haré por usted lo que no haría por mi madre—dijo misteriosamente;—en catorce reales voy á dejárselas.

—¡Que no!

—¡Mire usted que me marcho de verdad

—¡Márchese en hora buena!

Y Damiana se volvió con aire desdeñoso, hallándose frente á frente de una mujer, que entraba en el corral por la puerta que daba á la cocina.

—Al que madruga Dios le ayuda, comadre—dijo la recién venida;—por eso Aliñá ha madrugado..... No se fíe de él.....

—¡Ya se ve que no me fío! Quiere hacerme pagar la gana, y me pide cuatro pesetas por un par de perdices.

—¡Cristiana! ¿Qué me cuenta usted? ¡Cuatro tiros por avaricioso! Acaba de dejar ahora mismo por siete reales otro par en casa de la alcaldesa.

El llamado Aliñá, que desde la llegada de la comadre tenía la intranquilidad de un diablo á quien zambulleran en agua bendita, echó á la charlatana unos ojos, que si hubieran sido puñales, le quitan del todo las ganas de hablar.

—¡Siete reales!—balbució;—¡eso no es cierto!

—¿Cómo que no es cierto?—saltó sofocada la de la noticia;—vamos á preguntárselo ahora mismo.

—No hay necesidad de tanto—murmuró Aliñá con profundo despecho;—está visto que no ha de poder un pobre ganarse honradamente el pan..... Basta con que la alcaldesa haya dicho lo que se le antoje (sólo por fachenda de comprar barato), para que la crean ustedes como artículo de fe..... Allá van las perdices en siete reales.

Y alargando las aves á Damiana, que se apresuró á cogerlas, susurró tan bajo como si quisiera que le escuchara solamente el cuello de su camisa:

—¡Así revientes con ellas!

Tomó el dinero y salió sin despedirse, renegando de la intervención oficiosa de la comadre, y jurándosela á las dos en falso para la primera ocasión.

II.

—¡Valiente bribón!—dijo Damiana siguiéndole con la vista;—si no es por usted, me la pega como á una tonta.

—La que se queda tonta viendo lo que usted hace soy yo—repuso la otra con seriedad;—perdone que me meta donde no me llaman, pero ¿no es un contradiós pagar así los caprichos, estando los tiempos como están?

—¿Y quién ha dicho que para mí sean malos?—respondió con arrogancia Damiana.

—No es necesario gafas para ver que son para usted como para todo el mundo.

—Calle usted, que sólo de oírla se me sube la sangre á la cabeza. ¿Trabaja menos el molino que trabajaba el año pasado? ¿Hay quien pueda decir que le debemos algo?

—Pues lo dicen y tres más.

—¡Mentira y envidia pura!..... Lo que tiene es que como mi marido es tan poquita cosa, se achica y acobarda cuando le parece que las ganancias menguan..... El otro día, sin ir más lejos, le propónían comprar chacina fresca, y tuvo valor de preguntarme: «¿hay dinero?» ¡Comadre, me volví loca, y compré al choricero cuanto traía!

—¿Pero qué adelanta con ese lujazo de mesa? En una casa de familia, con su buena sopa, el cocido, ensalada y postres, quedan todos tan campantes y bien mantenidos. ¿Por qué ha de querer más variaciones de platos que le ponen á la reina?

—Porque soy de la misma carne y huesos de Su Majestad para disfrutar buenos bocados, y sobre todo, porque soy rica para costearme este gusto.

—Si es usted rica ahora, pronto dejará de serlo.....—dijo la buena mujer con la lógica de la experiencia;—perdóneme que le hable francamente, pero todo el pueblo la critica.....

—¿Y qué dicen?—saltó Damiana con el orgullo del ángel rebelde.

—Dicen—contestó su interlocutora, que una vez lanzada en aquel terreno le era imposible detenerse—que cuando crezcan sus cuatro hijos no van á tener pan que llevarse á la boca: que su marido está desesperado con los gastos que no puede refrenar.....; que la gula de usted le arruina, y que se hace ciega y sorda á las reflexiones y consejos.....

Damiana, que se había puesto lívida oyendo esta filípica, tardó algunos instantes en dominar su cólera, para responder con aparente sosiego:

—Muchas gracias por la intención, comadre; pero sepa que á mí no me ofende quien me critica sin yo saberlo, sino la que me viene á referir los chismes de unos y otros.

—Si lo toma usted de esa manera, nunca nos entenderemos; fiada en el parentesco que hay entre nosotras por ser repetidas veces comadres, y creída en que debe estar cierta de que al hablar como lo hago sólo me guía el deseo de su bien, he venido hoy resuelta á abrirle los ojos de una vez, para que cuando las desdichas se le echen encima no pregunte por qué.

—Repito que le agradezco la buena intención—replicó sarcásticamente Damiana;—pero de puertas adentro de mi casa soy la dueña, y no reconozco en nadie el derecho de darme consejos ni hacerme advertencias.

—Peor para usted, porque á la corta ó á la larga el *mucho desorden ha de traer mucho orden.*

—¿Se ha propuesto usted sacarme de mis casillas? Pues le advierto en caridad que no es nada difícil.

—Lo que me he propuesto, como le dije, es abrirle los ojos de una vez..... aunque de esta conversación quedemos reñidas para siempre: su marido de usted.....

—No me lo nombre siquiera—saltó furiosa Damiana;—si él tuviera alma en el cuerpo, haría que respetaran á su mujer, y sabría poner las peras á cuarto á cuantos quisieran humillarla viniendo á mandar en su casa.

—Gracias por la indirecta; pero dejémosla á un lado, y prosigo: su marido de usted (y esto lo sabe todo el pueblo) no vive, sino que agoniza..... ¿Ignora usted que las paredes son de vidrio, y que todas las reyertas que hay en las casas salen á la calle y se extienden como las manchas de aceite?

—¿Y qué me importa que se sepa si nos llevamos bien ó mal?

—Importa, y mucho, por las causas de la desunión. En vano es que sea usted mujer honrada y cristiana vieja, si no pone en prática las leyes del Evangelio; la fe sin obras es fe muerta. ¿No comprende que arruina su casa y familia?

—Le digo á usted, *señá* Francisca, que hasta ahora no he sabido el aguante que tengo; pero basta de sermones que no me sirven de nada.....

—Damiana, por la Virgen Santísima, no se emperre usted en esa manera de ser; arréglese á lo que tiene, que el molino no es mina de oro, ni mucho menos; economice gastos, economice sobre todo el despilfarro de la mesa, que sólo sirve para hacer golosos á los chiquillos y á usted esclava de la gula.....; mire que más de una vez lloro considerando la ruina que la amenaza.....

—¿Acabaremos?—gritó brutalmente Damiana, echando fuego por los ojos.—Si á usted le divierten esas jeremiadas, puede continuarlas de aquí á pasado mañana.....; yo tengo que hacer, y me marcho.

Y volvió, en efecto, la espalda á *señá* Francisca, á punto que asomaba el cartero á la puerta del corral.

—Damiana, una carta—dijo el hombre, alargándola.

Súbita palidez apagó en las mejillas de la molinera los colores que había encendido la ira: acababa de reconocer en el sobre de la misiva la letra de su marido.

—Me voy, puesto que usted me echa—dijo la comadre, mientras el cartero se alejaba;—pero quiera Dios que ahora se convenza usted de la verdad de mis observaciones.

Y marchó, sin que Damiana hiciese nada para detenerla.

III.

Sola de nuevo la molinera, permaneció algunos momentos sin saber qué resolución tomar; vago temor se había apoderado de ella, y contemplaba la carta cerrada, como si á pesar de estarlo tuviera la seguridad de que le traía una mala noticia..... Acudió á entornar la puerta que daba al campo; atravesó lentamente el corral; cruzó la cocina, desierta á la sazón, y se encerró en un aposento del piso bajo para leer aquel papel que le quemaba los dedos.

¿Qué tenía que comunicarle su marido? ¿Por qué su inexplicable ausencia de tres días? Como nadie podía sorprenderla entonces, su rostro desencajado revelaba bien las inquietudes que sentía..... Rompió convulsivamente el sobre y leyó:

«Damiana: Cuando ésta llegue á tu poder, navegaré ya hacia la República Argentina, confundido entre la inmensa multitud de míseros emigrantes que todos los días abandonan las playas donde nacieron, en busca de una fortuna problemática siempre..... No puedo permanecer en el pueblo ni un día más..... Cuanto tenemos se halla embargado, y pronto te convencerás de nuestra ruina..... Si no hubiera tenido fe y esperanza en Dios, hace mucho tiempo que habría terminado mis luchas y vergüenzas como tantos infelices..... por el suicidio..... Afortunadamente no he olvidado el Catecismo, y sé sufrir, perdonar y trabajar.

»No quiero reconvenirte, siquiera porque eres madre de mis hijos, ¡pobres ángeles de quienes estoy obligado á separarme! Pero reflexiona en tu conducta, y dime si mujer de tales condiciones tiene derecho de quejarse al ser abandonada. Bien sabes cuántas veces he tratado, ya por el rigor, ya por la dulzura, de enfrenar el camino que seguías y que nos llevaba al abismo en que estamos..... Nada he conseguido; cada disgusto entre nosotros te hacía más gastosa, más insolente, más desconsiderada..... El resultado ha sido el que debía ser.....

»Cuando pienso en el porvenir, lloro de angustia. ¿Podrá la desgracia que nos abruma abrir tus ojos y cambiar tus inclinaciones? ¡Ay, temo que no! ¿Podré yo, á fuerza de trabajo, reconquistar el capital que tus derroches han destruído y asegurar el pan de nuestras infelices criaturas? ¡Dios lo sabe! Él nos perdone, porque ambos somos culpables; tú por dejarte dominar de los caprichos y del pecado de la gula..... yo por ser débil y no tomar á tiempo las riendas del gobierno de nuestra casa.....

»Te he querido como pocos hombres pueden querer, y si Dios me protege te probaré la verdad de mis palabras; pero si volviéramos á reunirnos, se acabaron las condescendencias.....

»¡Adiós! ¡Él quiera mirarnos con misericordia!.....—*Leoncio.*»

—¡Cobarde! ¡Cobarde y miserable!—balbució Damiana estrujando la carta entre sus dedos crispados;—¿qué puede echarme en cara? ¿No he gastado de lo mío, porque soy dos veces más rica que él?

Se interrumpió, y un temblor visible recorrió todo su cuerpo.

—¡Más rica!.....—dijo aterrada—lo era cuando nos casamos, pero ahora.....

Un golpe en la puerta cortó bruscamente sus reflexiones; á la vez oyóse la voz de una criada, que decía:

—Señora, ahí está un señor que quiere hablar con usted.

—Hazle esperar en la sala, que voy en seguida—respondió.

Y rehaciéndose de la emoción que acababa de sufrir, aunque tan quebrantada como si hubiera dado una caída mortal, permaneció inmóvil algunos instantes..... Temía que la inesperada visita tuviera relación con las ruinas que la carta de Leoncio anunciaba..... Por fin se resolvió y salió del aposento. Solamente la palidez del rostro podía delatar su angustia.

Gravemente acomodado en un sillón encontró Damiana al sujeto anunciado. Bastaba mirarle para comprender que era algo de justicia, y por si quedara duda, sentado en el borde de un taburete, casi detrás de la puerta, hallábase un viejo vestido de negro, que desde una legua revelaba su oficio de alguacil. Con breves y *curialescas* frases, el primero puso pronto á la atribulada mujer al corriente de lo que pasaba: todo el caudal que poseían estaba embargado para pagar



9.—Traje de baile.

obligaciones vencidas, y no sólo los inmuebles, sino hasta cuanto encerraba aquel hogar, lleno de lujo y comodidades. De la fortuna más lucida del pueblo no quedaba libre sino un molino medio arruinado, que por su misma pobreza no se prestó á hipoteca.

Impávida, como estatua de piedra, oyó Damiana, sin pestañear, la lectura de cuantos documentos tuvo á bien exhibir el escribano para enterarla de su completa ruina; firmó donde le dijeron que firmara, sin saber para qué podía servir su firma, y vió desaparecer al representante de la ley, seguido de su alátere, sin acabar de convencerse de que no estaba soñando.

....

Cuando aquella noche cargaban en una carreta las camas (únicos objetos de su pertenencia que la ley les consentía llevar), y Damiana, rodeada de sus cuatro hijos, se disponía á dejar para siempre la hermosa posesión donde nació y había vivido hasta entonces, la vista de los niños, silenciosos y asustados, conmovió su carácter de hierro y dos lágrimas resbalaron por sus mejillas.

—¡Comadre!—oyó decir á su lado.

Volvióse y vió á *señá* Francisca, tan conmovida como ella estaba.

—Perdóneme usted—le dijo ésta afectuosamente;—perdóneme si antes la ofendí..... hubiera debido hablarle con tiempo..... porque lo que pasa era público y notorio.



10. — Abrigo largo para señoras. Espalda. *Véase el dibujo 11.*

—El que no sabe es como el que no ve—repuso con amargura la molinera;—perdóneme usted también á mí.

—No hablemos de ello..... ahora ánimo, y cuente para todo con su comadre.

—Muchas gracias; como ha venido la mala fortuna tan de golpe, aun no sé qué haré.....; cuando haya determinado algo, procuraré verla.

—No daré lugar á que me busque; ¿pero dónde va con la mudanza?

—¿Dónde he de ír? Al molinillo del Palmar, que va á ser hoy mi palacio de Valle Umbrío. Es lo único..... ¿oye usted? lo único que me queda.

—¿De modo que el molino grande, la debesa del Chaparral, las viñas y olivares, la misma casa en que vivís?.....

—Todo, todo en manos de la justicia—repuso tristemente Damiana;—todo hipotecado ó cedido á retroventa..... ¡todo perdido!

—Dios aprieta, pero no ahoga..... Animo, comadre; piense que esos inocentes no tienen más que á usted.....

—¡Si no fuera por ellos! En fin, basta de conversación....; buenas noches.

Señá Francisca no se atrevió á detenerla, y Damiana se alejó con sus hijos en pos de la carreta, cuyos desapacibles chirridos parecían gemidos de angustia que hacían coro á la desolación de la familia.

ISABEL CHEIX.

Concluirá

LUZ Y CALOR.

(DE SCHÍLLER.)

Con muy bellas esperanzas
El hombre á la vida llega,
Creyendo en el mundo hallar
Cuanto ansiosa su alma anhela;

Y empujado al mismo instante
Por la fe de sus ideas,
Tras la verdad corre ansioso
Y se lanza en su defensa.

Todo mísero y raquítico
Halla cuanto le rodea,
Y en medio de mil pasiones,
Que sin cesar le atormentan,

La propia felicidad
Es sólo lo que desea.....
Ante la luz del amor
El alma á veces se cierra;

Y si ha sido ésta educada
En la ciega indiferencia,
Los rayos de la verdad
Su hermosa luz escasean.

¡Dichosos sean los hombres
Que los dones de la ciencia
No logran con el olvido
De las virtudes angélicas,

Y, á la profunda mirada
De todo hombre de ciencia,
Reunen los sentimientos
De las personas benéficas!

J. F. SANMARTÍN Y AGUIRRE.

FLORES DE NAVIDAD.

I.

Uno de los más breves días de invierno tocaba á su fin, y los cristales de las ventanas, que un momento antes reflejaban los rayos del sol poniente, se obscurecían poco á poco, mientras el crepúsculo extendía sus sombras por las plazas y las calles.

En un salón de vastas dimensiones, situado en el primer piso de una hermosa casa del barrio de Salamanca, la luz era ya tan escasa que hacía más sombrío el mueblaje de nogal tallado y las colgaduras de terciopelo azul. Encorvado sobre una mesa ministro cubierta de papeles y diseños, hallábase un anciano de severo aspecto, que aprovechaba con avidez los últimos resplandores para trazar líneas y hacer apuntes; de pronto rechazó las plumas, lápices y compases.

—¡Qué días tan cortos!—murmuró con despecho.

Y miró el calendario abierto enfrente de él.

—¡Diez de Diciembre!—prosiguió;—¡Navidad dentro de catorce días!

Levantóse, y con las manos cruzadas á la espalda, empezó á pasear, ceñudo y pensativo, por la habitación cada vez más obscura.

Sólo dos semanas faltaban para Navidad..... pero después de todo, ¿qué le importaba? No sólo esta fiesta le era indiferente, sino que acaso hasta el pensamiento de ella tenía para su corazón algo de odioso é insoportable. Y á la verdad, no podía ser de otro modo. Un anciano que huía de la sociedad y cifraba su mayor placer en vivir completamente aislado, ¿qué razones tenía para amar la Pascua, fiesta principal de las familias? Si procuraba olvidar la fecha de su nacimiento, ¿por qué no olvidar también la de Navidad?

Ninguno de los que estaban á sus órdenes había de recordársela, empezando por el ama de llaves, que jamás recibía aguinaldos, y estaba acostumbrada, por experiencia de muchos años, á dirigir las menos palabras posibles á su señor, obedeciéndole en cambio ciegamente, pues era el único medio de vivir en paz con él.

Tampoco era de temer que sus dependientes, aunque jóvenes y alegres, hicieran alusión á la fiesta que á todo trance quería olvidar: deseosos siempre de que concluyeran las horas de oficina y las pesadas discusiones de negocios, ninguno experimentaba el más leve placer en una conversación particular con el temido jefe. En cuanto á las personas con quienes se reunía por las noches en el Círculo, antiguos amigos y compañeros suyos, tenían tan buenas razones como él para desentenderse de la Pascua, y podía apostarse ciento contra uno que ni la nombrarían siquiera.

Y sin embargo, á pesar de sus propósitos de no ocuparse para nada de la *tontísima* fiesta, fracasaban todos los proyectos cuando ponía el pie en la calle..... Oía hablar de ella á los transeuntes: tenía que leer, á pesar suyo, pomposos anuncios colgados en los comercios, que invitaban á comprar regalos de aguinaldo: ver las calles y plazas llenas de puestos de nacimientos, zambombas, panderos, tambores y rabeles, y sufrir una multitud de muchachos que cantaban para festejar su época favorita. Jamás el corazón del anciano rebosaba más hiel que en estos días; aunque siempre era avaro de palabras, las evitaba entonces con cuidado, y manifestaba, en cambio, francamente el odio que le inspiraba la humanidad.

Arquitecto célebre, y por lo mismo muy buscado, don Víctor Cisneros tenía el verano ocupadísimo y destinaba el invierno á proyectos y dibujos; quedábale, por consiguiente, muy poco tiempo que dedicar á pensamientos inútiles: pero cuando se aproximaba la Pascua, las ideas que procuraba de continuo ahuyentar tomaban posición de su cerebro, distrayéndole del trabajo y persiguiéndole sin cesar: como el vino empieza á fermentar en el mes de Mayo, así en esta época algo que había creído muerto vivía y se agitaba en su interior, y los esfuerzos que hacía para dominar tan molestos sentimientos le volvían más rudo é intratable que en el resto del año.

Oíanse en la calle voces infantiles..... Don Víctor se asomó á una ventana. La tienda situada enfrente, que era un soberbio almacén de juguetes, ostentaba iluminado con profusión un trasparente enorme que representaba un *árbol de Pascua*, cargado con todos los esplendores y chucherías con que suelen adornarse; numerosos muchachos reunidos para contemplarle hablaban á la vez y palmoteaban de alegría.

—Parece que todos los chicos de Madrid se han reunido expresamente para molestarme—gruñó el arquitecto;—¿qué necesidad tendrán los bribonzuelos de hacer tanto ruido?

Cisneros odiaba á los niños y evitaba hablar con ninguno; la alegre vecindad de aquéllos le era por lo mismo repulsiva hasta el extremo. Llevaba muchos años de habitar la casa, el piso principal para él y el bajo para sus oficinas, y cuando arrendaba el segundo y tercero, la primera condición que imponía era que los inquilinos no tuviesen familia menuda. Sólo así consentía en admitirlos.

Enojado por el barullo que escuchaba, abandonó la ventana y se asomó á otra en el lado opuesto del salón, desde la cual se apercibía un gran espacio de jardines. La calma y tranquilidad que allí reinaban le hicieron mucho bien. Extendíase la nieve muelle y blanca sobre los árboles y los setos de verdor, acumulándose en suaves ondas para cubrir las fuentes, arriates y estufas. Este paisaje de invierno armonizaba tan bien con el frío de su alma, que le contempló largo rato con triste satisfacción.

La noche había cerrado, y en el azul transparente del cielo aparecían poco á poco las estrellas..... Don Víctor dirigió por casualidad los ojos hacia arriba, y el firmamento estrellado se le mostró en todo su esplendor.

La expresión del rostro del anciano se obscureció más de lo que estaba; el aspecto de aquel hermosísimo cielo le era todavía más insoportable que las voces de los niños y las alegrías de Navidad: nunca le había podido mirar con indiferencia, como tantos le miran.....: antes al contrario, sentía dolor agudo en el corazón cuando fijaba su vista en la bóveda estrellada. ¿Pero qué alegría podían dar los astros, que embellecen la noche, á un hombre que no amaba la Pascua ni los niños, cuya existencia era tan egoista que temía descubrir algo bueno en su sér, y para evitarlo se rodeaba de la doble coraza del olvido y el orgullo? ¿Cómo había de extasiarse en los mundos desconocidos, que tan dulce lenguaje hablan al alma creyente?

La muerte no le inspiraba horror: acaso pensaba en ella con cierta satisfacción, porque esperaba reposo absoluto. Mucho le había costado en la edad madura desechar las ideas que acarició en la niñez y juventud, de que nuestra alma, una vez libre de las cadenas que la unen á la carne mortal, vive eternamente en una patria dichosa; pero si la indiferencia llegó con los años y las decepciones, nunca fué tan completa que no experimentara vago espanto cada vez que miraba hacia el cielo.

Furtivamente dirigió otra ojeada al espléndido panorama que tenía ante sí: ¿eran siempre lo mismo, ó brillaban las estrellas más que las viera brillar nunca?

Iba á echar las cortinas para evitar aquella contemplación, cuando oyó ruido de voces ahogadas en el piso de arriba.

Aproximóse más y escuchó.

En la ventana que correspondía sobre la suya distinguió asomadas tres cabezas de niños, rubia la una, otra de bucles castaños y la tercera negra como el ébano, que se inclinaban hacia afuera estrechándose para caber.

—Niño de Dios, amado Niño de Dios—decía uno cuya dulce vocecita temblaba de emoción;—dentro de catorce días será Pascua; ¿podemos ya decirte lo que deseamos que nos traigas?

Siguió una pausa de algunos momentos; luego el oradorcillo añadió con más ánimo:

—Para mí quiero un sable, pero no de madera, sino de hojalata, ¿oyes?; un casco con hermoso penacho de plumas blancas y una bandera española.

—Y yo—añadió una voz suave como el aura—quisiera una muñeca muy bonita y un bebé que dijera *papá* y *mamá*. También desearía que tuvieran sus camitas. ¿Me las traerás?

—Y yo—concluyó la voz tercera—quiero un caballo y un borrico de cartón.

—Y yo una caja de soldados de plomo.

—Y yo una cocina completa.

—Y yo un tambor, un ferrocarril y un rabel.....

—Y yo..... y yo.....

En este instante una exhalación cruzó el límpido firmamento, trazando una línea brillante.

—¡Ay, ay!—gritaron los tres á coro;—es el Niño de Dios que nos responde, el Niño de Dios que dice que sí.

El arquitecto golpeó con furia sobre la reja, y las criaturas se escondieron asustadas. Oyóse una voz de mujer que los reconvenía dulcemente; después cerróse la ventana, y todo quedó en silencio como antes.

II.

Don Víctor tiró con violencia de la campanilla que correspondía á las habitaciones ocupadas por el ama de llaves.

—¿Desde cuándo hay niños en mi casa?—gritó con voz de trueno al ver entrar á la sirvienta.—¿No tengo dada orden de que no se alquile á familia que los tenga, para no aguantar sus ruidos?

—¿Con que han hecho ruido?—interrogó la anciana desolada;—sin embargo, hasta ahora eran tan sosegados que no se advertía que estuvieran. No creáis que alquilé el piso con gusto sabiendo que los había—añadió para disculparse, viendo que el arquitecto daba claras señales de impaciencia;—pero agradó tanto á la señora, por la buena luz que tenía para trabajar (pinta en porcelana según creo), que no tuve cara para rehusar. Ella y su hermanita son tan amables, y rogaron con tal insistencia, que me fué imposible despedirlas; pero descuidad, les diré que no queréis niños. Y eso que para que no os incomoden les hago subir y bajar por la escalera falsa, y cuando están en casa andan siempre con zapatos de fieltro.

—¿Qué me importan ellos, ni sus zapatos de fieltro?—gritó Cisneros cada vez más furioso;—para Año Nuevo, ¿oís? para Año Nuevo que se muden..... ¡No quiero niños en mi casa!

—Se lo diré, señor, se lo diré..... ¡pero me da una lástima de la madre!—murmuró con timidez la anciana Brígida;—¡es tan pálida, tan bonita y tan humilde! Su marido ha muerto hace poco, y aunque española, puede considerarse extranjera en Madrid, porque viene de los Estados Unidos.

Iba á proseguir; pero el arquitecto gritó con cólera:

—¿Podré tener silencio en mi casa; sí ó no?

Brígida, asustada, inclinó la cabeza y salió con cuanta prisa le fué posible.

Don Víctor quedó solo; comprendía que obraba injustamente, y esto le irritaba más: verdad que hasta entonces los niños no le habían molestado: ¿pero estaba por ello obligado á sufrirlos? ¿Debía cambiar las resoluciones adoptadas sólo por atención á sus vecinas y las jeremiadas de Brígida? ¿No era dueño de mandar en el hogar que le pertenecía?

Indeciso y disgustado, se paseó un rato á lo largo del salón; después tomó el abrigo, el bastón y el sombrero y se dispuso á marchar, con intención de ir al Círculo, aunque fuese más temprano que otras veces. Mas antes debía dar una vuelta por las oficinas, donde siempre entraba con disgusto, pues las conversaciones ligeras y bromas de sus dependientes, frívolos como jóvenes, le desagradaban en sumo grado. Con todo, en esta ocasión no tuvo necesidad de bajar para acrecentar la cólera que sentía.

Apenas salió, presentóse motivo suficiente: la lámpara que alumbraba la escalera, brillante siempre, tenía entonces una luz opaca, y á su turbio resplandor vió desde la meseta, y como á la mitad de los escalones, una figura de mujer apoyada en la baranda, inclinándose hacia otra de hombre que en el piso inferior, y con la cabeza levantada, miraba con insistencia á la primera.

—Andrés—decía ésta en voz baja y armoniosa.—¿Cuántas veces he de deciros que no volváis á detenerme cuando vengo de mis lecciones de piano?

—Perdonadme, Matilde—respondió su interlocutor, en el que reconoció con asombro el arquitecto á uno de sus empleados, que sin duda había dejado tan de prisa el escritorio que llevaba descubierta la cabeza, la pluma detrás de la oreja y puestos los manguitos de percalina;—perdonadme, mas si pierdo semejante ocasión, ¿cómo hablaros?

—¿Me habéis visto venir?

—¡Ya lo creo! ¿no sabéis que mi sitio en la oficina es delante de la ventana?

—¡Yo te mudaré!—gruñó D. Víctor para sí.

—Estoy sumamente disgustada con vos.....

—¿Por qué, amada Matilde?

—Porque sois demasiado importuno y vais á dar motivo para que me critiquen: ¿no me seguisteis ayer cuando volvía de misa?

—¿Iba á dejaros sola?

—Mejor hubiera sido; ¿no voy sola á mis lecciones?

Cisneros hizo un movimiento de impaciencia que produjo ligero ruido, y los jóvenes miraron hacia arriba; pero el anciano se ocultó á tiempo, y nada pudieron percibir.

—¡Por Dios, Andrés, marchaos! si alguno viniera.....

—¿Y qué podían decir, que cambiamos algunas palabras? Eso no tiene nada de malo, os lo aseguro.....

—Sin embargo.....

—Matilde, una sola pregunta..... ¿me permitís presentarme á vuestra hermana y pedirle autorización para casarme con vos?

—Todavía no—repuso ella vivamente;—esperad á que esté colocada con seguridad en la fábrica de porcelana.....: la pobrecita lucha ahora con tantos disgustos, que sería cruel aumentárselos, imponiéndole nuevos cuidados. ¡Si supierais qué buena es y qué desgraciada! ¡Ojalá me fuera dado arrancar todos los abrojos que llenan los caminos de su vida! ¿Cómo queréis que piense en un porvenir de egoísta felicidad, después de los sacrificios que ha hecho para educarme? ¿He de abandonarla cuando empiezo á ayudarle?

—¿Y no podréis ayudarle más que ahora cuando seáis mi mujercita? ¿Ignoráis que tengo un sueldo fijo de doce mil reales y tiempo libre para aumentar esta suma con trabajos extraordinarios? ¡Cuánto puede hacerse viviendo con economía! Además, considerad que, al casarnos, vuestra familia va á ser también la mía, puesto que soy huérfano y solo en el mundo, y que un individuo más no puede causar demasiado trastorno.

—Os ruego de nuevo que esperéis.

—Esperaré, puesto que es vuestra voluntad.....; pero conste que tengo sobre el corazón que trabajéis, cuando podemos vivir felices y casi..... casi ricos.

Don Víctor sonrió con amargura al oir estos cálculos optimistas. ¡Rica con un sueldo de doce mil reales una familia que empezaba por seis individuos, sin contar los que el nuevo estado diera al joven matrimonio!

—Quisiera poder mostraros—continuó Andrés con animación—los encantadores proyectos de casas de campo que se dibujan en estos días. Las habitaciones pequeñas, los balcones con persianas verdes, los techos de tejas rojas y blancas..... todo parece hecho expresamente para nosotros..... Van á ser propiedad de nuestro jefe D. Víctor, que las arrendará á quien le acomode. ¿Qué os parece? Si propusiera á mi viejo lobo que nos dejara vivir gratis alguna de ellas, ¿creéis que accedería?

—Todo lo tomáis á broma, Andrés.

—¿Broma? No por Dios, hablo formalmente; para la primavera estarán secas las paredes y habitables las casas. ¿Sois de opinión que se lo diga?

—Ensayadlo si queréis.

—Para que me lo conceda voy á proponerle, si lo permitís, que el día de nuestra boda romperá el baile con vos.
—Sois un loco, Andrés.
—Pero os amo con toda mi alma.
—Mil gracias..... no me detengo más.
—Entonces hasta mañana.
—Hasta mañana, Andrés.

Don Víctor dió un paso atrás y entró en su habitación, entornando suavemente la puerta; dos minutos después vió pasar delante de él, para tomar la escalera del segundo piso, una esbelta figura envuelta en un capuchón de abrigo, que subía tarareando una cavatina.

Entretanto, Andrés cruzaba á largos pasos el dilatado zaguán y se dirigía á su oficina, para trazar concienzudamente las últimas líneas del bonito chalet que se proponía estrenar.

Bien ajeno se hallaba de sospechar la tempestad que había excitado, cuyos rayos debían en breve tronchar las flores de sus amorosas esperanzas.

III.

Habían pasado algunos días.

Al tiempo claro y frío sucedió una temperatura húmeda é insoportable: la blancura de la nieve en las calles estaba convertida en un lodo espeso, y corría un viento áspero en que se mezclaban la niebla y el agua. Envuelto el cuello en las pieles del abrigo, y caminando con cuanta prisa podía, el arquitecto marchaba por el paseo de Recoletos en dirección á su casa..... Irritado y nervioso, luchaba con el agua y el viento que le azotaban sin piedad, y contra los cuales el paraguas era completamente inútil. Volvía de un viaje de negocios un día antes de lo que pensó, sintiendo dolores reumáticos en la espalda, y sin haber podido encontrar coche cuando dejó el tranvía en la Puerta del Sol; motivos todos que, como se deja comprender, no eran los más á propósito para dulcificar su carácter: antes bien, concluía de excitarlo el pensar que era domingo, que Brígida, que no lo esperaba, acaso habría salido, y que iba á encontrar la chimenea apagada y la casa fría y obscura como para no poder entrar en ella.

HERMINIA D.

Continuará.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR.

Exclusivamente serán contestadas en este sitio las consultas que, sobre asuntos propios de las secciones del periódico, se sirvan dirigirnos las Señoras Subscriptoras á la edición de lujo y á la 2.ª edición, demostrando esta circunstancia con el envío de una faja del periódico, ó por cualquier otro medio.

Las consultas que se nos dirijan en *carta anónima*, ó que vengan firmadas por personas que no demuestren debidamente ser subscriptoras á las citadas ediciones, no serán contestadas.



11.—Delantero del abrigo largo para señoras.

Véase el dibujo 10.

Á EMILIA Y CARMENCITA.—Sería de muy buen efecto el traje del tejido de la muestra que me envía, que tiene en el fondo lunarcitos amarillos y blancos, si le pusiera como adorno la gasa color maíz. A la otra tela que tiene lunarcitos verdes y blancos le sentará muy bien la gasa verde agua ó rosa malva.

Los zapatos de raso y medias de seda harían bien del color de la gasa que adorna el traje.

Rodeando el cuello, cinta del color del traje. La *aigrette* que adorna el cabello, blanca ó rosa.

La cinta de ese número viene á tener cuatro centímetros y medio de ancho.

Á UNA CUBANA ADMIRADORA DE LA REINA REGENTE DE ESPAÑA.—No hay inconveniente ninguno en que use el agua á que se refiere para aclarar el color del cabello; pero antes le aconsejo se lave muy bien la cabeza, á fin de tenerle completamente limpio, empleando uno ó dos huevos ó jabón común y agua templada. Después se aclara bien con otra agua también templada, y mientras está húmedo se peina y se deja extendido hasta que esté completamente seco.

Creo que esta especialidad debe encontrarse en las principales casas de peluquería, en París. En Madrid se vende en casa de Pagés, Peligros, núm. 3. Su precio poco más ó menos, si mal no recuerdo, es de 8 á 10 pesetas frasco.

Doy á usted infinitas gracias por la simpatía que me demuestra, y tenga la seguridad de que mi mayor gusto es complacer en cuanto me es posible á las consultas que me dirigen nuestras amables suscriptoras.

Á LAS INSEPARABLES.—Traje claro, de todo vestir. Puede llevar ambas cosas: pero es algo más propio el sombrero, pues, dada la edad, le sentaría mejor.

La madrina debe regalarle una joya: brazalete, pendientes, broche ó sortija.

En efecto, deben dar una comida á los recién casados y á los padres de ambos cónyuges.

UNA EXTRANJERA.—No se ha publicado en España ningún buen tratado de lo que usted desea.

Todo tratamiento local que emplee usted en la afección de la piel de que me habla, será probablemente inútil. Puesto que le han asegurado á usted los médicos que es una afección nerviosa, únicamente podrá curarse con un tratamiento general, prescrito por una persona competente.

Hoy día, el ácido bórico se recomienda mucho para esas irritaciones, y da excelentes resultados. Pruebe usted á enjuagarse, alternando con el agua fenicada que usted usa, y si no le da resultado, ensaye la homeopatía, pues yo he visto curas de caries verdaderamente asombrosas.

Á RIEN.—Cada día están más en boga los portarretratos, tanto de mesa como de pared. Estos últimos por que me pregunta se hacen de telas antiguas ó imitación, y también de maderas claras, figurando en el primer caso carteras, bolsas, etc. En el segundo se hacen unas especies de *étagères* donde se colocan *bibelots*, y en la parte de abajo ó en la de arriba hay una tira de marcos donde se colocan retratos: todo este mueblecito es de la misma madera.

Los tocadores se visten con muselina ó encajes y viso de seda.

Á TRES HERMANAS.—Traje estilo sastre. Pañete ligero ó vicuña.

En Mayo ya no es propio sombrero de invierno; sin embargo, si es de castor y de forma adecuada para viaje, puede pasar.

Ese género se usa mucho. Corpiño-blusa de crespón acordeón. No quedará tan bien con forma Princesa; pero, si lo prefiere, puede ponerle las mangas y pechero de ese mismo crespón.

Á DOS AMIGAS ÍNTIMAS.—Si he de darle mi parecer francamente, debo decirle que el traje á que se refiere no es bonito para una niña tan pequeña, y además es muy molesto. Es de efecto en el escenario, pero nada más. Mucho más nuevo y lindo es el disfraz de colmena, cuyo modelo hallará en la fig. 5 del figurín iluminado del número pasado. La niña resultará monísima si la viste de este modo, guiándose completamente por la explicación del modelo, pues no tiene nada que variar.

El peinado más bonito que usan las niñas de esa edad para vestir, es un bucle hueco, hecho con los rizos de los lados, sujeto con un lazo-mariposa ancho, del color del traje, y lo demás del cabello suelto, ondulado por medio de trenzas ó recogido en tirabuzones gruesos.

DOS DE DICIEMBRE.—Debe usted visitar ó escribir á esa señora, según que viva en la misma población ó en otra, felicitándola, reiterándola su amistad y ofreciéndola también su casa.

Tomada nota de su deseo, y se procurará complacerla cuando sea posible.

Las chaquetitas interiores que dice, deben tener exactamente la forma de los chalecos de caballero, con cierre alto.

Á INÉS.—Siento no poder servirla esos números que le han perdido sus amigas, porque están agotados. Comprendo lo mucho que la contrariará que otras señoras disfruten lo que usted paga; pero en los pueblos se considera lícito lo que en las grandes poblaciones es de muy mal tono.

SRA. D.ª JOSEFA B. D.—Para hacer la *crema de kirsch* se toman 6 yemas de huevos muy frescos; se les echa 125 gramos de azúcar molida, y se baten bien. Luego se vierte por encima un decilitro de nata; se acerca al fuego muy lento, y se mueve sin cesar. Cuando la crema espese como la natilla, se retira del fuego, y estando todavía tibia se le echa un vasito de kirsch. Se mezcla moviéndola mucho. Puede servirse tibia ó fría, con puding, bizcocho, tarta, etc., etc.

Para hacer las *pastitas de Milán* por que me pregunta, se toman 250 gramos de manteca de vacas muy fresca, 250 de azúcar molida, 500 gramos de harina de flor, 4 huevos y la raspadura de la corteza de un limón. Se derrite la manteca al baño de María, echándola en seguida azúcar, luego los huevos uno por uno, sin dejar de trabajar la mezcla, y después se añade la harina, manipulando la pasta sobre una tabla hasta que esté bien fofa. Se extiende y se corta en pedacitos y figuras, medias lunas, estrellas, corazones, *trèfles*, etc., se ponen estas figuras sobre la tabla, sin acercarse las unas á las otras, se les da un baño de miel, un poco de agua y una yema de huevo desleída, y se meten en el horno á un calor regular. Cuando están en punto se sacan.

Las *pastitas de almendra de Milán* se hacen con arreglo á la misma receta, añadiendo á la pasta 125 gramos de almendras, mondadas y machacadas en un mortero con algunas gotitas de agua y una pequeña cantidad de azúcar molida.

Á UNA DISTINGUIDA SUBSCRIPTORA.—El minué, la gavota y la pavana están muy de moda y se bailarán con trajes de la época. Para el minué y la gavota se elegirán, según las indicaciones que usted dé, pues á la señora de la casa corresponde esto, los trajes Luis XIII, Luis XV ó Luis XVI. Para la pavana, danza noble, de origen español, se usa el traje Luis XIII. Es el más distinguido, favoreciendo tanto al caballero como á la señora que le sirve de pareja.

La chacona, música más propia para tocada que para bailada, está también de moda; antiguamente se bailaba la final de los lanceros. Se reemplaza en la actualidad por el cotillón.

Como todos los años, para los bailes de trajes se elegirá toda la serie de los históricos, con las variantes que un buen ingenio y gusto aconsejen á cada cual. Los disfraces extranjeros estarán en mayoría, sobresaliendo los que sean menos conocidos. Entre los usados en Rusia hay gran variedad de ellos muy originales, unos de corte y otros rústicos, señalándose entre éstos los de desposadas de los campesinos, de los que hay tantos como provincias. Son bonitos y están en moda los trajes de *Filandesas*, *Flamencas*, *Venecianas*, *Dogaresas* (éste tiene que elegirse por una señora ó señorita muy guapa y sumamente rubia, de ese rubio rojo que elegía Ticiano para sus figuras, cuya aureola formaba hermosas cabezas de patricias).

El estilo Luis XV es muy gracioso, y conviene mejor á los trajes de niños que de niñas. Para éstos también se elegirán los trajes de *Marqués*, *Abate de corte*, y los bonitos trajes militares recordando el Directorio y *Mme. Sans-Gêne*.

Para disfraces de *bebés* son bonitos tipos los trajes de *Lechera campesina*, con caperucita encarnada, con su galleta y su tarrito de manteca: la *Desposada normanda* ó *bretona; Peau d'âne* (tomado de un cuento de hadas). Este traje es precioso: se ejecuta muy brillante y bonito con la piel de asno por capa, la cabeza formando peinado.

Están también muy de moda para los *bebés* los trajes formando flor, blue, margarita, lis, rosa de Navidad ó espumosa. Las morenitas estarán muy bien de amapola.

Á FLOR DE INVIERNO.—Ya habrá usted leído en nuestro número del 6 Enero la contestación á sus preguntas anteriores. Hoy puedo añadirle que, para evitar la caída del cabello, he oído elogiar mucho un preparado que se llama «Petróleo Halm». Se vende en Madrid en la perfumería de Urquiola, Mayor, 1.

La mayor edad, tanto para las hembras como para los varones, empieza á los veintitrés años.

Á UNA GADITANA.—Los tejidos de seda preferidos para las *toilettes* de baile de las jovencitas son: el raso liso ó glaseado, nombrado Victoriosa, la Cesariana (seda *côtelée*) y la Mazarina (faya *glacé*).



12 y 13.—Deshabillé Olga. Delantero y espalda.

14.—Manga para vestido de calle.

17.—Sombrero de fieltro negro.

18.—Traje para niñas de 5 años.

15.—Abrigo de terciopelo del Ncrte adornado con pieles.

16.—Collet de terciopelo guarnecido de plumas.

19.—Paletó para niños de 5 á 8 años.

Casi todas las faldas de estos trajes se guarnecen en la parte inferior. Las unas con diez gruesos *choux* de muselina de seda, repartidos de distancia en distancia todo alrededor del borde; en algún caso estos *choux* se reemplazan por lazos hechos de terciopelo en cinta ó en bies. La cinta de raso ya casi no se usa. También están muy de moda los grandes volantes de tul, de veinte centímetros de ancho, plegados en forma de acordeón.

Los cuerpos forman pico, escotados en redondo, ó con cintura, muy fruncidos y abiertos en cuadro. Se guarnecen de volantes, fichús, bertas sujetas con grandes lazos, ó bullones de muselina de seda entremezclados de lazos de cinta ó grupitos de flores.

A Pepita.—Para limpiar la lana y el merino negro se pone á cocer en dos litros de agua un puñado de hojas de higuera. Se deja reducir el cocimiento á la mitad, y cuando está bien caliente se empapa en él una esponja y se frotan con ella las manchas del merino ó la lanilla negra, por el derecho y por el revés. El resultado es inmediato.

A una Aficionada al arte culinario.—La langosta á la americana se hace lo mismo con la langosta natural que con la langosta en lata.

Hé aquí la receta de la salsa:

Se toma una zanahoria y se corta en ruedas, así como también una cebolla; se rehoga en manteca, á fuego lento, hasta que tome color, y entonces se vierte una taza de *consommé* y un vaso de buen vino blanco. Luego se añade un diente de ajo, algunas especias, y un grueso ramillete surtido (compuesto de perejil, laurel, tomillo, estragón, perifollo, etc.); se pone á cocer todo á fuego lento hásta que la salsa se reduzca á la mitad; se pasa por tamiz y se vuelve á acercar al fuego hasta obtener otra reducción igual á la primera, y entonces se añaden dos cucharadas grandes de puré de tomate, un trozo de gelatina de sustancia de carne, un poco de azafrán y pimentón picante. Luego se espesa esta salsa añadiéndola un poco de harina tostada, pero dejándola algo clara. Consérvase muy caliente hasta el momento de servirse, en el cual debe estar de un bonito color amarillo-rojizo y un poco espesa, pero transparente y bastante picante.

La langosta fresca se escoge viva y se corta en ocho ó diez pedazos; se pone á rehogar en una cacerola plana con aceite fino ó manteca fresca clarificada. Cuando está casi cocida se le quita grasa, si se cree que tiene demasiada, vertiendo sobre ella un vasito de buen *cognac*. Se prende fuego á éste, y cuando ha dejado de arder se guarnece la fuente con tostadas de pan frito preparadas de antemano. La salsa de que acabo de dar á usted la receta se vierte hirviendo sobre la langosta. A dicha salsa puede mezclarse la parte blanda interior de la langosta.

Adela P.

EXPLICACIÓN DEL FIGURÍN ILUMINADO.

Núm. 4.

Corresponde á las Sras. Subscriptoras de la edición de lujo.

Dominó de fantasía.—Se compone de un cuerpo de pelliza en forma de campana, de raso blanco, que lleva por encima un *collet* corto de la misma tela. En el borde inferior de la pelliza va una incrustación de guipur antiguo, con rosas grandes salpicadas en el mismo borde sobre el guipur, y en el lado derecho del delantero, así como alrededor del *collet*.—Tocado de raso color de rosa formando una especie de lazo enorme y dos *aigrettes* de plumas negras. Un volante de encaje blanco, que completa el tocado, cae por detrás de la cabeza y cubre el semblante. En el cuello, corbata de raso color de rosa, cerrada con un lazo voluminoso. El dominó va forrado de raso color de rosa.

Tela necesaria: 12 metros de raso blanco, y 12 metros de raso color de rosa para forro.

EXPLICACIÓN DE LOS GRABADOS Y DIBUJOS PARA BORDADOS

CONTENIDOS EN LA HOJA-SUPLEMENTO.

Corresponde á las Sras. Subscriptoras de la edición de lujo y á las de la 2.ª edición.

Camisas para niñas de diferentes edades. Núms. 1, 8, 10, 11, 14, 15 y 18.

Núm. 1. *Camisa de lienzo fino, adornada con entredós de bordado y encaje de Valenciennes, para niñas.*—Esta camisa, que es de lienzo muy fino, va adornada con un entredós muy estrecho de bordado y un encaje de Valenciennes, también muy estrecho. La espalda, lisa y más estrecha que el delantero, va escotada en redondo, al paso que el escote del delantero es cuadrado. El vuelo de este delantero va sujeto con dos cintitas pasadas por unos ojales y anudadas á cada lado.

Núm. 8. *Camisa de batista para niñas de 8 á 12 años.*—Es de batista de hilo y va fruncida por delante alrededor del canesú, cortado en redondo. La tela va puesta al hilo en medio, y en la espalda alrededor de una tirita doble de uno y medio centímetro de ancho, cortada también en redondo. El canesú y la tirita van añadidos al cuerpo de la camisa con un pespunte hecho á mano y forrados de batista. Las mangas, muy cortas, van añadidas también con un pespunte. Se hacen después los puntos de espina indicados en el dibujo, en el canesú, en la tirita de la espalda, en las sisas y en el borde de las mangas, atravesando las dos telas, cuando haya lugar. El encaje estrecho de Valenciennes irá puesto en último término.

Núm. 10. *Camisa para niñas de 6 á 10 años.*—Este modelo es de hilo fino, con espalda tan ancha como el delantero, y va montado sobre un bies estrecho y guarnecido por delante con una puntilla, con un canesú redondo formado de pliegues de lencería, y, finalmente, con un bordado inglés, que se continúa en la espalda.

Como el canesú sólo existe por delante, habrá que tener cuidado de escotar el delantero de la camisa más que la espalda. Este canesú se corta en redondo, poniendo la tela al sesgo y repartiéndola en cinco plieguecitos de lencería, que se hilvanarán primero y se coserán después con puntadas finas.—Se puede simplificar esta camisa haciendo la espalda sin fruncidos, y reemplazando los pliegues de lencería del canesú con puntos de fantasía iguales á los que adornan el modelo que sigue.

Núm. 11. *Camisa de lienzo fino, guarnecida con puntos de espina, para niñas pequeñas.*—Esta camisa es de estilo *inglés*, muy á la moda para la ropa blanca de niñas. Es de lienzo fino, con espalda igual al delantero, y va guarnecida con puntos de espina dobles. Las hombreras van añadidas, y las solapas se hacen con la tela doblada y vuelta sobre sí misma.

Núm. 14. *Camisa de batista para niñas de 8 á 11 años.*—Es de batista, y va montada con fruncidos sobre un canesú cortado y adornado con calados dispuestos como indica el dibujo. Este canesú se prolonga y se abre en punta por delante, y va adornado con un encaje de Valenciennes: la abertura de delante se cierra con una cinta estrecha pasada por dos presillas redondas hechas á cada lado de la abertura.

Núm. 15. *Camisa para niñas de 10 á 12 años.*—Se hace esta camisa de holanda y se la adorna con un entredós estrecho de bordado inglés y una imitación de Valenciennes. La espalda y el delantero son lisos y van hechos de una sola pieza, es decir, sin ninguna costura en el hombro; para la cual se dobla la tela en medio, se la remete ligeramente para formar el escote, y se cortan las sisas y los lados de la camisa. Las solapas no van añadidas, sino formadas por el delantero mismo, escotado á cada lado en forma de corazón y doblado después sobre sí mismo. La espalda, el delantero y las sisas terminan en un *dobladillo enrollado*. Se fija después el entredós de bordado, que guarnece las solapas y el encaje. Las cintas estrechas de los hombros son á capricho.

Núm. 18. *Camisa de batista bordada para niñas de 4 á 7 años.*—Este modelo, de batista muy fina, es de forma lisa, escotada en redondo por detrás y en forma de corazón por delante, y abrochada en el hombro. Va adornado con una guirnalda bordada, festoneada en sus bordes y terminada en un encaje estrecho de Valenciennes.

Babero con bordado Colbert.—Núm. 2.

Se hace este babero de batista cruda, y se le adorna á todo el rededor con un bordado Colbert, el cual se ejecuta con arreglo á las indicaciones del dibujo. Se guarnece el interior del babero con un punto de espina hecho con seda encarnada.

Camisa de vestir y camisa de dormir.—Núms. 3 y 4.

Núm. 3. Esta camisa se hace de batista blanca, va escotada en cuadro y rodeada con un entredós de encaje, por el cual va pasada una cinta cometa anudada por delante. Dos volantes fruncidos por delante van adornados con un encaje. Serie de pliegues de lencería en la cintura.

Núm. 4. Camisa de dormir, de batista blanca, escotada en punta con entredós de encaje *torchon*. Todo el delantero se hace de entredoses de encaje *torchon*, terminado en un volante con plieguecitos de lencería y encaje. Berta hecha del mismo modo. Manga recta, estrechada con un puño puntiagudo rodeado de un volante. Lazos de cinta por encima del puño y en el pecho.

Camisa de vestir y camisa de dormir.—Núms. 5 y 6.

Núm. 5. Esta camisa se hace de nansuc; escote ancho, rodeado de un tableado fino y ribeteado de un encaje. Grupos de pliegues en el pecho. Lazos de cinta en los hombros.

Núm. 6. Esta camisa de dormir es de nansuc; la pechera, plegada, va alternada con volantes estrechos plegados ribeteados de un encaje. Cuello recto, plegado, adornado con un volante que forma gola recogida con lazos. Manga con carteras plegadas, apuntadas con un lazo.

Babero de batista.—Núm. 7.

Se hace este babero de batista blanca: se le forra de seda, y se le rodea de un entredós de encaje y de un volante bordado.

Pantalón para señoras.—Núm. 9.

Este pantalón es de batista blanca y nansuc. Liga alta, redondeada en el lado, bajo un lazo de cinta. Volante de nansuc plegado, ribeteado de un encaje.

Camisa de dormir de franela para niños pequeños. Núm. 12.

El delantero va dispuesto en plieguecitos de lencería, fijados en forma de pechera. Cuello valona festoneado, así como las mangas.

Camisa de vestir para señoras.—Núm. 13.

Esta camisa va adornada con un escote festoneado y una guirnalda bordada.

Pantalón para señoras.—Núm. 16.

Este pantalón se hace de percal fino blanco; la parte inferior va estrechada con jaretas y terminada en un volante de encaje. Lacito de encaje puesto en el lado.

Capota para niños pequeños.—Núm. 17.

Se hace esta capota de seda crema. El fondo va ajaretado sobre otro fondo de encaje. Borde de encaje y lazos de cinta crema brochada.

Pantalón para señoras.—Núm. 19.

Pantalón de batista de algodón, adornado con un volante guarnecido de cinta y encaje.

Cunas Moisés.—Núms. 20, 22 y 24.

Todas nuestras lectoras saben lo que se entiende por *cuna Moisés*. Es una cunita portátil, revestida con más ó menos lujo, de tul ó de muselina sobre un viso de seda ó de satinete.

Esta cunita se halla destinada á recibir al recién nacido hasta la edad de cuatro, cinco ó seis meses.—Se pone la cuna Moisés sobre una mesa, sobre una cama ó un canapé, y se la puede transportar fácilmente al jardín, ó á la playa cuando se está á orillas del mar.

Esta cuna tiene además otra ventaja muy importante: la de evitar que el niño—sobre todo en las primeras semanas—esté expuesto á los inconvenientes de ir en brazos de personas más ó menos diestras, como niñeras ó nodrizas rústicas.

Los tres modelos que reproducimos hoy son muy elegantes, pero en resumen se reducen á un modelo único, que vamos á describir:

Para hacer una *cuna Moisés* hay que procurarse primero una cunita especial, de mimbre ligero, con capota movible compuesta de tres arcos. El dibujo núm. 22 muestra claramente la forma de esta cuna. La forma que representa el dibujo 20, con fondo redondo, permite mecer al niño; pero tiene el gran inconveniente de no presentar ningún equilibrio, y por consecuencia de rodar fácilmente.

Es verdad que se puede poner la cuna sobre unos pies en forma de X, como el dibujo núm. 22. El modelo más corriente tiene 70 centímetros de largo. La parte interior y el borde trenzado deberán ir enteramente cubiertos, en primer lugar, de *muletón de algodón*.

Se tomará, pues, un metro 30 centímetros de muletón de algodón de un metro 30 de ancho. Se cortará de cartón el patrón del fondo de la cuna, y se aplicará este patrón en medio de la tela. El círculo que queda á todo el rededor servirá para guarnecer el contorno de la cuna. Así preparados el fondo y el contorno de la cuna, se fijarán en el interior de ésta con puntos que atraviesen el mimbre de una manera casi invisible, empleando una aguja de tapicería.

Hecho esto, se aplicará sobre el borde una tira doble de muletón, y se doblará esta tira bajo el borde de mimbre, fijándola de parte á parte con puntos poco aparentes.

La colocación de las guarniciones será mucho más fácil que la del muletón. Se preparará primero un fondo de satinete ó de seda, *surah*, tafetán, etc., y se la aplicará sobre el muletón. Después se pondrá á todo el rededor de los bordes de la cuna, por el interior, una tira de la misma tela, que se fruncirá ligeramente en las esquinas, por abajo, es decir, en su unión con el fondo. Se guarnecerá también el borde con una tira doble de la misma tela, dispuesta como la de muletón; hecho lo cual se dispondrá del mismo la tela trasparente que se haya elegido, muselina lisa ó de lunares, tul punto de espíritu, muselina de Escocia, etc., frunciéndola ligeramente como en los modelos 20 y 24. La capota se guarnecerá según indican los dibujos 20, 22 y 24. Se pondrá por delante, en el borde de la capota, un volante de 8 á 10 centímetros de ancho, de tela puesta doble ó de encaje ligeramente fruncido, se coserá la cinta que mantiene la capota y se fijará, para cubrir las puntadas, un lazo de cinta ancha.

En el borde de la cuna se pondrá un volante de 20 centímetros de alto, con una cabecita fruncida. (Véanse los dibujos 20 y 24.) Se podrá sustituir este volante por un encaje ancho. En la extremidad de la cinta que mantiene la capota se hará un ojal y se pegará un botón de nácar en el borde de la cuna, cuyo botón irá disimulado por un lazo ó una rosácea de cinta.

El colchoncito va hecho de dos pedazos de dril ovalados, de las dimensiones de la cuna, y se les reune por medio de una tira circular al hilo, de 10 á 12 centímetros de ancho, que forma los lados del colchoncito. Las costuras irán ribeteadas *á caballo* con una cinta de algodón. El colchón irá relleno de crin ó de hojas de avena. Una almohada plana, redonda en lo alto y rellena también de crin ó de hojas de avena; unas sábanas dobladilladas y bordadas con la palabra *Bebé* al plumetis, y un cubrepiés de raso pespunteado (véase el dibujo 20) completarán esta linda *cuna Moisés*.

Enagua de batista.—Núm. 21.

Esta enagua es de batista de algodón, va guarnecida de un volante fruncido, adornado con tres pliegues y un encaje de Valenciennes, de 5 centímetros de alto.

Camisa de vestir para señoras.—Núm. 23.

Esta camisa es de batista, y va guarnecida de un canesú formado de entredoses de bordado y de encaje de Valenciennes.

LA VICTORIA DEL TENIENTE.

Nuestros valientes soldados españoles, y también los soldados de otras naciones, tienen que batirse con un enemigo cuyas hostilidades nunca cesan. Jamás pide armisticio, ni tampoco lo concede. Aun cuando no exista guerra pública, este implacable enemigo continúa quitando la vida á los bizarros soldados en muchas partes del mundo. Conquistarlo es un problema más difícil que batir enemigos con rifles y sables en sus manos. Debilita más las filas de lo que los mismos enemigos pudieran hacerlo. Su nombre es *enfermedad*. Pregunten ustedes al cirujano militar que ustedes conozcan si no es ésta la pura verdad.

Por trece años completos el señor teniente Ildefonso Navarro Valenzuela hizo frente á este gran enemigo en Cuba. La vida de campaña estaba invadida con la enfermedad que quebrantó la salud de Valenzuela. Sufría terriblemente de indigestión, cuyos síntomas eran dolores de estómago, intestinos y de cabeza, náuseas, y además una caterva de cosas desagradables. La señora Valenzuela acompañó á su marido á Cuba. También ella cayó enferma.

Su amigo D. Juan de Dios Vilchez, vecino del núm. 84, calle de la Alhóndiga, Vélez-Málaga, no hubiera descubierto nunca con lo que se habían curado si no hubiera visitado un día al teniente Valenzuela en la Escuela de infantería de reserva de esa ciudad.

«Me quejaba—dice el Sr. Vilchez—de dolores agudos de estómago y de cabeza. Me hizo algunas preguntas, y supo por mis contestaciones que estaba sufriendo de su misma antigua enfermedad: indigestión. Me aconsejó que tomase el Jarabe curativo de la Madre Seigel, que le fué recomendado á él por D. Francisco Baeza, de esta ciudad. Aproveché su consejo, y cuando concluí la segunda botella empecé á sentir mejoría, y ahora, si por acaso me siento mal, recurro al Jarabe curativo de la Madre Seigel, y al momento me restablezco. Luego que me encuentro bien, dejo de tomar el Jarabe; pero siempre conservo una ó dos botellas á la mano, con el fin de tomarlo en caso de necesidad. Mi amigo Valenzuela tomó algunas botellas, recuperando completamente su salud, lo mismo que su esposa. Ambos dicen que se encontraron mucho mejores inmediatamente después de tomar el Jarabe.

»Tal fe tenemos todos en su medicina, que hasta los hijos de mis amigos, que tienen de tres á cuatro años de edad, lo piden después de la comida como si fuera un postre. Estos niños están creciendo sanos y de buen semblante, no habiendo tenido ninguna de esas enfermedades con las que generalmente son atacados en su infancia. Compramos el Jarabe al Sr. Enrique Laza Lafuente, cuya botica está en la calle de San Francisco. (Firmado): Juan de Dios Vilchez. 31 de Mayo 1894.»

Aquel gran enemigo del cual acabamos de hablar, no limita sus importunas atenciones á los soldados. Como nos hace ver, el caso del Sr. Vilchez es peligroso á los hombres de vida pacífica y nunca es más peligroso que cuando toma la forma de indigestión. Imagínese cuánto sufriría un ejército cuando le falta las provisiones, al punto de que los soldados no tengan nada que comer. La indigestión detiene el nutrimento del cuerpo. Es verdad que el paciente traga el alimento, pero este alimento, en lugar de digerirse y convertirse en nutrimento, puramente se corrompe en el estómago y se convierte en veneno.

El señor teniente Valenzuela y su esposa, y miles de otros en nuestro país, se han curado con el Jarabe curativo de la Madre Seigel, pues este remedio maravilloso ayuda el sistema para librarse del veneno. En seguida el estómago continúa su trabajo, y el alimento ejecuta su propio objeto de conservar á la gente fuerte y bien.

Si el lector se dirige á los Sres. A. J. White, Limitado, 155, calle de Caspe, Barcelona, tendrán mucho gusto en enviarle gratuitamente un folleto ilustrado que explica las propiedades de este remedio.

El Jarabe curativo de la Madre Seigel está de venta en todas las farmacias, droguerías y expendedurías de medicinas del mundo. Precio del frasco, 14 reales; frasquito, 8 reales.

MADRID.—Establecimiento tipolitográfico «Sucesores de Rivadeneyra»,

6 de Febrero de 1896

LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA

Alcala 23 _ MADRID



LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA

6 de Febrero de 1896. Alcalá 23 — MADRID Nº 5 (Extraordinario)



LA MODA ELEGANTE

PERIÓDICO ESPECIAL DE SEÑORAS Y SEÑORITAS, INDISPENSABLE EN TODA CASA DE FAMILIA

Administración: Alcalá, 23 Madrid. | **Madrid, 6 de Febrero de 1896.** | **Año LV.—Núm. 5.**

SUMARIO.

REVISTA PARISIENSE.

SUMARIO.

Influencia de las ceremonias nupciales en la moda. — Un casamiento aristocrático. — Transformación de las mangas. — Detalles de interés. — Convites y recepciones. — Dos modelos. — Los «viernes» del teatro de la Opera. — Varios trajes de teatro. — Una salida de baile y teatro. — Trajes infantiles. — El vestido americano. — Un examen de bicicleta. — Ver y no oir. — Explicación geográfica.

No hay acontecimientos mundanos que den materia más abundante á un revistero de modas como las ceremonias nupciales. Y, en efecto, para esta clase de ceremonias, las modistas de fama emplean los tesoros de su imaginación, y tienen casi siempre ocurrencias felices. Un casamiento podría definirse del siguiente modo: un torneo de lindos trajes entre luces y flores.

La semana pasada celebráronse en París varios casamientos brillantísimos, entre otros el de mademoiselle de Haussonville, hija del Conde y de la Condesa de Haussonville, con el Marqués de Bonneval. Los trajes de la comitiva eran deliciosos. El estilo Luis XV dominaba, y las mangas, mucho menos exageradas que hasta ahora, marcaban una tendencia muy acentuada hacia la manga lisa. No hay duda que nos encaminamos á la manga lisa y ajustada ó semiajustada, á pesar de las protestas de algunas «conservadoras», y yo sería de este numero si sólo atendiese á mi gusto personal.

El vestido de la desposada era encantador: vestido de raso blanco, con larga cola guarnecida de muselina de seda y de festones de flores de azahar. El velo, de punto de Inglaterra de un gran precio, acompañaba á la cola y envolvía todo el traje, completando así la suave poesía del vestido nupcial.

°°°

Mis lectoras me agradecerán, sin duda, que les dé los detalles de un traje de desposada. Los bajos son de un refinamiento y de una elegancia sin precedente. En primer lugar, las prendas interiores, de batista muy fina, van generalmente adornadas con verdaderos encajes de Valenciennes ó bordados. El corsé y la primera enagua son ambos de raso liso ó de raso orquídea, especie de brochado de un blanco luminoso sobre fondo de nieve. La enagua se guarnece con encajes ó volantes de muselina de seda ribeteados de una ligera tirita de *marabout*. En cuanto á la segunda enagua, que algunas llaman falda de debajo, se la hace de moaré blanco ó brochado blanco. Sus adornos más lujosos consisten generalmente en preciosos encajes: encaje de Inglaterra, de Malinas ó de Alenzón, prendidos con rosáceas de raso blanco.

Las medias de seda llevan aplicaciones de encaje. Los zapatos, de raso blanco, se bordan algunas veces de perlas ó se adornan con rosáceas de raso blanco ó ramitos de flores de azahar.

Dos palabras sobre el tocado. El velo de encaje tiende á reemplazar el clásico velo de tul. Se le pone de diferentes



1. — Traje de soirée.

modos: á la *Doña Sol*, lo cual es muy gracioso y sienta perfectamente; á la moda de *desposada de aldea*, es decir, colocado hacia atrás, bajo una corona de flores emblemáticas, ó á la *judía*, puesto sobre la diadema ó la corona de flores de azahar, cubriendo un poco el semblante y envolviendo casi completamente el vestido. Se llevarán muy pocas alhajas, ó de preferencia ninguna; se exceptúan unas perlas finas en las orejas.

°°°

Los casamientos del gran mundo, como el que he citado más arriba, no tan sólo dan lugar á solemnes ceremonias religiosas, sino que son un pretexto para dar convites y recepciones, á propósito de los cuales se hacen gastos de elegancia.

Los trajes que se llevan en las circunstancias á que me refiero no se diferencian de los trajes de teatro. Hé aquí dos deliciosos modelos de cuerpos de vestido que podrán servir indistintamente para convite, para teatro ó para recibir.

El primero (croquis núm. 1), hecho de muselina blanca enteramente plegada sobre un viso de tafetán blanco, va rodeado en el talle de un cinturón de raso color turquesa con un lazo. Dos volantes de encaje caen sobre las mangas, y el escote redondo va ribeteado de un rizadito de tul. Un ramo de rosas va prendido en el lado derecho del cuerpo. Collar alto, compuesto de varias hileras de perlas y diamantes.—Sombrero de tul blanco y negro con *aigrette*.

El segundo (croquis núm. 2), en forma de frac, es de tafetán color de rosa bordado de negro y blanco. La aldeta va ondulada elegantemente en las caderas, y dos volantes de encaje antiguo, ligeramente fruncidos, guarnecen lo alto de las mangas, que son muy anchas de arriba y van estrechándose desde el codo, terminando en un puño de encaje. Una corbata voluminosa de encaje, anudada por delante, es el único adorno de este cuerpo, cuyo nudo va fijado en la cintura con dos hebillas pasadas por una cinta de terciopelo ne-



Num. 1.

gro.—En la cabeza, un adorno de tul negro y tul blanco, coronado de una *aigrette*.

°°°

Decía al principio de esta crónica que no había acontecimiento mundano que ofreciese materia más abundante á los revisteros de la moda que los casamientos aristocráticos. Debo añadir que los *viernes* del teatro de la Opera les proporcionan también numerosos modelos.

El viernes de la semana pasada noté varios trajes dignos de describirse: Vestido de terciopelo color de rosa con reflejos plateados; cuerpo enteramente bordado de brillantes; cintura de raso color de rosa, y diadema de brillantes en los cabellos.

Traje de raso color de malva. Cuerpo de raso sujeto con unas hombreras formadas por dos cadenas de diamantes. Manga de tul blanco y drapeado color de malva.

Sobre una falda de raso amarillo, guarnecida en las costuras con encajes *Tom Pouce*, cuerpo de terciopelo tornasolado azul pálido y amarillo, formando faldones de frac y adornado con un fichú María Antonieta de encaje amarillento. Mangas ajustadas de encaje, terminadas en el codo con un volante de muselina de seda. Tocado de perlas y diamantes.

En la misma *soirée* tuve ocasión de admirar la salida de baile y teatro que reproduce perfectamente nuestro dibujo núm. 3. Este abrigo, enteramente forrado de piel blanca del Thibet, era de raso azul muy pálido con reflejos de ópalo. Un volante ancho de la misma tela lo adornaba á todo el rededor, y por detrás, siguiendo la línea de la espalda, iba una guarnición de encaje en forma de conchas. La bella Condesa de B..., que llevaba esta elegantísima salida de baile, lucía un vestido de terciopelo negro, muy escotado, sin ningún adorno, sujeto en los hombros con barretas de diamantes.

°°°

Antes de terminar esta Revista diré algo de los trajes de niñas, de quienes hace tiempo no me he ocupado. No qui-



Núm. 2.

siera que las mamás se quejasen de que las he echado en olvido.

El traje infantil pasa, como los de las personas mayores, por variaciones importantes.

Las faldas de las niñas, sesgadas algunas veces como las nuestras, caen por lo general enteramente rectas sobre una enagua de seda del mismo color de la tela del vestido.

El cuerpo preferido continúa siendo el cuerpo-blusa. Es el que más les conviene. Se le adorna de mil modos, principalmente con berta ó con canesú de guipur moreno, lo cual sienta admirablemente á los rostros juveniles.

Respecto al vestido americano, hay que confesar que su reinado declina de una manera notable. Sin embargo, se ven todavía algunos y muy lindos..... Si este vestido no es cómodo para las niñas, cuyos movimientos estorba, tiene en su favor cierta originalidad.....

El que reproduce nuestro croquis núm. 4 es de terciopelo cachemira. Un pliegue ancho, sujeto por debajo del canesú, de guipur blanco con dos botones gruesos, va ensanchándose por abajo. La manga forma en lo alto unos pliegues huecos. Collar de ámbar.

°°°

La bicicleta en el colegio:

EL PROFESOR.—¿Quién de ustedes monta en bicicleta?

UN ALUMNO.—Yo, señor profesor.

EL PROFESOR.—¿Y cuánto corre usted por hora?

EL ALUMNO.—Unos 17 kilómetros.

EL PROFESOR.—Muy bien. ¿Cuánto tiempo necesitaría para ir desde aquí hasta la Luna, la cual dista de nosotros 384.000 kilómetros?



Núm. 3.

EL ALUMNO.—Yo no sé, señor profesor..... Eso dependería del estado de los caminos.

Un campesino recibe carta de su hijo.

Como no sabe leer, va en busca del maestro de escuela y le dice:

—Señor maestro, aquí le traigo una carta de Atanasio. Va usted hacerme el favor de leérmela en alta voz, pero tapándose los oídos á fin de que yo sólo pueda entenderla.

Explicación geográfica:

—Papá, ¿por qué el mar Rojo se llama mar Rojo?

El padre, impacientado:

—A causa del color de las langostas que abundan en él.

V. DE CASTELFIDO.

París, 2 de Febrero de 1896.

EXPLICACIÓN DE LOS GRABADOS.

Traje de soirée.—Núm. I.

Vestido de raso Duquesa azul turquesa. Cuerpo de raso, cubierto de una blusa formada de cintas de raso negro bordadas de pedrería de color y guirnaldas de cuentas y cabochones. Mangas de terciopelo *miroir* azul turquesa. Guarnición de plumas negras formando solapas, y hombreras en lo alto del cuerpo escotado. Cinturón de raso negro. Falda de raso azul. Las mangas, adornadas con lazos por encima del codo, van abiertas de arriba abajo, dejando ver la parte superior del brazo.



Núm. 4.

Camisolín, puños, pantalón y bota de amazona, ligas, medias de caza y botín para señoras.—Núms. 2 á 8.

Para la explicación y patrones, véase el núm. I, figs. 1 á 3, y núm. II, figs. 19 y 20, de la *Hoja-Suplemento* al presente número.

Abrigo de viaje.—Núms. 9 y 10.

Véase la explicación en el *anverso* de la *Hoja-Suplemento*.

Capa para señoras.—Núm. II.

Para la explicación y patrones, véase el núm. XII, figuras 85 á 87 de la *Hoja-Suplemento*.

Traje de amazona con falda abrochada.—Núm. 12.

Para la explicación y patrones, véase el núm. I, figs. 1 á 18 de la *Hoja-Suplemento*.

Traje de amazona con rodilla marcada.—Núm. 13.

Para la explicación y patrones, véase el núm. VII, figs. 45 á 49 de la *Hoja-Suplemento*.

Blusa de seda Liberty.—Núm. 14.

Véase la explicación en el *anverso* de la *Hoja-Suplemento*.

Traje de visita para señoras jóvenes.—Núm. 15.

Falda y cuerpo de piel de seda camaleón, azul y verde. Delantero del cuerpo y hombreras de terciopelo azul pintado y de seda brochada de plumas de pavo real. Cinturón de raso Liberty verde Mayo.

Tela necesaria: 14 metros de seda; un metro de terciopelo, y 70 centímetros de raso.

Vestido de casa para señoras.—Núm. 16.

Es de vicuña color de azufre. El delantero se compone de pliegues echados, que van guarnecidos con un guipur estrecho. En el centro, tira ancha de bengalina color de azufre, con tres rosáceas de guipur amarillento. Cuello plegado, y cinturón de terciopelo color de berengena.

Tela necesaria: 7 metros de vicuña; 40 centímetros de bengalina, y 2 metros de cinta de terciopelo núm. 22.

Vestido de casa para señoras.—Núms. 17 y 18.

Este vestido es de lana azul claro, con pliegue ancho en medio, de arriba abajo, y canesú de terciopelo inglés azul obscuro. Un volante de raso Liberty azul claro rodea el canesú de terciopelo. Cuello plegado y cinturón del mismo terciopelo.

Tela necesaria: 7 metros de lana, de un metro 20 centímetros de ancho; 2 metros de raso Liberty, y 80 centímetros de terciopelo.

Vestido para niñas de 12 á 4 años.—Núm. 19.

Es de lana azul húsar. El cuello y el cinturón son de terciopelo negro. Botones de cuero.

Tela necesaria para niñas de 14 años: 6 metros de lana y 60 centímetros de terciopelo.



2 á 8.—Camisolín, puños, pantalón y bota de amazona, ligas, medias de caza y botín para señora.
Explic. y pat., núm. I, figs. 1 á 3, y núm. II, figs. 19 y 20 de la Hoja-Suplemento.



9 y 10.—Abrigo de viaje. Delantero y espalda.
Explicación en el anverso de la Hoja-Suplemento



11.—Capa para señoras.
Explic. y pat., núm. XII, figs. 85 á 87 de la Hoja-Suplemento.

12.—Traje de amazona con falda abrochada.
VÉASE EL DIBUJO 5.
Explic. y pat., núm. I, figs. 1 á 18 de la Hoja-Suplemento.

13.—Traje de amazona con rodilla marcada.
Explic. y pat., núm. VII, figs. 45 á 49 de la Hoja-Suplemento.

Vestido para niñas de 12 á 14 años.—Núm. 20.

Se hace este vestido de lana color de cigarrón, y se le guarnece con un canesú de terciopelo escocés oro y azul. Las mangas son del mismo terciopelo.

Tela necesaria para niñas de 12 años: 4 metros 50 centímetros de lana, y 2 metros 50 centímetros de terciopelo escocés.

Manta para niñas de 10 á 13 años.—Núm. 21.

Este abrigo, sumamente cómodo, es de lana *beige*, y va guarnecido con una capucha forrada de *surah* escocés encarnado y *beige*, y adornada con un lazo de cinta de raso mordorado.—Sombrero de fieltro negro, adornado con lazos de *surah* escocés encarnado y *beige*.

Tela necesaria para niñas de 10 años: 2 metros 50 centímetros de lana; un metro de *surah*, y 2 metros 50 centímetros de cinta de raso.

Traje de baile con cuerpo de muselina de seda.—Núm. 22.

Véase la explicación en el *reverso* de la *Hoja-Suplemento.*

Vestido de baile.—Núm. 23.

Véase la explicación en el *reverso* de la *Hoja-Suplemento.*

Chaqueta de paño afelpado.—Núms. 24 y 25.

Se hace esta elegante chaqueta de paño afelpado *beige*, y se la guarnece con una esclavina de terciopelo del mismo color, ribeteada de piel de castor. El delantero es completamente recto, y la espalda va ajustada al talle. Las mangas son huecas de arriba y estrechas en los puños. Las aldetas forman pliegues *godets* por detrás.—Sombrero-capelina de terciopelo negro con fondo de terciopelo color de rosa en forma de birrete. El ala va ribeteada de lentejuelas de azabache. Un ramo de rosas va puesto bajo el ala en la izquierda. Dos plumas negras en forma de penacho y una *aigrette* adornan el fondo, y otras tres plumas negras caen sobre el rodete.

Traje para niños de 6 á 7 años.—Núm. 26.

Para la explicación y patrones, véase el núm. III, figs. 21 á 32 de la *Hoja-Suplemento.*

Corsé para biciclista.—Núm. 27.

Para la explicación y patrones, véase el núm. XI, figs. 79 á 84 de la *Hoja-Suplemento.*

Vestido para niñas de 5 á 6 años.—Núm. 28.

Para la explicación y patrones, véase el núm. IX, figs. 65 á 73 de la *Hoja-Suplemento.*

Vestido para niñas de 12 á 14 años.—Núm. 29.

Para la explicación y patrones, véase el núm. IV, figs. 33 á 39 de la *Hoja-Suplemento.*

Corsé para traje de amazona y de viaje.—Núm. 30.

Véase la explicación en el *reverso* de la *Hoja-Suplemento.*

Vestido con canesú para señoritas.—Núm. 31.

Véase la explicación en el *reverso* de la *Hoja-Suplemento.*

Vestido adornado con bordados.—Núm. 32.

Para la explicación y patrones, véase la fig. I de la *Hoja-Suplemento.*

Delantal de menaje.—Núm. 33.

Para la explicación y patrones, véase el núm. V, figs. 40 y 41 de la *Hoja-Suplemento.*

CRÓNICA DE MADRID.

SUMARIO.

Remembranza.—Día fecundo en diversiones.—La reunión literaria de la señora Jimeno de Flaquer.—*El chocolate* de la Marquesa de la Romana.—El baile de la Marquesa de Aguiar.—Cuentas atrasadas.—En la Legación argentina.—En la Embajada francesa.—En el palacio de Linares.—Bodas realizadas y concertadas.—LOS TEATROS.—Reapertura del REAL: *Lohengrin*, *Otelo*.—En el ESPAÑOL: *La mujer de Loth*.—En la COMEDIA: *Doña Perfecta*.

El lunes de la semana actual ha sido trasunto y remembranza de lo que era otros años la temporada de Carnaval.

La *high life* se congregó aquel día en tres partes distintas: por la tarde, en casa de la insigne escritora D.ª Concepción Jimeno de Flaquer, para escuchar música y versos; por la noche en el palacio de los Marqueses de la Romana, bajo pretexto de tomar chocolate; y al mismo tiempo en los hermosos salones de la Marquesa de Aguiar, para que la gente joven se entregara á su placer favorito:—la danza.

Las tres fiestas, según su diferente carácter, estuvieron brillantes y animadas: en la calle del Barquillo se leyeron versos y se tocó el piano, entre tazas de té y exquisitas golosinas; en la de Segovia el soconusco fué un pretexto para juntarse muchas personas del gran mundo y sostener ingeniosas conversaciones; en la de Fomento cumplióse fielmente el programa, habiendo valses, lanceros y rigodones hasta después de las dos de la madrugada.

Al despedir á sus amigos, la Marquesa de Aguiar les comunicaba un excelente proyecto: el de reunirlos el lunes de Carnaval ó el sábado *de Piñata* en lo que llaman los franceses *un bal travesti*, y nosotros *baile de disfraces*.

Puede suponerse la satisfacción que produciría en la juventud, elemento principal—único diré mejor—en el proyectado sarao, que será sin duda el acontecimiento de la temporada.

°°°

Volviendo la vista atrás, debo dar cuenta de otras dos brillantísimas fiestas celebradas por representantes extranjeros cerca de la corte de España.

El Sr. Quesada, ministro de la República Argentina, con motivo de haber venido á visitarle su hijo D. Ernesto, famoso escritor y periodista bonaerense, dió primero un espléndido banquete en su morada de la calle de Alcalá Galiano, y después una preciosa *sauterie*.

Al primero asistieron ministros españoles y diplomáticos extranjeros, y al segundo *l'élite* de la sociedad cortesana.

En el uno se comió admirablemente; en el otro se bailó sin descanso hasta el amanecer.

Otro tanto sucedió en el hotel de la calle de Olózaga, que el Marqués de Reverseaux ha restaurado con exquisito gusto y extraordinaria suntuosidad.

Las paredes de los salones ostentan soberbios tapices y riquísimas sedas; la luz eléctrica los ilumina *a giorno*, y en él se encuentran á cada paso maravillas artísticas de gran valor.

Mr. de Reverseaux es persona distinguida y amabilísima, que sabe hacer él solo, de modo perfecto, los honores de su casa; pues aunque tiene una preciosa hija de diez y seis años, no hará ésta *su entrada en el gran mundo*—según es costumbre en Francia—hasta que cumpla los diez y ocho.

La *soirée* resultó brillante por lo selecto de la concurrencia y por todos los accesorios de aquélla, como *buffet* delicado y cena exquisita.

°°°

A la tarde siguiente—de cinco á ocho—juntábanse casi las mismas familias en el palacio de los Marqueses de Linares, quienes celebraban su tercera y, por ahora, última recepción.

Damas hermosas é ilustres, personajes políticos importantes, literatos y periodistas distinguidos formaban el núcleo principal de la asamblea, tan deliciosa como las precedentes, puesto que ofreció iguales encantos.

El Marqués de Linares saldrá—ó acaso ya ha salido—para sus posesiones de Andalucía, y éste es el motivo de que se interrumpan sus reuniones; debiendo verificarse otras dos á su regreso, el 15 y el 19 de Marzo, fechas en que los dos cónyuges celebran sus respectivas fiestas onomásticas: San Raimundo y San José.

°°°

Durante las últimas semanas se ha interrumpido lo que podría llamarse el *furor matrimonial*, pues sólo ha habido dos bodas: la de la bella señorita de Blanco y Padilla—nieta de una dama á quien no han olvidado, á pesar de haber fallecido há bastantes años, los que la conocieron y trataron,—que se ha unido al Sr. Puig, joven muy apreciado por sus distinguidas cualidades.

El Sr. D. Eduardo de Oleas, que se encuentra en iguales circunstancias, ha dado la mano—y el corazón—á la hija segunda de los señores de Góngora, efectuándose después magnífico almuerzo en la morada de la madre de la novia.

En los meses de Febrero y Marzo tendrán efecto otros dos consorcios: el de la Marquesa del Valle de la Paloma, hija de los de la Laguna, con el Conde de Urbasa; y el de la señorita D.ª Consuelo de Goyeneche, hija de los Condes de Guaqui, Marqueses de Villafuerte, con el hijo y heredero del Conde de Pie de Concha.

°°°

Al hablar de teatros, me cabe la fortuna de comenzar con una fausta nueva:—la de la reapertura del Regio coliseo, punto de reunión favorito, no sólo de los *dillettanti*, sino de la gente más distinguida de la capital de las Españas.

Cuando se cierra la sala de la plaza de Oriente cesan de verse, de encontrarse, multitud de familias, de personas que no van á ella con el solo objeto de oir música, sino de reunirse en amenos y bulliciosos círculos.

Cada palco es una tertulia, á la que asisten multitud de individuos: en las butacas las conversaciones no son menos chispeantes y alegres: se piden y se dan noticias; se hacen planes de excursiones y saraos, y se pasa deliciosamente el tiempo.

Así, la *high life* se daba la enhorabuena el domingo último al encontrarse nuevamente en el sitio donde goza doblemente: con la vista y el oído.

°°°

Cantó aquella noche *Lohengrin* por segunda vez el tenor Ibos, obteniendo todavía mejor acogida que la primera: pues no escuchó sino aplausos, viéndose obligado á repetir el famoso *racconto* del acto tercero.

La señora Corsi, la Leonardi y el barítono Scaramella, tan conocido de muy antiguo del público, recibieron grandes demostraciones de aprobación de parte del auditorio.

El miércoles volvió á presentarse á éste la soprano Teresa d'Arkel, tan conocida y apreciada por el mismo, siendo recibida como en otras ocasiones: con grandes aplausos y llamadas á la escena.

En fin, la tercera ópera cantada ha sido el *Otelo*, de Verdi, en la que ha pisado de nuevo las tablas el tenor Mariacher con igual fortuna que siempre.

La Corsi hace una Desdémona interesante é inteligente; y Menotti, en la parte de Yago, ha vuelto á obtener señalado triunfo.

La nueva empresa del Sr. González Araco empieza su campaña con buena suerte y excelentes resultados, y no hay quien no desee verla terminar con igual éxito.

°°°

En los dos principales teatros «de verso» ha habido, con pocos días de diferencia, grandes solemnidades dramáticas: Sellés y Galdós han estrenado dos dramas.

El uno, objeto de grandes discusiones literarias antes de ser conocido del público, *La mujer de Loth*, hubo de ser reformado por el autor para someterlo al fallo de los espectadores; y no diré que éste le haya sido adverso, aunque no fué completamente favorable.

Hay *crudezas* en el argumento que no puede menos de condenar la crítica: hay situaciones en el drama que no deben admitirse sin protestar.

Lo que salvó la obra fueron dos cosas distintas: el estilo elevado, el lenguaje armonioso en que se halla escrita, y que en ocasiones desarmó la ira popular, y la interpretación excelente por parte de María Guerrero, quien se remontó á mayor altura que nunca en el difícil y espinoso papel que tenía á su cargo.

°°°

¿Quién no conoce *Doña Perfecta*? ¿Quién no ha saboreado sus innumerables bellezas y cualidades?

Pues bien, transportada al teatro, la novela pierde sus mayores atractivos.

Es verdad que el drama fué aplaudido con calor, con entusiasmo, en los dos actos primeros: los dos últimos no consiguieron resultado semejante.

Cierto que una parte del público—los amigos del Sr. Galdós—palmotearon sin tregua ni reposo; pero la gente imparcial, el verdadero público, permaneció en silencio.

¿Por qué no decirlo? ¿Por qué ocultar la verdad?—El autor dramático no está á la altura del novelista, y cuanto ha dado hasta el día á la escena se resiente de una gran falta de conocimiento de ésta.

¿Por qué no ha de contentarse el Sr. Galdós con ser lo que es? ¿Por qué ha de pretender, además de otros laureles tan legítimamente obtenidos, los teatrales?

Su gran reputación, sus títulos legítimos á la consideración general, le sirven de escudo en las batallas teatrales, que á no ser por su nombre se convertirían en verdaderas derrotas.

Al expresarme así, soy eco de la opinión de muchos de los amigos entusiastas y admiradores del talento del Sr. Galdós, que sin embargo se duelen de verle empeñado en una lucha en que no alcanza siempre la victoria.

Por asegurarla trabajaron con fe, con ardimiento, las señoras Tubau, Suárez y Alvarez; el Sr. Mario se encargó de un papel sin lucimiento, y los señores Thuillier y Balaguer hicieron gala de su talento y dotes naturales.

Doña Perfecta no vivirá mucho tiempo en la escena, y de seguro tampoco alcanzará la fama que la novela logró desde el principio, no sólo entre la gente ilustrada, sino en el vulgo de los lectores.

EL MARQUÉS DE VALLE-ALEGRE.

2 de Febrero de 1896.

VALLE UMBRÍO.

Conclusión.

IV.

Pocas palabras serán suficientes para explicar al lector las causas de la situación que hemos presentado. Once años antes Leoncio y Damiana, á quien apodaban la hermosa molinera, se habían casado entre los aplausos y envidias de sus convecinos. Eran jóvenes, bellos, ricos y con cuantas probabilidades de dicha podían desear. Huérfanos ambos, tampoco debían temer que influencias de familia suscitasen disgustos entre ellos, y, sin embargo, muy pocos meses después de su enlace, las primeras nubes obscurecieron el cielo de aquella felicidad. Las prevenciones que algunos oficiosos hicieron al marido antes de serlo respecto á los dispendiosos caprichos de Damiana se realizaban con desconsoladora verdad, y Leoncio, á quien el amor había hecho incrédulo, abría tarde los ojos y reconocía, aterrado, que era más dura su cadena de lo que jamás pudo creer. En balde trataba de acudir á todo, dando á su esposa con abundancia cuanto juzgaba necesario..... á cada instante hallábase obligado á reconocer deudas creadas para satisfacer ruinosos antojos, y no daba paso sin tropezar con acreedores insolentes. El nacimiento de sus hijos no atenuaba la manera de ser de Damiana; las envolturas de cada recién nacido costaban casi el precio de una finca.....

Pero el peor capricho de aquella mujer era el lujo de la mesa..... Hacía del alimento del cuerpo el objeto principal de sus atenciones, y olvidaba el del alma, que es mucho más indispensable. Así la *economía* era para ella una palabra vacía de sentido. Las frutas, las aves, las semillas y cuanto produce la tierra para halagar el paladar y variar los manjares, derrochábalo con tal prodigalidad, que nada le bastaba..... Mil veces cargas de aromáticos frutos, abandonados meses enteros, se convertían en un montón de podredumbre, que Damania, indiferente, hacía arrojar y reemplazar por otros. Los niños, habituados á aquel desorden, elegían á cualquier hora lo que apetecían, mordían con avidez algunos bocados del sabroso pastel ó dulce, y tiraban el resto. La consecuencia natural de este sistema era que al tiempo reglamentario de sentarse á la mesa, como la casa podía considerarse un festín perpetuo, nadie tenía ganas de comer, y los platos más incitantes pasaban sin ser probados..... á excepción de la molinera, que devoraba siempre y de todo, con un detenimiento y un placer verdaderamente increíbles.

Leoncio, primero con dulzura y después con rudeza, trató de poner dique al torrente de despilfarro que amenazaba concluir con la cuantiosa fortuna que poseían. Damiana despreció la bondad y se rebeló contra la fuerza.....; puso el grito en el cielo; acusó á su marido, lo tachó de miserable, y continuó gastando con verdadero frenesí. El temor del escándalo detuvo á Leoncio, que se hizo esclavo del molino y de las labores del campo, sin más afán que ganar para reponer lo que ella tiraba; pero cada año las pérdidas eran mayores.....; la necesidad apremiaba, y los préstamos se hacían indispensables. ¿Qué extraño el resultado que tuvo la situación?

¡Horrible noche fué para Damiana la primera que pasó en el pobre molino, donde su locura la había llevado! Aquella sala inmensa, desencalada, llenas las paredes de desconches,

cuya única luz consistía en un farol turbio, colgado de una escarpia de hierro.....; con el suelo terrizo lleno de manchas de humedad, y el techo de cañas y vigas mal trabadas, que amenazaba hundirse al primer vendaval, le hacía recordar con estremecimientos de angustia la esplendidez de su hacienda de Valle Umbrío, la hermosura de los campos que la rodeaban, la riqueza del mueblaje, la abundancia de todo.

¡Sola, sola con sus hijos! ¡Pobres ángeles que dormían el sueño de la inocencia, en medio de la miseria, como la noche antes lo dormían rodeados de opulencia y bienestar! Mirábalos con los ojos llenos de lágrimas, estrechados en sus camitas, sonriendo como si vieran á los ángeles, y sentía desgarrársele el corazón al pensar que su padre navegaba hacia horizontes lejanos, de los que acaso no volvería jamás.

Y bien; ¿qué le importaba que no volviera? ¿Qué le debía, sino vergüenza y abandono? Pero la reflexión fría y severa le recordaba las luchas sostenidas, el desprecio que siempre hizo de las prudentes observaciones de Leoncio, la desesperación en que le sumió tantas veces, y allá, en el fondo de la conciencia, no podía menos de confesar que toda la culpa era suya.

Una oleada de lágrimas, amargas como la espuma del mar, nubló sus ojos; sin saber cómo se encontró de rodillas, y murmuró, hiriendo con fuerza su pecho:

—¡Dios mio, perdón!.....

V.

La primavera engalanaba el campo con tapices magníficos de vistosas florecillas; el río, aumentado por recientes deshielos, corría alegre como prisionero que rompe sus cadenas, y movía con fuerza las presas de un molino harinero que se levantaba á la orilla, rodeado de algunos castaños y almendros en flor; extendíase á su espalda un prado de cebada gallardamente crecida, salpicado de rojas amapolas, y en último término alzaban sus endebles copas plantones de olivos nuevos, que representaban lo más una esperanza remota.

A pesar de su humildísima fachada, que traslucía bien la pobreza de los que habitaban allí, el molino, revestidas sus paredes con espesa capa de cal, mostraba una blancura deslumbradora: la vejez de techo y puertas desaparecía bajo frondosa vegetación de campanillas y enredaderas; así mostraba tan agradable y limpia perspectiva, que se hacía simpático desde la primera vista.

Diez años habían transcurrido desde los sucesos que narramos, y este espacio nada breve de nuestra fugaz existencia se había echo eterno á Damiana en su continua lucha con la miseria. Sin embargo, la resolución tomada en la primera y memorable noche de su llegada al molino, en vez de decaer, se fortaleció y le dió resistencia para permanecer en su puesto, como el soldado en la brecha que defiende. ¡Sola, sola absolutamente! pues Leoncio ni volvió á escribir ni llegó á saberse nada de él.

Quien hubiera visto á Damiana tres años después de su ruina, no habría reconocido en aquella mujer flaca, ojerosa, sin frescura ni color en las mejillas, y cabellera completamente blanca, á la gentil y hermosa criatura que podía justamente considerarse como reina del pueblo. La caridad que inspiraba á sus vecinos tan inmenso infortunio proveía de trigo al molino, para que las ruedas no estuvieran nunca ociosas; pero como ella no tenía con qué pagar mozos que hicieran las faenas, con su trabajo y la poca ayuda de Marcelino servía á los parroquianos y atendía á los múltiples cuidados del hogar. Los primeros tiempos fueron horribles: levantábase con estrellas y se acostaba después de la media noche: al fin, los niños crecieron, y como educados en aquella lucha, se hicieron trabajadores y sufridos: ensanchóse un poco el horizonte, y ya pudo guardarse de una semana para otra.

La única compensación que tenía Damiana en su aislamiento y pobreza era su confianza en Dios, inmensa y poderosa: si le olvidó en la prosperidad, le reconoció humilde cuando le visitó con tribulaciones, y adoró la soberana justicia que la castigaba: así, experimentaba en el corazón una paz que no conoció cuando vivía rodeada de esplendores.

Quedábale, sin embargo, un resabio de sus antiguas aficiones, que en las circunstancias que se hallaba podía pasar por virtud: era el esmero y pulcritud que empleaba en cuanto tenía relación con la comida que disponía para sus hijos y para sí: procuraba amasar con frecuencia para que comieran el pan tierno; condimentaba sabrosamente las legumbres y potajes, que reemplazaban á las aves, pescados y golosinas; elegía las ensaladas blancas y tiernas, y cuando la generosidad de algún vecino les obsequiaba con frutas, presentábalas en canastillas de palma rodeadas de hojas verdes. ¡Pobre familia! Como carecían de todo, lo más leve de lo superfluo constituía para ellos un verdadero festín.

Pero si la vista de la humilde mesa arrancaba á veces un suspiro á Damiana á pesar de su conformidad con la voluntad divina, el aspecto de sus hijos, robustos, crecidos y hermosos, más saludables en medio de las privaciones y el trabajo que estaban en los caprichos y la abundancia, devolvía la paz á su corazón y elevaba su espíritu á Dios en muda acción de gracias. La desventura había trocado aquellas endebles plantas de salón en sólidos árboles, que anunciaban largos años de existencia. ¿Cómo disgustarse por tan favorable cambio?

Mas ¡ay! la felicidad de la molinera se hallaba amenazada de un golpe de muerte. Marcelino acababa de cumplir sus diez y nueve años, y la quinta lo reclamaba. El domingo anterior había entrado en sorteo y le tocó el número 3.

Este acontecimiento fué un rayo para la infeliz madre. ¿Cómo librarle? ¿Había de resignarse á entregar la prenda querida de su alma á la azarosa vida del soldado? Además, ¿cómo pasar sin la ayuda que el honrado mozo le prestaba? ¿Cómo sostenerse el resto de la familia sin el auxilio de aquellos robustos é incansables brazos? Verdad que para reemplazar al ausente la ley le dejaba á Pedrín, que contaba ya diez y siete Mayos; pero si los esfuerzos de los dos apenas eran suficientes, ¿qué podía hacer uno solo?

Cuantas influencias es posible poner en juego buscó Damiana en favor de su hijo; muchas personas se interesaron por ella y trabajaron lo que pudieron; pero todo inútil: el mozo no tenía exención alguna, y fué declarado soldado.

VI.

Era una tarde de Abril serena y hermosa; Marcelino y Pedrín habían ido al pueblo; Inés y María, convertidas en garridas y hermosas muchachas, lavaban á la orilla del río y mezclaban sus lágrimas á la corriente. La pena que les causaba la separación de su hermano, que debía marchar con los quintos al día siguiente, las tenía mudas: otras veces, para distraer el trabajo, sus voces armoniosas se unían á los trinos de los pajarillos y formaban un concierto encantador: también el molino estaba silencioso después de tanto tiempo de trabajar sin descanso: hubiérase dicho que sentía, á su modo, la pena de la familia.

El único indiferente á ella, con el egoísmo propio de su raza, era nuestro antiguo conocido *Morrongo*, que, estirado voluptuosamente delante de la puerta, recibía los postreros rayos de sol. Para él todos los años habían sido iguales; así, no le habían hecho mella visible, privilegio exclusivo del que sólo se ocupa de sí.

En el pueblo reinaba gran animación: los quintos aprovechaban su postrer día de libertad en recorrer las calles, despidiéndose de las muchachas, rasgueando guitarras y entonando estos ó parecidos cantares:

Adiós, padre, y adiós, madre;
Adiós, novia de mi alma;
No me voy porque yo quiero,
Me voy porque el rey me llama.

Mientras tanto, Damiana, pálida cual un cadáver, vagaba por el molino como alma en pena; arreglaba la ropa limpia que debía llevar su hijo, y daba de cuando en cuando un vistazo al pollo, que se doraba en el rescoldo del fogón: ¡era el rey de su escaso gallinero, sacrificado para la merienda del quinto!

La *señá* Francisca, que, aunque un poco encorvada por los diez años que había recibido sobre sus espaldas, se conservaba ágil y no dejaba de ir frecuentemente al molino, asomó en aquel instante, saludando á la afligida mujer con un «buenas tardes, comadre», que esparció como un aura de consuelo en el lacerado corazón de la infeliz madre.

—Dios se las dé buenas—respondió, á la vez que exhalaba un profundo suspiro.

—¿Conque no hay remedio?—volvió á decir la comadre.

—Ya lo ve usted.....; mañana se llevan al hijo de mi alma.

Y un sollozo levantó su pecho.

—¡Cómo ha de ser! Y sin embargo, Dios aprieta, pero no ahoga.

—¡Ay! en este caso, crea usted que ya me siento ahogada.

—Verdad que es muy duro; pero ¿cómo evitarlo? Si yo fuera rica, con ocho mil reales le quitaba el amargor de la boca en un verbo.

—Lo creo.

—¡Bien puede estar segura de ello! Acabo de ver á Inés y María, y me han partido el corazón..... ¡Pobrecitas, cómo lloraban!

—¡Dichosas ellas que pueden llorar todavía! Yo creo que tengo seca la fuente de las lágrimas: ¡tantas he derramado!

—¡Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados! dice nuestro Señor. ¡Animo, Damiana!

—No crea usted que me falta cuando me sostengo en pie con este peso encima. ¡Quiera Dios continuar dándome fuerzas, siquiera porque ahora hago más falta que nunca!

Inés y María, que llegaban sofocadas, cortaron la conversación.

—Madre—dijo la primera,—el señor Cura viene con un caballero, y nos ha dicho que avisemos á usted porque tienen que hablarle.

—¡Vengan en hora buena!—murmuró la pobre madre, que tenía grandes motivos de gratitud hacia el excelente párroco, el cual la amparó cuanto le fué posible en los primeros años de su ruina.

—El que acompaña al señor Cura debe ser el nuevo propietario de la posesión de Valle Umbrío, porque desde que llegó esta mañana andan juntos—murmuró la comadre.

—¿Se vendió por fin?—preguntó Damiana, sintiendo un dolor más en el corazón sobre todos sus dolores.

—Según me dijo la mujer del escribano, hoy á las doce han firmado las escrituras: por supuesto que el nuevo amo no sabe lo que ha hecho, pues le va á costar más de lo que vale poner la finca en estado de servir de algo..... Figúrese usted, ocho años cerrada y abandonada, porque los que se la quitaron á ustedes no la conservaron ni dos.

—¡Madre, ya están ahí!—apuntó María, haciéndose á un lado con su hermana.

VII.

En efecto, el señor Cura y su acompañante pasaban en aquel momento el umbral.

—¡Alabado sea el Señor!—dijo el primero, anciano septuagenario, de fisonomía bondadosa y simpática.—¿Cómo va ese valor, Damiana? Ya sé lo del muchacho, y me figuro cuál estarás: precisamente por ello vengo á verte.

El nuevo propietario de Valle Umbrío, alto, encorvado, con espesa barba gris, completamente calvo y con gafas azules, habíase contentado con inclinarse al entrar. Vestía sencillamente de negro, y parecía impresionado al contemplar la pobreza que le rodeaba. Damiana besó la mano al párroco, presentó sillas á los recién venidos, y ellos tomaron asiento, mientras Inés, María y *señá* Francisca los examinaban con curiosidad.

Algunos instantes de silencio, penosos para todos, precedieron á estas palabras de la molinera:

—¡Dios pague á su merced la caridad que hace al acordarse de mí!

—¿Pues no he de acordarme?—repuso dulcemente el sacerdote.—Difícilmente se podría olvidar á criatura tan valiente como tú. Ya sé que todo se ha intentado para salvar á Marcelino y que nada se ha podido conseguir.

—Ocho mil reales serían la única cédula de libertad para ese pedazo de mis entrañas, y como su madre no los tiene, mañana se alejará (quizá para siempre) de aquí.

—Vaya, Damiana, ánimo, y dejemos por un momento de ocuparnos del muchacho..... pon su suerte en mano de Dios y préstame atención, porque vengo á darte una noticia.....

—¿Noticia?—repitió con extrañeza la atribulada mujer.—¿Y sobre qué es esa noticia, señor Cura?

—Este caballero que viene de América creo que trae nuevas de tu perdido esposo.....

—¡Él!—balbució Damiana, pálida como un cadáver y fijando los ojos con ansiedad en el silencioso compañero del anciano sacerdote.

—Sí, hija; según me ha dicho....; pero él lo explicará seguramente mejor que yo.

Como un cadáver sometido á la pila de Volta, la molinera se puso de pie, rígida, helada, temblando y estremecida, sin atreverse á pronunciar ni una frase..... Por su parte, el desconocido, cuya emoción hacían visibles convulsivos estremecimientos, la había imitado, y lentamente se quitaba las gafas.....

Un grito ahogado de Damiana hizo que se estremecieran todos los corazones; vacilante como si la vida le faltara, adelantó hasta llegar al que la atraía á sí como el imán al acero..... púsole las manos en los hombros y lo miró fijamente algunos momentos con ansia febril.....

—¡Jesús mil veces!..... ¡Leoncio!

Y cayó como herida por un rayo.

VIII.

Un mes después de lo que hemos referido celebrábase en la iglesia del pueblo una solemne misa de acción de gracias..... Damiana, salvada milagrosamente de la congestión que sufrió al reconocer á su marido, asistía á ella rodeada de sus hijos y del feliz y recobrado Leoncio. La mayor parte de los vecinos acompañaban á la familia en su piadosa demostración de gratitud á la Providencia divina.

El sacrificio del esposo y su trabajo en la República Argentina habían sido fructíferos, y volvía mucho más rico que lo fué nunca. Su silencio de diez años, dura penitencia que se impuso (y que cumplió quizá con demasiado rigor), probaba la firmeza de aquel carácter que todos juzgaban débil. Pero no le precisó demostrarla en lo sucesivo, porque la ruina había sido para Damiana excelente maestra, y al verse de nuevo en su hacienda de Valle Umbrío, rodeada de lujo y comodidades, no olvidó lo que tan bien tenía aprendido.

El orden, la economía, la mesa de alimentos sanos y frugales: el aprovechamiento de todo, hasta el punto que las migajas del pan se distribuían entre el palomar y el gallinero; la prohibición absoluta de caprichos y antojos, tal fué en adelante la existencia de la familia cuya historia narramos.

Ocioso es decir que Marcelino, libre de la suerte de soldado, y Pedrín, fueron los trabajadores más incansables de sus fincas, y María é Inés las activas y previsoras ayudantas de su madre en todas las faenas del buen gobierno que reclamaba la casa. Así, lo que en la primera época constituyó el *patrimonio del diablo*, labrando con el *despilfarro* el abismo sin fondo en que se hundió la cuantiosa fortuna, en la segunda formó el *tesoro de los pobres*, y la caridad de los moradores de Valle Umbrío fué alabada en muchas leguas á la redonda.

Señá Francisca, rejuvenecida por el gozo que le causaba la felicidad de sus compadres y ahijados, contaba á cuantos querían oirlo la admirable vida que llevaban; y si alguien se permitía criticar que economizaran siendo tan ricos, la ofendida mujer respondía:

—Porque se han convencido que lo *superfluo* en las casas, y sobre todo en la *mesa*, es la polilla que roe y destruye las fortunas más sólidas. ¡Así conociera el mundo entero esta verdad! ¡Menos ruinas habría y menos desesperados!

ISABEL CHEIX.

MÉTODO PARA SACAR LOS PATRONES DE LA HOJA,

CORTAR Y REUNIR LAS PIEZAS CON APLICACIÓN DE LOS CROQUIS.

Se pueden sacar los patrones de diferentes modos. El más sencillo es cubrir la hoja de un pedazo de gasa del tamaño que sea necesario, y recorrer cuidadosamente con un lápiz de color los contornos del patrón que se quiere sacar, calcando los números, las letras y las líneas. Los patrones de gasa son tanto más practicables, cuanto que se les puede reunir y probar como si la prenda estuviese hilvanada.

Es necesario, naturalmente, completar las partes dobladas. Las costuras no se hallan comprendidas en las medidas de los patrones.

Si se prefiere sacar los patrones con papel transparente, se procede del mismo modo que con la gasa; pero si se los saca con papel no transparente, habrá que emplear la ruleta tradicional, á cuyo fin se pone el papel bajo la hoja de patrones fijándolo, y se pasa la ruleta por todos los contornos del patrón que se trata de sacar. Se señalan los sitios de los números, signos, etc., que se trazan después con lápiz.

Las faldas, los *collets* y otras prendas análogas, cuyas formas son rectilíneas y de los que sólo importa conocer las medidas, van representadas en croquis reducidos, según los casos, desde la 10.ª á la 30.ª parte.

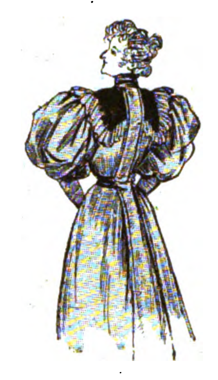
Los patrones cuyas dimensiones son mayores que la hoja van dibujados una ó varias veces doblados, según su forma lo exiga, es decir, que, al dibujarlos, se han doblado las



14.—Blusa de seda Liberty.
Explicación en el anverso de la Hoja-Suplemento.



16.—Vestido de casa para señoras.



18.—Espalda del vestido de casa.
Véase el dibujo 17.



15.—Traje de visita para señoras jóvenes.



17.—Vestido de casa para señoras.
Véase el dibujo 18.

20.—Vestido para niñas de 12 á 14 años.



19.—Vestido para niñas de 12 á 14 años.

22.—Traje de baile con cuerpo de muselina de seda.
Explicación en el reverso de la Hoja-Suplemento.

23.—Vestido de baile.
Explicación en el reverso de la Hoja-Suplemento.

21.—Manta para niñas de 10 á 13 años.



24.—Chaqueta de paño afelpado. Espalda.

Véase el dibujo 25.

partes que sobresalen. Cada parte doblada va indicada por medio de una línea de puntos (.....). Al sacar un patrón por estos últimos pedazos, vale más dibujar aparte los contornos de la parte doblada y añadirla á la parte principal, á lo largo de la línea marcada con las palabras siguientes: *parte doblada.*

Los patrones demasiado grandes, y de los que una reducción no daría una idea suficiente, van cortados en dos partes: hay que unirlos en la línea denominada «línea de unión», acercando los números iguales. Este género de patrones, así como los que tienen una ó más partes dobladas, van representados además en croquis reducidos, intercalados en el texto. Las partes cortadas van dibujadas como deben ser cuando se hallan reunidas, y las partes dobladas de manera que se vea fácilmente su forma. Las dimensiones de los patrones grandes van acortadas, y á las extremidades inferiores de los contornos de los lados hay unas flechas que indican en qué dirección debe prolongarse el patrón. En el texto ó en los croquis reducidos se indica cuánto deben prolongarse estos patrones.

Los dibujados por mitad van señalados con una línea interrumpida en el borde, que indica su *medio.*

Para cortarlos, hay que poner la tela doble, y de tal modo, que la tela se halle doblada al hilo, á lo largo de la línea del medio, y que se pueda constituir el pedazo entero, es decir, á toda su altura.

Para completar estas explicaciones, añadiremos que en los patrones en que podría haber duda si poner la tela al hilo ó al sesgo (como, por ejemplo, en los corsés y faldas amazonas), indicamos en general la dirección del hilo.

Los patrones de las mangas, *collets*, etc., que se componen á menudo de varias piezas, pero cuyos contornos no difieren sino de un solo lado, como, por ejemplo, las hojas de debajo de las mangas, van dibujados generalmente uno dentro del otro, en cuyo caso hay que tener en cuenta la diferencia del contorno interior y calcar esta pieza aparte.

La reunión de las piezas de un patrón se ejecuta con arreglo á los números y signos indicados en las mismas piezas.

Cuando una pieza determinada no contiene ángulo recto, el patrón va trazado con un ángulo figurado con líneas interrumpidas (— — — —). En uno de los ángulos de la pieza se hallan unas letras, desde las cuales van marcados por medio de un metro los puntos de los diferentes contornos, de los números, líneas, etc. Algunas veces unas líneas interrumpidas que salen de estos números van marcadas igualmente con signos y números, que indican las distancias entre los signos, etc., de los primeros números determinados. La dimensión de las piezas en centímetros se halla indicada con números marcados en los contornos, ó bien al final de la pieza. Los números marcados en el interior de los contornos se hallan destinados á la reunión de las piezas, cuando no sirven como se ha explicado más arriba.

X. X.

CANTAR LLORANDO (1).

No esperéis de mi canción
Alardes de inspiración.
¿Cómo atreverme á cantar
Cuando aun tengo sin cerrar
La herida del corazón?

El luto medroso y triste
En el traje no consiste:
Va el duelo en el alma escrito.
¡Cuando muere un angelito
Nadie de luto se viste!

Dejando la soledad,
Mi propio dolor olvido
Por ajena adversidad.
¡Hay un ciego desvalido
Que implora la caridad!

La muerte trocó en despojos
De mi amor el tierno fruto,
Pero hay mayores enojos.
¡El pobre ciego en los ojos
Lleva siempre negro luto!

Conservando en mi memoria
De un ángel la breve historia,
Yo puedo mirar su cruz;
Pero él no verá más luz
Que la de Dios en la gloria.

Por la compasión movido,
Gracias en su nombre os doy,
Y aquí á cantar me decido.
Entre vosotros estoy
Como está el ave en su nido.

Aunque mi cuna venero,
Castro encierra para mí
Los recuerdos que más quiero.
¡Yo en Cádiz soy forastero,
Y en Castro nunca lo fuí!

En Castro aprendí á rezar,
Y mi fantasía loca,
Sus rimas al coordinar,
Se despertó en esa roca,
Centinela de la mar.

¡Allí, de noche, cantaba;
Allí, en la sagrada ermita,
Donde el faro me alumbraba,
Y donde una cruz me daba
Dulce inspiración bendita!

En el mirador cubierto,
Antes sagrada mansión,
Hoy casi á cantar no acierto.
¡Espantan la inspiración
Con los barrenos del puerto!

Pero si á la hermosa villa
Le da esa ruda tarea
Del progreso la semilla
Y acerca el bien á su orilla,
Bendito el barreno sea.

Aunque la Musa se espante,
Caiga la piedra una á una
Y que el muelle se levante.
¿Qué importa que yo no cante,
Si os sonríe la fortuna?

. . . .

¡Castro, donde yo aprendí,
En mi niñez, á cantar!.....
Algo mío dejo aquí.
¡Cómo voy á suspirar
Cuando me acuerde de tí!

Sentimientos infinitos
Vendrán á turbar la calma
De mis recuerdos benditos.
¡Dejo un pedazo del alma
Que me está llamando á gritos!

Os pido un solo favor:
¡Que si encontráis una flor
Junto á una cruz chiquitina,
Donde leáis «Carolina»
Dejéis un beso de amor!

José Jackson Veyán.

(1) Leída por su autor en una función á beneficio de un artista ciego.

FLORES DE NAVIDAD.

Continuación.

Pensando así, hallóse delante de la puerta; atravesó el portal y adelantó hacia la escalera; las oficinas silenciosas revelaban el reposo del día festivo, pero en la habitación de Brígida, vivamente iluminada, se dejaba escuchar una algazara extraordinaria: D. Víctor empujó la puerta y se detuvo en el umbral, asombrado del espectáculo que se ofrecía á sus ojos.

En medio de la sala, que era grande y sencillamente amueblada, la buena sirvienta, cuya gordura se prestaba poco á semejante ejercicio, andaba de rodillas apoyada en las manos, llevando sobre la espalda un chiquillo de cuatro años, mientras otro de ocho y una niña de seis se esforzaban en acelerar el paso del extraño corcel con enérgicas intimaciones.

—¡Jesús, María y José! ¡Mi amo!—exclamó Brígida al apercibir tan inesperado testigo, tratando de ponerse en pie, mientras rechazaba á sus infantiles amigos.—Perdonadme..... pero como no os esperaba..... Los niños hacen de mí lo que quieren..... Su madre tuvo que salir y me rogó que los entretuviera en tanto que volvía.

—¿Hay fuego en mi alcoba?—tronó el arquitecto interrumpiendo el flujo de palabras de la apurada sirviente.

—No, señor; como no lo esperaba hasta mañana.....

—¡Y mientras tanto atraparé una pulmonía en aquellas habitaciones hechas páramos!

—¡Si el señor tuviera la bondad de aguardar aquí lo que tarde en caldearlas!.....

Y aproximaba á la chimenea un antiguo sillón de cuero.

—¿Y he de tener yo cuidado de estos muñecos en tanto que vais á cumplir vuestra obligación?

—¡No lo quiera Dios! ¿Verdad, hijos míos, que no vais á moveros de ese rincón hasta que yo vuelva?

Y sin dar lugar á que su amo respondiera, escapó como una centella.

Don Víctor no tuvo tiempo para protestar contra semejante arreglo; su espalda le dolía cada vez más, cual si le advirtiera que no debía exponerse al frío y humedad de las habitaciones: no le quedaba, pues, otro recurso que poner buena cara y conformarse con lo que sucedía. El suave calor de la chimenea influía ventajosamente sobre sus nervios, y poco á poco se sentía mejor: levantóse del sillón que maquinalmente había ocupado, y dió algunos paseos; de pronto se detuvo delante de los niños, que estrechados unos contra otros, permanecían inmóviles en el rincón que los dejó Brígida.

—¿Quién eres tú?—preguntó, con el rudo acento que le era peculiar, á la preciosa niña, que era la más próxima á él.

Los grandes ojos de la pequeña se dilataron de miedo, mientras su boquita adquiría la misma expresión; pero acostumbrada á responder cuando le preguntaban, replicó conteniendo valerosamente las lágrimas que velaban sus pupilas:

—Soy la *morenita* de mi mamá.

—¿La morenita de tu mamá?—repitió el arquitecto pasando revista con una rápida ojeada á la tez suavemente rosada, á los negrísimos ojos y cabellos de la elegante y simpática muñeca;—no deja tu madre de tener razón, puesto que eres bastante morena para justificar el mote.

—¿Y tú?—continuó en preguntar al más pequeño de los tres, cuya espléndida salud resaltaba en las redondas carnes y encendidos colores.

—Yo—repuso tímidamente el interpelado, clavando con temor los azules ojos en el severo personaje que le interrogaba;—yo soy el *rubito gordinflón* de mi mamá.

Esta contestación fué dada de una manera tan cómica, que, á pesar suyo, los labios del anciano se entreabrieron para sonreir.

—Entonces tú serás el más delgado de los hijos de tu madre—apuntó sarcásticamente, dirigiéndose al mayor del gentil terceto, delicado y hermoso niño, que hacía todo lo posible por mostrarse valiento, y que respondió sin pizca de modestia:

—Soy, en efecto, el más delgado y el más inteligente de mis hermanos.

—¡Pardiez! de seguro no necesitas abuela; ¿pero, según veo, carecéis de nombres?

—Yo me llamo Clemen—dijo la niña.

—Yo Lolo—siguió el pequeño.

—Es decir, Clemencia y Manuel—rectificó el primogénito,—y yo Carlos Armando Rey, para serviros.

—Muchas gracias..... me pareces un ciudadano listo con quien se puede hablar del porvenir. ¿Qué quieres ser? Naturalmente emperador, puesto que eres *Rey* desde que naciste.

El niño movió la cabeza en señal de negativa.

—Yo no puedo ser emperador—respondió.

—¿Por qué?

—Porque no soy de raza imperial.

—Es cierto; pero siempre desearás una posición elevada. ¿Qué te parece la de cochero?

—Que tampoco es la que corresponde á la clase en que he nacido.

—Entonces, ¿qué quieres ser en el mundo?

—Primero soldado, y luego general.

—Mas para ello tienes que ir á la guerra, y lo más fácil es que te maten.

Esta perspectiva no pareció muy del gusto del pequeño; guardó algunos instantes de silencio, y por fin dijo:

—Si lucho bien, no me sucederá nada; y luego.....—añadió aproximándose confiadamente á su interlocutor—cerraré los ojos para pelear, y no veré los peligros.....

El arquitecto se echó á reir á carcajadas..... Era su risa ronca y poco armoniosa, porque la risa constituye un arte, que es preciso ejercer si no se quiere olvidar. El pequeño retrocedió asustado ante aquella explosión de alegría.

—Eres un hombrecito, y supongo que irás ya á la escuela—dijo el anciano.

—No, señor; aprendo en casa con mi tía Matilde.

—¿Y te hallas contento de la profesora?

—Sí, pero á veces me mortifican sus distracciones.

—¿Luego es distraída?

—¡Vaya si lo es! Ayer, sin ir más lejos, me ha puesto dos páginas enteras para la lección de hoy.

—Malas distracciones son esas. Y mientras tía Matilde os enseña, ¿qué hace vuestra madre?

—Dibujar y pintar, y muchas veces llorar—respondió el niño.

—¿Dibujar y pintar?—repitió D. Víctor, como si no hubiera oído las últimas palabras.

—Sobre *pocelana*—advirtió Clemen.

—Porcelana—rectificó el primogénito.—Perdonadla, señor; como es tan pequeña no puede hablar claro.

—¿Amáis mucho á vuestra madre?—tornó á preguntar el arquitecto, para quien aquella conversación tenía encanto irresistible.

—Mucho, muchísimo—afirmó el rubito.

—Yo la quiero con todo mi corazón—dijo á su vez la encantadora morena.

—Mi cariño—exclamó Carlos—es tan grande como..... como.....—y miraba alrededor buscando algo que expresara el tamaño de su amor filial—como..... un elefante.

Y mientras el anciano sonreía, aturdido por tan nueva manera de medir los afectos, Clemen añadió con su dulce vocecita:

—Y también queremos mucho á papá.

—¡Papá! Yo creía que no lo teníais.

—¡Oh, sí!—exclamaron á coro.

—¿Quieres que te lo enseñe?—prosiguió la niña tratando de subirse sobre las rodillas del arquitecto, que lentamente y asombrado de lo que hacía la ayudó á colocarse;—allí arriba está: ¡míralo!

Y tomando entre sus manos suaves el anguloso rostro de don Víctor, lo volvió hacia la ventana, mostrándole el cielo.

—En efecto, allí está nuestro padre—afirmó simultáneamente Carlos;—así nos ve de continuo, y se alegra cuando somos buenos. ¿Pero qué tienes?—exclamó de pronto, viendo al arquitecto, cuyas facciones contraídas revelaban profunda emoción.

Y no era para menos, porque cuando las manos de Clemen tibias y acariciadoras, habían tocado sus mejillas, y percibió cerca de sí el aliento de la pequeña, sintió que *algo* extraño le subía á la garganta como si quisiera ahogarle, y un impulso mayor que su voluntad le hizo estrechar en sus brazos á la niña, acaso por no dejarla caer.

La puerta se abrió en este instante, y el ama de llaves entró sofocada.

—Cuando el señor quiera puede pasar á sus habitaciones—dijo;—ya están caldeadas y la cena servida.

Mas la palabra expiró en sus labios cuando vió á Clemen sobre las rodillas del arquitecto, que, sorprendido por la brusca entrada de la sirvienta, estaba como un ladrón cogido en el momento del hurto.

Nada podía serle más desagradable que la presencia de la locuaz Brígida; así, levantóse, puso en el suelo á la niña, y tomó el abrigo para marchar.

—¿No os decía yo que estos muñecos son la alegría de las casas?—dijo risueñamente el ama de llaves, muy convencida de que D. Víctor se había reconciliado con los vecinitos.

—¿Os he pedido vuestra opinión?—tronó el arquitecto furioso, mientras la sirvienta retrocedía asustada.—Ya sabéis lo que he mandado: para Año Nuevo esta gente á la calle..... ú os despido sin consideración alguna.

IV.

Al mediar el siguiente día, D. Víctor estaba sentado en su despacho, inclinado sobre la mesa escritorio y de un humor más negro que nunca. Acababa de hacer su diaria visita á las oficinas, mostrándose en ellas más exigente y desagradable que de costumbre.

Hallábase ocupado en rectificar una cuenta que le parecía dudosa, y por más que trabajaba no podía encontrar la equivocación. El dependiente que la había hecho protestaba que estaba en regla, y á propósito de ello hubieron de cambiar algunas frases desabridas; ahora solo y más tranquilo, estudiando los apuntes, sumaba una y otra vez con ardor febril: pero mientras más los repasaba, más se convencía de que el cálculo era exacto, y le disgustaba horriblemente la perspectiva de verse obligado á dar la razón al empleado que la tenía.

En aquel instante llamaron á la puerta; no contestó y siguió trabajando; pero volvieron á repetirse los golpes, y entonces gruñó sordamente:

—¡Adelante!

—Perdonad, vecino, pero no debéis conocerme—oyó decir con timidez, mientras la persona que hablaba se detenía, esperando quizá que una palabra bondadosa del anciano la animara á proseguir.

Pero el arquitecto se guardó bien de levantar los ojos de los papeles que hojeaba; no le hacía falta mirar para reconocer en la visita á la joven cuya conversación con Andrés había sorprendido algunos días antes, y un secreto encono le hizo responder con fría indiferencia:

—Efectivamente, no tengo el honor de conoceros.

—Soy..... soy..... Matilde Bargés, hermana de la señora á quien tenéis arrendado el piso segundo; pero ella está delicada, y yo vengo en su nombre á deciros.....

Detúvose de nuevo sin saber cómo proseguir.

—¿A decirme qué?—prorrumpió el arquitecto burlonamente.—Si os cuesta trabajo, yo traduciré vuestro pensamiento..... Venís á proponerme que os arriende alguna de mis nuevas construcciones, ó á solicitar que dé mejor destino del que hoy tiene á cierto caballerito que ambos conocemos.

Las mejillas de la joven se cubrieron de rubor ante la maliciosa mirada del anciano; quiso responder y le fué imposible.

—Pues ya que he adivinado—prosiguió D. Víctor, que

se gozaba sin piedad en el tormento de su vecina.—si veis al sujeto en cuestión, decidle de parte mía que desde Año Nuevo no tengo necesidad de sus inteligentes servicios.

—¿Vais á despedirlo?—balbució la pobre criatura más muerta que viva.—¿Qué motivos tenéis para ello?

—Mi voluntad, y es bastante; ¿no soy dueño de hacer lo que me parezca en las oficinas que dependen de mí?

—Ciertamente, pero.....

—Pero queréis el motivo, ¿eh? Pues bien, cuando un dependiente en vez de trabajar gasta el tiempo en acechar desde la ventana á la dama de sus pensamientos, y al verla corre en pos de ella y continúa pasando el rato en cambiar palabras de amor, ¿creéis que cumple así con sus deberes de empleado?

Matilde respiró con angustia; aquella grosería la ahogaba; miró al arquitecto y no se encontró con valor para contestarle.

El continuaba riendo burlonamente.

—Os sorprenderá, sin duda, que me halle tan bien informado.

—No—balbució ella;—comprendo que nos habéis espiado; confesadlo de una vez.

—Bien claro lo he dicho; la escalera es de todos los que viven en una casa; pero permitidme aconsejaros que no os detengáis en ella para entablar pláticas amorosas, pues no debe ser grato que sorprendan vuestros idilios.....

Los ojos de Matilde lanzaron llamas de indignación.

—¿Creéis que me avergüenzo?—respondió levantando tranquila su pura frente.—Cuando dos seres honrados se aman como nos amamos nosotros, ¿por qué no han de podérselo decir?

—¿Pero en la escalera?

—Aunque sea en la escalera; el verdadero amor no se preocupa de tiempo ni de lugares..... ¿Mas qué entendéis vos de amor?—añadió sonriendo con desdén.

El anciano se encogió de hombros y ella prosiguió:

—¡Seguro que no lo sabéis! Se os conoce en la cara que no habéis amado nunca.....

—Lo que me asombra—replicó D. Victor, que se exasperaba por momentos—es que vos y vuestro enamorado hayáis creido fácil amansar al *lobo viejo* con garatusas, como, por ejemplo, el convite para el baile de boda.

Matilde temblaba de cólera y de vergüenza.

—Cuando pensábamos interesaros en nuestro favor—dijo al fin lentamente, mientras contenía con heroico esfuerzo las lágrimas que velaban sus ojos,—era una prueba de que os creíamos mejor de lo que sois en realidad..... Habíamos pensado que bajo la ruda corteza de vuestro carácter latía un corazón noble y generoso: desgraciadamente nos hemos engañado, y lo manifiesta que, no contento con haber sorprendido nuestra conversación, os servís de lo que escuchasteis para humillarme y burlaros de mí..... Sois malo y duro como las piedras.....

—¿Y habéis entrado aquí sólo para decirme tales cumplidos?

Matilde le miró fijamente, aterrada de su atrevimiento; después bajó los ojos, y balbució temblando:

—No..... Venía para pediros un favor.

—¿Cuál?

—No para mí..... para mi hermana.

HERMINIA D.

(Continuará.)



25.—Delantero de la chaqueta de paño afelpado.

Véase el dibujo 24.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR.

Exclusivamente serán contestadas en este sitio las consultas que, sobre asuntos propios de las secciones del periódico, se sirvan dirigirnos las Señoras Suscriptoras á la edición de lujo y á la 2.ª edición, demostrando esta circunstancia con el envío de una faja del periódico, ó por cualquier otro medio.

Las consultas que se nos dirijan en *carta anónima*, ó que vengan firmadas por personas que no demuestren debidamente ser suscriptoras á las citadas ediciones, no serán contestadas.

Á UNA ATREVIDA.—Lo más elegante y serio es que esa señorita se cubra toda con un gran capuchón, pues es de mal tono llevar la cabeza descubierta, aunque sea, como dice, para presenciar el baile desde un palco platea.

La moda actual no es tan intransigente: sin embargo, aquí se lleva traje de vestir de color el día de Jueves Santo, y negro el Viernes Santo.

Para usar la mantilla, el peinado debe ponerse bastante alto, colocándose además una horquilla de concha ú otro cualquier adorno que levante. Se prende la mantilla, formando tres cañones, en lo alto de la cabeza; luego detrás, un poco hacia el centro del moño, dejando caer las ondas hacia la cara; después se recoge bien en el cuello, dejándola caer con gracia sobre los hombros.

Los sobres que se usan para el papel de cartas de forma apaisada son también alargados.

Hará perfectamente el nombre entero esquinado en el lado izquierdo.

Á UNA BLANCA Y Á UNA MORENA.—Siento mucho que su carta anterior no haya llegado á mi poder.

El color predilecto del velito para los sombreros es el negro.

Los guantes más elegantes son los blancos, amarillo claro, y color avellana ó rojo.

Para fortalecer el cabello hace buen efecto el cocimiento con vino blanco, un puñado de trigo, dos clavos de especia, y brótano macho. Se tapa herméticamente la vasija, y cuando el cocimiento se ha reducido á la mitad (es decir, de un litro á la mitad) se retira y se deja enfriar; luego se filtra y se le añade una copa de buen ron: se agita bien, y se usa dándose en el casco de la cabeza con una esponjita cada dos ó tres días.

La quina también es excelente para fortalecer el cuero cabelludo. Ambas cosas obscurecen el cabello, así como cualquier ingrediente con que se limpie la cabeza. Es extraño que quiera usted obscurecerse el cabello teniéndolo rubio, pues precisamente el sueño de la generalidad de las hijas de Eva es tener el pelo de ese color.

Me han recomendado como muy eficaz para contener la caída del cabello el Petróleo Hahn. Se vende en la perfumería de Urquiola, Mayor, 1.

Á UNA IMPERTINENTE.—Un adorno de cabeza propio para señorita es colocar con gracia un poco hacia el lado izquierdo del peinado un esprit blanco bastante poblado y alto, guarnecido alrededor con una especie de *bouquet* alargado, de florecitas menudas, del mismo color de la *toilette*.

Las flores van mezcladas con un finísimo encaje blanco, ó lazaditas de cinta (como mejor prefiera).

Ahora se usa un collar que debe formar juego con el adorno de cabeza: son muy elegantes los que se hacen con una *ruche* doble de gasa del color del traje, intercalando de trecho en trecho grupitos de flores iguales al adorno de la cabeza.

Siendo la *toilette* rosa, azul ó blanco, los zapatos y medias deben ser de igual color.

Á CLEMÁTIDA.—No estando de luto, como parece por la explicación que me da, el traje negro que quiere hacerse puede ser de seda de tejido brochado ú otomán, y le quedará elegantísimo copiando para su confección el elegante cróquis núm. 4 de la *Revista Parisiense* del 30 de Enero último, poniéndole en el cuerpo el *collet* de encaje grueso negro. Como verá, éste es un traje de mucho vestir; pero si quiere que le salga más económico podrá copiar este mismo modelo haciendo de vicuña negra la falda y el cuerpo, y de terciopelo *épingle*, también negro, el *collet* y las mangas.

La forma del cuerpo de que me habla se sigue usando; por lo tanto, podrá hacer el arreglo que indica.

Á UNA ANDALUZA.—Los encajes se lavan en la misma forma que indico en mi contestación *Á ojos verdes*, en el número de 6 de Diciembre de 1895; pero como se trata de una mantilla, es operación sumamente delicada que sólo puede encomendarse á una buena encajera. Esta, después de lavar la mantilla, la colocará en un telar á propósito, dándola luego el aspecto de nuevas. Por lo tanto, mi consejo es que no haga usted esta operación en casa, porque se expondría á estropear la prenda.

Es muy á propósito para el disfraz de la niña de doce años el modelo que representa la cuarta figura del figurín iluminado del número de 22 de Enero (*Vendedora de periódicos*), teniendo además la ventaja de poder aprovechar algo del disfraz á que se refiere.

Á UNA SUSCRIPTORA.—En la actualidad se prefiere la pintura al papel, pero también se estila mucho éste. Los colores más propios para comedor, ya sea de una ú otra cosa, son el encarnado y el color cuero.

Los *portiers* deben hacer juego con los cortinajes del balcón, tanto en el tejido como en la guarnición que lleven.

Generalmente se les pone fleco, pues hace siempre mucho más rico.

El tapete para la mesa de comedor será rico y elegante hecho de *peluche* y de un color que armonice con las cortinas, ó de paño, que también es elegante y más sencillo.

El luto de hermano es de un año; seis meses de rigor, tres de negro y tres de alivio.

A UNA ADMIRADORA DE ISABEL CHEIX.—La segunda figura del figurín iluminado del número del 6 de Septiembre de 1895 es un bonito modelo de traje de amazona, pudiéndole variar el color y hacerlo azul marino ó negro, si así lo prefiere.

Bota alta de montar de piel de vaca, negra.

Lea en este mismo número mi contestación dirigida *A una Huérfana de madre*, y verá el peinado que deben usar las señoritas de esa edad.

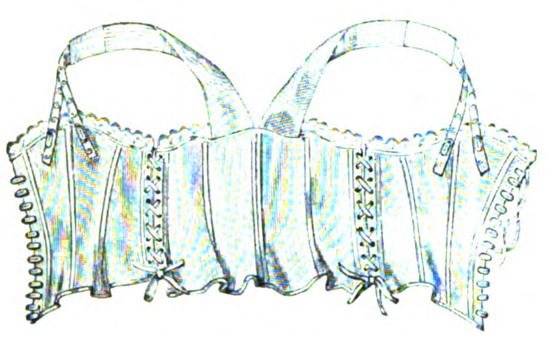
Las manchas de cera en la piel podrá quitarlas con una plancha caliente aplicada sobre un papel, pero sin apretar, y cambiando de sitio el papel con frecuencia, hasta que la cera salga del todo. Luego, si queda algo estampado, puede darle con una franelita empapada en neufalina, y desaparecerá la mancha.

A MARGARITA.—La combinación del traje rosa no está mal; pero yo desde luego hubiera preferido la gasa de seda ó el crespón del mismo tono que la granadina.

Este es un adorno más nuevo y elegante; pero ya que el



26.—Traje para niños de 6 á 7 años.
Explic. y pat., núm. III, figs. 21 á 32 de la Hoja-Suplemento.



27.—Corsé para biciclista.
Explic. y pat., núm. XI, figs. 79 á 84 de la Hoja-Suplemento.



28.—Vestido para niñas de 5 á 6 años.
Explic. y pat., núm. IX, figs. 66 á 73 de la Hoja-Suplemento.

29.—Vestido para niñas de 12 á 14 años.
Explic. y pat., núm. IV, figs. 33 á 39 de la Hoja-Suplemento.

30.—Corsé para traje de amazona y de viaje.
Explicación en el reverso de la Hoja-Suplemento.





31.—Vestido con canesú para señoritas
Explicación en el reverso de la Hoja-Suplemento.

32.—Vestido adornado con bordados.
Explic. y pat., fig. I de la Hoja-Suplemento.

33.—Delantal de menaje.
Explic. y pat., núm. V, figs. 40 y 41 de la Hoja-Suplemento.

traje está terminado, no debe preocuparse. Puede usarlo, porque de ningún modo es ridículo ni feo.

SRA. D.ª D. G. DE F. L.—El galón que se usa para hacer las colchas de encaje inglés es más ancho que el de los pañuelos, y en relación á la trencilla es el hilo que se usa. Para conseguir estos accesorios, no tiene más que dirigirse á la casa especial de labores llamada *Santa Teresa*, cuyas señas son: Caballero de Gracia, núm. 20, entresuelo, explicando el objeto á que quiere destinar la labor.

Puesto que no quiere que el corsé de la niña tenga broches, puede ponerla justillo con hombreras, y cerrarlo por detrás con herretes y trencillas, ó bien el corsé *bebé* hecho á la medida de la niña.

Siento mucho no poderle dar en este momento la receta que me pide; procuraré enterarme de ella y pondréla en su conocimiento si consigo adquirirla, pues como es especialidad de una localidad, quizá no me sea posible.

Á UNA HUÉRFANA DE MADRE.—Lea mi contestación *Á una blanca y una morena*, publicada en este mismo número. Espero que la receta que en ella detallo le dará el resultado que desea para el cabello.—Si esa señorita está de largo, la recomiendo como modelo de peinado sencillo y elegante el que reproduce el croquis número 10 de la *Revista Parisiense* del 22 de Enero último; pero si está de corto, el peinado más propio es el de rizos ondulados y recogidos en lo alto de la cabeza con un moñito, y lo demás del cabello suelto, cogido en el centro con un lazo.

No conozco la marca del jabón que indica; no sé si la venderán en las buenas perfumerías de esta localidad.

Á MARIETA.—Me parece interpretar su deseo dándole la receta de un pastel limusino llamado Glafuty, el cual se hace del siguiente modo:

Harina	200 gramos.
Azúcar pulverizada	200 —
Sal	5 —
Fruta fresca	750 —
Yemas de huevo	Cuatro.
Leche	Medio litro.

Se pone la harina en una fuente honda y se echan las yemas y la sal, desliéndolo bien con la leche. Si el pastel se hace con frutas de hueso, como son ciruelas, cerezas, guindas, albaricoques, etc., se las deshuesa previamente.

Se vierte la pasta, después de bien trabajada, en la tartera, untando bien ésta con manteca de vacas fresca. Se pone á fuego vivo, y cuando la pasta del fondo de la tartera comienza á cuajar, se echan las frutas, mezclándolas con el azúcar: se mete en el horno bien caliente el pastel, y se cubre con un papel blanco de barbas. Al principio el pastel sube, pero luego vuelve á bajar y se deja cocer lo menos durante una hora. Cuando lo está y tiene un bonito color dorado, se retira del fuego, se desprende con un cuchillo del molde y se vuelca.

Á UNA SUBSCRIPTORA MUY JOVEN.—Entre las cintas más de moda citaré á usted en primer término las de piel de seda lisas, de color, con cenefa diferente de tejido y tono, tales como las de faya, verde prado ó piel de seda, con cenefa de terciopelo ó raso azul marino; las color cielo con cinta mordoré, ó las amarillo oro con cinta negra.

También son muy nuevas las cintas de piel de seda hasta la tercera parte de su anchura, y la otra cuarta parte de gasa, siempre haciendo contraste, lisa ó floreada; la verde agua, con banda blanca cubierta de violetas, algunas en capullo, y las otras completamente abiertas.

Este estilo es una maravilla de elegancia y gusto artístico, y en esta clase de cintas hay dibujos y contrastes de colores cuya armonía no puede apreciarse sin ser vistas.

Á CASIANA Y SUSANA.—Las guarniciones más en boga para la ropa blanca son la valenciennes y el punto de París verdadero ó imitación al encaje torchón ó encaje de malla: los entredoses calados en bordado y diversos tipos de festón se usan también mucho.

Las camisas se hacen ajustadas, casi lisas del escote, y la mayor parte de ellas no llevan mangas. Un volante en la parte inferior suple el ancho jaretón, á menos que éste no esté hecho á vainica.

El escote se usa en redondo, en cuadro ó en pico, como mejor prefiera: si por delante lo pone en forma cuadrada ó redonda, por la espalda debe ser en pico; siendo cuadrada por delante, debe llevarlo redondo por la espalda.

Es bonito el modelo de camisa que por la parte de delante vuelve en dos solapas guarnecidas con mariposa calada ó entredoses de valenciennes.

Los pantalones se usan, al contrario de las camisas, anchos de boca, cortos y sin puño que los ajuste: se adornan con un volante fruncido de la misma tela, bordeado de un encaje y seguido de un entredós.

MAMÁ DE NINÍ.—Recomiendo á usted como bonito modelo de traje para niñas de tres á siete años, el siguiente:

Traje forma blusa, de tafetán hoja de rosa, con canesú. Escote redondo. El borde de la falda va adornado con cinco hileras de jaretitas que caen sobre el jaretón. Manga globo, bien proporcionada, sin exageración, hasta el codo, con puño estrecho. Un gran fichú María Antonieta, de muselina de seda blanca, rodeado de un plegado igual, guarnece toda la parte alta del cuerpo, drapeándose con gracia, y que, levantado sobre los hombros y cruzado delante, indica el talle. Se anuda por detrás, cayendo en dos extremos redondos. Media de seda rosa, zapato de cabritilla rosa y largos mitones blancos de torzal de seda.

Si la niña tiene el cabello largo, se deja flotar éste sobre los hombros, recogiendo los rizos de delante con un lazo más ó menos voluminoso y colocado más ó menos hacia delante, según la fisonomía de la niña.

El cabello suelto debe caer ondulado, y lo conseguirá haciéndose al acostarse varias trenzas.

Esta diminuta *toilette* puede repetirse en azul, tafetán mil rayas blancas y color cereza, seda damasco crema, etc. Cualquier tono que se elija sienta á las mil maravillas, y resultan graciosísimas las niñas con su *toilette* de *soirée*.

La falda pasa un poco la altura del calcetín.

El traje de día podrá copiarse perfectamente en terciopelo de algodón estampado, en paño, en escocés, é irá muy bien con cuello bordado y cinturón de piel natural.

Para abrigo resulta elegantísima una larga pelliza con canesú, guatada de cachemir ó paño, con *collet* bordeado de piel ó de galones.

Las niñas de esa edad llevan también largas redingotes con un solo pliegue por detrás, y *collet* cayendo hasta más abajo del talle. Cuello alto muy desahogado.

ADELA P.

EXPLICACIÓN DE LOS FIGURINES ILUMINADOS.

Núm. 5.

Corresponde á las Señoras Suscriptoras de la edición de lujo y á las de la 2.ª y 3.ª edición.

«TOILETTES» DE ENTRETIEMPO.

1. Falda campana de pañete color marrón. *Collet* de encaje negro, guarnecido de cintas de raso también negras. Esta esclavina se forma con un canesú redondo de seda cubierto de encaje, sobre el cual va fruncido todo alrededor un ancho volante de encaje, colocado sobre un volante de seda negro. Todo alrededor del canesú lleva una gruesa *ruche* que disimula la pegadura del volante, y termina á cada lado bajo un lazo de raso negro con largas caídas, que penden hasta el extremo del *collet*. En el escote, cuello Médicis de encaje, colocado sobre seda forrada con una *ruche* igualmente de encaje.—Toquita de terciopelo negro rodeada de una guirnalda de geranio rojo, con guarnición en el lado derecho de un lazo de terciopelo negro mezclado con cocas de encaje crema, de donde parte una *aigrette* negra y roja.

2. *Toilette* de lanilla gris pizarra, guarnecida de terciopelo rojo y muselina de seda.—Falda lisa, montada á cañones gruesos y forrada de faya de seda roja con barredera del mismo color. Cuerpo liso, abierto sobre un plastrón de grueso guipur color crema y adornado con un gran cuello cuadrado de terciopelo rojo, que desciende en pico sobre la manga, formando á cada lado del plastrón una solapa que desciende hasta el talle, donde forma un nudo, cuyos extremos caen sobre la falda. El cuello va rodeado de un volante plegado de muselina de seda roja, que se pierde por delante bajo las solapas que encajan el plastrón. Rodeando el talle, cintura drapeada de terciopelo rojo. Mangas forma Imperio.—Gran sombrero de terciopelo verde, cubierto de pasamanería de oro con fondo flojo de raso maíz, rodeando la copa una torzada de raso malva, que forma en el lado izquierdo un *chou*, sobresaliendo de éste dos altas plumas negras con *aigrette*. Dos ricas hebillas traspasan la torzada, completando la guarnición de este sombrero.



(Croquis del figurín iluminado, visto de espalda.)

3. *Toilette* para jovencita de 14 á 15 años, de lanilla chiné color *beige*, guarnecida de terciopelo verde.—Falda semilarga plegada por detrás y adornada en el borde inferior con dos bieses de terciopelo verde musgo, que se abren á cada lado del delantero y se sujetan con dos bonitos botones fantasía. Cuerpo de lanilla liso por la espalda y forma blusa el delantero. Este cuerpo forma tres anchos pliegues por delante encajados con un entredós de fino encaje blanco, que se sujetan al talle con un cinturón de terciopelo verde que se cruza bajo un botón. Dos trabillas largas del mismo terciopelo parten de la bocamanga y se cruzan sobre el pecho sujetándose con otro botón. Cuello recto de terciopelo. Mangas forma Imperio de terciopelo verde con puños voleados y abiertos.—Sombrero de fieltro guarnecido de cocas de cinta rayada color cambiante *beige* y malva, con hebilla en la parte de detrás, de donde parten tres plumas cuchillo verdes. Otro lazo de la misma cinta cae sobre el peinado.

Núm. 5 extraordinario.

Corresponde á las Sras. Subscriptoras de la edición de lujo.

TRAJE DE PASEO PARA SEÑORAS JÓVENES.



(Croquis del figurín extraordinario, visto de espalda.)

Se compone de una falda de raso tornasolado color de malva muy pálido y verde, ribeteada de cibelina, y de una chaqueta Luis XVI de raso tornasolado color de dalia, abierta sobre un chaleco largo del mismo estilo hecho de piel de seda marfil, brochada de rosas con hojas verdes. La chaqueta se compone de espalda, laditos y delanteros semiajustados y muy abiertos. El chaleco va ajustado con pinzas, cerrado en medio y guarnecido con una chorrera de encaje antiguo. Cuello alto, y carteras de mangas de la misma seda brochada, guarnecidas de encaje. Mangas al sesgo. Cuello-esclavina de piel de cibelina adornado con rabos de la misma piel. Una cenefa estrecha de pasamanería negra rodea la chaqueta.—Sombrero de fieltro color de tiza, adornado con flores de adormidera de dos colores y plumas negras.

Tela necesaria: 8 metros de raso color de malva y verde; 7 metros de raso «dalia» para la chaqueta, y un metro 50 centímetros de seda brochada.

CARPETAS PARA «LA MODA».

Con objeto de que las Señoras Subscriptoras á LA MODA ELEGANTE puedan conservar en buen estado los números de esta Revista sin que se deterioren al hojearlos, esta Administración ha hecho construir unas carpetas especiales que, por su baratura, estén al alcance de todas las Señoras que nos favorecen con su concurso.

Estas carpetas unen á su buen aspecto suficiente solidez, y resultan muy á propósito para contener, en forma cómoda y elegante, los números últimamente publicados. Su precio, 2 pesetas en Madrid, 3 en provincias y 4 en América y el Extranjero, incluso los gastos de franqueo, certificado y de embalaje entre cartones.

Diríjanse los pedidos, acompañados de su importe, al Administrador de LA MODA ELEGANTE, Alcalá, 23, Madrid, ya directamente, ya por mediación de los Señores Corresponsales.

SELLOS HÉRISÉ

CURACIÓN SEGURA DE LAS ENFERMEDADES DEL PECHO Y DE LAS VIAS RESPIRATORIAS

Tos persistente, Bronquitis, Catarros, Tuberculosis, Tisis

Adoptados en los hospitales de Paris.—Depósito: farmacia Hérisé, 21, boul. Rochechouart, y en las principales farmacias.—Precio: **4 frs.** la caja.

NEURALGIAS JAQUECAS, *calambres en el estómago, histerismo,* todas las *enfermedades nerviosas se calman con las píldoras antineurálgicas del* Dr CRONIER 3 francos.—**París**, Farmacia, 23, *rue de la Monnaie.*



NINON DE LENCLOS

Reíase de las arrugas, que no se atrevieron nunca á señalarse en su epidermis, y se conservó joven y bella hasta más allá de sus 80 años, rompiendo una vez y otra su acta de nacimiento á la faz del tiempo, que en vano agitaba su guadaña delante de aquel rostro seductor sin poder mortificarle.—Este secreto, que la gran coqueta egoísta no quiso revelar á ninguno de sus contemporáneos, ha sido descubierto por el doctor Leconte entre las hojas de un tomo de la *Historia amorosa de las Galias*, de Bussy-Rabutin, perteneciente á la biblioteca de Voltaire y actualmente propiedad exclusiva de la **Perfumeria Ninon** *(Maison Leconte)*, 31, rue du 4 Septembre 31, París.

Dicha casa entrega el secreto á sus elegantes clientes bajo el nombre de **Véritable Eau de Ninon** y de **Duvet de Ninon**, polvo de arroz que Ninon de Lenclos llamaba «la juventud en una caja».—Es necesario exigir en la etiqueta el nombre y la dirección de la Casa, para evitar las falsificaciones.—La *Parfumerie Ninon* expide á todas partes sus prospectos y precios corrientes.

Depósitos en Madrid: *Aguirre y Molino, perfumeria Oriental, Carmen, 2; perfumeria de Urquiola, Mayor, 1; Romero y Vicente, perfumeria Inglesa, Carrera de San Jerónimo, 3;* y en Barcelona: *Sra. Viuda de Lafont é Hijos,* y *Vicente Ferrer; Salvador Vives, perfumista, Pasaje Baconti; Salvador Banus, perfumista, calle Jaime I, núm. 18.—J. G. Fortis, perfumista, Alfonso I, núm. 27, en Zaragoza, misma casa en Valencia.*



MANOS DE SOBERANA pueden llamarse aquellas que estan cuidadas con la **Pâte des prelats** de la **Parfumerie Exotique, 31, rue du 4 Septembre, París,** que blanquea y suaviza la epidermis más áspera.—Depósitos en Madrid: Perfumeria Oriental, Carmen 34; perfumeria de Urquiola, Mayor 1; Aguirre y Molino, Preciados, 1; Romero y Vicente, perfumeria Inglesa, Carrera de San Jerónimo, 3; y en Barcelona: Sra. Viuda de Lafont é Hijos; Vicente Ferrer y C.ª, perfumistas.

CÁPSULAS DE Quinina de Pelletier ó de las 3 Marcas

Adoptada por todos los médicos, en razón de su eficacia, contra *Jaquecas, Neuralgias, Fiebres intermitentes* y *palúdicas, Gota, Reumatismo, Lumbago, fatiga corporal, falta de energía.* Soberanas para detener el estado febril de un resfriado ó una enfermedad en su principio. Una cápsula representa una copa de Quina.

Más solubles, más fáciles de tomar que las píldoras y grageas, han resuelto el problema de la Quinina barata. Frascos de 10, 20, 100 cápsulas.

En PARIS, 8, rue Vivienne *y en todas las Farmacias.*

ALMUERZO de las SEÑORAS

ALIMENTO DE LOS NIÑOS Y DE LOS CONVALECIENTES

Para reemplazar el chocolate de digestion á veces difícil, y el café con leche cuyos efectos debilitantes son tan perjudiciales á la salud de las señoras, los Médicos recomiendan el **Racahout de los Arabes de Delangrenier.** Alimento *ligero, agradable* y *muy nutritivo,* que tambien recetan á los niños, á los ancianos ó á las personas anémicas, en una palabra á todos aquellos que necesitan fortificantes.

DEPÓSITOS EN TODAS LAS FARMACIAS DEL MUNDO ENTERO. — *SE MÉFIER DES CONTREFAÇONS.*

LA MODA DEL DIA!

LOS BOTONES IGUALES á las TELAS de las PRENDAS adorno muy elegante y del mejor gusto, se fabrican **en casa**, de todas formas y tamaños muy económicamente y **sin aprendizage** con las admirables máquinas

El ECLAIR y el ECLAIR UNIVERSAL

CON PRIVILEGIO ESCLUSIVO

PARIS: Medallas Bronce y Vermeil, 3 Medallas de ORO.

TARIFAS Y MUESTRAS ENVIADAS FRANCO DE PORTE A LAS PERSONAS QUE LO SOLICITEN.

Dirigirse á la **FÁBRICA DEL ECLAIR,** 15, rue du Louvre y 22, rue du Bouloi, Paris

¡QUININA DULCE!

FEBRÍFUGO INFANTIL SANTOYO.

Cuatro Medallas de plata. Un diploma de Mérito. Muy elogiado por la prensa médica y por muchos médicos eminentes. Desechad imitaciones. Véndese en las boticas, y va por correo. **Dr. Santoyo,** Subdelegado, Linares.

EL SOL DE INVIERNO

POR

DOÑA MARÍA DEL PILAR SINUÉS.

Preciosa novela original, con interesante argumento, cuadros de costumbres familiares, episodios muy dramáticos, y brillando en todo el libro la más profunda moralidad.

Un volumen en 8.° mayor francés, que se vende, á 4 pesetas, en la Administración de este periódico, Madrid, calle de Alcalá, núm. 23.

Desconfíese de las Falsificaciones y rehúsese toda caja que no se encuentre revestida de la Marca de Fábrica **EL CENTAURO** *reproducida aquí.*

El más agradable de los Purgativos

THÉ CHAMBARD

TÉ PURGANTE DE CHAMBARD

El mejor remedio del Estreñimiento

SE ENCUENTRA EN TODAS LAS FARMACIAS: **1 fr. 25** LA CAJA

OBRAS DE D. EMILIO CASTELAR.

La cuestión de Oriente.—Un tomo de 326 páginas.—4 pesetas.

Recuerdos de Italia (primera parte).—Un tomo, 8.° mayor francés.—4 pesetas.

Recuerdos de Italia (segunda parte).—Un tomo, 8.° mayor francés.—4 pesetas.

La Rusia contemporánea.—Un tomo, 8.° mayor francés.—3 pesetas.

Las guerras de América y Egipto.—Un tomo, 8.° mayor francés.—4 pesetas.

Europa en el último trienio.—Un tomo, 8.° mayor francés.—4 pesetas.

Historia de 1883.—Un tomo, 8.° mayor francés.—4 pesetas.

Historia de 1884.—Un tomo, 8.° mayor francés.—4 pesetas.

Retratos históricos.—Un tomo, 8.° mayor francés.—4 pesetas.

De venta en las oficinas de LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA Y AMERICANA, Alcalá, 23, Madrid.

SUEÑOS Y REALIDADES

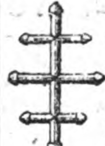
POR

D. RAMÓN DE NAVARRETE.

La mejor recomendación de este ameno libro es manifestar que está escrito por el distinguido cronista de salones y teatros *El Marqués de Valle-Alegre.*

Elegante volumen en 8.° mayor francés, que se vende, á 4 pesetas, en la Administración de este periódico, Madrid, Alcalá, 23.

CABELLOS CLAROS Y DÉBILES



Se alargan, renacen y fortifican por el empleo del **Extrait capilaire** *des Bénédictins du Mont Majella,* que detiene también su caida y retrasa su decoloración. *E. Senet, administrador,* 35, *rue du 4 Septembre, París.*—Depósitos en Madrid: *Perfumeria Oriental, Carmen,* 2; *Aguirre y Molino, Preciados,* 1; *Urquiola, Mayor,* 1, y en Barcelona, *Sra. Viuda de Lafont é Hijos, y Vicente Ferrer y Compañía, perfumistas.*

TOS



VINO DE CHASSAING

BI-DIGESTIVO

Prescrito desde 25 años

Contra las AFECCIONES de las Vías Digestivas

PARIS, 6; Avenue Victoria, 6, PARIS

Y EN TODAS LAS PRINCIPALES FARMACIAS

COMPAÑIA COLONIAL

CHOCOLATES Y CAFÉS

La casa que paga mayor contribución industrial en el ramo, y fabrica **9.000 kilos** de chocolate al dia.—**38 medallas de oro** y altas recompensas industriales.

DEPÓSITO GENERAL: CALLE MAYOR, 18 Y 20, MADRID

OBRAS POÉTICAS

DE

D. JOSÉ VELARDE

DE VENTA EN LA ADMINISTRACIÓN DE ESTE PERIÓDICO

ALCALÁ, 23.—MADRID.

	Pesetas
Obras poéticas.—Dos tomos	8
Teodomiro, ó la Cueva del Cristo	2
Fray Juan	1
La Niña de Gómez Arias	1
Alegría (Canto I)	1
El Holgadero (segunda parte de *Alegría*)	1
A orillas del mar	1
La Venganza	1
Fernando de Laredo	1
El Último beso	1
El Capitán García	1
Mis Amores	1
La Velada	1
El Año campestre	1

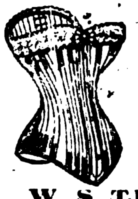
Perfumeria, 13, Rue d'Enghien, Paris

LACTEINA de E. COUDRAY

Perfumeria especial, comprendiendo:

JABON — POLVOS DE ARROZ, ACEITE, ESENCIA, AGUA DE TOCADOR.

CORSÉ THOMSON'S



Perfección en el corte, elegancia y duración.

Aprobado por todas las elegantes del mundo.

VENTA ANUAL DE MÁS DE UN MILLÓN.

Encuéntrase en todos los comercios del mundo.

DOCE PRIMERAS MEDALLAS

W. S. THOMSON Y C.ª Ltd.

LONDON, Manufacturers.

Véase en todo corsé si tiene el letrero THOMSON'S GLOVE-FITTING y la corona que es nuestra marca de fábrica. Los que no los tengan no son legítimos.



MARI-SANTA, *por D. ANTONIO de TRUEBA*

Es una de las mejores obras literarias del ilustre *Antón el de los Cantares,* moral, instructiva y amenísima.

Forma un elegante volumen en 8.° mayor francés, y se vende á 4 pesetas en la Administración de este periódico, Madrid, calle de Alcalá, núm. 23.

PATE ÉPILATOIRE DUSSER

destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. **50 Años de Exito,** y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el ***PILIVORE.*** **DUSSER,** 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

MADRID.—Establecimiento tipolitográfico «Sucesores de Rivadeneyra», impresores de la Real Casa.

LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA

4 de Febrero de 18[illegible]. N.° [illegible] Alcalá 23 — MADRID

LA MODA ELEGANTE

PERIÓDICO ESPECIAL DE SEÑORAS Y SEÑORITAS, INDISPENSABLE EN TODA CASA DE FAMILIA

Administración: Alcalá, 23, Madrid. | **Madrid, 14 de Febrero de 1896.** | **Año LV.—Núm. 6.**

SUMARIO.

REVISTA PARISIENSE.

SUMARIO.

Trajes y accesorios de primera comunión.—Varios modelos de vestidos, velos, coronas, escarcelas, devocionarios, etc.—Trajes del día siguiente.—Niñas y mamás.—El vino en píldoras.—Un diputado íntegro.

A instancias de varias suscriptoras que desean preparar con tiempo los vestidos y accesorios indispensables para la primera comunión de sus niñas, publicamos hoy una serie de dibujos concernientes á la interesantísima ceremonia de la primera comunión, dibujos que nos ha proporcionado una casa especial de París que, por las mismas razones que nosotros, ha anticipado este año la época en que ordinariamente salen á luz esta clase de modelos.

***

No hay tela que pueda reemplazar para el vestido de comulgante á la muselina, la virginal y santa muselina. Así, pues, la muselina lisa, sobre todo la muselina suiza, se impone en estas circunstancias. Algunas mamás preferirán las muselinas gofradas ó bullonadas ó dispuestas en pliegues indesplegables. En cuanto á la muselina de seda se la ha probado ya, pero sin éxito..... Es demasiado frágil y delicada, y de un lujo demasiado refinado para un día en que la sencillez es de rigor.

Las faldas de los vestidos de primera comunión se cortan generalmente al hilo, á la *campesina*. El delantero es llano: los lados y la parte de detrás de la falda se fruncen en la cintura. La falda de debajo se hace de moaré *antique* ó de tafetán, ó bien de seda mate. Esta falda se sesga ligeramente cuando se quiere obtener cierto vuelo.

Vengamos ahora á los cuerpos.

Ya sean plegados ó fruncidos, van casi siempre remetidos en la falda, bajo un cinturón adherido á ésta ó independiente, á voluntad. Sin embargo, algunas veces el cuerpo va pegado á la falda. En otro tiempo el cuerpo no llevaba otro adorno que pliegues ó fruncidos; pero hoy se le guarnece de una manera más coqueta, con guipur y lazos de cinta.

Hé aquí ahora dos lindos modelos con sus correspondientes dibujos:

Falda de muselina, adornada á lo largo con tres entredoses de guipur. El cuerpo, en forma de blusa, con un cinturón de piel blanca con letras de oro, va guarnecido de guipur recortado en pétalos. Cofia de muselina, rodeada de rosas y coronada de cocas de cinta, con velo de tul blanco, que envuelve el cuerpo de la niña con una gracia especial. Escarcela de piel blanca, y devocionario blanco con cifras de oro. (Croquis núm. 1.)

Vestido de muselina lisa, con cuerpo fruncido, atravesado de tres tiras de guipur fijadas á cada lado con unos lacitos de raso blanco. Del cinturón, que es de raso, pende una escarcela también de raso. Sobre el velo puesto modestamente va una corona de rosas muy pequeñas. (Croquis número 8.)



1.—Traje de baile.

Núms. 1 á 8.

Por fin vuelven á aparecer esas lindas coronas místicas abandonadas un momento por la moda. La variedad de estas coronas, como forma y flores, es infinita. Ya he citado la cenefa de rosas que rodea la cofia del croquis núm. 1. El núm. 4, especie de diadema de jacintos, forma á cada lado unas *aigrettes* de las mismas flores. El número 5 es una corona de rosas de Navidad, apretadas unas contra otras. Las rosas del número 7, más espaciadas, conservan sus hojas.

La cofia clásica, que envuelve los cabellos, varía menos por la forma que por los adornos. Unas cocas de cinta, varios rizados de tul ó de muselina las guarnecen en general. Las hay, como la del núm. 6, cuya fina batista del fondo va atravesada de entredoses de valenciennes.

Recomiendo para las niñas delicadas el *collet* corto de armiño, con cuello Médicis, representado por el croquis número 2. Este abrigo, de graciosa apariencia, les preservará el escote, sin quitar nada de la armonía del traje.

No me extenderé sobre los numerosos accesorios de primera comunión. El devocionario á la moda es de moaré *antique* blanco ó de tafilete blanco, sobre los cuales resplandecen las letras de oro. Los registros, cintas estrechas de moaré ó de raso, terminados en medallas, señalan las páginas, rodeadas de deliciosos dibujos iluminados. (Croquis núm. 3.)

Á los rosarios de nácar y de marfil han sucedido los de piedras de color, como topacio y lapislázuli, con monturas de oro ó de plata, y los rosarios de cristal frágil.

Las escarcelas se hacen indistintamente de faya y de moaré *antique*, incrustadas de encajes antiguos, de raso ribeteado de cordonaduras, ó bien—lo que es más nuevo—de piel de gamuza blanca.

⁂

Si la presunción está prohibida á las primeras comulgantes, esta prohibición no reza con las mamás, ni con las demás personas de la familia. Antes al contrario, la elegancia y hasta el lujo constituyen un deber para estas personas. Los rasos, los brochados y los terciopelos les prestarán su brillo, al cual se añadirá el de los más ricos adornos, como preciosos encajes, bordados artísticos, botones antiguos, etc.

⁂

Al día siguiente de la primera comunión las niñas suelen estrenar traje. Se hacen estos vestidos de tafetán, de seda ligera, ó bien de crespón y otras telas de una elegante fantasía.

El grupo formado por los núms. 9 y 10 nos da los croquis de un traje de señorita para el día siguiente de la primera comunión, y de un vestido de mamá joven.

El primero de estos modelos es de velo *beige*. El cuerpo va guarnecido con un cuello doble rodeado de guipur, y cruzado sobre el lado izquierdo. Mangas con puños.—Sombrero de ala ancha, muy adornado con lazos de cinta.

El traje destinado á las mamás jóvenes (croquis núm. 10) es de seda verde césped. El cuerpo va plegado deliciosamente sobre un canesú de guipur artístico. Mangas de una amplitud poco exagerada, como se hacen actualmente. En torno del cuello, gola doble de tul blanco.—Sombrero de paja mordorada, adornado con una *aigrette* blanca que sale de un ramo de gardenias.

Otro lindo traje para el día siguiente de la comunión es el que representa nuestro croquis núm. 11. Es de seda ligera color de rosa antiguo, y va guarnecido á todo alrededor de la falda con una cinta de terciopelo fijada en ambos lados del delantal con dos hebillas de plata antigua. La misma cinta adorna el cuerpo, ribeteando el canesú de guipur. Cinturón de cinta de terciopelo, cerrado igualmente con hebillas. Mangas de una pieza, formadas sobre un puño estrecho.—Sombrero de fieltro negro, adornado con cintas de tafetán crema y plumas negras de avestruz.



Núms. 9 y 10.

El vestido que sigue (croquis núm. 12) es un vestido de señora mayor, hecho de paño rojo antiguo, de forma Princesa. Va adornado en el cuerpo con solapas anchas de encaje antiguo, y se abre por delante, de arriba abajo, sobre unos tableados finos de muselina de seda negra. Cuatro botones de porcelana de Sajonia marcan el talle. Puños de encaje.—Capota con lazo de terciopelo y *aigrette* negra.

Tales son los datos más necesarios para las interesantes ceremonias que van á celebrarse dentro de poco en algunos países, y más adelante en otros.

⁂

Un bebedor delicado asistía á un gran banquete. A los postres, la dueña de la casa le presentó un plato de uvas, á lo cual el bebedor respondió gravemente:

—Gracias, señora; no acostumbro á tomar el vino en píldoras; prefiero beberlo como Dios lo ha hecho.



Núms. 11 y 12.

Y así diciendo, apuró un vaso de Jerez á la salud de los convidados.

Entre un pintor y su modelo:

—Señor diputado, ¿quiere usted que haga su retrato de busto?

—No, en pie..... rechazando un cheque de veinticinco mil francos.

V. DE CASTELFIDO.

París, 10 de Febrero de 1896.

EXPLICACIÓN DE LOS GRABADOS.

Traje de baile.—Núm. 1.

Vestido de raso brochado color turquesa. Cuerpo de muselina de seda fruncida del mismo color sobre raso liso, remetido en un cinturón de oro bordado de piedras preciosas. Una guirnalda de peonías gruesas color de rubí rodea el escote. Mangas de muselina fruncida formando bullones en los hombros y por encima del codo. Falda muy amplia de raso brochado color turquesa sobre fondo oro un poco pasado.

Traje para niños de 6 á 8 años.—Núm. 2.

Se hace este traje de paño azul marino, y se le guarnece con cuello y peto de paño ó raso blanco. Un ancla de cordón de oro va bordada en las mangas y en el peto. Corbata floja de *surah* azul.—Birrete de paño azul marino con cinta azul claro.

Vestido de soirée para señoras jóvenes.—Núm. 3.

Falda y mangas de piel de seda color de banana. Cuerpo cubierto de una blusa de muselina de seda color de paja, enteramente plegada. Canesú de azabache con tirantes de cabochones sobre viso de raso color de paja. El cuerpo se abrocha por delante de una manera invisible bajo los pliegues de la muselina de seda.

Tela necesaria: 13 metros de piel de seda, y 2 metros de muselina.



2.—Traje para niños de 6 á 8 años.

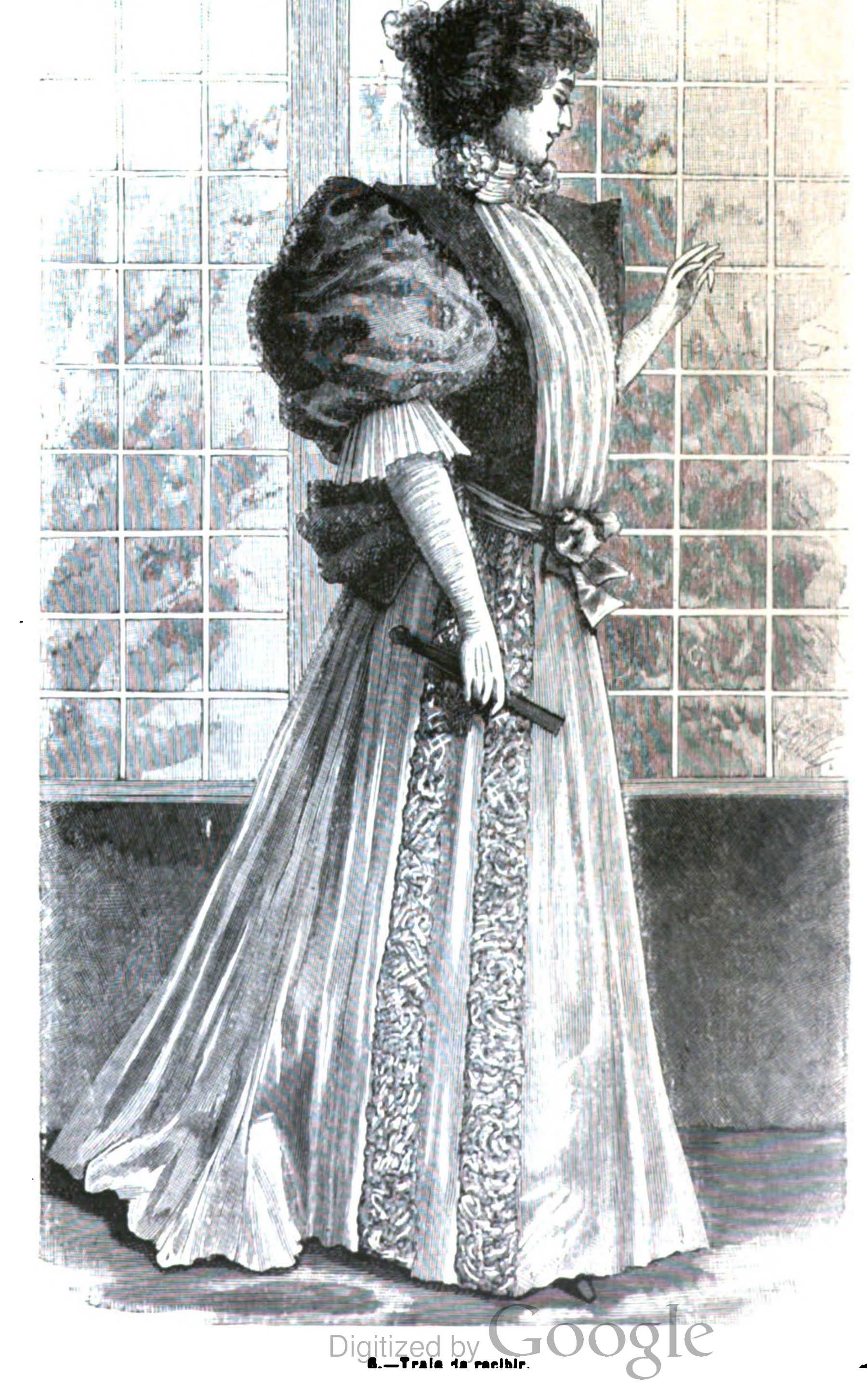
3.—Vestido de soirée para señoras jóvenes.



4.—Traje para niñas de 7 á 9 años.



5.—Traje de baile para señoritas.



6.—Traje de recibir.

Traje para niñas de 7 á 9 años.—Núm. 4.

Se hace este vestido de terciopelo inglés rojo antiguo, y se le adorna con un cuello de muselina blanca plegada con entredoses y encaje de Valenciennes. Puede ejecutarse este vestido de lana lisa ó labrada.

Tela necesaria para niñas de 9 años: 5 metros de terciopelo.

Traje de baile para señoritas.—Núm. 5.

Vestido de raso color de maíz, compuesto de una falda con bastante vuelo formando *godets* por detrás, y un cuerpo remetido, con espalda lisa, lados de delante y delantero de una pieza, estrechado en la cintura con varios fruncidos. Cinturón plegado de terciopelo violina, con lazo grande del mismo terciopelo en medio por delante. Manga corta de muselina bullonada, reunida á una especie de berta bullonada sobre un escote cuadrado. En la parte inferior del delantal se pone un ramo de violetas de Parma.

Tela necesaria: 12 metros de raso, y 4 metros de muselina.

Traje de recibir.—Núm. 6.

Vestido de *surah* color de malva y terciopelo Liberty más obscuro. Falda ancha, cuyos lados van adornados con dos quillas de entredoses de guipur grueso blanco. Chaqueta Luis XVI. de terciopelo, con aldetas por detrás dispuestas en pliegues huecos, y delanteros abiertos sobre una camisa de muselina de seda, fruncida en el escote y en la cintura. La parte superior va guarnecida con solapas. Cinturón de cinta de raso color de malva, que pasa bajo las aldetas y se anuda en medio por delante. Manga globo sujeta en la sangría del brazo con un volante de muselina indesplegable. Cuello alto, adornado con dos rosáceas de cinta.

Tela necesaria: 10 metros de *surah;* 5 metros 50 centímetros de terciopelo, y 3 metros de muselina.

Abrigo de terciopelo.—Núm. 7.

Este elegante abrigo es de terciopelo ondulado azul y negro, y va guarnecido con un cuello, solapas y esclavina rodeados de piel de bisonte. Puede reemplazarse la piel con tiras de plumas negras ó azules para la estación en que entramos. Un lazo de guipur fija la esclavina bajo el cuello. — *Toque* de terciopelo color de tabaco, con hebilla de *stras* al lado izquierdo y plumas de faisán en lo alto.

Sombrero-capelina Montespan.—Núm. 8.

Esta capelina, de ala muy ancha, es de fieltro negro, y la copa, estrecha y bastante alta, va inclinada hacia delante bajo una hebilla de perlas gruesas y *stras*, la cual sujeta al mismo tiempo dos plumas largas negras que rodean el ala. Por delante, contra la capa, va un lazo muy alto de cinta de piel de seda color de rosa, estampada con aplicaciones de terciopelo blanco. Por detrás el fondo queda libre.

Sombrero redondo y toque.—Núms. 9 y 10.

Núm. 9. El sombrero es de fieltro negro. Una rosácea con puntas de oreja, de terciopelo color de musgo, prendida con un cabochón de *stras*, y un penacho de plumas negras, constituyen los adornos. Por detrás, cubrepeineta de rosas de su color.

Núm. 10. Esta *toque* es de terciopelo negro drapeado. Penacho de plumas y *aigrettes* negras. Alfiler de fantasía, y á cada lado ramo de flores color de rosa.

Cuello, pechera y puño de muselina y encaje. Núms. 11 á 13.

El cuello y la pechera van dispuestos en plieguecitos de lencería y recortados en puntas rodeadas de un encaje estrecho. Puños iguales.

Cuello y corbata de muselina, encaje y cinta.—Núm. 14.

Se compone este adorno de un volante de muselina blanca indesplegable, ribeteado de un volante de encaje. Un volantito cae sobre una tira alta, y otro volante más ancho, adornado con un entredós, forma un lazo de corbata con una abrazadera de cinta verde pálido. Bridas de cinta, adornadas con lazos que se reunen al escote bajo la muselina y se anudan en la cintura. Lazo en medio por detrás.

Reina de los naipes.
Traje de máscaras para niñas de 12 á 14 años.—Núm. 15.

Se compone de una falda de lana blanca, sembrada de naipes de raso encarnado y terciopelo negro. Un cordoncillo de oro forma cenefa. Cuerpo ajustado, de paño verde, adornado con tréboles de terciopelo. Unos tréboles iguales forman hombreras sobre las mangas, que son de lana blanca, sembradas de cuadros de raso encarnado. Sobre el pecho, corazón de raso encarnado. Un bies de terciopelo negro, montado con un cordoncillo de oro, ribetea el cuerpo. Collar y corona emblemática de azabache. Bastón formado de una pica larga y coronado de un *as de pica*, de azabache.— Medias de seda negra y zapatos de terciopelo, adornados con un corazón de raso encarnado y un trébol de terciopelo negro, ribeteado de oro.— Velo largo, de tul blanco, sembrado de tréboles negros.

Traje de viuda.—Núm. 16.

Este traje es de velo de lana. Falda de campana adornada casi hasta la mitad de su altura con crespón inglés recortado en festones y bordado. El cuerpo va ajustado por delante bajo dos pliegues redondos estrechados en la cintura. Estos pliegues se doblan sobre otros dos pliegues de crespón que caen sobre el delantal y van fijados sobre este último. Un cinturón estrecho de crespón sale de los pliegues de delante y se abrocha por detrás bajo los rosáceas. Manga globo de crespón inglés, montada con pliegues.—Capota de crespón con velo largo de lo mismo. Bies de crespón blanco por delante — Guantes negros.—Medias de seda negra y zapatos de cabritilla mate.

Tela necesaria: 5 metros de velo, de un metro 20 centímetros de ancho, y 8 metros de crespón inglés, de 70 centímetros de ancho.

Traje de calle.—Núm. 17.

Vestido de paño azul húsar, compuesto de una falda ancha por abajo y de un cuerpo formado de un canesú del mismo paño, remetido en una blusa escotada de guipur grueso, bordada de lentejuelas de azabache, con aldetas iguales añadidas. Mangas al sesgo. Cuello alto, cubierto de una boa de plumas. Cierre invisible bajo el brazo izquierdo. —Sombrero de fieltro color de crema, adornado con flores grandes encarnadas de terciopelo, dos *aigrettes* negras y una hebilla de *stras*.

Tela necesaria: 6 metros de paño, de un metro 20 centímetros de ancho.

Layette para niños de primera y segunda edad. Núms. 1 á 25.

Núm. 1.—Cuerpo de piqué escotado en cuadro y guarnecido con entredós de encaje, por el cual se pasa una cinta.

Núm. 2.—Babero americano de piqué rodeado de un bordado.—Otro babero de batista cuya parte inferior va bordada. Guarnición de entredós y bordado.

Núm. 3.—Capota de raso blanco. Esta capota va ajaretada y ribeteada de cisne. Unos lazos y bridas de cinta de raso completan los adornos.

Núm. 4.—Botina de seda gruesa blanca ribeteada de piel de cisne. Cordonadura en el lado.

Núm. 5.—Faldón de nansuc bordado de calados y relieve. El cuerpo y la bata son de entredós y encaje.

Núm. 6.—Camisa de batista con plieguecitos por delante y canesú y mangas bordadas.

Núm. 7.—*Béguin* de batista. El borde va festoneado.

Núm. 8.—Gorra de cristianar. El fondo es de nansuc bordado, y el ala de entredós de encaje.

Núm. 9.—Paletó de lana blanca con solapas y cuello ribeteados de encaje. Pliegues huecos en el delantero.

Núm. 10.—Guante al punto de aguja hecho con lana blanca.

Núm. 11.—Camiseta de nansuc. Plieguecitos por delante. Babero hecho de entredoses de encaje.

Núm. 12.—Calzón-pañal de franela, adornado con un volante bordado en su lado inferior y con lazos de cinta.

Núm. 13.—*Douillette* de seda brochada blanca. Pliegues redondos por delante. Berta ribeteada de piel de Mongolia. Cuello de la misma piel.

Núm. 14.—Cubrepañal de lana blanca bordada. El cuerpo cruza, y la parte interior va adornada con un bordado.

Núm. 15.—Zapatos de seda blanca bordada, con un lazo por encima.

Núm. 16.—Botina de lana hecha al punto de aguja.

Núm. 17. Abrigo de nodriza. Este abrigo va hecho de vicuña y guarnecido con un canesú de terciopelo, en cuyo borde inferior se monta el abrigo.

Núm. 18.—Pelliza de seda blanca. Las dos esclavinas de que se compone este abrigo van rodeadas de una guirnalda de rosas bordadas. Borde de plumas blancas.—Capota ajaretada de seda bordada, guarnecida con plumas blancas.

Núm. 19.—Chambra de nansuc, cuya parte superior va bordada en forma de canesú redondo. Cuello y borde de mangas bordados. Camiseta de nansuc, cuyo delantero va formado de plieguecitos y tiras bordadas.

Núm. 20.—Vestido de lana blanca. Plieguecitos por delante y en la espalda, alternando con entredoses bordados.— Manga globo. Lazo flotante.

Núm. 21.—*Douillette* de seda blanca. Delantero y espalda con pliegues anchos y redondos. Esclavina y cuello adornados con plieguecitos, así como el borde de la *douillette*.

Núm. 22.—Fichú de batista festoneado.

Núm. 23.—Faja de franela.

Núm. 24.—Gorra de raso blanco bordada y ribeteada de cisne.

Núm. 25.—Vestido largo (falda) de lana blanca. Unos plieguecitos adornan el borde inferior, y van seguidos de un entredós y dos volantes bordados. Cuerpo con pliegues redondos. Tirantes bordados.

CARTAS Á MARÍA ELENA.

Espero, querida María Elena, que me perdonarás mi involuntario silencio: el rigor de la estación me prueba mal, y pocas veces tengo ánimo para tomar la pluma. Sin sentirme precisamente enferma, tampoco puedo asegurar que disfrute perfecta salud, y sobre todo me hallo tan cobarde ante mi enemigo, que es el invierno, que no me atrevo á nada..... Los años, hija mía, no se van en balde; pasó el tiempo en que me divertía ver caer los copos de nieve y formar bolas con ella; en que bajaba al jardín, descubierta la cabeza, para recoger enormes pedazos de hielo..... Ahora, encerrada en un gabinete confortable, envuelta en pieles, apoyados los pies en los morillos de la chimenea donde arden troncos enormes, siento más frío que sentía entonces.....

Pero dejemos lo que no tiene remedio, ó que si lo tiene suele ser peor que la enfermedad, para responder á tus tres cartas, que por lo largas y afectuosas me han servido de mucho recreo y consuelo en mi forzada soledad. El asunto de todas viene á ser el mismo, por lo cual puedo contestarte de una vez. La preocupación que demuestras prueba tu buen juicio. «¿Por qué, me preguntas, es tan fácil adivinar el carácter, las inclinaciones y aun los defectos de algunas personas, desde la primera ocasión que se las ve?

Si todos supiéramos que llevamos con nosotros un acusador perpetuo, dispuesto siempre á descubrir nuestras pretensiones, nuestra vanidad, astucias, debilidades, cálculos, mentiras, afectaciones y ridiculeces, pondríamos total empeño en corregirnos, á fin de no tener sino buenas cualidades y aparecer perfectos á los ojos de la vanidad; pero el acusador indiscreto que introducimos con nosotros, no sólo en casa de nuestros *amigos*, sino, lo que es peor, en la de nuestros *enemigos*, que nos arranca la máscara siempre que puede, es la expresión del rostro, es nuestra actitud entre la gente. Hé ahí por qué adivinas los misterios de algunos caracteres en las personas que tratas.

La expresión del rostro y la actitud son nuestros delatores.....: mientras que decimos la mentira, revelan que mentimos; cuando queremos parecer humildes, nos acusan de vanidosos; cuando nos fingimos buenos, declaran que no lo somos, y cuando tratamos de pasar por sencillos y afectuosos, advierten que representamos una comedia.

Verdad que mientras mejor es la educación y la inteligencia se halla más desarrollada, son menos poderosos nuestros eternos fiscales. El hombre (y también la mujer) que viven en continuo trato de sociedad, aprenden á disimular sus impresiones y á fingir con tal perfección, que pueden engañar al espíritu más observador. Entonces, para penetrar la máscara correcta con que se cubren, es preciso una habilidad que pocos tienen; pero, aun concediendo al cómico de la vida un consumado talento y la suma de cultura que pone al mismo nivel á todos los seres bien educados, imponiéndoles idénticas reglas de modestia política y *saber vivir*, llega un momento en que el *acusador acusa*..... y aunque la situación dure lo que un relámpago, basta para que cada cual murmure en su interior:—No creáis á Fulano.....; miente.

Lo más grave es que la expresión de que el interesado no se dió cuenta, y que ha sido suficiente para revelar á los otros sus más recónditos pensamientos, destruye en un punto el edificio tan laboriosamente hecho y sobre el cual velaba con exquisito cuidado, dejando en su lugar las ruinas del pasado y el presente y el descrédito para el porvenir, porque el que una vez se ha conocido por falso é hipócrita, tiene que buscar admiradores nuevos, ó contentarse con los más tontos de los antiguos.

Si el espíritu de observación suele fracasar cuando se trata de personas listas en el arte de evitar contradicciones entre la expresión del rostro, las maneras y las palabras, ¡cuán fácil es en otros casos! Como en un libro abierto se lee en la cara del ignorante que no se halla familiarizado con la especie de signos masónicos, mediante los cuales se reconocen y ponen de acuerdo los seres civilizados. Con poco que trabajes la memoria recordarás el tipo á que aludo: preséntase, por lo regular, con un aire de protección hacia los que le rodean, que contribuye poderosamente al ridículo: el busto recto, el cuello y pecho tiesos é inflados; la barba alta; los labios apretados, y en ocasiones entreabiertos con afectada sonrisa; los ojos medio cerrados para darse mayor importancia, la voz campanuda, hueca, y á veces algo gangosa, porque es un rasgo propio de todos los que fingen.... Más que con la boca, mienten con la nariz.

El secreto de la gracia se halla en la perfecta unión que debe haber en nuestro gesto y actitudes: todo movimiento, toda expresión que no responde exactamente al sentimiento que manifestamos, revelan en seguida su falsedad: que una persona, por cualquier motivo, se muestre con *uñas de terciopelo*, haciendo alarde de modestia, pocas exigencias, consideraciones, procurando ocupar siempre el último lugar, nada importa, porque su fingida humildad sólo engaña á los cándidos; los que no lo son, ven á través de ella la vanidad que los devora.

Puede apostarse ciento contra uno, sin miedo de perder, que nuestros defectos dominantes se revelan siempre por nuestra actitud en sociedad. La medida que falta á la inteligencia mal equilibrada, también falta en nuestro modo de comportarnos; de lo cual resulta que unas veces aparecemos rígidos como palos de telégrafos, otras groseros, y en ocasiones hasta descuidados. ¿Cómo puede ser esto? Muy sencillamente: faltando la naturalidad. Hay quien cree que adelantando el pie derecho más de lo corriente, dejándole en el aire mientras balancea el cuerpo, y echando después el izquierdo, da majestad á su paso, cuando sólo consigue hacerlo desigual y ridículo. Pues lo mismo puede aplicarse á todos los modales pretenciosos, sean cómicos ó trágicos..... la dignidad es innata, y no necesita artificios para manifestarse.

Por sencillas y humildes que parezcan en su trato algunas personas que en su fuero interno se consideran superiores á los que les rodean, bien pronto suelen descubrir el juego. El pueblo dice de ellas, con tanta gracia como verdad, que llevan la cabeza *alta como una custodia*; y, en efecto, se ve que la echan atrás, irguiendo el cuello á la manera de los bípedos que han alcanzado fama por haber salvado el Capitolio con sus desapacibles graznidos. ¿Y cuál es por lo común la causa de este orgullo? Una pequeñez cualquiera: haber hecho caudal en el comercio; pronunciar un discurso en público; prestar oído á las adulaciones de algunos necios y vividores; creerse más hermoso ó de más talento que nadie..... Nada, en suma, porque no hay nada que justifique ciertas pretensiones.

Voy más lejos en la comparación, para que comprendas los riesgos que se corren al elegir tales caminos. Supongamos un gran hombre..... artista, diplomático, capitán de genio..... Démosle cuantos méritos puede haber, hasta colmarle de los dones más brillantes; pongámosle en situación de ser una gloria deslumbrante para su país, y llevemos la suposición hasta pensar que puede salvar la patria..... Pues aun en este supremo caso le estaría prohibida la vanidad y la afectación, y llegaría al extremo del ridículo permitiendo que si tales sentimientos habían brotado en el fondo de su corazón, se hicieran visibles en la actitud de su persona, en sus aires protectores, en algo, en fin, que desdijera de la modestia propia del mérito verdadero. Mas no hay que temer semejantes torpezas de los seres *realmente* superiores: la pretensión es patrimonio exclusivo de las medianías, y cuanto más afectados y teatrales sean los gestos, palabras, ademanes y presencia de las personas, más seguro es que bajo aquellas formas no existen los sentimientos que se empeñan en demostrar.

Hé aquí, en pocas palabras, la contestación que tienen tus cartas, querida María Elena: como plugo á Dios dotarte de un fino talento de observación, y al mismo tiempo te dejas guiar por las juiciosas reflexiones de tu buen padre (hasta me atreveré á creer que mis consejos te sirven de algo), el

resultado es que no te ciegas por aparentes ventajas, y bajo la careta de las conveniencias sociales descubres los verdaderos rostros.

Continúa, pues, hija mia, en estudiar la sociedad en que vives. ¿No estudiamos por gusto las ciencias y las artes? Pues con más esmero debemos instruirnos en la ciencia de la vida, y ésta es aprender á conocer á los demás, y sobre todo, conocernos nosotros mismos, para no permitirnos nada que pudiéramos criticar en otros.

La última observación: cualquiera que sea el resultado de las tuyas, querida niña, no tengas el mal gusto de darlas á conocer, y menos á los interesados; la más leve imprudencia en este sentido bastaría para crearte enemistades crueles..... porque lo que menos suele perdonarse es el buen sentido y la reserva que él recomienda.

No te desanimen los consejos de mi experiencia..... Verdad que hallarás frecuentemente abrojos y espinas en los senderos del mundo; pero al mismo tiempo verás hermosas flores de abnegación, generosidad, afecto, lealtad y modestia, y éstas compensan las otras.

Adiós, hasta la tuya, mi querida María Elena; saluda á tu padre en mi nombre, y recibe un abrazo de tu amiga de corazón,

LEDIA.

FLORES DE NAVIDAD.

Conclusión.

Y al pronunciar este nombre pareció recobrar valor.

—Sufre mucho—añadió,—se halla en extremo débil, y ha pasado tantas penas que no sé cómo vive. Si la conocierais estoy segura que no tendríais valor para ocasionarle más disgustos.....

—¿Se los ocasiono acaso?

—Sí, señor; la mandáis mudar sin motivo alguno.

—No quiero niños en mi casa.....

—¿Pero en qué os estorban?

Matilde se estrechaba las manos una con ótra para dominar su emoción.

—La habitación agrada á mi hermana—continuó;—además, le conviene por la buena luz para trabajar..... Y mudarnos ahora, en lo más riguroso del invierno, con su poca salud..... ¿Sabéis, caballero, todos los males que nos puede traer?

La voz de Matilde temblaba; el arquitecto sentía *algo* en su interior que le enternecía y parecía reprenderle la injusticia de su conducta; pero acostumbrado á dominar tales sentimientos, respondió con dureza:

—No me interesa nada de lo que decís; que vuestra hermana se dirija á sus amigos, y éstos le proporcionarán casa más conveniente.

—¡Sus amigos!—exclamó la joven con amargura.—¿Los tiene, acaso, una mujer sola en el mundo? ¿Ignoráis que, para la mayor parte de los hombres, las lágrimas de una infeliz viuda son objeto de burla en vez de serlo de compasión? Además, mi hermana no solicita el apoyo de nadie..... Solamente reclama sus derechos: paga corriente, no incomoda, ¿por qué ha de mudarse?

—Porque lo quiero yo, que soy el propietario de la finca; me parece suficiente razón.

—¡Suficiente razón!—repitió más afligida.—Así son las razones del mundo..... Por ejemplo, la razón que precede á las desgracias de mi hermana..... Su marido estaba empleado como químico en una fábrica, y pereció en el ejercicio de sus funciones: la culpa fué del jefe, que no tomó las precauciones necesarias, y, sin embargo, nadie le acusó, aun cuando la muerte del marido, no sólo desgarraba el corazón de la viuda, sino que la dejaba sin pan para sus hijos..... Ante todos los tribunales, el fabricante, diez veces millonario, hubiera debido encargarse del porvenir de esta infeliz familia, á quien favorecen las leyes divinas y humanas.....; pero una pobre enferma dulce y débil, una mujer aislada, extranjera en su misma patria, ¿qué defensa puede oponer á los abusos de la riqueza y la injusticia? Ninguna..... Hasta ahora la habían entretenido con falsas esperanzas..... Ayer la enviaron una pequeña cantidad como limosna, y la despidieron para siempre. ¡Sin embargo, era la vida de su marido, perdida en el trabajo, lo que la pagaban!.....

Un sollozo levantó su pecho, y continuó:

—Un fabricante desoye sus justas exclamaciones y se hace sordo á sus ruegos..... vos la echáis de la casa que paga..... ¿Dónde está la justicia de la tierra?.....

Su voz se apagó en un gemido, mientras las lágrimas brotaban á raudales y bañaban sus mejillas..... Apretando el pañuelo contra los ojos, y sin añadir nada para tratar de enternecer al anciano, se precipitó fuera del despacho, sin dar lugar á que D. Víctor respondiera ni una palabra.

V.

Cuando la vehemente Matilde se hubo alejado, el arquitecto se halló en una situación de ánimo tan desagradable, como no recordaba haberla sentido hacía mucho tiempo.

—¡No puede uno tener tranquilidad ni aun en el interior de su propia casa!—murmuró como justificándose.—¡Cuidado con venir esa insolente jovencita á decirme tales improperios! ¡Y si al menos no me hubiera llamado *malo y duro como las piedras*, acaso habría ensayado ser amable y acceder á sus peticiones!

Permaneció un rato silencioso, y luego añadió:

—Preciso es confesar que tiene gran cariño á su hermana, y esto la disculpa en parte..... Yo la conocía desde que la vi en la escalera hablando con su enamorado; pero no sospechaba la vehemencia y el lado trágico de aquella carita cariñosa..... ¿Qué habrá hecho la viuda para que la quieran tanto? ¡Extraño debe ser que le amen á uno así!

Levantóse pensativo y fué á sentarse en un sillón al lado de la chimenea; apoyada la cabeza en las manos y sumido en profundas reflexiones, miró los troncos que chisporroteaban al arder.

—¿Qué decía?—murmuró.—«*Se os conoce en la cara que no habéis amado nunca.*» ¡Qué descaro de mujer!

Sus ojos adquirieron la expresión fija y soñadora del que evoca recuerdos del pasado..... poco á poco las llamas del hogar tomaron para él la forma de una joven alta y esbelta, con ojos negros, impenetrables, y rojos labios donde se marcaba una sonrisa altiva y desdeñosa. Sin embargo, veíase arder en aquellas sombrías pupilas, fijas en él, un rayo de apasionada ternura, y brotar de la orgullosa boca suaves palabras de amor. ¡Qué hermosos días de felicidad! ¡Cómo la mujer adorada embellecía y encantaba los horas de su vida! Porque no estaba sola..... tenía en los brazos un ángel que gritaba alegremente y tendía los bracitos hacia su padre!

D. Víctor sacudió impaciente la cabeza, tomó las tenazas y atizó el fuego, que levantó una gran llama. ¡Ay, mayor fué la que los celos encendieron en su corazón para destruir su dicha!..... Volvió á surgir ante él la misma figura lívida de cólera al escuchar sus crueles acusaciones, desdeñando contestarlas y encerrándose en un silencio orgulloso y despreciativo..... Hubo un momento en que la vió retirarse, estrechando á su hijo en los brazos, sin dignarse proferir ni una palabra. Y después de esta escena horrible, cuando tornó á su casa, tras de un corto viaje, halló el nido vacío. En balde, abiertos ya los ojos á la razón y la verdad, quiso buscar á su mujer para que le perdonara..... La ofendida esposa había querido poner la inmensidad del Océano entre ella y el que tan injustamente la ultrajaba, y la muerte había seguido sus pasos, haciéndola perecer con su hijo en lo profundo del mar.

La cabeza del anciano se inclinó tristemente sobre su pecho, y permaneció largo rato anonadado bajo el peso de los remordimientos..... El fuego se apagó casi del todo, y sólo quedó un montón de blanca ceniza. Un escalofrío recorrió su cuerpo, enjugó la frente, que bañaba el sudor de la angustia, y miró tímidamente la habitación fría y solitaria..... tan fría, tan sola, tan triste había sido su existencia desde aquella época fatal..... Matilde tenía razón..... ¿Qué entendía de amor un alma como la suya?

Levantóse; no podía estar allí más tiempo; tomó el bastón y el abrigo, y se dirigió á la puerta. Al poner el pie en el primer escalón de la escalera se detuvo para escuchar..... ¿Era un angustioso grito cuyo eco venía de arriba? Quedó inmóvil, conteniendo la respiración..... había vuelto á reinar profundo silencio, y creyó que se equivocaba..... pero no..... La puerta del segundo piso se abrió bruscamente, se oyeron gemidos y sollozos y el paso rápido de una persona que descendía corriendo por la escalera falsa. Oyó también otras puertas que se abrían y cerraban con estrépito, exclamaciones de espanto y clamores confusos.....

Don Víctor subió corriendo: ¿qué le impulsaba á una acción sin precedente en sus egoístas costumbres? No lo sabía; pero *algo* superior á su voluntad obraba en aquella ocasión. Cuando llegó arriba, encontró en la meseta á Matilde, pálida, con el cabello medio suelto, y desfigurado el semblante por el terror y la angustia..... Cuando vió al arquitecto exclamó:

—¡Se muere, se muere! ¡y la sirvienta no vuelve con el médico! Entrad, por Dios, mientras yo voy.....

Y sin esperar respuesta se lanzó por la escalera, rápida como una exhalación.

Don Víctor, aturdido, la siguió con los ojos, y cuando desapareció de su vista adelantó por el obscuro pasillo; los llantos y voces de los pequeños le guiaban; empujó una puerta y contempló con tristeza el cuadro que tenía ante sí.

En el centro de la habitación y caída en tierra, tan pálida y rígida como una muerta, hallábase una mujer de apenas veintiocho años; sus largas trenzas negras acariciaban el rostro bello á pesar de su lividez; tenía la boca dolorosamente contraída, y alrededor de los ojos cerrados, anchas y obscuras ojeras; delante de la ventana había una mesa, y sobre ella delicadas piezas de porcelana, pinceles, platillos y colores.....; el desmayo debía haberla sorprendido al dejar su tarea..... Rodeados de la pobre madre estaban los tres niños, que el anciano conocía bien, acariciándola suavemente el rostro con sus temblorosas manos, esforzándose inútilmente en reanimarla y llorando de una manera conmovedora.

—¡Oh mamá, querida mamá—decían—abre los ojos y míranos! ¡Oh mamá, no te mueras!

El primer cuidado de D. Víctor, fué retirar á los niños.

—Apartaos—les dijo dulcemente;—dejad tranquila á vuestra madre y pronto volverá en sí.

Y acarició la cabeza de Carlos, que sollozaba mirándole.

—Lleva á tus hermanitos á ese rincón y guardad silencio.

El primogénito obedeció, y los tres agrupados continuaron su llorar sin ruido.

El arquitecto se inclinó hacia la joven para tratar de levantarla, pero temblaba tanto, que le fué imposible; arrodillóse á su lado y le alzó dulcemente la cabeza, mirando con secreta emoción el pálido semblante de la pobre mujer, al que formaban obscuro marco los abundantes rizos de cabello castaño; sobre el blanco mate de la frente, destacábanse las cejas como dos líneas negras de perfecto dibujo. Las facciones finas, pero demacradas, revelaban luchas, dolores, sufrimientos y cansancio.

Emocionado en extremo D. Víctor, separó los bucles y miró fijamente á su vecina. ¿Pero qué sintió de pronto que le conmovió hasta el fondo del corazón? ¿Era lástima, por lo que se leía en aquel cadavérico rostro, el agudo sufrimiento que sacudía poderosamente su alma, tranquila tantos años? ¿Era quizás la imagen del pasado, que volvía á surgir ante él, imponente y aterradora?

Mientras lleno de angustia la contemplaba sin poder separar de ella sus ojos, abrióse la puerta con violencia y Matilde se precipitó en la sala.

—Pronto, pronto—exclamó inclinándose sobre su hermana, y cubriéndole las manos de apasionados besos.

El doctor y Brígida que la seguían llegaban entonces.

—Llevadla inmediatamente á su lecho y desnudadla—dijo el primero;—le hace falta reposo, pero un reposo absoluto, cuando vuelva en sí—añadió, mirando á los niños, que desde la entrada de su tía habían comenzado á llorar de nuevo.

—¿Qué haremos de ellos?—murmuró Matilde, inquieta;—la otra habitación se halla helada.

—Si no les diera miedo quedarse solos, en mi cuarto estarían bien—respondió Brígida.

—La menor agitación, el más leve ruido, puede ocasionar la peligrosa congestión que se ha iniciado—insistió el médico.

Matilde no sabía qué determinar.

—¿Creéis que se vendrán conmigo?—dijo al fin D. Víctor, dirigiéndose á la atribulada joven.

Los pequeñuelos miraron con timidez á aquel señor tan serio, y se agarraron fuertemente al vestido de su tía, que contemplaba al propietario con mal disimulada sorpresa.

Pero éste no le dió tiempo de reflexionar.

—Venid, hijos míos—dijo á los niños;—venid á ver muchas estampas bonitas.

Tomó á Clemen de una mano, á Lolo de otra, y seguido de Carlos, que para no llorar se daba aires de valiente, los llevó consigo.

VI.

Algunas horas después, el despacho del arquitecto presentaba un golpe de vista en extremo singular. Todas las mesas estaban revueltas, todos los cajones abiertos, y los estantes de libros trastornados. Habíase puesto á contribución cuanto allí se encerraba para distraer á los vecinitos, y por último D. Víctor hasta jugó con ellos al gato y al oso, con tan espantosos rugidos que las criaturas llegaron á llorar de miedo. Por dicha, encontró un *Año Cristiano*, ilustrado de cromos de colores, y atrayendo así á sus amiguitos, sentó en las rodillas á Clemen y á Lolo, mientras Carlos se apoyaba confiadamente en él, y empezó á mostrarles las bonitas láminas, charlando con los pequeños y comprendiendo cuánto más fácil es hacer preguntas que contestar á ellas.

Clemen, Carlos y Lolo querían saber la historia de todo lo que veían.

—¿Quién es este muerto?—dijeron ante una estampa que representaba la resurrección del hijo de la viuda de Naín.

Y cuando D. Víctor les explicó el suceso lo mejor que le fué posible, se engolfaron los vecinitos en una discusión grave, á propósito de que los niños buenos no debían morirse y sí los malos.

La conclusión de ello fué decir Carlos con un suspiro:

—Si le es igual á Nuestro Señor, yo mejor quisiera quedarme en el mundo con mi madre que ir al cielo con ella.

La noche se aproximaba, y los pequeños empezaban á sentir cansancio. Clemen hizo esta pregunta:

—¿Es muy rico el Niño de Dios?

El arquitecto le explicó en breves palabras la pobreza del Hijo del Eterno durante su vida mortal, y la morenita, muy conmovida, exclamó suspirando:

—¡Pobrecito Niño de Dios!

Obscurecía cada vez más, y las cabezas de los vecinitos se inclinaban adelante..... luego atrás..... Por fin, al mirarlos una vez D. Víctor, halló que los dos pequeños se habían dormido en sus brazos.

—¡Qué tontos!—exclamó Carlos con aire de importancia.

Pero un instante después reclinó la cabeza en las rodillas del anciano, y se rindió á profundo sueño. Imposible era á D. Víctor moverse, pues los tres descansaban en sus brazos. Pensativo y sombrío, los consideró largo rato, mientras que una turba de extraños sentimientos torturaba su espíritu, cada vez más agitado.

Un ligero golpe en la puerta anunció á Matilde.

La conducta del anciano en el aflictivo acontecimiento de aquella tarde había casi hecho á la generosa niña olvidar la conversación que tuvo con él algunas horas antes. Sin embargo, un vago recuerdo la hizo ponerse encarnada como una cereza al dirigirse á él.

—¡Ay, vecino!—murmuró tímidamente:—mi hermana está mejor: volvió pronto en sí, y ahora duerme con tranquilidad. Dice el médico que ha sido un desvanecimiento causado por la debilidad y el mucho trabajo, pero que con reposo y cuidado se restablecerá en breve. ¡Jesús mío, los niños!—añadió confusa, reparando en el grupo de los durmientes.—¡Cuánto os habrán dado qué hacer!—prosiguió muy apurada;—pero ya voy á llevármelos. Perdonad la molestia, y recibid un millón de gracias.

—Vos sois la que tenéis que perdonarme las inconveniencias de hace algunas horas—respondió el arquitecto, aun más confuso que ella;—tengo mal genio, y hay ratos en que ni yo mismo puedo sufrirme.

—Basta, caballero, estáis perdonado, y no hablemos más de ello; voy á dejaros descansar de estos pequeñuelos.

—¿Incomodarán á la enferma?

—No, señor; ya hasta mañana á las ocho no dan acuerdo de sus personas.

—Cuando despierten traedlos aquí; lejos de importunarme, os puedo asegurar que me distraen, y una poca de distracción en mi sedentaria vida me hace mucho bien..... Por lo pronto haceos cargo de este caballerito.....; pesa tanto, que me tiene dormido el brazo.

Matilde tomó al niño, y entre ella y D. Víctor trasladaron poco á poco á los tres á sus camitas.

Cuando el anciano iba á retirarse, detúvose preocupado.

—Permitidme una pregunta, vecina: ¿cómo se llama vuestra hermana?

—Clara Bergés.

—¡Clara!—murmuró el arquitecto con agitación. ¿Y sois hermanas de veras?

—¿Pues no hemos de serlo? ¿Por qué lo preguntáis?

Don Víctor se marchó sin contestar; al encontrarse en su habitación, pasóse la mano por la frente y dijo suspirando:

—¡Un sueño! y á la verdad, ¿qué otra cosa podía ser más que un sueño?



7. — Abrigo de terciopelo.

VII.

Había llegado al fin el 24 de Diciembre.

Era una bendición de Dios que el almacén de juguetes se hallara tan cerca; el arquitecto había estado en él mucho tiempo, pasando revista á todos los soldados, muñecas, tambores, cocinas, etc. De vez en cuando repasaba una lista que tenía hecha para ver si olvidaba algo..... ¡Cuántos años que no hacía semejante empleo ni ponía los pies en tiendas de esta clase! Así no conservaba la menor idea de ellas, y le causaban asombro las magnificencias de Pascua que se ofrecían á su vista. Hubiera querido comprarlo todo; pero no pudiendo satisfacer este deseo, adquirió tanto, que cuando Matilde le vió entrar, seguido de algunos criados cargados de juguetes, fué tal su asombro que nada le pudo decir.

La última vez que volvía del almacén (pues no había sido posible trasportar todos aquellos tesoros en un solo viaje) miró casualmente D. Víctor hacia la ventana de sus oficinas, desde donde sabemos que atisbaba Andrés la vuelta de su novia, y vió asomadas á ella las cabezas de todo el personal de empleados, desde los meritorios al antiguo cajero, estrechándose unas contra otras para disfrutar el espectáculo de ver á su respetable jefe cargado de juguetes. Al considerarse descubiertos, retrocedieron aterrados y se entregaron al trabajo con aplicación ejemplar.....; pero el ciclón que esperaban no llegó.

—¡Hermoso día de Nochebuena, señores!—dijo el arquitecto al entrar;—¿no creéis más prudente dar de mano á las tareas y pasear un poco para tomar el sol, que exponerse á coger un resfriado en la ventana?

El consejo cayó como rocío del cielo: unos primero y otros después, abandonaron las oficinas llenos de alegría; y cuando ya en la calle abrieron el paquetito que su principal les distribuyó al despedirlos, al contar palpitantes de placer el lucido aguinaldo que contenía, hubieron todos de convenir en que el viejo era un *buen muchacho*.

Andrés iba á salir el último, y su jefe le hizo señas de que se aproximara. Obedeció temblando, pues temía la anunciada despedida para Año Nuevo, y el arquitecto le dijo algunas



8.— Sombrero-capelina Montespan.

palabras en voz baja..... Pero tan inesperado era para él lo que le decían, que permaneció absorto por unos momentos.....; después se puso rojo, y brillaron sus ojos de alegría....., murmuró algo ininteligible y quiso estrechar las manos del arquitecto; pero éste, sonriendo con bondad, le puso en la puerta sin miramiento ninguno.

—¿Dónde vais?—le gritó al verlo que iba á salir como loco.—¿Es ése el camino de la casa de vuestra futura? ¿No sabéis que vuestra visita está anunciada oficialmente? Subid, pues, y ayudad á Matilde y á Brígida á adornar el árbol de Navidad.

Y como Andrés continuara indeciso y asustado de tanta dicha, D. Víctor añadió burlonamente:

—¿No os da vergüenza de que sea preciso deciros lo que debía salir de vos?

....

Era cerca de noche, y en la habitación de Clara reinaba una semiobscuridad: los tres niños estaban delante de la ventana, silenciosos y mirando á través de los cristales con viva ansiedad..... Esperaban al Niño Jesús, y no querían perder el menor detalle de su venida. Delante del fuego, que esparcía agradable calor, hallábase la madre sentada en una butaca, y sus mejillas, todavía pálidas, empezaban á colorearse suavemente: D. Víctor ocupaba un sillón junto á ella y hablaba con animación.

—No os neguéis á mi deseo—decía con una emoción que no trataba de dominar;—quiero ayudaros á educar vuestros hijos y hacer de ellos hombres honrados é inteligentes.

Clara trató de interrumpirle; pero él no lo permitió.

—No creáis que os hago un favor; por el contrario, soy yo quien lo recibo si me permitís consideraros como mi familia. ¡Si supierais cuán hambriento me hallo de dar y recibir algún afecto! Mi vida hasta ahora había sido amarga y solitaria cual ninguna, y la risa de vuestros ángeles me ha rejuvenecido.....; creía haber concluído con el mundo, y hoy deseo volver á tomar parte en sus dolores y alegrías. ¿Tendríais valor para desterrarme de nuevo á la soledad, que me causa ya terror?

Clara, con los ojos llenos de lágrimas, estrechó la mano que el arquitecto le tendía.

—No siempre he vivido aislado—suspiró mirándola con sombría agitación;—tenía una hija que contaría ahora próximamente vuestra edad....., hasta quizá se os parecería.....; pero la perdí, y ni aun me queda el consuelo de saber dónde reposa.

—Tampoco yo puedo rezar junto á la tumba de mis padres— dijo tristemente la viuda.

—Pero habéis vivido con ellos muchos años; pues, según refiere Matilde, murieron poco antes de vuestro casamiento.

—Eran mis padres adoptivos.....

—¿Adoptivos?—repitió el anciano como un eco;—¿entonces no sois hermanas?

—Por el corazón sí, por la sangre no lo somos; hemos sido educadas como hermanas, y el solo afán de mis padres era hacerme olvidar que no fuese su hija verdadera.

—¿No conserváis ningún recuerdo del tiempo en que vivisteis con vuestra familia?— insistió D. Víctor levantándose intranquilo.

Pero, al ver que Clara lo miraba con extrañeza, tornó á sentarse y procuró dominar la emoción que sentía.

—De mi padre, ninguno—respondió sencillamente Clara; —y aun creo que habría perdido por completo la memoria del rostro de mi madre si no estuviera ligada de manera imborrable al recuerdo de un día, ó mejor dicho, de una noche, cuyo horror tengo presente sin cesar.

—¿Qué sucedió?—preguntó el arquitecto inclinándose ansioso y conteniendo la respiración para no perder ni una sílaba de la respuesta que iba á recibir.

—Tendría yo cuatro años, y me hallaba con mi madre á bordo de un navío..... De pronto sentí que me despertaban sacándome violentamente del lecho en que dormía. Crujidos sordos, gritos salvajes de hombres....., silbidos de aire y rugidos de tempestad..... se confundían de un modo horroroso. «*El barco se hunde*», oí decir con terrible desesperación..... Aunque no comprendía lo que pasaba, tenía miedo y me estrechaba contra mi madre, que me echaba de prisa un vestido, y temblando como azogada, subió á cubierta llevándome consigo.

Entonces nos encontramos en medio de una escena de indescriptible confusión: la obscuridad que nos rodeaba, los mugidos furiosos de las olas, los gritos de espanto de los marineros, casi me hicieron perder el sentido; recuerdo sólo que mi madre me estrechaba contra su pecho de un modo que me hacía daño, y que sus lágrimas inundaban mi rostro; de pronto la multitud se agolpó á un costado del navío, y mi madre fué arrastrada en aquel torbellino..... Apoyóse vacilante en la borda, y arrancando de su cuello un medallón lo pasó al mío.....

—No lo pierdas—me gritó;—guárdale siempre, si Dios quiero hacer el milagro de salvarte..... ¿Oyes, hija mía? ¿oyes bien?..... Guárdalo, guárdalo; es de tu padre, que se llama.....

Ignoro si pronunció algún nombre, ó si el miedo, que me tenía casi desvanecida, me impidió oirlo..... Sentíme abrazar con transportes delirantes y después arrojar en un bote..... otros brazos me recogieron..... grité como loca llamando á mi madre..... después todo se confundió en mi cerebro, y no sé cuánto tiempo permanecí entre tantos horrores..... Cuando volví á la vida estaba en casa de mis padres adoptivos..... Ellos me dijeron que mi madre iba en otra lancha, pero que el remolino que hizo el buque al hundirse arrastró al abismo la frágil embarcación. Como sabían que no tenía más que á ella en el mundo, y habían perdido también una hija en aquel horrible naufragio, me llevaron consigo á América, que fué desde entonces mi segunda patria.

Clara se detuvo, enjugó las lágrimas que le arrancaban estas tristes memorias y desprendió el medallón que llevaba siempre al cuello.

—¡Está vacío!—dijo con pena, alargándolo á D. Víctor;—¡pero es el único recuerdo que me queda de mis padres!

Tenía los ojos inclinados; mas sorprendida por el silencio del arquitecto, los levantó para mirarle y quedó aterrada..... Su vecino se había tapado el rostro con las manos y rompía á sollozar como un niño.

—¡Oh Clara, Clara!—balbució;—¡esposa querida, perdóname!

Separó con esfuerzo las manos, y mostró sus mejillas bañadas de lágrimas, mientras contemplaba á la joven con ternura infinita.

—¡Hija! ¡Hija mía!

Esta exclamación hizo estremecer á la viuda..... En tanto, D. Víctor apretaba un resorte invisible, y abriéndose el medallón se vió el retrato de un joven de arrogante figura, pero cuyas facciones, aunque expresaban tranquilidad y alegría, no podía negarse que eran las del atribulado anciano.

—¡Fué el regalo de boda de tu pobre madre! ¡la única alhaja que se llevó cuando, ofendida por mis injustos celos, huyó de su casa llevándote consigo! ¡Pero no ha muerto aborreciéndome, puesto que en los últimos instantes de su vida se acordó de mí!

Y llorando á la vez el padre y la hija, se estrecharon en el más tierno de los abrazos.

Matilde, Andrés y Brígida, con una lámpara encendida, entraban en este instante.

Los niños, que no se habían movido de junto á la ventana, corrían hacia su tía.

—¿Está el árbol de Navidad? ¿Ha venido ya el niño de Dios? ¿Vamos á verlo?

—Todo se halla dispuesto; ¿enciendo ya, Clara?—preguntó la joven alegremente.

Pero detúvose consternada al ver á su hermana y al anciano que lloraban abrazados.

—¿Qué sucede? ¿Por qué esas lágrimas?

—Lloro..... pero es de felicidad.....—respondió Clara, que casi no podía pronunciar una palabra.—Dios es todo misericordia y me ha devuelto á mi padre..... Matilde..... Andrés..... vedle. ¡Hijos míos, abrazad á vuestro abuelo!..... ¡Ay, si viviera mi marido!

Una congoja la impidió proseguir; pero, repuesta pronto, pudo contestar al diluvio de preguntas que le dirigían..... Las explicaciones fueron acogidas con una mezcla de sonrisas, lágrimas y exclamaciones de asombro; los niños pasaban de unos brazos á otros sin darse cuenta del motivo de aquellas delirantes caricias.

Por fin renació la calma.

—Carlos, hijo mío—dijo Clara, atrayendo á sí al primogénito,—el niño de Dios te ha dado de sus *flores de Navidad* el más rico de los presentes..... Un abuelo á quien amar y respetar.

—¿Y nada más?—interrogó tímidamente el chicuelo.

La madre le abrazó sonriendo á través de sus lágrimas.

—Matilde, enciende las bujías—dijo á su hermana;—pero antes demos gracias á Dios por la ventura que nos envía, y entonemos el himno de Navidad.

Los niños se colocaron en círculo, cruzadas las manos y vueltas sus caritas al cielo, mientras la argentina voz de Matilde empezaba el cántico de Pascua y se le unían las de los demás, infantiles unas, y otras que parecían conmovidas y como empapadas en llanto.

¡Día feliz, dichoso día
De la alegre Nochebuena,
Que esparces gracias y dones
Y celestiales riquezas!
El mundo estaba perdido;
Cristo nace y lo remedia:
¡Gloria á Dios en las alturas,
Y paz al hombre en la tierra!

HERMINIA D.

A LA CATEDRAL DE LEÓN.

I.

Al alzar hacia ti mi pensamiento,
Catedral de León, del arte gloria,
Eterno monumento,
Me embarga la emoción honda que siento,
Y acuden en tropel á mi memoria
Los recuerdos brillantes de tu historia.
Admirando tu fábrica grandiosa,
Su gótica belleza y armonía,
El alma se extasía
Al pensar en la mente poderosa
Del hombre que concibe, sueña, crea,
Y da forma, color, vida, á la idea
Que forja en su elevada fantasía.
En torno de él se agita
El genio, que le impulsa, que le grita:
«No vaciles, realiza tu ilusión;
De mí todo se alcanza
Si hay fe en el corazón.
Te doy mi aliento, ¡avanza!
Mío es el germen de tu inspiración.»

II.

¡Oh Catedral! ¿Quién tus bellezas canta?
Lo grande, lo sublime, ¿á quién no espanta?
Cuanto más se contempla, más parece
Que suspende y encanta;
Cuanto más en la mente se agiganta,
El valor del espíritu decrece
Y el acento vacila y enmudece.

III.

¡Qué ideas en confuso torbellino
Se agitan en el cerebro del hombre,
Al pensar que los cambios del destino
Transforman de las cosas hasta el nombre!
Al contemplar á la soberbia Roma,
El pensamiento humano
Su necio orgullo doma
Cuando la espada de Alarico asoma,
Y el colosal romano,
El gran Imperio que domina al mundo,
Ve desplomarse con dolor profundo
Las espesas murallas de Aureliano.
Todo al fin se derrumba,
¡Honores y ambición van á la tumba!
¿Pensó el César hundirse? Y el pagano,
Al perseguir de Dios la religión,
¿Pensó que un rey cristiano
Alzaría en las termas de Legión
Un templo que es del arte admiración?
Y el noble caballero
Llevando en la pelea el estandarte
En el campo de Marte,
Él gentil, altanero,
Al correr victorioso en su corcel,
¿Cómo pensar que su triunfante acero
En su sangre también se teñiría,
Y su verde laurel
Hollado por los bárbaros sería?

IV.

Cuando España el dominio no sentía
Del romano enemigo;
Cuando, libre y feliz, nada temía;
Cuando sus hijos prosperando van,
La pierden el amor de Don Rodrigo,
La traición y avaricia de Julián.
Del desierto llegando el huracán,
El fanatismo de la raza aquella
Que sueña el Paraíso del Profeta
Ciega por el Corán,
A su paso aniquila y atropella,
Y la fe del cristiano no respeta.
Derrumba de los templos los altares
Y la enseña de Cristo es profanada,
Con escarnio arrancada,
Brillando en su lugar los alminares.
Al ver España que á Jesús afrenta
El árabe invasor,
Su noble faz presenta
Cubierta de dolor.
Se estremece el infiel ante el valor
De los cristianos, en la lid sangrienta,
Y ve con estupor
El terrible agareno
Que en sus huestes inmenso es el estrago
Que causa el indomable nazareno,
Que hiere con la espada de Santiago.
Ordoño de León, cuando combate
Su fiereza notoria
A Abderramán abate,
Cantando en Talavera la victoria.
En la lucha tenaz
Al infiel le derrota, le amilana,
Venciendo en San Esteban de Gormaz,
Donde tantos cadáveres dejó,
No desmiente á la raza musulmana
La bravura de Alfonso que heredó.
El noble Rey, piadoso,
Al volver victorioso,
En humilde oración
A Dios ofrece los triunfos que lleva,
De su fe dando prueba
Al reino de León.
Cediendo su palacio, en él eleva
El templo que alcanzara
Magnitud colosal,
Asombro, gloria que le dió preclara
Ese genio ideal
De Manrique de Lara
Que el sueño de su mente realizara.
¿Y quién al admirar la maravilla
No admira la fuerza poderosa,
De ese prelado que en la historia brilla
Y que duerme en humilde y pobre fosa?
¡En lo pequeño lo grande se encierra!
Mas su nombre bendicen en la tierra
De Guzmán y Marcelo,
Al contemplar el gótico modelo,
Joya bella de España,
Que sus torres caladas alza al cielo,
Y su cruz nos indica
Que si en las termas el cuerpo se baña,
El alma en la oración se purifica!

DOLORES GORTÁZAR SERANTES.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR.

Exclusivamente serán contestadas en este sitio las consultas que, sobre asuntos propios de las secciones del periódico, se sirvan dirigirnos las Señoras Suscriptoras á la edición de lujo y á la 2.ª edición, demostrando esta circunstancia con el envío de una faja del periódico, ó por cualquier otro medio.

Las consultas que se nos dirijan en *carta anónima*, ó que vengan firmadas por personas que no demuestren debidamente ser suscriptoras á las citadas ediciones, no serán contestadas.

A UN FLORIPÓN.—El traje de desposada es blanco ó negro: el blanco es el que está ahora más en favor, prefiriéndose el negro, especialmente en provincias, cuando se desea celebrar la ceremonia sin boato.

Es bonito modelo, sea cual fuere el color, el grabado 14 de LA MODA de 22 de Noviembre de 1895, si lo hace blanco, en faya, otomán ó tela brocada. Falda lisa y cuerpo guarnecido en la misma forma que el figurín indica, con encaje de guipur algo crema; en cuanto á lo demás de la *toilette*, guíese completamente por el figurín.

Peinado lo mismo que la figura; zapato de raso blanco, medias de seda blancas, y guante de cabritilla, también blanco.

Si elige traje negro, puede copiar el modelo en raso ó tela brochada. En el cuerpo, guipur negro. Zapato de raso negro, y media de seda negra. Guante blanco. Velo blanco en la misma forma que con el traje blanco, ó, si lo prefiere, mantilla de encaje blanco antiguo, que también se usa y es elegante.

Tenga la bondad de leer mis contestaciones dirigidas *Á una Holgazana* y *A C. H. de A.* insertas en el número de 22 de Enero pasado, y verá los regalos que corresponde de obligación hacer al novio.

Para el que quiere hacer podrá elegir entre cualquiera de estos objetos: un broche, una pulsera, unos pendientes, una sortija, ó juego de tocador de plata, palmatoria, ó también una buena sombrilla.

Si hace las veces de madre y la posición de su ahijada es modesta, pueda darle parte del *trousseau* ó hacerle el regalo en metálico.

A UNA MUY MORENA.—No hay inconveniente ninguno en que use sombrero; al contrario, para viaje se hace indispensable, sin que á ello se oponga el luto que va á usar.

Un traje muy elegante y propio para viaje es el de vicuña negro mate, de forma estilo sastre. El otro, más de vestir, podrá ser de crespón de lana, y como modelo para él le recomiendo el elegante croquis núm. 7 publicado en la *Re-*



1 á 25.—Layette para niños de primera y segunda edad.

vista Parisienne del 22 de Diciembre de 1895, haciendo la falda completamente lisa y el cuerpo adornado en la forma que el modelo indica, con volante *plissé* de gasa de seda negro mate ó gasa bordada también mate, que hará aún más rico. Cinturón de faya.

En el croquis núm. 2 del mismo número encontrará un bonito modelo de talma, que podrá copiar en paño negro con bieses de faya y cuello formado por cintas de la misma clase.

El abrigo así confeccionado resultará elegantísimo.

Si la faya le parece á usted poco luto, puede sustituirle por crespón.

Doy á usted las más expresivas gracias por sus cariñosas palabras.

A una señora Cocinera.—Para hacer la envoltura completa le será indispensable ver el número de La Moda de 22 de Mayo de 1895, donde encontrará modelo con patrones de cuantas piezas se compone una canastilla. Con esto sólo tendrá suficiente para confeccionar todo cuanto desea, y en la explicación hallará también indicados los géneros que se emplean para cada cosa.

La ropita se marca con el enlace de los dos apellidos, ó con el nombre de pila si es niña el recién nacido.

Lea mi contestación *A Lirio de Agua* en el número del



9 y 10.—Sombrero redondo y toqua.

11 á 13.—Cuello, pechera y puño de muselina y encaje.

14.—Cuello y corbata de muselina, encaje y cinta.

15.—Reina de los naipes. Traje de máscaras para niñas de 12 á 14 años.

16.—Traje de viuda.

14 de Diciembre de 1895, y verá explicado un lindísimo y elegante modelo de faldón y capa de cristianar, y también gorrita, por el que se podrá guiar si le agrada, además de contener dicha explicación ciertos detalles que pueden serle útiles.

A mi parecer, el modelo de cuna que debe elegir es el grabado 24 publicado en el número de 30 de Enero del año actual, que deberá copiar exactamente.

¿A qué sexo pertenece la persona á quien va usted á hacer el regalo? ¿Qué quiere gastar sobre poco más ó menos? No da usted ningún detalle sobre esto, así que es imposible satisfacer su deseo.

Á UNA HORTENSIA AZUL.— En el caso en que usted se halla es bastante devolver las tarjetas, y así se usa en Madrid; pero puesto que usted las ha recibido en otra forma, puede respaldarlas dando las gracias y felicitando á su vez.

La erupción que padece en la cara debe ser irritación de la piel, y para calmarla le aconsejo siga el siguiente régimen. Primeramente no debe de ningún modo lavarse la cara con jabón, sino darse diariamente al tiempo de recogerse con vaselina, y al día siguiente lavarse la cara con agua algo tibia, disolviendo en ella una pequeña cantidad de almidón bueno. Estas abluciones debe hacerlas dos veces al día, enjugándose la cara con un paño de hilo fino, y luego use polvos de arroz muy finos y sin esencia. Siguiendo este procedimiento una temporada, hallará un alivio grande.

Á UNA EXTRANJERA.— Los muebles de comedor de última novedad son de nogal barnizado, estilo Enrique II.

Las sillas son más elegantes con asiento de cuero y respaldo pequeño de lo mismo, y lo demás nogal, haciendo juego con el aparador y el trinchante, y ateniéndose en su forma al estilo de la época. Mesa cuadrada, haciendo juego con los demás muebles. El tapete de ésta ha de hacer juego con los cortinajes, es decir, que si éstos son de *peluche*, de lo mismo será el tapete, y si no, de paño.

Uno ú otro llevan alrededor una greca bordada en colores, y guarnición de fleco de madroños, tejido con los mismos colores de la cenefa. En el cuerpo de arriba del trinchero puede colocar bandejas y objetos de plata y cristal, y en la parte de abajo pondrá la vajilla que dice.

No se pone hule delante del trinchero.

Es elegante para escritorio de señora un *bureau* de nogal con tallados, ó *secrétaire* de palo santo con embutidos de maderas finas.

Á UNA PARISIENNE.—Será muy elegante la colcha si la hace de encaje inglés, poniendo el hilo color marfil. Todo el centro de encaje, con una cenefa alrededor, de una cuarta de ancha, de raso blanco. Después de ésta, un entredós haciendo juego con el centro de la colcha, y como terminación un ancho volante muy poco fruncido del mismo encaje.

Las mantillas más de moda son las de Chantilly. Esto no quiere decir que estén en desuso las de blonda antigua. Unas y otras miden de dos varas y cuarta á dos varas y media de largura, y de anchura una vara poco más ó menos.

Á LAUREL ROSA.—Tengo el gusto de darle á continuación la receta de pasta de almendra para blanquear y suavizar las manos.

Se toma media libra de almendras pulverizadas, un kilogramo 60 gramos de polvos de iris, 12 gramos de esencia de limón y 2 gramos de esencia de almendras amargas: se mezcla bien todo, y se usa por las mañanas al tiempo de lavarse.

Para hacer desaparecer las manchitas rojas que salen en el cutis se usa la siguiente solución:

Sulfofenato de zinc...........	3 gramos.
Colodión....................	45 —
Esencia de limón.............	1 —
Alcohol puro.................	5 —

Se emplea mojando un pincel y pasándolo luego por la piel.

SRA. D.ª ROSA G. V.— Para evitar que los guantes claros y los encajes se piquen con la humedad, basta envolverlos en un papel parafinado.

Á BIBIANA.— La gelatina de aves se hace de la manera siguiente: se pone en una marmita dos libras de caza mayor ó menor, de ternera sin hueso cortada en pedazos, una gallina vieja, dos cebollas, dos zanahorias y un ramillete de perejil; se humedece con *consommé*, y se deja cocer durante cinco horas á fuego lento después de bien espumado; se sonda la ternera y la gallina para asegurarse de que está blanda y bien cocida; luego se retira la carne y se pasa el resto por una servilleta; se coloca en una cacerola y se tiene á fuego vivo hasta que se vaya adelantando la reducción; se modera el fuego, y cuando la gelatina esté cuajada se coloca en una terrina.

Si se quiere dar á la gelatina el gusto de la liebre, se añade á la gallina y á la ternera el armazón y las patas de aquélla, teniendo la precaución de clarificar el jugo antes de que cuaje la gelatina.

Una buena receta para confeccionar la gelatina de aves, lo mismo de faisán que de perdices ó de liebre, es la siguiente: primero se deshuesa el ave después de vaciada, chamuscada y limpia; se retiran los alones, y se empieza á abrir por la espalda, dejando la menos carne posible sobre el armazón. Esta operación se hace de suerte que no se estropee la piel y quede adherente á la carne.

En seguida se prepara un picado, que se hace de la manera siguiente: se toman 375 gramos (tres cuarterones) de ruedas de ternera, y otro tanto de jamón; se pica todo, y se añade pimienta, sal, especias, un huevo, y se pica de nuevo. Se extiende el ave sobre un lienzo fino, y se introduce en ella una capa de picadillo de dos dedos de grueso, después otra de filetes de ave, luego otra de ruedecitas de trufas, luego una hilera de lonchas de lengua á la escarlata, y por último otra capa de picadillo; y así se continúa hasta que el ave está completamente rellena. Después se cose la piel del ave de manera que el picadillo no se salga, conservando lo mejor posible la primitiva forma del ave.

Luego se cubre la galantina de lonchas de tocino espolvoreadas de sal; se envuelve en un lienzo fino, cuyos extremos se cosen sujetándolos con varias vueltas de bramante delgado; se pone á cocer en una marmita ó cacerola (como un adobe) durante cuatro horas, y se sirve con el residuo de la cocción después de pasado éste por tamiz y reducido á gelatina.

Diré á usted ahora cómo se trincha una galantina: se empieza por cortarla el centro en toda su largura; después se hacen cortes perpendiculares en lonchas delgadas, manteniendo el todo de modo que se le deje su primera forma; en seguida se introducen en cada lado dos agujas de plata que sostienen el todo, decorándola en seguida de gelatina. Cuando una galantina debe presentarse varias veces en la mesa, no se trincha por entero, sino que se corta en varias lonchas, empezando por uno de los extremos, sirviendo á cada uno la parte de gelatina que corresponde á la loncha.

Á LOLA.— Las flores son por excelencia la moda del día, ocupando lugar de preferencia en la mayor parte de los trajes de baile y de comida, sin que el uso limite el modo de usarlas. Lo mismo se colocan en grupos sobre la falda que sobre los vestidos altos ó semiabiertos; sobre los dos hombros ó en uno sólo; en la cintura, ó mezclándose entre las cocas de un lazo que guarnezca la falda ó el cuerpo. Esta moda se acentuará á medida que avance la primavera.

A la pregunta que me hace sobre el modo de adornar los vestidos mezclando los colores y tejidos, le diré que va acentuándose cada día más.

Los tejidos lisos, de color gris, *beige*, arena, pan de maíz, y otros tonos neutros por el mismo orden, se mezclan haciendo las mangas ú otra cualquier parte del cuerpo de escocés; el terciopelo de este mismo estilo se emplea de la misma manera con las sedas, tafetán ó faya, y también con las lanillas y el paño. Un bonito adorno para éste, y que le da muy buen *cachet*, es toda clase de bordados y *soutache*, formando con ellos trabillas, cuellos interiores, chaleco, llegando éste hasta el borde de la chaqueta.

Los trajes de paño de un solo tono, bien cortados y adornados sólo de hileras de pespuntes, son trajes sumamente distinguidos.

Á MARÍA LUISA.—Los trajes á la inglesa nombrados estilo sastre seguirán usándose, pero nunca como *toilette* de vestir.

La cuestión de las mangas sigue siendo embarazosa, sin que se sepa de fijo á qué atenerse; pero lo que sí puedo asegurarlo es que tardará mucho en aceptarse la forma de la manga estrecha.

En la actualidad se hacen menos exageradas en la parte alta, muy ajustadas hasta el codo, y el vuelo de la parte superior muy echado hacia detrás, á fin de que el talle quede libre y se luzca más el cuerpo.

Los botones siguen jugando un importante papel como adorno en los cuerpos, y cada vez se aplicará más para la reproducción del estilo antiguo.

ADELA P.

EXPLICACIÓN DEL FIGURÍN ILUMINADO.

Núm. 6.

Corresponde á las Sras. Suscriptoras de la edición de lujo.

TRAJE DE VISITA.



(Croquis del figurín iluminado, visto de espalda.)

Este traje, para señoras jóvenes, se compone de una falda ancha de piel de seda color marfil, listada de verde y color de rosa antiguo, y una chaqueta Luis XV de piel de seda verde antiguo, enteramente bordada y compuesta de espalda, lados de espalda y de delante, delanteros con pinzas; solapas de raso tornasolado violina; chaleco de raso blanco. Corbata de muselina de seda color de marfil, ribeteada de encaje antiguo. Manga al sesgo, con puño del mismo encaje.— *Toque* Luis XVI, de terciopelo blanco, adornada con cinta tornasolada violina y una *aigrette* del mismo color prendida con un adorno *strass*.

Tela necesaria: 9 metros de seda listada; 5 metros de piel de seda verde; un metro 20 centímetros de muselina; 80 centímetros de raso marfil, y 50 centímetros de raso violina.

EXPLICACIÓN DE LOS DIBUJOS PARA BORDADOS

CONTENIDOS EN LA HOJA-SUPLEMENTO.

Corresponde á las Sras. Subscriptoras de la edición de lujo.

1 á 3. Delantal para niños pequeños. Este delantal se compone de un delantero (núm. 2) y dos tirantes que forman la espalda (núm. 3). Se hace de lienzo crudo, bordado con algodón encarnado; la parte baja del delantal va fruncida á la cintura con un dobladillo ancho en el borde, sobre el cual, si se quiere, se repite la cenefa; dos bolsillos (número 1), colocados convenientemente, dan realce á este caprichoso delantal.

4 á 6, 8 á 13 y 15. IS, MG, LP, AA, TB, RC, TR, PA, EC, NB, enlaces para pañuelos.

7. Cenefa para mantel y mantelillo de té. Se borda á punto de cruz.

14, 19 y 20. *Dolores*, *Concha* y *Antonia*, nombres para pañuelos.

16. Capricho para servilletas de fuentes ó fruteros. Se borda á punto de espina y medio punto.

17. Angulo para mantelillo de té ó mantel de centro. Se borda á punto de espina, medio punto y al pasado con sedas lavables, oro viejo y color maíz pálido, sobre tela de hilo granito con dobladillo á vainica y guarnición de encaje torchón.

18 y 21. SE y TM, enlaces para ropa de casa.

IMPORTANTE.

Los frecuentes abusos que vienen cometiéndose por individuos que falsamente se atribuyen el carácter de representantos de esta Empresa en las provincias, nos ponen en el caso de recordar nuevamente: 1.º, *que no respondemos más que de aquellas subscripciones que se hayan formalizado y satisfecho en nuestras oficinas*; 2.º, que el público debe acoger con la mayor reserva las instancias de personas que á la sombra del crédito de la Empresa, y atribuyéndose una representación que de ningún modo pueden justificar, abusan de su buena fe; y 3.º, que siendo en gran número los libreros, impresores y dueños de establecimientos mercantiles que en todas las capitales y poblaciones importantes del Reino reciben subscripciones á LA MODA ELEGANTE y á LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA Y AMERICANA, correspondiendo con honradez á la confianza que en ellos deposita el público, no nos es posible estampar aquí una lista tan numerosa, ni es tan poco necesario; porque conocidos como son en sus respectivas localidades por el crédito que su comportamiento les haya granjeado, nada es tan fácil, para las personas que deseen subscribirse por medio de intermediarios, como *asesorarse previamente de la responsabilidad y garantía que puede ofrecerles aquel á quien entregan su dinero.*

CARPETAS PARA «LA MODA».

Con objeto de que las Señoras Subscriptoras á LA MODA ELEGANTE puedan conservar en buen estado los números de esta Revista sin que se deterioren al hojearlos, esta Administración ha hecho construir unas carpetas especiales que, por su baratura, estén al alcance de todas las Señoras que nos favorecen con su concurso.

Estas carpetas unen á su buen aspecto suficiente solidez, y resultan muy á propósito para contener, en forma cómoda y elegante, los números últimamente publicados. Su precio, 2 pesetas en Madrid, 3 en provincias y 4 en América y el Extranjero, incluso los gastos de franqueo, certificado y de embalaje entre cartones.

Diríjanse los pedidos, acompañados de su importe, al Administrador de LA MODA ELEGANTE, Alcalá, 23, Madrid, ya directamente, ya por mediación de los Señores Corresponsales.

EL ADMINISTRADOR.

UNA LECCIÓN PARA TODOS.

Si no fuera por el viento, el mar estaría siempre tranquilo; mas durante el tiempo que sopla, las inmensas olas chicotean las orillas y sacuden los buques. Cuando el viento calma, las agitadas olas se tranquilizan.

«Hasta los niños pueden aprender lecciones más difíciles que ésta—dirá usted.—¿Quién puede ser tan ignorante ó tan torpe que no entienda cosa tan clara?»

Muchos de nosotros, amigo mío, muchos de nosotros. Hablando de las asombrosas invenciones y descubrimientos que distinguen este siglo, nos dice un poeta meditabundo: «La erudición llega, pero la sabiduría tarda.» ¿Qué quiere el decir con esto?

Tengamos una simple elucidación, que con el debido permiso citamos, tomada de una carta que hemos recibido últimamente.

El que la escribe nos dice: «Cuando vivía en Altarejos en el año de 1871, sufría horriblemente de dolores de cabeza. En el año de 1873 me vine á este lugar (Tribaldos, provincia de Cuenca), donde contraje la dispepsia. *Estos dos padecimientos eran de los más persistentes.*»

El lector tal vez no ve todavía de qué modo se indica la relación de estos tres párrafos con los vientos y las olas, pero pronto lo verá.

«Entonces, continúa la carta, principié á sentirme mal, con fatiga, mal gusto en la boca, muy poco apetito, y después que tomaba siquiera un poco de alimento, sufría de grandes dolores de estómago. Los doctores creyeron que no podía digerir el alimento, y me dieron medicinas que fueron del todo inútiles; cada día aumentaban más los dolores en el pecho, en los costados y en la espalda entre las paletillas.

»También sufría de ataques nerviosos que concluían en ratos de desmayo, y hace cosa de tres años arrojé sangre al momento de vomitar, y el 2 de Junio de 1893 volví á echar sangre otra vez en mayor cantidad. Todos los doctores que me vieron fueron de opinión que estaba sufriendo de dispepsia, pero no pudieron encontrar un remedio que me curase.

»Después de haber padecido por veintitrés años y de haber perdido toda esperanza de nunca más recuperar mi salud, el Sr. D. Jorge Morillas me aconsejó que tomase el Jarabe Curativo de la Madre Seigel. Principié este tratamiento hace dos meses, y á fines del primer mes noté que los dolores de estómago, costados y hombros iban desapareciendo. Continué digiriendo el alimento mucho mejor, y mis fuerzas aumentaban. Continuaré tomando este Jarabe hasta que experimente completamente sus benéficos resultados. Por el momento sólo les escribo para que se impongan de los beneficios que he obtenido con el uso del Jarabe en tan corto tiempo. Les doy á ustedes poder amplio para que hagan uso de esta carta de la manera que más hallen por conveniente. Suyo, etc. (Firmado):—ACACIO MARTÍNEZ LÓPEZ.—Tribaldos, provincia de Cuenca, 10 de Julio de 1894.»

Debe tenerse en consideración que el Sr. López es profesor del mejor colegio de Tribaldos. En cuanto á la opinión de los médicos respecto á la enfermedad de este caballero, fué justa. Fué como ellos lo acertaron: indigestión ó dispepsia. Los fuertes dolores de cabeza que experimentó el profesor López en Altarejos en el año 1871 fueron los primeros síntomas de la proximidad de su enfermedad, ó más bien de la presencia de la misma. La enfermedad fué el viento, y los dolores de cabeza fueron las olas: causa y efecto: ¿no ven ustedes?

Ninguna otra enfermedad es tan insidiosa y engañadora como ésta. La mayor parte de los dolores orgánicos locales—muchos de ellos fatales—como de los riñones, corazón y cerebro, provienen de ella y son realmente puros síntomas de la misma. El hecho de que se les trata tan á menudo á los mismos síntomas como enfermedades, conduce á sufrimientos incalculables y sumamente superfluos. Todo presentimiento de enfermedad que de otra manera no pueda claramente conocérsele otra causa, debe considerársele como señales de dispepsia, y tratársele bajo este concepto por medio del Jarabe Curativo de la Madre Seigel. Abrigamos la esperanza de que nuestros lectores tomarán nota de esta lección y de que no permitirán que se les descarríe.

Si el lector se dirige á los Sres. A. J. White, Limitado, 155, calle de Caspe, Barcelona, tendrán mucho gusto en enviarle gratuitamente un folleto ilustrado que explica las propiedades de este remedio.

El Jarabe Curativo de la Madre Seigel está de venta en todas las farmacias, droguerías y expendedurías de medicinas del mundo. Precio del frasco, 14 reales; frasquito, 8 reales.

ROYAL WINDSOR

EL CELEBRE RESTAURADOR DEL CABELLO



¿Teneis Canas?
¿Teneis Caspa?
¿Son vuestros Cabellos debiles ó caen?

En el caso afirmativo

Emplead el ROYAL WINDSOR, este excelentísimo producto, devuelve á los cabellos blancos su color primitivo y la hermosura natural de la juventud. Detiene la caida del cabello y hace desaparecer la caspa. Es el SOLO Restaurador del cabello premiado. Resultados inesperados. — Venta siempre creciente. — Exíjase sobre los frascos las palabras **ROYAL WINDSOR**. — Vendese en las Peluquerias y Perfumerias en frascos y medios frascos.

DEPOSITO PRINCIPAL: 22, rue de l'Echiquier, Paris

Se envia franco, á toda persona que lo pida el Prospecto conteniendo pormenores y atestaciones.

NINON DE LENCLOS

Reíase de las arrugas, que no se atrevieron nunca á señalarse en su epidermis, y se conservó joven y bella hasta más allá de sus 80 años, rompiendo una vez y otra su acta de nacimiento á la faz del tiempo, que en vano agitaba su guadaña delante de aquel rostro seductor sin poder mortificarle.—Este secreto, que la gran coqueta egoísta no quiso revelar á ninguno de sus contemporáneos, ha sido descubierto por el doctor Leconte entre las hojas de un tomo de la *Historia amorosa de las Galias*, de Bussy-Rabutin, perteneciente á la biblioteca de Voltaire y actualmente propiedad exclusiva de la **Perfumeria Ninon** *(Maison Leconte)*, 31, rue du 4 Septembre 31, París.

Dicha casa entrega el secreto á sus elegantes clientes bajo el nombre de **Véritable Eau de Ninon** y de **Duvet de Ninon**, polvo de arroz que Ninon de Lenclos llamaba «la juventud en una caja».—Es necesario exigir en la etiqueta el nombre y la dirección de la Casa, para evitar las falsificaciones.—La *Parfumerie Ninon* expide á todas partes sus prospectos y precios corrientes.

Depósitos en Madrid: *Aguirre y Molino, perfumería Oriental, Carmen, 2; perfumería de Urquiola, Mayor, 1; Romero y Vicente, perfumería Inglesa, Carrera de San Jerónimo, 3;* y en Barcelona: *Sra. Viuda de Lafont é Hijos*, y *Vicente Ferrer; Salvador Vives, perfumista, Pasaje Baconti; Salvador Banus, perfumista, calle Jaime I, núm. 18.—J. G. Fortis, perfumista, Alfonso I, núm. 27, en Zaragoza, misma casa en Valencia.*



Kananga del Japon

RIGAUD y Cía, Perfumistas
Proveedores de la Real Casa de España
8, rue Vivienne, PARIS

Agua de Kananga de RIGAUD, la loción más refrescante, la que más vigoriza la piel y blanquea el cútis, perfumándolo delicadamente.

Extracto de Kananga de RIGAUD, suavísimo y aristocrático perfume para el pañuelo.

Polvos de Kananga de RIGAUD, blanquean la tez con un elegante tono mate, preservándolo del asoleo.

Jabon de Kananga de RIGAUD, el mas grato y untuoso, conserva al cútis su nacarada transparencia.

Depósito en las principales Perfumerias.

EL SOL DE INVIERNO

POR

DOÑA MARÍA DEL PILAR SINUÉS.

Preciosa novela original, con interesante argumento, cuadros de costumbres familiares, episodios muy dramáticos, y brillando en todo el libro la más profunda moralidad.

Un volumen en 8.° mayor francés, que se vende, á 4 pesetas, en la Administración de este periódico, Madrid, calle de Alcalá, núm. 23.

OBRAS POÉTICAS

DE

D. JOSÉ VELARDE

DE VENTA EN LA ADMINISTRACIÓN DE ESTE PERIÓDICO
ALCALÁ, 23.—MADRID.

	Pesetas
Obras poéticas.—Dos tomos	8
Teodomiro, ó la Cueva del Cristo	2
Fray Juan	1
La Niña de Gómez-Arias	1
Alegría (Canto I)	1
El Holgadero (segunda parte de *Alegría*)	1
A orillas del mar	1
La Venganza	1
Fernando de Laredo	1
El Último beso	1
El Capitán García	1
Mis Amores	1
La Velada	1
El Año campestre	1

PAPEL FAYARD Y BLAYN EL MÁS EFICAZ PARA CURAR **IRRITACIONES** del **PECHO, RESFRIADOS, REUMATISMOS, DOLORES, LUMBAGO, HERIDAS, LLAGAS.** — *Tópico excelente contra Callos, Ojos-de-Gallo.* — *En las Farmacias.*

SUPRIMIENDO LAS
ARRUGAS Y MANCHAS ROJIZAS

la **Brisa Exótica** (agua ó pomada), no se limita á devolver al que la usa la juventud y la belleza, sino que conserva estos dones hasta los más extremos límites de la edad. *Parfumerie Exotique*, 35, *rue du 4 Septembre, Paris.* — Depósitos en Madrid: Perfumería Urquiola, Mayor, 1; Aguirre y Molino, Preciados, 1; y en Barcelona: Sra. Viuda de Lafont é Hijos, y Vicente Ferrer y Compañía, perfumistas.

LA ESPAÑOLA

PEDID EN TODAS PARTES SUS
EXQUISITOS CHOCOLATES
¡No hay nada mejor!
38, PASEO DE ARENEROS, 38

RESTAURADOR
UNIVERSAL del
CABELLO
de la Señora **S. A. ALLEN**



para restaurar las canas á su primitivo color, al brillo y la hermosura de la juventud. Le restablecen su vida, fuerza y crecimiento. Hace desaparecer muy pronto la caspa. Su perfume es rico y exquisito.

Depósito Principal: 114 y 116 Southampton Row, Lóndres; Paris y Nueva York. Véndese en las Peluquerias y Perfumerias.

SUEÑOS Y REALIDADES

POR

D. RAMÓN DE NAVARRETE.

La mejor recomendación de este ameno libro es manifestar que está escrito por el distinguido cronista de salones y teatros *El Marqués de Valle-Alegre.*

Elegante volumen en 8.° mayor francés, que se vende, á 4 pesetas, en la Administración de este periódico, Madrid, Alcalá, 23.

EL MÉRITO DE HABER SIDO FALSIFICADA

en gran escala, es el mayor que se puede alegar en favor del Agua, los **Polvos** y la **Pasta dentífrica de los Benedictinos del monte Majella.** Para evitar toda equivocación, lo mejor es dirigirse á *Mr. Senet, administrador, rue du Quatre Septembre*, 35, Paris.—Depósitos en Madrid: *Perfumería Oriental, Carmen*, 2; *Aguirre y Molino, Preciados*, 1; *Urquiola, Mayor*, 1; y en Barcelona: *Señora Viuda de Lafont é Hijos; Vicente Ferrer y C.ª, perfumistas.*

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD Curadas por el Verdadero **HIERRO QUEVENNE**
Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de exito.

MARI-SANTA, *por D. ANTONIO de TRUEBA*

Es una de las mejores obras literarias del ilustre *Antón el de los Cantares*, moral, instructiva y amenísima.

Forma un elegante volumen en 8.° mayor francés, y se vende á 4 pesetas en la Administración de este periódico, Madrid, calle de Alcalá, núm. 23.

PHOSPHATINE FALIÈRES

LA FOSFATINA FALIÈRES es el alimento más agradable y más recomendado para los niños de 6 á 7 meses de edad, principalmente en la época del destete y en el período del crecimiento. *Facilita la dentición y asegura la buena formación de los huesos. Impide la diarrea tan frecuente en los niños.*

París, Avenue Victoria, 6, farmacias.

Ultima producção
Perfumaria IXORA
Ed. PINAUD
37, Boulevard de Strasbourg, 37
PARIS

Sabonete	de IXORA
Essencia	de IXORA
Agua de Toucador	de IXORA
Pommada	de IXORA
Oleo para os cabellos	de IXORA
Pós de Arroz	de IXORA
Cosmético	de IXORA
Vinagre de Toucador	de IXORA

Los Polvos de Arroz
PEAU D'ESPAGNE
NUEVA CREACION
DE
E. COUDRAY
PERFUMISTA, 13, Rue d'Enghien, Paris
SE VENDEN EN TODAS LAS PERFUMERIAS.

SELLOS HÉRISÉ

CURACIÓN SEGURA DE LAS ENFERMEDADES DEL PECHO Y DE LAS VIAS RESPIRATORIAS

Tos persistente, Bronquitis, Catarros, Tuberculosis, Tisis

Adoptados en los hospitales de Paris.—Depósito: farmacia Hérisé, 21, boul. Rochechouart, y en las principales farmacias.—Precio: **4 frs.** la caja.

TOS

POR FUERTE QUE SEA, SE CURA CON LAS
PASTILLAS DEL DR. ANDREU
Remedio pronto y seguro. En las boticas

NUEVO PERFUME
DATURA INDIEN

Nueva CREACION

POLVO DE ARROZ — **JABON** — **ESENCIA** PARA el **PAÑUELO**

Perfumeria Oriza **L. LEGRAND** 11, Place de la Madeleine, Paris

COMPAÑIA COLONIAL
CHOCOLATES Y CAFÉS

La casa que paga mayor contribución industrial en el ramo, y fabrica **9.000 kilos** de chocolate al dia.—**38 medallas de oro** y altas recompensas industriales.

DEPÓSITO GENERAL: CALLE MAYOR, 18 Y 20, MADRID

MADRID.—Establecimiento tipolitográfico «Sucesores de Rivadeneyra», impresores de la Real Casa.



22 de Febrero de 1896 Nº 7

LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA

Alcalá 23_ Madrid

LA MODA ELEGANTE

PERIÓDICO ESPECIAL DE SEÑORAS Y SEÑORITAS, INDISPENSABLE EN TODA CASA DE FAMILIA

Administración: Alcalá, 23, Madrid. | **Madrid, 22 de Febrero de 1896.** | **Año LV.—Núm. 7.**

SUMARIO.

REVISTA PARISIENSE.

SUMARIO.

Singular contraste.—El frío presente y las modas futuras.—Nuevas telas.—Las formas.—Faldas y mangas.—El estilo Luis XV y Luis XVI.—Varios modelos de cuerpos.—Los corsés.—Preguntas y respuestas.—Gedeón avaro.

PRECISAMENTE á la hora en que el frío aguza sus punzantes saetas, las novedades de la estación primaveral salen á luz; es decir, que en Febrero, por un singular contraste, la imaginación de los fundadores de las modas futuras da libre curso á sus más deliciosas fantasías, á sus creaciones más delicadas. Aunque parezca prematuro, LA MODA se encuentra ya en situación de dar á sus lectoras noticias importantes y precisas, que no pueden por menos de interesarles. Hablemos, pues, por hoy, de las telas en general, de las formas en particular y de algunos lindos trajes de uso corriente en esta época de fiestas mundanas, grandes y pequeñas.

Diré desde luego que las telas, siguiendo el impulso dado, serán muy variadas: las telas lisas continuarán, como en las temporadas anteriores, siendo las preferidas para trajes de calle, de paseo matinal, de viaje, etc.; y las mezclillas, el tornasolado, los lindos estampados de matices de flores, de ramos tan admirablemente imitados, se reservarán para los trajes de ceremonia, de visita, de concierto y otros análogos.

Las telas lisas, con las cuales se componen trajes tan deliciosos y fáciles de llevar, son las que la parisiense elige de preferencia. En efecto; la parisiense, por su contacto incesante con el movimiento mundano, sabe discernir con el tacto que la distingue lo que más conviene á determinadas circunstancias. Es partidaria, sobre todo, de los colores discretos, de los matices fundidos, de las formas sobrias, tan elegantes en medio de su sencillez, y poco á poco este gusto, peculiar al principio á París, se extiende afortunadamente de pueblo en pueblo, de ciudad en ciudad, á todos los centros femeninos. Por eso me ha parecido importante señalarlo.

Por lo demás, los tejidos lisos son más lindos que nunca. Mencionaré, en primer lugar, una colección muy variada de esos sedosos *mohairs* franceses tan fáciles de drapear y de un aspecto tan elegante, y unos lienzos que se parecen al tejido vulgar de los sacos para uvas, y constituyen una novedad lindísima y práctica para los días de calor. Excuso decir que estos lienzos se llevan sobre visos de seda del mismo color. Otro tanto sucede con el lienzo cañamazo llamado la «Favorita». Este lienzo cañamazo difiere completamente de los cañamazos hasta ahora conocidos; es un tejido inédito, cuya boga será grande. No lo será menos la de otro lienzo llamado de «velas», que servirá exclusivamente para chaquetas ó levitas largas. Esta última tela, sumamente fuerte y un poco grosera, cuya circunstancia le imprime precisamente un sello especial y distinguido, se halla destinada á componer confecciones muy lindas y graciosas para



1.—Traje de paseo.

viajes por mar y excursiones campestres, donde las viajeras están siempre expuestas á un aguacero repentino. Como suele ser de color azul, crudo ó de tinte amarillento natural, y se la adorna con botones enormes de fantasía, revistiendo las formas más elegantes, claro es que la tela en cuestión no será proscrita de ninguna parte, ni aun de las carreras de caballos á la moda, donde preservará las frescas *toilettes*, si no de la lluvia, á lo menos del polvo.

Los *mohairs* y las alpacas de colores lisos forman algunas veces granitos ó listas del mismo color, por supuesto. Al hablar de colores lisos no excluyo los tornasolados, los cuales verán en la estación próxima aumentar la boga de que disfrutaran el verano precedente.

En este género tenemos ya la *estameña mezclada* de varios colores formando contraste, como verde agua y rosa antiguo, nutria y negro, rosa y amarillo, etc., y, por último, las *armures tornasoladas*. Una de estas «armures» imita los lienzos de seda y de *beige* reunidos, y otra el cañamazo de grano un poco grueso, y otras, en fin, el pelo de cabra, esa tela antigua, siempre moderna, tan sedosa de aspecto, pero de pliegues tan solemnes, que no admite los drapeados ni otros adornos del mismo género.



Núm. 1.

Como siempre, las cheviotas de mezclilla servirán para componer trajes de sastre de una elegancia y corrección perfectas; pero estas cheviotas, que son sumamente lindas, afrancesan de día en día el estilo sastre importado de Inglaterra. No se trata ya de los colores neutros, severos en demasía, sino de un delicioso verde agua mezclado de crema, y hé aquí cómo se ejecuta esta mezcla. El fondo es crema, y un hilo verde muy fino dibuja un ligero cuadriculado, y sobre la mayor parte de estos cuadritos se ven unas hebras de lana blanca ó de color, formando presillas. Por ejemplo, sobre un fondo rosa antiguo, las presillas son de un verde pálido, etc.

Si pasamos á las telas de lana y seda, la variedad no será menos rica. La primavera y el verano que viene verán multiplicarse en este género preciosas novedades, entre otras los chinés fondo blanco con entredoses color de naranja, rodeados de un encaje muy fino, encaje tejido en la tela misma.



Num. 2.

Unos estampados nuevos de colores delicadísimos imitan las artísticas tapicerías de Aubusson; otros estampados de algodón y seda, de colores muy suaves, van listados de franjas de raso. Unos organdís de color de oro pálido van estampados de flores de begonias, y otros, de fondo satinado, de varios colores, llevan listas y ramos de relieve. Todo esto de colores que forman una escala suave, clara, como tomada de los rayos de luz de la primavera que comienza, y armonizándose con el césped verdoso, con las primeras flores, con los primeros retoños.

Las batistas lisas, salpicadas de lunares listados, sembradas de flores á la manera de las telas Luis XV y Luis XVI,



Núm. 3.

cubiertas de redes que semejan unas cabelleras flotantes; los lienzos de Alsacia; los linós con lunares blancos ó de color, ó de colores mezclados; los piqués, más variados que los que hasta ahora hemos visto, merecerían una mención especial. Citaré tan sólo el piqué azul Mediterráneo á causa de la originalidad y de la belleza de su color, y los piqués estampados con dibujos orientales por la riqueza de su ornamentación.

°°°

No me es posible, por ahora, extenderme más sobre la lista interminable de las nuevas telas. Sólo añadiré una palabra acerca de las telas de seda para trajes de lujo, brochadas con estampaciones tan originales como deslumbradoras. Uno de estos brochados reproduce con maravillosa fidelidad de tonos la gran rosácea de Nuestra Señora de París, cuyos



Núm. 4.

vidrios centellean al sol. Es un juego de colores que la pluma no puede reproducir. Ya trataré de ella más adelante; hoy necesito decir algo de las formas.

°°°

En primer lugar, la falda. Sus famosos *godets* no desaparecerán en absoluto; pero generalmente se los reemplazará con los fruncidos y los pliegues. Será más estrecha sin ser menos graciosa, y mucho más fácil de manejar. Los fruncidos y los pliegues, como antiguamente, se harán de preferencia en los lados y por detrás; el delantero formará exactamente delantal.

Los cuerpos Luis XV y Luis XVI no serán de uso corriente. Los trajes de diario no se avienen con este género, y sólo por una aberración del gusto se les ha llevado este invierno en todas circunstancias. Estos cuerpos no se adaptan, en verdad, sino á los trajes de estilo, y todo induce á creer que en la estación que viene se les llevará únicamente los casos especiales que permite la armonía completa del traje. Se habla de una casa principalísima que trata de resucitar casi totalmente ese género tan adorable, si bien un poco amanerado, restableciendo los *paniers*....., jamás muy reducidos, me apresuraré á añadir.

La manga ancha está condenada sin apelación; todo el mundo se halla hastiado de esta moda, excepto las mujeres exageradamente delgadas. La manga será lisa, muy lisa hasta lo alto, donde irá guarnecida con un *jockey* ahuecado de sedas y encaje, un *jockey* de tela artísticamente plegada, á fin de evitar la transición demasiado brusca de un cambio radical y de ir acostumbrando poco á poco la vista á esta transformación.

Entretanto conservamos aún las mangas globos hasta los primeros rayos del sol primaveral, según se verá por los cuerpos de teatro y *soirée* cuyos croquis y descripción van á continuación:

El croquis núm. 1 representa un cuerpo muy lindo para traje de recibir. Es de terciopelo Liberty, con aldetas muy onduladas. El pliegue ancho del delantero, adornado con dos rosáceas de raso apuntadas con botones de *stras*, va flanqueado de dos volantes de encaje fruncido. Un volante igual guarnece el cuello y termina la manga, que es muy larga.

Nuestro segundo modelo (croquis núm. 2) representa un cuerpo de estilo, hecho de terciopelo, uno de esos lindos terciopelos de seda sumamente ligeros. La aldeta va recortada en las caderas y se prolonga en punta por delante, y ribeteada á todo el rededor de un bordado fino de seda. Solapas anchas de raso blanco bordadas de florecillas, que se abren sobre un chaleco blanco crema bordado de azabache. Cuello doble de cocas de cinta, y lazo de corbata Robespierre de muselina de seda y encaje.

Los dos cuerpos que siguen servirán para *soirées*, y pueden llevarse indistintamente con faldas claras ú obscuras.

El croquis núm. 3 es de raso azul celeste, con mangas cortas. Coraza de encaje, guarnecida de rosas y de mariposas de terciopelo amarillo. Cintura de terciopelo, con cocas largas y rectas en los lados, y más iguales en el cuello, que es un collar de rosas.

El segundo cuerpo (croquis núm. 4) es de raso color de rosa, y va adornado con rosáceas de terciopelo color de musgo. Llamaré la atención de mis lectoras sobre la forma de las mangas y sobre su disposición original en forma de conchas muy anchas, cuyo vuelo forma por delante una chaquetilla sobre un cuerpo plegado de muselina de seda blanca escotado en cuadro. Cintura de terciopelo color de musgo.

°°°

Sin temor de contradicción puede afirmarse que no hay corsé que pueda rivalizar con el corsé Léoty. Seguro, flexible levemente «ballenado», este corsé conserva del siglo XVII gracia tan delicada que forma los talles «en tallo de flor». El busto, que mantiene el pecho alto y desarrollado, lo hace resaltar admirablemente. Las caderas quedan libres; el cuerpo es elegante.

Hoy, que la moda nos conduce al género Luis XV, el corsé Léoty (8, plaza de la *Madeleine*) es el único que responde á la esbeltez de los talles de aquella época seductora que el pincel de Watteau ha inmortalizado.

Para confeccionar sus corsés, Mme. Léoty no emplea sino lindas telas de suaves colores: brochados crema sobre fondo color de rosa; brochados orquídeas sobre fondo blanco plata, y sedas Pompadour listadas de raso con ramos de flores, todo ello guarnecido de finos y verdaderos encajes. A cada corsé puede acompañar una enagua de lo mismo.

°°°

Entre amigos:

—¡Cómo, una gasa en el sombrero! ¡Ah, pobre amigo, perdóneme usted, no sabía nada! ¿Y desde cuándo está usted viudo?

El otro muy grave:

—Desde la muerte de mi mujer.

———

Un avaro ponía en el sobre de una carta:

«Mi intención era franquear esta carta; pero no he pensado en ello sino después de haberla echado al correo.

V. DE CASTELFIDO.

París, 18 de Febrero de 1896.

EXPLICACIÓN DE LOS GRABADOS.

Traje de paseo.—Núm. 1.

Collet de terciopelo color de nutria y muselina de seda negra formando un volante indesplegable. El fondo del *collet* consiste en un volante de terciopelo, que termina por delante en dos caídas lages sujetas en la cintura por medio de un lazo. A este volante de terciopelo va añadido otro de muselina de seda negra indesplegable, que cae sobre los brazos. Un cuello de muselina y terciopelo con un lazo corbata completan el *collet*. Falda de raso brochado color de nutria.—*Toque* de terciopelo *miroir* con lazo de lo mismo, guarnecido de valenciennes en el lado derecho.

Traje de primera comunión.—Núm. 2.

Para la explicación y patrones, véase el núm. VI, figs. 26 á 29 de la *Hoja-Suplemento*.

Vestido para niñas de 10 á 11 años.—Núm. 3.

Para la explicación y patrones, véase el núm. IV, figs. 18 á 22 de la *Hoja-Suplemento*.

Abrigo para lluvia.—Núm. 4.

Véase la explicación en el *reverso* de la *Hoja-Suplemento*.

Vestido de vicuña para señoritas.—Núm. 5.

Para la explicación y patrones, véase el núm. XII, figuras 64 á 77 de la *Hoja-Suplemento*.

Vestido y esclavina de lana mosqueada para señoritas. Núms. 6 y 9.

Para la explicación y patrones, véase el núm. X, figuras 43 á 54 de la *Hoja-Suplemento*.

Traje de ceremonia.—Núm. 7.

Para la explicación y patrones, véanse las figs. I á V de la *Hoja-Suplemento*.



2.—Traje de primera comunión.

Explic. y pat., núm. VI, figs. 26 á 29 de la Hoja-Suplemento.

3.—Vestido para niñas de 10 á 11 años.

Explic. y pat., núm. IV, figs. 18 á 22 de la Hoja-Suplemento.



4.—Abrigo para lluvia.

Explicación en el reverso de la Hoja-Suplemento



5.—Vestido de vicuña para señoritas.

Explic. y pat., núm. XII, figs. 64 á 77 de la Hoja-Suplemento.

6.—Vestido de lana mosqueada para señoritas.

VÉASE EL DIBUJO 9.

Explic. y pat., núm. X, figs. 43 á 54 de la Hoja-Suplemento.



7.—Traje de ceremonia.

Explic. y pat., fig. I á V de la Hoja-Suplemento.

Vestido bordado para niñas de 4 á 5 años.—Núm. 8.

Para la explicación y patrones, véase el núm. VIII, figuras 37 á 40 de la *Hoja-Suplemento.*

Vestido guarnecido de bieses para señoritas.—Núm. 10.

Véase la explicación en el *reverso* de la *Hoja-Suplemento.*

Trajes de concierto.—Núms. 11 á 14.

Véase la explicación en el *anverso* y en el *reverso* de la *Hoja-Suplemento.*

Traje de recibir.—Núms. 15 y 17.

Vestido de muselina de seda color de vino de Champagne y raso color crema. El delantero es de raso crema, bordado de acero y turquesas é incrustado de guipur. Este delantero figura ligeramente el talle, y desciende hasta el borde de la falda, terminando por arriba en tirantes que llegan por detrás hasta la cintura. Manga, falda y mangas caídas de muselina de seda color de vino de Champagne.

Traje de paseo.—Núm. 16.

Falda de paño gris, adornada con tres hileras de piel de chinchilla. Paletó de paño gris, ancho por delante y en la espalda, con esclavina formando manga, y adornado con tres hileras de chinchilla. Puede adornarse este traje para primavera con galones lisos ó bordados, en lugar de la piel de chinchilla.—Sombrero de fieltro negro, forma Luis XVI, adornado con una corona de rosas negras. Paleta en el lado y tocas de cinta de faya negra.

Camisa de dormir, camisas de vestir y pantalones bordados para señoritas.—Núms. 18 á 22.

Para la explicación y patrones, véase el número II, figuras 7 á 14 de la *Hoja-Suplemento.*

Corsé elástico para señoras jóvenes.—Núms. 23 y 24.

Véase la explicación en el *anverso* de la *Hoja-Suplemento.*

Corsé para jóvenes de 13 á 14 años.—Núm. 25.

Para la explicación y patrones, véase el núm. XIV, figuras 81 á 91 de *Hoja-Suplemento.*

Pañuelos de primera comunión.—Núms. 26 y 27.

Estos dos pañuelos, de batista muy fina, van rodeados de una cenefa ancha bordada al punto Duquesa.

Delantal de seda para señoritas.—Núm. 28.

Las figs. 95 y 96 de la *Hoja-Suplemento* al presente número corresponden á este objeto.

El delantal, que es de seda, va adornado con un encaje hecho de galones.

Nuestro modelo se compone de un pedazo azul pálido, de 60 centímetros de largo por 52 de ancho, adornado en el borde inferior con una cenefa ancha, y en el superior con cinco dibujos bordados. Para la cenefa ó encaje se pasa el dibujo á un hule con arreglo á la fig. 95, y para los bordados aislados, por la fig. 96. Se fija luego en los contornos un galoncillo de lana crema, de un centímetro de ancho, y se adorna el fondo con ruedecillas. Se pasa en medio de los puntos de costura cruzados una hebra igual. Después de haber separado la labor del hule, se pega la cenefa al delantal por el borde superior de las curvas. Se doblan las orillas y se las fija con el galoncillo, el cual se cose una segunda vez en el borde inferior de las curvas. Los bordes de costado del delantal van guarnecidos de un galoncillo igual.

Los adornos aislados se cosen á 5 centímetros por debajo del borde superior, á intervalos de unos 7 centímetros. Se recorta la tela bajo el bordado, se la frunce entre estos adornos (formando una cabecita), de manera que quede en 3 centímetros de ancho. Se fija bajo el delantal, como cinturón, una cinta otomana azul pálido de 2 ½ centímetros de ancho, cerrada en el lado izquierdo bajo un lazo.

Chaqueta de primavera para señoritas.—Núms. 29 y 30.

Para la explicación y patrones, véase el núm. I, figs. 1 á 6 de la *Hoja-Suplemento.*

Corsé para niñas de 7 á 8 años.—Núm. 31.

Para la explicación y patrones, véase el núm. VII, figuras 30 á 36 de la *Hoja-Suplemento.*

Cubrecorsé y enagua para señoritas.—Núms. 32 y 33.

Para la explicación y patrones, véase el núm. XIII, figuras 78 á 80 y figs. VI á VIII de la *Hoja-Suplemento.*

Camisa de batista para señoras.—Núm. 34.

Plieguecitos por delante. Solapas anchas ribeteadas de un encaje que da vuelta por la espalda. Lazo de cinta blanca ó de color en el remate del escote.

Pantalón de batista blanca.—Núm. 35.

Este pantalón va guarnecido con un volante compuesto de entredoses y pliegues de lencería, que van ensanchándose en forma de *godets*, ribeteados de un bordado. Lazo de cinta.

CRÓNICA DE MADRID.

SUMARIO.

Carnaval triste y Carnaval alegre.—En las calles y en los salones.—Escasez de fiestas.—En la Embajada de Francia.—En la de Alemania.—En la de Austria-Hungria.—En casa de la Marquesa de Aguiar.—Suspensión.—En la de los Marqueses de la Romana.—Matrimonios aristocráticos.—La Marquesa del Valle de la Paloma y el Conde de Urbasa.—Otros dos.—La Srta. de Balsera y el señor Servet.—La Marquesa de San Felices y el hijo de los de Martorell.—LOS TEATROS.—En el REAL: *Il Profeta*, *Dinorah*, *Fausto*.—En el ESPAÑOL: *María del Carmen*.—En la COMEDIA: *Altezas del honor*.—EN LARA: *La praviana*.

Alegres en las calles y en los paseos, tristes y desanimados en los salones, así van pasando los días del presente Carnaval.

Temperatura suave, cielo azul, sol espléndido el primero de los tres, nada ha faltado para las públicas saturnales: así, la concurrencia ha sido grande en el antiguo Salón del Prado, en el paseo de Recoletos, en el de la Castellana, sitios donde ahora han vuelto á celebrarse las fiestas populares.

No ha habido lluvia de flores—ni de confites—como el año último en el Retiro: no ha habido tampoco disfraces caprichosos ni bromas ingeniosas: todo se ha reducido al «te conozco» acostumbrado; á las estudiantinas—sin estudiantes—de siempre, y luego, por la noche, á las orgías tradicionales.

Parece que un hado adverso ha hecho suspender ahora las reuniones y saraos del gran mundo.

La muerte del Conde del Castillo de Cuba, hermano del Sr. Cánovas del Castillo, impidió desde principios del invierno que en «La Huerta», morada del Presidente del Consejo de Ministros, tuviesen efecto los bailes que se daban allí semanalmente otros años: más tarde, el fallecimiento del Marqués de la Puente y Sotomayor ha interrumpido además las recepciones de su hija la Condesa de Casa-Valencia.

La Marquesa de Aguiar, la única dama madrileña que todos los lunes congregaba la *high life* en su casa, disponía para ayer, según ya anuncié á mis lectoras, un baile de disfraces: pues bien, sus buenos propósitos han quedado destruídos por la muerte de una persona de su familia, la viuda del capitalista Gargollo, hermana de la Duquesa de Tetuán.

Al Cuerpo diplomático extranjero le cabe la gloria y la satisfacción de haber sido en la presente época el que ha animado la sociedad, el que ha proporcionado ganancias positivas al comercio y á la industria.

El Embajador de Francia; el Sr. Radowitz, que lo es de Alemania; el Conde Dubski, representante de Austria-Hungría, y el Conde de Macedo, de Portugal, han prestado vida á la corte de las Españas con más ó menos numerosas asambleas coreográficas.

La segunda del Marqués de Reverseaux fué aún más brillante que la primera, habiéndola honrado con su presencia S. A. la infanta D.ª Isabel, quien tomó parte activa en el baile, figurando asimismo en el cotillón.

El Sr. Radowitz y su amable consorte, después de sus *sauteries* semanales, hicieron construir un teatro en el piso bajo de su magnífico hotel, y en él han dado dos brillantísimas representaciones de la linda opereta del Conde de Morny y Offenbach, *Mr. Choufleuri restera chez lui*, tan conocida de nuestro público bajo el título de *La soirée de Cachupín.*

Los intérpretes de esta graciosísima pieza han sido una de las hijas de los señores de Radowitz; otra de la Marquesa de Acapulco; el secretario de la Legación de Rusia, Mr. Mouraview—un *Choufleuri* excelente;—el Duque de Luna, primogénito del de Granada; los Condes de Santa Cruz de los Manueles y de Arco, y otros varios jóvenes distinguidos.

El efecto de la representación fué extraordinario, y rara vez se ha visto entre *amateurs* conjunto tan perfecto y admirable.

Los *artistas* fueron llamados en muchas ocasiones á la escena y aplaudidos con entusiasmo.

°°°

El 13 del corriente recibió cristiana sepultura en la Sacramental de San Isidro la Sra. D.ª Manuela Gil de Borja, madre del Excmo. Sr. D. Luis Moreno, intendente del Real Patrimonio. Era esta señora dechado de virtudes. Su muerte habrá arrancado muchas lágrimas, no sólo á las personas con ella emparentadas, sino á cuantos la conocían.

Reciba nuestro pésame su distinguida familia.

°°°

En la calle de Segovia, donde tiene su residencia el Conde Dubski, hubo el domingo gran banquete, en el cual no pudo tomar parte el Sr. Cánovas por su luto, pero en el que figuraron otros personajes del «mundo oficial» y distinguidos compañeros del ilustre anfitrión.

Después asistieron multitud de familias aristocráticas; y aunque preponderaba la juventud, no sucedió lo que se debía esperar: no hubo baile, aunque hasta hora avanzada de la noche no se retiraron los convidados.

En fin, ayer lunes, en la misma casa, cuyo primer piso habitan sus dueños los Marqueses de la Romana, se efectuó otra *sauterie*, que no pudo ser más agradable, más animada, prolongándose hasta el amanecer.

Hé aquí todo lo que ha dado de sí el Carnaval de 1896, estéril y lúgubre si se compara con los de otros años.

°°°

En cambio, el matrimonio de la graciosa Marquesa del Valle de Paloma con el Conde de Urbasa ha constituído un verdadero acontecimiento.

Los padres de la novia habían llamado á casi todas sus numerosas relaciones á presenciar la ceremonia religiosa, y desde las once y media de la mañana del sábado, 15 del corriente, el hermoso palacio de la calle de Alcalá ofrecía un aspecto deslumbrador.

Allí estaban muchas de las mujeres más bellas y notables de la *high life;* allí personajes políticos de todos colores—desde D. Emilio Castelar al Marqués de la Vega de Armijo;—allí escritores y periodistas distinguidos; allí, por último, mancebos elegantes, *sportmen* y *clubmen* en abundancia.

El Cura párroco de San Jerónimo dió la bendición nupcial y dijo la misa de velaciones, siendo madrina la Marquesa de la Laguna y padrino el Marqués de Viana.

Luego Lhardy sirvió opíparo y delicado almuerzo á los concurrentes, que pasaban de trescientos; marchando más tarde los nuevos esposos al campo, donde pasarán su luna de miel, que les deseo larguísima y venturosa.

°°°

La víspera se había celebrado otra boda: la de la graciosa señorita de Balsera con el oficial de Marina Sr. Servet, hermano de la que fué camarista en la niñez de las hijas del difunto rey D. Alfonso XII.

Su Alteza la Infanta D.ª Isabel ha sido madrina de este enlace, habiendo enviado sus propios carruajes para llevar á la iglesia á los cónyuges.

Es posible que cuando se publiquen estas líneas se haya asimismo unido con indisolubles lazos otra pareja: la joven Marquesa de San Felices y el hijo segundo de los Marqueses de Martorell; aunque, á causa del luto que éste viste por la muerte de su padre, no se celebrará con aparato la ceremonia religiosa.

°°°

Los teatros han presentado mayor animación que los salones, pues en todos ellos ha habido frecuentes novedades.

Tres, digámoslo así, ha ofrecido el Real á sus abonados: *Il Profeta*, *Dinorah* y *Fausto.*

Los dos primeros *spartitos* han tenido mejor suerte que el tercero, en el cual volvió á aparecer en la escena de la Plaza de Oriente el eminente bajo español Uetam—ó Mateu,—aunque mal acompañado por un novel tenor, el señor Menchaca, quien tuvo hasta la extraña idea de *extranjerizar* su apellido.

Imagínese lo que sería la opera de Gounod con un Fausto principiante, y esto me evitará añadir que el conjunto se resintió terriblemente de lo dicho, siendo inútiles los esfuerzos de los demás artistas para sacar adelante la obra.

En *Il Profeta* fué tambien deficiente la interpretación, porque á la señora Leonardi no le conviene el papel de Fides, y porque algún otro cantante—y no aludo al Sr. Mariacher—no prestó relieve al suyo.

En cambio, la Paccini ha alcanzado nuevo y brillantísimo triunfo en *Dinorah*, ópera en la cual ha vuelto á presentarse al público que tanto cariño la profesa.

En el llamado vals de la *sombra* obtuvo éxito entusiasta: el público la aplaudió sin cesar, obligándola á repetirlo entre estruendosos aplausos.

El tenor español Simonetti, que cantó con fortuna *La Dolores* de Bretón en la Zarzuela, desempeñó muy regularmente el personaje de Corentino; y el barítono Scaramella «no descompuso el cuadro», según se dice vulgarmente.

Pero sería injusto no consignar que la orquesta, dirigida por el maestro Campanini, ejecutó admirablemente la sinfonía, la cual que obtuvo los honores de la repetición.

°°°

El *teatro Español* abre un nuevo abono para continuar sus representaciones hasta 1.° de Abril, y hace bien, pues el público muestra decidida preferencia por sus espectáculos.

Los lunes y los viernes se hallan abonados todos los palcos y todas las butacas: las tardes de los domingos no son menos afortunadas, y las demás noches no falta ese público inteligente que asiste por las funciones y no por la concurrencia.

Esta favorecerá, sin duda, largo tiempo el nuevo drama de Feliú y Codina, el famoso autor de *La Dolores* y de *Miel de la Alcarria*, estrenado la semana última.

Titúlase *María del Carmen*, y es digno de figurar junto á las otras composiciones del autor.

Vigor y energía en los caracteres; acción patética é interesante; diálogo elegante y castizo, hé aquí las dotes y cualidades de *María del Carmen*, la que desde el principio impresionó á los espectadores.

El autor fué llamado al final del primer acto á las tablas, repitiéndose en los siguientes los aplausos y las ovaciones.

Muchísimo ha contribuído á semejante resultado la interpretación por parte de todos los artistas: María Guerrero, tan bella y tan bien vestida como siempre, prestó gran realce al personaje de la protagonista; Díaz de Mendoza caracterizó de manera cabal el que tenía á cargo; y García Ortega demostró servir para más altos fines que desempeñar papeles de galán joven y piezas cómicas, elevándose á grande altura.

El resto de la compañía ayudó eficazmente al buen efecto, y sería injusto olvidar á la señorita Valdivia, cuyo traje precioso realzaba su buena presencia.

°°°

No se debe equiparar con el drama de Feliú y Codina el que el Sr. Novo y Colson ha estrenado á la par en la Comedia.

La acción es lenta; las situaciones forzadas, y sólo merece elogios el lenguaje vigoroso y correcto y el modo de desenlazar algunos incidentes.

°°°

Tampoco Vital Aza estuvo tan afortunado al escribir *La praviana* como en *La rebotica* y en otras composiciones de su rico y variado repertorio.

No carece *La praviana* de gracia ni de ingenio; pero el argumento no tiene novedad; los recursos son pobres y vulgares, y á no ser por el celo, por la inteligencia, por el deseo de agradar que mostraron los encargados de su desempeño en sacar adelante la pieza, el efecto, nunca desgraciado, habría sido menos feliz.

Pero ¿cómo no aplaudir á la Valverde y á la Pino, hechas unas ciclistas? ¿Cómo mostrarse indiferente con los demás intérpretes de *La praviana*, que no omitieron cosa alguna para alcanzar cuanto se proponían?

Nunca fué más eficaz y poderoso el talento de los artistas para prestar realce á una composición, que tanto necesitaba el esfuerzo de los encargados de darla á conocer y de asegurar su buena acogida.

EL MARQUÉS DE VALLE-ALEGRE.

18 de Febrero de 1896.

UN NUEVO INVENTO.

(SUCESO INVEROSÍMIL.)

La esposa del doctor Van Wagener se había trasladado al campo para pasar una temporada con su madre. Estos viajes tenían lugar siempre que su marido se dedicaba á sus experimentos químicos, pues la señora de Van Wagener aseguraba que todos aquellos trabajos en el laboratorio tendrían que concluir, uno ú otro día, con una explosión que

hiciese volar la casa por los aires, y, naturalmente, no le era agradable la idea de esperar en su cuarto tranquilamente á que tuviese lugar aquel acontecimiento.

Como el doctor era amigo mío, y además me interesaban siempre los trabajos de química á que se consagraba con tanta asiduidad, cerré mi casa de soltero y me trasladé á la del profesor, dispuesto á pasar en su compañía el tiempo que su esposa tardase en regresar.

Nadie habitaba la casa más que el profesor, yo y un hermoso perro de San Bernardo, propiedad de aquél. Teníamos por costumbre hacernos por la mañana, con ayuda de una lamparilla de espíritu de vino, nuestras tazas de té, y al mediodía y por la noche íbamos al hotel más próximo á tomar nuestras comidas. El profesor pasaba en su laboratorio el día entero. Yo le acompañaba algunos ratos, y otros me dedicaba en mi cuarto á la lectura de mis libros favoritos.

Una noche entró el doctor en mi habitación llevando en su mano una cucharilla de café, que contenía una especie de pasta amarillenta. Colocóla sobre la mesa, y se sentó en una butaca cerca de la mía con visibles muestras de satisfacción.

—Acabo—dijo rompiendo el silencio—de perfeccionar el invento más grandioso de nuestros tiempos.

—Os he oido decir lo mismo lo menos treinta veces—repliqué yo.—¿Cuál es el invento de ahora?

—El más poderoso explosivo conocido hasta el presente. Comparado con la nitroglicerina, su explosión es, por lo menos, doscientas veces más fuerte. ¿Ve usted esa cucharilla? Contiene, aproximadamente, una onza de mi sustancia. Bueno, pues si explotase en este momento no quedaría seguramente un pedazo de esta casa bastante grande para poderlo someter á un experimento químico.

—¡Y con toda esa calma me trae á mi cuarto un juguetito de esa especie!—exclamé indignado.—Doctor, le deseo á usted muy buenas noches. Tengo una cita ahora mismo, y tal vez tenga que marcharme inmediatamente del pueblo.

Van Wagener se echó á reir, mientras me contenía con una seña.

—Mi explosivo es completamente inofensivo—dijo.—Puede usted ponerlo en el fuego ó darle golpes con un martillo sin temor alguno. Lo único que puede hacerlo explotar es el contacto con la grasa animal. En cuanto una gota de manteca cayese en esa cuchara, presenciaría usted la explosión más grande que ha tenido lugar hasta el presente.

No contesté á estas palabras; pero cogiendo la cucharilla con su contenido salí al jardín que rodeaba á la casa, y lo depositó en el rincón más distante, no sin sentir un estremecimiento de terror á cada paso que daba.

De regreso en mi cuarto declaré formalmente al doctor que si por la mañana no se había deshecho del producto de su invención, no solamente me marchaba de su casa, sino que lo haría arrestar como un loco peligroso. Rióse de mis frases, y me prometió acceder á mi demanda, al mismo tiempo que me proponía salir á dar un paseo por el pueblo.

Acepté gustoso, y durante una hora dimos vueltas por las alamedas de la población, regresando después á nuestro domicilio.

La idea del explosivo no había desaparecido de mi mente, y no me hacía gracia el pensar que iba á dormir aquella noche con semejante vecindad. Así es que al entrar en el jardín expuse á mi amigo que no daba un paso más ni entraba en la casa mientras que no hubiéramos enterrado su invento á unos cuantos pies bajo de tierra. El doctor convino al fin en la justicia de mi demanda, y juntos nos dirigimos al lugar donde yo había colocado la cucharilla. Fácil nos fué dar con ella; pero cuál no sería nuestro asombro cuando la hallamos completamente vacía, y tan limpia como si la hubiesen lavado en agua caliente.

—¡Me han robado mi invento!—fueron las primeras palabras de Van Wagener.

Pero yo, al que no cegaba la pasión científica, calculé en seguida que si algún rival del doctor hubiese sido el autor del robo, se hubiera también llevado la cucharilla, ó por lo menos no se hubiera entretenido en limpiarla con tanto esmero.

De repente se me ocurrió una idea.

—¿Tenía algún sabor especial esa sustancia?—pregunté.

—Sí, sabe á crema muy azucarada.

—Entonces ya tengo al ladrón. Mientras hemos estado fuera de casa el perro se habrá dado un paseo por el jardín y ha lamido todo el contenido de la cuchara. Voy en seguida á coger mi revólver y saltarle el cráneo antes que pueda explotar.

—¡Eso nunca!—exclamó el doctor;—mi mujer quiere á ese perro más que á las niñas de sus ojos, y si á su regreso lo encontrase muerto, más me valdría haberme suicidado.

No había nada que replicar á esto; así es que los dos volvimos hacia la casa. En los escalones del portón de entrada nos encontramos al animalito objeto de nuestro terror, relamiéndose el hocico y moviendo alegremente la cola con aire satisfecho.

Van Wagener se detuvo diciendo:

—Cuando este animal está vivo y entero aún, el peligro no es tan inminente; pero si llegase á comer cualquier sustancia grasa antes de que digiera el explosivo, entonces, no solamente volaría él por los aires, sino que nos mandaría á los dos con casa y todo en derechura á las nubes.

—Entonces, si no quiere usted matarlo, por lo menos átelo usted lo más lejos posible de la casa.

—Eso es más fácil decirlo que hacerlo. Este perro no ha sido nunca amigo mío, y en cuanto me acerque á él, ó se escapa ó se me echa encima para morderme.

—Pues vamos á entrar en la casa y lo dejaremos fuera. Tal vez el explosivo lo envenene antes de que sea de día.

La idea no podía ser mejor; pero indudablemente no estaba de acuerdo con la manera de pensar del animalito, porque, levantándose, fuése á echar en el mismo dintel de la puerta por donde teníamos que entrar, y ninguno de los dos nos atrevíamos á acercarnos.

Esperamos largo rato á que el perro decidiese levantarse y abandonar su cómoda postura; pero después de transcurrida una hora no había hecho aún el menor movimiento.

—¿Cuánto tiempo pensará en quedarse ahí?—dije yo.

—Probablemente toda la noche—respondió mi amigo,—á no ser que explote antes.

En aquel momento, sin duda, ocurrióle la idea al animalito de que su conducta hasta entonces había sido poco sociable, pues levantándose de repente y dando saltos, al par que meneaba la cola, se dirigió á nosotros con visibles muestras de desear hacerse perdonar su descortesía. No nos paramos á oir sus explicaciones, sino que de una carrera nos dirigimos á la puerta, al mismo tiempo que le decíamos: «Fuera de ahí, bruto», con un tono que hubiera demostrado fácilmente á cualquier otro animal que no deseábamos su compañía. Pero el perro de Van Wagener no era, indudablemente, muy susceptible en su carácter, pues, considerando todo aquello como una broma, corrió detrás de nosotros, entrando en la casa al mismo tiempo y sin darnos lugar de cerrar la puerta. A todo correr subimos las escaleras, llegando á tiempo de penetrar en mi cuarto y encerrarnos; pero el animalito empezó á arañar la puerta, ladrando al propio tiempo, para significar su deseo de hacernos la tertulia.

—Esto no puede continuar así—exclamé yo por fin;—si el perro explota donde está, es seguro que no nos libraremos de la explosión.

—¿Qué hacemos entonces?—preguntó el doctor.

—Es preciso que salga de la casa. Coja usted una de las galletas que hay sobre la mesa, enséñesela, y baje delante de él, y cuando esté en la puerta, tírela en medio de la calle para que salga á cogerla.

Mi proyecto mereció la aprobación de Van Wagener; pero no bien hubo abierto la puerta con la galleta en la mano, cuando el animalito, dando un salto, se la quitó de entre los dedos, y con ella en la boca se metió debajo de una silla para comérsela.

—Es preciso salir de aquí en seguida—grité yo, cogiendo mi sombrero y saliendo escapado, seguido del doctor.

Indudablemente, el hacer un poco de ejercicio entraba en los planes del perro, que desde luego nos siguió buscando á nuestro lado por espacio de más de media legua que recorrimos con la esperanza de que alguna cosa llamase su atención y le distrajese el tiempo necesario para poder escondernos. Pero, por nuestra desgracia, no encontramos ni un gato, ni otro perro, ni siquiera un montón de basura, que hubiera sido en aquellos momentos nuestra salvación.

Por último, tuvimos que sentarnos en un banco para descansar de nuestra carrera. *Tom* (creo que aun no había dicho el nombre de nuestro verdugo) se colocó á pocos pasos de nosotros, cómodamente echado sobre la tierra, entreteniéndose en lamerse concienzudamente entrambas manos.

De repente vi brillar á lo lejos la luz de una bicicleta. Ahora bien, si hay algo que *Tom* odie de todo corazón es seguramente el ver pasar á un ciclista montado en su máquina; y prueba de ello eran las diferentes multas que tal aborrecimiento habíale costado á Van Wagener. En consecuencia llamé la atención del perro, y cuando la bicicleta estuvo cerca, lo animé con la voz y el gesto para que se lanzase sobre ella; pero, por la primera vez en su vida, *Tom* miró á la máquina sin interés, y no movió ni siquiera un músculo de su cuerpo. En cambio el ciclista conoció perfectamente mi intención, porque, apeándose, puso en nuestro conocimiento que éramos un par de canallas, y que en cuanto nos encontrase dentro del pueblo nos haría arrestar por haber querido que el perro le mordiese.

Cansado ya y aburrido de la situación en que nos encontrábamos desde hacía cuatro horas, me puse de pie, declarando al mismo tiempo al doctor que iba á meterme en la cama, sucediese lo que sucediese, y que si él sobrevivía á la explosión le encargaba que pusiese en mi tumba un letrero diciendo que había muerto víctima de un perro idiota y de un amigo sabio.

Van Wagener prometió hacerlo así, y emprendimos juntos el regreso á casa. Al abrir la cancela del jardín, saltó desde dentro y en dirección á la calle un enorme gato negro. *Tom* de un brinco se colocó detrás de él para darle caza, y nosotros en un momento habíamos cerrado la cancela y nos precipitábamos en la casa dando gritos de satisfacción. ¡Por fin podíamos respirar tranquilos! ¡Al fin teníamos algunas probabilidades de no saltar por los aires hechos pedazos! Porque, por muy orgulloso que el profesor estuviese de su invento, no dejaba de reconocer que á la distancia que nos separaba de la puerta de la calle, y con el jardín por en medio, era casi seguro que saldríamos con vida de la catástrofe, si ésta, al fin y al cabo, se producía.

Sentéme en mi cuarto para fumar un cigarro y calmar algo mis nervios, que bien lo habían menester. El profesor se deshacía en excusas y perdones por el rato que él y su perro me habían proporcionado, y yo le dejaba hablar, empezando á creer que el famoso explosivo era el producto de algún ensueño científico de mi amigo, cuando de repente se dejó oir la más tremenda detonación que jamás había llegado á mis oídos: los cristales de los balcones saltaron hechos pedazos, varios muebles cayeron al suelo, y toda la casa parecía estremecerse sobre sus cimientos.

La cara del profesor brillaba con la chispa del genio.

—Por fin explotó el perro—dijo:—espero que no hayan ocurrido desgracias, pero tendrá usted que reconocer, amigo mío, que no había exagerado los efectos de mi invento.

—Lo reconozco efectivamente—contesté yo cuando el susto me dejó hablar;—pero vamos afuera para ver los destrozos causados, y, por supuesto, creo que lo mejor que podemos hacer es no decir á nadie nada de su invención.

Abrimos la verja del jardín para salir á la calle, y por poco nos caemos sobre el cuerpo de *Tom*, que estaba allí acostado esperando á que alguien le dejase entrar en la casa.

Van Wagener y yo nos miramos sorprendidos sin comprender cómo aquel perro, después de haber explotado, podía estar allí sano y bueno como si nada hubiera ocurrido.

Después de meditar largo rato, el doctor se dió una palmada en la frente, exclamando:

—Ya sé lo que ha ocurrido. El que se comió la sustancia explosiva no fué el pobre *Tom*, sino el gato aquel que nosotros vimos salir del jardín. De manera que este pobre perro, no sólo no ha sido un criminal, sino que nos ha salvado, porque, corriendo detrás del gato, lo hizo alejarse de la casa lo bastante para que la explosión no haya tenido peores consecuencias.

No supe qué hacer, si acariciar á *Tom* ó darle un puntapié por no haber tenido la ocurrencia de tranquilizarnos durante las horas mortales que habíamos pasado huyendo de él.

La explosión dió que hablar durante mucho tiempo. No causó ninguna desgracia, porque el gato, al explotar, se hallaba á más de una milla de distancia de nuestra casa, que era la última del pueblo, y sólo se pudo encontrar un enorme agujero en el campo, tan grande como una cueva de una casa. La policía hizo mil averiguaciones, y por último decidió que todo era obra de los anarquistas y que probablemente sus autores habrían perecido con la explosión.

Al día siguiente del suceso que acabo de relatar me trasladé de nuevo á mi casa de soltero, y desde entonces no he vuelto á ver al profesor Van Wagener más que en la calle y lo menos posible.

LADY BELGRAVIA.

OLIVIER,

POR JULIO SANDEAU,

de la Academia Francesa.

VERSIÓN ESPAÑOLA DE EUGENIO DE OCHOA.

Á LA SEÑORA DOÑA C. DE COURBONNE.

Así es—dijo Mario interrumpiéndome—que usted no cree en la Providencia. Según su parecer, la fatalidad es quien gobierna y rige al mundo.

—Entendámonos—le dije:—creo en la Providencia general, en la Providencia de donde emana desde toda eternidad la ley que regula todas las cosas. Hay que ser ciego ó insensato para negarla; ésa, la naturaleza entera la revela y la proclama; pero, lo confieso, no creo que una Providencia particular se moleste á cada instante por nosotros. Dios, que cuida de la conservación de las especies, hace poco caso de los individuos, y, en mi sentir, es una manía tonta el hacerle intervenir por cualquier propósito en nuestras interioridades.

—Vamos á ver—replicó Mario;—¿qué pensaría usted de un monarca que, después de haber promulgado las leyes de su reino, viviera, los brazos cruzados, en lo más recóndito de su palacio? Si cuidara del más ínfimo de sus súbditos, ¿no le parecería á usted mucho mejor? En una noche obscura, en una habitación obscura, Dios ve una hormiga negra y la oye..... Esto me parece más conforme á la grandeza del Sér Supremo que los sistemas que lo representan inmóvil é indiferente en su gloria.

—Por lo visto—le pregunté sonriendo,—¿usted cree en una acción activa de la Providencia en el destino de cada uno de nosotros?

—¿Y por qué no?—me contestó Mario.—Si relega usted á la Divinidad sobre alturas inaccesibles; si no puedo ensalzarla en mi alegría, ni implorarla en mi desgracia; si, en un caso desesperado, no debo esperar nada de ella, ni siquiera la hierbecita que la paloma echa á la hormiga que se ahoga, ¿qué me importa á mí su Dios de usted? Caña inteligente y reflexiva, necesito un apoyo; necesito un Dios que me preste ayuda. Creo, como usted, en las leyes inmutables de la Creación; no pretendo que la Providencia se digne cambiar por nosotros la economía del mundo, que se manifieste á cada paso, ni que se deba á tontas y á locas invocar su intervención, como lo hacen las porteras á propósito de su gato ó de su canario; pero entiendo que existen circunstancias en que no se puede, sin tacharnos de ingratitud, por menos de reconocerla y proclamarla. Todo hombre tiene en su vida una página al pie de la cual el nombre de Dios se halla escrito con signos imperecederos. Mire usted—añadió deteniéndose en medio de una calle del jardín por donde caminábamos antes,—en vez de discutir, como lo estamos haciendo hace dos horas, acerca de cuestiones envueltas en tinieblas y llenas de incertidumbre cuando no se penetra en ellas con la antorcha de la fe, ¿quiere usted que le refiera una historia?

Nos sentamos sobre el musgo que tapizaba el pie de una encina, y Mario habló en los siguientes términos, después de haberse recogido unos instantes:

I.

El conde Gastón de Valgrand es amigo mío; nuestra amistad, tan antigua como nosotros, no ha envejecido ni un día. Hemos nacido casi al mismo tiempo; nos hemos educado juntos. Nuestras casas están situadas á poca distancia la una de la otra; desde aquí puede usted ver los torreones de su palacio y la arboleda de su parque. Si, como lo deseo, pasa usted algunos días en mi compañía, tendrá usted ocasión de conocerlo. Si lo hubiese usted conocido hace ahora diez años, habría usted comprendido que la felicidad se encuentra á veces en este mundo. Joven y simpático, se había casado con la señorita de C..., que era á su vez joven y hermosa. Esta unión daba un mentís formal al moralista que pretende que no hay enlaces proporcionados. Vivían en su posesión, hacían bien á los campesinos, y no parecían



8.—Vestido bordado para niñas de 4 á 5 años.
Explic. y pat., núm. VIII, figs. 37 á 40 de la Hoja-Suplemento.

9.—Esclavina que acompaña al vestido de lana mosqueada.
VÉASE EL DIBUJO 6.
Explic. y pat., núm. X, fig. 54 de la Hoja-Suplemento.

10.—Vestido guarnecido de bieses para señoritas.
Explicación en el reverso de la Hoja-Suplemento.

11.—Traje de banquete y concierto.
Explicación en el anverso de la Hoja-Suplemento.

12.—Traje de concierto.
Explicación en el anverso de la Hoja-Suplemento.

13.—Traje de seda brochada.
Explicación en el reverso de la Hoja-Suplemento.

14.—Traje de raso con chaquetilla.
Explicación en el reverso de la Hoja-Suplemento



Copyright, 1896, by Harper and Brothers.

15.—Traje de recibir. Delantero.

Véase el dibujo 17.

acordarse que hay bajo la capa de los cielos otros goces que los que ellos disfrutaban bajo la sombra de sus árboles. Hubiérase dicho que habían sido creados el uno para el otro..... Es ésta una frase completamente vulgar, pero que explica en un todo la conformidad de sus gustos, la armonía de sus sentimientos. Hay quien asegura que el encanto de la intimidad nace del contraste de los caracteres; no lo creo, á no ser que el encanto de la intimidad consista en regañar desde por la mañana hasta por la noche. Aun cuando siempre eran del mismo parecer, su existencia era dichosa y llena de alegrías. Sin embargo, existía un punto bastante grave, sobre el cual no estaban conformes. Gastón era, en filosofía, de la escuela de los indiferentes. Como usted, negaba la Providencia, y se burlaba, á menudo, de las personas que tienen la debilidad de creer en ella. Le parecía que Dios había hecho suficientemente por nosotros al crear el orden admirable que se ve en el universo, y que en toda ocasión el hombre sólo debe contar consigo nada más. Su esposa era tan devota como bella. Una filosofía tan contraria con sus creencias y sus instintos debía afligirle más seriamente que ella misma lo confesaba; pero tenía la esperanza de triunfar á la larga; y además, las discusiones metafísicas no ocupaban bastante lugar en la vida del joven matrimonio para que la paz y la felicidad de que gozaba fueran profundamente turbadas. No faltaba nada á su felicidad. Diez y ocho meses después de su matrimonio les había nacido un angelito. No le diré á usted su alegría; era preciso verlos, inclinados sobre su cuna, en que el niño empezaba á balbucir.

Una noche de otoño estaba sentado cerca de la señora de Valgrand, sobre la terraza de su castillo. A pocos pasos de donde estábamos, sobre el césped, Gastón jugaba con su hijo. El pequeño Olivier tenía tres años cumplidos: era un niño hermoso, como una flor abierta, y que prometía pare-

cerse en un todo á su padre. Este parecido, ya muy pronunciado, exaltaba á la vez en la joven Condesa el amor de la madre y la ternura de la esposa. Sonriente y recogida, contemplaba en silencio el cuadro que tenía ante la vista. De repente la serenidad de su frente se veló, y vi una lágrima que brillaba en el borde de su párpado.

—¡Llora usted!—exclamé, cogiéndole la mano.—¿Qué tiene usted?

—Soy demasiado feliz—dijo ella:—hay instantes en que mi felicidad me abruma y me espanta. Si es cierto, como se afirma, que no hay felicidad duradera en este mundo, y que todo se paga ó se expía, ¿qué sufrimientos me están reservados?

Traté de animarla; me puse á enumerar con fruición todo lo que le debía dar confianza: su hijo gozando de buena salud, su esposo casi tan joven como ella, su fortuna sólidamente sentada.

—¿Qué puede usted temer?—añadí;—el trueno no estalla en un cielo sin nubes.

—Sin duda alguna; estoy loca—replicó con aire distraido;—pero ¿qué quiere usted? no lo puedo remediar; hay momentos en que tengo miedo.

Estaba aquella noche, contra su costumbre, inquieta, nerviosa, agitada. Se puso en pie, corrió hacia su hijo, y lo abrazó varias veces repetidamente, diciéndole con voz ardiente:

—¿No estás enfermo? ¿No te duele nada?

El niño estaba lozano y fresco como un ramillete de flores cortadas en el rocío de Mayo. El tiempo amenazaba: fuertes relámpagos surcaban por el horizonte. Atribuí ese estado de excitación á la influencia de la atmósfera, y no me preocupó en manera alguna. Recordé á Gastón que debíamos ir de caza al día siguiente con algunos de nuestros amigos comunes, y la joven esposa se puso pálida y le suplicó que no fuese. No era la primera vez que lo hacía. Siempre las armas de fuego le habían inspirado un instintivo horror: siempre que su marido salía de caza sentía su corazón comprimirse. Esta vez insistió más que nunca. Naturaleza rica, organización delicada, temblaba bajo el pensamiento de una desgracia irreparable. Después de haber tomado á risa al principio sus aprensiones, Gastón cedió de buena gana, y, para tranquilizarla por completo, prometió generosamente que no volvería á cazar ya más en la vida. Lo abrazó cariñosa, le dió las gracias con efusión y estuvo alegre durante el resto de la velada.

II.

Efectivamente, al día siguiente Gastón faltaba á la cita. La caza fué feliz y terminó sin accidentes. Habíamos convenido que al regresar comeríamos en mi casa. En el momento de sentarnos á la mesa vimos entrar á Valgrand, que venía á comer con nosotros, acompañado de su hijito, al que tenía cogido de la mano. Estaba todavía en el embeleso de la paternidad, y se complacía en llevarlo á todas partes consigo. Olivier fué acogido con todos los honores debidos á su edad, á su gracia y á su hermosura verdaderamente asombrosa. A la gracia, á la alegría de las razas aristocráticas, unía la fuerza y la espontaneidad de los niños sanos y robustos que se desarrollan en plena naturaleza. Todos se complacían en mirarle y festejarle, se disputaban sus caricias y sus besos. La joven Condesa lo había ataviado con esa coquetería cuyo secreto sólo pertenece á las madres. Todavía me parece ver sus cabellos rubios, sus pantorrillas al aire, su cuello de cisne, y sus hermosos ojos, esculpidos en el azul celeste de un cielo de primavera. Parecía desprendido de un cromo inglés, ó, mejor todavía, de un cuadro de Hamón. Se sentó en medio de nosotros y fué la alegría del festín.

Concluída la comida, nos habíamos instalado en la terraza, desde donde nos entreteníamos en tirar á las golondrinas que volaban en el aire azul de la noche. Olivier, cual un valiente, aplaudía á cada disparo y se precipitaba en seguida para coger el pájaro que nunca llegaba á caer. Confusos de nuestra chambonada, Gastón, que hasta entonces se había contentado con mirarnos, vino hacia mí y me pidió mi escopeta. Le recordé, riendo, la promesa que había hecho la víspera á su mujer; me contestó que le permitía la caza de alondras.

—¡Papá va á tirar!—exclamó el chiquitín, orgulloso y alegre—¡papá va á matar todos los pájaros!

Se hizo un silencio profundo. Gastón, con el arma inclinada, el dedo sobre el gatillo, observaba el vuelo de las golondrinas y aguardaba el momento oportuno. Diseminados aquí y allá como tiradores en descanso, esperábamos humildemente la lección que se disponía á darnos. A pocos pasos de distancia de donde estaba, el chiquitín se tenía en pie, inmóvil, pálido de emoción. Las golondrinas, espantadas, habían tomado el partido de alejarse. Por fin se acercó una, que, después de haber trazado graciosas sinuosidades, se cernió un instante por encima de nosotros. Gastón, que la seguía con la vista, alzó bruscamente su arma: salió el tiro, y Olivier cayó al suelo.

Lo que allí ocurrió en el espanto del primer momento, me es imposible explicárselo á usted. Fué una escena de la cual nada puede expresar el horror. El muchachito estaba tendido sobre el césped, el pecho agujereado y cubierto de sangre. Había recibido toda la carga de perdigones en el corazón: el rayo no hubiera sido más repentino ni más terrible. Los cabellos erizados, los ojos secos y saltones, la frente lívida y llena de sudor, Gastón forcejeaba como un animal feroz, en medio de nuestros amigos, que se habían echado sobre él para impedirle que se matase. No era aquello desesperación, era furor y delirio. Yo mismo tenía el vértigo; corría de aquí para allá como un loco; sentía apuntar la locura en mi cerebro. Había cogido entre mis brazos el cuerpo inanimado del pobre inocente, que parecía estar durmiendo, la cabeza inclinada sobre mi pecho; lo llevé á mi cuarto, y lo deposité con cuidado sobre mi cama como si temiera despertarlo. Cuando volví al lado de Gastón, acababa de perder el conocimiento y de caer al suelo. Aprovechamos su desmayo para apartarlo de este sitio de desolación. Se le colocó en el carruaje del señor B..., que se lo llevó á su casa, situada á pocas leguas de distancia de la mía. Había encargado á mis amigos que velasen al desgraciado; una misión más penosa me estaba reservada. Extrañada de no ver volver á su hijo, la madre podía llegar de un momento á otro. Hice un esfuerzo violento, y armándome de valor me dirigí al castillo de Valgrand.

Entré por la verja del parque. Al final de la avenida de árboles, frente á esa casa, recogida, silenciosa, en donde todo respiraba aún la paz y la felicidad, fué donde me di cuenta de por qué había venido. Me detuve; mis piernas flaqueaban, sentía mi corazón desfallecer en el pecho. La noche estaba hermosa. Un viento suave y fresco agitaba la copa de los árboles. La señora de Valgrand se paseaba tranquila y serena por el jardín. Al pasar por delante de una ventana, echó una mirada hacia el reloj de la sala, y dirigiéndose á uno de sus criados:

—Germán—le dijo,—el Sr. Conde se retrasa. Se hace tarde: vaya usted á buscar al niño; tengo miedo que coja algún mal.

En ese momento hubiera deseado que la tierra se abriera bajo mis pies, ó que el cielo se derrumbara sobre mi cabeza. Tuve el pensamiento de huir, de huir hasta el fin del mundo. Al volverse, la señora de Valgrand me vió, y vino á mi encuentro con la sonrisa en los labios. No había notado mi turbación, y creía sin duda que Olivier y Gastón me seguían de cerca. Me fuí derecho á ella, y le cogí la mano. Permanecí callado. Me miró, se estremeció y se puso blanca como un sudario.

—¿Mi marido?..... ¿Mi hijo?.....—preguntó.

—Señora—le contesté al fin,—tenía usted razón ayer. Toda felicidad se paga ó se expía. Era usted la más feliz de las mujeres..... Ahora es usted la más desgraciada.

Repitió:

—¿Mi marido?..... ¿Mi hijo?.....

—Su marido de usted vive—le dije.

—¡Mi hijo ha muerto!

No contesté nada.

Profirió un grito, y cogiéndome el brazo:

—No es verdad..... Usted me engaña; miente usted..... No es posible. Se ha herido estando jugando, nada más..... pero no ha muerto..... Miente usted.

Lloraba en silencio; no pude contenerme, y estallé en sollozos.

—¿Pero es verdad? ¡Es verdad!—exclamó golpeándose el pecho y el rostro.—¡Mi hijo ha muerto! ¡Me han matado á mi hijo!..... Vamos—añadió con resolución,—lléveme usted donde está..... Quiero verlo.

Esto es lo que yo me temía. Traté de detenerla, pero me arrastraba con fuerza sobrenatural.

—Quiero ver á mi hijo..... ¡Nadie me impedirá que vea á mi hijo!—decía con voz ardiente, desolada.

—Señora—le dije con autoridad,—su puesto de usted en este momento está al lado de su marido; debe usted ir á verlo ante todo. Cuando dejé á Gastón estaba ya muy enfermo. Si no tiene usted suficiente valor, se morirá. Usted sola en el mundo es quien puede salvarlo. Si quiere usted que viva, dése usted prisa. No tiene usted un momento que perder.

Como lo había previsto, se apoderó de este nuevo incentivo ofrecido á su desesperación.

—Sí—dijo ella:—tiene usted razón..... Pero, Dios mío, ¿qué es lo que ha ocurrido?

Y sin preocuparse de saber por qué Gastón no se hallaba al lado de su hijo, continuaba arrastrándome hacia la salida del parque. Al cabo de pocos pasos se desmayó; la llevé á mi carruaje, que había dejado en la puerta. Eran cerca de las doce de la noche cuando llegamos al castillo del señor de B... La señora de Valgrand sólo conocía una parte de la verdad; creía que su hijo se había matado al caer de lo alto de la terraza. Durante el triste trayecto había exaltado su ánimo hablándole de su esposo.

—Es usted devota—le decía;—tiene usted más valor que él. Tiene usted á Dios para sostenerla; él, desgraciado, sólo tiene á usted.

Tenía la convicción de que esos dos desgraciados no podían ser salvados sino el uno por el otro; esperaba que su desolación se tornaría en una piedad recíproca, en un mutuo enternecimiento. Estaba engañado. Apenas llegado, me precipité en la habitación, cuyas ventanas brillaban en la obscuridad de la noche. Quería preparar á Gastón para que sufriera la presencia de su mujer. Abrí la puerta y entré. La señora de Valgrand, que había dejado en mi carruaje, me había seguido sin saberlo yo: entró casi al mismo tiempo. Gastón estaba sentado sobre un diván, la mirada apagada, la boca completamente abierta, en la actitud del embrutecimiento ó de la locura. Se puso en pie bruscamente, miró á su mujer, dió dos pasos hacia atrás, profirió un grito espantoso y cayó exánime sobre el pavimento. Pocas horas después, al salir el sol, el carruaje que nos había traído conducía al castillo de Valgrand á Gastón desvanecido, y el cuerpo del niño, que la madre, medio loca, mecía sobre sus rodillas.

III.

¡Qué cuadro tan horroroso, amigo mío! Y, sin embargo, no he terminado. Gastón volvió en sí, pero no su razón. Estaba loco. ¡Locura furiosa, que la presencia de su esposa exasperaba en vez de calmar; locura tanto más espantosa, cuanto que no ahogaba en él la conciencia de la realidad, y la memoria sobrevivía al naufragio de la inteligencia! Se figuraba que después de haber matado á su hijo había sido sentenciado á muerte, que se había fugado en el momento de llevarlo al cadalso, y que su mujer le andaba buscando para entregarlo á la justicia. Bastante pacífico cuando se hallaba á solas conmigo, profería gritos desgarradores en cuanto notaba su presencia. En vano se acercaba, desconsolada y suplicante; en vano trataba de tranquilizarlo con dulces palabras: presa del mayor terror, se escondía detrás de los muebles, ó, zafándose de los brazos que le querían detener, pálido y tembloroso se subía á los desvanes del castillo á refugiarse, y me costaba Dios y su ayuda traerlo á su cuarto. Al principio creí que sería un delirio pasajero; pero lejos de ceder, la fiebre del cerebro redoblaba. Unicamente me dejaba acercar á mí; mi presencia era la sola que no despertaba en él desconfianza. La señora de Valgrand había tenido que resignarse á no parecer nunca delante de él. La desgraciada lo había perdido todo en un solo día: había perdido á la vez á su marido y á su hijo. Suprimase el Dios de los afligidos; quítese á esa infortunada el Dios que reanima y consuela, el Dios omnipotente que enjuga nuestras lágrimas: vamos á ver, ¿qué hubiera sido de ella?

En este caso he visto lo que pueden la fe y la resignación cristiana. En las grandes crisis de la vida, la filosofía no es de ninguna ayuda; sólo la religión nos enseña á sufrir. ¿Para qué sirven además la fuerza y el valor que no nos vienen del cielo? Una cuestión de temperamento; la encina resiste, y el arbusto cae. La señora de Valgrand se sometió y rezó sobre las ruinas de su felicidad. En lo más hondo de su desesperación, no se le escapó una queja á la Providencia; conservó siempre la actitud de una santa, de una mártir. Sabía que Olivier no se había matado al caer, como se le había contado. Lo sabía todo, lo había adivinado. Encerró ese horrible secreto en su corazón, y jamás se trató de esto entre nosotros; solamente al sentimiento de adorable conmiseración que experimentaba por su esposo, al aumento de su ternura, á la manera angélica de humillarse, por decirlo así, ante la desgracia del pobre insensato, comprendía yo perfectamente que lo sabía todo. Cuando Gastón, abatido por el cansancio, sucumbía al fin al sueño, entraba de puntillas en su alcoba, se ponía de rodillas á su cabecera, y, mientras dormía, le hablaba en voz baja. De este modo dejaba correr, en el silencio de la noche, los tesoros de amor y de dolor de los cuales tenía el alma llena. Le parecía que, al despertar, Gastón, habiendo recobrado la razón, la estrecharía entre sus brazos enternecido y lloraría con ella. ¡Vana esperanza! La locura se apoderaba de nuevo de él al despertar, y la desgraciada, obligada á alejarse, desaparecía como una sombra dolorosa.

Era necesario tomar una resolución. Había llamado al doctor Fouré, de Nantes. Usted le conoce, y sabe que las más preciadas cualidades de la inteligencia y del corazón se unen, en ese apacible anciano, á la ciencia más experimentada. No solamente es perito en las enfermedades del cuerpo; es además médico de las almas, y conozco más de una que le debe la salud. La señora de Valgrand tenía en él una confianza absoluta, y ciertamente la merecía. Después de algunos días de detenido examen y reflexión, me llamó aparte y me dijo:

—No creo que el cerebro de ese desgraciado pueda nunca restablecerse del golpe que ha recibido. Sería necesario un milagro; la ciencia no los hace. La locura que se apoya en la razón es casi siempre incurable. Es como el error que se desprende de una verdad; la conclusión, por muy absurda que sea, si las premisas son exactas, la protegen y le forman como una fortaleza inexpugnable. Sin embargo, debemos hacer cuanto podamos para su curación, aun cuando la creo imposible. El Conde de Valgrand no puede permanecer aquí. La presencia de su esposa, la vista de los lugares durante largo tiempo testigos de su felicidad, entretienen su exaltación, la irritan y la exasperan. Que se vaya, que viaje. En cuanto se sienta lejos de las persecuciones que cree padecer, su delirio se calmará. Respondo que, cuando haya salido de Francia, su locura, furiosa hasta hoy, cobrará un carácter pacífico, con la condición de que no se le contraríe en nada. Por lo demás, dejemos obrar al tiempo; es el remedio que aconsejamos cuando no tenemos otro.

Tal era el parecer del doctor; era también el mío. Consulté sobre el caso con la señora de Valgrand, que no trató de disuadirme.

Pero dijo llorando:

—Puesto que huye de mí, no puedo partir con él..... ¿Quién le va á acompañar?

—Yo, señora—le contesté.

Al día siguiente, en una noche sin luna y sin estrellas, un carruaje aguardaba en la puerta del parque. Me llevé á Gastón; me había costado poco trabajo decidirle á seguirme. Había hecho como que tomaba todas las precauciones necesarias para asegurar una evasión. La noche estaba obscura; los criados dormían; su mujer no sospechaba nada. Salimos de la casa casi de puntillas. Al llegar á la verja, montó precipitadamente en el coche. Iba yo á hacerlo también, cuando reconocí en la sombra á la señora de Valgrand. Me cogió la mano, y, sin poderlo remediar, imprimió en ella sus labios. Un instante después los caballos partían al galope.

EUGENIO DE OCHOA.

Concluirá.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR.

Exclusivamente serán contestadas en este sitio las consultas que, sobre asuntos propios de las secciones del periódico, se sirvan dirigirnos las Señoras Suscriptoras á la edición de lujo y á la 2.ª edición, demostrando esta circunstancia con el envío de una faja del periódico, ó por cualquier otro medio.

Las consultas que se nos dirijan en *carta anónima*, ó que vengan firmadas por personas que no demuestren debidamente ser suscriptoras á las citadas ediciones, no serán contestadas.

A UNA ANTIGUA SUSCRIPTORA.—No tan sólo estarán bien los cuadrados bordados en raso para cubrir los respaldos de las butacas, sino que quedarán elegantísimos si los guarneco alrededor con un encaje de guipur antiguo, ó de oro ó plata también antiguo.



16.—Traje de paseo.

¡Si no posee encajes de ninguna de estas clases ni quisiera adquirirlos, elija para la guarnición el encaje grueso y un poco crema.

Con el mismo seudónimo.—Siempre que me dirija alguna consulta, aun cuando ésta sea repetida, tenga la bondad de repetir también su nombre ó el seudónimo á que he de dirigir la respuesta. En el caso que dice, debe escribir á ese caballero en el papel comercial que usa su señor padre, y no en el que usted usa para sus cartas particulares.

Ya habrá leído mis contestaciones á su anterior consulta.

Haciendo el pedido del papel directamente á la casa donde quiere adquirirlo, se lo enviarán á correo seguido.

Á una Española en el Brasil.—Para que le dure más el rizado, debe procurar tener el cabello bien limpio de grasa y emplear hierros bastante calientes.

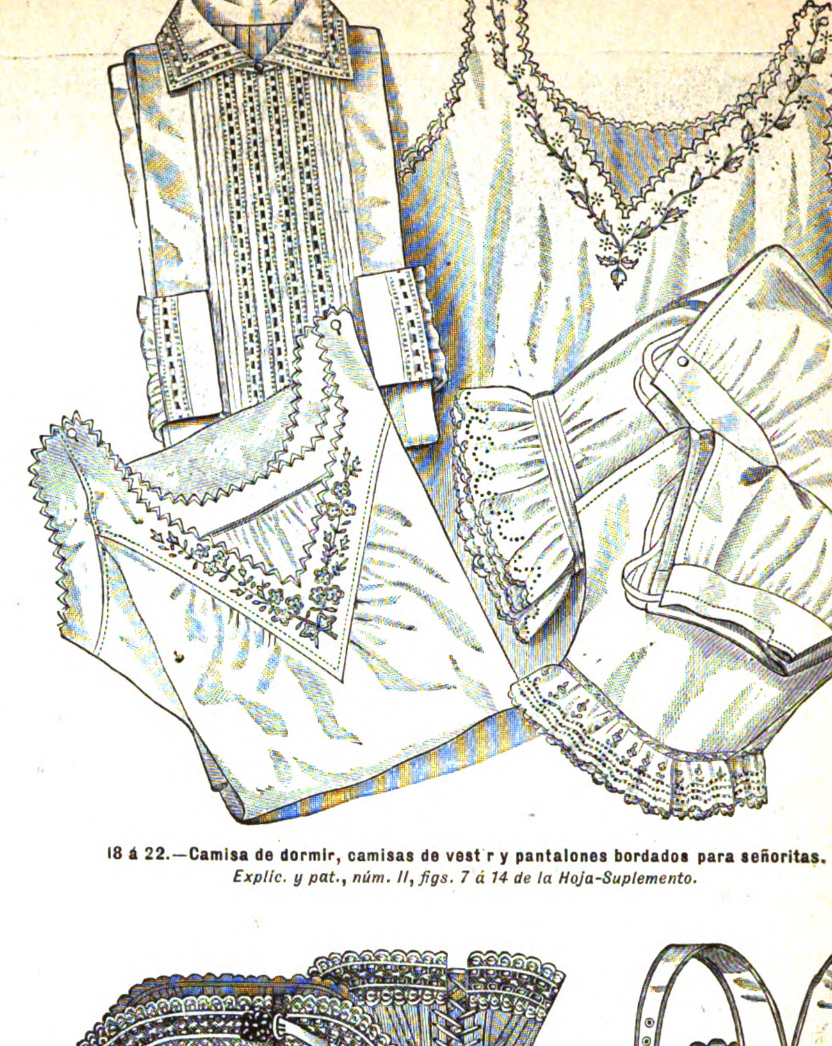
He oído ponderar mucho un agua rizadora, que se vende en las buenas perfumerías de esta capital, y que usándola se hace más permanente el rizado. Prácticamente no conozco los resultados de ese producto.

Se consideran muy eficaces unas horquillas que rizan el cabello, y que se venden en casa de Pagés, Pel

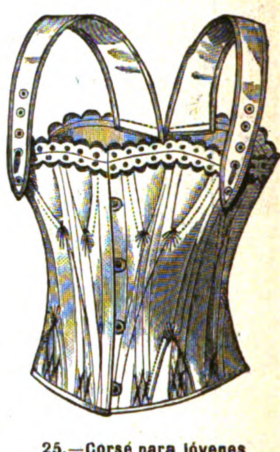
A continuación tengo el gusto de darle la rece buñuelos para el chocolate. Se toma un kilo de h flor, y en el centro se hace un hoyo y se le echa u entero. Después se añade un vasito de agua lige tibia y sal, y se amasa la harina sin cesar con una de madera; se le añade toda el agua tibia que ne pasta para estar muy espesa y no muy dura. De trabajar hasta endurecerla algo más que para los se cos, se pone un gran cazo con muchísimo aceite manos se coge la masa y se forma una rosquillita



17.—Traje de recibir. Espalda. *Véase el dibujo 15.*

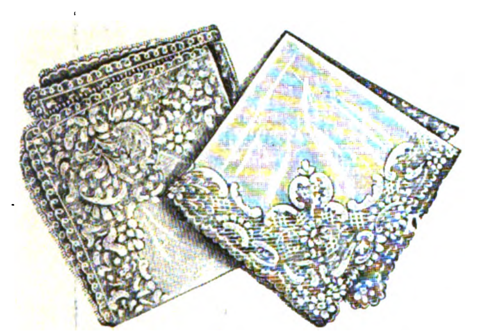


18 á 22.—Camisa de dormir, camisas de vest r y pantalones bordados para señoritas.
Explic. y pat., núm. II, figs. 7 á 14 de la Hoja-Suplemento.



23 y 24.—Corsé elástico para señoras jóvenes.
Explicación en el anverso de la Hoja-Suplemento.

25.—Corsé para jóvenes de 13 á 14 años.
Explic. y pat., núm. XIV, figs. 81 á 91 de la Hoja-Suplemento.



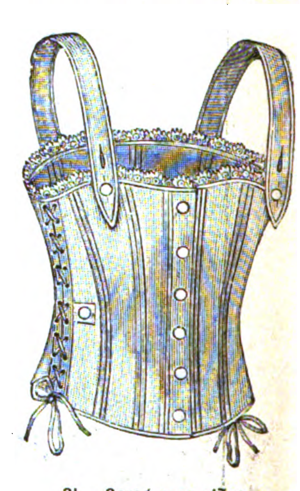
2; y 27.—Pañuelos de primera comunión.



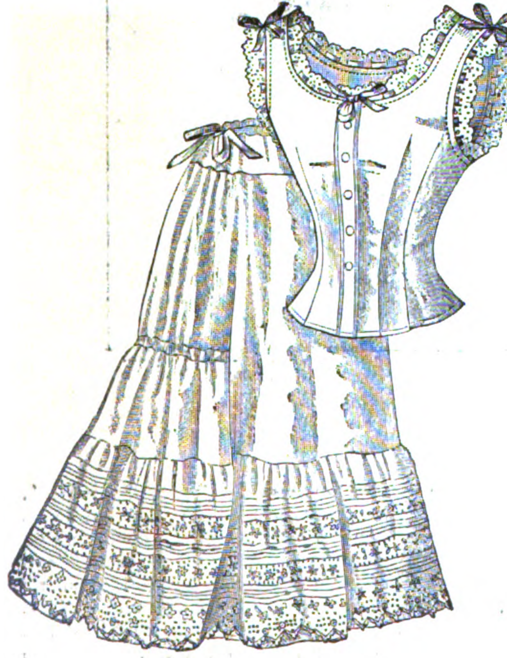
28.—Delantal de seda para señoritas.



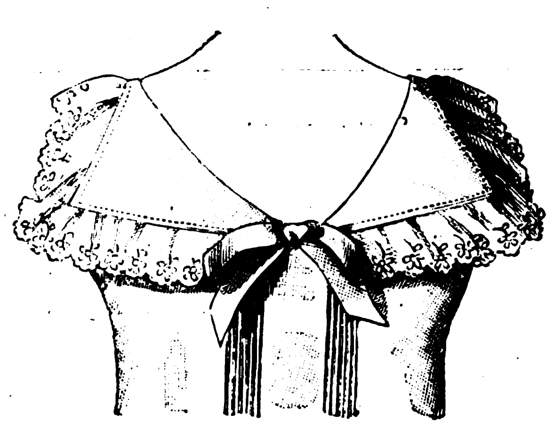
29 y 30.—Chaqueta de primavera para señor.tas. Delantero y espalda.
Explic. y pat., núm. I, figs. 1 á 6 de la Hoja-Suplemento.



31.—Corsé para niñas de 7 á 8 años.
Explic. y pat., núm. VII, figs. 30 á 36 de la Hoja-Suplemento.



32 y 33.—Cubrecorsé y enagua para señoritas.
Explic. y pat., núm. XIII, figs. 78 á 80, y figs. VI á VIII de la Hoja-Suplemento.



34.—Camisa de batista para señoras.



33.—Pantalón de batista blanca.

en el aceite cuando éste está muy caliente, sacándola con la espumadera así que esté bien dorada.

Se aumentan ó disminuyen las cantidades en proporción de los buñuelos que quieran hacerse.

Á Rosita M. P. — Lo mismo para vestir que para hacer visitas, se usa con preferencia el guante claro.

Los guantes á que se refiere no son elegantes; únicamente están admitidos para verano.

A ese color le sienta muy bien el terciopelo verde mirto, y al color avellana el terciopelo color *mordorée*.

Se llevan más como abrigo las esclavinas, pues con las mangas anchas es mucho más cómodo.

Esclavina gris, si el traje es todo de este mismo color: pero si no, es preferible azul marino.

Después de pedida la mano de esa señorita procede que los padres de la novia den una comida á la familia del novio, y ésta á la de su prometida, cambiándose previamente las visitas de ordenanza.

La chaquetita es de más novedad, sobre todo para traje de calle, sin que por esto deje de usarse lo primero. Prefiero sombrero todo negro, pues es más elegante con esa *toilette*.

Sólo á ti miran mis ojos.—Los criados son los que anuncian la visita que entra, diciendo así: «El señor de..., ó la señora de...» Habiendo varias personas en el salón, se hace la presentación en particular á las que están inmediatas á la persona que ha entrado, y también á las que tuvieran interés en ser presentadas. En el caso de que sea señora la que entra, la dueña de la casa se levanta para hacer la presentación; si es caballero, permanece sentada.

En el caso de que no esté en el salón el dueño de la casa ó algún caballero de la familia, aunque éste esté de visita, al retirarse un caballero se llama al timbre para que el criado salga á abrir la puerta y le acompañe hasta la escalera.

En el caso de que el visitante fuese una persona de respeto, sacerdote, ó que por su posición social merezca atenciones excepcionales, cuando entra, la señora de la casa se levanta para recibirle, y al despedirse le acompaña hasta la puerta.

Ninguna señora ni señorita debe tomar la iniciativa en ningún caso, después de que le sea hecha la presentación del caballero: contesta según las palabras que se le dirijan, dando las gracias, ó haciendo una inclinación con la cabeza. Si al despedirse ese señor le da la mano, la acepta y contesta categóricamente á las palabras atentas que le dirija.

Es más propio y elegante el traje de desposada de raso blanco, siciliana ó brochado.—Si la ceremonia se efectúa en casa, el traje de frac es el que corresponde. Si es en la iglesia, debe llevar levita y pantalón negro. Las levitas que dice son elegantes y muy de moda.

El novio no debe llevar en el ojal el ramito que dice.

Para suavizar el cutis use todos los días la vaselina, dándosela como el cold-cream al tiempo de recogerse.

Puesto que quiero un traje sencillo y elegante, le describiré como práctico el siguiente modelo, publicado en el figurín iluminado del 14 de Febrero actual, que como hechura deberá copiar exactamente:

Falda de paño lisa color verde bronce, gris acero, avellana tostada ó azul rey. Chaqueta de paño del mismo color que elija, con bordados de *soutache* y lunares á realce en torzal de seda del color del paño, ejecutado en igual forma que el modelo. Chaleco de paño fino blanco; solapas bordadas como las mangas; corbata de tul bordado igual á los vuelos de los puños.

Este elegante traje le será muy útil, siendo también muy á propósito para figurar en el *trousseau* de una novia.

Á tres Camelias.—La única combinación posible para la tela cuya muestra me remite, es el moaré antiguo liso; por ejemplo: hacer falda y cuerpo de la tela brochada, y mangas, ó cuerpo entero, si no tuviera bastante, de moaré: de este modo combinado, le quedaría el traje elegante y serio.

Á una Aficionada á repostería.—Las tartinas se rellenan de diversas frutas, pero la pasta es la misma, es decir, semihojaldrada. Se necesitan para hacerla 500 gramos de harina de flor, 300 gramos de manteca de vacas muy fresca y dos huevos. Se pone en una cacerola un poco más de la mitad de la harina; se hace un pozo en el centro, y en él se rompen los huevos: se añade un poquito de sal y una cucharada de cognac: se amasa la harina, vertiendo, poco á poco, un gran vaso de agua un poco tibia. Cuando la harina haya absorbido toda el agua, se añade un poco, si se cree necesario, reservándose 150 gramos para trabajarla con la manteca. Firme ya la pasta, pero todavía fofa, se extiende para cubrirla de una capa de manteca; luego se repliega, se extiende de nuevo y se le pone otra capa de manteca; se vuelve á plegar, y entonces se acaba de extender en ella la manteca; se pliega y se le da siete vueltas con el rollo, y la última vez se corta en redondeles que se colocan sobre la placa, separándolos de modo que no se toquen uno á otro: sobre cada redondel se pone una cucharadita de mermelada de manzana, albaricoque, etc., etc., ó también trozos de frutas en conserva, trozos de anana, etc., etc. El relleno de dulce se pone variado, á gusto de cada cual. Luego se cortan en tiras largas de medio centímetro las recortaduras de la pasta que ha quedado, y se colocan las tiras en cruz sobre cada pastel, poniéndole también un reborde alrededor.

Se les da color con un pincel empapado en yema de huevo, y se ponen en el horno á cocer durante veinticinco ó treinta minutos, á un calor moderado.

Es preciso pasar un pincel mojado en agua fría entre todas las tiras de pasta que se destinan para la cruz y el reborde, á fin de que se adhieran, pues sin esto quedarían desunidas.

Si quieren guarnecerse las tartinas con gelatina de grosella, confitura de cerezas ó de fresa, hay que cortarlo en pequeños trozos, y no rellenarlos del dulce hasta que la pasta esté cocida.

Á Lucía. — La nota dominante en los tejidos que estarán más en boga en la primavera próxima serán los flexibles, con visos moarés: este estilo es también el de las lanillas. Se verán igualmente muchos tejidos fantasía, anunciándose al mismo tiempo grandes novedades en sedas brochadas y tafetán, algunos de ellos con reflejos cambiantes, pero indistintamente. Los crespones serán también muy variados, y al mismo tiempo estarán muy en boga todos los tejidos ligeros, moarés, rizados y plegados. Los plegados de gasa acordeón seguirán usándose para adorno de los trajes de *soirées*, combinando con estos bonitos adornos la mezcla de los tejidos para los trajes de verano.

He oído decir que para los trajes de entretiempo se aceptará como última novedad el raso blanco ó negro, confeccionando con él tirantes, cinturones ó cuello recto, cerrado por un lazo contrastando y dando un aspecto original á las *toilettes* elegantes.

Sra. de M. de A.—*Madrid*.—Cuando la estación esté más adelantada se usarán blusas de seda, encaje, gasa plegada, etc. El plastrón suplirá al chaleco aplicado, con anchos entredoses alternando con los bullones de muselina de seda.

El *collet* no cambiará de forma mientras dure la moda de las mangas amplias. Estará de moda el *collet frou-frou* guarnecido de perlas y encaje; también se usará el sencillo *collet* de paño, sin más adorno que aplicaciones del mismo ó hileras de pespuntes, con original cuello de terciopelo de un tono obscuro.

El paño blanco se empleará muchísimo como guarnición de las chaquetas y trajes de estilo sastre.

Á una Económica.—Para lavar toda clase de tejidos de seda de colores permanentes se procede del siguiente modo: primeramente debe descoserse el vestido, falda, blusa, etc., quitando bien todos los hilachos. Después se cepilla para quitarle el polvo que queda entre los pliegues, y de antemano se prepara la solución siguiente:

Agua........................	1 litro.
Jabón moreno................	150 gramos.
Miel........................	100 —
Alcohol.....................	100 —

Se disuelve todo á fuego lento, haciendo la limpieza en caliente. Se sumerge la tela en esta mezcla dos ó tres veces, y se extiende luego sobre una tabla forrada de tela blanca; entonces se frota despacio con un cepillo ó una esponja. En seguida se aclara varias veces, y se pone á escurir, pero no se tuerce. Luego se plancha por el revés, aun húmeda, colocada entre dos paños.

Siguiendo el procedimiento indicado, la seda vuelve á parecer nueva, recobrando también su flexibilidad.

En mi castillo. — La confitura de naranjas enteras se hace de la manera siguiente: se toma un kilogramo de naranjas enteras y 1.400 gramos de azúcar. Se ponen las naranjas en agua fría durante cuarenta y ocho horas; pasado este tiempo se acercan al fuego en otra agua, fría también, dejándolas cocer hasta que estén blandas; después se retiran del fuego y se vuelven á poner en agua fría otras cuarenta y ocho horas.

De antemano se prepara un jarabe, y se echan en él las naranjas cortadas en trozos (retirando las pepitas), ó si se quiere enteras, dejándolas cocer en este jarabe hasta que la corteza quede transparente.

No deben echarse las naranjas hasta después de probado el almíbar, lo cual se hace con una espumadera, al través de cuyos agujeros debe formar glóbulos el almíbar.

Esta misma receta sirve para confitar limoncillos, cidras, siguiendo las mismas indicaciones.

El jarabe de naranja se conserva varios meses. Para hacerlo se toman seis naranjas gordas; se raspa la corteza sobre cuatro libras de azúcar de pilón, que se frota sucesivamente con las naranjas, de modo que se les extraiga todo el jugo. En seguida se pone á derretir este azúcar en 125 gramos de agua clara.

Cuando se ha derretido bien, se añade 25 gramos de ácido cítrico, se deja reposar y se filtra el jarabe, vertiéndolo en botellas, que deben taparse herméticamente evitando la fermentación.

Se guardan en lugar fresco.

Adela P.

EXPLICACIÓN DEL FIGURÍN ILUMINADO.

Núm. 7.

Corresponde á las Sras. Suscriptoras de la edición de lujo y á las de la 2.ª edición.

TRAJES DE PASEO.

1. *Traje de paño verde y brochado de seda verde y malva, guarnecido de pasamanería y de cinta malva.*—Falda fruncida por detrás y abierta por delante sobre un delantal de tela brochada verde y malva, bordeado con un galoncito de pasamanería de seda malva. Cuerpo de paño verde enteramente liso y abierto sobre un plastrón de tela brochada bordeado de un galoncito igual al de la falda, cuyo delantero parece ser continuación de la parte alta del cuerpo. Sobre los hombros van dos tirantes de cinta malva; uno de éstos cubre los frunces de la manga y vuelve hacia la espalda; el otro, parte sólo de la bocamanga y se reune á la primera bajo un grueso botón de pasamanería. En la espalda dos galones parten del tirante y se reunen en el talle, bajo un cinturón drapeado de raso malva que forma á cada lado del delantero dos cocas sujetas por medio de un botón. Cuello drapeado de raso, con crestas á cada lado sujetas con otro botón. Mangas Imperio de paño verde.—*Toque* de terciopelo botón de oro, adornada por delante con un *chou* de raso rosa, y en el lado derecho otro grueso *chou* de raso verde, del cual sobresalen unas cuantas alas que forman *aigrette* y caen sobre el peinado.

2. *Traje de pekín y terciopelo color berengena, guarnecido de bordado.*—Falda de pekín montada por detrás á anchos pliegues y sin ningún adorno. Cuerpo-chaqueta de terciopelo



(Croquis del figurín iluminado, visto de espalda.)

color berengena forma por detrás pequeñas aldetas plegadas. Los delanteros son bordados y se destacan sobre una camiseta de muselina de seda color maíz, que luce bajo un cinturón malva. Los delanteros de la chaqueta terminan en pico, y van sujetos al talle por medio de un botón. Collar de muselina de seda negra, con un *bouquet* anidado entre la *ruche*.—Gran sombrero de fieltro color berengena, guarnecido de cocas de cinta color maíz á rayas, y grupo de plumas negras colocado en la parte de detrás. En el lado derecho, un grupo de violetas.

INFORMACIONES PARISIENSES.

La *Velutina Fay* es el complemento indispensable de la elegancia. Encuéntrase en el tocador de toda mujer hermosa, en la bolsa de su carruaje, ó en el manguito de pieles ó de encaje donde esconde las manos para defenderlas del frío. Nada hay comparable á la suave fragancia que despide, y que tanto halaga al olfato sin llegar á herirle.

Además, la *Velutina Fay* es eminentemente higiénica. Refresca, suaviza y blanquea deliciosamente la piel, á la que da una diafanidad exquisita y un tono infinitamente vaporoso. Estos polvos de arroz, de los que se ha sacado privilegio, han sido inventados por el perfumista Ch. Fay, 9, *rue de la Paix*, París. En su casa se preparan. Ninguna otra clase de polvos de arroz puede tomar su nombre, ni imitación alguna se le podría comparar.

Repetimos que la *Velutina Fay* es usada por las mujeres hermosas que desean conservar y aumentar sus encantos.

La *Velutina Fay* encuéntrase en provincias y en el extranjero en todas las perfumerías principales, pero es preciso estar muy prevenido contra las falsificaciones, que son muy numerosas.

L'ANTI BOLBOS

no tiene rival para quitar las manchas ó puntos negros de la nariz, sin alterar la epidermis. Sólo se vende en la *Parfumerie Exotique*, 35; *rue du 4 Septembre, Paris*. Depósitos en Madrid: Pascual, Arenal, 2; Perfumería Urquiola, Mayor, 1; Aguirre y Molino, Preciados, 1, y en Barcelona, Sra. Viuda de Lafont é Hijos, y Vicente Ferrer y Compañía, perfumistas.—Evítense cuidadosamente las falsificaciones.

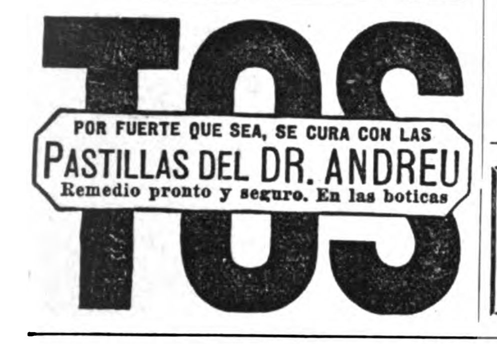
MARI-SANTA

POR

DON ANTONIO DE TRUEBA.

Es una de las mejores obras literarias del ilustre *Antón el de los Cantares*, moral, instructiva y amenísima.

Forma un elegante volumen en 8.° mayor francés, y se vende, á 4 pesetas, en la Administración de este periódico, Madrid, calle de Alcalá, núm. 23.



NINON DE LENCLOS

Reíase de las arrugas, que no se atrevieron nunca á señalarse en su epidermis, y se conservó joven y bella hasta más allá de sus 80 años, rompiendo una vez y otra su acta de nacimiento á la faz del tiempo, que en vano agitaba su guadaña delante de aquel rostro seductor sin poder mortificarle.—Este secreto, que la gran coqueta egoísta no quiso revelar á ninguno de sus contemporáneos, ha sido descubierto por el doctor Leconte entre las hojas de un tomo de la *Historia amorosa de las Galias*, de Bussy-Rabutin, perteneciente á la biblioteca de Voltaire y actualmente propiedad exclusiva de la **Perfumería Ninon** *(Maison Leconte)*, 31, rue du 4 Septembre. 31, París.

Dicha casa entrega el secreto á sus elegantes clientes bajo el nombre de **Véritable Eau de Ninon** y de **Duvet de Ninon**, polvo de arroz que Ninon de Lenclos llamaba «la juventud en una caja».—Es necesario exigir en la etiqueta el nombre y la dirección de la Casa, para evitar las falsificaciones.—La *Parfumerie Ninon* expide á todas partes sus prospectos y precios corrientes.

Depósitos en Madrid: *Aguirre y Molino, perfumería Oriental, Carmen, 2; perfumería de Urquiola, Mayor, 1; Romero y Vicente, perfumería Inglesa, Carrera de San Jerónimo, 3;* y en Barcelona: *Sra. Viuda de Lafont é Hijos*, y *Vicente Ferrer; Salvador Vives, perfumista, Pasaje Baconti; Salvador Banus, perfumista, calle Jaime I, núm. 18.—J. G. Fortis, perfumista, Alfonso I, núm. 27, en Zaragoza, misma casa en Valencia.*



COMPAÑÍA COLONIAL

CHOCOLATES Y CAFÉS

La casa que paga mayor contribución industrial en el ramo, y fabrica **9.000 kilos** de chocolate al día.—**38 medallas de oro** y altas recompensas industriales.

DEPÓSITO GENERAL: CALLE MAYOR, 18 Y 20. MADRID

SELLOS HÉRISÉ

CURACIÓN SEGURA DE LAS ENFERMEDADES DEL PECHO Y DE LAS VIAS RESPIRATORIAS

Tos persistente, Bronquitis, Catarros, Tuberculosis, Tisis

Adoptados en los hospitales de París.—Depósito: farmacia Hérisé, 21, boul. Rochechouart, y en las principales farmacias.—Precio: 4 frs. la caja.



¡QUININA DULCE!

FEBRÍFUGO INFANTIL SANTOYO.

Cuatro Medallas de plata. Un diploma de Mérito. Muy elogiado por la prensa médica y por muchos médicos eminentes. Desechad imitaciones. Véndese en las boticas, y va por correo. **Dr. Santoyo**, Subdelegado, Linares.



SUEÑOS Y REALIDADES

POR

D. RAMÓN DE NAVARRETE.

La mejor recomendación de este ameno libro es manifestar que está escrito por el distinguido cronista de salones y teatros *El Marqués de Valle-Alegre*.

Elegante volumen en 8.° mayor francés, que se vende, á 4 pesetas, en la Administración de este periódico, Madrid, Alcalá, 23.

CALLIFLORE FLOR DE BELLEZA

Polvos adherentes é invisibles.

Por el nuevo modo de emplear estos polvos comunican al rostro una maravillosa y delicada belleza, y le dan un perfume de exquisita suavidad. Ademas de su color blanco, de una pureza notable, hay cuatro matices de Rachel y de Rosa, desde el más pálido hasta el más subido. Cada cual hallará, pues, exactamente el color que conviene á su rostro.

PÂTE AGNEL ✻ AMIDALINA Y GLICERINA

Este excelente Cosmético *blanquea y suaviza la piel* y la preserva de *cortaduras, irritaciones, picazones*, dándole un aterciopelado agradable. En cuanto á las manos, les da solidez y transparencia á las uñas.— **Perfumería AGNEL, 16, Avenue de l'Opéra, París.**

Perfumeria, 13, Rue d'Enghien, Paris.

POLVOS DE ARROZ

Recomienda los siguientes

E. COUDRAY

MAGNOLIA — COUDRAY SUPERIOR

OPOPONAX — VELUTINA —

HELIOTROPO BLANCO — LACTEINA.

JULIA DE ZUGASTI.

À LAS DOS PALABRAS C. HORTALEZA, 1.

LAS DOS PALABRAS

FÁBRICA DE CORSÉS

HIJAS DE JULIA A. DE ZUGASTI

CORSETERAS DE LA REAL CASA

y premiadas en varias Exposiciones

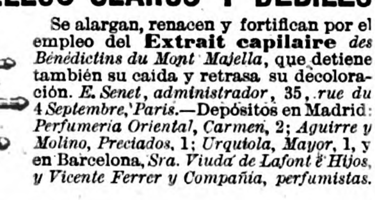
Inventado hace años el *Corsé-faja de Salud*, que ha dado tan buenos resultados, pueden hoy ofrecer los de otros sistemas más modernos, para disminuir el volumen del cuerpo y tener más agilidad.

Corsés para contrahechas, variedad en fajas y corsés para novia.

Se remiten á provincias y al extranjero.

CABELLOS CLAROS Y DÉBILES

Se alargan, renacen y fortifican por el empleo del **Extrait capilaire** *des Bénédictins du Mont Majella*, que detiene también su caida y retrasa su decoloración. *E. Senet, administrador*, 35, *rue du 4 Septembre, Paris*.—Depósitos en Madrid: *Perfumería Oriental, Carmen, 2; Aguirre y Molino, Preciados, 1; Urquiola, Mayor, 1*, y en Barcelona, *Sra. Viuda de Lafont é Hijos, y Vicente Ferrer y Compañía, perfumistas.*



Caldo concentrado de carne de vaca utilísimo y nutritivo para las familias y enfermos.

Exigir la firma del inventor Baron LIEBIG de tinta azul en la etiqueta.

Se vende en las principales Droguerias, Farmacias y Casas de Comestibles de España.

EL SOL DE INVIERNO

POR

DOÑA MARÍA DEL PILAR SINUÉS.

Preciosa novela original, con interesante argumento, cuadros de costumbres familiares, episodios muy dramáticos, y brillando en todo el libro la más profunda moralidad.

Un volumen en 8.° mayor francés, que se vende, á 4 pesetas, en la Administración de este periódico, Madrid, calle de Alcalá, núm. 23.

MUERTE DE LA NAVAJA DE AFEITAR

La Maravillosa Receta India del Doctor **ALLAN-BHOSE**, que acaba de introducirse en Francia, siega como por encanto la **barba** mas rebelde, sin enrojecer el cútis. A la tercera vez, desaparece para siempre. Las personas velludas tienen en esta receta un medio único de libertarse del vello. *Analisis Laboratorio Municipal:* 1° no contiene arsénico; 2° no tiene accion cáustica sobre la piel. Remesa franco de porte contra 6f el frasco. 8f el doble. No se envian muestras. Prueba gratuita en casa de **ROBART**, *25, r. du Renard, Paris*. DEPÓSITOS: Madrid, C. **LABARRE**, 16, calle de la Montera; *al por Mayor*, Barcelona, Perfía **LAFONT**, Calle del Call, 30.

A LAS SEÑORAS

APIOLINA CHAPOTEAUT

La Apiolina Chapoteaut, tomada dos ó tres dias antes de las épocas, regulariza el **FLUJO MENSUAL**, corta los **RETRASOS** y **SUPRESIONES** asi como los **DOLORES** y **COLICOS** que suelen coincidir con las épocas y comprometen á menudo la salud de las señoras.

Deposito en Paris, 8 rue Vivienne.

9, Bordadores, 9



CORSÉS REGÚLEZ

Últimos modelos forma parisién, cadera corta. Inmenso surtido en corsés hechos. Corsés de lujo á medida.

VINO DE CHASSAING

BI-DIGESTIVO

Prescrito desde 25 años

Contra las AFECCIONES de las Vias Digestivas

PARIS, 6, Avenue Victoria, 6, PARIS

Y EN TODAS LAS PRINCIPALES FARMACIAS

NEURALGIAS JAQUECAS, *calambres en el estómago, histerismo*, todas las *enfermedades nerviosas se calman con las píldoras antineurálgicas del* **Dr CRONIER** 3 francos.—París, Farmacia, 23, *rue de la Monnaie.*

OBRAS POÉTICAS

DE

D. JOSÉ VELARDE

DE VENTA EN LA ADMINISTRACIÓN DE ESTE PERIÓDICO

ALCALÁ, 23.—MADRID.

	Pesetas
Obras poéticas.—Dos tomos	8
Teodomiro, ó la Cueva del Cristo	2
Fray Juan	1
La Niña de Gómez-Arias	1
Alegría (Canto I)	1
El Holgadero (segunda parte de *Alegría*)	1
A orillas del mar	1
La Venganza	1
Fernando de Laredo	1
El Último beso	1
El Capitán García	1
Mis Amores	1
La Velada	1
El Año campestre	1

Desconfíese de las Falsificaciones y rehúsese toda caja que no se encuentre revestida de la Marca de Fábrica EL CENTAURO reproducida aquí.

El más agradable de los Purgativos

THÉ CHAMBARD

TÉ PURGANTE DE CHAMBARD

El mejor remedio del Estreñimiento

SE ENCUENTRA EN TODAS LAS FARMACIAS: 1 fr. 25 LA CAJA

PATE ÉPILATOIRE DUSSER

destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. **50 Años de Exito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el ***PILIVORE***. **DUSSER, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.**

MADRID.—Establecimiento tipolitográfico «Sucesores de Rivadeneyra» impresores de la Real Casa.



LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA

29 de Febrero de 1896 Alcalá 23 _ MADRID Nº 8



PERIÓDICO ESPECIAL DE SEÑORAS Y SEÑORITAS, INDISPENSABLE EN TODA CASA DE FAMILIA

Administración: Alcalá, 23 Madrid. | Madrid, 29 de Febrero de 1896. | Año LV.—Núm. 8.

1.—Capota de ceremonia.

SUMARIO.

TEXTO.—Revista parisiense, por V. de Castelfido.—Explicación de los grabados.—El honor de una Emperatriz, por Lady Belgravia.—Olivier, conclusión, por D. Eugenio de Ochoa.—Correspondencia particular, por D.ª Adela P.—Explicación del figurín iluminado.—Explicación de los grabados y dibujos para bordados contenidos en la Hoja-Suplemento.—Sueltos.

GRABADOS.—1. Capota de ceremonia.—2. Traje de primavera.—3. Nuevo peinado y collar de cinta.—4. Peinado 1830 y cuello redondo.—5. Traje para niños de 6 años.—6. Vestido para niñas de 3 á 5 años.—7. Traje para señoras jóvenes.—8. Traje para niños de 5 á 7 años.—9. Traje para niños de 6 á 8 años.—10. Traje de convite y teatro.—11. Traje de recibir.—12. Traje de baile para señoras jóvenes.—13. Traje de *soirée*.—14. Traje de visitas.—15. Chimenea de comedor.—16. Delantal para servir el té.—17. Peinado de baile para señoras jóvenes.—18. Traje de ceremonia para señoras de cierta edad.—19. Traje para señoras jóvenes ó para señoritas.

REVISTA PARISIENSE.

SUMARIO.

Preparativos anticipados.—La primavera y el invierno.—Telas rameadas y telas lisas.—La elegancia de los trajes de calle.—La moda del tul blanco.—Trajes de baile y *soirées*.—Varios modelos elegantes.—A propósito de salidas de baile.—Apuesta entre un tuerto y uno que tiene buena vista.—Cuestión de sisa.—A caballo sobre la ley.

En mi anterior revista levanté, para las lectoras de La Moda, el velo que les ocultaba las novedades de la primavera y del verano próximo, dos estaciones especiales de que se ocupan las modistas cuando la nieve con sus blancos copos festonea los techos de nuestras casas y cubre como de un velo de encaje los árboles de nuestras plazas y bulevares.

El frío continúa; el cielo sigue encapotado en su manto plomizo, y las parisienses no se han despojado aún de la obscura librea de invierno, cuando en los obradores se respira ya como un aire de primavera, que pasa al través las telas ligeras y brillantes, y sugiere mil fantasías á cual más seductoras á mil artistas tan hábiles como modestas.

⁂

Ya he hablado de las innumerables sorpresas que en materia de telas nos reserva la estación entrante: telas floridas rameadas en su mayoría, á semejanza de las que han hecho célebre la sociedad elegante de Trianón.



Núm. 1.

Las telas *lisas* superarán, no obstante, á estas deliciosas fantasías, en lo que se refiere al traje de calle, sobre todo de mañana, que debe ser siempre sencillo y sobrio de aspecto, lo que da un sello particular y distintivo.

La parisiense, persona de buen gusto, lo ha comprendido de tal modo, que no se la verá nunca por la mañana recorriendo las calles de la capital con vestido de telas rameadas ó floridas. Por el contrario, las telas lisas, como el «mohair», la sarga, la vicuña ó el paño, le prestan su sencillez de buen tono y su discreta elegancia.

Las modistas de renombre han inaugurado para el verano próximo varios tipos de trajes de calle que están llamados á obtener un gran éxito. Citaré, como ejemplo, la chaqueta de paño ligero color de piel de Suecia, cuyas mangas son de verdadera piel. Esta chaqueta va adornada con solapas y un cuello alto, en forma de embudo, de piqué blanco. Esta guarnición, de un aspecto primaveral, va puesta de modo que pueda quitarse el piqué cuando sea preciso lavarlo.

⁂

Mientras llegan las primeras brisas de la primavera y los primeros rayos del sol que nos permitan ataviarnos de todas esas maravillas, digamos algo de la moda actual.

Debido, sin duda, á la templanza relativa de este fin de invierno, el tul blanco ha sido adoptado por todas las elegantes. No se ve otra cosa. Este tul ligero, que tan bien sienta al rostro de nuestras bellas, sirve de adorno principal á los sombreros, se le emplea en corbatas monumentales, ó se le riza para guarnecer el interior de los cuellos ó de los *collets*, dándoles un no sé qué de ideal y vaporoso. Esta moda seductora se prolongará indudablemente todo el verano.

El tul se emplea también mucho para vestidos de baile, prestándose á mil disposiciones graciosas, sobre todo á bullones y plegados de las mangas. Vi últimamente dos modelos de mangas de un gusto exquisito, según puede juzgarse por la siguiente descripción: La manga se componía, en primer lugar, de una guirnalda de rosas levemente deshojadas, que seguía la curva de los hombros, y de donde partía, como nube casi impalpable, un globo de tul blanco. El otro modelo de manga estaba hecho de tres hileras espaciadas de rosas, formando entredoses desde el hombro hasta cerca del codo. Unas nubes de tul se escapaban de entre las hileras de rosas, dejando transparentar parte del sonrosado de la piel.



Núms. 2 y 3.

Otra fantasía de la moda de este año es el *stras*, de que he hablado tanto. Juegos completos de *stras* adornan nuestros vestidos: botones, hebillas de cinturón, y, lo que es más nuevo, unas abrazaderas ó anillos de *stras* imitados de los que llevan los hombres en las corbatas, y que se pasan por los lazos de tul blanco, que están tan de moda. Pero lo más lindo que he visto en este género es un paño ó terciopelo salpicado de piedras de *stras* como cabezas de alfileres, lo que produce el efecto de una constelación de brillantes. No hay duda que los vestidos de baile irán cubiertos de esta lluvia de piedras deslumbradoras, y que la que los lleve será tan refulgente como el sol.

⁂

Lo que más preocupa por el momento son los trajes de convite, de baile y de teatro. Las grandes recepciones se suceden sin interrupción, dando lugar á un conjunto de *toilettes* por extremo interesantes. Hé aquí los modelos más notables que he admirado durante la semana, recorriendo varios salones aristocráticos y los obradores de algunas modistas de fama.

Para convite de etiqueta, falda de muselina de seda negra sobre viso de seda también negro. El cuerpo es de seda amarilla, con bullonado á todo el rededor del escote. Unas tiras de guipur salpicadas de turquesas salen de la cintura por detrás, y caen por delante, á manera de estola, casi hasta el borde inferior de la falda. El cinturón las fija al talle. (Croquis núm. 1.)



Núm. 4.

Otros vestidos para convite y teatro:

El que representa nuestro croquis núm. 2 se compone de una falda de raso verde agua, guarnecida en el lado izquierdo, á lo largo, con tres rosáceas de tamaño desigual, cuyas rosáceas son de terciopelo morado y van apuntadas con adornos de *stras*. El cuerpo, que es de terciopelo tornasolado color de rosa, va adornado con un cuello vuelto de raso blanco recortado, bordado de aplicaciones de encaje y ribeteado de plumas negras. Cada extremidad de los dientes de este cuello va fijada al cuerpo con una rosácea de terciopelo, igual á la de las faldas, lo que constituye un adorno muy original. No hay nada más fácil que hacer de este vestido un vestido alto, añadiendo un canesú de guipur ó encaje, guarnecido de un cuellecito recto, que se adorna con cocas de cinta.

El núm. 3 es de raso color de rosa de Niza, y va adornado con cinta blanca. La manga, poco común, va formada de cocas anchas de cinta. Un lazo, del cual salen dos largas caídas que llegan hasta el borde inferior de la falda, adorna el delantero. Peinado muy ondulado, con una simple *aigrette* negra en el lado. Una cadena de oro y perlas da varias vueltas al cuello, y cae sobre el pecho, para perderse en el interior del escote. Guantes largos de piel glaseada, y abanico de plumas.

Otro delicioso traje es el que reproduce el croquis núm. 4. Es de forma Princesa, y va hecho de raso blanco de reflejos plateados. Los tres paños de delantero de la falda se reducen en el cuerpo á tres hojas recortadas en puntas, las cuales van sujetas con rosáceas de raso azul celeste sobre el encaje artístico que forma el fondo del cuerpo. Este encaje figura dos volantes muy fruncidos sobre el globo de la manga, que es de terciopelo amarillo. Cadenas de diamantes ó de perlas puestas en forma de hombreras. Se suprimirá tan fácilmente el escote de este vestido como el del croquis número 2, añadiendo un canesú de encaje artístico igual al que adorna ya el cuerpo.

⁂

En mi próxima revista trataré de las salidas de baile y teatro, que son cada día más lujosas. Por hoy, me limitaré á señalar á mis lectoras la deliciosa esclavina figurada exactamente por el croquis núm. 5, esclavina que ofrece la ventaja de poder llevarse fácilmente echada sobre los hombros en el baile si se temen las corrientes de aire, y en el teatro durante los entreactos. Se compone de un cuello en que unas tiras de piel alternan con tableados muy finos de muselina de seda.



Núm. 5.

⁂

Los cabellos se ondulan como antes; pero los peinados flojos y espumosos ceden, por ahora, el puesto al peinado Luis XV, que es el más lindo y juvenil que conozco. Los cabellos van levantados muy alto para formar un rodete sencillísimo, y ahuecan muy poco en los lados de la frente. Este peinado exige, para baile, una *aigrette* sumamente alta, que surge de una rosácea de tul ó de un ramo de flores. En cuanto á los sombreros, el peinado en cuestión reclama formas especiales.

Hé ahí una serie de novedades que se prepara para el verano.

⁂

Un tuerto apostaba con un hombre de buena vista á que veía más que él. La apuesta fué aceptada.

—He ganado—exclamó el tuerto;—pues yo le veo dos ojos, y usted no me ve más que uno.

Cierta señora examina á una cocinera que acaba de presentarse.

—Hija mía—le dice,—en mi casa no tendrá mucho que hacer; yo misma voy á la compra.

—¡Gracias!..... si la sisa es para la señora.

En la Audiencia:

—Acusado, ¿qué tiene usted que añadir en su defensa?

—Nada, señor Presidente; confío en la «equitación» del Tribunal.

—Hace usted bien. Es sabido que «estamos á caballo» sobre la ley.

V. de Castelfido.

París, 24 de Febrero, 1896.





2.—Traje de primavera.

EXPLICACIÓN DE LOS GRABADOS.

Capota de ceremonia.—Núm. 1.

Es de terciopelo *miroir* color de rosa de Bengala, plegada en forma de *fanchon*, con dos puntas por detrás que flanquean el rodete. Por detrás, el mismo terciopelo forma una coca alta, cerca de la cual se fija una magnífica *aigrette* negra. Por delante, á cada lado, un ramo de hojas de rosal, en medio de las cuales se esconde un capullo sonrosado.

Traje de primavera.—Núm. 2.

Vestido de seda verde rameada con flores de colores. La falda va adornada con cintas y lazos de terciopelo verde obscuro. Unos botones de fantasía forman el centro de cada uno de los doce lazos. El cuerpo forma por detrás un frac á la francesa, y va guarnecido con solapas de seda verde lisa. Chaleco blanco de seda, con dos hileras de botones iguales á los de la falda. Mangas abiertas en la costura y forradas de seda verde clara. Lazo de corbata de muselina de seda blanca, que cae sobre una especie de chorrera de encaje. —Sombrero de paja verde obscuro, adornado con plumas y cintas.

Nuevo peinado y collar de cinta.—Núm. 3.

El collar es de cinta ancha de raso blanco crema, y forma unos lazos enormes á cada lado. El peinado es tan sencillo que su descripción nos ha parecido inútil. Basta con seguir las indicaciones del dibujo.

Peinado 1830 y cuello redondo.—Núm. 4.

Este cuello redondo es de terciopelo *miroir* azul zafiro, recortado en dientes y guarnecido de guipur amarillento. Cuello en pie, y lazo por detrás del mismo terciopelo. Respecto al peinado repetiremos lo que hemos dicho del precedente: su ejecución es facilísima, y no necesita ninguna explicación.

Traje para niños de 6 años.—Núm. 5.

Se hace este traje de lanilla inglesa rayada de azul y blanco, y se compone de un pantalón corto y ancho, con ligas, y una chaqueta con espalda y delanteros rectos, abiertos sobre una camisa de lienzo azul, que se cierra en medio del delantero con un pliegue abrochado. Cuello á la marinera de lienzo blanco adornado con pespuntes. Manga de codo. Corbata de *surah* azul.—Birrete de paño blanco con cinta azul.

Tela necesaria: 3 metros de lanilla.

Vestido para niñas de 3 á 5 años.—Núm. 6.

Falda de lanilla escocesa azul obscuro y crema rojizo. Blusa de *surah beige*. Cuello, hombreras y puños altos de encaje.

Tela necesaria: 2 metros 50 centímetros de lana escocesa para la falda, y 3 metros de *surah* para la blusa.

Traje para señoras jóvenes.—Núm. 7.

Vestido de crespón marrón dorado. Corbata de tul blanco; puños guarnecidos de encaje y botoncitos dorados.

Tela necesaria: 8 metros de crespón, y 7 metros de alpaca para forro.

Traje para niños de 5 á 7 años.—Núm. 8.

Pantalón largo y chaqueta de lana azul marino. Faja ancha y corbata de faya del mismo color. Cuello y peto de seda mate blanca.

Tela necesaria para niños de 5 años: 2 metros 30 centímetros de lana.

Traje para niños de 6 á 8 años.—Núm. 9.

Calzón corto de lanilla azul obscuro, y blusa de franela muy fina blanca con rayas espaciadas azules. Cuello de bengalina blanca. Corbata de *surah* blanco.

Tela necesaria para niños de 8 años: 70 centímetros de lana azul para el calzón corto, y un metro 10 centímetros de franela para la blusa.

Traje de convite y teatro.—Núm. 10.

Vestido género Luis XVI, adornado con encaje ligero bordado de perlas y ramos de flores pintados á la mano. Cuerpo-chaqueta de tafetán color de marfil pintado, con chaleco de terciopelo *miroir* color de rosa antiguo, adornado con botones de *stras*, y fichú de encaje amarillento. Manga de terciopelo formando globo muy corto, con puños de tafetán plegado, que descienden hasta el codo y van velados de encaje. Falda bordada de perlas formando delantal y quillas en los lados, cuyas quillas van adornadas con flores pintadas á la mano.

Traje de recibir.—Núm. 11.

Vestido Princesa, de tafetán ligero rameado fondo verde, compuesto de espalda, lados de espalda y de delante y delanteros semiajustados, que forman un centro vago, cuyo vuelo va plegado y sujeto en el pecho con un lazo grande de cinta. La parte superior del delantero va escotada en forma de V sobre un canesú bullonado de muselina blanca. Manga globo drapeada, cuya parte inferior va abierta sobre una muselina bullonada. Cuello alto y abarquillado de batista blanca.

Tela necesaria: 13 metros de tafetán; un metro 50 centímetros de muselina, y 40 centímetros de batista.

Traje de baile para señoras jóvenes.—Núm. 12.

Falda y mangas de seda brochada azul pálido. Cuerpo de terciopelo «Ofelia», cubierto de guipur amarillento formando fichú María Antonieta. Lazo de cinta de raso.

Tela necesaria: 14 metros de seda brochada y 14 metros de tafetán ligero para la falda, y 2 metros de terciopelo para el cuerpo.

Traje de soirée.—Núm. 13.

Cuerpo de terciopelo *miroir* verde almendra con delantero drapeado. Mangas de muselina de seda color de marfil, cubierta de un guipur antiguo enteramente sembrado de *stras*. Falda de raso color de marfil con ramos de rosas bastante espaciadas. Abrigo largo de terciopelo azul de rey, forrado de raso marfil y ribeteado de arriba abajo de muselina ancha de armiño.

Traje de visitas.—Núm. 14.

Este elegante vestido es de paño de verano gris chinchilla, y se compone de una falda montada con un poco de vuelo en la cintura y abierta en forma de levita sobre un delantal de raso glaseado, color de rosa, terminado en dos entredoses de bordado de azabache. Cuerpo ajustado, con espalda, laditos y delanteros con pinzas y cruce recortado y adornado con dos hileras de botones de acero. La parte superior del delantero va abierta sobre un peto de raso, cubierto de un alzacuello de encaje blanco. *Collet* doble de raso glaseado color de rosa, y collar de cinta de rosa de rey. Manga al sesgo, con puño de encaje.—Sombrero de fieltro negro, adornado con raso color de rosa, velado de tul negro y plumas negras.

Tela necesaria: 6 metros 50 centímetros de paño, y 3 metros de raso.

Chimenea de comedor.—Núm. 15.

Se guarnece el mármol de la chimenea de un tablero cubierto de terciopelo de algodón ó de lino. Unos pabellones del mismo terciopelo van dispuestos á todo el rededor del tablero, y dos aconchados caen de los ángulos de la chimenea. Un fleco estrecho de lana rodea los pabellones. En el centro, un paño cuadrilongo de tapicería ó de seda brochada sirve de adorno. Por encima de la chimenea se pone una especie de estante de roble ó de nogal encerado, que va abierto en el fondo de manera que se vea el espejo. Dos tableros y dos rinconeritas sustentan los diferentes objetos que van indicados en el dibujo. El marco del estante cubre el marco del espejo, y una franja de tapicería antigua ó de bordado cubre lo alto del marco.

Delantal para servir el té.—Núm. 16.

Es de batista color de rosa, y va bordado en la parte superior y en la inferior. El babero va hecho formando un bullonado, por el cual se pasa una cinta que sirve de cinturón, anudado á la derecha. Tirantes bullonados y adornados con lazos. Bolsillos cubiertos con un volante de encaje.

Peinado de baile para señoras jóvenes.—Núm 17.

Se ondulan completamente los cabellos alrededor de la cabeza con grandes ondas. Se levanta todo el cabello y se forma un redondel, dejando un espacio en medio para añadir un bucle grueso, peinado igualmente con buclecillos graduados. La frente va coronada de cabellos vaporosos en los lados, y el centro queda descubierto. Una *aigrette* de plumas blancas y una rosácea de plumas de colores constituyen los adornos.

Traje de ceremonia para señoras de cierta edad. Núm. 18.

Vestido de raso color de ciruela. La falda es ancha, con paños sesgados, y va dispuesta en cuatro pliegues redondos. Sobre las costuras del delantal van unas quillas de encaje de Brujas, terminadas en lazos de cinta de raso negro. El borde inferior va adornado con una cenefa de plumas negras. Cuerpo plegado en dos grupos de pliegues, sujetos con un cinturón estrecho abrochado bajo una hebilla de brillantes. Los delanteros van plegados igualmente bajo dos encajes iguales á los de la falda. Caen estos encajes sobre un volante del mismo encaje, que figura un *collet*, seguido de un cuello alto y plegado también de encaje, bajo el cual pasa un collar de marta. Manga globo, atravesada de unas cintas de raso negro, terminadas en lazos de lo mismo.—Guantes blancos.—Medias de seda y zapato negro.

Tela necesaria: 15 metros de raso, de 60 centímetros de ancho.

Traje para señoras jóvenes ó para señoritas.—Núm. 19.

Falda de lanilla color de berengena, y cuerpo-blusa de tafetán tornasolado negro y color de berengena. Unos adornos de azabache figuran una chaquetilla. Cuello y cinturón plegados de terciopelo negro. Botones de *stras*.

Tela necesaria: 5 metros de lana, de un metro 20 centímetros de ancho, para la falda; 5 metros de tafetán para la blusa, y 60 centímetros de terciopelo.

EL HONOR DE UNA EMPERATRIZ.

Este es un asunto trivial—exclamó el Embajador dejando sobre una mesa el periódico, en el cual había estado leyendo el relato de uno de los numerosos duelos de Mr. Rochefort;—no me extraña que la opinión pública califique de comedias esto que, para algunas personas, son cuestiones de honra y de dignidad. Y, sin embargo, el duelo, de existir, debiera ser una cuestión seria, de vida ó muerte, y producido por algún motivo que fuese bastante á justificarlo.

—¿Y existe ese motivo?—pregunté yo.

—No sé si son muy frecuentes; pero, por lo menos, conozco uno. Se trataba de un infernal complot arreglado contra una de las personas más ilustres de Europa; un complot por el que fueron sacrificadas las vidas de dos inocentes, y en el que, sin embargo, no podía intervenir para nada la justicia de los tribunales.

—Despertáis mi interés, querido Embajador. ¿No podríais contarme el caso en cuestión?

—Os lo contaré, amigo mío; pero como quiera que las personas á que me he de referir viven algunas de ellas todavía, me permitiréis que oculte su nombre.

Y dicho esto, el Embajador encendió un cigarrillo y se colocó cómodamente en su butaca, bien seguro de que á la hora que era entonces, diez de la noche, ningún otro socio del *Cercle des Etrangers*, en que nos encontrábamos, vendría á interrumpirnos.

—No puedo recordar bien la fecha exacta—comenzó—en que fuí nombrado embajador cerca de la corte de Saint James; pero debió ser aproximadamente hace doce años. Llegué á Inglaterra con el firme deseo de alcanzar las simpatías del pueblo inglés, que siempre tuvo las mías; por consiguiente, y sabiendo que en aquel país hasta la política es menos considerada que el *sport*, resolví convertirme en un *huntsman*, como allí se dice; y en cuanto me fué posible compré caballos de caza y me hice socio de uno de los clubs más aristocráticos, ó quizá del más aristocrático de Inglaterra, cuya cualidad la debía á contar entre sus miembros á la ilustre persona á que antes he hecho referencia, y de la que me tendré que ocupar durante mi relato.

S. M. Imperial había adquirido la costumbre de ir todos los años á Inglaterra durante el período de la caza, y bajo un estricto incógnito, y acompañada de pocas personas de su servidumbre, se dedicaba durante una semana á su *sport* favorito. Durante estas cacerías tuve el honor de que S. M. se dignase darme algunas pruebas de estimación y aprecio, cuyo recuerdo ha sido siempre uno de los que he conservado como más grato en mi ya larga vida diplomática.

Entre las personas de la servidumbre de S. M. figuraba un cierto Barón Magratz, que ocupaba el cargo de secretario particular y tesorero de la casa. Nunca me fué simpático este hombre, y no tardé en convencerme de que por ningún concepto merecía la confianza que en él tenía depositada su augusta ama; y fué tan grande este convencimiento, que llegué á creerme en el deber de advertir á S. M. el riesgo que corría conservando aquella persona á su lado.

Pero los hechos se precipitaron de manera que no pude llegar á poner en práctica mi designio.

Una mañana, y cuando nos encontrábamos todos rodeando una mata en espera de que los perros sacasen de ella á la zorra que habían olfateado, vi á Magratz acercarse á la Emperatriz y señalarle con la mano un sitio apartado del bosque, como convenciéndola de que el animal iba á salir por aquel lado. Volvió ella su caballo en aquella dirección, y juntos los dos desaparecieron por la espesura. No sé qué presentimiento se apoderó de mí; pero el caso es que, instintivamente, dirigí mi caballo en la misma dirección, y llegué á tiempo de presenciar que el Barón detuvo su caballo, y con aire altanero dirigió á la Emperatriz ciertas palabras que no llegaron á mi oído; pero sí pude ver que S. M., levantando el látigo que llevaba en la mano, descargó con toda violencia un golpe en la cara de aquel miserable, y volviendo su caballo al galope, pasó á mi lado, contestando con una inclinación de cabeza á mi respetuoso saludo.

El Barón habíase repuesto entretanto, y se acercaba al paso de su montura en dirección al sitio donde yo me encontraba. Cuando estuvimos á dos pasos de distancia, me dijo con una sonrisa en que procuraba disimular la rabia que le dominaba:

—Le felicito á usted, señor Embajador. Ha podido usted ver cómo un miembro de una familia que cuenta seiscientos años de existencia es tratado por una persona real, para la cual un Magratz importa tanto como una piedra que encuentra en su camino. Pero quizás esta escena tenga su segunda parte.

No contesté á aquellas palabras, y me contenté con admirar un hermoso verdugón que atravesaba la cara del descendiente de tan noble familia.

Al día siguiente supe que había salido de Inglaterra y del servicio de la Emperatriz, y nada volví á saber de él por entonces.

El Embajador se detuvo para encender otro cigarro, y luego prosiguió su historia de este modo:

—Fué en los dominios del Emperador, esposo de mi heroína, donde volví á tropezar con aquel hombre. Había sido destinado á representar á mi país cerca de la corte en cuestión, y poco después de mi llegada celebróse un baile en honor del Príncipe heredero, cuyo cumpleaños era.

Allí me encontré á Magratz paseando por en medio de todo el mundo, con el aire satisfecho del que se considera un hombre de importancia, y llevando del brazo á una joven de extraordinaria belleza que, con justicia, atraía las miradas de todos los concurrentes.

Mientras que me ocupaba en discurrir quién podría ser aquella encantadora persona, observé que un joven, elegantemente vestido con suntuoso uniforme, y con el pecho cubierto por numerosas condecoraciones, se acercaba adonde el Barón estaba. Era el Príncipe Imperial.

Al encontrarse frente á la joven, sus ojos animáronse con señales evidentes de alegría; saludó á Magratz de una manera que demostraba la intimidad que los unía, y apoderándose del brazo de su acompañanta, desapareció por entre la gente en dirección al salón contiguo.

Magratz quedóse mirando á la pareja que se alejaba. Después volvióse hacia el sitio en que yo me hallaba, y habiéndome reconocido, se apresuró á acercarse.

—Permitidme que tenga el honor de daros la bienvenida, señor Embajador—dijo alargándome una mano, que acepté con disgusto.—La poca influencia de que dispongo sabéis que está á vuestra disposición, y espero que me permitiréis tener el gusto de saludaros en vuestra casa.

Mientras que pronunciaba aquellas palabras, no podía yo menos de fijar mis ojos en su cara. Seguramente sería ilusión mía; pero me parecía distinguir aún la señal roja que había dejado tiempo atrás en su mejilla el látigo de la Emperatriz.

El Barón adivinó indudablemente mis pensamientos, porque se mordió los labios con mal escondida rabia, y después me dijo:

—A una persona de la reconocida discreción de V. E. sería verdaderamente impertinente el rogarle que guardase silencio sobre algún hecho ya pasado.

Saludé fríamente sin contestar á su observación, y para no dar lugar á hablar más del asunto le pregunté quién era la joven que se encontraba con él momentos antes.

—Es mi sobrina. Una huérfana á la que yo he dado educación. El Príncipe Imperial es tan bondadoso que se interesa por ella; pero, por supuesto, dada la diferencia de rangos, se trata sólo de un mero pasatiempo.

Pronunció las últimas palabras en un tono que me hicieron desconfiar, y como el trato con aquel hombre no me era nada agradable, buscando un pretexto me separé de él y recorrí todos los salones. Al Príncipe y á su compañera no los distinguí por ningún lado.

No fué poca mi sorpresa cuando al día siguiente recibí un aviso para presentarme en la cámara de S. M. la Emperatriz, á fin de celebrar con ella una conferencia.

Acudí presuroso, como era mi deber, y S. M. me recibió sin que nadie estuviera presente. No la había visto durante seis años, y quedéme sorprendido de los estragos que el tiempo y las penas habían causado en aquel hermoso rostro. Indudablemente, la triste muerte de su pariente el Rey de Bavaria habría influído para aquel cambio; pero desde luego comprendí que el motivo principal debía relacionarse con su hijo.

—Tengo la esperanza de que un antiguo amigo como usted, señor Embajador, podrá aconsejarme mejor que otra persona alguna acerca del asunto de que voy á hablarle.

Sin duda se habrá usted enterado ya de las relaciones que el Príncipe Imperial mantiene con la sobrina del Barón de Magratz.

—Algo he creído adivinar, señora; y es más, he visto á esa señorita, que, por cierto, no me ha parecido capaz de llevar á cabo amores una segunda intención.

—Tal es mi creencia también—prosiguió S. M.;—pero, desgraciadamente, está bajo la obediencia de un hombre que usted ya conoce lo bastante para creerle capaz de todo. El caso es éste. El Príncipe está locamente enamorado de esa niña, hasta tal punto que el Emperador y yo temblamos ante la idea de saber cualquier día que se haya casado en secreto con ella.

La situación era verdaderamente grave para el Reino. El Príncipe Imperial era el único descendiente de sus augustos padres, y, según las leyes del Imperio, no podía casarse más que con una persona de su rango, considerándose como nulo políticamente cualquier matrimonio contraído en otras condiciones; pero como no lo era según la religión, que no admitía otro segundo matrimonio, resultaba que en el Príncipe Imperial terminaría la línea directa, y la dinastía iría á parar á una rama colateral, con todos los disturbios y contratiempos que ocasionan siempre estos cambios en un reino.

Después de pensar por algún tiempo, no encontré otro consejo que dar á S. M. más que el siguiente:

—Es preciso casar inmediatamente al Príncipe Imperial; S. M. el Emperador deberá mandarlo á una corte donde exista una Princesa digna de él, y ordenarle que no regrese sin haber pedido antes su mano.

Algo más hablamos la Emperatriz y yo sobre el particular; pero baste decir que poco tiempo después se anunciaba públicamente la concertada boda del Príncipe Imperial con cierta Princesa cuyo nombre me permitiréis que me reserve.

En aquellos días recibí la visita de Magratz, el cual parecía aceptar su derrota filosóficamente.

—Me alegraré que ese matrimonio termine felizmente—me dijo.—Aunque temo que no sea así, dado que nadie puede creer que sea un matrimonio de inclinación. Desgraciadamente, la preferencia que el Príncipe mostraba por mi sobrina ha resultado más seria de lo que yo me figuraba, y temo que hayan llegado á forjarse alguna idea descabellada. En fin, para evitar cualquier cosa procuraré encontrar á mi sobrina un marido lo antes que me sea posible.

Pocos días después supe que el Barón, consecuente con lo que me dijo, había casado á su sobrina con el Conde Schwartzenfeld, un noble viejo y rico, que ningún atractivo podía tener para la mujer que le habían destinado.

La boda del Príncipe tuvo lugar también, y desde aquel instante parecía que la tranquilidad volvía á reinar entre aquellas personas que habían estado en el secreto de todo lo ocurrido.

Yo, sin embargo, no podía menos de observar con inquietud la intimidad que Magratz conservaba aún con el Príncipe; juntos se los veía siempre, y noté que la tristeza que desde el día de su boda se marcaba en las facciones del heredero del trono desaparecía cuando el Barón le hablaba, sin que nadie pudiese enterarse de su conversación.

Por último, Magratz vino á despedirse de mí antes de emprender un viaje á los Estados del Conde de Schwartzenfeld, adonde iba á visitar á su sobrina.

Al levantarse para partir, díjome estas palabras, que llamaron mi atención:

—He tenido un verdadero sentimiento al ver el resultado de la boda del Príncipe Imperial, especialmente por la pena que ha de causar á la Emperatriz.

No quise pedirle explicaciones de sus palabras enigmáticas, y ahora creo que hice mal, pues tal vez hubiese podido evitar los sucesos que acaecieron pocos días después, y de los cuales se ocupó toda la prensa, si bien bajo un punto de vista equivocado; pues nadie supo la verdad, exceptuando yo, al que se la contó el mismo Barón en persona.

Este infame se ocupó en avivar el amor del Príncipe, no solamente asegurándole que era correspondido, sino hablándole de la vida desgraciada que arrostraba su sobrina, á la que hacía aparecer como víctima de los celos del Conde, su marido. Cuando comprendió que el Príncipe había llegado al paroxismo de la desesperación fingió condolerse de su desgracia, y terminó por ofrecerse á facilitar una entrevista entre los dos amantes en cierto pabellón de caza de una de sus propiedades. Llegado el día de la cita, y cuando supo que los dos habían acudido, avisó al Conde de Schwartzenfeld de lo que ocurría, ocultando solamente el nombre del hombre á quien su mujer había ido á encontrar; y naturalmente, el marido, acompañado del Barón, salió en seguida para el sitio de la cita.

Pero no convenía á Magratz que los dos rivales se encontrasen frente á frente, temeroso de que el rango del Príncipe fuese bastante para contener la venganza del marido, y en su consecuencia mandó un aviso á su víctima, procurando que llegase tarde para evitar la fuga, por el cual le hacía saber que todo el mundo se había enterado del hecho, y que el Conde llegaba tras del mensajero para tomar venganza.

El resultado de este complot es bien público, pues la prensa europea se ocupó de ello en aquellos días. Cuando el Conde y el Barón llegaron al pabellón de caza, encontraron los cadáveres de los dos jóvenes abrazados estrechamente.

Aquí el Embajador hizo una pausa, prosiguiendo al cabo de unos minutos:

—Pocos días después, Magratz tuvo toda la osadía de presentarse ante mí y vanagloriarse de lo hecho, recordándome al mismo tiempo la escena que había yo presenciado en Inglaterra. Cuando oí su narración y recordé al mismo tiempo la pena horrible de que estaba poseída la Emperatriz, y pensé que para aquellos crímenes no tenía sanción la justicia de los tribunales, fué cuando comprendí que hay ocasiones en que debe ser admitido el duelo como una necesidad social.

El Embajador volvió á hacer una pausa, que yo interrumpí preguntando:

—¿Y qué hizo usted entonces?

—Pedí á mi Gobierno una licencia de una semana, que me fué concedida por telégrafo. Pasé la frontera como su Excelencia el Embajador, y la volví á atravesar dos horas después en sentido contrario como un simple particular. Fuí aquella noche á buscar á Magratz al Círculo, del que los dos éramos miembros, y le propuse una partida de *piquet;* aceptó, y nos sentamos; pero en cuanto jugó la primera carta le dije:

—Señor mío, usted hace trampas. Le he visto á usted marcar esa carta.

Como usted ve, no hubo escándalo, y nadie pudo sospechar cosa alguna.

Al día siguiente tuvo lugar el encuentro, y al segundo pase le atravesaba el corazón de una estocada.

Cuando salíamos del Club me permití preguntar al Embajador, antes de separarnos:

—Y la augusta persona á que ha hecho usted varias veces referencia, ¿supo alguna vez el verdadero motivo de su duelo?

—Lo ignoro; sólo sé que, cuando algún tiempo después fuí llamado á mi país, recibí una carta autógrafa, en la que S. M. se dignaba decir adiós, no al Embajador, sino al amigo personal, cuyo recuerdo no se extinguiría fácilmente.

LADY BELGRAVIA.

OLIVIER.

Conclusión.

IV.

¡Qué viaje, amigo mío! Le es á usted imposible figurárselo. Habíamos tomado el camino de Italia. Así como me lo había anunciado el doctor, al atravesar la frontera la locura de Gastón se había vuelto más tranquila y más sociable. Sólo había, á decir verdad, un punto de su cerebro que estuviera atacado; todo lo demás estaba sano y claro. Hablaba sobre todas las cosas con su buen sentido ordinario; pero bastaba con pronunciar el nombre de su esposa para desequilibrar al momento su razón. Íbamos de pueblo en pueblo, yo tratando de distraerlo, él arrastrando por todas partes la desolación de su alma; pues si á veces su demencia parecía adormecerse, su memoria, más implacable, no le dejaba cuartel ni descanso. Así es que de cualquier lado que mirase, el desgraciado sólo conseguía cambiar de tormento. Entretanto, yo cumplía religiosamente la promesa que había hecho al partir á la Condesa y al doctor. Les escribía, les ponía al corriente de cuanto ocurría. Por su parte, me contestaban con puntualidad. Dos meses después de nuestra marcha recibí en Génova una carta de la señora de Valgrand. ¿Querrá usted creerlo? La carta terminaba con un grito de esperanza. Fué para mí lo que es para el náufrago á punto de sumergirse la vela inesperada que ve blanquear en el horizonte. El doctor había añadido algunas líneas que confirmaban la grata nueva, y me prohibían participársela á Gastón. Algunos meses después recibía en Florencia dos cartas por el mismo correo, una de la Condesa y otra del doctor. La primera era un himno de acción de gracias; la leí de rodillas y la mojé con mis lágrimas. La segunda contenía mis instrucciones para el porvenir.

—No hay que desesperar, todo puede arreglarse—añadía el anciano, después de indicarme el fin que teníamos que alcanzar;—solamente no olvide usted que Valgrand debe ignorarlo todo, y que el éxito de la campaña depende de su silencio. Meses, años transcurrieron sin aportar ningún cambio en el estado de nuestro pobre amigo. Habíamos recorrido casi toda Europa, habíamos visitado el Oriente; su locura lo había seguido por todas partes. Hasta el pie del monte Olimpo, hasta las orillas del mar Muerto, en todas partes había visto agentes secretos de su mujer. Apenas nos hallábamos instalados en un sitio, teníamos que abandonarlo.

—Pero, le preguntaba yo alguna vez, ¿cómo te explicas tú que tu mujer, una criatura tan dulce, tan tierna, tan afectuosa, desee tu muerte y te persiga con tal encarnizamiento?

—¡Cómo me lo explico!—exclamaba;—¡pero estás loco, Mario! ¿Una madre perdona acaso al asesino de su hijo? ¿No he matado yo á su hijo?

Y entonces se ponía colérico, profería palabras llenas de blasfemias contra Dios y la Providencia mientras se hallaba en tal estado.

Mentiría, quisiera parecer mejor que lo soy realmente si le dijese á usted, amigo mío, que nunca sentí desfallecimiento bajo el peso de la misión que me había impuesto; más de una vez creí no poder ya más. La abnegación que consistía en asistir á los leprosos, parece dulce y fácil cuando se ha vivido en la intimidad con un loco. Había momentos en que me interrogaba con ansiedad, en que me preguntaba á mí mismo si no estaba yo trastornado, como lo afirmaba Gastón. Hoy día aun no estoy muy convencido que la locura no sea á la larga una enfermedad contagiosa.

Las cartas que me llegaban de la patria sostenían mis fuerzas, avivaban mi ánimo. Las del bueno del doctor respiraban la confianza. Aun cuando siempre veladas por el dolor, las de la joven Condesa eran como esos cielos tempestuosos en que el sol brilla al través de las nubes: la sonrisa se mezclaba con las lágrimas, é inocentes alegrías se abrían paso entre la tristeza del pesar. Tres años habían transcurrido desde nuestra partida; un año más, y llegaríamos á la última prueba; un año más, y tal vez Gastón estaría salvado.

Menos agitado que los anteriores, este último año no debía ser menos penoso. Habíamos concluído por instalarnos en una pequeña aldea de Alemania. Desde hacía algún tiempo, Gastón había caído en un estado de postración menos molesto, pero más alarmante que los furores de la demencia. Permanecía días, semanas enteras sin pronunciar una palabra. Si trataba de distraerlo, me miraba con los ojos apagados y me sonreía con cara de estúpido. A todo cuanto le decía me contestaba invariablemente: «¡Olivier ha muerto: yo he sido quien lo ha matado!» El nombre de su mujer le hacía estremecer todavía; pero obrando la locura sólo sobre sus facultades gastadas, volvía á recaer casi en seguida en su desesperante inmovilidad. Indiferente á todo, ignoraba dónde lo había traído y no se preocupaba de saberlo: todas partes le parecían buenas con tal de no estar en Francia. Temeroso, y con razón, había escrito al doctor para suplicarle que abreviase un martirio tan largo; el doctor, inexorable, me había contestado: «Tenga usted paciencia.»

V.

Por fin se acercaba el día fatal: hacía cuatro años que habíamos salido de Francia. Una noche anuncié bruscamente á Gastón que nos íbamos á marchar.

—¿Para qué marcharnos?—me dijo;—estamos bien aquí, quedémonos.

—No hay que titubear—le repliqué.—Han sabido nuestro retiro una vez más; he visto vagar por la aldea hombres con cara sospechosa. Va en ello tu vida.

¡Cosa rara! El desgraciado tenía apego á la vida. Dios deja á la locura inclusive el instinto de la conservación. Se puso en pie y me siguió.

—¿Adónde vamos?—me preguntó, una vez instalados en el carruaje.

—A Rusia—le contesté muy serio.

Dió un profundo suspiro, apoyó su cabeza contra el respaldo y se dejó caer en la especie de letargo del cual le había apartado por un instante.

El carruaje, que nos conducía al galope de sus caballos, corrió sin detenerse durante tres días y tres noches. Había hecho poner víveres en el coche para no tener que bajarnos en las posadas. Marchábamos como el rayo. Mientras duró el trayecto Gastón no me hizo pregunta alguna, ni dirigió una sola mirada hacia los paisajes que recorríamos. Una sola vez abrió la boca para decirme tiritando:

—Tengo frío..... ¿Llegaremos pronto?

Y se envolvió en su manta.

Durante el transcurso de la cuarta noche, con un tiempo obscuro, el carruaje se paró delante de una casa en que no se veía ninguna luz. Ayudé á Gastón para apearse, y le hice entrar á tientas. Al abrir la puerta de una habitación obscura:

—¿Dónde estamos?—me dijo.

—En una aldea, cerca de Moscou.

Y como se extrañaba de la completa obscuridad que reinaba en toda la casa, le contesté que tal vez nos habían seguido y que temía levantar sospechas. Satisfecho de mis explicaciones, muerto de cansancio, se acostó sin luz y se durmió profundamente.

VI.

Era muy entrado el día cuando Gastón se despertó. Un alegre sol de otoño entraba de lleno en su alcoba. La brisa, impregnada del perfume de los bosques, se deslizaba por la ventana entreabierta y traía hasta su cama emanaciones embalsamadas que lo penetraban sin darse cuenta de ello, y de las cuales sentía, sin tratar de analizarlo, la dulce y misteriosa influencia. Fascinado por el brillo intenso de la luz, había cerrado los ojos casi en seguida; y durante algunos instantes quedó sumergido en ese estado que no es ni la vigilia ni el sueño, mecido por los mil rumores que percibía antaño al despertar. Era el canto de los pastores, el arrullo de las palomas, el ruido lejano de la presa, la picotería del molino, y más próximos, alegres gritos infantiles que, como cohetes, se elevaban en el aire sonoro y fresco de la mañana. Estos ruidos, estas melodías agrestes le hacían recordar de manera confusa los días felices de su juventud. Murmuró con voz apagada el nombre de su hijo y de su mujer; una lágrima hinchó su párpado y mojó sus pestañas. Sin embargo, los pensamientos tormentosos, por un momento adormecidos, empezaban á rugir en su pecho. Se incorporó bruscamente en el lecho y, con extrañeza, se puso á mirar la habitación en que se hallaba. Estaba en su casa, bajo el techo paternal, bajo el techo que había albergado su felicidad largo tiempo. Reconocía uno por uno todos los objetos que le rodeaban; sus libros, sus cuadros, sus muebles, sus tapices y todas las futesas encantadoras que dan vida á los lugares en que habitamos. Se cogió la frente con las manos como un hombre que se pregunta si no es objeto de una alucinación ó de una pesadilla. Al volver la cabeza, vió, de pie, á la cabecera, á su mujer y al doctor, que le observaban ambos sonriendo.

—¿Qué tal, mi querido Conde?—dijo alegremente el anciano;—me parece que no se encuentra usted mal. Ya estamos fuera de cuidado; pero se ha librado usted de buena. Podemos alabarnos, como Teseo, de haber visto las obscuras orillas.

—¡Ah!—exclamó la señora de Valgrand.—¡Usted es, doctor, quien lo ha salvado!

—¡Yo, señora!..... El señor Conde se ha salvado á sí mismo. No ha querido dejarse morir como un necio, y, cuando considero todos los motivos que tiene para hallar sabrosa la vida, estimo que el señor Conde ha tenido razón.

—¡Querido Gastón!—exclamó la señora de Valgrand, con el acento de una ternura apasionada.....—¿Sabe usted, amigo mío, que hemos estado inquietos? ¿Sabe usted que en su delirio no conocía ya á su esposa? Ahora sí me reconoces, ¿no es verdad? ¿Ya no te produzco miedo? ¡Yo, que tanto te quiero, resucito contigo!

—¡Vamos á ver qué dice ese pulso!—añadió el doctor cogiendo la mano de Gastón.

—¿Qué dice, doctor?—preguntó la joven Condesa.

—El pulso me dice que antes de ocho días el señor Conde estará completamente bien, y que, mientras tanto, tomaría



3.—Nuevo peinado y collar de cinta.



5.—Traje para niños de 6 años.



6.—Vestido para niñas de 3 á 5 años. 7.—Traje p

10.—Traje de convite y teatro.

11.—Traje de recibir.



señoras jóvenes.

8.—Traje para niños de 5 á 7 años.

9.—Traje para niños de 6 á 8 años.

4.—Peinado 1830 y cuello redondo.

10.—Traje de baile para señoras jóvenes.

12.—Traje de salida

de buena gana un caldo servido por su blanca mano de usted.

En este momento entró Germán. Se acercó á la cama de su amo y le preguntó qué tal había pasado la noche, como si lo hubiera visto la víspera. Gastón miraba uno tras otro á su esposa y al doctor. Creía estar soñando. De repente se estremeció y volvió á incorporarse..... había oido una voz infantil que gorjeaba en el jardin. La señora de Valgrand abrió completamente la ventana, y saliendo al balcón dijo estas sencillas palabras:

—Olivier, sube á dar un beso á tu padre.

La puerta se abrió, un hermoso niño entró corriendo en la habitación. Saltó sobre la cama y, rodeando con sus brazos el cuerpo de Gastón, le dijo:

—Buenos días, papá.....

Era él, era Olivier. El ojo avizor de una madre hubiera podido engañarse. Era Olivier, tal como lo había visto el día fatal en que su padre lo había llevado á mi casa. Eran los mismos ojos azules y claros; la misma boca fresca y sonriente; los mismos cabellos rubios y finos. Tenía cerca de la ceja derecha el mismo signo pardo, y en el nacimiento de la nariz, bajo la transparencia de la piel, la misma vena azulada, idéntica á la mitad de un anillo de lápiz. Inmóvil, loco de amor, sin voz, Gastón lo devoraba con los ojos y pasaba sobre él sus manos ávidas y temblorosas. Por último, con movimiento brusco, abrió la blusa del niño, y al ver blanco y liso, como una hoja de marfil, su pecho, sobre el cual buscaba en vano la huella de la herida que había creído mortal, lleno de estupor, demasiado débil para resistir emociones tan violentas, cayó desmayado con el pequeño entre sus brazos.

VII.

Cuando recobró sus sentidos, la señora de Valgrand y el doctor estaban sentados á su cabecera; Olivier jugaba á los pies de la cama.

—¡Oh, amigos míos!—dijo por fin;—¿qué ha ocurrido?

—¿Lo que ha ocurrido, mi querido Conde?—contestó el anciano doctor.—Ha estado usted muy enfermo. Ha tenido usted lo que nosotros, profesores de la Facultad, llamamos una meningitis, ni más ni menos, querido mío. ¿Qué ocurre? Ya lo ve usted. Con la salud ha recobrado usted la razón, y con la razón la felicidad. Aquí tiene usted todo explicado.

—Papá está curado, papá no está ya enfermo..... ¡estoy muy contento yo!—dijo Olivier, que estaba hojeando un libro de estampas que Gastón recordaba haber traido á su hijo de Nantes.

—¡Una meningitis!.....—murmuró Gastón, como hablándose á sí mismo.—Pero, doctor, ¿he estado loco?—añadió, dirigiendo al anciano una mirada inquieta.

—Sí, mi querido Conde; sea dicho entre nosotros, no tenía usted la cabeza en muy buen estado. Durante seis semanas ha divagado usted más de lo natural; sin abandonar el lecho, ha caminado usted mucho, en compañía de su buen amigo Mario.

—¡Seis semanas!—exclamó Gastón.—Me parece que han trascurrido siglos desde el día.....

—Desde el día en que caiste enfermo—dijo la joven Condesa, concluyendo la frase que había empezado.—¡Oh, amigo mío, estas seis semanas han sido para nosotros también siglos de angustias y de sufrimientos!

—¡Seis semanas!—repetía Gastón.

—¡Mes y medio de fiebre y de delirio!..... ¡Señor Conde, creo que estará usted satisfecho!—dijo el doctor riendo.

—Pero ¿cómo ha ocurrido todo esto?—preguntó Gastón con curiosidad dudosa.

—Te lo voy á recordar, amigo mío—le contestó la Condesa, que estaba ocupada en un trabajo de bordado interrumpido hacía cuatro años y empezado cuando Gastón estaba presente.—Habías ido á comer con Olivier, á casa de nuestro vecino antiguo Mario. El tiempo amenazaba tempestad hacía algunos días; tu cabeza sufría ya. Después de la comida, que, según me han asegurado, fué muy alegre.....

—Demasiado alegre—dijo el doctor como haciendo una reflexión.

—Os sentasteis sobre la terraza, y tus amigos se entretenian (¡cruel entretenimiento!) en tirar á los inocentes pajaritos. Mario me ha asegurado que teñias ya la sangre á la cabeza.

—El Sr. Conde—añadió el doctor—había bebido, en los postres, demasiado vino de Vouvray.

—A pesar de la promesa que me habías hecho la víspera, cogiste una escopeta..... la escopeta de Mario.....

—¡Sí, sí, ya recuerdo!.....—exclamó Gastón, que sentía despertar á la vez su razón y su locura.—Había cogido la escopeta de Mario..... Olivier estaba á unos veinte pasos de distancia..... Alcé bruscamente el arma..... Salió el disparo.....

—Y el Sr. Conde cayó—dijo tranquilamente el doctor;—el Sr. Conde cayó como herido por un rayo. Esas son las consecuencias de beber demasiado vino de Vouvray en los postres.

—Y de desobedecer á su mujer—añadió la joven Condesa;—amigo mío, Dios te ha castigado.

—¿Y entonces qué ocurrió?—preguntó el Conde enjugándose el sudor que corría por su frente.

—Lo que tenía que ocurrir—contestó el anciano.—Le trajeron á usted en una camilla. ¡Figúrese usted qué agradable sorpresa para esta buena Condesa que le había visto á usted marcharse contento y sano! Dos horas después, estaba sentado, como lo estoy ahora, á su cabecera. Si he de ser á usted franco, creí que no tenía usted remedio. ¿No sabe usted, amigo mío, lo que es el vino de Vouvray? Es meningitis embotellada. Al día siguiente tenía usted una fiebre ardiente y el más famoso delirio que haya hecho jamás desatinar el cerebro de un cumplido caballero. ¡Vaya una imaginación, santo Dios! ¡Qué galope desbocado por los campos de la fantasía! ¿Se acuerda usted de los sueños que ha tenido?

—¡Oh! ¡sueños espantosos, doctor!—gritó Gastón tapándose la cara con las manos.

—Sí, hijo mío—dijo el doctor,—sí, sueños espantosos..... Pero mire usted á este mocetón—añadió cogiendo á Olivier;—¿tiene acaso la cara del que ha recibido una perdigonada en el pecho? ¿Y esta buena y encantadora esposa le parece á usted que le va á denunciar á la justicia?

El rostro de Gastón se había iluminado como por encanto. Los fantasmas que lo perseguían hacía cuatro años acababan de desvanecerse, llevándose consigo el espectro sangriento de la realidad. Abrió sus brazos á su mujer, á su hijo, y, estrechándolos contra su corazón, los inundó de besos.

En esto llegué yo. Acababa de afeitarme, pues parecía con la barba del viaje un bandido italiano. La navaja del barbero me había quitado cuatro años. Estaba vestido con el mismo traje que tenía el día en que Gastón comió en mi casa. Al verme tuvo un momento de turbación y de duda. Hice como que no lo notaba; le di la enhorabuena por su curación, y me burlé de los viajes que habíamos hecho juntos á poca costa.

—Decididamente—añadí—te creía con la cabeza más resistente. Cuando vengas á casa á comer, te juro que sólo beberás agua clara.

Dicho esto, di un beso á Olivier, á quien había acariciado por la mañana y que me trataba ya como si me conociera de antiguo.

—¿Conoces á este caballero?—le preguntó Gastón.

—Es un buen amigo de papá—contestó sin titubear el niño, que no había olvidado la lección.

Así es como me llamaba Olivier antiguamente. La madre, á quien la pregunta dirigida á su hijo había hecho estremecer, pudo contener un movimiento de alegría que hubiera echado todo á perder: corrió hacia él y lo abrazó.

—¡Vamos!—dijo el doctor—basta de emociones para un solo día: el señor Conde necesita descansar. Háganme ustedes el favor de marcharse y de dejar á mi enfermo tranquilo.

Al decirnos estas palabras, nos empujó hacia la puerta.

—¡Salvado! ¡está salvado!

Y nos abrazábamos llorando.

—Mamá—preguntó el pequeño, que tiraba á la Condesa del vestido,—¿he dicho todo como me lo habías encargado?

—¡Sí, querido tesoro perdido y hallado de nuevo; sí, ángel querido que el cielo me ha devuelto!—exclamó la señora de Valgrand cogiéndolo en brazos.

VIII.

Gastón estaba salvado. Al cabo de un mes escaso había recobrado las costumbres de su vida feliz. Todo el mundo en torno suyo, amigos, criados, extraños, se prestaba con gusto al inocente engaño que acababa de devolverle la razón. Entretener, prolongar su error, era nuestro afán constante, nuestra única preocupación. El mismo Olivier, gracias á la vigilancia de su madre, gracias también á no sé qué maravilloso instinto, parecía aplicarse en reproducir todos los gestos, todas las inflexiones de voz, todas las locuciones familiares que podían engañar la ternura del convaleciente. Cuatro años de luto y de viudedad habían dejado profundas huellas en el rostro de la señora de Valgrand; pero Gastón estaba también tan cambiado, que no tenía por qué extrañarse, y la palidez de la joven Condesa, sus rasgos marchitos, sus ojos desencajados por las lágrimas, se explicaban suficientemente con las noches de insomnio pasadas á la cabecera del enfermo.

Sin embargo, á medida que iba recobrando las fuerzas y la salud de la juventud, una sorda inquietud rugía en el fondo de su pecho. Ya el vago sentimiento de la realidad que nos persigue aun en los sueños empezaba á deslizarse bajo la ilusión que lo mecía. A pesar de nuestros desvelos, repentinas claridades iluminaban el abismo en que se habían sumergido cuatro años de espanto y de desesperación: inclinado sobre el abismo, echaba una mirada espantada, y se preguntaba si eran, efectivamente, la fiebre y el delirio quienes habían forjado todos los monstruos que lo habitaban.

Desde hacía algunas semanas manifestaba el deseo de venirme á ver. Habíamos inventado veinte pretextos para disuadirlo. Una mañana salió solo y se encaminó hacia mi quinta. Al llegar á la terraza se paró en el sitio fatal y se quedó inmóvil.

A partir de ese día, su carácter, tan apacible antes y tan igual, se volvió taciturno y casi salvaje. Tenía momentos de profunda melancolía, que nada podía distraer, en los cuales la presencia de Olivier lo irritaba. A veces se le sorprendía observándolo con mirada recelosa. A veces también lo contemplaba con alegría; pero en esa alegría misma, para los que eran testigos de ella, había un lado doloroso, casi tan penoso como la misma locura. Temíamos su clarividencia, y su ceguedad nos consternaba. Comprendíamos perfectamente que su curación no se completaría hasta que hubiese afrontado, sin desfallecimiento, el siniestro destello de la verdad; pero ¿qué mano se atrevería á arrancar la venda que le cubría los ojos?

Había notado, al fin y á la postre, que su mujer salía todas las noches, á veces sola, pero en general con Olivier, sin decir jamás adónde iba.

Una noche Gastón, sin prevenirla, se puso á seguirlos. Después de una hora de marcha por el costado de la colina, los perdió de vista en el recodo de un sendero. Al llegar á este sitio los buscó en vano con los ojos, y, decidido á esperarlos, se sentó sobre un poyo de piedra tapizado de musgo y de hiedra. Al cabo de cierto tiempo notó que se hallaba á la entrada del cementerio de la aldea. Entró en el recinto, y caminando con paso lento, se puso á mirar una por una las tumbas rústicas, casi todas cubiertas de flores y verdura. Se iba á retirar cuando descubrió, medio oculta por los rosales y madreselvas, una losa de mármol con una cruz de piedra en la parte alta, iluminada por los claros rayos de la luna. Se acercó y leyó esta inscripción:

OLIVIER DE VALGRAND
MUERTO
EL 2 DE SEPTIEMBRE DE 1840
Á LA EDAD DE TRES AÑOS Y TRES MESES.

¡RUEGA POR TU PADRE, QUERIDO HIJO MÍO!

IX.

Gastón lo comprendió todo.

Cayó de rodillas, y permaneció largo tiempo con la frente en el suelo.

Cuando levantó la cabeza, la señora de Valgrand y su hijo estaban en pie, á su lado, semejantes á dos ángeles de la guarda.

—Dios nos lo ha devuelto, amigo mío—dijo la Condesa, empujando á Olivier hacia los brazos de su padre.

—Dios es bueno—contestó Gastón.

Y estrechó á su hijo sobre su seno.

—Hoy día—añadió Mario terminando este sencillo relato,—Gastón cree en la Providencia.

EUGENIO DE OCHOA.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR.

Exclusivamente serán contestadas en este sitio las consultas que, sobre asuntos propios de las secciones del periódico, se sirvan dirigirnos las Señoras Suscriptoras á la edición de lujo y á la 2.ª edición, demostrando esta circunstancia con el envío de una faja del periódico, ó por cualquier otro medio.

Las consultas que se nos dirijan en *carta anónima*, ó que vengan firmadas por personas que no demuestren debidamente ser suscriptoras á las citadas ediciones, no serán contestadas.

A UNA IGNORANTE.—Para hacer el bizcocho de chocolate se toman 6 huevos frescos, una onza de chocolate pulverizado, 4 onzas de harina de flor y 10 onzas de azúcar muy molida: todo esto se mezcla bien, trabajándolo mucho para que salga fino el bizcocho.

Las claras se echan lo último, batiéndolas á la nieve.

Luegó se unta el molde con manteca de vacas fresca, se vierte en él la mezcla anteriormente indicada, se cubre con un papel blanco y se mete en el horno á un calor moderado, y cuando está en punto se saca y se le da en la superficie, si así lo desea, un baño de chocolate; que se hace como el chocolate ordinario, muy espeso, con leche y un poco de vainilla.

Dado el baño al bizcocho, se vuelve á meter en el horno hasta que se le forme una especie de corteza.

Á M., QUE AMA LAS FLORES CON PASIÓN.—En las presentaciones, las señoritas se limitan á contestar á las palabras que el caballero las dirige.

Depende también la respuesta de la presentación misma, pues cuando ésta es de las que pudiéramos llamar de pura fórmula, es decir, que no median en ella más palabras que las indispensables entre personas bien educadas, basta para corresponder á los ofrecimientos del caballero dar las gracias con una inclinación de cabeza.

Al despedirse, mediando las palabras que usted en la suya indica, se contesta: «Mil gracias».

Al terminar el baile, cuando el caballero acompaña á la señorita á su sitio y le da las gracias, basta con hacer una pequeña inclinación de cabeza.

Padeciendo de espinillas, de ningún modo debe usarse ninguna sustancia crasa, pues esto sólo las produce, si hay alguna propensión á tenerlas; por lo tanto, no debe usted lavarse con leche ni con nata.

Para combatir las espinillas, es muy bueno frotarse diariamente con agua de colonia ó alcohol, después de extirparlas con la llavecita de un reloj. Para calmar la irritación que esto produce, debe al tiempo de recogerse aplicarse cataplasmas de harina de almidón. Basta hacerlo tres días.

Convendrá que se lave también cada dos ó tres días con agua templada, disolviendo en un litro de ésta la cantidad de clorato de sosa en polvo que puede caber en dos realitos de plata. Con esto hallará alivio.

El color del papel en que me escribe está de moda. En cuanto á la forma, es más elegante la apaisada.

Respecto á su encargo, se procurará complacerla en lo que sea posible y cuando se pueda.

Á UNA TARRACONENSE.—La nota dominante en las *toilettes* negras de vestir, es el raso. Como adorno para éste, el guipur si la *toilette* es para señora; si es para jovencita se prefiere los agremanes de azabache y abalorios de colores, y también los aceros mezclados con lentejuelas y cuentas doradas.

En cuanto á la forma, es elegantísima, para señora, falda lisa, y la chaqueta Luis XVI y Luis XV; por ejemplo, vea el bonito modelo que representa el croquis núm. 2 de la *Revista Parisiense* del 22 del mes actual. El croquis núm. 1, que hallará en el mismo número, es un elegante modelo y propio para traje de señorita.

Ambos los puede reproducir para sus *toilettes* negras de Semana Santa.

Á UNA GRANADINA.—Pruebe á darse diariamente, al tiempo de recogerse, con vaselina, pues ésta es muy buena para el cutis; al día siguiente lávese la cara con agua tibia, pero sin jabón, y después de secarse con un pañito suave dése polvos de arroz muy finos. Con esto conseguirá que el cutis se le ponga suave y fino; al mismo tiempo tiene la ventaja de que la vaselina no perjudica absolutamente nada.

He oido hablar muy bien de un específico que se vende en casa de Pagés, calle de Peligros, núm. 1, dando para el cabello los resultados que desea. Puede dirigirse á la casa expresando su deseo, y ésta le remitirá por correo el frasco.

SEÑORA D. C. DE V.—Doy á usted las más expresivas gracias por sus atentas palabras y ofrecimientos.

Para darle á usted cuenta de cuanto se necesita en una capilla sería preciso tener idea del proyecto que ha formado, y aun así todo sería imposible dirigir desde aquí



14.—Traje de visitas.

obra de tanta importancia; así que, á pesar de mi buen deseo, me veo precisada á concretarme á darle sólo una idea general, deseando le sea útil.

Puede confeccionar por sí misma los manteles de altar, cortinillas del sagrario (si lo hubiera), purificadores, amitos, corporales y todo el servicio completo para celebrar misa, como casulla, alba, etc.

El servicio de altar consta de dos manteles; el primero es el más lujoso: se compone de un fondo de hilo, todo lo fino que se quiera, guarnecido de un encaje de más ó menos mérito, ó bien de malla bordada, ó bordado á mano.

Ahora lo más elegante es pintarlos con alegorías sagradas, ó flores en tonos muy suaves. El sobremantel es corto, y también lleva una pequeña guarnición de encaje. El servicio de consagrar se hace de batista de hilo con dobladillos calados y borde de encaje.

El alba tiene que ser indispensablemente de hilo con un ancho encaje.

Las casullas pueden ser de tisú, damasco, seda brochadas moaré ó raso. Las de género liso bordadas en el centro, y las de dibujo adornadas con galones.

Las cortinillas del sagrario son de los mismos géneros que las casullas. Si son lisas, se bordan en oro ó sedas los atributos del Santísimo Sacramento. Todas deben llevar en el borde un encaje de oro ó plata. También puede bordar los reclinatorios y portiers. En la actualidad es muy elegante cubrir el fondo del altar de terciopelo ó damasco encarnado: esto no es obstáculo para colocar en este fondo un gran cuadro. Le recomiendo tenga especial cuidado en cubrir con un buen tapiz la tarima del altar, siendo poco todo el primor que ponga en esto.

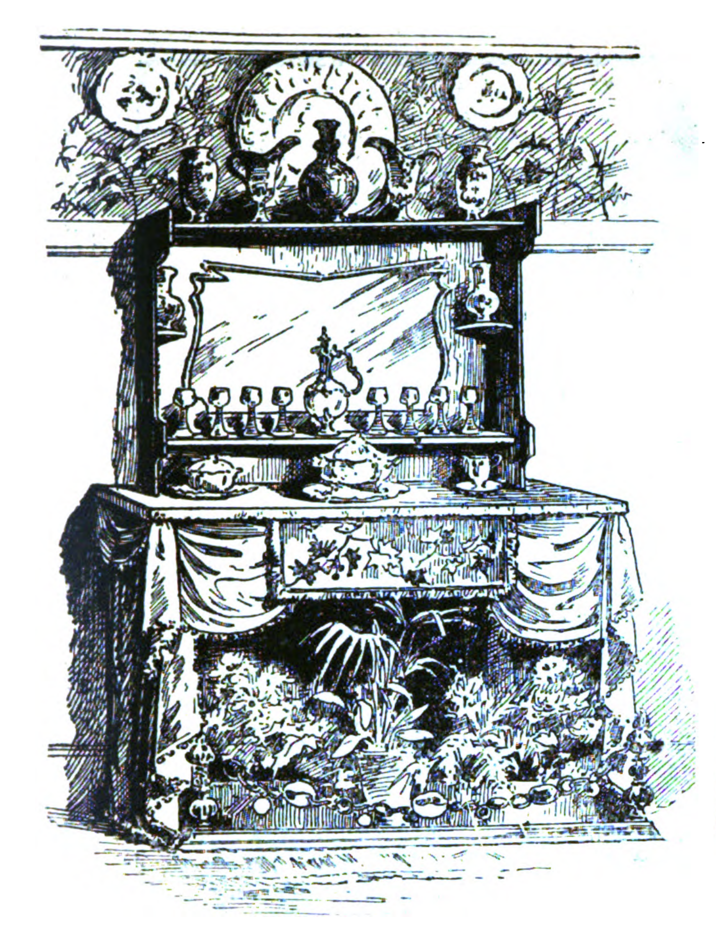
Para las medidas de todos estos objetos, lo más acertado es que pida usted al señor párroco, ó sencillamente al sacristán, le preste un modelo de cada cosa. Este mismo señor podrá ponerle al corriente de cuantos requisitos exige el culto de una capilla.

La Administración contestará á usted sobre los números que desea adquirir.

Siento no darle la receta que me pide; pero he tratado de adquirirla, no habiendo podido hacerme con ella por ser una pequeña industria monopolizada por algunos.

Á María, desde Sevilla.—La elección del velito del sombrero es delicada, pues la elegancia consiste en saberlo colocar y llevarlo. Algunas señoras se colocan el velito con gusto, siendo de mucha importancia este detalle, insignificante al parecer, y debiendo tenerse con el todo el cuidado posible de la *toilette*, pues es el complemento de ella. Nada hay más feo que un velito colocado torcido, ó sin igualdad, descuidadamente puesto ó con precipitación, pues esta falta de cuidado quita toda la elegancia de la *toilette* que se lleva.

Á D. L.—El mejor procedimiento para limpiar á fin de estación las pieles, tales como cuellos, boas, etc., etc., antes de guardarlas, quitándoles lo que en ellas dejan la grasa



15.—Chimenea de comedor.



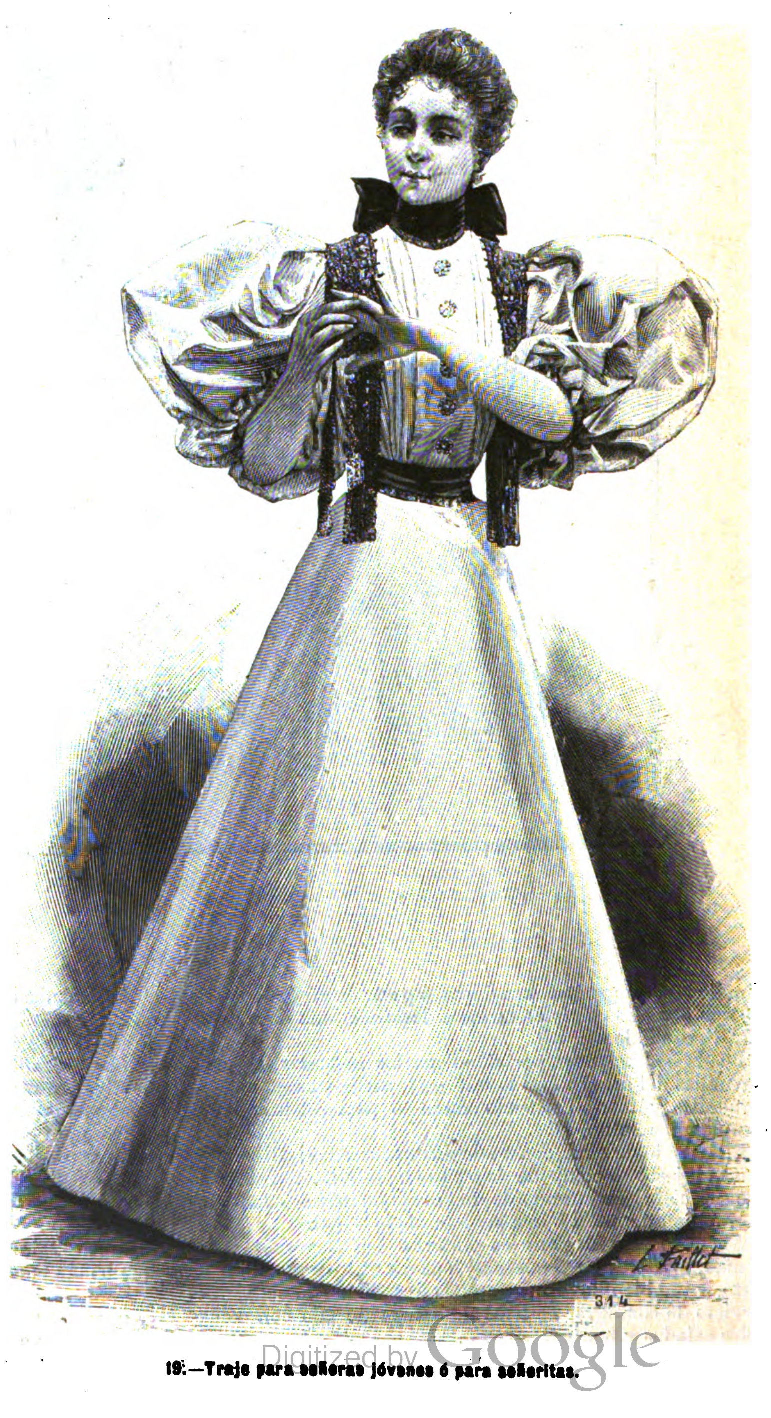
16.—Delantal para servir el té.



17.—Peinado de baile para señoras jóvenes.



18.—Traje de ceremonia para señoras de cierta edad.



19.—Traje para señoras jóvenes ó para señoritas.

del cabello, los polvos, etc., es frotarlas con una muñequita de franela mojada en esencia de nafta; en seguida se peina la piel con un peine metálico. Después de bien peinadas se sacuden, pero no al sol, y luego se cepillan con un peine suave, al hilo, y se guardan en los armarios con bolsitas de alcanfor entre los paños que se envuelvan.

No deben exponerse las pieles nunca al sol.

Á FLORA.—unque hay algunas personas que tienen el capricho de usar ropa interior de color, esta costumbre es poco seguida, por estar probados sus inconvenientes.

En vez de anchas guarniciones de encaje se llevan altos volantes de linón, muselina ó nansuc con anchos festones, ó bien bordeados de una pequeña valencienne. Con estos volantes se guarnecen las enaguas, los pantalones, las camisas de dia y de dormir, los peinadores y hasta las sábanas. Para estas últimas se usan magníficas aplicaciones de guipur de hilo, tejidas en la misma tela y de un uso sumamente práctico.

El almohadón y las almohadas hacen juego.

La ropa de mesa se usa muy lujosa, gracias al nuevo procedimiento del tinte; se emplea para bordarla las sedas lavables, como antiguamente se empleaba el algodón. Con las sedas se hacen ricos bordados de gran efecto, y grandes cenefas de anchas ramas de varios colores, con las cuales se adornan vistosamente los manteles y las servilletas.

Se mezcla en arabescos colores cambiados; el azul gris con el amarillo azafrán, el rojo con el azul pálido.

También se bordan flores, frutas, *corbeilles*, etc.

Se usa gran variedad de centros de mesa con guarniciones de encaje estilo antiguo. Estos se rematan con elegantes adornos de lazos de cinta, guirnaldas, grupos de flores y *bibelots*.

Casi todas estas mantelerías son bordadas á máquina, pues las bordadas á mano son de un precio exageradísimo por el incalculable tiempo que se necesita para hacerlas.

Á UNA ANTILLANA.—La respuesta á su pregunta referente á mantelerías la encontrará en mi contestación dirigida *A Flora* en este mismo número.

Las servilletas se ponen sobre el plato colocadas en distintas formas, y en ellas se introduce el pan. Los platos soperos no se ponen en la mesa de comer, sino que se dejan sobre el trinchero. En éste se sirve la sopa, y desde allí se distribuye á los convidados.

En los dos centros de la mesa se colocan los dueños de la casa, de modo que vengan á estar enteramente enfrente uno de otro: los lugares preferentes son: la derecha de la señora para el caballero de más cumplido, y la derecha del señor para la señora también de más cumplido. En seguida de éstos deben colocarse los parientes más cercanos de aquéllos, teniendo, sin embargo, cuidado de que estén por orden de antigüedad, porque en estos sitios deben sentarse los hijos; pero si son solteros y hay hermanos ó parientes de los jefes de la casa, corresponden á éstos. A la izquierda de los dueños se guarda el mismo orden para los que siguen en categoría á las derechas, teniendo cuidado de sentar á sus izquierdas personas de cierta importancia, dejando á los jóvenes los testeros del final de la mesa. Cuando el anfitrión es viudo, corresponde la presidencia del cónyugo que falta á la madre, padre ó hermana de más edad; también, en caso que falten los padres, se coloca la hija ó hijo mayor.

Hé aquí el orden de servir la comida:

Melón, ostras, sopa, entrada de pescado, plato de carne, plato frío, asado, ensalada, postre de cocina ó helado, queso, fruta, postres variados. Después de las ostras, Sauterne; después de la sopa, Jerez; en seguida Burdeos; después del pescado, Chateau Iquern; después del plato frío y asado, Borgogne; en los postres, Jerez. En el salón se sirve el café y licores.

En uno de los próximos números publicaré nuevamente la receta de hacer *brioches*.

Le indicaré algunos de los muchos medios que hay para emplear las claras.

El primero es el chantilly, postre muy fino que se hace del modo siguiente: Se baten á la nieve 6 claras de huevo, y cuando están bien duras se les echa azúcar muy fina, molida, para endulzarlas un poco: al mismo tiempo que se baten las claras, otra persona debe estar batiendo con dos tenedores de madera una copa de nata muy fresca, hasta que se ponga dura. Cuando lo está, se endulza con azúcar fina á gusto de cada cual, echándola poco á poco; en seguida se sigue trabajando la nata hasta que se endurece del todo. Conseguido, se mezcla la nata, poco á poco, con las claras, sin dejar de batirlas, y se añade la cantidad que se quiera de vainilla raspada.

Después de mezclarlo bien para que todo tome el gusto, se vierte en un molde de flan guarnecido el fondo y todo alrededor con bizcochos: se cubre con otra capa de éstos, y se pone al fresco ó se mete entre hielo si es verano. Conviene que el chantilly se haga á última hora.

Pueden utilizarse las claras también para los huevos ingleses; así: se baten 8 claras á la nieve, hasta que estén muy duras, y cuando lo están se acerca al fuego un cazo de porcelana con dos cuartillos de leche azucarada, añadiendo un trozo de vainilla. Luego que la leche rompe á hervir se echa en ella una cucharada grande de la clara, y en seguida se le da vuelta con una paleta.

Con este procedimiento se forma una especie de capa consistente y se van colocando en una fuente, separadas las unas de las otras, las claras formadas en pequeños globos; terminada esta operación, se hace con la leche restante una ligera crema, empleando cuatro yemas, y media cucharada de harina de almidón.

Se mueve sin cesar con el molinillo de porcelana, y cuando está un poco espesa se vierte sobre los huevos. Este es un postre muy agradable, y que se hace con gran facilidad.

Atendiendo á la edad que tiene la niña, la aconsejo que no la dé nada en el cutis. Las pequitas á que se refiere desaparecerán probablemente con la edad.

En lo referente á las iniciales de que habla, se procurará complacerla en cuanto sea posible.

ADELA P.

EXPLICACIÓN DEL FIGURÍN ILUMINADO.

Núm. 8.

Corresponde á las Sras. Suscriptoras de la edición de lujo.

TRAJE DE PASEO.

Este elegante traje, hecho de paño color de palo de rosa, va adornado con ricas aplicaciones de bordado y encaje. Falda de paño, con delantal guarnecido, así como los paños de costado, con aplicaciones de bordado que llegan hasta media falda. Los paños de detrás van adornados igualmente en su borde inferior con aplicaciones de bordado. Cuerpo-chaqueta de paño color de palo de rosa, con aldetas muy onduladas, y abierta sobre un chaleco de paño del mismo color. La espalda, sin costura en medio, tiene sus laditos muy altos, y las costuras que reunen la espalda y los laditos van disimuladas bajo un bordado fino. Los delanteros, ajustados con una pinza, tienen los ángulos de las aldetas muy redondos. El borde de los delanteros, las sisas y la aldeta van adornados también con aplicaciones de bordado y con cuatro botones artísticos. Del interior del chaleco sale una corbata de encaje que desciende flotante hasta cerca de la cintura. Manga de paño de nueva forma, lisa por delante, donde se ajusta al brazo, con todo el vuelo echado hacia atrás. La parte lisa de la manga va adornada con aplicaciones de bordado. Un volante de encaje cae sobre la mano. Cuello muy alto, guarnecido de bordado y que llega casi hasta las orejas.—Sombrero de fieltro negro, adornado con tul blanco, rosáceas de cinta color de cereza, y un penacho de plumas negras.—Manguito de cibelina guarnecido de encaje.

EXPLICACIÓN DE LOS GRABADOS Y DIBUJOS PARA BORDADOS

CONTENIDOS EN LA HOJA-SUPLEMENTO.

Corresponde á las Señoras Suscriptoras de la edición de lujo.

Canastilla.—Núm. 1.

Esta canastilla, muy linda y práctica, se hace con viso y lazos azul ó rosa. Sirve para poner una muda de ropa y la esponja, la borla de los polvos, los alfileres y demás objetos indispensables para el aseo de los niños pequeños. Nuestro modelo va rodeado de un encaje muy ligero y vaporoso. El interior de la canastilla va forrado de satinete y *nansuc* plegado. El ala va adornada con una cinta color de rosa ó azul, que forma un lazo en el centro. Los ángulos se adornan igualmente con lazos de cinta.

Arandela bordada al pasado.—Núm. 2.

Se corta un redondel de paño que tenga la forma de una arandela, y se pasa á este redondel nuestro dibujo, que es de tamaño natural. Se ejecuta el bordado al pasado con seda blanca, y verde claro para las hojas. Los tallos van bordados con seda color de tilo. Se le ribeteará con un cordoncillo del color del paño. Esta labor puede ejecutarse también con cuentas.

Almohadón para butaca.—Núms. 3 y 4.

Se hace este almohadón de raso color de rosa, y se le guarnece en dos de sus lados con cinta de raso del mismo color, plegada y anudada como indica el dibujo. En los otros dos lados se pone un rizado doble de encaje, que forma en el ángulo una rosácea, dentro de la cual se anidan unas presillas de cinta estrecha de raso. El bordado de este almohadón, representado de tamaño natural por nuestro dibujo, es del género que llaman rococo, y va hecho con cintas estrechas sombreadas. Las florecillas son azules y blancas, y las hojas verdes de varios matices. Nadie ignora que el bordado rococo se hace empleando una cintita especial, como si fuera una hebra de seda ó de lana. Se hace un punto diferente para cada flor y para cada hoja. Los tallos se hacen al punto de tallo con torzal.

Arandela bordada al pasado.—Núm. 5.

Se pasa nuestro dibujo á un pedazo de paño cortado en redondo, y se le borda al pasado con seda morada para las violetas y verde de dos matices para las hojas y los tallos. La mariposa se bordará en seda amarilla y verde turquesa. El festón de seda es del mismo color del paño.

Collar al crochet.—Núm. 6.

Para confeccionar esta especie de collar que reemplaza la antigua gola, se emplea lana blanca muy flexible, de mediano grueso. Se compone de una hilera doble de rizados, que se ejecutan con bridas prolongadas sobre una escala doble, como lo indica nuestro dibujo, por el cual es fácil darse cuenta de la labor.

Para hacer esta escala doble se montan 70 mallas-cadenetas; se vuelve, se pasan 4 mallas-cadenetas y se hace 33 veces una brida separada por una malla-cadeneta; después de lo cual se hace una segunda hilera de 33 veces una brida á caballo separada por una malla, pero teniendo cuidado de contrariarla.

La labor principal se compone de bridas muy flojas y muy prolongadas, y se ejecuta del siguiente modo: sobre la brida de la segunda hilera se hace 8 veces una brida separada por una malla-cadeneta, y se coronan estas bridas con 3 piquillos; después de lo cual se hace 4 veces una brida separada por una malla-cadeneta y 2 piquillos sobre la segunda brida de la misma hilera,—4 veces una brida separada por una malla-cadeneta y 2 piquillos sobre la malla de la primera hilera,—4 veces una brida separada por una malla-cadeneta y 2 piquillos sobre la tercera brida de la 2.ª hilera,—4 veces una brida separada por una malla-cadeneta y 2 piquillos sobre la malla de la 2.ª hilera,—4 veces una brida separada por una malla y 2 piquillos sobre la cuarta brida de la 2.ª hilera, y se continúa así hasta el final de la hilera. Después se vuelve, y se hace sobre el borde de las dos hileras 18 veces una brida separada por una malla-cadeneta y 10 piquillos por encima. Se continúa esta hilera ejecutando un rizado igual á la primera hilera. Sobre la última brida se hacen 10 bridas separadas por una malla y las dos primeras. Una cinta de seda va cosida por el interior del collar.

Tapete pequeño.—Núms. 7 á 9.

Este tapete es de cañamazo marrón y tiene 44 centímetros en cuadro, sin contar el fleco; va adornado con un bordado al punto llano de sedas de varios colores é hilillos de oro. Uno de nuestros dibujos representa la cuarta parte del adorno del centro, y otro una parte de la cenefa con el pico. Se ejecuta la cenefa con seda color de bronce obscuro, y se hace un punto sobre 3 hebras de la tela después de una hebra de intervalo; los puntos de todos los demás dibujos se hacen sobre 2, 4 ó 6 hebras. Los puntos de Renacimiento, así como el cuadro del centro del dibujo de esquina, van hechos con seda color de aceituna obscuro; los cuatro cuadros pequeños del centro con seda color de aceituna claro, y los otros dibujos del interior de la cenefa van ejecutados con sedas color rojo antiguo de dos matices. Los triángulos que ribetean los puntos de Renacimiento van hechos con seda de color rojo antiguo mediano; los cuadros inmediatos con seda color de bronce claro, y los puntos de fantasía, con hilillos de oro. Los puntos llanos entrelazados de la cenefa se hacen con seda rojo antiguo de tres matices; los dibujos pequeños con seda aceituna de dos matices, y el dibujo del centro va bordado como el adorno de la esquina. Se forra el tapete de seda ligera y se le guarnece con un fleco de borlitas de seda.

Abanico de novedad.—Núm. 10.

Este abanico, sumamente original, obtiene hoy un gran éxito. Representa una canastilla, que se compone de cintas entrelazadas figurando mimbre. El asa va hecha de las mismas cintas entrelazadas. El país, pintado, muestra un grupo de gatitos en diferentes posturas, jugando entre las flores, y en medio la respetable é imponente mamá en actitud de defender á sus hijuelos.

Silla para niños, adornada con figuras bordadas de tapicería.—Núms. 11 á 20.

El asiento de la silla, que es de mimbre laqueado claro y tiene 54 centímetros de altura, va cubierto de una almohadilla hecha de tejido de Java crema. El asiento y el respaldo, hechos de la misma tela, de 20 centímetros de largo por 11 de ancho, van adornados con figuras bordadas al punto de cruz con algodón de bordar número 20, en parte de un color rojo y en parte de dos matices del mismo color, con arreglo á las indicaciones de los dibujos. Cada punto va hecho sobre un cuadro de la tela (cuatro de estos cuadros deben tener un centímetro de ancho). Para rodear y colgar la almohadilla se emplea una cordonadura de lana roja adornada con borlas. El asiento y el respaldo van guarnecidos de un fleco igual.

Abanico de nueva forma.—Núm. 21.

Este modelo de abanico es tan nuevo como original. El país es cuadrado y va rodeado de encaje. Se le borda con lentejuelas de oro formando rayos que semejan un sol poniente. El varillaje es de madera dorada.

Almohadón bordado.—Núms. 22 y 23.

Este almohadón, que tiene 40 centímetros en cuadro, es de raso crema y va adornado con un bordado que se ejecuta al punto llano sobre cañamazo crema de mediano grueso, cuyos contornos, que forman curvas, van bordados con felpa de seda azul gris. El revés del almohadón va cubierto de faya azul gris. Se emplea para hacer el bordado sedas é hilillos de oro, y para rodear las curvas, lana fina color de bronce. Uno de nuestros dibujos representa la cuarta parte del bordado. Para cada cuadrito se hacen dos puntos sobre dos hebras del tejido, después de una hebra de intervalo. Los contornos anteriores de todos los dibujos bordados con sedas van hechos al punto de Renacimiento con seda marrón obscura.

Letras enlazadas.—Núms. 24 á 27.

SB, HH, AO y EM, enlaces para pañuelos de caballero; se bordan al realce con algodón de dos colores.

EL LADRÓN LE ACOMETIÓ.

La edad y las enfermedades vienen juntas. El invierno con el hielo; la noche con la obscuridad. Estas cosas están naturalmente relacionadas, son causas y efectos. Nosotros no nos admiramos de ellas, suspiramos y las aceptamos; pero los niños debieran reirse, gritar y brincar: en verdad, la juventud tiene derecho á los goces que le pertenecen. ¿Los alcanza siempre? No, mi buen amigo, no. El mundo está lleno de niños que gritan de dolor y de jóvenes que se chasquean al no encontrar ollas con oro en el fondo del arco iris.

Presten atención á lo que les voy á decir en seguida. «Por más de veinte años, nos dice un caballero en su carta, he estado sufriendo de un padecimiento extraño. Me acometió cuando era joven como un ladrón durante la noche.»

Podía muy bien llamarlo ladrón, pues le robó, no su dinero ó sus libros, sino su salud, tesoro sin el cual los lugares de recreo para la juventud son desiertos, y sus flores se desmoronan hasta convertirse en polvo.

La relación, dicha con las propias palabras del que nos escribe, es corta y simple. «Cansado de probar diferentes clases de medicinas, nos dice, perdí la esperanza en todo. Rendido y postrado de espíritu, abandoné toda idea de curarme.»

¡Y esto dicho por un joven de veintiséis años de edad; edad de fortaleza, entusiasmo, afecto, fe y confianza: edad á cuyos ojos la tierra brilla con el rocío de la mañana, y, sin embargo, qué corriente es esta triste historia!

«Estos, continúa nuestro amigo, fueron los síntomas de mi enfermedad: vómito, gran calor en los intestinos, intranquilidad y fatiga. Habiendo resultado inútil todo tratamiento médico que me hacía, oí hablar por una feliz casualidad del Jarabe curativo de la Madre Seigel. De esto hace algunos años. Desde que principié á tomarlo me sentí aliviado, y por cierto tiempo continué tomando este remedio con constancia; en seguida dejé de tomarlo por un corto tiempo; y viendo que todavía no me deshacía de la enfermedad, aumenté la dosis desde 15 gotas hasta las tres cuartas partes de una cucharadita de té. Por cinco años tuve esta enfermedad obstinada y arraigada. Continué tomando el Jarabe según sus instrucciones, y hoy tengo el placer de informarles que sus buenos resultados han sido fuera de toda apreciación; puedo digerir el alimento muy bien, he engordado, los malos humores han desaparecido y experimento la satisfacción de una completa cura.

»Apenas puedo explicar esta satisfacción; meras palabras no serían suficientes para expresarla, y todo el dinero del mundo no podría representar su valor. Pues ¿qué es la vida, ni qué valor tiene sin la salud? ¿Qué es el vino sin sabor ni color? ¿Qué es la belleza para el ciego?

»Gracias á Dios, el genio humano ha hecho posible el restablecimiento de algunas de nuestras desgracias.

»El ladrón que robó mi salud ha estado obligado á devolverla, y doy á ustedes permiso para que hagan uso de esta verdadera relación para el bien de otros, esperando que éste sea un medio para salvar á los que sufran como yo he sufrido. Quedo de ustedes, etc. (Firmado):—JUAN CASTELL OREA, Villanueva de Alcardete, provincia de Toledo. Julio 14 de 1894.»

Aceptamos el ofrecimiento del Sr. Orea (por el privilegio de hacer mención de su carta) en el mismo espíritu en que él lo hace. Él tiene en la actualidad cuarenta y seis años de edad, y bajo ciertos conceptos de importancia vuelve á principiar la vida de nuevo. ¡Ojalá que tenga muchos más años felices y prósperos, y que podamos también expresar la esperanza de que todo el que lea esta pequeña relación de su vida, sea joven ó anciano, recuerde lo que con tanta franqueza nos ha manifestado.

Su enfermedad fué indigestión y dispepsia, que no respeta edad ni sexo. Es la maldición del mundo; los demás padecimientos no son sino su horrible progenie, y solamente puede confiarse para curarla en el Jarabe curativo de la Madre Seigel, cuyo remedio nos ayudará á que esta enfermedad no destruya nuestra juventud, y que no sea un peso en nuestra vejez, y así detener al ladrón lejos de nuestras puertas.

Si el lector se dirige á los Sres. A. J. White, Limitado, 155, calle de Caspe, Barcelona, tendrán mucho gusto en enviarle gratuitamente un folleto ilustrado que explica las propiedades de este remedio.

El Jarabe curativo de la Madre Seigel está de venta en todas las farmacias, droguerías y expendedurías de medicinas del mundo. Precio del frasco, 14 reales; frasquito, 8 reales.

MADRID.—Establecimiento tipolitográfico «Sucesores de Rivadeneyra», impresores de la Real Casa.

6 de Marzo de 1896 N.º 9

LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA

Alcala 23 _ Madrid



PERIÓDICO ESPECIAL DE SEÑORAS Y SEÑORITAS, INDISPENSABLE EN TODA CASA DE FAMILIA

Administración: Alcalá, 23 Madrid. | Madrid, 6 de Marzo de 1896. | Año LV.—Núm. 9.

I.—Traje de paseo.

SUMARIO.

REVISTA PARISIENSE.

SUMARIO.

Reminiscencia de la moda.—El tul de seda.—Un consejo acerca de este adorno.—Sombreros de tul.—Golas y collares.—Más sobre las telas de novedad.—Los colores que dominarán.—Sigue la transformación de las mangas.—Verdadera novedad.—A imitación de las rusas.—Varios modelos de vestidos de paseo.—Un sombrero original.—El peinado Luis XV y los sombreros.—Para lo que sirven las montañas.—Niños terribles.

La moda procede rara vez por bruscas mudanzas; casi siempre sus novedades conservan una reminiscencia más ó menos vaga de los modelos favorecidos en una temporada anterior. Así, en la primavera entrante veremos reaparecer, según ya he indicado, el tul de seda vaporoso, que hizo las delicias de las elegantes á fines del verano pasado.

Si mis lectoras son aficionadas al tul, pueden satisfacer este año su afición: la moda les permite el uso y hasta el abuso. Insisto sobre esta materia para que se comprenda bien el papel que está llamado á representar. Por otra parte, no hay nada más lindo ni que acompañe más delicadamente la belleza femenina. La gracia del rostro aumenta con toda la poesía de esa espuma ligera, que se armoniza por exquisita manera con los cabellos, con el color de la tez, y hace resaltar la transparencia de un cutis fino y nacarado.

Evidentemente, esta moda se halla reservada á las señoras jóvenes. Una persona de cierta edad, ó, mejor dicho, de edad incierta, no se permitirá el uso de semejante adorno, á no ser que excepcionalmente haya conservado una tez clara y fresca. Es verdad que hoy, con los innumerables recursos del arsenal femenino, la frescura no es ya el privilegio de la primavera de la mujer. Esto no quita la oportunidad de mis consejos, y repito que el tul blanco no conviene á todo el mundo.

°°°

Se adornan los sombreros con tul blanco. Se hacen de tul collares y golas de suprema elegancia, y de ese aspecto sencillo y ligero que merece la misma apreciación que la santa muselina de nuestras abuelas.

Los sombreros, más bien pequeños que grandes, son de tul negro, y van adornados, como llevo dicho, de tul blanco. A veces, por medio de una mezcla ingeniosa de blanco y negro, se obtiene un efecto de ceniza particular, discreto y muy lindo.



Núm. 1.

Las golas se componen, no de rosáceas, sino de cocas muy altas, muy sencillas, de donde surge la cabeza como un ramo de flores raras de un cucurucho de encaje. Esta comparación, que no es nueva, es, sin embargo, la única que expresa bien el efecto obtenido.

Semejantes accesorios, como collares, golas, guarniciones, volantes, fichús de tul y de encaje, tienden de día en día á ocupar el puesto de las cosas principales. Ya trataré de ellos



Núm. 2.

con mayor espacio. Por hoy, debo ocuparme nuevamente de las telas y precisar más precedentes indicaciones.

°°°

En el género liso dominarán los colores delicados, de una diafanidad de tono que es imposible superar: verde tilo de color de retoño apenas brotado; de ese verde de las hojitas que salen de sus envolturas como pequeños abanicos y que se despliegan á los rayos del sol; color de rosa de un matiz más raro que la flor más bella; un rosa cálido, por decirlo así, de un efecto muy curioso. Estos mismos colores varían imperceptiblemente, pero hasta lo infinito.

Hay también sedas estampadas sobre cadeneta, no ya salpicadas de ramitos ó de guirnaldas delicadas, sino de flores enormes que se destacan con poderoso relieve de contornos



Núm. 3.

y de colores. Se componen con estas telas vestidos sumamente elegantes. Excuso añadir que no se emplearán jamás para vestidos de calle, y que se reservarán para circunstancias ceremoniosas de la vida elegante.

°°°

Respecto á las formas en general, poco tengo que añadir á lo dicho en mis últimas revistas. No hay nada aún bien acentuado. Tendencia á guarnecer las faldas algo más que este invierno. La parte inferior sigue siendo muy sobria. Se verán algunas franjas de terciopelo, matiz sobre matiz, del claro al obscuro, como verde mirto sobre verde tila, ofélica sobre malva, azul de Francia sobre azul pálido. Empiezan también á llevarse delantales de encaje ó de tul plegado—para trajes de ceremonia,—y puntas de encaje que cubren el delantero de la falda.

Las mangas se transforman, según ya lo he indicado; pero lo más importante es que la combinación actual permite sacar partido de los «globos» de antaño. Hay que advertir, por otra parte, que los globos y las mangas anchas, cualesquiera que sean, se llevarán como toda la temporada de verano, pero notablemente disminuidas. Volviendo á lo que decía sobre la nueva manga, ésta se saca fácilmente de la manga antigua; el vuelo, recogido en lo alto, se pliega, se arruga de modo que forme una especie de lazo voluminoso que cae á cada lado del hombro. No es necesario cortar la tela; unas cuantas puntadas bastan para realizar la metamorfosis.

Una verdadera novedad es la manga larga del cuerpo escotado, lo cual compone trajes muy originales de *soirée*, de convite y de teatro.

Esta innovación, si se aclimata, nos conducirá, según algunos, á las modas de la alta sociedad rusa, que se presenta siempre y por doquiera en cuerpo escotado, cubierto para salir con un gracioso abrigo, el cual va disimulado á su vez, en invierno, bajo la amplia pelliza de pieles. Así recibiríamos en medio del día con los hombros desnudos y los brazos cubiertos hasta la muñeca. Todo es habituarse á estos usos tan extraños á nuestras costumbres, y en el fondo la francesa, y sobre todo la parisiense, adora el cambio y la fantasía.

Una manga muy linda para traje de baile es el globo abierto debajo del brazo, el cual queda desnudo.

°°°

Damos hoy varios croquis de trajes de paseo, pues hé aquí cercano el tiempo de los paseos primaverales.

El primero (croquis núm. 1) representa un traje muy juvenil y de una coquetería sencilla y de muy buen gusto. Es



Núm. 4.

de paño amazona color de laca sonrosada, y va guarnecido en el borde inferior con tres hileras de pespuntes. Unos tirantes de paño blanco van pegados al cinturón con botones de azabache. Una chorrera de encaje crema forma el delantero. A cada lado, bellotas negras y *brandeburgos*. El cuello, muy alto, va cortado de una pieza con las diferentes partes



Núm. 5.

del cuerpo.—Sombrero adornado con rosas negras y rosas moradas, coronadas de una *aigrette* blanca.

El croquis núm. 2 corresponde á un traje estilo de sastre, hecho de paño amazona *beige*. Cuerpo-chaqueta con solapas anchas de paño blanco. Un simple pespunte y unos botones gruesos de plata antigua constituyen los adornos. La cha-



10.—Delantero del abrigo para niñas de 2 á 3 años. *Véase el dibujo 9.*

11.—Delantero del vestido para niñas de 2 á 3 años. *Véase el dibujo 5.*

12.—Delantero del vestido para niñas de 11 á 12 años. *Véase el dibujo 4.*

13.—Camisolín.

2.—Cuerpo de vestido para niñas de 7 á 8 años. *Explic. y pat., núm. VII, figs. 43 á 49 de la Hoja-Suplemento.*

3.—Capota para niñas de 1 á 2 años. *Explic. y pat., núm. VIII, figs. 50 y 51 de la Hoja-Suplemento.*

4.—Vestido para niñas de 11 á 12 años. Espalda. *Véase el dibujo 12.*

5.—Vestido para niñas de 2 á 3 años. Espalda. VÉASE EL DIBUJO 11. *Explic. y pat., núm. VI, figs. 37 á 42 de la Hoja-Suplemento.*

6.—Traje para niños de 11 á 12 años.

7.—Abrigo para niños de 3 á 4 años. *Explic. y pat., núm. V, figs. 32 á 36 de la Hoja-Suplemento.*

8.—Vestido para señoritas.

9.—Abrigo para niñas de 2 á 3 años. Espalda. *Véase el dibujo 10.*

14.—Cuello y alzacuello.

queta se abre sobre un chaleco de tafetán marrón claro. El cuello imita la forma de los cuellos Médicis, y se dobla naturalmente. Carteras de paño blanco en las mangas.—Sombrero de paja *mordorée*, adornado con rosas color de rubí y cintas de un verde esmeralda.

El vestido que reproduce nuestro croquis núm. 3 se compone de una falda de raso negro y un paletó de seda, glaseada y estampada, rosa sobre negro, forrado de seda blanca. Unas solapas anchas de raso blanco van rodeadas de un bordado fino de seda negra, que se repite en el borde inferior de la falda, y de un volante de muselina de seda negra. Cuello alto, guarnecido de un rizado grueso de muselina de seda. Las mangas estrechas, de raso negro, salen de un globo de seda estampada.—Sombrero negro en forma de *toque*, adornado con muselina de seda negra, con ramos de gardenias color de rosa, una pluma negra y un lazo muy alto.

El traje que sigue (croquis núm. 4) es de paño color masilla. Falda lisa. Cuerpo con aldetas de tafetán rayado negro y blanco. Las aldetas no ondulan sino en las caderas, y van ribeteadas de un cordoncillo de azabache. El cuello, de paño masilla, es de una forma original: sigue los contornos de la sisa, desciende en punta por la espalda hasta la cintura, y forma por delante un alzacuello recortado caprichosamente y plegado. Unos lazos de tul blanco coronan el alzacuello. Un volante de muselina se escapa de la manga, que es un poco hendida. Cinturón de terciopelo verde. El cuerpo se abre ligeramente sobre un peto de terciopelo del mismo color.—Sombrero de paja verde, cuya copa va mezclada de verde y negro. Adornos de tul blanco, rosas matizadas del blanco al amarillo y plumas negras.

Por último, el núm. 5 representa un sombrero formado de cuatro dientes ó puntas muy anchas y una copa semialta. Este casco, fácil de hacer, va enteramente cubierto de muselina de seda negra con pliegues muy finos. Una pluma alta negra, unida á una pluma amazona blanca, surge de una guirnalda de rosas encarnadas matizadas. Tres enormes cabochones de azabache y *stras* completan los adornos de este sombrero.

El peinado Luis XV, más levantado que nunca, exige sombreros muy pequeños, muy levantados por detrás, y que se hacen generalmente de tul de color y se adornan con flores y *aigrettes*. El efecto que producen los tules de colores mezclados es de los más felices.

***

Una señora, joven y linda, acaba de regresar de un viaje al Mediodía de Francia.

—Y bien—le pregunta una de sus amigas:—¿qué te han parecido los Pirineos?

—A decir verdad—respondió la recién venida,—no he podido formarme una idea bien exacta.

—¿Y por qué?

—Porque hay tantas montañas, que no permiten ver nada.

Los niños terribles.

Una dama en visita, dirigiéndose al niño de la casa:

—¿A qué hora se come en tu casa, hijo mío?

—Mamá ha dicho que comeremos en seguida que usted se vaya.

V. DE CASTELFIDO.

París, 3 de Marzo de 1896.

EXPLICACIÓN DE LOS GRABADOS.

Traje de paseo.—Núm. 1.

Se compone este traje de una falda de lana gris azulado y una chaqueta Luis XV con aldetas encañonadas de paño azul de Francia, incrustado de encaje blanco. Solapas anchas de faya blanca, y correas de la misma faya para abrochar la chaqueta, la cual se abre sobre un chaleco de paño liso. Unos botones artísticos de tamaño graduado fijan las correas. El borde inferior de la aldeta va ribeteado de encaje. Corbata de muselina de seda blanca, terminada en un encaje blanco y sujeta en el escote con una hebilla de *stras*. La chaqueta se compone de espalda, laditos y delanteros con pinzas. Manga al sesgo, ajustada por abajo y terminada en un volante de encaje. La parte superior, ahuecada, va adornada con incrustaciones de encaje.—Sombrero Luis XVI, de fieltro negro, guarnecido en los lados de plumas negras. El centro va atravesado por una pluma blanca, prendida por delante con una hebilla de *stras*.

Tela necesaria: 4 metros 50 centímetros de lana, de un metro 20 centímetros de ancho; 3 metros 50 centímetros de paño; 50 centímetros de faya, y un metro de muselina de seda, de un metro 20 centímetros de ancho.

Cuerpo de vestido para niñas de 7 á 8 años.—Núm. 2.

Para la explicación y patrones, véase el núm. VII, figuras 43 á 49 de la *Hoja-Suplemento*.

Capota para niñas de 1 á 2 años.—Núm. 3.

Para la explicación y patrones, véase el núm. VIII, figuras 50 y 51 de la *Hoja-Suplemento*.

Vestido para niñas de 11 á 12 años.—Núms. 4 y 12.

Este vestido es de lana verde obscuro. Se pone sobre el cuerpo un cuello de lana verde claro, que forma dientes, el cual va adornado, así como el cuello recto de la misma tela, con un bordado hecho de cuentas de azabache y lentejuelas; bordado igual en los volantes de los bullones de las mangas. Se une el cuerpo á una falda ancha, cuyo borde superior va cubierto de una cinta de raso verde obscuro, de 6 centímetros de ancho, formando unas rosáceas por delante en el lado izquierdo y por detrás.

Vestido para niñas de 2 á 3 años.—Núms. 5 y 11.

Para la explicación y patrones, véase el núm. VI, figuras 37 á 42 de la *Hoja-Suplemento*.

Traje para niños de 11 á 12 años.—Núm. 6.

Este traje es de paño azul obscuro, y se compone de un pantalón con cuerpo de debajo y una blusa; se le completa con un cuello ancho á la marinera hecho de lana blanca, y adornado con una trencilla de seda azul. Corbata de seda azul. La abertura de la blusa va cubierta de un peto de lana blanca. Las mangas, plegadas, forman unos puños.

Abrigo para niños de 3 á 4 años.—Núm. 7.

Para la explicación y patrones, véase el núm. V, figs. 32 á 36 de la *Hoja-Suplemento*.

Vestido para señoritas.—Núm. 8.

Este vestido es de lana tornasolada azul, verde y negra. El delantero de la blusa y las mangas van dispuestos en pliegues de un centímetro de ancho; la blusa va fruncida por detrás en el borde inferior. El pliegue de delante, el cuello recto y las carteras de mangas son de moaré crema; se ponen sobre las solapas unas tiras de lana. El cinturón se compone de una cinta de moaré azul obscuro, de 5 centímetros de ancho, pasada dos veces alrededor de la cintura, y dispuesta en el lado izquierdo en un lazo, cuyas caídas largas caen sobre la falda ancha.

Abrigo para niñas de 2 á 3 años.—Núms. 9 y 10.

Es de lana color gamuza obscuro, con revés de cuadros de gamuza obscuro y masilla. Se le cierra por delante con botones gruesos. La capucha, que deja ver la parte de cuadros de la tela, va guarnecida en el borde exterior con una tira marrón pespunteada, de 3 centímetros de ancho. Se la dispone en plieguecitos en los hombros. Las mangas, anchas, van pespunteadas en el borde inferior.

Camisolín.—Núm. 13.

Este camisolín se compone de un paño de seda azul pálido de 45 centímetros de alto y 64 centímetros de ancho, recortado para el escote á 5 centímetros de distancia del borde de costado, y fruncido varias veces de modo que quede en 6 centímetros de ancho; quedan en el centro 7 centímetros de tela puesta de plano. El paño va fruncido en el borde inferior. Se corta una tira de seda de 37 centímetros de largo y 7 centímetros de ancho; se la cubre con un galón calado blanco bordado, de $\frac{3}{4}$ de centímetro de ancho; se la ribetea de un encaje amarillento de Valenciennes y se la cose sobre el camisolín. La tira termina en el borde superior bajo un cuello recto de seda, de 6 centímetros de alto, cerrado por detrás con un lazo. Sobre el cuello caen seis tiras, que tienen cada una 4 centímetros de largo y $3\frac{1}{2}$ de ancho; estas tiras van hechas de galones calados y rodeados de encaje de Valenciennes de $1\frac{1}{2}$ de centímetro de ancho.

Cuello y alzacuello.—Núm. 14.

El cuello recto es de moaré color de maíz, y va cubierto de pedazos cuadrados de muselina de seda plegada, rodeados de encaje amarillento de Valenciennes. Se añaden por delante, en el borde inferior del cuello, unos lazos largos iguales, cuyo borde superior va cubierto de un lazo de cinta de moaré color de maíz. Unas cintas de moaré caen en los lados de la chorrera.

Abrigo para niñas de 6 años.—Núms. 15 y 16.

Se hace este abrigo de paño de verano gris azul. Se compone de espalda de una pieza, con pliegues sujetos en la cintura y delanteros con pliegues gruesos abiertos sobre un chaleco largo que forma un pliegue redondo en medio. Cuello vuelto de terciopelo negro sobre un bordo de paño. Cuello en pie, con puntas de terciopelo. Manga recta, terminada en puño de paño.

Tela necesaria: 2 metros 50 centímetros de paño, y 40 centímetros de terciopelo.

Manga Antonieta.—Núm. 17.

Se compone de un globo largo de piel de seda, adornado con bordados de azabache y acero. Puño corto y abierto, coronado de un bullón de la misma tela.

Tela necesaria: 3 metros 50 centímetros de piel de seda.

Traje para madre de desposada.—Núms. 18 y 19.

Este traje es de seda verde obscuro, y va adornado en el lado de la falda con un bordado de seda verde y cuentas irisadas. Un bordado igual va repetido en las solapas anchas del cuerpo, en el cuello y en las carteras de las mangas. Se pone sobre los delanteros, adornados con botones gruesos, un peto de seda plegada completado con una chorrera de encaje crema. Los lados y la espalda van hechos con aldeta ondulada y puntiaguda. Las mangas van guarnecidas de volantes de encaje, y el interior del cuello adornado con encaje.

Traje de desposada.—Núms. 20 y 21.

Para la explicación y patrones, véase el núm. I, figs. 1 á 7 de la *Hoja-Suplemento*.

Traje de visita.—Núms. 22 y 25.

Vestido de pekín glaseado, listado de verde tornasolado, azul y negro. El cuerpo es de terciopelo verde liso, con solapas de lo mismo y botones de *stras*. Canesú de encaje blanco, con delantero de pekín. Aldetas dobles de pekín y terciopelo.—Falda guarnecida de un volante alto, con cabeza rizada y borde de plumas.—Sombrero de terciopelo negro, con ala de cinta negra afelpada, cubierta de encaje blanco. Fondo, en forma de birrete, de terciopelo liso negro. La parte de debajo del ala es de terciopelo verde. Rosácea del mismo terciopelo por delante y hebilla de *stras*. Lazo de terciopelo verde y encaje sobre el rodete. A cada lado una pluma negra va echada sobre el ala.

Traje de ceremonia para señoras jóvenes.—Núm. 23.

Se compone este traje de una falda de terciopelo negro, con *godets* incrustados de guipur antiguo, y un cuerpo-chaqueta de piel de seda azul, de rayas, terminado en una aldetita ondulada. Este cuerpo se compone de espalda, laditos de espalda y de delante, y delanteros con pinzas, abiertos sobre un chaleco de faya, color amarillo, cerrado en medio, ajustado con pinzas y guarnecido con un alzacuello de encaje remetido en la chaqueta. Cuello plegado de muselina blanca, del cual sale el alzacuello, y cuello muy alto, recortado y ribeteado de encaje estrecho. Manga cortada al sesgo con puño de encaje.

Tela necesaria: 13 metros de terciopelo; un metro 25 centímetros de faya, y 5 metros de piel de seda.

Vestido de recibir para señora mayor.—Núm. 24.

Para la explicación y patrones, véase el núm. II, figs. 8 á 14 de la *Hoja-Suplemento*.

Traje estilo de sastre.—Núms. 26 y 27.

Para la explicación y patrones, véase el núm. III, figs. 15 á 24 de la *Hoja-Suplemento*.

Capota de visita.—Núm. 28.

El casco de esta capota va hecho de gasa de seda negra y alambre. Se pone un fondo pequeño de azabache, ligeramente levantado por delante, y se adorna la parte de delante con una rosácea de gasa de seda negra plegada. A cada lado se ponen tres rosas de su color. El ramo de la derecha no lleva hojas, y el de la izquierda, por el contrario, va acompañado de su follaje. *Aigrette* de pluma negra. Los adornos terminan por detrás, por los dos lados, en una guarnición de gasa plegada dispuesta en lazo.

Blusa de pintora.—Núms. 29 y 30.

Para la explicación y patrones, véase el núm. IV, figuras 25 á 31 de la *Hoja-Suplemento*.

CRÓNICA DE MADRID.

SUMARIO.

El fin del Carnaval y el principio de la Cuaresma.—Sus reuniones.—En los templos y en los teatros.—Lo pretérito y lo presente.—Tertulias y tresillos.—Banquetes.—El palacio de los Duques de Denia.—Muchas bodas..... en perspectiva.—LOS TEATROS.—En el REAL, el tenor Ibos en *Lucia di Lammermoor*.—*Crispino* y *Pagliacci*.—En la COMEDIA, *El hombre de mundo*.—Una obra de Ibsen.—Los pequeños teatros.—Frégoli.

El Carnaval concluyó como había empezado: frío y triste entre la alta sociedad.

El martes sólo hubo una pequeña, aunque agradable reunión, en casa del Marqués de la Vega de Armijo, repitiéndose el domingo de Piñata con igual carácter y atractivos.

En la última de las dos las jóvenes se presentaron con el pelo empolvado, acreciendo de este modo su efecto.

Inútil es decir que se bailó, según dice cierta comedia, «con desesperación»; porque Dios sabe hasta cuándo no volverá á juntarse el gran mundo en algún sarao.

La muerte del Marqués de la Puente y Sotomayor cierra por largo espacio de tiempo tres salones: el suyo—éste quizás para siempre—y los de las hijas del difunto: la Condesa de Casa-Valencia y la señora de Cánovas del Castillo.

Las fiestas primaverales de la *Huerta*, tan brillantes, tan pintorescas, tan amenas, no volverán á repetirse en algunos años; y lo mismo sucederá en la morada de nuestro representante cerca de la reina Victoria de Inglaterra.

La Cuaresma va á ser, pues, más adusta que nunca, y habremos de contentarnos con las representaciones teatrales del Real, del Español y de la Comedia.

***

Restan igualmente poquísimos *five o'clock*: únicamente continúan los suyos la señora de Figuera y la Marquesa viuda de Valdeiglesias, quienes siguen recibiendo á sus amigos los martes y los sábados de cada semana.

Pero en esta época de ayunos en ninguna parte se sirve el té, y todo se reduce á conversaciones ligeras y festivas, en las que transcurren un par de horas, no reinando en tales asambleas el movimiento que produce el ir y venir desde los salones al comedor.

***

En cambio la capilla del Sagrado Corazón de Jesús, en la calle del Caballero de Gracia, se ha visto llena los últimos días, por mañana y tarde, de damas conocidas é ilustres.

Los ejercicios piadosos se verifican allí con gran solemnidad, habiendo misa y sermón, primero, y al anochecer otra plática y el santo rosario.

Como de costumbre, gran número de curiosos, no pudiendo penetrar en el recinto sagrado, se estacionan en la calle para ver á las que acuden al pequeño templo á cumplir sus deberes religiosos.

En muchos palcos del Regio coliseo se nota la ausencia de bellas abonadas, por privarse de todo género de placeres y distracciones muchas de las que asisten á semejantes cultos.

***

No se habla de ningún concierto, de ninguna comedia de aficionados en las mansiones aristocráticas.

Otras veces, éstas eran las diversiones acostumbradas durante la Cuaresma: en la actual, según parece, no habrá ni siquiera esto.

Pacíficos tresillos en los hoteles de la Condesa de Heredia-Spínola, de los Condes de Pinohermoso y de Vilana, hé ahí

cuanto pueden prometerse las personas formales: en cuanto á la gente joven, habrá de contentarse con oir á la Tetrazzini y á la Pacini, á Ibos y Uetam en la sala de la plaza de Oriente: con citarse los lunes en el antiguo Corral de la Pacheca, cada vez más concurrido en tales noches.

°°°

Los grandes banquetes no abundan tampoco como en otras Cuaresmas: los diplomáticos extranjeros no han dado todavía ninguno, y los únicos que se verifican todos los viernes son en casa de los Marqueses de Cubas y de Fontalba, con asistencia de damas hermosas, de hombres políticos y de literatos.

La Condesa de Heredia-Spínola, los Barones del Castillo de Chirel y otras familias distinguidas sientan también á su mesa casi diariamente cierto número de sus relaciones íntimas; pero son comidas de confianza, más agradables sin duda que los festines de etiqueta.

Tal es el cuadro que ofrece la *high life* madrileña en las presentes circunstancias, y no es de creer que varíe mucho cuando transcurran los días actuales.

La guerra de Cuba y otros sucesos de todos conocidos han esparcido una nube de tristeza sobre nosotros, y nadie se libra de su influjo ni de sus consecuencias.

La Duquesa de Denia continúa en Niza, y la falta de aquel hospitalario salón se deja sentir mucho entre las relaciones de la ilustre y hermosa dama.

Sin embargo, á mediados del mes próximo se hallará de vuelta entre nosotros; y hacia la misma época regresará también de Italia, donde ha pasado el invierno, la Duquesa viuda de Bailén, otra señora que con sus banquetes semanales y con sus magníficos saraos contribuye poderosamente á la vida, á la animación de la sociedad.

°°°

Ha vuelto de su excursión á Andalucía el Marqués de Linares, proponiéndose su amable consorte celebrar las dos fiestas onomásticas—San Raimundo y San José—con dos espléndidas recepciones.

La primera se realizará, según costumbre de siempre, en el piso principal del palacio, y la segunda en el bajo; pero puede asegurarse que entrambas serán igualmente deliciosas, y que á ellas asistirá casi todo el gran mundo cortesano.

°°°

La misma tarde del 19 se celebrará el matrimonio de la señorita D.ª María del Pilar Martínez Campos con el primogénito del Marqués de Cayo de Rey.

La ceremonia tendrá efecto en familia, y poco después saldrá el ilustre militar para Alemania con su hija mayor, á consultar los médicos de allá sobre la penosa enfermedad que la angelical joven padece há mucho tiempo.

Varias bodas más parecen concertadas: una entre la señorita de Girón, sobrina de los Duques de Ahumada, con el Sr. Santos Suárez, primogénito de los Marqueses de Monteagudo: otra, entre la bella señorita de Llorens y el señor Avial: y algunas más, que no anuncio por no constarme su completa autenticidad.

En fin, el domingo 1.° de Marzo han recibido la bendición nupcial la bella hija menor del Conde de Balazote, Marqués de Fontanar, y el Sr. D. Juan O'Dónnell y Vargas, primogénito de los Duques de Tetuán.

La ceremonia religiosa se ha celebrado, sin pompa alguna, en la iglesia parroquial de San Jerónimo: abandonando en seguida los nuevos esposos el recinto sagrado.

°°°

Corto trecho me queda para tratar de las novedades teatrales.

Pero éstas no han sido muchas, ni de grande importancia.

La principal de todas fué la representación de una viejísima ópera, *Lucia di Lammermoor*, cantada admirablemente en la sala de la Plaza de Oriente por la Pacini y el nuevo tenor Ibos.

Todos saben cómo la joven *diva* interpreta el papel de la desposada de Lammemoor, y es casi ocioso decir que en esta ocasión se ha mostrado superior á sí misma, cantando toda su parte de manera maravillosa, y alcanzando uno de los triunfos á que se halla tan acostumbrada.

Pero la sorpresa para el público fué encontrar en un tenor francés, poco familiarizado con la música italiana, un Edgardo excelente, perfecto, así por la manera de caracterizar al personaje, como por la de decir el dúo de amor del acto primero, el gran concertante del segundo, y, por último, el aria final, escollo de los artistas adocenados.

Tres noches se ha puesto en escena la obra de Donizetti en el Regio coliseo, y las tres han obtenido los dos amantes creados por la imaginación de Walter Scott ovaciones unánimes y prolongadas.

Ibos es uno de los mejores artistas de la época presente, y ¡cosa rara! lo mismo ejecuta la música de Wagner que la de Donizetti; brillando igualmente en dos géneros tan distintos, ó mejor tan opuestos.

°°°

Después de *Lucia*, *Crispino e la Comare* é *I Pagliacci* han logrado igualmente buena acogida.

En el primero de los dos *spartitos* ha merecido nuestra compatriota la señorita Escalona igual éxito que en *Il Barbiere*, secundándola Baldelli con su gracia y su *savoir faire* acostumbrado: en el segundo, la Tetrazzini ha demostrado de nuevo lo que sabe y lo que vale, compitiendo con ella en talento y habilidad el tenor Mariacher.

Sin embargo, no es esta ópera de las que se eternizarán entre nosotros, no obteniendo tan larga vida como *Crispino e la Comare*.

Fuera injusto no decir que Menotti contribuyó eficaz y poderosamente al efecto de la representación, mostrándose, cual de costumbre, cantante distinguido y actor inteligente.

°°°

Continúa en el teatro Español su marcha gloriosa *María del Carmen*, obteniendo cada noche ovaciones su autor, el Sr. Feliú y Codina.

No son menos brillantes que hasta aquí los lunes y los viernes en el antiguo Corral de la Pacheca; y á pesar de que en las noches de los primeros da igualmente función el Real, la concurrencia es siempre grande y aristocrática.

El Sr. Medrano se presentó el lunes anterior ante aquel auditorio escogido é inteligente, y fué aplaudido como si fuese domingo ó cualquier otra noche de la semana.

El *sportman* tan conocido en los círculos elegantes se ha transformado en verdadero actor, obteniendo ventajoso ajuste en la compañía de la señora Guerrero de Mendoza, á la cual prestará utilísimos servicios.

°°°

También en la Comedia se ha representado la famosísima de Ventura de la Vega, y también allí ha alcanzado excelente desempeño y palmadas abundantes.

María Tubau y Vallés fueron sus mejores intérpretes: siendo digno de mención especial un joven—el Sr. Ponzano—que caracterizó con propiedad y gracia notables al *pollo* Antoñito.

En la misma escena se prepara una obra de Ibsen, traducida y arreglada por el Sr. Villegas *(Zeda)*, que llamará sin duda la atención, por ser la primera obra del famoso autor noruego que se da á conocer al público madrileño.

Debe considerarse, pues, como un verdadero acontecimiento dramático por la historia y los antecedentes del esclarecido autor.

°°°

Los «pequeños teatros», Lara, la Zarzuela, Apolo, continúan su feliz existencia, merced á piececillas ligeras y festivas, con las que el público se muestra casi siempre benévolo é indulgente.

Frégoli lleva siempre extraordinaria concurrencia á la calle de Alcalá, habiendo celebrado nuevo ajuste con los directores del mismo.

El prodigioso artista (?) es el ídolo de la multitud, siendo cada noche objeto de admiración por su vivacidad y ligereza; por el modo como realiza sus incomparables transformaciones.

No falta quien le compare con los políticos al uso, hallando semejanza y analogías entre él y personajes muy importantes.

EL MARQUÉS DE VALLE-ALEGRE.

2 de Marzo de 1896.

CONVERSACIÓN.

Era una hermosa mañana de otoño, templada como de agradable primavera; el campo, cubierto de musgo verde y brillante por recientes lluvias, convidaba á disfrutar de él, y, sin embargo, la extensa alameda de olmos y acacias estaba desierta. Aunque bien hallada en aquella soledad, preguntábame el motivo de haber tan pocas personas de mi opinión respecto á la conveniencia de los paseos matinales, cuando vi dos señoras que adelantaban viniendo cada cual por un extremo opuesto, llegando á encontrarse precisamente delante del banco de piedra donde hacía buen rato que yo descansaba. La frondosa vegetación que alrededor de él crecía formaba como una cortina de verdor que las impedía verme; en cambio yo las distinguía perfectamente, y escuché, sin perder palabra, la conversación que se entabló entre ellas.

—Es la primera vez que nos reunimos, señora—dijo una;—pero siempre he oído asegurar que hay entre nosotras grandísimo parecido.

—Cuando lo afirman debe ser verdad—repuso la otra sonriendo.

—Sin embargo, nada es más fácil de equivocar que la opinión pública, y por lo mismo tendría gran placer en que de una manera indudable se probaran las analogías que existen entre nosotras; porque..... perdonadme que lo diga....., si tales analogías existieran, seríamos una y no dos, y ni á mí me llamarían *Dignidad*, ni á vos darían el nombre de *Vanidad*.

—Designaciones tan sutiles nada prueban; en cuanto á mí, puedo afirmar que, cuanto más os miro, más me convenzo del extraordinario parecido que tenemos.

—Siento que no me sea posible decir otro tanto; pues, cuanto más os estudio, más segura estoy de que sólo observadores superficiales pueden confundirnos.

—¿A quién elegiríamos para juzgar nuestro debate?

—A nadie; ¿queréis que lo juzguemos nosotras mismas?

—¿De qué manera?

—Definiéndonos una y otra.

—Sea—dijo la Vanidad, con una sonrisa que me pareció algo cautelosa; y sin duda esta impresión tuvo su interlocutora, porque respondió con viveza:

—Pero con una condición, y es que hemos de hablar sinceramente: por mi parte no tengo necesidad de asegurarlo, porque mi nombre es una garantía de la aversión que me inspiran el disimulo, la hipocresía ó la falsedad en los asuntos que trato. Mas..... no sé cómo indicaros, sin faltar á la política que tengo costumbre de usar siempre.....

—Difícil debe ser explicar lo que deseáis.

—Muy difícil, y, sin embargo, precisa abordar claramente la cuestión. ¿Seréis tan sincera como yo?

La Vanidad miró alrededor suyo; nada turbaba el silencio y soledad de la alameda.

—Pues bien, sí—dijo con súbita resolución:—estamos solas, y por lo mismo consiento en decir la verdad, y hasta la verdad tan clara como jamás ha salido de labios de mujer; para ello voy á empezar por quitarme la careta, que en ocasiones pesa como si fuera de hierro.

Y con un brusco ademán se pasó las manos por el rostro, como si efectivamente quisiera arrancarse una máscara que la sofocara. La transformación que sufrió fué tal, que no pude menos de estremecerme. Cuando poco antes apareció ante mí, mostraba un aire grave, alta la frente, medio cerrados los ojos y en su boca una sonrisa protectora, formando todo el conjunto como la caricatura de una persona que quisiera imponerse á las demás: ahora sus facciones sólo tenían una expresión baja, vulgar y violenta, que, preciso es confesarlo, correspondía perfectamente á los sentimientos que parecían animarla.

La Dignidad la contemplaba pensativa.

—Y bien—dijo vivamente la Vanidad,—¿no habláis?

—Espero que lo hagáis vos para indicaros los puntos en que nos diferenciamos. ¿Cuál es vuestra principal aspiración, vuestro deseo más ardiente, en una palabra, vuestro ideal?

—¿Mi ideal? No os comprendo.

—Para que comprendáis me precisa hablaros en vuestro lenguaje: ¿qué anheláis en el mundo?

—Brillar, dominar, deslumbrar.....: aplastar á mis semejantes; verlos siempre contra la tierra, y manifestarme generosa sólo no hollándolos con mis pies; cruzar el mundo entre dos filas de frentes inclinadas ante mi grandeza y superioridad; hacer confesar á todos, en cualquier circunstancia, que el destino y la naturaleza me han dotado de cuantos privilegios ha negado á las demás criaturas.

—Ved ahí lo que basta para establecer las diferencias que entre nosotras existen: yo no quiero brillar humillando á mi prójimo; porque si bien es verdad que no considero á nadie superior á mí, tampoco lo creo inferior. La pretensión de *dominar* me parece una de esas extravagancias que sólo pueden germinar en cerebros poco ilustrados..... En cuanto á *deslumbrar*, también lo gradúo de niñería, pues no se puede tener semejante pretensión sino respecto á los tontos, y habréis de convenir conmigo en que no merece tomarse con estos seres ni el trabajo de intentarlo. Lo de *aplastar* es, sin embargo, lo que peor efecto me hace, pues hasta la idea resulta repulsiva. Perdonadme si mi opinión no está conforme con la vuestra; pero abusar de ese modo de las personas sería herir su *dignidad*, y yo hago las dignidades de todos solidarias de la mía. Tampoco apruebo lo de caminar por el mundo entre dos filas de frentes inclinadas: por mi parte no hallaría en ello placer alguno; antes me causaría grave mortificación pensar si los seres que dependieran de mí, fuesen amigos, familia ó sirvientes, me despreciarían lo bastante para creer que su bajeza fuera para mí la prueba principal de una superioridad casi siempre falsa.

—¿Cómo falsa?

—Porque nunca..... nunca....., oídme bien, podemos tener el convencimiento de nuestra superioridad. Para que exista realmente, la primera condición es que la ignore el que la posee. Cuando no es así, cuando manifestamos que nos apercibimos de ella, se desvanece y deja en su lugar una *superioridad* de cartón pintado, vestida de oropeles, y haciendo muecas para ensayar modales imponentes, que no engañan á nadie y dan lugar para que todos se burlen.

—Lo que decís son argucias de las cuales no debo hacer caso; quiero ser admirada; quiero que me tengan envidia.....

—¿Sois envidiosa?

—Lo ignoro; sólo sé que la estimación, atenciones ó distinción que se manifiestan á otros me hieren como agravios. Paréceme un robo que me hacen, un perjuicio que me causan, y cuando trato de impedirlo ó repararlo uso de un derecho que juzgo indiscutible. Yo merezco antes que nadie obsequios y consideraciones.

—¿Y amistad?.....

—No existe; es una palabra nada más; procuro, sin embargo, tener gran número de amigos, porque unos me sirven, y yo me sirvo de otros para ensalzar mis glorias. Las amistades, particularmente antiguas, son diplomas que honran al individuo.

—Me parece que vuestro propósito de ser sincera os lleva demasiado lejos. ¿Es posible que no tengáis amigos á quienes améis tiernamente?

—No; pero afirmo amarlos, y en realidad es como si los amara.

—¿Es posible tal indiferencia? ¿No sentís sus pesares, ni procuráis remediar los males que los abruman?

—¿Yo? ¡Ni por pienso! Y, sin embargo, en ocasiones alardeo de abnegación; pero ha de haber testigos que á voz en cuello publiquen mis *nobles* y generosos sentimientos.

—Y con los que os prestan ayuda en vuestras empresas, os manifiestan simpatías y se esmeran en complaceros, ¿no hacéis alguna excepción y os consideráis por lo mismo obligada á corresponder al menos con una gratitud sincera?

—No, y os daré las razones que tengo para ello: si me han demostrado simpatía, es porque veían la superioridad de mis cualidades y se honraban con mostrarse á mi lado; si en ocasiones han prestado favor en mis empresas y procurado complacerme cuando deseaba algo, como lo hacían movidos por el impulso que dicha simpatía les inspiraba, claro está que bastante paga reciben con la satisfacción que esto les proporciona.

—¿De modo que esquiváis hasta la gratitud?

—Siempre me ha parecido tal sentimiento un poco humillante: así, no extrañaréis que trate de evitarlo; esto no impide que lo manifieste con grandes extremos cuando puede valerme algo..... pero aun así la gratitud me hiere y la aborrezco, porque crea derechos al favorecedor sobre el favorecido.

—No creo que la gratitud pueda ser penosa sino cuando se exigen complacencias serviles en cambio de los beneficios prestados..... Pero si el que hizo el bien lo olvida ó procura disimular su importancia, ¿nada merece?

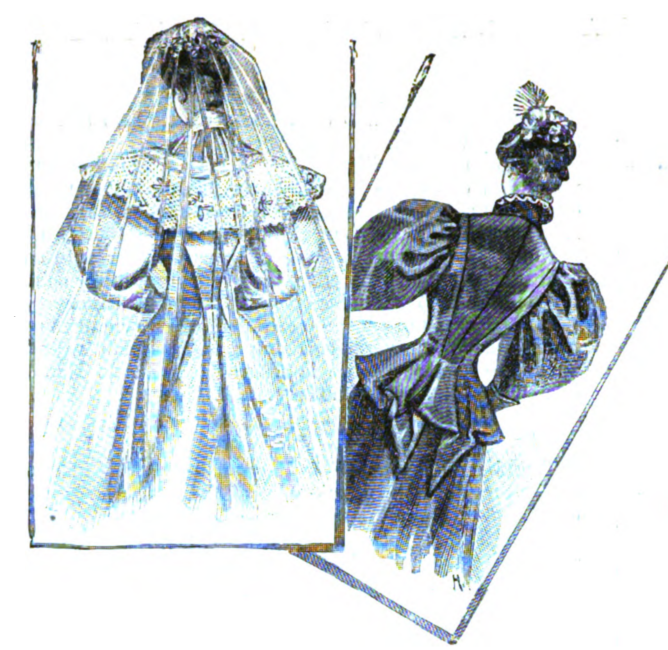
—Para mí absolutamente nada.

—Pero al menos permitidme creer que no os son indiferentes los que os favorecen ú os aman.

—¿Indiferentes? No por cierto; decid más bien que me son antipáticos y odiosos. ¿Olvidáis que el recuerdo de los favores recibidos es una humillación para mí? Por esa cir-



15 y 16.—Abrigo para niñas de 6 años. Delantero y espalda.



21.—Espalda del traje de desposada. *Véase el dibujo 20.*

19.—Espalda del traje para madre de desposada. *Véase el dibujo 18.*



17.—Manga Antonieta.

18.—Traje para madre de desposada. Delantero. *Véase el dibujo 19.*

20.—Traje de desposada. Delantero. VÉASE EL DIBUJO 21. *Explic. y pat., núm. I, figs. 1 á 7 de la Hoja-Suplemento.*



22.—Traje de visita. Delantero. *Véase el dibujo 25.*

cunstancia, cuando acontece un percance á los apreciables sujetos á quienes debo algo, en vez de afligirme por ello me encanta, y si el percance resulta desgracia, aunque pague mi deuda á la sociedad lamentando en altas voces los males que los agobian, en mi interior me complacen lo que no es decible. En fin, ¿qué añadiré? Jamás pierdo ocasión de ridiculizar á mis bienhechores, y me porto de modo que sus caracteres, costumbres, sentimientos y aspiraciones aparezcan siempre bajo un aspecto desfavorable.

—Adivinaba lo que decís; pero respondedme á la postrera pregunta: vos, que aspiráis á *reinar*, á *dominar*, á no bajaros nunca del pedestal donde queréis estar elevada, ¿sois altiva en toda circunstancia y con todo el mundo?

La Vanidad sonrió.

—No lo soy—respondió con un mohín despreciativo;—constituiría una necedad mayúscula, y la comprendo harto bien para cometerla: sufro cuantas humillaciones pueden sufrirse cuando se trata de aquellos que, según mi opinión, están en el caso de prestarme un poco del brillo y esplendor que, aunque ficticio, les rodea. Tengo para ellos tesoros de indulgencia, y mi paciencia y humildad son inagotables. Baste decir que, aun cuando me hollaran bajo sus pies, no me quejaría..... Pero ¡desgraciados aquellos de quienes no tengo nada que esperar!..... Estos pagan por los otros..... ¡Desgraciados de los que, antes de reconocer la superioridad de que quiero hallarme investida, tratan de examinar mis títulos á ella! ¡Desgraciados los que no se deslumbran al verme, aquellos á quienes no seducen mis encantos, los que no me adoran y me prefieren á todo lo demás!..... ¡Desgraciados los que adivinan mis supercherías, reconocen mis engaños y ven claro quién soy!..... He concluído, señora; hablad vos.

—Resumiré en breves frases lo que debo deciros para corresponder á vuestra sincera confesión: mis sentimientos, y

por consecuencia mis actos, son precisamente lo contrario de los vuestros, porque procuro ponerme al nivel de mis prójimos y darles el lugar que yo deseo me den. Esto significa que considero iguales á mí lo mismo á los de humilde condición que á los encumbrados por la fortuna, siempre que sostengan honradamente su posición. En vez de buscar *reflejos* ajenos para adquirir *brillo* propio, trato de velar con prudencia si alguna cualidad mía resulta ventajosa, para no humillar al que carece de ella. En cuanto á la gratitud, que consideráis como un sentimiento desagradable y penoso, constituye para mí una fuente de purísimos y celestiales goces. Si os mortifica, es por la repugnancia que os produce la pretendida *superioridad* que adquiere sobre vos la persona que os presta algún servicio, cuando tan fácilmente podéis aventajarle guardando con fidelidad el recuerdo de su buena acción: porque, desengañaos, señora, así como el bienhechor debe olvidar los favores que hizo, el que los recibe tiene el deber de conservarlos siempre en la memoria.

Vuestra principal preocupación es lo que se os *debe;* la mía lo que *debo*.

Cuidáis, sobre todo, de las apariencias, y procuráis manifestar nobles cualidades por que os atraigan la estimación general; yo quiero que estas cualidades existan realmente, sean admiradas ó desconocidas por los demás.

Cuando sondeáis vuestra conciencia, os importa poco tener que despreciaros.....; yo quiero antes que nada estimarme á *mí misma*, convenciéndome, después de examinar los móviles de mis acciones, que ninguno es bajo, hipócrita ni ruin. En cuanto á la superioridad moral, de que anheláis gozar los provechos sin hacer ningún esfuerzo generoso para conseguirlo, sabed que yo los hago sólo por la satisfacción que me procuran y no por los elogios, que me son indiferentes, puesto que tengo el íntimo convencimiento de que cumplo mi deber. Para concluir, os diré que la *Dignidad* es igual en todas las criaturas, por más que haya algunas que no tienen bastante elevación de alma para sentirla; en cambio la *Vanidad* infla muchos espíritus, aun cuando los mismos que, hidrópicos de ella, se presentan en la escena de la vida, comprendan la inferioridad y el ridículo á que se exponen.

La aludida empezó á reir á carcajadas.

—Es muy gracioso lo que decís—exclamó;—pero no creáis que modifique en nada mi manera de ser. Soy la primera en confesar que no valgo nada, lo cual no impide que tenga innumerables prosélitos.

—Ignorancia pura.

—Ignorancia ó no, el hecho es que la mayoría de los seres creados son *fantoches* que manejo á mi gusto y presento como quiero.

—No os figuréis que son tontos, y reconoced conmigo que vuestro yugo es demasiado humillante para que nadie sensato pueda sufrirlo mucho tiempo.

—Sois una inocente si pensáis tal cosa. ¿Quién ha visto á un vanidoso arrepentido de serlo? Además, si hubiera sensatez, yo no existiría, porque nada es bastante para justificar mi soberanía entre las gentes, y, sin embargo, aunque se declame continuamente contra ella, la *Vanidad* constituirá hasta el fin del mundo una enfermedad de espíritu incurable.

—¿Qué importa? Al fin seréis conocida.....

—Os equivocáis; jamás me conocerán, y éste es el primer elemento de mis triunfos.

—A pesar vuestro, la *Dignidad* ocupará su lugar.....

—Ya os desengañaréis de que no.....: las criaturas se inclinan más de mi lado que del vuestro, y la mayor parte de las veces el que se figura que es *digno* no es más que un *vanidoso* de marca mayor.

—Desgraciadamente tenéis razón; pero sabed desde ahora que haré cuanto sea posible por que distingan nuestras personalidades hasta los más ignorantes.

—Hacedlo en buena hora; pero os advierto, en confianza, que perderéis el tiempo lastimosamente. La humanidad no tendrá nunca ilustración bastante para distinguirnos.

—Allá veremos; entretanto estoy segura que no volveremos á encontrarnos en las sendas de la vida, porque siempre hemos de seguir caminos opuestos.

Diciendo así, se saludaron profundamente y marcharon cada una en sentido contrario de la otra.

Las miré alejarse hasta perderlas de vista, y luego, reflexionando en lo que acababa de oir, transcribí el diálogo, segura de que desde hoy en adelante, convencidas ya de lo que vale cada una por sí, no confundirán mis lectoras á la noble *Dignidad* con la despreciable y ridícula *Vanidad*.

HERMINIA D.

A NUESTRA GENERALA

MAMÁ DOLORES, EN SU CUMPLEAÑOS.

Formamos en este instante
Toda tu tropa ligera:
Yo, que soy el comandante,
Doña Amalia, tu ayudante,
Y Beatriz, la cantinera.

Arturo, recién nombrado
Capitán, porque es un hombre,
Y Pepito, el *solapado*,
Ese es el abanderado
Que lleva mi mismo nombre.

Angela y Pepa, tambores,
Redoblando el día entero.
Luisito, con sus furores,
Sargento de cazadores,
Y don Enrique, ranchero.

La Amalita pizpireta,
Pequeño grano de sal
Que á *mamá bobes* respeta,
Siempre á su lado, *corneta*
De órdenes del general.

Con esta tropa ligera
Ríe entre propios y extraños,
Y no te acuerdas siquiera,
Vieja mía, de los años
Que pasan á la carrera.

Tú no te des por vencida
Ni te acuerdes de la huída;
Que es empeñada la lucha,
Y haces mucha falta, mucha,
Generala de mi vida.

Delante va el batallón,
Pero en la reñida acción
Dulce consuelo me das.
Tengo á mi madre detrás.....
¡No hay quien me hiera á traición!

Delante la infantería
Ganando con bizarría
El terreno al enemigo,
Y tu al lado, madre mía:
¡La generala, conmigo!

Mis muchachos combatiendo
Y por la cuesta subiendo;
Tú á la victoria guiando,
Y ellos y yo obedeciendo
Gozosos tu voz de mando.

¡Nuestra bandera querida
Con cuánto orgullo tremolo!
¡En la batalla reñida
No me dejes nunca solo,
Generala de mi vida!

Préstame con tu calor
Santo esfuerzo y noble ardor.
No me abandones jamás;
Que, teniéndote detrás,
No ha de faltarme el valor.

Mas, si en la dura jornada
De tu bendita mirada
No encuentro el seguro abrigo,
Hago pedazos la espada
Y me entrego al enemigo.

Deja que siempre obediente
Respete tu voz de mando,
Y ampáranos sonriente,
Si no por mí, por la gente
Que á vanguardia va marchando.

Contigo voy satisfecho
A la victoria derecho.
¡No temas, *mi generala*,
Que á ti te toque una bala
Sin que me traspase el pecho!

Vieja de mi corazón,
No te achiques, y adelante;
Que te juegas en la acción
La suerte del comandante
Y de todo el batallón!

JOSÉ JACKSON VEYÁN.

ALTA TRAICIÓN.

I.

CIERTA mañana del mes de Octubre, cuando estaba yo aún en activo servicio, recibí la orden del Gobierno de la República para salir inmediatamente con mi barco en dirección á Cayena. El objeto del viaje era transportar setenta y cinco soldados y un presidiario. Recibí al mismo tiempo órdenes para tratar á este individuo bien, y atenerme en un todo á las instrucciones que se me incluían del Directorio, y las cuales llegaron á mi poder bajo sobre cerrado y lacrado, y con la advertencia de que no debería abrirlo hasta que me encontrase entre el grado 27 ó 28 de longitud Oeste, esto es, muy poco antes de que fuéramos á cruzar la Línea.

No soy, naturalmente, supersticioso; pero algo había en aquel sobre sellado que llamaba mi atención y me desagradaba sobremanera. Sin embargo, llevélo á mi camarote y lo guardé cuidadosamente en uno de los cajones de mi mesa.

No había acabado aquella operación, cuando oí pasos detrás de mí y un golpecito dado en la puerta.

—¡Adelante!—dije.

Y en seguida se presentó ante mí el convicto en persona, el cual, habiendo sido conducido al barco en aquel momento, venía á recibir mis órdenes acompañado de su esposa.

Era la primera vez que veía á los dos, y debo confesar que la impresión que me causaron no pudo ser más agradable.

Ella podría tener unos diez y ocho años, y era bonita como una pintura; mientras que su marido tenía la apariencia más hermosa que puede desearse en un hombre.

Su crimen consistía puramente en haberse adelantado cien años á su generación. Había intentado algo que el Gobierno que entonces regía á Francia había considerado como alta traición, y de aquí había resultado como una consecuencia lógica la deportación á Cayena.

Aparte de su hermosa presencia, lo vasto de su ilustración, el atractivo que la juventud ejerce siempre sobre un viejo, y más si este viejo es un marino sin familia como yo, hizo que antes de un mes de navegación les hubiese tomado gran cariño y que empezase á considerarles como hijos míos. Todas las mañanas acostumbraba á llamarlos á mi camarote, y allí pasaban conmigo las horas que me dejaban libres mis deberes como capitán del barco.

Y no era sobre mí sólo sobre quien ejercían aquellos jóvenes su influencia, sino que puedo asegurar que toda la tripulación se hallaba sugestionada por ellos, y en vez del desvío con que suele tratarse á un criminal, todos observaban para con el prisionero y su esposa las mismas consideraciones y respetos que se hubiesen tenido para unos huéspedes que nos honrasen con su compañía durante la navegación.

Así pasaron los días, hasta llegar uno en que, al salir por la mañana de mi camarote, observé que el barco no se movía. Estábamos en plena calma. Hice los cálculos de situación, y me encontré con este resultado: Latitud, un grado al Norte. Longitud, entre el 27 y el 28 grado Oeste.

Había, pues, llegado el momento.

Esperé hasta la noche. Cuando llegó ésta, me dirigí á mi camarote, cogí el pliego, rompí el sello, abrí el sobre, y conteniendo la respiración leí lo que sigue:

«Al capitán Truemont.—Orden del Directorio de la República francesa. El convicto Stephen Maurell ha sido declarado reo de alta traición contra la República. El Directorio ha acordado que sea fusilado en medio del Océano, y ordena al ciudadano capitán Truemont que se encargue de ejecutar aquel acuerdo.»

II.

Leí la orden una y otra vez, no queriendo dar crédito á mis ojos. Después, procurando conservar mi serenidad, subí sobre cubierta. Allí estaban los dos. Ella mirando hacia el mar, y forjándose, sin duda, en su mente mil cuentos de color de rosa. Él mirándola á ella en éxtasis, como quien se encuentra delante de una imagen que venera. Contemplé aquel espectáculo por algunos instantes; luego, comprendiendo que el cariño que por ellos sentía acabaría por dominarme si no obraba pronto, hice una seña á Stephen para que se acercase; juntos volvimos á mi camarote, donde no pudiendo articular una palabra, cogí la orden con mano temblorosa y se la largué en silencio.

Con mucha más calma de la que yo podía suponer, leyó el pliego por dos veces; y después, sin que nada en él manifestase emoción alguna, y con el mismo tono de voz melodioso que caracterizaba su manera de hablar, me dijo:

—Está bien, capitán. No puedo creer ni me atrevería á pediros que faltaseis á vuestro deber dejando de cumplir esta orden. Sólo quisiera un favor, y es que me dejaseis despedirme de mi mujer, y que os ocuparais de que los pocos bienes que poseo fuesen á su poder, lo mismo que los que heredó de su madre. En una palabra, dejo su suerte en vuestras manos, capitán.

Le estreché la mano en señal de asentimiento, porque las palabras no querían salir de mi garganta, y un momento después estaba solo.

Al cabo de una hora pude al fin serenarme, y comprendí que no podía dilatar por más tiempo el cumplimiento de mi deber.

Llamé al segundo de á bordo, y cuando éste se hubo presentado y leído la orden, le dije:

—Garley, ésta es una mala comisión que os encargo; obedezco las órdenes del Directorio, trasladándolas para que veáis cómo se cumplen. Que echen un bote al agua y en él embarquen al reo, y cuando se hallen lejos del barco cumplid la sentencia. Sería una crueldad fusilar á ese hombre delante de su mujer. Al menos que no oiga el ruido de los disparos. Cuando todo esté terminado, dadme cuenta.

Garley me miró fijamente durante unos minutos. Luego salió del camarote sin decir una palabra.

Un cuarto de hora después oí la voz de mando para que fuese echado un bote al agua. Por la ventanilla del camarote pude ver á Stephen rodeado de cuatro marineros armados, y de rodillas delante de su mujer, cuyas manos besaba con pasión. Ella apenas podía sostenerse.

Aquella escena desgarraba mi corazón; así es que, abriendo la puerta, grité con voz de trueno:

—Separadlos inmediatamente y cumplid las órdenes en seguida.

Dos marineros se apoderaron de ella y la condujeron á su camarote, mientras que los demás llevaban al reo al bote, que minutos después se alejaba en silencio.

Al cabo de un cuarto de hora, el lejano estampido de una descarga vino á decirme que todo había concluído.

Caí de rodillas, y largo rato permanecí rezando por el alma de aquel á quien yo había considerado casi como á un hijo.

III.

Los días pasaron, y no volví á ver á Lucy. Ella evitaba el encontrarme, y yo hacía lo mismo por mi parte. La idea de que se presentase delante de mí me horrorizaba.

Garley seguía ocupándose de sus trabajos en el barco como si nada hubiese ocurrido, y su frialdad me causaba tanto disgusto que llegó á hacérseme antipático.

Por otra parte, el choque que produjo en mi organismo la escena que acabo de narrar fué tan grande, que mi salud se alteró en gran manera, obligándome al llegar á Cayena á resignar el mando de mi barco, y poco después á pedir el retiro á que yo tenía derecho por mis años.

La situación en Francia no era la más á propósito entonces para pensar en ir allí á vivir tranquilo en alguna parte y esperar con sosiego el término de mi vida; así es que resolví irme á España, desde donde podría entrar fácilmente en mi patria tan pronto como los acontecimientos políticos mostrasen mejor cariz.

Coloqué fondos suficientes en manos de un banquero. Busqué alojamiento para Lucy en una familia de toda mi confianza, y sin haberla visto me marché, dejando encargado que viniese á reunirse conmigo pasados seis meses; es decir, cuando su dolor empezase á mitigarse algo y yo hu-



23.— Trajo de ceremonia para señoras jóvenes.

biera adquirido más salud y más fuerzas para consolarla y dedicarme exclusivamente á ella.

En una pequeña aldea de Vizcaya me establecí, y allí esperé á que se venciese el plazo fijado.

Una noche de verano me hallaba sentado á la puerta de la casa fumando mi pipa y pensando en Lucy, á la que esperaba desde hacía dos días, cuando á lo lejos percibí el ruido de las ruedas de un coche que avanzaba por la carretera.

Diez minutos después, dos brazos rodeaban mi cuello y la cabecita de Lucy se reclinaba en mi pecho.

—¡Oh, mi querido capitán! ¡Mi segundo padre!

—¡Dios mío! ¿Quién es ese hombre que está detrás de ti? —exclamé yo al ver la forma de una persona que había saltado del coche y se aproximaba vivamente.

—¿No esperaba usted mi visita, capitán?—dijo Stephen Maurell, pues no era otra la persona que tenía delante.

Por toda respuesta alargué mis brazos para estrechar contra mi corazón aquel hombre por el que tanto había llorado.

Después de pasados los primeros transportes de alegría, tuve por fin la explicación de lo ocurrido. Garley, mi segundo, había leído en mi corazón como en un libro abierto, y arregló todo el complot. La descarga fué hecha al cielo y ninguna bala tocó á Stephen, el cual fué conducido de nuevo á bordo, procurando que yo no le viera. Allí estuvo escondido hasta nuestra llegada á Cayena, y el resto fácil es de adivinar.

Toda la tripulación estaba de acuerdo, y gracias á Dios pudieron engañarme.

LADY BELGRAVIA.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR.

Exclusivamente serán contestadas en este sitio las consultas que, sobre asuntos propios de las secciones del periódico, se sirvan dirigirnos las Señoras Suscriptoras á la edición de lujo y á la 2.ª edición, demostrando esta circunstancia con el envío de una faja del periódico, ó por cualquier otro medio.

Las consultas que se nos dirijan en *carta anónima*, ó que vengan firmadas por personas que no demuestren debidamente ser suscriptoras á las citadas ediciones, no serán contestadas.

Á A. R. L.—En ese luto tan de rigor, los arreos y hebillajes de su carruaje deben ser negros.

El luto de padres es de dos años, uno de rigor, en el cual se usa seis meses de manto y seis de sombrero de crespón. Después, los otros seis meses son de traje negro, y los demás de alivio.

En todo lo que dure el rigor del luto no se debe asistir á ninguna clase de diversiones ni á paseos públicos.

En el sombrero no se usa la caída que dice.

Á UNA AFORTUNADA.—La idea que ha tenido usted para hacer la colcha es muy bonita y original; pero por esa misma razón no hay dibujo á propósito; al ménos yo no lo conozco. Esto no es obstáculo para realizarlo, pues nada más fácil que agrandar un dibujo.

Tengo á la vista tres modelos donde puede elegir. El cuadro de mantel para centro de mesa representado en la figura 33 del pliego de dibujos de LA MODA del 30 de Mayo de 1893, es elegantísimo y puede servir perfectamente para la colcha; haga usted el dibujo más grande, y repítalo usted todo alrededor cuantas veces quiera, guardando simetría en las distancias; también puede hacerlo como la fig. 32 del mismo pliego de dibujos arriba indicado formando cuadro, y desde luego le aseguro á usted el éxito.

El otro modelo es el señalado con el núm. 4 en la Hoja de dibujos de LA MODA de 30 de Septiembre de 1892. El cuadro puede hacerse mucho mayor, pues el dibujo está muy apretado, y además tiene un bonito entredós, que puede ponerse alrededor, alternando con una cinta de moaré ó raso del núm. 5.

Asimismo le recomiendo la figura 24 del pliego de dibujos de 29 de Febrero de 1895. Este, que también puede agrandarse cuanto se quiera, tiene además los cuadritos de las esquinas, que pueden multiplicarse, colocándolos en distintas direcciones, á manera de lluvia de estrellas.

Á UNA INQUIETA.—Pronto empezará la primavera y se verán los jardines llenos de flores. También se llenarán de ellas los sombreros, mezclándose en distintas formas con las plumas rizadas, las *aigrettes* ligeras, las plumas cuchillo y las cabezas de pájaro, cuyos adornos, á elección, se mezclarán con las flores más variadas. Las plumas negras seguirán teniendo la preferencia á causa del bonito contraste que hacen con las flores y los lazos de cinta color claro.



24.—Vestido de recibir para señora mayor.

Explic. y pat., núm. II, figs. 8 á 14 de la Hoja-Suplemento.



25.—Traje de visita. Espalda.

Véase el dibujo 22.



26 y 27.—Traje estilo de sastre.
Delantero y espalda.
Explic. y pat., núm. III, figs. 15 á 24 de la Hoja-Suplemento

28.—Capota de visita.



29 y 30.—Blusa de pintora.
Delantero y espalda.
Explic. y pat., núm. IV, figs. 25 á 31 de la Hoja-Suplemento

Los colores rosa y malva son preciosos, y forman buen contraste con la paja, las plumas negras y las flores; el amarillo dice muy bien con el color marrón, las rosas amarillas y las flores teñidas de rojo y amarillo. El terciopelo escocés es de un lindo efecto con la paja blanca, trigo, negra ó mordorada. La paja de arroz hace buen contraste con las rosas y los adornos más delicados: frescos grupos de rosas colocadas en oposición con plumas negras. El encaje un poco amarillento se destaca mejor sobre esta paja de un blanco particular, que hace muy elegante.

La Embajada china. — Me agrada muchísimo saber que mis contestaciones satisfacen á nuestras amables subscriptoras, tanto en lo referente á modas, como en sus consultas sobre reglas sociales, arte de cocina, etc.; por lo tanto, tenga la seguridad de que, lejos de servirme de molestia sus preguntas, á todas respondo con verdadero placer.

La clase de velos que las niñas usan para comulgar depende de la regla que exija el colegio donde la niña esté.

En esta localidad, en los colegios de Santa Isabel, las Ursulinas, Sagrado Corazón, etc., los usan de batista blanca muy fina, terminados con jaretones de dos dedos de ancho á los lados, y de un tamaño que cubre casi el uniforme ó traje que se use. El luto no impide usar estos velos.

Á una Subscriptora antigua. — Si el regalo que quiere hacer á esa señora es de poco coste, podrá elegir entre un bonito estuche de piel fantasía que contenga un portamonedas y tarjetero con iniciales de oro ó plata, cualquier objeto para su tocador, ó una *corbeille* de flores naturales.

Si se trata de hacer un regalo de más consideración, podrá elegir una alhaja ú objeto de arte, tal como un abanico antiguo, un rosario engarzado en oro, un broche ó un brazalete.

Le recomiendo para modelo de la chaqueta gris el grabado 8 del número de 14 de Enero del año actual, poniéndole grandes botones de pasta del mismo color del tejido. Aun cuando este modelo es abierto, podrá hacer la chaqueta cerrada para que luzca el camisolín, no usando éste.

Puesto que quiere la chaqueta *beige* para vestir, debe añadir al tejido de la muestra, para darle animación, una combinación de terciopelo ó faya gruesa de color mordorado obscuro. Para la confección de ésta es muy buen modelo, por lo elegante y bonito, el grabado 16 del número de La Moda antes citado, haciendo de lanilla *beige* lo que en el modelo es de paño, y de seda ó terciopelo lo que indica ser de nutria.

A Gloria. — Ruego á usted lea mi contestación dirigida *A una Tarraconense* en el número del 29 de Febrero pasado, y verá la nota dominante en las *toilettes* negras de vestir, lo mismo para señora que para señorita, así como los bonitos modelos para estos trajes.

No es distinguido poner el forro de color en la falda, puesto que el traje es negro. Este estilo es elegante cuando se trata del forro de un *collet* ó de una chaqueta.

No soy de opinión de que haga el vestido con el drapeado que dice.

A una Impertinente. — El papel de moda para cartas es de la misma forma que la muestra que usted me incluye, pero dos ó tres dedos más ancho.

El sobre, tambien apaisado, ha de ser justo á la medida del papel.

Ha dejado de estar de moda el canto de ese color.

No se timbra el papel en negro á no estar de luto, sino de color rojo, azul, etc.

A Margarita, *Zaragoza*. — El depilatorio á que se refiere es el de Dusser, que se vende en las principales perfumerías de esta corte; por ejemplo, en casa de Urquiola, Mayor, 1, ó en la de Frera, Carmen, 1.

El precio de este depilatorio es 12 pesetas.

No he oído hablar de otro procedimiento que dé mejores resultados que éste.

Á una Guipuzcoana. — Me han asegurado que el mejor medio de levantar el pelo al terciopelo chafado por la lluvia es colocar sobre rescoldo una cacerola de cobre con tapadera; sobre ésta se pone un lienzo mojado, y sobre éste el revés del terciopelo. Con un cepillo suave se levanta cuidadosamente el pelo. El vapor del agua del lienzo mojado facilita la operación. Puede reemplazarse el cepillo por un peine fino de marfil nuevo, teniendo cuidado de peinar ó cepillar á contrapelo, y así debe hacerse siempre que se quite cualquier mancha de esta clase de tela.

Á una Sevillana. — Para perfumar la ropa blanca debe echarse en la lejía, cuando ésta hierve, una raíz de iris, la cual comunica un perfume exquisito y delicado.

En los armarios se ponen polvos de iris y violeta en *sachets* de algodón en rama. Con este sencillo procedimiento obtendrá el resultado que desea, perfumándose sus abrigos, guantes, pañuelos, cintas, etc.

Á una Violeta de los campos. — Tengo el gusto de repetir, según desea, la receta de los caramelos de chocolate.

Se toman 50 gramos de manteca de vacas muy fresca, 150 gramos de azúcar quemada, que se pone á derretir con la manteca durante diez minutos, á fuego lento; se raspan tres onzas de chocolate, y se añaden al azúcar y á la manteca, echándole después de mezclado una copa de nata fresca; se deja reducir la cocción y se prueba, dejando caer algunas gotas de esta pasta en un vaso de agua fría para ver si se endurece al instante.

Entonces se unta una plancha de marmol con aceite de almendras dulces, se extiende la pasta, y cuando está casi fría se cortan los caramelos cuadrados del tamaño que se quiera.

Á Valentina. — En los trajes de más vestir se usa mucho el adorno que forman los lazos de terciopelo negro colocados donde mejor efecto hagan, perteneciendo este adorno á la moda estilo Luis XV, cuya época recuerda también los botones *strass*, hebillas y todos los adornos de gasa.

Los tejidos de tafetán se llevarán mucho, y también las batistas, que por su sencilla apariencia reunen mucho encanto. He tenido ocasión de ver un modelo de batista color marfil Luis XVI, cruzada por una raya ancha azul, como una cinta, con dibujos sembrados de pequeñas rosas mezcladas con rayas azules; el delantero de la falda es de batista lisa color marfil; plegadas en los costados, dos quillas sujetas, no desplegándose más que hasta la altura del jaretón; el centro de la falda va cortado á lo largo con entredoses bordados. El cuerpo va abierto en V, y tiene un fichú de batista color marfil bordeado de un pequeño volante *plissé* cruzado sobre una cintura azul, que cuelga en caídas planas formadas de bordado recordando los entredoses de la falda.

Á J. A. de S. — Desde que se les pone de corto á las niñas pueden usar pulsera, pero deben éstas ser sencillas. Es bonito un aro estrecho con un dije, y también un aro algo más ancho, en el que se grabe el nombre de la niña con perlitas, formando letras muy pequeñas. Generalmente se les ponen las pulseras en la muñeca derecha.

Para suavizar el cabello puede elegir entre la pomada de Lubin, perfumada con la esencia que prefiera, ó la brillantina, por ejemplo, de la casa Atkinson.

Á una Japonica. — Siento mucho no conocer la receta que me pide.

Para recibir la comunión se quitan los guantes; pero para velar al Santísimo, no.

Á una Violeta marchita. — Gracias por las amables palabras que me dirige.

El cocimiento de té no da los resultados que desea.

En vista del empeño que usted demuestra en obscurecerse el cabello, y no conociendo ningún procedimiento para este objeto, creo debe usted dirigirse á la casa Pagés, Peligros, núm. 1, cuya especialidad en estas cosas es notoria.

No debe usar el vinagre para el cabello, pues éste le hace adquirir un color rojizo.

Si el alivio de luto está ya muy adelantado, puede usar en la cabeza las horquillas que dice.

Desde luego es mucho más de moda la chaqueta á que se refiere; por lo tanto, mi parecer es que sea ésta la que elija. En cuanto al color malva para la falda negra, me parece muy bien.

También merece mi aprobación la combinación que describe para el traje de piqué blanco.

Para mi gusto, el modelo de *collet* más elegante es el grabado núm. 14, correspondiente al 6 de Noviembre.

Para contestar con acierto á la penúltima consulta de su carta, sería preciso estar enterada del grado de amistad que une á usted con la persona de que me habla. Lo natural es que ninguna señora se levante al despedirse un caballero; pero si es algún pariente ó amigo íntimo de la casa, no tiene nada de particular que se haga.

Á una Señora de escasa fortuna. — A continuación verá las dos recetas que me pide. Primeramente le indicaré la de las lenguas de gato.

Para éstas se toma:

Harina de flor................	125	gramos.
Azúcar molida................	125	—
Una copa de nata fresca.		
Dos claras de huevo, batidas á la nieve.		

Se mezcla bien todo, trabajándolo mucho, y después se extiende la pasta en una lata untada de manteca; se cortan las lenguas del tamaño que se quiera, y se meten en el horno fuerte. Cuando han adquirido buen color se sacan y se desprenden con la hoja de un cuchillo.

Para los *sandwichs*, se toma un pan cuadrado de 15 centímetros, que se vende á propósito para esto; con un cuchillo muy cortante se le quita la corteza de los lados, salvo uno de ellos. Se extiende sobre uno de los lados una ligera capa de manteca fina y muy fresca. Cuando toda la superficie del pan se halle cubierta de manteca, se pasa por ésta la hoja recta de un cuchillo, á fin de quitarle la demasiada manteca que pudiera tener.

En seguida se coloca el pan sobre la tabla, y con un cuchillo muy afilado se corta en entero los lados del pan untado de manteca en una loncha sumamente fina. Luego cada rebanada se corta del tamaño de que quieran hacerse los *sandwichs*, teniendo gran cuidado de que todos ellos sean iguales.

Se repite la operación del pan y la manteca hasta que sólo quede la corteza. Concluída la operación del pan, cortando los *sandwichs* con regularidad, se coloca entre las dos rebanadas una loncha de jamón de superior calidad, y se aprieta el *sandwich* para que se unan bien el jamón y las rebanadas.

Adela P.

EXPLICACIÓN DEL FIGURÍN ILUMINADO.

Núm. 9.

Corresponde á las Sras. Suscriptoras de la edición de lujo y á las de la 2.ª y 3.ª ediciones.

1. *Traje de lanilla azul «glacé» cambiante, guarnecido de terciopelo de color dalia y de seda cambiante con rayas azules.* — La falda abre por delante sobre un delantal de seda color cambiante dispuesto en la forma que lo indica el figurín; á los lados va adornada con un fino *soutache* que sujeta el delantal á la falda, terminando este adorno dos gruesos botones fantasía. Cuerpo-chaquetilla, formando por detrás una pequeña aldeta plegada, y por delante se abre sobre una camiseta de crespón de la China color maíz. Cuello alto, plegado de lo mismo, y crestas á los lados. La parte alta del cuerpo va adornada con una ancha solapa cuadrada de terciopelo color dalia, que se pierde en los delanteros en disminución hasta la cintura. De estas solapas sobresalen dos *jockeys*, que caen sobre las mangas. Sobre la parte inferior de las solapas, y bajo la terminación de éstas, van cuatro botones, que completan el bonito adorno de la chaqueta. Mangas forma Imperio. — Toca de tul perlado rodeada de *choux* de raso verde y color amaranto, adornada en el lado izquierdo con una pluma negra Príncipe de Gales, y un penacho de pluma del mismo color.



(Croquis del figurín iluminado, visto bajo otro aspecto.)

2. *Traje de tafetán «glacé» verde y «beige» y brochado fondo «beige».* — Falda lisa montada por detrás con dos pliegues dobles forrados de linón. Chaqueta de tela brochada que forma por detrás solamente una aldeta, formándose de ésta gruesos cañones que se sujetan en el talle con un lujoso botón. Por delante lleva anchas solapas de faya, quedando éstas muy abiertas. Chaleco cruzado sobre una camiseta fantasía, terminándose éste en pico un poco más abajo de la cintura. Mangas muy amplias con globo muy hueco, y puños sumamente ajustados. — Gran sombrero de fieltro negro, muy levantado por detrás y adornado con un ancho lazo de cinta rayada negra y blanca, de donde parten dos plumas negras con *aigrette*. En la parte de delante, grupo de rosas rojas. Sobre el peinado, peineta de las mismas flores.

3. *Traje para niñas de 5 á 6 años. De lanilla azul pálido guarnecido de encaje blanco.* — La falda por delante forma delantal, que lo imitan dos encajes colocados sin vuelo completamente tirantes. Cuerpo-blusa con pequeña aldeta. Camiseta de muselina de seda blanca, con cuello derecho y adornada con botones fantasía. Los delanteros llevan unas solapas drapeadas de seda blanca, cubiertas de encaje y bordeadas con un pequeño volante de seda blanca. Estas solapas forman por la espalda un gran cuello cuadrado. Manga globo, con altos puños de seda cubiertos de encaje. — Sombrero de fieltro color madera, guarnecido con un lazo de seda azul pálido, de donde salen tres plumas negras. En el cabello, lazo de cinta color rosa.

NINON DE LENCLOS

Reíase de las arrugas, que no se atrevieron nunca á señalarse en su epidermis, y se conservó joven y bella hasta más allá de sus 80 años, rompiendo una vez y otra su acta de nacimiento á la faz del tiempo, que en vano agitaba su guadaña delante de aquel rostro seductor sin poder mortificarle.—Este secreto, que la gran coqueta egoísta no quiso revelar á ninguno de sus contemporáneos, ha sido descubierto por el doctor Leconte entre las hojas de un tomo de la *Historia amorosa de las Galias*, de Bussy-Rabutin, perteneciente á la biblioteca de Voltaire y actualmente propiedad exclusiva de la **Perfumería Ninon** *(Maison Leconte)*, 31, rue du 4 Septembre 31, París.

Dicha casa entrega el secreto á sus elegantes clientes bajo el nombre de **Véritable Eau de Ninon** y de **Duvet de Ninon**, polvo de arroz que Ninon de Lenclos llamaba «la juventud en una caja».—Es necesario exigir en la etiqueta el nombre y la dirección de la Casa, para evitar las falsificaciones.—La *Parfumerie Ninon* expide á todas partes sus prospectos y precios corrientes.

Depósitos en Madrid: *Aguirre y Molino, perfumería Oriental, Carmen, 2; perfumería de Urquiola, Mayor, 1; Romero y Vicente, perfumería Inglesa, Carrera de San Jerónimo, 3;* y en Barcelona: *Sra. Viuda de Lafont é Hijos, y Vicente Ferrer; Salvador Vives, perfumista, Pasaje Baconti; Salvador Banus, perfumista, calle Jaime I, núm. 18.—J. G. Fortis, perfumista, Alfonso I, núm. 27, en Zaragoza, misma casa en Valencia.*

VINO DE CHASSAING

BI-DIGESTIVO

Prescrito desde 25 años

Contra las AFFECCIONES de las Vias Digestivas

PARIS, 6, Avenue Victoria, 6, PARIS

Y EN TODAS LAS PRINCIPALES FARMACIAS

CÁPSULAS DE Quinina de Pelletier

ó de las 3 Marcas

Adoptada por todos los médicos, en razón de su eficacia, contra *Jaquecas, Neuralgias, Fiebres intermitentes y palúdicas, Gota, Reumatismo, Lumbago, fatiga corporal, falta de energía.* Soberanas para detener el estado febril de un resfriado ó una enfermedad en su principio. Una cápsula representa una copa de Quina.

Más solubles, más fáciles de tonar que las píldoras y grageas, han resuelto el problema de la Quinina barata. Frascos de 10, 20, 100 cápsulas.

En PARIS, 8, rue Vivienne y en todas las Farmacias.

OBRAS POÉTICAS
DE
D. JOSÉ VELARDE

DE VENTA EN LA ADMINISTRACIÓN DE ESTE PERIÓDICO
ALCALÁ, 23.—MADRID.

	Pesetas
Obras poéticas.—Dos tomos	8
Teodomiro, ó la Cueva del Cristo	2
Fray Juan	1
La Niña de Gómez-Arias	1
Alegría (Canto I)	1
El Holgadero (segunda parte de *Alegría*)	1
A orillas del mar	1
La Venganza	1
Fernando de Laredo	1
El Último beso	1
El Capitán García	1
Mis Amores	1
La Velada	1
El Año campestre	1

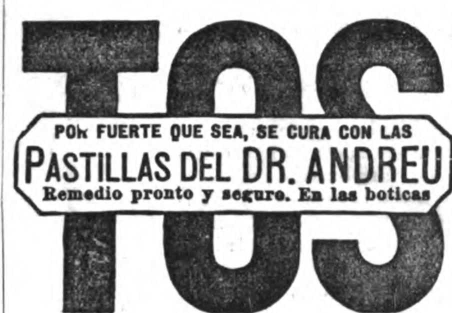
SELLOS HÉRISÉ

CURACIÓN SEGURA DE LAS ENFERMEDADES DEL PECHO Y DE LAS VIAS RESPIRATORIAS

Tos persistente, Bronquitis, Catarros, Tuberculosis, Tisis

Adoptados en los hospitales de París.—Depósito: farmacia Hérisé, 21, boul. Rochechouart, y en las principales farmacias.—Precio: 4 frs. la caja.

NEURALGIAS JAQUECAS, calambres en el estómago, histerismo, todas las enfermedades nerviosas se calman con las píldoras antineurálgicas del **Dr CRONIER** 3 francos.—**París, Farmacia, 23, rue de la Monnaie.**



COMPAÑÍA COLONIAL

CHOCOLATES Y CAFÉS

La casa que paga mayor contribución industrial en el ramo, y fabrica **9.000 kilos** de chocolate al día.—**38 medallas de oro** y altas recompensas industriales.

DEPÓSITO GENERAL: CALLE MAYOR, 18 Y 20. MADRID

¡QUININA DULCE!

FEBRÍFUGO INFANTIL SANTOYO.

Cuatro Medallas de plata. Un diploma de Mérito. Muy elogiado por la prensa médica y por muchos médicos eminentes. Desechad imitaciones. Véndese en las boticas, y va por correo. **Dr. Santoyo,** Subdelegado, Linares.

Perfumería, 13, Rue d'Enghien, París

LACTEINA de E. COUDRAY

Perfumería especial, comprendiendo: JABON — POLVOS DE ARROZ, ACEITE, ESENCIA, AGUA DE TOCADOR.

MANOS DE SOBERANA pueden llamarse aquellas que estan cuidadas con la **Pâte des prelats** de la **Parfumerie Exotique, 31, rue du 4 Septembre, París**, que blanquea y suaviza la epidermis más áspera.—Depósitos en Madrid: Perfumería Oriental, Carmen 34; perfumería de Urquiola, Mayor 1; Aguirre y Molino, Preciados, 1; Romero y Vicente, perfumería Inglesa, Carrera de San Jerónimo, 3; y en Barcelona: Sra. Viuda de Lafont é Hijos; Vicente Ferrer y C.ª, perfumistas.

HOTEL GIBRALTAR

Situación espléndida, con vista á los jardines de las Tullerías. Habitaciones elegantes y modestas á precios módicos. Cocina española y francesa. Baños y ascensor.—**Rue de Rivoli. Entrada: I, rue St-Roch. Paris.**



ALMUERZO de las SEÑORAS

ALIMENTO DE LOS NIÑOS Y DE LOS CONVALECIENTES

Para reemplazar el chocolate de digestion á veces difícil, y el café con leche cuyos efectos debilitantes son tan perjudiciales á la salud de las señoras, los Médicos recomiendan el **Racahout de los Arabes de Delangrenier**. Alimento *ligero, agradable y muy nutritivo*, que tambien recetan á los niños, á los ancianos ó á las personas anémicas, en una palabra á todos aquellos que necesitan fortificantes.

DEPÓSITOS EN TODAS LAS FARMACIAS DEL MUNDO ENTERO. — *SE MÉFIER DES CONTREFAÇONS.*

CUENTOS, POR D. JOSÉ FERNÁNDEZ BREMÓN. De venta en las oficinas de LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA Y AMERICANA, Alcalá, 23, Madrid.

Franco: 6 fr. en Paris

PUREZA DEL CUTIS

— LAIT ANTÉPHÉLIQUE —

LA LECHE ANTEFÉLICA

pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES

Pone y conserva el cútis limpio y terso

CANDÈS et Cie, Bd St-Denis, 16

EL SOL DE INVIERNO

POR

DOÑA MARÍA DEL PILAR SINUÉS.

Preciosa novela original, con interesante argumento, cuadros de costumbres familiares, episodios muy dramáticos, y brillando en todo el libro la más profunda moralidad.

Un volumen en 8.º mayor francés, que se vende, á 4 pesetas, en la Administración de este periódico, Madrid, calle de Alcalá, núm. 23.

MARI-SANTA

POR

DON ANTONIO DE TRUEBA.

Es una de las mejores obras literarias del ilustre *Antón el de los Cantares*, moral, instructiva y amenísima.

Forma un elegante volumen en 8.º mayor francés, y se vende, á 4 pesetas, en la Administración de este periódico, Madrid, calle de Alcalá, núm. 23.

SUEÑOS Y REALIDADES

POR

DON RAMÓN DE NAVARRETE

La mejor recomendación de este ameno libro es manifestar que está escrito por el distinguido cronista de salones y teatros *El Marqués de Valle-Alegre*.

Elegante volumen en 8.º mayor francés, que se vende, á 4 pesetas, en la Administración de este periódico, Madrid, Alcalá, 23.

CABELLOS CLAROS Y DÉBILES

Se alargan, renacen y fortifican por el empleo del **Extrait capilaire** *des Bénédictins du Mont Majella*, que detiene también su caída y retrasa su decoloración. *E. Senet, administrador, 35, rue du 4 Septembre, Paris.*—Depósitos en Madrid: *Perfumería Oriental, Carmen, 2; Aguirre y Molino, Preciados, 1; Urquiola, Mayor, 1,* y en Barcelona, *Sra. Viuda de Lafont é Hijos, y Vicente Ferrer y Compañía, perfumistas.*



Desconfíese de las Falsificaciones y rehúsese toda caja que no se encuentre revestida de la Marca de Fábrica EL CENTAURO reproducida aquí.

El más agradable de los Purgativos

THÉ CHAMBARD

TÉ PURGANTE DE CHAMBARD

El mejor remedio del Estreñimiento

SE ENCUENTRA EN TODAS LAS FARMACIAS: 1 fr. 25 LA CAJA

PATE ÉPILATOIRE DUSSER

destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. **50 Años de Exito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en **cajas**, para la barba, y en **1/2 cajas** para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVORE. DUSSER, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.**

MADRID.—Establecimiento tipolitográfico «Sucesores de Rivadeneyra», impresores de la Real Casa.

LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA

14 de Marzo de 1896 Alcalá 32 _ Madrid Nº 10

LA MODA ELEGANTE

PERIÓDICO ESPECIAL DE SEÑORAS Y SEÑORITAS, INDISPENSABLE EN TODA CASA DE FAMILIA

Administración: Alcalá, 23, Madrid. | **Madrid, 14 Marzo de de 1896.** | **Año LV.—Núm. 10.**

SUMARIO.

REVISTA PARISIENSE.

SUMARIO.

Más sobre las novedades de primavera y verano.— Telas de transición: el *mohair*. — Las telas de seda. — Riqueza de los nuevos tejidos. — El linón á la moda — Blusas de lujo. — Un nuevo bordado.— Abrigos y confecciones. — Varios modelos. Teatro del PALAIS-ROYAL: *Le Dindon*, comedia vaudeville en tres actos, de Mr. Georges Feydeau.— Los trajes de las actrices. — Diferencia entre bípedos y cuadrúpedos en materia de pintura. — Un chato y un narigón.—Precocidad infantil.

Lo que más importa al principio de cada estación—y aun antes, pues la impaciencia las adelanta — es examinar cuáles serán las telas y las formas que tendrán más éxito. Creo haber cumplido ya ampliamente con esta obligación, y sin embargo, deseo insistir aún sobre este punto, siquiera sea brevemente, á fin de que no quede ninguna indecisión en el ánimo de mis lectoras.

De todas las telas que sirven, por decirlo así, de transición entre la temporada de invierno y la de verano, y se emplean con más frecuencia para los vestidos de calle, los *mohairs* ocupan el primer puesto. Flexibles, sedosos, fáciles de plegar, resistentes sin ser pesados, componen trajes sencillos y elegantes que se llevan en todas las ocasiones.

Cuando el sol sea más caliente y el buen tiempo se afirme, las ligeras alpacas entrarán en escena; pero desde el principio al fin del verano hay una tela que subsistirá: el terciopelo, sobre todo el terciopelo de caza, que sirve para confeccionar trajes lindísimos estilo de sastre, de un carácter particular.

Sean cuales fueren los calores del verano próximo, no faltarán — me refiero al clima de Francia y del Norte de España—días lluviosos y noches frescas para las cuales un traje de terciopelo de caza está naturalmente indicado. La tela en cuestión será uno de los éxitos de la estación entrante.



He hablado ya de las sedas. Ahora señalaré varias novedades de una riqueza suntuosa, que compondrán trajes muy lujosos y magníficos adornos para trajes semisencillos. Las telas de que trato prestarán, sobre todo, servicios á las personas que se propongan utilizar una falda del año pasado con un cuerpo hecho de estas sedas, lo que rejuvenecerá completamente un vestido un poco anticuado.

Las sedas en cuestión son muy difíciles de describir. Sobre un fondo que recuerda aquellas telas de los de Perrault, color de sol y color de luna, van brochadas palmas, espira-

1. — Sombrero para señoritas ó señoras jóvenes.

les, lagos de colores fundidos y variados, que se reproducen igualmente en otros colores por el revés de la tela. Entre el fondo y este brochado extraordinario se destacan unas flores fantásticas, que son lo más original que puede darse. Todos los colores de la paleta se reflejan en estas flores: unas agotan los matices del verde, del azul, del rosa, pero de un verde, de un azul y de un rosa que no se parecen á nada de lo que hasta ahora hemos conocido; otras recorren las escalas desde el rosa pálido hasta el morado púrpura, pasando por todas las graduaciones del verde.

Con tan magníficas telas se pueden hacer mil cosas á cual más lindas y originales, sobre todo con las formas que la moda preconiza. Faldas mezcladas de muselina de seda, pues debo señalar, entre paréntesis, esta innovación feliz,



Núm. 1.

que consiste en abrir las faldas ya sólo por delante, ó bien á cada paño, sobre unos tableados de muselina ó de tul.

°°°

Sin embargo, todo el mundo no llevará esas sedas maravillosas que acabo de señalar; pero no habrá nadie que no lleve el linón, que vuelve á estar más en boga que nunca para los grandes calores, se entiende, siendo como es el linón una tela ligerísima que se avendría mal con las variaciones de la primavera. Los hay de todos colores: crudo, azul, rosa y crema, y como alta novedad muy elegante, señalo desde ahora los linones que harán furor para trajes de



Núm. 2.

vestir. En primer lugar, un linón blanco ó crema, de flores enormes de colores variados, y un linón blanco con aplicaciones artísticas de linón crudo adornadas con calados compuestos de hilos de oro. No es posible imaginar una incrustación más espléndida.

Estos linones, sobre todo el segundo, formarán vestidos enteros sobre viso de color, vestidos sumamente ricos á pesar de la sencillez primitiva de la tela. Se aplicarán también á las blusas, cuya boga continuará á condición de que los adornos sean muy elegantes. No se llevarán blusas sencillas, sino más bien cuerpos de *soirée*, teatro ó convite, y, por con-



Núm. 3.

secuencia, sobrecargados de encajes, cintas y lentejuelas de oro y de plata.

Otra novedad que vale la pena de ser indicada, pues su boga no será menor que la de las anteriores, aunque reservada á la mayor elegancia, es el bordado *Savonnerie*, es decir, un bordado aterciopelado, á imitación de la célebre fábrica de que toma su nombre. Se hace sobre raso, sobre terciopelo, sobre tafetán, destacándose flores y ramos de alto relieve, de los colores más suaves, y un dibujo de corrección exquisita. Desde lejos, á la luz artificial, este bordado produce el efecto de un pastel artístico de una armonía admirable.

Los cuerpos continuarán siendo diferentes de las faldas, y en este género las formas Luis XV y Luis XVI dominarán como hasta ahora.

No omitiré un detalle particular, cuyas ventajas son in-



Núm. 4.

apreciables, y es, que las aldetas de forma Luis XVI se pueden adaptar á un cuerpo que no fué hecho primitivamente para este uso: aldetas de guipur ó de encaje, que adornan y completan un traje de vestir.

°°°

Varias indicaciones sobre los abrigos y confecciones. Éstas serán muy cortas, lo mismo las chaquetas que los *collets*. Parte de los croquis que van á continuación corresponden á los nuevos modelos de abrigos, excepto el primero y último.

El croquis núm. 1 representa un traje estilo de sastre, hecho de paño inglés gris ratón.

El cuerpo, de costuras aparentes, tiene unas aldetas cortas, levemente onduladas. El delantero se recorta hacia las pinzas y se abre sobre un chaleco de paño blanco. Cuello que es como la prolongación del cuerpo por arriba. Unos botones de acero adornan el cuerpo por delante. Mangas abiertas sobre la mano.

Nuestro croquis núm. 2 reproduce una confección muy práctica. Es el paletó Luis XI, de paño verde sobre una falda igual. Unas tiras van aplicadas de relieve. Se abre sobre un delantero de paño blanco, bordado de negro, así como el cuello. La espalda va adornada del mismo modo.

Esta forma de paletó, que se ha llevado ya en la estación que termina, estará muy de moda en la estación próxima. Es sumamente cómodo con los cuerpos muy adornados y cubiertos de guarniciones que forman parte de nuestros vestidos. Los delanteros de muselina de seda, de tul bordado, de encaje artístico, delanteros abultados y espumosos, no pueden sin inconveniente encerrarse en una chaqueta. La forma saco les conviene á las mil maravillas.

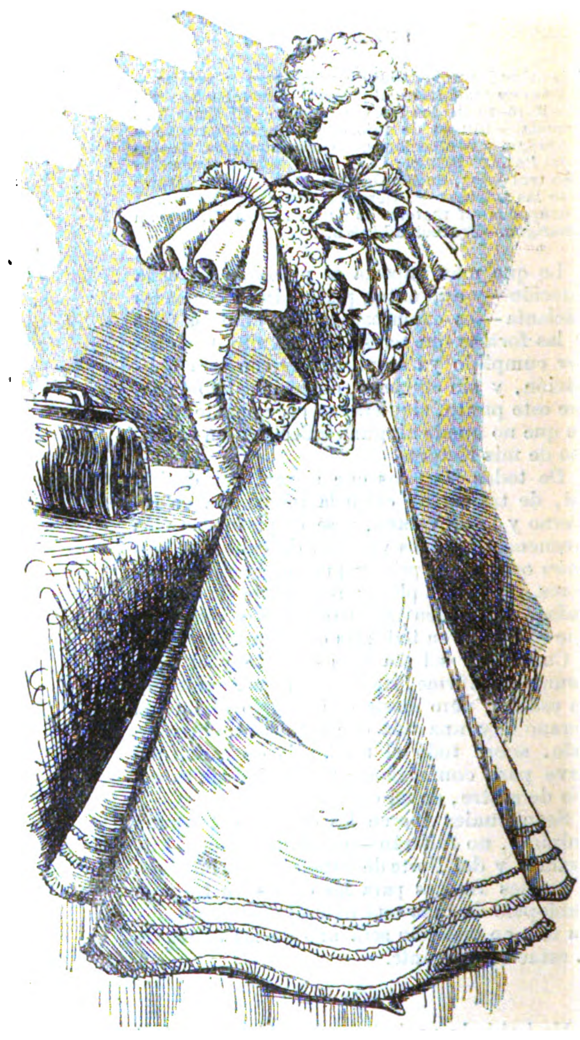
Hé aquí, para paseos matinales, para ir á tiendas, para viajes, y sobre todo para viajes de verano, un elegante abrigo (croquis núm. 3) en forma de levita, de paño gris, con dobles pespuntes y cuello doble de paño encarnado,



Núm. 5.

guarnecido de un cordoncillo negro. Carteras altas de paño encarnado en las mangas. Bolsillos Luis XV. Tres correas con botones dobles sirven para cerrar el abrigo.—Sombrero de tul negro y blanco, adornado con cintas negras y velado de tul.

Chaqueta de paseo (croquis núm. 4), de paño amazona azul oficial, abierta sobre un peto de encaje. La abertura del cuello, muy alto, va cerrada con rosáceas de muselina de



Núm. 6.

seda negra. Caída de encaje en el borde de las mangas. El borde inferior de la chaqueta cruza bajo un botón. Simple adorno de pespuntes.—Capota de anémonas y rosáceas encarnadas, adornada con una pluma negra.

Y, para terminar, un lindo sombrero de teatro, visto en la primera representación de *Grosse Fortune*. Se compone de un fondo bordado de lentejuelas de oro, y adornado con plumas de pavo real (croquis núm. 5).

°°°





2 y 3.—Matinée de franela.
Espalda y delantero.

4.—Collet salida de baile y teatro.

5.—Traje de teatro ó convite.

6.—Traje de calle para señoritas.

Escasas han sido las novedades teatrales de esta semana. Sólo en el *Palais-Royal* se ha estrenado una comedia vaudeville en tres actos, de Mr. Georges Feydean, titulada *Le Dindon*, obra ingeniosa, llena de chistes y de *quid pro quo*, que hace reir al público desde la primera hasta la última escena, pero cuyo asunto es del género que llaman «escabroso» y que por consecuencia no es posible tratar en este sitio.

Todo lo que puedo decir es que las *toilettes* son lindísimas, según se verá por los croquis que acompañan á la siguiente descripción:

Mlle. Burty: Vestido de tafetán color de bizcocho. La chaqueta, que es de guipur, se abre sobre un delantero plegado de fular color de malva. En los hombros, en los puños y en el borde inferior de la falda, tableados de fular color de malva. Cinturón bordado de turquesas. (Croquis número 6.)

Mlle. Mégard: Traje de lana moaré color de café con leche, adornado con guipur en la falda. En el cuerpo, canesú y *jockey* también de guipur, y una grande rosa encarnada. Corbata de raso blanco y cinta del mismo raso en el borde inferior del canesú.—Sombrero guarnecido con flores encarnadas y alas negras, y velado de gasa rosa. (Croquis número 7.)

Mlle. Cheirel: Vestido Princesa de terciopelo negro muy escotado y sujeto en los hombros con barretas de diamantes.

La misma: Vestido de seda tornasolada pechuga de paloma, adornado con aplicaciones de encaje. Cuello y cinturón de raso.—*Toque* de terciopelo negro, adornada con rosas y una *aigrette*.

La misma: Abrigo de tafetán glaseado color de rosa, con



Núm. 7.

reflejos grises, guarnecido con entredoses de guipur crudo. —Sombrero con bullonado de tul y plumas negras. (Croquis núm. 8.)

La misma: Traje de muselina de seda color de berengena, guarnecido con encajes. Mangas de seda del mismo color y bieses iguales rodeados de encaje. (Croquis núm. 9.)

Mlle. Lavigne: Sobre una falda de lanilla color de lavanda, blusa de seda blanca con listas azuladas y adornos de botones de acero. En el cuello y en la cintura cinta obscura muy estrecha. (Croquis núm. 10.)

°°°

Un burgués decía á un pintor:

—¿Por qué ha llevado usted más caro á Fulano de Tal por pintar su perro que á mí por hacer mi retrato?

—¡Cómo! ¿Por qué? Usted olvida que el perro anda á cuatro patas, mientras que el hombre no tiene más que dos. Son dos patas menos.

Armando de Bethome, obispo de Puy, poseía una nariz descomunal.

Un dia el Duque de R..., que era escandalosamente chato, le bromeaba á propósito de su narigón.

La broma se hizo tan pesada, que Su Ilustrísima acabó por impacientarse.

—¡Basta, caballero!—exclamó;—deje mi nariz en paz. ¿Creéis, por ventura, que me la hicieron á expensas de la vuestra?



Núm. 8.

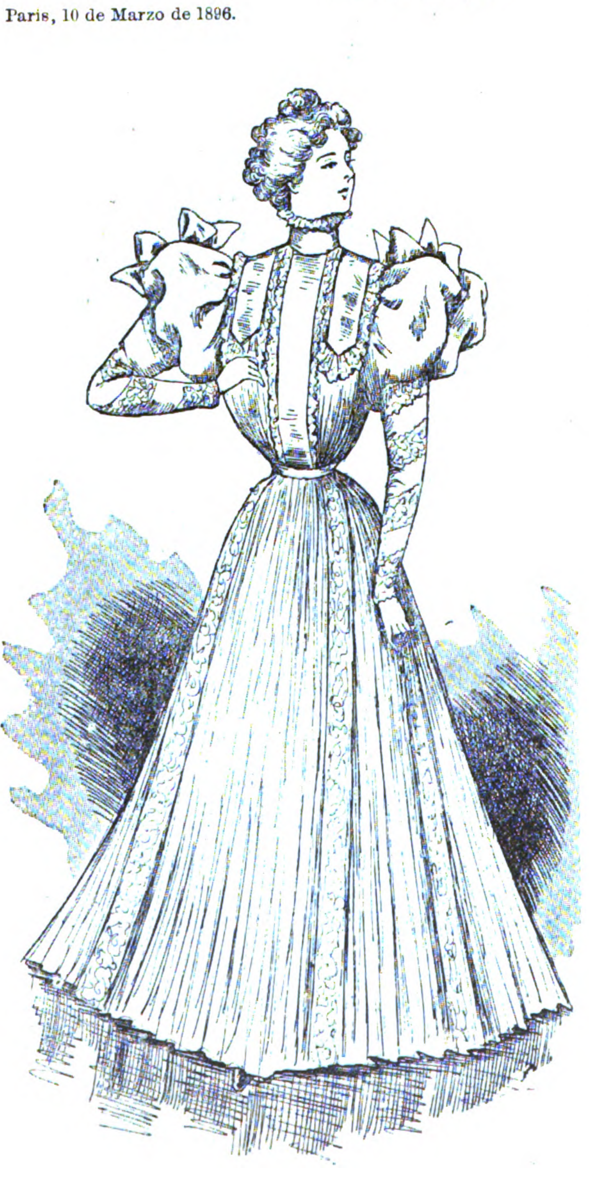
Un niño precoz.

Le preguntan qué edad tiene.

—Según y cómo—contesta el nene.—Cuando voy en ferrocarril, tengo dos años y medio; cuando no, tres y medio.

V. de Castelfido.

París, 10 de Marzo de 1896.



Núm. 9.



EXPLICACIÓN DE LOS GRABADOS.

Sombrero para señoritas ó señoras jóvenes. Núm. 1.

El ala es de fieltro negro, y el fondo flexible de terciopelo del mismo color. Banda plegada de encaje amarillento, prendida con una hebilla de *stras*. Plumas negras y *aigrette* blanca. Cubrepeineta de flores blancas.

Matinée de franela.—Núms. 2 y 3.

Se hace esta *matinée* de franela blanca, crema ó azul reseda. La espalda forma un pliegue grueso doble, y los delanteros varios plieguecitos de lencería bajo un cuello vuelto bordado de negro. El resto del delantero se compone de un pliegue ancho y de dos tiras bordadas. Bordado igual en el borde inferior. Cinturón de franela, con botón de plata cincelada. Manga de codo, con un globo por encima.

Collet salida de baile y teatro.—Núm. 4.

Collet de terciopelo color de lagarto, formando *godets*, forrado de raso color de cereza y guarnecido con una especie

Núm. 10.

de segundo *collet* ó esclavina formada de dos volantes ondulados de tafetán verde lagarto, ribeteados de un rizado de tul negro.—Vestido de baile de raso marfil, cuyo cuerpo va cubierto de una blusa de cuentas de cristal y azabache.

Tela necesaria para el collet: 2 metros 50 centímetros de terciopelo; 4 metros 50 centímetros de raso color de cereza, y 3 metros de tafetán.

Traje de teatro ó convite.—Núm. 5.

Vestido de raso color de lila sonrosado. Cuerpo con canesú que forma unas puntas agudas en los lados y otra punta menos larga en medio, cuyo canesú va bordado de cuentas verdes y color de lila, acompañado de un bordado de seda del color del vestido. Un bullón de raso rodea el canesú en los hombros. El cuerpo, terminado en punta, va plegado por delante, y una aldetita muy ondulada le termina al partir de los lados. Las mangas globos van guarnecidas con una cartera bordada. La falda forma unos pliegues *godets* profundos desde los lados.

Traje de calle para señoritas.—Núm. 6.

Falda de lanilla marrón dorado. Cuerpo de *surah beige*, sostenido con tirantes de terciopelo marrón dorado, guarnecido de encaje amarillento. Sombrero de terciopelo marrón dorado, adornado con raso marfil y cocas de raso.

Tela necesaria: 6 metros de lana, de un metro 20 centímetros de ancho; 8 metros de alpaca para forro, y 2 metros 50 centímetros de *surah*.

Vestido para niñas de 7 años.—Núm. 7.

Es de lana color de piel de Rusia, y consiste en una especie de blusa estrechada en la cintura con un cinturón de piel, el cual pasa bajo el pliegue ancho y redondo que atraviesa el centro del delantero. Espalda y delantero plegados á la altura de un canesú con pliegues fijados en un punto de bordado. Manga globo, con puño y cuello alto. Tres cintas estrechas de raso adornan la falda.

Tela necesaria: 3 metros 75 centímetros de lana, de un metro 20 centímetros de ancho.

Vestido para niñas de 3 á 6 años.—Núm. 8.

Este vestidito es de bengalina color de rosa muy pálido, y va guarnecido con encaje y cintas color de rosa pálido. Puede hacerse de lana blanca ó de color, de terciopelo inglés ó de terciopelo rayado.

Tela necesaria, para niñas de 4 años: 3 metros 50 centímetros de bengalina, y 3 metros 50 centímetros de satinete para forro.

Sombrero de primavera para señoritas.—Núm. 9.

Este sombrero es de fieltro mordorado, y va adornado con una banda plegada de terciopelo glaseado color de naranja y blanco. Unas plumas y unas *aigrettes* negras completan los adornos.

Traje de calle.—Núm. 10.

Falda de paño color de avellana claro. Cuerpo-blusa del mismo paño, bordado de trencilla verde. Chaleco alto, de terciopelo verde retoño, cuyo chaleco desciende por delante formando una tabla. Solapas de batista plegada, rodeada de un encajo estrecho amarillento. Un encaje igual rodea el cuello, formando puntas. Mangas de terciopelo, ahuecadas por arriba y muy largas, terminando en puntas sobre las manos. Cinturón de terciopelo con hebillas de *stras*.

Traje de soirée para señoras jóvenes.—Núm. 11.

Este elegante y precioso modelo se hará de seda lisa, brochada ó *pekinada*. La combinación de las puntas de terciopelo adelgaza el talle, y las aldetas bien marcadas, con *godets* profundos, completan el conjunto original del cuerpo. Sin embargo, se podrá prescindir de las puntas de terciopelo y hacer el cuerpo todo de la misma tela.

Tela necesaria: 16 metros de seda brochada; un metro 50 centímetros de terciopelo liso, y 16 metros de forro de seda.

Traje de paseo.—Núm. 12.

Collet de terciopelo color ciruela, con canesú bordado y rodeado de una especie de gola de gasa color ciruela más claro. Cuello y ribete de piel, que puede reemplazarse con un cuello de muselina de seda ó tul doble y un ribete de terciopelo negro.—Vestido de raso negro.—Sombrero de terciopelo color de ciruela, forrado de terciopelo malva, forma Luis XVI. El ala va guarnecida con un rizado grueso y anudado, de gasa color de ciruela y color de malva, sobre el cual cae un encaje blanco. Unas plumas negras puestas por detrás completan los adornos.

Traje de calle.—Núm. 13.

Este traje de entretiempo es de lana color de ladrillo, y va atravesado horizontalmente de galones de lana negra, anchos y estrechos, figurando listas. La falda es ancha por abajo. El cuerpo se compone de espalda lisa y ajustada y delantero-blusa. Manga al sesgo, de lana lisa. Cuello alto y collar de pluma negra.—*Toque* tul negro, adornada con una *aigrette* de pluma negra.

Tela necesaria: 7 metros de lana, de un metro 20 centímetros de ancho; 18 metros de galón ancho y 35 metros de estrecho.

Traje de visita.—Núm. 14.

Vestido de moaré ondulado gris plata. *Collet* de raso negro, guarnecido con un volante plegado de muselina de seda negra. Lazo grande, de cinta ancha de moaré.—Sombrero de terciopelo negro.

El *collet*, que es una confección de primavera muy cómoda, irá bien con todos los vestidos de lana ó seda.

Tela necesaria: 2 metros 50 centímetros de raso; 2 metros 50 centímetros de seda para forro, y 4 metros de muselina de seda, de 40 centímetros de ancho.

Enagua de tafetán.—Núm. 15.

Se hace esta enagua de tafetán tornasolado color de pechuga de palomo, y se le guarnece con volantes de la misma tela, ribeteados de *ruches* recortadas de tafetán tornasolado.

Enagua de tafetán.—Núm. 16.

Es, como la anterior, de tafetán tornasolado color de rosa y azul, y va guarnecida con volantes anchos de encaje ocre.

Abrigo para niñas de 10 á 12 años.—Núm. 17.

Este abrigo, de paseo, es de paño fino color de avellana, y se compone de espalda y delanteros anchos, plegados en el borde de un canesú del mismo paño, bordado de trencilla. Un pliegue grueso ocupa el centro del delantero. Cinturón de paño, que se pasa bajo el pliegue del medio. Manga ancha, terminada en un puño de paño bordado de trencilla. —Sombrero de fieltro mordorado, adornado con cinta de raso azul y plumas azules.

Tela necesaria: 4 metros de paño.

Deshabillé para señoras jóvenes.—Núm. 18.

Se compone de una falda ancha de *surah* glaseado verde y gris, y de un cuerpo-blusa fruncido en el escote y en la cintura sobre un forro ajustado. Manga recta, estrechada con un brazalete de terciopelo verde, adornado con una aplicación de bordado negro. La misma aplicación adorna un cuello en pie de terciopelo y un cuello vuelto de tela igual, guarnecido de un encaje blanco plegado. Un volante igual en las mangas. Cinturón de terciopelo, cerrado con un botón de fantasía.

Tela necesaria: 15 metros de *surah*, y un metro de terciopelo.

Abrigo de entretiempo.—Núm. 19.

Paletó saco de paño *beige*, con espalda de una pieza y delanteros cerrados en medio y recortados sobre un canesú de paño blanco. Cuello alto igual. Manga al sesgo, montada con un *jockey* de paño, ribeteado de un cordoncillo bordado. Unos bordados de azabache adornan el cuerpo del paletó. Falda de seda brochada.—Sombrero de paja encarnada, guarnecido con rosáceas de raso blanco y plumas negras.

Tela necesaria: 3 metros de paño *beige*, y 30 centímetros de paño blanco.

LOS DOS CADÁVERES.

AVENTURA AMERICANA.

I.

Hace próximamente ocho años que, después de muchas dificultades, logré ser empleado en una línea férrea de la América del Norte, cuyo nombre no tiene importancia alguna para mi narración: tanto tiempo había perdido en esperanzas que jamás veía realizarse, que al recibir mi credencial de conductor experimenté una alegría que dudo me hubiera satisfecho más el ser elegido Ministro de Hacienda.

Llevaría escasamente un mes de servir aquel destino, cuando un compañero nuestro fué asesinado durante un viaje, al lado de la caja de valores que lealmente custodiaba: contra lo que se temía, hallóse ésta perfectamente cerrada, lo que probó que el desgraciado Smith la defendió heroicamente y que los ladrones, despechados de no poder llevar á cabo su criminal intento, se vengaron en darle muerte. Pero lo que hubo más extraño en este acontecimiento fué que las llaves de la caja donde iban los caudales (cuya cerradura presentaba inequívocas señales de haber querido forzarla) no se encontraron en el bolsillo del pobre conductor, sino algunas semanas después, arrojadas á un lado de la vía y envueltas en un papel, donde por medio de dos líneas rápidamente trazadas declaraba Smith que tenía ladrones en su coche y que esperaba ser asesinado de un momento á otro. Por desgracia, no se equivocó, pereciendo fiel á su deber, como un soldado en su puesto.

La compañía me nombró para reemplazar á mi compañero, y puedo asegurar que no me inspiró gran reconocimiento esta prueba de confianza: el puesto era harto peligroso para aceptarlo con gusto; pero el Director mandaba y se hacía preciso obedecer: conveníame, además; que el sueldo tenía un aumento considerable, y esto facilitaba mis proyectos para el porvenir, pues no lejos de mi pueblo, y escondida en el fondo de un valle delicioso, había una casa de campo donde vivía la señora de mis pensamientos, hechicera criatura que se hallaba completamente dispuesta á participar de mi suerte apenas tuviera una posición que ofrecerle, por modesta que fuese. Júzguese, pues, si cualquier adelanto en la carrera que seguía tendría importancia para mí.

Tomé posesión del destino del pobre Smith, y durante algunas semanas viajé tranquilamente. Empezaba á acostumbrarme á las nuevas tareas, y entretanto iba creándome simpatías y relaciones en toda la extensión de los caminos que recorría. En suma, sentíame contento de mi suerte, contribuyendo quizá á ello que los ladrones, cuyas fechorías dieron tanto que hablar, no manifestaban la más leve señal de existencia, y todo inducía á creer que, temerosos de ser perseguidos por lo que hicieron con mi predecesor, habían trasladado á otra parte su campo de operaciones.

II.

Un día el Director me llamó á su oficina para comunicarme que en aquella semana debía trasladarse por el camino de hierro una suma de 200.000 dollars en oro y que me estaba confiado el transporte y cuidado de dicha expedición. Habían al mismo tiempo dado aviso á todo el personal de la línea, á fin de que cada cual redoblase la vigilancia.

Dos días después de esta conversación, fuí llamado de nuevo por el jefe para anunciarme que el oro se expediría al siguiente: entregóme á la vez un sobre cerrado, y me dijo:

—Hé aquí las instrucciones de lo que debéis hacer, que os envía el Director general; leedlas con atención y cumplidlas al pie de la letra.....; porque la menor infracción de ellas podría ocasionar á la Compañía una pérdida de importancia y á vos la de vuestro destino.

—Os aseguro que cumpliré en conciencia mi deber—le respondí.

—Creo, en efecto, que tenéis las mejores intenciones—replicó el jefe;—pero en estos casos nunca se obrará con demasiada prudencia. Los bandidos que infestan el país son finos como el ámbar; sus planes, atrevidos é imposibles de precaver; el mismo diablo perdería con ellos su tiempo y su latín.....; me parece que obro con prudencia poniéndoos sobre aviso.....

En este instante oímos cerca de la puerta un ligero ruido. Si mi interlocutor y yo no hubiésemos estado completamente solos en la oficina y la máquina de maniobras al otro extremo de la estación, y, por consiguiente, tan lejos de nosotros que muy de tarde en tarde percibíamos algunas de sus ruidosas aspiraciones, aquel rumor habría pasado desapercibido; pero entonces fué todo lo contrario, pues heridos de la misma sospecha, mientras el jefe miraba por la ventana, yo corrí á la puerta, la abrí y registré ávidamente la gran sala que precedía al despacho, notando en seguida, al fondo de ella, un hombre de pie y con la cabeza inclinada, como en actitud de escuchar nuestra conversación.

Vióme en seguida, y sospeché que no le era muy agradable que le sorprendieran por el leve estremecimiento que no le fué posible dominar cuando mi mirada se cruzó con la suya.

Pero no tardó ni un segundo en recobrar la sangre fría, y con aire indiferente se aproximó á la ventanilla enrejada, á través de la cual el jefe se comunicaba con el público.

Tenía el hombre un aspecto bastante distinguido; representaba cuarenta años, vestía de negro y llevaba un sombrero de anchas alas: sin la nariz un poco roja, que acusaba su afición á bebidas espirituosas, se le habría podido tomar por un pastor protestante de los de mejor catadura; otra particularidad que noté en él fué tan encendido el ojo derecho, como si tuviera un golpe de sangre que le cubriera toda la córnea; además, la pupila negra como azabache estaba completamente inmóvil, y al aproximarse á nosotros comprendí que el ojo en cuestión era de cristal; así tenía una expresión de tal modo rara y contraria á lo natural, que se me ocurrió que, aunque pasara veinte años sin verlo, reconocería al individuo en cualquier parte que le hallara.

—¿No se ha recibido de O... un paquete dirigido á Salomón Van Scotter?—preguntó políticamente para contestar á la mirada interrogadora del jefe.

Consultó éste un voluminoso registro abierto delante de él, y respondió negativamente.

—¡Es particular!—dijo el hombre;—el cajón debió llegar ayer tarde. Y á propósito, ¿habéis leído el *Evening Chronicle* de hoy?

Y después de esta pregunta, el extranjero permaneció inmóvil y mirando con fijeza al jefe.

—No—replicó éste, sin añadir nada más.

El hombre sacó entonces un periódico de su bolsillo, lo desdobló y extendió delante de nosotros, señalándonos en la primera plana el siguiente párrafo:

«*Terrible accidente.*—Ayer, mientras dos labradores llamados Esteban Scotter y Jorge Harrington se ocupaban en cortar leña en los bosques de L..., un enorme tronco de árbol cayó sobre ellos. Scotter murió en el acto, y Harrington recibió heridas tan graves, que falleció algunas horas después.

»Los dos eran naturales de K..., donde residen sus familias, y éstas han dispuesto que se transporten sus restos para inhumarlos en el panteón de su propiedad.»

—Esteban era mi hermano..... mi hermano gemelo—añadió el hombre lastimosamente;—se me parecía mucho..... muchísimo..... y Jorge, el marido de mi única hermana..... Es un golpe terrible que no sé cómo podrá resistirlo la infeliz viuda. Tan triste acontecimiento es el que me trae aquí, pues deseo que los cadáveres sean trasladados por el camino de hierro..... ¿A cuánto ascenderán los gastos?

—A veinte y cinco dollars—respondió el jefe.

—La distancia es larga, y los cuerpos no podrán llegar sino al momento preciso.....; muchos os agradeceré que no haya retraso en colocarlos; pues podéis comprender con qué ansiedad serán esperados.

El jefe prometió activar cuanto pudiera la triste ceremonia; el hombre le dió expresivas gracias, y añadió dirigiéndose á mí:

—¿Podríais indicarme la oficina de telégrafos? Necesito indispensablemente comunicar á mi hermana la infausta nueva.

Apresuréme á darle las señas que deseaba, y el extranjero salió de la oficina: dos minutos después el ruido de sus pasos se perdía á lo lejos.

—¡Extraño individuo!—dije al jefe.

—Raro, en efecto—me respondió.

—Tengo curiosidad de saber si habrá escuchado nuestra conversación á propósito del envío del dinero.

—No es fácil, y además parece una persona honrada.

—¡Al diablo las apariencias! Convengo lo que decís; pero eso no quita lo que tengo metido en la cabeza: cuando le descubrí, tenía todo el aire de querer escuchar lo que hablábamos.

—¿Estáis seguro?—me preguntó con azoramiento.

—No podría jurarlo; pero si no era, os afirmo que tal parecía su intención.

—Haríais bien en ir al telégrafo é informaros del contenido del despacho que acaba de poner.

—Voy al instante.

Tan pronto pensado, tan pronto hecho; volé á la oficina de telégrafos, y llegué justamente cuando mi hombre salía; no pareció reconocerme, ó al menos no miró hacia mí, y creí prudente fingir que no le veía.

—¿Ha enviado un despacho á K... el caballero que acaba de salir?—pregunté al joven telegrafista después de haber cerrado la puerta al entrar.

—Sí—me contestó;—¿pero por qué lo pregunta?

—Simplemente por curiosidad; ¿era un telegrama importante? porque hace un momento aseguraba al jefe y á mí que su hermano y su cuñado acababan de ser víctimas de un horrible accidente.

El empleado tomó el original del despacho y me lo alargó; estaba dirigido á la señora Harrington en K... y concebido en estos términos:

«Esteban y Jorge muertos desgraciadamente; van á traerlos, y serán transportados mañana jueves en el tren de las once y cuarenta. Avisa á la familia para que los reciban.»

Todo ello parecía muy natural, y sentí poco á poco desaparecer mis dudas. Salí de la estación y me dirigí á descansar, pensando que el día siguiente sería grande para mí. ¡Diantre! ¡un conductor no hace todos los viajes con dos cadáveres y doscientos mil dollars en oro!

III.

El jueves por la mañana temprano llegó el dinero, encerrado en una soberbia caja de madera reforzada de hierro con esquinazos de lo mismo y doble cerradura. Hícela acomodar en el furgón que le tenían destinado y donde me propuse viajar para no perderla ni un punto de vista. Cuando la tuve acomodada en su rincón, me pareció que estaba ya segura: aunque se hallaba rodeada de muchos paquetes de mercaderías, algunas de gran valor, todo resultaba sin ninguno ante la enormidad de dinero que guardaba la caja; disponíame á encerrarme con ella, cuando pocos momentos antes de partir el tren llegaron á la estación dos carruajes.

Contenía uno de ellos los anunciados cadáveres, encerrados en sólidos ataúdes de encina barnizada, y el otro seis caballeros enlutados que sin duda venían acompañándoles para rendirles el último tributo de amistad. Busqué entre el duelo al hermano afligido del ojo de perdiz y no le hallé, pareciéndome su ausencia en tales momentos sumamente extraña, aunque distraído en breve no volví á acordarme de él.

Habíase entablado una discusión muy viva entre el jefe del tren y los dolientes: no se hallaba sitio para los ataúdes, pues los coches, furgones y batea, completamente llenos de gentes ó mercancías, no podían admitir nada más: sólo en



7.—Vestido para niñas de 7 años.

8.—Vestido para niñas de 3 á 6 años.

9.—Sombrero de primavera para señoritas.

10.—Traje de calle.

11.—Traje de soirée para señoras jóvenes.



12.—Traje de paseo.

mi departamento había espacio disponible, y después de mucha conversación y hasta de algo de innoble regateo por parte de los enlutados, el aburrido jefe dió orden para que colocaran los dos cadáveres en el furgón donde yo iba.

Hiciéronlo así, trasladándolos sus mismos amigos, y tardando, por cierto, bastante en acomodarlos, por más que la operación no fuera difícil; despidióse el duelo de uno de ellos que se quedaba para acompañar los difuntos, y yo, negándome á admitir la compañía de un vivo, ya que debía soportar la de los muertos, obligué al doliente á entrarse en otro coche, aunque dejó convenido con el jefe que al llegar á la estación de W... vendría á dar un vistazo á su lúgubre comisión. Por fin, cerráronse las portezuelas, vibraron las campanillas de aviso y el tren se lanzó á todo vapor.

Sentado junto á la caja del dinero, tardé más de una hora en concluir mis apuntes y leer veinte veces las bien explicadas instrucciones del Director general: habíamos dejado ya á la espalda cuatro ó seis estaciones, cuando se me ocurrió dirigir una mirada á mis silenciosos compañeros de viaje, que se hallaban al extremo opuesto del sitio que yo ocupaba. Como se puede suponer, la barnizada madera de los ataúdes nada me decía, y á cada instante crecía en mí el deseo de ver el rostro de los difuntos. No era una banal curiosidad la que me impulsaba, sino vago y secreto anhelo de resolver un problema que sólo de aquel modo podía tener solución.

Me aproximé á los ataúdes, y vi con asombro que las tapas no unían herméticamente, y mirándolas con más atención reparé que los goznes habían desaparecido, lo que extrañé tanto más, cuanto que estaba seguro que los tenían cuando los llevaron al vagón.

Recordé entonces el tiempo que los del duelo tardaron en colocar sus lúgubres fardos, y dí por supuesto que lo gastaron en retirar quedamente los tornillos; pero si quitaron los

goznes teniendo cuidado que no lo advirtiera nadie, esta operación debía tener un fin que yo no alcanzaba. ¿Cuál podía ser?

Mientras me hacía mentalmente esta pregunta, levanté un poquito la tapa del ataúd más próximo á mí, y dirigí al interior una rápida ojeada: el cadáver era un hombre joven, de facciones duras y angulosas y la cara regularmente llena; pero no tenía ni el color indefinible, ni la apariencia de cartón-piedra de un sér á quien falta la vida, y no pude menos de pensar que aquellas carnes estaban demasiado frescas para un difunto de tres días.

Dejé caer con suavidad la tapa, y alcé la del otro: pero allí me aguardaba una sorpresa mayor: el muerto era el hombre que fué el día anterior á la oficina y estuvo hablando con mi jefe; y para que no hubiera posibilidad de equivocarse, aquel ojo color de escarlata se hallaba clavado en mí. Durante un momento la emoción me paralizó de tal suerte, que ni aun por salvar la vida habría podido hacer movimiento alguno.

¡El hombre vivo después del terrible accidente que, según el suelto del periódico, costó la existencia á Esteban Scotter y Jorge Harrigton, el que había solicitado la traslación de sus parientes por el ferrocarril, estaba á mis pies, difunto según todas las apariencias! Acordéme de lo que el individuo en cuestión dijo acerca de su asombroso parecido con el hermano gemelo: pero por grande que sea el poder de la naturaleza en tales semejanzas, no era posible que hubiera sentenciado á los dos á tener un ojo de cristal y rojo por añadidura, pues ya esta coincidencia sobrepujaba á todas las probabilidades, hasta las más descabelladas.

Continuando en examinar el supuesto cadáver, me pareció que el otro ojo se habría imperceptiblemente y que una mirada acorada y fría como la punta de un puñal se deslizaba entre los párpados clavándose en mí..... Ya no me quedaba la menor duda; pero el mismo terror me iluminó lo que debía hacer. Si manifestaba apercibirme del hecho, estaba perdido irremisiblemente. Así, afectando la mayor indiferencia y una tranquilidad que estaba muy lejos de mi atribulado espíritu, dejé caer la pesada tapa y reflexioné un instante sobre los medios que emplearía para salir de tan grave y peligrosa situación.

Seguro estaba de que la conversación del jefe conmigo había sido escuchada por aquel bribón y que se trataba de un plan preconcebido para asesinarme y apoderarse del tesoro confiado á mi custodia. Puesto que el individuo del ojo de cristal se hallaba vivo, el otro debía estar tan muerto como su cómplice; y como si los dos no fueran bastante, en el mismo tren viajaba un tercero que, en cuanto llegáramos á W..., debía venir á dar una vuelta á los cadáveres. Si permitía que entrase en el vagón y se reunieran, en cuanto dejásemos la estación me atacarían y tendrían espacio suficiente para quitarme la vida y apoderarse del oro antes de llegar á otra.

No íbamos á tardar diez minutos en llegar á W..., y no había tiempo que perder en vacilaciones: con energía febril y fuerzas de gigante empecé á coger cajas y paquetes de mercaderías y amontonarlos sobre los ataúdes..... Sólo cuando estuve cierto que los supuestos difuntos no podían moverse, conseguí respirar libremente. Los silbidos de la locomotora anunciaban en aquel momento que entrábamos en la estación.

Desde la ventanilla, y sin perder de vista la caja de caudales, di voces y llamé en mi auxilio..... Guardias y empleados acudieron, y en pocas palabras les puse al corriente de lo que sucedía. Apoderáronse primero del caballero doliente, que puso el grito en el cielo mostrándose indignado del atropello que se le hacía..... Pero no le sirvió de nada, pues en un abrir y cerrar de ojos estuvo sólidamente atado y con un par de esposas en las muñecas.

No nos fué tampoco difícil prender á los supuestos difuntos, que, sin poder darse cuenta de cómo había abortado un plan tan sabiamente combinado, se dejaron amarrar como corderos, á pesar de que, así ellos como el otro, estaban armados hasta los dientes.

Los tres ladrones, rodeados de una buena escolta, fueron llevados á W..., donde también tuve que ir para hacer entrega de los 200.000 dollars. Mientras se reunía el tribunal que debía juzgar á los presos desempeñé mi comisión y volvíame al tren, cuando al pasar por la cárcel vi al hombre del ojo de perdiz asomado á la doble reja del calabozo alto donde lo habían encerrado; al conocerme, sonrió con dulzura y me dijo en tono protector:

—Bien, amiguito, muy bien; sois valiente é iréis muy lejos en vuestra carrera. Preciso es ser listo como un diablo para pescarnos del modo que lo habéis hecho.

—Os agradezco en el alma el cumplido, y creed que os acompaño en la terrible aflicción que experimentáis por la desgracia de vuestro hermano.

Hé aquí lo que respondí al bribón que se permitía darse aires de amistad conmigo. Desde entonces no he vuelto á verle en parte alguna, y deseo sinceramente que jamás llegue á ponerse delante de mí.

A. Hermill.

MALAGUEÑAS.

I.

Planta silvestre entre flores
Es un viejo entre muchachas;
¡Que nadie se cuida de ella
Y quien la advierte la arranca!

II.

Es la envidia como el viento,
Que azota lo que está alto;
Como el viento es invisible,
Y como el viento hace daño.

III.

En donde no te conozcan
Quiero, serrana, vivir,
Para que, al verme llorar,
No presuman que es por ti.

IV.

Es semilla el egoísmo,
Que el corazón donde nace
Lo deja seco y marchito.

V.

Soy lo mismo que la noche,
Que al pasar deja el rocío,
Y yo al cruzar dejo llanto
Salpicando mi camino.

Narciso Díaz de Escovar.

Málaga.

MI ESPOSA OFICIAL,

ARREGLO DEL INGLÉS POR L. B.

LIBRO PRIMERO.

LA BODA OFICIAL.

CAPÍTULO PRIMERO.

Todos tiritábamos de frío dentro del vagón, mientras que las ruedas rompían el hielo amontonado sobre la vía, y el tren, con la vertiginosa rapidez de un expreso, nos conducía por el extremo Este de Prusia en dirección á Königsberg.

Envueltos en sus mantas, los viajeros de mi compartimiento fumaban, hablaban ó leían, procurando hacer el tiempo lo más corto posible.

La hora antipática de la media noche era la elegida por la Compañía del ferrocarril para despachar el gran expreso de Berlín á San Petersburgo; y como yo había desembarcado en la primera de aquellas capitales media hora antes de salir el tren, sólo me había quedado tiempo para telegrafiar á mis amigos de la capital rusa anunciándoles mi salida, y tomar un billete vía Eydtkuhnen para el nuevo París de las orillas del Neva.

Mis preparativos para invadir la Rusia consistían en una buena manta, un mazo de buenos cigarros, unas cuantas novelas francesas y mi gorra de viaje, última moda, según me había asegurado al vendérmela un sombrerero del boulevard de la Magdalena. Mis inmediatos vecinos en el coche eran dos oficiales rusos, altos, rubios, elegantes y muy charlatanes, que volvían á su país después de pasar una temporada de vacaciones en París.

Después de arreglar mi semivivac sobre el mullido almohadón del coche, pronto quedéme adormecido, para despertar al amanecer delante de las altas murallas de Königsberg, en cuya estación hicimos el alto destinado al almuerzo.

Terminado éste, mis dos compañeros de viaje se dedicaron á los placeres del *baccara*, sin dejar por ello de hablar de los hechos culminantes de su estancia en París, de las mujeres que dejaban detrás de ellos, de las que les esperaban en San Petersburgo, y de otra porción de cosas que indicaban que el capitán Gregory Shevitch y el teniente Alexis Michaelovitch no se distinguían por su buena conducta como honrados hijos de familia, sin que por ello me metiese yo á juzgar de su conducta militar, que desde luego consideré irreprochable.

Hablando hablando, mis dos compañeros dejaron por fin en paz á Francia para ocuparse de Rusia; y como se trataba de un país para mí desconocido, pero que iba entonces á conocer, presté atención á sus palabras, y de esta manera me enteré de varias murmuraciones que, si en lugar de ser hechas en un vagón del ferrocarril lo hubieran sido donde oídos de la policía rusa pudieran haber llegado, no lo pasaran muy bien mis dos oficiales.

—Gregory—dijo Alexis,—me han dicho que los nihilistas despliegan ahora mucha actividad, y están trabajando con energía para restablecer su comunicación telegráfica y postal, que les destruyó Loris Melikoff.

—Eso me han dicho también; pero lo creo difícil, máxime cuando el nuevo jefe de policía dicen que es un Bismarck en su oficio.

Gregory encendió pensativo un cigarrillo, murmurando:

—No tienen más remedio que hacer un esfuerzo supremo para restablecer esa comunicación con un nuevo código de señales, ó renunciar para siempre á sus conspiraciones. Tienen mucho dinero, y no lo economizan.

—Es verdad; pero ahora creo que están cogidos. Según me ha dicho mi tío el Embajador, esperan de un momento á otro echar mano á.....

Y mirándome con recelo se inclinó hacia su amigo, murmurando unas cuantas palabras en su oído.

—¿De veras?—exclamó Alexis.—¿Esa mujer que tanto han buscado? Pues si la encuentran no creo que pueda tener mucho tiempo para alegrarse de su suerte.

—Ni yo tampoco, porque me lleváis ganado un dineral—añadió el capitán, alargando á su amigo un puñado de billetes de Banco, que éste se metió en el bolsillo tranquilamente.

Esta conversación me hizo recordar que era el afortunado poseedor de un pasaporte en regla, visado por la Embajada de Rusia, y además de varias cartas para mi pariente por matrimonio Constantino Weletsky, uno de los consejeros del Czar y persona muy querida en la corte imperial.

Mi hija habíase casado dos años antes con Basile Weletsky, hermano de Constantino, al que había encontrado y conocido en el verano anterior en la playa de San Sebastián; pero su dicha fué corta, pues hacía cuatro meses que una enfermedad habíale arrebatado su esposo, dejándola viuda con una niña de un año.

El deseo de arreglar la sucesión hereditaria de mi hija habíame decidido á emprender tan largo viaje después de dejar á mi mujer en París, porque su estado delicado de salud le impedía arrostrar los fríos é incomodidades de tan largo trayecto.

Los prolongados silbidos de la máquina anunciaron nuestra llegada á Eydtkuhnen, primera estación de la frontera rusa.

Un hermoso edificio, y sobre todo un espléndido restaurant en la parte correspondiente á Rusia, fué lo primero que vieron mis ojos, haciéndome recordar que era la hora más á propósito para un buen almuerzo. Pero no había yo contado con las formalidades necesarias antes de poner el pie en el territorio ruso, del cual me separaba una verja de hierro custodiada por soldados armados con sus fusiles y dispuestos á detener en el acto á cualquier persona sospechosa.

Mientras esperaba mi turno para llegar hasta la puerta, saqué del bolsillo mi pasaporte, lo desdoblé, á fin de evitar ese trabajo al oficial que había de revisarlo, y en la otra mano empuñé las llaves de mi *porte-manteau*, esperando de esta manera ganar tiempo, cumplir cuanto antes con las formalidades del registro y lanzarme á toda velocidad sobre el almuerzo, que mi estómago estaba pidiendo á gritos.

De repente sentí que una mano se apoyaba en mi brazo, y una voz muy dulce murmuraba en mi oído en perfecto castellano:

—Perdone usted, caballero; pero desearía hablar con usted dos palabras.

Al volverme pude ver una cara muy bonita, en cuyo centro se destacaban dos ojos que, al mirarme, parecían implorar compasión para su dueña.

—Estoy á sus órdenes—contesté en el acto, saludando con respeto á mi interlocutora.

—Déme usted su brazo, caballero, y de esa manera podremos hablar sin producir sospechas.

Apresuréme á complacerla, al mismo tiempo que para mis adentros no dejaba de pensar que si bien no era ninguna desgracia el pasear del brazo á una mujer joven, bonita y elegante, en cambio mi almuerzo iba á retrasarse considerablemente.

—Caballero—dijo la desconocida,—soy americana, y voy á Rusia, donde mi marido me ha precedido. El tiene un pasaporte para los dos, y yo, al llegar aquí, me encuentro con que no puedo pasar la frontera porque no había pensado en ese requisito.

—Comprendo que es un verdadero contratiempo, señora—dije yo;—pero no veo en qué puedo yo serla útil. No conozco á nadie aquí, donde vengo por la primera vez.

—Sí, señor, usted puede sacarme del compromiso en que me hallo. ¿No ha hecho usted el viaje solo?

—Sí, señora.

—Pues bien, cuando usted tenía ese pasaporte desdoblado en la mano hace un momento..... perdone usted mi indiscreción, pero en mi deseo de ver si ya que no conocía á la persona al menos conocía el nombre de usted, para que, como compatriota, me ayudase, lo leí, y vi que en él dice: *y señora.*

—Efectivamente, es cierto.

—Pues entonces nada se opone á que me haga usted pasar la frontera como si fuera su señora.

Y al decir esto, aquellos ojos tan bonitos se fijaban en los míos con la misma expresión de súplica con que se me habían dirigido la primera vez.

Mi primer impulso fué contestar con una negativa rotunda; pero no me dejó pronunciarla, porque, juntando sus dos manos y dejando asomar á sus ojos una lágrima, prosiguió:

—Por Dios, se lo suplico; no me deje usted aquí sola. ¿Qué va á ser de mí, sin conocer á nadie? Además, todo el mundo nos cree ya marido y mujer, puesto que nos ven pasearnos del brazo. Lléveme usted hasta Wilna; allí estará mi marido para recibirme y para darle á usted las gracias por su bondad.

Y mientras pronunciaba estas palabras me iba empujando dulcemente hasta la puerta, de manera que al terminar de hablar me encontraba yo enfrente del oficial de la policía rusa, que alargaba la mano para tomar mi pasaporte. Instintivamente se lo entregué, y oí leer en alta voz: «Coronel Arturo de Morla *y señora*, españoles», y la misma voz que añadía en francés: «En regla. Pueden ustedes parar al registro de equipajes.»

Automáticamente di dos pasos, y me encontré con mi acompañante dentro del territorio ruso, al mismo tiempo que en mi mano sentía un manojo de llaves que se me alargaba con disimulo.

Dado el primer paso, la cosa no tenía remedio. Así es que resueltamente me dirigí á los empleados de la aduana y presenté las llaves para que abriesen los dos baúles, el de *mi mujer* y el mío. El registro duró pocos momentos, y una vez terminado y cumplidas todas las formalidades, se separó de nosotros el oficial de policía que nos había acompañado, al mismo tiempo que detrás de mí se cerraba la puerta, dejándonos dentro de Rusia.

CAPÍTULO II.

Al sonido que produjo la verja al cerrarse, me pareció que la pequeña mano que se apoyaba en mi brazo temblaba un poco, y al mirar á mi compañera observé que su cara estaba muy pálida; pero al notar que la miraba, haciendo un esfuerzo sobre sí misma, procuró sonreirse, diciéndome en voz muy baja:

—Guarde usted mis llaves; así parecerá más *conyugal.*

—Bueno, seguiremos adelante con la comedia, amiga mía—respondí yo, con un tono algo burlesco.

Pero al notar el tono familiar de mis palabras, mi inter-

locutora casi se separó de mí, mientras que su cara se teñía de un color rojo bastante subido y me dirigía una mirada de reproche. Comprendí que había obrado mal abusando de la situación, y me prometí á mí mismo no volver á reincidir, y portarme en lo sucesivo como un perfecto caballero.

Hecha esta reflexión, conduje á mi compañera hacia el restaurant, dispuesto á saciar esta vez mi apetito, que iba ya tomando proporciones alarmantes. No había sitios vacantes más que en una mesa que estaba reservada para un coronel ruso, que en aquel momento tomaba posesión de su asiento.

Gracias á la intervención del jefe del comedor fuimos admitidos á sentarnos enfrente del oficial, que, con una mirada primero y una sonrisa acompañada de un saludo después, indicó claramente que no le era desagradable la compañía de mi bonita compañera.

Esta, entretanto, recibía de manos del camarero el *menu*, y ordenaba tranquilamente un escogido almuerzo; y después, cogiendo la lista de los vinos, se volvió hacia mí, preguntándome:

—¿Qué prefieres beber, Arturo?

¿Cómo sabía mi nombre? Un momento de reflexión me hizo pensar que indudablemente lo había visto en mi pasaporte, y contesté con bastante naturalidad:

—Ya sabes que no tomo nunca más que Burdeos.

El Coronel era, como casi todos los rusos, un consumado políglota, y no tardó mucho tiempo en demostrarnos esa cualidad, presentándose á sí mismo en bastante buen español, y manifestándonos que su nombre era Ivan Petroff. Así es que mientras yo atacaba con persistente furia un pedazo de faisán que se encontraba en mi plato, mi compañera charlaba alegremente con el militar, el cual nos explicó que era el jefe de la frontera de Wilna, y que siempre tenía un verdadero placer en conocer á los españoles y americanos y en encontrar á éstos en Rusia, porque abrigaba la convicción de que, después que se juzgaba prácticamente á este territorio, se rectificaba en seguida la mala opinión que de él se suele tener cuando no se le conoce.

La charla del Coronel prometía prolongarse indefinidamente, cuando un oficial se le acercó saludando militarmente. Entonces, suplicando que le perdonásemos por un momento, levantóse de la mesa, saliendo del comedor.

En cuanto me vi solo dirigí la palabra á mi *señora*.

—Puesto que sabe usted mi nombre, es muy justo que yo sepa también el de usted. Además de que creo es indispensable para que sigamos nuestra pequeña comedia.

—Es verdad—me contestó;—mi nombre es Elena.

—¿Y su segundo nombre?

—María.

—Elena María; muy bonito indudablemente. ¿Y su apellido de usted se puede saber?

—Antes dígame usted el suyo, porque he leído su nombre en el pasaporte; pero fué lo único que pude leer.

—Morla—contesté.—Arturo de Morla, coronel retirado.

—No por la edad seguramente—replicó mi amiga con una graciosa sonrisa.

—Efectivamente, no por la edad, sino por una bala con que me obsequiaron los carlistas en la pasada guerra, y que me produjo una herida en la pierna derecha que me imposibilita para grandes marchas á caballo.

—Entonces mi nombre debe ser Morla: Elena de Morla. No lo olvide usted, porque podría costarnos caro á los dos. En Rusia un pasaporte falso es.....

No prosiguió, porque el Coronel entró de nuevo en el comedor, dirigiéndose á su puesto y exclamando en seguida:

—He sentido dejar mi almuerzo, pero mucho más he sentido dejar á usted, señora; mas se trataba de una cuestión de pasaportes, de la que me he tenido que ocupar en seguida. Afortunadamente, me parece que hemos echado mano á un individuo que viajaba con pasaporte falso.

—¿Un pasaporte falso?—preguntó *mi señora*.—¿Hombre ó mujer?

—Hombre—fué la respuesta de Petroff.

—Me lo figuraba, porque si hubiese sido una mujer, y una mujer bonita, no le hubiésemos tenido á usted tan pronto de vuelta—replicó Elena con un poquito de coquetería en su sonrisa.

—La más bella criminal de Rusia no me hubiera retenido ni un momento más de lo necesario, señora—contestó el amable Coronel, al mismo tiempo que miraba con admiración y entusiasmo á mi compañera.

A pesar de encontrarme muy ocupado con mi cuchillo y mi tenedor, observé aquella mirada, que hizo despertar en mí los sentimientos de marido, y me apresuré á cambiar de conversación diciendo:

—¿Supongo que los pasaportes falsos será una cuestión de todos los días en Rusia?

—De ninguna manera—contestó el Coronel;—las penas en esta materia son demasiado severas.

—¿Sí? ¿arresto ó multa, supongo?

—Multa no, pero arresto sí; sólo que es por toda la vida, y en Siberia. Sólo los criminales muy desesperados se atreven á arrostrar las consecuencias.



13.—Traje de calle.

El cuchillo y el tenedor cayeron de mis manos sobre el plato al oir las anteriores palabras.

—Prueba un poco de esta mayonesa, Arturo—se apresuró á decir Elena.—Está riquísima, y estoy segura que el coronel Petroff tomará también un poco.

Y alargó el plato al oficial ruso, con tal profusión de sonrisas y demostraciones amables, que éste, ocupado en admirar su cara, no se fijó en la mía, que debía demostrar en aquel momento con bastante claridad la angustia de que estaba poseído.

«Falsos pasaportes, prisión, Siberia; sólo los criminales muy desesperados se atreven á arrostrar las consecuencias.» Estas palabras zumbaban en mis oídos, impidiéndome prestar atención á lo que á mi lado sucedía.

Por último, tomé una resolución para acabar con aquel estado de cosas. Aquella mujer, que yo no conocía, me había convertido inconscientemente en un criminal ruso. La frontera alemana no distaba más que cincuenta metros de allí. Lo prudente era cruzar aquella barrera, y de ese modo librarme de las garras del oso de Siberia.

Excusándome con la Circe que me había conducido á aquella situación falsa, y que se encontraba en aquel momento charlando inocentemente con el Coronel, me levanté de la mesa, salí del comedor y me dirigí resueltamente á la puerta que marcaba la frontera, y que, por fortuna, estaba entonces abierta.

Alemania no distaba más que un metro de mis pies. Un segundo más, y me hallaba libre de todo compromiso. Ya tocaba el dintel de la puerta, cuando una mano me detuvo por un brazo, y una voz me dijo con imperio:

—¡Alto! ¡El pasaporte para salir de Rusia!

—No tengo pasaporte para salir—contesté al oficial de policía que me hablaba en su mejor francés;—pero usted me ha visto llegar no hace media hora en el tren de Berlín, y quiero volver á ese tren porque he dejado olvidado un paquete en el carruaje. Es cosa importante y no puedo dejarla detrás de mí.

—Sin un pasaporte es imposible que salga usted de aquí—replicó el oficial con amabilidad, pero con tono firme.

—Pues es preciso que pase. No puedo perder ese paquete.

—¡Imposible!

Miré, y, efectivamente, la cosa era imposible, pues la verja estaba defendida por dos soldados con sus fusiles al hombro.

—Sin embargo—dijo el oficial—se procurará encontrar ese paquete.

Y al mismo tiempo llamaba á través de la reja á un empleado alemán, al que dijo algunas palabras. Un momento después el conductor del tren de Berlín se presentó ante mí.

—Si quiero el señor darme una descripción del paquete, yo procuraré encontrarlo—me dijo.

No había más remedio que seguir adelante con la mentira. Hice una descripción imaginaria del mencionado paquete; puse un *thaler* alemán en poder del empleado, recomendándole que remitiese el paquete á mis señas en San Petersburgo, English Quai, núm. 5; saludé al oficial de policía ruso, agradeciéndole la atención que había tenido, y volví hacia el comedor, bien seguro de que, por esta vez, había caído en poder del oso de Siberia.

Cuando entré de nuevo en el restaurant me apercibí en seguida de que Elena no hacía más que mirar ansiosamente hacia la puerta. Aunque hablaba con el Coronel, seguramente su pensamiento estaba conmigo, pues noté que un suspiro de satisfacción se escapó de su pecho al verme entrar. Mi apetito había desaparecido, pero la ansiedad me hacía tener sed; así es que, dejando á un lado el Burdeos, me serví una copa de *cognac*, mientras que *mi mujer*, representando su papel á la perfección, me preguntaba:

—¿Qué te ha ocurrido para dejarnos, Arturo? ¿Hay alguna dificultad en los billetes?

A lo que yo contesté:

—Se me había olvidado facturar el equipaje y encargar un departamento reservado.

El Coronel aprovechó esta coyuntura para asegurarnos que no debía ocuparme de esos detalles, pues él tenía ya reservado un departamento, por tener que ir á una ciudad próxima á pasar una revista de inspección, y tendría especial placer en que le honrásemos acompañándole en el mismo vagón. Después de este ofrecimiento se dirigió á mí especialmente, para felicitarme por la dicha y suerte de ser querido por una mujer como Elena.

—Desde que salisteis del comedor, caballero, no ha hecho esta señora más que mirar á la puerta para ver si regresabais. Verdaderamente sois muy afortunado. ¿Me sería indiscreto preguntar si los señores hacen su viaje de luna de miel?

Elena, ruborizándose un poco, me miró; pero contestó en seguida con aire verdaderamente infantil:

—¡Oh, Coronel! ¡estamos casados hace años y años!

—¿Y van ustedes ahora á San Petersburgo?

—Sí, vamos á pasar allí la *season*.

L. B.

Continuará

CORRESPONDENCIA PARTICULAR.

Exclusivamente serán contestadas en este sitio las consultas que, sobre asuntos propios de las secciones del periódico, se sirvan dirigirnos las Señoras Suscriptoras á la edición de lujo y á la 2.ª edición, demostrando esta circunstancia con el envío de una faja del periódico, ó por cualquier otro medio.

Las consultas que se nos dirijan en *carta anónima*, ó que vengan firmadas por personas que no demuestren debidamente ser suscriptoras á las citadas ediciones, no serán contestadas.

A UN RUBIO.—Para el gabinete de una jovencita los muebles más á propósito son los de piping, limoncillo, bambú, etc., etc. (toda clase de maderas claras). De esto han de ser la cama, mesa de noche, lavabo y armario de luna.

Los muebles tapizados y cortinas deben ser de tela Pompadour de seda si quiere que el gabinete sea lujoso, y si no, de lana y seda; pero en el mismo estilo. Fondo azul ó rosa es lo más elegante y propio.

De estos muebles de tapicería puede colocar un divancito ó dos si el gabinete es muy grande, y dos ó cuatro silloncitos.

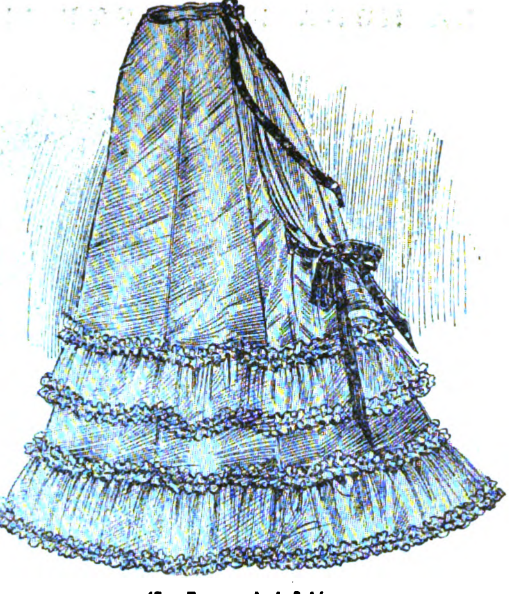
El tocador debe ser de muselina blanca, con viso rosa ó azul, según el fondo de la sillería. Una *ruche* de cinta del número 12 rodea el tablero del tocador; lazos en los lados del color de la *ruche*.

Puede añadir á los muebles del gabinete un costurero, pues también es propio de la habitación de una señorita.

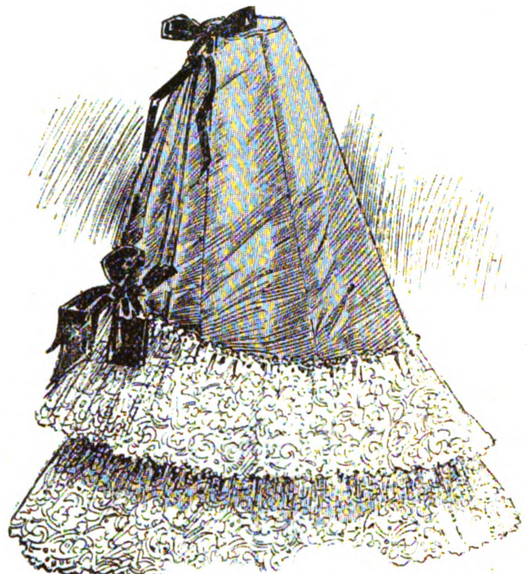
Generalmente, á los 16 años las señoritas se peinan con moño.



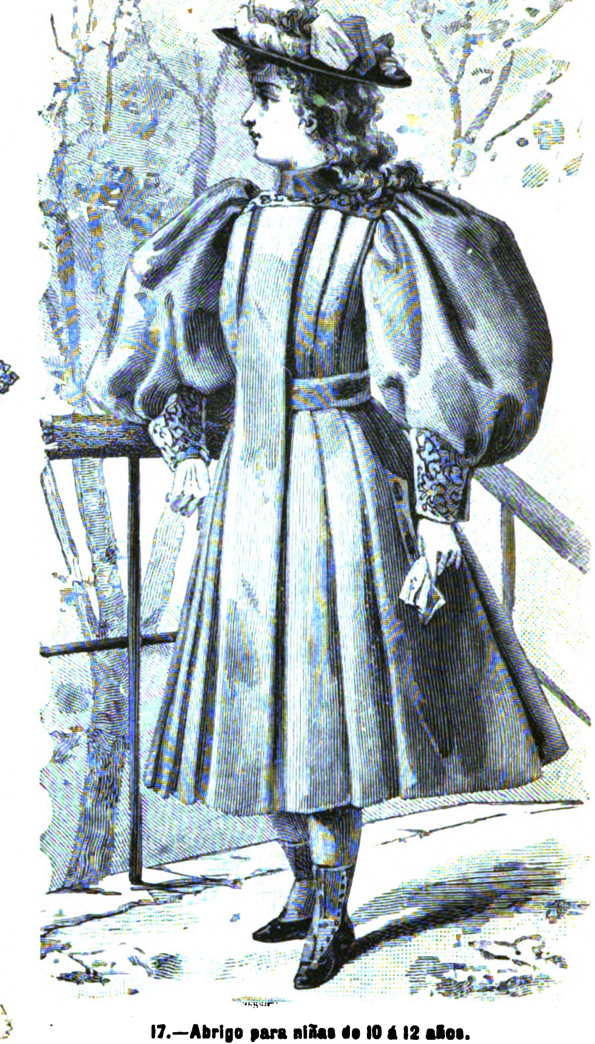
14.—Traje de visita.



15.—Enagua de tafetán.



16.—Enagua de tafetán.



17.—Abrigo para niñas de 10 á 12 años.



18.—Deshabillé para señoras jóvenes.



19.—Abrigo de entretiempo.

A Elena Dora Elsa.—Los plumistas rizan las plumas con hierrecitos á propósito, que calientan en espíritu de vino. Estos hierrecitos se pasan repentinamente por cada pluma de abajo arriba. Como ve, es operación sencilla, pero que necesita gran costumbre; y como es tan módico el precio que llevan en las fábricas por rizarlas, no merece la pena de exponerse á quemarlas.

Todas las señales son de que las mangas se seguirán usando, por algún tiempo, bastante amplias y forradas en la parte superior con linón finito de armar.

Continúan usándose los cuerpos distintos á la falda.

Las enaguas no se ahuecan por medio de aceros, sino por varios volantes de seda agrupados.

Las talmas ó *collets* seguirán estando de moda mucho tiempo, pues con las mangas tan anchas que ahora se usan es un abrigo muy cómodo.

Ese producto no tiene más nombre que el que indica.

En esta localidad se vende en todas las buenas perfumerías y droguerías, y también en algunas farmacias. Si en esa localidad no le halla, puede suplirlo con la bencina, que sirve también para ese objeto.

Á una Navarra.—Creo que con las explicaciones que á continuación le doy podrá confeccionar un lindo *collet*, cuyo modelo, de una de las principales casas de París, he tenido ocasión de ver detenidamente. El corte de este *collet* consiste en una sola esclavina cortada en redondo, formada por pequeñas nesgas agudas dispuestas de modo que forman un elegante cuello Médicis forrado de encaje ó de guipur crema colocado sobre transparente de terciopelo. Cortado en esta disposición, el *collet* sigue graciosamente la curva de los hombros y cae en *godets* unidos, pues cada nesga debe formar uno, independientes los unos de los otros.

Para cortar esta talma se coloca la tela de modo que el centro de cada nesga esté al hilo. Dos hileras de pespuntes hechos con torzal de seda á derecha é izquierda de cada costura de las nesgas forman un sobrio adorno que armoniza perfectamente con el estilo del abrigo.

Este modelo podrá reproducirse, y hará muy elegante copiado en paño gris claro, con cuello de terciopelo verde mirto y guipur color crudo. Debe hacerlo de paño verde con terciopelo mirto y encaje crudo, ó de paño color tabaco con terciopelo *mordoré* y encaje también crudo para la señorita y la señora joven.

A esa edad las señoritas suelen estar ya de largo.

El *barége* negro mate es muy propio para el traje de luto de esa señorita, pudiéndole usar en la estación entrante. Encontrará un buen modelo en el croquis núm. 3 del 22 de Enero. Hará muy elegante falda lisa, mangas, camisolín y cuello de la tela de *barége*, y la chaqueta de paño amazona bordado de *soutache* de lana. Cinturón de cinta de faya y hebilla de azabache mate.

Tenga la bondad de leer mi contestación *A una Entusiasta de Andalucía*, en la *Correspondencia Particular* del 6 de Enero del año actual, y verá la receta de una buena paella.

Siento no conocer la receta de ninguna pasta dentífrica.

Á C. L. B.—Para vestir le recomiendo mucho el elegante modelo de abrigo que verá representado en el croquis número 3 publicado en el número pasado, cuya hechura y estilo es elegantísimo y propio del estado en que se halla.

Este modelo podrá reproducirlo en seda brochada negra, paño fino color *beige* bordado de *soutache* marrón, ó en seda clara fantasía.

Si hace la chaqueta negra, podrá usarla con cualquier falda de seda, lana, crespón, etc., color claro ú obscuro, y si, por el contrario, la hiciera en tono claro, la falda puede ser de seda, lana, crespón, etc., negra ó de un color obscuro.

Le recomiendo para modelo de traje más de diario el grabado número 8 de La Moda del 14 de Enero último, que podrá reproducir en jerga ó lana inglesa gris, usándolo con camisolín distinto.

Á una Flor de lis.—Siento mucho no conocer otro procedimiento para conseguir lo que se propone. Si le conociera, tendría mucho gusto en indicárselo.

A una Cuidadosa.—Puede evitarse que los muebles se piquen espolvoreándolos con polvos de coloquíntida, frotándolos después con una franela, á fin de introducir los polvos en los agujeros y destruir los insectos.

No se deben sacudir las esterillas de junco japonés para limpiarlas, porque los hilos se rompen, sino cepillarlas primero, enrollándolas luego y poniéndolas de pie; de este modo se golpean contra el suelo para que el polvo salga, y una vez al mes se extienden sobre el piso, y con una esponja empapada en agua de sal gris se lavan sin cuidado. Si se dispone de un sitio cómodo, se riegan bien y se ponen á secar: la sequedad estropea la paja, y para que no se rompa hay que hacer esta operación de vez en cuando.

Del mismo modo se limpian las sillas de rejilla.

Á una Hacendosa.—Para limpiar los objetos de plata se comienza por meterlos en agua hirviendo. Después se les frota con un cepillo suave y jabón moreno; se aclaran en agua tibia y se secan con un paño fino de tela de hilo. Luego se frotan uno por uno con un poco de agua llamada de platero, mezclada con polvos rojos de Inglaterra. La operación termina frotándolos con gamuza.

Los polvos rojos sólo se usan de cuando en cuando; pero el resto de la operación debe hacerse diariamente. Siempre se acaba empleando la gamuza como ya queda dicho.

Para quitar las manchas que los huevos dejan en los cubiertos, se ponen éstos á cocer con un poco de ceniza tamizada, pero sin frotarlos.

Los cuchillos de plata no deben meterse en agua hirviendo, sino tibia.

Á Rosalba.—Mucho se usarán en la estación entrante los tejidos de tafetán de todos colores, *glacées* en dos tonos, tafetanes, camaleón *glacée* de tres ó cuatro tonos, cuyos reflejos forman una delicada armonía, y tafetanes Pompadour con dibujos tejidos sobre cadeneta, y ramos de todos tamaños, desde el mayor *bouquet* hasta el más diminuto. El fondo varía desde mil rayas, finas como un cabello, hasta la más ancha satinada. Otras forman cuadros del mismo estilo anteriormente explicado.

Los dibujos Pompadour en camafeos, destacándose sobre fondo de mil rayas multicolor, son también muy elegantes, así como los dibujos cachemir que acompañan con su variedad todas las combinaciones posibles. Alternarán con los tafetanes los fulares, los armures Luisiney, etc.

Las muselinas estampadas muy ligeras, sobre fondo de color y transparente de seda, se llevarán también mucho, sin olvidar el fular y el moaré de terciopelo, siendo de los tejidos más vistosos que la industria ha creado.

Á una Antillana.—Los *brioches* se hacen de la manera siguiente: Se toma kilo y medio de harina de flor, 350 gramos de manteca de vacas fresca, 5 huevos, 15 gramos de sal fina y 10 gramos de levadura en pasta.

Con medio kilo de harina se deslíe la levadura en un poco de agua tibia, formando una pasta floja que se pone en el fondo de una cacerola espolvoreada de harina, colocando la cacerola en sitio caliente para que la pasta suba y doble el volumen. Con un kilo de harina, la manteca, los huevos y la sal se hace una pasta muy ligada, añadiendo un poco de agua, y juntando con la dicha pasta la levadura antes preparada. A fuerza de trabajarla mucho, queda aquélla muy lisa. Después se deja diez horas en lugar caliente para que suba. Pasado este tiempo se saca de la cacerola, se pone sobre la plancha enharinada, se trabaja otro poco y se forman pequeños ó grandes *brioches*, que se doran con yema de huevo y se meten en el horno caliente, donde se tienen treinta ó noventa minutos, según el grueso de aquéllos.

Á Beatriz.—Como última innovación en las faldas, le señalaré la siguiente: Estando ésta cortada en redondo con mucha amplitud, como se usan, la cola va plegada de alto abajo á pliegues profundos, semejantes á los que forma el alba de un sacerdote. Estos pliegues, muy juntos en la parte alta, se abren en abanico hasta rozar el suelo. Esta disposición se hace en toda clase de tejidos, desde los moarés hasta los rasos consistentes y gasas más ligeras. Los pliegues, formados á máquina, quedan perfectamente marcados.

Esto quita á la falda mucha parte de su tersura. El año pasado el crespón estuvo muy de moda. En el corriente se usa, pero no tanto. En cambio aparecen los paños ligeros y de fantasía. Las vicuñas lisas de clase superior, flexibles y esponjosas, cada día se emplean más para los trajes estilo sastre.

También son de última novedad el *mohair* trenzado, tupido y brillante; el *mohair* rizado ó tejido formando rayas y cuadros; el gris, más pálido ó más obscuro, en los tonos neutros, almendra, etc. Estos tintes tienen mayor colorido que el gris hierro ó el gris perla, y se usarán mucho por las personas que gastan poco en vestir y no varían á menudo de traje, siendo menos vistosos que los colores fuertes que están también en boga, rojo, granate vivo, azul Francia, marrón claro, verde crudo, violeta y pensamiento, que se llevarán mucho también, y con la guarnición que les acompaña atenúan el esplendor un poco agresivo de estos colores.

Á una Elegante en provincias.—Tengo el gusto de darle, según su deseo, la receta de una opiata para cicatrizar los labios. Se toman:

Aceite de rosas	60	gramos.
Esperma de ballena	14	—
Cera virgen	14	—
Raíz de orcaneta	14	—
Esencia de rosas	2	—

Se pone todo junto (excepto la esencia de rosas) en un perolito de porcelana á derretir en el baño de María, y cuando estos productos se han derretido completamente, se deja enfriar un poco el caldo. Luego se pasa á través de una muselina fina, y se añade, cuando esté tibio, la esencia de rosas, moviéndolo sin cesar con una espátula de madera para que se mezcle bien. Se deja enfriar completamente por espacio de cinco horas, y se usa la opiata al tiempo de recogerse y por las mañanas no teniendo que salir á la calle.

Adela P.

EXPLICACIÓN DEL FIGURÍN ILUMINADO.

Núm. 10.

Corresponde á las Sras. Suscriptoras de la edición de lujo.

TRAJES DE PASEO.

1. *Vestido de paño amazona azul claro y paño blanco bordado de florecillas estilo Luis XV.*—Falda ancha por abajo, con carteras de delantal guarnecidas de un cordón de azabache. Cuerpo género Luis XV, terminado en una aldeta ondulada. Los delanteros, estrechados en el sitio de las pinzas con unos fruncidos, van abiertos sobre un chaleco de paño blanco bordado, ajustado con pinzas, cerrado en medio y guarnecido con una chorrera de encaje azafranado. Espalda ajustada y laditos. Las aldetas de la espalda son dentadas, y van adornadas con dos botones de azabache. Un festón y unos lunares negros adornan la parte superior de los delanteros abiertos. Un globo de paño azul va dispuesto en conchas sobre la manga ajustada de paño blanco bordado, terminadas en un puño de encaje azafranado. Gola de tul blanco y tul negro indesplegable.—Sombrero Luis XVI, de terciopelo morado, adornado con rosas amoratadas de dos matices, raso verde y plumas negras.

Tela necesaria: 7 metros de paño azul, y un metro de paño blanco.

2. *Abrigo para niños de 4 á 6 años.*—Este abrigo, de terciopelo negro, se compone de espalda y delanteros que se abren desde la cintura sobre un peto de paño blanco. Cuello de seda encarnada formando solapas, cuyo cuello cae sobre otro de la misma forma de paño blanco, y va guarnecido con una cenefa estrecha de pasamanería negra. Manga al sesgo. Cuello en pie en el peto. Cinturón de piel blanca.—Sombrero negro, de fieltro afelpado, guarnecido de cintas de gro negro.

Tela necesaria: 4 metros 50 centímetros de terciopelo, y 60 centímetros de paño.

EXPLICACIÓN DE LOS DIBUJOS PARA BORDADOS

CONTENIDOS EN LA HOJA-SUPLEMENTO.

Corresponde á las Sras. Suscriptoras de la edición de lujo y á las de la 2.ª edición.

1. *Montserrat*, nombre para pañuelo.

2, 5, 7 y 20. T y U, continuación de abecedarios para sábanas y almohadas.—(Véase la *Hoja-Suplemento* el número 42 del año pasado.)

3, 6, 8, 10 y 11, 13 á 15, 18, 21, 23 y 24, 26 á 30. RS, MLl, RG, BV, JS, RB, RG, FLl, FA, ALl, MV, LP, LM, LV, TS, FS, OB, enlaces para pañuelos.

4, 12, 16 y 17, 19, 22. *Teresa*, *Paco*, *Mariano*, *Juanita*, *Carolina*, *Federico*, nombres para pañuelos.

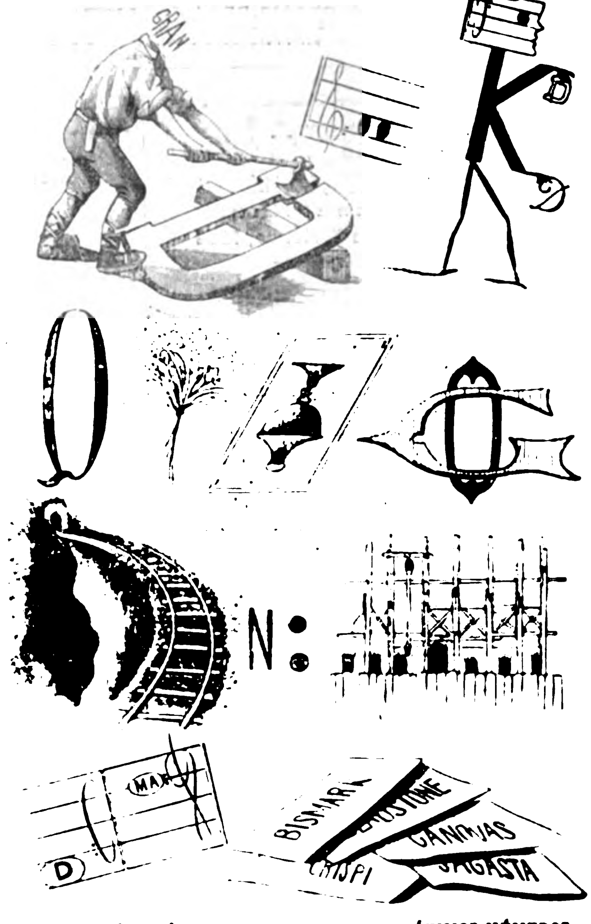
25. A á M, alfabeto para marcar pañuelos ó ropa de casa.

SOLUCIÓN AL JEROGLÍFICO DEL NÚM. 2.

En todo hogar, como en toda fruta, hay un gusano.

La han presentado las Sras. y Srtas. D.ª Carmen Cano.—D.ª Juana de la Rioja y Sanz.—D.ª Manuela Mejía.—D.ª Antonia López Suárez.—D.ª Margarita González y D.ª María Luisa del Pilar.

JEROGLÍFICO.



LA SOLUCIÓN IRÁ EN UNO DE NUESTROS PRÓXIMOS NÚMEROS.

SE ENCONTRÓ DIEZ Y OCHO BRILLANTES.

En el otoño de uno de esos años turbulentos, cuando el cardenal Richelieu era el que gobernaba la Francia, Mr. de Berault, emisario político, se apeó de su caballo enfrente de una posada, en una aislada aldea al pie de los Pirineos. En el polvo del camino vió una pequeña bolsita, igual á las que llevan las señoras en el seno de sus vestidos y que contienen polvos perfumados.

Al abrirla privadamente en su cuarto, halló que contenía ***diez y ocho brillantes de primera agua***. Lo que sigue á esta aventura es parte de la historia de Francia. Ahora sírvanse tomar nota de la lección, que este incidente es para todos nosotros.

«Por más de diez años, nos dice un corresponsal, he sufrido de indigestión y bilis; quería á menudo arrojar por la boca el alimento, y sufría de intensos dolores de intestinos; solía tomar con frecuencia bicarbonato de magnesia ó soda, que por el momento me daban algún alivio, pero los ataques continuaban y se repetían con más frecuencia. Poco tiempo después, y precisamente por casualidad (pues nunca leía los avisos en los periódicos), me atrajo la atención un artículo referente al Jarabe Curativo de la Madre Seigel que aparecía en LA ILUSTRACIÓN.

»Para ser franco con ustedes, creí que fuese uno de los tantos remedios que se dicen curar todo y cuanto hay. Antes de confiar en el Jarabe me consulté con mi médico el Dr. D. José Herbas, de Santa Elena, en cuanto si me haría algún bien, y me impuso que lo estaba recetando para un enfermo que sufría de lo mismo que yo. Quedando convencido por lo que me dijo, compré una botella y la usé de acuerdo con las instrucciones de la etiqueta.

»Sea dicho en honor de la verdad, que por los seis meses últimos no he sentido la enfermedad que por tanto tiempo me afligía; hoy digiero el alimento perfectamente bien, y la tendencia á vomitar y otros síntomas han desaparecido completamente. Si me siento una que otra vez un poco mal, lo que me sucedería después de una comida abundante, tomo una dosis del Jarabe y desaparece la incomodidad. (Firmado):—JOSÉ DE PRADA, Mina San Fernando, Santa Elena (Jaén), 2 de Junio 1894.»

«Por más de seis años, nos escribe otro corresponsal, había sufrido de dolores de estómago, que siempre me venían después de las comidas. Me aumentaba tanto esta enfermedad, que por último no pude dedicarme á los quehaceres de casa; tomé muchas medicinas, pero sólo fué para empeorarme; perdí el apetito, tuve que guardar cama y principié á creer que estaba tísico. Un día leí las maravillosas curaciones que hacía el Jarabe Curativo de la Madre Seigel; inmediatamente compré una botella á D. José Domínguez, boticario de ésta, y principié á tomarlo; en tres días estuve mejor, y al concluir la botella me encontré bueno.

»Al darle las gracias á D. José Domínguez por el libro, por el cual me impuse primeramente del Jarabe, no puedo menos que darlas á usted también, como el autor del remedio que me ha proporcionado la mayor bendición: buena salud. (Firmado):—JOSEFA LEÓN, Cañada Rosal, Sevilla, 13 de Junio de 1894.»

Ustedes me dirán ahora: ¿Qué hay en estas narraciones de enfermedad que indiquen la historia del saquito de brillantes? Dos cosas: primera, que la salud vale más que los diamantes; y segunda, que si el señor de Pradas *hubiera tenido la costumbre de leer los anuncios en los periódicos*, sin duda hubiera sabido del Jarabe Curativo de la Madre Seigel mucho antes de lo que lo supo.

No despreciéis el polvo, pues puede contener joyas. No paséis por alto los anuncios, pues pueden contener informes de más valor que todas las joyas de este mundo. Esta es la lección para ustedes y para mí.

Miles de la buena gente de España que sufrían de indigestión y dispepsia y de las enfermedades que provienen de éstas, están hoy sanas y felices por haber leído los anuncios y tomado el Jarabe Curativo de la Madre Seigel; y ojalá que suceda que el examen de esta pequeña narración conduzca al mismo resultado en los casos de muchos otros.

Si el lector se dirige á los Sres. A. J. White, Limitado, 155, calle de Caspe, Barcelona, tendrán mucho gusto en enviarle gratuitamente un folleto ilustrado que explica las propiedades de este remedio.

El Jarabe curativo de la Madre Seigel está de venta en todas las farmacias, droguerías y expendedurías de medicinas del mundo. Precio del frasco, 14 reales; frasquito, 8 reales.

OBRAS POÉTICAS

DE

D. JOSÉ VELARDE

DE VENTA EN LA ADMINISTRACIÓN DE ESTE PERIÓDICO

ALCALÁ, 23.—MADRID.

	Pesetas
Obras poéticas.—Dos tomos	8
Teodomiro, ó la Cueva del Cristo	2
Fray Juan	1
La Niña de Gómez-Arias	1
Alegría (Canto I)	1
El Holgadero (segunda parte de *Alegría*)	1
A orillas del mar	1
La Venganza	1
Fernando de Laredo	1
El Último beso	1
El Capitán García	1
Mis Amores	1
La Velada	1
El Año campestre	1

EL SOL DE INVIERNO

POR

DOÑA MARÍA DEL PILAR SINUÉS.

Preciosa novela original, con interesante argumento, cuadros de costumbres familiares, episodios muy dramáticos, y brillando en todo el libro la más profunda moralidad.

Un volumen en 8.° mayor francés, que se vende, á 4 pesetas, en la Administración de este periódico, Madrid, calle de Alcalá, núm. 23.

MADRID.—Establecimiento tipolitográfico «Sucesores de Rivadeneyra», impresores de la Real Casa.

248.

22 de Marzo de 1896 Nº 11

LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA

Alcalá 23 _ Madrid



PERIÓDICO ESPECIAL DE SEÑORAS Y SEÑORITAS, INDISPENSABLE EN TODA CASA DE FAMILIA

Administración: Alcalá, 23 Madrid. | Madrid, 22 de Marzo de 1896. | Año LV.—Núm. 11.

SUMARIO.

REVISTA PARISIENSE.

SUMARIO.

Importancia de la ropa interior.—Los *dessous*.—Lo accesorio pasa á ser principal.—El corsé elevado á obra de arte.—Su utilidad como elemento plástico.—El cubrecorsé.—Las enaguas.—Abolición de la ropa interior de seda.—Dos palabras sobre las formas en general.—Nuestros croquis.—Ligas y tirantes.—Las *jarretelles*.—Gedeón va de viaje.—El castigo de un avaro.

HOY más que nunca, la cuestión del corsé, de las fajas y demás prendas interiores domina en el traje femenino. Lo que se conoce aquí con el nombre genérico de *dessous*, ó prendas de debajo, ha pasado casi al primer plano. Las prendas de debajo representan la utilidad, de que todo depende, la base del elegante edificio que la moda se encarga de ornamentar. Si se descuidan los *dessous*, si el corsé es ordinario y la enagua sin forma y sin arte, el vestido mejor cortado no parecerá hecho para la persona que lo lleva.

Se dice generalmente que los guantes y el calzado dan á conocer la mujer distinguida. Otro tanto podría decirse, y con mucha más razón, del corsé y de la enagua. Debo extenderme, pues, sobre este punto.

El corsé debe ser, ante todo, flexible, ligero y cortado según las reglas de la ciencia anatómica; seguirá las líneas sin comprimirlas y las modelará, rectificándolas si alguna imperfección las falseara. Mas esto no basta; si no sigue las evoluciones de la moda, se convierte en una molestia. El corsé que conviene á las formas Directorio é Imperio, de talle corto, no puede ser el de las formas Luis XV y Luis XVI, de talle largo. Actualmente, con los géneros adoptados, el corsé Luis XVI, de talle recto y prolongado, es el que domina.

El lujo se impone en este objeto de primera necesidad en los trajes refinados. Excuso añadir que se llevan y se llevarán siempre los corsés de dril, los cuales pueden distinguirse por un sello de elegancia y moldear el cuerpo con admirable perfección, si salen del taller de una buena corsetera como Mme. Léoty, que tantas veces he recomendado en mis Revistas; pero antes que el dril se emplea la batista, á veces el tul griego, y sobre todo el raso, el moaré, las sedas brochadas, tono sobre tono, de colores sumamente delicados. El raso negro tiene también numerosas adeptas.

Se hacen de este modo verdaderas maravillas, en que la coquetería y el arte rivalizan á porfía. Se les adorna con encajes preciosos, rosáceas, lazos, etc., y con joyas diminutas que van anidadas en el hueco de las cocas ligeras. Los corsés muy elegantes son de colores claros, como blanco marfil, destinados á las jóvenes desposadas, ó el rosa pálido de las flores de Bengala, ó el malva delicado de las lilas de invierno, ó bien el azul pálido de los jacintos.

En resumen, no cesaré de repetir lo que ya he dicho en diferentes ocasiones, á saber: que lo primero de todo para tener un corsé perfecto, desde el punto de vista de la forma como de la tela y adornos, es encargarlo á una casa de pri-

1.—Traje de paseo.

mer orden. Así no vacilaré en aconsejar á mis lectoras que se dirijan á Mme. Léoty, 8, *place de la Madeleine*, París.

A decir verdad, los corsés de que va hecha mención son tan delicados que pierden en poco tiempo sus primitivas frescuras; por lo cual, á fin de protegerlos, vuelve á adoptarse el cubrecorsé, que muchas señoras habían suprimido. Estas prendas ligerísimas se hacen de linón y batista del mismo color del corsé, y van adornadas con encajes y entredoses, por los cuales pasan unas cintas cometas.

A veces el cubrecorsé viene á ser un cuerpo verdadero, cortado y confeccionado como si formase parte de un vestido. Otras veces es un simple bullonado de encaje adornado con lazos.



Núms. 1 y 2.

Generalmente, la enagua es igual en color y en adorno al corsé. No hablo, por supuesto, de la «enagua de diario», que se hace de reps inglesa listada, de seda brillante color de malva sobre morado obscuro, blanco plata ó amarillo sobre azul marino, tilo sobre mirto, etc., ó bien de alpaca ó seda negra con rizado ó volantes.



Núm. 3.

Para *soirée* y para trajes de ceremonia, los colores serán más claros y los adornos más abundantes: volantes de encaje, lazos, entredoses, etc.

Si hubiera de extenderme sobre todo lo que componen los *dessous* del traje femenino, traspasaría, y con mucho, los límites de este artículo. Tendría que ocuparme de lencerías, de las camisas, de las chambras, de los pantalones y demás prendas interiores. No diré sino dos palabras.

Empezaré por decir que el buen gusto ha acabado por condenar, y con razón, la costosa fantasía de la ropa interior de seda, fantasía contraria á la higiene no menos que á la coquetería. La lencería de seda no está ya en uso sino para las camisas de dormir de las personas ultraelegantes, y para algunos cubrecorsés que igualan con el corsé y con la enagua.

Las camisas de batista de color y con dibujos sobre fondo blanco se llevan menos. La batista de algodón, suave y agradable al uso, es la más empleada. Se hace el escote ajustado, las sisas muy anchas, el talle lo más ceñido posible, y el borde inferior se adorna con un volante ó encaje. El encaje al huso está muy de moda, así como el punto de París y la valenciennes.

Las batas llamadas *sauts de lit* son de franela, de *surah*, de seda tornasolada, de batista bordada, de percal ó de nansuc. Bordados finos, galones calados y entredoses constituyen ordinariamente sus adornos. Los pantalones exigen adornos muy elegantes, como el encaje y los lazos flotantes de cinta.

Antes de pasar á la descripción de nuestros croquis insistiré en lo ya dicho acerca de las formas en general que las modistas y sastres de renombre preconizan para la temporada próxima.

Las faldas llevarán los pliegues *godest* echados hacia atrás; algunas de ellas se pliegan en las caderas y se fruncen ó se drapean sobre una segunda falda de seda, muy adornada en su borde inferior con *ruches* gruesos ó con varios volantes. Las mangas se harán anchas ó muy estrechas. El género *Francisco I* se acentúa. Algunas casas tratan de lanzar los *paniers*, los *paniers* cortos y graciosamente drapeados. Hay muchas probabilidades de que lo consigan.



Nuestros croquis núms. 1 y 2 representan dos elegantes enaguas y corsés. La figura en pie lleva un corsé Luis XVI, con un cubrecorsé de encaje, formando un volante ancho de encaje plegado, adornado con lazos de raso. — La enagua es de seda brochada y glaseada, verde y rosa, y va recortada en dientes largos, con volante de muselina de seda sobre un volante ancho de encaje. Del medio de cada diente sale un lazo flotante de cinta cometa verde.

La figura sentada tiene un corsé de raso forma Luis XV, con ballena recta, y va ribeteado de un *ruché* de encaje, atravesado por una cinta de terciopelo. Dos rosáceas de terciopelo en lo alto del delantero. La enagua es de tafetán con listas amarillas y blancas. Dos volantes recortados de tafetán azul celeste adornan el borde inferior, bajo unos lazos flotantes de encaje sujetos con rosáceas de muselina de seda azul celeste, apuntadas con botones de *stras*.

El núm. 3 corresponde á un grupo de ligas. Estos modelos, que forman parte de los accesorios de la *toilette*, no deben pasar desapercibidos á la revistera de la moda.

a) De seda verde bullonada, rodeada de bucles de cinta cometa color de rosa. El cierre se compone de una rosácea margarita de cinta cometa color de rosa, cuyo centro es de *stras*.

b) Bullón de seda color de rosa, ribeteado de dos hileras de encaje blanco fruncido. Como cierre, dos cocas de cinta verde y dos caídas de encaje.

c) Bullón de raso verde, con vivo de encaje. Puntas de encaje, y lazo de raso en el cierre.

d) De terciopelo negro forrado de raso amarillo. Lazo de terciopelo y botón de *stras*.

e) De seda color de rosa. Un volante ancho de encaje termina bajo un lazo de cocas grandes verdes, sujetas en medio con una hebilla de oro ó de plata.

Otros accesorios no menos interesantes son los tirantes y las *jarretelles* de que he hablado en una de mis anteriores.

Esta última es la más cómoda de las ligas, pues evita toda clase de compresión.

Los croquis núms. 4 y 5 representan dos modelos de tirantes para vestidos de baile y de teatro. Uno de ellos es de cinta de raso amarillo, prendida con dos ramos de violetas, y en el lado izquierdo con un lazo de raso sujeto con una joya de *stras*. El otro es todo de flores, rosas de tres matices y hojas matizadas.

Estos lindos adornos se adaptan muy bien á todos los cuerpos escotados, y cambian instantáneamente el aspecto del vestido.

Finalmente, las ligas (*jarretelles*) núms. 6 y 7 son de cinta de raso. Se las hace del color preferido: verde, rosa, malva ú otro. Unas hebillas de oro ó de diamantes las adornan, si se quiere; pero unas simples rosáceas son suficientes.

¡Hasta dónde llega la coquetería y el lujo!



Gedeón va de viaje, acompañado de una infinidad de baúles y maletas. Para que no se extravíen, escribe su nombre en el primer bulto, y en los demás pone: *Idem*.



Núms. 4 y 5.

Un avaro muy conocido acaba de morir de una angina.

— Le habían hecho la operación con nitrato de plata — refiere un amigo.

— Ahora lo comprendo: habrá querido quedarse con la plata, y se habrá tragado el nitrato.

V. DE CASTELFIDO.

París, 18 de Marzo de 1896.

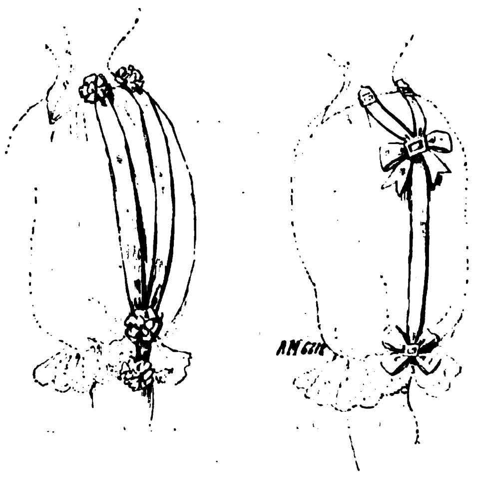
EXPLICACIÓN DE LOS GRABADOS.

Traje de paseo.— Núm. I.

Este traje estilo de sastre es de paño de mezclilla gris azul. Unas correas reunen los pliegues entre sí, y van adornadas con botoncitos dorados ó del mismo color del paño. Mangas con costuras figuradas por unos bieses estrechos de terciopelo azul. Los mismes bieses guarnecen la falda y las correas del borde inferior. Cuello añadido de raso Liberty gris azul, plegado y guarnecido de cintas y rosáceas de raso negro.

Traje para jovencitas de 14 á 15 años. — Núms. 2 y 3.

Vestido de pañete azul. Falda de campana, adornada con dos correones bordados al punto de espina con seda negra.



Núms. 6 y 7.

Cuerpo-blusa, plegada por delante en dos pliegues adornados con un punto de espina. Cuello de terciopelo negro, recortado en puntas, y correas. Botones de acero. Cuello vuelto de terciopelo. Manga de una pieza, plegada en la sangría del brazo, lo cual figura un globo.

Abrigo de lluvia ó de viaje con mangas de campana. Núms. 4 y 5.

Para la explicación y patrones, véase el núm. VI, figuras 46 á 52 de la *Hoja-Suplemento*.

Vestido para niñas de 12 á 14 años.— Núm. 6.

Véase la explicación en el *reverso* de la *Hoja-Suplemento*.

Chaqueta de primavera.—Núms. 7 y 8.

Véase la explicación en el *reverso* de la *Hoja-Suplemento*.

Vestido de primavera adornado con galones. Núms. 9 y 10.

Para la explicación y patrones, véase el núm. I, figs. 1 á 16 de la *Hoja-Suplemento*.

Vestido de calle adornado con galones.—Núm. II.

Véase la explicación en el *reverso* de la *Hoja-Suplemento*.

Cuerpo de raso para teatro.— Núm. 12.

Se hace este cuerpo de raso gris bordado, y se le abre por delante para dejar ver un interior de brochado negro, gris y oro. Mangas de paño gris.— La falda es lisa del mismo paño.

Chaqueta adornada con galones.—Núm. 13.

Para la explicación y patrones, véase el núm. IX, figuras 69 á 74 de la *Hoja-Suplemento*.





10.—Espalda del vestido de primavera adornado con galones.
Véase el dibujo 9.

8.—Espalda de la chaqueta de primavera.
Véase el dibujo 7.

4 y 5.—Abrigo de lluvia ó de viaje con mangas de campana.
Espalda y delantero.
Explic. y pat., núm. VI, figs. 46 á 52 de la Hoja-Suplemento.

2 y 3.—Traje para jovencitas de 14 á 15 años.
Delantero y espalda.

6.—Vestido para niñas de 12 á 14 años.
Explicación en el reverso de la Hoja-Suplemento.

7.—Chaqueta de primavera.
Delantero.
VÉASE EL DIBUJO 8.
Explicación en el reverso de la Hoja-Suplemento.

9.—Vestido de primavera adornado con galones.
Delantero.
VÉASE EL DIBUJO 10.
Explic. y pat., núm. I, figs. 1 á 16 de la Hoja-Suplemento.

Manteleta de seda. — Núm. 14.

Para la explicación y patrones, véase el núm. IV, figs. 32 á 40 de la *Hoja-Suplemento.*

Traje de calle y de viaje. — Núm. 15.

Véase la explicación en el *reverso* de la *Hoja-Suplemento.*

Traje de visita. — Núms. 16 y 17.

Vestido de seda fondo verde, con listas de raso negro y ramos de rosas estampadas. Cuerpo y manga de terciopelo verde, con cuello grande cuadrado sobre los hombros, terminando en la cintura por delante y en la espalda. Un volante de muselina de seda negra rodea el cuello. — *Toque* hecha de trenza de fieltro mordorado, con encaje crema que adorna el ala y va sujeto por delante con una hebilla de *stras.* Pájaros verdes en los lados.

Vestido para niñas de 12 á 14 años. — Núms. 18 y 19.

Se hace este vestido de terciopelo de caza color de tabaco. La falda forma un poco la campana. Cuerpo de terciopelo cachemir, con solapas. El centro va guarnecido con un pliegue ancho, ceñido bajo las solapas. El vuelo de la espalda se reune en la cintura, bajo un cinturón de cinta color de tabaco, abrochado bajo un lazo. Cocas de cinta por delante, cuyas caidas descienden sobre la falda. Cuello recto. Manga de codo con globo, que remonta en forma de capucha. El vestido se cierra en la espalda.

Vestido bordado, con esclavina doble y sombrero, para niñas de 5 á 6 años. — Núms. 20, 22 y 23.

Para la explicación y patrones, véase el núm. X, figuras 75 á 81 y fig. V de la *Hoja-Suplemento.*

Traje para niños de 5 á 6 años. — Núm. 21.

Para la explicación y patrones, véase el núm. III, figuras 25 á 31 de la *Hoja-Suplemento.*

Vestido para niñas de 6 á 7 años. — Núm. 24.

Para la explicación y patrones, véase el núm. V, figuras 41 á 45 de la *Hoja-Suplemento.*

Traje de primavera para señoras. — Núm. 25.

Para la explicación y patrones, véase el núm. VIII, figuras 60 á 68 de la *Hoja-Suplemento.*

Abrigo de primavera para niñas de 5 á 6 años. — Núm. 26.

Véase la explicación en el *anverso* de la *Hoja-Suplemento.*

Vestidos para niños de 2 á 3 años. — Núm. 27.

Es de lanilla azul marino, y va plegado en el borde de un canesú cuadrado cubierto con un cuello, el cual se recorta en punta y va rodeado de un galón, de donde sale un volante de encaje blanco. Cuello alto plegado y adornado con escarapelas de cinta por los lados. Manga ancha con puño y escarapela de cintas.

CRÓNICA DE MADRID.

SUMARIO.

Escasez de fiestas. — El motivo. — Banquete en la Embajada de Inglaterra. — Regina Pacini. — El archiduque Federico en la corte. — Por la guerra de Cuba. — La boda de la señorita de Martinez Campos. — El *trousseau* y los regalos. — Viaje nupcial á Paris. — Recepción en el palacio de los Marqueses de Linares. — LOS TEATROS. — En el REAL, el beneficio de la Pacini. — *La Sonámbula.* — El de la Tetrazzini. — *La Africana.* — En el ESPAÑOL, siempre *María del Carmen.* — El nuevo abono. — En la COMEDIA, falta de novedades. — El beneficio del Sr Mario. — Una comedia de Campoamor. — Doble triunfo. — En la ZARZUELA, *Tiple ligera.*

Nunca ha sido tan difícil como ahora la tarea del cronista, obligado á consignar un día y otro la falta de vida y de animación en la sociedad madrileña.

Las circunstancias actuales explican la tristeza, el abatimiento de los círculos aristocráticos; porque la guerra de Cuba, las contingencias que puede traernos, influyen poderosamente en el espíritu público y en las clases elevadas.

Todos vuelven sus miradas á lo por venir; todos creen verlo preñado de infortunios y de desastres; y ante esta consideración no hay quien se atreva á desafiarlo.

S. M. la Reina es la primera en dar ejemplo de abstención de los placeres y diversiones.

Durante el invierno no ha celebrado ni siquiera un sarao en el Regio alcázar; y á pesar de la visita de dos de sus hermanos, no ha querido prescindir de su noble y elevado propósito de manifestar un retraimiento absoluto de las reuniones.

Son contadas las noches que ha asistido á los teatros, y cuando lo ha verificado, ha sido impulsada por un sentimiento elevado y laudable: el de asociarse á una obra de beneficencia, ó el de honrar un artista eminente.

Otro tanto ha hecho S. A. la infanta D.ª Isabel, quien, á pesar de su afición á los espectáculos teatrales, no se ha presentado casi durante los últimos sucesos en el palco del Regio coliseo.

°°°

La célebre cantante Regina Pacini aceptó la noche del 3 el convite del Embajador de Inglaterra, y se sentó á la mesa del ilustre representante de la reina Victoria, en unión de otras personas distinguidas del Cuerpo diplomático y de la *gentry* madrileña.

Después del banquete, la *diva* hizo nuevo alarde de su peregrino talento musical, recibiendo los plácemes y felicitaciones de todos los concurrentes.

Hé ahí la única reunión que ha habido en el gran mundo desde mi crónica anterior; hé ahí el único suceso digno de consignarse en la presente.

°°°

El archiduque Federico y su consorte excitan grandemente la curiosidad pública por su posición y por sus circunstancias de familia.

Hállanse alojados en el Real palacio, y allí reciben visitas y homenajes de la gente cortesana.

Encuentránseles con frecuencia en los sitios públicos, estudiando los usos y costumbres de los españoles, que parecen interesarles mucho, por ser desconocidos para ellos y muy distintos de los de su país natal.

S. M. la Reina Regente no les obsequiará con ninguna clase de fiestas por las circunstancias en que se encuentra la nación.

Unicamente les dará más adelante un suntuoso banquete.

°°°

El acontecimiento de la quincena será el matrimonio de la bella señorita D.ª María del Pilar Martínez de Campos, hija del ilustre General, con el primogénito del Marqués del Cayo de Rey, que se celebrará mañana 19, festividad del Patriarca San José.

Durante dos días—el 13 y el 14—la morada de los padres de la novia, en la Cuesta de Santo Domingo, se ha visto visitada por las numerosas relaciones de entrambas familias, que iban á admirar los ricos y variados regalos que deudos y amigos han enviado á la futura pareja conyugal.

Allí había de todo: soberbias joyas y preciosos encajes; trajes elegantísimos y objetos de gran valor.

Los padres de la lindísima y virtuosa joven la han dado un magnífico collar de brillantes y perlas; el que será compañero de su vida, diadema de iguales piedras, una rama y dos pendientes de brillantes; el Marqués del Cayo de Rey, su suegro futuro, broche de brillantes; el Duque de Seo de Urgel, su hermano, collar de perlas; un precioso servicio de mesa, de plata repujada, el Marqués del Baztan, segundo hermano suyo; aro de brillantes, sus dos hermanas solteras; el Sr. D. Miguel Martínez de Campos, tío carnal, estrella de brillantes; la señora de Arderíus, pulsera de esmeraldas; señora viuda de Garrido, bandeja de plata repujada; Marqués de la Viesca, pendientes de perlas rodeadas de brillantes; D. José de la Viesca, juego de té de plata antigua.

Sería interminable la relación de los obsequios si intentara citar todos: así sólo mencionaré el de los señores de Cánovas del Castillo, pulsera de zafiros y brillantes; el de la Vizcondesa de la Villa de Miranda, sortija de perlas y diamantes; pulsera de iguales piedras, de los Marqueses de Santa María de Silvela; otra pulsera no menos rica de los Marqueses de Linares; y, en fin, preseas de gran mérito y valor de la Marquesa de la Puente, las de Squilache y de Villamejor; de la Condesa viuda de Valmaseda; de la de Heredia Spínola; del general Marín; del Marqués de Cabriñana; del Conde de Lascoiti, y otros muchos, que harían esta lista interminable.

La ceremonia nupcial se efectuará, según ya he dicho, el 19 á las cuatro de la tarde, y á las ocho marcharán los recién casados á Paris, donde se proponen pasar su luna de miel.

°°°

El acontecimiento de los días últimos ha sido la brillantísima recepción de los Marqueses de Linares, con motivo de la «fiesta onomástica» de la señora de la casa.

Dos años hacía que no se abrían los espléndidos salones de la calle de Alcalá por ausencia de sus dueños, y todos ansiaban volver á admirar las maravillas artísticas que en ellos se encierran.

Así, desde antes de las cinco de la tarde del 15 del corriente, comenzaron á poblarse de cuanto hay en Madrid de más distinguido é ilustre.

Damas hermosas y elegantes, personajes políticos, literatos y periodistas muy conocidos, componían la reunión, que se prolongó hasta después de las ocho de la noche.

La Marquesa llamaba la atención por su magnífico traje y por las alhajas que había recibido aquel mismo día como regalo de su esposo; y los concurrentes visitaban de nuevo aquel verdadero museo de riquezas artísticas, donde los cuadros de los pintores antiguos y modernos alternan con las esculturas y los muebles de mérito; donde no hay nada que no tenga valor artístico ni efecto visual.

En el comedor se sirvió desde el principio exquisito *buffet*, en el que, por ser domingo y no obligar el ayuno, se detuvieron todos á recobrar fuerzas para la época de abstinencia en que nos hallamos.

Mañana, día de San José, en que celebra el santo de su nombre el Marqués de Linares, quinta y última recepción del presente invierno; pero ésta se verificará en el piso bajo del palacio.

°°°

Corto trecho me resta para hablar de los teatros, aunque éstos, por fortuna, no hayan ofrecido grandes novedades.

Hallámonos en la temporada de los beneficios: cada noche se anuncia y verifica el de una cantante célebre, el de un actor famoso, el de algún joven artista.

Regina Pacini dió el suyo la semana anterior, cantando *La Sonámbula*, las variaciones de Prock y las *Caleseras* de Chapí.

Público numeroso y escogido acudió á aplaudir á la joven *diva*, á darle nuevas pruebas del cariño y de la admiración que la profesa.

Flores, ricos presentes, prolongadas ovaciones, nada faltó en la representación, dejando grata memoria del talento y de la habilidad de la que en años juveniles se ha colocado en lo más elevado de las esferas del arte.

°°°

Otra *prima donna*, no menos eminente ni menos querida de los espectadores, la *signora* Tetrazzini de Campanini, eligió *La Africana* con el propio objeto, y también obtuvo igual resultado, igual éxito.

Después del famoso dúo del acto cuarto, el tablado se cubrió de claveles y de rosas, y salieron los dependientes del teatro llevando los obsequios dedicados á la egregia cantante.

El tenor Ibos hizo un Vasco de Gama admirable, y aunque ligeramente indispuesto, fué digno compañero de aquella Sélika perfecta.

°°°

Si ahora nos dirigimos al antiguo Corral de la Pacheca, presenciaremos un cuadro análogo y semejante.

El aristocrático actor D. Fernando Díaz de Mendoza recibió el sábado último, elegido para su beneficio, iguales honores y distinciones de parte del auditorio en el drama de Lope de Vega *Sancho Ortiz de las Roelas.*

Así él como su bellísima consorte María Guerrero alcanzaron una de esas victorias escénicas jamás olvidadas.

La representación fué recibida con unánimes palmadas, con llamadas repetidas á la escena y con gritos de entusiasmo.

Y no obstante, después ha continuado apareciendo en el cartel *María del Carmen*, y atrayendo siempre concurrencia numerosa.

Un nuevo abono por veintiuna funciones ha tenido idéntico resultado que el primitivo, y hasta el 28 del actual, que terminará su temporada la empresa, la elegante sala de la calle del Príncipe ofrecerá—especialmente los lunes y viernes—igual aspecto de vida y de animación.

°°°

Los demás coliseos no presentan tampoco novedades, y celebran los beneficios de sus primeros actores.

Mario eligió para el suyo una de las pocas obras dramáticas escritas por el glorioso autor de las *Doloras.*

Cuerdos y locos se estrenó veintitrés años há en el destruído teatro de la Plaza del Rey, el incendiado Circo, y desde entonces no la habíamos vuelto á escuchar.

Versos de Campoamor se oyen siempre con especial deleite: creaciones de su imaginación gigante no pueden ser nunca absurdas: así, á pesar de lo que el gusto ha variado desde el estreno de *Cuerdos y locos*, los oyentes le tributaron el homenaje debido al inmortal poeta.

Los actores la representaron con *amore*, queriendo asociarse de este modo al tributo de consideración y respeto que el Sr. Mario daba á uno de los escritores más excelsos del siglo actual.

Campoamor debió oir desde su casa los aplausos otorgados á su creación dramática, y más que á ella misma, al que debe la patria tantos laureles literarios y tantos primores poéticos.

°°°

Nada notable podemos citar en los otros teatros: no es que falten en ellos las novedades; mas son de tan escasa importancia, que no merecen juicios críticos extensos y razonados.

El teatro de la Zarzuela es el más dichoso de los de su índole; y nuestro compañero en la prensa D. Federico Urrecha se ha dado á conocer en él como autor cómico con un juguete titulado *Tiple ligera*, el cual fué recibido bien desde el principio.

Que el Sr. Urrecha sea igualmente feliz en el nuevo camino en que da los primeros pasos, como lo es en aquel que con fortuna recorre; hé ahí el voto que con un aplauso le dirige

EL MARQUÉS DE VALLE-ALEGRE.

19 de Marzo de 1896.

MI ESPOSA OFICIAL.

Continuación.

En este momento sonó la primera campanada para anunciar la salida del tren. El Coronel se puso de pie inmediatamente haciendo una ligera cortesía, y se retiró á dar órdenes, según dijo.

Entonces aproveché la ocasión para hablar con Elena.

—Me parece que ha hecho usted mal—la dije —en dar á entender á ese caballero que vamos á San Petersburgo. De esa manera, ¿cómo podremos justificar el que se quede usted en Wilna si el Coronel nos acompaña hasta allí?

—No me he atrevido á negarlo, porque el Coronel había ya visto que su billete de usted era para Petersburgo. Y por otro lado, ¿cómo le iba yo á decir á él, que me cree su mujer de usted, que iba á quedarme en Wilna, máxime cuando, por la ansiedad que he demostrado durante su ausencia de usted, ha podido llegar á creer que todavía estábamos enamorados como en nuestra luna de miel?

—¿La ansiedad de usted durante mi ausencia?—no pude menos de subrayar, porque, francamente, la cara de mi compañera no me iba ya siendo indiferente.

—Sí—dijo ella.—Comprendí en seguida que estaba usted probando á cruzar de nuevo la frontera. No me atreví á levantarme y seguirle á usted, porque pudiera esto haber dado ocasión de sospechar al Coronel; pero, si por un milagro hubiese usted conseguido el cruzar á Alemania, me hubiera usted dejado en la posición más terrible en que una señora se puede encontrar. Me hubiera hallado en Rusia sin pasaporte, es decir, una *déclassée*, expuesta á ser arrestada por el primer policía que le ocurriese pedírmelo. No com-

prendo cómo, siendo un caballero, no retrocedió usted ante la idea de que, mientras usted iba viajando hacia Berlín, yo estaría encerrada en algún calabozo de Rusia.

Y después añadió con aire de tristeza:

—¿Cree usted que ésta es la manera como Gabriel Valdenegro quisiera que tratase usted á su mujer?

—¿Gabriel Valdenegro?—exclamé yo.

—Sí, Gabriel, su antiguo amigo de usted, su compañero de carrera, al que le he oído hablar mil veces de su camarada Arturo de Morla. Cuando usted me dijo antes su nombre notaría usted que me sorprendió, porque yo recordaba haberlo oído con anterioridad, y luego he recordado que mi marido es el que lo ha pronunciado delante de mí cien veces. Pensé no decírle á usted nada para que tuviese esa sorpresa en Wilna; pero como veo que la conversación del Coronel le ha asustado, prefiero decir á usted la verdad desde luego para que sepa usted con quién está hablando.

Al oir estas palabras la tranquilidad volvió á mi corazón. Gabriel había sido efectivamente mi compañero de Academia, siempre habíamos sido amigos verdaderos; pero al retirarme yo del servicio, él siguió en activo y hacía años que nada sabía de él, excepto que se había convertido en una especie de explorador, y que últimamente había marchado á Baku, lo que hacía muy natural que en la actualidad se encontrase en Rusia.

Quizás los reproches que yo me hacía por las sospechas que había abrigado contra la mujer de mi amigo me salieron á los ojos, porque Elena, soltando una carcajada, me dijo de repente:

—¿Quién se había usted figurado que era yo? ¿Una aventurera? ¿Una nihilista? Vamos, dígalo usted francamente: ¿por quién me había usted tomado?

—No sé lo que pensaba; pero lo que pienso ahora es que mi amigo Valdenegro debe ser el hombre más feliz de la tierra.

Elena, sin responder á esta galantería, sacó su portamonedas, que colocó en mi mano, diciéndome:

—Hágame usted el favor de tomarme un billete para San Petersburgo.

—¿Pero no se queda usted en Wilna?—interrogué yo sorprendido.

—Sí; pero es preciso que el Coronel se figure que voy con usted á la capital de Rusia. Ya sabe usted que él me cree su mujer de usted, y no creo prudente el contarle la verdad.

En vista de esto salí para tomar el billete de mi protegida, y al mismo tiempo telegrafié á mis parientes Weletskys, en San Petersburgo, estas palabras:

«Llegaré mañana noche á las siete.»

Hecho esto, recogí á mi compañera, subimos juntos al vagón que teníamos reservado, desdoblé mi manta de viaje, que coloqué sobre sus rodillas, y me senté en el asiento de enfrente, diciendo para mis adentros:

—¡Pero qué suerte ha tenido ese demonio de Gabriel!

CAPÍTULO III.

Una vez que el tren echó á andar, la conversación entre *mi esposa* y yo tomó un giro alegre y animado, hasta el punto que el Coronel, atraído sin duda por nuestras risas, entreabrió la puerta de comunicación con el inmediato compartimiento en el que se había instalado, solicitando el permiso de acompañarnos por algún tiempo.

Mirando por la ventanilla del tren, mi primera impresión de Rusia no dejaba de ser muy desagradable. A los alegres y cultivados campos de Alemania sucedían terrenos cubiertos de nieve, lagos helados, árboles desprovistos completamente de ramaje, y los pequeños pueblos por que atravesábamos más bien parecían una aglomeración de chozas que de casas.

El Coronel y *mi mujer* hablaban entretanto alegremente. Esta habíase quitado el abrigo de pieles con el que hasta entonces se había abrigado, y la perfección de su cuerpo resultaba un complemento de la cara que yo hasta entonces había admirado.

—Los españoles y los americanos son siempre grandes favoritos en la ciudad del Neva—decía entre tanto el Coronel,—y no dudo que será para ustedes muy agradable la estancia en aquella capital.

—¿De veras?—replicó Elena,—¿y por qué?

—Porque—contestó el Coronel con una sonrisa—tenemos muchos oficiales galantes en Petersburgo, y los bailes, jiras y excursiones en trineos y con patines, acompañados del ruido de las espuelas y del brillo de las charreteras, siempre ha sido agradable para una mujer bonita. Usted, señora, reune esa cualidad, y además, como me he fijado en su equipaje, deduzco que viene usted pertrechada de las armas más terribles con que puede luchar, y que son las que fabrican las modistas afamadas de la capital de la moda.

Estas palabras acerca del equipaje me hicieron recordar una circunstancia en la que no había pensado hasta aquel momento. Los dos baúles de Elena estaban registrados para San Petersburgo. ¿Cómo me las iba á componer para dejarlos en Wilna?

Preocupado con esta idea, no me ocupé por más tiempo de la conversación, hasta que vi al Coronel levantarse, despedirse de Elena, y después de saludarme salir del departamento.

Cuando la puertecilla se hubo cerrado, me volví para comunicar á Elena la nueva complicación que se presentaba: pero me encontré con que se había quedado dormida de repente. ¡Y qué bonita estaba en su sueño!

Su actitud era la de un completo abandono. Su graciosa cabeza, reclinada sobre el almohadón azul del coche y un poco echada hacia atrás, permitía que se viese el principio de la garganta, de un color tan blanco como el marfil. Sus labios encarnados, ligeramente entreabiertos, permitían al aire pasar entre dos filas de perlas, en tanto que un diminuto pie que se escapaba por debajo de los pliegues de la falda venía á completar el encanto de aquella criatura.

Mientras la miraba, no podía menos de repetir para mi interior:—¡Pero ese Gabriel, qué suerte tiene!

Comprendí que no debía turbar aquel sueño, del que seguramente estaba bien necesitada mi compañera después de los ratos de angustia y excitación por que había pasado durante toda la mañana. Cerré con cuidado las cortinillas del carruaje para que la luz no le molestase, y después, sentándome, procuré borrar de mi memoria aquella imagen, leyendo una de las novelas francesas de las que estaba provisto. Pero, á pesar de tan buenos propósitos, me era imposible conseguir mi objeto. A cada momento levantaba los ojos del libro para fijarlos en aquella criatura ideal que pasaba entonces por mi mujer; procuré, y aun procuro hoy en día, que se borren las líneas de sus facciones en mi memoria, sin poderlo conseguir. En vano pensé ó quise pensar en mi mujer verdadera, la que había dejado en París; en vano me reproché el admirar la mujer de un amigo; todo fué inútil, y recordando el libro inglés de West Point, titulado *Flirtation Walk*, y olvidándome de mis canas, con un ardor como el de un escolar cogí la punta de los dedos de mi bella durmiente y deposité en ellos un beso. Al levantar la cabeza me encontré con los dos ojos burlones de Elena que me miraban.

—¿Qué hubiera dicho Gabriel si me hubiese visto besar vuestra mano?—exclamé yo avergonzado de mi obra.

—Hubiera dicho que bien merecía un beso todos los trabajos que por mí os habéis tomado durante el día. Tanto os debo, que ya me parece que sois casi como mi hermano.

Y soltó una carcajada infantil, á la que no tuve más remedio que hacer coro.

En aquel momento sonaron otros golpecitos en la portezuela, y la cara del maldito Coronel volvió á asomar, diciendo.

—Veo que están ustedes de buen humor; permítanme que comparta su alegría.

—Bueno, pensé yo; lo menos que puedo hacer por Gabriel Montenego es proteger á su mujer contra este don Juan en forma de coronel que se nos ha puesto por delante. Y dicho y hecho: á fin de espantar al ruso comencé á practicar con *mi mujer* todos los recursos de galantería que me eran conocidos, teniendo para con ella todas aquellas atenciones que sólo los recién casados suelen guardarse por algún tiempo. Me empeñé en que sus diminutos pies debían estar helados, y los envolví cuidadosamente en una manta. No pude convencerme de que estuviese cómoda, y hube de arreglar de nuevo los cojines en que reclinaba la cabeza, y á cada una de estas demostraciones decía en alta voz: «¿Qué diría Gabriel de esto?» lo cual producía una carcajada de parte de Elena, y una mirada de asombro del viejo Petroff, que, naturalmente, no comprendía el significado de mis palabras.

El tren entró como una tormenta en la estación de Kowno, deteniéndose después. El ruso se levantó diciéndonos:

—Tengo que dejar á ustedes por unos momentos: pero el tren pára aquí lo bastante para que pueda ofrecer á ustedes una taza de té. No admito excusas, mi querido Coronel. Quiero que sean ustedes mis huéspedes por unos momentos.

—Con mucho gusto—contestó mi compañera.

Algunos momentos después nos encontrábamos sentados ante una mesa del restaurant de la estación, donde el té ofrecido se convirtió en espléndida comida, al final de la cual el Coronel, levantando una copa de champagne para brindar por la señora, añadió:

—No puedo soportar la idea de perderles á ustedes tan pronto. Por lo tanto, he de despedirme no diciendo adiós, sino hasta la vista, pues espero tener el placer de volverlos á ver pronto en la capital.

Aquí me encontraba enfrente de otro nuevo problema. Según las reglas de la más rudimentaria cortesía, yo debía dar al Coronel nuestras señas en San Petersburgo, ¿y qué señas podía yo darle? Si le daba las mías y él venía á verme, se encontraría con que había desaparecido el objeto de su atracción, y me hubiera sido difícil el explicar el por qué *mi mujer* no estaba conmigo; por otra parte, el darle unas señas falsas, además de ser expuesto, repugnaba á mi manera de pensar.

Afortunadamente, mi compañera tomó sobre sí esta responsabilidad, pues contestó en seguida:

—Estaremos encantados de ver á usted en el Hotel de Europa. No se olvide usted del nombre: Coronel Arturo de Morla y señora. ¿Por qué no lo apunta usted? Estoy segura que se le va á olvidar.

Los ojos del tártaro contestaron bastante elocuentemente que se acordaría.

—¡Olvidarla á usted, señora!—dijo además el soldado.—Eso es imposible; usted no conoce el corazón ruso.

—¿Que no conozco el corazón ruso?—exclamó Elena mientras sus ojos se iluminaron con una llamarada de fuego, que no duró más que un instante, dejando en seguida paso á una expresión más dulce, que acompañó á estas palabras:

—Entonces usted me enseñará en San Petersburgo á conocer el corazón ruso. ¿No es eso? Allí podremos devolver á usted su hospitalidad.

—Tendré el honor de presentar á ustedes mis respetos, dentro de pocos días, en nuestra gran ciudad—contestó el Coronel, al mismo tiempo que recogía su pelliza y ofrecía á *mi mujer* el brazo para llegar hasta el tren.

Una vez allí, al pie del vagón, el Coronel besó respetuosamente la mano de Elena, estrechó la mía, y esperó hasta que nos pusimos en movimiento. Sus últimas palabras fueron para decir:

—No me olvidaré del Hotel de Europa.

—¡Hotel de Europa!—dije yo, en medio de una carcajada cuando lo perdimos de vista.—Sí, puedes buscarme en el Hotel de Europa. Yo estaré en casa de mis parientes los Weletsky: allí puedes venir á buscarme, viejo verde.

—¿Usted..... usted es pariente de los Weletsky?—me preguntó Elena con interés.

—Sí, soy pariente por alianza—respondí yo.

—Tal vez eso pueda ayudar.....—dijo Elena, como siguiendo sus propios pensamientos; pero conteniéndose de repente, cambió el curso de sus palabras, añadiendo:—¡Cuánto me alegro de verme desembarazada de ese viejo de Coronel! ¿Y usted?

Francamente, esta última pregunta la hizo en un tono tan simpático para mis oídos, que no pude por menos de decirla en voz baja:

—¿Sigue usted considerando como una desgracia el que Gabriel la dejase sola y sin pasaporte?

—¡Hush..... silencio!—me contestó.—Aquí viene el hombre á encender las luces.

El tren marchaba entonces á toda velocidad, y por las ventanillas pasaban, como estrellas voladoras, las lucecitas de los pueblos por que íbamos atravesando.

Unas pocas horas más, y nos encontraríamos en Wilna, donde Gabriel Valdenegro estaría esperándonos. Miré á mi compañera; la media luz del mechero encendido en el techo del coche caía sobre ella y la hacía aparecer todavía más bonita. Casi, casi sentía que Gabriel no estuviese en San Petersburgo.

En el compartimiento de al lado se oían risas y ruido de conversación que demostraban que los moscovitas que nos habían tocado de vecinos eran gente de buen humor.

Elena rompió de repente el silencio que por algún tiempo habíamos mantenido, para decirme:

—Desde que lo he conocido á usted, he empezado á interesarme por mi amable caballero. Cuénteme usted algo de su familia y de usted mismo; así se lo podré yo contar también á Gabriel. Estoy segura que le interesará.

—Pshe—contesté yo;—más interesante sería oir su historia de usted, señora.

—Tal vez—replicó ella con una ligera sonrisa;—pero primero la de usted y después la mía; tenemos tiempo sobrado por delante.

En vista de esta insistencia hice un sumario de mi historia desde que me separé de Gabriel diez años antes; expliqué mi parentesco con los Weletskys, y ante sus continuas preguntas tuve que exponer muchos detalles de mi vida. Tal vez era mejor para mi buen amigo Valdenegro que nos ocupásemos en tal conversación.

—Bueno, y ahora que he terminado de contar á usted todos los secretos de la familia de Morla, espero me ponga usted en conocimiento de los archivos de la de usted—dije yo, después que hube satisfecho todas sus preguntas.

Pero con gran sorpresa mía se limitó á contestar que apenas conocía á la familia de su marido.

—¿Cómo es eso?—pregunté.

—Porque apenas he estado unos días en España.

—Pero á su madre y su hermana las conocerá usted seguramente—repliqué.—Su hermana tenía fama de ser una belleza allá por el año 18.....

—Sí, á su hermana la conocí en Méjico, adonde fué con su marido.

—¡Ah, con que se casó! ¿Y cómo se llama su marido?

—No me acuerdo en este momento—contestó rápidamente.

Y luego, cambiando el rumbo de la conversación, prosiguió:

—¿Sabe usted que Gabriel le nombra á usted con mucha frecuencia? «¡Dónde andará ese buen Arturo!» dice muy á menudo atusándose sus bigotes negros.

—¡Sus bigotes negros! ¿Cómo es eso, si siempre ha sido rubio como un inglés?

—Es verdad—contestó precipitadamente:—pero desde hace algún tiempo se ha llenado de canas, y el tono general del pelo lo tiene más obscuro.

Y un momento después añadió con una sonrisa franca:

—El pelo de usted está todavía negro. No debe usted imitar á su amigo, porque así está usted mejor seguramente.

Y me miraba de manera que no pude menos de repetir para mis adentros:—¡Pero ese Gabriel qué suerte ha tenido!.....

—No me ha dicho usted aún su nombre—pregunté al cabo de un rato.

—¿Mi nombre? Elena—contestó.

—No es eso; quiero decir su nombre de familia, el que tenía cuando soltera.....

—Hola, ya estamos en Wilna—dijo interrumpiéndome, al mismo tiempo que se inclinaba para mirar por la ventanilla las luces de la ciudad en que entrábamos en aquel momento.

—Sí: pero dígame usted su nombre de soltera—insistí yo;—me gustará recordarla á usted por ese nombre; el que usaba usted antes de casarse.

—¡Wilna, dos horas!—gritó la voz del guarda del tren antes de que tuviera tiempo de contestar.

Al mismo tiempo se abría la portezuela del vagón, y Elena se preparaba á bajar.

—Vamos, vamos de prisa—dijo mi compañera saltando al andén.—Tengo que ir al hotel en seguida. Acompáñeme usted, y deje ahí todas las cosas, que tenemos tiempo de recogerlas.

Obedecí y bajé del carruaje, siguiendo como un autómata á mi bella compañera.

CAPÍTULO IV.

Elena corría más bien que andaba, atravesando por entre todos los pasajeros, en dirección al hotel de la estación; y la verdad es que el vientecito helado con que nos favorecía Rusia era muy propicio para semejante ejercicio.

El pórtico del hotel era un ascua de luz. Infinidad de criados esperaban á los pasajeros, que durante las dos horas de parada del tren invadían los suntuosos salones, procurando descansar de la fatiga del camino de hierro.

Cuando llegamos á la entrada, los ojos de Elena miraban á todos lados como buscando á alguien.

—Espera encontrar á su marido—pensé yo; y no sé por qué, en aquel momento hubiera dado cualquier cosa porque Gabriel Valdenegro se encontrase al otro lado del mundo.

Un momento después, un caballero bien vestido se destacó de entre un grupo de personas acercándose á Elena; pero al ver que ésta iba de mi brazo, se detuvo mirándome con curiosidad; después murmuró algunas palabras en ruso, y pasó al lado de mi compañera sin detenerse; pero pude notar fácilmente que había puesto un papel arrugado en su mano.



11.—Vestido de calle adornado con galones.

Explicación en el reverso de la Hoja-Suplemento.

12.—Cuerpo de raso para teatro.

13.—Chaqueta adornada con galones.

Explic. y pat., núm. IX, figs. 69 á 74 de la Hoja-Suplemento.

14.—Manteleta de seda.

Explic. y pat., núm. IV, figs. 32 á 40 de la Hoja-Suplemento.

15.—Traje de calle y de viaje.

Explicación en el reverso de la Hoja-Suplemento.



16.—Traje de visita. Espalda. *Véase el dibujo 17.*

—¿Un recuerdo de Gabriel?—pregunté á mi acompañanta.

—Sí, un recado de Gabriel—dijo ésta, arrugando más el papel y metiéndolo entre el guante y la mano.

—¿Pero entiende usted el ruso?—volví á preguntar.

—Una ó dos palabras solamente. Pero vamos dentro en seguida. Hace aquí un frío terrible.

Sin poder explicarme su conducta bastante rara, la acompañé al vestíbulo. Una vez dentro, se dirigió á la oficina del hotel, y con voz que fácilmente se podía oir, preguntó si había llegado alguna carta para la *Señora de Morla.*

Ante la contestación negativa quo recibió, se volvió al *maître d'hôtel* para pedirle «un cuarto y comida para dos».

El *maître d'hôtel* inclinó la cabeza en señal de asentimiento, y guiando nuestros pasos nos condujo á una espléndida habitación del piso principal. Cuando hubimos entrado, el criado nos presentó el *menu* y la lista de los vinos, y se retiró inmediatamente después de recibir mis órdenes.

En cuanto vi la puerta cerrada, y no pudiendo devorar por más tiempo mi impaciencia, pregunté á Elena:

—¿Por qué razón ha pedido usted las cartas que hubiese aquí para mi mujer?

—¿Está usted seguro que yo he pedido carta alguna?

—¿Ya se ha olvidado usted?

—Pues no lo sé. Tal vez lo haya hecho, pero sin darme cuenta de lo que decía. La verdad es que estaba tan trastornada con la noticia que me ha dado ese empleado de Gabriel, que no sé lo que he dicho.

—¿Malas noticias de su marido de usted?—pregunté yo con alguna ansiedad, pues verdaderamente tengo una buena amistad por Gabriel.

—¡Hum! No tan fuerte. Acuérdese de que le dan á usted ese título aquí.

Y luego, sin transición, siguió cogiéndose la cabeza con las manos con señales de desesperación:

—¡Es atroz! ¡atroz! ¡atroz!

—¿Qué es lo que es atroz?—pregunté yo alarmado al ver que las lágrimas comenzaban á asomar á sus ojos.

—Se..... se..... ha..... marchado á San Petersburgo—contestó por fin rompiendo á llorar con desconsuelo;—se fué ayer, llamado por un asunto urgente, y me ha dejado aquí sola. ¿Qué haré, Arturo, qué haré?

Confieso que me sentí todo enternecido, no sé si por aquellas lágrimas ó por oir pronunciar mi nombre por aquella boca que tanto había admirado durante todo el día. El caso es que contesté inmediatamente:

—Lo que debe usted hacer es dejarse guiar por un hombre de experiencia como yo.

Al oir mis palabras, Elena prorrumpió en un «Dios le bendiga á usted, Arturo»; y reclinando la cabeza en mi hombro, continuó en sus sollozos, que pronto tomaron un carácter convulsivo, hasta el punto de hacerme temer un accidente.

—Tranquilícese usted, señora—dije procurando calmarla.—Es preciso que haga usted un esfuerzo. El criado va á entrar de un momento á otro, y ¿qué dirá si la ve á usted en ese estado?

—No puedo, no puedo contenerme. Ya ve usted mi situación. Cuando usted se marche me encontraré aquí sola, sin pasaporte y sin equipaje. Me preguntarán. Llamarán á la policía. Me arrestarán. Y además, sospecharán de usted. Ya sabe usted lo que dijo el Coronel de los pasaportes. ¡Oh, Dios mío, en qué situación nos ha colocado la locura que he hecho!

—Pero hay una manera de arreglarlo todo—indiqué yo.

—¿Cuál?

—¿Por qué no sigue usted conmigo hasta San Petersburgo? Allí podrá usted encontrar á su marido.

—Es verdad; parece mentira que no se me hubiese ocurrido eso antes, siendo una cosa tan sencilla. ¡Pero qué buena idea ha tenido usted, y qué bueno es usted, Arturo!

—Vamos, vamos. Si le parece á usted bien mi idea, no hay ya para qué llorar. Con que ánimo, ánimo, y á prepararse para comer.

—Tiene usted razón—dijo, mientras que una sonrisa asomaba á sus labios.—¡Si seré tonta que me he apurado por tan poca cosa! Dentro de veinte horas estaremos en San Petersburgo; allí me deja usted en el hotel de Europa y se va usted á buscar á Gabriel; vuelve usted con él, y entonces le explicamos todo lo ocurrido. ¡Cómo se va á alegrar de vernos á los dos!

Y ante esta idea, y como una chiquilla, comenzó á bailar por el cuarto, mientras que el criado preparaba la mesa para la comida, á la que pocos momentos después hacíamos los honores con excelente apetito.

L. B.

Continuará.

CARTAS Á MARÍA ELENA.

GRACIAS por el interés que en la tuya me demuestras, querida María Elena: no puedes imaginarte la dulce emoción que experimento al leer tus cariñosas frases. Eres perfecto retrato, así en el alma como en el rostro, de tu buena madre, la más dulce y amada de mis amigas, cuyo imborrable recuerdo permanece en mi corazón, vivo siempre como el fuego sagrado que se confiaba á las antiguas vestales.

Dios ha escuchado propicio las súplicas que por mí le diriges, y estoy mejor, mucho mejor; las primeras brisas templadas parecen haberme traído efluvios de nueva vida, y ya me atrevo hasta á recibir los rayos del sol, vagando al aire libre en las enarenadas calles del hermoso jardín que conoces tan bien.

¡Qué grande, hija mía, es la bondad del Señor para con sus criaturas! ¡Cuántas acciones de gracias le debemos siempre, y mucho más en esta bella estación, que, al despertar de la naturaleza dormida durante el rigor del invierno, hallamos á cada paso una prueba de su paternal amor! Los brotes de un verde suave que empiezan á vestir las desnudas ramas de los árboles nos prometen para el estío fresca sombra que nos preserve de los ardores del sol; la alfombra de lirios, violetas y matizadas florecillas que, como heraldos de la primavera, se muestran ya por todas partes, recrea nuestros ojos y nos regala delicados perfumes; el canto de las golondrinas nos trae gratos recuerdos de tiempos pasados, y hasta las blancas mariposillas que vuelan ante nosotros parecen mensajeras que vienen á decirnos..... «Alegraos; vuestro Padre, que está en el cielo, se desvela por embellecerlo todo, para que veáis cuánto os ama.»

¿Verdad, Elena mía, que seríamos sumamente ingratos si no correspondiéramos á los tesoros de ternura que le debemos? Pláceme hallar en ti buenas disposiciones para mostrarte hija sumisa y amorosa, y aplicarte en conciencia á mejorar cuanto es posible las imperfecciones propias de nuestra mísera condición humana, á fin de aproximarte al ideal divino, que debe ser continuamente nuestro modelo.

Veo con gran satisfacción que procuras, según permiten tus circunstancias, regir tu hogar con la prudencia de una cristiana y la moderación de una mujer de experiencia. Dios te ha otorgado fortuna; pero comprendes que por lo mismo ha de ser la cuenta que te exija más estrecha. Si dilapidaras en ruinosos caprichos el capital que con tanto trabajo ha adquirido tu buen padre; si rehusaras dar limosna al necesitado por satisfacer pueriles antojos, ¿qué responderías al soberano Juez cuando te preguntara por el empleo que habías hecho de sus dones?

Pero si alguna duda tuviera respecto á tus juiciosas intenciones, la desvanecería por completo el consejo que me pides á propósito de la prudente economía que deseas establecer en cuanto depende de ti, con objeto de aumentar el fondo que destinas á obras de caridad. Voy, pues, á indicarte algo de lo mucho que puede decirse en tan grave cuestión, más grave hoy que nunca, porque la vida ha encarecido de un modo asombroso, y por lo mismo estamos en el deber de reflexionar detenidamente antes de permitirnos ni los gastos más indispensables.

La economía es precisa en todas las casas, sea cualquiera la cifra del capital con que cuenten, si no quieren ir derechas á la ruina. Tener diez y gastar treinta, es comprar con algunos años de ostentación y placeres la miseria y vergüenza del resto de la vida: los números no tienen vuelta de hoja, querida mía: dos y dos siempre son cuatro, y el que no se convence de esta verdad aterradora es un iluso ó un necio. No hay fortuna, por colosal que sea, que resista al despilfarro de toda una familia; así se ven tantas bancarrotas, estafas, *irregularidades* y otras desdichas de la misma especie, con su innumerable cohorte de suicidios, deshonras, bajezas y amarguras horribles.

Pero hasta para economizar es necesario tener inteligencia; y para hacer más comprensible el pensamiento, voy á ponerte ejemplos prácticos.

La economía debe adaptarse á la situación de cada casa, porque hay algunas donde se manifiesta honrosa y decente, y otras que, copiando punto por punto lo que aquéllas hacen, resulta vergonzosa y poco delicada: cuando sólo se tienen dos sirvientes, es fácil que coman de lo mismo que sus señores: pero donde existen diez ó doce, es indispensable disponerles aparte abundante y bien condimentado alimento, si no tan delicado como el de los amos, bastante bueno y sabroso para satisfacerles y reponer sus fuerzas que agota el trabajo. Darles viandas despreciables y escatimarles los artículos de primera necesidad, es exponerse á críticas acerbas, tanto más desagradables cuanto son más merecidas.

Hay personas que entienden la economía de un modo singular: ponen tasa al jabón del lavado y á los gastos insignificantes que produce el aseo interior del hogar, y tiran en flores y superfluidades doble valor de lo que para aquéllos necesitan; otras tienen á una costurera zurciendo todo el día paños y delantales de cocina, costando el repaso de cada uno con el jornal y manutención de la trabajadora más que si compraran dos nuevos; y mientras creen que obran juiciosamente, pagan una locura á las modistas de fama por cada traje nuevo que estrenan.

Cuando no se reflexiona la manera de economizar y se siente la necesidad imperiosa de reducir gastos, se quiere abarcarlo todo, y precisamente es el medio mejor de hacerlo todo imperfectamente. Convencida la persona á quien animan tan laudables deseos de que le es imposible realizarlos, empieza por deshacer una parte del programa. ¿Pero cuál será la preferida? Regularmente depende de la elección la prosperidad y á veces la paz del hogar.

Si guarda para sí las tareas más sencillas y, por lo tanto, menos retribuidas, hace una economía insignificante; y si añade la avaricia, empeora el asunto. ¿De qué le servirá suprimir una criada si adopta un aya para los niños? ¿De qué le aprovechará cuestionar con algunos sirvientes por cinco ó diez céntimos si no sabe tomar las cuentas al mozo ó cocinera que hace la compra, y deja, por consiguiente, en sus manos todos los días pingües beneficios? Ya comprenderás que tales sistemas son perjudiciales y ruinosos hasta dejárselo de sobra.

Ahora bien; la verdadera y sabia economía voy á decírtela en dos palabras, advirtiéndote de antemano que es difícil y además fatigosa, porque consiste en *vigilarlo todo* y *disponerlo todo;* multiplicarse cuando hay algo que hacer, y no rehusar jamás una ojeada donde es necesaria la presencia de la dueña de la casa; saber elegir entre las piezas de ropa las que son aprovechables; calcular cuándo deben renovarse; no tener empeño en conservar las que llegan á ponerse imposibles, y comprender, por la lógica de los hechos, que es preferible dar á los necesitados alguna prenda usada, que decidirse á no salir de ella pagando jornales y jornales á fin de que siga prestando un servicio que materialmente no puede.

La señora económica se halla obligada á saber qué entrega á su costurera, qué hay en su despensa, qué se necesita para mantener bien á la servidumbre, y de qué consta el valor de lo que ponen en su mesa. Además, el *tiempo es oro*, según dicen los ingleses; si se aprende á aprovecharlo, ya esto por sí sólo constituye una economía respetable, y si agrega reflexionar sobre cada empleo que se hace, es seguro que no tendremos por qué arrepentirnos. Conocí una señora que regateaba con furor los trabajos que mandaba ejecutar, y luego, porque no *le gustó* la manera como le hicieron *á mano* unas enaguas, pagó cien reales porque las descosieran y tornaran á confeccionar. ¿Qué te parece tal sistema de economías? Detestable, me parece oirte decir, y tendrás sobrada razón.

La economía debe hallarse tan lejos de la *miseria* como del *despilfarro;* no prohibo ciertamente alimentar como debemos á los que nos sirven, ni conservar cuanto es posible las ropas; pero ordena impedir que los criados malversen ó tiren lo que se les da, é impone el deber de no descuidarse para conseguir que la administración interior marche como está obligada á marchar. No bastan las mejores intenciones, que en muchos casos suelen ser estériles; hace falta fuerza de voluntad para cumplir nuestros deberes por penosos que sean, reflexionar, calcular, comparar, y ver el fin justo y equitativo.

La mano de obra para cualquier trabajo vale más del triple que ahora veinte años, y tiende todavía á subir; así, cuando se necesitan objetos cuya ejecución requiere cierta dosis de gusto de invención ó de arte, resulta el precio inabordable para las fortunas medianas, y de aquí los sacrificios que cuesta lo que se desea, pues pocos se conforman con lo que en su posición pueden tener. Si todos vieran en este asunto tan claro como lo ha visto tu buen padre, es seguro que el primer aprendizaje que tendrían las jóvenes sería el de costurera, sin permitir que lo terminaran hasta que supieran con perfección cuanto constituye este ramo tan necesario, desde las modestas funciones del repaso, hasta las primorosas confecciones que cuando se quieren precisa pagar á precios fabulosos. ¿No te parece natural que en vez de enseñar labores inútiles, como flores de papel, no sólo frágiles é impropias, sino casi feas; flores de estambre, que vienen á ser verdaderos nidos de polvo, y flores de cuero, etc., etc., aprendieran las adolescentes á zurcir bien, echar piezas en la ropa blanca, y cortar y probar sus trajes, para que esto constituyera en el hogar una verdadera é importante economía?

La gran habilidad de una señora en el interior de su casa, cuando sus medios de fortuna lo permiten, debe ser que reine la *abundancia ordenada*; es decir, que se disfrute de todo, pero que no se desperdicie ni una fruta ni una corteza de pan. Generalmente nadie se ocupa de ciertas pequeñeces, y, sin embargo, en muchas ocasiones ellas son la piedra que hace volcar el carro de triunfo donde se ostenta una familia.

Los refinamientos del lujo son enemigos declarados de la prudente economía: ellos deslumbran á las personas incautas y las arrastran á una senda de perdición á cuyo término se halla el abismo. Sedas, brocados, encajes, plumas, flores y joyas conspiran contra la paz de los corazones y contra los capitales mejor cimentados. Viste siempre con sencillez, Elena mía, desde que tienes mejores razones que otras muchas para presentarte modestamente engalanada. Hay jóvenes á quienes sus mismas madres obligan á usar trajes de subido precio, y la obediencia las disculpa; pero tú, huérfana, y sabiendo todos que tu padre te deja en absoluta libertad de gastar, darías motivo para severas críticas haciéndolos excesivos. Aun prescindiendo de los juicios humanos, hay algo que obliga más que ellos mismos, y es la seguridad de que un Juez inexorable ve nuestras acciones y le debemos cuenta de ellas; que si nos da generoso no es para que seamos vanos y avarientos: así, cuando pienses en renovar tu guardarropa, acuérdate del necesitado y economiza para él, y reflexiona, sobre todo, que una lágrima que enjugues constituye el más rico brillante que puedes poner en tu tocado.

La experiencia de mi larga vida me ha hecho ver tantas miserias que han tenido por causa un lujo imprudente, que me espanta lo que no es decible ese monstruo voraz dispuesto siempre á ahogar entre sus garras á los que finge halagar con más ternura. Créeme, Elena: todas las prevenciones son pocas cuando se trata de combatirle, y la mejor de las armas es la *economía discreta;* cierra los oídos á los que te critiquen por ella; ¿qué te importan necias opiniones? Tu obligación principal es conservar lo que tu padre posee; aumentarlo si te es posible con tu juiciosa administración, y compartir con tus hermanos los pobres el diezmo que les debes. Las flores de caridad son las que forman corona más brillante; adornada con ella, serás más hermosa á los ojos de Dios, que es mucho mejor que serlo á los del mundo.

Si marchas por el camino que te señalo, no extrañes sufrir desprecios y burlas de tus amigas y compañeras. ¡Es tan difícil practicar la sencillez y la economía cuando la tendencia general de la sociedad tiende sólo á deslumbrar! Pero no temas; las personas sensatas aplaudirán tu conducta, y acaso algunas la imiten. En caso que no, tienes para satisfacerte la seguridad de que Dios la aprueba, tu padre también, y tu amiga Ledia se une de antemano á la opinión del autor de tus días. ¿Qué falta te hace más?

Concluyo esta larga epístola, querida Elena, deseándote gran firmeza de voluntad para llevar á cabo tus buenos propósitos: entretanto saluda á tu padre, y sabes que te abraza de corazón tu amiga

LEDIA.

PIROTOU.

PIROTOU era el criado del pequeño hotel de Avignon donde yo me había detenido. Creo que era el único sirviente masculino que había en la casa, ó, por lo menos, era el que estaba encargado de todos los servicios. Lo mismo se le veía barriendo los pisos y quitando el polvo á los muebles, como guiando el carruaje que iba á esperar ó á llevar huéspedes á la estación, ó subiendo y bajando baúles y mantas, con tan poco esfuerzo, al parecer, cual si estuvieran rellenos de aire; todo lo cual no le impedía servir á la mesa á las horas reglamentarias.

Era imposible dejar de fijarse en aquel hombre. Toda su cara parecía que reía; su movilidad era portentosa, y sus múltiples y para cualquiera otro fatigosas tareas parecían para él cosa tan fácil, que aun encontraba tiempo para entablar conversación con todo el mundo por poco que se le animase para ello.

Cuando, sentado en el pescante del pequeño ómnibus, salía del hotel conduciendo el más que mediano caballo que lo arrastraba, no pasaban dos minutos sin que tuviera que saludar á alguna persona, que guiñar un ojo á otra, ó que dedicar una sonrisa á alguna de sus amistades del sexo femenino. El bueno de Pirotou era indudablemente la persona más popular de aquellos barrios, y esta popularidad le daba derecho á ciertas prerrogativas y privilegios.

Cuando la comida de la *table d'hôte* se terminaba, y todas las cosas habían vuelto á colocarse con orden en los aparadores, Pirotou no dejaba de observar si algún huésped había quedado rezagado, é inmediatamente buscaba el medio de entablar conversación con él. Es verdad que esta conversación no solía durar mucho tiempo, pues á los pocos instantes se oía alguna voz llamando al diligente criado para que ejerciese alguna de sus variadas funciones.

Siendo, como soy, un fumador incorregible, claro es que fuí de los favorecidos desde luego con el trato de Pirotou, el cual procuraba siempre hacerme compañía durante el tiempo que tardaba en consumirse mi cigarro.

—Tengo un hermano que es oficial del ejército—me dijo un día.

Y sin dejarme tiempo para expresar mi sorpresa continuó:

—¿No es verdad que es curioso? Tener un hermano oficial del ejército, y ser yo un simple criado.....

—Pirotou, suba usted la maleta del núm. 16..... Pirotou, café para el núm. 3..... Pirotou, enganche usted en seguida el carruaje.

Y Pirotou salió como una flecha á cumplir todas aquellas órdenes.

Desde aquel día noté que el lado flaco de muchacho era hablar de su hermano. Estaba orgulloso de él, y además lo quería y respetaba sobremanera, y encontraba la cosa más natural del mundo que todas las personas que lo oían deseasen saber algo de aquel Napoleón en ciernes.

—¿Supongo que le chocaría á usted lo que le dije ayer de mi hermano?—me preguntó al día siguiente del en que me había declarado la posición que aquél ocupaba en el ejército.

—Sí, efectivamente, me chocó—contesté, aunque maldito lo que la cosa me había preocupado.

—Pues verá usted—prosiguió;—la cosa fué porque una señora que vivía en nuestro pueblo, muy rica y muy vieja, perdió el único hijo que tenía. Mis padres habían muerto también, y aquella buena señora tomó cariño á mi hermano y lo mandó á un colegio de París. Después fué á la Escuela Militar de Saint-Cyr y fué nombrado oficial, y luego la señora que lo protegía murió, y crea usted que casi también me muero yo de alegría cuando supe que mi hermano.....

—Pirotou, el núm. 31 está llamando.

La continuación de la historia quedó para el siguiente día.....

—Bueno, pues la buena señora.....

—¿Qué señora?—pregunté yo, que ya no me acordaba del día anterior.

—La señora que protegía á mi hermano—insistió Pirotou demostrando la sorpresa que le causaba el que yo no me recordase á quién se refería.

—Sí, sí, ya sé; bueno, ¿y qué le pasó?

—Pues que se murió, dejando á mi hermano un buen legado. Esto me tranquilizó cuando lo supe; pues, francamente, ser oficial y no contar más que con su paga, no es demasiado, y así con ese dinero puede ocupar decentemente su puesto.

—¿Y no te dejó á ti nada, Pirotou?

—¡A mí!—exclamó sorprendido de mi pregunta.—No, señor; ¿por qué me había á mí de dejar nada? Era mi hermano el que tenía la misma edad que su hijo.

—¿Y tu hermano viene alguna vez á verte?—pregunté.

—Sí, señor; vino una vez hace tres años. Me habían dado cuatro días de permiso aquí en el hotel, y arreglamos el ir juntos á nuestro pueblo. Mucho sentía no pasar más que cuatro días con él; pero todavía resultó que sólo estuve tres.

—¿Por qué?

—Pues porque mi hermano recibió una invitación para ir por algún tiempo á una casa de campo de unos amigos suyos; y, además, porque, aunque él nada me dijo, yo comprendí que encontraba nuestro pueblo un poco triste y aburrido. Ya ve usted, señor, es natural tratándose de una persona de su posición.

—¿Y te ayuda alguna vez?—pregunté yo de nuevo.

Pirotou se echó á reir con su sonrisa franca y alegre.

—¡Ayudarme, señor! ¡Cómo quiere usted que me ayude si nuestro trabajo es tan distinto!

—No hablaba en ese sentido. Quería decir si no te manda algún dinero.

—¡Oh! no, señor. No se lo admitiría de ninguna manera. En primer lugar, porque aquí estoy bien pagado; y además porque él debe necesitarlo todo para sí. Figúrese usted, señor, todos los gastos que tendrá que hacer para sostener su posición.

—¿Y no piensas volverlo á ver pronto?

—Sí, señor. Vendrá muy pronto; para mi boda.

—¡Hola! ¿te vas á casar?

—Sí, señor—contestó el bueno de Pirotou poniéndose colorado.—Voy á casarme muy pronto, y ya va siendo hora, pues aquí donde usted me ve, tengo ya veintiséis años.

—¿Entonces dejarás el hotel?

—No, señor. Pienso seguir aquí, porque no tenemos bastante dinero para establecernos por nuestra cuenta; pero la señora en cuya casa sirve Louisette me ha ofrecido que nos favorecerá, y que si puede me tomará más adelante á su servicio. Mi hermano será el padrino de la boda, y figúrese usted si estaré contento del honor que me hace. Porque ya ve usted, señor, ¡un oficial!......

—¡Pirotou! ¡Pirotou! ¡El núm. 59 pide la llave de su cuarto!

Cuando de nuevo volví al hotel de Avignón habían transcurrido bastantes meses. Desde luego me llamó la atención el aspecto y la cara de Pirotou. Una viva tristeza se pintaba en su semblante, y sólo haciendo un esfuerzo consiguió sonreirse para darme la bienvenida. Desde luego comprendí que algo le había ocurrido durante mi ausencia, y que el pobre muchacho no deseaba más que contármelo; pero sus ocupaciones no se lo permitían en aquel momento, y tuve que contentarme con observar la mudanza tan completa que se había operado en su físico durante aquellos meses.

Después de terminada la comida fuí yo el que entablé la conversación, diciendo:

—Por lo visto, ¿tu hermano no vino á la boda después de todo, Pirotou?

—Sí, señor; sí que vino..... pero..... en fin, bueno es que le cuente al señor todo lo ocurrido. El caso es que yo esperaba á mi hermano que creía vendría á parar á este hotel, de manera que podría verlo á cada momento, y le aseguro á usted, señor, que me causó bastante disgusto el saber que se había detenido en el hotel de Saint-Ives, justamente al otro lado del pueblo. No vino él mismo á verme, sino que me mandó un recado para decirme que me esperaba en el café, y me encargaba que no me olvidase de quitarme el delantal y de coger mi sombrero. Y la verdad es que tenía razón en hacerme esa advertencia, pues si no, tengo la seguridad que con la prisa de correr á verlo se me hubiera olvidado ese detalle.

Cuando llegué al café y lo vi tan guapo, con su uniforme, por poco le doy un abrazo; pero como él sabe de esas cosas más que yo, me alargó en seguida la mano, preguntando qué es lo que quería beber con él. Pedí una copa de Jerez; mas yo creo que la alegría me tenía trastornada la cabeza, porque cuando me sirvieron lo que había pedido, no sé cómo fué, pero el caso es que me bebí la copa de absinta que él tenía delante. Mi hermano me habló con el mayor cariño, explicándome por qué no había ido á mi hotel, y diciéndome que prefería que yo fuese á verlo tantas veces como pudiera. Me encargó, además, que no le dijese á nadie que estaba allí, y tenía razón, porque yo había ido pregonando por todo el pueblo su llegada, y casi, casi, la gente lo consideraba como una cosa rara, gracias á los elogios y á las tonterías que yo había dicho de él.

Una cosa me contrarió mucho, y fué que no viniese á ver á mi patrón, porque éste creyó que mi hermano no lo hacía por orgullo; y yo le aseguro á usted, señor, que si no vino sería por alguna distracción, y porque uno no puede pensar en todo. Yo bien estuve por indicárselo, pero no me atreví.....

—Pero, ¿y la boda, Pirotou, cómo tuvo lugar?—interrumpí yo, viendo que su narración no adelantaba gran cosa.

—Ahora voy á ello, señor; espere un poco. Bueno, pues mi hermano me preguntó todos los detalles que tenía yo arreglados para la boda. Le hablé de Louisette, mi novia, y, naturalmente, quiso conocerla; y como al día siguiente era domingo, arreglamos que nos encontraríamos á la puerta de la iglesia, y allí veríamos salir á Louisette, que iba siempre á misa acompañando á su ama, la señora de Dalbert. Efectivamente, cuando ellas salieron de la iglesia estábamos los dos esperando, y no pude menos de decir á mi hermano: «¿No es verdad que es muy bonita mi Louisette?» Hizo un signo afirmativo con la cabeza, pero sus ojos no se apartaban de la señora de Dalbert.

Al día siguiente volví al café para verle, pero estaba con varios oficiales compañeros suyos, que había encontrado casualmente; y como comprendía muy bien que yo no me hallaría á gusto entre aquella sociedad, se levantó en cuanto yo entré y vino á mi encuentro.

—¿No me dijiste ayer que el ama de Louisette se llama la señora de Dalbert?—me preguntó en cuanto nos dimos la mano.

—Sí, ése es su nombre—contesté yo.

—Pues es el caso que mis amigos están invitados á una expedición de caza en la finca de esa señora, y se empeñan en que yo vaya con ellos. ¿Te importa á ti que yo acepte?

—Al contrario—le contesté;—me alegro de esa oportunidad que tienes de conocer mejor á la que va á ser mi mujer.

Y le di mil encargos para ella.

Cuando le vi tres días después, le pregunté en seguida qué impresión le había causado mi Louisette; pero él me contestó:

—Como estaba allí con mis amigos, no he podido hablar con ella; ya tú comprendes que no hubiera estado bien.....

Lo único que yo comprendía es que no alcanzaba la explicación de sus palabras; pero me guardé muy bien de decirlo; entretanto mi hermano seguía diciendo:

—La señora Dalbert es verdaderamente encantadora, ¿no te parece?

La verdad es que yo no me había fijado nunca en ella; así es que no pude dar mi opinión sobre el particular.

Mi hermano se había sentado en una silla, y parecía muy abstraído en sus reflexiones. De pronto levantó la cabeza para preguntarme:

—Dime, ¿sería para ti un gran sacrificio el renunciar á tu boda?

Francamente, señor, la pregunta era demasiado fuerte; así es que le contesté recordándole que hacía tres años que nos queríamos Louisette y yo..... tres años que esperábamos y..... no hablamos más, y durante una semana no lo volví á ver.

Al cabo de ese tiempo me mandó un recado para que fuese al hotel, y esta vez me hicieron subir á su cuarto, en el piso principal. Me pareció que estaba muy excitado, y se paseaba de un lado á otro de su cuarto sin fijarse apenas en mí. Por último se detuvo, para decirme de repente:

—¿Puedo contar contigo?

—¡Ya lo creo!—contesté yo.

—Bueno, pues es el caso que me he enamorado como un loco de la señora de Dalbert, y..... que ella también parece que me quiere, y hemos arreglado nuestra boda. Lo único que me preocupa naturalmente eres tú.

—¡Yo! ¿Y por qué?

—¿Por qué? ¿Pero no lo comprendes, muchacho? ¿No ves que no es posible que te cases con la criada de la señora de Dalbert? Eso sería ridículo y hasta humillante para mí.....

No pude contestar nada, señor, pero debí ponerme muy pálido, porque mi pobre hermano me sonrió con cariño y dándome un golpecito en la espalda, me dijo:

—Un poco de paciencia, amigo mío: todo se arreglará con el tiempo y poco á poco.....

Pirotou interrumpió su narración, y dos gruesos lagrimones rodaron por su cara.

—Bueno ¿y en qué acabó todo?—pregunté yo.

—Pues en que no hubo boda, señor, y en que tal vez no la habrá ya, porque ni mi hermano ni Louisette me han vuelto á escribir desde que se fueron, y ya hace mucho tiempo. Naturalmente, mi hermano se habrá casado ya en París, aunque nada me ha dicho, y para mí es una alegría el pensar que le hecho lo que he podido para que sea feliz; pero de todas maneras, crea usted, señor, que cuesta mucho acostumbrarse á la idea de renunciar á la mujer que uno quiere..... pero, ya ve usted, mi hermano es el mayor, y luego..... un oficial.....

Y el pobre Pirotou, al llegar á esta parte de su narración, escondió la cara entre las manos y se puso á sollozar amargamente.

LADY BELGRAVIA.



17.—Traje de visita. Delantero.

Véase el dibujo 16.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR.

Exclusivamente serán contestadas en este sitio las consultas que, sobre asuntos propios de las secciones del periódico, se sirvan dirigirnos las Señoras Suscriptoras á la edición de lujo y á la 2.ª edición, demostrando esta circunstancia con el envío de una faja del periódico, ó por cualquier otro medio.

Las consultas que se nos dirijan en *carta anónima*, ó que vengan firmadas por personas que no demuestren debidamente ser suscriptoras á las citadas ediciones, no serán contestadas.

Á UNA TONTA.—Los tejidos de tonos claros toman bien cualquier tinte obscuro que se elija; pero el negro no puede



18 y 19.—Vestido para niñas de 12 á 14 años. Delantero y espalda.



20.—Vestido bordado para niñas de 5 á 6 años. VÉASE EL DIBUJO 22. *Explic. y pat., núm. X, figs. 75 á 81 de la Hoja-Suplemento.*

21.—Traje para niños de 5 á 6 años. *Explic. y pat., núm. III, figs. 25 á 31 de la Hoja-Suplemento.*



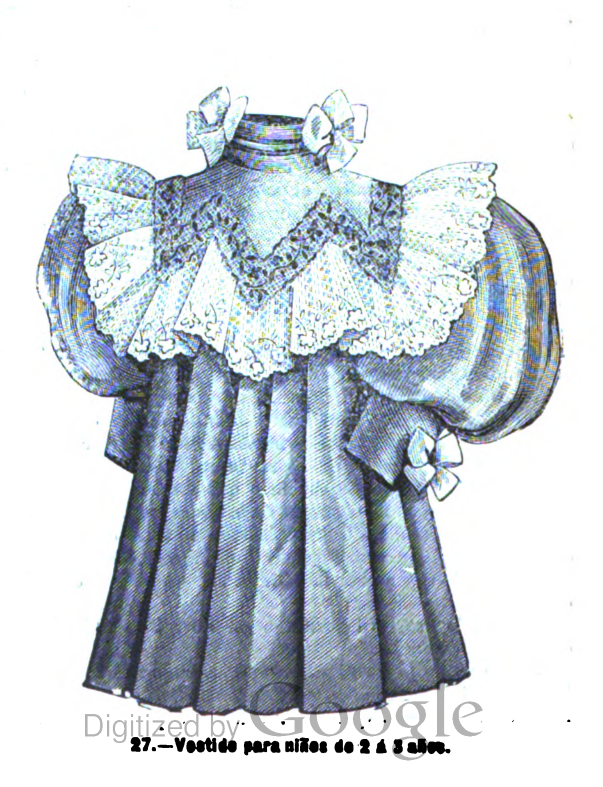
22 y 23.—Esclavina doble y sombrero para niñas de 5 á 6 años. *Explic. y pat., núm. X, fig. V de la Hoja-Suplemento.*

24.—Vestido para niñas de 6 á 7 años. *Explic. y pat., núm. V, figs. 41 á 45 de la Hoja-Suplemento.*



25.—Traje de primavera para señoras. *Explic. y pat, núm. VIII, figs. 60 á 68 de la Hoja-Suplemento.*

26.—Abrigo de primavera para niñas de 5 á 6 años. *Explicación en el anverso de la Hoja-Suplemento.*



27.—Vestido para niñas de 2 á 3 años.

tomar bien ningún tinte por obscuro que sea el color. Eso dicen los tintoreros más afamados de Madrid.

El peinado más propio para niña de trece á catorce años es el siguiente: los rizos recogidos en lo alto de la cabeza, sujetos con un lazo, y lo demás suelto, algo ondulado. Esto para vestir, y para diario recogido en una trenza.

Verá contestada su tercera pregunta en el número anterior (*A Rosalba*), á la cual digo los tejidos que estarán más de moda en la próxima estación.

De la tela á que se refiere apenas se hacen ya blusas de matices claros: pero como la que usted quiere hacerse ha de ser negra, no veo ningún inconveniente en que realice su deseo.

Ya no se usa cubrir las mesas de comedor con hule, sino con tapete.

A unos Ojos negros. — El luto de que me habla es sumamente ligero. Basta usar traje de lana negro dos meses, y al tercero puede vestir de color, procurando que no sea éste muy vivo, tal como rosa, azul, etc.

No sólo puede llevar traje de seda negro con velo blanco, sino todo blanco, si así lo desea.

En ese caso, el saludo debe partir primero de la señora ó señorita de más edad.

En las presentaciones, la iniciativa no debe partir de la presentada, sino de la persona á quien se le hace la presentación.

En el caso que indica, la señora que va representando á esas señoritas es la que debe pasar primero.

Á una Sílfide. — La chaqueta, cuyo modelo indica, puede servirle para las dos estaciones, haciéndola un poco más corta y de lana inglesa, ligera, cuyo color me gustaría fuera *beige*, en cualquiera de sus tonos, ó gris más ó menos obscuro.

El peinado se sigue llevando flojo, como verá por nuestros figurines y grabados, pero no tan caído sobre la oreja, sino apenas cubriéndola un poco. El cabello se ondula todo alrededor de la cabeza á gruesos cañones, y el moño, si es para usar sombrero, se pone bajo y saliente, y para mantilla, alto y bastante guarnecido de rizos ó pequeños bucles en la parte alta, á fin de que la mantilla favorezca. Para que se sostenga mejor ésta, debe colocar entre el peinado unas horquillas de concha ú oro y concha.

El flequillo está en moda, y se lleva según convenga mejor al rostro de la persona que lo use; es decir, más ó menos abultado, y cubriendo más ó menos la frente en forma de aureola.

La forma de las faldas sigue siendo la misma; y los cuerpos hasta ahora se seguirán usando distintos de la falda, sobre todo en el verano.

Á una Mamá joven. — Los zapatos y botas de los niños se limpian con espuma de jabón y leche, frotándolos inmediatamente con una franela á fin de que queden muy bien secos.

Los fieltros blancos se limpian con bolitas de papel de seda blanco, con las que se frotan con fuerza, hasta que quede el sombrero casi limpio: en seguida se toman polvos de almidón ó de arroz, se espolvorea y se cepilla con un cepillo muy suave para extender bien la harina y dejar caer la de la superficie.

Á una Desdeñosa. — Los granitos rojos de que padece aparecen siempre en la primavera; pero las espinacas, que son el mejor remedio para ellos, florecen al mismo tiempo. Se prepara con las flores una infusión, con la cual debe lavarse dos ó tres veces al día. Al mismo tiempo es muy bueno comer á diario espinacas, berros ó legumbres con puerros. Para que le sea menos desagradable este alimento, puede alternar unas legumbres con otras.

Á Primavera. — Las mangas van disminuyendo progresivamente; la forma de globo ha decaído mucho. Siguen haciéndose amplias, pero la altura de los puños es cada vez mayor. La parte alta se drapea de mil maneras: por medio de hebillas, lazos, trabillas, etc., cubriéndose la parte alta con adornos variados que figuran *jockeys:* algunos de éstos se forman con puntas de encaje, hombreras de bordado, lazos plegados en abanico y también volantes.

Los lazos conservan su importancia, predominando este adorno en las *toilettes*, sea cualquiera la forma caprichosa que se les dé: lazos de zapato, lazos cucardas, lazos Luis XV.

Los botones antiguos y de alta fantasía se siguen empleando, y durará aún bastante la moda, hasta tanto que dure la chaqueta Luis XV.

Estarán muy de moda los lazos blancos, y se llevarán en los sombreros. Los cuellos rectos de seda blanca, cerrados por graciosos lazos formados con cocas rectas hacia arriba ó ensanchándose en forma de corbata, estarán muy en boga, sobre todo para las jovencitas y señoras jóvenes.

También se usará mucho la corbata de seda blanca ó de tul flotante sobre el delantero del cuerpo: los chalecos de seda blanca, lisa ó cubierta con bordado crudo; las solapas anchas y grandes, cuellos dobles ó triples de faya blanca, bordeados de un guipur muy amarillo, son muy elegantes y se usarán también mucho.

Los entredoses de guipur se emplearán mucho para la terminación de los cuellos, solapas, ó formando el canesú.

Para Angelito. — Le será muy útil leer el número de La Moda de 22 de Mayo de 1895, en el cual hay un panorama de grabados con modelos y patrones de ropita para este caso.

Puede usar las mismas camisitas de la envoltura, y también los juboncitos.

En cuanto á lo demás, la faja á la española se suple por un justillo sin ballenas, cuyo modelo encontrará en el número antes indicado, y también el de los pantaloncitos. Luego se les pone un refajito de franela festoneada ó piqué; después los vestiditos de piqué en color blanco ó color claro con dibujos, y franelas flexibles en días frescos.

Teniendo en cuenta el país en que vive, debe poner al niño completamente de corto, es decir, que el largo de los vestidos deje lucir el calcetín.

El mismo panorama antes citado tiene bonitos modelos de trajecitos y delantales; y también los hallará muy lindos de enaguas, camisetas, delantales, etc., etc. en los números de 22 de Diciembre del mismo año y 6 de Enero de 1896.

A una Llorona. — Tengo el gusto de repetir á usted la receta del ron quina. Se toman dos reales de quina de buena calidad, en rama; se pone en infusión durante ocho días en alcohol, y pasado este tiempo, filtrase el líquido, añadiendo antes diez céntimos de cochinilla para darle bonito color; se filtra bien una cantidad de alcohol como de tres copas; se le añade, después de filtrarlo, una copa de buen ron, y, para darle mejor perfume, se echan algunas gotas de la esencia qne prefiera. Siguiendo estas reglas, obtendrá una buena quina, la cual usará cada tres ó cuatro días, dándose en el casco de la cabeza con una esponjita.

A una Madrileña en Asturias. — Debe usted dirigirse á la casa Pagés, Peligros, núm. 1, la cual es de toda confianza y la primera en esta capital para tintes, agua rizadora, etc. No tiene más que explicar su deseo é indicar qué color de cabello quiere tener, y estos señores harán el envío por correo.

El bicarbonato no es perjudicial bajo ningún concepto, pero cuando le use no debe darse miel.

Esta sirve para aclarar el cutis y suavizarlo, sobre todo en el invierno. De ella se hace uso en vez de jabón, pero no á diario, sino cada tres ó cuatro días.

Á una Ilusión perdida. — Las camas doradas quedan perfectamente limpias con agua y jabón. Después se aclara con una esponja, y se seca bien, primero con un paño fino ó muletón, y después se pasa la gamuza para sacar brillo.

Repasando con detenimiento, tanto la *Revista Parisiense*, como la Correspondencia particular de nuestro periódico, verá explicado cuanto se refiere á modas de trajes, tejidos, colores, adornos, etc., etc. que estarán en boga tanto en la primavera, como en el verano próximo. En cuanto á las formas, nuestra bonita colección de grabados y figurines iluminados le dará distintos modelos en que elegir.

Con respecto á las mangas, tenga la bondad de leer mi contestación, en este mismo número, dirigida á *Primavera*.

De las piezas de música más de moda es la ópera *Cavallería rusticana*, del maestro Mascagni. Precio de toda la ópera, 6 pesetas.

Como música ligera, la zarzuela *Las Zapatillas*, del maestro Chueca. Precio, 12 pesetas.

Á mi Sobrina. — Para hacer los suspiros de monja, se pone en una cacerola medio litro de agua, azúcar y la corteza de un limón raspado. Se espolvorea de harina y se mueve sin cesar hasta que la pasta esté bien cocida: luego se retira del fuego, se rompe un huevo y se mezcla con la pasta.

Para hacer cada suspiro se toma un trozo de la pasta del grueso de una nuez con una cuchara, y se echa en la fritura hirviendo.

Para hacer el bollo suizo se toma:

Harina de flor............	500	gramos.
Manteca fresca...........	125	—
Leche cocida y tibia.......	25	centilitros.
Azúcar....................	50	gramos.
Sal.......................	10	—

5 céntimos de levadura, 4 huevos y 20 céntimos de pasas.

Se mezcla todo en una cacerola y se trabaja sin cesar durante media hora con una cuchara de madera; se vierte la pasta en un molde untado de manteca de vacas (el tamaño del molde debe tener un diámetro de 25 centímetros, y profundidad 12 centímetros). Se deja subir la pasta hasta el borde (hacen falta tres ó cuatro horas). Cuando está bastante subida se mete en el horno no muy fuerte, durante una hora ó cinco cuartos de hora, teniendo cuidado de cambiar de sitio el molde de tiempo en tiempo. Cuando el bollo esté cocido se vuelca el molde, del cual se desprende fácilmente, sobre un papel blanco picado.

Este bollo bien hecho es exquisito para tomar chocolate, café y té. Debo esta receta á una señora que ha estado en Suiza largo tiempo.

Adela P.

EXPLICACIÓN DEL FIGURÍN ILUMINADO.

Núm. II.

Corresponde á las Sras. Suscriptoras de la edición de lujo y á las de la 2.ª edición.

1. *«Toilette» de lanilla «beige», guarnecida de «soutache» y de faya de igual color.* — Falda montada con un biesecito y adornada en el lado izquierdo con varias hileras de *soutache* colocadas á lo largo, formando de trecho en trecho, del modo que el figurín indica, varios motivos. Una ancha franja, formada por hileras de *soutache*, guarnece la parte inferior de la falda. Cuerpo liso, abierto por delante sobre un plastrón de lanilla guarnecido de *soutache*, se cruza en el lado izquierdo de la cintura. Rodeando los hombros lleva un gran cuello, compuesto de trabillas de faya bordeadas con un pequeño volante plegado. En el lado derecho del delantero, el cuello continúa formando un ancha solapa, que va en disminución hasta el talle, bordeada igualmente de un plegado. En el lado izquierdo, la trabilla termina en el hombro, adornándose sólo el delantero con motivos de *soutache* iguales á los del costado de la falda. Este delantero queda liso, y se cruza bajo la solapa que forma el lado derecho. Cuello recto, bordeado de trabillitas que forman un segundo cuello alto y vuelto. Mangas Imperio, con altos puños hasta el codo, muy ajustados. — Toquita de violetas, mezcladas con alitas de lentejuelas doradas, y á un lado bonita *aigrette* negra.



(Croquis del figurín iluminado visto de espalda.)

2. *Elegante «toilette» de raso brochado negro y raso liso, guarnecido de pasamanería de azabache.* — La falda es brochada, montada á anchos pliegues todo alrededor, y por delante abierta sobre un delantal de raso liso, guarnecido en el lado izquierdo con motivos de pasamanería con colgantes, colocando estos motivos á lo largo á igual distancia. Cuerpo de raso liso, adornado con un rico plastrón bordado de perlas de azabache y sujeto bajo dos cintas de raso recogidas en el centro del pecho por medio de un bonito botón, y reuniéndose en el extremo del cuerpo. En la espalda, estas mismas cintas forman tirantes, terminándose en el talle bajo un botón. Todo alrededor de la parte inferior de la chaquetita forma trabillas bordadas de azabache. Manga de raso brochado, muy hueca en los hombros, y en la parte inferior muy ajusta la hasta el codo, de forma redonda sobre la mano. — Sombrero de terciopelo negro, guarnecido de cocas y cintas color cambiante rosa y verde. En la parte de detrás, una hebilla y plumas negras.

INFORMACIONES PARISIENSES.

Acércase la alegre y suave primavera, tan llena de encantos, y con su proximidad le es más preciso á la mujer cuidar del rostro y del tocado y de todo lo concerniente á su persona, para no aparecer en discordancia con la Naturaleza. El cutis, tan maltratado por las intemperies del invierno, pronto recobrará su brillo gracias á la *Veloutine Fay*, estos ideales polvos de arroz conocidos hoy en todas las partes del mundo.

Sus cualidades higiénicas y el aspecto juvenil que da al rostro los hacen muy útiles á los artistas y a las damas elegantes, que gustan de acudir á los recursos del tocador, pero á condición de que no han de ser nocivos para la salud.

Los especialísimos polvos de *Veloutine* se hacen de bismuto. Adhiérense é incrústanse en la piel, á la que dan la diafanidad de la perla. Nunca nos cansaremos de recomendárselos á las señoritas y señoras jóvenes, sobre todo por la suavidad del perfume.

No hay, efectivamente, producto que embellezca el cutis y le dé brillo y frescura como la *Veloutine*. Este talisman de la hermosura se vende en casa de Ch. Fay, inventor, 9, *rue de la Paix*, París, y en las principales peluquerías y perfumerías del extranjero.

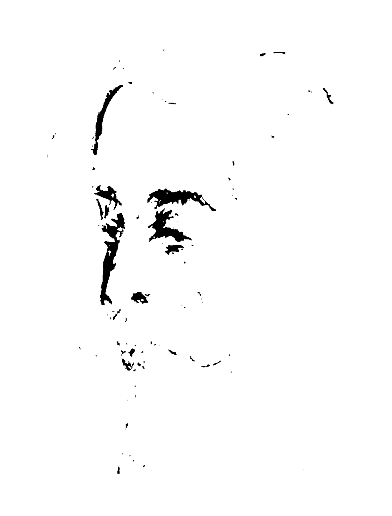
MADRID.—Establecimiento tipolitográfico «Sucesores de Rivadeneyra», impresores de la Real Casa.



3246

LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA

30 de Marzo de 1896 Alcalá 23 _ Madrid Nº 12



LA MODA ELEGANTE

PERIÓDICO ESPECIAL DE SEÑORAS Y SEÑORITAS, INDISPENSABLE EN TODA CASA DE FAMILIA

Administración: Alcalá, 23, Madrid. | Madrid, 30 Marzo de de 1896. | Año LV.—Núm. 12.

SUMARIO.

REVISTA PARISIENSE.

SUMARIO.

Eclecticismo de la moda.—Las reformas.—Modistas refractarias.—Más sobre las faldas.—Leves modificaciones.—Adornos llanos.—Resurrección del *barège*.—Novedad interesante.—Varios croquis de alta novedad.—Las flores.—El pescado que se tragó un peine.—Justicia distributiva.

No hay que tomar al pie de la letra las modificaciones que cada nueva estación introduce en las formas que se llevaron durante la estación precedente.

Antes de fijar sus modelos de un modo definitivo, la imaginación de los sastres y modistas va y viene, inventa y deshace, vuelve á crear, hasta que al fin descubre la fórmula que responde mejor al gusto del día.

Así, por ejemplo, cuando se dice y nosotros repetimos: la manga es lisa y estrecha, no queremos decir que estará prohibido llevar globos y mangas anchas, sino simplemente que la nota dominante de los nuevos modelos será aquélla.

Y aun así, es preciso hacer una ligera restricción, pues hay sastres y modistas muy principales que se niegan á adoptar como regla general la manga estrecha coronada de un *jockey*, de un lazo con caídas anchas ó de volantes. Las novedades inspiradas por estos hábiles artistas llevan todas la manga ancha, menos voluminosa, sin embargo, que en la estación pasada.

La modificación esencial es que, desde el codo hasta la muñeca, el brazo se halle comprimido.

Lo cual no impide que la manga vaya á menudo muy guarnecida, bullonada de arriba abajo, recogida, drapeada, arrugada de mil modos, ó atravesada de galones muy estrechos, á lo largo ó á lo ancho, según el género del vestido.

Si se consigue que triunfe la manga ajustada de arriba abajo, no será sino al cabo de un período de ensayos, de pruebas, de variaciones, que puede durar aún bastante tiempo.

***

Este eclecticismo de la moda responde admirablemente á las necesidades de la coquetería femenina, y permite á cada cual vestirse, no sólo á su gusto, sino escoger lo que más se acomoda con su estructura. Una señora demasiado delgada está bien con mangas que disimulan sus líneas un poco angulosas, al paso que otra dotada de una obesidad suficiente quejábase de verse obligada á adicionarse tan exagerada amplitud.

De hoy en adelante todas mis lectoras quedarán satisfechas, y adoptarán entre las nuevas formas la que mejor convenga á sus condiciones personales.

***

Me ha parecido necesario señalar la resistencia de algunos sastres y modistas de primer orden al cambio radical que las aficionadas á novedades preconizan hace ya tiempo. Voy á indicar ahora la tendencia de estos mismos maestros y maestras en el arte del dibujo y del corte, en lo que concierne á las faldas.

Se las hace menos amplias, no hay que dudarlo, pero muy



1.—Traje de teatro y convite.

poco, y se las monta más bien con pliegues sencillos que con *godets*. Conviene insistir sobre este punto. Lo que me ha llamado más la atención es el esfuerzo pronunciado hacia la falda guarnecida, no ya con los volantes de antaño, apretados, numerosos, pesados, sino con adornos puestos de plano; ornamentación delicada que consiste, por lo general, en ligeras incrustaciones de encaje, aplicadas en torno de la falda ó descendiendo á lo largo del delantero en forma de delantal. Esta forma de delantal y este modo de incrustar las faldas serán, si no me equivoco, la nota del verano entrante.

Semejante disposición permitirá variar el aspecto de un vestido rejuveneciéndolo. Los adornos de la falda se repiten en el cuerpo, en el cinturón, en el cuello y en las mangas.

A las telas señaladas en anteriores revistas, hay que añadir el *barège*. Se le echaba de menos en los últimos años, pues es un tejido de suma delicadeza aérea, diáfano y ligero, que se dispone de mil maneras, á cual más deliciosas, y es más resistente de lo que se cree á primera vista — no hablo de las partidas de campo, ni de las excursiones por la



Núm. 1.

montaña; — pero en la playa, en los *châteaux*, y para convites y visitas, compone unos trajes encantadores, y su ligereza permite, en ciertos casos, adornarlo con volantes.

En los casos en que el *barège* no ofrece sino una resistencia problemática, se empleará un tejido nuevo, ligero, flexible y de aspecto original. Este tejido es de lana suave, é imita bastante bien la tela de hilo clara. Su color es crudo y exige un viso de seda. Se le empleará mucho para los trajes de baños de mar, para campo, y suplirá al linón cuando el tiempo refresque ó sea húmedo.

A propósito del linón, diré desde luego que se le adornará de la manera más linda, con bordados sobre la tela misma de guirnaldas en relieve de los colores más suaves que es posible imaginar, cuyos bordados pueden hacerse también



Núm. 2.

sobre unas tiras que se aplicarán á voluntad si no se prefiere adornar la tela misma.

°°°

En una de mis próximas revistas hablaré particularmente de los adornos. Deseo, no obstante, dar cuenta á mis lecto-



Núm. 3.

ras de una novedad que me ha parecido muy interesante. Consiste en unos juegos completos, cuellos, solapas y puños, cortados de lienzo grueso muy tieso, sobre el cual se aplican flores ó dibujos de encaje, entre los que se echan unos puntos lanzados de seda de bordar del color del vestido al que el adorno se halla destinado. Una cinta ancha del color de la seda forma cenefa.

Se adornarán las faldas y los cuerpos con bordados, encajes, muselina de seda y tul. ¡Mucho tul sobre todo! como ya he dicho.

°°°

Por lo demás, mis lectoras pueden convencerse, por el estudio de nuestros croquis, que representan la alta novedad de la estación, de lo que dejo sentado, esto es, que las modas no se transforman en realidad con la prontitud que los proyectistas lo harían suponer.



Núm. 4.

El croquis núm. 1 nos muestra un precioso traje de calle, hecho de sarga muy fina color de masilla, y es de forma Princesa. Unos botones de metal adornan los dos lados del delantero hasta más abajo de la cintura. El cuerpo va recortado en dientes redondos y bordados de lunares al plumetis, abriéndose sobre un chaleco de tafetán verde esmeralda, recortado igualmente y ribeteado de un encaje estrecho color de ocre. La manga va atravesada do encajes estrechos del mismo color, y de un volante plano de tafetán verde ribeteado del mismo modo. Cuello plegado de muselina. Puño de lo mismo.

El núm. 2 es un traje de visitas. Vestido de tafetán estampado sobre cadeneta. *Collet* muy corto, excesivamente ligero y gracioso, compuesto de un volante de muselina de seda negra plegada en torno de un canesú de raso blanco, incrustado de guipur crudo. Unas cocas de raso negro cubren los hombros, y del canesú caen unas puntas flotantes de raso negro en unos pendientes de azabache.

Otro traje de visitas de confianza ó de paseo es el que representa el croquis núm. 3. Vestido de *moar* gris pálido brochado matiz sobre matiz. Un cuello muy ancho, figurando una especie de confección, cae como una dalmática sin cubrir las mangas. Este cuello es de raso negro incrustado de guipur crudo rebordado en alto relieve, y va rodeado de un cordón de azabache y adornado con un volante de encaje crudo y una guarnición flotante de muselina de seda negra, que sale del cuello y cubre la abertura. Cuello de guipur plegado.—Sombrero de paja negra, de ala ancha, adornado con plumas negras y violetas ó rosas.

Como traje de ceremonia, misa de desposorios ó visita, no hay nada más elegante que el representado por nuestro croquis núm. 4. Es un vestido de tafetán azul turquesa, con cuerpo remetido en la falda bajo un cinturón del mismo color con hebilla de *strass*. *Collet* muy corto de guipur blanco rebordeado y guipur negro incrustado de azabache. Cuello de tul negro ó de muselina de seda. Las cuatro caídas del *collet* terminan en unos volantes de muselina de seda y unas cintas largas de raso negro, que llegan hasta el borde de la falda.—Capota de hojas y rosas, coronada de una *aigrette* ligera.



Num. 5.

Terminaré con un sombrero muy lindo para niñas de 11 á 13 años (croquis número 5). Es de paja negra, género *canotier* y va adornado con cinta negra de raso que rodea la copa y rosáceas de cintas encarnadas, de donde salen unas plumas negras.

Las flores dominarán en la ornamentación de los sombreros. Es el adorno esencial del verano, y en esto la coquetería y la naturaleza están de acuerdo. La boga de las flores, tan grande en los veranos precedentes, que se las ponía en el hueco de los aconchados de tul de nuestras golas y collares, está muy lejos de desaparecer.

°°°

La familia está sentada á la mesa.

La mamá sirve un lenguado, y saca delicadamente los filetes. Juanita, medio levantada en su silla alta, observa la operación con el mayor interés.

Por fin descubre la espina del medio.

—¡Ay, mamá, el pescado se ha tragado un peine!

Un propietario muy rico dejó en su testamento ciertas cantidades á cada uno de los servidores de la casa, excepto al mayordomo.

«No dejo nada al mayordomo, decía en una cláusula especial, porque hace veinte años que me sirve.»

V. DE CASTELFIDO.

París, 24 de Marzo de 1896.

EXPLICACIÓN DE LOS GRABADOS.

Traje de teatro y convite.—Núm. 1.

Este traje servirá lo mismo para convite que para teatro. El cuerpo, de muselina de seda de un color muy pálido, verde Nilo ó rosa del Japón, va enteramente plegado, con adornos de cuentas que figuran una chaquetilla muy corta sobre el pecho. Unos volantes de muselina doble graduados forman la manga, que es sumamente nueva, y guarnecen la parte superior del cuerpo, el cual puede llevarse con una falda de raso negro ó de un color que se armonice bien con el cuerpo.

Traje de paseo.—Núm. 2.

El cuerpo es de muselina de seda color de rosa, y va adornado con encaje blanco. En los hombros lleva unas cocas de cinta bordada de lentejuelas, que caen sobre la falda. Esta es de tafetán color de masilla, y va fruncida en las caderas y guarnecida con dos volantes de encaje á cada lado del delantero, que caen hasta el borde inferior de la falda.—Sombrero de paja negra, levantado por delante y cubierto de plumas negras de avestruz. Una rosácea de tafetán color de rosa adorna el lado izquierdo.

Confecciones de primavera y verano para señoras y señoritas.—Núms. 3 á 12.

Núm. 3. *Manta de raso.*—Se hace este abrigo de raso de la Reina (seda de dos matices). Canesú redondo. Capucha fruncida con rizado de muselina de seda. Cuello rizado formando corbata por delante.

Núm. 4. *Collet de paño.*—Es de paño *beige*, y va guarnecido con un bordado calado sobre seda tornasolada color de lila y *beige*. Gola formando corbata de la misma seda.

Núm. 5. *Chaqueta de paño masilla.*—Esta chaqueta va ajustada en la espalda bajo unos bordados, y por delante con una pinza. Cuello Médicis, y mangas con bordados que cubren las costuras.

Núm. 6. *Collet de paño gris moda.*—Va adornado con incrustaciones de paño bordadas sobre tul griego crudo que descansan sobre un *collet* de seda glaseada, adornado con un rizado. Un rizado igual en el cuello.

Núm. 7. *Collet de raso negro bordado.*—Este *collet* va bordado de azabache. Rizado de plumas á todo el rededor. Cuello de muselina de seda plegada.



2.—Traje de paseo.

Núm. 8. *Pelliza de raso.*—Esta elegante pelliza es de raso de la Reina (seda de dos matices). Va guarnecida de un canesú rodeado de un tableado de la misma seda. Pliegue Watteau. Cuello plegado.

Núm. 9. *Chaqueta de paño habano.*—Esta chaqueta va guarnecida con cintas de seda pespunteadas en las costuras del ladito y de las pinzas y á todo el rededor. Cuello-solapa. Mangas de una pieza. Botones de fantasía.

Núm. 10. *Collet para señoras de edad.*—Es de raso negro. Canesú cuadrado, bordado de azabache. Hombreras de encaje plegado. Rizado de encaje y lazos de cinta de raso.

es de cañamazo crema. El delantero del cuerpo y el delantal van abiertos sobre unos pliegues de seda crema. Entredoses de encaje y lazos de cinta crema.

Núm. 12. *Esclavina.*—Esta esclavina ó *collet* corto es de paño *beige*, y se le recorta en los lados bajo unos bieses pespunteados. Botones de nácar, y cuello enrollado y forrado de terciopelo.

Traje de baile ó soirée.—Núm. 13.

Vestido de raso blanco adornado con rosas de Rey y encaje antiguo. Falda de campana, cuyo lado derecho va adornado

cerrado bajo el brazo izquierdo, y compuesto de espalda, lados de delante y delantero de una pieza con pinzas. Un volante de encaje montado en el escote cae sobre el cuerpo. Manga globo de muselina de seda blanca plegada cerca del hombro con un ramo de rosas. Una rosa guarnece el brazalete que sujeta la manga, y otra rosa va puesta en la cintura.

Tela necesaria: 11 metros de raso y 3 metros de muselina.

Abrigo para niños pequeños.—Núm. 14.

Se hace este abrigo de lanilla blanca, y se le adorna con guipur de Irlanda y con un lazo flotante de cinta de faya

borde de un canesú, el cual va rodeado de guipur de Irlanda. Cuello y puños vueltos de la misma tela. El cuello va cerrado con el lazo flotante.

Traje de paseo para niñas de 11 á 13 años.—Núm. 15.

Vestido de crespón color de rosa antiguo con lunares blancos. La falda, cortada en forma de campana, va adornada con un entredós de encaje, bajo el cual se pasa una cinta de terciopelo color de rosa antiguo. Cuerpo-blusa montado con fruncido en el borde de un canesú de encaje sobre un viso de seda color de rosa. Dos cintas de terciopelo negro señalan el borde del canesú y la pegadura del cuello de encaje. Alza-cuello del mismo encaje. Cinturón de cinta de terciopelo anudado en la derecha. Manga globo, que cae sobre un puño alto de seda color de rosa antiguo.—Sombrero de paja gruesa color de rosa antiguo. En el borde encaje blanco. Un lazo de cinta listada rosa y blanca y una *aigrette* de fantasía forman los adornos.

Levita de paño gris.—Núm. 16.

Se hace esta levita de paño amazona gris muy claro. Se compone de espalda, lados de espalda y de delante y delanteros ajustados con pinzas y cerrados bajo un pliegue ancho doble que forma cruce. Botones de nácar gris. Manga al sesgo montada con dos bullones. Cuello enrollado.

Tela necesaria: 6 metros de paño.

Traje de visitas.—Núms. 17 y 18.

Vestido de raso *moaré* negro. La falda, de pliegues *godets*, va guarnecida por delante con un bordado de oro y seda verde. Cuerpo-chaqueta con aldetas hendidas y bordadas como la falda. A la altura del pecho, dos correas bordadas salen del borde de la chaqueta y van á terminar cerca de la manga, la cual va montada más baja que el hombro con una coca abultada. Cuello dispuesto en puntas de almenas y bordado igualmente. Peto de seda verde agua cubierto de encaje.—Capota de paja de fantasía color de malva, con lazos de terciopelo negro y hebilla de *stras* á cada lado. Un pájaro del paraíso, con alas desplegadas y cola formando *aigrette*, completa los adornos.

MI ESPOSA OFICIAL.

Continuación.

Pero mientras que ella comía, cantaba y reía al mismo tiempo, no pude menos de empezar á pensar en lo extraño de mi situación, y el apetito desapareció como por encanto, quedándome silencioso por algunos momentos. No tardó Elena en apercibirse y en preguntarme la causa de mis reflexiones.

—Es que no hemos contado con todo. Supónga usted que los Weletskys me esperan en la estación y me ven dándole á usted el brazo; supóngase usted que mi hija sabe que llego á San Petersburgo y hace el viaje desde Rjasan, donde se encuentra actualmente, para recibirme. No tendrá usted la pretensión de que podamos convencerla que es usted su madre.

—¿Dice usted que su hija está en Rjasan?

—Efectivamente.

—¿Y usted ha telegrafiado hoy desde Eydtkuhnen?

—Sí.

—Entonces no hay cuidado de que su hija de usted se haya enterado con tiempo bastante para poder llegar á San Petersburgo mañana por la noche.

—Habla usted con tal seguridad, que parece que conoce usted Rusia á fondo.

—Conozco lo bastante para estar segura de que no me equivoco, como también lo estoy—dijo cambiando de tono—de que ya siente usted el ofrecimiento que me ha hecho de acompañarme.

Y me pareció que las lágrimas asomaban de nuevo á sus ojos.

—Vamos, no sea usted niña, Elena. Sólo he hablado de esas dificultades para ponerla á usted en guardia contra ellas, y para que esté usted con cuidado.

—Bueno; por mí no debe usted preocuparse, que no cometeré ninguna indiscreción.

Y luego añadió, al ver que llevaba de nuevo mi copa á los labios, pues el vino que nos habían servido era exquisito, y yo siempre he tenido cierta debilidad por lo bueno:

—Pero ahora tengo que insistir en que no beba usted más, porque si no..... voy á pedir el divorcio.

Al decir esto me miraba, sonriéndose de tal manera, que era más fácil me marease ella que el vino que tenía delante.

El timbre del reloj colocado sobre la chimenea nos indicó que el tiempo transcurría velozmente, y que era preciso pensar en ponerse en marcha. Llamé al criado, pagué la cuenta, y entregué al obsequioso sirviente dos rublos de propina, mientras que Elena me alargaba su portamonedas.

—¿Para qué es esto?—pregunté.

—Para mis gastos—contestó;—la señora de Valdenegro debe pagar su parte.

—Pero la señora de Morla no tiene nada que pagar—repliqué yo.

—También debe pagar lo suyo; y por Dios le ruego que no insista. ¿Le parece á usted poco embarazosa mi situación para aumentarla haciendo que me avergüence cada vez que le veo sacar el portamonedas? Tome usted este dinero, y si no, ya sabe usted mi determinación. Me divorcio.

A la fuerza me puso un puñado de billetes en la mano, diciendo al mismo tiempo:

—Ahora le podré pedir á usted de almorzar mañana con la conciencia tranquila.

Un momento después, bajábamos la escalera del brazo y atravesábamos el pórtico por entre una fila de pasajeros y curiosos que miraban con admiración la cara de mi compañera. Al pasar por delante de la oficina del hotel, el empleado se adelantó respetuosamente para decirme:

—Dispénseme usted, señor Coronel; ¿tiene usted inconveniente en permitirme que registre en el libro su pasaporte? Es una mera formalidad; pero no tenemos más remedio que obedecer las órdenes que nos tiene dadas la policía.

Entramos en el despacho, y allí tuve que firmar en un libro de registro mi nombre: Coronel Arturo de Morla y señora. Otra mentira que podría costarme cara en el caso en que la policía quisiera ocuparse de nosotros.

Al oír la voz del empleado, noté que el brazo de Elena se estremecía nerviosamente; y luego, mientras yo escribía y ella miraba por encima de mi hombro, dijo dirigiéndose á mí:

—¡Qué fastidio de pasaporte! Lo hemos enseñado tantas veces, que no sé cómo no está ya hecho pedazos. ¿No es verdad, Arturo?

Por fin salimos del hotel, y un momento después nos encontramos de nuevo en nuestro compartimiento del tren.

Elena se dejó caer en el asiento medio desfallecida. Me apresuré á arreglar los almohadones y extender mi manta sobre sus rodillas. Cerré la ventanilla, corriendo las cortinas para protegerla del frío; y, en fin, tomé todas aquellas precauciones que podían proporcionarla alguna comodidad para pasar la noche.

Aun faltaban diez minutos para la hora de salida del tren cuando sonó un golpe en la puerta de comunicación con el inmediato compartimiento.

—Adelante—dije yo.

La puerta se abrió para dejar paso al conductor del tren, que con la gorra galoneada en la mano me hizo una profunda reverencia.

—Ruego al señor que me perdone la libertad que me tomo—dijo al terminar su cortesía.

—¿Qué ocurre?—pregunté yo algo inquieto.

—Me he permitido entrar para solicitar un favor. El tren está lleno de pasajeros.

—Bueno, ¿y qué nos puede importar eso á nosotros?

—Explicaré al señor. La princesa Palitzin y su cuñada vienen de Warsaw y se encuentran en el tren. Los señores tienen el compartimiento más grande, y si la señora no tuviere inconveniente, podría acomodarse aquí con las otras dos, mientras que al señor podríamos colocarlo cómodamente en otra parte.

Creo inútil decir que la proposición me pareció de lo más desagradable, y ya me disponía á contestar diciendo que la señora princesa Palitzin podía acomodarse en la máquina ó en el furgón de equipajes si le parecía conveniente, cuando anticipándose Elena, respondió:

—Puede usted decir á esas señoras que tendremos mucho gusto en que se instalen aquí.

El conductor se deshizo en cortesías, al mismo tiempo que replicaba:

—Siento mucho molestar á unos amigos del coronel Petroff; pero.....

—Bueno, bueno—interrumpió Elena;—lo que importa es que se ocupe usted de que quede bien instalado mi marido.

El conductor desapareció.

Algo en mi cara provocó la risa de mi compañera.

—¡Pobre Arturo!—dijo;—¿no comprende usted que esto es lo mejor que nos podía ocurrir? Como compañeros de la princesa Palitzin, una de las más altas señoras de la corte del Czar, nadie se atreverá á inquirir quiénes somos, ni á pedirnos el pasaporte.....

El conductor del tren se presentó de nuevo cargado con líos y paquetes, que distribuyó por todas partes.

Luego recogió mis efectos y los trasladó á un compartimiento contiguo, y poco después volvió acompañado de las dos Princesas.

Seguramente habían informado á éstas de nuestra amabilidad, porque en seguida se dirigieron á Elena en el lenguaje del país, sin duda para darle las gracias; pero mi compañera contestó en francés, diciendo con una sonrisa:

—Dispénsenme ustedes, pero no hablo ruso.

La gran señora inmediatamente contestó en el mismo idioma, repitiendo las gracias de la manera más expresiva.

La Princesa era hermosa, ya de alguna edad, y en sus maneras se veía la costumbre de mandar. Su hermana política representaba unos diez y ocho años; y aunque no podría calificársela de belleza, tenía en su semblante una expresión de gracia y dulzura tan marcadas, que la hacía simpática desde el primer momento.

—¿La señora es americana?—preguntó la Princesa.

Elena bajó la cabeza en señal de asentimiento.

—¿Y este caballero también?

—Yo soy español, señora—contesté. Y luego, levantándome, añadí:—Voy á retirarme ahora para que puedan ustedes descansar.

La cara con que dije estas palabras debió ser tan cómica que mi bella compañera no pudo disimular una risita burlesca que asomó á sus labios, mientras me decía:

—Buenas noches, Arturo; que descanses, y ten cuidado de abrigarte bien. Acuérdate con qué facilidad sueles coger un enfriamiento.

En aquel momento el demonio de la tentación me dominó; quise castigar aquella burla, y aprovechándome de las circunstancias me incliné sobre *mi mujer* y deposité un beso en su frente, mientras que repetía:

—Buenas noches, hasta mañana.

Inmediatamente salí del compartimiento, no sin tener tiempo de observar el rubor que coloreaba las mejillas de mi compañera.

Una vez instalado en mi nuevo *domicilio*, acudí á una novela para que me proporcionase el camino de entregarme en brazos de Morfeo; pero mi lectura no fué larga, pues vinieron á interrumpirla estas palabras, pronunciadas en un español chapurrado, que al principio me costó gran trabajo el comprender:

—¿El señor es español?

Miré al través del coche, y vi que el autor de aquella frase era mi compañero para la noche; un individuo gordo, bajo, demostrando en sus facciones la raza teutónica, de ojos vivos, bigotes retorcidos y una revolución completa en su cabellera.

Bien vestido, pero muy ostentosamente, parecía tener unos sesenta años, aunque tal vez le hiciese parecer más viejo las canas que adornaban su bigote y las gafas con cerco de oro que cabalgaban sobre su nariz.

Contesté á su pregunta explicando mi nacionalidad y condición de militar retirado.

—¿Es usted amigo de la princesa Palitzin?—interrogó de nuevo.

Y luego prosiguió, sin esperar mi respuesta, y con un tono en que podía notarse algo así como la expresión del despecho ó de la envidia:

—Los extranjeros en este país tienen siempre buena acogida entre nuestra aristocracia.

Algo picado por esta frase, que parecía desconocer el derecho que yo pudiera tener á rozarme con cierta clase de personas, contesté en seguida:

—He venido á Rusia para hacer una visita á la familia de Weletsky; mi hija estuvo casada con el hermano menor de Constantino, con Basile, uno de los héroes de Plevna.

—¡Ah! ¡Es usted pariente de los Weletsky!

Y en el tono de estas palabras comprendí que había subido algunos escalones en su estimación al nombrarle á una de las familias más ilustres de Rusia.

Desde aquel momento la conversación se entabló en un tono bastante amistoso. Hablamos de España; referile algunas curiosas anécdotas de mis campañas en Cuba; contóme él algunos detalles de la vida social rusa, y al cabo de una hora, y con la ayuda de un par de cigarros, nos encontramos ya en un pie de relativa intimidad.

Cuando resolvimos dedicarnos al descanso, mi compañero me dijo al darme las buenas noches:

—Es posible que deje el tren antes que usted se despierte; y por si esto ocurre y alguna vez puedo serle útil, aquí tiene usted mi tarjeta, Coronel.

Y, efectivamente, me alargó la cartulina, en la cual leí este nombre: «Barón Friedrich».

CAPÍTULO V.

Ya era completamente de día cuando me desperté. El *moujik* (criado) daba golpecitos á la puerta para avisar la hora del almuerzo. Mientras me vestía, el conductor del tren vino á revisar los billetes, y por él supe que la Princesa Palitzin era la esposa del Gobernador general de Polonia.

Después de darme estas explicaciones, estaba á punto de marcharse, cuando oí la voz de mi compañero de la noche anterior que lo llamaba. El barón Friedrich estaba acabando su *toilette* en el ángulo opuesto del carruaje.

—Oiga usted una palabra, conductor—dijo, dirigiéndose á éste, que se apresuró á acercarse.—Estoy seguro—continuó el Barón—que no sabe usted quién soy, pues de otra manera no hubiera usted olvidado alguna de las reglas que debe usted observar. Bien es verdad que de empleados como ustedes todo se puede esperar. Venga usted aquí, para que le diga algo al oído.

Y cogiendo al conductor bruscamente por un brazo, acercó su cabeza y murmuró media docena de palabras que no llegaron hasta mí. El efecto que produjeron fué, sin embargo, bastante marcado para que llamaran mi atención, pues la cara del empleado se puso sumamente pálida, sus piernas temblaron, y sólo pudo murmurar con voz casi ininteligible:

—Sí, señor; perdone V. E. Crea V. E. que siento mucho haberle dado motivo para.....

—Basta de excusas—interrumpió el autócrata,—y ocúpese de cumplir mejor con su obligación. Ahora, y en cuanto el tren se detenga, avise usted para que preparen almuerzo para mí y para este caballero, que espero tendrá la bondad de acompañarme.

Estas últimas palabras se dirigían á mí, ya en otro tono muy distinto del que había usado para dirigirse al conductor.

Acepté el ofrecimiento, y juntos bajamos á la estación y entramos en el restaurant, donde dispuse que llevasen *á mi mujer* su desayuno. Al cabo de un momento recibí de ella un recado, por conducto de la doncella de la Princesa, para decirme que me daba las gracias por mi atención, y que tan pronto como acabasen las señoras su *toilette* podría ir á saludarlas.

Terminados mis deberes *conyugales*, sentéme á la mesa con el Barón. El desayuno, según costumbre de todos los pueblos del Norte, es en Rusia lo que en España se llama un almuerzo, pero un almuerzo que constituye una verdadera comida, y el que nos sirvieron en aquella ocasión no pudo ser más espléndido ni suntuoso. A no saber el nombre del Barón, hubiera creído que me había tocado en suerte almorzar con el mismo Czar en persona, á juzgar por el cuidado y suntuosidad con que fuimos servidos. Las truchas eran legítimas de Gatschina, las perdices de Finlandia, el jamón de Westfalia. Bebimos exquisito johannisberg, y en cuanto á los cigarros, ni en la misma Cuba los había fumado mejor.

Un almuerzo como éste es el mejor medio para hacer amistades. Nuestra conversación, que al principio versó sobre cosas indiferentes, bien pronto llegó al terreno de la intimidad. Hablábamos con la libertad de antiguos amigos, y no dejaba de llamar mi atención los conocimientos del Barón respecto á artes, literatura y el mundo en general. En el curso de la conversación hube de decir algo que se relacionaba con la política; pero mi nuevo amigo me interrumpió en seguida, diciendo:

—No hable usted nunca del Gobierno en este país. Cuanto menos se ocupe usted de política, mejor para usted.

—¡Pero si yo iba á hablar de la política en España! ¿Qué tiene que ver la tarifa arancelaria española con el Gobierno del Czar?

—Tal vez nada, y tal vez algo; pero de todas maneras, más vale que no hablemos de ello. Piense usted acerca del particular lo que quiera; pero procure usted no hablar de

ello ni aun en sueños, y trate usted de acordarse que en este país consideramos como insignificante un crimen social comparado con otro político.

La autoridad con que hizo esta observación no pudo menos de sorprenderme, como me habían sorprendido antes las obsequiosidades de la gente del hotel, especialmente del propietario, que al levantarnos de la mesa se apresuró á acercarse á mi compañero, haciéndole mil cortesías, informándose de si estaba contento del servicio, y terminando, por último, por besarle la mano, como pudiera hacerlo un esclavo con su señor.

Habiendo, por último, conseguido vernos libres de tantas amabilidades, mi anfitrión me dijo:

—Había pensado separarme de usted esta noche en *Dünaburg*, antes que usted se hubiese despertado; pero una noticia que he recibido allí me obliga á seguir hasta la capital. Por el momento tendrá usted que dispensarme, pues tengo algunas cosas quo hacer antes que el tren se ponga en movimiento.

Dejóme mi buen Barón, y quedéme yo pensando quién podría ser una persona ante la que todo el mundo parecía inclinarse. Acabé por responderme que sería el presidente de la línea del ferrocarril, lo cual explicaba las atenciones que todos tenían para con él.

Mientras discurría de esta suerte me paseaba á lo largo del tren, fumando el excelente cigarro que debía al Barón, hasta que mi paseo fué interrumpido por estas palabras que llegaron á mi oído:

—Arturo, mil gracias por el excelente almuerzo que me has mandado.

Levanté la cabeza y vi en la ventanilla del coche la cara de Elena que me sonreía, y una de sus manos que se agitaba para llamar mi atención.

Por toda respuesta besé aquella mano, mientras que su propietaria decía:

—Espérame un momento, y bajaré para acompañarte en tu paseo. Hace una mañana espléndida, y puesto que tenemos tiempo, nada me sentará mejor que un poco de ejercicio.

Un momento después mi compañera se hallaba á mi lado, y nos paseábamos por el andén, apoyándose ella en mi brazo.

Aproveché la ocasión para que arreglásemos los detalles de nuestra llegada á San Petersburgo, y le pregunté á qué hotel pensaba ella dirigirse.

—Al Hotel de Europa—me contestó;—pero advierto á usted que es imposible que los Weletsky no se enteren ahora de todo.

—¿Por qué?—inquirí yo sobresaltado.—¿Qué razón hay para que tengan que saber lo ocurrido?

—La razón es que la princesa Palitzin es íntima de sus parientes de usted.

—¿Conoce á los Weletsky?

—¡Ya lo creo! como que la más joven de las dos que viajan conmigo, y cuyo nombre es Dozia, tiene relaciones con Sacha, el sobrino de Constantino Weletsky.

—¿Sacha? ¡Qué nombre más raro!

—Nada de raro. Es el diminutivo de Alejandro. ¡Qué poco conoce usted de Rusia!

—¡Y qué bien la conoce usted!—contesté yo.

Al oirme me pareció que se turbaba un poco; pero en seguida me respondió:

—Debía usted estar orgulloso de mí en vez de estar incomodado. Las Palitzin se han enamorado de su mujer de usted.

—No lo dudo. Las habrá usted fascinado, como me fascinó á mí.

—¿De veras? ¿Cree usted que he hecho eso con usted?

—Lo mismo que hace usted con todos.

Y al decirle esto señalaba á las pocas personas que se encontraban en el andén, y que, paradas, admiraban la belleza de mi compañera. Entre éstas se encontró por un momento mi compañero de almuerzo, el cual, al salir de la estación para dirigirse al tren, pasó por delante de nosotros, dirigió desde detrás de sus lentes una mirada de admiración á Elena, y subió al coche mientras me hacía con la mano una seña indicándome que me envidiaba.

—¿Quién es ese caballero?—me preguntó Elena con interés.

—No lo sé á punto fijo. Lo único de que estoy cierto es de que me ha dado un almuerzo espléndido; y como he visto que todos los empleados de la línea lo saludan como á un jefe, he deducido que será el presidente de esta Compañía, ó, por lo menos, uno de los consejeros de la misma.

—Entonces es que no sabe usted que todos los ferrocarriles en Rusia pertenecen al Gobierno—dijo Elena;—pero vamos al coche, que ya suena la campana.

—Es verdad, vamos allá—respondí yo.

Cuando ya tenía el pie en el estribo y yo la ayudaba á subir, se volvió para decirme en voz baja:

—¿No ha oído usted pronunciar á nadie el nombre de ese caballero?

—No sólo lo he oído, sino que me ha entregado su tarjeta.

—¿Y cómo se llama?

—El barón Friedrich.

Elena lanzó un pequeño grito, su pie resbaló del estribo, y todo su cuerpo hubiera caído en tierra á no recibirlo yo en mis brazos.

—¿Qué ocurre? ¿Qué le ha pasado á usted?—pregunté alarmado.

—Nada, nada. Un pequeño desmayo. Ya estoy bien. Gracias, gracias por no haberme dejado caer—me contestó, mientras que, haciendo un esfuerzo para serenarse, montaba en el vagón.

Una vez asomada á la ventanilla, siguió hablándome casi al oído:

—Supongo que el Barón y usted se habrán hecho grandes amigos con motivo del almuerzo?

—Sí—contesté yo.

—¿Y le ha contado usted nuestras aventuras?

—Yo nunca cuento nada que pueda ser perjudicial para una señora—fué mi respuesta.

—Gracias, gracias—dijo entonces con un suspiro de satisfacción.—Ahora déjeme usted, y procuraré pensar el medio de arreglar la cuestión de los Weletsky.

Alargué mi mano para estrechar la suya en señal de despedida; pero ella, acercando aún más su boca á mi oído, me dijo de una manera que nadie pudiera escucharnos:

—No intime usted demasiado con su nuevo amigo. Tengo la seguridad de que su almuerzo no ha tenido más objeto que el de conseguir una introducción para las Palitzin. Por su aspecto es un *bourgeois*, y daría su cabeza por poder besar la mano de esas señoras. Acuérdese usted, Arturo, que no es un hombre de nuestra clase, y trátele usted, por consiguiente, en consecuencia.

No hubo tiempo de hablar más. El tren se ponía en marcha, y hube de correr á ocupar mi puesto.

El Barón me recibió ofreciéndome otro cigarro, y en seguida se puso á examinar unos papeles que parecían tener carácter oficial á juzgar por los sellos de que estaban revestidos.

Yo por mi parte me entregué de nuevo á reflexionar acerca de mi situación, que volvía á presentarse con tonos bastante obscuros. Las Palitzin conocían á los Weletsky. Aquéllas me habían visto con mi supuesta mujer. ¿Cómo podría yo explicar esto? Por último, decidí que, si no había otro remedio, lo mejor que podía hacer era contar la verdad á Constantino Weletsky, el cual seguramente sería bastante hombre de mundo para guardar el secreto y evitar que llegase la historia á oídos de mi verdadera mujer en París.

Mis pensamientos fueron interrumpidos de repente por mi nuevo amigo el Barón, que levantando los ojos de sus papeles me preguntó:

—¿Recuerda usted si ha hecho el viaje con usted desde Berlín alguna mujer muy bonita?

—No he visto en todo el trayecto ninguna tan bonita como la mía—contesté yo con ardor.

—¡Hola, hola!—replicó el Barón riéndose.—Un marido entusiasta. *Rara avis* en estos tiempos. Me parece recordar haberle oído anoche que una sobrina de su señora de usted se casó con Basile Weletsky.

—No una sobrina, sino una hija—contesté yo.

—Nunca hubiera creído que su señora de usted tuviese edad bastante para poder ser abuela.

—¡Oh!—repliqué yo—mi mujer no parece que tenga ahora ni un día más que cuando nos casamos. Ella y su hija pasan muchas veces por hermanas, y usted mismo lo creería si las viera juntas.

—¡Ah, ah!—añadió él al cabo de un momento.—Ustedes los españoles son indudablemente una gran raza. En usted me encuentro un marido de veinte años, que está tan enamorado de su mujer como el primer día; y en su señora de usted me encuentro con una abuela, á pesar de que no representa ser más que una niña recién salida del colegio. Es verdad que en su belleza puede encontrarse la explicación de que esté usted tan enamorado.

No pude menos de reirme de esta salida del Barón, el cual volvió á ensimismarse en sus papeles.

Un rato después, el conductor del tren vino á decirme que mi mujer me rogaba que fuese á verla. Atravesé el corredor que unía todos los coches del tren y llegué al que ocupaban las señoras. Elena me recibió de una manera encantadora, y pronto me encontré muy á gusto en compañía de las dos rusas. Unas cuantas anécdotas de mi vida militar contadas, según creo, con alguna gracia—siempre he presumido un poco de tener ingenio—despertaron la curiosidad y admiración de mis oyentes, y de esta manera fué transcurriendo el día, hasta que llegamos á Pokrov, donde teníamos que hacer la última parada de alguna importancia antes de llegar á la capital.

L. B.

Continuará.

MATER DOLOROSA.

Creó el Señor al hombre de la nada
Y á semejanza propia hacerle quiso,
Y fijó en él con gozo la mirada
Cuando le dió por terrenal morada
Un ameno y fragante paraíso.

Mas quebrantó su ley el hombre osado:
De desventuras manantial fecundo
La tierra se tornó por el pecado,
Y Jesús, el Cordero inmaculado,
Bajó del cielo á rescatar al mundo.

Pendiente de un patíbulo afrentoso
Y en él clavadas las potentes manos,
Como el más criminal facineroso
Muere el Rey de los siglos victorioso,
Y su muerte da vida á los humanos.

María, la doncella nazarena,
Más pura que el rocío de la aurora
Que corona la nítida azucena,
En el piélago inmenso de su pena
Sola y perdida y desolada llora.

Pálida está su nacarada frente,
Mustia su faz de célica hermosura,
Tristes los ojos y el mirar doliente,
Sin que un consuelo en su pesar la aliente:
Que es como un mar sin fondo su amargura.....

¡Y tú lloras, angélica María,
Rosa de los pensiles celestiales,
Y el llanto que derramas, Madre mía,
Empaña esas pupilas virginales
Que dan su luz al luminar del día!

¡Y te dejan en tanto desconsuelo!
¡Y no hay uno entre todos los humanos
Que quiera mitigar tu amargo duelo!.....
Mas no podrán: ¡que todos contra el cielo
Alzaron hoy las pecadoras manos!.....

Tierna, amorosa, celestial María;
Consuelo del errante peregrino:
Vida, dulzura y esperanza mía:
Angel de luz que mis pisadas guía
Del mundo por el áspero camino;

Violeta de Sarón fresca y hermosa,
Que el viento del desierto ha marchitado;
Estrella matinal esplendorosa,
Cuya luz argentina y misteriosa
Las nubes del dolor han eclipsado;

Tórtola del Calvario solitaria,
Cuyo doliente arrullo me enamora;
Como el eco de endecha funeraria
Llegue hasta ti la tímida plegaria
De un corazón que tu piedad implora.

Deja que se alce mi canción doliente
En alas de los céfiros ligera;
Deja que suba mi oración ferviente
A tu trono de luz resplandeciente
Atravesando la azulada esfera.

Tú sabes que en mis horas de ventura,
Cuando placer el corazón respira,
Para cantar tu gloria y tu hermosura
Te consagro gozosa, Virgen pura,
Las más alegres notas de mi lira.

Y tú sabes también, Reina del cielo,
Que en los días sin luz de mis pesares,
Cuando busca mi alma con anhelo
Paz en la lucha, en el dolor consuelo,
Acude siempre al pie de tus altares.

Siempre en tu amor mi corazón confía;
Siempre piadosa tú le has escuchado.
Acogo su oración en este día.
Te lo pido, dulcísima María,
Por la sangre del Dios crucificado.

CAROLINA VALENCIA.

LA TORRE DE GLENRESK.

(LEYENDA ESCOCESA.)

Y luego dirán que la felicidad no es de este mundo!—murmuraba yo con un suspiro, no de envidia, pues tengo el orgullo de no acariciar ese sentimiento en mi corazón, pero sí de desfallecimiento, ese desfallecimiento que los no predilectos de la fortuna hemos sentido una vez ú otra en nuestra vida al comparar las luchas, los dolores de nuestra existencia con la calma y alegría en que se desliza el tiempo para algunos de los favorecidos de la caprichosa diosa rebelde naturaleza humana, que en lugar de fijar los ojos *arriba* y buscar allí las fuerzas y el consuelo y la sumisión, sólo trata de añadir leña al fuego con comparaciones por lo menos inútiles, siempre odiosas.

El vapor *Star*, mientras yo filosofaba así, alejábase rápidamente de las pintorescas costas de Escocia, donde venía de pasar hace cuatro años una de las temporadas más deliciosas de mi vida al lado de dos amigas, queridas como hermanas para mí, compañeras de colegio, recuerdo vivo de esos años de la niñez y de la primera juventud que pasan para no volver. Inglesa una de ellas, española la otra, habían contraido matrimonio con dos hermanos pertenecientes á elevada familia escocesa, ejemplos ambos de hombres de honor y de corazón, de talento y de firmeza, de esos hombres con los cuales pocas, muy pocas veces tropiezan las mujeres en esta vida, y que van siendo tan raros como el trébol de cuatro hojas.

Mis amigas por su parte eran dos modelos de mujeres propias. Muchas veces mirándolas me preguntaba á mí misma cuál de aquellas criaturas valía más, cuál tenía más cualidades, cuál era la más perfecta. Mi corazón, naturalmente, se inclinaba un poquitito más á mi compatriota; pero os aseguro que era imposible no sentir cierta preferencia por aquella mujer verdaderamente excepcional, dotada de todas las virtudes, de todos los encantos que, en general, posee la mujer española. No creáis que este cuadro tan risueño es obra de mi imaginación; no os voy á escribir ni un cuento ni una novela; os voy á referir una página de mi vida, que ha dejado no há mucho extraña impresión en mi alma.

Carmen y Grace, que así se llamaban mis amigas, vivían todo el año en el campo en una hermosa casa situada en la parte más bella de los Highlands, ese hermoso país en que Dios ha reunido todas las bellezas de la naturaleza, el mar, el cielo azul, los montes, los lagos, las flores á profusión. Dichosas con el cariño de sus maridos, con el amor y el cuidado de sus hijos—Carmen tenía cuatro, Grace tenía tres,—dedicadas exclusivamente al cumplimiento de sus respectivos deberes, los años se deslizaban tranquilos y felices para aquellos dos matrimonios. Yo os puedo decir, lectoras mías, que no existía ni una nube en aquel cielo, y que para mí no había temporada más dichosa que cuando mis ocupaciones me lo permitían irme á pasar unas semanas en Heath Lodge. Este verano pasado volví á escapar de Londres, dejando á un lado libros y papeles para descansar en aquel oasis durante dos meses. Mis excelentes amigos seguían queriéndose cada día más, sus asuntos prosperando, los niños creciendo hermosos y lozanos como las flores del país. Pero como la fa-



3.—Manta de raso.

4.—Collet de paño.

5.—Chaqueta de paño masilla.

6.—Collet de paño gris moda.

7.—Collet d



raso negro bordado. 8.—Pelliza de raso. 9.—Chaqueta de paño habano. 10.—Collet para señoras de edad. 11.—Traje para niñas de 10 á 12 años. 12.—Esclavina.

milia menuda se hubiese ido multiplicando en estos últimos cuatro años en proporciones alarmantes, sobre todo la de Carmen, que, generosa como buena española, obsequiaba á su esposo con un nuevo vástago cada año, mis amigos habían pensado en adquirir otra casa mayor y vender la suya; así, muchas veces en nuestras excursiones por el país nos deteníamos á visitar alguna de las posesiones que ostentaban el letrero «Se vende».

Una tarde que prolongamos nuestra excursión aun más al interior de los Highlands, divisamos en lo alto de una colina un hermoso edificio con sus aires de castillo y el letrero «Se vende» clavado en lo más alto de una de sus torres. Subimos alegremente el camino, esmaltado de violetas y primaveras, y pudimos así admirar de cerca la exquisita belleza de aquel lugar. El pequeño castillo, llamémoslo así, estaba rodeado de vastísimo jardín, de hermosa huerta: la yedra, la madreselva, cubrían sus murallas, se enredaban en sus rejas, y el edificio se destacaba airoso bajo un purísimo cielo azul: en el horizonte se divisaba el mar. Pero en vano una vez y otra vez hicimos repicar la aldaba do la maciza puerta; nadie respondía; ya nos retirábamos, cansados de nuestras inútiles tentativas, cuando divisamos una joven aldeana que, con sus pies descalzos y un gran haz de heno, corría hacia nosotros. Se detuvo un instante ante la verja del castillo, hizo la señal de la cruz, murmuró algunas palabras en voz baja y nos miró con cierto aire de asombro.

—¿Eran ustedes—dijo, dirigiéndose especialmente á Wilfrid y Edward—los que llamaban á la puerta del castillo?

—Sí—replicó Edward,—pero nadie contesta. ¿Para qué poner el letrero «Se vende» en una casa desierta? Es absurdo.

—Es que.....—replicó la muchacha.

Y como si se estremeciera ante su propio pensamiento, hizo de nuevo la señal de la cruz.

—¿Qué es, muchacha?—preguntó Wilfrid;—dínoslo sin temor.

Y volviéndose hacia mí con su franca sonrisa:

—Lady Belgravia—me dijo,—prepárese usted á oir algún espantoso cuento de brujas y fantasmas; es la monomanía de este supersticioso país. Si ese género gusta á sus lectoras españolas, saque usted su librito y tome apuntes.

La aldeana, indudablemente, no sabía suficiente inglés para entender estas palabras, y después de mirarnos á todos de nuevo con cierto asombro, se disponía á seguir su camino. Wilfrid la detuvo cogiéndola del brazo.

—No te irás—le dijo en galo (la lengua del país)—sin que nos hayas contado por qué al pasar por esa puerta has hecho la señal de la cruz y has rezado.

—¡Oh! no aquí, por Dios—replicó la joven.—Si *él* me oyera.....

Reflexionó unos instantes, y dijo:

—Si no desdeñan ustedes una taza de té en una humilde choza, mi abuela, la tía Mac Dermot, les explicará todo.

¿Qué partida de ingleses, con una *novelista* entre ellos, desdeña una taza de té con una narración en perspectiva?

Seguimos todos gustosos á la muchacha, y pronto estábamos sentados en la choza alrededor de una mesa cubierta de limpísimo mantel; en su centro un gran ramo de primaveras y lavanda, y alrededor de él un pan moreno, un trozo de riquísima manteca, una jarra de nata, una fuente con berros y rábanos, y la consabida tetera echando perfumado humo. La anciana Mac Dermot, con esa bondadosísima sencillez que distingue á los aldeanos escoceses, nos había preparado en pocos instantes un festín, al cual hicimos los honores con el agradecimiento de excursionistas que han andado buen número de millas.

Saciados nuestros primeros ímpetus, rogamos á la dueña de la casa que nos explicase las misteriosas palabras de su nieta.

La anciana acercó un banquillo á la mesa, y previo el «con permiso de ustedes» se sentó: recogiéndose después como si meditara, hizo la señal de la cruz y comenzó así:

—Hace muchos, muchos años, yo era moza aún, un día de primavera, el castillo de Glenresk, que tanto ha gustado á ustedes, estaba de gala. El heredero de la antigua familia á quien pertenecía había contraído matrimonio en el extranjero, y venía con su joven esposa á establecerse entre nosotros. Me parece verlos aún bajarse del coche, saludar sonriendo á la multitud que los esperaba ansiosa de contemplar á la nueva pareja, y desaparecer del brazo por esa puerta á que ustedes han llamado. El era arrogante hombre, un completo *highlander;* ella era bella como las imágenes que representan á Nuestra Señora.

Esta choza en que vivían mis padres formaba entonces parte de una granja perteneciente al castillo, y yo era la encargada de llevar diariamente á nuestros amos las flores con que Lady X... gustaba de adornar sus habitaciones; así, á menudo tenía el gusto de verla. ¡Y qué encantadora y buena era! Cuantos la conocían no podían sino adorarla. «Es un ángel—decían los pobres;—no le faltan más que las alas para volar al cielo.» Daba gusto ver á los jóvenes esposos, siempre juntos, siempre alegres. Había llegado el invierno, y todos nos preparábamos para la gran fiesta que se iba á celebrar en el castillo en Nochebuena, y á la cual estábamos convidados todos los aldeanos del pueblo, según costumbre, nos habían dicho, del país de que Lady X... venía.

Días antes de esa fecha llegó al castillo un amigo de nuestro amo, extranjero, al parecer, por su aspecto; y, al decir de los sirvientes, la paz y la alegría del matrimonio concluyó desde entonces. Ella apenas volvió á salir, y sólo se la veía pasear llorosa y triste por las alamedas del jardín: él, sombrío y taciturno, pasaba los días escribiendo ó cazando. Marchóse el extranjero, pero en nada mejoró la actitud del matrimonio. Suspendióse el anunciado baile de Navidad, con gran desconsuelo de la gente moza, á pretexto de falta de salud de Lady X...

Una noche cruel de frío y nieve nos despertaron á todos unos quejidos lastimeros que partían del castillo. Estos quejidos se convirtieron á poco en gritos espantosos. Mi padre se vistió á escape, cogió su escopeta y corrió allí. Mi madre y yo, abrazadas estrechamente, tratábamos de penetrar en la obscuridad de la noche la explicación de aquellos gritos y rezábamos por mi padre. La nieve caía á montones; por fin todo ruido cesó, y solo veíamos brillar á lo lejos una luz extraordinariamente brillante que partía de la pequeña torre que pueden ustedes aún ver desde aquí. Sólo muy entrada la mañana volvió mi padre; en su rostro, completamente transformado, comprendimos que algo muy grave había sucedido, y, efectivamente, nos dijo que á su llegada al castillo sólo había podido ayudar á los sirvientes á echar la puerta de la torre abajo, encontrando en ella á Lady X... tendida en el suelo, apretando entre sus brazos, rígidos por el frío de la muerte, á un niño recién nacido y sin vida, y á pocos pasos el cadáver de su esposo, sujetando con la mano derecha el puñal que él mismo había clavado en su corazón.

Deciros, señores, el espanto que este suceso produjo en la comarca sería imposible. Durante años enteros se ocuparon de ello los tribunales sin poner nada en limpio. Los herederos de Lord X... vendieron la casa, que desde entonces nadie se ha atrevido á habitar, porque—dijo la anciana bajando la voz—todas las noches á las doce se ve aparecer una luz extraordinaria, como la que brilló aquella noche en la pequeña torre de Glenresk.

Según dicen personas que saben algo más del asunto, pero que os ruego, señores, no me preguntéis quién son, Lord X... sólo mató á su esposa y á su propio hijo por haber dado oído á una horrible calumnia que aquel extranjero perverso le hizo creer. En otro mundo mejor que éste ha visto lo cruel é injusto de su conducta, y su alma en pena viene todas las noches al lugar del suplicio, y por eso el castillo no se venderá nunca, y esa torre la llamamos todos «la torre maldita».

Los hombres se sonrieron al concluir la anciana su relato; nosotras todas nos estremecimos sin querer. Saludamos á la anciana, le dimos las gracias por su hospitalidad y salimos de la choza.

—¡Y que estas gentes—exclamó Edward—sean tan estúpidas y supersticiosas que crean todo esto á pie juntillas!

—Chico, ésta es la casa para nosotros—respondió Wilfrid;—puesto que nadie la quiere, la venderán barata; vamos á pedir las llaves al alcalde del pueblo, que es quien las tiene, según me ha dicho la anciana Mac Dermot. Y veamos el castillo; todo será que nos salga el Diógenes que se pasea en la torre con esa luminosa linterna que se ve diez leguas á la redonda.

Los dos amigos se dirigieron hacia el vecino pueblo, mientras nosotras, emocionadas aún por el relato que acabábamos de oir, nos sentábamos sobre el césped.

—No viviría en esa casa aunque me dieran todo el oro del mundo—exclamó Carmen, que como buena mujer española brillaba, si no precisamente por su miedo, por *su falta de valor*.

—Ni yo, hija mía—contesté con un escalofrío.

—¡Cómo se reirían de vosotras Wilfrid y Edward si os oyeran.....!—replicó Grace, que era la más valiente del trío;—yo no tendría miedo.

—Que sea enhorahuena, Grace; pero si os venís á vivir al castillo, no esperéis echarle la vista encima á Lady Belgravia. No soy de la tela que se hacen las heroínas; esta noche no voy á pegar los ojos, y tengo carne de gallina desde que la tía Mac Dermot nos ha referido su cuento.

A poco rato llegaron nuestros compañeros sacudiendo alegremente las llaves de la romántica morada.

—Vamos á echar un vistazo—dijo Wilfrid alegremente,—y si nos gusta la tomamos: y ya lo sabe usted, Lady Belgravia, la torre, como usted es tan valiente, la convertiremos en estudio para que escriba usted sus obras poéticas.

—Ese será el nido de donde volarán los escritos que la han de hacer á usted célebre—dijo Edward siguiendo la broma.

—Vayan ustedes los dos en hora mala con sus burlas á esta humilde emborronadora de cuartillas. Más valía que antes de visitar ese castillo embrujado hiciesen ustedes confesión general y se asegurasen la vida—contesté yo.

—Yo todo lo tengo corriente—dijo Edward.

—Yo soy tan bueno que no tengo pecados; y en cuanto á la vida, mi mujer no me ha consentido que me la asegure: con que si el duende de la torre me come, cuide usted de ella y de mis siete *herederos*.

....

....

¡Ah, lectoras mías! ¿por qué en este mundo las mayores tormentas se preparan cuando quizás está el cielo más azul? ¿por qué en nuestra vida se desploma el dolor cuando quizás acariciamos más felicidad? En aquella tarde de verano, tan hermosa, tan brillante, tan alegre, he visto las nubes más negras de mi vida, el dolor con sus más sombríos tonos.

Todavía paréceme ver á los dos jóvenes alejarse alegremente y abrir la puerta del castillo, y luego, después de un largo rato, me parece oir como un crujido extraño, y después el ruido espantoso de algo que se desploma, y al correr todas hacia el castillo vemos la «torre maldita» convertida en escombros por el suelo, y entre esos escombros sacan los aldeanos dos cuerpos hechos pedazos tronchados en lo mejor de su vida.....

¡Qué horror, lectoras mías! Y aun más doloroso quizás que este cuadro es contemplar á estas dos viudas, anonadadas por el dolor ambas, y una de ellas con siete hijos y sin recursos.

....

....

Si algunos meses después de este suceso pasáis por el castillo de Glenresk, los aldeanos os contarán cómo dos jóvenes temerarios osaron afrontar al espíritu que vaga por la torre, y cómo perecieron en sus ruinas; pero la explicación de este horroroso drama es bien sencilla. La torre abandonada, minada por las lluvias y los vientos, sólo esperaba un soplo para hundirse. Al empujar la puerta para entrar en ella los dos jóvenes, se desmoronó de un golpe.

....

....

El vapor me lleva de nuevo á Inglaterra; pero ya Escocia no tendrá para mí el encanto que antes tenía. Imposible que se borre de mi alma el recuerdo de aquella tarde y la imagen de mis dos amigas, de mi desgraciada compatriota y sus pobres pequeñuelos, pidiendo el pan que desde ahora habrá que escasear y medir.

Y mientras las olas saltan alrededor del barco y mi pensamiento se pierde en lo infinito, murmuro: «¡Cuán verdad que la felicidad no es de este mundo, y por lo tanto no debemos buscarla en él!»

LADY BELGRAVIA.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR.

Exclusivamente serán contestadas en este sitio las consultas que, sobre asuntos propios de las secciones del periódico, se sirvan dirigirnos las Señoras Suscriptoras á la edición de lujo y á la 2.ª edición, demostrando esta circunstancia con el envío de una faja del periódico, ó por cualquier otro medio.

Las consultas que se nos dirijan en *carta anónima*, ó que vengan firmadas por personas que no demuestren debidamente ser suscriptoras á las citadas ediciones, no serán contestadas.

Á CANDELERA.—Tenga la bondad de leer con detenimiento tanto la *Revista Parisiense* como la *Correspondencia Particular* de nuestro periódico, desde el número del 6 de Febrero hasta la fecha, y hallará satisfecho su deseo, tanto en lo referente á las variaciones que ha sufrido el corte de las faldas, como en los colores, clases de tejidos, adornos, encajes, etc., etc., que están más en boga, pues en ellas encontrará extensas explicaciones.

El cuerpo de terciopelo es muy elegante para las jovencitas; pero no es propio de la estación á que se refiere, pues únicamente podrá usarse toda la primavera.

Á UNA CAMELIA, PERO NEGRA.—Siendo el luto de gran rigor, como es el de usted, no se hacen visitas ni se devuelven hasta pasado el primer aniversario.

El luto de padres es de dos años: un año de rigor, seis meses de negro y otros seis de alivio.

Es suficiente que use el manto seis meses.

Los guantes que más se usan son los de cabritilla.

Para luto es elegante el papel de cartas de forma corriente, blanco, con franja ancha negra, de un tamaño un poco más pequeño que el de su carta.

En cuanto á su tercera pregunta, le diré que, tratándose de un caso tan excepcional como ése, deben ustedes visitar á esas señoras haciendo constar el motivo.

La gasa debe subir hasta la copa del sombrero. El de que me habla creo que no le sirve siendo el luto tan riguroso.

Á UNA CANOSA.—Mi consejo es que se dirija á la casa Pagés, Peligros, núm. 1, cuyos tintes gozan de gran crédito. Debe enviarle un poco de cabello para que sirva de muestra del color. Estos señores se encargarán de hacerle con toda puntualidad el envío del tinte, eligiendo el que mejor convenga á usted.

No conozco ni creo que haya procedimiento alguno casero que valga. También aseguran los que lo usan que el tinte Arroyo es inofensivo.

Si en la mesa hay sólo caballeros, excepción hecha de la dueña de la casa, se empieza á servir por ésta; pero si hay alguna otra señora, se empezará siempre por la invitada, quien ocupará el puesto de más etiqueta, que es la derecha del dueño de la casa.

Á ORQUÍDEA AZUL.—Se sigue usando el tejido á que se refiere.

En varias respuestas mías á otras suscriptoras, y publicadas en la *Correspondencia Particular* de los tres últimos números de LA MODA, encontrará noticia de ellos.

En la dirigida *A una Malagueña* verá en este número la explicación de las pajas más elegantes para sombreros y las guarniciones preferidas para éstos. En cuanto al tamaño, no se usarán exagerados, sino de un término medio.

Á UNA CAMELIA MEJICANA.—Para conservar el cutis terso, fresco y suave, debe seguir el siguiente procedimiento: no lavarse nunca la cara con jabón, sino con agua de almidón muy clara ó cocimiento de arroz muy clarito, alternando. En invierno debe templarse un poco, y se echan en ella unas gotas de Agua de tocador ó Colonia de las mejores marcas, Guerlain, Houbigant, Altkinson, etc.

Con este agua debe lavarse por las mañanas al levantarse: á la hora que se va á peinar puede darse, con un pañito fino, vaselina inglesa gelatinizada ó pasta *Prélats*, que da al cutis un bonito color rosa; después se pasa un paño de hilo mojado, se enjuga bien con otro pañito seco, y se da polvos de una buena marca. Cuidándose así el cutis se podrá evitar los granitos que suele producir la irritación, y desde luego se hermosea éste.

No conozco ningún procedimiento para poblar y hacer negras las cejas y pestañas.

Á D.ª SOL.—Efectivamente, las chaquetas se llevan mucho; deben ser muy ajustadas, lo mismo en los delanteros que por la espalda, y sumamente cortas y con aldetas más onduladas que nunca.

Los colores de paño más de moda son: el *beige* en toda su escala, el mastic y el gris tierra.

La moda va acentuando cada día más en el uso del tul ilusión, hasta el punto de ser uno de los tejidos más usados.

Tul blanco, tul negro y color crudo. No sólo se usa el tul para las *écharpes* mezclándose el negro con el blanco sobrepuesto, sirviéndose mutuamente de transparente, sino que en la misma forma se guarnecerán los sombreros redondos ó con ala vuelta bajo la forma de *ruche*, cocas, *choux*, torzadas y plegados: con este vaporoso adorno se mezclan las

plumas y las flores, teniendo en cuenta que el tul debe jugar el papel más importante, pues los otros accesorios son verdaderamente secundarios.

Los trajes de noche se guarnecen también con este precioso adorno en forma de volantes, bullones, *ruche* de todas especies y de todas dimensiones, las cuales bordean las faldas y se repiten en el cuerpo. Las mangas, completamente de tul, amplias, muy flojas y ligeras, aparentando ser las faldas de las bailarinas. Se llevan también mucho las cinturas de tul formadas por largas *écharpes* en todo el ancho del tejido, que se drapea alrededor del talle. Se anuda por detrás en dos cocas caídas que penden hasta mitad de la falda, cuyos extremos caen hasta el borde de la misma.

El tul ilusión tiene la ventaja de ser propio de todas las edades, y lo mismo sirve para las jovencitas que para las señoras serias, siendo en todos los casos distinguidísimo.

A una Artista.—He oido decir á persona inteligente que se imitan los esmaltes comprando una placa de esmalte blanco ó de color; se pinta sobre ésta al óleo el dibujo que se elige, y después se barniza con barniz secante. Inmediatamente se coloca la placa sobre una estufita ó calentador de pies, dejándolo hasta que el barniz esté completamente seco, es decir, dos horas poco más ó menos.

A una Cuidadosa. — El mejor procedimiento para limpiar las esponjas es sumergirlas en una jofaina de agua fuertemente acidulada con jugo de limón. Se dejan las esponjas en este agua veinticinco ó treinta minutos, después se aclaran con mucha agua. Si la esponja queda aún muy impregnada de jabón, se frota con los trozos de limón y después se aclara.

Cuando las esponjas están sumamente sucias y babosas, antes de sumergirlas en el agua acidulada se tienen algunos minutos en agua fría, en la que previamente se habrá disuelto un poco de cristal de sosa.

Sra. D.ª Manuela B.—Para poner los filetes de lenguado á la mayonesa se les quita la espina y se moldean. Se hace un caldo con un vaso de agua y otro de vino blanco; se añaden al caldo las cabezas, espinas y colas del pescado, sazonándolo con sal, pimienta, ramillete surtido de perejil y jugo de limón, y se deja reducir el caldo á la mitad. Se colocan luego los filetes en una fuente á propósito para ir al horno untada de manteca. Se vierte sobre ellos la reducción y se mete en el horno. Terminada la cocción se retira, dejándolo escurrir y enfriar. Luego se colocan los filetes sobre corazones de lechuga, sazonados de sal, pimienta y vinagre, mezclándolo todo con una mayonesa. Este plato se guarnece con filetes de anchoas, aceitunas, alcaparras y huevos duros cortados en pedazos, separando las claras de las yemas.



13.—Traje de baile ó soirée.

Á una Portuguesa.—Para hacer la tortilla *soufflée* para seis personas, basta con batir ocho huevos; las claras á la nieve y aparte; las yemas con un poco de azúcar molida, añadiéndole también vainilla raspada.

Al tiempo de servirse se mezclan las claras con las yemas, echándole una cucharada de ron. Se pone en el fondo de una fuente á propósito como dos onzas escasas de manteca fresca de vacas; se deja fundir para que se bañe bien la fuente. Hecho esto, se vierte el batido y se mete al horno fuerte: unos siete minutos son suficientes para que la tortilla esté en su punto. Debe cubrirse siempre la fuente con un papel blanco para que la tortilla no tome demasiado color. Al sacarla del horno se espolvorea con azúcar fina y se sirve inmediatamente.

La pasajera granulación de la piel, vulgarmente llamada carne de gallina, la produce el contacto del aire fresco cuando aquélla no está acostumbrada á sufrirle. No conozco otro medio de quitarla que evitarle ó acostumbrarse á él. Si se trata de una granulación de otra especie, nada puedo decirla no dándome más detalles.

En uno de los próximos números tendré el gusto de dar á usted la receta para hacer las pastas.

Á una Indiferente.—En el traje de ese caballero no se quitará la señal producida por el vapor de la estufa, pues seguramente no es mancha, sino quemadura.

En cuanto al pañuelo, si la mancha parece de hierro, podrá probar, al empaparlo con jabón, echando sobre la mancha jugo de limón abundante, mojando mucho éste con cal molida; sobre esta capa se pone un papel blanco, y sobre éste una plancha caliente, teniéndolo así hasta que se enfríe. Si, terminada esta operación, la mancha no ha desaparecido, se repite la operación, y en vez de poner la plancha sobre el papel, se pone el pañuelo al sol.

Á una Santanderina.—Su carta anterior no ha llegado á mi poder.

Dada la circunstancia que concurre en la persona á quien quiere usted obsequiar, el mejor regalo será un libro de su devoción, un Niño Jesús ó un reloj de plata, enterándose primero si en esa comunidad los usan las religiosas ó si los permiten. De no ser estas cosas, puede elegir un objeto para la capilla.

El papel en que me escribe no es de moda. Se usa de forma apaisada y sin rayar. Sobres de la misma forma.

Ha tenido usted mucho gusto en elegir modelo para la confección de los trajes cuyas muestras me remite; pues, además de ser bonitos, son propios de la edad que usted indica.

No tengo ninguna objeción que hacerla ni por la escritura ni por la redacción de su carta.

Une Demoiselle française.—Las señoritas de esa edad llevan indistintamente en el sombrero el velo blanco ó negro, siendo ambos igualmente elegantes.

Los dibujos se llevan lisos con cenefas bordadas, ó moteados con cenefita estrecha. Para mi gusto, éstos son los más propios de jovencita.

Al contrario los guantes: cuanto más claros son más elegantes, y van bien con todos los trajes. El color de guantes para los trajes de medio vestir es el avellana tostada ó algo rojizos.

Ya no se usa poner flecos en las galerías de los balcones, sino *draperies* dispuestas en variadas formas.

Para que siente bien el velito en el sombrero debe fruncirse un poco en la parte de delante, recogiendo luego los extremos y anudándolos sobre el ala del sombrero. Si es capota, se recoge también en la parte alta sobre el moño.

Para preparar los huevos hilados debe hacerse un almíbar bien clarificado, echando en él cortezas de limón. Este almíbar debe tener bastante punto, pues ha de formar liga; después se baten las yemas de diez y ocho huevos para cuartillo y medio de almíbar.

Se trabajan mucho hasta que el batido forme pompitas; después se vierte en una especie de embudos que venden para este objeto, y cuando el almíbar esté hirviendo se mete el embudo, levantándolo para que forme las hebras. Luego que éstas están cuajadas, se van sacando con una espumadera, y se repite la operación hasta terminar el batido.

Para la crema de vainilla se baten ocho yemas de huevo con media cucharadita de harina de almidón; se trabaja mucho, y cuando lo está bien, se endulza con azúcar molida: vuelve á trabajarse hasta que forme pompas, y luego se mezcla con un cuartillo de leche hervida tibia. En seguida se acerca al fuego moderado, moviéndolo sin cesar con un molinillo de porcelana ó de boj, nuevo, teniendo mucho cuidado de retirarlo en cuanto empiece á espesarse y se impregne la cacerola por los bordes. Si se quiere quemada, después de fría se extiende bien en una fuente plana, se espolvorea de azúcar por encima y se mete al horno fuerte, ó se pasa una plancha ó pala candente por encima.

Á Chiló.—El abriguito de la niña debe ser de paño ligero inglés color *beige* claro. Como modelo para su confección le recomiendo el grabado núm. 4 del 22 de Enero último: en vez de adornarle con astrakán negro como éste indica, para que haga más ligero y pueda servirle para el entretiempo será muy á propósito el marabú de seda color nutria. Los trajes marinos siguen estando de moda para las niñas de esa edad. Se llevan con sombrero *canotier*, que para mi gusto es más gracioso que la gorra.

El papel más elegante en cartas es el inglés, de forma apaisada y de color malva, gris, azul porcelana, pergamino, etc.

Hasta ahora todo parece indicar que los cuellos y puños á que se refiere seguirán estando de moda.

Á una Malagueña.—Las flores preferidas para guarnecer los sombreros y *toilettes* de baile son este año las rosas;



14.—Abrigo para niños pequeños.

15.—Traje de paseo para niñas de 11 á 13 años.

16.—Levita de paño gris.

17.—Traje de visitas. Delantero.

18.—Traje de visitas. Espalda.

rosas de Francia, con pétalos de tonos descoloridos y bordes arrollados, rosas de Bengala, rosas rubíes, rosas de té, rosas amarillas, rosas blancas.

Una novedad muy original es la de las rosas negras, de seda muy ligera ó de raso antiguo, formando éstas la única guarnición de un sombrero. Este, confeccionado así, es de fácil ejecución y muy ligero para usarlo, siendo á propósito también para acompañar á cualquier *toilette* de vestir.

La paja de color se llevará mucho; se verán mates y satinadas, de un brillo tan dulce como las pajas-raso, tan de moda este invierno. Son lindísimas en blanco, negro, mordoré, y sobre todo en los tintes vivos, azul blue, verde prado, violeta Ofelia, etc.

El sombrero negro es siempre elegante y lujoso si se acierta á darle una forma distinguida. Para quitarle el aspecto de seriedad que siempre tiene, se le pone á la parte de detrás una especie de peineta de rosas de Francia de distinto color. Para medio luto, esta peineta puede ser de violetas de Parma, jacintos blancos ó violeta.

Un lazo de crespón ó de piel de seda sobre paja mate, y *chour* de crespón formando el peine, componen un sombrero de luto nada vulgar.

ADELA P.

EXPLICACIÓN DEL FIGURÍN ILUMINADO.

Núm. 12.

Corresponde á las Sras. Suscriptoras de la edición de lujo.

TRAJE DE VISITAS PARA SEÑORITAS.

Este traje de primavera va hecho de paño amazona *beige*, y adornado con seda verde glaseada. Falda ondulada y ribeteada de pespuntes formando festones. Cuerpo-blusa con aldetas onduladas, compuesto de espalda de una pieza y delantero plegado en tablas anchas, escotados ambos sobre un canesú de tafetán terminado en una especie de cuello abierto que forma por abajo unas hombreras. Unos botones de metal fijan los pliegues. Cuello en pie, y lazos de manga de la misma seda. Unas hebillas de oro fijan los lazos. Manga ajustada, con una manga globo en lo alto.—Sombrero de paja *beige*, adornado con terciopelo verde y plumas negras.

Tela necesaria: 7 metros de paño y un metro 50 centímetros de seda.

EXPLICACIÓN DE LOS GRABADOS Y DIBUJOS PARA BORDADOS

CONTENIDOS EN LA HOJA-SUPLEMENTO.

Corresponde á las Sras. Suscriptoras de la edición de lujo.

Mesa de labor y papelera.—Núm. 1.

El armazón de esta linda mesita se hace de mimbre, de rotin ó de madera dorada.

Se cubre la parte superior de felpa color de algarroba. Las tapaderas van revestidas interiormente de seda amarilla, con un bordado ligero hecho al pasado con seda de varios colores.

La bolsa colocada delante de la mesita es de seda amarilla con bordes de encaje crema. Las cintas que adornan los pies y el asa son de raso color de coral.

Portaperiódicos.—Núm. 2.

La fig. 71 de la *Hoja-Suplemento* á nuestro núm. 23 del año anterior corresponde á este dibujo.

La parte de delante del portaperiódicos es de bambú barnizado marrón obscuro y de mimbre *beige*, y va cubierta de un bordado ejecutado sobre paño color de tabaco obscuro, puesto sobre una capa de algodón. El bordado que representa la fig. 71 va ejecutado con seda floja (3 hebras) color cardenillo de varios matices. Las hojas prolongadas, que son de color cardenillo obscuro hasta el cardenillo más claro hacia la punta, van hechas con puntos de pasado horizontales. Se las adorna con tres venas hechas al punto de cadeneta con seda color cardenillo obscuro; las hojas y las espigas grandes de las flores, en forma de frutas, van bordadas con seda color cardenillo claro; las espigas pequeñas con seda obscura al pasado vertical entrelazado; las venas de las hojas finas van hechas con seda del color más claro (casi blanco) al punto de cadeneta; las hojas van ejecutadas con puntos aislados, y por encima de cada vena se hacen 3 puntos anudados con seda roja antiguo claro. Después de haber fijado el pedazo de bordado se le rodea con una guarnición de tiras estrechas dentadas, para lo cual se cortan en forma de dientes grandes una tira de paño color cardenillo claro y otra color de tabaco claro, que tienen cada una 2 ½ centímetros de ancho; se cose la tira obscura sobre la de color claro, de modo que las tiras obscuras vayan puestas sobre las tiras claras; se fija en el borde derecho una tira color de tabaco claro dentada de medio centímetro de ancho. Se cose la guarnición sobre el portaperiódicos; se cubren sus bordes con un galón de piquillos de cordón de oro. Las rosáceas de las esquinas, adornadas en el centro con un grupo de galones de oro con piquillos, van hechas cada una con tres tiras dentadas y plegadas de paño. De cada rosácea salen dos grupos de presillas del mismo color, que tienen cada una 10 centímetros de largo y van hechas con tiras de paño de medio centímetro de ancho, reunidas en el borde superior con una tira de paño color de tabaco claro, que tiene 5 centímetros de ancho. Se pespuntea en el centro de esta tira una trencilla estrecha de oro con piquillos. La parte de detrás va adornada con una tira dentada y plegada de paño color de tabaco obscuro, que tiene 16 centímetros de alto y 55 centímetros de largo, y terminada por un lado en una rosácea dentada, mientras que el otro lado va fijado por el revés. Una rosácea igual adorna el centro superior.

Joyas de fantasía.—Núms. 3 á 5, 9 á 11 y 17 á 19.

3. GRUPO DE ALFILERES.—*a*. Alfiler para sombreros. Este alfiler es de metal dorado; flores de lis entrecruzadas y caladas.

b. Alfiler de corbata, hecho de plata dorada. Representa una miniatura muy fina.

c. Alfiler de sombrero. Es de metal dorado, y representa una bola sembrada de diamantes y de turquesas.

d. Alfiler de sombrero, de metal dorado. Va engarzado de diamantes.

e. Alfiler de sombrero. Es de metal dorado, y figura una bola salpicada de diamantes y esmeraldas.

4. HEBILLAS DE CINTURÓN Y CORCHETES PARA ABRIGOS.—*a* y *c*. Hebillas de cinturón serpentinas, de metal dorado.

b. Hebilla de cinturón de metal dorado. La parte de encima de la cabeza y los ojos de las serpientes son de esmeraldas.

d. Corchetes para sujetar un *collet*. Son de metal dorado, así como la cadeneta que los reune.

5. GRUPO DE BROCHES.—*a*. Broche lazo, de plata legítima, con flecos de plata dorada. Va salpicado de perlas y lleva un mosquetón para el reloj.

b. Broche barreta, con miniatura, de plata sobredorada con perlas. Una cadeneta de plata dorada reune esta linda joya á un alfiler también de plata dorada.

c. Broche Juana de Arco, de plata antigua sobre fondo dorado salpicado de flores de lis. Un círculo de esmalte azul lleva la divisa: *De par le Roy du ciel*.

9. GRUPO DE BROCHES.—*a*. Broche de metal dorado; hojas y granos de colores naturales.

b. Broche pensamiento de metal dorado, con pétalos pintados color violeta y malva. Un diamante imitado, tallado con facetas, forma el centro de la flor.

c. Broche miniatura fina, pintada sobre esmalte color de marfil. Marco de metal dorado estilo Luis XV sobre fondo esmaltado azul de Francia.

d. Broche miniatura de plata sobredorada. Pintura fina.

e. Broche Juana de Arco, de metal ó plata antigua sobre fondo esmaltado azul turquí, dorado y marfil.

10. MODELOS DE BOTONES ARTÍSTICOS.—*a*. Botón de cuerpo de vestido. Es de plata antigua, y va engarzado de diamantes con una piedra multicolora en el centro.

b. Botón granate, con diamante imitado en medio y en el contorno.

c. Botón con miniatura rodeada de plata sobredorada, con perlitas finas.

11. ESPEJO DE BOLSILLO.—Va cubierto de metal dorado, con aplicaciones de plata antigua y dibujos de filigrana.

17. ESPEJO DE MANO.—El marco de este espejo es de metal dorado y esmaltado, marfil y verde. El mango es de metal dorado con aplicaciones esmaltadas.

18. HEBILLAS PEQUEÑAS DE CINTURÓN.—*a*. Hebilla torzal de forma cuadrada. Los torzales son de metal oxidado y metal dorado.

b. Esta hebilla es del mismo género, pero de forma ovalada.

19. TERMÓMETRO CENTÍGRADO.—Marco de metal oxidado y metal dorado figurando flores de lis. Por detrás hay un soporte de metal oxidado para mantener en pie el termómetro.

Escritorio-rinconera.—Núm. 6.

Esta mesa-escritorio tiene tres pies, uno de los cuales se apoya en el rincón de la pieza. En el fondo de la mesa, que entra igualmente en el ángulo, van unos tableros donde se colocan los libros de cuentas, el reloj pequeño de sobremesa y otros objetos. En los dos tableros que sobresalen por los lados se ponen dos estatuas ó floreros. En lo alto, una jardinera llena de flores. Debajo de la mesa, el folgo para el invierno y el cesto de papeles.

Jardinera colgante.—Núm. 7.

Jardinera muy original, que se cuelga del techo de un gabinete-tocador ó de un salón campestre. Es sencillamente una sombrilla japonesa, de la cual se saca el mango. Se mantiene la extremidad superior con un bramante muy apretado, por encima del cual se anuda una cinta de raso. Se pega en lo alto una tira de papel ó de tela de algodón que tenga exactamente el largo de la abertura que se quiera dejar á la sombrilla, y esto á fin de que los pliegues no se esparzan por todos lados. Se hacen tres divisiones para marcar el sitio de las cintas que sirven para colgar la jardinera. Estas cintas son de raso, y se reunen á una escarapela de cinta á la cual va pegada una argolla. Se guarnece la jardinera con follaje verde, como eucaliptos, mimosas, ó con siemprevivas ú otras flores que no se marchiten y que no tengan necesidad de agua.

Pantalla pintada.—Núm. 8.

Este precioso modelo de pantalla va pintado á la acuarela, y representa una gata con sus gatitos. Un galoncito de oro ribetea la pantalla por arriba y por abajo. La altura es de 30 centímetros, y el ancho de 45.

Bolsa de labor.—Núms. 12 y 13.

El bordado de esta bolsa va ejecutado sobre una tira de cañamazo blanco fino, de 32 centímetros de largo y 14 de ancho, al punto de cruz, cada punto hecho sobre dos hebras de alto y de ancho con algodón ó seda. El bordado va forrado de un pedazo de percal blanco de 20 centímetros de ancho, y provisto después de un forro de raso marrón vuelto hacia fuera, sobre 4 centímetros de ancho en los lados largos, y sobre 1 ½ centímetros en los lados transversales. Se le fija con puntos de espina de seda marrón. Se dobla la pieza, formando una vuelta ó cartera de 6 centímetros de ancho; se reunen los bordes de los lados; se cosen, doblándolos por el revés, los picos de la parte doblada por encima, y se rodea la bolsa de un cordón de seda marrón.

Mantel largo para centro de mesa.—Núm. 14.

Este mantel largo es de guipur sobre red, tiene un metro 25 centímetros de largo y 34 centímetros de ancho, y va ejecutado con algodón blanco núm. 30. Se hace en primer lugar el fondo al punto de malla recto, sobre un molde de 1 ½ centímetros de circunferencia (el mantel largo tiene 48 mallas ó cuadros á lo ancho y 184 mallas ó cuadros á lo largo). Se extiende el fondo sobre un bastidor; se le borda para los dientes exteriores al punto de espíritu y al punto de lienzo; se ejecuta al mismo punto de lienzo la cinta enrollada, pero para los picos al sesgo de esta cinta se borda solamente la mitad de un cuadro al punto de zurcido; después se llena el borde derecho con ruedecitas, hechas cada una sobre cuatro cuadros ó mallas: para ribetear las ruedas se tiende una hebra de algodón más grueso, y se la festonea. Las hileras de cuadros en el centro se hacen al punto de lienzo; se rodean los cuatro cuadros reunidos en su punto de unión con una hebra triple, y se ejecutan entre ellos unas estrellas con hebras dobles; se festonea el borde exterior de los dientes, y se recorta el fondo que sobresale.

Rinconera.—Núm. 15.

Se prepara esta rinconera de madera blanca (cualquier carpintero puedo prepararla) y se la reviste de seda brochada y felpa. Un fleco estrecho de borlitas termina la guarnición de los tableros, y unos lazos de cinta de raso van prendidos á los soportes.

Es un trabajo facilísimo y que da por resultado un objeto muy elegante.

Tapete con bordado de relieve.—Núm. 16.

Este tapete es de paño color de masilla clara, y tiene 60 centímetros en cuadro; va recortado en curvas que forman dientes, y adornado con un bordado de relieve. Se le forra de seda ligera de color claro. Las flores grandes del bordado van ejecutadas con trencillas de lana de curvas, blancas y color de rosa matizadas, de un centímetro de ancho, y las flores pequeñas con trencillas de medio centímetro de ancho. Para cada pétalo del interior de las flores se reunen dos curvas con un punto. En el centro de las flores grandes, que tienen 5 ½ centímetros, se pone un anillo de cartón que tiene, aproximadamente, 2 centímetros, bordado con puntos de diferentes largos, hechos en el borde interior de la trencilla, con seda color de rosa claro y color de rosa obscuro y felpilla color cardenillo y marrón bronceado. El cáliz de estas flores va formado con un botón de cristal, cosido con puntos transversales de seda amarilla y rodeado de felpilla verde obscuro; las flores pequeñas entre las hojas aisladas van bordadas de puntos transversales de hilillos de oro, terminados en puntos anudados. Se las adorna en el centro con un punto anudado de felpilla amarilla, bronceada de varios matices. Los tallos de las flores y los cálices de los capullos se hacen igualmente con trencillas, y van ejecutados en parte con cordón de seda color cardenillo y en parte con cordón igual marrón al punto de cordoncillo. Las hojas van hechas al pasado con sedas de varios matices verdes, y se les guarnece con puntos de cordoncillo marrón obscuro. Se emplea para hacer los arabescos lana de Hamburgo de verdes diferentes, se les rodea y se les adorna con hilillos de oro.

Mantel para té.—Núms. 20 á 22.

Este mantel tiene un metro 75 centímetros de largo, y un metro 65 centímetros de ancho. Se compone de tiras bordadas sobre cañamazo de Java, y las dos tiras color de masilla, que tienen cada una 48 centímetros de ancho, van ribeteadas por un lado de una tira encarnada de 28 centímetros de ancho, y por el otro lado de una tira azul obscuro. El dibujo 20 representa el bordado de la tira ancha, y el otro dibujo 21 el bordado de la tira estrecha, con indicación de los colores. Se emplea algodón grueso de color, y se hace para cada cuadrito un punto de Esmirna, sobre dos hebras de alto y de ancho de la tela; los puntos Renacimiento del interior de los dibujos van hechos de los colores indicados por estos dibujos; los puntos Renacimiento que rodean la tira azul van hechos con algodón encarnado, y los puntos de la otra tira con algodón azul. Las costuras de unión cubren las hileras de puntos exteriores del galón estrecho sobre la tira color de masilla.

El mantel va completado con una cordonadura de algodón de color.

EN LA COMIDA DE BODA.

«*Si yo únicamente hubiera sabido.*» ¡Cuán á menudo decimos esto! ¡Cuánto mal evitaríamos si únicamente supiéramos algunos secretos que existen ocultos detrás de la cortina que nos separa del porvenir! ¡Este dicho es corriente: verdaderamente que es así; pero tiene mucho que hacer con nuestra felicidad.

Por ejemplo, si D. Martín López, pastor que vive en Requena, hubiera sabido los riesgos que corre una persona de hábitos sobrios en comer demasiado, habría sido más cuidadoso en cierta comida de boda, á la cual asistió hace como tres á cuatro años. Como hubo de acontecer, López comió y bebió con exceso y tuvo que sufrir las consecuencias, pues casi inmediatamente después sufrió un ataque de vómito y de fuertes dolores de cabeza; para curarse tomó purgantes y magnesia, pero su padecimiento no cedió al tratamiento y continuó empeorándose durante dos años seguidos. Pocos momentos después de la comida su estado fué alarmante; apenas podía comer, y se puso tan débil que no podía caminar, condición malísima para un pastor, cuyo trabajo necesitaba fuerzas y fuertes piernas; cuando tragaba algún alimento, lo arrojaba otra vez, pues su estómago no lo aceptaba; estaba tan enfermo y cabizbajo, que á menudo decía que deseaba mejor morirse. Ninguna de las medicinas que tomó le hizo algún bien positivo.

Mientras así se lamentaba y se encontraba desesperado, aconteció que un amigo suyo oyó hablar de su mal estado y le trajo una botella con restos de un remedio muy conocido por toda la gente de este país: el Jarabe Curativo de la Madre Seigel; la botella tal vez no contenía más que la mitad del Jarabe, pues lo demás se lo había ya tomado su amigo. El joven pastor, pues, sólo contaba veintiocho años; no tenía fe en este remedio, pero felizmente esta falta de fe no ocasiona diferencia en su acción.

Se sintió mucho mejor casi en seguida de tomarlo, é inmediatamente compró una botella, y después de cierto tiempo otra, y con el contenido de estas dos botellas recuperó su completa salud, y actualmente se encuentra trabajando como antes en su oficio de pastor.

Estos hechos fueron relatados personalmente por el Sr. López á D. Francisco Moreno Villena, boticario de Casas de Ves, provincia de Albacete, en presencia del testigo D. Tomás Gil, y el escrito fué extendido el 19 de Julio de 1894. La verdad de estos hechos es también conocida por otros.

Ahora, pues; si D. Martín López hubiera conocido las virtudes del Jarabe Curativo de la Madre Seigel *cuando comió tanto en la comida de boda*, no hubiera sufrido de dispepsia inflamatoria durante dos años, no hubiera afligido y entristecido tanto á su amada esposa y no hubiera puesto en peligro hasta su preciosa vida.

Ponemos en imprenta estos hechos para que el público se imponga de lo que debe hacer cuando esta enfermedad atroz, causa de la mayor parte de nuestros males, les ataque.

Léanse los síntomas en los folletos publicados por los propietarios del Jarabe, y conténgase la enfermedad desde que aparezca.

Si el lector se dirige á los Sres. A. J. White, Limitado, 155, calle de Caspe, Barcelona, tendrán mucho gusto en enviarle gratuitamente un folleto ilustrado que explica las propiedades de este remedio.

El Jarabe Curativo de la Madre Seigel está de venta en todas las farmacias, droguerías y expendedurías de medicinas del mundo. Precio del frasco, 14 reales; frasquito, 8 reales.

NINON DE LENCLOS

Reíase de las arrugas, que no se atrevieron nunca á señalarse en su epidermis, y se conservó joven y bella hasta más allá de sus 80 años, rompiendo una vez y otra su acta de nacimiento á la faz del tiempo, que en vano agitaba su guadaña delante de aquel rostro seductor sin poder mortificarle.—Este secreto, que la gran coqueta egoísta no quiso revelar á ninguno de sus contemporáneos, ha sido descubierto por el doctor Leconte entre las hojas de un tomo de la *Historia amorosa de las Galias*, de Bussy-Rabutin, perteneciente á la biblioteca de Voltaire y actualmente propiedad exclusiva de la **Perfumeria Ninon** *(Maison Leconte)*, 31, rue du 4 Septembre 31, Paris.

Dicha casa entrega el secreto á sus elegantes clientes bajo el nombre de **Véritable Eau de Ninon** y de **Duvet de Ninon**, polvo de arroz que Ninon de Lenclos llamaba «la juventud en una caja».—Es necesario exigir en la etiqueta el nombre y la dirección de la Casa, para evitar las falsificaciones.—La *Parfumerie Ninon* expide á todas partes sus prospectos y precios corrientes.

Depósitos en Madrid: *Aguirre y Molino, perfumería Oriental, Carmen, 2; perfumería de Urquiola, Mayor, 1; Romero y Vicente, perfumería Inglesa, Carrera de San Jerónimo, 3;* y en Barcelona: *Sra. Viuda de Lafont é Hijos*, y *Vicente Ferrer; Salvador Vives, perfumista, Pasaje Baconti; Salvador Banus, perfumista, calle Jaime I, núm. 18.—J. G. Fortis, perfumista, Alfonso I, núm. 27, en Zaragoza, misma casa en Valencia.*

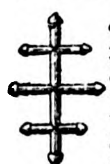


CHOCOLATES SUPERIORES

TÉS Y CAFÉS SELECTOS,
RIQUÍSIMOS BOMBONES DE CHOCOLATE,
VARIAS CREMAS,
CAPRICHOS DE NOVEDAD PARA REGALOS

MATÍAS LÓPEZ
23, MONTERA, 23

CABELLOS CLAROS Y DÉBILES



Se alargan, renacen y fortifican por el empleo del **Extrait capilaire** *des Bénédictins du Mont Majella*, que detiene también su caída y retrasa su decoloración. *E. Senet, administrador*, 35, *rue du 4 Septembre, Paris.*—Depósitos en Madrid: *Perfumería Oriental, Carmen, 2; Aguirre y Molino, Preciados, 1; Urquiola, Mayor, 1*, y en Barcelona, *Sra. Viuda de Lafont é Hijos, y Vicente Ferrer y Compañía, perfumistas.*





LA FOSFATINA FALIERES es el alimento más agradable y más recomendado para los niños de 6 á 7 meses de edad, principalmente en la época del destete y en el período del crecimiento. *Facilita la dentición y asegura la buena formación de los huesos. Impide la diarrea tan frecuente en los niños.*

París, Avenue Victoria, 6, farmacias.

ROYAL WINDSOR

EL CELEBRE RESTAURADOR DEL CABELLO



¿Teneis Canas?
¿Teneis Caspa?
¿Son vuestros Cabellos debiles ó caen?

En el caso afirmativo

Emplead el ROYAL WINDSOR, este excelentisimo producto, devuelve a los cabellos blancos su color primitivo y la hermosura natural de la juventud. Detiene la caida del cabello y hace desaparecer la caspa. Es el SOLO Restaurador del cabello premiado. Resultados inesperados. — Venta siempre creciente. — Exijase sobre los frascos las palabras ROYAL WINDSOR. — Vendese en las Peluquerias y Perfumerias en frascos y medios frascos.

DEPOSITO PRINCIPAL: 22, rue de l'Echiquier, Paris

Se envia *franco*, a toda persona que lo pida el Prospecto conteniendo pormenores y atestaciones.

DEVOLVED AL CUTIS

los sonrosados matices de la juventud, semejantes á la flor del melocotonero, usando la **Fleur du Pêche** de la **Parfumerie Exotique, 35, rue de 4 Septembre, París**, los mejores polvos de arróz conocidos.—Depósitos en Madrid: Perfumeria Oriental, Carmen, 34; perfumeria de Urquiola, Mayor, 1; Aguirre y Molino, Preciados, 1; Romero y Vicente, perfumeria Inglesa, Carrera de San Jerónimo, 3; y en Barcelona: Sra. Viuda de Lafont é Hijos; Vicente Ferrer y Compañia, perfumistas.

PAPEL FAYARD Y BLAYN

EL MÁS EFICAZ PARA CURAR IRRITACIONES del PECHO, RESFRIADOS, REUMATISMOS, DOLORES, LUMBAGO, HERIDAS, LLAGAS.- *Topico excelente contra Callos, Ojos-de-Gallo.* – *En las Farmacias.*

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD Curadas por el Verdadero HIERRO QUEVENNE
Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de exito.

FLOR DE RAMILLETE DE BODAS,

para hermosear la Tez.



Por medio de la aplicacion de la Flor de Ramillete de Bodas al rostro, hombros, brazos y manos, se obtiene hermosura fascinante, esplendor incomparable y la encantadora fragancia del lirio y de la rosa. Es un líquido lacteo y higiénico, y no conoce rival en todo el mundo en crear, restaurar y conservar la belleza.

Véndese en las Peluquerias, Perfumerias y Farmacias Inglesas. Fábrica en Lóndres, 114 & 116 Southampton Row; y en Paris y Nueva York.

SELLOS HÉRISÉ

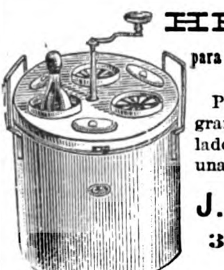
CURACIÓN SEGURA DE LAS ENFERMEDADES DEL PECHO Y DE LAS VIAS RESPIRATORIAS

Tos persistente, Bronquitis, Catarros, Tuberculosis, Tisis

Adoptados en los hospitales de Paris.—Depósito: farmacia Hérisé, 21, boul. Rochechouart, y en las principales farmacias.—Precio: **4 frs.** la caja.

HELADORA

para "CHATEAUX" Y CASAS DE CAMPO



Produce en 10 minutos de 500 gramos á 8 kilos de Hielo, ó Helados, Sorbetes, etc., empleando una sal inofensiva.

J. SCHALLER,
332, rue St-Honoré,
PARIS.

Núm. 3, á 110 francos — *Prospecto gratis.*

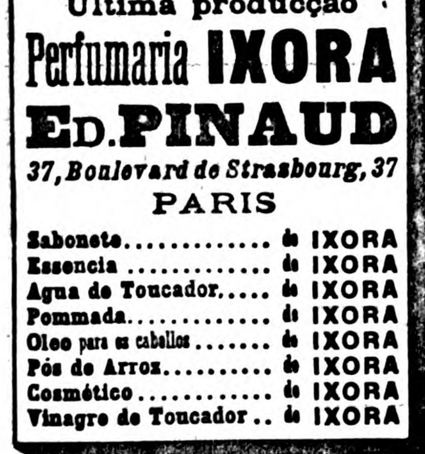
NUEVOS PERFUMES DE RIGAUD Y Cia

Proveedores de la Real Casa de España
8, rue Vivienne, PARIS

Recomendados por su suavidad, su delicadeza y su sello aristocrático.

IRIS BLANCO
GRACIOSA
LILAS DE PERSIA
CEFIRO ORIENTAL
ASCANIO
BOUQUET ROYAL
LUCRECIA
LUIS XV
ROSINA
VIOLETA BLANCA

DEPOSITO EN LAS PERFUMERIAS
de *España y América*



CUENTOS, POR D. JOSÉ FERNÁNDEZ BREMÓN.

De venta en las oficinas de LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA Y AMERICANA, Alcalá, 23, Madrid.

HOTEL GIBRALTAR

Situación espléndida, con vista á los jardines de las Tullerías. Habitaciones elegantes y modestas á precios módicos. Cocina española y francesa. Baños y ascensor.—**Rue de Rivoli. Entrada: I, rue St-Roch. Paris.**

COMPAÑIA COLONIAL

CHOCOLATES Y CAFÉS

La casa que paga mayor contribución industrial en el ramo, y fabrica **9.000 kilos** de chocolate al dia.—**38 medallas de oro** y altas recompensas industriales.

DEPÓSITO GENERAL: CALLE MAYOR, 18 Y 20. MADRID

EL SOL DE INVIERNO

POR

DOÑA MARÍA DEL PILAR SINUÉS.

Preciosa novela original, con interesante argumento, cuadros de costumbres familiares, episodios muy dramáticos, y brillando en todo el libro la más profunda moralidad.

Un volumen en 8.° mayor francés, que se vende, á 4 pesetas, en la Administración de este periódico, Madrid, calle de Alcalá, núm. 23.

CORSÉ THOMSON'S

Perfección en el corte, elegancia y duración.

Aprobado por todas las elegantes del mundo.

VENTA ANUAL DE MÁS DE UN MILLÓN.

Encuéntrase en todos los comercios del mundo.

DOCE PRIMERAS MEDALLAS

W. S. THOMSON Y C.ª Ltd.
LONDON, Manufacturers.

Véase en todo corsé si tiene el letrero THOMSON'S GLOVE-FITTING y la corona que es nuestra marca de fábrica. Los que no los tengan no son legítimos.

TOS

POR FUERTE QUE SEA, SE CURA CON LAS

PASTILLAS DEL DR. ANDREU

Remedio pronto y seguro. En las boticas

OBRAS POÉTICAS

DE

D. JOSÉ VELARDE

DE VENTA EN LA ADMINISTRACIÓN DE ESTE PERIÓDICO
ALCALÁ, 23.—MADRID.

	Pesetas
Obras poéticas.—Dos tomos	8
Teodomiro, ó la Cueva del Cristo	2
Fray Juan	1
La Niña de Gómez-Arias	1
Alegría (Canto I)	1
El Holgadero (segunda parte de *Alegría*)	1
A orillas del mar	1
La Venganza	1
Fernando de Laredo	1
El Ultimo beso	1
El Capitán García	1
Mis Amores	1
La Velada	1
El Año campestre	1

MADRID.—Establecimiento tipolitográfico «Sucesores de Rivadeneyra», impresores de la Real Casa.

6 de Abril de 1896

Nº 13

LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA

Alcalá 93 _ Madrid

LA MODA ELEGANTE

PERIÓDICO ESPECIAL DE SEÑORAS Y SEÑORITAS, INDISPENSABLE EN TODA CASA DE FAMILIA

Administración: Alcalá, 23 Madrid. | Madrid, 6 de Abril de 1896. | Año LV.—Núm. 13

SUMARIO.

REVISTA PARISIENSE.

SUMARIO.

Tendencias conservadoras de la moda.—Nadar y guardar la ropa.—Variedad en los detalles.—Más sobre las telas de verano.—Continúan los *godets* en las faldas.—Consideraciones generales sobre los sombreros de la estación.—Muchas flores.—La rosa y el lirio.—Varios modelos.—Teatro de la RENAISSANCE: *La Figurante*, comedia en tres actos, por Mr. François de Curel.—Las *toilettes*.

ASISTIMOS en este momento á uno de los esfuerzos más curiosos de la moda, ávida de crear, de multiplicar los lindos modelos, y que desearía, no obstante, conservar de sus antiguas creaciones todo lo que es gracioso y agradable. A este fin despliega un arte ingenioso en renovar sin descanso, sin transformaciones bruscas ni radicales. Si bien he señalado ya este sistema, insistiré hoy en él, á fin de prevenir á mis lectoras contra una creencia que tiende á generalizarse.

Muchas personas repiten todos los días: «Nada ha variado; continúan las faldas de *godets*, las mangas globos, los cuerpos diferentes de las faldas, las aplicaciones en los vestidos, y las flores amontonadas en los nidos de tul que cubren nuestros sombreros; continúan las chaquetas y los *collets*.»

Para quien no se contenta con una observación superficial, es claro que este razonamiento no resiste al análisis. He dicho ya que, al contrario, todo se ha modificado; mil detalles rejuvenecen las formas conocidas; nuestra vista, acostumbrada á un conjunto armonioso, se detiene poco á considerar los detalles que existen, y, para las miradas expertas, son interesantísimos.

Trataré de las diferentes partes del traje femenino todo el tiempo que sea necesario, hasta tanto que las formas estén definitivamente fijadas, á fin de no dejar que pase desapercibido un solo punto interesante.

⁂

Para hacer más completa aún la rica nomenclatura de las telas de la estación que ya he indicado, debo añadir las granadinas y los cañamazos bordados y *rebordados* de dibujos soberbios, que imitan admirablemente los herrajes artísticos.

Teníamos ya el bordado que llaman de la *Savonnerie;* ahora tenemos el bordado *Ferronerie*. Los cañamazos se bordan también con flores grandes brochadas y se aplican en colores diferentes, pero armoniosos, que producen un *glaseado* de un género particular. Dos telas que se duplican por este procedimiento figuran una sola, y engañan, por la extrañeza y la belleza del tejido, al observador más sagaz.

Diré pocas palabras acerca del *mohair*. Se me pregunta lo que opino de las alpacas y otras lanillas con filetes de seda, rayadas ó estampadas. La verdad es que el *mohair* liso es el único lindo y de buen gusto, y que las rayas, las listas y las estampaciones no tardarán en hacerse comunes, y se las empleará en las enaguas prácticas de los días de lluvia.

⁂

La falda de *godets*, á pesar de los esfuerzos que se hacen para reemplazarla, sigue llevándose mucho. Está falda ciñe las caderas sin fruncidos, sin pinzas, por medio de costuras



1.—Vestido de recibir.

ligeramente arqueadas. Se hacen faldas de cinco á nueve paños; se las hace también con costuras más numerosas todavía, llamadas *côtes de melon*. Otras, y muy numerosas, llevan el delantal sesgado, y el paño ancho y redondo de detrás; es decir, tres costuras solamente. Pero esta forma no puede siempre ejecutarse, pues exige telas muy anchas para una persona de elevada estatura.

Las faldas de telas ligeras, como muselina, organdí, batista, etc., no se forran, sino que caen libremente sobre una falda de debajo de seda, cortada como un vestido ordinario. La primera falda va sostenida sobre la segunda con unas puntadas invisibles diseminadas en la amplitud de los pliegues.

Nada tengo que añadir, á propósito de las mangas ni de los cuerpos, á lo que he dicho anteriormente. Notaré sólo algunas variantes en los adornos: muchos lazos y correas, estas últimas puestas como adorno y no como utilidad. Se las dispondrá por todas partes, en los cuerpos lo mismo que en las faldas. Así, se abren éstas sobre un delantal de color diferente del vestido, y unas correas fijan los bordes. Las tiras de bordado, de encaje, los entredoses que ribetean las faldas se disponen del mismo modo, empleándose además en hombreras, brazaletes y para sujetar los canesús. Y se añadirán siempre algunos botones brillantes para realzar el efecto de estos adornos.


Núm. 1.

Un punto digno de notarse: el uso de lo blanco en todo; paño blanco en los vestidos, lazos blancos en los sombreros, cuellos blancos de seda, de moaré, de batista, de lienzo incrustado, bordado; bandas de seda blanca, de muselina de seda, de tul; corbatas blancas con chorreras, chalecos blancos, etc.

°°°

Quisiera extenderme hoy un poco acerca de los sombreros. En mi Revista antarior describí un lindo modelo, pero no es bastante; algunas indicaciones generales serán del gusto de mis lectoras, tanto más cuanto que el sombrero es lo que más elegancia da á las señoras.


Núm. 2.

Hablemos, ante todo, de la forma, ó, por mejor decir, de las formas, pues éstas varían hasta lo infinito. La fantasía se ejerce de mil maneras, sin otra regla que la armonía del conjunto. La nota dominante en los sombreros es el estilo del siglo XVIII. Los bordados de Marly y de Trianón se reconocerían en nuestros tocados. Y no puede ser de otro modo con los trajes de la época, y ninguna francesa cometería el anacronismo de ponerse un sombrero Directorio ni un traje Luis XV.


Núm. 3.

Las copas son altas; las alas, que dan sombra á la frente, van recortadas y onduladas de una manera singular; muchas de ellas van levantadas á estilo de amazona, y todas se llevan *hacia delante*. Hasta en los *canotiers* se adopta una copa un poco ondulada y aplastada por arriba que los deforma y les quita su aspecto regular y ligero, lo cual gustará, no precisamente porque es lindo, sino porque es diferente de lo que hem s visto hasta ahora.

Estos sombreros se harán de tul, de muselina de seda, de paja escocesa, de paja Pompadour ó de paja satinada, transparente, que semeja á cintas de gasa trenzada.


Núm. 4.

Se obtienen así combinaciones ingeniosas de blanco y lirio; es decir, toda la escala del malva al morado obscuro, mezclado de maíz. Se llevarán también muchos colores lisos, sobre todo verde, paja, mordorado, azul de rey, trigo amarillento y trigo maduro.

Cuando estos cascos están adornados, se transforman en deliciosas canastillas de flores y se cubren de tul vaporoso que idealiza el semblante; y en los huecos espumosos del tul se esconden á medias unas rosas de todos los matices, desde el blanco al púrpura, flores variadas, de contrastes á veces violentos. De esta graciosa confusión surgen hojas naturales, capullos, cocas de cintas dispuestas con arte, lazos enormes.

Se llevarán más que nada muchas rosas y lirios. El lirio promete ser la flor favorita de la estación. Su forma rara, sus pétalos recortados de una manera extraña, le dan un parecido con la orquídea, la diabólica flor-insecto sorprendente y misteriosa. Al lirio y á la rosa hay que añadir la anémona y el alelí, cuyos colores variados proporcionan una escala maravillosa de tonos, y también las flores de la estación: en la primavera, las lilas, las violetas y las caléndulas.

°°°


Núm. 5.

Completaré las observaciones que anteceden con la descripción de varios modelos:

Hé aquí un sombrero (croquis núm. 1) de forma *polichinela*, hecho de paja color de rosa de rey y sencillamente guarnecido con lazos y una *aigrette* de cinta color de rosa estampada.


Núm. 6.

Merece particular mención el lindo traje que acompaña á



2.—Traje de calle. Delantero. *Véase el dibujo 17.*

este sombrero. El cuerpo, que se lleva sobre una falda cualquiera de raso negro ó de color, es de tafetán gris tornasolado de azul. Las mangas, muy anchas, van drapeadas y sujetas con lazos azules. Este cuerpo se compone enteramente de tiras de tafetán, separadas por entredoses de seda blanca bordados de lentejuelas negras. Va muy abierto sobre un peto de seda blanca. Unos botones diminutos de seda forman el adorno. Una aldeta ondeada muy corta completa tan lindo modelo.

Sigue un sombrero de gasa blanca plegada, cubierto de una espuma de tul blanco salpicado de cuentas de azabache. Un triángulo de *strass* sirve de broche á un lazo de tul blanco y de tul negro, de donde sale una *aigrette*. Cubrepeineta de rosas de su color. (Croquis núm. 2.)

El sombrero siguiente (croquis núm. 3) es de paja mordorada, forma *canotier*, con ala ancha, sencillamente adornada con cintas de tafetán rameado de flores de color subido. Este sombrero es de un porte muy fácil y gracioso.

Finalmente, un sombrero de muselina de seda ó de tul negro, según haya de servir para entretiempo ó para verano. Se le adorna con cinta color de rubí claro, sujeta por delante con una sortija de perlas y unas plumas negras ó unos lazos de tul muy altos.—Corbata de encaje y collar de rosas color de rubí. (Croquis núm. 4.)

Como se ve, la coquetería no puede quejarse de la moda. Su arsenal está bien provisto.

°°°

Tiempo há que no me ocupo de teatros; los de París no han ofrecido nada de interesante en las últimas semanas. Debe exceptuarse el de la Renaissance, donde se estrenó el sábado pasado una comedia en tres actos, *La Figurante*, original de Mr. François de Curel. El éxito no fué de los

más brillantes; pero, en cambio, los trajes de las actrices encargadas de su interpretación son de una originalidad y una elegancia tan exquisitas, que nos obligan á reproducirlos.

Mlle. Legault (segundo y tercer acto). — Traje de seda verde obscuro con dibujos negros. Cinturón y cuello recortado en puntas, de terciopelo negro. Cuerpo drapeado en el lado izquierdo sobre el cinturón, que es muy alto. El drapeado del cuerpo va fijado con dos botones gruesos de acero. —Capota de flores, con ramo de rosas en el lado izquierdo. (Croquis núm. 5.)



Núm. 7.

La misma (primer acto).—Vestido de muselina blanca con incrustaciones de bordado grueso crudo, muy de relieve. Manga estrecha de arriba abajo y bullonada. Ramo de peonías encarnadas en la cintura. (Croquis núm. 6.)

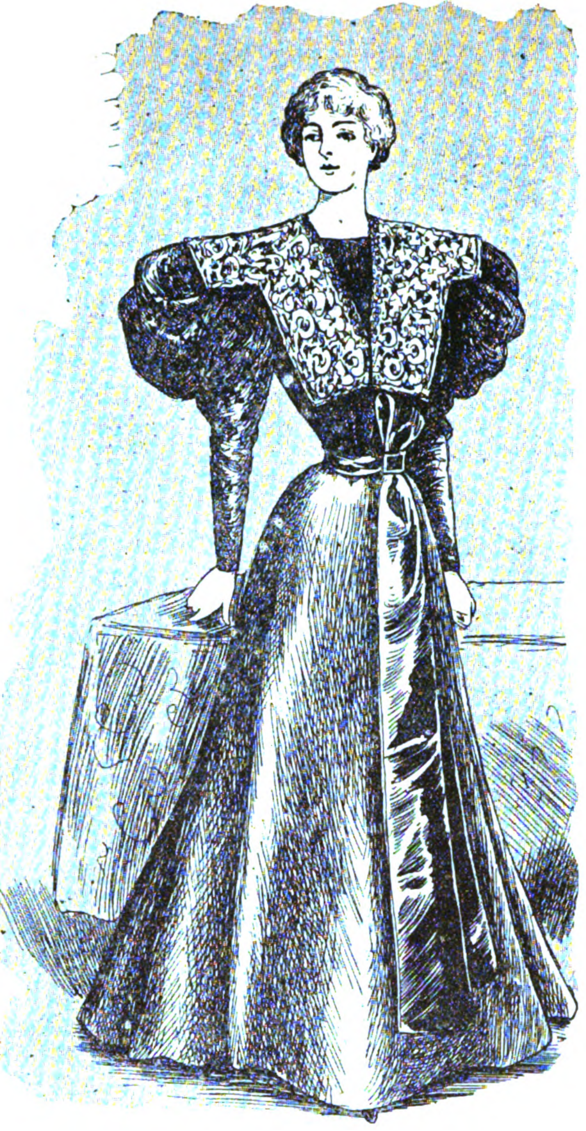
Mme. Caron (segundo acto). — Vestido de terciopelo. Cuerpo enteramente bordado de azabache con cinturón formado por un galón de oro.—Capota de terciopelo con *aigrette* de plumas de pavo real. (Croquis núm. 7.)

Mme. Tomsen (primer acto).—Sobre un vestido de tafetán color de rosa antiguo, cuello grande de linón con entredoses de guipur. Cinturón de raso blanco adornado con una flor de seda color de rosa. (Croquis núm. 8.)



Núm. 8.

La misma (segundo y tercer acto).—Traje de terciopelo de Parma con cuello recto de guipur y mangas bordadas de lentejuelas verdes. Cinturón de raso negro, anudado en el lado izquierdo y sujeto con una bebilla de diamantes. (Croquis núms. 9 y 10.)



Núm. 9.

V. DE CASTELFIDO.

París, 2 de Abril de 1896.

EXPLICACIÓN DE LOS GRABADOS.

Vestido de recibir.—Núm. I.

Falda de raso brochado estilo Luis XV. Cuerpo y mangas de muselina de seda crema. Esclavina y puntas largas debajo del brazo ribeteadas de guipur crudo. Gola de muselina de seda crema.

Traje de calle.—Núms. 2 y 17.

Vestido de paño de verano gris arena y terciopelo. Falda lisa de paño. Cuerpo de terciopelo verde reseda, con cuello grande de terciopelo bordado de turquesas y acero, y ribeteado de un volante de muselina de seda negra. Pliegue ancho de paño gris en el delantero y en la espalda. Mangas anchas de paño, con puño alto de terciopelo.—Sombrero redondo de fieltro negro, adornado con una serie de cocas de cinta tornasolada azul y verde. Tres plumas negras completan los adornos, con una rosa de terciopelo verde y morado puesta á cada lado del rodete bajo el ala.



Núm. 10.

Trajes de primavera y verano para señoras y niñas. Núms. 3 á 16.

Para la explicación y patrones, véase la *Hoja-Suplemento*.

Traje para niños de 8 á 9 años.—Núms. 18 y 19.

Para la explicación, véase el *reverso* de la *Hoja-Suplemento*.

Chaqueta para jóvenes de 14 á 15 años.—Núm. 20.

Para la explicación y patrones, véase el núm. VII, figuras 53 á 61 de la *Hoja-Suplemento*.

Abrigo de primavera para niñas de 10 á 11 años. Núm. 21.

Para la explicación y patrones, véase el núm. VIII, figuras 62 á 68 de la *Hoja-Suplemento*.

Vestido americano para niñas de 8 á 9 años.—Núm. 22.

Para la explicación y patrones, véase el núm. XI, figuras 80 á 90 de la *Hoja-Suplemento*.

Paletó para niñas de 8 á 9 años.—Núms. 23 y 24.

Para la explicación y patrones, véase el núm. XIII, figuras 95 á 99 de la *Hoja-Suplemento*.

Abrigo de lluvia para señoritas.—Núms. 25 y 26.

Para la explicación y patrones, véase el núm. I, figs. 1 á 9 de la *Hoja-Suplemento*.

Abrigo de viaje.—Núms. 27 y 28.

Para la explicación y patrones, véase el núm. IX, figuras 69 á 75 de la *Hoja-Suplemento*.

Collet largo adornado con encaje para señoras de edad. Núm. 29.

Para la explicación y patrones, véase el núm. XII, figuras 91 á 94 de la *Hoja-Suplemento*.

Vestidos bordados para niños de 1 á 2 años. Núms. 30 y 31.

Para la explicación y patrones, véase el núm. V, figuras 41 á 50 de la *Hoja-Suplemento*.

CRÓNICA DE MADRID.

SUMARIO.

Los días presentes.—Penitencia y oración.—Las dos últimas semanas.—En el gran mundo.—Reuniones y visitas.—Las fiestas más populares: La de San José y la de la Virgen de los Dolores.—En el palacio de los Marqueses de Linares.—En el de la Duquesa de Bailén.—En la Legación de Suecia y Noruega.—Bodas.—LOS TEATROS: En el REAL, despedida de Regina Pacini.—Enfermedad del tenor Ibos.—En el ESPAÑOL, beneficio de María Guerrero.—En la COMEDIA, las últimas funciones de la compañía de Mario, y las primeras de Novelli.—Opera italiana en perspectiva en el coliseo del PRÍNCIPE ALFONSO y en el del BUEN RETIRO.

Nos hallamos en los días tristes y solemnes consagrados cada año á la penitencia y á la oración: á la par se han cerrado salones y teatros, y los templos se ven llenos, á cualquiera hora, de los que van á pedir á Dios les perdone sus faltas y sus errores.

Pocos pueblos ofrecen el espectáculo de Madrid en la actual semana; pocos dan muestra tan ferviente de sus religiosos y cristianos sentimientos.

Las damas renuncian á sus lujosos atavíos, y aparecen modestamente vestidas; los hombres imitan el ejemplo, y en las distintas clases de la sociedad se observan iguales testimonios de dolor y de respeto á los sucesos que se conmemoran.

Para cumplir, pues, la misión de cronistas hemos de volver los ojos atrás y referir lo que ha ocurrido durante las dos últimas semanas en el gran mundo.

Las fiestas de San José y de la Virgen de los Dolores se celebraron de la manera acostumbrada: con visitas y banquetes en las mansiones aristocráticas; con comidas de familia ó de fonda entre las más humildes ó menos ilustres.

El palacio de los Marqueses de Linares estuvo concurridísimo desde las seis á las ocho de la noche, habiéndose presentado algunos más tarde que de ordinario, porque venían de presenciar el matrimonio de la señorita de Martínez Campos con el Sr. San Miguel, bendecido á las cuatro.

La recepción en las soberbias habitaciones del piso bajo de la calle de Alcalá fué tan brillante y animada como la que tuvo efecto cuatro días antes en el principal del propio edificio.

Los Marqueses demostraron á todos y cada uno su amabilidad característica, obsequiándoles con abundante y exquisito *buffet*, en el que tomaron parte corto número de los concurrentes..... por el precepto del ayuno.

⁂

No menos movimiento, no menos animación reinaron el viernes 22, en que la Iglesia conmemoraba los Dolores de María Santísima, por ser varias las señoras que entre nosotros llevan aquel sagrado nombre.

La Duquesa de Bailén y de Castrejón, que acaba de regresar de Italia, donde ha pasado la mayor parte del invierno, abrió las puertas de su hermoso palacio de la calle de Alcalá para recibir á sus amigos y escuchar generales y expresivas felicitaciones.

«Todo el Madrid» aristocrático y elegante desfiló por aquellas magníficas estancias, admirando una vez más las riquezas artísticas en ellas encerradas, y expresando á la amable dueña de la casa sus sentimientos de aprecio y consideración.

Algún imprudente, á quien excusan sus cortos años, preguntaba á la dueña de la casa si, fiel á sus costumbres, les permitiría bailar allí alguna noche; contestando la interpelada con su dulce habitual sonrisa:

—¡Quizás!



Otras Dolores, entre ellas las Condesas de Lascoiti y de Vilana, no se quedaron en casa por la tarde; mas por la noche obsequiaron á deudos y amigos con espléndidos banquetes, habiéndolo también suntuoso en el generalmente conocido por «palacio de Portugalete».

En la morada de la señora viuda de Chavarri, y para festejar el nombre de su gentil hija Dolores, hubo igualmente reunión numerosa y juegos de prestidigitación admirablemente ejecutados por el distinguido joven Sr. Guillén.

⁂

Es costumbre antigua en las Legaciones extranjeras realizar durante la Cuaresma brillantes y pacíficas asambleas, en las que no se hace sino charlar, ó á lo sumo ejecutar música por notables aficionados.

El Ministro de Suecia y Noruega y la Baronesa de Wedel, su digna consorte, amables y hospitalarios siempre, lo han llevado á cabo ahora, como los años anteriores, convocando en su elegante y lujosa habitación de la calle del Prado la flor y la nata de la *high life* madrileña.

La conversación fué tan sabrosa como el *buffet* exquisito que se sirvió en el comedor; y los asistentes, complacidísimos del obsequio, abandonaron muy tarde la residencia del ilustre diplomático.

Al *rout* había precedido un banquete de diez y ocho cubiertos; y de igual número de personas ha habido otro en la Legación de Portugal, donde los Condes de Macedo se complacen en citar á menudo sus amigos y colegas.

⁂

No ha sido el matrimonio de la lindísima hija del general Martínez de Campos el único de la quincena.

También se han enlazado con vínculos eternos y sagrados la señorita de Campillo y el Sr. D. Lorenzo de la Somera y de la Prada.

Unión producto de verdadero amor, todo anuncia y promete que será completamente feliz.

Los contrayentes son muy jóvenes, pues sólo tienen cuarenta años..... entre los dos.

⁂

Estamos en la época en que los teatros se cierran ó se transforman: unos, como el Español y el de la Comedia, ponen fin á su temporada; otros, siguiendo abiertos, emprenden rumbo distinto; en fin, los llamados «de verano» franquean sus puertas por Pascua de Resurrección, según sucede con el del Príncipe Alfonso y los Circos ecuestres.

El Regio coliseo, por causas de todos conocidas, no ha podido terminar su campaña antes de la Semana Santa, y la pondrá fin á mediados del mes actual, dando á conocer antes una soprano y un tenor nuevos, en reemplazo de la Tetrazzini y de Mariacher, á quienes obligaciones contraídas llaman á diferentes capitales.

La Pacini se ha marchado también á Varsovia á cosechar nuevos laureles, después de obtenerlos frescos y abundantes entre nosotros en su despedida con *La Sonámbula* y *Dinorah*.

Pero el público, al aplaudirla con verdadero entusiasmo, no quiso decirla «adiós», sino «hasta la vista»; porque la *diva* tornará en breve—el invierno próximo—á encantarnos con su voz armoniosa y su talento peregrino.

El tenor Ibos no ha podido darle la *réplique*, como dicen los franceses, porque una larga, y por fortuna no grave, indisposición le tiene alejado noches há de la arena de sus triunfos.

⁂

La eminente actriz María Guerrero y el insigne actor Emilio Mario han suspendido á la par sus tareas en los dos teatros de la calle del Príncipe, para dar principio á sus representaciones en provincias.

Cuando se publiquen estas líneas, ambos habrán sido aplaudidos en dos capitales importantes, visitando después, durante el estío, otras de no inferior categoría.

La bella empresaria del Español dió para su beneficio el drama *Mariana*, del Sr. Echegaray, y un juguete escrito por el mismo esclarecido autor con el propio objeto.

Inútil es decir que la artista y la mujer alcanzaron igual victoria; la una dando vida al personaje creado por la viva y poderosa imaginación del gran dramaturgo; la otra con trajes de tanto gusto como riqueza.

El auditorio, numeroso y escogido, tributó una gran ovación á la digna sucesora de Matilde Díez y Teodora Lamadrid, llamándola multitud de veces á las tablas, llenando éstas de flores, y su camarín de preciosos regalos.

También el novel actor D. Luis Medrano ha tenido su *festa d'onore*, que dirían los italianos, y también ha merecido pública y privadamente muestras señaladas del aprecio de amigos y apasionados.

⁂

Después de tratar de lo pretérito, hablaremos algo de lo futuro.

El porvenir se presenta rico en seductoras promesas.

Novelli, tan conocido y admirado entre nosotros, va á dar sesenta funciones de abono en la Comedia.

Notorio es que cuenta en Madrid con verdaderas simpatías, y que sus campañas gloriosas le han conquistado infinitos apasionados.

Es, pues, considerable el número de abonos tomados por las familias más distinguidas, y se aguarda con verdadero afán verle aparecer en la escena donde dejó indeleble memoria y donde le aguardan no menos ruidosos éxitos.

Los meses de Abril y Mayo deben ser, pues, fecundos en atractivos de todo género, porque se anuncian nada menos que dos compañías de ópera italiana en el teatro del Príncipe Alfonso y en el del Buen Retiro.

El Sr. Serra, empresario del segundo, se encuentra en Italia haciendo los ajustes de los que han de realizar sus esperanzas; y como el año anterior dió ya pruebas de su inteligencia y actividad, podemos prometernos resultado semejante en la nueva tentativa que se propone hacer.

Seguramente traerá *virtuosos* de mérito del país *d'il bel canto*, y también creemos que, como en 1895, logrará en 1896 llevar al *Teatro Rossini* la gente elegante y los *dilettanti* de pura raza.

Respecto al Príncipe Alfonso no podemos dar noticias igualmente satisfactorias; en primer lugar ignorando como ignoramos quién se halla al frente de la empresa, y después porque la temporada debe ser muy breve; pues, según aconteció el verano último, la zarzuela de menor cuantía imperará allí durante los meses estivales, figurando en sus huestes cantantes muy conocidos, y á su cabeza nada menos que la famosa Loreto Prado, una de las reinas del llamado «género chico».

El Marqués de Valle-Alegre.

2 de Abril de 1896.

MI ESPOSA OFICIAL.

Continuación.

La mayor de las Palitzin nos rogó que la acompañásemos á la mesa, y no hubo más remedio que aceptar. El telégrafo había anunciado el paso de tan distinguidas señoras; así es que nuestra entrada en el comedor causó verdadera sensación, y recibimos no pocos saludos, entre otros, el del Barón, mi compañero. Terminada la comida, aun tuvimos tiempo para dar un paseo por delante de la estación. Yo acompañaba á la princesa Palitzin, mientras que mi mujer iba delante del brazo de la más joven, resultando este último un grupo tan encantador, que todo el mundo se detenía á contemplarlo.

El barón Friedrich parecía ser uno de los más entusiastas admiradores de aquel cuadro, pues sus lentes seguían con interés todos los movimientos de las dos señoras, y al mismo tiempo me pareció notar que Elena había observado su admiración y no le disgustaba, pues tantas veces cuantas pasaba al lado de aquél, redoblaba sus gestos y aparecía en un mayor aún de intimidad con su compañera.

—¿Si irá también á fascinar á ese vejete?—pensé yo para mis adentros.

Este parecía ser el caso, porque cuando la Princesa hubo subido de nuevo al tren, el Barón se acercó á mí pidiéndome que le presentase á mi señora.

En aquellas circunstancias no podía evitar la presentación; así es que tuve que pronunciar las frases de rigor:

—Elena, el barón Friedrich.

—Barón, la señora de Morla.

Elena lo recibió cordialmente, y á su vez lo presentó á la joven Princesa; pero ésta, sin embargo, hizo el mismo caso de mi protegido como del perrito que brincaba y saltaba alrededor de su ama.

En el momento de separarnos, el Barón pronunció estas palabras, dirigiéndose á mi mujer:

—¡Tan joven y ser ya abuela!

Y se retiró, dejando á la Princesa riéndose al ver la turbación que aquella frase había producido en Elena, la cual seguramente no parecía muy satisfecha de haberla oído.

Al separarnos, *mi mujer* me dijo al oído:

—No veo más que un medio. Lléveme usted al hotel, busque usted en seguida á Gabriel, y si es preciso, *sacrifíqueme* usted un poco á sus amigos los Weletsky. Pero un poco nada más, lo bastante para que usted se salve.

—Pero si lo que yo dije de usted llega á oídos de Gabriel, no estará muy satisfecho.

—¡Oh! no hay cuidado, puesto que él sabrá que lo ha dicho usted con buena intención, y además no es hombre que se fije en esas cosas—me contestó sonriendo, mientras entraba en el vagón, dejándome á mí con la boca abierta, porque Gabriel de Valdenegro, cuando yo le conocí, no era hombre que hubiese tolerado que de su mujer se dijese algo que pudiera ofenderle.

Por fin llegábamos al término de nuestro viaje. Los pequeños arrabales de San Petersburgo con sus preciosos jardines y parques aparecieron á nuestra vista. Ya se podía distinguir la dorada cúpula de la iglesia de San Isaac; atravesamos los laberintos de Peterhoff, y por entre un gran número de fortificaciones y edificios, entre los que se distinguían varios cuarteles, el tren fué corriendo, acompañado de los silbidos de la máquina, hasta entrar en una inmensa estación, en donde por fin se hizo alto.

Estábamos en la ciudad del Czar. En la larga plataforma se veían numerosos grupos de personas que aguardaban á los viajeros. Varios mozos entraron en seguida en los coches para hacerse cargo de los equipajes. Entregué á uno de ellos mi talón, encargándole que llevase todos mis efectos al hotel de Europa, y ayudé á las dos señoras rusas á bajar del vagón.

Bien pronto se vieron rodeadas de sus parientes y amigos que estaban allí para recibirlas. Entonces volví al carruaje á buscar á Elena, la cual, como de costumbre, en cuanto apareció hizo que todos los ojos se fijasen en ella. Estábamos ya á punto de escurrirnos sin que nadie fijase la atención en nosotros, cuando la Princesa, volviéndose, nos apercibió, y quiso en el acto presentar todos sus amigos á la *bella americana*, diciendo á ésta al oído:

—No tardará usted en conocerlos á todos personalmente, pues todos son íntimos de los Weletsky; sólo se trata, por lo tanto, de una anticipación de pocos días.

No tardó mi mujer en ser el centro de un grupo de admiradores, que con entusiasmo se apresuraban á ofrecer invitaciones para sus casas respectivas, siguiendo la tradicional costumbre de la hospitalidad eslava.

Después de algunas palabras con varias de las personas á que había sido presentado, me volvía para dar mis instrucciones al encargado de mi equipaje, cuando vi acercarse al grupo á un caballero elegantemente vestido, y al que seguía un lacayo que ostentaba una suntuosa librea.

—Constantino—gritó la Princesa al verle.—¿Busca usted á sus parientes?

—Efectivamente, Princesa—dijo el interrogado;—busco al Coronel de Morla.

Era Weletsky en persona. Al verle, no pude menos de sentir que la sangre se me helaba en las venas.

—Pues ahí lo tiene usted—dijo la Princesa señalándome.

No sé lo que le dije, ni lo que él me dijo á mí. Recibí su cariñoso abrazo y lo devolví sin darme cuenta de lo que hacía.

—Dame el talón de tu equipaje y mandaré recogerlo con el criado—me dijo.—Mi coche espera fuera.

—Olvida usted su más precioso bagaje—dijo la Princesa riéndose;—aun no habéis saludado á su señora, á la *bella americana*.

—¿Tu mujer? ¿Laura aquí?—exclamó Weletsky demostrando su sorpresa.—¿Por qué no nos has telegrafiado que venía contigo?

—Porque supuse que sabías que nunca me separo de ella—contesté yo haciendo una mueca terrible que pretendía hacer pasar por una sonrisa.

Pero mi pariente no se fijó en ello porque ya se había dirigido á saludar á *mi esposa oficial*.

Traté de hacer la presentación; pero las palabras no podían salir de mi garganta. Afortunadamente la Princesa me libró de aquel apuro, adelantándose y diciendo:

—Reclamo el honor de la presentación. La señora de Morla. Constantino Weletsky, gentilhombre del Emperador y el terror de la mitad de las mujeres de Rusia.

Constantino besó galantemente la mano de Elena, mientras decía:

—Bienvenida á Rusia. Su hija no ha podido venir á San Petersburgo porque está ligeramente enferma en el campo.

Un suspiro de satisfacción salió de mi pecho al oir que mi hija Margarita no estaba en la ciudad. Gracias á Dios, esto podía darme algún respiro.

—No se alarmen ustedes—añadió Weletsky al ver que la cara de Elena estaba un poco pálida.—No es nada serio lo que tiene, y pronto podrá reunirse con nosotros;—y luego añadió, fijándose en la belleza de su parienta:—Laura, es usted la abuela más bonita y más joven que hay seguramente en el mundo.

Y dichas estas palabras se apoderó de su brazo, y después de saludar á todos los concurrentes, salimos de la estación.

Llegamos al carruaje que esperaba á la puerta; pero en el trayecto tuve tiempo de pensar que el paso que iba á dar era imposible. Introducir en una casa á una impostora, suponiéndola mi mujer, y permitir que ésta tomase el puesto de mi esposa legítima en medio de mi familia, era una indignidad que yo no podía cometer.

Hecha esta reflexión, toqué á Constantino en el hombro para llamar su atención, que hasta entonces había tenido concentrada en Elena.

—Supongo que no pensarás en llevarnos á tu casa. No dudo que tendrías preparado cómodo alojamiento para mí solo, pero no puedo imponerte las molestias que trae consigo la llegada imprevista de una mujer.

—Basta, mi querido Arturo—respondió Constantino;—en mi casa se puede colocar muy bien medio regimiento.

Pero en aquel momento, viendo Elena en mis ojos que estaba decidido á no transigir, se apresuró á intervenir, diciendo:

—Es muy amable de parte de usted ese ofrecimiento; pero ahora no lo podemos aceptar. Nuestro equipaje estará ya camino del Hotel de Europa, y supongo que no querrá usted separar á una mujer de sus vestidos.

—No—respondió Constantino visiblemente contrariado;—no me atrevería á tanto, porque sé que incurriría en vuestro desagrado; pero exijo que mañana se trasladen ustedes á mi casa, y no admito excusa ninguna.

—Bueno, pues mañana iremos—dije yo deseando tener un respiro.

—Perfectamente, en ese caso déjenme ustedes que los lleve en mi coche hasta el hotel.

Y los tres montamos en el carruaje, que se puso en movimiento por las calles de San Petersburgo.

Desde el fondo del carruaje distinguía enormes casas, iglesias, arcadas y puentes, todos del color opaco de la piedra. Millares de luces se veían á un lado y otro, y la animación que prestaba á aquella escena la multitud de carruajes y peatones subió de punto cuando atravesamos la *Prespectira Nersky*.

Llegamos al hotel, y en la puerta se despidió Constantino, diciendo:

—Supongo que mis sobrinos Sacha y Boris vendrán á ver á ustedes esta noche; y tú, Arturo, si no estás muy cansado, podrías venir á mi casa un rato. Mañana vendrá mi mujer á saludar á la tuya.

Entramos en el hotel, y poco después nos hallábamos instalados en unos bonitos cuartos, mirando sobre *Michael Strauss*.

El llegar en el coche de Weletsky nos dió un prestigio enorme en el hotel; además, el equipaje de la señora era bastante numeroso para impresionar agradablemente los ojos del propietario de la casa, que desde luego supuso tener que habérselas con un príncipe ó algún gran personaje.

Nuestras habitaciones se componían de dos cuartos de dormir, separados por un saloncito que al mismo tiempo podía servir de comedor.

Cuando el equipaje hubo quedado repartido convenientemente, Elena me dijo:

—Me hará usted el favor de perdonarme por cinco minutos. Voy á quitarme el polvo del camino y arreglarme un poco para comer.

Dicho lo cual, desapareció por la puerta de su habitación, mientras que yo me dirigía á la mía.

Mi *toilette* no fué larga. Un cuarto de hora después, habiendo endosado mi frac sobre la camisa, que encontré me-



3.—Vestido con aldetas recortadas.
Explic. y pat., núm. II, figs. 10 á 25 de la Hoja-Suplemento.

4.—Vestido de paño bordado de cuentas.
Explicación en el anverso de la Hoja-Suplemento.

5.—Vestido con hombreras de encaje.
Explicación en el anverso de la Hoja-Suplemento.

6.—Vestido adornado con bordado y encaje.
Explic. y pat., núm. X, figs. 76 á 79 de la Hoja-Suplemento.

8 y 9.—Sombreros de primavera y verano.
Explicación en el anverso de la Hoja-Suplemento.

10.—Vestido para niñas de 10 á 11 años.
Explicación en el anverso de la Hoja-Suplemento.



7.—Chaqueta con solapas.
Explicación en el anverso de la Hoja-Suplemento.

11.—Traje con paletó para niñas de 9 á 10 años.
Explicación en el reverso de la Hoja-Suplemento.

12.—Vestido con chaqueta Luis XVI.
Explic. y pat., núm. III, figs. 26 á 35 de la Hoja-Suplemento.

15.—Collet guarnecido de encaje.
Explic. y pat., figs. VI y VII de la Hoja-Suplemento.

13.—Vestido de paseo ó de viaje.
Explicación en el reverso de la Hoja-Suplemento.

16.—Vestido de seda con cuerpo de gasa.
Explicación en el reverso de la Hoja-Suplemento.

14.—Collet con capucha.
Explicación en el reverso de la Hoja-Suplemento.

jor planchada en mi maleta, entré de nuevo en el salón, donde un criado se ocupaba de arreglar la mesa.

—Ponga usted cubiertos para tres.

—¡Para tres! ¿A quién espera usted para comer?—preguntó Elena, que en aquel momento aparecía en el salón vestida elegantemente, con traje escotado, que dejaba ver la perfección de su garganta, sobre la que lucía un precioso collar de diamantes.

—A Gabriel—contesté yo, cuando la admiración que me produjo su belleza, resaltada por aquella *toilette*, me hubo permitido el uso de la palabra.—Pienso ir á buscarlo en seguida.

—¡Ah!—dijo la señora, mientras que jugaba con una de sus pulseras.—Suponga usted que dejamos á Gabriel que espere por una ó dos horas.

—Tal vez sea una buena idea—repliqué yo.—La verdad es que se ha portado bastante mal, y bien merece un castigo.

Y al decir estas palabras, no podía menos de pensar en la agradable idea de un *tête-à-tête* con mi encantadora *esposa*.

Pero de repente aquella alegría se evaporó, al oir á Elena que decía al criado:

—Haga usted el favor de ver si hay alguna carta para la señora de Morla, pues he dado las señas del hotel, y ya debo tener alguna.

El criado saludó, saliendo inmediatamente.

Pero las anteriores palabras habíanme vuelto á la realidad de las cosas, y traído á mi memoria el recuerdo de mi pobre Laura, mi verdadera esposa, á la que había dejado en París, bien inocente por cierto del papel que estaba representando su esposo.

—La verdad es—dije á Elena—que ocupáis vuestro puesto de esposa legítima *muy bien*, tal vez *demasiado bien*. Ha tomado usted el nombre de mi mujer—como tal ha sido usted presentada en San Petersburgo,—y si no pongo un término á ésta situación, no sé adónde vamos á llegar. Por lo tanto, me permitirá usted que en seguida me ponga en busca de Gabriel, para que se encargue de usted. Ya sé que todo esto me ocasionará un disgusto con mi hija y tal vez con mi mujer, pero cuanto más tardemos en aclarar la situación, peor será; y en cuanto á Gabriel, aunque no le haga gracia el que haya usted pasado por mi mujer todo este tiempo, tendrá que aguantarse, puesto que suya es la culpa, y además, si la comida es buena, como espero, tal vez nos perdone más fácilmente, y.....

Sin que pudiera terminar mi frase, se abrió la puerta y apareció el criado con una carta en la mano, que entregó á Elena. Esta abrió el sobre y leyó su contenido. Una palidez densísima cubrió su semblante, y reclinándose en la butaca cerró los ojos como si fuese á perder el sentido.

CAPÍTULO VI.

Antes de que yo pudiera acudir en su auxilio se había repuesto de su aparente desmayo. De un salto se dirigió á la puerta por donde el criado había salido. Miró por el ojo de la llave; abrió después la puerta para convencerse de que no había nadie en el cuarto de al lado. Después recorrió todo el salón, mirando debajo de los muebles y de las cortinas, y cuando estuvo persuadida de que no podían oirnos, se acercó á mí y me dijo muy bajo:

—Sólo tengo unos minutos para explicar á usted el único medio que hay de que podamos salvarnos.

—¿Qué quiere usted decir?—exclamé yo, asombrado al oir sus palabras, y mucho más al ver que al mismo tiempo que hablaba había sacado de su bolsillo un pequeño revólver *bull-dog*, que examinaba con mucho cuidado.

—No puedo emplear muchas palabras, pues el tiempo vuela. No tengo ningún marido en San Pétersburgo, ni en ninguna parte; ni conozco á su amigo de usted, Gabriel de Valdenegro.

—¡Dios mío!

—Esperaba haber dejado á usted en Wilna, pero el recado que allí me dieron me obligó á venir hasta aquí; y como usted se ofreció á traerme, acepté. La carta que he recibido ahora mismo me dice que tengo que usar aquí toda clase de precauciones, porque estamos rodeados de espías en el hotel. Haga usted el favor de encender un cigarro.

Obedecí mecánicamente.

—No, yo le daré á usted con qué encenderlo—dijo, al ver que buscaba mi fosforera.

Y enrollando rápidamente la carta que tenía en sus manos la acercó al fuego de la chimenea, y cuando hubo prendido, me la entregó. Encendí el cigarro, y Elena esperó para seguir á que el resto del papel se hubiese convertido en cenizas.

—Si le dejo á usted aquí—prosiguió,—seremos los dos arrestados.

—Eso no puede importar mucho, puesto que los dos somos extranjeros, y tendrían que dejarnos en libertad tan pronto como nuestra Embajada nos reclamase.

—Usted es extranjero—respondió Elena;—pero yo no lo soy, aunque hable el castellano como usted mismo.

—Entonces ¿qué es usted?—pregunté yo, notando que mi cara se ponía pálida.

—No tengo tiempo para decirlo. Pero soy algo que en este país se conoce muy bien y se teme.

—¡Dios mío, es usted una.....!

—¡Silencio!—dijo poniendo su mano en mi boca.—No pronuncie usted esa palabra. Cuando salí de París no pensé ocasionar á usted tanto trastorno.

—Cuando salió usted de París no me conocía aún.

—Perdone usted, le conocía perfectamente. Era preciso que uno de nosotros entrase en Rusia para restablecer nuestra comunicación con el interior y traer una nueva cifra. ¿Cree usted que me hubiera puesto en camino sin tener preparado un plan que me permitiese llegar hasta aquí sin infundir sospechas? Sin documentos, mi arresto hubiera sido inmediato. Nosotros sabíamos que iba usted á salir de París para San Petersburgo con un pasaporte para usted y su mujer. También sabíamos que ésta desistió de su viaje á última hora, y conocíamos, por fin, que su carácter de usted era dulce y bondadoso, y que, por lo tanto, no sería difícil de engañar. Salí de París en el mismo tren que usted y que nos condujo á Berlín y de Berlín á Eydtkuhnen, esperando siempre pasar en la frontera como su mujer de usted. Lo conseguí, y al llegar á San Petersburgo creí que podríamos separarnos; pero ahora es imposible. ¡Silencio! oigo pasos.

Corrió á la puerta y descorrió el cerrojo, y después prosiguió en alta voz:

—Arturo, no estés tan serio ni tan impaciente, que ya está aquí la comida.

La observación no podía ser más oportuna, pues en aquel momento entraban dos criados, portadores del *menu* que habíamos ordenado, y la expresión de mis facciones, después todo lo que había oído, debía ser lo bastante para llamar la atención de cualquiera.

¿Cómo pude comer? No lo sé. En vez de los manjares que mi cariñosa esposa colocaba en mi plato, no veía más que un cúmulo de visiones, y una sucesión de voces que repetían en mi oido los nombres de Gabriel Valdenegro, Siberia, las minas, etc.

Al fin pasó aquel tormento, cuando, terminada la comida, se retiraron los criados. Elena cerró de nuevo la puerta y vino á mi lado, continuando la conversación en esta forma:

—Tenemos que seguir aquí juntos. Es preciso que yo siga aquí pasando por su mujer.

—¿Por mi mujer? ¿Permitir que éntre usted en casa de los Weletsky como si fuese usted la madre de Margarita? ¡Eso nunca!

—Usted no puede, ni debe, ni se atreverá á hacer otra cosa—contestó Elena con resolución.—Si se supiese que usted me había hecho entrar en Rusia, nadie le podría á usted salvar.

—¿Se olvida usted de la Legación de España?

—Ni aun con la influencia de media docena de Legaciones se vería usted libre de Siberia, ó de algo peor.

—Pero, dígame usted, ¿quién es usted que tan bien conoce este país?

—Aun no se lo puedo decir á usted; pero—añadió con sonrisa amarga—no dude usted que algún día oirá hablar de mí.

—Sea usted quien sea, no puedo autorizar á usted por más tiempo á ampararse del título de mi esposa.

—Perdone usted; pero tengo el derecho de usar ese título en Rusia. Desde el momento en que atravesé la frontera con su pasaporte de usted, la ley rusa no me conoce más que como su esposa de usted; y la única manera de que podamos salir del apuro en que nos hallamos, es que continúe siendo considerada como tal hasta que podamos salir de Rusia otra vez. Y esto es tan importante, que debo advertir á usted que, si fuese arrestado esta noche, mañana no sabría ya el mundo nada de usted, y habría usted desaparecido de Rusia. El silencio es el único recurso de usted.

—Perdone usted—contesté con frialdad;—pero hay otro.

—¿Cuál?—preguntó.

—Que baje hasta las oficinas del hotel y la entregue á usted á la policía.

—¡Ah, qué noble es usted! Para salvarse sería usted capaz de entregar á una mujer indefensa, que se ha fiado en usted, en manos de los que serían sus verdugos. ¡Usted! ¡un español que blasonará, como sus compatriotas, de caballero! —exclamó con acento indignado, que no duró más que un momento, pues en seguida, volviendo al tono frío y reposado que hasta entonces había venido empleando, prosiguió: —Pero ¡qué tonta he sido en acalorarme! No hace más que dos días que le he visto á usted, y sin embargo le conozco lo suficiente para no creerle capaz de hacer lo que ha dicho; y además, eso es imposible.

—¡Imposible! ¿Por qué?

—Porque está usted mismo demasiado comprometido. Me ha hecho usted atravesar la frontera con un pasaporte falso. Me ha presentado usted como á *su mujer* al coronel Petroff, un oficial ruso. Como á *su mujer* me ha inscrito usted en el hotel de Wilna. Ha permitido usted que la princesa Palitzin me considerase como *su mujer*. Ha dejado usted que me presentasen á Constantino Weletsky como *su mujer*, y, por último, usted mismo, y esto es lo más importante, me ha presentado como á *su mujer* al Jefe de la tercera sección, ó sea al *Jefe de la policía secreta*.

—¿Qué quiere usded decir?—contesté yo en el paroxismo del terror.

—Quiero decir que el barón Friedrich, al que usted creía jefe de la línea porque todo el mundo le saludaba; el que besó mi mano mientras decía: «¡Tan joven, y ser ya abuela!», ése es el Jefe de la policía secreta de Rusia. Vaya usted, si quiere, á contarle la historia de Gabriel de Valdenegro, y veremos si le cree á usted.

—¡Vaya al diablo el tal Gabriel!—no pude menos de exclamar.

—No hace usted bien en tratar así á sus antiguos amigos—contestó ella sonriéndose burlonamente.—Perdone usted al pobre Gabriel, que ninguna culpa tiene. Yo tomé su nombre para calmar un poco los nervios de usted, los cuales estuvieron á punto de perderme en la frontera. Eso le demostrará á usted que conocíamos bastante bien su vida; pero no pensé en adquirir más datos respecto de la de Gabriel, y de aquí que me fuese bastante difícil hablarle á usted de su familia.

Un cambio repentino vino á obscurecer su semblante, y las lágrimas agolpáronse á sus ojos.

—Crea usted—continuó—que nunca fué mi idea introducirme en la familia de usted, sino que siempre pensé dejarle en la estación y venirme yo sola á este hotel; pero cuando vi la cara del barón Friedrich y observé cómo me examinaban sus ojos, y cuando le oí aquellas palabras, *¡tan joven, y ser ya abuela!*, que indicaban en él una sospecha, el terror se apoderó de mí y no me atreví á separarme del amparo que para mí representaba la amistad de las Palitzin. Ahora estoy en las manos de usted. Si después de lo que he dicho cree usted que es mejor para su seguridad personal el denunciarme, todo quedará reducido á que sea yo otra de las muchas víctimas que en este país han sufrido la tortura y la muerte por defender la causa de la patria. Si no, dentro de pocos minutos vendrán á pedir á usted su pasaporte y el mío, y tendrá usted que declarar que soy yo su mujer, como hasta aquí lo ha hecho. Mi suerte está á la merced de usted. Escoja usted.

L. B.

Continuará.

EN UN ÁLBUM (1).

La lágrima de un ángel en el viento
Convertida en cristal se vió lucir,
Y contempló el espacio el nacimiento
De un astro en su zafir.

Vertió también su lágrima natura
Sobre sus campos de eternal verdor,
Y gemela del astro que fulgura
Nació también la flor.

Sobre la hermosa creación humana
La lágrima de Dios se vió caer.....
¿No conocéis á la tercera hermana?
¡Su nombre es la mujer!

Por eso el mundo espléndido y galano,
Caído de las manos del Señor,
Se agita sobre un límpido oceano
De aroma, luz y amor.

MIGUEL SÁNCHEZ PESQUERA.

LA PRINCESA CRISTALINA
Ó EL TESORO ESCONDIDO.

(CUENTO PARA NIÑOS.)

HABÍA en una ocasión cuatro reyes. El Rey del Norte, el país de la perpetua nieve: el Rey del Sur, donde el sol brilla durante el año entero; el Rey del Este, de donde sopla el viento frío; y el Rey del Oeste, de donde llegan los dulces céfiros que animan á las flores á abrir sus pétalos, mientras el resto del mundo duerme.

Y había un gran dragón que vivía en la cima de una montaña altísima, en el centro del universo. Podía ver todo lo que sucedía en todas partes por medio de sus lentes mágicos, que le permitían mirar á todos los sitios á un mismo tiempo, y hasta penetrar á través de los cuerpos sólidos; pero sólo podía ver, no oir, porque era sordo como una tapia.

El Rey del Norte tenía una hermosa hija llamada Cristalina. Sus ojos eran brillantes como las estrellas; su cabello era negro como el ébano, y su piel era blanca como la nieve que cubría la tierra alrededor del palacio donde vivía, que estaba construido todo de purísimo cristal.

Y el Rey del Sur tenía un hijo á quien llamaban Rayo de Sol, á causa de la alegría y calor de su corazón.

El Rey del Este tenía un hijo que, por ser muy madrugador y activo, había recibido el nombre de Alba.

El Rey del Oeste también tenía un hijo, quizás el más hermoso de todos ellos y siempre magníficamente vestido; pero como pasaba todo el día componiéndose y nadie lo veía hasta la tarde, le llamaban Crepúsculo.

Los tres Príncipes estaban enamorados de la princesa Cristalina, y esperaban conquistarla por esposa. En cuanto se les presentaba la ocasión, iban á mirarla á través del palacio de cristal, donde la joven se paseaba. Pero ella prefería al príncipe Rayo de Sol, porque era el que se detenía más, y era siempre el más alegre.

El príncipe Alba estaba tan ocupado que apenas le dedicaba media hora, y el príncipe Crepúsculo no venía hasta que la joven estaba cansada y tenía demasiado sueño para desear verle.

No esperaba, sin embargo, que Rayo de Sol fuese un día su esposo por la sola razón que ella lo prefería á los demás.

Su padre, el rígido y refunfuñón vetusto Rey, con una barba formada de granizo que le llegaba á la cintura y helaba su corazón, decía que no tenía paciencia para semejantes tonterías como simpatías y antipatías, y un día gritó con semejante voz que lo oyeron los otros tres reyes é hizo temblar la tierra, hasta el punto que el enorme dragón verde se puso á mirar inmediatamente á través de sus lentes á ver lo que ocurría:

—El que quiera ganar á mi hija deberá traerme primero la cajita que contiene el Tesoro escondido, que está oculto nadie sabe dónde.

Por supuesto, el dragón no se enteró de nada, aunque miró y remiró á través de sus lentes, porque estas palabras, aunque pronunciadas á gritos, no las podían oir sus sordas orejas.

Pero los otros reyes oyeron en seguida, lo mismo que los jóvenes Príncipes. Y la pobre princesa Cristalina tembló en su palacio, temerosa que Alba, que se levantaba siempre tan temprano, se encontrase el tesoro antes que Rayo de Sol: no tenía mucho temor de Crepúsculo, como era tan indolente, á menos que se le ocurriese buscar en algún sitio olvidado por sus rivales.

En efecto, al día siguiente muy temprano Alba emprendió sus pesquisas: corrió por toda la superficie de la tierra, casi pegado al suelo, temeroso de que se le escapase ni una pulgada por mirar. El sabía que no era el primero en el campo, porque el Rey del Norte había hablado por la tarde

(1) Del libro *Primeras Poesías*.

del día anterior, y el príncipe Crepúsculo se había dado prisa por primera vez en su vida, y había vagado por el mundo hasta mucho más tarde que de costumbre, ansioso de conquistar á la encantadora Princesa.

Pero la mañana iba pasando, y muy pronto el alegre é incansable Rayo de Sol fué dueño de la tierra entera, é iluminó el palacio de Cristalina con una mirada de sus amorosos ojos, que le indicaban que no había que desesperar.

Entonces habló á los árboles y á los campos y á las flores, suplicándoles le dieran el secreto á cambio del calor y de la alegría que tan generosamente les prodigaba. Pero todos callaron; los árboles suspiraron de tristeza por no poderle ayudar; las largas hierbas se mecieron melancólicamente, y las flores bajaron la cabeza en señal de dolor.

No desalentado por esto, el príncipe Rayo de Sol fué á los arroyos y á los ríos, y les pidió su ayuda; pero ellos tampoco pudieron hacer nada. Los arroyos derramaron lágrimas de dolor, que corrieron hacia los ríos, y los emocionaron tanto en medio de su pena de no poder ser útiles, que casi desbordaron, yendo á parar al mar, que, como es natural, deseó saber lo que ocurría; pero cuando se enteró, sólo pudo responder con un tristísimo ¡No! que resonó en todas sus playas.

Rayo de Sol tuvo que continuar su camino y buscar ayuda en otra parte.

Trató de hablar al dragón; pero éste no pudo oirle. Los toros animales sí le oyeron, y el pobre Príncipe fué preguntándoles uno por uno sin desfallecer con tanto «No» como había oido; por fin comprendió por el gorjeo de los pájaros que iba á lograr su deseo.

—Nosotras vamos á todas partes y lo sabemos todo—dijeron las golondrinas volando por los aires llenas de gozo al ver que podían pagar á su querido Rayo de Sol su bondad para con ellas.—Y sabemos lo siguiente—continuaron:—El Tesoro escondido puede sólo encontrarlo el que mire á través de los mágicos lentes del dragón.

El príncipe Rayo de Sol exclamó que iría en seguida á pedir prestados estos maravillosos lentes; pero un anciano buho le interrumpió diciendo:

—Pero no tan de prisa, nobilísimo Príncipe. El dragón matará á cualquiera, aunque sea un personaje tan alto como vos, que trate de quitarle los lentes mientras está despierto, y todo el mundo sabe que jamás se permite dormirse por temor de perder algo que ver.

—Entonces, ¿qué hay que hacer?—preguntó el Príncipe con impaciencia, viendo que el día avanzaba y que pronto el príncipe Crepúsculo estaría en el campo de batalla otra vez.

Un águila majestuosa bajó de las nubes.

—Sólo hay una cosa en el mundo entero—dijo—que haga dormir al dragón, y es una caricia de manos de la princesa Cristalina.

Rayo de Sol no se detuvo á oir más. Sonriéndose en señal de agradecimiento, corrió á comunicar las faustas nuevas á Cristalina. Esta jamás había salido de los jardines de su palacio. ¿Se atrevería á ir con él ahora á afrontar al salvaje monstruo y mandarlo á las regiones del sueño?

—Mi vestido es de nieve—murmuró la joven;—si salgo de estos muros de cristal, seguramente se derretirá al calor de vuestros rayos.

—Parece como si vos misma os fueseis á derretir con mi primera caricia, hermosísimo copo de nieve—replicó el Príncipe;—pero no tengáis temor: mirad, traigo mi propia capa para envolveros. Venid, Princesa, y confiad en mí.

Entonces, por la primera vez de su vida, la princesa Cristalina abandonó su palacio, y se sintió inmediatamente envuelta en el manto del príncipe Rayo de Sol, cuyo dulce calor la traspasó toda; su cara se puso sonrosada y aun más bella que de costumbre.

La sentó á su lado en el dorado carro con los caballos de fuego, que corrían tan rápidamente por los aires que pronto se encontraron en lo alto de la montaña, donde el dragón estaba sentado, observándolos con sus lentes y preguntándose qué hacía la Princesa tan lejos de su hogar y qué pensaría su padre cuando se enterase de su ausencia.

Era inútil tratar de explicar las cosas al dragón aunque lo hubieran deseado; pero, por supuesto, nada estaba más lejos de su pensamiento que darle explicaciones.

Cogida á la mano de Rayo de Sol para darse ánimos, la Princesa se acercó tímidamente al dragón y apoyó sus dedos en su monstruosa cabeza.

—¡Qué sensación tan dulce y agradable!—pensó el dragón lamiéndose los labios.—¡Qué bondad la suya en venir á verme, en verdad; pero esto no puede ser, ¡siento que me estoy durmiendo!

Trató de levantarse, pero la suave mano se lo impidió. Una sensación de sopor corrió por todas sus venas, sensación que le hubiese parecido deliciosa si no hubiese sido por su determinación de no dormirse.

Abrió la boca para dejar escapar un silbido que hubiera sido por sí solo capaz de matar del susto á la Princesa; pero cayó dormido antes de empezarlo siquiera: su boca se quedó abierta de par en par; pero sus ojos se cerraron, y su enorme cabeza comenzó á tambalearse de la manera más ridícula.

En cuanto estuvieron seguros de que el dragón dormía, el príncipe Rayo de Sol se apoderó de los lentes de aquél, rogando á la Princesa no moviera la mano, por temor que el sopor no durase lo bastante para realizar su empresa.

Entonces se puso los lentes, y la princesa Cristalina dió un grito de terror al ver que inmediatamente su adorado Rayo de Sol metía la mano en la boca del dragón.

El Príncipe no había dejado de mirar á la fiera mientras le quitaba los anteojos y se los colocaba á sí mismo; por lo tanto pudo ver su boca abierta, su lengua levantada para dejar escapar el silbido que el sueño detuvo, y, ¡oh alegría! bajo la lengua estaba la dorada cajita que encerraba el Tesoro escondido.

Los anteojos permitieron al Príncipe ver á través de la tapa: así descubrió en seguida el secreto, y comprendió por qué el Rey del Norte tenía tanta ansiedad de poseerlo: el gran tesoro consistía en un par de lentes exactamente iguales á los que hasta la fecha sólo el dragón había poseído, lentes que permitirían al Rey averiguar lo que ocurría hasta en el último rincón de su reino, de modo de poder siempre castigar y recompensar con justicia, sin equivocarse jamás. A la par, podía así saber mil asuntos de sus prójimos, lo cual es siempre agradable hasta para los mismos reyes.

La Princesa saltó de alegría al saber que la cajita había sido encontrada; por poco retira la mano en su ansiedad de cogerla; pero afortunadamente se acordó á tiempo y permaneció quieta hasta que el príncipe Rayo de Sol acercó su carro y pudieron los dos entrar en él sin separar la mano de la cabeza del dragón.

Entonces, quitándose los anteojos y colocándolos, no sobre el dragón, sino cerca de él, en el suelo, después de entregar el tesoro á Cristalina, el Príncipe empuñó las riendas y dijo:

—Ahora, mi amada Cristalina, mía por fin, retirad vuestra mano, y volemos sin pérdida de tiempo á la corte del Rey vuestro padre.

Y bueno fué que estuviesen dispuestos á escapar en seguida. En cuanto la mano de la Princesa se separó de su cabeza, el dragón volvió en sí, dejó escapar un espantoso silbido de cólera, y comenzó á buscar sus anteojos para ver y matar á quien le había robado el Tesoro, que echó de menos al instante.

Pero estaba preso en aquella montaña y no podía abandonarla, aunque sacudió sus alas con estrépito, lleno de ira al ver que el Príncipe y la Princesa, en lugar de tener que andar á pie el largo camino, corrían por los aires arrastrados por los caballos de fuego que nunca podría él alcanzar.

Los jóvenes se echaron á reir al oir el silbido y el inútil revoloteo de las alas. El príncipe Rayo de Sol soltó aún más las riendas, y llegaron á la corte justamente cuando el Rey del Norte iba á comer; y fué tal su alegría al ver en sus manos el codiciado Tesoro, que dispuso que la boda se celebrase en seguida.

El príncipe Crepúsculo llegó á tiempo para ser testigo del casamiento, magníficamente vestido y hermoso, aunque muy desconsolado de haber perdido á la Princesa. Y las fiestas duraron toda la noche; así que el príncipe Alba, cuando llegó muy de mañana todo sofocado por la prisa que se había dado, pudo aún alcanzar algo y felicitar á Rayo de Sol, demostrándole que no le tenía envidia por haber ganado el premio.

La princesa Cristalina no volvió jamás á su palacio sino para mirarlo desde fuera. Le gustaba ir á todas partes con su esposo, que por cierto llevaba una vida bien activa, haciendo bien por todas partes. Algunos gruñían al verle, por que hay gentes que murmuran hasta de sus mejores amigos; pero en general todos cuantos le conocían le amaban y le bendecían.

LADY BELGRAVIA.



Copyright, 1896, by Harper and Brothers.

17.—Traje de calle. Espalda.

Véase el dibujo 2.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR.

Exclusivamente serán contestadas en este sitio las consultas que, sobre asuntos propios de las secciones del periódico, se sirvan dirigirnos las Señoras Subscriptoras á la edición de lujo y á la 2.ª edición, demostrando esta circunstancia con el envío de una faja del periódico, ó por cualquier otro medio.

Las consultas que se nos dirijan en *carta anónima*, ó que vengan firmadas por personas que no demuestren debidamente ser subscriptoras á las citadas ediciones, no serán contestadas.

A UNA IGNORANTE DE ASTURIAS.—Para mi gusto, prefiero el color gris. En la actualidad está muy de moda.

Como adorno, resultará de un lindo efecto la cinta de raso de color verde mirto, ó verde bronce de un tono completamente obscuro. Cualquiera de estos dos colores forma un elegante y bonito contraste con el tejido gris cuya muestra me remite.

Además de la cinta, si esto le agrada, puede añadirle al cuerpo encaje ó gasa, ni muy blanca de color ni muy cruda.

Cuando tenga á bien hacerme una consulta, puede hacerlo del mismo modo que ahora lo ha hecho.

DOS DE MAYO.—No debe reformar la esclavina que me describe, pues tanto por su forma como por el adorno de que se compone, podrá serle muy útil en el otoño, y hasta en el invierno próximo, en el que de seguro se usarán así. En los días frescos de verano no podrá usarla por ser demasiado pesada.

El hábito de Santa Rita, así como todos los hábitos, está sujeto á regla. En éste el cuerpo va unido á la falda, y lo único que puede permitirse es hacerle de forma blusa con tablas en la espalda ó frunce marcando el talle, y por delante una gran tabla doble en el centro un poco caída sobre el cinturón.

Los visillos están mejor sujetos en los dos extremos de la puerta vidriera con cabecillas de igual tamaño y una cinta por donde pasa el hierro que forma el frunce. Para que queden bien deben de colocarse muy tirantes.

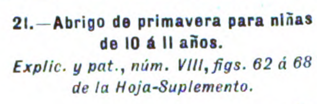
Á UNA RUBIA ELEGANTE.—Para luto riguroso se sigue llevando el manto colocado en la forma que dice, recogida al cuello la parte alta y caído lo demás de modo que cubra la cintura.

Los velos se usan en esa forma caídos, ó anchos recogidos en el cuello: los dos estilos son igualmente para luto riguroso.

El vestido de la niña de tres años debe llegar hasta el arranque del calcetín.

El calzado más elegante es el blanco, azul ó rosa, según el traje que use. Calcetines de igual color que el calzado.





18.—Traje para niños de 8 á 9 años.
VÉASE EL DIBUJO 19.
Explicación en el anverso de la Hoja-Suplemento.

20.—Chaqueta para jóvenes de 14 á 15 años.
Explic. y pat., núm. VII, figs. 53 á 61 de la Hoja-Suplemento.

21.—Abrigo de primavera para niñas de 10 á 11 años.
Explic. y pat., núm. VIII, figs. 62 á 68 de la Hoja-Suplemento.



22.—Vestido americano para niñas de 8 á 9 años.
Explic. y pat., núm. XI, figs. 80 á 90 de la Hoja-Suplemento.



23 y 24.—Paletó para niñas de 7 á 8 años.
Delantero y espalda.
Explic. y pat., núm. XIII, figs. 95 á 99 de la Hoja-Suplemento.



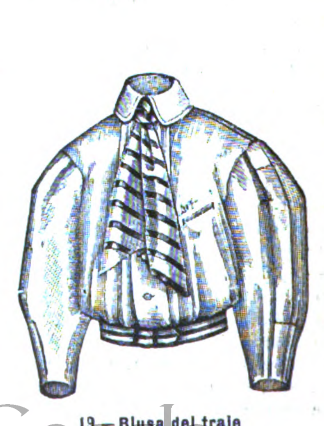
25 y 26.—Abrigo de lluvia para señoritas.
Delantero y espalda.
Explic. y pat., núm. I, figs. 1 á 9 de la Hoja-Suplemento.

27 y 28.—Abrigo de viaje.
Delantero y espalda.
Explic. y pat., núm. IX, figs. 69 á 75 de la Hoja-Suplemento.



30 y 31.—Vestidos bordados para niños de 1 á 2 años.
Explic. y pat., núm. V, figs. 41 á 50 de la Hoja-Suplemento.

29.—Collet largo adornado con encaje para señoras de edad.
Explic. y pat., núm. XII, figs. 91 á 94 de la Hoja-Suplemento.



19.—Blusa del traje para niños de 8 á 9 años.
Véase el dibujo 18.

Las capelinas más prácticas para la actual estación y la entrante son las de batista adornada con bordados, que se lavan y se planchan con facilidad.

Á UNA ENTUSIASTA DE ADELA P.—Tengo sumo gusto en contestar á sus consultas.

Le recomiendo para hacer desaparecer la caspa el uso del Tricófero inglés. Se vende en todas las buenas perfumerías.

Para evitar la caída del cabello y hacerle crecer he oído elogiar mucho el petróleo Hahn, conociendo yo algunas personas que lo han usado con éxito. Se vende en ésta, en la perfumería de Urquiola, Mayor, 1. Sin embargo, debo advertir á usted que son muchas las causas de la caída del cabello, y algunas se resisten á todo tratamiento. No creo ni conozco ningún específico que evite la aparición de las canas.

Conozco los resultados de los dos específicos que la recomiendo, pero no los del que me nombra en su carta. Por eso no puedo recomendárselo.

Para el humor de que padece he oído recomendar mucho el jabón de brea ó el fenicado, y, á mi juicio, no debería usted usar otro que uno de los dos, y aun así no diariamente, sino cada dos ó tres días.

Si usted cree que las manchitas que le han salido en la piel son causadas por el medicamento que está tomando, lo mejor que puede hacer es consultar con el médico.

Aconsejo á usted que no use absolutamente nada mientras no lo consulte con el doctor. Tampoco creo oportuno el uso de ningún depilatorio para la desaparición del bello en la barbilla y en los brazos, pues todos ellos irritan la piel, y como usted la tiene tan delicada pudiera traerle perjuicios.

Cuando las manchas de los cristales son de pintura, éstas desaparecen frotándolas con aguarrás; pero si es defecto del mismo cristal, como suele suceder, esto no desaparece con nada. El aguarrás se da con una brochita de palo largo, pues no se puede tocar con la mano.

Sin duda, alude usted al olor excesivamente fuerte de ciertas esencias, y la que usted cita es de las más.

Lea mi contestación en este mismo número *A una Presumida*, y verá las esencias más de moda, entre las que podrá escoger.

Á MARÍA.—A pesar de ser un luto tan ligero y de hallarse próximo á su terminación, el encaje dorado no puede servirle; si fuese plateado, sí. Lo demás de la composición de los adornos de que me habla me parece muy bien.

El papel en que usted me escribe no es el de forma apaisada. Este es más ancho que alto. El que usted emplea es casi cuadrado.

Á UNA CATALANA.—Doy á usted las gracias por el favorable juicio que de mí ha formado y las amables frases con que lo expresa.

A continuación contesto á sus preguntas, celebrando mucho esta ocasión de serle útil.

Si el corredor es de cristales, debe alfombrarlo y cubrir las vidrieras con transparentes de hilo crudo, de borde ondeado y con un madroño colgando de cada onda. Siendo de bastante anchura la galería, puede poner en ella sillas de color claro y alguna mecedora. Delante de las ventanas se colocan plantas y jardineras con flores. En las paredes, cuadros con alegorías campestres, flores, etc., etc. Puede también ponerse una mesa, ó no, según el espacio.

Los estilos más de moda para comedor son el Luis XV y el Luis XVI. Los muebles deben ser: un *buffet*, dos ó tres trincheros, mesa de comedor y sillas. Todo de nogal. Las cortinas serán de terciopelo color granate obscuro ó verde mirto con anchas cenefas de flores y frutas. El tapete de la mesa debe hacer juego con las cortinas.

En la rejilla del *buffet* se colocan platos de porcelana antigua ó moderna, bandejitas de plata, etc., etc. A los lados, jarras de cristal de mérito artístico, y en el centro del tablero, un juego de tazas de formas elegantes, fruteros de cristal, porcelana, plata, etc., etc., según prefiera.

Sobre el trinchero se coloca una licorera, vinagreras, un juego de té, etc., etc.; y en la repisa, tazas, jícaras copas, etc., etc. En los entrepaños, platos, salsera, platitos de entremeses, fruteras, sopera, algunas tazas ó jícaras. Todo ello colocado con gusto y simetría.

El saloncito de confianza quedará muy mono poniendo muebles tapizados de tela brochada de lana y seda en colores. Si éste tiene chimenea, puede colocar á los lados dos divanes y dos silloncitos formando ángulo, en el centro de éste una pequeña mesita con un búcaro, ó un centro para tarjetas.

En uno de los ángulos del gabinete pondrá el piano esquinado, y sobre éste, plantas, retratos y algún porta-*bouquet*.

La tabla se cubre con un tapete de terciopelo bordado en oro ó en sedas de colores, ó un tapete de seda brochada estilo antiguo. A los lados estarán muy bien otros dos sillones, y en uno de los ángulos del salón un *secrétaire* ó *bureau*.

Si el saloncito no tuviese chimenea, podrá suplirla colocando un entredós ó un mueble grande, ó un espejo también grande con plantas, á fin de dar la colocación citada anteriormente á los muebles tapizados.

En los testeros del saloncito estará perfectamente, haciendo armonía, algún mueblecito antiguo, pequeña vitrina, etc.

Los cortinajes deben ser igual al tapizado de la sillería.

Los diplomas de los niños deben colocarse en sus dormitorios ó gabinetes. A los lados de la imagen á que se refiere, puede poner dos candeleros de plata, candelabros y búcaros con flores.

Á UNA BOBALICONA.—La moda que permite toda clase de arreglo en los vestidos del año anterior es la de poner las mangas distintas al cuerpo, y seguramente seguirá usándose en la actual estación y próximo verano. Las mangas cortas hasta el codo se adoptarán mucho para los trajes de verano elegantes. Es claro que necesitan guantes que cubran completamente el brazo. Cuando las mangas no son cortas se hacen exageradamente largas, cubriendo parte de la mano, cuya terminación es en forma de mitón puntiagudo, cuadrado ó redondo. Las mangas, cortas ó largas, se guarnecen en la parte inferior con una caída de encaje ó volante de muselina de seda puesto en doble y fruncido.

Á UNA PRESUMIDA.—Las esencias más de moda y más *chic* son: Aromis, Gaya Lily, Ambrée, Royale, Bouquet des limours y Vera Violeta. Esta última es la más suave. He oído hablar muy bien de la pasta Divina para suavizar y blanquear las manos.

A UNA MAMÁ CARIÑOSA.—Los trajes de jerga azul, compuestos de una falda y una chaqueta corta abierta sobre una camiseta de batista blanca con gran cuello, los llevan mucho las niñas de 4 á 12 años, pero solamente como traje de mucho uso, sencillo y del todo *néglige*.

La chaqueta lleva presillas de seda blanca y botones dorados. Pasando de los 12 años, la niña podrá usar traje estilo sastre, con chaqueta de pequeñas aldetas abierta sobre una camiseta de seda *glacé* ó *surah* liso.

Los trajes de lanilla fantasía con mangas llevan delantero de cuerpo y cuello de seda de un color chillón, pero en armonía con el conjunto de la *toilette*.

Á UNA PEREZOSA.—Las imitaciones de los bombones de avellanas, almendras y toda clase de frutas y de flores se componen de la misma pasta.

Se pone en un perolito 500 gramos, ó bien un kilo de azúcar de pilón y una tercera parte de un litro de agua para 500 gramos de azúcar; se deja hervir á fuego vivo hasta que forme globos y quede el jarabe á 40°. Este jarabe se prueba metiendo en él un palito del grueso del dedo meñique y de 15 centímetros de largo. Al sacarle se pone el dedo encima haciendo escurrir el almíbar. Si la gota que cae cuaja en seguida, ya está el almíbar en su punto. Se retira el perolito del fuego y se vierte su contenido sobre un mármol para que se enfríe. Conseguido esto, se mueve bien con una espátula de madera de 30 centímetros de largo y 6 de ancho, de manera que el azúcar se vuelva blanca. Este ejercicio es rudo, y el trabajo puede durar quince minutos ó el doble; pero el éxito es seguro si el azúcar está en su punto.

Cuando se la ve blanquear como la crema y hacerse ligeramente pastosa, está en su punto. Si, por el contrario, en vez de esto estuviese seca y se granulase, el azúcar no estaría bien cocido y habría que ponerle de nuevo al fuego, con bastante agua para que se derritiera, y volverle á dar el punto conveniente.

Se da el aroma á la pasta cuando se la trabaja con la espátula sobre el mármol.

Para hacer los bombones á la vainilla, se pulveriza y se mezcla, machacándola con la menos azúcar posible.

Los de café se hacen añadiendo á la pasta una fortísima infusión de aquél.

Los demás se hacen del siguiente modo:

De rosa: se echa una esencia pura con la punta de una aguja gruesa de media, que se sumerge en la pasta; se colora con un poco de carmín disuelto en agua.

De chocolate: se echa éste pulverizado, mezclado con vainilla.

De ron ó kirsch: se añade un poco de este licor.

Si se quieren hacer los bombones de frutas, se echa el jugo ó extracto de fresa, frambuesa, etc., mezclándolo en el perol con el jarabe cuando se ha terminado la cocción.

De flor de naranja: mezclando la flor de la naranja pralinada picándola muy fina.

De avellana: moliendo éstas como las almendras, después de peladas, mezclándolas en el mortero con un poco de clara de huevo.

De nuez: se sumergen durante cinco ó seis días en agua fría, renovando ésta varias veces, las nueces, enteras y con cáscara, hasta que la piel que cubre la nuez se desprenda de ésta como si fuesen frescas. Luego se machacan en un mortero sin mezclarlo con nada y se unen á la pasta como las avellanas.

De *pistache*: se pelan éstos como las nueces y se mezclan con la pasta.

Para darles la forma más semejante posible á la fruta con que se perfuman ó con que se mezclan, se moldean con el dedo.

Para obtener el éxito completo se pasan los bombones por azúcar molida, con lo que adquieren más consistencia y un aspecto brillante.

Cada vez que quiera hacer *fondants* de diferentes gustos necesitará distintas planchas de mármol, para dar á cada parte de almíbar el aroma que desee.

Á MARIANA.—Las faldas se montan á la aldeana; es decir, ligeramente fruncida alrededor la parte de delante y los costados, agrupándose lo demás del vuelo en la parte de detrás en un espacio de 10 á 12 centímetros. También ha vuelto á aparecer la moda de hace treinta años, que consiste en formar con simetría pliegues regulares dispuestos de delante atrás, montando exactamente los unos sobre los otros, de modo que el hueco que forman los pliegues vengan á parar al centro del talle.

En la actualidad se emplea mucho la jerga color ciruela para los trajes estilo sastre. La falda se guarnece en la parte inferior con tres hileras de botones. La chaqueta, con aldetas muy onduladas, lleva dobles solapas, que se abren sobre una camiseta de seda á cuadritos blancos y ciruela, cruzada en fichú y cerrada por cuatro botones grandes de acero. Las mangas de esta chaqueta son de seda á cuadritos, como la camiseta.

Se ven mucho también cuerpos con pico por detrás y por delante, del todo ajustados, con pinzas y costaditos en la espalda.

Esta hechura se adapta sobre todo para los trajes de lana un poco gruesa, supliendo el estilo sastre. La gran novedad consiste en marcar todas las costuras de la falda y del cuerpo con un vivo cubierto de raso de un color que contraste con el del traje (vivo marrón sobre un traje *beige*, negro sobre rojo). Las solapas del cuerpo son de igual color que éste y cuadradas en su mayor parte.

ADELA P.

EXPLICACIÓN DEL FIGURÍN ILUMINADO.

Núm. 13.

Corresponde á las Señoras Suscriptoras de la edición de lujo y á las de la 2.ª y 3.ª edición.

TOILETTES DE PRIMAVERA.



(Croquis del figurín iluminado visto de espalda.)

1. *Traje de seda brochada verde glacé color berengena, guarnecido de tul blanco bordado.*—Falda forrada de seda color berengena, y montada por detrás con dos pliegues profundos, dobles, forrados de linón. Cuerpo liso de seda brochada, formando por delante y por detrás un ancho pliegue. El delantero va guarnecido con dos *coquillées* de tul bordado, sujeto en los hombros por un rico botón fantasía, terminándose en la cintura á cada lado del pliegue que guarnece el delantero del cuerpo. Por detrás, estos *coquillées* forman una sola caída. Cuello de tul drapeado, con crestas á los lados. Cintura drapeada de seda brochada, guarnecida por delante con dos botones haciendo juego con los de los hombros, colocados en el extremo de los *coquillées*. Mangas de faya verde con globo cubierto de tul, y puños lisos adornados en la parte inferior con un volantito que cae sobre la manga.—Capotita de azabache guarnecida á un lado con una rica *aigrette* negra, prendida en una gran rosa con follaje.

2. «*Toilette*» *de mohair gris, guarnecida de tafetán glacé á cuadritos y encaje blanco.*—Falda á cañones gruesos, abierta sobre un delantal de tafetán á cuadritos sujeto á los lados por una ancha cinta de raso marrón, terminándose en el borde inferior de ésta por un grueso lazo. La chaqueta, de mohair gris, forma por detrás una larga aldeta á pliegues, terminando en pico por delante. Esta chaqueta va adornada en los delanteros por dos solapas que forman tres picos de un tamaño gradual, terminando cada uno de éstos con un lazo de raso marrón. Tres ricos botones guarnecen los delanteros de esta chaqueta, que queda abierta sobre un ziszás de encaje blanco, rodeando el cuello gruesa *ruche* mezclada con cocas de raso marrón. Mangas de tafetán á cuadritos, con puño redondo sobre la mano, bordeado de una caída de encaje.—Gran sombrero de paja marrón, guarnecido con una corona de rosas amarillas. Por detrás, penacho de plumas negras mezcladas con tul, y peineta de rosas.

OBRAS POÉTICAS
DE
D. JOSÉ VELARDE

DE VENTA EN LA ADMINISTRACIÓN DE ESTE PERIÓDICO
ALCALÁ, 23.—MADRID.

	Pesetas
Obras poéticas.—Dos tomos	8
Teodomiro, ó la Cueva del Cristo	2
Fray Juan	1
La Niña de Gómez-Arias	1
Alegría (Canto I)	1
El Holgadero (segunda parte de *Alegría*)	1
A orillas del mar	1
La Venganza	1
Fernando de Laredo	1
El Último beso	1
El Capitán García	1
Mis Amores	1
La Velada	1
El Año campestre	1

SUEÑOS Y REALIDADES

POR

DON RAMÓN DE NAVARRETE

La mejor recomendación de este ameno libro es manifestar que está escrito por el distinguido cronista de salones y teatros *El Marqués de Valle-Alegre.*

Elegante volumen en 8.° mayor francés, que se vende, á 4 pesetas en la Administración de este periódico, Madrid, Alcalá, 23.

CUENTOS, POR D. JOSÉ FERNÁNDEZ BREMÓN.
De venta en las oficinas de LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA Y AMERICANA, Alcalá, 23, Madrid.

EL SOL DE INVIERNO
POR
DOÑA MARÍA DEL PILAR SINUÉS.

Preciosa novela original, con interesante argumento, cuadros de costumbres familiares, episodios muy dramáticos, y brillando en todo el libro la más profunda moralidad.

Un volumen en 8.° mayor francés, que se vende, á 4 pesetas, en la Administración de este periódico, Madrid, calle de Alcalá, núm. 23.

MARI-SANTA
POR
DON ANTONIO DE TRUEBA.

Es una de las mejores obras literarias del ilustre *Antón el de los Cantares*, moral, instructiva y amenisima.

Forma un elegante volumen en 8.° mayor francés, y se vende, á 4 pesetas, en la Administración de este periódico, Madrid, calle de Alcalá, núm. 23.

MADRID.—Establecimiento tipolitográfico «Sucesores de Rivadeneyra», impresores de la Real Casa.



LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA

14 de Abril de 1896. Alcalá 23 — MADRID Nº 14

LA MODA ELEGANTE

PERIÓDICO ESPECIAL DE SEÑORAS Y SEÑORITAS, INDISPENSABLE EN TODA CASA DE FAMILIA

Administración: Alcalá, 23, Madrid. | Madrid, 14 de Abril de 1896. | Año LV.—Núm. 14.

SUMARIO.

REVISTA PARISIENSE.

SUMARIO.

El Concurso hípico.—Primera exposición de la moda primaveral.—Líneas generales.—Conservación de las mangas anchas.—Las telas.—Los adornos.—Descripción de varios trajes.—TEATRO DEL ODEON: *Les Danichoff*, drama en cuatro actos y en prosa, por Pierre Newsky.—Las *toilettes*.

El «todo-París» mundano se reune en el Palacio de la Industria, donde se celebra actualmente el Concurso hípico anual. Todas las elegancias se dan cita en los palcos tendidos de púrpura y oro en torno de la pista iluminada por el magnífico sol primaveral, que hace resaltar todas las novedades de la estación.

En esta época de la primavera se inauguran los nuevos trajes, se lanzan las invenciones *ultra-chic*, de las cuales el Gran Premio no será sino la consagración.

El Concurso hípico es la primera solemnidad de la estación, la más frecuentada quizás, y de seguro una de las más animadas y de las más placenteras. Sale una del invierno como mariposa radiante de la sombría crisálida, y se abandona con delicia á esta sensación exquisita de la renovación de la Naturaleza y de la moda.

Para nosotras, revisteras de modas, ésta es la época de la primera cosecha. Como en un jardín espléndido, donde todas las flores nos brindan con sus bellezas, basta con extender la mano para ofrecer á nuestras lectoras magníficos ramos.

Si hubiese de describir en detalle todas las suntuosidades que he visto, todas las originalidades que he observado, todas las creaciones mágicas que deslumbran mis ojos, las columnas de este periódico no bastarían á contener mis descripciones. Forzosamente debo escoger y contentarme con anotar la impresión dominante que se destaca de este conjunto armonioso; las principales líneas adoptadas en último término por la voluntad de las modistas y el gusto de las reinas de la elegancia.

Cada vez que se trata de novedades, repito siempre lo mismo:—No nos atengamos á los primeros caprichos de la moda. Consultemos con atención el barómetro, que tan pronto marca el buen tiempo, ó sea la elegancia impecable, como salta á la tempestad, es decir, que se acerca á la extravagancia.

Así he advertido cien veces que hay que hacer algunas reservas, por ahora, y no creer en el reinado absoluto de la manga ajustada. No negaré que en el Concurso hípico se ve un gran número de esas mangas apoyándose en el borde de las tribunas; pero este gran número no es la mayoría, ni mucho menos. Sin duda los sastres y modistas que habían resuelto sacar triunfante este género de mangas han renunciado, por ahora, á sus propósitos. Y los «globos» algo amenazados, triunfan nuevamente. Por supuesto que las que llevan la manga ajustada, coronada de *jokeys*, de volantes, lazos, pliegues ó bordados salientes, estarán muy bien; pero formarán la vanguardia de la moda general en la estación próxima.

Lo que se afirma cada día más y adquiere consistencia, es el drapeado de la falda. La falda clásica, de pliegues rectos y de una gracia solemne, que modela exactamente las caderas y da á la mujer un andar suave y ondulante, parece en



1.—Traje de visitas.

vísperas de desaparecer. A todo trance se trata de resucitar los drapeados ó paños recogidos.

Hay que convenir en que los drapeados que se intenta aclimatar son de una graciosa discreción, y resisten á la censura que merecían las formas de hace diez ó doce años.

La falda va más bien ondeada que recogida, y esta disposición es muy fácil de ejecutar. Se toman, por ejemplo, cuatro paños de detrás, cuyos paños se hallan ligeramente sesgados en lo alto. A 10 centímetros de la cintura se remonta la tela y se la fija al cinturón con un botón antiguo, obteniendo así el efecto de unos pliegues que caen ligeramente, y son tan graciosos como sencillos.

Otra combinación muy linda es la siguiente, que he observado, como la anterior, en el Concurso hípico: la espalda del cuerpo va cubierta de tableados indesplegables de tafetán glaseado, los cuales no pasan de la cintura, pues el cuerpo va separado de la falda. Sobre ésta caen unos pliegues iguales, y su unión en la cintura con los pliegues del cuerpo es tan exacta que se diría es de una sola pieza, y el adorno que sale del cuello continúa armoniosamente hasta el borde inferior de la falda.

El delantero del vestido, sin ir plegado, va echado hacia atrás, y se le sujeta con un botón.

He visto también dos faldas de campana, una encima de otra: la segunda recogida sobre la primera en medio de la espalda.

°°°

Las telas preferidas son, al parecer, hasta ahora, los cañamazos y estameñas lisas: azul de rey, ciruela, *beige* y avellana. La trama clara de estas telas exige un viso de seda del mismo color. He visto un traje de cañamazo color de ciruela, cuyo cuerpo y mangas estaban guarnecidas con tafetán tornasolado violeta y malva, con flores verdes estampadas. Era un traje elegante y distinguido.

La alpaca, tan en boga la temporada pasada, tiene ahora una rival en la *sarga moahir*, nueva tela de un precioso efecto.

Y ya que hablo de telas, añadiré, á la rica nomenclatura que he dado ya, los tejidos que llaman *lienzo de lana*, los cuales, adornados con guipur ó aplicaciones de encaje grueso, serán muy elegantes, y los *popelines* escoceses, brillantes como la seda, y con los cuales se confeccionarán, para campo y playa, deliciosos vestidos.



Núms. 1 á 6.

Una palabra también sobre la abundante colección de *pelos de cabra estampados*, muy ligeros, tan ligeros que se les confundiría á primera vista con la gasa. Preciosas flores, delicadamente atenuadas, los realzan con sus coloridos ideales. Algunos de ellos van atravesados de rayas finas, satinadas, formando damero, de colores claros, como celeste, violeta de Parma, paja y verde luz; otros van sembrados de lunares blancos y negros. Con tan rica colección sólo puede rivalizar la de las batistas negras ó estampadas.

°°°

Pero vengamos á las modas del momento. Los adornos son de una variedad infinita, y se puede discurrir mucho tiempo sobre la materia sin agotarla, ofreciendo la ventaja de proporcionar á la habilidad femenina un ejercicio agradable. Imagínense mis lectoras un bordado al pasado sobre tul, bordado rosa ó paja, verde ó malva, rebordado de azabache. Se ejecuta este género de bordado con paja fina, satinada y laminada sobre tul.

Y, á propósito de bordados, debo señalar una novedad lindísima, que conviene igualmente á las sedas lisas ó brochadas y á las lanillas ligeras. Consiste en un sembrado de lunares grandes de lana crema, bordados al plumetis sobre un fondo claro.

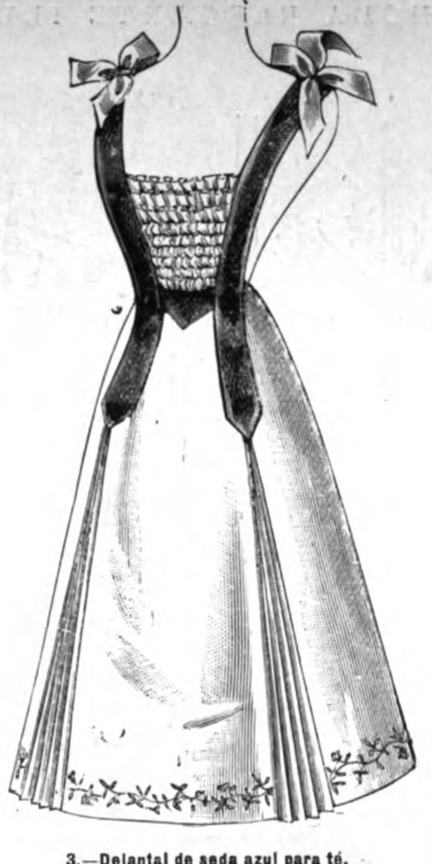
Un *collet* bordado de este modo, constituye una confección que sale de lo común y corriente. Las mangas se bordan del mismo modo.

El *collet* de nuestro croquis núm. 2 ofrece una graciosa muestra de este género. Más adelante daré su explicación.

Antes de pasar á la descripción de los trajes de que damos los croquis, permítaseme insistir sobre los adornos de cintas estrechas que he mencionado ya en mi revista anterior. Estas cintas, cruzadas, extendidas, plegadas ó rizadas,



2.—Sombrero para señoritas.



3.—Delantal de seda azul para té.



4.—Traje para señoras jóvenes.



5.—Traje para señoritas.

6.—Traje para señoras jóvenes.

7.—Traje de calle para señoritas.



Núms. 7 á 16.

no serán quizás muy practicables, pero son de un efecto sumamente gracioso.

Hé aquí una aplicación de este género de adornos (croquis núm. 1). El día de la apertura del Concurso hípico, la Condesa de T..., una de las reinas de la elegancia, llevaba un lindísimo traje de tafetán tornasolado verde y color de rosa; la falda recta, con *godets* echados hacia atrás, iba ribeteada de un rizado doble de cintas verdes, á 15 centímetros de intervalo. Entre los dos rizados se entrecruzaban unas cintas estrechas anudadas en medio, lo cual formaba un cuadriculado en la parte inferior de la falda. El cuerpo, drapeado, de muselina de seda color de rosa, iba adornado con tirantes de las mismas cintas cuadriculadas. El mismo adorno en las mangas, sobre las cuales caía una hombrera de encaje. Cuello alto de tafetán verde, con rizado de muselina de seda. Volante de muselina en el borde de las mangas.—Capota de tul verde, adornada con rosas de su color y lazos enormes de encaje blanco.

El croquis núm. 2 representa el elegante *collet* de que he hablado más arriba. Es de tafetán verde almendra, y va bordado de lunares de *mohair* blanco, y adornado en el borde inferior, en el canesú y en el cuello con tul punto de espíritu negro, que resulta agradablemente sobre el fondo claro. Una corbata de encaje crema completa los adornos.—El sombrero va cubierto de rosas encarnadas y hojas, de donde salen unas cocas de encaje.

Todos los trajes que he observado en el Palacio de la Industria pueden llevarse en otras circunstancias, y formar lindos trajes de visitas, de exposiciones, etc. Por ejemplo, el señalado con el núm. 3, que se compone de una falda de velo verde azulado con vivos negros, y un cuerpo-chaqueta de seda estampada sobre cadeneta. Cuello y chaleco de faya del mismo color de la falda. El cuello va bordado de azabache, y las aldetas son de faya blanca y van adornadas con botones antiguos. Corbata de encaje.—Sombrero adornado con rosas blancas y lazos de encaje.

Otro traje sencillo y elegante: sobre una falda de paño gris, ribeteada de pespuntes, va una blusa de muselina de seda negra incrustada de encaje blanco y estrechada en la cintura con un cinturón de faya blanca. Lo alto de la blusa y las mangas son de raso Liberty color de rosa de Rey. Unos tirantes de encaje blanco y unos botones artísticos adornan la blusa.—El sombrero, de tul negro y tul blanco, va adornado con rosas de Rey y plumas negras. (Croquis número 4.)

Traje de visitas de confianza y de paseo. Falda de *mohair beige*, ribeteada de galones de lana blanca, reunida por medio de un guipur estrecho. Cuerpo-chaqueta de la misma tela, con delanteros en punta, abiertos sobre un chaleco de muselina de seda color de malva, sostenido con un cinturón alto de raso negro. Cuello á la marinera, de moaré blanco ribeteado de guipur. La manga es de una forma particular, ajustada y con globo que forma tres pliegues. (Croquis número 5.)

Estos vestidos elegantes se cubren á veces con abrigos airosos ó guardapolvo de seda tornasolada y guarnecidos con pliegues en forma de cascadas ó capuchas, como el que nos muestra nuestro croquis núm. 6 (delantero y espalda). Su capucha se adorna por detrás con un lazo voluminoso. Las mangas, estrechadas en el puño, se abren de una manera original.—El sombrero, de tul encarnado bajo tul verde, lo que forma un tornasolado, lleva como adornos unas plumas de un verde claro con ojo de pavo real.

°°°

En el teatro del Odeón ha vuelto á ponerse en escena, al cabo de diez años de interrupción, *Les Danicheff*, drama en cuatro actos y en prosa de Pierre Newsky. Nada diríamos de esta obra, tan conocida del público, á no ser por el lujo de la *mise en scène* y la exactitud y elegancia de los trajes de las actrices.

Hé aquí una descripción detallada de estos últimos:

Acto primero. Mme. Tessandier se presenta en este acto vestida de un espléndido traje que sacará de nuevo en el cuarto acto. Vestido Princesa, de raso color de malva, cubierto en parte de una estola con largas caídas bordada de lentejuelas color de malva y de esmeraldas enormes, y rodeada de volantitos de muselina. Cuello y aconchado de encaje blanco. (Croquis núm. 7.)

Mlle. Rosa Syma.—Vestido muy sencillo de paño sonrosado, cuya falda va circundada de tres tiras de terciopelo rojo, las cuales llevan por encima un galón estrecho de oro. El cuerpo va guarnecido de muselina blanca y encaje, sujeto con un cinturón ruso de metal. (Croquis núm. 8.)

Mme. Tessandier parece aficionada á las estolas. La que saca esta vez es de seda blanca, bordada de plata y ribeteada de cintas estrechas de terciopelo negro y de un volante de muselina color de malva, que guarnece también el vestido de raso Duquesa azul celeste. Una banda plegada de muselina de seda color de malva sigue el movimiento de la estola, y cae por delante hasta el borde inferior de la falda. (Croquis núm. 9.)

En el acto segundo, el autor nos transporta á un salón elegante de San Petersburgo, donde nos ofrece un conjunto exquisito de *toilettes*.

Mme. Tessandier ostenta un magnífico vestido de raso negro y azabache, de reflejos deslumbradores. (Croquis número 10.)

Mlle. Wanda de Boncza (princesa Walanoff) viste un traje adorable de terciopelo color de marfil. Falda ribeteada de piel, y cuerpo muy escotado, todo guarnecido de un volante ancho de encaje. Cola de claveles blancos y color de rosa por un lado, y cinturón ruso cuajado de pedrería. Las mangas, á pesar del escote, son, como lo exige la moda en las orillas del Neva, enteramente largas. El globo, cubierto de encaje, termina en un puño largo y estrecho, ribeteado de encaje. (Croquis núm. 11.)

Mlle. X... exhibe un traje de señorita, hecho de pekín blanco y guarnecido en el cuerpo, ligeramente escotado, con una caída de muselina de seda color de rosa. (Croquis número 12.)

Mlle. Bery sale deliciosamente ataviada de un vestido de terciopelo amarillo con cuerpo de piel de chinchilla, abierto sobre un peto bordado de pedrería y lentejuelas y una hebilla de metal. Mangas largas. (Croquis núm. 13.)

En el acto tercero, la encantadora Mlle. Rosa Syma viste de paño blanco, rodeado de cibelina en el cuerpo, con mangas caídas. Cinturón de metal. (Croquis núm. 14.)

Finalmente, en el acto cuarto, Mlle. Wanda de Boncza reaparece en un traje exquisito de paño *beige*, cubierto de aplicaciones de paño más obscuro. Cuerpo del mismo paño, abierto sobre un delantero de raso blanco, y cinturón del mismo raso con hebilla de *strass*. Las mangas son de paño liso.—Sombrero adornado con violetas y rosas, y con una *aigrette*. (Croquis núm. 15.)

Mlle. Rosa Syma viste de siciliana gris perla. El cuerpo, con botones de plata, y abierto sobre un peto de muselina de seda blanca, va adornado con solapas de guipur recortadas en puntas de almena. Este traje es lindísimo á pesar de su sencillez. (Croquis núm. 16.)

V. DE CASTELFIDO.

París, 8 de Abril de 1896.

EXPLICACIÓN DE LOS GRABADOS.

Traje de visitas.—Núm. 1.

Vestido de raso amoratado. El cuerpo va adornado con un canesú de azabache y cuentas de acero, y rodeado de un volante doble de muselina de seda plegada. El delantero del cuerpo, desde el canesú hasta la cintura, va plegado y guarnecido en medio con una tabla ancha, la cual lleva por adorno un golpe de azabache y acero con lluvia de cuentas. El cuello, plegado y adornado con rosáceas, va terminado en volantito de muselina plegada, que cae sobre el cuello. Las mangas, largas, son muy drapeadas. La falda lisa forma unos *godets* profundos á todo el rededor.

Sombrero para señoritas.—Núm. 2.

Este sombrero, de forma *canotier*, es de paja mordorada, y va adornado en la izquierda con varias plumas mordoradas y una *aigrette* de plumas, y en la derecha con un ramo de orquídeas.

Delantal de seda azul para té.—Núm. 3.

El babero, de muselina de seda, va enteramente ajaretado bajo unos tirantes de terciopelo negro. Lazo de cinta en los hombros. Tableados en forma de fuelles, de muselina. Bordado en el borde inferior.

Traje para señoras jóvenes.—Núm. 4.

Vestido de lanilla verde almendra. *Collet* de seda brochada negra y muselina de seda dispuesta en pliegues de acordeón, adornado con rosáceas voluminosas de tul blanco.

Este *collet* puede llevarse con todos los vestidos, y completa perfectamente un traje de calle.

Tela necesaria para el collet: 2 metros 50 centímetros de seda brochada, y 2 metros 50 centímetros de muselina de seda, de 30 centímetros de ancha.

Traje para señoritas.—Núm. 5.

Falda con *godets* y cuerpo de lanilla color de ceniza. Los adornos consisten en unos entredoses de guipur crema sobre viso de raso blanco.—Sombrero de paja, adornado con anémonas.

Tela necesaria: 6 metros de lanilla, de un metro 20 centímetros de ancho; 4 metros de entredós, y 7 metros de alpaca para el forro de la falda.

Traje para señoras jóvenes.—Núm. 6.

Vestido de raso negro, adornado con entredoses de guipur rebordados de lentejuelas negras: canesú y hombrera de guipur. Unos volantes de guipur van puestos en el borde de las mangas.

Los *mohairs* y las papalinas de lana podrán servir para ejecutar este modelo, en cuyo caso las solapas serán de terciopelo ó de seda. Los volantes que forman las hombreras, podrán ser de muselina de seda, de tul bordado ó de encaje.

Tela necesaria: 15 metros de raso.

Traje de calle para señoritas.—Núm. 7.

Vestido de lanilla color de musgo. La falda es lisa. El cuerpo, que forma chaqueta por delante, es de la misma tela, y va guarnecido con tirantes en la espalda y bordado de lanilla negra. Por delante se ve una pechera de blusa de terciopelo de verano, encarnado antiguo. Mangas del mismo terciopelo.—Sombrero de fieltro morado, estilo Luis XVI, adornado con cuatro rosáceas de terciopelo, matizadas de malva y violeta, con *aigrette* y ramos de violeta en el lado izquierdo.

Traje de paseo.—Núm. 8.

Vestido de terciopelo de verano verde antiguo. La falda es lisa, y el cuerpo termina por detrás en una aldeta ondulada, y por delante en un cinturón fijado con una hebilla de *strass*. Peto plegado de muselina crema, cubierto de guipur. Solapas de armure de seda crema, bordada de seda verde antiguo, y terminada en el pecho con dos rosáceas de terciopelo, reunidas por medio de una barreta de lo mismo. La parte de detrás de las solapas forma un cuello abarquillado.—Sombrero-capelina de tul blanco, ribeteado de una tira de tul negro bordado. El fondo, en forma de birrete, es de color de cereza. Pluma «coronel». *Aigrette* blanca y negra. Ramo de flores puesto sobre el rodete y bajo el ala, la cual va levantada por detrás.

Sombrero-tipo de la primavera de 1896.—Núm. 9.

Este elegantísimo sombrero es de muselina de seda negra ajaretada, y va adornado con plumas negras y rosas té. Collar de muselina de seda marfil y ramo de rosas.

Sombrero para señoritas y señoras jóvenes.—Núm. 10.

Es de paja negra, y va adornado con tul blanco bordado, plumas negras y cubrepeinetas de flores color de rosa de varios matices.

Gola de muselina de seda negra con bordes satinados.

Traje de luto para niñas de 11 á 12 años.—Núm. 11.

Vestido de crespón de lana de verano. Falda de campana, plegada por detrás y adornada con un bies de crespón inglés. Cuerpo-blusa fruncido en el borde de un canesú redondo, rodeado de una berta hecha de crespón inglés y abierta por delante. Cuello de crespón. Mangas con dos bullones en lo alto. Este vestido se cierra en la espalda bajo un pliegue.—Sombrero de paja negra adornado con un lazo de crespón inglés.

Camisa de dormir.—Núm. 12.

La pechera va fruncida sobre un canesú y cubierta de un fichú formado de plieguecitos á lo ancho, cuyo fichú termina en punta por delante y va adornado á cada lado con un bordado. Manga amplia y plegada por abajo con volante bordado.

Camisa de vestir.—Núm. 13.

Esta linda camisa es de batista blanca, y va guarnecida con hombreras de la misma batista, adornadas con un entredós y un volante de valenciennes. Alrededor del escote se pone un entredós y un encaje estrecho. Lazo de cinta de raso en el lado izquierdo.

Vestido de calle.—Núm. 14.

Falda y cuerpo de lana azul marino. Canesú de guipur blanco sobre viso de raso color de maíz. El cruce del drapeado del cuerpo, que es de la misma tela, convendrá principalmente á las personas esbeltas.

Tela necesaria: 8 metros de lanilla.

Vestido de ceremonia.—Núm. 15.

Este vestido es de faya negra con falda ancha y plegada. Alrededor de la falda van cuatro quillas de raso negro plegado, veladas de encaje blanco. En el cuerpo, unos delanteros de raso negro figuran una chaquetilla, y van cubiertos de encaje. En el lado se ponen dos lazos-escarapelas de raso blanco. Mangas abuecadas en lo alto y ajustadas desde el codo, terminando en un volante de encaje. Plumas de avestruz en el interior del cuello.

Cuello y alzacuello.—Núm. 16.

El cuello recto es de encaje plegado color crema y va cubierto de tiras de muselina de la India, ribeteadas de un encaje estrecho de valenciennes. Se une por delante al cuello un encaje de tul de 40 centímetros de ancho, dispuesto en un lazo marinero, al cual se unen dos caídas plegadas que tienen 90 centímetros de largo.

Acerico original.—Núm. 17.

La idea de este acerico es muy original. Sirve para clavar los alfileres largos de los sombreros. La manera de ejecutarlo es sumamente sencilla. Se toma una de esas copas altas y estrechas que sirven para el champagne; se la llena de salvado, y se cierra la parte superior con una almohadillita de algodón en rama cubierta de muselina Liberty. Pero antes de esto se corta un pedazo de muselina forrado de tafetán, que tenga la altura suficiente para cubrir completamente la copa y sobresalir por abajo formando un volante sobre el pie. En lo alto se reunen los pliegues, y se les pega con cola en el interior de la copa. Cuatro dientes ó puntas de *Arlequín* hechas de muselina, forrada igualmente de tafetán, forman como un cuello en el borde de la copa, y van pegadas á todo el rededor. Por encima de todo se pone el acerico, que va cubierto, según ya he dicho, de muselina Liberty forrada de seda, y que entra exactamente en la copa para disimular las partes pegadas. El acerico debe ir también pegado con cola, á fin de que no se levante cada vez que se saca un alfiler. Un lacito flotante de cinta sale de las puntas del cuello, otra cinta rodea el pie, y una rama de flores completa los adornos.

Traje de concierto para señoras.—Núm. 18.

Vestido de bengalina azul acero, guarnecido con una berta ancha de encaje y un cinturón de raso. Para vestido de calle se puede suprimir la berta y hacer el cuerpo alto con un cuello de raso plegado y adornado con un lazo.

Tela necesaria: 15 metros de bengalina, y 15 metros de forro de tafetán.

MISCELÁNEA,

POR LA CONDESA DE LIRIA.

La antigüedad del uso del té es objeto favorito de conversación entre los aficionados á beberlo. China reclama sus derechos en primer término. Por supuesto, se cuentan mil historias á propósito del origen del té; la siguiente es tan auténtica, y, por lo menos, tan interesante como todas las demás.

Según refieren las crónicas, la hija de un Emperador reinante estaba enamorada de un joven noble, pero que, no siendo de sangre Real, no podía aspirar á su mano. Contentábanse ambos con cambiar algunas miradas, y él, de cuando en cuando, cogía algunas flores, que encontraba siempre medio de hacer llegar á manos de su amada. Una tarde que la Princesa se paseaba en los jardines de Palacio, aprovechando que sus damas estaban distraídas mirando hacia otro lado, el galán le entregó un ramo de flores; pero la Princesa, en su temor de ser vista, las dejó caer, conservando tan sólo una ramita de hojas verdes. La guardó con amor, y en cuanto volvió á Pa-



8.—Traje de paseo.

lacio la colocó sobre su tocador en una copa de plata. Hacia anochecido le dió un ataque de sentimentalismo, y se bebió el agua en que se refrescaban las hojas. Tenía un gusto tan agradable, que la Princesa, después de apurar la última gota, se comió las hojas y el tallo. El sabor le gustó tanto, que todos los días, desde entonces, en recuerdo de su amante, se hacía traer hojas de aquel arbusto, las ponía en infusión y bebía el agua.

Las damas de la corte la observaron, y, por supuesto, copiaron al pie de la letra esta costumbre, que poco á poco fué extendiéndose por todo el reino, y así se estableció una de las más poderosas industrias de China.

Dícese que la fecha del sentimental origen del té fué tres mil años antes de Jesucristo.

La Reina de Holanda, la Reina niña, puesto que apenas cuenta doce años, es objeto de muchas conversaciones. Hemos oído contar dos anécdotas referentes á ella, que seguramente nuestras jóvenes lectoras oirán con gusto.

La pequeña Soberana tiene un aya inglesa encargada de sus estudios y algo severa, á juicio de su joven Majestad.

Un día que la lección de Geografía había dejado bastante que desear, el aya dió por castigo á su augusta discípula que copiase el mapa de Europa. La Reina—¡niña al fin!—se vengó de su aya, presentándole un mapa en que todas las naciones tenían exageradas dimensiones, mientras que Inglaterra sólo era un pequeño punto rojo que flotaba en el mar.

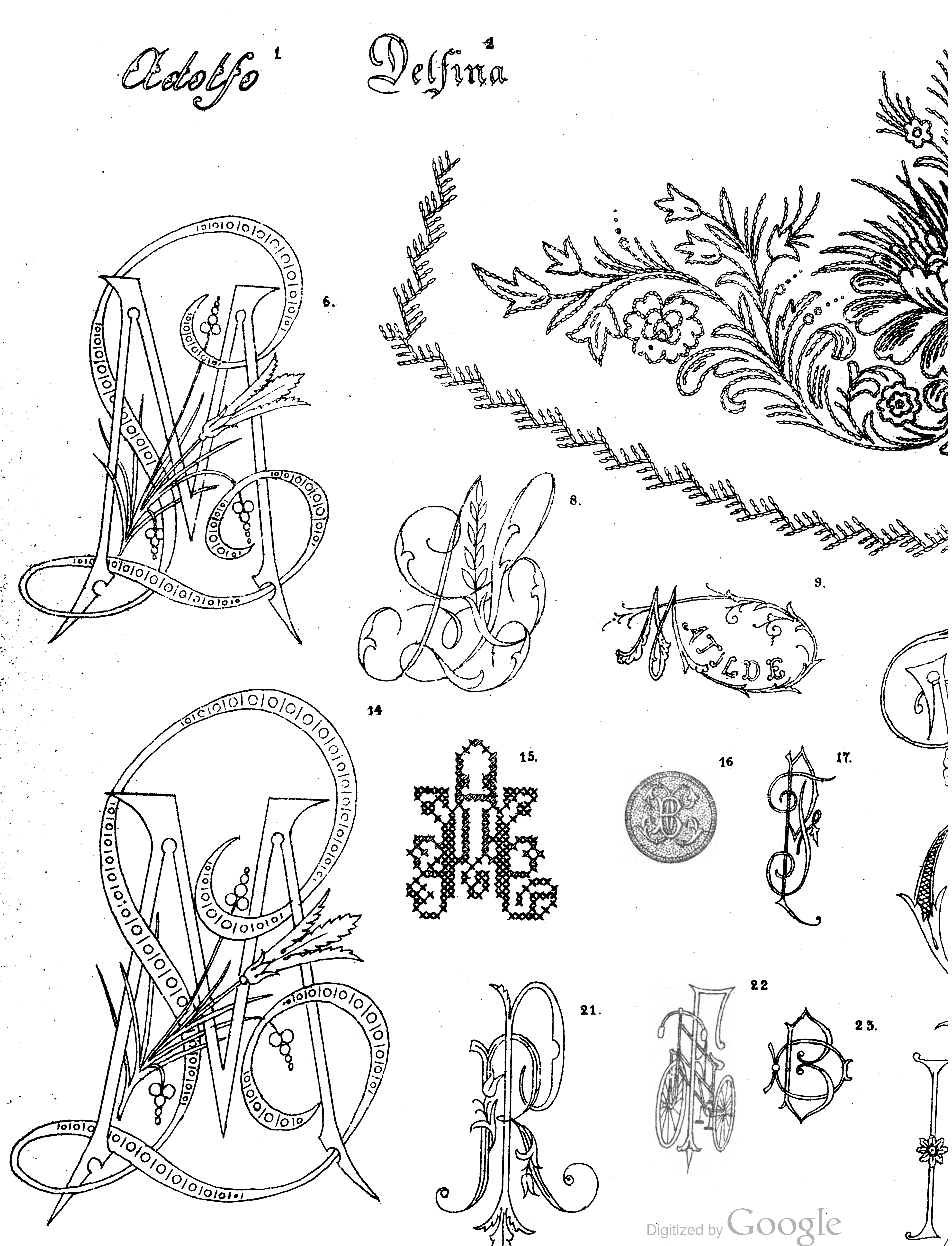
Otro día llamaba S. M. á la puerta del cuarto de su madre.

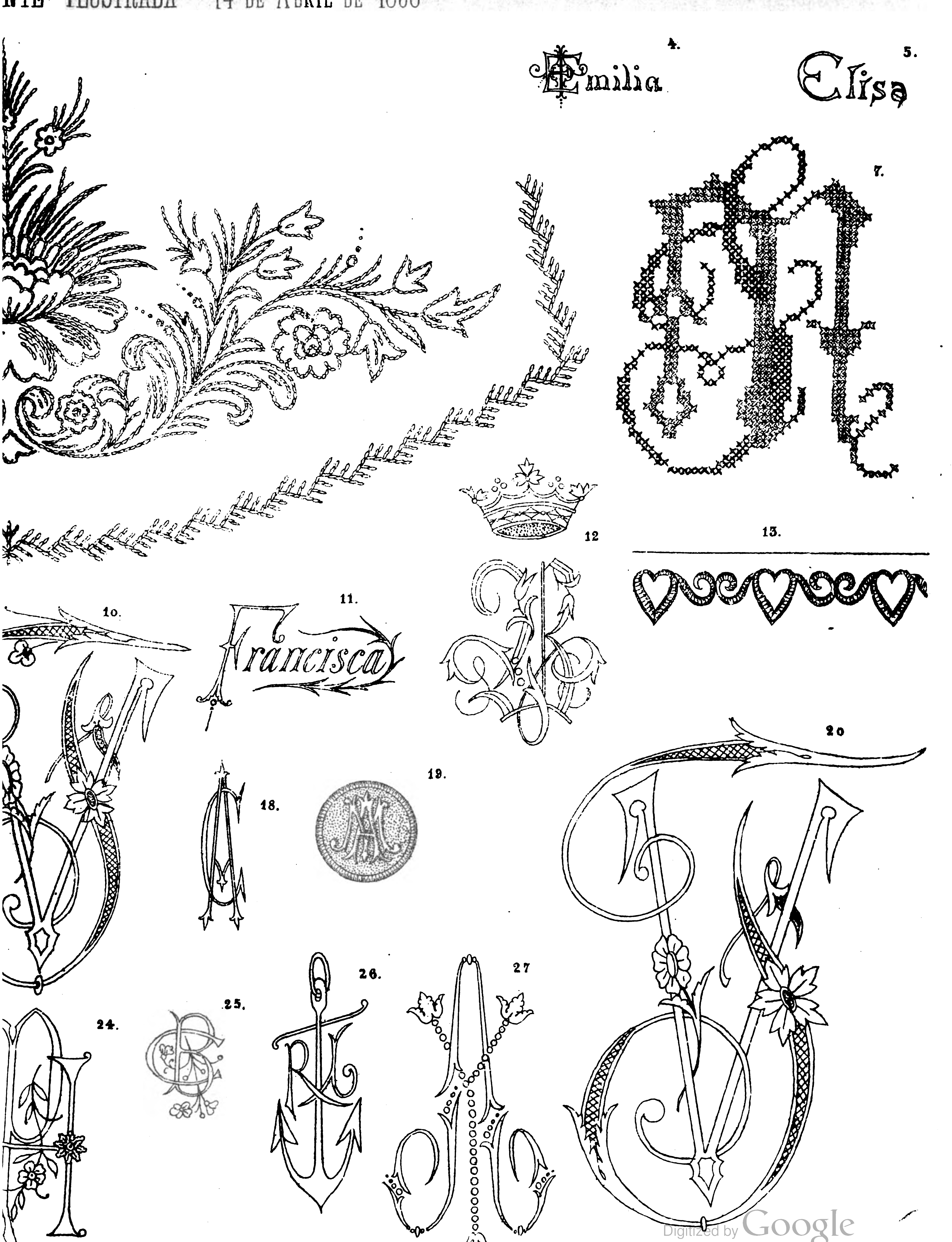
—¿Quién es?—preguntó ésta.

—La Reina de Holanda—replicó la niña.

—No la conozco—contestó su madre, que se ocupa de su educación hasta en los más mínimos detalles.—Que le digan que estoy ocupada.

—Mamá—replicó inmediatamente la pequeña Soberana,—es tu hijita querida, que desea darte un abrazo, ¡y que te quiere tanto, tanto!


Adolfo 1
Delfina 2
6.
8.
9.
MATILDE
14
15.
16
17.
21.
22
23.


4.
Emilia
5.
Elisa
7.
12
13.
10.
11.
Francisca
20
18.
19.
24.
25.
26.
27



9.—Sombrero-tipo de la primavera de 1896.

—¡Eso es otra cosa!—replicó la Reina madre.—Mi hijita puede pasar.

No hace muchos días entraba en un tranvía de Londres una joven pobremente vestida, envolviendo entre los pliegues de su manteleta un bulto, que se agitaba sin cesar. El tranvía estaba lleno de obreros que se retiraban del trabajo, y la joven tuvo que permanecer de pie.

—Cállate, queridín, y estate quieto—repetía con voz triste y fatigosa cada vez que el bulto se movía.

—¿Por qué alguno de ustedes no le deja el sitio á esta pobre infeliz y á su niño?—preguntó un individuo muy gordo que iba en pie sujetándose á una correa.

Dos ó tres hombres se levantaron, é insistieron para que la joven se sentase. Esta se dejó caer en el asiento ofrecido, dió las gracias al hombre que se lo cedía, y un horroroso perro ratonero sacó entonces la cabeza de entre los pliegues de la manteleta, se sentó en su falda y empezó á ladrar al señor gordo.

En Alemania se ha ideado un nuevo sistema de etiquetas, nada menos que para marcar niños. Las familias que tienen numerosa prole, y que, por lo tanto, en paseos y calles muy concurridas les es difícil no perderlos de vista, han decidido poner de moda una cinta, que va cosida en parte visible del vestido, con el nombre del niño y las señas de su domicilio, tejido en letras de molde.

El amor que la esposa de Mr. Gladstone profesa á su esposo es proverbial y digno de ser copiado. Un día de verano que el ilustre hombre de Estado debía hablar al aire libre en Greenwich á un auditorio un tanto hostil, la amante esposa le ganó el campo, colocándose al lado de él con una gran sombrilla para proteger su blanca cabeza de los rayos del sol abrasador. En lugar de los silbidos, de los gritos y hasta de los proyectiles que se le preparaban, el auditorio, conmovido ante tan cariñosa pareja, sólo pudo gritar: «¡Viva el matrimonio modelo! ¡Viva el más grande de los hombres y la mejor de las mujeres!»

MI ESPOSA OFICIAL.

Continuación.

Mientras que hablaba, no había dejado yo de mirar aquel gracioso semblante que, bañado en lágrimas, imploraba mi compasión. ¿Qué hombre hubiera podido resistirlo? Yo no sé si habrá alguno; pero de mí sé decir que sentía levantarse en el fondo de mi alma un sentimiento de admiración grandísimo para aquella mujer que en beneficio de su país exponía su libertad y su vida. Todo el quijotismo innato en nuestra raza habló en mi sér para decirme que debía poner de mi parte cuanto pudiera para salvar á aquella mujer, y obedeciendo á este sentimiento contesté á Elena:

—Basta ya de lágrimas. Haré la declaración, y continuará usted siendo *mi esposa oficial*.

—¿Entonces no siente usted mucho el que yo no sea la mujer de Gabriel de Valdenegro?—añadió ella en el tono zumbón y alegre que le era habitual, y desplegando aquella gracia y coquetería con las que fascinaba á todo el mundo.

—A Dios gracias, no es usted la mujer de ningún amigo mío—repliqué yo.

Al decir estas palabras sonó un golpe en la puerta, y el secretario del hotel se presentó con el libro registro para hacer la anotación de mi pasaporte, é *hice la declaración*.

Cuando el empleado salió del cuarto, miré á mi Circe, que, recostada en el marco de la chimenea, me miraba á su vez con aire de triunfo.

—Ahora—dijo con su airecito de niña mimada:—ahora que sabe usted ya que no soy la mujer de Gabriel, ya no se ocupará usted tanto de mí.

—Muy al contrario; me ocuparé de usted muchísimo más—exclamé yo levantándome y dirigiéndome hacia ella: pero Elena, dando un pequeño grito y ligera como una corza, se lanzó á su cuarto, cerrando la puerta tras de sí.

Al quedarme solo, me dirigí á la mesa que había quedado puesta, y cogiendo una copa de champagne la llevé á mis labios, diciendo al mismo tiempo: *A la salud de mi boda oficial;* después me arrojé sobre una butaca, en medio de una carcajada que procuraba creer que era de alegría, pero que no tenía más objeto que el procurar engañarme á mí mismo haciéndome olvidar que era el criminal del día, el *déclassé*, el fugitivo de la policía secreta, un hombre, en fin, arruinado, perdido y desesperado.

LIBRO II.

UNA LUNA DE MIEL TERRIBLE.

CAPÍTULO VII.

No sé cuánto tiempo duró mi meditación. Probablemente sólo algunos minutos. Un golpe dado en la puerta me hizo volver á la realidad. El criado entró, llevando en una bandeja dos tarjetas: una con el nombre de Boris Weletsky, teniente en la Marina imperial, y otra con el de Alejandro Weletsky, mayor de la Guardia.

—Que pasen—dije al criado.

A mi vez dí un golpecito en la puerta del cuarto de Elena para anunciarla la visita. Un momento después los dos caballeros entraban en el salón. Los dos con sus respectivos uniformes, eran hermosos tipos de la raza eslava. Boris, de aspecto más serio que su hermano, pero de fisonomía más franca y varonil. Alejandro, mucho más atildado en su reluciente uniforme, de expresiva y movible fisonomía, y de ojos negros muy brillantes, daba á entender fácilmente que su ocupación favorita debía ser el destrozar los corazones de las bellezas de San Petersburgo.

Después de los naturales saludos, Boris entabló la conversación excusándose de la hora en que habían venido á hacer su visita.

—Era tal nuestra impaciencia por venir á conocer á ustedes y ponernos á sus órdenes, que no hemos reparado, ni Sacha ni yo, en que á esta hora más bien desearán ustedes descansar que recibir á sus parientes.

—De ninguna manera. Acabamos de comer y les esperábamos á ustedes, pues ya nos había anunciado Constantino su visita.

—¿Y no tendremos el gusto de saludar á nuestra prima?—preguntó Alejandro.

—Ciertamente, dentro de un momento estará aquí.

—Tal es la descripción que nos han hecho de ella—dijo Boris,—que Sacha no puede dominar la impaciencia que tiene por conocerla.

—¿Y le llaman á usted siempre por un diminutivo de su nombre, á usted, un gigante?—dije yo mirando los seis pies de estatura de Alejandro.

—Es la costumbre en Rusia—replicó sonriéndose:—mis enemigos me llaman Alejandro, y mis amigos Sacha. Espero, Coronel, que usted será de estos últimos y querrá llamarme así.

La puerta del cuarto de Elena se abrió, y ésta apareció en el dintel. Había oído las últimas palabras del oficial, y dirigiéndole un saludo con la cabeza, añadió:

—Y yo también.

—Lo cual será un gran placer para mí, *prima*—dijo Sacha levantándose de su asiento.

Y con la impetuosidad propia de su carácter, y según la costumbre de su país, estampó en la mejilla de mi esposa oficial un beso que á mí me pareció demasiado cordial para dado entre primos. Boris también saludó á Elena del mismo modo, aunque no tan expresivo.

Desde luego comprendí que la belleza de mi compañera se había apoderado de los dos jóvenes, lo cual se traducía en las miradas de asombro que se dirigían mutuamente mientras que volvían á sentarse.

Sacha, por fin, explicó su pensamiento con estas palabras:

—¿Y pretendes, prima, hacernos creer que eres una abuela?

—Ahora ya no me extraña—añadió Boris—que hayamos oído hablar de ti en la ópera esta noche, Laura.

—¿En la ópera? ¿Y quién hablaba de mí?—dijo Elena contestando en seguida, según observé con rabia interior, al nombre de mi verdadera mujer.

—A los Palikoff, á los Preobrashensky y al príncipe Oboresky. Todos los que estaban en la estación cuando llegaste.

—¡Ah! sí; ya recuerdo que he tenido el gusto de conocerlos. ¿Y qué decían de mí?

Pero interrumpiéndose á sí misma, dijo:

—No, no. Veo que van ustedes los dos á hablar á la vez, lo cual indica que es un cumplimiento, y no me gustan éstos de segunda mano.

—¡Pero si es un epigrama!—contestó Boris.—Y el viejo Oboresky se considerará un desgraciado si no se repite.

—Entonces, dímelo tú—dijo Elena dirigiéndose á Sacha.

Este se apresuró á complacerla.

—La frase es ésta: «He encontrado hoy en la estación una mujer que, *¡parbleu!*, resultaba hermosísima después de dos días de ferrocarril; figúrense ustedes lo que sería esa mujer antes de ponerse en camino.»

Mi *esposa* y yo no pudimos menos de reirnos al oir aquella frase.

—¡Y pensar—siguió Sacha—que, si no hubiera estado yo hoy de guardia, habría ido seguramente á la estación y te habría conocido cuatro horas antes!

—Es verdad—replicó Elena;—ya estoy enterada de tus relaciones con la más joven de las Palitzin.

Me pareció que esta observación no hizo mucha gracia al joven oficial y que, por el contrario, procuró cambiar la conversación.

Boris y yo quedamos algo más separados hablando de la sociedad de San Petersburgo, mientras que Elena y Sacha sostenían animado diálogo, del cual no podía yo enterarme.

Boris hablóme largamente de mi hija, asunto que, como me interesaba en grado sumo, hacíame olvidar todos los demás, hasta que el joven oficial añadió, levantándose para despedirse:

—Tal vez no sepas aún que Margarita debe salir pasado mañana de su castillo de Rjasam, y que, por lo tanto, pronto la tendremos entre nosotros.

—¿Mi hija aquí?

—Sí; llegará dentro de tres días. Supongo que te alegrará la noticia, puesto que no la has visto desde hace cerca de dos años.

Afortunadamente, Boris ya de pie, se volvió para llamar la atención de Sacha, y no pudo observar el efecto que me causó la nueva que me daba.

Alejandro, entretanto, se despedía de Elena con estas palabras:

—Mañana volveré á verte, prima, y espero venir solo para no tener que sufrir las impaciencias de un hermano que está ya deseando verse delante de una de las mesas de *baccara* del Yacht Club, y por lo tanto podremos hablar más largamente.

—¡Qué manera de achacar á los otros los vicios propios!—replicó Boris sonriéndose.

Y á propósito del círculo: Constantino ha hecho inscribir en él tu nombre, Arturo; de modo que espero que pasaremos allí algunos ratos juntos.

Después de estas palabras se retiraron los dos jóvenes, dejándonos de nuevo *al matrimonio* frente á frente.

Las coqueterías de Elena con Sacha habían excitado mi cólera en gran manera, y en el acto busqué un pretexto para desahogar mi mal humor, diciéndola:

—He notado que se ha permitido usted usar otra vez el nombre de Laura, el de mi verdadera mujer.

—Perdone usted—me replicó.—Es preciso, para nuestra seguridad, el que yo conteste á ese nombre; pero si se va usted á encolerizar por ello, haga el favor de cerrar antes la puerta. Puede usted levantar la voz, lo cual seguramente nos sería poco conveniente.

Dí un empujón á la puerta, que se cerró con estrépito, y luego proseguí:

—Supongo que le sería á usted agradable que yo también la llamase Laura.

—Sería lo mejor; pero tal vez al hacerlo se comprometería usted con su conciencia: llámeme usted Elena; pero advirtiendo á sus parientes y amigos que es un nombre de cariño que usted me ha puesto.

—¡Conciencia!—grité yo cada vez más exaltado.—¿Y qué tiene que ver la conciencia con todo esto?

Me miró algo confusa, y luégo dijo:

—No sé; pero creí que algo tendría que ver en el caso de usted.

—Sí, efectivamente; sí que tiene que ver, y mucho, porque es un caso de conciencia el que mañana venga á ver á usted la mujer de Constantino creyéndola mi esposa, y que como tal puede usted tener entrada en su casa. Pero eso no sucederá—proseguí completamente decidido—mientras que no haya yo explicado toda la situación al mismo Weletsky en persona.

—Eso significaría la ruina de usted y la suya—me contestó Elena en seguida.—Constantino, siendo como es una persona con carácter oficial, no tendrá más remedio que revelarlo todo á la policía; y si no lo hace resultará tan criminal como nosotros, y al averiguarse todo serían confiscados sus bienes y su nombre borrado de los libros de la nobleza. Dígale usted nuestra historia, y lo coloca usted en seguida ante el siguiente dilema: ó lo pierde á usted denunciando todo á la policía, ó se pierde él y toda su familia por callarse, sin que por esto quedemos nosotros á salvo.

La lógica de este razonamiento era palpable, y se imponía en beneficio de Constantino el que yo no le dijera una palabra.

Elena leyó en mi semblante la impresión causada por su argumento, pues con un acento algo más tranquilo me preguntó, pasados algunos momentos:

—¿Qué resuelve usted al fin? ¿Ha desistido usted ya de informar á la policía? ¿Puedo seguir aún por un par de días siendo su esposa oficial?

—No—grité volviendo á mi cólera:—ni por unos días ni por media hora más. Mi honor no me permite continuar esta farsa más tiempo.

—¿Adónde va usted, Arturo?—me preguntó temblando al ver que cogía mi sombrero y me dirigía hacia la puerta.

—A saludar á nuestro común amigo el barón Friedrich—contesté brutalmente.

—Entonces, y antes de que usted se vaya, permítame que me despida de usted, y que le pida perdón por todos los disgustos que le he ocasionado, y puesto que no hemos de vernos más.....

—¿Qué quiere decir eso?

—Una cosa bien cierta. A usted no le permitirán salir del despacho del Barón, y yo ya comprenderá usted que antes de caer en manos de la policía he de preferir que sólo encuentren mi cadáver. Por eso deseo que usted me perdone antes de que nos separemos para siempre, y que me permita usted estrechar su mano para demostrarme que no me guarda usted rencor.

Al mismo tiempo cogía una de mis manos en las suyas y la cubría de lágrimas, mientras que yo instintivamente me separaba de la puerta, porque sus últimas palabras no eran las más á propósito para animarme á hacer la visita del Barón.

—Dígame usted una palabra de perdón—continuó Elena;—¿no es verdad que es así, que usted me perdona?

—Sí—suspiré yo.

—Usted, usted me guarda rencor porque he coqueteado algo con ese oficial de la Guardia. ¿Cree usted que puedo yo amar á ese hombre ni á ningún otro que sea ruso: yo, que no pienso más que en la perdición y la ruina de todos ellos; yo, cuya madre fué.....?

Un sollozo cortó la voz en su garganta; pero con la energía que le era propia se repuso en el acto, para continuar:

—Mis asuntos de familia no le interesarían á usted: pero mis asuntos políticos tiene usted derecho á conocerlos, y tal vez le sea útil el estar enterado de ellos, en el caso en que desista de su visita al Barón Friedrich esta noche. Las comunicaciones entre los centros de nuestra sociedad en Rusia, y los de fuera de esta nación, han sido descubiertos por la policía, que conoce hoy en día nuestra cifra secreta y los medios con que contábamos para que nuestros despachos cruzasen la frontera. Si no podemos restablecer las dos cosas, nuestra causa puede considerarse como perdida, y para que esto no sea así es por lo que, arrostrando todos los peligros, he venido hasta San Petersburgo. En este momento supremo estoy en poder de usted, y en sus manos está mi vida, mi honor, en fin, todo. Si es usted un hombre de corazón, sea usted compasivo: si no, haga usted de mí lo que mejor le plazca.

Miré aquella cara tan bella á través de sus lágrimas, y cogiendo de nuevo mi sombrero me dirigí otra vez hacia la puerta.

—¿Va usted á ver al Barón?—me preguntó al ver mis movimientos.

—No—respondí;—voy al Yacht Club.

—Dios le bendiga á usted—exclamó juntando las manos en señal de gratitud.—Ya sabía yo que siempre encontraría en un español un caballero.

Salí del cuarto y bajé las escaleras sin encontrar á nadie en ellas, indudablemente por lo avanzado de la hora.

Todo me parecía cambiado. El espectro del miedo me perseguía, y á cada paso me parecía ver levantarse una mano para arrestarme como á un criminal que era.

En el zaguán del hotel, uno de los criados se adelantó, sonriente, para preguntarme si había perdido algo de mi equipaje. En aquella sonrisa me pareció ver algo intencionado. ¿Sería aquel criado un individuo de la Tercera sección?

—No—contesté secamente; y luego le dí orden de que me hiciese conducir al Yacht Club.

Sin duda el nombre de este círculo, exclusivamente aristocrático, no dejó de impresionarle, porque con toda actividad se ocupó de encontrarme un coche y dar las señas al cochero. Al bajar las escaleras del peristilo, otros dos criados me saludaron, y luego se dijeron algunas palabras al oído. ¿Serían aquéllos también de la policía? Algunos minutos de rodar por entre los edificios de granito de la Prespectiva Nevsky bastaron para llegar á la Gran Morskaja, y encontrarme á la puerta del club más elegante de San Petersburgo. Pagué al cochero, el cual me dirigió un profundo saludo y unas miradas que me parecieron sospechosas, y entré en el edificio.

Mi carta de admisión me estaba esperando gracias á la bondad de Constantino Weletsky, y un instante después me hallaba en los suntuosos salones donde se congregan los hombres más ilustres que encierra la ciudad del Czar. Apenas hube dado una vuelta, admirando lo espléndido de la decoración, el lujo de uniformes y el *confort* y riqueza que todo aquello indicaba, cuando se adelantó hacia mí Boris, con su sonrisa franca y abierta y su ademán elegante y distinguido.

—¿La señora está cansada, eh? y te has decidido á venir á hacernos una visita. ¡Cuánto me alegro de que así sea! Sacha está ya ocupado—prosiguió señalando la mesa del *baccara;*—pero antes de ir á verlo es preciso que te presente á varios de mis amigos, de los cuales ya eres conocido, porque la belleza de tu mujer ha hecho ya tu reputación.

Con esto me presentó á una infinidad de personas, de las que recibí todo género de amabilidades y ofrecimientos, sin exceptuar el consabido champagne helado, bebida favorita de los rusos.

Después de un rato de conversación, nos acercamos á la mesa en que jugaba Sacha, el cual gritó al verme:

—Mi querido Coronel, ven á traerme un poco de suerte, porque la mía ha desaparecido por completo esta noche.

—Afortunado en amores, desgraciado en el juego—dijo un joven oficial que se encontraba á su lado; lo cual me demostró que la opinión general consideraba al joven comandante de la Guardia como un conquistador temible.

—Ten cuidado, Sacha—dijo Boris;—si sigues jugando de esa manera no tardará en llegar á noticias del Czar, y ya sabes que no quiere que sus oficiales se distingan en las mesas de juego.

—¡Psch!—contestó Sacha;—ninguno de los caballeros aquí presentes iría á denunciarme, y en cuanto á los criados.....

—La mitad de ellos son espías—interrumpió Boris.—Por lo tanto, ten cuidado.

L. B.

Continuará.



10.—Sombrero para señoritas y señoras jóvenes.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR.

Exclusivamente serán contestadas en este sitio las consultas que, sobre asuntos propios de las secciones del periódico, se sirvan dirigirnos las Señoras Suscriptoras á la edición de lujo y á la 2.ª edición, demostrando esta circunstancia con el envío de una faja del periódico, ó por cualquier otro medio.

Las consultas que se nos dirijan en *carta anónima*, ó que vengan firmadas por personas que no demuestren debidamente ser suscriptoras á las citadas ediciones, no serán contestadas.

Una Flor marchita del mes de Abril.—El luto de viuda es el más largo y riguroso. Se lleva de rigor dos años, uno con manto. En el segundo ya puede usar sombrero de crespón inglés.

Las visitas de etiqueta no se hacen hasta pasados diez y ocho meses de luto.

Los criados llevan un año el luto riguroso.

Pasados los dos años, podrá usar traje negro, pero en éste elegir los tejidos y dibujos que prefiera, pues todo cabe siendo el traje negro.

Su carta está perfectamente dirigida.

A Moraima.—Tengo el gusto de indicarle dos modelos lindísimos y elegantes para los trajes cuyas muestras me remite. El grabado 16 del número de 22 de Marzo último es muy á propósito para el de seda á rayas, cuya combinación resultaría elegantísima haciendo la falda toda del mismo tejido; y puesto que no tiene tela suficiente, podrá combinarlo haciendo el cuerpo todo gris de gasa, con viso de fular del mismo tono. De este modo resultará un traje elegante.

El croquis núm. 5 de la *Revista Parisiense* del número pasado es á propósito para el traje á cuadritos, haciendo la falda, si tiene bastante, de la tela á cuadritos, y el cuerpo de sarga color nutria, con peto y vueltas de cuello de terciopelo nutria; y si no, falda lisa de sarga nutria, y cuerpo del tejido á cuadros.

Las blusas no estarán tan en boga como el año anterior, pero se seguirán usando por ser una prenda muy cómoda y de fácil arreglo para cualquier *toilette*. En éstas se buscará la armonía con la falda que se use.

Los cinturones que más se llevan son los de cinta ó tejido drapeado de igual color que la *toilette*.

Tenga la bondad de leer mi contestación dirigida *A una Ciclista apasionada* y á *Mandolinata*, y verá la descripción de los sombreros, pajas y adornos de los sombreros más de moda.

En los grabados de nuestro periódico le será fácil elegir un peinado que siente bien á su fisonomía. La oreja no se lleva ya apenas cubierta.

Para impedir que el contacto del aire obscurezca la piel, dése diariamente en la cara, al tiempo de recogerse, con clara de huevo batida á la nieve.

Á María.—Es buen modelo para la confección del traje á cuadritos la segunda figura del figurín iluminado del 6 de Febrero último, poniéndole como adorno el cuello cuadrado, en vez de terciopelo rojo, de faya del color del fondo del tejido. Pechero plegado de la misma tela. Cinturón de lo mismo.

Toda clase de tejidos ligeros se llevarán este verano; pero no puedo asegurarle que el dibujo de la muestra que me remite esté de moda, por haberse usado ya en años anteriores.

Esta clase de tejidos no se forran, sino que se ponen sobre fondo de falda.

Para la confección de este traje es bonito modelo el grabado 31 del número antes mencionado.

Conviene que el cuerpo, forma blusa, que ha de servirle para distintas faldas, sea de seda de dos tonos, claro y obscuro en fondo marrón, con dibujo oro ó azul marino, ó también negro y blanco, porque dice bien con todo y es muy de moda.

Esta clase de cuerpos van metidos dentro de la falda, con cinturón, porque son de forma blusa.

Los relojes pendientes de la cadena larga se usan metidos en la cintura, y á fin de que la pedrería que guarnece las tapas del reloj no se estropee, se preserva llevándolo metido en una bolsita de gamuza; es más elegante llevarlo prendido de un broche en el pecho. Los hay propios para este objeto.

La *salsa á la vinagreta* se hace así:

Se pica muy menudo una cebolla, bastante perejil, dos huevos duros. Aparte se bate mucho tiempo aceite de Valencia con algunas gotas de agua templada, y cuando el aceite está muy espeso á fuerza de batirle, se le echa todo el picado, añadiéndole después un poco de pimienta molida y el vinagre que se quiera: se vuelve á batir hasta que quede la salsa muy espesa.

Á una Muchacha sencilla.—La limpieza de pieles es operación difícil. Sólo los peleteros deben hacerla, sobre todo tratándose de la piel á que se refiere, que es de las más delicadas.

En la actualidad, el damasco antiguo se utiliza para hacer magníficas colchas, de preferencia al moderno; pero aun no he oído que se le dé la aplicación que dice: por lo tanto, mi consejo es que deje para más adelante el utilizarlo de ese modo.

Los pianos se cubren con magníficas telas antiguas, *peluche* bordado ó un mantón de Manila recogido á los lados con moños del mismo tejido y *chou* de cinta de raso que forme una especie de *draperie* elegante.

Es preferible para salmón la pasta hojaldrada, mejor que la del timbal, que se hace de la manera siguiente:

Sobre una tabla se pone un kilogramo de harina; se forma un hueco en medio, en el que se echan 30 gramos de manteca de vacas fresca, dos claras de huevo y dos vasos de agua. Se une todo y se forma la pasta. Se deja reposar durante media hora, se extiende y se cubre con una libra de manteca. Se pliegan los dos extremos de la pasta sobre la manteca, de manera que quede bien cubierta, y se le da dos vueltas á la pasta. Para esto se extiende á lo largo con el rodillo, hasta que no tenga más de un dedo de espesor, y se dobla en tres pliegues. Se le da otra vuelta á fin de que lo que se encontraba á uno de los lados se halle delante. Así se completa una vuelta entera. Se repite esta operación y se vuelve á dejar reposar la pasta. Cuando el horno empieza á calentarse, se le dan otras tres vueltas. En esta pasta hay tanta manteca como harina, y exige cinco vueltas. Si se pusiese más manteca, se necesitarían seis vueltas.

Después se vierte en un molde á propósito, teniendo la precaución de untar el molde con manteca y calentarlo antes de verter la pasta; luego se mete en el horno fuerte. Si el hojaldre está bien hecho, es preciso que levante mucho á poco tiempo de estar en la tartera. Debe cubrirse con un papel blanco á fin de que la superficie no tome demasiado color.

Cuando el pastel está en su punto, se retira del fuego. Se deja enfriar un poco para quitar el redondel de la superficie, y entonces se rellena del modo siguiente: Se escoge un gran trozo de salmón fresco, se escama, y se le pasa un paño limpio. Se envuelve en un papel de barba blanco con bastante manteca de vacas fresca, un poco de aceite crudo fino, sal, un poco de pimienta y jugo de limón. Se pone á asar en la parrilla, y cuando lo está se hace trozos y se rellena el pastel, vertiéndole por encima una *béchamel* si le agrada. Después se le pone la tapa y se mete en el horno diez minutos antes de servirlo, cubierto con un papel blanco.



11.—Traje de luto para niñas de 11 á 12 años.

12.—Camisa de dormir.

13.—Camisa de vestir.

14.—Vestido de calle.

15.—Vestido de ceremonia.

16.—Cuello y alzacuello.

17.—Acerico original.

18.—Traje de concierto para señoras.

Á una antigua Suscriptora.—Para la confección de la talma de paño que quiere hacer, encontrará bonitos modelos en nuestros números de 14 de Marzo (grabados núms. 4, 14 y 12) y en el del 6 de Febrero (primera figura del figurín iluminado), y en los grabados 14 y 15 del de 6 de Abril de 1896, cuyos modelos podrán copiarse en paño ó en seda, según prefiera.

En mi contestación, dirigida *A una Navarra*, publicada en el núm. 10 de La Moda Elegante del año corriente, explico la confección de un lindo *collet* de paño, á propósito para señorita.

Para más vestir puede hacerse talma en color cambiante, de seda negra con blanco, ó negra con malva.

El *barége* negro mate es muy propio para traje de luto; y si éste no fuera muy riguroso, podrá elegirlo con dibujo.

Además de esta clase de tejido podrá usted elegir en los *gaufrés*, que los hay lindísimos en distintos dibujos.

Desde luego son más de moda las chaquetitas.

Los tejidos de que me habla se llevarán, pero no tanto como el año pasado.

Las alpacas estarán muy de moda.

Sra. D.ª Juliana M.—He oído recomendar mucho para hacer el calzado impermeable, así como toda clase de correajes, capota de carruajes, etc., la grasa Non, que se vende en casa de Cesáreo y Villaverde, calle del Duque de Rivas, núm. 6.

En el próximo número tendré el gusto de darle la receta para guisar el ganso.

Á María Rosa.—Para el traje de cuya tela me remite muestra será buen modelo el grabado núm. 11 de La Moda de 14 de Enero del año actual, haciendo la falda y las mangas del tejido de la muestra, el cuerpo, cinturón y cuello de *glacé* del mismo punto de color que el jaspeado azul que forma el tejido sobre las solapas tul bordado color crema.

Á Berenguela.—Habiendo dado esos señores parte de boda y hecho ofrecimiento de casa, al cambiar su domicilio de nuevo á la misma población donde vivían cuando efectuaron su enlace, no deben tomar la iniciativa en las visitas, mucho menos cuando han sufrido pérdidas de familia, por lo visto de personas muy allegadas, por lo que deben guardar riguroso luto.

Este, mientras dura todo su rigor, no permite hacer visitas de etiqueta.

En conclusión, esos señores deben esperar á que les visiten, tanto por la vuelta á la población donde anteriormente habitaban, como por el pésame que deben recibir de sus relaciones.

Plutôt mourir que laisser l'Espagne.—Me permito aconsejar á usted que desista de dedicar su libro á la persona que indica; pero si insistiese usted en hacerlo, verifíquelo en la forma corriente y acostumbrada en tales casos, teniendo en cuenta el tratamiento que corresponde dar á aquélla.

J'aime a Auguste.—Para corregir en todo ó en parte el defecto físico de esa señorita, no creo que pueda emplearse otro medio que el de la gimnasia. Pero ésta ha de hacerse según plan trazado por un buen médico, en el cual estarán indicados los ejercicios convenientes para conseguir lo que se propone.

Si á esto añade vida higiénica al aire libre, buen cuarto de dormir, baños y cuanto se necesita para robustecer el cuerpo y estimular el apetito, no dudo de que conseguirá muy satisfactorios resultados.

No se fíe de medicamentos de curanderos ni de remedios caseros, porque serán de todo punto inútiles y algunos perjudiciales.

El Ebro y el Guadalquivir.—Con el *smoking* se usa corbata blanca ó negra, á elección.

Un muchacho joven debe preferir la blanca. Su forma debe ser de las de frac.

A la ceremonia matrimonial las señoritas jóvenes asisten con traje claro y mantilla blanca. Las señoras llevan traje de color más ó menos vistoso, según la edad, no haciéndose indispensable la *toilette* negra. Con estos trajes se usa sombrero.

Á una Llorona.—Al novio corresponde elegir el padrino y á la novia la madrina. Esta es la costumbre.

Á una Ciclista apasionada.—La capota es el acompañamiento de las *toilettes* de paseo para las señoras de cierta edad. Se usan con ó sin bridas. En caso de llevarlas, éstas deben ser estrechas y cruzadas, no anudadas, sujetando los extremos con alfileritos fantasía finos ó imitados.

En sombrero grande está muy de moda la forma Trianón, de paja de arroz negra muy fina, vuelta de un lado por una cinta de tafetán verde gris, velada por tul verde tallo. La *draperie* se enrolla muy floja alrededor del borde del sombrero. En un lado, hacia detrás, se eleva un gran penacho de plumas negras mezcladas de *aigrettes*. Una alhaja fantasía antigua cubre el pie de las plumas. Una peina muy doble y vaporosa de tul verde tallo cae sobre el peinado.

Es elegante también la capelina de paja de arroz negra rodeada de tul cereza, dispuesta en forma de *ruche* muy tupida velada por tul negro. Dos largas aceitunas de azabache sostienen esta *draperie* hacia delante. Gran lazo muy alto de cinta cereza mezclada de plumas cuchillo negras, y amplia peineta de rosas Rey mezcladas con su follaje, forman un elegante conjunto.

Para jovencita es elegante el sombrero de hierbas, muy original y juvenil, guarnecido con un penacho de margaritas mezcladas con *muguet* y rosas silvestres.

A una Americana.—Los trajes marinos siguen siendo de moda para los niños de tres á doce ó trece años de edad. Puede elegir el que guste, pues lo mismo se usa la chaqueta recta con gran cuello guarnecido de galones y abrochada con botoncitos dorados sobre *jersey* á rayas, que la blusa floja abierta sobre un plastrón de cutí ó *jersey* con pañuelo anudado. El pantalón, largo ó corto, sujeto á la rodilla por un elástico, se lleva indiferentemente con la blusa ó la chaqueta. Yo preferiría hasta los cinco ó seis años el pantalón corto.

De tres años puede reemplazarse el pantalón corto por una falda montada á pliegues dobles guarnecida de *soutaches*, abriéndose la chaqueta con solapas ó cuello cuadrado sobre un plastrón á rayas imitando las elásticas de los marinos de la Armada.

Los tejidos que se emplean para esta clase de trajes infantiles son la jerga azul marino, la franela *tennis*, la lanilla ligera á rayitas azul marino ó azul claro, con rayas blancas, y también el cutí de fantasía ó un raso de hilo liso.

Hasta los ocho años los trajes marineros pueden ser de cheviota ó jerga lisa blanca (para los trajes de ceremonia), pero es más elegante azul obscuro. Para los de verano, los niños de diez á trece años usarán el traje de cutí de tejido liso con preferencia á rayas. Con las lanillas lisas se emplearán los botones dorados, y las insignias bordadas sobre la manga con hilillo de oro y seda de color. Los cuellos grandes más ó menos labrados, de tela ó raso de algodón, completarán el conjunto de una apariencia elegante.

Los niños de más de trece años deben vestir de hombre. El traje será de paño liso ó labrado, diagonal, grano de pólvora ó cheviota azul, negra ó fantasía, comprendiendo el chaleco, la chaqueta y el pantalón; ó bien el vestón forma saco ó ajustada, con ó sin hombreras americanas.

El sobretodo de entretiempo se usa semilargo, sin costura, abierto en los lados, y únicamente de paño *beige* ó gris claro.

Los sombreros son de formas variadas, según las edades. Hasta la edad de tres años, con el traje marino los *bebés* llevan el sombrero redondo, con el ala levantada y lazo de moaré ó de raso. También se usan los grandes *paillassons* ingleses, los marinos, las pajas *picot* con galones é inscripciones. Éstos pueden usarse hasta la edad de doce años.

Es posible que el *béret* siga siendo el sombrero más distinguido. Unos se hacen de cheviota ó jerga azul marino, con escudo bordado en hilo de oro y seda azul; otros de tela blanca con borde azul claro.

A partir de los trece á catorce años, es decir, cuando el traje es ya muy parecido al de los hombres, los sombreros infantiles se reemplazan por los de forma *canotier*, de paja, ó el sombrero redondo de fieltro, flexible, ó el de forma tirolesa.

Mandolinata.—Según mis noticias, decididamente los sombreros serán este verano más pequeños que el año pasado. La copa y las alas serán de tamaño nada más que regular. Si el conjunto resulta algo grande, será debido á los adornos. Las alas serán de varias formas: gondoladas, arrolladas, fofas, vueltas.

La paja madera es la más de moda.

Los colores preferidos serán los diversos matices del verde, muy del gusto de las elegantes por lo agradable; verde Ofelia, apenas tintado; verde almendra, verde Imperio, verde tallo, verde gris, verde prado, verde manzana, verde espinaca, verde cotorra, verde oliva, etc., etc.

Dentro de esta variedad de verdes se busca la armonía necesaria y se procura imitar el color favorito de la naturaleza.

También están muy de moda los colores: pensamiento, violeta, malva, rojo, rosa, granate y azul *blue*, sin excluir el color natural del trigo maduro.

Para guarnición pueden combinarse todos, sin más límite que el que impone el buen gusto.

Para la guarnición y adorno de sombreros lo preferido es flores, plumas, penachos, *aigrettes*, alas fantasía de todos géneros, paraísos y plumas cuchillo, unidas con alas de gruesos pájaros; cintas multicolor, desde la ancha *(écharp)* caída drapeada, de una anchura núm. 100, hasta la más estrecha cometa colocada en pompón. Nubes de tul colocadas delicadamente, con toda clase de fantasía elegante. Es decir, que la moda consiste en mezclar varios colores en un sombrero, armonizando los matices, á pesar del contraste que forman. El gusto de la modista tiene ocasión de lucirse en estas combinaciones, buscando un conjunto agradable y distinguido.

Adela P.

EXPLICACIÓN DEL FIGURÍN ILUMINADO.

Núm. 14.

Corresponde á las Sras. Suscriptoras de la edición de lujo.

TRAJE DE CARRERAS.

Falda de pañete gris blanco enteramente lisa y formando godets.—Cuerpo de seda pekín azul celeste y blanca, compuesto de espalda de una pieza, sin *godets*, laditos de espalda y delanteros entreabiertos con pinza Luis XV, recortados en puntas de almena en el borde inferior. Cada punta va adornada con un botón artístico. Chorrera de encaje sobre un chaleco de faya igual á las solapas cuadradas, que van rodeadas de una guirnalda de entredós de encaje negro antiguo aplicado. Manga muy ancha, con cartera de faya, y volante triple de encaje, que cae sobre la mano.—Sombrero de paja azul claro, adornado con tul blanco, rosas silvestres y pompón de plumas negras en el lado izquierdo.

EXPLICACIÓN DE LOS DIBUJOS PARA BORDADOS

CONTENIDOS EN LA HOJA-SUPLEMENTO.

Corresponde á las Sras. Suscriptoras de la edición de lujo y á las de la 2.ª edición.

1, 2, 9 y 11. *Adolfo, Delfina, Matilde* y *Francisca*, nombres para pañuelos.

3. Servilleta para niños. Se borda á punto de espina y cordoncillo.

4 y 5. *Emilia* y *Elisa*, nombres para camisas ó pañuelos.

6 y 14. LM, enlaces para almohadas y mantelerías.

7. FM, enlace para manteles. Se borda á punto de cruz.

8. AL, enlace para ropa blanca.

10. Enlace para mantelería de té.

12. VB, enlace con corona de marqués para ropa interior.

13. Festón para bordar al plumetis.

15. MA, enlace para ropa de casa. Se borda á punto de cruz á dos colores.

16 y 19. CB y MA, enlaces para ropa de caballero.

17, 18, 23 y 25. PF, AC, BD y CB, enlaces para pañuelos.

20. Enlace para fundas de sillería.

21. PR, enlace para servilletas.

22. F, inicial con viñeta para pañuelos.

24. PH, enlaco para servilletas de té.

26. RJ, enlace para gorras ó trajes de niños.

27. YA, enlace para toallas.

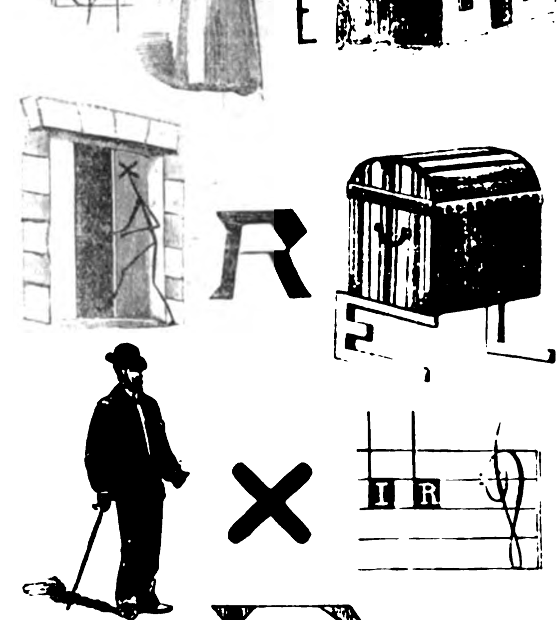
SOLUCIÓN AL JEROGLÍFICO DEL NÚM. 10.

Gran parte de las calamidades que nos agobian es obra de los malos políticos.

La han presentado las Sras. y Srtas. De Sagaseta.—D.ª Isabel de Kegler.—D.ª María Rubio Frese de Rubio.—D.ª Margarita Simavilla.—D.ª Nicolasa López y Rodríguez.—D.ª Antonia López.—D.ª Carolina Ruiz.—D.ª Catalina, D.ª Antonia y D.ª Isabel Pérez Pérez.—D.ª Isabel María Bernabé y Lentisco.

JEROGLÍFICO.







LA SOLUCIÓN IRÁ EN UNO DE NUESTROS PRÓXIMOS NÚMEROS.

NINON DE LENCLOS

Reíase de las arrugas, que no se atrevieron nunca á señalarse en su epidermis, y se conservó joven y bella hasta más allá de sus 80 años, rompiendo una vez y otra su acta de nacimiento á la faz del tiempo, que en vano agitaba su guadaña delante de aquel rostro seductor sin poder mortificarle.—Este secreto, que la gran coqueta egoísta no quiso revelar á ninguno de sus contemporáneos, ha sido descubierto por el doctor Leconte entre las hojas de un tomo de la *Historia amorosa de las Galias*, de Bussy-Rabutin, perteneciente á la biblioteca de Voltaire y actualmente propiedad exclusiva de la **Perfumería Ninon** *(Maison Leconte)*, 31, rue du 4 Septembre, 31, París.

Dicha casa entrega el secreto á sus elegantes clientes bajo el nombre de **Véritable Eau de Ninon** y de **Duvet de Ninon**, polvo de arroz que Ninon de Lenclos llamaba «la juventud en una caja».—Es necesario exigir en la etiqueta el nombre y la dirección de la Casa, para evitar las falsificaciones.—La *Parfumerie Ninon* expide á todas partes sus prospectos y precios corrientes.

Depósitos en Madrid: *Aguirre y Molino, perfumería Oriental, Carmen, 2; perfumería de Urquiola, Mayor, 1; Romero y Vicente, perfumería Inglesa, Carrera de San Jerónimo, 3;* y en Barcelona: *Sra. Viuda de Lafont é Hijos,* y *Vicente Ferrer; Salvador Vives, perfumista, Pasaje Baconti; Salvador Banus, perfumista, calle Jaime I, núm. 18.—J. G. Fortis, perfumista, Alfonso I, núm. 27, en Zaragoza, misma casa en Valencia.*

LA HOJA PERDIDA.

No, mi querido lector; la Naturaleza no tiene favoritos; ella no distingue de personas. No es el hambriento el que con más probabilidad que otro tropieza con un pedazo de pan extraviado; ni tampoco es el pobre el que necesariamente recoge una moneda perdida, pues el panadero puede encontrar el pan y el hombre más rico de la ciudad puede ser el primero en descubrir el dinero; ni tampoco la suerte favorece al valiente, como erróneamente lo alega el proverbio; mas algunas veces oimos hablar de accidentes afortunados.

No hace mucho tiempo que había un hombre que recorría las calles de Valencia, el espíritu del cual era desesperado, aun en buena razón, pues era débil y enfermo y se sentía sin amigos y abandonado, como sucede siempre creerse esta clase de personas, sobre todo cuando son pobres y tienen una familia que mantener como le acontecía á él. Su digestión había sido mala por algún tiempo; de manera que si él se hubiese encontrado, en efecto, con un pedazo de pan, á pesar de haberlo encontrado no lo habría comido. En una cartita que nos escribe pocas semanas después nos dice:

«Soy un hombre que tengo que trabajar para vivir; por esta razón la salud y la fuerza me son absolutamente necesarias para progresar. Caí enfermo con un padecimiento que me quitó el apetito; tenía un malísimo gusto en la boca, y tenía cubierta la lengua como con una piel. En una ocasión pasaron veinte y cuatro días, en cuyo tiempo no llegué á tomar más de un kilo de carne; sentía dolores desastrosos en la cabeza, en el estómago y otras partes del cuerpo; el cutis se me secó y se puso de un color amarillo, sucediendo otro tanto con el blanco de los ojos. Después de cierto tiempo me atacó reumatismo con algo de fiebre que me hacía sufrir, y me obligó á abandonar mi trabajo, sin saber lo que podría acontecer á mi pobre mujer é hijos. Hice todo lo que pude por curarme, y tomé remedio tras remedio con la esperanza que alguno me librase de tal enfermedad; pero con gran pesar mío no me dieron ningún alivio. En esta triste condición pasé, finalmente, á Valencia, en la creencia de que en ese lugar conseguiría mejorarme, y en efecto lo conseguí así, pero no del todo como me lo esperaba. Por algún tiempo me parecía que me iba empeorando de día en día, y casi había perdido toda esperanza de recuperar mi salud de nuevo. Un hombre de trabajo puede entender bien cuál sería el aspecto de mi porvenir.

»Por fin, al pasar un día fatigadamente por las calles, vi en el suelo algo que parecía á una hoja arrancada de algún librito; la recogí y leí, y tomé interés en la lectura; me parecía que había sido colocada allí intencionalmente para mí; entré en la casa á cuyo frente había encontrado la hoja, y pregunté si tenían el libro al cual pertenecía la hoja; me dijeron que sí y me dieron el libro. Era uno de los almanaques del Jarabe Curativo de la Madre Seigel, describiendo el Jarabe de la Madre Seigel, y cómo otras personas en el mismo estado que yo habían sido curadas por esta medicina maravillosa, después de que otros remedios habían tenido mal resultado.

»Sin decir palabra á nadie me encaminé á Murcia, y compré una botella del Jarabe en la droguería «De los Catalanes». Las primeras dosis que tomé me animaron, y cuando consumí tres botellas me encontré completamente bien. Todos los padecimientos y dolores desaparecieron bajo la influencia de este gran remedio; no bien había concluído una botella, y ya me sentía con deseos de tomar alimento y podía digerir sin molestia alguna, y me robustecí. No tuve recaída de este padecimiento, y en seguida fuí á mi trabajo como lo había hecho antes de haber caído enfermo. En prueba de mi gratitud deseo se publique lo que acabo de escribir. (Firmado): Trinitario Abadía, Orihuela, provincia de Alicante, 4 de Febrero de 1895.»

Los hechos relatados en esta carta están también certificados por la señora D.ª Antonia Gómez, viuda de Mas, farmacéutico del mismo lugar. Los sufrimientos del pobre Abadía eran dispepsia crónica (ó indigestión), de la cual resultaron las molestias del hígado y el reumatismo. Quedando regularizado el estómago con el Jarabe Curativo de la Madre Seigel, los otros síntomas desaparecieron.

El encuentro de aquella hoja de papel en la calle de Valencia, seguramente que fué un golpe de fortuna que deseamos aconteza más á menudo de lo que sucede.

De todas maneras, todo el mundo puede procurarse y leer el libro que salvó á D. Trinitario Abadía.

Los Señores A. J. White, Limitado, calle de Caspe, núm. 155, Barcelona, tendrán mucho gusto en enviar gratis á todas aquellas personas que lo soliciten un folleto ilustrado que explica las propiedades de este remedio.

El Jarabe Curativo de la Madre Seigel está de venta en todas las farmacias, droguerías y expendedurías de medicinas del mundo. Precio del frasco, 14 reales; frasquito, 8 reales.



Kananga del Japon
RIGAUD y Cía, Perfumistas
Proveedores de la Real Casa de España
8, rue Vivienne, PARIS

Agua de Kananga de RIGAUD, la loción más refrescante, la que más vigoriza la piel y blanquea el cútis, perfumándolo delicadamente.

Extracto de Kananga de RIGAUD, suavísimo y aristocrático perfume para el pañuelo.

Polvos de Kananga de RIGAUD, blanquean la tez con un elegante tono mate, preservándolo del asoleo.

Jabon de Kananga de RIGAUD, el mas grato y untuoso, conserva al cútis su nacarada transparencia.

Depósito en las principales Perfumerías.

SUEÑOS Y REALIDADES
POR
D. RAMÓN DE NAVARRETE.

La mejor recomendación de este ameno libro es manifestar que está escrito por el distinguido cronista de salones y teatros *El Marqués de Valle-Alegre.*

Elegante volumen en 8.º mayor francés, que se vende, á 4 pesetas, en la Administración de este periódico, Madrid, Alcalá, 23.

OBRAS POÉTICAS
DE
D. JOSÉ VELARDE

DE VENTA EN LA ADMINISTRACIÓN DE ESTE PERIÓDICO
ALCALÁ, 23.—MADRID.

	Pesetas
Obras poéticas.—Dos tomos	8
Teodomiro, ó la Cueva del Cristo	2
Fray Juan	1
La Niña de Gómez-Arias	1
Alegría (Canto I)	1
El Holgadero (segunda parte de *Alegría*)	1
A orillas del mar	1
La Venganza	1
Fernando de Laredo	1
El Ultimo beso	1
El Capitán García	1
Mis Amores	1
La Velada	1
El Año campestre	1

Ultima producção
Perfumaria IXORA
ED. PINAUD
37, Boulevard de Strasbourg, 37
PARIS

Sabonete	de IXORA
Essencia	de IXORA
Agua de Toucador	de IXORA
Pommada	de IXORA
Oleo para os cabellos	de IXORA
Pós de Arroz	de IXORA
Cosmético	de IXORA
Vinagre de Toucador	de IXORA

EL MÉRITO DE HABER SIDO FALSIFICADA en gran escala, es el mayor que se puede alegar en favor del Agua, los **Polvos** y la **Pasta dentífrica de los Benedictinos del monte Majella.** Para evitar toda equivocación, lo mejor es dirigirse á *Mr. Senet, administrador, rue du Quatre Septembre,* 35, París.—Depósitos en Madrid: *Perfumería Oriental, Carmen,* 2; *Aguirre y Molino, Preciados,* 1; *Urquiola, Mayor,* 1; y en Barcelona: *Señora Viuda de Lafont é Hijos; Vicente Ferrer y C.ª, perfumistas.*

SELLOS HÉRISÉ
CURACIÓN SEGURA DE LAS ENFERMEDADES DEL PECHO Y DE LAS VIAS RESPIRATORIAS
Tos persistente, Bronquitis, Catarros, Tuberculosis, Tisis
Adoptados en los hospitales de París.—Depósito: farmacia Hérisé, 21, boul. Rochechouart, y en las principales farmacias.—Precio: **4 frs.** la caja.

TOS
POR FUERTE QUE SEA, SE CURA CON LAS
PASTILLAS DEL DR. ANDREU
Remedio pronto y seguro. En las boticas

HOTEL GIBRALTAR
Situación espléndida, con vista á los jardines de las Tullerías. Habitaciones elegantes y modestas á precios módicos. Cocina española y francesa. Baños y ascensor.—**Rue de Rivoli. Entrada: 1, rue St-Roch. Paris.**

COMPAÑIA COLONIAL
CHOCOLATES Y CAFÉS
La casa que paga mayor contribución industrial en el ramo, y fabrica **9.000 kilos** de chocolate al día.—**38 medallas de oro** y altas recompensas industriales.
DEPÓSITO GENERAL: CALLE MAYOR, 18 Y 20, MADRID

ROYAL WINDSOR
EL CELEBRE RESTAURADOR DEL CABELLO



¿Teneis Canas? ¿Teneis Caspa? ¿Son vuestros Cabellos debiles ó caen?
En el caso afirmativo
Emplead el **ROYAL WINDSOR**, este excelentísimo producto, devuelve a los cabellos blancos su color primitivo y la hermosura natural de la juventud. Detiene la caída del cabello y hace desaparecer la caspa. Es el SOLO Restaurador del cabello premiado. Resultados inesperados.—Venta siempre creciente.—Exíjase sobre los frascos las palabras **ROYAL WINDSOR.**—Vendese en las Peluquerias y Perfumerias en frascos y medios frascos.
DEPOSITO PRINCIPAL: 22, rue de l'Echiquier, París
Se envia franco, a toda persona que lo pida el Prospecto conteniendo pormenores y atestaciones.

RESTAURADOR
UNIVERSAL del
CABELLO
de la Señora S. A. ALLEN

para restaurar las canas á su primitivo color, al brillo y la hermosura de la juventud. Le restablecen su vida, fuerza y crecimiento. Hace desaparecer muy pronto la caspa. Su perfume es rico y exquisito.
Depósito Principal: 114 y 116 Southampton Row, Lóndres; Paris y Nueva York. Véndese en las Peluquerias y Perfumerias.

SUPRIMIENDO LAS
ARRUGAS y MANCHAS ROJIZAS
la **Brisa Exótica** (agua ó pomada), no se limita á devolver al que la usa la juventud y la belleza, sino que conserva estos dones hasta los más extremos límites de la edad. *Parfumerie Exotique*, 35, *rue du 4 Septembre, Paris.*—Depósitos en Madrid: Perfumería Urquiola, Mayor, 1; Aguirre y Molino, Preciados, 1; y en Barcelona: Sra. Viuda de Lafont é Hijos, y Vicente Ferrer y Compañía, perfumistas.

PAPEL FAYARD Y BLAYN
EL MÁS EFICAZ PARA CURAR
IRRITACIONES *del* **PECHO, RESFRIADOS, REUMATISMOS, DOLORES, LUMBAGO, HERIDAS, LLAGAS.**—*Topico excelente contra* **Callos, Ojos-de-Gallo.**—***En las Farmacias.***

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD Curadas por el Verdadero **HIERRO QUEVENNE**
Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris.—50 Años de exito.

HELADORA
para "CHATEAUX" Y CASAS DE CAMPO



Produce en 10 minutos de 500 gramos á 8 kilos de Hielo, ó Helados, Sorbetes, etc., empleando una sal inofensiva.

J. SCHALLER,
332, rue St-Honoré,
PARIS.
Núm. 3, á 110 francos — *Prospecto gratis.*





LA FOSFATINA FALIERES es el alimento más agradable y más recomendado para los niños de 6 á 7 meses de edad, principalmente en la época del destete y en el periodo del crecimiento. *Facilita la dentición y asegura la buena formación de los huesos. Impide la diarrea tan frecuente en los niños.*
París, Avenue Victoria, 6, farmacias.

LA ESPAÑOLA
PEDID EN TODAS PARTES SUS
EXQUISITOS CHOCOLATES
¡No hay nada mejor!
38, PASEO DE ARENEROS, 38



MADRID.—Establecimiento tipolitográfico «Sucesores de Rivadeneyra», impresores de la Real Casa.

22 de Abril de 1896 N.º 15

LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA

Alcala 23 _ Madrid





PERIÓDICO ESPECIAL DE SEÑORAS Y SEÑORITAS, INDISPENSABLE EN TODA CASA DE FAMILIA

PUBLICA LAS ÚLTIMAS MODAS DE PARÍS EN EXCELENTES GRABADOS—ARTÍSTICOS FIGURINES ILUMINADOS—CONSIDERABLE NÚMERO DE PATRONES TRAZADOS AL TAMAÑO NATURAL—MODELOS PARA TODA CLASE DE LABORES Y BORDADOS—CRÓNICAS—NOVELAS, ETC., ETC.

SE PUBLICA EN LOS DÍAS 6, 14, 22 Y 30 DE CADA MES

Administración: Alcalá, 23 Madrid.	Madrid, 22 de Abril de 1896.	Año LV.—Núm. 15.

SUMARIO.

1.—Nuevo peinado.

REVISTA PARISIENSE.

SUMARIO.

A otros tiempos otras costumbres.—Continuación de la temporada de fiestas.—Reapertura de los salones.—Bailes y *soirées*.—Pocas novedades en las formas.—Los colores á la moda.—Los *jockeys* de las mangas.—O cortas ó muy largas.—Los adornos.—Los trajes infantiles.—Desaparición de la forma *Greenaway*.—Vestidos y salidas de baile.—Los mejores corsés.—Antes del himeneo.—En el restaurant.

Antiguamente, los últimos días de Carnaval cerraban la temporada de fiestas mundanas, y cada cual, después de los sermones de Cuaresma, salía para sus haciendas de campo, á fin de asistir á los primeros vagidos de la primavera. Así lo exigían las reglas de la elegancia.

¡Cuánto han variado los tiempos! Apenas la semana que comienza en Pascua florida suspende momentáneamente recepciones y saraos, y sin embargo, esta ligera suspensión basta para dar á la continuación de las fiestas un nuevo impulso. Sólo la estación balnearia vendrá á cerrar los salones y á abrir los casinos.

Asistimos, pues, á la renovación de los bailes y de las fiestas múltiples y variadas. Y como el sol lo inunda todo de luz y de alegría, las risas nos parecen más sonoras, los trajes más frescos y graciosos, las decoraciones más brillantes.

En la estación presente se ven menos que en invierno trajes de baile solemne, de brochados magníficos ó de sedosos terciopelos; todo es ligero, gracioso, seductor. Muchos tafetanes estampados, muselinas, batistas y organdís para las *matinées;* muchas muselinas de seda y tul para las *soirées*, sin olvidar el crespón de la China, cuya boga será grande este año.

⁂

Mil novedades encantadoras salen á luz todos los días bajo la influencia de las brisas primaverales. El traje femenino se complica con mil detalles y accesorios que hacen de un vestido casi una obra de arte.

Lo he dicho y lo repito: las líneas principales varían muy poco. Las faldas continúan siendo redondas y lisas en su mayor parte. Ciertas modistas tratan de resucitar, según ya he dicho, las faldas drapeadas, ó recogidas; pero no es seguro que estas tentativas tengan desde luego el éxito que sus autoras se proponen. Lo que sí puedo afirmar de nuevo, es que los estilos Luis XV y Luis XVI, y principalmente este último, estarán muy á la moda. Se habla también de buscar algunas ideas en la época de 1820 á 1840.

Fuera del traje estilo de sastre, los cuerpos se hacen excesivamente flojos y muy apretados en la cintura. La manga es menos voluminosa: ya lo he indicado. Cuanto á los cuellos, se les guarnece más que nunca de tul y encaje. Esta moda es muy linda y sienta admirablemente; pero no será siempre cómoda durante los fuertes calores.

⁂

Se me pregunta cuáles serán los colores más en boga. Hasta ahora se advierte una predilección marcada por los morados ó violetas, malvas, verdes y grises, en cuyos colores la escala de matices es deliciosa. Se llevará también mucho blanco, y blanco y negro mezclados.

En las *soirées*, los colores suaves y apagados dominan, como malvas, amarillos, verdes y rosas, todos pálidos. Los



Núms. 1 y 2.

verdes más á la moda son, lo mismo para el día que para *soirée*, el verde Nilo, el verde Imperio y el verde esmeralda.

⁂

Debo señalar una graciosa innovación en el *jockey* de las mangas. Se le recorta ahora de una manera muy original, en forma de pétalos de flores sostenidos con un simple alam-



Núm. 3.

bre. Este adorno no es muy práctico en los trajes de calle, pero es lindísimo en los de convite ó *soirée*.

Y ya que hablo de mangas, daré algunas indicaciones acerca de su largo.

Este varía según el uso á que el traje se halla destinado. Desde ahora se puede afirmar que en la mayor parte de los vestidos elegantes de verano la manga no pasará del codo. El guante llegará exactamente hasta el borde de la manga globo, sin dejar el menor intervalo. La menor línea descubierta entre el guante y la manga sería un crimen de lesa estética. El guante largo, muy largo, será, pues, más que nunca, de rigor.

Cuando la manga no sea corta, será todo lo contrario; es decir, que caerá sobre la mano, cubriéndola á medias de un volante de encaje ó de muselina de seda.

Sin embargo, los vestidos de casa ó de recibir no consentirán esta exageración poco práctica.

⁂

Poco nuevo tengo que decir sobre los adornos, que se componen, sobre todo, de encajes: imitaciones antiguas, encajes franceses, puntos de Inglaterra, etc. Señalaré, no obstante, un nuevo uso del encaje de crin, de que se compondrán ó irán adornados muchos sombreros de verano. Y es, que este encaje, sumamente fino, consistente y brillante, servirá también para cubrir los cuerpos y no sólo para adornarlos. Se le aplica sobre la tela, que forma en tal caso transparente, y no hay nada más singular al primer golpe de vista que el efecto así obtenido.

⁂

Digamos algo de las niñas. La desaparición casi completa de la forma Greenaway pone á muchas mamás en una perplejidad extraordinaria.

Los trajes infantiles semejan á los nuestros, hé ahí el primer punto; el segundo es que deben ser tan sencillos como sea posible, y combinados de modo que dejen á los órganos en formación su libre desarrollo.

Hasta la edad de cuatro años, nuestros pimpollos conservarán la blusa americana, que es tan cómoda, y después unos vestidos con cuerpo que marcan el talle. Estos vestidos son muy cortos.

A los diez años, se alargan un poco; otro poco á los trece, á cuya edad llegan al tobillo. Sólo á los diez y seis años la señorita lleva el vestido largo de las señoras.

Ni seda, ni tejidos ricos y pesados para nuestras niñas, sino telas de lana de fantasía: las hay preciosas, como *mohairs* de dibujos graciosos, damascos, cheviotas, pelo de cabra de mil rayas, y de preferencia los colores claros.

El abrigo para las niñas, lo mismo que para los niños de corta edad, es uniformemente el paletó recto. Para las niñas, desde la edad de trece años, la chaqueta y el *collet* de paño ligero.

Los sombreros son muy variados, y mientras la forma va ondulada de una manera más particular, mejor sienta á los pequeñuelos. Viene después la capelina Directorio y la gran capelina de Italia, el sombrero de campana, el sombrero con fondo de birrete y el *canotier* con plumas ó sin ellas.

Pocas flores en los sombreros de las niñas, sino muchas cintas, lazos de un capricho indescriptible, cocas empinadas, cocas aplastadas, rosáceas, etc., etc.

⁂

Pero olvidaba que el espacio que me queda es limitado para la descripción de nuestros croquis.

Estos croquis son de vestidos y salidas de baile.

En primer lugar (croquis núm. 1), un delicioso traje para señoritas, hecho de raso salmón. El cuerpo va adornado con un volante de encaje, que lleva por encima un galón de encaje bordado de lentejuela de oro. Las mangas van veladas de encaje, y unas escarapelas de terciopelo azul de Francia adornan los hombros. Un cinturón de terciopelo igual, fijado en la cintura con una hebilla, desciende hasta el borde de la falda.

El otro vestido (croquis núm. 2) se halla destinado á una señora muy joven. Sobre una falda de terciopelo negro va un cuerpo-frac Luis XVI, de raso blanco, adornado con un drapeado de encaje crema que cae del escote. Unos botones gruesos de *stras* y una manga larga con volante de encaje completan el vestido. *Aigrette* negra en los cabellos.

El modelo siguiente (croquis núm. 3), de un estilo más severo, es un tipo de salida de baile. El cuerpo de este abrigo es de tafetán color de rosa de rey. Cuello grande con solapas plegadas, de tela de seda con estampaciones sobre cadeneta, y ribeteada de un cordoncillo de azabache. Gola de encaje alrededor del cuello.

El croquis núm. 4 representa otra salida de baile de un nuevo género. Su forma recuerda la chaqueta Luis XV. Es de piel de seda amarilla, y lleva unas mangas muy voluminosas de tela de seda crema con estampaciones de flores. Un cuello muy grande de encaje, plegado bajo dos rosáceas de terciopelo esmeralda, cae por delante formando cascada.

Diré, para terminar, que los cuellos irán excesivamente adornados y que se forrarán principalmente de encaje y de tul. La cabeza parecerá así más pequeña en un marco tan voluminoso.

⁂

En lo que todas estamos de acuerdo, modistas y revisteras de modas, es en que la cuestión principal de la *toilette* es el corsé. El gusto de la modista y su habilidad no pueden remediar, sino de una manera imperfecta, los defectos de un corsé de elegancia dudosa. Ahora bien; es una verdad reconocida, y todas las señoras la proclaman, que la perfección del corte, la gracia coqueta de la ornamentación, la riqueza de los tejidos, la elegancia del conjunto y su distinción, pertenecen en este género á la casa Léoty, 8, *place de la Madeleine*.

No me cansaré de repetir que una señora verdaderamente cuidadosa de su belleza no puede prescindir de este corsé, tan admirablemente combinado para hacer resaltar todas sus perfecciones.

Nada diré del surtido soberbio de telas y colores, de los brochados y estampados de una delicadeza ideal. Imagínense mis lectoras cuanto es posible ver de más poético, y añadan este punto esencial: que desde la disposición de las ballenas hasta la formación de sus lazos, todo es perfecto y exquisito.

Conocer y apreciar los corsés de Mme. Léoty es todo uno, como lo demuestran las numerosas cartas que recibe de todos los puntos del Universo.

⁂

Antes del himeneo.

Ella.—¡Qué satisfacción será para mí ser la confidente de todos tus disgustos, de todas tus penas!



Núm. 4.

Él.—Pero es el caso que yo no tengo disgustos ni penas.

Ella (*Con viveza*).—Sí; pero cuando estemos casados, ya verás.....

———

En el restaurant.

—Mozo, ésta es la primera vez que no me pone usted la cuenta demasiado cara.

El mozo, vivamente:

—Permítame usted: debe haber alguna equivocación.

V. de Castelfido.

París, 18 de Abril de 1896.





2 y 3.—Vestido para niñas de 5 á 6 años. Espalda y delantero.

4 y 5.—Vestido para niñas de 7 á 9 años. Delantero y espalda.



6.—Capota para niñas.



7.—Vestido con chaqueta de encaje.
Explic. y pat., núm. III, figs. 25 á 32 de la Hoja-Suplemento.



8.—Traje de calle.

EXPLICACIÓN DE LOS GRABADOS.

Nuevo peinado.—Núm. 1.

Se separan los cabellos por medio de una raya transversal de una á otra oreja, y se traza otra raya en medio por delante, después de lo cual se toma el bandó de la derecha y se le peina, remontándole hasta lo alto de la frente. Se hace otro tanto con el bandó de la izquierda, y se reunen los dos mechones así retorcidos con un adorno de diamantes. Las puntas rizadas de estos dos bandós caen por detrás del rodete. Se levantan todos los cabellos de la nuca, y se hace una coca al sesgo, bien anudada sobre la coronilla, dejando los cabellos sobre la nuca ligeramente flojos. La preparación de los cabellos se hace de antemano con ayuda de la cinta onduladora.

Vestido para niñas de 5 á 6 años.—Núms. 2 y 3.

Es de bengalina azul pavo real. Su forma es la de una blusa ajaretada en el escote, donde se monta un cuello recto, abrochado en la izquierda bajo un lazo, así como la blusa, cuyas mangas anchas van medio cubiertas con un encaje moreno. El vuelo de este encaje va agrupado en el hombro bajo una rosácea. Lazos iguales en el delantero.

Vestido para niñas de 7 á 9 años.—Núms. 4 y 5.

Este vestido es de seda tornasolada azul marino y encarnada. Se compone de una falda recta, fruncida en el borde de un cuerpo-blusa, que cae por delante sobre un cinturón plegado de cinta del color del vestido. Rosácea á cada lado y en el cuello. Manga ancha, montada con pliegues y caída sobre un puño alto. *Collet* de encaje crudo, abierto en la espalda. Este *collet* llega sólo hasta los lados del delantero.

Capota para niñas.—Núm. 6.

Este lindo modelo de capota es de paja de fantasía color de trigo granado, y forma unos pliegues *godets* muy anchos y profundos. Va adornado con un lazo enorme de *surah* blanco y bridas de raso blanco.

Vestido con chaqueta de encaje.—Núm. 7.

Para la explicación y patrones, véase el núm. III, figuras 25 á 32 de la *Hoja-Suplemento.*

Traje de calle.—Núm. 8.

Vestido de lanilla color de berengena, con chaleco de terciopelo de verano, cuello y cinturón de cinta de raso. Este traje, que es muy práctico, permitirá varias combinaciones, ya se le haga de tela rizada y mezclilla con chaleco de terciopelo liso, ya se escoja una tela lisa con chaleco de terciopelo de fantasía ó de seda.

Tela necesaria: 7 metros de lana, y 50 centímetros de terciopelo.

Vestido para jóvenes de 14 á 15 años.—Núm. 9.

Para la explicación y patrones, véase el núm. X, figuras 62 á 71 de la *Hoja-Suplemento.*

Traje para niñas de 12 á 14 años.—Núms. 10 y 11.

Se hace este traje de lanilla azul muy claro. La falda, recta, va plegada por delante y por detrás bajo un cinturón de cinta abrochado bajo un lazo. Cuerpo-blusa abierto sobre una camiseta de terciopelo rayado, fruncida y montada sobre un fondo ajustado. Unas correas de tela de lana van abrochadas por delante y en la espalda sobre una berta que se abre en los hombros. Las correas y la berta van adornadas con un vivo de terciopelo rayado. Cuello plegado, de terciopelo, con lazo por detrás. Manga de codo, con globo por encima.

Vestido para niñas de 7 á 8 años.—Núm. 12.

Para la explicación y patrones, véase el núm. XIII, figuras 82 á 89 de la *Hoja-Suplemento.*

Traje de paseo.—Núm. 13.

Vestido de seda lisa color de hoja seca. El cuerpo, completamente liso y muy ajustado, es de seda crema, y va enteramente bordado de trencilla *beige* mezclada de hilos de oro. Las mangas van formadas de un globo muy corto y un antebrazo ajustado de seda crema bordada de trencilla, abierto bajo el trazo sobre un bullonado de seda crema lisa. Unas barretas con bucles de terciopelo mordorado sujetan el bullón. Los mismos bucles adornan el borde inferior del cuerpo á todo el rededor. El cuello, de seda crema plegada, va adornado con una corbata de encaje muy ligera. La falda figura por delante un entrepaño de seda crema, bordada de trencilla *beige* como el cuerpo. Gola de raso crema ribeteada de una cinta estrecha rizada color mordorado.—Capota de raso listado blanco y marrón. *Aigrette* blanca y rosas por delante y por detrás.

Traje de teatro ó concierto.—Núm. 14.

Este elegante traje es de seda brochada azul lavanda, con chaleco de piel de seda color marfil. Cuello ancho formando berta, y cuello Médicis de guipur amarillento. Cuerpo con aldeta ondulada.

Nuestro modelo podrá simplificarse fácilmente escogiendo, en primer lugar, una tela menos elegante. El arreglo del cuerpo y el cuello convendrán muy bien para un cuerpo de seda lisa ó de terciopelo inglés de verano. La falda podrá ser de lana.

Tela necesaria: 16 metros de seda brochada; un metro de piel de seda; un metro 50 centímetros de guipur, y 16 metros de tafetán ligero para forro.

Vestido estilo de sastre.—Núm. 15.

Este vestido es de paño amazona color de heliotropo. Falda lisa. Cuerpo formando chaqueta en la cintura y abrochado con unos botones antiguos muy lindos sobre una blusa de terciopelo color de musgo bordada de blanco. Cuello ancho del mismo terciopelo bordado, que sale de la chaqueta y va á caer sobre una manga de paño de forma muy original.—Sombrero redondo de terciopelo negro, levantado por detrás con dos lazos de raso, de los cuales salen dos plumas negras. En la parte de delante va una hebilla de *strass* y perlas.

Trajes para niñas de 12 á 14 años.—Núms. 16 y 17.

Núm. 16. Traje de lanilla color de musgo, compuesto de una falda ancha por abajo y de un cuerpo-blusa de muselina de seda fruncida de matiz más obscuro. Manga de lana ancha por arriba y ajustada en su parte inferior. Cuello vuelto, con solapas flotantes de encaje blanco. Cuello alto y cinturón de cinta de raso.—Sombrero de paja verde adornado con una paloma blanca.

Tela necesaria: 5 metros de lanilla, de un metro 20 centímetros de ancho, y un metro 50 centímetros de muselina del mismo ancho.

Núm. 17. Vestido de lanilla gris perla, con falda ancha por abajo y guarnecida á una altura de 20 centímetros con trencillas finas de seda. Cuerpo-blusa con espalda y delanteros sujetos en la cintura con fruncidos. Cinturón de raso. Canesú de terciopelo cachemir. Manga al sesgo. Cuello alto.—Sombrero de paja adornado con raso verde y rosas.

Tela necesaria: 5 metros de lanilla, de un metro 20 centímetros de ancho, y 50 centímetros de terciopelo.

Taburete con bordado trenzado.—Núms. 18 á 20.

La fig. 107 de la *Hoja-Suplemento* al presente número corresponde á este objeto.

Este taburete, que tiene 28 centímetros de diámetro, va cubierto de un nuevo bordado hecho con tiras de paño estrechas y trenzadas. El revés del taburete va cubierto de paño marrón, y el borde, que tiene 10 centímetros de alto, se cubre con paño aceituna claro, sobre el cual se ponen tres tiras dentadas de paño aceituna de diferentes matices. En las puntas de los dientes se fijan unas borlas compuestas de tiras de paño aceituna de 4 ½ centímetros de largo. El borde del bordado va cubierto de una cordonadura trenzada hecha con las mismas tiras.

El bordado puede ejecutarse fácilmente con arreglo á las indicaciones del dibujo 19. Un cañamazo particular va extendido fuertemente por las dos orillas sobre un marco. Se ejecuta después siempre un punto llano sobre dos hebras del cañamazo, pasando también la aguja en sentido vertical entre las hebras dobles. A fin de que los puntos sean enteramente iguales, se les puede aplastar con un molde redondo de madera. Las extremidades de las tiras van fijadas por el revés. Se ejecutan siempre, uno después de otro, los puntos de un color. La fig. 107 representa el dibujo, ejecutando un punto para cada cuadrito.

Para hacer la cordonadura se toman cuatro tiras de paño color de aceituna de cuatro matices, cuyas tiras deben tener 2 metros 50 centímetros de largo. Se las trenza sobre un cordón grueso del mismo largo. Se pone primero la tira más obscura, luego la más clara, después el segundo matiz, y, finalmente, el tercero en redondo, de izquierda á derecha sobre el cordón. Se pegan las tiras sobre el cordón, y se las dispone, apartándolas de manera que el matiz más obscuro forme la 1.ª tira (se cuenta siempre de izquierda á derecha), el color más claro la 2.ª, y así sucesivamente. Se disponen las tiras, una sobre otra, de la manera siguiente: la 2.ª sobre la 1.ª, la 4.ª sobre la 3.ª, la 2.ª sobre la 3.ª, la 3.ª sobre la 2.ª; después, la 4.ª tira detrás del cordón bajo las 2.ª y 3.ª, la 2.ª sobre la 3.ª, la 1.ª detrás del cordón bajo las 2.ª y 3.ª, y la 4.ª detrás del cordón igualmente bajo las 2.ª y 3.ª. Se vuelve á comenzar siempre desde ° hasta que la cordonadura tenga el lado necesario. (Véase nuestro dibujo 20.)

Traje para niños de 12 á 13 años.—Núm. 21.

Para la explicación y patrones, véase el núm. I, figs. 1 á 16 de la *Hoja-Suplemento.*

Blusa de tafetán chiné.—Núms. 22 y 23.

Para la explicación y patrones, véase el núm. IV, figuras 33 á 39 de la *Hoja-Suplemento.*

Collet bordado para niñas de 3 á 4 años.—Núm. 24.

Para la explicación y patrones, véase el núm. VI, figuras 44 á 47 de la *Hoja-Suplemento.*

Enaguas de verano.—Núms. 25 y 26.

Para la explicación y patrones, véase el núm. VIII, figuras 49 á 56 de la *Hoja-Suplemento.*

Vestido bordado para niñas de 2 á 3 años. Núms. 27 y 28.

Para la explicación y patrones, véase el núm. XIV, figuras 90 á 93 de la *Hoja-Suplemento.*

Vestido de tafetán.—Núm. 29.

Se hace este vestido de tafetán tornasolado verde y blanco, y se le guarnece con encaje crema, género aplicaciones de Inglaterra. Mangas ajaretadas. Cinturón de encaje con lazo de lo mismo.—Sombrero de paja verde claro, adornado con plumas verdes y negras.

Collet bordado de trencilla.—Núms. 30 y 31.

Para la explicación y patrones, véase el núm. XV, figuras 94 á 97 de la *Hoja-Suplemento.*

Delantal para niñas de 7 á 8 años.—Núm. 32.

Para la explicación y patrones, véase el núm. XVII, figuras 100 y 101 de la *Hoja-Suplemento.*

CRÓNICA DE MADRID.

SUMARIO.

La temporada de primavera.—Buen principio.—Flores y saraos.—El de la Marquesa de Aguiar con disfraces.—Los lunes.—En la Embajada de Inglaterra.—En la de Francia.—En la de Alemania.—No habrá *garden's partys.*—Matrimonios.—El del Marqués de la Mina.—Los de las señoritas de Somera y Polo.—LOS TEATROS.—Ultimas funciones en el REAL.—En la COMEDIA, las primeras de Novelli.—En LARA, *La noche de «El Trovador»* y *Pedro Jiménez.*—Los teatros de verano.

IEN ha empezado la primavera, lo mismo en el campo que en los salones del gran mundo.

Aquél se halla prematuramente cubierto de flores, que no han aguardado para nacer, para exhalar sus perfumes, para ostentar sus colores, á que llegue su época habitual: el mes de Mayo.

Otras flores menos efímeras ostentan igualmente su hermosura y sus encantos en los salones aristocráticos.

En varias partes se han verificado ya brillantes, espléndidos saraos.

A la Marquesa de Aguiar le cabe la gloria y la fortuna de haber inaugurado la nueva campaña, ó mejor dicho, la de proseguir la que inauguró al principio del invierno.

En su elegante morada se baila el lunes de cada semana, y en la de Pascua de Resurrección ha continuado la serie de tan deliciosas reuniones.

Los lectores lo saben, porque yo lo anuncié aquí mismo: el baile *costumé* ó de disfraces, preparado para el Carnaval, hubo de retrasarse, por una desgracia de familia, hasta el lunes 6 del corriente, en que tuvo efecto con numerosa y selecta concurrencia.

La mayor parte de las jóvenes se presentaron con trajes de distintas épocas, recordando entre las mejor vestidas á las señoritas de Lascoiti, de Trives, Arenzana, Melgar, y otras muchas, que estaban encantadoras con sus preciosos atavíos.

La fiesta fué verdaderamente magnífica, prolongándose hasta después de las cinco de la mañana, hora en que terminó un cotillón abundante en juguetes y premios de igual gusto que riqueza.

La señora de la casa tuvo además una idea excelente y digna de alta loa: entre aquéllos se repartieron á las parejas bonos para familias y personas necesitadas, merced á los cuales recibirían alimento sano y abundante—carne y pan—al día siguiente multitud de hambrientos.

°°°

El sarao del 6 no ha puesto fin á los de la amable y distinguida dama: al contrario, continuará la juventud congregándose en el palacio de la calle de Fomento todas las semanas, hasta que el calor y la dispersión que produce venga á señalar su término.

En la noche del 13, aunque sus vecinos el Embajador de Inglaterra y su consorte Lady Wolff hubiesen convocado á la *high life* con un motivo igual, los amigos de la Marquesa de Aguiar poblaron como otras veces sus estancias, y no cesaron de reinar en ellos la animación y la alegría.

El digno representante de la reina Victoria en Madrid dió primero en su morada un suntuoso banquete, honrado con la asistencia de SS. AA. RR. las Infantas D.ª Isabel y doña Eulalia, y después un *sarao* magnífico, que se prolongó hasta la madrugada.

La fiesta correspondió á la esplendidez de quienes la daban, viéndose favorecida con la presencia de damas hermosas é ilustres, de altos personajes políticos, del Cuerpo diplomático extranjero, y de esa juventud elegante y bulliciosa, alma y espíritu de tales asambleas.

Nada faltó en ésta: ni dos orquestas, una de baile y otra de bandurrias y guitarras; ni exquisito *buffet*, ni delicada cena para las Infantas, las cuales se sentaron á la mesa con el Embajador, su consorte y su hija política, que acaba de llegar á Madrid después de recibir en Pau la bendición nupcial.

°°°

La primavera promete, pues, ser más bulliciosa que el invierno, porque el Marqués de Reverseaux siguió el ejemplo de su colega dando otro baile el jueves último, precedido de suntuoso banquete de treinta cubiertos.

Sentáronse á la mesa del Embajador de Francia damas ilustres, personajes políticos importantes, y algunos de los colegas del ilustre anfitrión.

En seguida la juventud invadió los salones del hotel de la calle de Olózaga, no abandonándolos hasta las altas horas de la madrugada; entregándose durante ese tiempo á «las delicias» del baile, sin más descanso que el necesario para recobrar fuerzas en el *buffet*, donde se servían té, helados, *sandwichs* y golosinas.

°°°

Pero en las tardes suaves y deliciosas del mes de Mayo no habrá este año lo que había los años anteriores: las *garden's partys* de *la Huerta*, celebradas primero por los Marqueses de la Puente y Sotomayor, más tarde por su yerno D. Antonio Cánovas del Castillo.

Ninguno de cuantos asistían á ellas pueden consolarse de no ver repetidas aquellas brillantes reuniones, en las cuales alternaban la hermosura y el talento, el lujo y el buen humor, la elegancia y la riqueza.

La muerte del Sr. Osma cierra por largo tiempo las moradas de sus hijas, donde solía encontrarse á menudo—todas las semanas—cuanto hay de distinguido y notable en la corte de España.

°°°

El año 1896 continúa acreditando su reputación de «casamentero».

Los lectores saben el número de bodas que desde el principio se han celebrado: el verano no pondrá término á las ceremonias nupciales.

La mano de tres jóvenes muy bellas han sido pedidas recientemente: la de la preciosa hija de los Duques de Bivona, para el Marqués de la Mina, primogénito de la Duquesa de Fernán-Núñez; la de la señorita de Polo, para el bizarro militar Sr. Bustamante; la de Fernández de la Somera, para el Sr. D. Alejandro Chao, que viene nada menos que desde Cuba para pronunciar sagrados juramentos, y regresará allí cuando lo haya ejecutado.

Ya que nos faltan otros motivos de satisfacción, tengamos siquiera el de ver que aun existe entre nosotros amor verdadero, cosa que va siendo rara en otros países: por ejemplo, en Francia.

∴

El teatro Real ha concluído su campaña, que no ha sido tan brillante ni tan próspera como las de otros años.

Nadie ignora los motivos de este hecho: la muerte del primitivo empresario, Sr. Rodrigo; la sustitución interina del difunto por el Sr. Araco para poder cumplir con los abonados los compromisos contraídos.

Se han dado, pues, las 108 representaciones prometidas; se han puesto en escena las óperas predilectas del público; pero diferentes causas, todas dolorosas, han impedido que su interpretación fuese perfecta.

La Tetrazzini tuvo que ausentarse al final de la Cuaresma por tener otros ajustes; el tenor Ibos se marchó también, no habiendo recobrado la salud perdida; Menotti, á causa de compromisos formales: viniendo á reemplazarlos otros artistas de inferior categoría: la Fons y Tabuyo, por ejemplo, quienes prestaron grandes servicios con su constancia en el trabajo.

El teatro va á ser adjudicado á fines de mes en subasta al que presente mejores proposiciones, no habiendo quien no desee se ponga á su frente persona entendida que le devuelva su antiguo brillo y su prístina prosperidad.

∴

La gente *comme il faut* se cita, se congrega ahora en el lindo coliseo de la Comedia, donde Novelli y sus huestes se han instalado por dos meses.

¿Quién no conoce al famoso actor italiano? ¿Quién no admira sus facultades y su talento?

Éste se halla en toda plenitud, y se ostenta en composiciones de género distinto, opuesto.

El insigne artista brilla igualmente en el género trágico que en el cómico: lo mismo es aplaudido en *La morte civile* que en *La zia di Carlo;* así interpreta las obras clásicas italianas como los *vaudevilles* franceses.

La sala de la calle del Príncipe se ve, pues, muy concurrida lunes y viernes, noches de moda según la empresa: pero los jueves es realmente cuando asisten las familias aristocráticas, que se han dado cita allí sin que lo sepa el señor Navas, empresario del coliseo, aunque con entera satisfacción del mismo.

No sería justo dejar de consignar que la señora Giannini acompaña dignamente á Novelli, y que algún otro actor merecería elogios si no ignorara yo su nombre.

∴

Si hay un teatro verdaderamente afortunado en Madrid, es el de Lara, siempre concurrido, siempre feliz en cuanto pone en escena.

Allí lo mismo se aplauden las obras buenas que las medianas: allí hay gente lo mismo en Diciembre que en Abril.

Recientemente ha estrenado dos obrillas, que en otra parte quizás hubiesen naufragado: *La noche de «El Trovador»* y *Pedro Jiménez*, y ambas, á pesar de su escaso mérito, tendrán espectadores y se sostendrán hasta el final de la temporada.

¿A qué se debe semejante fenómeno?—Pues únicamente á lo esmerado de la ejecución: al celo, á la fe, á la experiencia de la Valverde y de la Pino; de Ruiz de Arana, de Larra, de Rubio; en suma, de cuantos desempeñan papeles de mayor ó de menor importancia.

El Sr. Lara es uno de los empresarios más dichosos de la tierra: desde que construyó su teatro no ha tenido un año *de mala cosecha*, y debe levantar estatuas á los que le han proporcionado ganancias pingües y constantes.

∴

En la noche del día en que escribo comienza realmente la temporada de verano, porque hoy abre sus puertas, con una compañía de ópera italiana, el coliseo del *Príncipe Alfonso*, el cual ha elegido para principiar nada menos que *Los Hugonotes*.

En la próxima Crónica podré decir á mis bellas lectoras el éxito de la obra de Meyerbeer, y quizá también de la primera que ponga en escena el teatro del *Jardín del Buen Retiro*, el cual promete su apertura para fecha cercana.

Este será sin duda, cual todos los años, el punto de reunión de la sociedad elegante y el mejor recurso contra el calor, cuando éste se decida á aparecer entre nosotros; cosa que por ahora no parece próxima, con gran satisfacción de las empresas teatrales.

EL MARQUÉS DE VALLE-ALEGRE.

18 de Abril de 1896.

MI ESPOSA OFICIAL.

Continuación.

Al oir la palabra *espía*, mis ansiedades y terrores volvieron de nuevo. Intenté, sin embargo, una sonrisa, al mismo tiempo que decía:

—Supongo que el mismo barón Friedrich vendrá por aquí alguna vez.....

—¿Quién, ese *canalla?*—exclamó Alejandro indignado.—No podría entrar con más facilidad por las puertas de esta casa que por las puertas del cielo. Sólo en funciones oficiales, y con una orden expresa del Czar. El Yacht Club Imperial no admite dentro de su recinto á ningún *parvenu* alemán, aunque sea un policíaco experto. ¡Ah! Platoff ha tomado la banca. Siempre gano contra ese cosaco.

Y Sacha volvió á engolfarse en su juego, mientras que yo hablaba de retirarme, y Boris se ofrecía á acompañarme hasta mi hotel.

Mientras marchábamos por la anchurosa calle, mi acompañante me hablaba de su hermano.

—Es completamente un chiquillo loco. Todos esperamos que su matrimonio le hará sentar la cabeza. Yo creo que tú sabes que está en relaciones con la más joven de las Palitzin, una mujer encantadora; pero Sacha la descuida constantemente para correr en pos de cualquier belleza que se encuentra en su camino.

¿Era esto una advertencia para que guardase á mi esposa oficial contra aquel nuevo Don Juan? Aparentemente no, porque el marino en seguida empezó á hablar de varias cosas, entre ellas del baile que la Condesa Ignatief pensaba dar pocos días después, y para el cual pensaba procurarnos una invitación.

En aquel momento fuimos interrumpidos en nuestra conversación por un grupo de una docena de hombres, sin uniforme, que atravesaron casi corriendo la calle por delante de nosotros, internándose en un callejón. Al llegar nosotros á la esquina, los vi parados delante de una puerta, la cual se abrió inmediatamente, penetrando todos en la casa. Apenas hubieron desaparecido, cuando llegó hasta nosotros el rumor de gritos y de lucha que procedían de aquella casa.

—¡Un fuego!—exclamé yo, preparándome á acudir en auxilio.

Pero Boris me detuvo por el brazo, diciéndome:

—No tenemos nada que hacer ahí. Es un asunto de la policía.

—¡Ah! algún crimen, quizás un asesinato—dije yo, al ver que un carro cerrado se detenía delante de aquella puerta.

—Vámonos—insistió Boris.—Si es un asesinato, mañana lo leeremos en los periódicos; si es lo que yo supongo.....

—¿Qué?

—Que no leeremos nada.

—¡Cómo! En España ya habría tres ó cuatro *reporters* en el sitio del suceso, y mañana un par de columnas llenas del asunto en cada periódico.

—Los periódicos y los periodistas españoles no durarían mucho tiempo en este país—dijo el teniente, con un tono significativo que me hizo sentir frío hasta en la medula de los huesos.

Nada más hablamos hasta llegar á la puerta del hotel, donde nos separamos.

Subí á mis habitaciones, y encontré el salón en el mismo estado que cuando salí de él. La puerta del cuarto de Elena estaba abierta de par en par. La curiosidad me hizo acercarme. Miré dentro del cuarto, y nada vi: algo me impulsó á entrar, y no pude retener una exclamación de sorpresa. ¡El cuarto estaba vacío, y la cama no estaba deshecha!

¿Qué habría ocurrido durante mi ausencia? ¿Dónde podría estar Elena?

Mi mano se dirigió al cordón de la campanilla instintivamente; pero, por fortuna, me contuve á tiempo, pensando en el peligro que cualquier acción mía podría traer.

Registré todo el cuarto. Las maletas y los baúles estaban en su lugar. Hasta las joyas seguían en su neceser de viaje; nada había desordenado, luego no había habido lucha; y si Elena no estaba allí, era porque había salido por su propia voluntad. Por otra parte, si la policía la hubiese prendido, ¿cómo podía ser que yo estuviese en libertad?

Después de hacer todas estas reflexiones me convencí de que lo único que podía hacer era no hacer nada, y que tanto menos sospechoso podría yo aparecer cuanto menos supiese de las idas y venidas de *mi esposa*. De acuerdo con esto, decidí obrar como si no hubiese sabido que Elena no estaba en su cuarto, y entrando en el mío me desnudé y me metí en la cama, esperando oir á cada momento el ruido de sus pasos ó el de las gentes que viniesen á prenderme.

Pero al poco tiempo los efectos del Cliquot que había bebido en el Club hicieron que fuese perdiendo la noción de las cosas y me quedase dormido, para empezar á soñar una colección de horrores de los que me acordaré mientras viva. ¡Dios mío, qué deliciosa luna de miel oficial!

CAPÍTULO VIII.

Unos golpecitos dados en la puerta de mi cuarto me despertaron por la mañana, y una vocecita fresca gritaba al mismo tiempo:

—Arturo, que estás soñando. Tus ronquidos van á despertar á todo el hotel, sin conseguir despertarte á ti.

Me levanté de un salto. ¿Qué es lo que pasaba? El sol brillaba por entre los cristales de mi balcón. ¿Qué voz era la que yo había oído entre sueños?

—¡Arturo!

¡Su voz! No cabía duda. ¡Era ella!

—Arturo, hijito.

—¿Qué hay?—contesté al fin.

—El almuerzo, amor mío. Es muy tarde y el café se está enfriando—gritó al través de la puerta *mi esposa oficial*.

Hice una *toilette* lo más breve que pude, y me presenté en el salón, donde Elena, vestida con un precioso traje de mañana, se ocupaba en arreglar todo lo necesario para el desayuno, ayudada por un criado.

—¡Cómo te has dormido esta mañana, Arturo! Tú, que siempre madrugas tanto.

Y añadió dirigiéndose al criado:

—Puede usted retirarse: tenemos todo lo que necesitamos. Un momento después estábamos solos.

—Cierre usted la puerta, Arturo, y acérquese usted á mí. Tenemos que hablar.

Obedecí todas sus órdenes, y me coloqué á su lado.

—¿Qué estaba usted soñando á gritos hace un momento?—preguntó Elena.—Si no lo despierto á usted, seguramente hubiese usted concluído por hacer que viniese aquí toda la gente del hotel á enterarse de lo que no les importa.

—Señora, estaba soñando que me habían prendido y que sufría el castigo del *knout* por salvar á usted—contesté yo con tal énfasis, que Elena se echó á reir á carcajadas.

Al cabo de un momento, siguió hablando:

—Afortunadamente, siempre se sueña lo contrario de lo que sucede; pero, en fin, hemos de ponernos de acuerdo para evitar que ocurra esa catástrofe.

No podía dominar por más tiempo mi curiosidad, y aproveché aquel momento para preguntarle:

—¿Se puede saber adónde fué usted anoche?

—No, señor. Cuanto menos sepa usted de mis asuntos, mejor será para usted si nos llegan á descubrir. Bástele á usted saber que no he perdido el tiempo, y que nada sospecharon en el hotel, donde han creído que fuí á hacer una visita á los Weletsky. ¿Quiere usted tomar un poco de trucha? Está deliciosa.

—No, muchas gracias—contesté.

—Tenemos una porción de contratiempos sobre nosotros—prosiguió.—¿Un poco de café?

—No, gracias. ¿Y esos contratiempos son además de los que teníamos?

—Sí—dijo, enseñándome un montón de cartas.—Tenemos que formar nuestra línea de conducta, y una vez decidida ésta, seguirla los dos para que no nos hallemos en contradicción. ¿He de entrar en la sociedad rusa, sí ó no?

Y al mismo tiempo me mostraba una colección de invitaciones, tarjetas, etc., la mayoría de ellas con nombres de personajes. Entre ellas figuraba un convite para el baile de la Condesa Ignatief, acompañado de una tarjeta de la Princesa Palitzin.

—Si rehuso estas invitaciones y no voy al mundo, seguramente dará esta conducta motivos de sospechas. Si las acepto, corremos los peligros de la gran publicidad. ¿Qué cree usted que debemos hacer?

—¿Cuánto tiempo piensa usted seguir aquí?—pregunté yo á mi vez.

—Hasta que haya terminado mi asunto.

—¿Lo cual significa?.....

—Todo lo más tres días, aunque he adelantado tanto que pudiera tenerlo acabado esta tarde.

—¿Y al terminar esos tres días podrá estar usted en condiciones de salir de Rusia? ¿Podrá usted marcharse en cuanto yo encuentre el medio?

—Sí; ¿pero podrá usted conseguirlo? El entrar en la ratonera es fácil; ¡pero salir de ella.....!

—Para conseguirlo es preciso que nadie sospeche de nosotros—proseguí yo;—en primer lugar necesito escribir á mi mujer en París, pues de otro modo empezará en seguida á mandar telegramas preguntando qué ocurre.

—Es verdad, debe usted escribir en seguida.

—Y para más precaución, escribiré bajo sobre á mis banqueros en París, y por conducto de la Legación española.

De repente lancé un grito ante la idea que acudía á mi memoria.

—¿Y mi hija? Estará aquí antes de tres días.

—Pues es preciso que no esté.

—¿Y cómo puedo impedirlo?

—Telegrafiándola. Puede usted mandar sin cuidado un telegrama á Margarita, puesto que no tiene usted ninguna *hija oficial* en San Petersburgo—contestó sonriéndose Elena.—Ahora en cuanto á la sociedad. Va á ser imposible el que yo rehuse recibir á la señora de Weletsky, é imposible también el que deje de visitarla. Si acepto su invitación, no tengo más remedio que aceptar también las otras.

—Haga usted lo que le parezca—acabé por decir.—Estoy cogido en la trampa, y por lo tanto no hay más remedio que apurar todos los medios para salir de ella lo mejor posible y cuanto antes.

Después de esto le di todas las indicaciones posibles acerca de mi hija. La enteré de todos mis asuntos de familia, incluso los que me habían traído á San Petersburgo, y la puse en condiciones de poder representar el papel de la señora de Morla.

Media hora después salíamos los dos del hotel y nos hallábamos en la Neusky. Elena esperó á que pasase un coche, al que hizo seña y en el cual subimos los dos.

—Déjeme usted que dirija yo, Arturo. Conozco la ciudad, y el cochero que llevamos es hombre seguro.

Y con toda calma dió las señas de la Legación española.

Al llegar á ésta hice pasar mi tarjeta. Fuí recibido por uno de los secretarios, al que mostré mi pasaporte y las cartas que para el Ministro llevaba.

—¿Qué puedo hacer por usted, Coronel, en ausencia de mi jefe?—me preguntó atentamente aquel funcionario.

Entonces hablé de mi deseo de mandar algunas cartas á Francia por conducto de la Legación.

—Siento en el alma que me haya usted pedido la única cosa que me es imposible hacer—contestó el secretario;—pero algunas de las legaciones han sido vigiladas por la policía, y parece ser que, sin darse cuenta de ello, servían de medio de comunicación entre los nihilistas, y para conservar el privilegio de poder remitir los sacos de correspondencia oficial sellados ha sido preciso que todos los jefes de misión diesen á Mr. Giers su palabra de que en esos sacos no iría ninguna carta particular. Lo único que puedo hacer es recibir las cartas que vengan para usted, pero no puedo mandar ninguna.

Fuera de esto, la amabilidad del secretario no tuvo límites, facilitándome cuanto me hizo falta, incluso una carta de introducción para un abogado notable, al que deseaba yo consultar acerca de los asuntos de mi hija.

—¿Qué ha ocurrido?—preguntó mi compañera viendo mi cara cuando llegué al carruaje.

Contéle el resultado negativo de mi gestión con respecto á las cartas.

—Deje usted eso á mi cuidado—me contestó; y en seguida gritó al cochero: Al telégrafo, de prisa.

Telegrafié á mi hija anunciándole mi llegada y dándole



9.—Vestido para jóvenes de 14 á 15 años.
Explic. y pat., núm. X, figs. 62 á 71 de la Hoja-Suplemento.



10 y 11.—Traje para niñas de 12 á 14 años. Espalda y delantero.



12.—Vestido para niñas de 7 á 8 años.
Explic. y pat., núm. XIII, figs. 82 á 89 de la Hoja-Suplemento.

W. Joffrey





15.—Vestido estilo de sastre.

como señas la Legación de España; además añadía: «Espérame ahí. Iré á verte en seguida. Por carta detalles.»

—Ahora, señora—dije á Elena,—quisiera leer una carta que tengo de París y que he recibido en la Legación, y también quisiera contestarla y escribir á mi hija, si todo ello se puede hacer sin peligro.

—Perfectamente. Todo eso lo podrá usted hacer en seguida.

Y dió unas señas al cochero, el cual, saludando, echó á andar por un dédalo de calles para mí desconocidas.

Noté, sin embargo, que el coche daba muchos rodeos, yendo unas veces sumamente de prisa y otras, al contrario, muy despacio. Pasamos la hermosa iglesia de Kazán, la espléndida cúpula de San Isaac, muchos palacios, plazas, cuarteles, canales y monumentos, hasta que por último penetramos en una calle estrecha, seguramente á más de una legua de la estación del telégrafo, y fuimos á parar delante de una tienda de mediano aspecto y que ostentaba modestamente este título:

«LE BRUN. MODES DE PARIS.»

—Vuelva usted dentro de dos horas—dijo Elena al cochero, añadiendo algunas instrucciones que no pude entender.

Luego, dirigiéndose á mí, me indicó que la siguiese, al mismo tiempo que se cubría la cara con un velo muy espeso. Miré á todos lados, y no vi á nadie en la calle. El cochero arreó sus caballos, y yo entré en la tienda siguiendo á mi bella compañera.

Cuando la hube alcanzado, estaba diciendo á una señorita de la tienda:

—Necesito un vestido para el baile de la Condesa de Ignatief. Tiene que estar listo en tres días: ¿puede usted hacerlo?

—Antes de ese tiempo, si la señora lo desea—contestó la señorita respetuosamente.

Elena entonces murmuró algunas palabras á su oído. Su interlocutora señaló á una puerta, por la que entramos siguiéndola los dos.

—Aquí tiene usted todo lo necesario para escribir—dijo *mi esposa oficial*.—Ahora despache usted su correspondencia mientras yo me ocupo de mi vestido.

—Pero si tiene usted veinte mil en sus baúles.....—no pude menos de decir.

—Pero necesito otro; un capricho de mujer. No pregunte usted más, y no salga usted de aquí ni abra la puerta—me contestó mi enigma saliendo de la habitación, donde quedé solo.

Sentéme delante de la mesa y escribí una larga carta á mi esposa verdadera, legítima compañera de tantos años de mi vida, la que tantas pruebas de cariño me tenía dadas, y con la que tan mal me estaba portando desde mi entrada en Rusia. Creo que derramé alguna lágrima sobre el papel, y no estoy seguro de no haber cometido alguna falta de ortografía, de gramática ó de sentido común, porque la verdad es que no me encontraba en estado de ánimo á propósito para fijarme en tales cosas.

En mi carta encargaba á mi mujer que no le escribiese á nadie más que á mí, incluyéndome, bajo sobre dirigido á la Legación, las cartas que quisiera para nuestra hija; la prohibía telegrafiar, aunque ocurriese algo muy urgente. Describíala la amable acogida que me habían dispensado los Weletsky, y que esperaba que mi regreso á París no se dilataría más que pocos días.

Después escribí á Margarita. Expliquéla que, teniendo que tratar con sus parientes de asuntos relacionados con sus intereses, me parecía más natural que no viniese á San Petersburgo hasta haberlos yo terminado, para dejarme por este medio más libertad de acción. Encarguéla también que me escribiera por conducto de la Legación, y que me mandase á mí las cartas que quisiera para su madre; y, por último, la encargaba muy especialmente que no escribiese á nadie absolutamente hasta que yo se lo permitiera.

Un momento después de terminar mi carta entraba Elena en la habitación.

—Mi vestido será una maravilla—dijo por toda contestación á mis miradas interrogadoras.

Después me pidió mis cartas y se las entregué.

—Ahora—añadió—váyase usted tranquilamente al hotel, ó mejor al Club, donde se podrá distraer más fácilmente, y olvide cuanto antes este sitio. Estas cartas llegarán con toda seguridad. Yo estaré en el hotel á las cinco, porque ahora tengo que hacer.

Y saludándome graciosamente, me señaló la puerta por donde habíamos entrado, mientras que ella desaparecía por otra que indudablemente conducía al interior del edificio.

Salí de la casa mirando á todos lados. No distinguí á nadie: solamente un chiquillo jugaba en un rincón. Alargué el paso y procuré orientarme.

Mientras marchaba en dirección al centro de la población, me entregué á mis meditaciones. Necesitaba permanecer, por lo menos, tres días más en San Petersburgo. Rodeado de peligros conocidos y desconocidos, era preciso que educase mis nervios; era preciso que supiera adoptar esa sangre fría que caracteriza á los ingleses; necesitaba aprender á no conmoverme por nada; necesitaba.....

Una voz vino á cortar mis meditaciones.

—¡Mi querido coronel Morla!

¡Dios poderoso! era el propio jefe de la policía el que me llamaba. Afortunadamente había andado ya más de un kilómetro desde mi salida de la tienda, y me encontraba en una calle que nada podía tener de sospechosa.

—¡Encantado de veros, mi querido Barón!—dije recobrándome casi en el acto de mi sorpresa.—Y tanto más encantado, cuanto que este encuentro me proporciona la oportunidad de vengarme de usted. Ayer me proporcionó usted el mejor desayuno que se puede tomar en el mundo, y hoy me va usted á permitir que yo le ofrezca el mejor almuerzo que sea posible encontrar por estos alrededores.

—¡Bravo!—exclamó el Barón.—Eso se llama una buena venganza, tanto más fácil de llevar á cabo cuanto que, á dos pasos de aquí, puedo llevarle á usted á un restaurant muy pequeño, pero que, para mi gusto, es lo mejor de la ciudad.

Efectivamente, apenas hubimos andado unos cuantes pasos, cuando nos encontramos frente á un establecimiento que llevaba por nombre: *Pichoir.—Restaurant Français*.

Un momento después estábamos sentados delante de una mesa dando instrucciones al mozo para nuestro almuerzo.

Desde luego advertí que el Barón no recibía en aquel establecimiento ninguna de las marcadas muestras de respeto de que había yo sido testigo el día anterior.

—¿No le conocen á usted aquí?—pregunté.

—No—me contestó;—pero noto que usted se ha enterado pronto de quién soy yo.

Y sin dejarme tiempo á replicar, prosiguió diciendo:

—Nunca como dos veces seguidas en un mismo restaurant. Si yo fuese siempre á un mismo sitio, no tardaría ni tres días en estar envenenado.

Pegué un salto al oir estas palabras; y, cosa rara, mi apetito desapareció por completo en un instante.

L. B.

Continuará.

CANTARES.

Las huellas de tus pisadas
En mi camino encontré,
Y fuí poniendo mis labios
Donde pusiste los pies.

Echaré sal en mi cama,
Y pondré al cuerpo cilicios,
Hasta tanto que la Virgen
Me conceda tu cariño.

Cuando á una rubia quería,
Siempre estaba tiritando;
¡Ahora quiero á una morena,
Y á todas horas me abraso!

El amor tiene una casa
Con paredes de cristal,
Y lo que él mismo no ve
Lo suelen ver los demás.

Ni tu despedida oí,
Ni tú escuchaste la mía,
Y no obstante nuestras almas
Se dieron la despedida.

No te contengas y llora,
Serranilla de mi alma:
¡Los corazones se entienden
Con suspiros y con lágrimas!

NARCISO DÍAZ DE ESCOVAR.

LA FORTUNA DEL TÍO PEDRO.

Simplicio Pardiñas había referido tantas veces á los vecinos de su aldea la historia del tío Pedro y de sus millones, que había acabado por creerla él mismo. La verdad del cuento era que Pedro Tarambana, un calavera de oficio, que había dado más de un disgusto á sus padres, había por fin huído de su casa, enganchándose como marinero en un buque mercante que marchó con rumbo á Veracruz, vía Nueva York. Estos acontecimientos eran demasiado sencillos para que sus amigos y parientes no los dorasen un poco con su fantasía. Además, ¿no era bien sabido en aquel recóndito pueblo de la costa de Galicia que todo el que va á América se hace rico? ¿Acaso esto era cosa nueva? Así, pues, todos esperaban la vuelta del tío Pedro con buques cargados de oro, que á su muerte cercana, según los deseos de los suyos, les dejaría, por supuesto.

Los años pasaban, y la fortuna del tío Pedro crecía en la imaginación de los suyos. Los parientes más viejos se murieron, y Simplicio Pardiñas quedó por solo heredero. Un día mi hombre encontró á un marinero á quien había conocido hacía un año. Éste acababa de llegar de Méjico, y Simplicio aprovechó la ocasión de convidarle á unas copas para preguntarle si había oído hablar del tío Pedro en aquellas tierras.

El marinero, hombre galante por naturaleza, y deseoso sin duda de hacerse agradable á Pardiñas y su esposa, les dijo que recordaba, en efecto, haber visto pasearse en el muelle de Veracruz á un caballero que debía ser poderoso y que era la imagen del tío Pedro. Esto bastó: ya no podía caber duda que el tío Pedro había encontrado en América una mina de oro.

Al día siguiente Simplicio volvió á encontrar al marinero, ó quizás éste se hizo el encontradizo: el resultado de este encuentro fueron otras copas, más preguntas respecto al tío Pedro y ciertas confidencias, por las cuales Simplicio averiguó que el que se paseaba por el puerto de Veracruz era, en efecto, el ausente tío Pedro, porque había hablado al marinero de sus parientes y le había echado varias indirectas sobre sus intenciones respecto de ellos.

Los Pardiñas vinieron á ser los vecinos envidiados del pueblo. El tío Pedro y su fortuna—sobre todo su fortuna—fueron el asunto principal de las conversaciones de toda la comarca. Los Pardiñas, mientras tanto, vivían felices y contentos, esperando con paciencia el día en que habían de disfrutar de los millones ahorrados por Pedro Tarambana.

Pasaron algunos meses. Una mañana, cuando menos lo esperaba Simplicio, recibió una carta de Veracruz. La carta tenía el sello del Consulado de España. Simplicio conservó todo el día la carta sin abrirla á fin de enseñar el sobre á sus amigos. Hasta que llegó la noche, y en presencia de su esposa é hijos, sus manos temblando de emoción, no se decidió á romper el sobre. Era una carta voluminosa; probablemente venían con ella algunos billetes de Banco. Los papeles, cuidadosamente sacados del sobre, resultaron ser la fe de defunción de Pedro Tarambana y una nota del Consulado.

—¿De modo que se ha muerto?—preguntó la esposa.

—Por lo visto, puesto que el Cónsul lo dice—replicó Simplicio.

Hubo un momento de silencio; ninguno de ellos había conocido al anciano tío; pero habían hablado tanto de él, que era como si le hubiesen tratado, y lograron verter alguna lágrima.

—El Cónsul no dice nada del dinero—observó la cara mitad de Simplicio secándose los ojos.

—Sin duda quieres que el Cónsul se ocupe del dinero cuando el cuerpo del tío Pedro está aún caliente—replicó bruscamente Pardiñas.—Podemos esperar, y él lo sabe. Volverá á escribir dentro de algunos días seguramente.

Miró de nuevo el sobre, y vió que estaba dirigido al señor Pardiñas ó Tarambana.

Como todos los Tarambanas se habían muerto y él era el único Pardiñas, parecía natural que la carta le hubiera llegado á él; pero ni la vaguedad de la dirección ni la nota del Cónsul hizo concebir la menor duda respecto al dinero en el ánimo de nuestro sencillo Pardiñas.

Mas ¡cosa extraña! el Cónsul no se acordó de escribir la segunda carta. A medida que el tiempo pasaba, la sorpresa se convertía en ansiedad; una verdadera fiebre, la fiebre del oro, se apoderó de ellos: no podían pensar en nada, tomar gusto á nada; sólo les preocupaban los millones del tío Pedro y lo que podía haber sido de ellos.

Por fin la ansiedad llegó á ser tal, que Simplicio anunció su decisión de emprender el viaje á Veracruz y enterarse del asunto por sí mismo, plan que mereció la aprobación unánime de todos los suyos.

—No estaré ausente más de un par de meses—dijo Simplicio—y el chico puede ocuparse de la barca. Un puñado de duros no nos arruinará, y sé que me pondré enfermo si no voy y me entero de lo que pasa por allá.

He dicho que todos aprobaron su idea. Debo añadir que si no la hubieran aprobado hubiera sido lo mismo. Cuando á Simplicio se le metía algo en la cabeza, no había quien se lo sacase. Marchó á Vigo y se embarcó en un buque inglés con rumbo á Méjico. El infeliz nada sabía del gran viaje que había emprendido: los marineros eran todos ingleses; él no entendía una palabra de lo que pasaba á su alrededor, y se sentía tan solo é indefenso como un niño en un bosque. Comenzó á sentir gran ansiedad de confiar á alguien el tormento de su ánimo. Trató de conquistar al mozo de comedor que hablaba algo de español, pero éste estaba demasiado ocupado para hacerle caso. Sin embargo, Simplicio no desmayó, y el mozo, en la desesperación, miró alrededor á ver á quién podía encajar al posma del pescador, que no tenía trazas de dejarlo.

—Mire usted—dijo, señalando á dos de los pasajeros,—esos son los hombres que pueden sacar á usted de apuro. Conocen Veracruz que podrían pasearse por ella con los ojos vendados; pregúnteles usted.

Simplicio miró á los dos hombres, y dió las más expresivas gracias al mozo. Estaba encantado ante la idea de haber tropezado con gentes que conociesen tan bien Méjico. Los hombres eran dos *yankees* de aspecto dudoso, que habían permanecido aislados de todo el mundo durante el viaje.

Simplicio se acercó á los dos pasajeros, que en el momento que le vieron venir hacia ellos cambiaron unas palabras en voz baja y se alejaron.

Simplicio echó á andar detrás de ellos: pero los dos hombres emprendieron la retirada, hablando rápidamente en inglés. El pescador vaciló, comprendió que estaban ocupados con asuntos particulares, y no los quiso interrumpir. Ni siquiera se le pasó por la cabeza que trataban de huirle. Sin embargo, no quería perder tal ocasión, y continuó paseando detrás de ellos á una distancia respetuosa. Dos ó tres veces, creyendo que se iban á parar, se detuvo sombrero en mano y comenzó á decirles algo; pero cada vez encontró sólo unas miradas altivas, y los hombres siguieron adelante.

—¡Qué ordinarios son estos *yankees!*—pensó Simplicio para sus adentros; y se retiró por algunos minutos.

Los dos americanos estaban, sin duda, algo intrigados por la conducta de su compañero de viaje: les fastidiaba además su persecución, así es que se quejaron de él al mozo. Este estaba más ocupado que nunca, pero era amigo de broma, y pensó que bien podría dar alguna para alegrar la rutina del día.

—¿Saben ustedes que ha habido un robo muy importante en Madrid?—les dijo con tono misterioso.—Pues bien; yo apostaría cualquier cosa á que éste es Ernesto Largavista, el famoso agente de policía secreta que sigue la pista á los ladrones, disfrazado de pescador gallego.

Los dos hombres se miraron, dieron las gracias al mozo, y se metieron en su camarote para no salir más de él hasta que el buque fondeó en el muelle. El pobre Simplicio los buscó en vano: salieron del vapor sin que nadie los viera, y el infeliz se encontró con que tenía que contar con sus propias habilidades para orientarse en Veracruz.

Lo que fué de él el resto de aquel día, dónde durmió aquella noche, nunca lo supo. Al día siguiente empezó de nuevo sus pesquisas: preguntó por el Consulado de España, y fuera su cerrado acento gallego, fuera su aspecto, todos aquellos á quienes se dirigía, ó se burlaban de él ó no le hacían caso; hasta que el pobre, muerto de cansancio, se sentó en unos escalones y comenzó á llorar.

El tío Pedro podía haberse ido á morir á su tierra, y haber facilitado así las cosas á su heredero.

Después de algunos minutos de completo abatimiento, trató de tomar ánimos y ensayar de nuevo. Justamente al llegar al final de la calle divisó á uno de los americanos á quien el mozo del vapor le había dicho que se dirigiese.

El extranjero se había afeitado, é iba vestido de modo muy distinto; pero Simplicio lo reconoció á escape.

—¡Caballero, caballero!—gritó corriendo tras él.

Oyera ó no su llamada, lo cierto es que el americano tomó las de Villadiego en cuanto vió al gallego.

—¡Cómo!—exclamó Simplicio indignado—¿este hombre conoce Veracruz como yo Villarín, y no me quiere ayudar? Allá lo veremos.

Y mi hombre apretó á correr. Los dos volaban. En vano el *yankee* dobló esquina tras esquina; rendido ya de la carrera, y viendo que el pescador le seguía incansable, se decidió á entrar en una taberna y esperar á su perseguidor.

—¡Al fin lo cogí á usted!—exclamó el pescador.—¿Para qué correr y darme todo este trabajo? Ahora tiene usted que.....

—*Shut*—interrumpió el *yankee* palideciendo, á pesar de la carrera.—No alborote usted—prosiguió en purísimo castellano,—no hay para qué. Venga usted, y sentémonos en este rincón.

—Vamos, más vale así—se dijo Simplicio; y se limitó á mirar al *yankee* de un modo picaresco, y se sentó.

—Yo sé para qué ha venido usted á Veracruz—dijo el americano.

—Bueno—pensó el pescador.

Pero antes de que pudiera empezar á hablar, el *yankee* continuó:

—Podemos arreglar este asunto entre los dos sin más molestia; ¿no le parece á usted?

—¡Ya lo creo!—replicó Simplicio, creyendo siempre que el *yankee* se refería á la fortuna del tío Pedro.

—Convenido. ¿Y cuánto es lo que necesita usted?

—Pues lo que me corresponde, por supuesto—respondió el gallego.

—Le daré á usted esta cartera. Tiene cuatro mil duros en billetes del Banco de España. No he podido aún cambiarlos por oro, pero son buenos; no tenga usted miedo de que sean falsos ó que los detengan. ¿Le bastará á usted esto?

¡Cuatro mil duros! Era una buena suma, ¿pero era la que realmente le correspondía? ¿Cuánto valía en realidad el tío Pedro?

—¿Es ésa mi parte?—preguntó Simplicio con aire de duda.

—¿Cuánto esperaba usted?—preguntó el otro con ira.—Era un asunto bueno, pero no una mina de oro; y son muchos á repartir. Y esto ó nada.

—Vaya, pues lo tomaré—contestó Simplicio, temiendo perderlo todo.

—En buen hora. Y ahora tome usted esto, á condición que se vuelva usted en el *Bretaña*, que sale de aquí dentro de dos horas. Y acuérdese usted que nunca me ha visto.

—Convenido—exclamó Simplicio.

El *yankee* le alargó la cartera, y él examinó los billetes; eran buenos. Trató de explicarse todo esto que le parecía algo turbio, pero cuanto más pensaba en ello más se confundía. Únicamente veía clara una cosa. Había logrado coger una rebanada de la fortuna del tío Pedro, y era hoy en día un hombre rico.

Esperaron allí durante una hora. El americano fué á comprarle su billete de regreso; le acompañó al vapor, y no le perdió de vista hasta que el *Bretaña* emprendió su viaje á través del Atlántico.

Y así sucedió que Simplicio Pardiñas, tomado equivocadamente por un agente de policía secreta, vino á ser el heredero del tío Pedro, que había muerto sin un cuarto unas cuantas semanas antes en el hospital de Veracruz.

En cuanto á Simplicio, jamás logró darse verdadera cuenta de lo sucedido, pero tampoco caviló mucho sobre el asunto.

Más adelante, cuando abandonó su trabajo de la pesca y vistió levita y chistera, solía menear la cabeza y decir que los americanos tendrían sus faltas, pero que en cuestión de negocios nadie les echaba la pata. Y si no, á ver lo pronto que habían arreglado la herencia del tío Pedro.

LADY BELGRAVIA.



16 y 17.—Trajes para niñas de 12 á 14 años.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR.

Exclusivamente serán contestadas en este sitio las consultas que, sobre asuntos propios de las secciones del periódico, se sirvan dirigirnos las Señoras Suscriptoras á la edición de lujo y á la 2.ª edición, demostrando esta circunstancia con el envío de una faja del periódico, ó por cualquier otro medio.

Las consultas que se nos dirijan en *carta anónima*, ó que vengan firmadas por personas que no demuestren debidamente ser suscriptoras á las citadas ediciones, no serán contestadas.

A UNA SUSCRIPTORA.—No contesté inmediatamente á sus preguntas, para poder comunicarle las últimas novedades para trajes de primavera. Usted en su carta me decía que le bastaba recibir la contestación á tiempo de hacerse los trajes á primeros de Mayo. Por eso he esperado hasta el número último, en el que, en mi respuesta *A Moraima*, satisfago completamente los deseos de usted.

El traje sólo podrá llevarlo dentro de casa.

Á UNA MUY FEA.—El calzado que más se usa para playa es el de color claro.

Los guantes que se usan para playa son los de algodón, seda, y con preferencia los de gamuza.

En el número pasado, y en contestación dirigida *A una Americana*, doy extensos detalles de los trajes que deben elegir, tanto para diario como para vestir los niños de edad de tres años á trece ó catorce.

Los sombreros *canotiers* siguen estando de moda; por lo tanto, se llevarán este verano. El adorno preferido para éstos es la cinta rodeando la copa, lazo á un lado y sobresaliendo de éste un grupo de plumas cuchillo.

Al enviarle á usted modelos del papel de cartas han debido equivocarse, pues no es ése el que está de moda, sino el de forma apaisada y de color. Sobres lo mismo.

A UNA ESPAÑOLA.—Uno de los tejidos de lana que están más en boga para traje de señorita es el *barège* en tono *beige*, azul porcelana, verde almendra, rosa Rey, violeta rusa, etc.: éstos son los tonos del fondo, pues se usa mucho el estilo Pompadour.

No son propias las esclavinas de encaje para señoritas.

Leyendo con atención los números de LA MODA desde principio de año hasta la fecha, y especialmente la *Revista Parisiense*, encontrará cuantas noticias necesite respecto de modas.

Sí; los cuerpos negros pueden usarse con falda de color.

Las manchas de cera en la ropa blanca se quitan cubriéndola con un papel y pasando sobre éste una plancha caliente.

La felicitación á que se refiere depende de la confianza que tenga con ese señor ó del respeto que le deba. Siendo persona respetable y de confianza, debe felicitarle.

Los pecheros y corbatas blancas se usan con toda clase de traje que tenga chaquetita abierta.

El orden en el servicio de la comida depende de los platos que haya.

Como regla general, el pescado es el segundo que se sirve en comida de cuatro platos, si bien hay *menus* que exigen que la entrada sea de pescado.

Si se trata de una comida á la española, en la que sólo hay dos platos, se sirve primero el pescado, siempre que el otro principio no sea frito.

Á UNA ASTURIANA.—El altar de la Purísima Concepción resultará elegante haciendo dos visos: uno blanco de seda y otro azul. Para cubrir el viso blanco en los días de más fiesta, debe hacerle una sabanilla que tenga gran caída de bordado. Puede ser ésta todo lo lujosa que quiera, por ejemplo, de nipis bordada á mano, encajes antiguos verdaderos ó imitados, ó también con flores pintadas á mano sobre nipis ó batista de seda blanca. Lleva este altar á los lados lazos azules de cinta de faya, raso ó moaré muy ancho.

Con el viso azul puede poner la sabanilla blanca de bordado muy abierto. A esta sabanilla, que puede servir para diario, le pondrá lazos blancos. No dude en poner lazos en el altar, pues está muy de moda, sobre todo los de gasa ó cinta con flores pintadas.

Para hacer las mantecadas de Astorga se bate en una fuente honda una libra de manteca de vaca, limpia antes en agua; se extrae el suero de la leche hasta que parezca nata, y en seguida se va echando una libra de azúcar pulverizada y seis onzas de harina de almidón, otras seis de harina de flor, la raspadura de un limón, doce huevos, uno por uno, batiendo con fuerza, hasta que la masa empieza á hervir y está muy ligera. Se tienen preparadas unas cajetillas de papel cuadradas, más anchas por abajo que por arriba, y se va echando la masa en estas cajetillas, sin llenarlas, para que al cocer no se salga: se cuecen en horno á fuego no muy vivo, y se preparan de manera que no estén largo tiempo sin cocerse. Al sacarlas del horno se espolvorean de azúcar fina.

SRA. D.ª A. M. Z.—Los dibujos que desea los encontrará muy bonitos, y del tamaño indicado, en la casa llamada Santa Teresa, Caballero de Gracia, 24, principal.

Á UNA ENTUSIASTA DE ADELA P.—Las bolsas más elegantes para ese objeto son las de raso ó moaré, con diminuta cifra enlazada del nombre de los dos en uno de los extremos, y en el centro flores pintadas.

Ya no se hace tanto uso de los platos.

Siendo el novio marino, debe asistir á la ceremonia con el uniforme de gala.

Á UNA ADMIRADORA DE LOS ENCANTOS DE LA NATURALEZA.—Los adornos que puede emplear, pasado el rigor del luto, son encajes, pasamanería de azabache y gasa bordada.

Si la lana es negra, las manchas salen muy bien frotándolas con un cepillo empapado en café colado, cocido y muy caliente. También se quitan echando en un litro de agua una cucharada de álcali volátil, y frotando por igual con un cepillo. Si la lana que quiere limpiar es de color, las manchas de grasa salen muy bien dándoles greda dos ó tres veces y poniéndolas al sol. Las manchas de hierro en la ropa blanca se quitan poniendo sobre cada una de ellas sal molida empapada en jugo de limón. Luego se deja la ropa al sol, ó de no hacerlo así, se pone un papel blanco, y sobre éste una plancha caliente. Una ú otra operación se repite hasta que la mancha desaparezca.

Para el regalo de que me habla, no hay regla fija; por lo tanto, podrá usted elegir entre un brazalete, unos pendientes, un broche, un abanico de más ó menos precio, una sombrilla, ó un objeto de plata para el tocador, tal como polvera, candelabros, etc., etc.

El mejor medio para que la polilla desaparezca, es poner entre las ropas bolsitas de pimienta á medio moler, y trozos de alcanfor envueltos en papel de seda.

Tenga la bondad de leer mi contestación *A Beatriz*, publicada en el núm. 14 de Marzo último, y verá explicada la forma de faldas que se usan en la actualidad y que seguirán estando de moda en el próximo verano.

Á UNA LLANISCA.—Tengo casi la seguridad de haber contestado á su consulta en el número de 6 del corriente dirigida *A Dos de Mayo*. Aunque así no sea, en dicha contestación encontrará cuantas noticias puede necesitar para hacerse el hábito que va á empezar á usar.

Debe emplear los géneros lisos en tejidos ligeros.

Puede elegir los sombreros y *collets* que prefiera y mejor la sienten, pero prefiriendo los modelos más sencillos, para que resulten en armonía con la seriedad que el traje requiere.

Los guantes no están sujetos á regla; por lo tanto, podrá usted usar desde los más claros, inclusive los blancos.

El papel en que me escribe es elegante.

Á UN RAMO DE PENSAMIENTOS Y ROSAS DE TÉ.—No estando de luto, no tiene nada que ver que el traje sea negro para llevar guante blanco, que es lo que se acostumbra.

La mantilla se prende con un diminuto *bouquet* de azahar, no en el pecho, como usted dice, sino un poco hacia el hombro izquierdo.

Para enterarse de las faldas que están más de moda, lea mi contestación en este mismo número dirigida *A una Admiradora de los encantos de la Naturaleza*, y verá lo que á esta señora le indico.

Tengo el gusto de darle á continuación la receta del bacalao á la vizcaína:

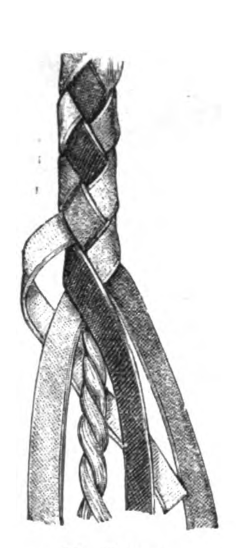
Después de desalado y cocido el bacalao, se hace la salsa, poniendo mitad de aceite y mitad de manteca de cerdo, con bastante cebolla picada y friéndolo todo con cuidado. Cuando la cebolla está dorada se echa una corteza de pan tostado y un poco de caldo; se tienen cocidos unos seis pimientos choriceros, quitando antes las venas y el polvo, cuya carne rallada con un cuchillo se unirá á la cebolla frita, echando una cucharada de harina y pasando todo ello por un colador bien exprimido, de manera que quede una salsa bastante espesa. Se introduce en ella el bacalao sin espinas gruesas, y haciéndolo hervir ligeramente se sirve.

En los próximos números tendré el gusto de darle las recetas que me pide.

Aunque hace poco publiqué la receta de los huevos hilados, tengo el gusto de repetirsela.



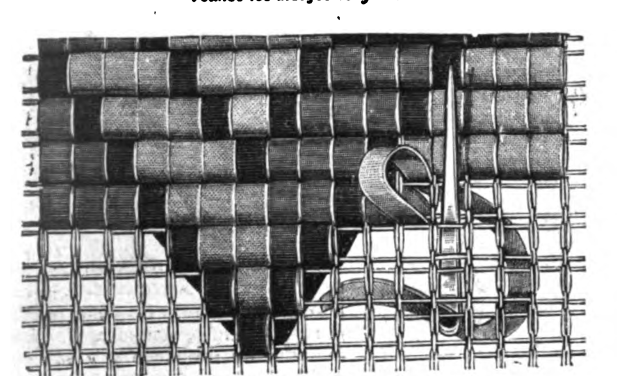
18.—Taburete con bordado trenzado.
Véanse los dibujos 19 y 20.



20.—Trenza del bordado del taburete.
Véase el dibujo 18.



21.—Traje para niños de 12 á 13 años.
Explic. y pat., núm. I, figs. 1 á 16 de la Hoja-Suplemento.



19.—Ejecución del taburete.
Véase el dibujo 18.



22 y 23.—Blusa de tafetán chiné.
Espalda y delantero.
Explic. y pat., núm. IV, figs. 33 á 39 de la Hoja-Suplemento.



24.—Collet bordado para niñas de 3 á 4 años.
Explic. y pat., núm. VI, figs. 44 á 47 de la Hoja-Suplemento.



25 y 26.—Enaguas de verano.
Explic. y pat., núm. VIII, figs. 49 á 56 de la Hoja-Suplemento.



27 y 28.—Vestido bordado para niñas de 2 á 3 años.
Delantero y espalda.
Explic. y pat., núm. XIV, figs. 90 á 93 de la Hoja-Suplemento.



29.—Vestido de tafetán.



30 y 31.—Collet bordado de trencilla.
Espalda y delantero.
Explic. y pat., núm. XV, figs. 94 á 97 de la Hoja-Suplemento.



32.—Delantal para niñas de 7 á 8 años.
Explic. y pat., núm. XVII, figs. 100 y 101 de la Hoja-Suplemento.

Se hace un almíbar ligado y bien clarificado. Se baten dos docenas de yemas de huevo muy frescos, y después de bien trabajadas, se vierten en una especie de embudo con cañoncitos que se vende á propósito para este objeto, y en él se echan las yemas. Métese el embudo en lo alto, se va formando el hilado de los huevos, que se saca con una espumadera.

Á MASATTA.—Existe el perfume Vera Violeta, cuyo fabricante es Roger y Gallet; lo he recomendado porque está muy de moda y es sumamente fino. Se asemeja á la *Violette idéale de Houbigant;* pero como es usted tan aficionada é inteligente en perfumes, debe probar éste, aunque no sea más que por la novedad.

URGANDA LA DESCONOCIDA.—Para las *toilettes* de que me habla prefiero los siguientes modelos:

Para el traje de raso blanco, de desposada, el grabado 20 de 6 de Marzo.

Para el negro de piel de seda, el grabado 2 de 30 del mismo mes.

Una de las *toilettes* de seda de color resultará elegantísima ateniéndose al modelo (grabado núm. 16 del 22 de Marzo). Igualmente quedará bien la otra guiándose para hacerla por el croquis 7 de la *Revista Parisiense* de 14 del mismo mes.

El de lana negro podrá hacerlo como el grabado 15 del último número de LA MODA ELEGANTE, adornándolo con pasamanería de azabache y lazos de cinta de raso negro. Uno de los trajes de lana de color podrá hacerlo copiando el figurín iluminado del periódico antes citado; el otro como el grabado 31 del núm. de 6 de Febrero: y por último, para el traje á cuadritos, en el que quiere esmerarse, le recomiendo el figurín iluminado del número de 14 de Febrero, poniéndole las solapas de faya color nutria y el chaleco de piqué blanco.

Sombrero forma toca es el que irá bien con este traje.

Á UNA LLORONA.—Para saber qué regalos debe hacer á su prometido, y viceversa, lea mis contestaciones dirigidas *A una Holgazana* y *A C. H. de A.*, insertas en el número de 22 de Enero de 1896.

Los hermanos del novio deben obsequiarla á usted con algún regalo, así como usted debe regalar un objeto á cada futuro cuñado, é igualmente su prometido debe regalar á sus hermanos, entendiéndose que en uno y otro caso me refiero á los de ambos sexos. Al novio corresponde poner la casa; pero la novia amuebla su habitación. Por lo tanto, en ella puede desplegar el lujo que su posición le permita. Componen el mobiliario de esta habitación la cama, mesa de noche, lavabo, armario de luna y muebles tapizados de su gabinete, con cortinajes, etc.

Atendiendo á sus deseos, paso á indicarle tres bonitos modelos para sus trajes de novia: el primero es el del traje de desposada del grabado 20 del número de 6 de Marzo; quedará elegantísimo haciéndolo de *moiré antique*, guarnecido de encaje de Bruselas ó Malinas. El traje de más vestir de los dos de seda de color resultará muy bien si se atiene en todo para hacerlo al croquis de la *Revista Parisiense* del 22 de Febrero, señalado con el núm. 1; dicha *toilette* podrá ser más ó menos clara, es decir, falda de faya gruesa color verde almendra completamente lisa y cuerpo fondo igual á la falda con brochados en color rosa y blanco; la tabla que forma el delantero, del color liso igual á la falda, y los encajes de guipur amarillento. Si quiere la *toilette* más obscura, pero de este mismo estilo, puede copiarla exactamente en fondo azul rey ó almendra tostada. Para traje más sencillo lo recomiendo como modelo el grabado 19 del número de 29 de Febrero, copiándolo en tela de seda fantasía.

SRA. D.ª JULIANA M.—El ganso bien desplumado, armado y destripado se pone en una cazuela, con ruedas de cebolla, zanahoria, perejil, nabos, un poco de sal, lonchas de tocino ó jamón y manteca de cerdo; se cubre bien para que reciba todo el jugo de estas hierbas y se ablande; cuando todo ha tomado un color dorado, se echan dos jícaras de caldo y una cucharada de vino de Madera ó blanco bueno, pasando la salsa por un colador cuando ya está tierno el ganso. Los nabos consérvanse enteros para colocarlos en la salsa. Puede aumentarse ésta engordándola con un poco de harina tostada, y añadir, si se quiere, aceitunas enteras deshuesadas, *champignons* pasados por manteca caliente y trufas.

Del mismo modo que el ganso se guisa el pato.

Á UNA SOÑADORA.—La mejor época para hacer el aceite de violetas es la primavera, porque en esta estación conserva la flor todo su perfume. Se recoge buena cantidad de ellas, se les quita los tallos y se ponen en un gran embudo, el cual se cierra con un tapón de algodón en rama moderadamente ajustado.

Luego se vierte el aceite de almendras dulces sobre las flores y se cubre herméticamente. El aceite se filtra gota á gota y se impregna del perfume de las violetas, dando luego al cabello un olor delicado y suave.

Cuando quiera guardar las violetas para conservarlas secas y hacer de ellas cocimiento, hay que coger sólo la flor. En seguida se ponen á secar en la sombra, y á medida que se van secando se guardan en botes forrados de papel. Estas flores se emplean con frecuencia como medicamento casero para los catarros, mezcladas con flores de malva, con lo cual se preparan tisanas pectorales y agradables.

Á UNA ENVIDIOSA.—Aunque ya no se usa ropa interior de color, es de muy buen tono llevar pañuelos de color limón, azul, rosa, amarillo y malva. Los más bonitos son los de color rosa con escudo bordado en una esquina encerrando la cifra; los pañuelos en rosa ó amarillo con entredós y guarnición de encaje de Chantilly negro, son lindísimos. A los pañuelos blancos se les pone un estrecho juretón con una diminuta cifra ó corona. Los pañuelos que se usan para traje de noche son muy pequeños y ligeros. Es poco elegante llevar el abanico sujeto á la cintura. Debe tenerse en la mano. En la actualidad no es moda colgar cosa alguna de la cintura ni del cuello.

Las señoras ó señoritas que se ven obligadas á usar lentes ó impertinentes, más bien disimulan su uso que hacen ostentación de ellos, y los llevan en la mano ó en el bolsillo.

Á UNA FUTURA ARTISTA.—La mayor parte de las faldas se forran de una tela vistosa. Lo que más se usa son ligeros tafetanes, cuyo precio ahora es bastante bajo. Elíjase siempre el color más claro que tenga el dibujo de la *toilette* que se use.

Para abrigo de primavera será preferido el *collet*. Ahora más que nunca debe ir éste guarnecido. La persistente amplitud de la parte superior de las mangas, y lo mucho que se adornan los cuerpos, hacen este abrigo muy cómodo, teniendo además la ventaja de no ajar absolutamente nada el traje.

Las chaquetas de paño se usan también mucho, pero conviene llevarlas únicamente con una camiseta que reemplace el cuerpo.

Con las camisetas que se han de usar debajo de estas chaquetas, se llevan pañuelos de seda con dibujos cachemira ó de la India con cenefas. Estas caen de una manera original en la composición de la camiseta.

A CAMELIA ROJA.—La capota apenas se usa. El sombrero que hoy lleva ese nombre es un plato redondo, ancho y poco más ó menos como la palma de la mano, que cubre apenas el casco de la cabeza. Sea cual sea su forma, se lleva de paja fantasía formando presillas de crin, paja de arroz, paja satinada, paja formando copos, ó también en encaje de crin bordado de lentejuelas, tul bordado de oro, de azabache ó de acero. Este pequeño fondo es de poca importancia, pues desaparece bajo la guarnición, que en realidad constituye por sí sola el sombrero. Una hilera de *choux* de tul ó plegados de muselina de seda alternan con los grupos de flores, ó bien lazos de la altura de los *sprits*, cuyas cocas se extienden á lo ancho elevándose algunas en forma de huso, confeccionados con encaje de paja, ó con un entredós de crin perlado ó bordado con lentejuelas con cinta de tafetán Pompadour, lisa ó glacé. Esta va bordeada con un ribete de un fino cordón de paja estampada ó labrada. En un lado del sombrero va una *aigrette* ó una cresta de encaje plegado, penacho de flores ó torzada de tul formando asa y sostenida por un invisible alambre. Á esto se añade hebillas de *stras* ó azabache, y también alfileres de piedras brillantes que se siembran de trecho en trecho.

Se da el nombre de capota á las *toques* de paja de borde bastante bajo y distante de la copa.

Lo general es que sólo las señoras jóvenes lleven la capota sin bridas. Las señoras de regular edad pueden llevarla con una cinta de terciopelo ó de faya número 5, cruzada y sujeta á cada lado con un alfiler fantasía.

Las bridas de tul, muy de moda en este momento, las usarán mucho las señoras de cierta edad, así como las más ancianas, pues dicen muy bien con la blancura del cabello, dando una agradable armonía al conjunto.

A UNA SUSCRIPTORA.—Tengo el gusto de darle, como le ofrecí en uno de mis números anteriores, la receta de las pastas para tomar té.

Se toman 500 gramos de harina de flor, 250 gramos de manteca de vacas fresca, medio litro de agua y un poco de sal; se endurece la pasta seis ú ocho veces dejándola reposar un momento cada una de ellas; se extiende después dejando tres centímetros de espesor y se cortan las pastas de forma alargada, redonda ó cuadrada, colocándolas en un papel blanco untado de manteca. Se meten al horno á un calor moderado.

ADELA P.

EXPLICACIÓN DEL FIGURÍN ILUMINADO.

Núm. 15.

Corresponde á las Sras. Suscriptoras de la edición de lujo y á las de la 2.ª edición.

TRAJES DE PRIMAVERA.

1. «*Toilette*» *de seda cambiante pekiné color marfil y malva, guarnecido de terciopelo color pensamiento.*—Falda fruncida por detrás y adornada por delante con dos quillas de terciopelo color pensamiento, sujetas por dos botones anidados en rosáceas de muselina de seda fruncida color malva. Cuerpo forma blusa, de muselina de seda estampada color malva, guarnecido con tirantes de terciopelo que terminan en la cintura, desapareciendo bajo dos rosáceas que guarnecen el delantero de la falda. Estos tirantes por la espalda terminan en pico, formando el talle, cubriéndose también con otra rosácea. Rodeando el cuello, gola doble de muselina de seda. Manga alta novedad de terciopelo pensamiento completamente lisa, cubriéndose la parte superior con un voluminoso lazo de muselina de seda, formando globo á cada lado del brazo.—Capota de pasamanería guarnecida con un lazo de guipur crema perlado de oro, y sujeto bajo un grupo de geranio rosa, de donde sobresale un penacho de plumas y *aigrette* negra.

2. «*Toilette*» *de fular azul pálido, estampado con grandes ramas de claveles, guarnecido de terciopelo negro y guipur crema.*—La falda va adornada en la parte inferior con dientes de guipur, cuyos extremos van sujetos con un lazo mariposa de terciopelo negro y en botón. Cuerpo forma chaqueta, con aldetas gonduladas por detrás y redondas por delante, abriéndose sobre una camiseta de muselina de seda azul pálido, cubierta con *écharpes* de encaje de guipur fruncido en el escote, perdiéndose después en el primer canalón que forma la aldeta de la chaqueta después de contornear los delanteros. Tres *écharpes* de terciopelo negro forman alamares y semejan sujetar el delantero del cuerpo, terminándose éstos por lazos sujetos con un botón. Sobre los hombros, *coquillé* de guipur sujeto con un lazo de terciopelo y otro botón. Manga de una sola pieza, de fular estampado, con puños ajustados y voluminoso globo en la parte superior, sujeto al codo por un lazo de terciopelo y un botón.—Sombrero de paja color canela, adornado de rosas amarillas y grupos de violetas, sobresaliendo de éstas cocas de cinta de terciopelo negro. Sobre el peinado, lazo de terciopelo y peineta de flores.



(Croquis del figurín iluminado visto de espalda.)

INFORMACIONES PARISIENSES.

MADRID.—Establecimiento tipolitográfico «Sucesores de Rivadeneyra», impresores de la Real Casa.

LN 1031

LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA

30 de Abril de 1896 Alcalá 23 — MADRID Nº 16



LA MODA ELEGANTE

PERIÓDICO ESPECIAL DE SEÑORAS Y SEÑORITAS, INDISPENSABLE EN TODA CASA DE FAMILIA

Administración: Alcalá, 23, Madrid. | Madrid, 30 de Abril de 1896. | Año LV.—Núm. 16.

SUMARIO.

REVISTA PARISIENSE.

SUMARIO.

A pesar de los chubascos.—Galas de Abril.—Las carreras de Auteuil.—Premio del Presidente de la República.—Novedades.—Confirmación de mis pronósticos.—Los *collets* dominan.—Descripción de varios trajes.—El triunfo del linón en el verano entrante.—Variedad y riqueza de esta tela.—Los *barèges*.—El crespón de la China.—Dos modelos para terminar.—Confesión de un casero.—Entre amigos.

«AGUACEROS de Abril, muecas de mujer bonita», dice un proverbio francés. Unos y otras duran muy poco; y, en realidad, semejantes á las muecas de las mujeres lindas, que acaban en sonrisas, los aguaceros de Abril terminan en rayos de sol. Este mes viste de fiesta jardines y salones, y adorna flores y mujeres con nuevas galas, que son las galas de la primavera. No es extraño, pues, que Abril, á pesar de sus caprichos, sea el más preferido de las coquetas.

El premio del Presidente de la República, en Auteuil, cuyas carreras son un espectáculo excepcional é inconsciente precursor de las modas nuevas, tuvo lugar con un tiempo magnífico, en medio de una asistencia muy elegante. Los trajes más variados formaban un conjunto encantador, muy á propósito para seducir á las cronistas de la moda y hasta á los profanos.

⁂

En la reunión elegantísima de Auteuil he visto confirmados todos mis pronósticos, es decir, el mayor eclecticismo en la forma de las mangas, que unas llevan tan voluminosas ó poco menos que el año pasado, y otras las inauguran ajustadas con exageración. Y con esto una preferencia marcada por las telas llamadas *mohairs* y *étamines*, ó tamices, cuyas telas se prestan á deliciosas combinaciones. Su mezcla con el tafetán glaseado y estampado es, sobre todo, de las más felices. Finalmente, el triunfo, como adornos, de los encajes, de los linones bordados y de los botones de estilo.

⁂

Respecto á confecciones, he notado en Auteuil muchos más *collets* que chaquetas. No obstante, estas últimas figuraban en cantidad suficiente para desmentir el rumor que anuncia su desaparición completa.

Pero, hay que confesarlo, sean cuales fueren mis preferencias por la chaqueta, el *collet* domina. El *collet*, que es actualmente la prenda más en boga, reviste mil formas graciosas: ya redondo, como lo fué en todos tiempos; ya cortado en forma de dalmática, ó bien—y ésta es sin duda su forma más linda—figurando un fichú María Antonieta.

Se le hace con preferencia de tafetán ó de otra tela ligera, y se le guarnece principalmente de tul y de muselina de seda, lo que produce un efecto muy vaporoso.

Excuso decir que el *collet* de mañana, para los paseos por el Bosque, es siempre de paño, de un paño flexible de verano.

⁂

Pero hé aquí varias *toilettes*, cuyos croquis hemos tomado expresamente para nuestras lectoras en el campo de carreras de Auteuil.

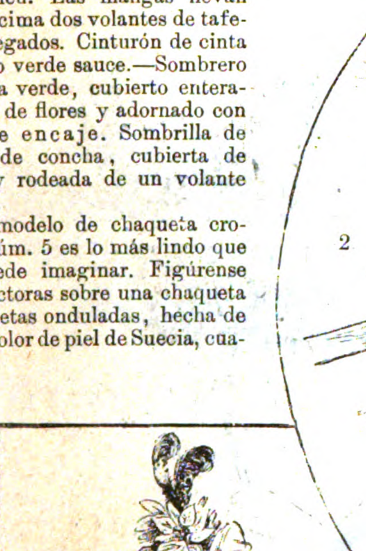


1.—Traje de paseo.

El núm. 1 representa un traje muy sencillo de *mohair* gris. El cuerpo lleva un cinturón de tafetán color de malva. Un rizado de encaje, recortado en pétalos, forma gola, la cual va adornada por delante con dos picos de corbata de tafetán glaseado y plegado, que termina en unos volantes de encaje.—Sombrero redondo de paja, cubierto de flores primaverales, de donde sale una *aigrette* de lirios y muguetes.—Nótese bien la manga, que es muy ancha y ahuecada por arriba, y sumamente estrecha desde más arriba del codo hasta la muñeca.

El modelo núm. 2 es igualmente de *mohair* gris con reflejos de seda. Cuerpo de vestido Princesa, que cruza en la cintura bajo un botón grueso antiguo, abriéndose en el cuerpo sobre un chaleco de raso crema, rodeado de encajes antiguos, y á lo largo de la falda, por un lado, sobre una especie de quilla de raso crema bordado en su borde inferior. Dos volantes de encaje antiguo forman aldetas, sólo en el lado del cruce, y un encaje igual adorna el cuello y las mangas.—Capota miniatura con flores, alas y *aigrette*.

El traje representado por el croquis núm. 3 es un traje estilo de sastre, hecho de lana flexible color de *gorrión*, que no es ni *beige*, ni gris, ni masilla, sino un color muy lindo, inaugurado recientemente por uno de los principales sastres de París. La persona que vestía este traje llevaba un adorable *collet* de paño muy fino, formando solapas, las cuales iban guarnecidas de un tableado de tafetán tornasolado. Un tableado igual formaba el cuello, y unos botones de acero sujetaban el vuelo de la tela en los hombros.—Sombrero redondo de paja, guarnecido de tul blanco y de una *aigrette* negra.



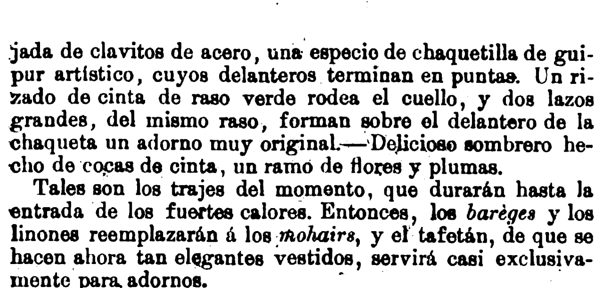
Cuanto al croquis núm. 4, representa un traje de extraordinaria elegancia. Se compone de falda redonda, de tafetán con estampaciones, y cuerpo de linón crema, cubierto de encaje Richelieu. Las mangas llevan por encima dos volantes de tafetán plegados. Cinturón de cinta de raso verde sauce.—Sombrero de paja verde, cubierto enteramente de flores y adornado con alas de encaje. Sombrilla de puño de concha, cubierta de seda y rodeada de un volante de tul.

El modelo de chaqueta croquis núm. 5 es lo más lindo que se puede imaginar. Figúrense mis lectoras sobre una chaqueta de aldetas onduladas, hecha de paño color de piel de Suecia, cuajada de clavitos de acero, una especie de chaquetilla de guipur artístico, cuyos delanteros terminan en puntas. Un rizado de cinta de raso verde rodea el cuello, y dos lazos grandes, del mismo raso, forman sobre el delantero de la chaqueta un adorno muy original.—Delicioso sombrero hecho de cocas de cinta, un ramo de flores y plumas.



Núms. 1 á 5.

Tales son los trajes del momento, que durarán hasta la entrada de los fuertes calores. Entonces, los *barèges* y los linones reemplazarán á los *mohairs*, y el tafetán, de que se hacen ahora tan elegantes vestidos, servirá casi exclusivamente para adornos.



°°°

La gran boga del verano de 1896 será—ya lo he anunciado—el linón. Jamás se vió tan maravillosa colección de esta tela. Dejando aparte los linones de grandes flores bordadas, de que ya he hablado, y cuyo precio subido no conviene á todas las fortunas, importa citar como alta novedad y no menos alta fantasía los linones de lunares de terciopelo: lunares mordorados, azules, color orquídea, musgo, azul de Francia, rosa de rey y amarillo. Nada puede expresar el efecto suave y sedoso de esos lunares sembrados sobre una tela tan fina y casi aérea como el linón.

Son también muy originales los linones atravesados á lo largo y á lo ancho con rayas de color que forman cuadros rojos, azules, negros ó blancos.

No menos elegantes son los linones serpentados de arriba abajo con rayas finas de seda: rayas color de paja, celeste, oro, rosa y mordoradas.

Los vestidos de linón liso ó de fantasía se guarnecerán con cinturones anchos de tafetán glaseado ó estampado de flores.

La colección de *barèges* es tan rica y variada como la de los linones. Esta colección nos ofrece deliciosos estampados sobre cadeneta de colores exquisitos. Con el viso de seda y el cinturón de tafetán de color, un traje hecho de este modo será elegantísimo.

En la colección de los *barèges* he visto precisamente unos escoceses de una riqueza deslumbradora de colores; pues, á despecho de la manía de los parisienses por los tonos neutros del pastel, se advierte un movimiento marcado á favor de los escoceses de colores vivos, cuya oposición suele ser una verdadera armonía.

Se asegura que la boga del crespón de la China será grande este año. He visto, en efecto, cierto número de vestidos hechos de esta tela para el verano entrante.

°°°

No es fácil combinar una aplicación más feliz de la mezcla del linón y del tafetán que la que nos ofrece el siguiente traje:

La falda, que es de linón liso, puesto sobre un viso de tafetán, va circundada por abajo de aplicaciones de encaje incrustadas y rebordadas. El cuerpo, que se recorta sobre un camisolín de muselina de seda, va sujeto, al parecer, con tirantes de tafetán estampado, los cuales forman unos lazos, con cocas muy voluminosas, sobre la manga estrecha de tafetán glaseado, terminada en un volante de encaje. Cinturón de tafetán glaseado.—Sombrero con lazo de seda brochada Luis XV y guirnalda de rosas. Rosas puestas entre los cabellos y el ala del sombrero, en los lados.

El encaje constituye el único adorno de este otro traje, que no puede ser más lindo. Vestido Princesa, de faya verde, adornado en el borde de la falda con dos bieses que forman pliegues de lencería. El cuerpo va escotado por detrás sobre un canesú de tafetán crema, y abierto por delante, á la manera de una chaquetilla redonda, sobre un chaleco de tafetán crema. Cuello con puntas de encaje, y por encima de la manga, apuntado sobre el hombro, drapeado de encaje.—*Toque* de paja verde, adornada con rosas Nilo y rosas de su color.

°°°

Un casero conocido por su extremada avaricia, habita en el piso sexto de una de sus propias casas.

Un amigo le pregunta:

—¿Cómo diablos vive usted tan alto á su edad?

—Le diré á usted; ¡más abajo mis alquileres son tan caros!

—¿Por qué no te casas?—pregunta un amigo á otro.

—Porque quiero poner mis condiciones.

—¡Tus condiciones!

—Sí; necesito una mujer bella, rica y tonta. Si no es rica y bella, no la quiero; y si no es tonta, ella no me querrá á mí.

V. DE CASTELFIDO.

París, 28 de Abril de 1896.

EXPLICACIÓN DE LOS GRABADOS.

Traje de paseo.—Núm. 1.

Vestido con *collet* y capucha de paño raso color de berengena. El cuerpo, con pliegues en los lados y botones de acero tallado, se abre sobre un chaleco de terciopelo flexible color de violeta de Parma. Paños del mismo terciopelo en la falda, por delante y en los lados hacia atrás. Cinturón y cuello plegados. El *collet* corto es de paño, y va adornado con una capucha plana y un cuello Médicis de terciopelo bordado de cuentas de acero. El borde vuelto de la capucha es de terciopelo bordado de acero, y el interior de raso del color del terciopelo. El cuello va terminado por delante con una corbata de muselina plegada.—Sombrero de ala ancha de paja, y copa plegada de tafetán tornasolado lila y rosa. Lazo de terciopelo negro por delante, rosáceas de encaje crema en los lados, y cubrepeineta de lilas y hojas.

Cuello de galoncillo y miñardis. Núm. 2.

La fig. 102 de la *Hoja-Suplemento* al núm. 15 de LA MODA corresponde á este objeto.

El cuello, cuadrado por detrás y hendido en los hombros, con picos fijados por delante en la cintura, va hecho de galoncillo de lana bronce claro de medio centímetro de ancho y miñardis del mismo color. Para ejecutar este cuello, se pasa el dibujo representado por la fig. 102 á un hule de color obscuro. Se fija primero el galoncillo en los contornos, se le dispone en plieguecitos en las curvas, y se cosen juntos estos pliegues y el galoncillo en los parajes puestos unos sobre otros, con algodón fino del mismo color. Se cose la miñardis por fuera de los dibujos formados con el galoncillo, se reunen éste y la miñardis, y se separa después la labor del fondo.

Pantalón de batista para señoras.—Núm. 3.

Este pantalón es de batista color de rosa, y va estrechado en el borde inferior de los perniles con dos entredoses negros, bajo los cuales se pasa una cinta de color de rosa anudada por encima. Unos volantes de batista con encaje negro adornan el pantalón.

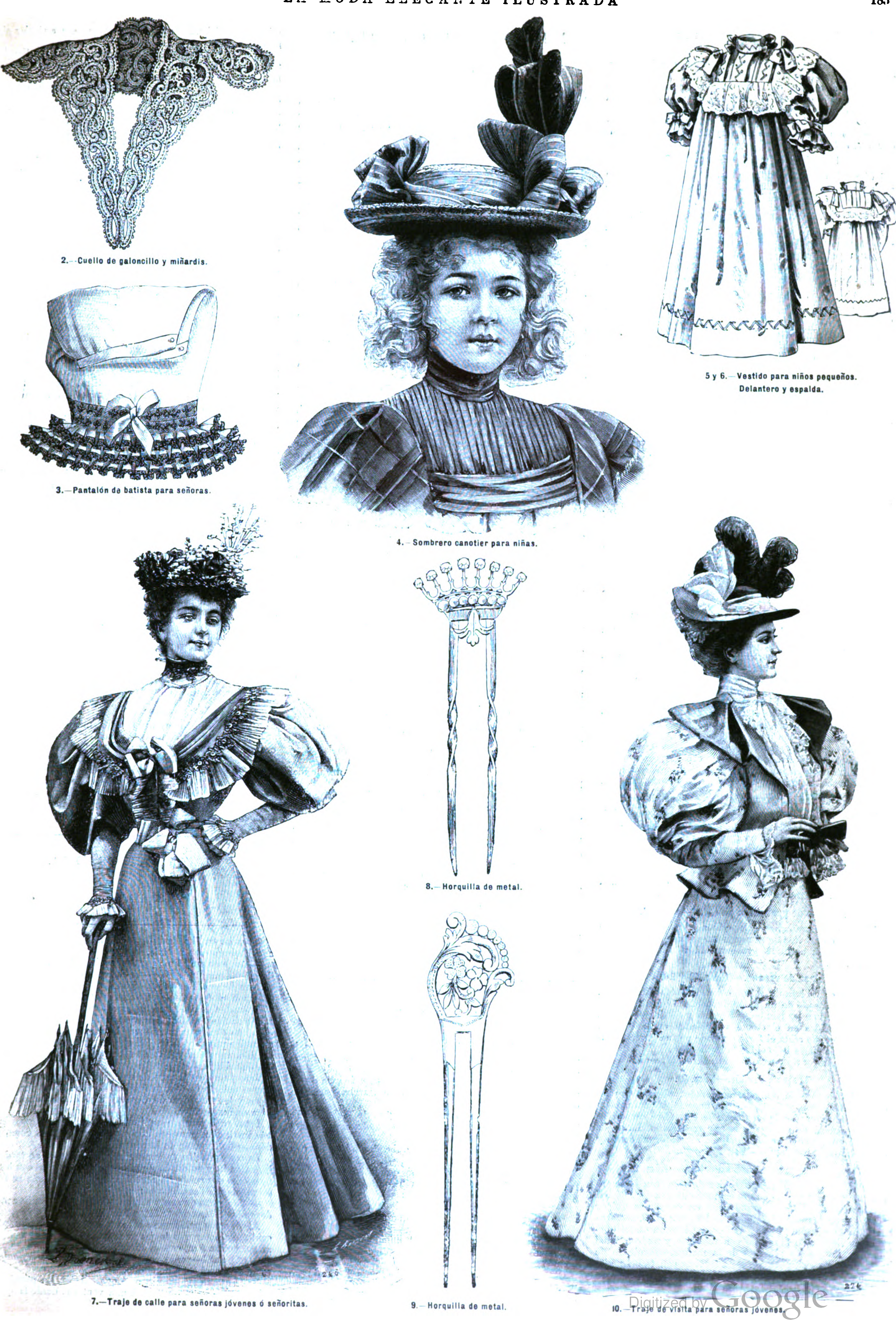
Sombrero canotier para niñas.—Núm. 4.

Este sombrero es de paja mordorada, y va adornado con un torzal y lazos de cocas muy altas hechos de cinta listada *beige* y mordorada. Plumas negras atraviesan el lazo en el lado izquierdo.

Vestido para niños pequeños.—Núms. 5 y 6.

Blusa de *surah* azul pálido, guarnecida con encaje blanco, cinta de raso y un punto de bordado de seda. Este bordado se hace sobre el dobladillo de la blusa, el cuello alto y los pliegues de un canesú cuadrado, cerrado en medio de la espalda y terminado en un volante de encaje que forma berta. La blusa se monta con bastante vuelo en el borde de su canesú. Manga ancha y ahuecada, estrechada por un brazalete de cinta. Lazos de cinta á cada lado del cuello y en los hombros.

Tela necesaria: 5 metros de *surah*.



2.—Cuello de galoncillo y miñardis.

3.—Pantalón de batista para señoras.

4.—Sombrero canotier para niñas.

5 y 6.—Vestido para niños pequeños. Delantero y espalda.

7.—Traje de calle para señoras jóvenes ó señoritas.

8.—Horquilla de metal.

9.—Horquilla de metal.

10.—Traje de visita para señoras jóvenes.

Traje de calle para señoras jóvenes ó señoritas. Núm. 7.

Vestido de lanilla color de canela clara, con berta formando fichú de *surah* del mismo color. Canesú de muselina de seda color de marfil. La berta va adornada con un encaje árabe. Cinturón de cinta.—Sombrero de paja de fantasía adornado con muguete.

Tela necesaria: 7 metros de lanilla, de un metro 20 centímetros de ancho; 3 metros de *surah*, y 40 centímetros de muselina de seda.

Horquillas de metal.—Núms. 8 y 9.

La horquilla núm. 8 es de metal dorado, y va adornada con *stras* y perlas.—El núm. 9 es igualmente de metal dorado con dibujos calados.

Traje de visita para señoras jóvenes.—Núm. 10.

Se hace este traje de seda color de sauce, estampado de ramos matizados. Chaleco de encaje amarillento, dispuesto en conchas sobre muselina de seda color de marfil. Unas barretas de terciopelo negro cierran el cuerpo del vestido.—Sombrero de paja, adornado con plumas y tul bordado.

Traje de calle.—Núm. 11.

Vestido de tela cañamazo *(étamine)* color de mirto. Falda lisa. Cuerpo formando aldeta corte de frac Luis XV. Chaleco y bolsillos de tafetán tornasolado, con bordado fino Luis XV. El centro del delantero, muy flojo, es de muselina de seda Pompadour. Cinturón y corbata formando alas de tafetán tornasolado.—Sombrero de paja negra, adornado de flores.

Sombreros de primavera y verano.—Núms. 12 á 14.

Núm. 12. Capelina de paja mordorada. Fondo alto de seda con flores sombreadas verde-amarillentas y encarnadas, cuyo fondo va rodeado de un fruncido levantado en forma de *godets*. Dos plumas negras y una *aigrette* encorvada. En el pie de las plumas va un ramo de rosas, y bajo el ala, sobre los cabellos, una guirnalda de las mismas rosas.

Núm. 13. Sombrero redondo de paja de arroz amarilla y negra por debajo del ala, adornado con seis ramos de rosas encarnadas sobre el ala, entremezclados de tul de seda verde y morado. Un mirlo puesto en el lado izquierdo y dos ramos de rosas sobre el rodete completan los adornos.

Núm. 14. *Toque* de paja de fantasía color de rosa, con ala levantada por detrás y en los lados formando puntas. La parte de delante, sin ala, va guarnecida con dos «cabochochones» gruesos de azabache. Del cabochón de la izquierda sale un penacho de tres plumas negras. A todo el rededor del ala, por debajo, una corona de rosas sin hojas y dos puntas de azabache.

Traje de visita para señoras jóvenes.—Núm. 15.

Vestido de paño de verano gris plata. Falda con *godets* múltiples, adornada en el borde inferior con un bies pespunteado, que remonta por cada lado del delantero y va á reunirse en medio de la cintura. Cuerpo-blusa, con delanteros rectos, adornados con un pliegue ancho, el cual va flanqueado á cada lado de un punto inglés hecho con seda floja del color del vestido. El cuerpo se entreabre, con botones dorados y ojales figurados, sobre un peto estrecho de raso ó faya de color, con cuello recto igual. Cinturón de lo mismo, cerrado por delante con una hebilla-serpiente. Manga globo, con puño largo y ajustado. Boa de muselina de seda negra indesplegable, cerrada por delante con dos rosas.—Sombrero de tul negro bordado de lentejuelas y adornado con peonías de seda negra, con centro amarillo y plumas negras.

Cuerpo de vestido para señoritas.—Núms. 16 y 17.

Es de crespón rojo antiguo. Bajo un canesú muy original, de seda de fantasía, desciende formando pliegues «Polichinela», y va sujeto con un cinturón estrecho. Se monta este cuerpo-blusa muy ancho por delante y plegado en la espalda. Cuello recto de la misma tela del canesú, abrochado en el hombro con este último. Manga de una pieza, muy ancha, plegada en la sangría del brazo. Una costura en la hoja de debajo estrecha esta parte de la manga.

Abanico de granadina pintada.—Núm. 18.

El país es de granadina color crema, y va adornado con una pintura muy fina, que representa varios gatitos entre unas macetas en actitudes graciosas. El varillaje es de madera de lirio.

Blusa de verano.—Núms. 19 y 20.

Se hace esta blusa de *surah* color de cuero de Córdoba, con escote rodeado de un galón de bordado oriental. Lazos de cinta igual en los hombros. Espalda y delanteros de una pieza, fruncidos en el escote y doblados en la cintura. Manga globo. Se corta el forro ajustado por un cuerpo ordinario, y se le cierra bajo el brazo izquierdo.

Tela necesaria: 3 metros 75 centímetros de *surah*.

Traje de recibir.—Núm. 21.

Vestido de raso de Bengala mordorado, plegado en pliegues de acordeón y adornado con unas tablas bordadas y caladas sobre un viso de raso color de lavanda. Cuerpo-blusa, con canesú de terciopelo *miroir* mordorado. Lazos de raso del mismo color en los hombros, alrededor del cuello y en el cinturón, por detrás.—Falda de *godets*.

Traje de ceremonia para señoritas.—Núm. 22.

Vestido de tafetán glaseado color de rosa, con falda ancha por abajo, y cuerpo que se compone de una espalda lisa y un delantero-blusa adornado con un canesú de guipur blanco y un drapeado formando un lazo-mariposa, acompañado de un pliegue grueso y redondo. Cinturón de raso negro; cuello alto de lo mismo con rosáceas, y rosácea igual en la unión de los pliegues de la manga.—Sombrero de paja color de almendra verde, adornado con tafetán glaseado color de rosa, plumas negras y peonías.

Tela necesaria: 14 metros de tafetán.

MI ESPOSA OFICIAL.

Continuación.

El Barón no pareció apercibirse, ocupado como se hallaba en comer una ración de tortilla que el criado había colocado en aquel momento sobre la mesa.

—¿Cómo está la señora?—preguntó al cabo de un rato de silencio.—¿Tan encantadora como de costumbre?

—No; haciendo compras como de costumbre—repliqué yo.

—¿De veras? ¡Si apenas ha llegado á San Petersburgo, y su equipaje no podía ser más..... abundante!

—Sí; pero se ha empeñado en hacerse un vestido nuevo para el baile de la Condesa Ignatief.

—¡Hola, hola! ¿van ustedes á ese baile?

—Sí; anoche recibimos la invitación.

—Tal vez vaya yo también.

—¿De veras? Mucho me alegraré de veros allí. Conozco tan poca gente en esta sociedad, que me será muy grato teneros como introductor, mi querido Barón.

—Desgraciadamente, en caso de ir yo será porque el Czar se digne honrar la fiesta con su presencia, y entonces temo mucho que no dispondré de tiempo alguno que poder dedicaros.

Y al decir esto apareció en sus ojos una mirada inquieta que llamó mi atención.

—Me parece que no os encontráis bien, Barón—indiqué yo con muestras marcadas de interés.

—No—me contestó.—Si he de ser sincero con usted, mi posición no es para poder estar bueno, puesto que no gozo ni un momento de tranquilidad. Me encuentro lo mismo que un chiquillo encargado de espantar las moscas que quieren acercarse á un panal. Y son muchas las moscas, y si por casualidad se me escapa una.....

—Se comerá la miel—interrumpí.

—Y al chico también—prosiguió el Barón;—pero es preciso que me marche, tengo muchas cosas que hacer. Aun no he probado la cama desde que llegué.

—Me parece que anoche vi algo que debiera ser consecuencia de sus trabajos de usted, Barón.

—¿De veras? ¿Y qué fué ello?

Entonces le relaté el incidente que habíamos presenciado Boris y yo la noche anterior al salir del Club.

—¡Oh! sí, es verdad todo lo que me referís—dijo mi interlocutor después que hube referido el hecho.—Anoche cogí á uno de ellos, pero no al principal. ¡Oh, si pudiera apoderarme *de ella!*..... Entonces sí que podría vivir más tranquilo. Pero es un trabajo difícil. *Esa mujer* es lista y vale tanto como el Barón Friedrich. En fin, allá veremos; ahora adiós, ó mejor dicho, *au revoir*.

Había llegado ya hasta la puerta del restaurant, cuando, volviendo rápidamente, me preguntó:

—¿Se fijó usted en las mujeres bonitas que venían en el tren desde Berlín á Edytkuhnen?

—Sí.

—¿Vió usted alguna con el pelo negro, ojos pardos, una fascinación especial en la mirada y una elegancia nada común?

—Sí, vi á una—contesté yo con el corazón en la boca.

—¡Ah! ¿la conoce usted? ¿quién es?

—Mi mujer—repliqué con un valor que ahora mismo me hace temblar al recordarlo.

—¿Su mujer de usted? ¡Oh, sí! ¡ah, ah!

Y el Barón se echó á reir con toda la fuerza de sus pulmones.

—Es usted un *farceur* que se atreve á jugar con el jefe de la policía. Estos españoles no pueden estar serios media hora seguida.

Y riéndose aún, salió del restaurant.

Yo en cambio no quedaba con ganas de reirme, porque era bien palpable que *mi mujer*, no sólo era una criminal, sino que era una de las personas más importantes de su banda, contra la cual se dirigían todos los trabajos de la policía rusa, y para cuya captura apuraba el Barón todo el arsenal de sus conocimientos y experiencias policiacas.

Firme en mis deseos de salir lo más pronto posible de Rusia, y queriendo terminar cuanto antes mis asuntos, me dirigí, sin perder tiempo, en busca del abogado cuyo nombre me habían facilitado en la Legación de España.

CAPÍTULO IX.

—Aquí está ya. Por fin ha salido de entre las manos de su abogado,—fueron las palabras con que me recibió Elena cuando entré en el salón del Hotel de Europa.

—Efectivamente, vengo en este momento de casa de mi abogado, y puedo anunciarte que todo marcha por buen camino—contesté yo.

—Permíteme que te presente á la señora de Weletsky. Te ha estado esperando media hora y hablándome de nuestra querida Margarita. Olga, mi marido.

La esposa de Constantino cautivaba desde luego por su aire aristocrático y distinguido. Su pelo, cubierto de canas, hacía resaltar la belleza de su rostro que los años no habían podido marchitar. Tendióme la mano cordialmente, y en seguida tomó la palabra para decirme:

—Mi marido pensaba haber venido á saludar á ustedes; pero desgraciadamente ha tenido que asistir á una sesión del Consejo del Emperador. En vista de que no podía venir en persona, me ha encargado que en su nombre insistiese para que se trasladen ustedes en seguida á nuestra casa, donde sus habitaciones están ya listas.

Otro compromiso que se presentaba, pues bajo ningún pretexto quería yo que Elena fuese á vivir bajo el techo de los Weletsky. Pero la causante de todos mis males vino en mi ayuda, diciendo antes de que yo pudiera articular ninguna palabra:

—Ya le he dicho á Olga que nuestra estancia en San Petersburgo va á ser muy corta, y que, por lo tanto, no merece la pena el que les causemos tantas molestias.

—Pero es que nosotros no permitiremos que la estancia de ustedes en nuestra capital sea tan corta—replicó Olga; añadiendo después otras mil razones para convencernos de que debíamos modificar nuestros planes.

Como era natural, no nos dejamos vencer por sus súplicas; pero la discusión hubiérase prolongado indefinidamente á no ser porque un criado anunció la visita de la Princesa Palitzin, que se presentó acompañada de su hermano.

—Hemos venido—dijo la Princesa—para tener la seguridad de que recibieron ustedes la invitación para el baile de la Condesa Ignatief, que anoche les mandamos, y además para que arreglemos el que vengan ustedes con nosotros.

—Eso no puede ser—interrumpió Olga;—porque es mi deber y mi gusto el presentar á mis parientes ante la sociedad de San Petersburgo.

Y de nuevo iba á entablarse otra discusión sobre aquella materia, cuando vino á cortarla la presencia de Sacha, que apareció en la puerta del salón más elegante y aun más cuidadosamente vestido que el día anterior.

—Por fin he podido venir, Laura—dijo dirigiéndose á *mi esposa oficial*, y besándola la mano con manifiesta alegría; luego dirigió una mirada á su alrededor, y todos notamos una contracción en su cara cuando se encontró con la mirada de su *fiancée*, que á su vez le miraba con asombro.

—¡Cómo, Sacha!—dijo ésta por fin;—yo creí que me habíais dicho que estabais de guardia hoy todo el día.

—Sí, pero la he dejado por media hora. Necesitaba dar la bienvenida á mis parientes—contestó el joven oficial con visible turbación.

Detrás de Sacha fueron presentándose otros parientes de los Weletsky, además todas las personas que el día anterior había encontrado en la estación; de manera que al poco tiempo era una verdadera recepción la que se había organizado en nuestra sala.

Entre todas aquellas personas se movía Elena con notable desembarazo, teniendo para cada cual una palabra agradable, y dejando á todos encantados de su gracia, su ingenio y su belleza. Creí notar, sin embargo, que de todos los hombres allí presentes era Sacha el que más sonrisas recibía, y también el que más constantemente se encontraba al lado de mi esposa oficial.

Gran parte de la tarde la empleé hablando con Olga Weletsky, con la cual arreglé por fin que aquella noche iríamos á comer á su casa—una comida puramente de familia—y que, en el caso de que nos quedásemos en San Petersburgo hasta el día del baile, iríamos á éste con la Princesa Palitzin.

La hora de la comida se acercaba, y todo el mundo empezó á marcharse. De las últimas fué una señora, á la que oí que Elena decía estas palabras:

—Espero que no me olvidará usted este invierno cuando vaya á París. Aquí tiene usted mis señas en aquella capital.

Y al mismo tiempo le entregaba una tarjeta.

En cuanto nos encontramos solos me apresuré á decir á Elena:

—¡Se ha vendido usted!

—¿Cómo?—me preguntó tranquilamente.

—Dándole una tarjeta á esa señora. ¿No ve usted que en cuanto lea en ella su nombre todo se descubrirá?

—¡Oh! si no es más que por eso, no creo que debamos temer gran cosa. Mire usted mi tarjetero.

Y me entregó una monería de piel de Rusia que tenía grabadas en una de las tapas las letras L. M. M., ó sea las iniciales de mi verdadera mujer, y en cuyo interior encontré unas cuantas tarjetas en esta forma:

LAURA MARTE DE MORLA.

37, Boulevard Malesherbes.

O sea un duplicado de las que mi legítima esposa usaba aquel mismo día en París.

—Las hice imprimir para mi viaje á Rusia. No conviene descuidar ningún detalle—se limitó á contestar Elena á la mirada de asombro que la dirigí.

Una hora después de esto nos encontrábamos los dos en el English Quay. A nuestra espalda el Neva; enfrente los hospitalarios portales de la casa de Weletsky. Al entrar por ellos una oleada de sangre subió á mi cara. Era bastante mi situación para justificar el hecho de permitir que una mujer extraña tomase el puesto de mi esposa verdadera, de la madre de mi hija.

Pero ya no era tiempo de reflexionar, pues nos encontrábamos delante de toda la familia. Constantino, Olga, Sacha, Boris y los tres hijos de Constantino, dos varones y una niña de nueve años.

Esta, cuyo nombre era Sofía, estaba bajo la guarda de una institutriz francesa, que nos fué presentada como mademoiselle Eugenie de Launay.

La conversación se generalizó bien pronto, no tardando Elena en hacerse dueña de la situación, jugando con los niños como si tuviera su misma edad. La pequeña se subió sobre sus rodillas diciendo:

—Yo quiero que seas también mi abuelita; mi encantadora abuelita, como te llama Sacha.

Al oir estas palabras se hizo un ligero silencio, durante el cual pude notar que la joven francesa dirigía una mirada amenazadora á mi esposa oficial.

—¡Ah, ah!—pensé yo.—El caballero Sacha parece que es amado también á domicilio.

Boris enseñóme las pinturas que cubrían las paredes del cuarto, y después me llevó á una ventana, desde la que se

veía correr el Neva conduciendo infinidad de lanchas y de botes.

—Todo ese movimiento cesará muy pronto—dijo Boris.—El invierno no tardará en llegar con toda su fuerza, y entonces el río se quedará quieto, y por su hielo pasarán los trineos en vez de los botes.

—¿Qué es aquel edificio que se distingue al otro lado del río?—pregunté señalando una gran masa de granito que se destacaba enfrente de nosotros.

—La fortaleza de Pedro y Pablo.

—¡Ah! ¿La prisión política?

—Sí—contestó Boris, al mismo tiempo que Elena, que se había acercado á nosotros, nos interrumpía diciendo:

—Arturo, creo que te esperan para que des el brazo á Olga.

Hasta muy adelantada la comida, y cuando se habían sucedido distintas clases de vinos y había hecho los honores del champagne, no pude borrar de mí la impresión que me había causado la vista de aquel edificio que podía convertirse en mi mansión de un momento á otro.

Después de la comida quedamos solos Constantino y yo fumando nuestros cigarros. No tardamos en empezar á hablar del objeto de mi viaje, y desde luego comprendí que todos procuraban velar por los intereses de Margarita, y que por lo tanto mi papel se reducía á sancionar los acuerdos justos y equitativos que ya se habían tomado.

Al terminar nuestra conversación, dije que en cuanto me fuese posible pensaba regresar á París, adonde me llamaba un asunto urgente, á lo cual, con gran sorpresa mía, ninguna oposición mostró Constantino, limitándose á decirme que siempre seríamos recibidos con gusto en San Petersburgo.

Al volver al salón, Elena estaba sentada en el piano, y Sacha á su lado la devoraba con la mirada. Colocados como se hallaban en un rincón, podían hablarse sin que nadie los oyera, y desde luego me apercibí de que se aprovechaban lo más posible de esta circunstancia.

Una rabia interior me cegaba, y hubiera querido poder aplastar bajo mis pies á la arrogante figura de aquel mayor de la Guardia, para el que, por lo visto, no existía respeto ni consideración alguna que guardar.

Por fin llegó la hora de retirarnos, y confieso que la vi llegar con satisfacción. Bajamos la escalera, y entramos en el coche escoltados por Boris y Sacha. Al despedirnos por última vez, vi con toda claridad que Sacha había metido *un billet doux* en la mano de Elena.

Apenas había arrancado el coche, cuando imperiosamente dije:

—Señora, entrégueme usted ese papel.

—¿Qué papel?

—El que ese miserable acaba de darle.

—¿Y usted se permite pedirme una carta dirigida á mí? ¿Con qué derecho?

—Con el derecho de un marido ultrajado; con el derecho que usted misma me ha dado desde el momento en que se ha convertido en mi esposa oficial. Mientras que usted use mi nombre tengo el deber de proteger su honor.

Mis maneras parecieron atemorizarla.

—Tenga usted ese papel—me dijo, alargándome el *billet doux*, que coloqué en el bolsillo de mi gabán.

CAPÍTULO X.

Su sumisión no pudo menos de aplacar mi ira; así es que, una vez que hube guardado la carta, me volví á mi compañera y comencé un bonito sermón, describiéndola los peligros que para una joven como ella encerraba el coqueteo con un hombre que, según todos los indicios, podía muy bien figurar al lado de Don Juan Tenorio.

—Además—terminé diciendo,—¿se ha fijado usted en mademoiselle de Launay?

—Apenas si me he ocupado de ella.

—Pues yo sí; y puedo asegurar á usted que está enamorada de Sacha, y por consiguiente que odia á usted. En nuestra posición no podemos permitirnos el lujo de tener enemigos, por insignificantes que éstos sean. Esa mujer, aguijoneada por los celos, Dios sabe lo que podría inventar contra usted.

—Tiene usted razón, como siempre, Arturo: y yo soy muy mala haciéndole á usted rabiar cuando sólo se está usted ocupando de mí—me contestó, lanzándome una mirada que bastaba para hacerse perdonar todos sus pecados.

Al entrar en nuestro cuarto del hotel no había cesado su deseo de congraciarse conmigo, porque con gracia suma me ayudó á quitarme el gabán, sentándose después á mi lado para esperar á que nos sirviesen el té que habíamos pedido.

—He terminado mis asuntos hoy—dijo, hablándome casi al oído.

—Entonces podemos salir en seguida de Rusia—exclamé yo con alegría.

—Tan pronto como consiga usted sus pasaportes.

—Perfectamente. Mañana acabaré yo los negocios de Margarita, devolveré mi carta *de séjour* y pediré mi pasaporte, y pasado mañana saldremos de esta ratonera.

Y repentinamente, embargado por mi alegría, cogí la mano de *mi esposa oficial*, y la hubiera besado á no rechazarme ella bruscamente con estas palabras:

—Basta ya, mi galante coronel.

—¿Basta ya de qué?

—Basta ya de tiernas manifestaciones. Es muy tarde ya para que yo las reciba.

—¡Muy tarde! ¿Qué quiere usted decir?

—Que ayer estaba á vuestra merced, porque aun no había concluído mis asuntos; podíais haber hecho de mí lo que hubierais querido, porque, lo repito, me hallaba en vuestro poder: pero hoy, que ya he entregado la cifra y mi obra está concluída, pienso hacerme respetar de usted como de todo el mundo; y si pretende usted darme un beso que no sea indispensable para la comedia que estamos representando, tened cuidado.

—¿De quién?

—De esto.

Y al mismo tiempo me presentaba entre los ojos el cañón del pequeño revólver que ya otra vez había visto en su poder.

La expresión de su semblante me daba claramente á entender que no era una broma todo aquello; pero al mismo tiempo la imagen del Mayor de la Guardia pasó por delante de mis ojos, y no pude menos de exclamar:

—¿Y con Sacha se conduciría usted lo mismo?

—No tiene usted el derecho de insultarme.

Y sin esperar un momento más, se dirigió á su cuarto, cerrando la puerta tras de sí.

Cogí mi gabán y busqué la carta de Sacha: pero había desaparecido. Me la había quitado, y á esto obedecía su conducta cariñosa al llegar al hotel.

—Esa carta—grité, golpeando la puerta de su cuarto;—quiero esa carta inmediatamente.

—No la tengo ya, la he quemado.

—Después de leerla, ¿no es eso?

—Naturalmente—fué la contestación.

—Entonces, quiero hablar con usted en seguida.

—No puede ser, porque estoy muy cansada. Créame, amigo mío, váyase á acostar. Buenas noches, buenas noches.

No pude conseguir otra contestación, y no era cosa de hacer saltar la puerta.

¡Irme á dormir! ¿Y cómo demonios iba yo á poder acostarme con la rabia que sentía en el pecho? Cogí el sombrero y el gabán, y salí del hotel dispuesto á pasar la noche en el Yacht Club y paseándome por las calles.

Al llegar al Círculo me contuvo la idea de que allí podría encontrar á Sacha, y en el estado de ánimo en que me hallaba no era lo más seguro el que no promoviese una cuestión, que no podía más que ponerme en ridículo.

Volví sobre mis pasos, y al llegar al *Nevsky* vi ante mis ojos la muestra de una farmacia francesa. Su vista me sugirió una idea, y entré.

—Padezco de insomnios—dije al dependiente de la tienda,—¿no podría usted darme algo que me hiciese dormir?

—Sí, señor; puedo arreglar unos polvos para usted.

Y poco después me presentaba ocho papelitos, que contenían la sustancia que había de procurarme el descanso y el olvido.

—¿Cuánto tiempo tardará un papel de éstos en surtir efecto?—pregunté.

—Una hora aproximadamente.

—Mucho es eso.

—Pues tome usted dos, caballero; y entonces sentirá usted la acción del medicamento en media hora.

—¿Y si tomo tres?

—Entonces el efecto se producirá en diez minutos; pero no aconsejo á usted que los tome, pues puede ser peligroso.

—Y en caso de tomar una dósis demasiado fuerte, ¿qué antídoto recomienda usted?

—El café muy fuerte, y en último caso belladona.

—¿Podría usted darme un poco, por si acaso?

—Sí, señor; aquí tiene usted en este frasco. En caso de intoxicación, diez gotas bastarán para reanimar á la persona que se encuentre sufriendo los efectos del soporífero.

Media hora después me hallaba en mi hotel. Tomé dos dosis del preparado, y al cabo de pocos minutos dormía tranquilamente, olvidando á Elena, á Sacha y á todo lo que desde hacía días me atormentaba.

Al día siguiente el sol entraba por mis ventanas cuando me desperté. Me sentía feliz, contento y con ánimos para luchar con toda la policía del Czar y hasta con éste mismo.

Me levanté, me vestí y salí á la sala, donde pude ver que la señora ya había tomado su desayuno y salido á la calle.

Imitándola en esto, salí á mi vez y me dirigí á casa de mi abogado, donde pasé casi todo el día, hasta dejar terminados por completo los asuntos de Margarita.

Volví al hotel, y al abrir la puerta de la sala me encontré frente á frente con Mlle. de Launay.

—La señora no está—se apresuró á decirme.—He venido á traer un recado de la señora Weletsky, que desea saber las señas de la modista en París de Mme. Moria.

—Yo la encargaré que las mande en seguida, puesto que partimos mañana.

—¿Mañana?—exclamó la institutriz con un tono que demostraba alegría.

—Sí, mañana—repliqué yo.—Hágame usted el favor de presentar mis respetos á la señora y decirle que iremos á tener el gusto de saludarla.

—¡Mañana!—murmuró de nuevo la francesa como si la noticia fuese demasiado buena para creída.

Y después salió de la habitación.

Me dirigí á las oficinas del hotel, entregué mi carta *de séjour*, y encargué que mandasen á buscar mi pasaporte de salida.

—¿Por qué tren piensa marcharse el señor?—preguntó el *commissionnaire*.

—Por el de la una de la tarde, directo para Berlín, vía Eydtkuhnen.

—El señor se marcha antes de lo que pensaba—dijo el criado con una sonrisa, al mismo tiempo que miraba á la puerta, por donde en aquel momento entraba Elena, apoyada en el brazo de Sacha, que hablaba con ella con extraordinaria animación.

L. B.

Continuará.

LA VANIDAD.

CUENTO VIEJO.

..... Al terminar el drama
Salí cuarenta veces al proscenio
En unión del galán y de la dama;
¡Ya no cabía duda! ¡yo era un genio
Que había de adquirir dinero y fama!
Ya, sin duda ninguna,
Ganaría dinero á troche y moche,
Tendría buena casa, mejor coche,
Haría una fortuna
Y..... en fin, que aquella noche
Ya me miré en los cuernos de la luna.

***

Y al otro día, de placer henchido
Por el triunfo obtenido,
Con más de mil proyectos en la mente
A la calle salí, viendo con gozo
Que al pasar contemplábame la gente
Dando visibles muestras de alborozo,
Mientras yo me decía, indiferente:
—¡Lo que es tener talento y ser buen mozo!
Y mirando las muestras de alegría
Con que toda la gente me veía,
En mi tonta demencia,
Vanidoso, el paseo proseguía
Buscando los lugares en que había
Selecta y numerosa concurrencia,
Para que todo el mundo me admirase.
—¿Qué pensarán—decía—cuando pase?
Ya de noche, cansado de andar tanto,
A mi casa volví, y en la escalera
Noté con gran espanto
Que el niño chiquitín de mi portera,
Dando una carcajada estrepitosa,
Y como guaseándose el maldito,
Me dijo:—¡Señorito,
Mire usted lo que lleva en la *levosa!*
Volví la cara atrás, y en los faldones
Vi con sorpresa, que en verdad no es rara,
¡Prendido en los botones
Un rabo de papel de media vara!
Y al subir á mi cuarto, avergonzado
De saber el porqué de que la gente
Se reía al mirarme, avergonzado
Pensaba con furor constantemente:
—Haberme envanecido
Es la causa de todo lo ocurrido.
¡Maldigo del deseo
Que por verme admirado y distinguido
Me hizo que prolongase mi paseo!

FEDERICO CANALEJAS.

LAS COSTUMBRES DE AYER Y LAS DE HOY.

I.

Si es siempre curioso é interesante el estudio comparativo de los usos y hábitos de dos distintas épocas, nunca lo ha sido tanto como en el presente *fin de siglo.*

De treinta años para acá, la manera de ser de la sociedad madrileña—y aun las de las clases populares—han experimentado extraordinarias alteraciones, completa transformación.

¿Son útiles y convenientes, ó perjudiciales? ¿Se deben aplaudir, ó censurar?

El lector lo decidirá, después de exponer ante sus ojos el cuadro de lo que era el llamado *gran mundo* madrileño en 1866, y luego el de lo que es ahora.

La revolución ha sido lenta, pausada, tranquila, y sin embargo ha resultado profunda, radical, completa.

No tornemos la vista á los tiempos de nuestros padres, en los que se comía á la una—hasta en las casas más elegantes y aristocráticas;—se paseaba de dos á tres en el Salón del Prado, y se cenaba á las diez de la noche, después de volver del teatro, cuyas funciones principiaban invariablemente á las seis y media.

En 1866 se inició la transformación, que hoy ha llegado al extremo.

Entonces todavía la alta sociedad se sentaba á la mesa de seis á siete de la tarde, cambiando desde la Cuaresma la hora de la comida en consideración al ayuno, y estableciendo para el objeto la de las cuatro.

La gente *comme il faut* concurría después á la Fuente Castellana, y á las ocho en punto asistía á los teatros.

Las tertulias abundaban tanto como hoy escasean: en el palacio de la Condesa del Montijo; de su hija la Duquesa de Alba: en casa del general Zarco del Valle; de la Marquesa de Selva Alegre; de la Condesa de Velle, y en otras muchas partes, se celebraban cotidianamente agradables y animadas reuniones.

En unas se jugaba al tresillo hasta *las doce en punto;* en otras, sólo había bulliciosa y festiva conversación; pero en todas se separaban los asistentes á media noche, despidiéndose para fecha cercana.

Los bailes y demás fiestas no tenían época fija: lo mismo se celebraban en Enero que en Junio, interrumpiéndose solamente durante los cuarenta días dedicados cada año á las prácticas religiosas.

Los salones «no se cerraban»—diré valiéndome de una frase hoy muy usada—hasta que el calor era excesivo ó comenzaban las excursiones veraniegas.

A la vuelta de ellas, citaba de nuevo cada cual á sus amigos; aquí, para jugar al tresillo ó al *écarté;* allá, para *hacer música;* acullá, para funciones dramáticas de aficionados.

En banquetes de intimidad, en pequeños saraos—que no se llamaban aún *sauteries,*—se congregaban también una vez por semana muchas familias, estableciéndose de este modo entre ellas comunidad de goces y de ideas.

La difunta Condesa de Velle, dama á quien ninguno de cuantos la conocieron ha podido olvidar á pesar de haber fallecido há bastantes años, era alma y vida de todos aquellos centros sociales.

Quedábase en casa los miércoles, por tarde y noche; dedicaba á su círculo íntimo todo género de obsequios y agasa-



II.—Traje de calle.



12 á 14. — Sombreros de primavera y verano.

jos, siendo sus bailes tan brillantes, como delicados sus banquetes.

A la una en punto de la noche enmudecía el piano, á cuyo compás bailaba la juventud; siendo esta hora la de rigor en las fiestas llamadas «de confianza».

El té, servido en el comedor, con galletas y tostadas de manteca, era lo que hoy es el *buffet* espléndido y suntuoso; y la diferencia de gasto explica y justifica que actualmente sea cortísimo el número de personas «que reciben».

No se conocía á la sazón la ridícula y ofensiva costumbre de enviar tarjetas, con la punta doblada, por medio de criados; juzgándose descortesía imperdonable emplear este sistema con amigos ó relaciones de sociedad.

En fin, las visitas eran frecuentes y cordiales; no las imponía la etiqueta solamente, sino el deseo de frecuentar el trato de aquellos por quienes se experimentaba afecto, estimación ó simpatía.

II.

¿Sucede hoy lo propio? ¿No ocurre precisamente todo lo contrario?

Después de recordar lo pretérito, describamos lo actual.

Todo ha cambiado, todo ha desaparecido con el trascurso del tiempo, profunda, radicalmente; y hasta en lo más insignificante y baladí se nota la mudanza.

La gente se levanta tarde, y no se acuesta temprano; y no lo hace porque los teatros, si no todos, muchos de ellos terminan sus funciones de una á dos de la madrugada; después, los hombres van á los círculos ó á los cafés á comentar los hechos del día, á cenar, ó á pasar un par de horas en alegre conversación.

Pocos son los que abandonan el lecho antes de las once de la mañana, almorzándose generalmente en las casas elegantes de una á dos de la tarde.

El paseo del Retiro está desierto antes de las cuatro, y hasta el anochecer circulan por allí peatones y carruajes.

Principian á dicha hora los *five'o clock* — en castellano los tés de las cinco, — prolongándose hasta las ocho de la noche; las partidas de *bésigue*, en los casinos; las visitas de última hora en las moradas aristocráticas, siendo éstos los motivos y las causas de que se coma en muchas partes á las nueve.

De aquí la tardía asistencia á los teatros.

Los palcos del Real no se ocupan sino de diez á once, y lo propio sucede en los coliseos frecuentados por el gran mundo.

De aquí lo expuesto arriba; de aquí la falta de formalidad en las empresas para la hora de empezar y de concluir los espectáculos.

De aquí también la de exactitud, de puntualidad en acudir á las fiestas nocturnas.

Es inútil que en las papeletas de invitación se marque la hora de las diez para comenzarlas; los más *puntuales* no aparecen en los salones antes de las once y media, encontrando mohinos y fastidiados á los dueños de la casa.

Ya no hay ejemplo de que los saraos terminen antes de de las cuatro de la mañana: y en tales horas se impone la necesidad de la cena, porque los líquidos son alimentos impropios para estómagos desfallecidos.

Y de aquí procede el corto número de sociedades que hoy día se verifican, cuando antes eran tan frecuentes y numerosas.

Según he indicado arriba, há treinta años cada cual se contentaba, se satisfacía con un vaso de horchata ó de limón, con una taza de té ó de chocolate: ahora el antiguo sistema sería calificado de absurdo y de miserable.

III.

No quiero recargar de colores la pintura fiel y exacta que acabo de hacer de la sociedad contemporánea: no quiero tampoco exponer mi juicio y mis opiniones sobre el particular; limitándome á consignar que en los demás países de Europa no se sigue ni se observa lo que en España ejecutamos.

La republicana Francia impone multas de quinientas pesetas á los teatros que no han puesto fin á sus representaciones á las doce de la noche: procedimiento igual sigue con los cafés y demás establecimientos cuyas puertas no se cierran á la una de la madrugada.

En la libre Inglaterra la policía es aún más rigurosa en sus prescripciones, y los domingos no se abren los coliseos ni se permite otra clase de placeres.

Bélgica y Holanda son modelos perfectos de orden y regularidad, así en la cuestión de espectáculos, cuyo término es de diez á once de la noche, como en el modo de ser de las familias; y no hablaré de los pueblos del Norte, por ser vulgar el conocimiento de sus usos y costumbres.

No quiero, no debo prolongar más el estudio que he hecho de los nuestros en el día; dejando á la consideración y al juicio de los lectores lo que es más conveniente para la salud y para la moral humanas: lo que se practica en las naciones cultas, ó lo que sucede entre nosotros; siendo excepción en ésa, como en otras muchas cosas, de la regla general.

Ramón de Navarrete.

VARIAS MANERAS DE DOBLAR LAS SERVILLETAS.

PRIMERA.—La servilleta va doblada en tres partes, como de ordinario. Se la extiende sobre la mesa, y se toma uno de los bordes del lado de la orilla. Supongamos una servilleta de 75 centímetros de ancho por 87 de largo. Se doblará dos veces esta orilla para formar un pliegue encañonado exactamente en medio, cuyo pliegue tendrá próximamente 6 centímetros (fig. A). Se dobla, tomando el centro de la servilleta y

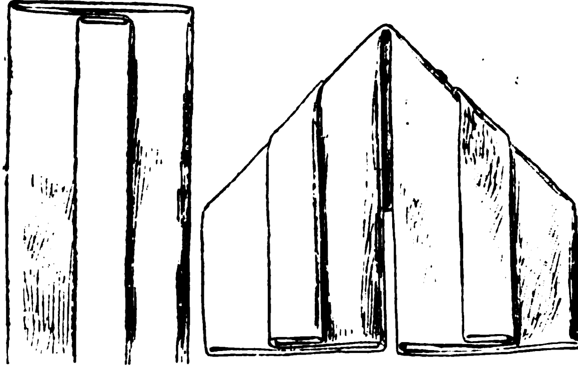
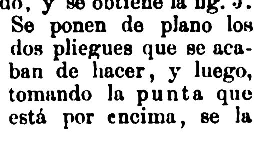


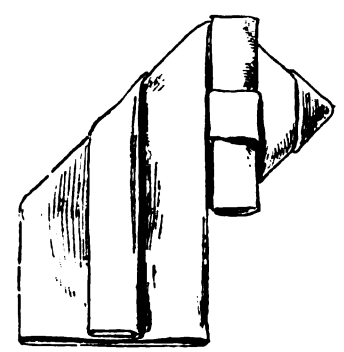
Fig. A. Fig. B.

dejando caer las dos puntas por encima (fig. B). Al tomar la punta de la derecha se la retorna hacia arriba, doblándolas exactamente en dos (fig. C). Se toma la extremidad de esta punta, es decir, la parte que forma un cuadrito en la fig. C, y se la dobla dos veces sobre sí misma para formar un rollo, como se ve en la fig. D.—Repitiendo los mismos movimientos para el lado izquierdo, se dobla la punta y se enrolla la extremidad (fig. E). Si se vuelve la servilleta así doblada, se obtiene la fig. F. La fig. G representa la manera de colocarlas sobre el plato y de poner el pan.

Fig. C.

SEGUNDA.—Se dobla la servilleta en tres partes; se la dobla después formando una punta y dos caídas (fig. H). Se la dobla en dos partes, como indica la fig. I; se enrolla la parte inferior dos veces sobre sí misma por cada lado, y se obtiene la fig. J. Se ponen de plano los dos pliegues que se acaban de hacer, y luego, tomando la punta que está por encima, se la





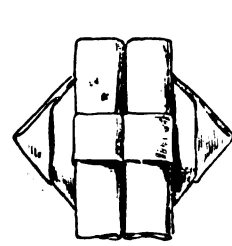


Fig. D. Fig. E.

retorna á la derecha para formar un cucurucho. La fig. K indica el movimiento del doblado, y la fig. L muestra la servilleta ya doblada, con el panecillo.

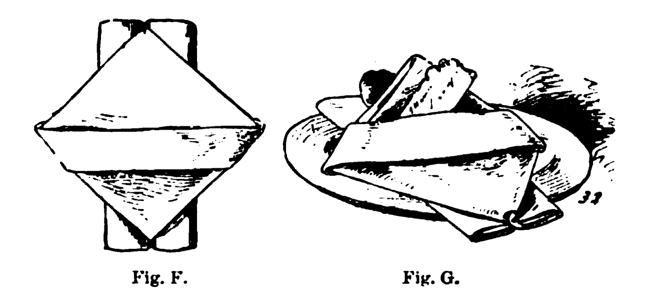


Fig. F. Fig. G.

TERCERA.—Se dobla la servilleta como lo hemos explicado al principio (fig. A), y como lo indica la fig. M. Se doblan

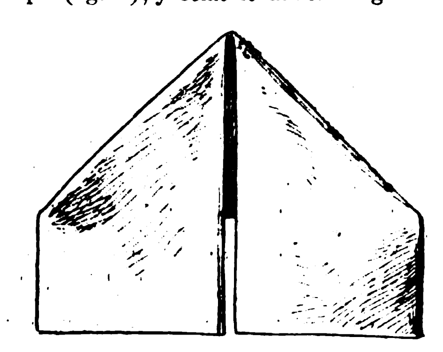


Fig. H.

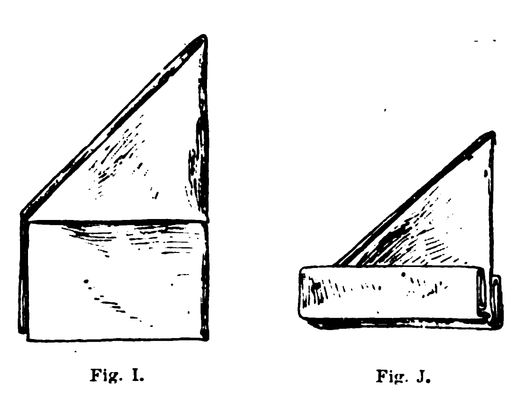


Fig. I. Fig. J.

las dos extremidades sobre un largo de 15 centímetros (figura N), y se las dobla por segunda vez, de modo que los dobleces se toquen (fig. O). Por último, se dobla la servilleta

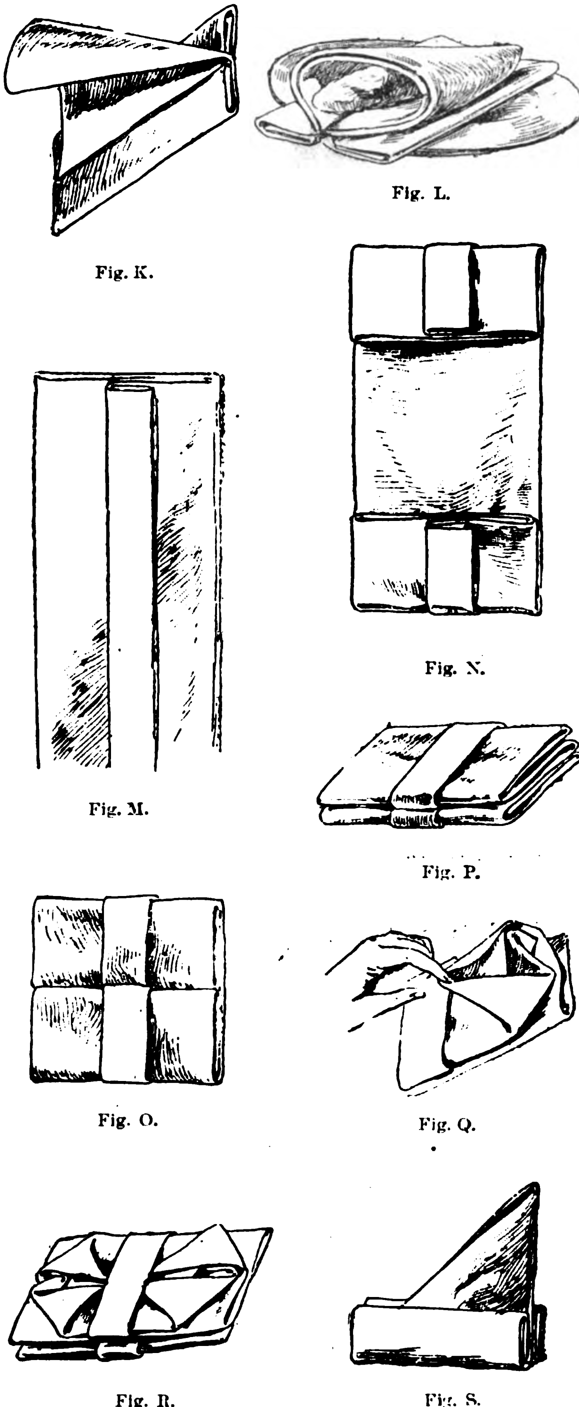


Fig. K. Fig. L. Fig. M. Fig. N. Fig. P. Fig. O. Fig. Q. Fig. R. Fig. S.

nuevamente en sentido opuesto, como indica la fig. P. Se toma la parte de encima del doblez con un movimiento delicado, y se la introduce bajo el pliegue que atraviesa la servilleta, aplastando bien la tela para que el plegado resulte muy regular (fig. Q), y se hace lo mismo en el otro lado (figura R).

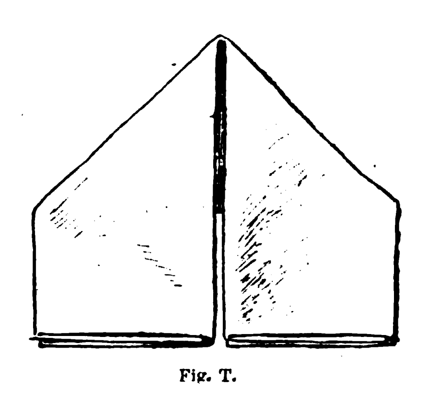
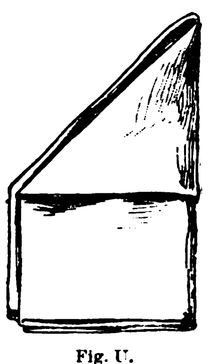


Fig. T.

CUARTA.—Esta manera es la más sencilla. Se dobla la servilleta como la fig. H, lo que da la fig. T; se la vuelve á doblar en dos partes (fig. U), y últimamente, se forman dos



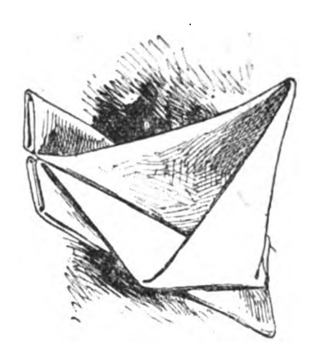


Fig. U. Fig. V.

pliegues á cada lado en la base de la punta, se les aplasta para que sirvan de base al plegado, y se abre la punta para colocar el panecillo (figs. S y V).

X.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR.

Exclusivamente serán contestadas en este sitio las consultas que, sobre asuntos propios de las secciones del periódico, se sirvan dirigirnos las Señoras Suscriptoras á la edición de lujo y á la 2.ª edición, demostrando esta circunstancia con el envío de una faja del periódico, ó por cualquier otro medio.

Las consultas que se nos dirijan en *carta anónima*, ó que vengan firmadas por personas que no demuestren debidamente ser suscriptoras á las citadas ediciones, no serán contestadas.

Á UNA ESPAÑOLA EN EL BRASIL.—Supongo que habrá usted recibido ya el número en que tuve el gusto de contestar á su anterior consulta.

Creo que la única manera de conocer el paradero de la persona por quien se interesa es dirigirse al representante que en Madrid tenga la nación á que la misma pertenezca. Esto en el caso de tratarse de un súbdito extranjero. Tratándose de un español, me parece que lo mejor será dirigirse al gobierno civil de esta corte.

En ambos casos debe usted mandar la mayor suma de noticias que puedan servir para hallar á dicha persona.

Á UN RAMO DE PENSAMIENTOS Y ROSAS DE TÉ.—Como tuve el gusto de indicarle en el número anterior, le doy á continuación las dos recetas que me pedía de guindas y cerezas. Se escogen las guindas ó cerezas de la mejor calidad, bien maduras pero muy enteras; se les quita el palito y el hueso con un mondadientes y se van echando en agua fría. Se ponen luego al fuego y se sacan con una espumadera. Así que empiezan á hervir se hace un almíbar como para el dulce del albérchigo, es decir, medio cuartillo de agua para una libra de azúcar; se deja enfriar después de bien clarificada; luego se cuela y se echan las guindas en el almíbar, en el que se dejan hasta el día siguiente, en que se acercan al fuego. Cuando empiezan á hervir se retiran. Esta operación se repite por espacio de cinco días, al cabo de los cuales se conoce que el dulce está en su punto cuando, cogiendo entre la yema de los dedos una gota de almíbar, forma cuerpo.

Las ciruelas están exquisitas haciéndolas del modo siguiente: escógense de buena calidad, por ejemplo, de las llamadas claudias, procurando que estén duras. Se pinchan bien por todas partes y se echan en agua fría durante una hora. Después se acercan al fuego y se van sacando una á una á medida que las ciruelas van subiendo á la superficie, ablandándose un poco. Se colocan separadas las unas de las otras en una gran fuente ó fuentes, según la cantidad, dejándolas así veinticuatro horas. Aparte se hace un almíbar clarito, que debe reposar durante las mismas veinticuatro horas. Pasadas éstas, se echan las ciruelas en el almíbar en un perol de porcelana, añadiendo también todo el jugo que hayan soltado en la fuente donde se han tenido á escurrir, y se acerca el perol al fuego, retirándolo al punto que rompa á hervir. Esta operación se repite durante ocho días, al cabo de los cuales las ciruelas quedan perfectamente confitadas y el almíbar en su punto.

El dulce de pera se hace por el mismo procedimiento.

Seguiré dándole con el mismo seudónimo las recetas que ha pedido.

SRA. D.ª BERNARDINA.—El abrigo más propio de las niñas de esa edad es la chaqueta.

Como *toilette* de vestir, son elegantes las de armure de fondo claro con florecitas Pompadour ó rayitas de varios colores.

Es bonito modelo para la primera comunión el croquis núm. 2 del 14 de Febrero.

Para la colocación del velo y la clase de tul, fíjese en el croquis núm. 1.

Como verá, los nuevos modelos no tienen caídas, sino un cinturón cerrado por delante ó á un lado.

Las mangas siguen usándose, como verá por los modelos de nuestro periódico, mucho menos exageradas en la parte alta y muy ajustadas hasta más arriba del codo.

El abrigo más de vestir es el *collet*, con predilección de tono claro.

Buenos modelos de sombreros para vestir, y propios para niñas de edad hasta de catorce años, son los grabados 16 y 17 publicados en el número de 22 de Abril del año actual.

La paja color marrón ó *beige* claro va bien con todos los trajes.

Á una Catalana en Galicia.—Sí; en el próximo verano se usarán las blusas con las faldas negras, y los géneros preferidos para éstas son los de estilo Pompadour, telas árabes y chinés.

El grabado 8 del número de 22 de Abril es un elegante modelo para la blusa de *surah* que esa señorita quiere hacerse, poniéndole camisolín de gasa de seda plegada de un color que esté en armonía con el tono de la seda que elija para el cuerpo.

Un bonito modelo de cuerpo para el empleo del tejido cuya muestra me remite, es el grabado 6 del número de 6 de Enero, poniéndole el camisolín interior de *surah* azul pálido, cintura de lo mismo y botoncitos también azules.

Si quiere que el cuerpo de la otra señorita sea distinto, es bonito modelo el grabado 9 correspondiente al 14 de Febrero: todo el cuerpo de la tela á rayas, y camiseta de *surah* rosa ó azul pálido.

Los abanicos que dice no están de moda.

Á una Suscriptora antigua.—Una de las cosas que más suavizan y blanquean las manos, es lavárselas con miel ó jugo de limón en vez de jabón.

Para esa ceremonia la niña debe llevar un traje como el de primera comunión; y para la confección de éste le recomiendo se guíe por el croquis núm. 1 del 14 de Febrero, sin variar del modelo otra cosa que la gorrita.

Como peinado le recomiendo lleve los rizos recogidos en lo alto de la cabeza, con un moñito guarnecido con un gran lazo de raso blanco. Este moñito ha de servir para la sujeción y colocación del velo. Si la niña tiene el cabello hermoso, puede ondulársele y dejarle suelto, recogido más abajo de la mitad de su largura con otro lazo de raso blanco; si no, será mejor recogérsele en tres tirabuzones gruesos.

Su traje de raso negro quedará elegantísimo si se guía por el croquis núm. 10 del número anteriormente indicado, sin combinación ninguna de otro tejido más que el adorno que indica el modelo, que es el canesú de guipur negro, ó blanco, si prefiere que la *toilette* haga de más vestir. Gola de tul negro ó blanco, como el camisolín.

En la actualidad, la *toilette* de raso negro está muy en boga.

A una Rosa silvestre.—Cuando los niños son muy esbeltos, se les viste de pantalón desde los cuatro años; pero generalmente es á los cinco cuando se les pone el traje marinero con pantalón bombacho, único traje con que están bien á esa edad.

Los cuerpos cubiertos de encaje seguirán estando de moda.

En el próximo verano se llevarán mucho las *toilettes* de color claro: pero la que indica no está bien para la calle, sino para de noche.

El sombrero negro es muy elegante con la *toilette* clara.

Á una Vitoriesa.—Para conseguir su objeto, puede dirigirse á la casa Pagés, Peligros, 1, donde le enviarán los catálogos que pide. En ellos elegirá el modelo que sea más de su agrado.

Á Lola.—Antes de los ocho días debían ustedes haber visitado á esos señores; por lo tanto, háganlo con la mayor brevedad posible.

A pesar de deber ustedes á esos señores visita, deben esperar un poco de tiempo más, á ver si en el ínterin reciben el ofrecimiento de su nueva casa ó les encuentran por casualidad en alguna visita ó en la calle.

Á Dadeicilef.—Para la confección del *collet* de la señora de edad es buen modelo el grabado 10 del *Panorama de grabados* publicado en el número de 30 de Marzo, haciéndolo de granadina negra mate, y adornado con doble esclavina y gola de gasa bordada, también mate.

Suprima la pasamanería que guarnece la espalda.

Lazos de cinta de faya.

La primera figura del figurín iluminado correspondiente al 14 de Marzo 96 es un bonito modelo, por el que se podrá guiar para la confección de su traje rosa y verde, haciendo la falda sin ningún adorno y las mangas ajustadas, y el chaleco de faya rosa, cubierto de grueso encaje crudo, ribeteando los delanteros de la chaquetita con pasamanería calada negra.

En el mismo número *(Revista Parisiense)*, croquis número 10, hallará un modelo muy propio de la otra *toilette* para mañana que quiere hacerse. Camisolín de batista blanca, bordada. Esta forma es más nueva que el cuerpo metido dentro de la falda.

Ese género sí se usa.

Á unos Ojos negros.—Dada la edad de esa señora, le conviene copiar el modelo de *collet* núm. 7 publicado el 30 de Marzo, haciéndolo de granadina brochada negra, gola de tul y cinta de raso negro.

El color de la muestra que me remite es de moda. En cuanto á la forma que esa señora debe elegir para la confección del traje, es bonito modelo el núm. 2 del mismo número antes citado, haciendo la falda completamente lisa, y el cuerpo dispuesto como el modelo indica, con encaje crudo y lazadas de cinta de terciopelo color marrón. Cuello y cinturón de lo mismo.

El croquis núm. 7 de la *Revista Parisiense* de 14 de Marzo es muy á propósito para el arreglo de un traje de seda negra. Falda lisa y cuerpo adornado de pasamanería de seda muy calada.

Á Lilas blancas.—En la próxima estación de verano se usarán mucho como abrigos de viaje y excursiones los de paño mastic con uno ó dos pliegues planos detrás, delanteros flotantes sin solapas; cuello alto y mangas, cuya amplitud se ajusta en la parte inferior con un estrecho puño. Este abrigo no lleva más adorno que pespuntes y doble hilera de botones de nácar. La amplitud de las mangas y del cuerpo permite fácilmente la colocación de este abrigo sobre cualquier traje.

Está muy de moda la paja madera en todos los tonos para sombrero de primavera, cuyo recargado adorno consiste en flores, lazos y tul.



15.—Traje de visitas para señoras jóvenes.

Los *collets* de paño se llevan en gran número. En tonos claros, guarnecidos de *soutache*, bordados y adornados de encaje y aplicaciones diversas, que dan un gran *cachet*. Se forran de seda, tafetán cambiante, *surah* ó raso maravilloso en los colores más tenues y delicados. La alta fantasía se manifiesta en los *collets* de raso ó tafetán de color, ó también tafetán Pompadour, tono sobre tono, ó sembrado de flores grises ó tinte neutro, ramajes de flores, hojas marchitas sobre gris plata, azuladas, con gris y rosa, marrón y rosa: todos estos colores, en tonos imperceptibles *fuyant*, cuyo conjunto aparece completamente tenue. El forro de éstos debe ser de seda lisa, de un color semejante á uno de los dibujos que forma la tela de encima. Este *collet* se adorna con motivos perlados, encaje crudo bordado de marrón ó negro, ó de gasa dispuesta en *ruche*, volantes ó pequeños *plissés*.

El encaje blanco y negro se mezcla mucho, haciendo bonita oposición sobre los *collets*. El grueso guipur crudo, en forma de entredós, hace un maravilloso efecto sobre la seda verde obscura. La gasa y la muselina de seda negra se emplea mucho como adorno gracioso y ligero, tanto en las *toilettes* como en los *collets*.

Á una Señora.—Efectivamente; la corsetera D.ª María García, que tan satisfecha dejó á usted con el corsé que la hizo hace algún tiempo, se ha mudado de casa, y sin duda esta señora habrá extraviado su señas cuando no le ha participado las de su nuevo domicilio, que son: calle de la Salud, núm. 9, entresuelo.

Todas las noticias que tengo de esta señora son buenas, tanto por el buen corte que tienen sus corsés, como por la comodidad con que se llevan.

Á Muguet y Lilas.—Las enaguas de seda se siguen usando muy guarnecidas de encaje, de lazos y de *ruche;* pero las más prácticas, y realmente las más lindas, son las más sencillas, que sólo van guarnecidas de un volante ó plegado.

Los trajes de los bebés deben toda su gracia á los encajes ó bordados con que se les guarnece. Los grandes cuellos, guarnecidos de encaje, son muy elegantes. Las grandes capelinas baby, muy vaporosas con la guarnición de gasa blanca, contribuyen en gran parte al *cachet* necesario en los trajes infantiles.

Á una Alavesa.—He oído decir que, cuando el calzado se moja mucho, la mejor manera de secarle para que no pierda la forma es meterlo en avena, la cual también ha de estar muy seca, y que por tanto absorbe pronto la humedad. Después de retirado de la avena se deja que se acabe de secar. De este modo queda en disposición de servir otra vez.

También he oído decir que para que el calzado de campo no se agriete es bueno empapar las suelas en aceite de lino. Se pone en un plato el aceite, y sobre él las botas. Sobre la grasa resbala luego el agua sin penetrar en el material, y la piel del calzado queda más flexible.

Adela P.

EXPLICACIÓN DEL FIGURÍN ILUMINADO.

Núm. 16.

Corresponde á las Sras. Suscriptoras de la edición de lujo.

TRAJE DE DESPOSADA.

Vestido de raso blanco, de cola redonda, guarnecido con encaje color marfil, flores de azahar y muselina de seda blanca. Falda ondulada, cuyo centro de delante y lados van adornados con ramos de azahar, atados con lazos de encaje. Cuerpo listado de entredoses de encaje y montado con un canesú de muselina bullonada. La espalda del cuerpo es lisa, y el delantero va estrechado en la cintura con fruncidos. Manga Luis XV, guarnecida en todo lo alto con un globo montado con un *jockey* de fruncidos. Cuello recto y gola de muselina. Puños de encaje. En la cintura, lazo voluminoso de encaje, con ramo de azahar, que cierra un cinturón de encaje.—Velo de tul de Malinas, prendido con una corona muy pequeña de flores de azahar.

Tela necesaria: 22 metros de raso, y un metro de muselina.



16 y 17.—Cuerpo de vestido para señoritas. Delantero y espalda.

19 y 20.—Blusa de verano. Delantero y espalda.

18.—Abanico de granadina pintada.

21.—Traje de recibir.

22.—Traje de ceremonia para señoritas.

EXPLICACIÓN DE LOS GRABADOS Y DIBUJOS PARA BORDADOS

CONTENIDOS EN LA HOJA-SUPLEMENTO.

Corresponde á las Sras. Suscriptoras de la edición de lujo y á las de la 2.ª edición.

Cubremaceta.—Núm. 1.

Se prepara una hoja de cartón, que se cose en forma de cilindro y que sirve de sostén á la tela. Esta envoltura debe contener la maceta y el plato, á fin de impedir la humedad que podría manchar la tela. En cuanto á ésta, es muy fácil de preparar: se toma un cuadro de raso ó de brocado, que se guarnece con una tira ancha de felpa por el revés. Un encaje de oro rodea el cuadro y va cosido por el revés en el borde de la felpa. Se colocará la maceta en medio del cuadro de tela, y se estrechará la parte superior con una cinta de raso al nivel del cilindro de cartón. Un lazo de la misma cinta adorna esta parte del cubremaceta.

Camisa de dormir para señoras.—Núm. 2.

Esta camisa se hace de percal fino, y va adornada con entredoses y encaje al huso. Lazos de cinta de raso.

Cortina interior de ventana.—Núm. 3.

Esta cortina *(brise-bise)* es de felpa granate, y va drapeada y sostenida con unas rosáceas de la misma tela. Se la forra de muletón grueso y de tafetán del color de la felpa, cuyos paños van reunidos en medio con una costura, que se cubre con un pliegue ancho de la misma tela. En lo alto se prepara una tira de forro, forrada á su vez de cañamazo fuerte, y se fija la cortina, dispuesta en pabellones como indica el dibujo, sobre esta especie de galería, que debe tener el ancho de la ventana y 15 centímetros de alto. Se adorna, por último, la cortina con una tira ancha de paño blanco bordada de seda de colores y un flequito de pompones.

Puede utilizarse esta cortina para otros usos análogos.

Camisa de dormir para señoras.—Núm. 4.

Esta camisa es de batista fina de algodón. El escote cuadrado va formado de un entredós de bordado que lleva por encima un encaje. Volante ribeteado del mismo encaje.

Cesto para papeles.—Núm. 5.

La fig. 38 de la *Hoja-Suplemento* á nuestro núm. 23 del año anterior corresponde á este objeto.

Los lados de delante y de detrás de este cesto van adornados con una guarnición cortada de paño blanco por la fig. 38 y forrada de gasa; se cortan después, siguiendo las indicaciones del dibujo, unas piezas de tela igual de los colores indicados, y se las cose sobre el fondo; se rodean las piezas color marrón claro al punto de festón con lana amarilla bronceada. El círculo bronceado y el borde del mismo color van rodeados en el lado interior con lana negra, mientras que se cosen en el lado exterior del borde y de los moldes color de aceituna unos galones estrechos de piel marrón obscura con puntos transversales de seda más clara. Las hojas *aisladas* de los adornos en forma de tréboles van rellenas al punto de Hungría con lana marrón clara; el centro se llena con lana amarilla bronceada al punto de cordoncillo. Se rodean después estos dibujos con puntos iguales de lana negra, así como el dibujo aplicado marrón claro, cuyo centro va lleno con hileras apretadas de puntos de cordoncillo verde aceituna. Se cose además sobre los bordes color de bronce una hilera de puntos de cordoncillo de seda amarilla ribeteando los puntos de festón. Antes de fijar las guarniciones á la pared del cesto, se cosen en el borde inferior cinco grupos pequeños de presillas en forma de cascabeles, hechos en tiras de paño marrón claro, que tienen cada una medio centímetro de ancho. Se fija en el borde superior sobre los cuatro lados un adorno que se compone de hojas pequeñas, alternativamente color aceituna, bronce y marrón claro, y de una trenza triple de tiras estrechas de paño: para las hojas se corta un triángulo que tiene en los lados sesgados 5 ½ centímetros de largo, y en el lado derecho 8 centímetros de largo; se redondean los picos en el lado derecho, de modo que éste quede en 5 centímetros; se dispone la hoja en 3 pliegues, y se la cose al cesto. Se ejecutan del mismo modo los 9 pedazos separados de la rosácea que forma estrella en uno de los picos superiores de la guarnición lisa; se corta después, alternativamente, de los tres colores, un un triángulo que tenga 4 centímetros de largo en los lados al sesgo y 5 en el lado recto: se le reune formando unos pliegues; se fijan las hojas separadas una sobre otra; se fijan en el centro de la tira de paño color de bronce, primero dos borlas de 12 centímetros de largo cada una, formadas de presillas largas y cortas de tela, y atadas con trencilla de oro, y después una rosácea pequeña de presillas marrón claro. La rosácea de presillas y los grupos de presillas del otro lado van ejecutados con los mismos colores. Para la guarnición de los lados se toman dos tiras dentadas de paño marrón claro que tienen 15 centímetros de ancho y 26 centímetros de largo; se las pliega formando en el borde superior una cabecita de 2 centímetros de ancho; se las reune en el centro inferior con una tira de tela color de bronce de 6 centímetros de ancho, y se las adorna con presillas dentadas color aceituna y marrón claro. El fondo del cesto, que es de madera, va guarnecido de un pedazo de cartón cubierto de paño marrón claro.

Cenefa para pañuelos.—Núm. 6.

El fondo de este pañuelo se hace de batista blanca, y va reunido con una trencilla fina á un dobladillo de un centímetro de ancho, cuyo dobladillo se ribetea de un encaje cosido. Para ejecutar el encaje se transporta el dibujo sobre hule; se fija en los contornos una trencilla de lienzo; se extiende para las barretas que reunen las trencillas una hebra de algodón fino *yendo;* se la enrolla *viniendo;* se la festonea para las barretas que forman hojas, y se llena el fondo entre los dibujos con puntos de costura cruzados y con conchas: para estas últimas se hacen anteriormente sobre el borde de la trencilla unas presillas festoneadas; se bordan después, en forma de conchas, dos presillas puestas una cerca de la otra, pasando la hebra yendo y viniendo; se guarnece el encaje con una trencilla fina de piquillos.

Cortinilla con aplicaciones de cinta.—Núm. 7.

La fig. 72 de la *Hoja-Suplemento* á nuestro número 23 del año anterior pertenece á este objeto.

Esta cortinilla es de tul blanco fino, y va adornada con un dibujo que se transporta de la fig. 72 á un hule sobre el cual se fija el tul. Se cose una cinta blanca, empleando algodón fino blanco para la cinta y para las hojas; se cosen los dibujos separados en un galoncillo con medallones; se borda el tul, para formar los tallos finos y las ramas, con una hebra simple de algodón blanco; se fija para los tallos más gruesos una hebra doble igual por medio de puntos transversales. El borde de curvas va guarnecido de un galoncillo fino con piquillos.

Mantelito y servilleta para bandejas.—Núms. 8 á 10.

Este mantelito y la servilleta que le acompaña son de cañamazo fino color crema, y van guarnecidos de un dobladillo calado de 3 ½ centímetros de ancho; se les adorna con un bordado ejecutado con sedas de varios colores. Para hacer el dobladillo calado se toma á todo el rededor 4 ½ centímetros de tela además del ancho necesario, y se hace primero la cenefa. Se ejecuta después el dobladillo, simple calado; se recortan, para los picos, unos pedazos triangulares que tengan el tamaño necesario; se dobla la orilla de la tela por el interior, y se la cose al revés de la labor.

Uno de nuestros dibujos representa la cenefa del mantel, que tiene 25 centímetros de ancho y 43 de largo, y un segundo dibujo representa la cenefa de la servilleta, que tiene 16 centímetros en cuadro. Se hace para cada cuadrito un punto de cruz, sobre dos hebras de altura, y de ancho de la tela.—Se puede también ejecutar este dibujo sobre manteles y servilletas de diferentes tamaños.

Espejo adornado.—Núm. 11.

Este espejo va adornado de manera que pueda servir para un tocador «Marquesa». Los adornos van dispuestos del siguiente modo: se envuelve el marco con una seda rayada, sobre la cual ondula una *ruche* de cinta. Dos lazos de la misma cinta sostienen en lo alto el drapeado formado con la seda listada. Un ramo de peonías va puesto en lo alto, y una pasamanería de plata rodea los dos bordes del marco.

Tapete.—Núm. 12.

Este tapete, rodeado de una cordonadura gruesa de color, va adornado con una cenefa bordada de personajes y animales de diferentes especies. Esta cenefa se compone de cuatro tiras de paño color masilla claro, cada una de las cuales tiene 24 centímetros de ancho y 70 de largo, reunidas en cada ángulo por medio de un cuadro de la misma tela de 28 centímetros, fijados con puntos de espina hechos con seda de color. El centro del tapete es de paño color de nutria obscuro, sobre el cual se fija la cenefa con puntos de espina. Las figuras principales van estampadas en diferentes colores; las más pequeñas van rodeadas de seda marrón y bordadas, así como las ramas de flores aisladas al punto de cordoncillo y punto de fantasía, con sedas de diferentes colores.

Camisa de dormir para hombres.—Núm. 13.

Se hace esta camisa de percal, y se la adorna con pliegues y puntos de fantasía. El cuello y los puños van cortados siguiendo las indicaciones del dibujo.

Saquito para guantes.—Núms. 14 á 16.

Este saquito es de seda ligera color de salmón, forrada de algodón perfumado; tiene 45 centímetros de largo y 41 centímetros de ancho, y va doblado en dos mitades. Se cubre la parte de encima con un bordado ejecutado sobre cañamazo crema, al punto llano, y se le guarnece á todo el rededor con un volante de seda puesta doble, que tiene 5 centímetros de ancho; se cierra el saquito con cordonaduras finas de seda de dos colores, terminadas en borlas. El bordado se ejecuta con arreglo á las indicaciones de los dibujos 15 y 16, que le representa á las dos terceras partes del tamaño natural, sobre un pedazo de cañamazo que tiene 50 centímetros de largo y 25 centímetros de ancho. Se emplea algodón grueso blanco y seda verde Nilo (2 hebras), y se ejecuta el bordado al punto llano, punto de cruz y punto de fantasía. Para la labor calada se sacan aproximadamente 12 hebras por encima del galón dentado; se reunen las hebras *flojas*, cruzándolas del modo indicado, y se pasa una hebra de algodón por el centro. El borde exterior del bordado va festoneado á todo el rededor, tomando con el festón una hebra de algodón grueso torcido, y formando con esta hebra en las puntas de cada diente tres piquillos, que tienen aproximadamente ⅔ de centímetro de largo. La tela que sobresale va recortada; después de haber terminado el bordado, se fija éste sobre el saquito.

Se puede igualmente emplear este bordado para un saquito de pañuelos, en cuyo caso se hará un solo cuadro, rodeado del dibujo calado y del galón dentado.

Cubrepañales de franela.—Núm. 17.

El borde inferior va festoneado, y por encima se borda una guirnalda. La tira que sujeta los pliegues del borde superior y los tirantes van bordados, y su borde festoneado.

Dibujo para almohadón.—Núm. 18.

La fig. 78 del *anverso* de la *Hoja-Suplemento* á nuestro número 27 del año anterior corresponde á este objeto.

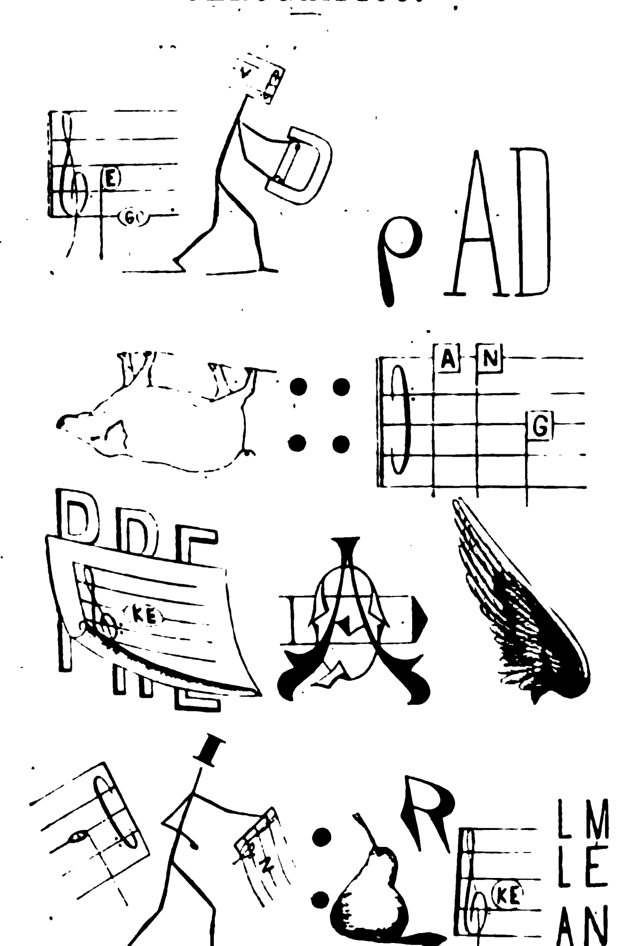
Este dibujo, bordado sobre un fondo de paño fino rojo antiguo, tejido de flores de seda del mismo color, se compone de una rama de anémonas amarillas, color de rosa y lila pálido, ejecutada por la fig. 78. Los pétalos de las flores y los capullos van bordados de puntos prolongados hechos con felpilla de seda fina de varios colores. Se hacen en las puntas de las hojas unos puntos transversales con seda floja de color más claro; los capullitos redondos van bordados de puntos de fantasía, con hilillos de oro; los estambres de las flores van formados de puntos anudados, ejecutados con seda, parte amarillo bronce y parte color de cardenillo: se indica en el centro de las flores el interior del cáliz al pasado, con seda de color diferente, y se le borda con hilillos de oro. Se ejecuta del mismo modo, con seda verde aceituna, el cáliz de los capullos gruesos, al pasado; se llenan las hojas de los capullitos, así como el follaje, parte claro y parte obscuro, con puntos apretados de espina, y se les rodea al punto de cordoncillo; se cose, alternativamente, sobre las venas de las hojas grandes felpilla fina y cordoncillo de oro de mediano grueso; se forman los tallos de las flores con felpilla fina, puesta doble, y los de las ramas y de las hojas con felpilla más gruesa, color aceituna claro, aceituna obscuro y cardenillo.

SOLUCIÓN AL JEROGLÍFICO DEL NÚM. 14.

La mujer se casa por entrar en el mundo; el hombre por salir de él

La han presentado las Sras. y Srtas. D.ª Natividad Mañueco.—D.ª Ramona Suñé y Medán.—D.ª María del Amparo Badillo.—Doña Asunción, Luisa y Concha Sangenís Escudero.—D.ª Tiburcia Garcilaso Alcántara.—D.ª Antonia Montesenín Carrascosa.—D.ª Carmen Alvarez y Escudero.—D.ª Maximina Sáiz y Flores.—D. Eduardo Mejía Blanco.

JEROGLÍFICO.



LA SOLUCIÓN IRÁ EN UNO DE NUESTROS PRÓXIMOS NÚMEROS.

BUENO EN MAR Y EN TIERRA.

No hace muchos años que, á bordo de un buque inglés, se amotinó la tripulación á causa de la mala calidad de las provisiones. Cuando hicieron saber al capitán el motivo de su queja, él les dijo, señalando al vasto Océano: «Aquí no hay panaderías.»

Esta excusa era muy fútil, y la tripulación no quiso admitirla. Dijeron que el capitán debió procurar que hubiera abundantes y buenas provisiones á bordo antes de hacerse al mar. El resultado de todo fué la pérdida del buque, demostrando así cuán equivocado es el plan de economizar el dinero por medio de la restricción de lo más necesario para la vida. No solamente los alimentos, sino también las medicinas, son de necesidad, pues las enfermedades lo mismo atacan al marino en el mar que á las demás gentes en tierra.

«Nunca pienso de emprender un viaje, escribe el primer oficial de un buque, sin estar provisto de su maravilloso remedio, y me proporciona mucho gusto manifestar á usted los hechos sobre que yo fundo mi resolución. Por espacio de unos dos años he sufrido horriblemente de indigestión. Me gasté mucho dinero en médicos con la esperanza de obtener alivio; y aunque indudablemente llegaron á conocer mi dolencia, también dieron á comprender de una manera manifiesta que no poseían medicina adecuada para curarme. Al contrario, cada vez me encontraba peor y peor, hasta el punto de hacérseme la vida insufrible. Un día una señora me aconsejó probara el Jarabe Curativo de la Madre Seigel, lo cual hice, obteniendo el más notable éxito. En corto tiempo me curé radical y permanentemente. Queda usted en libertad de publicar este informe mío según le plazca. (Firmado):—J. B. DON, primer oficial del vapor *Claudius*, de Londres, Enero 2 de 1895.»

«Hace unos dos años, escribe otro señor, que, á causa de los efectos de un resfriado, empecé á sentir un ruido en los oídos que me impidió oir los sonidos ordinarios, y más tarde me quedé casi completamente sordo. Alarmado y sin saber qué hacer, consulté al médico, quien me aconsejó de tomar el Jarabe Curativo de la Madre Seigel, por medio del cual he obtenido el alivio más completo. La curación ha sido verdaderamente tan genuina y radical, que no he vuelto á sufrir ninguna incomodidad, por lo cual y por su maravilloso específico doy á usted mis sinceras gracias. (Firmado):—ANTONIO GARCÍA, Villanueva de la Serena, Julio 31 de 1894.»

«Aprovecho la presente oportunidad, escribe una señora, para decirle que compré en casa del boticario Sr. Canal un frasquito de su remedio, el cual me ha producido el más satisfactorio resultado, cortando de raíz los agudos dolores de cabeza que venía sufriendo durante muchos años. Con el derecho que me da mi propia experiencia, me he creído justificada al recomendar su remedio á algunos amigos míos que sufren de dispepsia inflamatoria, pues abrigo la confianza que se curarán. (Firmado):—DELFINA ALVAREZ, Gijón, Cabrales, núm. 46, Junio 8 de 1894.»

Todos los que han empleado el Jarabe Curativo de la Madre Seigel lo alaban con el mismo entusiasmo y agradecimiento. Se aplica para la curación de la indigestión y dispepsia, y todas las dolencias locales y sufrimientos que proceden de este ordinario pero peligroso desarreglo. Es eficaz y seguro en todos los casos, y sin peligro para las personas de una constitución delicada. No permite que la enfermedad tome arraigo en la persona. Usando el Jarabe cuando aparecen los primeros síntomas de la enfermedad, se economiza tiempo y se evitan sufrimientos.

Los Señores A. J. White, Limitado, de la calle de Caspe, núm. 155, Barcelona, tendrán mucho gusto en enviar gratis á todas aquellas personas que se lo soliciten un folleto ilustrado que explica las propiedades de este remedio.

El Jarabe Curativo de la Madre Seigel se halla de venta en todas las farmacias y droguerías del mundo. Precio: frasco, 14 reales; frasco pequeño, 8 reales.

CUENTOS, POR D. JOSÉ FERNÁNDEZ BREMÓN.
De venta en las oficinas de LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA Y AMERICANA, Alcalá, 23, Madrid.

EL SOL DE INVIERNO
POR
DOÑA MARÍA DEL PILAR SINUÉS.

Preciosa novela original, con interesante argumento, cuadros de costumbres familiares, episodios muy dramáticos, y brillando en todo el libro la más profunda moralidad.

Un volumen en 8.º mayor francés, que se vende, á 4 pesetas, en la Administración de este periódico, Madrid, calle de Alcalá, núm. 23.

MADRID.—Establecimiento tipolitográfico «Sucesores de Rivadeneyra», impresores de la Real Casa.

6 de Mayo de 1896

Nº 17

LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA

Alcala 23 _ Madrid

LA MODA ELEGANTE

Administración: Alcalá, 23, Madrid. | Madrid, 6 de Mayo de 1896. | Año LV.—Núm. 17.

SUMARIO.

REVISTA PARISIENSE.

SUMARIO.

El traje estilo de sastre modificado.—Alianza anglo-francesa.—La anarquía en las mangas.—Nueva manera de marcar la transición.—Varios modelos.—El *collet* y la chaqueta.—Ventajas é inconvenientes del paletó-saco.—Rarezas americanas.—Precauciones de Gedeón.—El marido de una viuda.

Creo haber dicho en una de mis anteriores que los trajes *trotteurs*, es decir, trajes de calle, de paseos matinales, de tiendas, etc., se inspirarían este verano en el género de sastre. Si lo he dicho ya, debo añadir que este género se «femeniza» cada día más, alejándose así del corte y la tiesura inglesa.

Aunque de origen bien inglés, el traje llamado de sastre toma hoy á las modas francesas sus más generosas fantasías. Es un compuesto adorable de la moda de ambos países.

Su forma ha variado desde la estación pasada. El cuerpo es más corto, y las aldetas, en vez de ser onduladas, son lisas, llanas, absolutamente llanas. Las clásicas solapas ceden el puesto á una especie de chaquetilla redonda, de bordes sencillamente guarnecidos con unas cintitas ó galones dispuestos, por lo general, en puntas de almenas. La manga, que había seguido las exageraciones de la moda, adopta hoy sus modificaciones y se hace mucho menos amplia.

Los *godets* de las faldas tienden asimismo á desaparecer. La falda se monta en pliegues, y se la hace redonda y corta para permitir los paseos á pie sin necesidad de recogerla.

La chorrera, el peto ahuecado ó el chaleco, que son, en verano, el complemento indispensable del traje estilo de sastre, se guarnecen de varios modos. El camisolín con cuello en pie, de aspecto masculino, desaparece casi por completo, siendo reemplazado por las muselinas de seda y los encajes esencialmente femeninos. En cuanto al cinturón, que era casi siempre de piel ó de gro del ancho de un cinturón ordinario,



1.—Sombrero de teatro ó visita.

se hace ahora de raso negro ó de tafetán glaseado, es muy ancho, y se le pliega como una faja.

Las modificaciones que acabo de indicar, introducidas en el traje de sastre, se aplican indistintamente á los trajes de lana y á los de lienzo ó de piqué. Acabo de ver un modelo muy lindo de lienzo grueso crudo. El cuerpo-chaqueta, sin solapas, iba bordado de flores de guipur incrustadas. Las mismas inscrustaciones adornaban el borde inferior de las mangas y la falda, en los dos lados del delantal. Un peto ahuecado de muselina de seda; color de malva, atravesado de entredoses de valenciennes, y un cinturón muy ancho de raso negro, completaban el traje.

Otro traje del mismo género era de *mohair* azul obscuro. El cuerpo, recortado por delante en forma de chaquetilla redonda, terminaba por detrás con aldetas de frac. Iba abierto sobre un cinturón muy alto de tafetán glaseado verde y una chorrera de encaje amarillento, y adornado con botoncitos de metal. Unas cocas de cinta de tafetán verde guarnecían el cuello.

Estos adornos de cocas de cinta, que se hacen también de encaje, de muselina, etc., se repiten en casi todos los cuellos. Sientan admirablemente, á no ser que la persona sea gruesa y pequeña de estatura ó que tenga el cuello corto.

La manga es la parte del vestido más sujeta actualmente á las fluctuaciones de la moda. Diríase que ésta no se atreve á decidirse. Así, es curioso observar á la hora presente la anarquía de las mangas. Unas son voluminosas con exceso; otras extremadamente ajustadas; otras se mantienen en un término medio entre las exageraciones de sus colaterales, y el perfil femenino resulta de una diversidad tal vez no muy feliz desde el punto de vista de la estética; pero, lo repito, sumamente curiosa.

Después de los *jockeys*, los globos, los volantes que, colocados en lo alto de la manga, se esfuerzan por establecer una transición prudente entre la manga ancha y la manga estrecha, hé aquí una manera nueva de señalar esta trasición. En lugar del volante en el hombro, se le pone en el codo, es decir, que se pone en medio del brazo una guarnición voluminosa; lo cual, sobre ser original, nos acostumbre al tránsito, siempre peligroso, de un extremo á otro.

Esta novedad la he observado en el lindísimo traje que reproduce nuestro croquis núm. 1.

La falda es de velo color de tórtola. Sobre el cuerpo, de la misma tela, se recorta una especie de corselillo de guipur de Venecia. Las mangas, de seda tornasolada color de rosa y tórtola, van adornadas á la altura del codo con un volante doble de encaje. Una cinta ancha de tafetán tornasolado color de rosa y gris tórtola forma unas cocas en las caderas y un lazo en la espalda. Acompaña á este vestido un sombrero de paja color de rosa de rey, adornado con encaje blanco y con un penacho enorme de plumas negras, y una sombrilla con puño de concha y cubierta de tafetán tornasolado rosa y tórtola.

Con la primavera aparecen algunas chaquetas bastante lindas; pero, como lo indiqué últimamente, los *collets* están en mayoría. Este género de confección cuenta con los sufragios de todas las parisienses.

Y no es extraño, á juzgar por modelos tan elegantes como el que paso á describir. Este *collet* se compone de una mezcla de faya negra y faya blanca. El cuerpo de la confección es de faya negra, y el canesú y el volante que la adornan son de faya blanca bordada de azabache. Dos lazos grandes de cinta negra van fijados en los hombros y caen sobre la espalda.—Sombrero redondo de tul blanco y plumas negras.



Núm. 1.

Daré también idea de un bonito traje de niña: Vestido de una pieza, de batista crema, sobre el cual va puesta una chaquetilla de pañete de color, pespunteada á todo el rededor y adornada con botones.—Sombrero de paja encarnada, cuyo fondo, que forma birrete, es de terciopelo negro, y va adornado con plumas negras.

Una observación importante sobre la chaqueta de recibir representada por el croquis núm. 2. Este género de *matinée* está indicado para las señoras jóvenes cuya coquetería no se conforma con los síntomas aparentes de la maternidad. Hecha de crespón de seda color de paja, enteramente bordado, va guarnecida sencillamente con un cuello ancho de encaje, que cae por delante formando conchas. Canesú bordado de lentejuelas y cuellecito forrado de encaje.

Esta *matinée* viene á ser una copia del paletó-saco, que reemplaza ventajosamente en ciertas ocasiones los *collets* y las chaquetas. Me apresuro á añadir que el paletó suelto,



Núm. 2.

cualquiera que sea su elegancia, es muy inferior á las dos prendas mencionadas. En primer lugar, no sienta bien á todos los talles, y quita á la que le lleva toda la gracia de un cuerpo esbelto y airoso. Pero en cambio posee ventajas inapreciables.

Es de más abrigo que el *collet*, bajo el cual el viento se introduce, y no deteriora, como la chaqueta, el vestido sobre el cual se la pone. Una chaqueta ajustada arruga siempre la tela y los adornos de un cuerpo, sobre todo hoy que los cuerpos se guarnecen de tul, de muselina y de encaje. Con la prenda suelta, llamada también chaqueta Luis XI, no hay que temer ninguno de estos inconvenientes. Una vez quitado el abrigo, el cuerpo del vestido queda intacto, sin la menor arruga, sin el menor pliegue.

°°°

Rarezas americanas.

Hace algunos días celebróse en Nueva Jersey el casamiento del director de una casa de fieras con la domadora. Los futuros cónyuges se habían colocado, para recibir la bendición nupcial, en la jaula de los leones. Pero el pastor, prudentemente, estaba de rejas afuera.

Ayer tuve la suerte de encontrarme en la calle con el amigo Gedeón.

—¡Hola, Gedeón! ¿Adónde vas con esos dos paraguas?

—Te diré, si olvido uno de ellos en alguna parte, me quedará siempre otro.

Lógica infantil.

Preguntaban á Antoñito qué es un viudo.

Antoñito, después de un instante de reflexión:

—Toma, un viudo es el marido de una viuda.

V. de Castelfido.

EXPLICACIÓN DE LOS GRABADOS.

Sombrero de teatro ó visita.—Núm. 1.

Se hace este sombrero de tul de Malinas negro, ajaretado y ribeteado por encima con una cinta estrecha de tafetán negro. Por debajo del ala va un encaje de paja de seda formando cenefa de debajo. El fondo, que es muy original, representa un cono de paja negra, rodeado de una cinta de tafetán y gasa negra, estilo Luis XVI, con guirnaldas de rosas y filetes de oro. Por delante, unos bucles de cinta sujetan una *aigrette*, acompañada de tres plumas largas negras. Bajo el ala, levantada en la izquierda, se pone un ramo de capullos de rosas de su color con hojas.

Capelina para niñas de 10 años.—Núm. 2.

Las figs. 94 y 95 de la *Hoja-Suplemento* al presente número corresponden á esta capelina.

Es de batista calada, y va guarnecida con volantes de muselina bordada, dispuestos en el centro en pliegues huecos y fijados de plano. Estos volantes cubren el borde de las bridas. Se corta un pedazo de batista lisa, puesta doble, por la fig. 94, que sólo representa la mitad; se le pespuntea dos veces en los bordes de delante y de detrás, para fijar un cordón por debajo, y se le cose bajo el pedazo de batista calada cortado por la fig. 95 y dobladillado en el borde. Se pespuntean los dos pedazos sobre las líneas para fijar un cordón de debajo y en el borde inferior de la fig. 94. Los volantes bordados, que tienen un metro 36 centímetros de largo por 9 de alto, van dispuestos en pliegues huecos en medio, sobre 25 centímetros de largo. Se les fija sobre la capelina, y se pegan unas cintas de tela por el interior de los parajes marcados con una estrella, y por el exterior de los parajes marcados con la estrella *a*. Las últimas cintas van dispuestas por detrás con un lazo sobre la capelina.

Abrigo de viaje.—Núm. 3.

Véase la explicación en el *reverso* de la *Hoja-Suplemento*.

Traje de viaje con collet.—Núm. 4.

Véase la explicación en el *reverso* de la *Hoja-Suplemento*.

Vestido de lana lisa y lana rayada.—Núm. 5.

Véase la explicación en el *reverso* de la *Hoja-Suplemento*.

Vestido Princesa.—Núm. 6.

Para la explicación y patrones, véase el núm. I, figuras 1 á 13 de la *Hoja-Suplemento*.

Traje de paseo.—Núm. 7.

Vestido de paño de verano color de ceniza. Falda con bordado incrustado sobre raso del mismo color. Cuerpo escotado en cuadro sobre un camisolín de muselina de seda de color igual, con solapas estrechas de paño bordado y puntas bordadas formando hombreras. Mangas de raso bordado color de ceniza.—Sombrero Luis XVI, de terciopelo negro *miroir*. Ala de terciopelo, incrustada de tul blanco y azabache. Fondo en forma de birrete, de terciopelo negro, con hebillas de *stras* por delante, y *aigrette* blanca en el lado izquierdo. Cubrepeineta de tul negro y blanco.

Vestido de mohair.—Núm. 8.

Véase la explicación en el *reverso* de la *Hoja-Suplemento*.

Vestido guarnecido con encaje.—Núm. 9.

Véase la explicación en el *reverso* de la *Hoja-Suplemento*.

Vestido con hombreras.—Núm. 10.

Para la explicación y patrones, véase el núm. XIII, figuras 84 á 90 de la *Hoja-Suplemento*.

Vestido con cuerpo-chaqueta.—Núm. 11.

Véase la explicación en el *reverso* de la *Hoja-Suplemento*.

Vestido con corselillo.—Núm. 12.

Véase la explicación en el *reverso* de la *Hoja-Suplemento*.

Vestido guarnecido con muselina de seda plegada.—Núm. 13.

Véase la explicación en el *reverso* de la *Hoja-Suplemento*.

Vestido de batista.—Núm. 14.

Para la explicación y patrones, véase el núm. XI, figuras 74 á 77 de la *Hoja-Suplemento*.

Vestido de lienzo de seda.—Núm. 15.

Véase la explicación en el *reverso* de la *Hoja-Suplemento*.

Traje de viaje y excursiones.—Núm. 16.

Para la explicación y patrones, véase el núm. XII, figuras 78 á 83 de la *Hoja-Suplemento*.

Cuerpo-blusa de céfiro rayado.—Núm. 17.

Para la explicación y patrones, véase el núm. IX, figuras 56 á 68 de la *Hoja-Suplemento*.

Guardapolvo de forma Imperio.—Núms. 18 y 19.

Para la explicación y patrones, véanse las figs. I á III de la *Hoja-Suplemento*.

Cuello-canesú para señoras y señoritas.—Núm. 20.

Para la explicación y patrones, véase el núm. VI, fig. 46 de la *Hoja-Suplemento*.

Vestido con collet para jóvenes de 14 á 16 años. Núms. 21 á 24.

Para la explicación y patrones, véase el núm. IV, figuras 32 á 41 de la *Hoja-Suplemento*.

Vestido y sombrero para niñas de 11 á 12 años. Núms. 25 á 28.

Para la explicación y patrones, véase el núm. III, figs. 20 á 31 de la *Hoja-Suplemento*.

Blusa de escuela para niños de 10 á 11 años. Núms. 29 y 30.

Para la explicación y patrones, véase el núm. X, figuras 69 á 73 de la *Hoja-Suplemento*.

Vestido escotado para niñas de 3 á 4 años.—Núm. 31.

Para la explicación y patrones, véase el núm. VII, figuras 47 á 50 de la *Hoja-Suplemento*.

Delantal de batista para niños de 1 á 2 años.—Núm. 32.

Para la explicación y patrones, véase el núm. V, figuras 42 á 45 de la *Hoja-Suplemento*.

CRÓNICA DE MADRID.

SUMARIO.

A buen tiempo.... mala cara.—La sequía y sus consecuencias.—Las únicas reuniones.—En casa de la Marquesa de Aguiar.—Partida del Embajador de Alemania.—El motivo.—Bodas en todas partes.—Las de aquí y las de allá.—Viajes.—LOS TEATROS.—En la COMEDIA. Novelli *for ever*.—Sus últimos triunfos.—Apertura y clausura de el del PRÍNCIPE ALFONSO.—Las causas.—¿Enfermedades?—El público.—El teatro del BUEN RETIRO.—Próxima apertura.—La compañía.—Los teatros por horas.—Felipe Pérez y González.

Según un proverbio vulgar, *A mal tiempo, buena cara;* pero ahora podría sustituirse por otro que dijese: *A buen tiempo, mala cara.*

Porque lo cierto y positivo es que no hay quien no considere como una verdadera calamidad la temperatura calurosa,



2.—Capelina para niñas de 10 años.

3.—Abrigo de viaje.
Explicación en el reverso de la Hoja-Suplemento.

4.—Traje de viaje con collet.
Explicación en el reverso de la Hoja-Suplemento.

5.—Vestido de lana lisa y lana rayada.
Explicación en el reverso de la Hoja-Suplemento.

6.—Vestido Princesa.
Explic. y pat., núm. 1, figs. 1 á 13 de la Hoja-Suplemento.

el sol espléndido, la sequía persistente que há tantos meses nos aflige.

La salud pública se ha resentido de tales fenómenos atmosféricos, y todos los dias llega á nuestra noticia la defunción de personas conocidas ó la enfermedad grave de otras.

Cuando se publiquen estas líneas se habrán celebrado solemnes rogativas para implorar del cielo la apetecida, la necesaria lluvia, que aun puede salvar parte de la cosecha, y proporcionar alivio á cuantos padecen dolencias motivadas por el estado de la temperatura.

Son frecuentes las pulmonias á pesar del calor, y la cuarta plana de *La Correspondencia* nos suele proporcionar diariamente desagradables sorpresas, participándonos que han desaparecido del mundo de los vivos seres por quienes sentiamos afecto ó consideración.

°°°

Pero no entristezcamos más el ánimo de nuestras lectoras, y hablémosles de asuntos más agradables.

No son muchos, empero, aquellos de que podemos tratar, porque la corte de las Españas, ó al menos el gran mundo, va ofreciendo ya escaso movimiento, escasa animación.

Casi todos los salones se cierran ó se han cerrado: las legaciones y embajadas extranjeras no han dado durante la última quincena ningún sarao; el representante de Alemania y su familia han marchado á su país, donde van á asistir al matrimonio de su primogénito: lady Wolff no piensa ya en congregar el extenso círculo de sus amigos en su residencia de la calle de Torija: Mistress Taylor, esposa del Ministro de los Estados Unidos, se ha ausentado de Madrid; y el hospitalario Marqués de Reverseaux no parece dispuesto á repetir sus banquetes y *sauteries*.

Sólo el simpático representante de Turquía, Feridoun Bey, es quien pro-

mete á su círculo íntimo convocarlo para una deliciosa fiesta, no muy numerosa por lo reducido de su alojamiento.

⁂

La Marquesa de Aguiar prosigue, sin embargo, sus lunes, cada vez más alegres, más bulliciosos, más concurridos.

La noche del 27 no se cabía—literalmente—en los amplios, en los hermosos salones de la calle de Fomento.

Allí estaba la flor y la nata de la juventud elegante; allí damas tan hermosas y *espirituales* como la Marquesa de la Laguna y la insigne escritora señora Pardo Bazán; allí celebridades de la belleza, de la clase, del talento.

Bailóse, pues, sin tregua ni descanso desde las once de la noche hasta las tres de la madrugada, sirviéndose entretanto un *buffet* exquisito, con el que restauraban sus fuerzas los bailarines y «las personas de estómago delicado», vulgo gastrónomos, que no escasean en tales asambleas.

La Marquesa de Aguiar no pondrá fin á sus *soirées* hasta entrado el mes de Junio, de modo que la gente aficionada á divertirse se puede prometer todavía muchas noches de placeres.

⁂

Sigue justificando el año de 1896 su fama de casamentero.

Ya he dicho que al Sr. Radowitz le lleva á Alemania el matrimonio de su hijo; y, por el contrario, al joven D. Alejandro Chao le trae de Cuba el cumplimiento de la palabra dada á la graciosa señorita D.ª Carmen Fernández de la Somera, con quien se unirá próximamente.

Un hermano del mismo, bizarro oficial de Artillería, se unirá antes en la ciudad de Vigo con una señorita muy conocida en la corte, D.ª Emma Molins: en fin, la boda del Marqués de la Mina con la encantadora hija de los Duques de Bivona continúa señalada para el mes inmediato.



La campaña teatral del estío ha comenzado con desigual fortuna.

El coliseo de la Comedia se ve diariamente muy concurrido, merced al talento de Ermete Novelli y á la variedad de los espectáculos.

El empresario había designado, *motu proprio*, los lunes y los viernes para noches «de moda»; pero la gente *comme il faut*, no conformándose con las órdenes del Sr. Navas, eligió los jueves para reunirse y contarse en la sala de la calle del Príncipe.

En dicha noche es ésta un trasunto de la de la plaza de Oriente, pues se encuentran allí todas las aristocracias: la de la cuna, la de la hermosura, la del talento.

Novelli es el encanto de cuantos le escuchan, logrando hacer reir y hacer llorar, con la propia espontaneidad.

Su talento es verdaderamente flexible y prodigioso, y no recuerdo entre nuestros actores sino al difunto Julián Romea, quien poseía igual disposición para géneros diferentes, ó mejor dicho, opuestos; porque excitaba el llanto y la risa cuando quería.

El resto de la compañía es mediano, distinguiéndose tan sólo en ella la señora Giannini, tan conocida y estimada entre nosotros.

⁂

El *fiasco* monumental ha sido el del teatro del Príncipe Alfonso, donde sentó sus reales una *tropa* de ópera italiana, compuesta de medianías, por no decir nulidades.

Desde el principio pudo profetizarse el éxito: el público era escaso; la interpretación de las óperas lamentable.

Una señorita Robert, en cuyo favor se habían hecho grandes *reclamos*, se encuentra en la infancia del arte; el tenor Lombardi no puede con el llamado gran repertorio: y sólo el barítono Rovira posee voz admirable y grandes disposiciones para la escena.

Los demás..... es mejor no decir nada de ellos, y lamentar su suerte, que no les ha permitido, cual dicen las gacetillas de los periódicos, hacer alarde de su mérito y sus facultades.

⁂

Por fortuna, no se halla lejano el día en que el antiguo teatro Rossini, vulgo del Buen Retiro, nos compense el pasado desastre.

El 15 ó 16 de Mayo abrirá sus puertas, y en la lista de la compañía, publicada ya, se leen nombres de artistas conocidos y aplaudidos del público madrileño.

Abrígase además la esperanza de que la famosa Melba—no oída nunca en esta corte—dé allí un corto número de representaciones; y viene de nuevo á deleitarnos el tenor Mastrobueno, que tan lisonjera, tan brillante acogida obtuvo el año anterior en la propia escena.

Háblase también con elogio de la soprano Cucini, del tenor De Gambarell, del barítono Bellagamba, y de algún otro artista que principia su carrera por donde otros la acaban.

En resumen, presúmese que la temporada lírica del verano será más próspera que lo ha sido la del invierno en el teatro Real.—Así sea.

⁂

Continúan abiertos los coliseos de Apolo, de la Zarzuela, de Lara, donde se cultiva el género chico.

Pero debía haber citado primero al último, que posee mejores condiciones literarias que los dos anteriores.

En efecto, en la Corredera de San Pablo no se representan nunca farsas ridículas ni obras malsanas.

No importa que pertenezca á la clase de los llamados «por horas».

El género en él cultivado es decoroso, decente: nuestros primeros autores cómicos—Ramos Carrión, Vital Aza, Miguel Echegaray—no se desdeñan de entregarle sus producciones.

La compañía es siempre buena; el desempeño concienzudo; el éxito constantemente feliz.

Este año no ha tenido la fortuna de dar á conocer una de esas obras que quedan en el repertorio; pero en cambio no ha sufrido un fracaso; y exhumando ó modificando antiguallas, ha conseguido atraer al público.

No ha estrenado un *Zaragüeta*, pero sí una *Praviana;* no ha logrado esas victorias memorables que puede decirse forman época, pero tampoco ha experimentado ninguna de las derrotas no olvidadas por ninguno de cuantos asistieron á ellas.

El coliseo de la Corredera cerrará sus puertas á principios de este mes; y en seguida Balbina Valverde, Rosario Pino, Ruiz de Arana, Rubio, y todos los demás, irán á obtener en diferentes provincias los bravos y los aplausos que durante nueve meses han merecido de los madrileños, para volver á conquistarlos á fines de Septiembre.

⁂

De Apolo y de la Zarzuela no es posible decir nada nuevo, nada bueno.

El segundo ha dado nueva edición de *La gran vía*, reformada por su mismo autor.

El público de Madrid, como el de París, ha acogido con verdadero gusto el juguete de Felipe Pérez y González, en el que se reveló su ingenio inagotable, su gracejo y su extraordinaria fecundidad, de la que da frecuentes pruebas en la prensa periódica, y señaladamente en *El Liberal*, que publica casi todos los días alguna de sus festivas composiciones.

El Marqués de Valle-Alegre.

2 de Mayo de 1896.

EL GUANTE BLANCO.

Al regresar de mi viaje á la India el año pasado, encontré casualmente á mi amigo Clemente Holford. Mi estancia en Madrás se había prolongado por diez años, y durante este tiempo nada había oído hablar de Clemente, al que conocí siendo estudiante del Colegio de Medicina de San Bartolomé, en Londres. Casado en la actualidad, y convertido en un doctor de alguna fama, ocupaba una bonita casa en un barrio elegante de la capital, á la cual me invitó á ir para presentarme á su mujer. Dos ó tres días después de nuestro encuentro, Clemente vino á comer conmigo á mi Club, y una semana después hube de aceptar un convite para comer en su casa. En esta ocasión fué cuando mi amigo me refirió la historia que me propongo trasladar al papel.

Nos encontrábamos después de la comida en el despacho de Holford, apurando nuestros cigarros y charlando de las mil y mil cosas que durante los últimos diez años nos habían acaecido, y me entretenía yo al mismo tiempo en examinar el mobiliario de la habitación, cuando me fijé en una vitrina colocada en un rincón, la cual encerraba varios libros escritos en diferentes idiomas, pero todos referentes á toxicología, y en medio de ellos, y atados con una cinta negra, un par de guantes blancos. No pudo menos de llamar mi atención aquella particularidad, y acabé por preguntarle á Clemente lo que significaban aquellos guantes tan cuidadosamente colocados entre cristales como si representasen algún objeto de valor.

Holford sacudió la cabeza al oir mi pregunta, y me contestó con tono serio:

—Esos guantes significan una pequeña historia, y muy triste por cierto. No sé por qué los conservo, pues mi mujer me ha pedido mil veces que los quemase con libros y todo, pero yo no me he decidido nunca á ello.

—Amigo mío—dije yo, sentándome cómodamente en una butaca,—pensaba haberte dejado dentro de unos minutos para hacer una visita esta noche; pero aquí me tienes decidido á quedarme hasta mañana, ó toda la vida si es preciso, porque te advierto que no me muevo de aquí hasta que me hayas contado la tal historia.

—No es muy larga—replicó Clemente,—y por lo tanto, no corres el riesgo de tener que sacrificarte por más de media hora; mas en cambio te participo que lo que te voy á referir no es una relación muy agradable para ayudar á hacer la digestión. Pero, en fin, vamos allá.

Holford comenzó su historia en esta forma:

—Hace ya nueve años que acabé mi carrera y empecé mi práctica como doctor, y conmigo empezó Fernando Montero, un muchacho medio inglés, medio mejicano, de mi misma edad y de un talento claro y despejado, que me hizo aceptar con gusto desde luego la proposición de vivir juntos y de asociarnos en nuestros trabajos. Desde el principio marchamos perfectamente de acuerdo. Nuestra clínica se veía bastante concurrida, y nuestros bolsillos no se encontraban nunca desprovistos de algunas libras esterlinas que venían á recompensar nuestros trabajos. Nunca existía entre nosotros una diferencia de pareceres, y aun en los casos más difíciles en que los dos teníamos que prestar la mayor atención, siempre llegábamos á quedar de acuerdo.

Aparte de nuestras relaciones profesionales, las amistosas no podían ser más estrechas. Viviendo como vivíamos juntos, pronto llegó á establecerse entre los dos un verdadero afecto, y siempre se nos veía juntos por todas partes como si fuéramos dos hermanos.

A pesar de su carácter bullicioso, alegre y amigo de diversiones, era Montero un trabajador incansable. En cuanto podía disponer de media hora, se apoderaba de un libro científico, y continuaba su innumerable colección de notas, apuntes y observaciones. Sus estudios favoritos versaban sobre toxicología, y creo ingenuamente que pocas personas estarían tan al corriente como él de todos los secretos de esta rama de la ciencia médica. Algunas veces le veía llegar á casa cargado con algún mamotreto, por el que había pagado una cantidad fabulosa, y ya no podía parar hasta que devoraba su contenido y sacaba de él todos los datos que creía útiles para la obra que sobre la misma materia se proponía publicar. Por mi parte, mi *chifladura* eran las enfermedades nerviosas; así es que nunca me ocupé gran cosa de los trabajos de Montero, estando por mi parte absorbido por los míos.

Un año después de empezada nuestra asociación, fuí llamado un día para atender al general Rexworthy, un oficial retirado que había seguido su carrera en la India y que venía á pagar en la vejez el tributo debido á aquel clima tan insalubre y mortífero. Inspirándome el enfermo algún cuidado, hice que lo viese también Montero, y juntos acordamos el tratamiento que debía seguirse, logrando al cabo de algún tiempo salvar la vida del general. Nuestras continuas visitas á éste dejaron poco á poco de tener el carácter de profesionales, y tomaron el de amistosas, hasta el punto de que no tardamos en adquirir la costumbre de ir casi todas las noches á jugar con nuestro enfermo una partida de ajedrez, juego por el cual tenía especial predilección. De esta manera fué como conocí á su hija Lilián, cuyo retrato es inútil que te haga, puesto que se trata de mi actual mujer, á la que has conocido esta noche.

Lilián y yo comenzamos nuestras relaciones puede decirse que desde el primer día en que nos vimos. Siendo mi carácter naturalmente reservado, y pensando desde el primer momento en que aquellas relaciones tuvieran un carácter serio, á nadie, ni aun al mismo Montero, dije una palabra de mis intenciones, hasta el día en que, habiendo hablado con el general, me creí ya autorizado para hacerlas públicas.

Aquella misma noche, al llegar á casa, encontré á mi compañero sentado en su mesa y ocupado, como siempre, en sus estudios.

—Vengo á que me des la enhorabuena, Fernando—grité yo radiante de alegría.

—¿Y por qué?—preguntó éste levantando la cabeza de encima de sus papeles.

—Porque me voy á casar.

—¿Casarte? ¡y yo que nunca sospeché que tuvieras novia!

—Pues la tenía. Es decir, la tengo—proseguí yo gozándome en su sorpresa.

—¿Y se puede saber quién es?—preguntó de nuevo Montero.

—Lilián Rexworthy.

No puedo expresarte el cambio que se efectuó en la cara de Fernando al oir este nombre. Se levantó de su silla apoyándose en la mesa, para dejarse luego caer de nuevo en su asiento como herido de un rayo.

Me precipité hacia él para sostenerlo, mientras que exclamaba:

—¿Te has puesto malo? ¿Te ocurre algo?

Por algunos momentos no contestó; después, haciendo un visible esfuerzo sobre sí mismo, respondió:

—No es nada. He tenido una sofocación. Ya sabes que estos días he trabajado algo más que de costumbre, y se conoce que me he resentido algo en mi salud.

A pesar de estas palabras, yo no podía engañarme acerca de la emoción de mi amigo; así es que desde luego le hablé con la seguridad de haber acertado con la razón de aquel trastorno.

—Fernando, amigo mío—le dije,—no trates de engañarme, porque acabo de adivinarlo todo. Tú quieres también á Lilián. Te aseguro que nada he sospechado hasta este momento, y que aún, si las cosas no estuvieran tan adelantadas como están, procuraría dominar mi cariño y dejar que fuera tu esposa, por mucho que me costara. Pero ya ves que, aceptado por ella, y autorizadas mis relaciones por su padre, y, aun es más, fijado ya el día de la boda, es demasiado tarde para retroceder.

—No hablemos más sobre el particular—me contestó Fernando.

Y para dar por terminada la conversación, volvió á ponerse á leer sus apuntes y papeles.

Pasó el tiempo, y Montero no volvió á hacer referencia alguna al asunto. Seguía su vida normal, trabajando, asistiendo á nuestra consulta y no dando señal alguna de pena ó de disgusto. Mi boda debía tener lugar el día 1.º de Mayo, y nos encontrábamos en el mes de Marzo. Me preocupaba la idea de que el día de la ceremonia sería un día terrible para mi amigo, y acariciaba interiormente el pensamiento de hacerle emprender un pequeño viaje á fin de que no estuviese en Londres en aquella fecha; pero aunque varias veces insistí en que su estado de salud no era bueno, y en que debía tomarse un mes por lo menos de vacaciones en el campo, no pude nunca convencerlo.

Un mes justo antes del día señalado para la boda, debíamos asistir á un baile dado por una señora amiga de Lilián, la cual debía también encontrarse en la fiesta. Llamó mi atención que Fernando se mostrase dispuesto á ir á aquel baile, porque desde hacía algún tiempo procuraba siempre no encontrarse con mi futura en ninguna parte. Atribuí aquel cambio á que iba poco á poco dominándose y acostumbrándose á la idea, y con verdadera alegría salí con él del brazo para dirigirnos á la reunión. Por el camino hablamos de cosas indiferentes hasta llegar á la casa.

—Supongo que te dispondrás á bailar con tu futura—me dijo Fernando cuando íbamos á entrar en el salón;—pero noto que te has olvidado los guantes, y esa falta de corrección no le parecerá bien.

—Es verdad que he olvidado el ponérmelos, pero no me he olvidado de traerlos—dije yo sacando mis guantes del bolsillo y empezando á hacer entrar mi mano en ellos.

Montero habíase adelantado ya en esta operación, pero se quedó á mi lado hasta que hube abrochado el último botón. Entonces, dando un suspiro y mirándome de una manera vaga, me señaló á Lilián, que se encontraba hablando con la dueña de la casa á pocos pasos de nosotros.

Me adelanté para saludarlas; pero apenas había tocado la mano de mi futura, cuando ésta, dando un grito, exclamó:

—Mire usted, mire usted al doctor Montero.

Me volví como una exhalación, y nunca en mi vida olvi-

daré la cara de Fernando, tal cual la vi en aquel instante. Apoyado contra el marco de la puerta, con la tez violácea y sus miembros rígidos, parecía paralizado; sólo sus ojos despedían llamas como si quisieran decir algo que la lengua se negaba á pronunciar. Corrí hacia él; pero antes de poder llegar á su lado, en medio de una convulsión cual la producida por una descarga eléctrica, cayó su cuerpo al suelo pesadamente, quedando inmóvil.

Cuando me arrodillé á su lado para reconocerle había muerto.

Dos horas después había hecho transportar el cadáver á mi casa, y me hallaba frente á él procurando averiguar de qué enfermedad extraña é incomprensible para mí había muerto Montero. Los síntomas que precedieron á su muerte no fueron ni los de una apoplegía ni los de una afección del corazón. Su cuerpo presentaba una rigidez extraña, y un color azulado se había marcado en su frente y en su cara desde el primer momento, sin que hubiese desaparecido después.

De repente la idea de sus estudios en toxicología hizo nacer en mí la sospecha de que se trataba de un suicidio. Corrí al despacho, abrí la mesa de mi amigo y registré el cajón donde acostumbraba él á guardar sus papeles. Leí parte de ellos, hasta que me fijé en una cuartilla escrita de su letra, y en la que decía:

«Uno de los más célebres envenenadores de Italia acostumbraba á envenenar á sus víctimas frotando el interior de sus guantes con una preparación que se introducía luego en la piel de la mano, ocasionando la muerte á los cinco minutos.»

Seguía á estas palabras la fórmula de aquella preparación.

Dejé caer el papel de mis manos, seguro ya de que Montero había elegido aquel medio de quitarse la vida. Volví de nuevo al cuarto donde estaba su cadáver, y examiné cuidadosamente una de sus manos. Al principio nada distinguí; pero luego pude notar una ligera decoloración en los dedos y un olor marcado á alguna droga, que se notaba todavía.

Ya no cabía duda alguna; sin embargo, para cerciorarme, tiré de la campanilla. La criada entró al cabo de un momento.

—¿Dónde está la ropa que tenía el doctor Montero?—pregunté.

—En el otro cuarto.

—¿Están allí los guantes que usó esta noche?

—Creo que sí, señor; pero voy á verlo.

Al cabo de un instante la criada entró de nuevo, llevando en las manos el traje de frac y los guantes usados por Montero aquella noche.

—Me parece—dijo al entrar—que el señor ó el doctor Montero se equivocaron al vestirse y cambiaron de traje.

—¿Qué quiere usted decir?—pregunté yo.

—Que el señor tiene puesto el frac del pobre doctor Montero, y que éste llevaba anoche el del señor—respondió la criada enseñándome el que traía en la mano, el cual, aunque era igual al que tenía yo puesto, reconocí desde luego que era el mío.

—Antes de que se vistiesen los señoritos cepillé los dos fracs y los puse en el cuarto de vestir: y como los dos son iguales, sin duda se los pusieron equivocados.

—¿Y sacó usted algunos guantes del cajón?—pregunté yo empezando á adivinar la verdad de todo.

—Sí; puse un par de guantes nuevos en el bolsillo de cada uno de los fracs.

—Está bien, muchas gracias; puede usted retirarse.

Cuando me quedé solo examiné los guantes, y desde luego noté en ellos el mismo olor extraño que había notado en la mano de Montero.

Cogí los guantes y todos los libros de Fernando y los metí en una vitrina. Desde aquel momento el misterio de la muerte de mi amigo tenía ya para mí una solución.

Holford se calló por algunos momentos; pero, por último, prosiguió:

—Yo no sé qué opinión habrás formado después de oir mi relato; pero si quieres saber la mía, te diré que tengo la profunda convicción de que Montero quiso envenenarme por medio de mis guantes, y que, á no ser por la casualidad de haberme equivocado yo de frac al vestirme, á estas horas sería yo el muerto en lugar de él.

LADY BELGRAVIA.

MI ESPOSA OFICIAL.

Continuación.

La cara me enrojeció de vergüenza. ¡Hasta los criados del hotel habían notado la *flirtation* de la mujer que llevaba mi nombre!

Al verme Elena, se adelantó hacia mí con una sonrisa en sus labios para decirme:

—Arturo, eres un perezoso. Esta mañana no te levantaste á tiempo para el desayuno. Quise despertarte, pero dormías tan profundamente.....

—¡Ah, ah! estuvimos hasta muy tarde en el Yacht Club, ¿no es eso, mi querido Coronel?—dijo Sacha sonriéndose picarescamente, al mismo tiempo que me alargaba su mano.

—Pero, amigo mío, ¿crees que soy yo tan aficionado al juego como tú? A mi edad, y estando casado con una mujer que uno quiere, no se encuentra tiempo para dedicarse á esos vicios—contesté yo, bien seguro de que aquel pequeño discurso no le sería grato al oficial.

—Vengo justamente de casa de Mme. Weletsky, y el primo Sacha ha sido tan amable que se ha encargado de acompañarme hasta la casa de la Princesa Palitzin—dijo Elena.—Sólo he entrado aquí para coger un abrigo, pues el día ha refrescado mucho. A propósito, Arturo: no olvides que esta noche comemos en casa de la Princesa; no te hagas esperar.

—Perfectamente, así podremos despedirnos al mismo tiempo, puesto que mañana no lo tendremos antes de partir—dije yo.

—¿Pero se marchan ustedes tan pronto?—exclamó Sacha.—¿Van ustedes á perder el baile de la Condesa Ignatief, uno de los acontecimientos del año? ¡Eso no puede ser!

—Pues tiene que ser, querido primo, pues mis negocios me reclaman en París imperiosamente. Y á propósito, *Laura*, con permiso de Sacha, ¿querrías hacerme el favor de subir á nuestras habitaciones? Tengo algo que decirte.

Elena obedeció, aunque mostrando la extrañeza que le causaba mi petición.

—Mire usted en seguida—le dije cuando estuvimos en nuestro cuarto—si han sido registrados los efectos de usted.

Hizo una corta inspección, y volvió diciendo:

—Efectivamente, alguien ha estado examinándolo todo.

—¿Y no tenía usted nada que pudiera comprometerla?

—Nada absolutamente. Y además, no se preocupe usted por eso. Toda mi ropa está marcada con las iniciales de su esposa de usted.

Y efectivamente, me mostró un montón de ropa blanca, en toda la cual se distinguían las iniciales L. M. M.

—¿Y papeles?—pregunté de nuevo.

—Todos mis papeles los llevo aquí—dijo poniéndose un dedo en la frente.

—Verdaderamente es usted una mujer precavida.

—Todo es necesario cuando se ocupa una de estos asuntos. ¿Pero quién cree usted que puede haber llevado á cabo este registro?

—Mlle. de Launay, á la que he encontrado en la puerta de este cuarto cuando yo entraba. Me dijo que venía de parte de Mme. Weletsky á enterarse de las señas de su modista de usted en París. Ahora bien; como usted me ha dicho que viene ahora mismo de aquella casa, es claro que la francesa ha mentido. Ya ve usted cómo su coquetería de usted con Sacha nos ha buscado otro enemigo.

—¡Oh, oh! Ya arreglaré yo ese asunto. Pero ahora es preciso que me vaya, puesto que me esperan.

Algún tiempo después llegaba á casa de los Weletsky para despedirme de ellos. Ninguno mostró deseo alguno de que prolongase mi estancia en Rusia, lo cual me demostró que todos estaban inquietos por la conducta de Sacha.

Aprovechando la presencia de la institutriz, dije á Olga que mi mujer tendría mucho gusto en mandarle las señas que había pedido.

—¿Qué señas?—preguntó Mme. Weletsky.

—Las de la modista, señora—se apresuró á decir Mlle. de Launay.

—¿Las de la modista?—exclamó Olga aun con más extrañeza.

—La señora recordará que el otro día manifestó el deseo de conocerlas, y, en su consecuencia, me he tomado la libertad de ir á preguntarlas.

—¡Ah, sí! es posible, aunque no recuerdo esa circunstancia—dijo Olga de nuevo.

Despedíme de aquella familia, bien convencido de que la visita de la institutriz á las habitaciones de Elena había sido por su propia cuenta y no por encargo de Mme. Weletsky.

Cuando me dirigía hacia el hotel me tropecé cara á cara con el Barón Friedrich. Saludóme afectuosamente, al mismo tiempo que me decía:

—Se acabaron los almuerzos juntos, mi querido Coronel. He oído que parte usted mañana.

—Efectivamente. ¿Pero cómo se ha enterado usted de eso? ¡Hace sólo dos horas que he devuelto mi carta *de séjour!*

—¡Oh!—me respondió riéndose.—Si viviera usted aquí un poco más, llegaría usted á convencerse de que yo lo sé todo. Mi única salvación es saber todo lo que ocurre. ¿Volverá usted por aquí más adelante?—me preguntó.

—Sí, dentro de un par de meses; pero, por el momento, tengo algunos negocios importantes que me reclaman en París.

—¿Negocios importantes, eh? Es verdad. Vaya, adiós, Coronel. ¿Negocios, eh? ¡Ese pícaro Sacha!

Y dándome un apretón de manos, desapareció por la puerta de un edificio que tenía el aspecto de oficinas.

Otra vez la vergüenza enrojeció mi rostro. También el Barón creía que apresuraba mi marcha para separar á mi mujer del Mayor de la Guardia.

Tentado estuve de correr tras de él para pedirle una explicación; pero, afortunadamente, me contuve, y seguí mi camino maldiciendo interiormente del causante de mi sonrojo.

CAPÍTULO XI.

Cuando llegué al hotel encontré sobre la mesa tres cartas. Una abierta, en la que reconocí la letra de Elena, y que contenía las siguientes palabras:

«Date prisa, Arturo; yo ya me he vestido y voy á casa de la Princesa, porque me han exigido que esté allí temprano: ven tan pronto como puedas, pues te espera tu mujercita—*Laura.*»

¡Cómo se conocía que aquella carta estaba escrita para que pudiera leerla cualquiera que hubiese entrado en el cuarto!

La segunda era de Boris, escrita desde su barco, que se encontraba en Cronstadt, invitándonos á ir á hacerle una visita y á inspeccionar su buque. Evidentemente no sabía aún nada de nuestra próxima partida.

La tercera era un sobre conteniendo el pasaporte del Coronel Arturo de Morla y señora para salir de Rusia, vía Eydtkuhnen.

Es imposible expresar la alegría que se apoderó de mí al ver aquel pedazo de papel que nos abría la trampa para salir de la ratonera.

Me vestí y salí en dirección á casa de las Palitzin, siéndome difícil contener la alegría que rebosaba por todo mi cuerpo.

La concurrencia era tal, como nunca habíala yo visto reunida más que en los palacios de los reyes ó en el de algún magnate de las grandes capitales europeas: los hombres todos lucían brillantes uniformes, y el mío era el único frac que había en los salones.

Sacha, no sólo resultaba el *beau* de la reunión, sino que en sus ojos de tártaro brillaba tal alegría, que me quitó el apetito al principio de la comida.

Luego los excelentes vinos que acompañaban á los delicados manjares que nos servían produjeron en mí su natural efecto, y me hicieron recordar algunas de las anécdotas de mi vida militar, las cuales reservo siempre para las grandes ocasiones, y con ellas mantuve, durante largo tiempo, la atención de los comensales.

—¡Qué espléndida comida y qué agradable noche hemos pasado, querida Princesa!—dijo Elena al despedirnos para regresar al hotel;—conservaré siempre un gratísimo recuerdo de mi última noche en San Petersburgo.

—¿Qué queréis decir con eso?—preguntó la Princesa.

—Supongo que mi mujer se referirá—dije yo—al hecho de que tengo en el bolsillo mi pasaporte para salir de aquí mañana.

—¡Pero eso no puede ser!—exclamó con exaltación la Princesa;—mañana es el baile de la Condesa de Ignatief en la *Salle de Noblesse;* será uno de los acontecimientos del año, y es imposible, Coronel, que prive usted á su mujer de asistir á esa fiesta. Además, diré á ustedes con absoluta reserva que el Czar asistirá en persona. Esto es todavía un secreto, porque el Emperador, por motivos de prudencia, nunca manifiesta su intención de ir á ninguna parte hasta última hora; pero creo que puedo prometer á ustedes que serán presentados á S. M. ¡Será seguramente un acontecimiento notable en vuestra vida!

—Un acontecimiento.....—murmuró Elena mientras que en su cara se marcaba la más viva emoción.

—Sin embargo—dije yo resueltamente,—algunos negocios requieren mi inmediata presencia en París, y yo nunca viajo sin mi mujer.

—Pero al menos detened vuestro viaje por un día. Es indispensable. Prométame usted convencerlo, Laura.

—Escribiré á usted mañana—contestó mi esposa oficial despacio y como si tuviera su cabeza llena de pensamientos encontrados.

Viendo que la conversación se prolongaba y que Sacha venía á dar un último adiós á su prima, cogí á ésta del brazo, y un momento después nos encontrábamos en el coche.

—Ya sabe usted que tengo los pasaportes—dije cuando nos encontramos rodando sobre el empedrado de la calle.

—S.....í.

—Saldremos en el tren de la una de la tarde.

—S.....í.

—Perfectamente. Entonces, buenas noches. Voy un rato al Círculo, pues aun es temprano,—proseguí mientras ayudaba á bajarla á la puerta del hotel.

—Buenas noches.

Y ensimismada en sus pensamientos subió la escalera sin pronunciar ninguna otra palabra.

En el Yacht Club perdí bastante dinero al *baccara*, y volví al hotel cuando ya empezaban á verse los primeros rayos del sol del nuevo día. Encargué que me llamasen á las diez, lo cual me permitía tener tres horas disponibles para hacer mi equipaje; tomé dos dosis de mi medicina, y poco después me quedé dormido.

Durante mi sueño me pareció oir extraños ruidos. Soñé que llamaban á mi puerta y que decían: «Son las diez»: después me pareció que decían: «Son las once, señor, y se hace tarde»: y, por último, me pareció que Elena entraba en mi cuarto, depositaba un beso en mi frente y metía un papelito en mi mano, que cerraba después.

Cuando me desperté, por fin, un criado me sacudía violentamente, diciendo:

—Son las doce, señor.

—¿Las doce? ¡Y encargué que me llamasen á las diez!

—He llamado al señor mil veces desde aquella hora; pero no se despertaba, y la señora, que acaba de salir, me ha dicho que no dejase dormir al señor ni un minuto más.

—Bueno—dije saltando de la cama mientras que interiormente maldecía los polvos que eran causa de mi retraso. Al saltar de la cama noté que tenía un papel cogido en la mano; lo desdoblé con precipitación y leí estos renglones:

«Arturo mío: He decidido quedarme para el baile de esta noche. La tentación es demasiado fuerte. Por tanto, no me esperes, y sal inmediatamente para Berlín. *Por ningún concepto te detengas á esperar á tu—Elena.*»

La primera impresión que me produjo la lectura de aquel papel fué de sorpresa. ¿Cómo podía explicarse que aquella mujer, por asistir á un baile, arriesgase el permanecer un día más en San Petersburgo?

De repente una idea vino á esclarecerlo todo. Elena se quedaba, no por el baile, sino por Sacha. ¿Y podía yo consentirlo? ¿Podía yo tolerar que la que pasaba por mi mujer arrastrase mi nombre á los pies de aquel tártaro? Además, si ella podía afrontar el peligro de quedarse, ¿no podía afrontarlo yo también?

Mi resolución fué cuestión de un momento. Pedí la cuenta, que pagué, diciendo que mi mujer se quedaba para asistir al baile de la Condesa Ignatief.

Tomé un coche, y ordené que me condujesen despacio á la estación del ferrocarril; y el cochero cumplió tan perfectamente el encargo, que al llegar oímos el silbido de la locomotora que se marchaba.

Había yo mismo cerrado la trampa de la ratonera por otras veinticuatro horas.

Monté de nuevo en el coche, después de dar la orden de conducirme otra vez al hotel, y por el camino no podía menos de pensar en la sorpresa que iba á proporcionar á los dos amantes, que seguramente no me esperaban. En el hotel conté lo que me había ocurrido, y en seguida me dirigí á mis habitaciones.

Al llegar á la puerta me pareció oir ruido de voces. Abrí, y entré de repente. En un lado de la mesa vi á Sacha, como siempre, con su esplendoroso uniforme; en el otro lado, Elena se reía á carcajadas, hablando con el Mayor.

El cambio de decoración fué completo. Sacha se puso de



7.—Traje de paseo.

pie al verme entrar, y *mi esposa oficial*, lanzando un grito de espanto, corrió hacia mí, diciéndome:

—¿No te has ido, Arturo? Dios mio, ¿qué ha pasado?

—Simplemente que he perdido el tren; lo cual, después de todo, no siento mucho, porque me permite pasar otro día contigo, esposa mía—dije yo, depositando un beso en su frente con el solo objeto de hacer rabiar un poco á Sacha.

—Pues es lo mejor que podía haber ocurrido—dijo éste alegremente,—porque así te tendremos también esta noche en el baile. Y te advierto, ya que todo ha pasado, que la ausencia de Laura esta mañana ha sido una pequeña combinación de la Princesa y mía, pues decidimos secuestrarla hasta que pasase la hora del tren.

—¡Ah, ah! ¿Conque era una pequeña combinación? ¿Y estás siempre dispuesta á ir al baile?—pregunté á Elena.

—Aquí está la prueba—dijo ésta, abriendo la puerta de su cuarto y enseñándonos un vestido que estaba colocado sobre unas sillas.

—Coronel—dijo Sacha,—á las diez en punto, y no admitimos ningún retraso. Laura me ha prometido bailar la mazurka conmigo.

Y dichas estas palabras, despidióse y partió el flamante Don Juan.

—Dios mío, ¿por qué no te has marchado como te decía en mi carta, Arturo?—dijo Elena tan pronto como nos quedamos solos, y tuteándome por la primera vez en privado.—Ahora tu suerte está echada, y no habrá sido culpa mía.

Y dicho esto, entró en su cuarto, dejando la puerta abierta.



8.—Vestido de mohair.
Explicación en el reverso de la Hoja-Suplemento
12.—Vestido con cerselillo.
Explicación en el reverso de la Hoja-Suplemento

9.—Vestido guarnecido con encaje.
Explicación en el reverso de la Hoja-Suplemento.
13.—Vestido guarnecido con muselina de seda plegada.
Explicación en el reverso de la Hoja-Suplemento.

10. Vestido con hombreras.
Explic. y pat., núm. XIII, figs. 84 á 90 de la Hoja-Suplemento.
14.—Vestido de batista.
Explic. y pat., núm. XI, figs. 74 á 77 de la Hoja-Suplemento.

11.—Vestido con cuerpo chaqueta.
Explicación en el reverso de la Hoja-Suplemento.
15.—Vestido de lienzo de seda.
Explicación en el reverso de la Hoja-Suplemento.

Sin contestar á sus palabras, me dediqué á recorrer el salón diferentes veces, procurando calmar mis nervios con el ejercicio á que me entregaba. Por la puerta abierta podía verla ir y venir en su cuarto, al parecer sin pensar en mí para nada; por último, la vi con asombro coger una aguja é hilo, sentarse delante de su vestido nuevo y empezar á coser con gran cuidado.

—¡Ja, ja!—dije yo, deseando entablar conversación para poder desahogar mi cólera.—¿No está aún bastante bien para los ojos de Sacha? ¿El cuerpo no ajusta bastante y no se puede lucir bien la cintura? No estará bastante bonito para ese tártaro.

—No—me contestó con un tono de sumisión que no dejó de sorprenderme;—es la falda la que estoy arreglando.

—¿Y qué le pasa á esa falda? ¿Se puede saber, si no es demasiada curiosidad?

—Que no tiene bolsillo.

—¡Un bolsillo en un traje de baile! Va usted á hacer horrorizarse, si se entera, á Mr. Worth.....

No pude continuar mis bromas, porque, levantándose de repente y con los ojos llenos de lágrimas, me dijo con tono de suprema tristeza:

—Por Dios, Arturo, déjeme usted sola. No me distraiga. Déjeme usted con mi conciencia y con Dios.

—¡Su conciencia de usted!..... No comprendo qué pueda tener de común con un vestido..... Pero, en fin, será usted obedecida, señora...

Y cogiendo mi sombrero salí á la calle, dirigiéndome al Club, donde pasé la tarde y comí, no volviendo al hotel hasta media hora antes de la hora de la cita.

Al atravesar la sala en direción á mi cuarto, vi que la puerta del de Elena estaba entreabierta, y por ella se escapaba la luz que iluminaba el salón. La curiosidad se impuso en mí, y me acerqué á aquella rendija, mirando al interior.

Elena, bella como los ángeles, vestida toda de blanco, cuyo color realzaba su hermosura, estaba arrodillada á los pies de su cama, y con la cara llena de lágrimas rezaba fervorosamente.

No atreviéndome á interrumpirla, entré en mi cuarto, pensando mientras me vestía en lo que podría significar aquel estado de ánimo en que veía á *mi esposa oficial* y aquella singular preparación para ir á un baile.

De mis pensamientos vinieron á sacarme estas palabras, dichas con el tono más alegre del mundo:

—Arturo, ¿estás listo? Aquí está la Princesa, que nos espera.

Era Elena.

Cuando salí al salón, su cara resplandecía de alegría y entusiasmo, y nadie hubiera podido creer la escena que yo había presenciado momentos antes.

¿Por qué rezar y llorar como si fuese á afrontar la muerte? ¿Por qué reía ahora como si viese el cielo delante de ella?

CAPÍTULO XII.

No había tiempo entonces para filosofías. Ayudé á las señoras á subir al carruaje, y cinco minutos después nos encontrábamos rodeados de otros cientos que, como nosotros, se dirigían á la *Salle de Noblesse*, donde tenía lugar la fiesta.

—Mire usted, Laura—dijo la Princesa;—ya ve usted cómo no la había engañado. Ahí están los cosacos de la Guardia, lo cual prueba que va á venir el Emperador.

Efectivamente, en la puerta del edificio había una línea de cosacos, lanceros y granaderos, de gran uniforme, y una hilera de criados con la librea de los Ignatief.

—¿Está usted segura de que vendrá?—preguntó Elena con interés.

—Seguramente: allí distingo á varios de sus chambelanes.

Miré por casualidad á Elena, y la palidez de su semblante llamó sobremanera mi atención.

El príncipe Palitzin esperaba al pie de la escalera de mármol para dar el brazo á su mujer; yo hice lo mismo con la mía, y juntos subimos al suntuoso salón dedicado á vestuario.

En la puerta del mismo se encontraba reclinado mi amigo el Barón Friedrich, y comprendí que la Princesa tenía razón. El Czar vendría al baile.

Siguiendo mi mirada, Elena vió también al jefe de la tercera sección de policía, y su brazo se apoyó fuertemente en el mío, y noté un ligero temblor en su voz cuando habiéndole dicho el Barón con una sonrisa: «Madame ha cambiado de parecer y no ha partido», tuvo que contestar:

—Bien merece esta fiesta un retraso de veinticuatro horas en un viaje.

Al movimiento nervioso que le produjo la vista del Barón, el *panier* de su vestido movióse también, y sentí en mi pierna el choque como de un objeto duro.

—Elena—dije yo riéndome,—compadezco á los que bailen con usted esta noche, porque ese frasco de esencia que lleva usted en el bolsillo va á ser el terror de todos ellos.

—¡Oh!—contestó ella en el mismo tono.—Un frasco de *bouquet* á la Jockey Club no suele ser peligroso.

Describir el efecto que en mí produjo la vista de aquellos salones sería imposible. ¿Quién puede meterse á enumerar los colores y los efectos que aparecen por el cristal de un calidoscopio? ¿Cómo describir los cientos de uniformes brillantes, los cientos de vestidos de suprema elegancia, aquellas bellezas típicas de la raza del Norte, aquellos salones convertidos en jardines, y aquel aire de esplendor y de riqueza que por todas partes se respiraba?

Entusiasmado por el espectáculo que á mi vista se ofrecía, olvidé por un momento lo anómalo y peligroso de mi situación, y los disgustos y angustias por que había pasado en los días anteriores, para decir al oído de Elena, que aun estaba á mi lado:

—Me alegro de haber perdido el tren. No hubiera querido perder esta noche por nada.

—¿De veras?—me contestó mirándome con tristeza.—Me alegraré que penséis lo mismo luego. Pero vamos á saludar á los Weletsky, que entran en este momento.

Desde aquel instante y hasta el de la cena perdí de vista á mi esposa oficial, la cual, solicitada por todos, se consagró al baile en cuerpo y alma. Sin embargo, en medio de los grupos de los que bailaban pude distinguir de cuando en cuando la cabeza de Sacha, y más de una vez vi que su pareja tenía el pelo del mismo color que Elena; y no fuí yo el único que lo noté, como me lo demostró la conversación que casualmente oí desde detrás de una cortina.

Una señora decía á un caballero:

—El marido de esa belleza debería tener cuidado con su esposa, porque, estando Sacha siempre á su lado, no dejará de haber un escándalo. Mire usted á la pobre Dozia; no quita los ojos de su *fiancé*.

—La princesa Palitzin sería la que más se alegrase de una ruptura. Conoce muy bien á Sacha para saber que no es el marido que conviene á su hermana. Así es que un escándalo no dejaría de convenirle para sus planes.

Este trozo de conversación fué bastante para explicarme el interés demostrado por la Princesa en detenernos en San Petersburgo.

Separándome del sitio donde había estado escuchando, fuí á encontrarme de frente con el Barón Friedrich, que, aislado de todo el mundo, demostraba bien á las claras que no era aquél el sitio donde hubiera él deseado encontrarse.

Compadeciéndome de su soledad, me acerqué á él proponiéndole tomar juntos una copa de champagne. Aceptó con alegría mi proposición, y nos dirigimos al *buffet*.

—¿No ha bailado usted esta noche?—le dije á falta de otro motivo de conversación.

—No; estoy aquí por obligación, y me alegro que esto termine pronto. Dentro de un momento llegará el Czar para presenciar la gran mazurka, ó sea el baile nacional. En cuanto él se retire, me retiro yo también.

—El Emperador viene muy tarde—indiqué.

—Siempre espera á recibir los informes de la policía. A estas horas ya tiene noticia de que ninguna persona sospechosa se encuentra dentro del cordón de tropas que rodean al palacio.

Estas palabras me tranquilizaron, pues me demostraban que no tenía aún ninguna sospecha de Elena.

Los acordes del himno nacional ruso nos indicaron que el Czar había llegado. Apenas hizo éste su entrada en el salón, cuando se organizaron las parejas para la gran mazurka. Desde luego vi á Elena del brazo de Sacha, mientras que en otro lado vi sentada á Dozia Palitzin, que no había tenido quien la sacase á bailar: acercándome á ella, reclamé aquel honor, que me fué concedido, y me dispuse á demostrar á todo el mundo que un soldado viejo sabe salir con honra de todos sus compromisos. Demasiado comprendía que no me sería posible lucir bailando aquella gracia peculiar de la raza slava; pero recordaba perfectamente mis buenos tiempos, y, á la verdad, nunca me había asustado una mazurka. Así es que, cuando se formó el anillo para salir bailando por parejas, ocupé el puesto que me correspondió, y al llegar mi turno, me lancé con todo el ardor de mis juveniles años; y, bajo mi palabra, creo que otros lo hubieran hecho peor que el coronel Morla si se hubieran encontrado en mi caso.

Sacha había conducido á Elena á la cabeza de la tanda, no sin asombro de mi parte al considerar la audacia de *mi esposa oficial* colocándose en el puesto destinado á los mejores bailarines; pero su cara demostraba tal seguridad de sí misma, que acabé por no extrañar el ver que, al romper el baile, salía bailando con tal gracia y naturalidad, que demostraba bien á las claras que no era la primera vez que había balanceado su cuerpo al compás de aquella música.

La mazurka nacional rusa es un baile mezcla de cotillón y de Virginia, en el cual las figuras, hechas con la gracia peculiar á las mujeres de aquella raza, resultan de un efecto encantador, y cuya descripción me sería imposible dar á mis lectores con exactitud.

Después de entregarme por algunos momentos con todo entusiasmo á dar saltos acompasados y hacer figuras que mi pareja se encargaba de indicarme, y cuando ya hube, como vulgarmente suele decirse, tomado el terreno, pude dirigir mi vista á las demás parejas y apreciar el conjunto encantador del baile; pero.....

—¡Por Dios, Coronel, me está usted haciendo pedazos los pies! ¡Oh, oh!—exclamó á mi lado la voz dolorida de Dozia.

¿Haciendo pedazos sus pies? Más que eso estaba haciendo, porque estaba bailando por encima de toda ella. Mis doscientas libras de carne y hueso se habían convertido en dos mil, y me era imposible seguir por más tiempo el compás de la música.

Al dar una de las vueltas había visto los ojos de *mi esposa oficial*, y la expresión que en ellos se marcaba me había aterrorizado. En aquellos ojos había el frío de la muerte, y en aquel momento comprendí la razón por la cual había querido asistir al baile.

L. B.

Continuará.

CANTARES.

En donde no te conozcan
Quiero, serrana, vivir,
Para que al verme llorar
No presuman que es por ti.

Siempre que bailo contigo
Me dan ganas de morir,
Para morirme en tus brazos,
¡Que no hay muerte más feliz!

No me vengas con tus celos,
Que dan risa los celosos,
Y un querer que celos tiene
Hace más daño que el odio.

Morena, por tu salud,
No te retires de mí,
Que vivir sin tu cariño,
Gitanilla, no es vivir.

No tapes ese lunar,
Que cautiva corazones
Por donde quiera que va.

Ruiseñor quisiera ser
Para entrar por tu balcón
Y despertarte cantando,
Como canta un ruiseñor.

A media noche tus ojos
Se asomaron al balcón,
Y al verlos, cantó el sereno:
«¡Es media noche y hay sol!»

Lucero sin claridad,
Triste mañana sin sol,
Arroyo sin transparencia
Es la mujer sin amor.

¡Me das citas y no vienes!
¡Me haces sufrir y esperar!
¡Sigue sumando la cuenta,
Que ya me las pagarás!

Cuando bonita te llaman,
No hay ninguna que te tosa,
Y te ablandas y te hinchas
Como el trigo si se moja.

Es como un cielo el amor,
Que de estrellas está lleno:
Las estrellas son las dichas,
Y las nubes son los celos.

Por el cantar de los pájaros
Los cazadores se guían;
¡Cuántas mujeres se pierden
Por no callarse en la vida!

NARCISO DÍAZ DE ESCOVAR.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR.

Exclusivamente serán contestadas en este sitio las consultas que, sobre asuntos propios de las secciones del periódico, se sirvan dirigirnos las Señoras Suscriptoras á la edición de lujo y á la 2.ª edición, demostrando esta circunstancia con el envío de una faja del periódico, ó por cualquier otro medio.

Las consultas que se nos dirijan en *carta anónima*, ó que vengan firmadas por personas que no demuestren debidamente ser suscriptoras á las citadas ediciones, no serán contestadas.

Á L.—En la ceremonia de que me habla, los honores deben hacerlos el señor cura párroco y el señor teniente cura. Por tanto, á ellos corresponde adelantarse á la puerta á recibir al Sr. Obispo.

Ustedes deben esperarle delante del altar, en cuyas gradas harán indicación de arrodillarse para besarle el anillo. Después de estar en su sitio Su Ilustrísima, el señor cura colocará á ustedes donde les corresponda.

La despedida se hace acompañando al Sr. Obispo hasta la puerta.

Para obsequiarle puede servirse un refresco ó *lunch*, es decir, té con emparedados y fiambres, que pueden ser jamón en dulce y pavo trufado. El vino será Jerez ó Sauterne.

La mesa se adorna también con dulces, pastas, y aun fresa está admitido, si es que ésta es de su agrado.

Las personas que dan el *lunch* tienen que hacer los honores y ocupar los dos centros de la mesa. A la derecha de la señora tomará asiento el Sr. Obispo; á la izquierda debe sentarse su señor padre, que hace de segundo padrino: al otro lado del Obispo, el señor teniente cura. En el otro centro se coloca su señor esposo, dando la derecha al señor cura párroco, y la izquierda á la segunda madrina: al lado de ésta debe colocarse el secretario particular de Su Ilustrísima.

Si se limita á dar un refresco, no hay necesidad de que se sienten los invitados. Se pone una mesa para el Sr. Obispo y personas respetables. Los demás invitados se sirven acercándose á la mesa que hay dispuesta al efecto, permaneciendo de pie ó sentándose en mesitas sueltas, sin que para esto se necesite guardar etiqueta en la colocación.

Á MI BELLA ILUSIÓN.—Mucho me satisface haber contestado acertadamente á su consulta anterior.

Para la confección del traje cuya muestra me envía, le recomiendo para la falda, atendiendo á que quiere dar á ésta por delante la forma de delantal, cualquiera de los dos modelos con patrones que encontrará en los grabados 6 y 7 del número de 22 de Enero.

Esta falda debe ir forrada hasta arriba con *glacée* ó tafetán de seda del color verdoso que tiene el tejido.

Para la confección del cuerpo le recomiendo el grabado 15 del número de 30 de Abril, poniéndole el cinturón, cuello y puños de faya, del mismo punto de color de verde que marca el tejido. Botones de pasamanería de igual color.



16. Traje de viaje y excursiones.
Explic. y pat., núm. XII, figs. 78 á 83 de la Hoja-Suplemento.



17.—Cuerpo-blusa de céfiro rayado.
Explic. y pat., núm. IX, figs. 56 á 68 de la Hoja-Suplemento.

La falda que la recomiendo, como verá, forma las tablas anchas que desea.

En los vestidos de batista se hacen las faldas lisas, armándose sobre un viso y no forradas. El corte de éstas es casi al hilo; únicamente se sesga el paño de delante.

Las mangas de batista no llevan más forro que la manga interior.

Únicamente puede alargar los delantales blancos poniéndolos un jaretón postizo ó guarneciéndolos con una tira bordada ancha.

Si no quiere marcar á realce las letras en las sábanas y almohadas, puede hacerlo á punto de espina, que también es bonito.

Ya no están en boga ni los cuellos ni las corbatas á que se refiere, pues lo que más se usa son los camisolines muy adornados de encajes ó bordados crudos y puños haciendo juego.

Procuraré enterarme de la receta que me pide; siento no conocerla, para podérsela dar en este mismo número.

Á UNA FLOR MARCHITA DEL MES DE ABRIL.—Tenga la bondad de leer mis contestaciones *A Flora*, en el número de 29 de Febrero, y *A Cecilia* y *A una Holgazana*, en el de 22 de Enero pasado. En ellas verá el modo de guarnecer la ropa de cama más lujosa y el sitio en que se marcan los almohadones largos, y también los cuadrados á la francesa.

Sí; el tejido cuya muestra me remite puede servirle para la confección del traje de casa.

DESDE MUY LEJOS, DESDE AMÉRICA.—El alcohol, lo mismo que el vinagre, pone, á mi parecer, el cabello demasiado hosco, y, en efecto, lo enrojece algo. He oído decir que da buen resultado para conseguir el objeto que se propone un agua rizadora, que en ésta se vende en casa de Pagés, Peligros, núm. 1.

Si tiene usted propensión á las espinillas, de ningún modo use sustancias crasas. Puede muy bien usar la glicerina, pero no á diario, sino cada dos ó tres días, pues esto es suficiente para conservar el cutis suave.

No tiene nada de particular que se entere del estado de ese señor, bajándose ó no del carruaje, y firmar en la lista, si la hubiere; pero me parece más prudente, dadas las circunstancias en que está usted, que esto lo haga de vez en cuando, enviando diariamente á saber del estado del enfermo.

Habiendo recibido atenciones de ese amigo, y teniendo éste la desgracia de perder á su señora madre, como prueba de gratitud puede usted dedicarle ese recuerdo, sin estar mal visto; pero como este asunto es sumamente delicado, creo que usted sola puede resolverlo escudriñando la clase de simpatía que une á ustedes y haciéndose cargo del efecto que hará entre las relaciones de ambos.

Mi opinión es que elija usted el traje gris plata mejor que ningún otro color, atendiendo al uso á que quiere destinar la *toilette*.

SOÑANDO CON UN VIAJE Á LAS PROVINCIAS VASCONGADAS.—Para la confección de collares de muselina, de que en su carta me habla, se pone la muselina doble y se coloca de modo que la unión quede en el centro del ancho, que es por donde se forma el rizado ó plegado de la gola: de este modo los dos extremos de ésta quedan dobles y no necesitan ninguno de los remates indicados por usted, los cuales resultarían muy mal.

Se procurará complacerla en lo que desea.

Á UNA «SUI GÉNERIS».—Es natural que el vinagre le haya perjudicado el cutis. Para suavizarlo use la crema glicerina de un buen fabricante, por ejemplo, de Adkinsson.

Los cuerpos distintos de la falda siguen siendo de moda. En cuanto á la forma, vea el croquis núm. 5 de la *Revista Parisiense* del 30 de Abril, suprimiendo los lazos que guarnecen el delantero del cuerpo. Como verá, éstos no llevan cinturón.

Esa clase de abrigos es más propia de señora, pues las señoritas usan la chaqueta ó el *collet* de paño.

Es de moda el papel en que me escribe, pero el de forma apaisada es de más novedad. Los sobres lo mismo.

Á UNA MORENA.—La manera de servir la mesa en una comida de etiqueta, así como los lugares que han de ocupar tanto los dueños de la casa como los invitados de más cumplido y los de más confianza, colocación de los postres, servilletas y orden que se ha de seguir para servir los platos, vinos, etc., etc., lo encontrará perfectamente explicado en mis contestaciones dirigidas *A una Antillana* y *A Flora*. Puesto que la comida que da es de tanto cumplido, la señora de la casa debe presentarse con un traje de vestir como de teatro ó *soirée*, con cuerpo alto y manga hasta el codo. El color de la *toilette* debe ser más ó menos claro, según la edad de la señora. La señorita debe presentarse con traje claro rosa, azul pálido, blanco ó maíz, verde Nilo, etc. Un grupo de rosas de té en la cintura ó encima del broche del cinturón hace muy elegante.

Para enterarse bien de todo lo referente á la guarnición de la mesa y ropa de ésta, lea lo que contesto en el número de 29 de Febrero pasado á las consultas que sobre el particular se me hicieron.

UN CAPULLO DE ABRIL.—Como la petición de la mano de esa señorita es asunto que corresponde sólo á las familias de los prometidos, ninguno de éstos debe presenciar el acto.

Es de rúbrica cambiar los regalos que dice y empezar á usarlos en seguida.

En mis contestaciones dirigidas *A C. H. de A* y *A una Holgazana* en el número de 22 de Enero último, verá explicadas las reglas á que debe ajustar su conducta desde la petición de la mano hasta la celebración de la boda; pero si á pesar de esto le queda alguna duda, no vacile en consultarme concretando las preguntas.

El tejido á que usted se refiere está muy de moda.

El *beige* ó el gris claro es muy distinguido para traje de viaje. En cuanto á la forma, el traje á la inglesa es el que se sigue usando.

El lujo del día está en los camisolines que encierran estas airosas chaquetitas.

Á UNA ADMIRADORA DE LA PACIENCIA DE ADELA P.—Lo mismo se usa el velito en el sombrero en verano que en invierno; únicamente se deja de llevar los días de mucho calor.

Para esa edad es más propia la bota que el zapato. La de vestir debe ser de tafilete negro con medio tacón Luis XV.

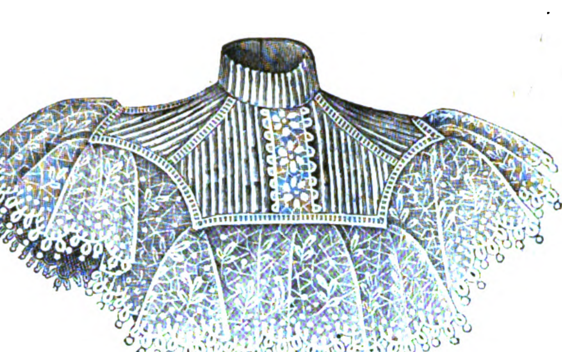
Á DOS CAPULLOS MARCHITOS.—El papel en que me escribe no es suficientemente serio para un luto como el que lleva. Debe usarle de la misma forma, pero blanco, con cenefa ancha negra todo alrededor, y no timbrado el nombre entero, sino las iniciales enlazadas en negro. El manto que dice debe usarlo seis meses, y el medio manto otros seis. Hay quien lleva sólo seis meses manto, poniéndose sombrero de crespón mate otros seis meses. Se usan desde luego los pendientes y broches negros que dice. Los de perlas ó brillantes pasado el año, sin más adornos ni combinación. Las joyas con piedras de colores, cuando se quite el luto.

Como la ceremonia se celebra en el oratorio de su misma casa, no hay inconveniente en que sea madrina de boda. A pesar de la pérdida que ha sufrido esa señorita, de su señor tío, que, como usted dice, hacía las veces de padre, como para la celebración del matrimonio no se lleva el luto, debe presentarse con traje blanco de desposada, cuyo bonito modelo podrá copiar del figurín iluminado del 30 de Abril. Los trajes y sombreros que esa señorita debe hacerse serán los que su posición le permita. Pero mi parecer es que, como está de luto, debe bastar un sombrero redondo de vestir, y una *toque* para diario, otra forma de las que le estén mejor, tal como Canotier, etc. Tres trajes serán suficientes, uno de alpaca para diario, otro de *beige* y otro de crespón. Hasta pasado el rigor del luto no debe asistirse á paseos públicos ni á ninguna clase de diversión.

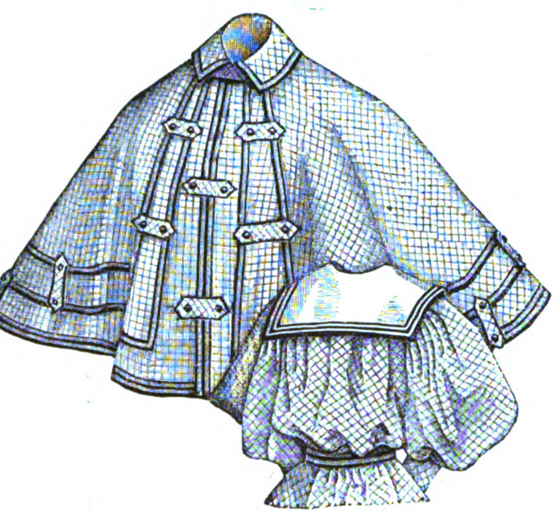
A FLOR AZUL.—Para satisfacer su deseo de conocer la clase de tejidos y colores que están más en boga, lea mis contestaciones dirigidas *A Valentina*, en el número del 6 de



18 y 19.—Guardapolvo de forma Imperio.
Delantero y espalda.
Explic. y pat., figs. I á III de la Hoja-Suplemento.



20.—Cuello-canesú para señoras y señoritas.
Explic. y pat., núm. VI, fig. 46 de la Hoja-Suplemento.



27 y 28.—Collet y espalda del cuerpo del vestido para niñas de 11 á 12 años.
Véanse los dibujos 25 y 26.



22 á 24.—Cuerpo y blusa del traje para jóvenes de 14 á 16 años.



29 y 30.—Blusa de escuela para niños de 10 á 11 años.
Explic. y pat., núm. X, figs. 69 á 73 de la Hoja-Suplemento.



21.—Vestido con collet para jóvenes de 14 á 16 años.
Véanse los dibujos 22 á 24.
Explic. y pat., núm. IV, figs. 32 á 41 de la Hoja-Suplemento.

25 y 26.—Vestido y sombrero para niñas de 11 á 12 años.
Véanse los dibujos 27 y 28.
Explic. y pat., núm. III, figs. 20 á 31 de la Hoja-Suplemento.



31.—Vestido escotado para niñas de 3 á 4 años.
Explic. y pat., núm. VII, figs. 47 á 50 de la Hoja-Suplemento.

32.—Delantal de batista para niños de 1 á 2 años.
Explic. y pat., núm. V, figs. 42 á 45 de la Hoja-Suplemento.

Marzo, y *A Beatriz* y *A Rosalba*, en el del 14 del mismo mes.

Las sombrillas más de vestir son las de gasa guarnecidas de un volante de lo mismo y entredoses en el fondo, ó con flores pintadas.

Para diario, toda clase de *surahs* ó *glacées* color cambiante son muy elegantes.

Si la boda se verifica á la caída de la tarde, es indispensable obsequiar á los asistentes con una comida. Si es en la velada, con una cena ó té.

Su tercer pregunta la hallará contestada en este mismo número, dirigida *A capullo de Abril*. Los regalos que se cambian después de la ceremonia de petitorio son: una sortija, que regala ella á su futuro, y un brazalete, que regala él á ella. En la primera entrevista que tienen los futuros cónyuges después de efectuada la ceremonia de petitorio es cuando cambian los regalos, siendo costumbre que él ponga en la muñeca izquierda la pulsera á su prometida.

No sé de ningún caso que se haya rehusado un regalo en circunstancias análogas, y me parece sumamente violento lo hagan ustedes. Tampoco me parece prudente que los recién casados hagan propósito de no tratar á parientes tan cercanos: sólo en caso muy grave puede tomarse tan extrema determinación.

Se da parte de boda á todas las personas con quienes se tienen relaciones, y después sólo se frecuenta el trato de aquellas con quienes se desea conservarlas.

UNA ENTUSIASTA DE «LA MODA ELEGANTE».—El traje cuya muestra me remite es más propio para diario que para vestir.

Como modelo para la confección del mismo le recomiendo el croquis 14 de la *Revista Parisiense* de LA MODA de 14 de Abril último, poniéndole las aldetas, tabla que guarnece el delantero del cuerpo, canesú y cuello alto azul marino.

Seguirán estando de moda en el próximo verano las blusas de seda, y también los cinturones y los *collets*.

Á UNA PESADA.—Un bonito y sencillo modelo, por el que se podrá guiar para la confección del sombrero de que me habla, es el del croquis 3 de la *Revista Parisiense* del 30 de Abril último, poniéndole tul color maíz y *aigrette* en forma de abanico de tul negro.

Como verá, el modelo indicado reune las condiciones que desea, pues es elegante y sencillo.

A OTRA ADMIRADORA DE LA PACIENCIA DE ADELA P.—No dude que siempre tengo mucho gusto en ser útil á nuestras amables suscriptoras, y deseo, claro es, que mis contestaciones á sus consultas sean acertadas.

Es muy bonito y está muy de moda el tejido cuya muestra me envía.

Este tejido tiene por nombre *armure*.

Me parece muy bien el modelo que ha elegido para la confección de su traje.

Es muy elegante el modelo de cuerpo que representa el croquis núm. 1 de la *Revista Parisiense* publicado en el número de LA MODA que usted indica, y si no quiere hacer el cuerpo todo entero como el modelo, copie sólo el delantero, que es muy lindo, haciendo el camisolín de encaje color crudo.

El croquis núm. 5 es un bonito modelo de sombrero guarnecido de muselina. En la misma disposición se emplea el tul, y este mismo modelo tiene un precioso camisolín, que podrá copiar en tul para la guarnición del cuerpo que quiere hacerse.

Está de moda el papel en que me escribe, y la fecha está bien puesta.

Puesto que las relaciones que usted tiene con ese caballero son autorizadas por sus señores padres, puede usar los objetos que este señor le haya regalado.

A estos obsequios podrá usted corresponder regalándole algún objeto el día de su santo.

Sus cartas deben empezar: «Afmo. y distinguido amigo», y terminar: «Suya afma.....»

Á UNA APASIONADA DEL VALS.—Puede servirle de alivio de luto el sombrero negro con esas flores, pero son más propias las violetas ó jacintos morados.

La alpaca será uno de los tejidos más de moda en el próximo verano, sobre todo para la confección de los trajes á la inglesa.

Supongo que se referirá á las chaquetas forma Luis XV. Estas se llevan también mucho haciéndolas sólo para los trajes de mucho vestir, pues los tejidos que se emplean para su confección son el terciopelo ó las telas brochadas Pompadour, y también los ricos brocados. Estas chaquetas se usan con falda de raso, terciopelo, moaré, etc., etc., de un color que armonice con los tonos del rameado ó floreado del tejido de la casaca.

Á UNA MALLORQUINA.—Con la sensible y reciente pérdida que acaba usted de sufrir, puede prescindir de toda clase de visitas; por lo tanto, las de despedida debe usted hacerlas por tarjeta.

En contestación á su segunda consulta, le diré que lo que usted debe hacer es visitar á esos señores, informándose por sí misma de la salud del enfermo, y esto como cosa excepcional. En caso de fallecimiento debe usted dar el pésame personalmente.

De lo que me explica deduzco que no tiene usted ningún trato con esa señorita, y, por lo tanto, no está obligada por ahora á observar ningún cumplido.

Puesto que el caballero á quien se refiere es el amigo de la casa, á él debe hacer el regalo.

DE VUELTA DE UN VIAJE.—Su hermana, que desea aparecer menos gruesa de lo que es, verá con gusto la reaparición de las cinturas de forma puntiaguda, pues esto alarga y aminora mucho el talle. Estas cinturas se hacen también sin hebilla ni lazo delante, siguiendo el contorno de las caderas. El pico que forma en la parte posterior queda escondido bajo un lazo, con cocas extendidas más bien que semejante al *chou*.

No consiste lo bonito del talle en apretarle de una manera exagerada. Además, de hacerlo así, pueden originarse enfermedades. Dos ó tres centímetros más de cintura nada significan para la mayor ó menor esbeltez del cuerpo; antes al contrario, si la opresión es excesiva queda éste demasiado rígido y sin los movimientos naturales, desapareciendo toda la gracia del talle.

Este mismo defecto puedo manifestarle á propósito de los guantes: enguantar una mano con uno ó dos puntos menores que el que se necesita, no sólo no es elegante, sino que es de mal tono, pues al quitarse los guantes, queda la mano sin movimiento y completamente hinchada. Con el calzado ocurre lo propio, pues la que tiene una mano bien hecha ó un pie bonito, no necesita afectar, á fin de dejar apreciar así su distinción. Es menester que todos los gestos de una señora ó señorita elegante estén en armonía, y que pueda quitarse el guante, por largo que sea, suavemente y sin esfuerzo, de un solo tirón, á fin de replegar la mano instantáneamente con suavidad, sin que la presión del guante le haya sido molesta.

A UNA CASTELLANA EN SU CASTILLO.—Los vestidos de los niños se hacen de toda clase de lanillas fantasía de color claro, de tafetán, fular, *surah* ó raso maravilloso. Para trajes blancos, este último es el preferido.

Después de las telas mencionadas vienen la batista, las muselinas, lisas ó estampadas, y por último, el *mohair*. Con éste se hacen, para niñas de ocho á doce años, trajes muy buenos, pues son bonitos y resistentes, dando, por tanto, muy buen resultado.

Los sombreros para niños de más de dos años son más sencillos, desapareciendo de ellos algunos de los adornos de carácter más infantil. Cuanto mayor es el niño, más debe irse acercando la forma del sombrero á la de los que usan los jovencitos.

El sombrero más de moda para las niñas es la capelina grande. Se guarnece de gasas plegadas, y los fondos deben ser de encaje ó guipur sobre transparentes de seda. Este puede también ser mezcla paja, seda y gasa de muselina de seda.

Estas capelinas de vestir guarnécense de ordinario de grandes lazos y de plumas. Las de diario se hacen como se hacían en años anteriores, esto es, de batista, gasa ó muselina culisada.

Otra forma de trajes para niñas es la llamada americana, sin otra modificación que la del canesú, el cual es más ancho y casi siempre se hace de encaje, guipur ó bordado rodeado de *ruches*, galones plegados de muselina ó volantes de encaje. También forman bertas, fichús ó *jockeys*.

Siguen estando muy de moda los grandes cuellos de punto, de aguja ó de guipur, y también los entredoses que se colocan en los trajes á lo largo y á lo ancho de la falda. El arranque de los pliegues y la reunión de los paños quedan cubiertos por los *choux* y lazos. Esta forma de traje conviene á las niñas de cualquier edad que sean, siempre que aun no hayan comenzado á marcarse bien las formas del cuerpo. Conforme comienzan éstas á aparecer, debe irse marcando el talle. Mientras así no suceda, las *toilettes* deben ser rectas.

CLAVEL ROJO.—Le quedará lindísimo el traje de tul sobre viso de seda. El tul se frunce ampliamente en la cintura, y se corta al rape del largo que tenga el viso.

Al borde de la falda debe ponerle una pequeña *ruche* fruncida y muy doble, de un ancho de 4 á 5 centímetros á lo sumo.

Cuerpo moderadamente escotado en cuadro y todo velado de tul; alrededor del escote lleva una gruesa *ruche*, y en el lado izquierdo, hacia el hombro, grueso *bouquet* de rosas blancas; otro *bouquet* prendido en el lado derecho de la cintura, y otro sirviendo de cierre á la falda, más abajo del talle. Las mangas, cortas hasta el codo, son estrechas y marcan bien el brazo, velando éste dos *écharpes* voluminosas de tul doble, que forma globo y se abre en el centro hasta el hombro, donde se sujeta con otro grupo de rosas blancas. Zapato de raso blanco y media de seda, también blanca.

Á CHARITO.—Tengo el gusto de darle á continuación la receta que me pide para hacer una buena agua de tocador:

Esencia de néroli............	1 gramo.
Id. de lavanda..........	15 —
Id. de tomillo...........	8 —
Id. de limón............	30 —
Id. de rosas............	10 gotas.
Acido acético..............	10 gramos.
Tintura de ámbar gris.........	10 —
Alcohol rectificado............	1 litro.

Se mezclan las esencias con el alcohol. Al cabo de algunas horas se filtra, á fin de que el agua de tocador quede muy clarificada, añadiendo sólo el ácido acético cuando la mezcla esté filtrada por completo.

Á ALERTA.—Para hacer el licor de fresa se toman dos kilos de esta fruta recién cogida, se ponen en dos litros de alcohol, se añade dos kilos de azúcar de pilón y tres litros de agua. Se aplastan las fresas, se colocan en un tamiz, se vierte sobre éste el azúcar y el agua hirviendo, y se mueve poco á poco. Después se tapa, y cuando está frío se filtra. Entonces se añade el alcohol y se deja durante algunos días bien tapado, al cabo de los cuales puede servirse el licor.

Para hacer la salsa verde se toma un puñado de perifollo, otro de berros escogidos y lavados, un poco de estragón y perejil; se pone todo en agua hirviendo, luego en agua fría. Se estruja en un paño y se echa en un mortero con cuatro yemas de huevos cocidos, sal, pimienta y dos anchoas; se machaca todo y se pasa por un tamiz; se añade aceite frío y jugo de limón, y se trabaja mucho. Esta salsa, como la mayonesa, se sirve con toda clase de pescados y aun de carne fría, añadiendo si se quiere un poco de mostaza.

ADELA P.

EXPLICACIÓN DEL FIGURÍN ILUMINADO.

Núm. 17.

Corresponde á las Señoras Suscriptoras de la edición de lujo y á las de la 2.ª y 3.ª edición.

TOILETTES DE CARRERAS.



(Croquis del figurín iluminado visto de espalda.)

1. Falda de tafetán pekinado color maíz con ramos malva, guarnecida con dos anchos entredoses de Chantilly negro colocados uno de otro á unos 20 centímetros, bordeándolos en la parte inferior con un volantito de muselina de seda negra.—*Collet* compuesto de dos volantes de muselina de seda negra plegada, colocados sobre un forro de seda igualmente negro. La parte alta de este *collet* va cubierta con un ancho canesú de raso blanco, bordado de azabache. Este canesú desciende hasta el borde inferior del *collet*, recortado todo alrededor en largas almenas, dejando lucir entre éstas los volantes de muselina. Alto cuello Médicis, guarnecido de trabillas de raso bordadas. Bordeando estas trabillas lleva un volantito de muselina de seda.—*Toque* de tul drapeado, color botón de oro, rodeada de una guirnalda de violetas y adornada en un lado con una rica *aigrette* negra.

2. *Toilette* de tafetán gris azul, con rayas de raso y tafetán liso, guarnecido de crespón de la China blanco.—Falda fruncida por detrás y adornada en la parte inferior con dos volantitos de muselina de seda gris azul. Chaqueta de tafetán liso, con largas aldetas formadas de raso rosa, formando por detrás gruesos cañones y los delanteros terminados en punta. Esta chaqueta queda abierta sobre una caída de crespón de la China blanco, plegado en forma de volantes, ajustado al talle por medio de una cintura drapeada de raso. Los delanteros forman una solapa forrada de raso rosa, y queda recta de cada lado, como encerrando la caída de crespón. Cuello Médicis. Esta chaqueta va guarnecida todo alrededor con un fino bordado de seda Pompadour. Manga con puños ajustados, hueca en la parte alta y sujeta al codo por medio de un *chou*.—Sombrero de paja de trigo, guarnecido con una corona de rosas rojas, de donde sobresalen altas cocas de encaje blanco. Por detrás peineta de rosas rojas.

¡QUININA DULCE!

FEBRÍFUGO INFANTIL SANTOYO

Cuatro Medallas de plata. Un diploma de Mérito. Muy elogiado por la prensa médica y por muchos médicos eminentes. Desechad imitaciones. Véndese en las boticas, y va por correo. **Dr. Santoyo**, Subdelegado, Linares.

OBRAS POÉTICAS
DE
D. JOSÉ VELARDE

DE VENTA EN LA ADMINISTRACIÓN DE ESTE PERIÓDICO
ALCALÁ, 23.—MADRID.

	Pesetas
Obras poéticas.—Dos tomos	8
Teodomiro, ó la Cueva del Cristo	2
Fray Juan	1
La Niña de Gómez-Arias	1
Alegría (Canto I)	1
El Holgadero (segunda parte de *Alegría*)	1
A orillas del mar	1
La Venganza	1
Fernando de Laredo	1
El Último beso	1
El Capitán García	1
Mis Amores	1
La Velada	1
El Año campestre	1

NINON DE LENCLOS

Reíase de las arrugas, que no se atrevieron nunca á señalarse en su epidermis, y se conservó joven y bella hasta más allá de sus 80 años, rompiendo una vez y otra su acta de nacimiento á la faz del tiempo, que en vano agitaba su guadaña delante de aquel rostro seductor sin poder mortificarle.—Este secreto, que la gran coqueta egoísta no quiso revelar á ninguno de sus contemporáneos, ha sido descubierto por el doctor Leconte entre las hojas de un tomo de la *Historia amorosa de las Galias*, de Bussy-Rabutin, perteneciente á la biblioteca de Voltaire y actualmente propiedad exclusiva de la **Perfumería Ninon** *(Maison Leconte)*, 31, rue du 4 Septembre 31, París.

Dicha casa entrega el secreto á sus elegantes clientes bajo el nombre de **Véritable Eau de Ninon** y de **Duvet de Ninon**, polvo de arroz que Ninon de Lenclos llamaba «la juventud en una caja».—Es necesario exigir en la etiqueta el nombre y la dirección de la Casa, para evitar las falsificaciones.—La *Parfumerie Ninon* expide á todas partes sus prospectos y precios corrientes.

Depósitos en Madrid: *Aguirre y Molino, perfumería Oriental, Carmen, 2; perfumería de Urquiola, Mayor, 1; Romero y Vicente, perfumería Inglesa, Carrera de San Jerónimo, 3;* y en Barcelona: *Sra. Viuda de Lafont é Hijos*, y *Vicente Ferrer; Salvador Vives, perfumista, Pasaje Baconti; Salvador Banus, perfumista, calle Jaime I, núm. 18.—J. G. Fortis, perfumista, Alfonso I, núm. 27, en Zaragoza, misma casa en Valencia.*

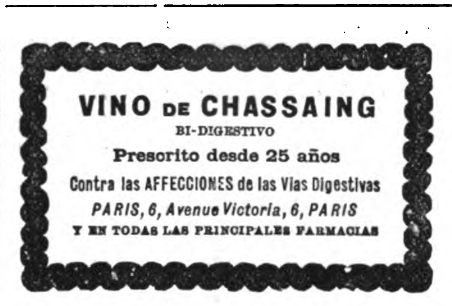
CÁPSULAS DE Quinina de Pelletier

ó de las 3 Marcas

Adoptada por todos los médicos, en razón de su eficacia, contra *Jaquecas, Neuralgias, Fiebres intermitentes y palúdicas, Gota, Reumatismo, Lumbago, fatiga corporal, falta de energía.* Soberanas para detener el estado febril de un resfriado ó una enfermedad en su principio. Una cápsula representa una copa de Quina.

Más solubles, más fáciles de tomar que las píldoras y grageas, han resuelto el problema de la Quinina barata. Frascos de 10, 20, 100 cápsulas.

En PARIS, 8, rue Vivienne *y en todas las Farmacias.*



HOTEL GIBRALTAR

Situación espléndida, con vista á los jardines de las Tullerías. Habitaciones elegantes y modestas á precios módicos. Cocina española y francesa. Baños y ascensor.—**Rue de Rivoli. Entrada: 1, rue St-Roch. París.**

SUEÑOS Y REALIDADES
POR
D. RAMÓN DE NAVARRETE.

La mejor recomendación de este ameno libro es manifestar que está escrito por el distinguido cronista de salones y teatros *El Marqués de Valle-Alegre.*

Elegante volumen en 8.º mayor francés, que se vende, á 4 pesetas, en la Administración de este periódico, Madrid, Alcalá, 23.

SELLOS HÉRISÉ

CURACIÓN SEGURA DE LAS ENFERMEDADES DEL PECHO Y DE LAS VIAS RESPIRATORIAS

Tos persistente, Bronquitis, Catarros, Tuberculosis, Tisis

Adoptados en los hospitales de Paris.—Depósito: farmacia Hérisé, 21, boul. Rochechouart, y en las principales farmacias.—Precio: **4 frs.** la caja.



Perfumeria, 13, Rue d'Enghien, Paris

LACTEINA de E. COUDRAY

Perfumeria especial, comprendiendo:

JABON — POLVOS DE ARROZ, ACEITE, ESENCIA, AGUA DE TOCADOR.

MARI-SANTA, *por D. ANTONIO de TRUEBA*

Es una de las mejores obras literarias del ilustre *Antón el de los Cantares*, moral, instructiva y amenísima.

Forma un elegante volumen en 8.º mayor francés, y se vende á 4 pesetas en la Administración de este periódico, Madrid, calle de Alcalá, núm. 23.

LA CRUZ DEL VALLE

POEMA

POR DOÑA ISABEL CHEIX

Véndese en las principales librerías. Precio, una peseta.—Los pedidos á la autora, Gravina, 31, Sevilla

NEURALGIAS JAQUECAS, *calambres en el estómago, histerismo,* todas las *enfermedades nerviosas se calman con las píldoras antineurálgicas del* **Dr CRONIER**
3 francos.—París, Farmacia, 23, *rue de la Monnaie*

ALMUERZO de las SEÑORAS

ALIMENTO DE LOS NIÑOS Y DE LOS CONVALECIENTES

Para reemplazar el chocolate de digestion á veces difícil, y el café con leche cuyos efectos debilitantes son tan perjudiciales á la salud de las señoras, los Médicos recomiendan el **Racahout de los Arabes de Delangrenier**. Alimento *ligero, agradable* y *muy nutritivo*, que tambien recetan á los niños, á los ancianos ó á las personas anémicas, en una palabra á todos aquellos que necesitan fortificantes.

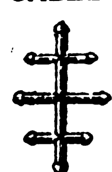
DEPÓSITOS EN TODAS LAS FARMACIAS DEL MUNDO ENTERO. — *SE MÉFIER DES CONTREFAÇONS.*

CHOCOLATES SUPERIORES

TÉS Y CAFÉS SELECTOS,
RIQUÍSIMOS BOMBONES DE CHOCOLATE,
VARIAS CREMAS,
CAPRICHOS DE NOVEDAD PARA REGALOS

MATÍAS LÓPEZ
25, MONTERA, 25

CABELLOS CLAROS Y DÉBILES



Se alargan, renacen y fortifican por el empleo del **Extrait capilaire** *des Bénédictins du Mont Majella*, que detiene también su caida y retrasa su decoloración. *E. Senet, administrador*, 35, *rue du 4 Septembre, París.*—Depósitos en Madrid: *Perfumería Oriental, Carmen, 2; Aguirre y Molino, Preciados, 1; Urquiola, Mayor, 4*, y en Barcelona, *Sra. Viuda de Lafont é Hijos, y Vicente Ferrer y Compañía, perfumistas.*

COMPAÑIA COLONIAL

CHOCOLATES Y CAFÉS

La casa que paga mayor contribución industrial en el ramo, y fabrica **9.000 kilos** de chocolate al día.—**38 medallas de oro** y altas recompensas industriales.

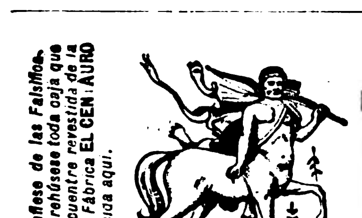
DEPÓSITO GENERAL: CALLE MAYOR, 18 Y 20. MADRID

CUENTOS, POR D. JOSÉ FERNÁNDEZ BREMÓN.

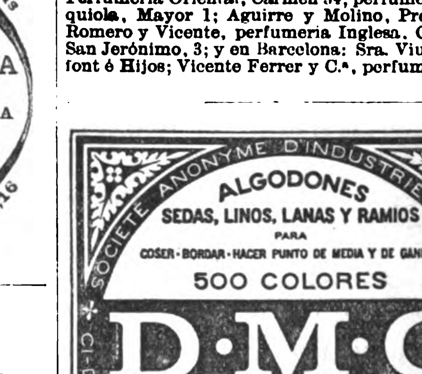
De venta en las oficinas de LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA Y AMERICANA, Alcalá, 23, Madrid.

MANOS DE SOBERANA

pueden llamarse aquellas que estan cuidadas con la **Pâte des prelats de la Parfumerie Exotique, 31, rue du 4 Septembre, París**, que blanquea y suaviza la epidermis más áspera.—Depósitos en Madrid: Perfumería Oriental, Carmen 34; perfumería de Urquiola, Mayor 1; Aguirre y Molino, Preciados, 1; Romero y Vicente, perfumería Inglesa, Carrera de San Jerónimo, 3; y en Barcelona: Sra. Viuda de Lafont é Hijos; Vicente Ferrer y C.ª, perfumistas.







Desconfiese de las Falsificaciones y rehúsese toda caja que no se encuentre revestida de la Marca de Fábrica **EL CENTAURO** *reproducida aquí.*

El más agradable de los Purgativos

THÉ CHAMBARD

TÉ PURGANTE DE CHAMBARD

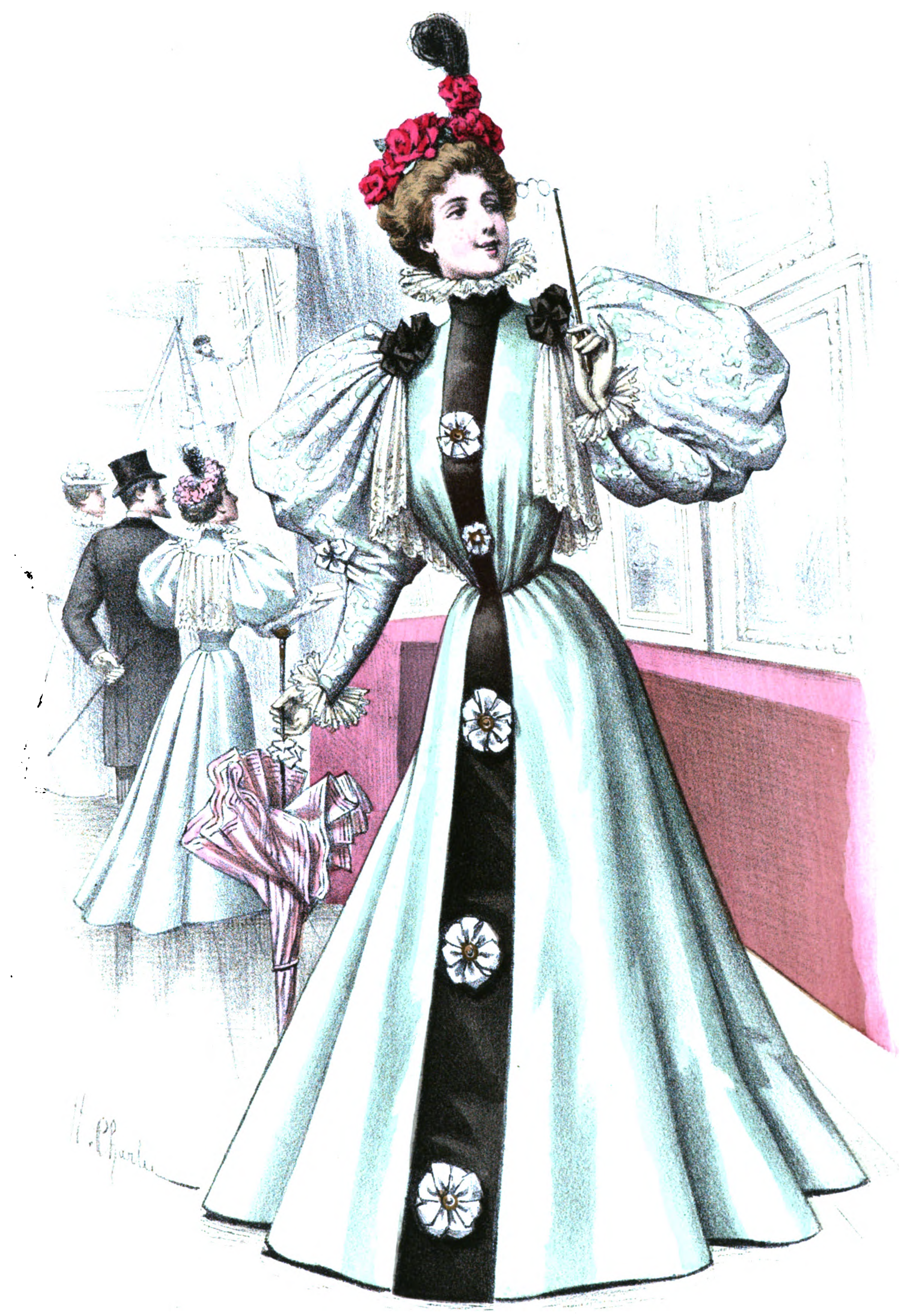
El mejor remedio del Estreñimiento

SE ENCUENTRA EN TODAS LAS FARMACIAS: 1 fr. 25 LA CAJA.

PATE ÉPILATOIRE DUSSER

destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. **50 Años de Éxito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en **cajas**, para la barba, y en 1/2 **cajas** para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el ***PILIVORE***. **DUSSER, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.**

MADRID.—Establecimiento tipolitográfico «Sucesores de Rivadeneyra», impresores de la Real Casa.



NP 269

LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA

14 de Mayo de 1896 Alcalá 23 _ MADRID Nº 18

LA MODA ELEGANTE

PERIÓDICO ESPECIAL DE SEÑORAS Y SEÑORITAS, INDISPENSABLE EN TODA CASA DE FAMILIA

Administración: Alcalá, 23, Madrid. | Madrid, 14 de Mayo de 1896. | Año LV.—Núm. 18

SUMARIO.

REVISTA PARISIENSE.

SUMARIO.

La parisiense en primavera.—Nuestros pronósticos confirmados.—El día del barnizado en el *Salon* del Campo de Marte.—Exposición de novedades.—Varios modelos.—Sus croquis y descripciones.—Nota incompleta.—Unas botinas que hacen falta á unos botones.—Nietos sin hijos.

SEMEJANTE á la mariposa, que durante toda la primavera se embriaga de luz, de calor y de flores, la parisiense corre en esta estación venturosa de diversión en diversión. Toma parte en todas las fiestas mundanas, en todas las fiestas de caridad. Se la ve en los campos de carreras de Longchamps, de Auteuil y de Chantilly, y en las Exposiciones anuales del Campo de Marte y de los Campos Elíseos. Y á estos diversos parajes aporta el encanto de su elegancia y las últimas invenciones de la moda.

Basta con seguirla á esas diversiones variadas para darse cuenta de la importancia y de la necesidad de los periódicos de modas. ¿Qué nos enseña, en efecto, la graciosa parisiense que sea un misterio para nosotros? Ella realiza sencillamente nuestros pronósticos.

Nosotras fuimos las primeras que pronosticamos la restauración de las modas del siglo XVIII, y los estilos Luis XV y Luis XVI van afirmándose desde entonces cada día un poco más. Hará seis meses aproximadamente que yo anunciaba á mis lectoras la reaparición de las faldas de pliegues rectos y de las mangas lisas que dejan al brazo sus líneas naturales. Y las faldas plegadas y las mangas lisas se ven adoptadas por la mayoría de nuestras elegantes. Es verdad que una moda no se impone tan fácilmente como un Ministerio, y que hay siempre oposición de parte de algunas recalcitrantes; pero el tiempo acaba por vencer la resistencia de las más obstinadas.

¡Cuán numerosas son las que renuncian á los *godets!* Puede decirse que los *godets* han dejado de existir como moda. La falda empieza á llevarse estrecha, y he visto últimamente algunas en absoluto llanas. Para los trajes de diario se las hace bastante más cortas, y se las adorna generalmente en el borde inferior, lo cual es un preludio de las faldas muy guarnecidas.

El adorno preferido hasta ahora para las faldas, lo mismo que para los cuerpos, parece ser las aplicaciones, y por aplicaciones se entiende, no sólo una aplicación sobre tela de guipur ó encaje, sino también la de una tela sobre otra.

Entre estas últimas aplicaciones he visto algunas de un género exquisito, como la siguiente: Sobre un vestido de falar azul marino, de lunares, se extendía una guirnalda de hojas de diferentes tamaños, aplicadas de una manera tan hábil que cualquiera las hubiese creído pintadas por un artista. Estas hojas eran de un crespón muy ligero verde, de un precioso verde de hoja.

Las aplicaciones é incrustaciones de encaje y de guipur están haciendo furor. Se recortan dibujos y guirnaldas de encaje, y se aplican sobre linones, tules y muselinas, y sobre las lanillas de verano. No hay nada más lindo que un traje de alpaca negra ó blanca, adornado con incrustaciones de guipur crema.

Uno de los adornos también muy de moda para los linones, las gasas y las muselinas de seda, es la cinta sumamente estrecha de terciopelo negro. Cosida á caballo en el



1.—Traje trotteur para paseo y excursiones.

borde de los volantes hechos de aquellas telas ligeras, tiene el doble mérito de darles un sostén que necesitan y constituir un adorno de cierta distinción. Se ven algunos cuerpos guarnecidos enteramente de este modo, y una casa muy conocida ha lanzado un nuevo modelo de *collet*, formado de volantes de tafetán sobrepuestos y ribeteados de cintas estrechas de terciopelo negro. Finalmente, esta misma cinta se emplea á menudo como ribete en los sombreros muy elegantes.

Lo que más me seduce en este nuevo adorno es que su apariencia, sobria y modesta, le salvará de la vulgarización. No se le verá á todo el mundo, como sucede con los lazos de tul blanco. Adoptado por un número escogido de personas, será siempre un adorno de buen tono.

⁂

He de llamar la atención de mis lectoras sobre los *encajes de linón*, que tendrán este verano un gran éxito. Sí, encajes de linón. El linón va recortado de tal modo, calado y bordado, y figura tan finos arabescos, que se le confunde con el más bello encaje artístico.

Este nuevo género de encaje, combinado con cintas de color claro y estampaciones de flores, formará deliciosos trajes y blusas de verano.

Antes de pasar á la descripción de los vestidos y confecciones que más llamaron la atención el otro día en el barnizado de la Exposición del Campo de Marte, conviene insistir de nuevo acerca del uso de la piel ó cuero como adorno. Se le emplea más particularmente en los trajes estilo de sastre. Es sumamente original. Citaré como ejemplo la chaqueta de paño masilla que llevaba la Condesa de G... en las últimas carreras de Auteuil. La chaqueta á que me refiero, de un corte irreprochable, tenía unas solapas de piel de Suecia, recortadas y bordadas. El mismo adorno se repetía en el cuello y en las carteras de las mangas.

⁂

Pasemos ahora al barnizado del Campo de Marte, que estuvo brillantísimo, y donde abundaron las *toilettes* originales, como puede verse por los siguientes croquis.

El *collet* (croquis núm. 1), juvenil y encantador, era de tafetán negro, sujeto en la cintura con un lazo de raso negro. Un volante de tul negro lo guarnecía á todo el rededor. Una gola de tul adornaba el cuello, y volantes del mismo tul terminaban las caídas, que llegaban, por delante, hasta más de media falda.

El traje representado por el croquis núm. 2 era de velo gris, de un gris claro, ideal. El delantal de la falda iba guarnecido solamente en el lado izquierdo con un galoncillo de encaje y unas correas de cinta verde puestas de trecho en trecho. Cuerpo de seda, con estampaciones, guarnecido de correas de cinta verde, que salen de la costura de debajo de los brazos y se fijan sobre el delantero bajo rosáceas. Canesú de guipur, repetido en punta en la espalda. Ramo de rosas.—Sombrero de paja de Manila, adornado con cintas estampadas y plumas blancas.

El traje que sigue (croquis núm. 3) era de paño de verano color masilla, adornado en las costuras con un galoncillo de seda negra. Cuerpo con aldetas onduladas, y cinturón de raso negro, guarnecido con solapas anchas de paño blanco, ribeteadas de un cordón de guipur. Las mangas, lo mismo que la falda, iban adornadas con un galoncillo de seda negra. Corbata de encaje y *toque* verde y azul, adornada con una pluma negra.

Otro traje más elegante (croquis núm. 4), de faya glaseada verde, se componía de una falda, no muy ancha, de faya, y un cuerpo de raso color de malva ribeteado de un galoncillo bordado de cuentas negras y color de malva. De la corbata salía una banda plegada de encaje, que guarnecía el delantero del cuerpo. La manga, lisa y ajustada, era de la misma faya de la falda.—Sombrero de ala ancha, cubierto de hojas verdes y de rosas de muselina, y adornado con un lazo grande de cinta color de malva.

Una señora de cierta edad llevaba el vestido representado por el croquis núm. 5. Este vestido, de forma Princesa, era de seda tornasolada, y se abría por delante, á todo lo largo, sobre un delantal de faya blanca, bordada é incrustada de encaje y tafetán color de rosa. Unos entredoses de encaje negro festoneaban lo alto de las mangas. Chorrera de encaje y sombrero de encaje negro, adornado con rosáceas de raso negro y una *aigrette*, también negra.

Hé aquí otro *collet* (croquis núm. 6) que forma por delante unas caídas largas, adornadas con tableados de muselina de seda negra. Este *collet*, cortado en forma de pétalos, era de tafetán estampado, bordado de azabache. Un volante de muselina de seda negra lo guarnecía á todo el rededor. La persona que lo llevaba vestía de *mohair* gris.

Terminaré la descripción de las novedades observadas el día del barnizado del Campo de Marte con la de un cuello-fichú, compuesto enteramente de pétalos sobrepuestos, de colores deliciosamente graduados. Unos lazos de raso negro formaban su único adorno.—Sombrero redondo de tul negro y tul verde mezclados, adornado con una *aigrette* negra y rosas color de rubí.

⁂

El Vizconde de la Espina acaba de comer en un restaurant á la moda. Le traen la nota. El Vizconde paga.

—¿Y el mozo?—le pregunta éste.

—¿El mozo?..... yo no he comido de eso.

—¿Por qué no le pega usted los botones que faltan á mis botas?—pregunta un bohemio á su portero.

—¡Ay de mí!—exclama el conserje remendón:—diga usted que por qué no le pongo unas botas á sus botones.

—Niña, ¿qué harás de tus muñecas cuando ya no juegues con ellas?

—Se las dejaré á mis hijos.

—¿Y si no tienes hijos?

—Pues *las pasaré á mis nietos*.

V. DE CASTELFIDO.

París, 8 de Mayo de 1896.

Núms. 1 á 6.

EXPLICACIÓN DE LOS GRABADOS.

Traje trotteur para paseo y excursiones.—Núm. 1.

Este traje, estilo de sastre, es de paño de verano color de piel. La chaqueta, que cae recta por delante, se abre sobre un chaleco muy ajustado de piel de Suecia color natural, cuyo chaleco, cruzado, se abrocha hacia el lado izquierdo y va adornado con dos hileras de botoncitos de fantasía. El cuello y la pechera son de lienzo muy fino con plieguecitos. Corbata de raso negro. La chaqueta va pespunteada en los contornos, en las solapas y en las mangas. Falda lisa de un vuelo mediano en el borde inferior.—Sombrero de paja. La copa va rodeada de una cinta ancha de terciopelo. Dos ramos de violetas puestos á cada lado, adornan el sombrero. Del ramo de la izquierda sale una especie de *aigrette* de rosas de su color y rosas té. Lazo de tul con hebilla formando cubrepeineta.

Chaqueta-blusa de campo. Núms. 2 y 3.

Es de pañete *beige*. Su forma es la de una blusa, cuya aldeta ondulada va añadida bajo el cinturón abrochado. Cuello á la marinera, adornado con pespuntes, así como la aldeta. Manga de una pieza, ancha por arriba y terminada en una cartera de batista. Camisolín de lo mismo.

Vestido de recibir.—Núm. 4.

Se hace este vestido de tafetán rameado. El cuerpo va adornado con un canesú que termina en unos encajes, los cuales descienden hasta la cintura. Este canesú es de tul bordado de cuentas y lentejuelas de varios colores. El cuerpo va cubierto por delante y en la espalda de muselina de seda plegada y remetida en un cinturón redondo de raso. El delantero va guarnecido además con un volante de muselina de seda que desciende, formando cascadas á cada lado, hasta la cintura. Las mangas son anchas por arriba, y van estrechándose hasta el codo. Desde el codo son completamente ajustadas. Falda redonda con *godets* profundos.

Sombrero redondo para señoritas.—Núm. 5.

Este sombrero es de paja marrón dorado con reflejos verdes musgo. Una corona de ramos de violetas y de hojas y una *aigrette* ligera de las mismas violetas constituyen los adornos.

Traje de soirée y teatro.—Núm. 6.

Vestido de tafetán tornasolado verde agua, compuesto de una falda ancha por abajo y de un cuerpo con aldetas cortas y onduladas, muy abiertas por delante. Espalda y laditos, con delanteros cruzados y plegados, y guarnecidos con solapas de la misma tela, que forman parte de una especie de berta ondulada. Sobre el pecho, lazo mariposa de encaje antiguo. Manga ancha que llega solamente hasta el codo.

Con un camisolín liso de encaje y un cuello en pie del mismo encaje, este cuerpo puede llevarse para teatro.

Tela necesaria: 13 metros de tafetán.



2 y 3.—Chaqueta-blusa de campo.
Espalda y delantero.

5.—Sombrero redondo para señoritas.



4.—Vestido de recibir.



6.—Traje de soirée y teatro.

Deshabillé para señoras jóvenes.—Núms. 7 y 8.

Este *deshabillé* es de *surah* blanco, forma un doble pliegue Watteau por detrás, se ajusta en la espalda y en los lados, y cae recto por delante un vuelo muy fruncido en el escote. Va sujeto en la cintura con una cinta ancha de raso y terciopelo verde pálido, anudado en el lado izquierdo con largas cocas. Mangas muy anchas por arriba, con puño largo y semiancho terminado en una cartera de terciopelo verde pálido, rodeado de encaje crema. Hombreras muy fruncidas de *surah* blanco, ribeteadas de encaje, unidas á un alzacuello de doble pliegue bajo el escote. Cuello-canesú de terciopelo verde pálido y encaje recortado en tiras estrechas por detrás y en solapas por delante. Cuello plegado del mismo terciopelo, con pliegue doble que forma rosácea por detrás.

Interior de chaqueta.—Núm. 9.

Elegante camisolín, compuesto de un centro de blusa de muselina de seda crema, formado de pliegues de lencería separados por entredoses de valenciennes. En lo alto de la blusa va un volante de muselina indesplegable, que se monta á la altura de un canesú, cuyo volante va ribeteado de valenciennes y adornado con un entredós de lo mismo. En el centro del delantero, el volante remonta formando conchas hasta el escote. Cuello alto, de cinta de raso verde prado, que se cierra con un lazo. Cuerpo de tafetán verde.

Tela necesaria: 2 metros 50 centímetros de muselina, y 2 metros 50 centímetros de tafetán.

Traje de Exposición.—Núm. 10.

Vestido de seda pekín, con tres listas ligeras tono sobre tono azul acero. Cuerpo fruncido en la cintura y remetido en un cinturón alto de terciopelo azul. Cuello del mismo terciopelo, y bandas plegadas y cruzadas por delante y terminadas en una barreta á través y dos botones gruesos formados de zafiros y *stras*. Un fichú de tul con aplicaciones de guipur amarillento rodea el cuello, desciende sobre los hombros y va á unirse con la barreta de terciopelo, terminando en dos caídas aconchadas que descienden hasta la cintura. La falda, plegada en los lados, forma un delantal con pliegue doble, y va adornada con dos hileras de á tres botones gruesos, iguales á los del cuerpo y dispuestos á cada lado del delantal.—Sombrero de ala de paja, ancha y recta, adornado con un lazo de raso puesto hacia atrás, y un fondo flexible de raso cubierto de guipur y de un torzal de gasa puesto por delante, y que rodea la copa hasta las *aigrettes* de plumas, las cuales salen de los lados y caen por fuera del ala del sombrero.

Este traje puede servir igualmente para visitas.

Manteleta Manón.—Núms. 11 y 12.

Se hace esta manteleta de raso negro, y va completamente rodeada de una *ruche* bullonada de muselina de seda. El delantero va sujeto á la cintura con varios pliegues fijados con un lazo de cinta, y termina en dos caídas largas cuadradas. En la espalda, capucha grande, doblada y forrada de encaje blanco sobre viso de raso blanco. Gola bullonada de tul blanco, adornada por detrás con un lazo de raso blanco, sujeto con una hebilla de *stras*.—Capota pequeña Luis XVI, hecha de muselina de seda color de malva, y adornada con un cubrepeineta de violetas y un lazo de cinta de fantasía.

Tela necesaria para la manteleta: 3 metros 50 centímetros de raso; 3 metros de muselina, y 2 metros 50 centímetros de tul.

Traje de visita.—Núm. 13.

Cuerpo de raso negro formando «bolero», con solapas anchas de raso crema, ribeteadas de tres filetes de terciopelo negro. Delantero de encaje crema, con cinturón y cuello de seda crema. Mangas cortas ahuecadas. Falda lisa de seda crema, con listas de raso negro y flores estampadas.—Sombrero formado de un birrete de paja de Italia, rodeado de un ala de muselina verde, adornada con una corona de hojas. Ramos de hojas y flores de clemátidas en lo alto del sombrero.

Sombreros y toque.—Núms. 14 á 16.

Núm. 14. *Sombrero Luis XV*, con fondo birrete de paja negra y crin negra. Va adornado con hojas y rosas Niel. Cubrepeineta de hojas y galón de crin, que rodea el pie del birrete.

Núm. 15. *Toque para señoritas.* Su borde va levantado y guarnecido de un encaje negro plegado. Un lazo *aigrette* de faya púrpura sostiene una rama de pensamientos. Fondo de hojas aterciopeladas.

Núm. 16. *Sombrero de paja trenzada*, tafetán y paja color de moho. Un pájaro negro y unas florecillas blancas en los lados constituyen los adornos de este sombrero.

Vestido largo para niños pequeños.—Núm. 17.

Este faldón largo es de muselina blanca y va adornado con entredoses de valenciennes. Volante de encaje valenciennes en el borde inferior.

Faldón y pelliza para recién nacidos.—Núms. 18 y 19.

El faldón es de muselina de seda y va bordado en punta por delante, así como el cuerpo. Manga globo. Lazo en el hombro derecho y en la falda, con caídas largas sobre la izquierda.

La pelliza es de seda blanca bordada. Bata bordada y montada sobre un canesú plegado. Un lazo flotante de cinta cierra la berta, y otro lazo más pequeño que el anterior adorna el cuello.

Traje de paseo para señoras jóvenes.—Núm. 20.

Vestido de alpaca color de anémona, compuesto de una falda ancha por abajo y un cuerpo-blusa abierto sobre un peto plegado de muselina blanca. La abertura va adornada con una solapa de guipur antiguo, que forma cuello por detrás. Espalda de blusa de una pieza, y delanteros abiertos, estrechados en la cintura con fruncidos. Cuello en pie de muselina plegada, y gola de muselina. Manga corta en forma de globo. Cinturón de raso negro, con presillas de raso, adornadas en lo alto con botones de acero tallado.—Capota de paja malva, adornada con plumas negras.

Tela necesaria: 7 metros de alpaca, y un metro 25 centímetros de muselina.

Traje de carreras.—Núm. 21.

Se compone de una falda lisa de paño de verano color de violeta de Parma, y un cuerpo «Francisco I», de seda glaseada fondo morado, estampado sobre cadeneta. Este cuerpo, de aldetas muy cortas y lisas, se compone de espalda, lados de espalda y de delante y delanteros con pinzas, abiertos sobre un peto de faya blanca incrustado de guipur antiguo. Cinturón de raso blanco, con anillos de oro. Cuello en pie, de terciopelo morado, y collar de muselina negra y cintas negras. Mangas al sesgo, abiertas en la sangría del brazo sobre unos cuchillos de faya blanca.—Sombrero Luis XVI, hecho de paja verde y adornado con tul blanco y ramos de claveles blancos y violetas.

Tela necesaria: 4 metros 50 centímetros de paño, y 5 metros de seda estampada.

DESDE MI CELDA.

CARTAS DE INGLATERRA.

Abadía de.....

Mucho tiempo hace que no cojo la pluma para dirigirme á mis queridas amigas de La Moda, y seguramente que no la cogiera ahora tampoco si á ello no me obligase una carta de cierta lectora de este periódico que, bajo el nombre ó seudónimo de *Una Golondrina*, recibí hace unos días.

Temiendo que mis charlatanerías no interesasen gran cosa á las subscriptoras del periódico, suspendí estas cartas, dedicándome preferentemente á otros trabajos que, bajo mi firma, habrán leído las que para ello hayan tenido paciencia suficiente. Pero como en La Moda, desde el Director hasta el portero, nuestra principal obligación es estar al servicio de nuestras lectoras, tan pronto como llegó á esta abadía la carta de *Una Golondrina*, Lady Belgravia se apresuró á *colgar los hábitos*, sustituirlos por un traje y sombrero de calle, y echar á correr camino de la City, como cualquiera hombre de negocios, para informarse de todo aquello que le era indispensable á fin de poder contestar plenamente la mencionada epístola.

Pero, antes de seguir adelante, es preciso que copie aquí lo que el simpático pajarito me escribía:

«Querida Lady Belgravia: Acabo de leer la «Leyenda Escocesa» que con el título de *La torre de Glenaesk*, y firmada por usted, aparece en el núm. 30 de Marzo último de La Moda.

»Si yo le dijera á usted que me ha gustado mucho ese artículo, no le diría á usted más que la verdad (Gracias, mi querida *Golondrina*); pero he de añadir que no solamente no ha gustado, sino que un párrafo, ó mejor dicho, una frase que pone usted en boca de uno de sus personajes, me ha hecho reflexionar, dando como resultado de esa reflexión esta carta, que no sé si será una impertinencia ó una tontería. La frase en cuestión es la siguiente, que pronuncia Wilfrid al despedirse para entrar en la torre: «*Yo soy tan »bueno, que no tengo pecados; y en cuanto á la vida, mi mu»jer no me ha consentido que me la asegure; conque si el »duende de la torre me come, cuide usted de ella y de mis »siete herederos.*»

»Estas frases, al parecer tan sencillas, me han hecho pensar mucho; y ¿sabe usted por qué, Lady Belgravia? pues porque hace poco tiempo mi marido me habló de que pensaba asegurarse la vida: yo no entiendo mucho de esas cosas; pero, francamente, me entró un miedo terrible, creyendo que eso es de tan mal agüero como el hacer testamento (por esto comprenderá usted que soy andaluza, es decir, supersticiosa), é hice todo lo posible para disuadirle de que llevase adelante su propósito; porque si bien es verdad que soy andaluza por lo supersticiosa, también lo soy por querer á mi marido tanto como á mis *siete herederos*, que no sé lo que heredarán el día en que desgraciadamente les faltemos sus padres.

»Ahora bien; cuando leí la «Leyenda Escocesa» púseme á pensar en que allí había una mujer exactamente como yo, y que había hecho lo mismo que yo; las consecuencias me saltaron á la vista, y no pudo menos de ocurrírseme que si el día de mañana, lo que Dios no quiera, mi marido muriese, tal vez por culpa mía se encontrarían mis hijos en la miseria.

»Como antes digo, yo no entiendo mucho de lo que son seguros sobre la vida; lo único que sé es que se trata de formar un capital que á la muerte de una persona se entrega á sus herederos; pero no sé cómo es eso, ni cuánto cuesta, ni en qué forma se hace; y aquí viene el verdadero objeto de mi carta, que, como antes digo, no sé si resultará á los ojos de usted una tontería ó una impertinencia.

»En primer lugar, ¿hice bien ó mal en disuadir á mi marido de la idea que tenía de asegurarse la vida? Y en segundo lugar, ¿qué es eso del seguro, y cómo y de qué manera se hace?

»No se ría usted de mí, mi querida Lady Belgravia; si le parece á usted que he abusado de mis derechos de subscriptora de La Moda, no me conteste; pero, de todas maneras, crea usted que es su verdadera amiga y admiradora—*Una Golondrina.*»

Perfectamente, mi querida *Golondrina*. No solamente no considero una tontería ni una impertinencia su carta, sino que por ella me demuestra usted que no tiene una cabecita de pájaro como sus tocayas, y que, muy al contrario, discurre con buen juicio y sabe dar importancia á las cosas que la tienen; y ya que con tanta bondad me ha escogido de consejera, voy á procurar contestar á su carta lo más claramente que me sea posible.

Indudablemente existe la idea, no sólo entre las andaluzas, sino entre todas las mujeres que quieren verdaderamente á sus maridos, á sus padres ó á sus hermanos, de que el hablar de aquello que pueda ocurrir después de la muerte de esas personas queridas es algo que ofende á ese mismo cariño, y de aquí que todas seamos opuestas, no sólo á hablar de ello, sino á dar nuestra opinión favorable cuando se nos consulta acerca del modo ó manera de llevar á cabo alguno de esos actos cuyo resultado práctico no se ha de tocar más que á la muerte de la persona que lo ejecuta.

En esto, indudablemente, nos dejamos guiar más por nuestro corazón que por nuestra cabeza; y aunque nadie podrá nunca reprochar en una mujer esta línea de conducta, sin embargo, en nosotras está el ver si la exageración en muchos casos, al hacernos empujar la balanza en el sentido de nuestro corazón, no nos hace perjudicar intereses que para nosotros deben ser sagrados.

En el caso de usted, mi querida *Golondrina*, supongamos, como usted dice en su carta, que mañana pudiese morir su esposo, y que éste, siguiendo los consejos de usted, no hubiese asegurado su vida: ¿cuál sería el resultado? Pues que *por culpa exclusiva de usted*—y perdone que con tal franqueza la hable—sus siete hijos quedarían sin recursos, y usted acabaría por caer en la cuenta, un poco tarde, de que aquello era su propia obra. ¿Podría usted consolarse de ello? ¿No le asaltarían á usted algunos remordimientos?.....

....

Es verdad que es triste pensar que un seguro sobre la vida es un beneficio que no se puede disfrutar ni compartir con la persona que nos lo hace, y que es generalmente muy querida de nuestro corazón; ¿pero justifica esto el que no lo aceptemos y el que perjudiquemos á un tercero en la mayoría de los casos, y sobre todo teniendo en cuenta que ese tercero suele ser un hijo, un hermano, ó cualquier otra persona sobre la cual tengamos las obligaciones que nos impone el deber y el corazón? No, seguramente no está justificado, y por eso hay casos en que la mujer debe hacerse superior á sus sentimientos y pararse á reflexionar antes de seguir los ciegos impulsos de su corazón.

Lejos de mí las miras interesadas. No crea usted ni por un momento, *Golondrina* amiga, que esta Lady Belgravia sea una mujer materialista, con los ojos puestos en el dinero y el pensamiento fijo solamente en el interés; ni se figure usted que vaya yo á aconsejarla que persiga usted á su marido á fin de que asegure su vida, persecución que sería bastante para que se enajenase el cariño de aquél y la estimación de todos. No, nada de eso. Mi objeto, al contestar á su carta como lo hago, es solamente el procurar desvanecer esos escrúpulos que usted, como la mayoría de las mujeres, tiene, y hacerle comprender los beneficios y ventajas á que renuncia usted por una mal entendida preocupación.

¿Creo usted que lo he conseguido? ¿Le parece que he contestado claramente á su primera pregunta? ¿Sí? Pues entonces voy con la segunda, á ver si puedo ser tan afortunado como con la primera.

«¿Qué es eso del seguro, y cómo de qué manera se hace?» Pues *eso del seguro* no es ni más ni menos que lo que usted dice en su carta: una manera de formar un capital que á la muerte de una persona se entrega á sus herederos.

Yo no sé si esa definición será científica; es más, no creo que lo sea: lo que la encuentro es clara, y por eso la acepto desde luego, permitiéndome hacer acerca de ella algunas aclaraciones.

No ha de creerse por la frase «una manera de formar un capital», que este capital se va formando poco á poco, como si se fuesen ahorrando algunas monedas todos los días, para encontrarse al cabo de cierto tiempo con una suma determinada. No; en el seguro, el capital queda formado desde el mismo momento en que se establece, y la misma cantidad se percibiría si la persona asegurada se muriese al día siguiente de efectuarse el contrato como al cabo de diez, veinte ó treinta años, siempre que durante ese tiempo haya seguido pagando la cantidad estipulada.

Otro punto que necesita aclaración es el de que ese capital se entrega á los herederos de la persona asegurada. Claro que éste es el caso general. ¿En favor de quién va á asegurarse un padre más que en el de sus hijos, un esposo más que en el de su esposa é hijos, etc., etc.? Pero esto no quiere decir que sea forzoso hacerlo así, sino que, por el contrario, la persona que se asegura puede hacer ese seguro en beneficio de quien se le antoje, y no hace mucho tiempo que la prensa inglesa habló de la muerte de una señora que había asegurado su vida en favor de un hospital de gatos de que era fundadora. Y conste que no pongo este ejemplo para que se imite, sino porque viene en apoyo de lo que estoy diciendo.

El seguro se hace de esta manera. La persona que desea asegurarse acude á cualquiera de las muchas Sociedades que al efecto hay, á la que le inspire más confianza. Supongamos que ésta es *The Equitable Life assurance Society* (La Equitativa), cuyo magnífico palacio en la calle de Sevilla, en Madrid, todas mis lectoras conocen seguramente. Al acudir á esta Sociedad hace una declaración de su nombre, profesión, estado, etc., etc., y expresa quererse asegurar la vida por un número determinado de años ó hasta que se muera. El seguro se hace, por ejemplo, de mil duros, y la Sociedad entrega al asegurado un resguardo ó póliza, comprometiéndose éste á pagar anualmente una cantidad que se regula según su edad. Si el contrato se ha hecho por veinte años y el asegurado muriese en cualquier tiempo antes de cumplirse aquel plazo, la Sociedad tendría obligación de entregar á la persona indicada en la póliza ó al poseedor de ésta los mil duros del seguro; y si el asegurado viviese esos veinte años, claro es que la obligación que contrajo cesa al terminar aquel plazo.

¿Comprende usted bien la cosa, *Golondrinita* querida? Supongamos que usted misma se asegura la vida, y luego, confiada en que el Calendario indica que estamos en el mes de Abril, y en que en las costas del Africa, donde se ha re-

fugiado para pasar el invierno, se nota ya el calor que despiden las abrasadas arenas del desierto, tiende usted sus alas y atraviesa el Estrecho para venir á ocupar el nido que dejó abandonado allá en Septiembre. De repente el Guadarrama, traicionero y desleal como siempre, manda uno de sus helados suspiros sobre la villa y corte de Madrid, y usted, pobre *Golondrina*, que no está preparada á semejante atrocidad, se siente herida de muerte, reclina su cabecita, y acariciando con su pico, en señal de despedida, á sus hijos queridos, cae en el fondo del nido para emprender en seguida con sus alitas de ángel el último vuelo, ese del que no se vuelve ya. ¿Qué pasaría entonces si usted no se hubiese asegurado la vida? Pues que sus pequeñuelos, que no podrian aún volar, se morirían de hambre, por serles imposible ir á buscar su sustento, que hasta entonces usted se había encargado de procurarlos. Pero como, afortunadamente, había usted sido una pajarita seria y previsora, sus hijos de usted se encontraban con que, en cuanto entre los demás pájaros corrió la voz de su muerte, uno de ellos se apresuraba á presentarse y á entregarles un buen depósito de grano, mosquitos y otros comestibles, con lo cual podían mantenerse hasta que ellos mismos pudiesen buscar su sustento. Y esto lo había usted conseguido solamente con tener el cuidado de llevar todos los años al mencionado pájaro tres ó cuatro granos de los que sobrasen para alimentar á su familia.

Y ahora hago punto final, deseando solamente que no se realice mi símil en muchos años, y que quede usted complacida de la contestación dada á su carta por su afectísima

LADY BELGRAVIA.

NIÑAS Y FLORES.

Llegaron las de Mayo frescas mañanas
Con su manto de lirios y de jazmines;
Se alzaron las bullentes auras tempranas,
Trinaron en parejas los colorines.
Ya el fecundante Apolo tiende su mano,
Que por doquiera vierte nubes de aromas;
Ya desde las floridas abruptas lomas
Que corona el silvestre tomillo enano
Y alegran con su arrullo blancas palomas,
En su ardiente cuadriga lánzase ufano,
Dorando con sus besos fl. res y pomas
Mientras en lluvia de oro desciende al llano.

La que ayer como Reina de los dolores
Recibiera de llanto triste tributo,
Es ya Madre gloriosa de pecadores
Que, olvidado el severo manto de luto,
Nos brinda sonriendo santos amores;
Ya sus aras semejan tronos de flores
De corazones puros cándida ofrenda:
Y hermosa como el rayo de una esperanza,
Es su mirada el iris de bienandanza,
De dicha perdurable mística prenda.

Ya las de quince abriles, niñas hermosas,
Del edén de la vida tiernos capullos,
La frente nacarada ciñen de rosas
De la ilusión mecidas por los arrullos;
Ya felices é inquietas, cual mariposas
Que enamoradas viven en los rosales,
Se aduermen con los tenues, vagos suspiros,
De amores, que palpitan entre los giros
De las traidoras auras primaverales.....

Bello es el joven Mayo, rico en primores,
Rebosando perfumes, luz y armonía,
Con su airosa y fragante veste de flores,
Con su orquesta de alondras y ruiseñores
Que á la aurora celebran rústica orgía
En el bosque, en el valle y en los alcores.
Bello es el rayo de oro que enciende el día,
Inundando la tierra con sus fulgores,
Y en cuyas ondas de ámbar y de ambrosía
Gozando de su breve, loca alegría,
Se bañan los insectos multicolores
Que embriagados de aroma dejan la umbría.

Bella y dulce es la vida cuando amanece
Henchida de deseos y de ilusiones:
Bello y grato es el mundo cuando se ofrece
Como plantel florido de bendiciones.
Dulce es oir los ecos que alza la lira
Preludiando á deshora tiernas canciones,
Y mientras el amante canta y suspira,
Ver huir con el tenue rayo de luna
La túnica de seda que se retira
Del parque entre la amiga sombra oportuna.

¡Juventud! Primavera fértil y hermosa,
Del erial de la vida puerta dorada,
Paloma que inocente buscas ansiosa
Del amor la escondida selva encantada:
No aventures tus alas en el vacío;
Detén el raudo vuelo, porque ¡ay del ave
Que, extraviada en la senda del soto umbrío,
Al nido en que naciera volver no sabe!
¡Ay de la flor besada por el estío!
Y ¡ay de la nave
Que se expone á la furia del mar bravío!

Niñas de quince abriles, flores tempranas,
Que hoy venís á la vida cual mariposas
Mecidas en las suaves auras livianas,
Reposando en fragante lecho de rosas;
Abrid enhorabuena vuestras ventanas
Del sol á los primeros castos albores,
Y porque Ella os inspire santos amores
Llevad con el rocío de las mañanas
A los pies de la Virgen cándidas flores;
Vagad por la espesura del soto umbrío,
Gozad el fresco ambiente de la floresta
Cuando el ave suspende su alegre pío
Y el céfiro en las ramas duerme la siesta.

Mas temed que Cupido con sus traiciones,
Oculto entre los mirtos y los rosales,
Os aduerma y embriague con las canciones
De las pérfidas auras primaverales.
No dejéis que sorprenda vuestro descuido
Del crepúsculo vago sombra importuna;
No aguardéis que la alondra torne á su nido,
Ni descendáis al parque cuando la luna
A Endimión en las selvas busca dormido.

CAROLINA VALENCIA.

MI ESPOSA OFICIAL.

Continuación.

Su mirada, dirigida hacia el Czar, era la del cazador que acecha su presa; la palidez de su semblante y el pliegue que cruzaba su frente demostraban una resolución firme, tomada de antemano, y ya no me cabía duda que Elena se encontraba allí para asesinar al Emperador de todas las Rusias. Hasta el detalle, que recordaba entonces, del frasco de agua de olor que había notado en su vestido, vino á mi memoria. Lo que yo había tomado por un bote de esencias, no era otra cosa que el revólver que en dos distintas ocasiones había visto en su mano.

Dejé á mi pareja en un sitio cualquiera, y salí del salón de baile no pensando más que en huir de la catástrofe que se presentaba.

Pero, una vez fuera de la sala, no pude menos de pararme á considerar la situación.

¿Podía yo permitir que se consumase aquel crimen? ¿No sería entonces segura mi pérdida? ¿Cuál sería también la suerte de los Weletsky, que habían presentado á Elena en la sociedad rusa, y de la Princesa Palitzin, que la había hecho invitar á aquel baile?

Por otro lado, ¿cuáles serían las consecuencias si se hacía detener á mi mujer por la policía? ¿Podría nadie creer en mi buena fe? ¿No había yo introducido á aquella mujer en Rusia con un pasaporte falso y bajo un nombre que no era el suyo?

En aquel momento vi al Barón Friedrich que, apoyado en el dintel de una puerta, miraba atentamente al baile, y hasta me pareció que su mirada se fijaba con persistencia en mi esposa.

Di un paso hacia él, pero me contuve.

El baile tocaba á su término. Después del baile vendrían las presentaciones, y cuando le tocase el turno á Elena, seguramente ésta aprovecharía el momento de encontrarse frente á frente con el Czar.

No había un minuto que perder.

Pero ¿qué hacer, Dios mío, qué hacer?

De repente una idea cruzó por mi mente. Metí la mano en el bolsillo de mi chaleco, y allí encontré unos cuantos papeles muy pequeños. Contenían polvos de los que me habían hecho dormir las noches anteriores..... ¡Opio!..... ¡Insensibilidad!.....

Estaba salvado.

Corrí al *buffet* y pedí una copa de champagne, y en ella eché cuatro dosis, seguro de que en su delicada constitución el efecto sería instantáneo. Con la copa en la mano entré de nuevo en el salón de baile. La mazurka había acabado. Elena se encontraba aún del brazo de Sacha, y lentamente se acercaba al grupo que se había formado al lado de la familia Imperial.

Las presentaciones empezaban. Unos minutos más, y el turno de *mi esposa oficial* llegaría. Corrí hacia ella y le presenté la copa. La fiebre del martirio corría por sus venas. Cogió la copa, y diciendo: «Gracias», apuró su contenido.

El efecto no se hizo esperar. Mientras que yo la felicitaba por lo admirablemente que había bailado, la palidez de su rostro se hizo más intensa; un círculo obscuro rodeó sus ojos, que en vano se esforzaba en mantener abiertos. Sus piernas se doblaron, y todo su cuerpo pareció que iba á desplomarse.

—Mi esposa se encuentra mal—dije á Sacha.—Saquémosla fuera.

Elena hizo un esfuerzo violento, y se lanzó hacia el Czar, al mismo tiempo que llevaba la mano al bolsillo de su falda. Pero á diez pasos del Monarca sus fuerzas la abandonaron, y cayó en mis brazos sin sentido.

El opio había hecho su efecto.

LIBRO III.

EL DIVORCIO.

CAPÍTULO XIII.

Hubo un movimiento de simpatía á nuestro alrededor, y muchas personas se acercaron; pero yo, sin querer aceptar el auxilio de nadie, cogí el delicado cuerpo de Elena entre mis brazos y salí inmediatamente del salón, depositándola en un sofá de la sala de entrada, á dos pasos de la escalera.

Recordando las recomendaciones del farmacéutico, llamé á un criado y pedí una taza de café lo más fuerte que pudiera conseguirse, y cuando me la hubieron traído introduje algunas gotas por entre los apretados dientes de mi esposa.

Mientras me ocupaba en aquella operación, el Barón Friedrich murmuró á mi oído:

—Mi querido Coronel, ¿es algo de cuidado la enfermedad de su señora?

—No—le contesté.—Algunas veces le ocurren estos accidentes cuando baila demasiado, y además—proseguí con tono confidencial—se empeña en apretarse el cuerpo de tal manera, que éstas son las consecuencias.

—¡Ah!—replicó el Barón con algo de ironía en su acento;—una abuela no debería bailar tan vigorosamente. Es extraordinario á sus años.

Y luego prosiguió:

—El médico de la corte estará aquí dentro de un momento por orden del Czar, que se ha enterado del accidente. Voy á buscarlo yo mismo.

Y se alejó presuroso.

Era necesario que ningún médico viese á Elena, porque desde luego descubriría los síntomas del opio.

Mandé buscar los abrigos. Hice acercar el coche, y un instante después rodábamos en dirección al hotel.

Mi esposa oficial no había aún vuelto en sí á pesar del café; pero también era verdad que había duplicado la dosis con el afán de que surtiera un efecto instantáneo.

Al llegar al hotel volví á cogerla en mis brazos, y rápidamente entré en nuestro departamento.

Coloquéla en el primer sillón que encontré, y me disponía á encender un fósforo, pues el cuarto aun estaba á obscuras, cuando sentí distintamente unas pisadas que venían de mi habitación.

¿Sería un ladrón, ó un espía?

En un momento saqué del bolsillo de Elena su revólver y me coloqué delante de la puerta. Los pasos se acercaban, y era evidente que la persona que allí estaba quería aprovecharse de la obscuridad para escapar sin ser vista.

Por fin distinguí un bulto, me dirigí á él, y cogiéndole por el cuello y acercando el cañón del revólver á su frente, dije:

—Ahora, enciende una luz ó te levanto la tapa de los sesos.

Fuí obedecido en el acto, y con gran sorpresa me encontré cara á cara con Mademoiselle De Launay.

En los momentos supremos he sabido siempre dominar mi temperamento y revestirme de una calma verdaderamente inglesa; así me sucedió entonces.

Sin que nada demostrase en mi actitud el estado de mi espíritu, me dirigí á la puerta, la cerré, y puse la llave en mi bolsillo.

—Ahora—dije á la francesa—tengo primero que atender á mi mujer, que se encuentra enferma; luego hablaremos.

Entré en mi cuarto, busqué el frasco de la belladona é introduje unas cuantas gotas entre los labios de Elena.

—Cójala usted, llévela á su cuarto, desnúdela y póngala usted en la cama—ordené con imperio á la institutriz, la la cual al ver mi calma y mi resuelto ademán se apresuró á obedecerme.

Pasados diez minutos volvía á presentarse en el salón, después de haber cumplido mis órdenes.

—¿Ha entrado usted aquí para robar?—la pregunté.

—¡No!—gritó con tono de indignación.

—Entonces es usted una espía de la policía secreta, ¿no es eso?

—Sí—respondió bajando la cabeza.

—Es usted una espía, y, sin embargo, se ha atrevido usted á entrar aquí sin haber recibido para ello la orden del Barón Friedrich—repliqué yo, jugando el todo por el todo á fin de saber la verdad.

—Es cierto—contestó la francesa.

—¿Luego ha venido usted aquí por su propia cuenta?

—He venido—dijo la institutriz con exaltación—por mi propia cuenta. Sí, es verdad. He venido á buscar una carta ó algo que me probase que su mujer de usted me ha quitado el amor de un hombre á quien yo adoro.

—Perfectamente; ahora ya nos entendemos—dije yo.—Usted quiere estorbar los amores de Sacha y mi esposa, y, como usted puede comprender, eso mismo es lo que yo deseo. Ahora bien: va usted á constituirse en su enfermera hasta hacerla recobrar el conocimiento, á fin de que mañana misma pueda sacarla de San Petersburgo. Entre usted en el cuarto. Frote usted todo su cuerpo hasta forzar la circulación de la sangre, un verdadero *massage*, y en cuanto empiece á volver en sí, avíseme usted.

Mademoiselle Eugenia inclinó la cabeza y entró de nuevo en el cuarto. Más de media hora transcurrió, durante la cual apenas pude contener mis nervios. La idea de que la dosis que había hecho tomar á Elena hubiera sido demasiado fuerte para su delicada constitución, me aterrorizaba. Por fin, apareció la francesa para decirme:

—Ha abierto los ojos, pero aun no puede hablar.

—Está bien. Venga usted ahora conmigo.

Y la conduje á mi propio cuarto, encerrándola allí bajo llave, por temor á que Elena, al volver de su desmayo, pudiera decir alguna frase comprometedora.

Entré después en su cuarto y me acerqué á la cama. Allí, bella como siempre á pesar de la intensa palidez que cubría su rostro, se hallaba extendida mi esposa oficial.

Al verme, sus ojos despidieron una chispa de ira; hizo un esfuerzo, y por fin pudo pronunciar estas palabras:

—Todo lo he comprendido. Es usted un miserable. Ha destruído usted la única esperanza de libertad de un pueblo esclavo.

—Amiga mía—dije yo con calma,—esa esperanza de libertad envolvía la certeza de mi muerte, y no estoy tan desesperado para suicidarme.

—¿Y qué importa su vida de usted comparada con la de noventa millones de seres?

—Ya discutiremos eso más tarde; ahora tengo que hacer otra cosa.

Y seguro ya de que Elena había recobrado sus sentidos lo bastante para no comprometerse hablando de lo que no debía, fuí á sacar á la francesa de su prisión.

—Unas cuantas palabras antes de que usted se vaya—le dije.—¿Quién la ha colocado á usted en casa de los Weletsky?

—El Barón Friedrich.

—¿Para qué?



7 y 8.—Deshabillé para señoras jóvenes. Espalda y delantero.

9.—Interior de chaqueta.

12.—Espalda de la manteleta Manon. *Véase el dibujo 11.*

10.—Traje de Exposición.

11.—Manteleta Manon. Delantero. *Véase el dibujo 12.*



13.—Traje de visita.

—Para vigilar á Sacha por encargo de la princesa Palitzin, que deseaba tener una prueba de que aquél engañaba á su *fiancée*. Desgraciadamente, en vez de buscar esas pruebas me he enamorado de ese hombre, y ya comprenderéis las consecuencias.

—Perfectamente; ahora bien: yo podría denunciaros por haber entrado en mi cuarto de noche y sin autorización para ello. No lo haré, con la condición de que me sirváis desde este momento á mí, dándome cuenta de cualquier acción de Sacha que os parezca sospechosa y que pueda atentar contra el honor de mi esposa.

—Contad conmigo.

—Entonces puede usted marcharse—dije abriendo la puerta, por la que desapareció con rapidez.

CAPITULO XIV.

De nuevo me dirigí al cuarto de Elena. Había ya recobrado completamente el conocimiento; pero su mirada conservaba aún la expresión de dureza con que antes me había acogido.

—¿Está usted ya mejor?—pregunté;—¿y puedo ya hablaros sin temor de que me repitáis las bonitas frases que antes tuvisteis la bondad de dedicarme?

—No os perdonaré en la vida lo que habéis hecho esta noche—fué su contestación.

—Pero, amiga, el instinto de conservación es superior á todo, y además se unía á ese instinto el deseo de evitar un crimen.

—¡Un crimen! ¡un crimen!—exclamó con la misma exaltación que pocos minutos antes.—¡Llamáis un crimen al castigo de un autócrata que representa por sí solo tal número de crueldades y de víctimas que horroriza!

—Querida Elena—dije yo,—habláis como si fuerais una *polonesa* ó una *judía*.

—Soy las dos cosas—dijo con energía, incorporándose en el lecho.

—¿Qué?—exclamé yo atónito al oir aquella declaración.

—Sí—prosiguió Elena;—soy las dos cosas. Polonesa por mi padre, y judía por mi madre; y como no quiero que por más tiempo sigáis teniéndome por una criminal vulgar, oid mi historia, y después juzgaréis de mis acciones.

Hizo una pausa; cerró un momento los ojos como para recoger su pensamiento, y después dijo así:

—Mi padre era un noble polaco, uno de los miembros de esa raza que ha sido exterminada por los antecesores del actual Czar. Mi madre era judía é hija de un banquero de Warsaw. A pesar de la diferencia de posición y de rango, mi padre se enamoró de mi madre y se casaron. Por este solo hecho el Gobierno del Czar ordenó que el nombre de mi padre fuese borrado de los libros de la nobleza polaca, y después declaró el matrimonio nulo; y á mí, fruto de aquella unión, se me tachó de ilegítima. Entonces llegaron los acontecimientos del 63 y 64, y mi padre, por vengarse de los ultrajes recibidos, tomó parte en ellos á favor de los insurrectos; y cuando éstos fueron vencidos, mi madre se negó á declarar el sitio donde mi padre se hallaba oculto. Esto bastó para que mi madre—oye usted bien—mi adorada madre fuese condenada al *knout*, y después de sufrir aquel castigo fuese deportada á Siberia, adonde sin embargo no llegó, pues prefirió matarse antes de ser la presa de los cosacos. Aquel mismo día mi padre era muerto á puñaladas en medio de la plaza de Warsaw, en cuyo pueblo había buscado refugio y en donde fué descubierto por la policía. Veo por su cara que es difícil creer en tantas atrocidades: pero lea usted los datos de aquella época que tiene su amigo el Barón Friedrich, y verá usted que no exagero.

Yo era una niña en aquel entonces, y esto me salvó. Los parientes de mi madre son ricos. Fuí por ellos mandada á la América del Sur y después á Austria, donde terminé mi educación, y sólo entonces supe lo que acabo de contaros. Ahora decidme: cuando veo que mi raza vuelve á estar oprimida, ¿por qué he de tener piedad del opresor?

—Porque Alejandro no es personalmente responsable.

—¿No es personalmente responsable? Él es la cabeza de todo. Si oye usted que un Ministro ha sido asesinado en Bulgaria, un príncipe despojado en Belgrado, una insurrección fomentada en el Afghanistán, todo ello es obra de sus manos. Es un hombre sin piedad; ¿por qué se ha de tener piedad con él? Su mano de usted ha detenido el brazo de la justicia, porque temíais por vuestra vida. ¡Cobarde!

Cuando una mujer se encuentra en este estado de exaltación patriótica, lo mejor que se puede hacer es dejarla sola para que pueda gozar de él á sus anchas. En su consecuencia, é impresionado por el relato que acababa de hacerme, salí de su cuarto, dirigiéndome al mío, donde me dejé caer vestido sobre la cama.

La luz del sol entraba ya por los balcones. Dado el estado de debilidad de Elena, era imposible pensar en ponerse en viaje sin dejarla más que unas horas de descanso, que además necesitaba yo mismo grandemente. Se presentaba, por lo tanto, un día más en San Petersburgo.

Dormí algún tiempo. Tomé después un baño frío, y repuesto de las impresiones de la noche, salí diciendo en el hotel que el estado delicado de la señora nos hacía demorar el viaje por un día y que no estábamos para nadie.

Me dirigí á la Legación española, donde no encontré, como esperaba, ninguna carta de mi mujer, y sólo una pequeña nota de mi hija Margarita reprochándome el que no la dejase ir á San Petersburgo y diciéndome que obedecería todas mis órdenes.

Leída la carta volví al hotel, donde encontré porción de tarjetas y recados de personas que habían venido á preguntar por la enferma. Encima de la mesa se encontraba un hermoso ramo de flores, que ostentaba la tarjeta de Sacha.

Elena no se levantó en todo el día, y yo sólo entré un momento en su cuarto para rogarla que tuviese todo arreglado á fin de partir en el tren de la una de la tarde del día siguiente.

Por fin llegó el tan deseado día de poder salir de la ratonera. Por pronto que me levanté, ya Elena me esperaba en el salón. Su cara había vuelto á recobrar su expresión ordinaria, y al verme entrar me acogió con su sonrisa de costumbre.

Al dar las doce hice bajar nuestro equipaje, que colocaron en un coche; entramos en él los dos, y, con el corazón saltándome de alegría ante la idea de que no tendría ya que ver de nuevo la cara al Barón Friedrich, di la orden de que nos llevasen á la estación.

Al llegar allí, acerquéme á la taquilla y pedí dos billetes para Berlín, vía Eydtkuhnen.

—¿El número de su pasaporte?—preguntó el empleado.

—7.287—contesté yo.

Recorrió una lista que tenía delante, y limpió dos veces sus anteojos antes de contestar.

—Seguramente hay alguna equivocación; pero tengo orden de no dar billetes para el pasaporte núm. 7.287.

—¡Qué!—exclamé yo, sintiendo que las fuerzas me abandonaban; pero reponiéndome, insistí diciendo:—Este pasaporte se me ha entregado solamente hace dos días. Necesariamente se ha equivocado usted. Núm. 7—2—8—7.

—No cabe duda en el número, caballero. No cabe duda de que se trata de un error cometido en las oficinas centrales: pero, desgraciadamente, tengo que obedecer estas órdenes hasta recibir otras. Lo mejor que puede usted hacer es dirigirse al Negociado del Interior para que arreglen el asunto.

Acerquéme á Elena, la cual leyó desde luego en mi cara lo que ocurría.

—¿No quieren dar los billetes?—me preguntó en voz baja.

—No; ¿qué hacemos?—contesté yo en el mismo tono.

—Obrar como si estuviéramos seguros de que se trata de una equivocación. Esperad aquí: voy yo misma á la taquilla.

Y efectivamente, se acercó al empleado, y por sus gestos comprendí que sostenía con él una verdadera discusión. Después volvió á buscarme, diciéndome:

—Mandad los equipajes de nuevo al hotel. Es preciso que crean, por nuestra conducta, que sólo estamos contrariados por la equivocación que nos impide hacer el viaje.

Llamé un coche, cargaron los equipajes, y entramos los dos en él, diciendo al cochero:

—Al Hotel de Europa.

Una vez en marcha miré á Elena, que parecía reflexionar.

—¿Cuál es su opinión de usted?—le pregunté.—¿Cree usted que se trate de una equivocación efectivamente?

Tardó algunos momentos en contestar; luego levantó la cabeza, y mirándome fijamente, dijo:

—No, Arturo. No creo en esa equivocación. La ratonera se ha cerrado, y esta vez significa algo muy grave..... ¡tal vez la muerte!.....

Y perdiendo de repente toda la serenidad de que había hecho gala, se arrojó en mis brazos sollozando, al mismo tiempo que me decía:

—¡Perdón, Arturo, perdón, por haber sido la causa de vuestra pérdida!

CAPÍTULO XV.

Estábamos ya cerca del hotel, cuando Elena, haciendo un esfuerzo, procuró serenarse.

—Tenemos que aparecer alegres y no dar importancia á lo ocurrido, si es que nos queda alguna probabilidad de escapar—dijo secando sus lágrimas con el pañuelo.

Llegamos al hotel, bajamos del coche, y cogiendo á mi compañera del brazo, me dirigí á la oficina.

—Aquí estamos de nuevo—dije al empleado que allí se encontraba.—Todavía no se ven ustedes libres de nosotros.

—¿Cómo es eso? ¿Los señores han perdido el tren?

—No, sino que, según parece, hay no sé qué equivocación en mi pasaporte que nos obliga á detenernos por un día más. Ocuparemos las mismas habitaciones que teníamos.

La cara del empleado cambió por completo de expresión al oirme, y después de algunos momentos acabó por decir:

—Perdone usted, caballero, que le hable con franqueza. No podemos recibir en el hotel á ninguna persona cuyo pasaporte sea defectuoso. Las órdenes que tenemos son terminantes.

—¿Llama usted defectuoso este pasaporte?—exclamé yo queriendo demostrar una gran indignación.—Si á usted le parece, haré venir á mi amigo el Barón Friedrich. ¿Supongo que será bastante garantía?

—Desde luego, caballero, y ruego que me excuse por presentar estas dificultades; pero bien á mi pesar tengo que cumplir las instrucciones de la policía.

Escribí dos líneas al Barón rogándole que viniese al instante, y pasamos al salón de espera para aguardarle.

Una media hora tardó en llegar, con su sempiterna sonrisa en los labios y sus gestos expresivos, como de costumbre.

—¿Qué es eso, mi querido Coronel? ¿No estaba la señora bastante bien para ponerse en camino?—dijo abriendo sus ojos para demostrar el asombro que le producía el vernos aún en la ciudad, asombro que fué en aumento cuando le referí lo ocurrido.

—¡Una equivocación de esos bárbaros de empleados!—exclamó después de oirme.—Los pasaportes pasan por media docena de manos, y un error cualquiera destruye la rutina establecida. No se preocupe usted por esto, Coronel; yo me encargo de arreglar el asunto, y mañana tendrá usted su pasaporte listo.

—Pero—dijo Elena con una graciosa sonrisa,—entretanto tendremos que dormir en la calle, pues no nos quieren admitir en el hotel porque tenemos un pasaporte defectuoso.

—¡Qué! ¡Habrá bárbaros! A ver—gritó el Barón, dirigiéndose al empleado,—coloque usted inmediatamente á estos señores en sus habitaciones; no saben ustedes nunca cumplir con su deber; son ustedes unos.....

Hago gracia á mis lectores de los apóstrofes con que el Barón obsequió á todos los del hotel, pero gracias á los cuales con rapidez asombrosa nos encontramos de nuevo á los pocos minutos instalados como los días anteriores.

—¿Cree usted que sospeche de nosotros?—pregunté á Elena cuando nos encontramos solos.

—Estoy segura de ello—me contestó.—Ha demostrado demasiada sorpresa al vernos, siendo así que antes de que nosotros volviésemos al hotel indudablemente ha debido tener aviso de lo ocurrido por los agentes suyos que tuviera en la estación.

En aquel momento hicieron irrupción en el cuarto la Princesa Palitzin y el Mayor Sacha.

—Hemos ido á despedir á ustedes, y allí hemos visto que no partían por fin hoy—dijo la primera, mientras que su acompañante se deshacía en sonrisas y saludos á *mi esposa oficial*.

—Efectivamente—me apresuré á contestar,—una omisión cometida en mi pasaporte nos ha obligado á detener aún el viaje.

—Es la única ocasión en que la policía rusa ha hecho algo bueno—dijo Sacha alegremente:—su equivocación nos permite gozar por algunas horas más de la compañía de ustedes.

—En ese caso, es preciso que esta noche nos acompañen al teatro Michael. Tenemos allí nuestro palco, y contamos con ustedes—dijo la Princesa con su amabilidad acostumbrada.

—Con mucho gusto—se apresuró á contestar Elena.

Afortunadamente, su visita no se prolongó por más tiempo, y volvimos á quedar solos Elena y yo sumidos en nuestras reflexiones.

—Voy á salir, para ver si tengo carta en la Legación—dije yo al cabo de un rato.—El silencio de mi mujer me inquieta, y tal vez encuentre allí noticias suyas. Además, creo que será mejor que todos vean que seguimos nuestra vida ordinaria.

—Sí, vaya usted—me contestó Elena;—pero antes haga usted el favor de devolverme el revólver que me quitó usted la otra noche.

Se lo entregué en silencio comprendiendo su idea. No quería ser aprehendida viva.

En la Legación no había carta alguna. ¿A qué podía obedecer esto? ¿Estaría mi mujer enferma? ¿Habrían sido detenidas mis cartas por la policía? Esta idea me hizo temblar de espanto.

Paseé por las calles, y á la caída de la tarde volví al hotel. Elena me esperaba ya vestida para el teatro.

—¿Ha ocurrido algo durante mi ausencia?—pregunté.

—Nada hasta el presente—me contestó.—Siempre es lo mismo hasta el momento de dar el golpe decisivo. Cuanto más silenciosamente obra la policía, más temible es. No sé por qué, me figuro que el Barón Friedrich está esperando algo, alguna prueba final, antes de proceder contra nosotros.

—¿Y cuál puede ser?

—Eso no me es posible adivinarlo—me contestó.

Una hora después nos encontrábamos en el teatro, asistiendo á la representación de *Giroflé-Girofla* por una compañía francesa, en la que sobresalía una tiple cuya cara no me era completamente desconocida.

Sacha entró en el palco con dos preciosos *bouquets* en las manos. Uno de rosas blancas, que ofreció á la Princesa, y otro de camelias, que entregó á Elena.

Como todas las acciones de Sacha me parecían sospechosas, me fijé con insistencia en el ramo de camelias, y entre las hojas de una de ellas acabé por distinguir los dobleces de un papel.

La sangre me ardió en las venas. Por un momento estuve á punto de abofetear al Mayor delante de todo el mundo, pero me contuve pensando en las consecuencias.

En aquel momento, una salva de aplausos acogió la terminación del *waltz*, magistralmente cantado por Giroflé. Me uní á la ovación, aplaudiendo como si me sintiera entusiasmado, y de repente, cogiendo bruscamente el ramo que Elena tenía en sus manos, lo arrojé á los pies de aquella actriz, diciendo para mí mismo:

—Amigo Sacha, por esta vez tu cartita no llegará á su destino.

En seguida me deshice en excusas con *mi esposa oficial*, rogándole que me perdonase mi aturdimiento.

Unos momentos después, y mientras que Sacha hablaba con la Princesa, Elena se volvió á mí, y me dijo rápidamente:

—Traígame usted en seguida ese ramo.

—¿Quiere usted leer la cartita, eh?—contesté yo sonriendo.—Eso nunca.

—Tráigame usted en seguida ese ramo, ó no respondo de nada—replicó Elena con tal acento que me convenció de que aquello significaba algo más de lo que yo había supuesto.

Salí del palco y me dirigí al escenario. Durante la representación había recordado que la actriz encargada del papel de Giroflé era una antigua conocida mía del teatro de Variétés de París. Hice pasar mi tarjeta, y un momento después me encontraba en el cuarto de mademoiselle de Montigny.

—Mi querido Coronel, sólo puedo dedicar á usted un momento para darle las gracias por haberse acordado de mí después de tanto tiempo.

—Perdóneme usted, Irma; pero vengo sólo á reparar una tontería. En el *bouquet* que hace un momento he tirado al escenario, hay un papel que inadvertidamente coloqué allí y que me interesa recuperar.

—¿Un papel? ¡Qué cosa más extraña poner papeles *inadvertidamente* en un ramo! Y en un ramo que tenía su mujer de usted un momento antes.....

—¿Quiere usted tener la bondad de devolverme ese papel?—interrumpí yo con impaciencia.

—Con mucho gusto, amigo mío—dijo entregándomelo,—y buena suerte, Coronel, buena suerte.....

Y luego, con una sonrisa terminó diciendo:

—¡Pícaro Sacha!

Salí sin contestar y me dirigí de nuevo al palco. El papel no contenía más que estas palabras: «Mañana á las siete de la tarde.»

Cogiólo Elena, lo leyó, lo hizo pedazos, y limitándose á decirme «mil gracias», siguió ocupándose del teatro de la manera más indiferente posible.

Al acabar la función, y en el trayecto hasta el hotel, Elena me dijo solamente:

—Vaya usted ahora al Club: juegue usted, hable con todo el mundo y procure usted que todos le vean como de costumbre.

—¿Y usted?—pregunté yo.

—No se ocupe usted de mí. Cuanto menos sepa lo que yo hago, mejor será para los dos. Ahora tengo que trabajar yo sola.

Fuí efectivamente al Club, donde pasé gran parte de la noche. Al volver al hotel vi con sorpresa que Elena no se encontraba allí. Pensé en esperarla, pero la ansiedad que sentía era demasiado grande. A cada momento parecíame oir pasos, y esperaba que de repente se abriese la puerta para dejar entrar á la policía. Desesperado ya, tomé dos porciones de opio y me quedé dormido.

La voz de Elena me despertó por la mañana. Me levanté de un salto de la butaca en que había pasado la noche, y tal terror demostraba mi semblante, que mi compañera se echó á reir, mientras me decía:

—Todavía no. Tal vez nos quede aún un día por delante. ¿Pero qué ocurrencia ha tenido usted de quedarse ahí toda la noche?

—La esperaba á usted—contesté.

—Mal hecho—me replicó.—Ya le encargué anoche que no se ocupe de mí para nada. Supongo que no habrá usted recibido su pasaporte.

—No he recibido nada.

—Pues es preciso ir á la oficina del Barón á reclamarlo. En todo tenemos que obrar como si fuéramos víctimas de una equivocación. Vea usted á ese hombre y dígale que nos urge marcharnos hoy, y que tratándose de un simple error supone usted que habrán tenido tiempo de repararlo.



14.—Sombrero Luis XV. 15.—Toque para señoritas. 16.—Sombrero de paja trenzada.

—¿Tiene usted esperanzas de que me entreguen el pasaporte?

—Ninguna. Es más, tengo la seguridad de que no; pero, de todas maneras, es preciso seguir con la comedia adelante.

Me dirigí á las oficinas del Barón, pero inútilmente: pues me dijeron que no se hallaba en ellas. Pregunté por alguno de los empleados que se ocupase de los pasaportes, y ninguno supo ó quiso darme razón del mio, y por último tuve que volver al hotel.

—Cada vez me afirmo más en mi idea—dijo Elena cuando oyó mi relato;—la prueba final no ha llegado todavía, y entretanto somos prisioneros con apariencias de libertad.

El dia transcurrió sin novedad; pero cuando fuí á mi cuarto para vestirme antes de comer, encontré sobre mi tocador una carta dirigida á mi nombre. Abríla con precipitación, y leí estas palabras:

«Tened cuidado esta noche. Sacha proyecta algo que aun no he podido averiguar.»

No había firma, pero la advertencia no podía venir más que de la institutriz francesa.

—¡Vive Dios—dije para mis adentros—que, aun jugándome la vida, no se ha de salir ese Sacha con su intento!

Y dispuesto á la mayor vigilancia, entré en la sala donde nos esperaba la mesa puesta.

La comida transcurrió sin incidente alguno; pero después del café sentí una pesadez extraña en los párpados.

Luché para que desapareciera, pero pronto comprendí que aquel estado de sopor era más fuerte que mi voluntad. Noté los mismos síntomas que cuando en las noches anteriores había buscado en el opio el descanso que necesitaba. Mi vista se nubló, y apenas pude darme cuenta de lo que ocurría á mi alrededor.

Confusamente me pareció ver la figura de Sacha, y oí una voz de mujer que reconocí en seguida, y hasta llegué á distinguir estas palabras: «No le he dado una porción muy grande, pero dormirá toda la noche.»

Luego nada; el sueño se apoderó de mí, y mis recuerdos terminan en aquel momento.

L. B.

Concluirá.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR.

Exclusivamente serán contestadas en este sitio las consultas que, sobre asuntos propios de las secciones del periódico, se sirvan dirigirnos las Señoras Suscriptoras á la edición de lujo y á la 2.ª edición, demostrando esta circunstancia con el envío de una faja del periódico, ó por cualquier otro medio.

Las consultas que se nos dirijan en *carta anónima*, ó que vengan firmadas por personas que no demuestren debidamente ser suscriptoras á las citadas ediciones, no serán contestadas.

Á Rosa.—De lo que me dice deduzco que su traje de raso negro no tiene más arreglo que darle á la falda la mayor amplitud posible, guiándose por el grabado 7 del número de 30 de Abril, cuyo modelo, como verá, tiene delantero postizo, facilitándole este adorno la manera de reformar su falda, la cual quedará muy bien. En cuanto al cuerpo, la chaqueta que tiene no puede servirle de ningún modo tal como me la explica, y podrá arreglarla bien haciendo de ésta un cuerpo corto, guiándose por el modelo grabado 14 del panorama del 6 de Mayo. El borde inferior debe ir guarnecido con cintas de raso dispuestas en la misma forma que el modelo indica. Podrá dar mayor amplitud á la otra falda de lana negra guiándose para su confección por el grabado núm. 18 del 22 de Abril. Debe ponerle los costados postizos de un tejido de seda negra con dibujo de rayas, florecitas, lunares, etc. Cuerpo igual al modelo, haciendo lo que en éste es de terciopelo igual á los costados de la falda. Para enterarse de la forma que se da á las faldas, con todas las explicaciones precisas para su corte, tenga la bondad de leer mi contestación *A Beatriz* en el núm. de 14 de Marzo, y la que doy en este mismo número *A una Suscriptora muy antigua.*

Siguen estando de moda los cuerpos distintos de la falda.

El único medio de tapar el añadido de la falda, es ponerle como adorno tres hileras de la cinta estrecha que tiene.

Á una Suscriptora muy antigua.—El abrigo preferido para señora en la temporada actual y en la próxima de verano es la talma, pues aunque las chaquetas también están muy de moda, se usan generalmente para traje de menos vestir.

Las faldas siguen llevándose todavía de la misma forma; pero recomiendo á usted se fije en la *Revista Parisiense* del presente número. La mayor parte de ellas se hacen lisas, á no ser las *toilettes* de *soirée* de mucho vestir, que para estos casos se guarnecen bastante con encajes, *ruches*, etc.

Ya habrá leído, tanto en la *Revista Parisiense* como en las contestaciones insertas en nuestro periódico, que el volumen de las mangas en la parte superior ha disminuído bastante, sin que por esto dejen de usarse bastante amplias, pero no con exageración como hace algún tiempo. Lo que sí debe tener en cuenta es que la moda exige que la parte inferior de la manga sea completamente ajustada al brazo hasta un poco más arriba del codo.

Como no sé si las áncoras á que se refiere están bordadas con sedas lavables, no me atrevo á decirle nada para lavar el cuello, pues casi estoy segura de que lo estropearía. Lo



17.—Vestido largo para niños pequeños.



18 y 19.—Faldón y pelliza para recién nacidos.



20.—Traje de paseo para señoras jóvenes.



21.—Traje de carreras.

mejor es que lo lleve al tinte, donde se lo limpiarán perfectamente, sin temor de que le queden inservibles.

Las señoritas usarán el traje blanco únicamente para de noche, como traje de casino, teatro, etc.

Lea con detenimiento, tanto la *Revista Parisiense* como la *Correspondencia particular* desde el número de 6 de Marzo hasta la fecha, y verá explicado todo cuanto se refiere á modas, tanto en la clase de tejidos que están más de moda, colores, adornos, etc.

Á UNA ADMIRADORA DE LA PACIENCIA DE ADELA P.—En la contestación que di á usted en el número anterior de LA MODA se padeció un error de imprenta.

Las cartas deben empezar: «Apreciable amigo»; «Mi estimado amigo»; «Distinguido y apreciable amigo», etc., etc.

Á UNA AVILESINA.—No han llegado á mi poder sus consultas anteriores: por lo tanto, me he visto privada hasta hoy del gusto de contestarla.

Las cortinas á la italiana se recogen generalmente de uno de los lados, haciendo de la caída más ancha una *draperie* recogida con un adorno de pasamanería que sirve de abrazadera. En algunos casos esta abrazadera es interior, dejando lucir sólo una borla que cuelga del recogido, viéndose á medias bajo la segunda caída que forma la confección del cortinaje. En otros modelos de prendido es un pequeño medallón de pasamanería con cordón formando largas presillas, terminándose por una gruesa borla. Estas caídas y borla van sujetas por la parte de fuera á un extremo de la galería.

En esta clase de cortinajes, los pabellones y el costado, que queda caído, se guarnecen con un fleco. A la parte recogida se le pone solamente el fleco abajo y un ancho agremán en la parte delantera.

Está muy de moda colocar delante de los balcones, así como en los ángulos que forman los saloncitos, cuartos de tocador, comedores, etc., plantas naturales.

Puede usted colocar una mesita en el gabinete de recibir, poniendo sobre ella un plato de bronce, un *porte-bouquet* y toda clase de *bibelots*. Es muy elegante también colocar en los ángulos de saloncito, comedores, etc., grandes figuras y jarrones, éstos con plantas.

Siendo el sofá grande, se coloca un almohadón en cada extremo; pero esto no es de rigor, pues depende del gusto de cada cual. Le indicaré tres lindísimos modelos de almohadones: los grabados 3 y 22 del número de 29 de Febrero, guiándose para su confección en un todo por los modelos indicados, pues reunen completa armonía, y el grabado 18 del 30 de Abril.

Con la sillería encarnada jugará bien el almohadón fondo crema, y para la amarilla el rosa.

Es una bonita labor, y muy moderna por su forma, el saquito para guantes que representa el grabado 14 del 30 de Abril.

Si quiere ir muy vestida á paseo, no le sirve el traje de alpaca, pues éste es de *negligée*. En *armure* hay elegantísimos dibujos, que son de dos tonos, por ejemplo, violeta y rojo, verde y rosa, gris y azul claro. De este tejido puede hacer su traje.

Á UNA MONTAÑESA.—Dos elegantes modelos para los trajes de vestir de la niña de nueve años son los grabados 12 y 16 publicados en el número de LA MODA ELEGANTE del 22 de Abril. El señalado con el 16 es para más vestir. Este podrá hacerle en tejido Pompadour fondo verde agua: cuello y cinturón de faya del color del fondo del tejido. Encaje de un color un poco crudo.

El grabado 16 podrá copiarle en lanilla chiné de colores fondo azul porcelana. Canesú de guipur, y lazos y caídas de raso azul porcelana.

Además de estos tejidos, el mohair y las batistas en toda clase de dibujos, y también los crespones *gouffrées* en colores claros son propios para *toilettes* de niñas.

Para mucho vestir, bota de tafilete negro ó bronce; y para medio vestir y más diario, botas de color.

Á UNA ANDALUZA.—Tenga la bondad de leer mis contestaciones *A una flor marchita del mes de Abril*, publicado en el número de 6 de Mayo, y vea lo que allí digo del lujo con que se guarnecen las sábanas, almohadas, toallas, etc., y modo de marcar la ropa blanca.

Los adornos que más se emplean para la guarnición de camisas de vestir, pantalones, enaguas, cubrecorsés, etc., son los entredoses de bordado fino valenciennes, incrustaciones de encaje Richelieu y guipur. Encajes en los mismos estilos.

También es bonito bordar el canesú de las camisas en la misma tela.

Repasando la colección de LA MODA desde el primero de año hasta la fecha, podrá elegir bonitos modelos de ropa blanca.

Á 6 DE ENERO DEL 90.—Para la hechura de la falda cuya muestra me remite debe guiarse por el grabado número 15 del número de 14 de Abril, poniéndole, para darle mayor amplitud á la falda, los abanicos de *surah* negro que á los lados forma el modelo. Estos abanicos deben ir forrados hasta arriba de linón finito negro, además del forro que lleva hasta la falda.

Si á pesar de esto la falda no tuviese todo el vuelo que necesita, puede añadir un tercer abanico en la parte de detrás.

A TI.—En la actualidad, y próxima la estación de verano, seguirán estando muy de moda los cuellos grandes de guipur, y también otra clase de encajes y bordados, tal como Chantilly, valenciennes, Malinas, Richelieu, etc.

Las mangas que más se usan son las de forma jamón sumamente ajustadas hasta más arriba del codo, y la parte superior formando un bullón moderado.

Las dos formas de faldas que me dice están de moda, pero llamo su atención sobre la *Revista Parisiense* del presente número: un bonito modelo para el traje de la señorita de diez y ocho años, es el croquis núm. 16 de la *Revista Parisiense* del 14 de Abril del año actual.

A A. P.—Los jarrones le quedarán perfectamente limpios siguiendo el procedimiento que explico en mi contestación *A una entusiasta de Andalucía* en el número del 6 de Enero.

La porcelana se pega perfectamente con cola sydentiteron ó batiendo hasta que haga espuma una clara de huevo. Se echa en ésta polvos de cal viva, se hace una masita ligera, y en el acto se da con un pincel en los bordes y se unen los pedazos rotos. Creo que podrá también servirle para pegar el jarrón de mármol.

Las batistas, linón y toda clase de tejidos ligeros llevan fondo de falda; pero la granadina, á no ser que ésta sea muy calada, se forra de seda hasta arriba.

Sigue siendo de moda el sombrero de batista igual al traje para las niñas.

Los delantales de las niñeras no llevan caídas.

A UNA MURCIANA.—La clase de muselina á que se refiere la hallará expresamente en casa de Escolar, Mayor, 1; casa de Herce, Carmen, 7, ó Carrera de San Jerónimo, 5.

Á C. D. L.—*Alcachofas á la crema.*—Las alcachofas á la crema son exquisitas y se hacen del modo siguiente: Se escogen alcachofas muy frescas y de buena clase, se les quita gran parte de las hojas exteriores, se les corta el tallo y un trozo de la corona á fin de que no les quede nada duro. Después se ponen á cocer en una cacerola en que quepan holgadamente, con agua fría, sal y unas gotas de aceite crudo. En este agua se cuecen también los tallos. Cuando las alcachofas están bien tiernas, se ponen á escurrir boca abajo.

Aparte se prepara el siguiente relleno: se pica en pedacitos pequeños y cuadrados bastante jamón magro, se rehoga en manteca de vacas fresca, y añadiendo dos cucharadas de harina de flor, se hace con leche una fina *béchamel*. En caliente se rellenan las alcachofas, abriéndolas para que éntre bien el relleno, y se dejan enfriar un rato. Luego se rebogan todas las superficies con huevo y pan rallado, y se van friendo en manteca de cerdo, dándolas un bonito color dorado. Lo mismo se hace con los tallos. Después se va colocando todo en una cacerola, y cuando lo está se pone sobre cada alcachofa un trocito de manteca del tamaño de una avellana, y se mete el guiso en el horno (el cual no debe estar muy caliente) media hora. Pasado este tiempo se echa en la sartén manteca de cerdo, poniendo á dorar en ella dos cucharadas escasas de harina, y cuando ésta tiene un color un poco fuerte se añade perejil picado y una copa de vino blanco, se cubre para que no se vaya el aroma y se deja hervir cinco minutos, pasados los cuales se vierte la salsa con cuidado por los lados en las alcachofas. Se cubre la cacerola y se dejan hervir de una manera casi imperceptible tres cuartos de hora, al cabo de los cuales se puede servir.

Café helado.—Para el café helado se hace primero una fortísima infusión, empleando como es consiguiente para ésta la menos cantidad de agua posible; se azucara bastante, y después se mezcla, sin dejar de moverlo, con leche pura y un cuartillo de nata fresca; luego se vierte todo en la cobertera preparada ya con la nieve, moviéndola sin cesar hasta que se hiele. El café helado debe quedar un poco líquido.

Á UNA MADRILEÑA.—Los guantes de cabritilla blancos ó de color muy claros se limpian tomando un trocito de franela blanca y humedeciéndola con leche, espolvoreándola de jabón blanco raspado; con esto se frota por trozos el guante, empleando inmediatamente otro trozo de franela seca con que se frota vivamente la parte húmeda. Esta operación debe hacerse con el guante puesto.

Los brillantes, así como todas las piedras finas, se limpian con agua y jabón, frotando con suavidad con un cepillo muy fino. No se secan, sino que se sumergen en aserrín fino, y cuando las alhajas están bien secas se les pasa la gamuza.

He oído decir que para madurar y reventar los panadizos es bueno abrir un limón por la mitad é introducir en él el dedo enfermo, conservándolo así una ó varias noches desde la aparición del mal hasta que cese todo dolor. Con esto se evita la mayor parte de las veces tenerlo que sajar. Sin embargo, debe tenerse en cuenta que á veces los panadizos son graves y que conviene que los cure el médico.

A UNA MARQUESA.—El fular estará de moda, y he tenido ocasión de ver un modelo por cierto de dibujo bien conocido y bien antiguo sin duda, sin dejar de ser por esto de una gran elegancia moderna. Este traje es de fular azul con lunarcitos blancos. Falda lisa. Cuerpo fruncido y guarnecido con una berta fichú de linón blanco, que no pasa de los hombros; por detrás de forma puntiaguda; por la parte de delante forma tres anchas solapas sobrepuestas. El linón va rodeado de un encaje Malinas antiguo, ligeramente fruncido. Esta ligerísima guarnición es muy sencilla y da muy señalado aspecto de juventud y distinción.

Cintura de moaré azul con estrechas caídas que penden por detrás bajo dos *choux*.

Á TITANEA.—La tela más á propósito para hacerse un vestido que sirva de transición del luto riguroso al luto algo más ligero es la llamada Nápoles, la cual debe ser poco brillante. El borde de la falda debe llevar crespón. Cuerpo de la misma tela con *draperie* y mangas también de crespón. *Collet* del mismo, muy corto, bordeado de un ancho plegado de gasa negra que cae sobre el talle, forrado con un volante de tafetán negro recortado. Un *chou* de raso negro se coloca en el intervalo de cada diente, á la altura de los hombros.

Capota de encaje de crin bordada de lentejuelas negras, formando por delante un ancho lazo ligero y muy elevado, el cual se hace con un plegado de granadina negra. Penacho de una ó dos plumas negras; velito de tul con diminuto *rouleauté* de crespón. Guantes negros.

Á CARMENCITA.—Se insiste en la elegancia y lujo de las enaguas. Se hacen en su mayor parte de seda, pues desde luego da á las faldas la flexibilidad y sostén que necesitan. Los collares de tul son casi el complemento de las *toilettes*. Se hacen blancos ó mezclándose el blanco con negro, lo que es de un bonito efecto.

Las flores más en boga para la guarnición de los sombreros son, además de las rosas de todos colores, los alelíes, cuarentenas variadas de tonos, los geranios, el muguet, la reseda, el heliotropo. Los iris, amapolas, orquídeas, y en general las flores voluminosas y color vivo, son los accesorios de la *toilette* vistosa y alegre.

Á C. ARIZA.—Desde luego las toallas serán mucho más lujosas si borda los dos lados de la cenefa. En uno de éstos, á una altura de dos ó tres centímetros, se pone el nombre entero ó las iniciales enlazadas.

Me parece bien la combinación que me explica para la toalla que quiere bordar. Hará elegante si elige para la cenefa un dibujo extendido y no muy recargado.

ADELA P.

EXPLICACIÓN DEL FIGURÍN ILUMINADO.

Núm. 18.

Corresponde á las Sras. Suscriptoras de la edición de lujo.

Traje de Exposición, de *surah* verde Nilo. La tela del cuerpo va sujeta en la cintura con fruncidos. En el centro va un pliegue ancho de raso negro, sobre el cual se ponen dos rosáceas blancas con un botón de oro en medio. Espalda lisa y berta de encaje crema, puesta en redondo sobre la espalda, rodeando la sisa y terminando por delante, á la altura del hombro, con dos rosáceas de raso negro. La manga es de *surah* blanco bordado de verde; se la corta de una pieza y se la pliega á la altura del codo, fijándola con un lazo de raso blanco. Un volante de encaje fruncido guarnece el borde inferior. Cuello recto de raso negro, guarnecido con un encaje igual al de las mangas. La falda forma ocho *godets*, y se compone de nueve paños. El de delante, que forma delantal, es liso, y sobre él se continúa el pliegue de raso negro que guarnece el cuerpo. Tres rosáceas blancas van apuntadas de trecho en trecho.—*Toque* pequeña, formada de una corona de rosas color de rubí, con sus hojas, y adornada con una pluma degra y un *aigrette* coronel en el lado izquierdo.

EXPLICACIÓN DE LOS DIBUJOS PARA BORDADOS

CONTENIDOS EN LA HOJA-SUPLEMENTO.

Corresponde á las Señoras Suscriptoras de la edición de lujo.

1 y 2. V, X, continuación de abecedarios para sábanas y almohadas. (Véase la *Hoja-Suplemento* al núm. 10.)

3. N á Z, conclusión de alfabeto para marcar pañuelos ó ropa de casa. (Véase la *Hoja-Suplemento* de dicho número.)

4. Entredós bordado á realce y cordoncillo. Las hojas se bordan al plumetis, y el centro de las bellotas á punto de armas.

5. Bordado para guarnición de babero. Se hace con algodón blanco y se borda á punto de espina. El babero lleva alrededor un festón, cuyo borde va guarnecido de un pequeño encaje. Este mismo dibujo, ejecutado sobre tela blanca *granité*, puede servir para servilletas de té y fondo de platos para servir huevos. Las labores indicadas pueden hacerse también con sedas lavables de matices rojo y azul.

6. Ramo de lilas para servilletas de té. Puede hacerse de tres diversos matices. Las hojas color de hoja seca, también de tres matices. El centro de las flores se hace con un nudillo grueso, de matiz más obscuro que las lilas.

7. Festón para fondo de plato. Puede hacerse en blanco ó en color, con sedas lavables.

8. Cenefa. Se borda al plumetis en blanco ó en color. Esta labor puede aplicarse para baberos, fondo de frutero ó paño de peines.



LA FUERZA DEL ALIMENTO.

Las personas robustas son aquellas que toman y digieren alimento bueno y nutricio. Si caen malos es porque se debilitan, y probablemente la causa de su debilidad es el no digerir bien el alimento que toman.

El veneno de las enfermedades se adhiere con más facilidad á una naturaleza gastada y débil que á una robusta. El cuerpo endeble no posee fuerza vital suficiente para rechazarlo, mientras que el robusto puede hacerlo.

Por lo tanto, si queremos gozar de buena salud, es menester tener precaución de ver que el alimento que tomamos sea nutricio, y además que lo digeramos bien. Si tomamos alimente que nuestro estómago no puede digerir, se vuelve veneno y nos infecta con enfermedades. Todo esto nos lo han explicado. Pero si no tenemos muy buen apetito y no tomamos bastante alimento, resulta que perdemos carne y fuerzas, y en tal caso lo más probable es que nos ataquen otras enfermedades.

Así es que si no acudimos al Jarabe Curativo de la Madre Seigel, nos encontramos entre la espada y la pared; es decir, si comemos mucho nuestro estómago no se halla capaz de hacer una buena digestión, y resulta que es tanto veneno que introducimos en el cuerpo; en contra, si comemos demasiado poco, no siendo suficiente para poder mantener nuestras fuerzas, estamos propensos á ser víctimas de desórdenes peligrosos.

Todo esto puede evitarse tomando el Jarabe Curativo de la Madre Seigel, pues entonces podremos comer la cantidad necesaria para poder mantenernos fuertes, y el dicho Jarabe, ayudando á la digestión, evita que el alimento se vuelva veneno.

La siguiente carta de D.ª Dolores Huet y Dragó prueba lo que antecede:

«Hace dos años tuve un ataque de influenza que descompuso mi estómago, aunque entonces no lo noté. Después de algún tiempo sentí dolores en la cabeza, y el invierno pasado tuve otro ataque de influenza que me dejó mucho peor que el anterior. Padecí terriblemente de dolores de cabeza, una tos seca, mucha espectoración, dolores en los hombros y riñones, y todo esto acompañado de una gran debilidad en todos los miembros.

»Llegó hasta cierto punto que no pude continuar con mis quehaceres. Como estaba convencida que mi enfermedad provenía del estómago, leí uno de sus libros sobre el Jarabe Curativo de la Madre Seigel, y creyendo que me haría bien empecé á tomarlo en Enero último, y á la presente, gracias á Dios y al Jarabe, me hallo completamente restablecida. (Firmado): DOLORES HUET Y DRAGÓ, Alcalá, 24 de Noviembre de 1895.»

Esta señora cogió la influenza porque su cuerpo estaba en un estado demasiado débil para resistirla, y los síntomas venenosos que siguieron fueron causados por el alimento que no había sido digerido. Tan pronto como su estómago empezó á digerir en regla, recobró sus fuerzas y su salud.

Otro caso de enfermedad causada por falta de fuerzas es el de D. Domingo Asencio, quien da una descripción de su estado en los términos siguientes:

«Durante los meses de Febrero y Marzo del año pasado hice uso de dos botellas de su Jarabe con el objeto de tratar de parar una hemorragia de bastante gravedad que había sido causada por almorranas, y de la cual estaba padeciendo. El resultado fué notable. Si no la paró instantáneamente, á lo menos he venido experimentando una gran mejoría hasta la presente. Quedé tan satisfecho del resultado, que á mediados de Septiembre último, estando padeciendo de dolores agudísimos en el estómago, compré una botella grande de la misma medicina, y tengo mucho gusto en decir que, después de tomarla por espacio de trece días, no he sentido más dolores hasta el día de hoy. Ahora tengo un mal en el cutis, y si tuviera posibles tomaría algunas botellas más, en la seguridad que me curaría radicalmente. (Firmado): DOMINGO ASENCIO, Torremocha, 16 de Enero de 1896.»

Los Señores A. J. White, Limitado, calle de Caspe, núm. 155, Barcelona, tendrán mucho gusto en enviar gratis, á todas aquellas personas que se lo soliciten, un folleto ilustrado que explica las propiedades de este remedio.

El Jarabe Curativo de la Madre Seigel se halla de venta en todas las farmacias y droguerías del mundo. Precio: frasco, 14 reales; frasco pequeño, 8 reales.

NINON DE LENCLOS

Refase de las arrugas, que no se atrevieron nunca á señalarse en su epidermis, y se conservó joven y bella hasta más allá de sus 80 años, rompiendo una vez y otra su acta de nacimiento á la faz del tiempo, que en vano agitaba su guadaña delante de aquel rostro seductor sin poder mortificarle.—Este secreto, que la gran coqueta egoísta no quiso revelar á ninguno de sus contemporáneos, ha sido descubierto por el doctor Leconte entre las hojas de un tomo de la *Historia amorosa de las Galias*, de Bussy-Rabutin, perteneciente á la biblioteca de Voltaire y actualmente propiedad exclusiva de la **Perfumería Ninon** *(Maison Leconte)*, 31, rue du 4 Septembre 31, París.

Dicha casa entrega el secreto á sus elegantes clientes bajo el nombre de **Véritable Eau de Ninon** y de **Duvet de Ninon**, polvo de arroz que Ninon de Lenclos llamaba «la juventud en una caja».—Es necesario exigir en la etiqueta el nombre y la dirección de la Casa, para evitar las falsificaciones.—La *Parfumerie Ninon* expide á todas partes sus prospectos y precios corrientes.

Depósitos en Madrid: *Aguirre y Molino, perfumería Oriental, Carmen, 2; perfumería de Urquiola, Mayor, 1; Romero y Vicente, perfumería Inglesa, Carrera de San Jerónimo, 3;* y en Barcelona: *Sra. Viuda de Lafont é Hijos, y Vicente Ferrer; Salvador Vives, perfumista, Pasaje Baconti; Salvador Banus, perfumista, calle Jaime I, núm. 18.—J. G. Fortis, perfumista, Alfonso I, núm. 27, en Zaragoza, misma casa en Valencia.*

ROYAL WINDSOR

EL CELEBRE RESTAURADOR DEL CABELLO



¿Teneis Canas?
¿Teneis Caspa?
¿Son vuestros Cabellos debiles ó caen?

En el caso afirmativo

Emplead el ROYAL WINDSOR, este excelentisimo producto, devuelve a los cabellos blancos su color primitivo y la hermosura natural de la juventud. Detiene la caida del cabello y hace desaparecer la caspa. Es el SOLO Restaurador del cabello premiado. Resultados inesperados.—Venta siempre creciente.—Exijase sobre los frascos las palabras **ROYAL WINDSOR**.—Vendese en las Peluquerias y Perfumerias en frascos y medios frascos.

DEPOSITO PRINCIPAL: 22, rue de l'Echiquier, Paris

Se envia franco, a toda persona que lo pida el Prospecto conteniendo pormenores y atestaciones.



LA FOSFATINA FALIERES es el alimento más agradable y más recomendado para los niños de 6 á 7 meses de edad, principalmente en la época del destete y en el período del crecimiento. *Facilita la dentición y asegura la buena formación de los huesos. Impide la diarrea tan frecuente en los niños.*

París, Avenue Victoria, 6, farmacias.

Ultima producção

Perfumaria IXORA
ED. PINAUD

37, Boulevard de Strasbourg, 37
PARIS

Sabonete .... de **IXORA**
Essencia .... de **IXORA**
Agua de Toucador .... de **IXORA**
Pommada .... de **IXORA**
Oleo para os cabellos .... de **IXORA**
Pós de Arroz .... de **IXORA**
Cosmético .... de **IXORA**
Vinagre de Toucador .... de **IXORA**

HELADORA

para "CHATEAUX" Y CASAS DE CAMPO

Produce en 10 minutos de 500 gramos á 8 kilos de Hielo, ó Helados, Sorbetes, etc., empleando una sal inofensiva.

J. SCHALLER,
332, rue St-Honoré,
PARIS.

Núm. 3, á 110 francos — *Prospecto gratis.*

RESTAURADOR
UNIVERSAL del
CABELLO
de la Señora **S. A. ALLEN**



para restaurar las canas á su primitivo color, al brillo y la hermosura de la juventud. Le restablecen su vida, fuerza y crecimiento. Hace desaparecer muy pronto la caspa. Su perfume es rico y exquisito.

Depósito Principal: 114 y 116 Southampton Row, Lóndres; París y Nueva York. Véndese en las Peluquerías y Perfumerías.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD Curadas por el Verdadero **HIERRO QUEVENNE**
Unico aprobado por la Academia de Medicina de París. — 50 Años de éxito.

Kananga del Japon

RIGAUD y Cia, Perfumistas
Proveedores de la Real Casa de España
8, rue Vivienne, PARIS

Agua de Kananga de RIGAUD, la loción más refrescante, la que más vigoriza la piel y blanquea el cútis, perfumándolo delicadamente.

Extracto de Kananga de RIGAUD, suavísimo y aristocrático perfume para el pañuelo.

Polvos de Kananga de RIGAUD, blanquean la tez con un elegante tono mate, preservándolo del asoleo.

Jabon de Kananga de RIGAUD, el mas grato y untuoso, conserva al cútis su nacarada transparencia.

Depósito en las principales Perfumerías.

CHOCOLATES
LA NEGRITA, Mayor, 28

Paquetes de medio kilo para veinte jícaras, desde una peseta, con canela y vainilla. En cada paquete se regala un objeto de bisutería. Regalo de un paquete en cada diez.

HOTEL GIBRALTAR

Situación espléndida, con vista á los jardines de las Tullerías. Habitaciones elegantes y modestas á precios módicos. Cocina española y francesa. Baños y ascensor.—**Rue de Rivoli. Entrada: 1, rue St-Roch. París.**

COMPAÑIA COLONIAL
CHOCOLATES Y CAFÉS

La casa que paga mayor contribución industrial en el ramo, y fabrica **9.000 kilos** de chocolate al día.—**38 medallas de oro** y altas recompensas industriales.

DEPÓSITO GENERAL: CALLE MAYOR, 18 Y 20, MADRID

LA ESPAÑOLA

PEDID EN TODAS PARTES SUS
EXQUISITOS CHOCOLATES
¡No hay nada mejor!
38, PASEO DE ARENEROS, 38

MARI-SANTA
POR
DON ANTONIO DE TRUEBA.

Es una de las mejores obras literarias del ilustre *Antón el de los Cantares*, moral, instructiva y amenísima.

Forma un elegante volumen en 8.º mayor francés, y se vende, á 4 pesetas, en la Administración de este periódico, Madrid, calle de Alcalá, núm. 23.

EL MÉRITO DE HABER SIDO FALSIFICADA

en gran escala, es el mayor que se puede alegar en favor del Agua, los **Polvos** y la **Pasta dentífrica de los Benedictinos del monte Majella.** Para evitar toda equivocación, lo mejor es dirigirse á *Mr. Senet, administrador, rue du Quatre Septembre, 35, París.*—Depósitos en Madrid: *Perfumería Oriental, Carmen, 2; Aguirre y Molino, Preciados, 1; Urquiola, Mayor, 1;* y en Barcelona: *Señora Viuda de Lafont é Hijos; Vicente Ferrer y C.ª, perfumistas.*

SELLOS HÉRISÉ

CURACIÓN SEGURA DE LAS ENFERMEDADES DEL PECHO Y DE LAS VIAS RESPIRATORIAS
Tos persistente, Bronquitis, Catarros, Tuberculosis, Tisis
Adoptados en los hospitales de París.—Depósito: farmacia Hérisé, 21, boul. Rochechouart, y en las **principales farmacias.**—Precio: **4 frs.** la caja.

SUPRIMIENDO LAS
ARRUGAS Y MANCHAS ROJIZAS

la **Brisa Exótica** (agua ó pomada), no se limita á devolver al que la usa la juventud y la belleza, sino que conserva estos dones hasta los más extremos límites de la edad. *Parfumerie Exotique, 35, rue du 4 Septembre, París.*—Depósitos en Madrid: Perfumería Urquiola, Mayor, 1; Aguirre y Molino, Preciados, 1; y en Barcelona: Sra. Viuda de Lafont é Hijos, y Vicente Ferrer y Compañía, perfumistas.

Los Polvos de Arroz
PEAU D'ESPAGNE
NUEVA CREACION
DE
E. COUDRAY

PERFUMISTA, 13, Rue d'Enghien, Paris
SE VENDEN EN TODAS LAS PERFUMERÍAS.

ALMIDON HOFFMANN

Marcas "El Gato" y "Almidon Brillante"
Inmejorables de calidad!

SE REGALA

al que compre por valor de diez pesetas un frasco de esencia, jabón ó polvos, etc. **Perfumería que fué de Pascual. ARENAL, 2.**

PAPEL
FAYARD y BLAYN

EL MÁS EFICAZ PARA CURAR IRRITACIONES del PECHO, RESFRIADOS, REUMATISMOS, DOLORES, LUMBAGO, HERIDAS, LLAGAS. - *Tópico excelente contra Callos, Ojos-de-Gallo. - En las Farmacias.*

LA HIGIÉNICA



Agua vegetal de Arroyo, premiada en varias exposiciones científicas con medallas de oro y de plata; la mejor de todas las conocidas hasta el día para restablecer progresivamente á los cabellos blancos á su primitivo color; no mancha la piel ni la ropa; es inofensiva, tónica y refrescante en sumo grado, lo que hace que pueda usarse con la mano, como si fuese la más recomendable brillantina. Venta en perfumerías y peluquerías de Madrid y provincias.

Por mayor, PRECIADOS, 56, pral.



259

22 de Mayo de 1896 Nº 19

LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA

Alcala 23 .. Madrid